



UNIVERSITAT DE BARCELONA

Gorros frigos en la Guerra Fría. El socialismo republicano de E. P. Thompson

Julio Martínez-Cava Aguilar

ADVERTIMENT. La consulta d'aquesta tesi queda condicionada a l'acceptació de les següents condicions d'ús: La difusió d'aquesta tesi per mitjà del servei TDX (www.tdx.cat) i a través del Dipòsit Digital de la UB (diposit.ub.edu) ha estat autoritzada pels titulars dels drets de propietat intel·lectual únicament per a usos privats emmarcats en activitats d'investigació i docència. No s'autoritza la seva reproducció amb finalitats de lucre ni la seva difusió i posada a disposició des d'un lloc aliè al servei TDX ni al Dipòsit Digital de la UB. No s'autoritza la presentació del seu contingut en una finestra o marc aliè a TDX o al Dipòsit Digital de la UB (framing). Aquesta reserva de drets afecta tant al resum de presentació de la tesi com als seus continguts. En la utilització o cita de parts de la tesi és obligat indicar el nom de la persona autora.

ADVERTENCIA. La consulta de esta tesis queda condicionada a la aceptación de las siguientes condiciones de uso: La difusión de esta tesis por medio del servicio TDR (www.tdx.cat) y a través del Repositorio Digital de la UB (diposit.ub.edu) ha sido autorizada por los titulares de los derechos de propiedad intelectual únicamente para usos privados enmarcados en actividades de investigación y docencia. No se autoriza su reproducción con finalidades de lucro ni su difusión y puesta a disposición desde un sitio ajeno al servicio TDR o al Repositorio Digital de la UB. No se autoriza la presentación de su contenido en una ventana o marco ajeno a TDR o al Repositorio Digital de la UB (framing). Esta reserva de derechos afecta tanto al resumen de presentación de la tesis como a sus contenidos. En la utilización o cita de partes de la tesis es obligado indicar el nombre de la persona autora.

WARNING. On having consulted this thesis you're accepting the following use conditions: Spreading this thesis by the TDX (www.tdx.cat) service and by the UB Digital Repository (diposit.ub.edu) has been authorized by the titular of the intellectual property rights only for private uses placed in investigation and teaching activities. Reproduction with lucrative aims is not authorized nor its spreading and availability from a site foreign to the TDX service or to the UB Digital Repository. Introducing its content in a window or frame foreign to the TDX service or to the UB Digital Repository is not authorized (framing). Those rights affect to the presentation summary of the thesis as well as to its contents. In the using or citation of parts of the thesis it's obliged to indicate the name of the author.



UNIVERSITAT^{DE}
BARCELONA

**GORROS FRIGIOS EN LA GUERRA FRÍA.
EL SOCIALISMO REPUBLICANO DE
E. P. THOMPSON**

Tesis defendida por:

JULIO MARTÍNEZ-CAVA AGUILAR

Para obtener el grado de Doctor por la Universidad de Barcelona

Dirigida y tutorizada por:

JORDI MUNDÓ BLANCH

Codirigida por:

PABLO LÓPEZ ÁLVAREZ

Programa de Doctorat en Sociologia

Facultat d'Economia i Empresa

Barcelona, 2020



“A Garland for May Day 1895”, por Walter Crane (1845-1915). Disponible en: commons.wikimedia.org

Fuente: *Cartoons for the cause, 1886-1896*, Londres: Twentieth Century Press [un recuerdo de la International Socialist Workers y el Trade Union Congress para el Cuarto Congreso de la Segunda Internacional celebrado en Londres en el verano de 1896].

And the despot feasts in his luxurious palace,
Watering discontent with wine,
But menacing letters long ago upon the walls
By the hand of fate have already been drawn.

Arbitrariness will fall, and the people will rise,
Great, mighty, and free.
Farewell to you, then, brothers; you passed with honour
Along your valorous noble path

(“You Fell a Victim [Вы жертвою пали]”, Rusia, 1878¹)

“Pero in fact, si se despoja a la riqueza de su limitada forma burguesa, ¿qué es la riqueza sino la universalidad de las necesidades, capacidades, goces, fuerzas productivas, etc. de los individuos creada en el intercambio universal? ¿Qué, si no el desarrollo pleno del dominio humano sobre las fuerzas naturales, tanto sobre la así llamada naturaleza [externa] como sobre su propia naturaleza? ¿Qué, sino la elaboración absoluta de sus disposiciones creadoras sin otro presupuesto que el desarrollo histórico previo, que convierte en objetivo a esta plenitud total del desarrollo, es decir, al desarrollo de todas las fuerzas humanas en cuanto tales, no medidas con un patrón preestablecido? ¿Qué, sino una elaboración como resultado de la cual el hombre no se reproduce en su carácter determinado, sino que produce su plenitud total? ¿Cómo resultado de la cual no busca permanecer como algo que ya ha devenido, sino que está en el movimiento absoluto del devenir?”

(K. Marx, 1857-1858)

“A lo largo de este tiempo, la dinámica del radicalismo no estuvo trazada por la clase media, sino por los artesanos y los obreros. A los hombres de las sociedades populares se les denomina, correctamente, jacobinos. (...) el movimiento obrero de los años posteriores continuaría y enriquecería las tradiciones de la fraternidad y la libertad”

(E. P. Thompson, 1963)

¹ Se puede acceder a esta canción funeraria de la tradición revolucionaria rusa aquí: https://www.youtube.com/watch?v=Pr7XU_x1Vv8

Título: Gorros frigos en la Guerra Fría. El socialismo republicano de E. P. Thompson

Title: Phrygian caps in the Cold War. The republican socialism of E. P. Thompson

Resumen: La tradición socialista fue heredera y continuadora del republicanismo democrático moderno. E. P. Thompson, como historiador e intelectual comunista, reivindicó de forma precursora los valores jacobinos e ilustrados frente a las ortodoxias intelectuales de la Guerra Fría que dividieron Europa. Al hacerlo, construyó un socialismo democrático, inspirado en la historia británica y en el internacionalismo de los Frentes Populares, que nutriría el activismo de la New Left y del movimiento pacifista. Crear una cultura política democrática, frenar la influencia de la riqueza y aumentar y dar un nuevo sentido a los derechos democráticos fueron los objetivos de este socialismo jacobino.

Abstract: The socialist tradition inherited and continued the values of modern democratic republicanism. E. P. Thompson, as a historian and communist intellectual, broke new ground in vindicating Jacobin and Enlightenment values against the intellectual orthodoxies of the Cold War that divided Europe. In doing so, he built a democratic socialism, inspired by British history and the internationalism of the Popular Fronts, which would nourish the activism of the New Left and the peace movement. Creating a democratic political culture, curbing the influence of wealth, and broadening and giving new meaning to democratic rights were the goals of this Jacobin socialism.

Palabras clave: Republicanismo, Socialismo, Guerra Fría, Marxismo británico, Grupo de Historiadores del PCGB, Clases sociales, Europa (1943-1947), Pacto Social de posguerra, *Freeborn Englishman*, New Left, Economía moral de la multitud, E. P. Thompson.

Keywords: Republicanism, Socialism, Cold War, British Marxism, Communist Party Historians Group, Social classes, Europe (1943-1947), Post-war Social Contract, *Freeborn Englishman*, New Left, Moral Economy of the Crowd, E. P. Thompson.

Índice

Agradecimientos	13
INTRODUCCIÓN	17
CAPÍTULO 1. ¿VINO NUEVO EN ODRES VIEJOS? REPÚBLICA Y SOCIALISMO	35
1.1. El revival. La consolidación del neorrepblicanismo académico	37
1.1.1. La contrafigura: libertad como no-interferencia	38
1.1.2. Libertad como no-dominación: ley, <i>dominium</i> / <i>imperium</i> , virtud	40
1.1.3. Condiciones ontológico-sociales del ser libre	44
1.1.4. La concepción fiduciaria del poder político en la tradición republicana	46
1.1.5. ¿La derrota del republicanismo clásico?	51
1.1.6. Conclusiones	53
1.2. El giro “social” del neorrepblicanismo: democracia, propiedad, derecho natural y socialismo	54
1.2.1. El liberalismo latente y el marginado legado democrático.....	54
1.2.2. La controvertida exclusión del iusnaturalismo	56
1.2.3. El muñeco de paja liberal	59
1.2.4. Las condiciones materiales de la libertad: propiedad y trabajo asalariado ...	64
1.2.5. La hipótesis del socialismo republicano.....	70
1.2.6. ¿Era necesaria la hipótesis?	76
1.2.7. La novedad conceptual en el socialismo republicano: dominación impersonal y dominación (estructural) de clase	81
1.2.8. Historia y concepto. Las exigencias metodológicas	88
1.2.9. Algunas limitaciones del “giro social” neorrepblicano	90
1.3. Conclusiones	91
CAPÍTULO 2. EL MOMENTO PERDIDO DEL “ESPÍRITU DEL 45”. FRENTEPOPULISMO, PACTO SOCIAL DE POSGUERRA Y LAS ESPERANZAS SOCIALISTAS ANTE LA GUERRA FRÍA	93
2.1. La Europa del 45, ¿algo más que nostalgia romántica?.....	94
2.1.1. Planteamiento del problema	94

2.2. Los precedentes: la situación del socialismo internacional antes de la guerra	99
2.2.1. Democracia y obrerismo. Del marxismo ortodoxo de la Segunda Internacional al “abismo casi infranqueable” del período de entreguerras.....	99
2.2.2. Un inciso en el abismo: el legado republicano de la generación de constituciones sociales de entreguerras.....	104
2.2.3. Fascismo y antifascismo en los años 30: la estrategia frentepopulista	110
2.2.4. “Otro tipo de comunismo”: del Frente Popular a los movimientos de Resistencia durante la guerra.....	115
2.3. El <i>momentum</i> democrático: ¿Qué fue el Espíritu del 45?.....	119
2.3.1. La oportunidad al alcance de la mano. Testimonios de época.....	120
2.3.2. Un mismo espíritu en diferentes contextos.....	124
2.3.3. “Un nuevo radicalismo popular”. El caso británico.....	143
2.3.4. Conclusiones. El aherrojamiento del <i>momentum</i> en Europa	173
2.4. “La era de las Europas hostiles”. La larga noche de la Guerra Fría	176
2.4.1. La semilla del conflicto: la (vieja) doctrina de las zonas de influencia y los acuerdos de Bretton Woods.....	177
2.4.2. La jugada de los halcones angloamericanos: Kennan, Churchill y Truman	182
2.4.3. Los osos de Moscú. La estalinización de las “democracias populares” y la represión soviética	189
2.4.4. La escalada de tensiones: la OTAN y el Pacto de Varsovia.....	193
2.4.5. La Guerra Fría intelectual y el análisis de Thompson.....	195
2. 5. Una nueva mirada sobre el Pacto Social de posguerra en la Europa Occidental	205
2.5.1. Desmercantilizar y desmundializar. El capitalismo reformado de posguerra	206
2.5.2. Las líneas maestras del Pacto (I). La integración de las fuerzas del trabajo	208
2.5.3. Las líneas maestras del Pacto (II). Estado Social o Estado de Bienestar	214
2.5.4. Las líneas maestras del Pacto (III). El blindaje político.....	216
2.5.5. El socialismo democrático-revolucionario ante el Pacto: el debate del <i>New Reasoner</i>	220
2.5.6. Conclusiones.....	225
2.6. ¿Una Europa socialista? A modo de conclusión	227

CAPÍTULO 3. THE FREEBORN ENGLISHMAN Y LA GUERRA FRÍA. UN PANDEMÓNIO COMUNISTA, UN HUMANISMO SOCIALISTA	231
---	------------

3.1. Introducción: ¿Qué tradición es esta?	234
3.2. El Grupo de Historiadores: el pandemónium comunista como generación intelectual y política	236
3.2.1. Los orígenes del Grupo	237
3.2.2. La contribución historiográfica y el proyecto político	244
3.2.3. El palimpsesto marxista: el <i>Freeborn Englishman</i> entre la tradición democrática y la tradición <i>libertarian</i>	261
3.2.4. En el huracán del estalinismo: la crisis de 1956 y el ambivalente legado <i>libertarian</i>	283
3.3. ¿Un republicanismo militante? El Humanismo Socialista, la New Left y el movimiento pacifista en Gran Bretaña	307
3.3.1. El intento de regeneración del socialismo marxista	307
3.3.2. La New Left y el movimiento por la paz (CND y END)	313
3.3.3. Conclusiones	329
CAPÍTULO 4. UN SOCIALISTA JACOBINO EN EL SIGLO XX	331
4.1. El socialismo en su crisálida. Del viejo radicalismo al primer movimiento obrero	332
4.1.1. Primeros escritos: comunidades obreras y socialismo norteno	332
4.1.2. La “muralla china” y el problema de la transición.....	336
4.1.3. Últimos escritos: economía moral y jacobinismo inglés.....	347
4.1.4. Conclusiones	354
4.2. Una filosofía republicana. Derecho, nación y propiedad.....	356
4.2.1. El “Estado dentro del Estado” y la concepción fiduciaria.....	356
4.2.2. Naciones y nacionalismo. El pantanoso territorio de la <i>Englishness</i>	371
4.2.3. Las condiciones materiales de la libertad. Derechos de propiedad y disciplina laboral.....	376
4.3. El concepto de “clase social” en la obra de Thompson	379
4.3.1. Introducción: más allá del mono azul	380
4.3.2. “Había dicho algo sobre la clase”	382
4.3.3. Sobre los “bichos” y las “vallas”: la paradoja de los críticos	395
4.3.4. Conclusiones. ¿Materiales para una teoría contemporánea de la clase social?	403
4.4. Un republicano revolucionario, sin revolución. A modo de conclusión	410

CAPÍTULO 5. MULTITUDES Y ECONOMÍA MORAL. EL FRUCTÍFERO DIÁLOGO ENTRE G. RUDÉ Y E. P. THOMPSON.....	415
5.1. Introducción a la figura de George Rudé.....	416
5.1.1. “Uno de los exilios más placenteros”. Apuntes biográficos sobre Rudé (I).	416
5.1.2. ¿Qué tipo de “comunismo” para qué tipo de Historia? Apuntes biográficos sobre Rudé (II).....	421
5.2. Los supuestos metodológicos de Rudé. Del “economicismo complejo” a una teoría <i>thompsoniana</i> de la ideología popular.....	423
5.2.1. Recuperar “el rostro de la multitud”	423
5.2.2. Un pueblo despolitizado. El “economicismo complejo” del primer Rudé (1950-1964).....	425
5.2.3. Un sujeto popular en transición. Multitudes y clases, o la influencia de Rudé en <i>The Making of the English Working Class</i> (1963).....	433
5.2.4. Ensanchar los horizontes: <i>The Crowd in History</i> (1964).....	436
5.2.5. La “nueva historia social”: <i>The Mass Portrait Gallery</i> (1967) y <i>Capitán Swing</i> (1968).....	443
5.2.6. La consumación del cambio: <i>Ideology and Popular Protest</i> (1980)	451
5.2.7. “No perder la calma”. El último apunte de un <i>gentleman</i>	455
5.3. Conclusiones	456
5.4. Adenda. ¿“La flor del cactus”? Los límites de la interpretación marxista-ortodoxa de la Revolución francesa.....	461
5.4.1. El problema interpretativo y el papel de la “history from below”	461
5.4.2. Los orígenes del concepto “revolución burguesa”.....	462
5.4.3. ¿Una “pequeña” revisión? Revalorizando a Robespierre y al gobierno <i>montagnard</i>	470
5.4.4. El desafío revisionista	474
5.4.5. Algunos problemas cruciales de la interpretación del marxismo ortodoxo	475
5.4.6. Conclusión. ¿Hacia una lectura republicano-marxista de la Revolución? ..	484
CONCLUSIONES	487
CONCLUSIONS (ENGLISH)	495
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	503

Agradecimientos

Son muchas las personas e instituciones que han proporcionado la ayuda y el marco necesario para que esta tesis pudiera llegar a buen término. En el mundo académico me he encontrado a menudo que la sección de agradecimientos es algo así como un trámite por el que uno debe “pasar rápido”, como si el hecho de reconocer las deudas fuera poco elegante o quitara méritos a las conclusiones propias. Creo sinceramente que se trata de una costumbre equivocada y nefasta. El lector o lectora que no esté interesado en los agradecimientos puede pasar rápidamente a la introducción, pero no me privaré de la oportunidad de explicitar las condiciones sociales que han permitido y alentado mis propios esfuerzos.

Esta tesis doctoral se ha realizado en la Universidad de Barcelona, disfrutando de los fondos bibliográficos, del material informático y del espacio de estudio que esta universidad proporciona a los doctorandos con contrato. La aspereza de los muchos trámites burocráticos fue suavizada por la generosa ayuda de Adelina Escalante, para entonces secretaria del Departamento, y por el personal de la Oficina de Màsters i Doctorat. Para este trabajo he contado con la financiación proporcionada por una beca de Formación del Profesorado Universitario (FPU) convocada por el Ministerio de Educación, Cultura y Deporte en 2015. La Fundación Diálogo y la Embajada de Francia en España financiaron, igualmente, una estancia de cuatro meses en París con la que pude enriquecer estas páginas en 2019, estancia facilitada por la hospitalidad del Centre Européen des Études Républicaines (CEDRE). Mi agradecimiento va, en primer lugar, para todas las instituciones que han hecho posible dedicar estos años de mi vida a una cosa tan apasionante como es la filosofía política y la historia del pensamiento.

Para ser honestos, cuando me planteé embarcarme en una investigación doctoral estaba francamente asustado de enfrentarme a cuatro años de trabajo en solitario. La sensación de pasar meses enfrascado en diatribas conmigo mismo sin cultivar las virtudes del trabajo en común me horripilaba. Afortunadamente, esta tesis ha crecido bajo la sombra de un frondoso bosque compuesto por las contribuciones del colectivo Sin Permiso y del Grup de Recerca en Ètica Econòmic-social y Epistemologia de las Ciencias Sociales (GREECS) de la Universidad de Barcelona. El sociólogo húngaro Karl Mannheim decía que, normalmente, cuando pensamos en cómo se producen los objetos materiales, la gente se pone de acuerdo fácilmente en reconocer que es necesaria una división del trabajo, pero nadie se plantea lo mismo cuando hablamos de la vida del espíritu, lo cual tiende a generar “una ilusión de absoluta independencia y originalidad” (Mannheim, 1958 [1935]: 17). Aquí no se encontrará nada de “absoluta independencia y originalidad”. Si hay algo de valioso en estas páginas, se lo debo indudablemente a mis compañeros de GREECS y de Sin Permiso, con los que he compartido referencias, debates, congresos y su montalbanesco sentido del buen comer. En este agradecimiento son varias las personas a las que me refiero. Antoni Domènech fue mi director de tesis hasta su repentino fallecimiento en septiembre de 2017. Durante unos pocos años pude beneficiarme de su genio, su amistad, su erudición y su desternillante sentido del humor. El valor de su legado teórico como filósofo e historiador del pensamiento está fuera de toda duda. Mi deuda con Toni es imposible de saldar, pero pude equilibrar ligeramente la balanza organizando

con otras personas el acto de homenaje que tuvo lugar en noviembre de 2019. Dar a conocer su obra e intentar desbrozar algunas de las sendas que abrió es quizás la mejor manera de agradecerle su trabajo.

Tras el cambio imprevisto, Jordi Mundó asumió tanto la dirección del grupo académico como la dirección de esta tesis. Puedo constatar que ha realizado ambas funciones con ejemplaridad. Mi más cariñoso y sincero agradecimiento va para él, por el tiempo que me ha dedicado, siempre con buena disposición y rápida respuesta. Además, mi trabajo se ha nutrido sin pudores de sus propias investigaciones. He podido presumir en muchas ocasiones de haber tenido la suerte de escapar de las garras de esos directores *laissez-faire*, que desatienden de forma egoísta a sus doctorandos, y de su reverso, los despóticos *dictateurs*, que los reclaman continuamente. Si las cualidades de un director se miden por su capacidad para inspirar, guiar y atender a su doctorando cuando este lo necesita, sin agobiarle ni hacer que se sienta desatendido, sin lugar a dudas Jordi constituye un ejemplar idóneo de esta especie.

Con David Casassas guardo una especial relación de amistad. Su análisis perspicaz, su inagotable amabilidad y su picaresca alegría han sido excelentes compañeras de trabajo. Aunque se reconozca poco, el trabajo teórico se levanta sobre toda una red de cuidados y personas con necesidades emocionales. David es un experto tejedor de relaciones sociales, uno que hace que saquemos lo mejor de nosotros mismos. Su apoyo fue bálsamo de Fierabrás en las ocasionales crisis que atraviesa todo doctorando, y sus comentarios a mis trabajos a medias iluminaron aspectos que me eran desconocidos.

Daniel Raventós ha sido otro pilar esencial en este proceso. Tuve la oportunidad de comenzar a impartir clases bajo su amparo, y si la docencia es uno de los mejores recuerdos que me llevo de estos años, en parte es gracias a él. Dani carga con el peso en sus hombros de sacar adelante la revista online Sin Permiso, donde colaboran decenas de voluntarios y donde miles de lectores diarios pueden acceder a un repositorio gigantesco de artículos interesantes. Quiero aprovechar esta ocasión para agradecerle este invisible y poco reconocido trabajo. No sé si viviremos lo suficiente como para ver una renta básica alguna vez, pero si nos hemos acercado a ese objetivo es gran medida gracias a Daniel.

Mi querida María Julia Bertomeu lleva dándome ánimos casi desde que nos conocemos y, aunque ella sea “abajista”, el valor de sus aportaciones académicas, ya sea en solitario o codo a codo con Toni, es descomunal, así que quiero expresarle mi agradecimiento por su inteligencia y calidez. Ailynn Torres y Julio César Guanche han sido para mí referencias inexcusables del buen hacer teórico-político conjugado con la amabilidad y generosidad en el trato, no podían faltar aquí.

Con Bru Laín y Edgar Manjarín he disfrutado desde el principio de las risas y el compadreo del investigador novicio, aunque ellos me lleven años de ventaja. Bru debe ser el mejor guía del barrio de Sants, y me dicen que mi conversación de Telegram con Edgar está a punto de ser archivada como material para un museo marxista.

A riesgo de ser pesados, queda un último reconocimiento aquí, y corresponde a David Guerrero. Tanta brillantez es siempre algo asombroso de ver y, como nos solía decir Toni, es un tipo “insolentemente joven”. Mi alegría es poder compartir amistad y trabajo con un meteorito que volará tan alto.

Uno puede contentarse con un equipo así, pero mi aterrizaje en la Universidad de Barcelona fue además una experiencia sumamente fácil desde el primer momento gracias,

también, a Marc Pradel. Junto con Marta, Raúl, Renato, Gloria, Santi, Victoria, Lionel y otras personas de las que probablemente me olvide, todas ellas hicieron de los ratos en común un valioso punto de desconexión.

Con Pablo López Álvarez me vincula relación que ya es larga. En esta ocasión, ha ejercido las labores de codirector desde la que fuera mi facultad de origen en Madrid. Una de las habilidades más difíciles y valiosas de un buen profesor es que este consiga despertar intereses duraderos entre sus estudiantes. Pablo es uno de esos profesores, y mi obsesión con el republicanismo y el socialismo echó los dientes con sus clases, conferencias y tutorías. No puedo desaprovechar la ocasión para agradecerse enormemente.

Merecen especial reconocimiento el equipo de historiadores franceses pilotado por Yannick Bosc y Florence Gauthier, que desde hace años organizan el *Séminaire l'Esprit des Lumières et de la Révolution*. Su hospitalidad convirtió mi estancia en París en unos meses de los que no paro de acordarme con nostalgia. Mis pocos conocimientos sobre la Revolución francesa se vieron compensados por las habilidades de Pablo Scotto, con el que llevo años intercambiando opiniones en unos correos que harían temblar a los obsesos de las comunicaciones escuetas.

Hace casi 10 años me acostumbré a decir que Rodrigo Amírola era algo así como mi “hermano intelectual”, por la confianza, la sintonía y el aprecio que nos disfrutamos. Han pasado los años pero no pienso desdecirme: seguimos siendo hermanos intelectuales. Gracias por su aliento a lo largo de todo este recorrido. En el año 2013 me convenció para estudiar el curso de postgrado de Sin Permiso en Barcelona y gracias a esa idea surgió todo lo demás. Ese año conocí a Edu Vega y Marina Ruiz, dos de mis referentes personales. Nuestra amistad ininterrumpida es una de las cosas que más valoro, y la dignidad con la que enfrentan las adversidades es algo de lo que nunca dejaré de aprender. Desde mis años en Madrid también he podido beneficiarme de la amistad e inteligencia de Clara Serra, una de las feministas más brillantes que he leído. Esta tesis no versa sobre cuestiones de género, pero si van apareciendo de cuando en cuando a lo largo de las siguientes páginas es en parte gracias a ella. Asimismo, César González Mendoza es un interlocutor agudo y particularmente divertido del que espero poder seguir beneficiándome en años venideros.

No hace mucho tiempo inicié dos ricos intercambios de correos e impresiones con dos personas que considero brillantes y quiero mencionar. Con Jorge Sola pude debatir sobre el concepto de clase social, y sus meticulosos y largos mensajes le obligan a uno a no bajar la guardia y a expresarse con la mayor claridad posible. Con José Luis Moreno Pestaña he podido colaborar estrechamente y espero hacerlo más en el futuro. Siendo una persona de reconocida trayectoria académica, Moreno Pestaña tiene la buena manía de leer detalladamente lo que le mandas y comentarlo, y en ocasiones de enviarte sus propios borradores para pedirte opinión. Esto le hace sentirse a uno un poco más parte de esa República de las ciencias en las que no importa nuestra condición social de recién llegados, sino el valor de nuestros argumentos.

Al margen del resultado, creo que he tenido una trayectoria particularmente afortunada: he disfrutado de la oportunidad de presentar y discutir mis investigaciones en muchos foros y con muchas personas diferentes. Andreas Møller Mulvad organizó un congreso en Dinamarca en el que pude exponer mi *work in progress*. Daniel Moreno de Capitán Swing me animó a escribir el estudio introductorio de una reedición de Thompson, un texto que marcó un antes y un después para mi propio enfoque. Alejandro

Estrella y Xavi Domènech se animaron a darme su opinión sobre él y quiero volver a agradecerlo. Madeleine Davis compartió algunos materiales que no conseguí encontrar por mi cuenta y sus artículos han sido importantes para mí. Con Stuart White estoy en deuda por su honesta confianza y por nuestras discusiones. Brais Fernández es siempre un buen compañero para dialogar sobre historia del socialismo. Quiero agradecer asimismo a todas las personas con las que he debatido mis ideas en Atenas, Hamburgo, Copenhague, París, Ruán, Neuquén, Gijón, Valencia y Madrid.

Quisiera también dedicar estas páginas a algunas amistades. Aunque ellos no lo sepan, Rubén Martínez, Tatiana Llaguno, Adrià Porta, Sergio Vega, Inés Molina, Andrés Barragán, Alfredo Ramos y Lucía Baratech aportaron pistas para mis desarrollos. Félix Hernández, Teresa Kindelan y Pablo Castaño han sido durante años tres animadores incansables y nuestras discusiones han sido muy fructíferas. Esta dedicatoria va también para Alex Ruiz, Txona, Miguelito y otros compañeros de escalada por mantenerme lejos de los umbrales de la locura. A Jaime, Kike y Goros, por las risas compartidas. A Martín Carril, por su contagiosa energía y su curiosidad infinita por todas las cosas. A mis amigos de Torrelozanes y a mis amigos de Trapagarán, porque son una fuente incansable de recuerdos atesorados. Por último, a Elisa García Mingo, mi vieja amiga y consejera, porque fue la primera persona que me animó a hacer una tesis y sin ella todo esto no habría sido posible.

Mi familia merece una dedicatoria especial. A mi padre, que me contagió la inerradicable pasión por la política; a mi hermano, por una de las relaciones fraternales más sanas que conozco; y a mi madre, porque me transmitió una parte de su voracidad lectora y porque su capacidad para superar las dificultades ha sido siempre una fuente de inspiración para mí. Su apoyo se suma al de mis tíos y abuelos. A todas ellas y ellos, porque me criaron, me apoyaron y me animaron siempre que lo necesitaba. Un amor así nunca se salda, ni tampoco hace falta, porque es pura generosidad que no pide nada a cambio. Solo podemos contentarnos con devolverlo cuando nos toque y eso pretendo hacer.

En último lugar, si existe alguien a quien le deba el más destacado de los agradecimientos, solo puede ser Leyre. Es tanto lo que le debo, que no sé cómo agradecerlo. Con ella he recorrido todo este camino con incansable humor, algunos años a distancia y otros bajo el mismo techo, pero siempre juntos. La confianza que hemos construido es un trampolín desde el que me atrevería a saltar a cualquier parte. Los varios cientos de páginas que siguen son un pequeño salto alentado por su buen espíritu, así que gracias de corazón.

Introducción

En su famosa novela *Noticias de ninguna parte* (1890), el artista y revolucionario William Morris nos presenta las aventuras de William Guest, un socialista inglés que se despierta una plácida y soleada mañana a orillas del Támesis. Estupefacto, Guest descubre que sin saber cómo ha viajado al futuro, aterrizando en una sociedad donde el comunismo ya no es un ideal por el que luchar, sino un sueño hecho realidad. La novela de Morris transcurre entre sugerentes diálogos que mantienen Guest y los habitantes de ese paraíso en la tierra, diálogos en los que se describen los pormenores de cómo podría ser una sociedad liberada de la alienación y la explotación. Un capítulo destaca sobre los demás. En “Cómo se realizó el cambio”, el protagonista escucha apasionado las palabras de un sabio anciano que relata el proceso por el que la sociedad capitalista industrializada de la era victoriana pasó a convertirse en una apacible, próspera y feliz comunidad.

La cronología del cambio que construye Morris es la siguiente: todo comienza con un aumento gradual del poder de las asociaciones obreras que, a fuerza de presión, consiguen que un gobierno liberal promulgue importantes reformas sociales. Las clases superiores van perdiendo poder “en la medida que decreció su facultad de usar arbitrariamente de su riqueza”, y las clases bajas lo ganan a medida que se van promulgando nuevas regulaciones, entre las que ocupan un lugar destacado la reducción de la jornada laboral, la fijación de “un límite mínimo para el salario” y el establecimiento “de un precio máximo a los artículos considerados como necesarios para la vida”. Pero las ganancias se muestran insuficientes ante una economía en recesión y, para abordar la inestabilidad económica, el gobierno se ve forzado a erigir “talleres nacionales para la producción de géneros de primera necesidad y mercados para su venta”. Los talleres fracasan y convierten a gran parte de la población en suplicantes de la caridad pública. Llegados a este punto, nos cuenta el sabio, mientras los obreros amenazan con socializar los recursos productivos, se suceden las ocupaciones de panaderías y tiendas por parte de sus familias, afanosas por acceder a los alimentos básicos. Los magnates de la sociedad, lejos de la impavidez, reaccionan con violencia y represión, y sus miembros más jóvenes corren prestos a alistarse en cuerpos de policía suplementarios destinados a la reyerta contra los obreros. El pueblo inunda las calles de forma tan masiva que el gobierno no se atreve a emplear a las fuerzas armadas, y Londres presencia la creación de la “Federación Colectivista, tomando el antiguo nombre revolucionario de Comité de Salud Pública”. La tensión recorre como un seísmo todo el país y alcanza el paroxismo cuando, en la gran manifestación que discurre por la principal plaza del país, el ejército abre fuego contra la multitud por orden de un general ambicioso y despiadado. El gobierno aprovecha la ocasión para llevar a juicio a los líderes del Comité de Salud Pública y, para su sorpresa e indignación, el jurado decide dejarlos en libertad. Poco a poco, el Comité se consolida como representante de las clases trabajadoras al tiempo que estas extienden una robusta red de asociaciones políticas por todo el país. La tensión social sigue *in crescendo*, y se urde un complot reaccionario: la minoría conservadora se hace con el poder desbancando a los liberales del gobierno, y en reacción a esto los pocos representantes populares abandonan la Cámara de los Comunes uniéndose al Comité de Salud Pública. Comienza así una era de doble legalidad. Los *tories*, recién instalados en Westminster, se lanzan a la persecución política encarcelando a los líderes de las revueltas. Pero el movimiento,

pertrechado con la legitimidad popular, es ya imparable: los periódicos dejan de publicarse y estalla una huelga general. El nuevo gobierno se descubre impotente ante la situación y se ve obligado a hacer concesiones. Es la calma que precede a la tormenta. Una guerra civil desgarró el país y “a la baja del siglo anterior” le sucede “el heroísmo ardoroso e impaciente de un agitado período revolucionario”. Cuando una nutrida parte del ejército regular decide pasarse al bando del pueblo, y cuando los sabotajes de los trabajadores en el lado enemigo entorpecen el reabastecimiento, el bando de los “*Amigos del Orden*” empieza a naufragar. Con ello, triunfa la “causa desesperada” de los “rebeldes” y “la causa de la esclavitud y del privilegio pasaba a ser la desesperada” (Morris, 2011: 155-186).

Es ya un lugar común señalar las habilidades premonitorias de este capítulo publicado en 1890, que se anticipó con lucidez a algunas de las secuencias que marcarían la Revolución rusa de 1917 (el nivel ciclópico de asociacionismo obrero, la doble legalidad, la guerra civil, el “agitado período revolucionario”, etc.). Una de las virtudes de la obra de Morris es, sin duda, su capacidad para mirar hacia el futuro con inteligencia y atrevimiento, sugiriendo no solo vías de cambio, sino alumbrando con ingeniosa utopía las posibilidades no realizadas de la naturaleza humana. Es llamativo, sin embargo, que la otra gran capacidad del artista romántico pueda pasar desapercibida, esta es, su mirada creativa y productiva sobre el pasado. “Cómo se realizó el cambio” es también un capítulo sembrado con los hitos de la historia revolucionaria francesa (Comité de Salvación Pública, *muscadines*, *taxation populaire*, Ley del Maximum, talleres nacionales, un ambicioso joven general dando un *coup d'État*, etc.) y británica (las referencias veladas a la masacre de Peterloo, el movimiento cartista, los *food riots*, el ocasional papel progresista de los jurados populares, las *trade unions*, etc.). ¿Por qué Morris nos presenta una historia pasada en viva continuidad con su presente? ¿No está acaso sugiriéndonos la presencia de instituciones, símbolos e hitos de las tradiciones republicanas británica y francesa en el socialismo de finales del XIX? Como le explicaba el sabio anciano a William Guest, la “gran causa eficiente del cambio” no había sido sino “una aspiración hacia la libertad y la igualdad”.

Tan solo 5 años después de la publicación de *News from Nowhere*, el ilustrador socialista y amigo de Morris, Walter Crane, publicaría la imagen que hemos incluido al comienzo de esta tesis. Se pueden contemplar en ella los *leitmotifs* e íconos del socialismo británico de la época. Pero se debe apreciar, especialmente, la imagen de una *Marianne* inglesa ataviada con el gorro frigio o *cap of liberty*, uno de los principales símbolos del republicanismo democrático. Muchas de las ilustraciones socialistas de Crane recogen el *cap of liberty* y suscitan automáticamente la pregunta: ¿se percibían a sí mismas las fuerzas socialistas de la época como herederas del legado del republicanismo democrático? Y si es así, ¿en qué sentido podían ser herederas y bajo qué nuevas formas se diferenciaron de sus predecesores?

En algún punto entre mediados del siglo XIX y principios del XX parece que esa tradición republicana comenzó a oscurecerse, quedando oculta entre las novedosas ideas que los socialistas abanderaban para legitimarse como una fuerza política diferenciada de otras alternativas de progreso, a las que consideraron *demodé*. Esta es quizá una de las grandes paradojas de la tradición socialista: que cuando consiguió afianzarse como una fuerza política independiente y adecuada para responder a los problemas de su tiempo, se vio obligada a desdibujar los trazos de su origen que la conectaban con un pasado milenarista de luchas contra la dominación. Por descontado, el argumento no puede llevarse demasiado lejos, y los casos de Morris o Crane deberían bastar como prueba de lo

contrario. Pero los inicios de lo que el historiador británico Eric Hobsbawm llamaba “el corto siglo XX” vinieron a remachar todavía más una tendencia innegable, y cuando la vieja guardia bolchevique fue suplantada por el estalinismo, parece que no fueron pocos los socialistas entre los que se volvió algo recurrente considerar los viejos principios del republicanismo cívico como un ideario “pequeñoburgués” que sería superado por las grandes mitologías e instituciones proletarias.

Pero cuando el espectro del fascismo puso en jaque las libertades más básicas algo debió cambiar. La necesidad de alianzas supuso un acicate para que socialistas y comunistas revisasen sus estrategias, y en las tornadizas tierras del comunismo estalinista fermentó un comunismo muy particular, uno en el que los estandartes del Frente Popular permitieron volver la mirada al pasado con nuevas inquietudes y pareceres. De los breves pero pródigos lodos del imaginario frentepopulista acabaría por brotar un ideal humanista destinado a protagonizar décadas más tarde algunas de las confrontaciones más épicas de la Guerra Fría, cuando miles de personas se negaron a conformarse con el nuevo *establishment* y lucharon por una idea de socialismo que no se amoldaba fácilmente al modelo soviético ni al socialdemócrata. En ese contexto, un joven militante comunista de origen británico, llamado Edward Palmer Thompson, explicaría su ruptura de 1956 con el estalinismo del Partido Comunista de Gran Bretaña (PCGB) como una vuelta a las raíces del primer socialismo, uno que identificaba con el sueño de una República igualitaria:

Los dioses humanistas: la libertad social, la igualdad y la fraternidad. Estos permanecen obstinadamente en el bando comunista. Por esa razón, aunque haya renunciado al Partido Comunista, sigo siendo un comunista (Thompson, 1957b: 31).

¿Qué nos está queriendo decir Thompson? ¿Para qué invocar la tríada revolucionaria como una manera de justificar un proyecto de renovación de las izquierdas en pleno siglo XX?

E. P. Thompson fue un historiador de talla gigantesca. Según el *Arts and Humanities Citation Index* es uno de los 250 autores más citados en la historia, y en los años 80 del pasado siglo fue el autor más citado a nivel mundial (citado en Hobsbawm, 1994: 157). Su obra *The Making of the English Working Class* ha sido considerada “sin lugar a dudas, la obra más influyente de la historia inglesa de la posguerra” (Eastwood, 2000: 635). Algunos de sus principales “rivales” no podían dejar de ser también sus admiradores: Perry Anderson le consideró el “mejor escritor socialista en Inglaterra, y posiblemente en Europa” (Anderson, 1985: 1). Las conocidas palabras que le dedicara Hobsbawm en su obituario merecen ser repetidas de nuevo:

[Thompson] no solo tenía talento, brillantez, erudición y el don de la escritura, sino la capacidad de producir algo cualitativamente diferente de lo que producíamos el resto de nosotros, algo que no se podía medir en la misma escala. Llamémosle simplemente genio, en el sentido tradicional de la palabra (Hobsbawm, 1994: 159).

La contribución historiográfica de Thompson está fuera de toda duda, incluso aunque sus obras hayan sido discutidas en profundidad por nuevos historiadores que han puesto en cuestión algunas de sus conclusiones². Su éxito, como era esperable, nunca estuvo exento de polémica, y sus escritos históricos atrajeron el desdén de muchos historiadores

² Un listado de las críticas que recibió su obra histórica puede consultarse en Efstathiou, 2015: 218-219 y McCann, 1997: 101-104.

y politólogos conservadores como J. D. Chambers, N. J. Smelser, R. Scruton o G. Himmelfarb.

Pero Thompson fue también un intelectual público y un activista incombustible, y el énfasis de esta tesis recae en esta dimensión. Uno de los supuestos básicos implícitos en mi investigación es que la obra de Thompson es incomprensible si no se enmarca dentro del contexto más amplio de su vida como activista e intelectual socialista. Para Thompson el trabajo como historiador era inseparable de su vocación política y nunca se concibió a sí mismo como un profesional de la academia³. A lo largo de toda su vida se implicó en distintos movimientos sociales y políticos, lo cual no podía dejar de tener consecuencias en su propia obra teórica, la cual entendió en su doble dimensión: como una actividad desarrollada en el seno de una disciplina reglada que buscaba la máxima objetividad posible, al mismo tiempo que como una intervención política en su propio presente⁴. Thompson buscó continuamente que esta fuera una tensión creativa. En la tradición marxista encontró herramientas de análisis con una dimensión práctica y en su experiencia militante halló formas de comprender la realidad que le permitirían adentrarse con mayor lucidez en el pasado. Ese énfasis en la dimensión praxeológica del conocimiento es parte del legado de la tradición marxista⁵ que da cuenta de la *vocación práctica* por la que el conocimiento científico puede aspirar a facilitar el despliegue de programas de transformación social.

Sus opiniones políticas le costaron problemas en no pocas ocasiones, incluidos algunos obstáculos profesionales. El servicio secreto británico, el MI5, espío a Thompson durante más de 20 años –probablemente más, aunque no tenemos todavía constancia de ello– y llegó incluso a conseguir que el intelectual perdiera un empleo. Los grandes medios tampoco le consideraron con buenos ojos: aunque pudo participar en algunas ocasiones

³ “Me preocupa la forma en la que todos nosotros empezamos intentando cambiar el mundo y estamos ahora entrando en buenos trabajos académicos dedicados a interpretarlo” (carta a Ralph Miliband, 3 de agosto de 1964, citado en Efstathiou, 2015: 221); “No soy un académico [*Professor*], y cuanto más los veo más me convengo de no convertirme en uno de ellos” (carta a Ernest Dodd, 20 de diciembre de 1965, citado en Steedman, 2016: 53). Thompson también habló del *Academicus altanerus* como una especie “hinchada de autoestima” que “se congratula de sí mismo en cuanto a su alta vocación de profesor universitario, pero apenas sabe nada de cualquier otra vocación” (citado en Palmer, 2004: 178). El peligro de la vida universitaria era que, mientras había conseguido extenderse a más gente, seguía concibiéndose como una “tecnología profesional” por la que las universidades podían “presentarse como un sindicato de todos los ‘expertos’ en cada rama del conocimiento” lo cual expropiaría “al pueblo de su identidad intelectual” (Thompson, 1997b: 29). Su objetivo, sobra decirlo, no era disolver la academia, sino resolver mejor la dialéctica entre experiencia recibida y educación formal, y conseguir que esta no se convirtiera en un simple medio de promoción social o de adquisición de competencias para entrar al mercado laboral (Thompson, 1970). En un escrito autobiográfico reflexionó sobre cómo romper el abismo entre la producción intelectual, atrapada en la especialización académica profesionalizada, y la vida cotidiana de la gente común con sus aspiraciones e intereses propios (Thompson, 1987a).

⁴ Comentando qué significaba ser un historiador *comprometido* Thompson dirá: “la historia radical no debería pedir privilegio alguno. La historia radical pide los niveles más exigentes de la disciplina histórica. La historia radical debe ser buena historia. Debe ser tan buena como la historia puede ser” (“Agenda para una historia radical” en Thompson, 2000a [1985]: 14). Su compañera Dorothy se expresaba de forma similar: “Para ser un historiador del socialismo, tu podrías ser un historiador, que en su ámbito personal-político es socialista, pero la historia es la historia. La historia del socialismo debe partir desde el mismo grado de objetividad y necesidad de documentar y demostrar cualquier punto que esté argumentando. Por supuesto, sus preocupaciones políticas, ya sea el feminismo o el socialismo, pueden influir en un tema que elija estudiar y enseñar (...). Creo que en esto hay algo de tensión, pero también creo que es probable que sea una tensión creativa” (D. Thompson, 2000: 8).

⁵ “El marxismo no es ciencia en sentido convencional. Es la interrelación consciente de una teoría, una crítica y una práctica: la fundamentación racional de programas de transformación orientados en orden a unos valores y unos fines” (Muñoz, 2007).

en la BBC, vio más puertas cerradas que abiertas en este entorno. Su intervención prevista sobre la New Left en 1961 fue censurada (se publicaría posteriormente en papel). La Dimpleby Lecture que preparó sobre la Guerra Fría, destinada a aparecer en 1981, también fue rechazada. Y en 1986 la BBC rechazó de nuevo una colaboración que versaba sobre la India (citado en Efstathiou, 2015: 230). El British Council también intentó sabotear un viaje a China al que invitaron al matrimonio Thompson (citado en Thompson, 1987b).

Fuera de su país, figuras tan contrapuestas como podían ser los representantes de la OTAN y los gerifaltes de la prensa soviética pusieron su cabeza en la picota. En una charla ante la House of Representatives Committee on Armed Services, Procurement and Military Nuclear Systems, en Washington, el Supreme Allied Commander de la OTAN, Bernard Rogers, criticó la posición no-alineada de la organización pacifista European Nuclear Disarmament por ser contraproducente a los esfuerzos norteamericanos y dijo “que está en manos de un tal Thompson, que lidera la campaña por el desarme nuclear en el Reino Unido” (citado en Thompson, 1985b: 207). También el que fuera Secretario de Estado de los EEUU, George W. Ball, defendió que Thompson era un “comunista” que “había partido de una noción de apocalipsis y desde ahí explicaba todo lo demás”. El disidente Vladimir Bukovsky llegó a sugerir que Thompson recibía “órdenes directas de Moscú”. En el otro lado del Telón de Acero, no se le veía con mejores ojos: revistas como *Rude Pravo* o *International Life* declararon a la END como una organización anticomunista y sostuvieron que Thompson “trabaja para la CIA” (citado en McCann, 1997: 167, 139). Por su parte, Thompson, con acerada y erudita prosa, mostró una intrepidez irreverente al oponerse a los *clichés* de una época con tendencia al achicamiento intelectual, y asumió pagar el precio por su falta de complicidad.

Con esto no quiero transmitir la imagen de un prófugo, un exiliado interior o un marginado de la vida intelectual. Su reconocimiento ante el gran público fue tan grande como su denostación por parte del *establishment*: nunca sembró en territorio yermo, y durante algunos años en la década de los 80 fue la figura pública más conocida después de los miembros de la Casa Real. Pero, como era de esperar, el *establishment* de la Guerra Fría guardaba pocas simpatías por una mente lúcida que dedicó cuerpo y alma a subvertirlo. Puede que esto sea algo habitual entre algunos intelectuales críticos, pero entonces se nos avisa de las dificultades que estos deben enfrentar. En este sentido, el jurista socialista Franz Neumann podía escribir en 1954: “siempre he tenido por válida en la teoría socrática la afirmación de que el verdadero intelectual ha de ser un meteco, un extraño con respecto a todo sistema político” (citado en Colom, 1992: 107). Thompson rebosaba política por todos sus poros, pero nunca dejó de ser un meteco “respecto a todo sistema político”.

La literatura sobre su pensamiento no siempre ha sabido dar cuenta de esta complejidad. Hasta hace pocos años, los especialistas señalaban la “esquizofrenia” que sufrían los estudios thompsonianos, divididos entre un Thompson historiador y teórico y un Thompson activista y militante (Eastwood, 2000: 640). Afortunadamente la tendencia se ha ido corrigiendo con probada solidez en los últimos años (véanse, por citar solo algunos ejemplos significativos: Babiano, Erice, y Sanz, 2016; Madeleine Davis, 2014; Efstathiou, 2015; Estrella, 2012; Hamilton, 2011; McIlroi, 2017; Palmer, 2004). La investigación que se presenta aquí trata de seguir esta línea, poniendo a prueba la hipótesis de las posibles conexiones entre teoría y praxis.

El objetivo de esta tesis es rescatar la presencia de ideas de molde republicano que, sostengo, recorren los escritos de Thompson de principio a fin, así como ofrecer un marco explicativo de su existencia. En realidad, Thompson recibió la influencia de múltiples tradiciones intelectuales, entre las que ocupan un lugar prominente el romanticismo británico que encontró en John Ruskin o William Morris; la tradición inconformista [*non-conformist*], que conoció a través de la educación metodista que recibió en la escuela de Kingswood o de sus amigos de familia *dissenter*; el liberalismo-radical de mediados y finales del XIX, con su impugnación del imperio británico que encarnaba magistralmente la figura pública de su padre; o la tradición marxista, en sus muchas versiones, que conoció a través del activismo comunista desde sus años en la universidad de Cambridge.

Sin embargo, y de forma un tanto extraña, los especialistas en su obra han tendido a pasar por alto una de las tradiciones que Thompson heredó, asumió conscientemente y expresó en distintas formas, esta es, la del republicanismo o radicalismo democrático. Como apuntó Michael Kenny: “la influencia de la tradición cívica republicana del pensamiento político occidental en las ideas de Thompson ha sido minimizada por los comentaristas” (Kenny, 1995: 84). En las diversas monografías y artículos dedicados a analizar su pensamiento se ha tendido a tratar esa presencia de forma superficial. ¿Hasta qué punto hemos dejado de comprender algunas de las continuidades, temáticas y empeños del historiador por haber pasado esto por alto?

Pero, ¿acaso sirve de algo etiquetar a un autor de “republicano”? Si alguien se resiste a ser catalogado con facilidad es precisamente Thompson, que acostumbraba a definirse a sí mismo con expresiones estrambóticas que causaban desconcierto (como la de “marxismo muggletoniano”). A lo largo de estas páginas he tratado de ir más allá del juego de las etiquetas, dedicando espacio y extensión a los contextos históricos en los que esos “nombres” adquieren y modifican sus significados. En su confrontación con las imperiosas circunstancias del agitado siglo XX en el que le tocó vivir, el historiador hiló mimbres y remodeló ideas de muy variada procedencia, no siempre de forma congruente, pero sin duda conformando su particular contribución a la historia del pensamiento socialista. Poner luz sobre los olvidados mimbres del republicanismo nos puede ayudar a calibrar mejor cuál fue dicha contribución.

Afortunadamente, no me he visto obligado a comenzar de cero en esta tarea, aunque hayan sido muy pocos los investigadores que han conectado la evidente presencia del “radicalismo” con los estudios más recientes sobre la teoría política republicana. En su historia de la New Left, Michael Kenny apuntaba:

Después de sus experiencias dentro del Partido Comunista de Gran Bretaña, Thompson confió implícitamente en un contexto de pluralidad institucional para el desarrollo de una cultura política que engendraría una responsabilidad individual y una ciudadanía informada. Partiendo de la tradición del pensamiento civil republicano, ofreció una visión de una esfera pública reconstituida como base para la renovación política y moral. Estas ideas proporcionaron las piedras angulares para los compromisos morales enunciados en su New Left y en su trabajo posterior (Kenny, 1995: 72).

El filósofo republicano Stuart White se refirió a *La formación de la clase obrera en Inglaterra* como una obra que se “adelantó” a su tiempo al recuperar el radicalismo británico en los años 60 y 70, en un momento en el que esta iniciativa podía parecer “desfasada” ante el auge de los marxismos de la época (White, 2007). En el prólogo a la reedición española de esa misma obra publicado en 2012, el también filósofo republicano Antoni Domènech apuntó que “el socialismo del Thompson político era ya entonces, y lo fue hasta el final, un socialismo orgulloso del gorro frigio” (Domènech, 2012b: 18). En

la mejor monografía sobre el intelectual británico escrita hasta la fecha, Christos Efsthathiou escribió que “a través del *Making* y de otros estudios históricos, si no de forma primaria desde luego sí de forma esencial, Thompson estaba intentando resolver las cuestiones de su propio tiempo, y más específicamente la cuestión del radicalismo moderno, es decir, del socialismo” (Efsthathiou, 2015: 97). Estas (y otras posibles referencias) señalan una senda de investigación particularmente útil, que lamentablemente no fue desarrollada en profundidad.

Algunos autores sí que lo intentaron. El primer podio corresponde a Geoffrey Foote en *The Republican Transformation of Modern British Politics* (2005). La interpretación de Foote fue particularmente pionera, pero no está exenta de problemas. Para empezar, su concepción del republicanismo está basada en la versión “neoateniense” formulada por pensadores como Michael Sandel o J. G. A. Pocock. Para Foote “la condición fundamental de la libertad, que transformaba a un sujeto en ciudadano, era la participación en la nación política” (Foote, 2005: 7). Esta lectura del republicanismo ha sido puesta en cuestión, con cierto éxito, por otros historiadores y filósofos republicanos (véase el Capítulo 1 de esta tesis para un resumen de la polémica). Por otro lado, la obra de Foote aqueja una deficiencia hermenéutica grave en su lectura del marxismo como un lenguaje clasista que está en oposición absoluta a los valores republicanos. Tomando pie en esta hipótesis, para Foote el republicanismo latente de Thompson solo puede consistir en una serie de conceptos que emergen en los intersticios de un lenguaje marxista no apto para expresarlo, razón por la que las ideas republicanas colapsan antes de alcanzar su madurez (Foote, 2005: 23-26, 38).

La obra de Michael Kenny, como he mencionado, puede leerse en esta misma dirección, aunque adolece de una falta de discusión con la literatura neorepublicana contemporánea. Más recientemente, Stuart White ha vuelto sobre el problema para abordar de forma sistemática la cuestión republicana en Thompson. En un artículo que todavía no ha sido publicado y que lleva el título de “Paine, Cobbett, and English republicanism in the work of E.P. Thompson”, White analiza las intervenciones políticas de Thompson en los años 70 como una tensión entre un republicanismo de tipo más iusnaturalista (inspirado en T. Paine) y uno de tipo más historicista (inspirado en W. Cobbett)⁶. Según el autor: “el trabajo de Thompson, como historiador y polemista, se compromete con las ideas centrales de lo que los teóricos políticos llaman hoy ‘republicanismo’, específicamente el enfoque en la libertad como ‘no dominación’” (White, 2020: 1). Aunque su distinción entre argumentos iusnaturalistas y argumentos historicistas es discutible –quizá sea preferible ver una cierta permeabilidad entre ambos– lo cierto es que este artículo constituye una de las mejores aportaciones a los estudios thompsonianos. Su limitación es, probablemente, temporal: al circunscribirse a los años 70 y 80, no da cuenta del nervio del asunto en otras publicaciones del historiador.

Rellenar ese vacío en la literatura es una de las aspiraciones de esta tesis. Como decíamos, considerar la relación del intelectual británico con el republicanismo no implica negar el peso de otras tradiciones, sensibilidades y esquemas en su pensamiento. Más bien al contrario, nos permite enriquecer nuestra comprensión del alcance, la vigencia y los límites de este. En esto no hago sino seguir una intuición formulada por Philippe Pettit cuando presenta la libertad republicana como una herramienta heurística

⁶ He tenido la oportunidad de discutir este borrador con el profesor White. Le agradezco enormemente que me enviase el manuscrito en sus distintas versiones y el haberlo podido discutir en detalle.

para la historia de las ideas: es “un tema unificador que vincula a pensadores de períodos muy distintos y con trasfondos filosóficos muy diversos” (Pettit, 1999: 29).

Es posible que el cruce de registros que se encontrará en las siguientes páginas desconcierte a más de un lector. Recurrir a los discursos y métodos de la historia del pensamiento político, de la historia política y de la filosofía no es en este caso fruto de voluntad veleidosa, sino decisión metodológica deliberada. Desde finales del siglo XIX las ciencias sociales se fueron constituyendo como disciplinas autónomas al precio de una fragmentación con perniciosas consecuencias epistemológicas (Casassas, 2010: 195-205; Mundó, 2011, 2016). Este es un precio que todavía hoy seguimos pagando. A pesar del cacareado discurso sobre la interdisciplinariedad, lo cierto es que hoy en día la consolidación de una trayectoria académica sigue pasando por el aro de esa especialización fragmentada (en la medida en que exige publicar de forma coherente en revistas académicas divididas por disciplinas). En todo caso, cada vez son más los investigadores que renuncian a las escafordas de una sola pieza, y esta tesis constituye un intento de bucear con las distintas herramientas que he considerado pertinentes. No cabe duda de que la balanza se ha inclinado más por la historia que por la teoría, un *adagio* que el propio Thompson planteaba en 1977: “durante varios decenios, los historiadores han tenido miedo al fracaso de los grandes teóricos; ya es hora, para los historiadores, de insistir muy decididamente para que la teoría considere los resultados historiográficos” (Thompson, 1991a: 30).

Un apunte más es necesario. Existe un aspecto que he aparcado deliberadamente con la intención de poder concentrarme en otros. Se trata de la relación de Thompson con el marxismo o la tradición marxista. Hay dos razones que justifican la decisión. La primera, es que esto ha sido discutido ya ampliamente en la literatura académica (sin alcanzar necesariamente un acuerdo), aunque de aquí no se colige que no tenga mi propio dictamen sobre qué es esta tradición y cómo la entendió Thompson. La segunda, es que el mismo Thompson se vio influenciado por un número tan abismal de autores y tradiciones que la discusión escolástica sobre su “marxismo” no tiene por qué aportar necesariamente más claridad, y menos si se realiza bajo la habitual forma de comparaciones con otros autores marxistas que suele esconder una pulsión dogmática no reconocida. Esta es la razón por la que el lector podrá comprobar que el célebre debate con Althusser ocupa aquí un lugar minoritario, mientras que otros textos menos conocidos de Thompson son puestos en primer plano. El beneficio es, quizás, divulgar aspectos menos conocidos de su obra. En defensa propia puedo alegar haber discutido su relación con la tradición socialista en general y su relación con el comunismo británico en particular, así como la propuesta de una “renovación” en clave metodológica y en clave ético-política de la tradición marxista.

Baste por ahora señalar que para Thompson lo más esencial de Marx fueron siempre sus escritos históricos y políticos: “si existe una base común para todas las prácticas marxistas esta debe yacer donde la colocó el propio Marx, en el materialismo histórico. Esta es la base de la cual emerge toda teoría marxista, y a la cual debe retornar al final” (Thompson, 1978b: 236). En sus últimos años en vida seguía defendiendo posturas parecidas. Su compilación *Costumbres en común*, o artículos como “El entramado hereditario”, muestran el pensamiento de un historiador comprometido con las categorías del marxismo, y revelan también sus compromisos políticos con esta tradición:

Yo he discutido contra el marxismo como una ideología, pero no he renegado de mi deuda con una tradición marxista abierta e innovadora. He pronunciado mis anatemas contra el estatismo comunista –los controles mentales y todas las medidas de seguridad ultraintrusivas y brutales del actual régimen soviético están más allá de cualquier disculpa posible– pero también he señalado los elementos contradictorios (y potencialmente democráticos) en la herencia comunista (Thompson, 1985a: 18).

Sus escritos pueden leerse, en este sentido, como contribuciones desde *dentro* de la tradición marxista, que profundizan o complementan áreas tradicionalmente poco abordadas por esta. Thompson mismo parece que lo entendió así cuando dijo que su obra quería rellenar un cierto vacío:

lo que yo considero un verdadero “silencio” en Marx, silencio que se encuentra en el ámbito que los antropólogos llamarían sistemas de valores. No es que Marx dijera algo que haga imposible llenar este “silencio”, pero hay un “silencio” en relación a las reflexiones de tipo cultural y moral, a los modos en que el ser humano está imbricado en relaciones especiales, determinadas, de producción, al modo en que estas experiencias materiales se moldean en formas culturales, a la manera en que ciertos sistemas de valores son consonantes con ciertos modos de producción, y a la manera en que ciertos modos de producción y relaciones de producción son inconcebibles sin sistemas de valores consonantes. Una no depende de la otra. No existe una ideología moral perteneciente a una “superestructura”; lo que hay son dos cosas que constituyen las dos caras de la misma moneda. Esta preocupación ha estado presente siempre en mi trabajo. Me ha hecho rechazar explícitamente la metáfora “base/superestructura” y buscar otras metáforas. En mi trabajo me han interesado especialmente los valores, la cultura, el derecho, y esa zona donde se hace manifiesta esa elección que normalmente llamamos elección moral. Fue la ausencia total de un lenguaje para tratar la moral y los valores lo que constituyó una característica distintiva del estalinismo (...) Lo que yo examino es la dialéctica de la interacción, la dialéctica entre “economía” y “valores”. Esta preocupación se encuentra en todo mi trabajo histórico y político (Thompson, 1984b: 315-317).

Por poner una palabra más sobre el asunto, debe aclararse que en muchas ocasiones he preferido hablar de “socialismo” en lugar de “marxismo”, siguiendo en ello a nuestro autor: “nosotros tendemos a ver el marxismo no tanto como un sistema autosuficiente, sino más bien como una influencia creativa fundamental dentro de una tradición socialista más amplia” (Thompson, 1959a: 8). Mi uso de los términos “socialismo” o “tradición socialista” es deliberadamente amplio. Trato de incluir a las variadísimas familias y subtradiciones que lo compusieron desde sus orígenes y a las mutaciones que fue alumbrando con el paso del tiempo. Atender a esa pluralidad de la tradición socialista implica reconocer la apuesta estratégica de Thompson que bregó contra las inclemencias de su tiempo al tratar de rescindir la herida de las divisiones internas, particularmente la provocada por la escisión entre la II y la III Internacional. Thompson se afanó en construir espacios políticos donde socialistas de muy diverso cuño, incluidos los anarquistas, pudieran colaborar. Se dice que Otto von Bismarck, al enterarse de la división entre Marx y Bakunin en la primera Asociación Internacional de Trabajadores, afirmó “¡La realeza, la riqueza y el privilegio bien pueden temblar si los Negros y los Rojos vuelven a unirse!” (citado en Pinta, 2013: 9). Como tendremos ocasión de explicar, una parte considerable de la vida política del intelectual británico se dedicó a hacer temblar a los Bismarck de su tiempo.

Las fuentes de investigación trabajadas en esta tesis las constituyen la literatura académica reciente sobre el republicanismo, fuentes primarias y secundarias de historia política europea, la bibliografía secundaria sobre Thompson y, como no podía ser de otra manera, los escritos del propio historiador. Una parte notablemente considerable de estos

escritos no ha encontrado todavía su traducción al castellano⁷. A lo largo de las siguientes páginas he ofrecido mi propia traducción de todas aquellas fuentes que cito en el inglés original (al margen de que haya traducciones disponibles), e indico expresamente cuando he modificado traducciones castellanas ya existentes (con la excepción de los artículos recopilados en *E. P. Thompson. Democracia y socialismo*, Ciudad de México: Universidad Autónoma de México, 2016, donde la traducción presentaba tantos problemas que tuve que revisar todas las citas).

Lamentablemente, el archivo del intelectual británico almacenado en la Bodleian Library de la Universidad de Oxford permanecerá cerrado hasta el año 2043 por decisión familiar. El asunto no deja de tener algo de misterioso. Su hija Kate Thompson tuvo la amabilidad de comunicarme que no se aceptan excepciones para el acceso y que ella misma desconocía las motivaciones concretas de este prolongado cierre⁸. En cualquier caso, existen multitud de documentos no publicados hasta la fecha que han sido analizados por colaboradores e investigadores desde hace décadas. Sus colegas más cercanos como John Saville conservaron y citaron partes de su correspondencia privada (Saville, 1976, 1994). Brian Palmer fue el primero en destacar la importancia crucial de los artículos de los años 50 y 60 como los momentos en los que se forjaron muchos de los esquemas de pensamiento que servirían de base para toda su obra posterior (Palmer, 1981) y ofreció también algunos materiales novedosos en la obra que escribió poco después de la muerte del intelectual socialista (Palmer, 2004 [1994]). Michael Kenny fue pionero en investigar los materiales del archivo personal de Lawrence Daily en el Modern Records Centre de la Universidad de Warwick (Kenny, 1995). Peter Searby y Andy Croft hicieron sus excavaciones en el Department of Extra-Mural Studies de la Universidad de Leeds, rescatando la dimensión como docente en una comunidad obrera que sería determinante para sus trabajos históricos (Croft, 1996; Searby, Malcolmson, y Rule, 1993). Gerard McCann fue precursor en analizar los artículos periodísticos de Thompson de los años 70 como una expresión del “humanismo socialista” y de un comunismo

⁷ Valorar la recepción de Thompson en España no es trasunto fácil. Para empezar, las traducciones (hasta hace muy pocos vinculadas a editoriales de Barcelona y Valencia) fueron tardías. *The Making of the English Working Class*, publicada en 1963, no llegaría traducida a España hasta 1977 (editorial Laia, Barcelona). En ese proceso de recepción es obligado mencionar la imprescindible y valiosa tarea de Josep Fontana que consiguió que gran parte de la obra de Thompson fuera publicada en la editorial Crítica (Barcelona) bajo la dirección de Gonzalo Pontón. Aquí fueron traducidos: *Miseria de la teoría*, 1981; *Opción cero*, 1983; *Tradición, revuelta y consciencia de clase. Estudios sobre la sociedad preindustrial*, 1984; *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, 1989; *Costumbres en común*, 1995; *Agenda para una historia radical*, 2000 y la compilación de textos organizada por Dorothy E. P. Thompson. *Obra esencial*, 2002. La revista *Historia social* tradujo algunos ensayos importantes en 1989, 1991 y 1994. El instituto Alfons el Magnánim de Valencia tradujo *William Morris, de romántico a revolucionario* en 1988. El Centro Francisco Tomás y Valiente de Valencia también jugó un rol importante al publicar *Las peculiaridades de lo inglés y otros ensayos* en 2002. Recientemente la figura de Thompson ha atraído más atención en el público hispanohablante y algunas de sus obras han sido reeditadas o traducidas por primera vez al castellano: *Los orígenes de la ley negra. Un episodio de la historia criminal inglesa*, Madrid, Siglo XXI, 2010; *La formación histórica de la clase obrera en Inglaterra*, Madrid, Capitán Swing, 2012; *E. P. Thompson. Democracia y socialismo* [compilación y edición crítica de Alejandro Estrella], México, UAM-Unidad Cuajimalpa, 2016; *La formación histórica de la cacerolada: charivari y rough music. Correspondencia y textos afines (1970-1972)*, Madrid, Libros Corrientes, 2018 o *Costumbres en común. Estudios sobre cultura popular*, Madrid, Capitán Swing, 2019 (en el que tuve la oportunidad de escribir el estudio introductorio). Para profundizar en el legado de Thompson en la historiografía española puede consultarse la reciente compilación resultado de un seminario que tuvo lugar con motivo del 50 aniversario de la publicación del *Making* en Babiano *et al.* (2016).

⁸ Comunicación personal, 23 y 26 de marzo de 2019. Peter Conradi sostiene que la decisión de Dorothy estuvo motivada por la intención de que no se escribiese ninguna biografía sobre Thompson hasta que no hubieran pasado 50 años desde su muerte (Conradi, 2013: 6).

libertarian llevado a la práctica, y pudo sacar provecho de mantener correspondencia con Thompson en sus últimos años en vida (McCann, 1997). La tesis de José Ángel Ruiz Jiménez defendida en 2005 fue de las primeras investigaciones en abordar de forma estructural la aportación de Thompson al movimiento pacifista, con buenas dosis de archivo y material primario obtenido de diferentes entrevistas (Ruiz Jiménez, 2009). Scott Hamilton desempolvó y escrutó varios documentos de gran valor (especialmente el titulado “Six Weeks in India”) en los *Saville Papers* (Hamilton, 2011). Peter Conradi tuvo la oportunidad de acceder excepcionalmente al archivo Thompson con el objetivo de recabar materiales para la biografía oficial de Frank Thompson, el hermano mayor de E. P., por lo que algunas pistas biográficas pueden encontrarse en esta obra (Conradi, 2013). Carey Davis descubrió algunos documentos inéditos en el archivo del PCGB en el Museum of Working Class history de Manchester; y Christos Efstathiou sacó buen provecho al investigar documentos sobre la militancia en el CND y en el END en el archivo de la London School of Economics (véase ambos en Efstathiou, 2015). Carolyn Steedman investigó la correspondencia entre Thompson y el que fuera su asistente de investigación de archivo desde 1964 hasta 1979, el viejo historiador local E. Dodd (Steedman, 2016). La correspondencia inédita entre Natalie Zemon Davis y Thompson fue publicada primero en *Past & present* y comentada por Alexandra Walsham (Walsham, 2017). John McIlroy y Madeleine Davis han sido los primeros en proporcionar un análisis en profundidad de las más de 400 páginas de documentos desclasificados en 2016 por el MI5 que recogen el espionaje sobre el historiador (Madeleine Davis, 2018; McIlroi, 2017). A lo largo de esta tesis he hecho uso de estos materiales de archivo a través de estos autores, pero hay una fuente que he manejado con mayor profundidad y de primera mano y son justamente los archivos del MI5. Mi pequeño granito de arena en esta profusa historia de las fuentes primarias puede encontrarse aquí: en mi lectura he resaltado algunos aspectos que creo que no aparecen recogidos en trabajos previos.

Puede resultar de interés dejar claro lo que no se encontrará en esta tesis. Esta no es una biografía de Thompson, ni tampoco una investigación sistemática sobre su obra en la que comparezcan todos y cada uno de los debates en los que se vio implicado. Tampoco se ofrece aquí una reconstrucción lineal o cronológica de su pensamiento. Esfuerzos así ya se han realizado con bastante éxito y algunas limitaciones (véase especialmente Efstathiou, 2015; Hamilton, 2011). Mi contribución específica consiste en haber reconstruido de forma sistemática la dimensión republicana del pensamiento político de Thompson. Una narración lineal, que recorriera los intrínquilos de su juventud hasta los escritos de su vejez, no me ofrecía ventajas expositivas. He optado, en su lugar, por una estructura *temática* con el objetivo de que el lector pueda comprender de forma más clara mis argumentos. Al tomar esta decisión, la ilación y el ritmo de la tesis han podido perder fluidez, pero a cambio los capítulos han ganado autonomía como unidades cuasi-cerradas y permiten ser consultados con mayor facilidad. Veámoslo en detalle.

En el **primer capítulo** se da cuenta del estado de la cuestión de los estudios republicanos, tanto en la historia del pensamiento como en la filosofía política. Desde hace unas décadas los estudios sobre el republicanismo han ido despertando cada vez más interés, trascendiendo en ocasiones las barreras de la academia. Sin embargo, la configuración habitual que adoptan estos estudios “neorreplicanos” ha sido criticada desde diversos frentes. En este capítulo se delimita con precisión cuál ha sido la

aportación de los pioneros en el neorrepblicanismo y se explican algunas de las principales críticas que han recibido desde sus propias filas. Los críticos han conseguido poner de manifiesto la necesidad de abordar con mayor profundidad y atención el problema de las condiciones sociales y económicas de la libertad republicana; los peligros de desatender a los desafíos que presenta la proteica tradición del iusnaturalismo; han denunciado el maltratado lugar que ocupa la democracia en los estudios clásicos de esta corriente académica y, sobre todo, han ofrecido sustanciosas pruebas de que la tradición republicana es coalescente con gran parte de la tradición socialista. El problema de la vigencia del republicanismo en gran medida se juega en poder dar cuenta de estas dimensiones. Pertrechados con la brújula y el mapa del republicanismo, los siguientes capítulos están dedicados al historiador.

La historia del comunismo de Thompson puede leerse en parte como la historia de las relaciones entre la tradición socialista y la tradición republicana en los acerbos y asfixiantes años de la Guerra Fría, cuando más que nunca el “comunismo” parecía absolutamente divorciado de las preocupaciones por la libertad y los derechos que caracterizaron históricamente a los políticos y pensadores republicanos. **El capítulo 2**, por tanto, ofrece una reconstrucción histórico-política de la Europa de postguerra cuyo hilo narrativo es el problema de la unidad del movimiento obrero, que pareció atisbar una solución en los duros años del antifascismo y del *momentum* democrático que va de 1943 a 1947, hasta que el estallido de la Guerra Fría puso fin a las esperanzas del socialismo revolucionario. El legado del 45, sin embargo, no puede pasar desapercibido: el Pacto Social de posguerra representó la cristalización institucional de todas estas victorias y derrotas, demarcando el campo de juego en el que todos los actores de la izquierda se verían obligados a redefinir su naturaleza. Vapuleado por la vorágine de acontecimientos, un joven Thompson trató de articular el ideal de una Europa socialista unida, que incluyera tanto a la Europa oriental como a la occidental, y que estaría bajo la égida de la Declaración de Derechos Humanos.

En el capítulo 2 es el contexto histórico y político el que está bajo los focos, y Thompson aparece como participante, espectador y evaluador político. Los dos capítulos siguientes están destinados a devolverle el protagonismo. En ambos se aborda de forma más directa y sistemática la cuestión republicana en el activismo de Thompson y en su obra como historiador. **El capítulo 3** se divide en dos partes. En la primera se reconstruye el entorno intelectual en el que se formó Thompson, el del comunismo británico, prestando especial atención al comunismo *libertarian* del que bebería en sus relaciones con el Grupo de Historiadores del PCGB. Un comunismo británico que entraría en irreparable crisis en 1956, conduciendo a la salida de Thompson del partido. En la segunda parte de este capítulo se analiza en una clave republicana su papel en el movimiento internacional conocido como “humanismo socialista” (una reacción a 1956), y su rol como dirigente y portavoz en los dos movimientos sociales a los que más tiempo dedicó: la New Left y el movimiento pacifista.

El capítulo 4 ofrece algunas claves para comprender la contribución pionera Thompson a la historia del pensamiento político republicano y socialista, contribución que puede rastrearse desde sus primeros hasta sus últimos escritos. Algunas de las ideas más netamente republicanas se encuentran en las intervenciones políticas tardías, particularmente su concepción del Derecho (en general) y de los derechos de propiedad (en particular), por lo que se ha dedicado el suficiente espacio para analizarlas. Finalmente, se presenta una exposición sistematizada de su concepto de “clase social”, destacando las potencialidades que ofrece como herramienta auxiliar para la investigación

y las razones por las que los estudiosos del republicanismo podrían estar interesados en este concepto.

He querido dedicar **el quinto capítulo** a la figura de George Rudé y su relación con E. P. Thompson. En sus lecturas y en sus críticas mutuas ambos historiadores enriquecieron y perfilaron mejor sus posiciones. Puede que mi exposición de la trayectoria de Rudé sea demasiado aquilatada en relación a la estructura de esta tesis, pero con ello quería compensar un cierto déficit y ausencia de reconocimiento a una de las personas menos estudiadas del marxismo británico que, sin embargo, jugó un papel pionero en la creación de la llamada “historia desde abajo” (corriente en la que se incardina la obra de Thompson). Una *addenda* sobre la Revolución francesa concluye este capítulo y permite calibrar mejor el desafío que planteó Thompson al reivindicar el jacobinismo inglés desde posiciones comunistas.

El último capítulo aporta un listado de las conclusiones alcanzadas en el conjunto de la investigación, por lo que remito al lector a dichas páginas si lo que se busca es un mayor desarrollo de las principales ideas de esta tesis.

Como muestran las numerosas publicaciones recientes, el interés que despierta la obra de Thompson está lejos de haberse agotado, y en la medida en que vayan apareciendo nuevos documentos y materiales de archivo es harto probable que continúen los debates. Este interés no se debe exclusivamente a razones puramente académicas, sino también políticas. Pese a haber disfrutado de una popularidad inusitada para un historiador y activista de izquierda revolucionaria, la figura de Thompson, sin embargo, fue cayendo en el olvido a lo largo de los 90, convirtiéndose en objeto de admiración para unos pocos, pero considerada como “romántico”, “idealista” o “moralista” por una parte considerable de las izquierdas (etiquetas que, como tendremos ocasión de ver, son el resultado de sus polémicas con los althusserianos y con la segunda New Left encabezada por Perry Anderson o Tom Nairn). La segunda década del siglo XXI vio resurgir el interés por su figura, y aunque un juicio sin evidencias empíricas sobre la amplitud de la atracción que suscita su obra sería necesariamente apresurado, no nos arriesgamos demasiado al sugerir que la tendencia se está revirtiendo. En 2013 se cumplían 50 años de la publicación de *The Making of the English Working Class*, y a lo largo de todo el mundo se organizaron seminarios y conferencias que llevaron el debate mucho más lejos de la mera discusión de la obra, para replantear la robustez y el legado del pensamiento thompsoniano en su conjunto. Durante el confinamiento provocado por el Covid-19, en el mismo año en que se escriben estas palabras, la revista estadounidense *Jacobin* se embarcó en un seminario virtual de lectura del *Making* (publicado en formato podcast con el título *Casualties of History*) que recibió considerable atención en las redes sociales. En esta investigación argumento por qué el pensamiento político de Thompson puede ofrecernos algunas claves para comprender mejor nuestro propio presente, que quizás ayuden a explicar ese renovado interés.

Merece la pena anticipar una de estas posibles razones. En un momento histórico como el actual, donde parece haber saltado por los aires la relación entre el pasado y el presente o, como sostiene Traverso, donde “las utopías del siglo pasado han desaparecido y han dejado un presente cargado de memoria pero incapaz de proyectarse en el futuro” (Traverso, 2019: 34), no es casualidad que Thompson nos resulte particularmente interesante. Y es que su obra está movida por la profunda convicción de que, como decía Marc Bloch, los que trabajamos con el material de la historia no somos “un puñado de

anticuarios ocupados por una dilección macabra en desfajar a los dioses muertos”, sino que lo que estudiamos debería, tarde o temprano, servirnos de ayuda para “vivir mejor” (Bloch, 2000: 28). Es decir, que la historia no es solo el proceso histórico que comparece como “causa” del presente; ni tampoco se reduce exclusivamente a las inercias que arrastramos y que, indefectiblemente, tienden a esconderse en los reinos del inconsciente, naturalizando lo cotidiano; sino que, además, es un bagaje repleto de posibilidades o, como escribiría el propio Thompson, que “el pasado no está muerto, ni es inerte o confinante, sino que está repleto de energías que pueden ponerse de nuevo de nuestro lado”.

Breve biografía

E. P. nació el 3 de febrero de 1924 en Oxford, de padre inglés y madre norteamericana⁹. El ambiente familiar –de clase media y enorme capital cultural– era contestatario y crítico con el imperialismo: el padre era amigo personal de Nehru, se codeaba con Gandhi y era simpatizante de la causa india. Edward se educó en la Kingswood School de Bath, una escuela metodista, donde entró en contacto con simpatizantes comunistas como Arnold Rattenbury o Georges Matthews (estuvo cerca de la expulsión cuando le pillaron vendiendo el *Daily Worker* en su cuarto). En Kingswood aprovechó para sumergirse en la lectura de Randall Swingler, Jack Lindsay, Edgell Rickwords, Christopher Caudwell, Christopher Hill, Wystan H. Auden, William Blake, Walt Whitman y muchos otros. Su conciencia política maduró, por tanto, en torno a finales de los años 30 y principios de los 40 (“echó los dientes con las causas de España y de la independencia de la India”)¹⁰. Además de la influencia de sus padres, la otra gran figura de importancia en su formación fue su hermano mayor William Frank, por el que manifestaba admiración y envidia. Frank era el hijo aventajado de la familia, políglota y estudiante en una escuela de élite (Winchester); mientras que Kingswood era una escuela poco reconocida, y Edward, que solo dominaba el inglés, pasaba por ser el hermano “bruto” que despuntaba en el rugby. La madre no ocultaba su favoritismo por el mayor, mientras que el padre tenía a Edward por un puritano (“nunca toca el alcohol, excepto alguna sidra de vez en cuando, detesta la cerveza y no se acerca a los licores. Su fumar constante no es sino un signo de unos nervios que buscan calmarse”). En todo caso, los hermanos siempre tuvieron una relación cariñosa y activa, que se vería truncada con la repentina muerte de Frank, cuando este fue enviado durante la guerra a Bulgaria, fue atrapado y cayó ante los fusiles del fascismo búlgaro con tan solo 23 años.

Al estallar la Segunda Guerra Mundial, un Thompson de 16 años había intentado formalizar su entrada en el PCGB junto a Rattenbury y Matthews, pero su carta de

⁹ La información de esta breve biografía proviene especialmente de Conradi, 2013; Efstathiou, 2015; Hamilton, 2011; Palmer, 2004; Ruiz Jiménez, 2009.

¹⁰ La relación de Thompson con nuestro país tuvo varios momentos álgidos. Está, por un lado, esta concienciación mediada por la Guerra Civil y las Brigadas Internacionales, cuando algunos amigos de Frank, su hermano mayor, murieron en la batalla del Jarama. Pero está, especialmente, la propia participación de Thompson como activista en nuestro país. Con motivo del gran movimiento pacifista que se creó a principios de los años 80, que en España pivotaba en torno a la cuestión del referéndum sobre la permanencia en la OTAN, Thompson viajó en 1984 y en 1986 (para un breve análisis de la relación de Thompson con el movimiento español anti-OTAN véase Ruiz Jiménez, 2007: 191-196). En Madrid y Barcelona concedió entrevistas en *El País* y en la televisión autonómica catalana, dio conferencias en la Universidad Autónoma de Barcelona y en el Ateneo de Madrid, y su discurso final cerró la última manifestación del movimiento por el *no* a la OTAN. Ahí trabó buenas relaciones con el Consejo de Redacción de la revista *Mientras Tanto*, en el que estaban figuras como Manuel Sacristán y Antoni Domènech. Un recuerdo del propio Thompson reza: “Al visitar al movimiento por la paz en Barcelona en 1984 me impactó la vigorosa contribución que recibía de miembros o exmiembros del PC catalán (sobre todo exmiembros, en realidad). Los comunistas españoles, que habían sufrido bajo el régimen de Franco y cuyo partido había sido brutalmente tratado por Stalin, sabían una o dos cosas sobre derechos humanos. Pues bien, esas personas expresaron su esperanza de que uno de los efectos de un movimiento por la paz no alineado sería ofrecer alianzas con Solidaridad o Carta 77, impulsando de ese modo la autotransformación democrática del mundo comunista” (*Doble Exposure*, pp. 18-19, citado en Ruiz Jiménez, 2007: 194).

aplicación fue interceptada y los jóvenes candidatos fueron llevados ante el director del colegio para ser entrevistados por la policía. Poco antes de este episodio su impaciencia por involucrarse en la política del período mostraba ya una veta disidente: había intentado organizar a su clase para sustituir la sesión de lectura de textos religiosos del domingo por un seminario sobre Walt Whitman. Ese mismo año, dudando sobre sus aptitudes para la vida universitaria (¡*sic!*), Thompson asustó a su familia al decirles que tenía la intención de dejar sus estudios para irse a trabajar a una granja dentro de un programa que organizaba la producción de alimentos en tiempos de guerra.

El complejo intelectual comenzó a desvanecerse pronto. Sus buenas notas en Kingswood le permitieron acceder a una beca para estudiar en el Corpus Christi College de Cambridge, donde empezaría la carrera de literatura para cambiarse rápidamente a la de historia. A estas alturas ya era claramente un “simpatizante comunista”, pero no sería hasta 1942 (una vez los nazis habían roto el pacto germano-soviético) cuando se unió al partido formalmente para luchar contra el fascismo. Tenía entonces 17 años.

En la universidad fue nombrado presidente de la Cambridge University Socialist Club y conoció a Dorothy Towers, la que llegaría a ser una importante historiadora del cartismo y su compañera sentimental e intelectual hasta el final de sus días. Al cumplir la mayoría de edad, Thompson pasó a formar parte del ejército británico, viéndose interrumpidos sus estudios superiores que pasarían a la modalidad de *wartime degree*. En la guerra, el futuro historiador lucharía en Italia, Yugoslavia y el Norte de África, llegando a ser el líder de una pequeña compañía de tanques y participando en batallas como la de Montecasino o la de Anzio. Esos años leyó a autores que tendrían un profundo impacto en su vida: William Morris, Richard Carlyle, Thomas Coleridge o William Wordsworth. Al finalizar el conflicto, y antes de volver a Cambridge, emprende un breve viaje a un país con el que siempre tendría una activa relación: los EEUU. Poco después colaboró como voluntario en Yugoslavia, Bulgaria y Hungría en labores de reconstrucción de vías ferroviarias e infraestructuras básicas. De vuelta en Inglaterra, terminó la carrera de historia con sobresaliente *cum laude*, aprovechando para estudiar a Marx, Vico y Arnold Kettle. En 1947 visitó Bulgaria con su madre como *honoured guests* invitados por Georgi Dimitrov y el gobierno búlgaro.

En marzo de 1948 se postuló con éxito para un puesto en la Worker’s Education Association donde trabajaría como educador de adultos hasta 1965, mudándose para ello al distrito obrero de Siddal en la ciudad de Halifax (en el West Riding de Yorkshire, al norte del país). Desde ahí compaginaría sus labores como miembro del Comité del distrito de Yorkshire del PCGB con el activismo en el movimiento pacifista: fue secretario de la Federación de Organizaciones por la Paz, editor del *Peace Voice* de Yorkshire y colaborador de la Campaign for Nuclear Disarmament (CND). Fueron algunos de los años más frenéticos de su vida, en los que el exigente activismo tuvo que convivir con la investigación en archivos, la docencia para adultos y la crianza de sus tres hijos (aunque el grueso de los cuidados recayó sobre los hombros de Dorothy, que para entonces también era educadora de adultos, investigadora y activista por la paz). Su hija Kate Thompson recordaba en una entrevista que su padre encontraba hueco para sentarse a leer a Tolkien con ella, o para recibir interesantes visitas de figuras como Bertrand Russell o Iris Murdoch (Rabinovitch y K. Thompson, 2006).

En términos académicos, Thompson nunca vio un camino claro. En 1950 se propuso escribir una tesis doctoral, bajo la supervisión de Guy Chapman, titulada “The Influence of the Chartist Movement upon Adult Education in the Nineteenth-Century”, proyecto

que finalmente fue aceptado con el título “Working-Class Adult Education, 1840-1860” y que terminaría por cambiar por “The Background and Origins of the Formation of the Independent Labour Party in Yorkshire and its Development between 1880 and 1900”. Nunca llegó a presentar esa tesis, porque como le dijo a LePatourel en una carta fechada el 10 de octubre de 1953: “en los últimos 5 años he hecho suficiente trabajo de investigación como para presentar una tesis, pero la mayor parte de esto se incorporará a mi biografía de William Morris, que aparecerá la próxima primavera” (citado en Efstathiou, 2015: 91). No le faltaba razón. En sus años en Halifax escribiría sus dos primeras grandes obras: *William Morris. De romántico a revolucionario* (1955) y *La formación de la clase obrera en Inglaterra* (1963) [en adelante, *Making*]. Fueron los años de su salida del PCGB, en 1956, y de la creación del movimiento internacional del humanismo socialista, que en Gran Bretaña estaría muy vinculado con el movimiento de la New Left. Cuando este último desapareció en torno a 1963, Thompson entraría en una desmadejada etapa de “aislamiento político” o, como él prefería llamarlo, en una “tienda de campaña”.

Sin embargo, el éxito del *Making* entre el gran público le traería otros reconocimientos. En 1965 se le ofreció el cargo de director del Centro de Estudios de Historia Social, recientemente creado, de la Universidad de Warwick, y la familia Thompson se desplazó a Leamington (Warwickshire). Por diversos motivos, Thompson renunció a este puesto universitario en 1970 y Dorothy aceptó un puesto estable en la Universidad de Birmingham, razón por la que la familia se mudó de nuevo, esta vez a una casa rural en Wick Episcopi en las afueras de Worcester (Worcestershire). Desde 1970 Thompson vivió como escritor independiente, manteniéndose con el dinero que ganaba en distintas conferencias, con sus publicaciones y con los ingresos de Dorothy.

En 1979 Margaret Thatcher anunció la instalación de misiles de crucero en Gran Bretaña como un repunte de la Guerra Fría, y Thompson aprovechó la ocasión para salir de su tienda de campaña y retomar un activismo frenético en el movimiento por la paz, colaborando en la fundación del European Nuclear Disarmament (END) y siendo uno de sus principales representantes desde entonces. A partir de 1985 el movimiento decayó, y el historiador retomó sus labores investigadoras, justo cuando su salud ya se había resentido irremediablemente. Dedicó los pocos años que le quedaban a completar trabajos que habían quedado a medias. El 28 de agosto de 1993 falleció en Worcester. Pocas semanas después de morir era tal la cantidad de personas interesadas en su figura que se organizó un encuentro dominical en su casa, en el que Dorothy tuvo que hacer de anfitriona para más de 200 invitados, entre los que se contaban los vecinos de clase trabajadora que solían acudir de visita, los compañeros de militancia, los colegas académicos y los estudiantes que habían participado en algunos de los muchos seminarios que se organizaban en casa de los Thompson.

Capítulo 1. ¿Vino nuevo en odres viejos? República y socialismo

Pero si algo enseña la historia es que las olas de los grandes movimientos populares y los grandes ideales socialmente encarnados, como las olas oceánicas, tienen una fuerza proporcional a su longitud de recorrido. Las que vienen de muy lejos, aparentemente calmas en superficie, rugen invisibles en las zonas abisales y terminan abatiéndose inopinadamente con una potencia indescriptible sobre las playas y los arrecifes de destino

(A. Domènech, 2012)

Yo... sopesé cómo los hombres luchan y pierden la batalla, y aquello por lo que lucharon sobreviene a pesar de su derrota, y cuando viene, resulta no ser lo que ellos querían, y otros hombres tienen que luchar por lo que ellos querían pero bajo otro nombre

(W. Morris, 1886)

El republicanismo es una de las principales tradiciones políticas occidentales, que tiene largas y profundas raíces que se remontan hasta el mundo mediterráneo antiguo, pero cuyos desarrollos atraviesan toda la historia –al menos la europea y la americana– hasta nuestros días (Skinner, 1998; Pettit, 1999 [1997]; Pocock, 2002 [1975]; Domènech, 2004; Casassas, 2010). Entre los estudiosos de esta tradición es común encontrar la opinión de que esta fue “olvidada” o “eclipsada” por otras tradiciones (liberalismo, conservadurismo, socialismo, etc.) en algún punto del siglo XIX y continuó casi desaparecida en el siglo XX. Dejando a un lado el cómo pudiera ocurrir esto (véase *infra*), lo cierto es que desde hace varias décadas se ha despertado un interés cada vez mayor por estudiar esta tradición, en una suerte de *revival* de sus valores (Sunstein, 2004 [1988]). Este interés ha trascendido los despachos y archivos de los historiadores, de tal manera que el republicanismo se presenta ya como una teoría normativa más o menos sistematizada, habiéndose convertido en una de las principales ramas de la teoría política contemporánea y de la historia del pensamiento político (Skinner, 1998; Pettit, 1999; Pocock, 2002), y llegando a ser considerada como un “programa de investigación” ambiciosamente extenso e interdisciplinar que agrupa a filósofos, historiadores, economistas, politólogos o juristas (Lovett y Pettit, 2009). En este capítulo ofrecemos, en el primer epígrafe, una breve explicación de los fundamentos de esta tradición y filosofía política, y en el segundo, abordamos las principales limitaciones y críticas que ha recibido su formulación académica más conocida, el llamado “neorepublicanismo académico” o “republicanismo neorromano”. Una de las principales hipótesis que se defenderá aquí es que la tradición republicana es coalescente con gran parte de la tradición socialista, que pese a sus orígenes antipolíticos pronto adoptó los principios y programas de las viejas tradiciones republicano-democráticas en un proceso de herencia y readaptación que ofrecería algunas formulaciones novedosas. La manida cuestión de la vigencia de los valores del republicanismo, creemos, se juega precisamente en reconocer este fenómeno.

Cuando se habla de republicanismo una primera advertencia es necesaria. En el castellano común las palabras “republicanismo” o “república” están inevitablemente

asociadas con una forma de gobierno determinada¹¹. Es menester señalar, entonces, que cuando hablemos aquí de republicanismos nos referimos a un sentido distinto y más rico, el que denota esa tradición política y esa teoría normativa mencionadas anteriormente, que pivotan sobre la idea central de que una república es un régimen político dirigido por ciudadanos que se autogobiernan (Dagger, 2011; Gourevitch, 2015). Por paradójico que parezca hoy en día, durante siglos ser republicano no ha significado defender o priorizar la forma de gobierno republicana. Antes del período moderno, de hecho, ambas cuestiones aparecían desligadas (algunas monarquías eran consideradas “monarquías republicanas”). En el Renacimiento italiano el republicanismos comenzó a imbricarse más estrechamente con la forma de gobierno republicana (Hankins, 2010) hasta el punto de que ser republicano en la Europa temprana moderna significaba, ante todo y en primer lugar, el rechazo de la monarquía, esto es “repudiar la antigua creencia de que la monarquía es necesariamente la mejor forma de gobierno” (van Gelderen y Skinner, 2002: 2). Pero incluso aquí el argumento no debe llevarse demasiado lejos: para autores canónicos del republicanismos moderno como Rousseau¹², Paine¹³ o Robespierre¹⁴ la cosa no siempre estuvo tan clara y se apegaron a la definición tradicional de “república”. Richard Carlile expresó esta tensión con claridad:

Al satisfacer la etimología y el significado de la palabra republicano, encontramos que, cuando se aplica al gobierno, realmente no significa nada más que un gobierno que consulta el interés público, el interés de todo el pueblo. Aunque en casi todos los casos donde los gobiernos han sido denominados republicanos la monarquía ha sido prácticamente abolida; esto no sirve, sin embargo, como una prueba de la necesidad de abolir la monarquía para establecer un gobierno republicano (“To the Readers of the Republican”, citado en Leibold, 2017: 15).

Así pues, nuestra primera precaución será no confundir las dos acepciones, porque aunque exista una relación entre ellas, esta dista de estar clara¹⁵.

¹¹ Así aparece el término “republicanismos” en el Diccionario de la Real Academia Española: “sistema político que propugna la república como forma de gobierno de un Estado”.

¹² Para el filósofo ginebrino la República es “cualquier Estado que, independientemente de su forma de gobierno, se rige por las leyes, porque solo de esta manera el interés público llega a gobernar y la cosa pública llega a ser algo” (*El Contrato Social*, Libro III, Cap. IV. en Rousseau, 2006 [1762]).

¹³ “Lo que se llama república no es ninguna forma particular de gobierno. Es plenamente característica del objetivo, la materia o la finalidad para los que se debería establecer el gobierno y a los que se debe dedicar: RES-PÚBLICA, los asuntos públicos o el bien público; o, literalmente traducido, *la cosa pública*” (*Derechos del hombre*, Paine, 2008 [1791-1792]).

¹⁴ “He sido acusado de ser un republicano. Me honra, pero no lo soy. Si había sido acusado de ser un monárquico, debería sentirme deshonrado; pero tampoco lo soy (...) [monarquía y república] son términos vagos y sin significado... que no definen la naturaleza particular de un gobierno. (...) La Constitución francesa actual es una república con un monarca; no es por tanto ni una monarquía ni una república... es ambas cosas al mismo tiempo” (Discurso del 13 de julio de 1791; citado en Rudé, 1975: 157). Continúa Robespierre: “Preferiría ver una asamblea representativa popular y a los ciudadanos libres y respetados gobernados por un rey que ver un pueblo esclavizado y reprimido bajo el yugo de un Senado aristocrático y de un dictador. No tengo más amor por Cromwell del que tengo por Carlos I” (*Ibid.*: 158). Es de sobra conocido que el líder *montagnard* cambiaría de opinión a medida que avanzaba la Revolución francesa, pero para nuestro punto queríamos remarcar que *hasta Robespierre* defendió la concepción clásica.

¹⁵ Así para Mauricio Viroli *todo* republicano consecuente estará en contra de *toda* monarquía, incluida la constitucional, cuando esta no haya sido elegida (Viroli, 2014: 54). En esto, Viroli sigue a Paine, pero también a Kant (la *reductio ad absurdum* de Kant de la monarquía constitucional no parlamentaria se encuentra en el *Conflicto de las facultades* de 1798, citado en Domènech, 2019: 231-232). Si de acuerdo con Skinner y Hankins (véase *supra*) en la Europa moderna se imbricaron la noción de republicanismos con la noción de forma de gobierno republicana, podría estudiarse el siguiente desplazamiento semántico: cómo y cuándo se empezó a asociar de forma mayoritaria “república” a la forma de gobierno. Según los historiadores Bosc y Belissa, este paso tiene una razón de ser importante en la historia de la Revolución francesa, que tanto impacto tuvo en la vida intelectual y política europea. En la medida en que la “república

1.1. EL REVIVAL. LA CONSOLIDACIÓN DEL NEORREPUBLICANISMO ACADÉMICO¹⁶

En los años 20 del siglo pasado el historiador alemán Hans Baron, un estudioso del Renacimiento, acuñó el término “humanismo cívico” [*Bürgerhumanismus*] para designar la cultura política de las ciudades italianas. Su obra posterior en el exilio americano (*The Crisis of the Early Italian Renaissance: Civic Humanism and Republican Liberty in an Age of Classicism and Tyranny*, 1955) será una de las primeras en ofrecer una exhumación sistemática de la tradición republicana en pleno siglo XX, que correrá en paralelo con los trabajos de Zera Fink (*The Classical Republicans: An Essay in the Recovery of a Pattern of Thought in Seventeenth Century England*, 1945) y Carolyn Robbins (*The Eighteenth-Century Commonwealthman: Studies in the Transmission, Development and Circumstances of English Liberal Thought from the Restoration of Charles II until the War with the Thirteen Colonies*, 1959). Las fechas de estas publicaciones pioneras nos permiten suponer que el interés por recuperar la tradición republicana y su énfasis en la participación política está inmediatamente relacionado con los vericuetos teóricos de una Guerra Fría que generaba apatía política (véase los apartados 2.3.3. y 2.4.5. de esta investigación).

No obstante, los estudiosos acostumbran a señalar que fueron sobre todo las investigaciones consagradas a las fuentes intelectuales de la Revolución norteamericana las que reactivarían la recuperación de esta tradición. En 1967 vio la luz la obra de Bernard Bailyn, *The Ideological Origins of the American Revolution*; y tan solo dos años después lo hizo la obra de Gordon S. Wood *The Creation of the American Republic, 1776-87*. En ambas se señalaron las raíces republicanas de los *founders*, tanto de la Roma Antigua como de los republicanos ingleses del siglo XVII, poniendo en cuestión el relato “oficial” de la Revolución, que según su opinión estaba demasiado inspirado en fuentes liberales y lockeanas. En otros países europeos el camino siguió otros derroteros. En Francia, por ejemplo, el redescubrimiento de esta tradición se debió sobre todo a la obra de Maurice Aghulon y de Claude Nicolet. En Italia el papel precursor corresponde sin dudas a Franco Venturi (Audier, 2015: 3-6).

El estudio de esta tradición política se fue extendiendo paulatinamente y fue tomando un cariz más filosófico. La aportación más destacada en las genealogías del *revival* republicano viene asociada a los autores de la llamada Escuela de Cambridge. En 1975 John G. A. Pocock publicó *El momento maquiavélico* donde ofrecía una reconstrucción minuciosa de la tradición clásica con especial énfasis en las ciudades libres italianas,

sin democracia” que crean los termidorianos implica desligar de las instituciones justamente los principios que habían regulado el horizonte democrático de la Revolución, sostienen los autores, el significante “república” queda vaciado de contenido. Es así como “la república se ve esencialmente reducida a una forma de gobierno definida negativamente, por oposición a la monarquía” (Bosc y Belissa, 2017: 49). El historiador británico Geoffrey Foote también sitúa ese vaciamiento del concepto de republicanismo a finales del XVIII y principios del XIX (Foote, 2005: 11). Esta transformación de sentidos del concepto sería incomprensible sin considerar la historia del declive de la tradición republicana clásica a lo largo del siglo XIX.

¹⁶ En este epígrafe resumiré algunas de las líneas básicas de la literatura neorrepublicana, prestando especial atención a la variante más consolidada (la llamada “neorromana”, asociada sobre todo a los nombres de Philippe Pettit y Quentin Skinner) y ampliaré algunos puntos con autores que, sin considerarse parte de la variante neorromana, pueden servirnos para ilustrar nuestra argumentación. Las críticas a esta vertiente de la literatura neorrepublicana se expondrán en el siguiente epígrafe.

trazando el recorrido de esas influyentes ideas que cruzarían el Atlántico¹⁷. Tres años después su colega Quentin Skinner publicó *Los fundamentos del pensamiento político moderno. Volumen I* donde profundizaba el trabajo en direcciones similares. Sus obras posteriores ahondarían en el desarrollo de este programa amplio, si bien comenzó a trazarse una diferencia interna en las filas republicanas entre los llamados “neoatenienses” que, como Sandel (Sandel, 1996) o Pocock (Pocock, 1981; 2002: 201), ponían el peso en la idea de autorrealización de una esencia humana a través de la participación cívica y el cultivo de la virtud; y los “neorromanos” que, como Skinner (Skinner, 1984) o Sunstein (Sunstein, 2004 [1988]), consideran la participación y la virtud como un *medio* para garantizar (pero no la esencia de) la libertad republicana, que viene definida como una *ausencia* de dependencias¹⁸. Sin lugar a duda, el hito clave que marcó el salto definitivo de los departamentos de historia del pensamiento o historia política al campo de la filosofía política y la teoría normativa fue la publicación de *Republicanism: una teoría sobre la libertad y el gobierno* del filósofo irlandés Philip Pettit (1997) donde se ofrece una sistematización de algunos núcleos conceptuales de esta tradición (en su versión neorromana). La obra de Pettit puede verse como la condensación a nivel filosófico de los resultados de un programa de investigación heterogéneo, abierto y colectivo que había empezado décadas atrás.

1.1.1. La contrafigura: libertad como no-interferencia

Cualquier defensa del republicanismo como filosofía política debe dar cuenta de qué se entiende por “republicanismo” y en qué se diferencia esta tradición política de otras. El problema de definir una filosofía política tan rica y amplia es que resulta imposible encontrar una serie de criterios únicos que den cuenta de todos los detalles de los *muchos* republicanismos realmente existentes (aunque Javier Peña tiene razón al sostener que esto no es en absoluto exclusivo del republicanismo, el problema aparece igualmente cuando uno intenta definir “liberalismo” o “conservadurismo” Peña, 2008: 34). En lo que sigue ofreceremos nuestra visión de cuáles son estos criterios de diferenciación, sin pretender proporcionar una lista exhaustiva de sus características y siendo conscientes de que en esta definición es probable que no encajen cómodamente todos los autores que se autoidentifican como “republicanos”. Más bien se trata de señalar algunas ideas que se consideran centrales en esta tradición, y se asume que diferentes especialistas podrían elaborar estas ideas y sus relaciones de una forma diferente a la expuesta aquí.

Pues bien, uno de los núcleos centrales que articula esta tradición política es su idea de libertad como “independencia” del poder despótico y arbitrario (Skinner, 1998) o, en palabras de Pettit, como “no-dominación”¹⁹. Este ideal de libertad es, para los republicanos, el Bien Supremo, el fin último de la comunidad política (Pettit, 1999 [1997]: 113), lo cual no significa que no reconozcan otro valor, o que este deba ser

¹⁷ “El producto final de la experiencia florentina fue una impresionante sociología de la libertad, posteriormente transmitida a la Europa de las luces y a las revoluciones inglesa y americana” (Pocock, 2002: 172).

¹⁸ Un resumen de estas diferencias y las razones de su origen puede verse en Gourevitch (2015). La división fue un movimiento que recordaba sospechosamente al reparto de cartas entre “liberales” y “comunitaristas” que los propios neorrepúblicanos decían precisamente querer superar (por ejemplo, Skinner 2004 [1991]: 111). Este punto es resultado de conversaciones con David Guerrero.

¹⁹ Esta primacía de la libertad implica, frente a sus críticos, que el republicanismo no es reductible u homologable al comunitarismo porque “no se centra en las cuestiones de la identidad y el reconocimiento, como el comunitarismo, sino en el ideal de libertad” (De Francisco, 2007: 15).

impulsado a cualquier precio (Lovett, 2018). Como expresó Baruch de Spinoza: “el verdadero fin del Estado, es pues, la libertad” (Spinoza, 2008 [1670]: 415). Que este sea el principal valor a defender implica que el gobierno se concibe no como el dominio de un individuo o grupo de individuos sino como una *res-publica* que concierne al conjunto de ciudadanos que tratan de autogobernarse (Dagger, 2011).

Tanto Skinner como Pettit han definido la libertad republicana en contraposición a lo que consideran la noción “liberal” de libertad, por lo que será necesario detenernos en esa “imagen negativa” contra la que se perfila la concepción republicana de la libertad. Según los neorepublicanos, los liberales definen la libertad como pura no-interferencia, y tienden a considerar como seminal el ensayo “Dos conceptos de libertad” de Isaiah Berlin (Berlin, 2010 [1958]). Para Berlin, un individuo es más libre cuanto menos se interfiere en su curso de acción impidiendo que haga lo quiere hacer²⁰. La idea de que la libertad consiste en poder hacer “lo que uno quiere” tiene una gran longevidad histórica²¹. Ya en la compilación jurídica de la primera mitad del siglo VI, el *Digesto* (a la que Skinner remite la definición original de libertad republicana) aparece recogido: “es libertad la natural facultad de hacer lo que se quiere con excepción de lo que se prohíbe por la fuerza o por la ley” (*Flor., libro I de las Instituciones*, en *Digesto*, 1968: 59). También en la *Política* de Aristóteles aparece registrado el conflicto sobre cómo entender la libertad, entre aquellos que la entienden como “hacer lo que cada uno quiere” (actitud que el Estagirita adscribía a los demócratas) y los que, como el propio Aristóteles, defendían que la libertad es vivir bajo el gobierno de una constitución (*Política*, Libro V, cap. 9; libro VI cap. 2 en Aristóteles, 2018: 1310a, 1317b).

Con prontitud llama la atención de este concepto el hecho de que es muy poco exigente a nivel normativo y muy poco informativo a nivel empírico. En cuanto es sometido a un mínimo escrutinio filosófico comienzan a aparecer los problemas: ¿sabe el sujeto exactamente –y para cada una de las ocasiones– *qué* es lo que quiere? ¿Y qué ocurre con su libertad si quiere varias cosas a la vez que son incompatibles? ¿Se ve la libertad puesta en cuestión de alguna manera por el hecho de que ese querer suyo pueda estar (o necesariamente esté) determinado desde fuera, hetero-determinado (o “socialmente construido” como gusta en decirse hoy en día)? ¿Se ve puesta en cuestión por el hecho de

²⁰ Es necesario señalar, sin embargo, que el texto de Berlin está plagado de ambigüedades en el propio concepto de libertad, ambigüedades sobre las que han corrido ríos de tinta y que no repetiremos aquí. Pero puede ser útil señalar algunas: la nota 2 del texto indica que no puede hablarse de “libertad política” por mera ausencia de coacción, en la página 5 de esta edición se dice que “la libertad no es la mera ausencia de frustración de cualquier clase” y en la nota 10 intenta dar varios criterios (curiosamente todos relativos a la psique del agente) para restringir el ámbito de lo relevante a la hora de diferenciar lo que llamaríamos “libertad” y lo que no. No obstante, en las siguientes páginas se retoma el concepto de libertad como pura no-interferencia. Para Quentin Skinner, el texto de Berlin está “fuertemente marcado por las divisiones geopolíticas e ideológicas de la década de 1950” y el verdadero rival contra el que polemizaba su autor al criticar la llamada “libertad positiva” era Bernard Bosanquet, detrás del que estaba la sombra de T. H. Green. Su idea era señalar lo pernicioso de las concepciones de la libertad que la entienden como la realización de un fin ya dado, como una suerte de autorrealización (Skinner, 2005 [2001]: 24). Años más tarde, Berlin se retractaba de una premisa esencial de su concepto: la que daba por sentadas las preferencias de los individuos: “se aumenta la libertad de forma igual de efectiva eliminando deseos que cumpliéndolos” (“Introduction” a la versión revisada de *Four Essays on Liberty* publicada póstumamente con el título *Liberty* en 2002, citado en MacGilvray, 2011: 8).

²¹ Una de las razones que explica el enorme atractivo que tiene el ideal liberal de libertad a la hora de movilizar a los seres humanos es que nos ofrece verlo como una liberación respecto a un obstáculo que nos impide hacer algo. Esto da una ventaja retórica: porque es más fácil reunir en torno a sí y poner de acuerdo a diferentes personas sobre lo que debería ser eliminado, que sobre lo que debería construirse o ponerse en su lugar (MacGilvray, 2011: 6).

que el sujeto se sienta atrapado en sus propias pasiones o en un dilema entre querer hacer “lo que debe” y querer hacer “lo que quiere”? ¿Es compatible esa libertad suya con la de los demás, y en caso de no serlo, qué criterios se usan para asumir los sacrificios de libertad que implicará vivir en sociedad?

Llevada hasta el extremo, la idea de libertad como no-interferencia muestra todas sus limitaciones: un individuo podría firmar un contrato de esclavitud y sin embargo su acción se consideraría “libre” porque “hizo lo que quiso” a pesar del sinsentido jurídico que plantearía un contrato de este tipo, que de facto sería nulo de pleno derecho por “autonulificación” (A. Domènech, 2012a; Mundó, 2005). Esta idea liberal de libertad, apoteosis del individualismo, ha sido reflejada en múltiples ocasiones en la literatura y el cine. Llevada hasta sus últimas consecuencias no sería sino la capacidad del individuo para suicidarse, como trata de mostrar Kirillov en *Los Demonios* de Dostoievsky. Si la concepción de la libertad es puramente individual, el suicidio es el único acto libre, porque es el acto en el que te separas de una vez y por todas de las injerencias extrañas de la sociedad. De forma muy dostoevskiana, Jon Krakauer nos presenta la historia de Christopher McCandless en *Into The Wild* (1996, magistralmente llevada al cine por Sean Penn en 2007) en la que Christopher decide quemar su dinero y huir de la sociedad, cortando todos sus vínculos sociales, en un intento por reconciliarse con la Naturaleza y experimentar la verdadera libertad. El resultado, como era previsible, es la muerte del protagonista. Una versión diferente de esta idea de libertad, pero que podría entenderse como derivada de aquella, la ofreció el filósofo francés Jean-Paul Sartre en 1944 cuando definió la libertad como la capacidad de un individuo que, en la absoluta responsabilidad de la acción individual, es consciente de que la sociedad libre (la República) depende de su acción individual y de su poder para negarse a confesar ante su torturador:

Nunca hemos sido más libres que bajo la ocupación alemana. Habíamos perdido todos nuestros derechos, en primer lugar, el de hablar; todos los días nos insultaban y teníamos que guardar silencio; fuimos deportados en masa, como trabajadores, como judíos, como presos políticos. En todas partes, en las paredes, en los periódicos, en la pantalla, encontramos esa imagen inmundada que nuestros opresores querían que tuviéramos de nosotros mismos: por todo ello éramos libres (Sartre, 1944).

Para la tradición republicana este sería justamente un concepto erróneo de libertad. La libertad no puede consistir en una propiedad de individuos considerados de forma aislada ni menos aún puede entenderse de una forma tan psicologizada, esto es, sin referencias al marco jurídico, social, político del individuo en cuestión.

1.1.2. Libertad como no-dominación: ley, dominium / imperium, virtud

Para los republicanos, ser libre se define en contraposición a ser esclavo²². El derecho romano recoge la definición de Gayo que suelen emplear estos autores: “La principal división en el derecho de las personas es ésta: que todos los hombres son libres o esclavos” (*Gai., libro I de las Instituciones*, en Digesto, 1968: 59). Lo que define al esclavo es su situación de estar dominado, de depender del *arbitrium* de su amo (de su voluntad caprichosa y arbitraria), en suma, de ser un *subpotestate*, es decir, aquel que está bajo la potestad o poder de otro (Skinner 2005 [2001]). Como se ve, la esclavitud “se dice de muchas maneras”, por lo que en esta tradición se entendió que había déficits de libertad

²² Una buena y documentadísima introducción al neorepublicanismo académico de corte pettitiano puede encontrarse en la entrada “republicanism” de F. Lovett en *The Stanford Encyclopedia of Philosophy* (Lovett, 2018).

no solo cuando uno tenía el estatus jurídico del esclavo (en propiedad de su amo) sino siempre que se dieran esas situaciones de dependencia del *arbitrium* respecto a un tercero, siempre que el individuo no fuera el dueño de su curso vital, es decir, siempre que no fuera *sui iuris*. Por esa razón, sostiene Pettit, los republicanos definen la libertad como “no-dominación”: una condición estable de independencia respecto a las posibles “interferencias arbitrarias” que puedan provenir de un tercero.

La idea republicana de no-dominación es mucho más robusta informativa y normativamente hablando que la de no-interferencia. Permite discriminar entre interferencias arbitrarias e interferencias no-arbitrarias, asociando la dominación (la falta de libertad) solo con las primeras. Una interferencia arbitraria es aquella en la que el acto está sujeto a la decisión o juicio del agente (particular o detentador del poder de una institución o entidad) que puede decidir si llevarlo a cabo o no según le plazca, sin necesidad alguna de tener en cuenta más criterios que su propia voluntad o *arbitrium*, esto es, sin verse forzado –por algún mecanismo de control– a tener en cuenta los intereses de los afectados por ese acto (Pettit, 1999: 81 y ss.)²³. Frente al liberal que confunde toda interferencia con dominación, Pettit argumenta que podemos distinguir casos donde se dan interferencias pero no hay dominación (como en el caso de un Estado que recauda impuestos bajo un sistema fiscal que es careable públicamente y cuya recaudación y manejo se destinan al bien común), algo que un liberal consideraría como una reducción de la libertad (solo justificable como un *quid pro quo* de cara a obtener otro bien como la justicia social). Asimismo, sostiene el filósofo irlandés, podemos encontrar casos donde hay dominación pero no se dan interferencias (como un amo de esclavos que deja un amplio margen de acción a su esclavo y lo colma de regalos y prebendas), algo que el liberal no es capaz de impugnar desde sus propias premisas²⁴. La no-dominación es una noción procedimental y no consecuencialista²⁵, lo que permite seguir hablando de interferencias arbitrarias (y, por ende, de dominación) aunque la acción considerada redunde en beneficio del dominado y cuente con el consentimiento de este (Pettit, 1999: 91). En resumen: el esclavo no deja de ser esclavo porque cuente con un amo benevolente

²³ La noción de “arbitrariedad” tan central para el concepto republicano de libertad es filosóficamente controvertida. En primer lugar, presenta un carácter *dinámico* porque lo que se considera “arbitrario” en una comunidad es algo que varía con el paso del tiempo: “a medida que las gentes descubren nuevas filiaciones y se hacen capaces de ver viejas formas de trato bajo una nueva luz crítica” (Pettit, 1997: 194) y porque los intereses de los afectados que deben tenerse en cuenta para evitar la arbitrariedad nunca son evidentes por sí mismos (es necesario que comparezcan instituciones, prácticas y normas para definirlos o explicitarlos y todo ello está sujeto a procesos *políticos*, *ergo* indeterminados). Con el tiempo, Pettit ha preferido hablar de “interferencias no-controladas” en vez de “arbitrarias”, para que no se caiga en el error de pensar que *cualquier* interferencia sujeta a reglas y normas (por tanto, no sometida solo al *arbitrium* del agente) es inocua desde el punto de vista de la dominación (Pettit, 2012: 58 y ss.). Por descontado, la noción de “arbitrariedad” presenta otras dificultades filosófico-políticas. Por solo citar una de las más importantes: ¿qué ocurre con la ambivalente noción de “bien común” o “intereses comunes” como ideal regulador de la acción estatal en aquellos espacios de la sociedad donde hay encarnizados conflictos de intereses? En palabras de una de sus críticas, el concepto de no-dominación de Pettit sufre de una “indeterminación epistemológica” grave que la hace más valiosa para detectar casos de dominación entre particulares que casos de dominación por parte del Estado, lo cual no quita que ese ideal republicano pueda ser remendado aprovechando muchas de las aportaciones del filósofo irlandés (Costa, 2007).

²⁴ Esta última posibilidad se deriva del hecho de que la noción republicana de libertad es un concepto *disposicional*: no basta con que una persona no interfiera *de hecho* sobre el curso de acción de otra de forma arbitraria, sino que es necesario que *no pueda* hacerlo (Pettit, 1997: 91; para la idea de “concepto disposicional” véase Bertomeu y Domènech, 2005).

²⁵ “Un acto es arbitrario en virtud del control –o de la falta de control– que caracteriza a su ejecución, no en virtud de las particulares consecuencias que traiga consigo” (Pettit, 1997: 82).

o porque esté convencido de que ser esclavo es la mejor de sus opciones de vida. Como expresó el párroco *dissenter* Richard Price:

Los individuos en su vida privada, mientras son mantenidos bajo el poder de los amos, no pueden ser denominados libres, independientemente de lo equitativa y amablemente que sean tratados. Esto es estrictamente cierto tanto respecto de comunidades como de individuos (“Additional Observations”, 1777; citado en Pettit, 2004: 122)²⁶.

La importancia de las instituciones

Partiendo de que la libertad republicana requiere que no exista siquiera la *posibilidad* de interferencias arbitrarias, el republicanismo llegó a la conclusión de que hacía falta *institucionalizar* espacios de libertad. Para estos pensadores, la libertad está en una relación *constitutiva* con las leyes por la cual se entiende que la libertad no existe “a pesar de” la ley, sino “gracias a” esta (Pettit, 1999: 56, 96, 146, 164). Frente a la idea de Berlin de que “la ley es siempre una cadena” (Berlin, 2010 [1958]: nota 5), encontramos la idea republicana defendida por Kant en su escrito *En torno al tópico: “Tal vez eso sea correcto en teoría, pero no sirve para la práctica”* (1793), donde sostiene que las leyes suponen una serie de interferencias necesarias (no-arbitrarias) que garantizan la libertad:

Dado que toda la limitación de la libertad por parte del arbitrio de otro se llama coacción, resulta que la constitución civil es una relación de hombres libres que (sin menoscabo de su libertad en el conjunto de su unión con otros) se hallan, no obstante, bajo leyes coactivas (Kant, 2011 [1793]: 205)²⁷.

Pero si las leyes son una condición necesaria para la libertad republicana, esto significa, en primer lugar, que este valor es una propiedad social, algo que solo puede disfrutarse colectivamente en sociedad. Desde este punto de vista, ningún individuo existe *ab initium et ante saecula*: la vida social es una condición necesaria para el desarrollo de las potencialidades contenidas en el individuo, para empezar, la articulación lingüística y la autoconsciencia (Pettit, 1994: 305, 316; 1997: 95-96). Por esa razón el republicanismo

²⁶ Thomas Paine, tan querido por Thompson, defendió la misma idea en *Rights of Man*: “La moderación de Luis XVI no contribuyó en nada a alterar el despotismo hereditario de la monarquía (...) una interrupción causal de la práctica del despotismo no es una interrupción de sus principios” (Paine, 2008: 70). También Robespierre era de la misma idea: “el hombre libre no es el que actualmente no está oprimido; es aquel que está protegido de la opresión por una fuerza constante y suficiente” (Robespierre, 2005: 44). El jurista republicano Francesco Mario Pagano lo expresaba en estos términos: “se ofendería la libertad incluso por el solo hecho de poder oprimir aun sin causar violencia alguna. La libertad es tan frágil que cualquier sombra la puede ofuscar, cualquier soplo la puede quemar. La sola idea de poder ser impunemente oprimido nos quita la libre facultad de valer nos de nuestros derechos. El miedo hostiga a la libertad en su misma fuente. Es un veneno echado en la fuente de donde mana el río” (citado en Viroli, 2014 [1999]: 78-79).

²⁷ Quizás haya sido John Locke el que expresó mejor esta idea: “La ley, entendida rectamente, no tanto constituye la limitación como la dirección de las acciones de un ser libre e inteligente hacia lo que es de su interés; y no prescribe más cosas de las que son necesarias para el bien general de quienes están sujetos a dicha ley. Si los hombres pudieran ser más felices sin ella, la ley se desvanecería como cosa inútil. Malamente podríamos dar el nombre de limitación a aquello que nos protege de andar por tierras movedizas y de caer en precipicios. De manera que, por muchos que sean los malentendidos sobre el asunto, la finalidad de la ley no es abolir o restringir, sino preservar y aumentar nuestra libertad. Allí donde hay criaturas capaces de regirse por leyes, si la ley no existe, tampoco hay libertad. Pues la libertad consiste en estar libre de la violencia de los otros, lo cual no puede lograrse donde no hay ley. Mas la libertad no es, como se nos ha dicho, la falta de impedimentos que cada hombre tiene para hacer lo que guste; pues, ¿quién podría ser libre en un lugar en el que el capricho de cada hombre pudiera dominar sobre el vecino? La verdadera libertad es que cada uno pueda disponer de su persona como mejor le parezca; disponer de sus acciones, posesiones y propiedades según se lo permitan las leyes que le gobiernan, evitando, así, estar sujeto a los caprichos arbitrarios de otro, y siguiendo su propia voluntad” (Locke, 2010 [1689]: 60; §57).

ha concedido siempre una importancia central a la idea de “ciudadanía”: “la libertad como no-dominación requiere la libertad de la ciudad, no la libertad del erial” (Pettit, 1999 [1997]: 164).

Dominium e Imperium

Si la condición de ciudadanía libre exige que las leyes garanticen esos espacios de libertad se torna necesario para todo republicano debatir sobre los diseños institucionales que permitan evitar la dominación respecto a los diferentes ámbitos privados de la vida social (lo que se dio en conocer como *dominium*). Ahora bien, la propia existencia de un poder público capaz de promulgar leyes y, sobre todo, capaz de hacerlas cumplir, es en sí misma un posible foco de abusos e interferencias arbitrarias. Es por eso que, al mismo tiempo que se buscó evitar el *dominium*, esta tradición debatía y ponía en marcha mecanismos para controlar que esas instituciones públicas no se convirtieran a su vez en un nuevo tipo de dominación (a la que se llamaría *imperium*), es decir, que nadie disfrutase de un poder arbitrario de decisión sobre tales instrumentos (Pettit, 1999 [1997]: 227; 2012: 6). Los radicales *whigs* Gordon y Trenchard eran conscientes de este doble filo de la autoridad pública cuando escribieron en 1721: “mientras que el poder puede (y en la mayoría de veces así ocurre) subsistir sin libertad, sin embargo, ésta no puede subsistir sin él: así que se podría decir que la libertad tiene siempre al enemigo a las puertas” (Trenchard y Gordon, 2018 [1721-1723]: 65, §33).

Virtud y exclusivismo

Para garantizar que esos mecanismos sean utilizados, los republicanos fueron y son conscientes de que no basta con su mera existencia. El buen funcionamiento de las leyes y, por ende, la estabilidad de la República, requieren de las disposiciones virtuosas de los ciudadanos. “Virtud” es condición *sine qua non* para ser libres republicanamente (Costa, 2007; MacGilvray, 2011: 22; Pettit, 1999: 318; Pocock, 2012 [1975]). En el pensamiento de Antoni Domènech esta idea de virtud se plantea de la siguiente manera: las relaciones con uno mismo están siempre construidas políticamente en el sentido de que el individuo enfrenta conflictos consigo mismo (múltiples yoés) y por ello su libertad depende en parte de su capacidad para superar estos conflictos, de su capacidad para autogobernarse y con ello forjar su propio carácter (*enkrateia*). El individuo que no es capaz de gobernarse a sí mismo es un *akratés* y no tiene la capacidad de gobernar a los demás, según el conocido dicho del Estagirita. No hay ciudadanía –esto es, comunidad de libres e iguales con capacidad de resistir las interferencias arbitrarias de otros– sin virtud como autogobierno (Domènech, 1989)²⁸. Para algunos neorrepublicanos como Pettit, Pocock o Maurizio Viroli, se necesita además una apelación emocional que movilice la fuerza motivacional necesaria para la acción virtuosa, por lo que el patriotismo (no excluyente) y la religión (de diferentes tipos, incluyendo la “religión civil”) son una parte esencial de esta tradición (Viroli, 2014: 132)²⁹.

²⁸ Para un punto de vista diametralmente opuesto a esta visión aristotélica de la virtud como consustancial al republicanismo, véase Lovett (2018).

²⁹ Quizá el caso de Viroli sea el más extremo en su reivindicación mazziniana de la religión civil. De alguna manera recuerda a las palabras de W. E. Adams, que en 1854 escribió: “Habíamos encontrado ya un programa, pero lo que queríamos era una religión. Esta religión llegó a nosotros desde Italia (...) la República, tal y como la entendíamos, no era tanto una forma de gobierno como un sistema de moral, una forma de vida, un credo, una fe, un nuevo y benigno evangelio” (Adams, *Memoirs of a Social Atom*, 1, pp. 265-266, citado en Claeys, 1989: 307). Esta visión del republicanismo como cosmovisión puede

Ahora bien, ¿quiénes podrían disfrutar de esa condición de ciudadanía libre según los pensadores republicanos? En opinión de estudiosos como Pettit o Skinner, el republicanismo ha sido históricamente una tradición elitista, excluyente de las clases populares, las mujeres, los esclavos, los infantes y los extranjeros. Estos autores sostienen, no obstante, que en sí misma la filosofía política republicana no tiene por qué ser elitista y cabe una reformulación democrática para el siglo XXI (véase la introducción en Van Gelderen y Skinner, 2002; Pettit, 1999: 23, 71, 177; Sunstein, 2004 [1988]: 137).

1.1.3. Condiciones ontológico-sociales del ser libre

Las propiedades de este concepto de libertad (que es social y disposicional, y que está vinculada a la virtud y a la ley) tienen unos supuestos psicológicos y ontológicos determinados. Esto significa sencillamente que todo republicano maneja una determinada concepción mínima de qué es el ser humano y de qué es la vida social en la que este se desenvuelve. Las propiedades de la libertad republicana parten necesariamente del supuesto de que los individuos tienen la capacidad de tener representaciones intencionales sobre sí mismos y sobre los demás, y que tienen además la capacidad de autoimponerse reglas (epistémicas, éticas, estéticas, etc.) así como la capacidad poder seguirlas o no (Pettit, 1993). De tal manera que los republicanos entienden que los humanos son por naturaleza *corruptibles*, pero no necesariamente corruptos.

Pues bien, ¿en qué consisten estas capacidades? Para empezar, un ser humano es un ser pensante, que es un tipo de ser intencional. Los seres intencionales, siguiendo a Daniel Dennet, son todos aquellos expuestos perceptualmente a un cierto tipo de medio y que interactúan con ese medio de una forma que tiene sentido (sigue una cierta lógica o racionalidad) en términos de creencias y preferencias. Tener el estado mental “creo que P” es comportarse de tal manera que nos obligue a realizar la atribución “X cree que P” (Dennett, 1998: 56).

Seres pensantes

Un ser pensante es un tipo particular de ser intencional, más complejo, que puede realizar acciones con la perspectiva de cumplir restricciones de racionalidad que se autoimpone: que sus creencias sean ciertas o que sus acciones sean las deseadas y no otras (Pettit, 1993: 6). Para poder tener la capacidad de pensar, nos dirá Pettit, son necesarios dos requisitos:

- i) *Intentional ascent requirement*, esto es, que el sujeto sea capaz de tener no solo creencias sobre ciertos contenidos sino creencias sobre los contenidos (actuales y potenciales) de otras creencias. Esto suele conocerse como “intencionalidad de segundo orden” (Domènech, 1989). Implica que podamos creer no solo cosas del tipo: “creo que la ventana está cerrada”; sino también cosas del tipo: “Creo que la proposición ‘la ventana está cerrada’ es cierta”. Sin esas metacreencias, el sujeto no será capaz de aplicar criterios para asegurarse de que sus creencias son verdaderas.

ciertamente satisfacer las inextinguibles necesidades humanas de la búsqueda de sentido, pero hace, creemos, flaco favor a la causa republicana al exponer fácilmente todos los flancos *a la vez* ante sus críticos.

- ii) *Rule-following requirement*. El sujeto tiene que ser capaz de reconocer lo que dicta una proposición para las indefinidas formas que puede adoptar el mundo; y al reconocer esto debe ser capaz de hacer esfuerzos para que su propia formación de creencias siga aquello que dictaba la proposición creída (o no creída). Esto es, debe ser capaz de *tratar a la proposición como una regla*, identificando las restricciones que impone y estableciéndoselas a sí mismo de forma deliberada (y asumiendo, con ello, la posibilidad de fallar, la falibilidad de sus proyectos³⁰). Resumiendo, los seres pensantes tienen creencias y preferencias sobre sus propias creencias y preferencias, y son capaces de darse a sí mismos reglas que les permiten cribar la información para conseguir cumplir mejor con sus preferencias. Pero, además, son capaces de darse esas reglas en común, de tal manera que el proceso de moldear las creencias y preferencias sea un proceso compartido en sociedad. En una palabra: para los republicanos la libertad va necesariamente ligada a la capacidad que tenemos los humanos para *deliberar* (no solo para *negociar* sobre unos fines ya dados) lo cual la separa irremediamente de las teorías pluralistas de la democracia à la Bentley o Dahl (Sunstein, 2004 [1988]: 142-147, 162)³¹.

Individualismo metodológico holista

Además, esta condición de seres pensantes va vinculada a la asunción de una determinada concepción de la vida social, es decir, de una “ontología social”. Para Pettit, el republicanismo presupone una concepción del mundo social a la que denomina “individualismo holista”. Esta ontología toma una posición individualista frente al problema de en qué medida ciertas regularidades socio-estructurales comprometen la autonomía intencional del sujeto pensante o no (la dicotomía *colectivismo/individualismo*). Y toma una posición holista frente al problema de hasta qué punto podemos desarrollar nuestras capacidades humanas en aislamiento o en sociedad (la dicotomía *atomismo/holismo*):

- i) Por un lado, respecto al primer problema, los “colectivistas” afirman que si comprendiéramos bien los factores que operan en la vida social nos daríamos cuenta de hasta qué punto vivimos engañados y no respondemos a los criterios de racionalidad a los que creemos que respondemos. Frente a esta posición, los “individualistas metodológicos” se niegan a atribuir comportamientos humanos a los agregados sociales, y en tal medida se dice que su posición sirve para evacuar las “cajas negras” del análisis (Raventós, 2003). Al mismo tiempo, la posición individualista nos obliga a asumir la ambigüedad de la

³⁰ En un relato corto de peculiar hondura titulado “Sufragio Universal” (1955), Isaac Asimov plantea la inquietante posibilidad de que en un futuro no tan lejano una super máquina sea capaz de predecir los votos de los ciudadanos con tanta precisión que el propio acto de votar se torne superfluo. Pero incluso bajo estas condiciones, relata Asimov, existe un margen de error que solo puede ser enmendado con el voto de *una* persona particular para cada elección. Lo que nos recuerda con esto Asimov es que la falibilidad y la opacidad de nuestras creencias en tanto que seres pensantes es una condición necesaria de los sistemas republicanos, porque si fuéramos máquinas sin la más mínima capacidad de errar (o “ángeles”, como gustaban en plantear los escolásticos), la deliberación y la toma de decisiones de forma compartida no sería más que un gasto inútil de energía.

³¹ Es interesante recordar que el propio R. Dahl modificó sustancialmente sus teorías en una dirección más republicana cuando sostuvo que “las interpretaciones corrientes que describen el sistema americano o cualquier otro sistema de mercado como un sistema de competencia entre grupos de interés están seriamente equivocadas por no tener en cuenta la posición distintiva de privilegio de los empresarios en la política” (Introducción a *Politics, Economics & Welfare*, 1976, citado en De Francisco, 2007: 83).

conducta intencional que nunca puede eliminarse y exige por ello de un acto de *interpretación* (Mundó, 2006; Sen, 1973). Lo cual no significa en ningún caso que se renuncie a la existencia de agregados sociales o regularidades socio-estructurales, sino que éstos serán entendidos de una manera determinada y no de otra. Desde el supuesto individualista, los agregados sociales son *fenómenos emergentes* – queridos o no – de la acción individual, que, al mismo tiempo, imponen sus límites a esta (Elster, 1984, 2010). La explicación social queda comprometida con ello a especificar al máximo posible los mecanismos causales en el nivel micro, para satisfacer un requisito de inteligibilidad. De esta manera, conceptos como “clase social”, del que nos ocuparemos en el Capítulo 4, pueden ser perfectamente compatibles con el individualismo metodológico en la medida en que respeten la autonomía intencional de los sujetos (Levine, Sober and Wright, 1987; De Francisco, 1997: 109-118)³².

- ii) Por otro lado, respecto al segundo problema, los “atomistas” sostienen que los seres humanos somos capaces de desarrollar nuestras capacidades específicas –particularmente, el pensamiento– con independencia de la vida en sociedad. Frente a esto, el “holista” sostiene que la capacidad de pensamiento depende parcial y *constitutivamente* de la interacción social, es decir, que no cabe pensar uno sin pensar la otra. Pettit argumenta aquí que los dos requisitos del pensamiento (la intencionalidad de segundo orden y el *rule-following*) necesitan del “lenguaje”, que es un artefacto social, pero además necesitan de una interacción del propio sujeto con otros sujetos, esto es, necesitan de la interacción social. Por tanto, si queremos aceptar la condición de seres pensantes hemos de renunciar al atomismo.

Finalmente, esta concepción del mundo social, que subyace a la condición de seres pensantes que define a los seres humanos, tiene implicaciones para la teoría política. De esta manera, el individualismo holista “facilita” (aunque en ningún caso implica necesariamente) el paso a la teoría política republicana, en la medida en que casa con su idea de libertad como no-dominación y descarta concepciones *a-sociales* de la libertad como la que supuestamente defienden los liberales (Pettit, 1993: 285)³³.

1.1.4. La concepción fiduciaria del poder político en la tradición republicana

Una de las ideas más potentes y bien desarrolladas en la tradición republicana es su concepción de la autoridad y del poder político como un fideicomiso (Pettit, 1999 [1997]: 26, 263)³⁴. “Fideicomiso” es un término que remite a una institución jurídica muy particular cuyos orígenes podemos rastrear hasta, al menos, la Roma republicana. En su esencia más básica, se trataba de un encargo que un particular (denominado “Principal”

³² Un punto que, como veremos, será absolutamente central para el pensamiento de E. P. Thompson (en sus diatribas contra el estalinismo, el funcionalismo sociológico o el marxismo althusseriano).

³³ Para el problema del individualismo en la tradición liberal puede consultarse también Blaazer (1992: 29 y ss).

³⁴ Este apartado es especialmente deudor de los escritos de Antoni Domènech y Jordi Mundó, a los que agradezco su pericia en este campo. Para una introducción a la teoría de las relaciones fiduciarias que brilla por su claridad y contenido, puede consultarse la primera parte del Trabajo de Fin de Máster de David Guerrero (Guerrero, 2018).

o “fideicomitente”) realizaba a otro (llamado “Agente” o “fiduciario”), confiándole bienes o poderes para que los emplease o administrase, no en beneficio propio sino en beneficio de un tercer implicado, que podía ser otra persona o podía ser él/ella mismo (llamado “Beneficiario” o “fideicomisario”)³⁵.

Herramientas del ámbito *iusprivado*

Estas estructuras relacionales fiduciarias fueron concebidas e instituidas originariamente por el derecho civil (privado) romano para lidiar normativamente con relaciones entre individuos que presentaban una característica muy peculiar: que eran informativamente asimétricas. En ellas, el Principal (fideicomitente) está interesado en llevar a cabo una acción, pero no dispone de las habilidades (o el tiempo) que necesitaría para realizarla por sí mismo. Necesita, por tanto, de un Agente (fiduciario), alguien que sí tiene las habilidades (o el tiempo) necesarias, pero que no necesariamente tiene interés propio en ejecutarla a satisfacción del Principal o del Beneficiario. El vínculo entre Principal y Agente resulta problemático y peligroso (para el Principal) justamente por esto: existe siempre un margen de discrecionalidad por parte del Agente, que se podría aprovechar de la oportunidad para salir beneficiado él mismo. Ese margen de discrecionalidad no es eliminable, porque si no existiese la propia relación fiduciaria no tendría sentido (Cridle y Fox-Decent, 2016: 19)³⁶. Además, ocurre que en muchas ocasiones el Principal y/o el Beneficiario no solo no tienen la pericia o el tiempo para llevar a cabo la acción que encargan, sino que ni siquiera pueden “controlar cabalmente la realización de la misma”, lo cual aumenta necesariamente ese margen de discrecionalidad y, con ello, el riesgo de que el encargo no se cumpla en satisfacción del Principal (Domènech, 2019: 244 y ss.). Para evitar que esto ocurra, y en beneficio del potencialmente perjudicado, en la relación fiduciaria suele concederse al Principal la capacidad de disponer de toda una suerte de mecanismos de control del Agente (entre ellos, y quizá el más destacado, el “derecho de revocación”, esto es, la capacidad para interrumpir unilateralmente la relación con el Agente elegido, sin más razones que manifestar una pérdida de confianza en el mismo³⁷). Igualmente, esta institución jurídica contempla unos “deberes fiduciarios” que determinan las obligaciones morales –y a veces legales– que el Agente debe cumplir para velar por los intereses del Principal/Beneficiario (deberes de lealtad, imparcialidad, equidad, franqueza, confianza y cuidado). Esto supone una diferencia importante con las relaciones contractuales civiles en las que, supuestamente, no hay implicadas relaciones de asimetría informativa y donde los derechos y deberes están especificados y fijados de antemano por ambas partes³⁸. Finalmente, dado que el acuerdo fiduciario es una suerte de acuerdo “incompleto” –los términos de su desarrollo no pueden estar determinados precisamente por la desinformación de las partes que da origen al encargo– se entiende que el control sobre el Agente es *continuo* para minimizar los riesgos y por tanto el

³⁵ Una discusión de las traducciones de esta terminología y de las razones por las que es importante mantener la distinción tripartita (y no confundir, como se ha hecho en muchas ocasiones con ciertas razones, entre “fideicomisario” y “fiduciario”, en Guerrero, 2018: 18-30).

³⁶ Uno de los presupuestos psicológicos de las relaciones fiduciarias es el pluralismo motivacional y la idea de que los seres humanos somos corruptibles, pero no corruptos por naturaleza. Porque si el Agente solo estuviera motivado por el beneficio ajeno o por el sentido del deber encargado, no harían falta los mecanismos de control y no estaríamos hablando de una relación fiduciaria. Por otro lado, si su motivación se restringiera al beneficio propio y a la mínima oportunidad tratase de romper el acuerdo, se volvería imposible encontrar el terreno de intereses comunes que hacen posible el encargo.

³⁷ Un derecho que, no obstante, no tiene por qué estar presente en *todos* los tipos de relaciones fiduciarias.

³⁸ Aunque en algunas ocasiones no termina de quedar claro si estamos ante un contrato civil o uno fiduciario. El debate sobre este punto en el mundo anglosajón sigue abierto (Guerrero, 2018: 14-15).

Principal puede cambiar las condiciones del contrato *sobre la marcha* (Domènech, 2019: 244 y ss.), o puede exigir compensaciones *ex post* si no ha quedado satisfecho (Guerrero, 2018: 16). A pesar de su aparente complejidad, en nuestra vida cotidiana y en la historia del derecho encontramos con facilidad distintos tipos de relaciones fiduciarias: el encargo que uno realiza a su albacea testamentario o a un gestor de patrimonio, la relación que tienen los accionistas respecto a los ejecutivos de una empresa, la confianza que delegamos en los médicos que nos atienden o en el técnico que repara nuestra caldera, etc.

El salto al derecho público

Lo que interesó particularmente al republicanismo de esta institución jurídica fue el uso de las estructuras fiduciarias que se fue articulando históricamente como una manera de comprender la autoridad política³⁹. Según este uso, la autoridad pública no justifica por sí misma su posición de poder, sino que debe esta a una entidad o grupo que la ha elegido en tanto que *servidora pública*. Planteado de esta forma, las consecuencias normativas sobre el pensamiento y la acción políticas son enormes porque implican que toda autoridad pública existe exclusivamente para cumplir los intereses del Principal que la elige como Agente, y por lo tanto que debe rendir cuentas ante aquel⁴⁰. Existen varias interpretaciones del alcance y las implicaciones legales y éticas que tiene la teoría fiduciaria del gobierno. Algunos autores derivan de ella unos meros principios de “buen gobierno” como el deber de los agentes de no superponer el beneficio privado al bien común o el deber de no incumplir la ley. Pero otros especialistas consideran que las implicaciones son mucho más substanciosas. Así pues, la propia concepción fiduciaria está disputada desde frentes diversos y no debería considerarse como una teoría cerrada ni políticamente homogénea (Underkuffler, 2017: 345).

Es más, es menester indicar que el esquema fiduciario para comprender el poder político no es exclusivo de la tradición republicana ni tampoco de la “democrática”. En la historia encontramos justificaciones del poder absoluto de las monarquías en términos de un Principal divino (Dios) que delega en un agente (el Monarca o soberano) la tarea de velar por los intereses de sus súbditos (el Pueblo o beneficiario, véase Mundó, 2017; Guerrero, 2020); o el uso de principios fiduciarios para justificar la esclavitud o el colonialismo (Criddle and Fox-Decent, 2018: 16). Lo que interesó a los republicanos de este esquema fueron las posibilidades que ofrecía para articular mecanismos *efectivos* de control y dispersión del poder. En ese sentido, concibieron la relación fiduciaria de una manera particular, porque el Principal era siempre el conjunto de los ciudadanos –ya se considerasen ciudadanos a todos o tan solo a algunos de los habitantes de la República,

³⁹ La teoría del gobierno fiduciario es casi tan longeva como el republicanismo clásico y, al igual que este, ha sufrido un olvido en el siglo XX que, afortunadamente, está siendo revertido desde la década de los 90 del siglo pasado. Se ha hablado por tanto del *revival* del derecho fiduciario (Gold and Miller, 2014: 395; Criddle and Fox-Decent, 2018: 2). Una de las razones que puede explicar el creciente interés es, por un lado, la presencia todavía hegemónica de modelos contractualistas para dar cuenta de relaciones que son difícilmente comprensibles en el modelo del contrato, y por otro lado, que todavía no se han mapeado bien los tipos de relaciones fiduciarias de la esfera pública, por lo que no quedan claros los contornos sobre los que se despliega la arquitectura ética fiduciaria y grandes ámbitos de su operatividad está aún por descubrir –algo que también puede verse como una de las debilidades actuales de estas teorías (véase el artículo de Leib, Ponet y Serota “Mapping Public Fiduciary Relationships” en Gold y Miller, 2014: 404-422).

⁴⁰ Si este uso es metafórico, y por tanto desprovisto de consecuencias legales (el representado políticamente no podría acudir a un tribunal ante la ruptura del mandato representante-representado) o si, por el contrario, es *más que metafórico*, es algo que se sigue discutiendo (véase por ejemplo Purdy and Fielding, 2007: 197-202).

según las variantes más o menos oligárquicas de republicanism— complicando así la cuestión, porque aunque el Principal se conciba de forma unitaria, *de facto* está formado por distintos elementos que podrían no compartir los mismos intereses⁴¹. En cualquier caso, la presencia de esta intuición política es clara en la tradición republicana, dentro de la cual se formuló por primera vez la versión *democrática* del poder político entendido fiduciariamente, según la cual el Pueblo es el Principal que elige al Parlamento como su Agente⁴². Será precisamente esta concepción democrática y fiduciaria del poder político la que encontraremos en Thompson (véase Capítulo 3). Un ejemplo paradigmático de este republicanism democrático lo podemos ver en los *levellers* Richard Overton y William Walwyn, que en 1646 se dirigieron a la Cámara de los Comunes con las siguientes palabras:

Estamos convencidos de que no podéis olvidar que el propósito de vuestra elección como parlamentarios fue el de liberarnos de todo tipo de servidumbre y conservar la república en paz y felicidad. A tales efectos os otorgamos el poder que radica en nosotros para hacer eso mismo. Pues, precisamente, es lo que podríamos haber hecho nosotros mismos sin vosotros si por conveniente lo hubiéramos tenido: os hemos elegido —como personas que tenemos por aptamente calificadas, y fiables— para evitar algunos inconvenientes. Pero tenéis que recordar que con eso no hicimos sino conferirnos un poder de confianza, el cual es siempre revocable, como no puede ser de otra manera, y no puede ser empleado para otro fin que el de nuestro propio bienestar. (...) Nosotros somos vuestros principales, y vosotros, nuestros agentes. Esa es una verdad que no podéis dejar de reconocer. Si vosotros o cualquier otro debe asumir o ejercer un poder que no está derivado de nuestra confianza y elección, ese poder no es sino una usurpación y una opresión (Richard Overton y William Walwyn, *A Remonstrant of Many Thousand Citizens* (1646), citado en Sharp, 1998: 33-34)⁴³.

Tomando pie en esta intuición básica pero esencial, la tradición republicana se ha caracterizado por la riqueza de sus discusiones en torno al diseño de instituciones que permiten llevar la intuición a la práctica. Desde los mecanismos de rendición de cuentas, la separación de poderes, el carácter elegible (y no hereditario) de los cargos públicos, la limitación de mandatos y salarios, hasta los mecanismos de participación ciudadana como referéndums, consultas, constitución de órganos legislativos/consultivos en apoyo del legislativo, etc.⁴⁴. En suma, se trató de un elemento esencial en esta tradición: para garantizar la libertad republicana de los ciudadanos de la República, la autoridad pública

⁴¹ Para los casos en los que hay varios elementos que componen el Principal y estos eligen un único Agente, el deber de lealtad al principal se complejiza porque se exige que el Agente no priorice de forma arbitraria su tarea en beneficio de unas partes del Principal sobre las otras. Los deberes fiduciarios incluyen para ello una “regla de justicia” o imparcialidad respecto a las partes y una “regla de razonabilidad” en el sentido de que debe tener en cuenta los intereses respectivos de las partes (que no tienen por qué coincidir, véase Fox-Decent, 2005: 265). La posibilidad de que el Principal esté dividido en sus intereses en relación a cómo controlar el agente fue precisamente una de las objeciones de Filmer que Locke no supo responder, cuando discutió sobre el complicado problema de qué “opina” el pueblo cuando una parte interpreta que el contrato social está roto y otra cree lo contrario. Este punto es fruto de conversaciones con Jordi Mundó.

⁴² Cuya presencia en los sistemas jurídicos es evidente: en este molde se han ido conformando algunos de los pilares básicos del derecho público contemporáneo, especialmente del derecho constitucional (Domènech, 2019). La fórmula Pueblo-Principal y Gobierno-Agente está en la mayoría de las constituciones de los países del mundo y recogida en el artículo 21.3 de la Declaración Universal de los Derechos Humanos: “La voluntad del pueblo es la base de la autoridad del poder público”.

⁴³ En la tradición continental encontramos la misma idea. Así, para Rousseau, los cargos políticos son “una comisión, un empleo, en el cual simples servidores [del pueblo] soberano, ejercen en nombre de éste el poder del que se les ha hecho depositarios, y [el pueblo] puede limitar ese poder, modificarlo o recuperarlo cuando le venga en gana” (*El contrato social*, Libro III, cap. 1, en Rousseau, 2006).

⁴⁴ Uno de los imperativos al que los republicanos han tendido a conceder mayor importancia es el de transparencia en la gestión política, de tal manera que estos mecanismos de control del bien común sean operativos (Criddle y Fox-Decent, 2016: 22; MacGilvray, 2011: 43).

debe estar limitada, controlada y vigilada, para lo cual se concibe su propia existencia como el resultado un mandato fiduciario que la constituye como servidora pública⁴⁵. Como expresaba el artículo XV de la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano: “La Sociedad tiene derecho a pedir cuentas de su gestión a cualquier Agente público”⁴⁶.

¿Derecho romano en la *common law*?

Según el gran romanista Reinhardt Zimmermann, la tradición jurídica romana y el *common law* inglés no diferían tanto como se ha tendido a presuponer. Porque Gran Bretaña no fue ajena al gran proceso de absorción y amalgamamiento del derecho local y las viejas costumbres territoriales por parte de un *ius commune* desarrollado desde la Baja Edad Media hasta la Revolución Francesa. Es claro que la *common law* tenía sus propios desarrollos, era una ciencia legal diferenciada. Pero, nos recuerda Zimmermann, la *common law* inglesa no era de origen inglés, era más bien una especie de derecho feudal continental desarrollado por reyes y jueces en Inglaterra (Zimmermann, 1996: x-xi).

Así pues, las estructuras relacionales fiduciarias llegaron como codificación jurídica al derecho inglés, generando la institución del *trust*:

En Inglaterra, estas instituciones fueron usadas por órdenes religiosas que, por ley o por votos de pobreza, no podían ser los propietarios legales de tierra. Confiaban sus propiedades a señores feudales que las poseían legalmente por ellos, garantizando al grupo religioso el uso y el beneficio. Blackstone conjeturó que mediante esta práctica se introdujo el *fideicommissum* en el *common law*, cf. Sir William Blackstone, *Commentaries on the Laws of England*, Libro 2, cap. 20, II (Guerrero, 2018: 7)⁴⁷.

Como expresó el juez de la Corte Federal de Australia, Paul Finn, uno de los pioneros en el revival de las investigaciones sobre las relaciones fiduciarias: “La idea central de teoría fiduciaria (que el gobierno existe para servir a los intereses del pueblo y que esto tiene un efecto limitante sobre lo que está legalmente permitido aquel) se ha mantenido como un trasfondo, por no decir como algo más, en la *common law* misma” (*A Sovereign People, A Public Trust, in Essays on Law and Government, Vol. I: Principles and Values* 1, 10-13, 1995, citado en Underkuffler, 2017: 342).

⁴⁵ Para algunos expertos en Derecho Internacional existe una tensión entre los derechos humanos, que se predicán de toda la humanidad, y el concepto de soberanía (sea popular o no) que se predica a nivel estatal (normalmente en Estados uninacionales). Esta tensión podría ser reordenada de cara a resolverse de forma más justa y eficiente si se concibe que “es la humanidad en general la que asigna a ciertos grupos de ciudadanos el poder de formar gobiernos nacionales”. El Principal sería por tanto la Humanidad entera, siendo las comunidades (nacionales o plurinacionales) las Agentes que a su vez son el Principal de los gobiernos. De esta forma “los soberanos pueden y deben ser vistos como órganos de un sistema global que asigna competencias y responsabilidades para promover los derechos de todos los seres humanos y su interés en la utilización sostenible de los recursos mundiales” (Benvenisti, 2013: 306-308). La cuestión de la plurinacionalidad no aparece en el lúcido estudio de Benvenisti, pero no es incompatible con su planteamiento.

⁴⁶ Consultado en: <https://www.conseil-constitutionnel.fr/le-bloc-de-constitutionnalite/declaration-des-droits-de-l-homme-et-du-citoyen-de-1789>.

⁴⁷ En la tradición anglosajona, el papel del fideicomitente se denomina *trustor* o *settlor*, el del fiduciario se denomina *trustee* y el del fideicomisario *beneficiary* o *cestui que trust*.

¿Implicaciones económicas del mandato fiduciario?

Al hilo de estas reflexiones sobre el control del poder político, los estudiosos neorromanos han ofrecido también algunas claves sobre la organización institucional de la propiedad. Según Pettit, el republicanismo propuso límites a la acumulación de riqueza para evitar y controlar la influencia de los económicamente poderosos sobre los cargos políticos (Pettit, 1999: 253). De esta forma, para los neorrepublicanos existe una conexión entre la República y *una cierta* igualdad económica (Viroli, 2014 [1999]), porque las diferencias demasiado grandes de riqueza y poder “no son consistentes con las premisas fundamentales de un Estado republicano” (Sunstein, 2004 [1988]: 155). En cualquier caso, como veremos con detenimiento en el siguiente epígrafe, la propiedad fue justamente la “cuestión pendiente” de los neorromanos.

1.1.5. ¿La derrota del republicanismo clásico?

En el relato de los estudiosos del republicanismo es frecuente encontrar la idea de que esta tradición tan vigorosa en el pasado, sin embargo, perdió fuerza y se volvió marginal (o, para algunos, desapareció) en torno a los siglos XIX y XX. Según Pettit el eclipse del republicanismo tuvo lugar entre los siglos XVIII y XIX cuando la idea de libertad como no-interferencia: “se hizo por primera vez prominente –o eso al menos me atrevo a sugerir– en los escritos de un grupo de pensadores que tenían, como Hobbes y como Filmer, interés en argüir que toda ley es una imposición” (Pettit, 1999: 64; también MacGilvray, 2011: 18-19, 160-161; Pettit, 2004 [1997]: 115 y Skinner, 2004 [1991]: 103). El gran adalid de esta cruzada sería John Lind, que en la década de los 70 del siglo XVIII representaba las opiniones de la corona británica contra la causa de la independencia de las colonias⁴⁸. Para otros neorrepublicanos, el motivo del olvido de la tradición se debe no solo al triunfo del liberalismo sino también al auge de las críticas socialistas, y particularmente marxistas, que se convirtieron en los rivales por antonomasia del liberalismo y al hacerlo “relegaron en la sombra la referencia republicana” (Audier, 2015: 3, 73, 78).

Hasta ahora la literatura sobre cómo pudo ocurrir este eclipse de la idea de libertad republicana es escasa, aunque se han realizado algunos intentos por explicarlo. Normalmente, el proceso de declive se retrotrae a los debates sobre el auge de la sociedad comercial y el problema que esto planteaba para las reflexiones clásicas sobre la virtud (Pocock, 1981)⁴⁹. En *The Invention of Market Freedom* MacGilvray ha intentado reconstruir la historia de cómo la tradición republicana dejó de ser una teoría política prominente a lo largo del siglo XIX. En su relato, el autor nos remite a una compleja historia intelectual en la que destaca un conflicto interno a la propia tradición entre aquellos que vieron que la extensión de la sociedad de mercado impedía la implantación

⁴⁸ En una carta de Jeremy Bentham a John Lind, Bentham acusa a este de haber usado su descubrimiento de un nuevo concepto de libertad, que es “la piedra angular” de su sistema: “Hará cosa de medio año, o un año entero, tal vez más –no registro con precisión el tiempo– le comunicué a usted una especie de descubrimiento realizado por mí respecto a la idea de libertad, y de acuerdo con el cual no importaba nada que ésta fuera positiva: que lo que meramente contaba es que fuera negativa; de acuerdo con lo cual la definía como la ‘ausencia de restricción’” (citado en Pettit, 1997: 67). Aunque Pettit, como Skinner, sostiene que es Hobbes el primero en defender la idea de libertad como no-interferencia (Pettit, 2004: 125; Skinner, 2005 [2001]: 29).

⁴⁹ Una excepción notable puede verse en la obra de G. Claeys que rastrea incluso formas de republicanismo comercial igualitarista, como sería el de T. Paine o J. Thelwall, frente a otros republicanismos igualitaristas anticomerciales como el de W. Godwin o C. Hall (Claeys, 1994).

de la República y quienes sostuvieron lo contrario. MacGilvray registra una serie de ideas que aparecieron en esta época y que perdurarían hasta nuestros días: 1º) Que la necesidad de establecer un clima de negocios suponía una restricción (republicana) del poder: el gobernante no puede hacer lo que quiera, debe ser moderado, porque de lo contrario afectará a los negocios y con ello a su propio poder; 2º) que el comercio fomenta la paz y desincentiva las guerras, porque resuelve conflictos en términos de acuerdos voluntarios, incentiva las negociaciones, etc.⁵⁰; 3º) que el comercio disuelve las tradicionales relaciones de dependencia, porque está basado en intercambios entre agentes libres que firman contratos; 4º) que el comercio es la mejor manera de crear riqueza, y de la riqueza depende la seguridad y la libertad de la comunidad entera (MacGilvray, 2011: 94 y ss.). De esta manera, para algunos republicanos se rompió la conexión clásica entre la virtud cívica y el bien común, porque ahora la mera persecución del interés privado vía comercial tenía como consecuencia el aumento del bien común. No obstante, el autor remarca con lucidez que para estos pensadores la participación en el mercado era un medio para conseguir la libertad republicana, pero ambas cosas no se identificaban, no eran lo mismo. La libertad seguía siendo el control del poder arbitrario y el fomento de la virtud. Solo posteriormente se equipararía libertad con participación en el mercado (MacGilvray, 2011: 110-113)⁵¹. Cuando, sostiene el autor, esta corriente de republicanismo comercial se fusionó con lo que llama el “iusnaturalismo” liberal en el siglo XIX, se creó el paradigma de la libertad de mercado que desde entonces sería la concepción prevaleciente en nuestras sociedades. De forma significativa, los defensores de esta libertad de mercado ampliaron enormemente lo que podía ser considerado como una propiedad, de tal manera que la propia capacidad de trabajar se vio como una propiedad legítima para ser intercambiada por otras (MacGilvray, 2011: 137). El valor de la obra de MacGilvray es haber mostrado que la asociación tan extendida entre libertad y mercado proviene de una coyuntura histórica muy determinada: la de la Europa moderna que había heredado la concepción republicana clásica de la libertad y que vio cómo esta se ponía en tensión ante el ascenso del capitalismo, por lo que algunos republicanos (en confrontación con otros más apegados a la tradición) reformularon sus preocupaciones y conceptos hasta el punto de que acabó por surgir una nueva tradición política (el liberalismo) como un “hijo bastardo” del republicanismo clásico. Esta hipótesis sobre los orígenes republicanos del liberalismo fue anticipada por Antoni Domènech:

El liberalismo, históricamente considerado, es la respuesta al reto representado por la conjugación simultánea de dos exigencias políticas: la exigencia democrático-republicana de universalizar la ciudadanía (una larga tradición que, arrancando de Ephialtes y Pericles desemboca en Robespierre y Jefferson); y la exigencia republicano-tradicional (el republicanismo, digamos, de impronta latina) de excluir de existencia política no solo a los esclavos, sino a todos los *aporoí*, o como dijo Cicerón, a la *abiecta plebecula*, esto es, a quienes viven por sus manos. La satisfacción de la primera exigencia llevaba a la subversión del ‘orden social’, amenazaba la estructura vigente de la propiedad; ceder a la segunda era tanto como provocar la *secessio plebis* (Domènech, 2000: 41).

⁵⁰ Como es de sobra conocido, Benjamin Constant fue uno de los mayores defensores de esta idea en su famosa conferencia ante el Ateneo de París, *De la libertad de los antiguos comparada con la de los modernos* (Constant, 2002 [1819]).

⁵¹ Los defensores de la libertad de mercado mantuvieron la creencia del republicanismo comercial de que los mercados son el medio más eficiente de generar y distribuir riquezas, pero añadieron una determinación conceptual nueva: que los mercados además proporcionan el mayor alcance a la libertad individual (MacGilvray, 2011: 143-144).

1.1.6. Conclusiones

A lo largo del siglo XX, primero de una forma dispersa y desde la segunda mitad del siglo ya de forma sistemática, se ha ido configurando un *corpus* de estudios sobre la tradición republicana que ha tratado de rescatarla del olvido al que había sido sometida. El republicanismo se presenta así como una tradición histórica que parte del mundo mediterráneo antiguo y que llega hasta nuestros días. Y se presenta también como una filosofía política más o menos sistemática que tiene la pretensión de dotarnos de herramientas conceptuales para debatir y pensar los problemas políticos actuales. Esta filosofía política republicana parte de la noción de individuos libres y autónomos, falibles y corruptibles, capaces de decidir sobre sus propias vidas teniendo en cuenta las constricciones del entorno (cognitivas y sociales), capaces de construirse a sí mismos (autotroquelarse) y capaces de construir con los demás el mundo social en el que desean vivir (troquelamiento mutuo), y cuya libertad –su capacidad para desplegar sin intromisiones arbitrarias sus propias capacidades humanas– depende de determinados diseños institucionales que garanticen que no haya la posibilidad de sufrir interferencias arbitrarias de los demás. Y para sostener esta imagen de la naturaleza humana, el republicanismo asume una ontología social en la que quepan esas capacidades: en términos de Pettit, *si uno quiere ser republicano, tiene que ser individualista holista*, es decir, tiene que evitar el colectivismo porque compromete la autonomía intencional y tiene que evitar el atomismo, para que haya espacio para la capacidad de pensamiento con sus condiciones sociales de posibilidad. Se trata de una imagen de la naturaleza humana y una imagen del mundo social que caracterizan al republicanismo, aunque no lo agotan.

De cara a garantizar la libertad republicana a los ciudadanos frente a las intromisiones públicas (*imperium*), los republicanos concibieron la autoridad pública como un mandato fiduciario en el que los ciudadanos son el Principal y la autoridad es el Agente, ofreciéndose en el seno de esta abigarrada tradición la primera formulación democrática del mandato fiduciario que tantas repercusiones jurídicas nos ha legado.

Finalmente, los pensadores republicanos ofrecieron algunas reflexiones sobre cómo limitar la acumulación de poder privado a través de la riqueza que pudiera suponer interferencias arbitrarias entre particulares (*dominium*). Pese a su enorme influencia en la historia europea y americana, el republicanismo sucumbió ante tradiciones rivales en el mundo contemporáneo. Para muchos de los especialistas en el estudio de esta tradición, especialmente para los neorromanos, la filosofía política republicana perdió prominencia entre los siglos XVIII-XX frente a otras tradiciones (liberalismo, socialismo, conservadurismo, etc.). De lo que se trataría, en suma, es de reactualizar sus principios normativos para hacer frente a los problemas políticos actuales, y aprovechar para desechar en el camino todos aquellos componentes militaristas, misóginos, demóforos, aporóforos o racistas que tradicionalmente acompañaron a esta tradición.

Como veremos en el siguiente epígrafe, el revival neorrepblicano abrió una senda tras la que muchos investigadores decidieron lanzarse, y lo hicieron de formas diversas y con opiniones bien diferentes a las expresadas por las variantes más conocidas (especialmente la neorromana). Nos ocuparemos ahora de estas críticas con especial atención a una tesis que será crucial para comprender el pensamiento político de Thompson: que la tradición socialista fue heredera consciente del viejo republicanismo democrático.

1.2. EL GIRO “SOCIAL” DEL NEORREPUBLICANISMO: DEMOCRACIA, PROPIEDAD, DERECHO NATURAL Y SOCIALISMO

No son pocas las voces críticas que se han alzado frente a esta tendencia académica que hemos denominado neorrepblicanismo, especialmente contra la vertiente “neorromana” que ha tenido más éxito académico. Una parte considerable de estas críticas se pueden considerar *internas*, es decir, que se realizan desde presupuestos normativos compartidos: forman parte, por tanto, del “campo amigo” de los republicanos. Nos ocuparemos aquí exclusivamente de estas últimas y defenderemos que la robustez y la prolijidad de los estudios que han ofrecido estos autores críticos nos permiten hablar ya, sin temor a equivocarnos, de un “giro social” en los programas de investigación del republicanismo. No todas las críticas que recogemos aquí se realizan desde los mismos presupuestos teóricos o ético-políticos, ni todos sus autores se verían reconocidas en todas ellas. Pero sí creemos que son compatibles entre sí y que constituyen el grueso más interesante (para la filosofía política y la historia del pensamiento político) de las que se han formulado hasta la fecha. En lo que sigue hemos desglosado este epígrafe en algunos de los principales frentes en torno a los que se ha producido el giro mentado.

1.2.1. El liberalismo latente y el marginado legado democrático

Para la vertiente neorromana, los autores clásicos del republicanismo siempre priorizaron el diseño de sociedades que buscasen el “bien común”, entendiendo que el mejor principio para ello era la “constitución mixta” de Polibio, que permitía evitar las concentraciones de poder y tomaba lo mejor de cada sistema (monarquía, aristocracia, democracia). Esto no significa que los neorrepblicanos sostengan que la tradición republicana es antidemocrática *in toto*. Tomando la distinción de Moses I. Finley (Finley, 1983: 1-2) entre los dos sentidos del término antiguo *dêmos* –que refiere tanto al “cuerpo de ciudadanos en su conjunto” como a “la gente común, los muchos, los pobres”–, los pensadores republicanos, sostienen estos intérpretes contemporáneos, se preocuparon por extender la ciudadanía a todo aquel capaz de virtud (lo que normalmente excluía a una buena parte de la población) pero se opusieron tenazmente al “gobierno de clase” que estuviera diseñado para beneficiar específicamente a los pobres (MacGilvray, 2011: 37)⁵². Así es común que encontremos entre los neorromanos una crítica a lo que denominan la “tiranía de la mayoría”, la “democracia populista” o la “democracia plebiscitaria” (Dagger, 2011). En suma, un recelo hacia las formas democráticas más plenas.

⁵² MacGilvray (y no pocos teóricos neorromanos) confunde aquí el elemento político-social predominante en un gobierno democrático (los “pobres libres”) y el *objetivo* de tales gobiernos (a quién pretende beneficiar). Un gobierno de “pobres libres” podría gobernar en favor del bien común y contra los intereses de la minoría dominante, esta y no otra era la aspiración *universalista* de una sociedad sin clases (A. Domènech, 2009). Thompson recuerda, por ejemplo, cómo Engels introdujo un cambio fundamental en el borrador inédito de los principios de la Federación Socialista del Norte de Inglaterra que le envió J. L. Mahon. El original decía: “[La Federación] pretende abolir la clase capitalista y de los terratenientes, y constituir a los trabajadores de la sociedad en una república cooperativa [*Co-operative Commonwealth*]”. Engels la modificó dejándola así: “[La Federación] pretende abolir la clase capitalista y de los terratenientes, así como la clase trabajadora asalariada, y constituir **a todos los miembros** de la sociedad en una república cooperativa” (citado en “El humanismo socialista. Una epístola a los filisteos”, en Thompson, 2016 [1956]: 192, subrayado nuestro; Thompson consiguió este documento gracias al propio hijo de John Mahon).

En este sentido, algunos críticos de la vertiente neorromana han señalado que estas reflexiones habrían afectado sustancialmente a la construcción de su pilar central, el concepto de libertad republicana. Se habrían centrado exclusivamente (y explícitamente) en la dimensión “negativa” del concepto (restricciones y controles a la acumulación de poder) (véase, por citar los más conocidos, Lovett, 2018; Pettit, 2004; Skinner, 1984; Sunstein, 1988; Viroli, 2014 [1999]) y habrían considerado de forma instrumental o subordinada la dimensión de participación popular en el proceso de formación de las leyes⁵³. Por eso mismo, sostienen los críticos, aunque pensadores como Pettit hayan defendido que no hace falta elegir entre una concepción negativa y una positiva de libertad, y que precisamente la teoría neorrepública permitiría superar esa anquilosada distinción (Pettit, 1999), pese a ello, dicen, su concepto sigue demasiado vinculado al marco conceptual liberal y a esa imagen negativa de la libertad que es plenamente deudora del desfasado marco ideológico de la Guerra Fría (Peña, 2008: 36; Urbinati, 2012: 612; M. J. Thompson, 2013: 294; Coffee, 2015: 46).

Como consecuencia de todo ello, “republicanismo”, “soberanía popular” y “democracia” fueron ideas artificialmente divorciadas, ocultándose así la conexión *intrínseca* entre estos conceptos que estaba presente en el pensamiento de muchos pensadores de la tradición histórica republicana (Audier, 2015: 110; Gourevitch, 2014; Leipold, Nabulsi y White, 2020; McIvor, 2009)⁵⁴. En una palabra: se estaría descuidando la importante distinción entre una tradición republicana oligárquica y una democrática (Domènech y Raventós, 2009). Por ejemplo, para John P. McCormick, autores clásicos como Maquiavelo combinan tanto la preocupación por los mecanismos formales para evitar la dominación (básicamente, elecciones libres) como la preocupación por la participación política, superando así las debilidades de ambos paradigmas (McCormick, 2001: 311). El propio Montesquieu dejó escrito que existían dos tipos de republicanismo, uno democrático y uno aristocrático: “cuando en la república, el poder soberano reside en el pueblo entero, es una democracia. Cuando el poder soberano está en manos de una parte del pueblo, es una aristocracia” (*Del espíritu de las leyes*, II (2) en Montesquieu, 2003 [1748]).

Las limitaciones del neorrepública académico afectaron no solo a cómo se construían analíticamente sus conceptos, sino también a qué períodos históricos y qué experiencias nacionales se consideraban interesantes o pertenecientes a la tradición estudiada. Por poner solo tres ejemplos particularmente llamativos: quedaban fuera del mapa el republicanismo democrático de la Atenas clásica (Ste Croix, 1988; Urbinati, 2012: 618), de la I República Francesa (Mathiez, 1935c; Bosc y Belissa, 2013) o el longevo republicanismo irlandés (Portillo, 2020). Como ha escrito Alex Gourevitch, “los estudios históricos prevalecientes daban la fuerte impresión de que en la tradición republicana no pasó nada conceptualmente significativo después de la Revolución

⁵³ “Aun cuando la tradición republicana halla valiosa e importante la participación democrática, no la considera un valor básico incommovible”, la considera como un medio (pero no un componente) para garantizar la libertad republicana (Pettit, 1997: 25, 50).

⁵⁴ E, incluso, provocando un efecto *boomerang*: la libertad individual de todos los ciudadanos está en peligro si no se permite la participación de estos en el proceso de formación de leyes, por eso un republicanismo democrático contemporáneo no puede tomar como modelo la Roma republicana del *cive sine suffragio*. El compromiso con la democracia exige valorarla en sí misma, y no como mero *medio* para otros fines (virtud, estabilidad, etc.) (Urbinati, 2012: 608-618). En la filosofía de Pettit lo que cuenta como “interferencia arbitraria” se da por sentado para cada comunidad, pero parece ser más bien el caso que la libertad se juega de forma decisiva (pero no solo) en la capacidad colectiva para definir qué cuenta como “arbitrario”, en poder discutir no solo las leyes sino las normas sociales con las que normalmente juzgamos las leyes (Coffee, 2015: 57).

Americana” (Gourevitch, 2014: 17). Los neorromanos habrían consolidado una interpretación *atlántica* de la historia de estas ideas políticas, reduciendo a caricaturas o aparcando en el olvido otras experiencias republicanas, como la francesa y la alemana (Audier, 2015: 84) o como el mundo católico y la Europa meridional no italiana (Herrero Sánchez, 2017: 29). Por suerte, desde hace tiempo se han ido configurando toda una serie de programas de investigación en distintos países europeos que han socavado este limitado esquema dicotómico, dando espacio para la complejidad heteróclita y el pluralismo institucional que caracterizó a la Europa moderna⁵⁵.

Una consecuencia importante de esta autoconstricción en la historia y el pensamiento de un republicanismo no-democrático es la dificultad para mostrar la pertinencia o la vigencia normativa de esta rica tradición: los neorromanos no han sido capaces de señalar experiencias histórico-institucionales que sirvan de referente para hoy día y se han visto obligados a defender que la teoría republicana contemporánea debe “trascender sus orígenes”. El resultado de todo ello es que se ha ofrecido un flanco débil a los críticos rivales de esta tradición *in toto* (Gourevitch, 2014: 17-22, 210-212; Nabulsi, 2015).

Mostrar cómo la tradición democrática y republicana juega un papel esencial en el pensamiento político de Thompson es uno de los objetivos de los siguientes capítulos de esta tesis.

1.2.2. La controvertida exclusión del iusnaturalismo

Según los pensadores neorromanos, frente de la tradición republicana que promovía el cultivo de la virtud emergió una tradición rival que promovía la protección de derechos formulados en términos iusnaturalistas: el liberalismo. La referencia básica para este reparto de cartas que sitúa el iusnaturalismo en el campo liberal, como algo conceptualmente ajeno a la esencia del republicanismo, es la obra de Pocock. Según este historiador tendríamos así “dos vocabularios en los que se ha desarrollado el pensamiento político que son marcadamente discontinuos entre sí, porque plantean diferentes valores, encuentran diferentes problemas y hacen uso de diferentes estrategias discursivas y de argumentación” (Pocock, 1985: 39). En un artículo de 1981 que aparecería republicado en el volumen *Virtue, Commerce and History* de 1985, Pocock deja entrever las fuentes que inspiran su rechazo del iusnaturalismo, Hannah Arendt y Crawford B. Macpherson:

Estoy dejando que mi lenguaje se vuelva arendtiano porque estoy interesado en la posibilidad de que se pueda decir que la jurisprudencia es predominantemente social, que se preocupa por la administración de las cosas y por las relaciones humanas conducidas a través de la mediación de las cosas, como algo opuesto al vocabulario cívico de lo puramente político, preocupado por las relaciones personales inmediatas que conlleva la igualdad y el gobernar y ser gobernado. También soy un no marxista interesado en encontrar circunstancias bajo las cuales el lenguaje marxista pueda emplearse con validez, y me intriga la conexión, que parece que estamos descubriendo, entre el derecho, el liberalismo y la burguesía (Pocock, 1985: 44)⁵⁶.

Es posible que Pocock, en alguna de sus formulaciones, llevara esta reflexión demasiado lejos para el sentir de los neorromanos (“El derecho es más propio del imperio

⁵⁵ Para una revisión de esta bibliografía, que rescata sobre todo el papel de los intelectuales hispánicos y holandeses en las diferentes ramas y tipos de republicanismos modernos, puede verse Herrero Sánchez (2017).

⁵⁶ Para una aguda crítica de la comprensión de Arendt del derecho natural puede verse una compilación reciente de ensayos de filósofos e historiadores franceses (Bosc y Faye, 2019).

que de la república”, Pocock, 1981: 356). Estos últimos se han ocupado precisamente de formular una propuesta de republicanismo constitucional o muy apegada a los valores del Estado de Derecho y los desarrollos jurídicos que permitan garantizar la libertad (Lovett, 2018; Pettit, 1999; Sunstein, 2004). Sin embargo, en un movimiento subrepticio y paradójico que no ha sido prácticamente señalado hasta la fecha (una notable excepción en Hamel, 2013: 134; 2017), los neorromanos –que en no pocas ocasiones definen sus conceptos centrales contraponiéndolos con las elaboraciones de Pocock– parecen haber heredado la idea de este que sostiene que las defensas *iusnaturalistas* del derecho eran, por definición, extrañas a la tradición del republicanismo histórico⁵⁷.

Así, por ejemplo, en el volumen colectivo *The Cambridge History of Political Thought* encontramos que los republicanos revolucionarios de la Inglaterra del siglo XVII “se basaron en gran medida en ideas de contrato y resistencia y de derechos naturales que no eran peculiarmente republicanos. Sus propuestas constitucionales eran flexibles, y la forma de gobierno a menudo les importaba menos que su espíritu” (Worden, 1991: 443)⁵⁸. Skinner sostiene que el discurso *iusnaturalista* de los *levellers* fue uno de los fundamentos del liberalismo inglés (Skinner, 2002b: 263), y que frente a la tradición humanista cívica fueron emergiendo voces, como las de Jacques Almain o John Mair que buscaban no el cultivo de la virtud sino el mantenimiento de derechos que poseemos en un estado de naturaleza prepolítico (Skinner, 2002a: 245-263). Para Mauricio Viroli, uno de los grandes exponentes de la vertiente neorromana, “los derechos, en efecto, siempre son históricos y no naturales, y cuando no son históricos y tampoco están reconocidos por las leyes, responden entonces a unas aspiraciones morales, todo lo importantes que uno quiera, pero que no dejan de ser meras aspiraciones morales y nada más” (Viroli, 2014 [1999]: 100). Cass Sunstein, por su parte, considera que las teorías republicanas son consistentes con la protección de la autonomía individual o grupal contra el Estado (en contra de lo defendido por los neoatenienses como M. Sandel). No obstante, lo que marca la diferencia con el liberalismo, sostiene, sería precisamente que “las interpretaciones que apuntan a los derechos prepolíticos o naturales son totalmente ajenas al republicanismo” (Sunstein, 2004: 153, 154)⁵⁹. Pettit, de forma parecida a Sunstein, ha ofrecido argumentos consecuencialistas en contra del derecho natural, que entiende como una filosofía deontológica. El ideal de no-dominación, nos dice, se articula como algo que el Estado debe promover y no como algo que restrinja las acciones que hace ese Estado: los derechos deben ser el resultado de una deliberación y consenso colectivo, no venir

⁵⁷ Aunque, como ha señalado Christopher Hamel, no todos los neorrepublicanos han asumido ese rechazo desde los mismos fundamentos, sin embargo sí parecen compartir la idea del derecho natural como restricciones prepolíticas para proteger al individuo que están más allá de la deliberación (Hamel, 2013: 131). Una notoria excepción a esta tendencia puede encontrarse en la obra de Richard Dagger que señala la prominencia de los derechos naturales e inalienables en el republicanismo de los siglos XVII y XVIII y cómo algunos de sus críticos más furibundos fueron precisamente pensadores liberales como J. Bentham o T. H. Green. Aunque su idea del derecho natural como esencialmente individualista (*rights against others*) frente a los “derechos humanos” creemos que presenta poca consistencia filosófica e histórica (Dagger, 1997: 19-20, 22).

⁵⁸ Agradezco a David Guerrero esta referencia. Esta visión del *iusnaturalismo* parece prevalecer entre los investigadores asociados a la Universidad de Cambridge. Incluso Gregory Claeys, que ha sabido superar muchas de las limitaciones del paradigma neorrepublicano al realizar un estudio pionero sobre las conexiones histórico-conceptuales entre los primeros socialistas y los radicales-republicanos (véase *infra*), entiende que el derecho natural es un elemento “antipolítico”: se centraba por ello más en las capacidades civiles de los individuos que en las políticas (Claeys, 1989: 23).

⁵⁹ Sunstein identifica este *iusnaturalismo* como algo exclusivo de los liberales, y particularmente esencial a los *right-libertarians* como Richard A. Epstein o Robert Nozick. Nos ocuparemos de la cuestión del polisémico concepto de *libertarianism* en el Capítulo 3.

prefijados de antemano (Pettit, 1999: 136-137, 353). MacGilvray, en un argumento que recuerda la cita de Pocock ya mentada, sostiene que los pensadores republicanos veían la virtud y la libertad como una cuestión de estatus, por tanto, desde una dinámica de exclusión que segregaba la sociedad en grupos sociales según ese estatus. Frente a ellos, los liberales sí que tendrían una reivindicación *universalista*, en la medida en que los derechos naturales se predicaban de toda la humanidad (MacGilvray, 2011: 60 y ss.).

Esta posición debe resolver, no obstante, un dilema ineludible para cualquier conocedor de la historia del pensamiento republicano, y es que los pensadores clásicos se expresaron en repetidas ocasiones en términos iusnaturalistas. Pettit ha ofrecido su peculiar salida al problema en los siguientes términos:

Cuando los republicanos hablaban de derechos naturales, generalmente trataban de sostener que determinados derechos resultaban medios esenciales para lograr la libertad como no-dominación, y que el calificativo de naturales aplicado a esos derechos no tenía para ellos sino un significado retórico. Y en particular, que eso no implicaba que los derechos fueran normas fundamentales que tuvieran que ser respetadas al modo deontológico (Pettit, 1999: 139).

Pero el punto arbitrario de esta estrategia es evidente. Incluso atendiendo solo a la tradición republicana atlántica: ¿cómo encajar la obra de republicanos como Sidney o Trenchard y Gordon que concedían una importancia fundamental al iusnaturalismo? (Audier, 2015: 107). ¿Qué hacer con todos esos republicanos radicales de finales del siglo XVIII que “mezclaron libremente las teorías basadas en derechos con las teorías basadas en la virtud de cara a defender la soberanía popular” (Claeys, 1994: 251)? Es tan frecuente la aparición del derecho natural en la tradición republicana que Christopher Hamel lo ha calificado incluso de “columna vertebral” de esta, argumentando que las razones por las que Pocock margina el derecho natural (diseño institucional, fomento de la virtud, etc.) eran *medios* por los cuales los autores republicanos trataban de garantizar el cumplimiento de los derechos naturales (Hamel, 2017: 4).

El escepticismo de los neorrepublicanos hacia el derecho natural no parece justificado. El argumento tradicional que ofrecen estos apunta al carácter abstracto del iusnaturalismo, pero el mero hecho de defender la existencia de los derechos naturales no implicaba necesariamente ignorar el contexto político y el diseño institucional requerido para que se cumplan (Hamel, 2013: 137). Por otro lado, el argumento consecuencialista sobre los derechos, llevado al extremo, supone la disolución de la noción misma de derecho:

Si depende del resultado de la deliberación colectiva el que mis derechos estén protegidos, entonces sencillamente dejan de ser derechos, porque es imposible excluir la posibilidad de que esta deliberación conduzca, por diversas razones, a cuestionar mis derechos si esto hiciera posible lograr de una manera óptima el bien común que se considere (Hamel, 2013: 144).

Algunas investigaciones en profundidad del iusnaturalismo ponen de relieve los límites de la incomprensión neorromana. El gran medievalista Brian Tierney ha mostrado cómo hay una suerte de consenso en la visión del derecho natural como parte de una ideología “burguesa” o liberal (así Habermas, Bobbio, Macpherson, Villey o Strauss). Es difícil que esto sea así, nos dice Tierney, si sus primeros desarrollos sistemáticos se producen entre juristas del siglo XII (como el *Decretum* de Graciano de 1140), cuando “la pequeña frase *ius naturale* cambió de un significado objetivo a uno subjetivo (...) un antiguo concepto de ley natural se transformó en una idea moderna de derecho natural” que solía hacer referencia a la Regla de Oro y poco tenía que ver con un individualismo egoísta o posesivo (Tierney, 2004: 3, 6). La doctrina de los derechos naturales como

prescripciones para diseñar un buen gobierno y unas buenas leyes parece que alcanzaron un punto muerto a principios del siglo XVI, sofocadas por las sutilezas excéntricas e inacabables de los escolásticos. Los pensadores del Renacimiento encontraron teorías políticas fecundas en la Grecia y la Roma antigua que no empleaban el lenguaje del derecho natural. Pero la conquista de América volvería a colocar los derechos naturales en el centro al plantearse la cuestión de si los indígenas debían ser considerados humanos al mismo nivel que los europeos, o algo parecido a los “esclavos por naturaleza” de los que hablaba Aristóteles, ofreciendo Bartolomé de las Casas una verdadera “doctrina de derechos *humanos*” (Tierney, 2004: 11).

De forma similar la historiadora Florence Gauthier ha destacado el derecho natural como una suerte de “filosofía universalista” que no puede reducirse al individualismo si no es retorciendo sus principios y entrando en contradicción consigo misma:

Los derechos naturales a la vida, a la libertad personal, la libertad en sociedad, son concebidos como derechos ligados a la persona. En tanto que son cualidades humanas, tienen un carácter universal al definir aquello que es propio del ser humano: se trata de un derecho individual-universal ya que implica la reciprocidad, eso que llamamos igualdad. Esta reciprocidad del derecho, esta igualdad expresa por tanto no solo un derecho individual sino una relación con el otro, una relación social (Gauthier, 1992: 27).

Como nos muestra el Siglo de las Luces, sostiene esta historiadora, los iusnaturalistas del XVIII tenían claro que el derecho natural proporcionaba la base para la defensa de los derechos humanos, que eran un objetivo por cumplir, siendo el derecho civil *el medio* para ello. Por lo tanto, no se consideraba un pensamiento “abstracto” o a-institucional: “los derechos del Hombre son el objetivo, los derechos del ciudadano el medio de controlar la formación de la ley conforme al objetivo” (Gauthier, 1992: 92).

No se trata de defender que el iusnaturalismo era patrimonio exclusivo de los republicanos, puesto que en algunas escuelas y pensadores liberales (pero no en todas⁶⁰) también se le concedió un papel central (Díez del Corral, 1956: 117). Se trata, más bien, de no excluir *prima facie* las formas específicas y diferentes en las que fueron comprendidas y asimiladas las muy variadas tradiciones del iusnaturalismo por parte de los autores republicanos. Pero se trata, también, de comprender qué efectos ha podido tener esta exclusión del iusnaturalismo sobre la construcción de los conceptos del neorrepblicanismo académico. Sin ir más lejos, algunos autores han señalado que la reticencia de los neorromanos como Pettit a proporcionar un contenido substantivo a la libertad puede colapsar el concepto ante situaciones en las que haya un cierto consenso en la comunidad sobre relaciones que claramente consideramos dominadoras, como las relaciones patriarcales (Coffee, 2015: 60, nota 12).

Como tendremos ocasión de discutir (véase Capítulo 3 y epígrafe 4.2.), Thompson navegó entre las imágenes heredadas del derecho natural como una ilusión burguesa, pero registró la importancia que los radicales plebeyos otorgaban a estas ideas.

1.2.3. El muñeco de paja liberal

Como vimos en el anterior apartado, una parte esencial del proyecto neorrepblicano se sostiene sobre la idea de libertad como no-dominación, que queda definida esencialmente en contraposición a la idea liberal de libertad como no-interferencia, e incluye una cierta

⁶⁰ Véase *infra* para las opiniones de Bentham sobre el iusnaturalismo.

noción de qué es el pensamiento político liberal. En la versión más extendida para los neorromanos, el liberalismo no sería sino un “republicanismo empobrecido e incoherente (...) una rama bastarda, por así decirlo, de lo que fue originalmente una filosofía política considerablemente más atractiva” (Lovett, 2018). Y es justamente aquí donde muchos críticos han señalado la debilidad de los esfuerzos neorrepublicanos, que para poder demarcar su propio proyecto han acabado por construir un muñeco de paja de los liberales que no soportaría un escrutinio riguroso⁶¹.

Paradójicamente, fue Cass Sunstein, considerado un neorrepublicano de cuño más bien neorromano, uno de los primeros en formular esta crítica al señalar que los autores estrella del liberalismo, como J. S. Mill, W. Bagehot, E. Barker, J. Dewey o J. Rawls no entendieron que los intereses privados fueran prepolíticos, exaltaron el valor de la deliberación pública y atendieron a los peligros de los poderes privados. Así que, en realidad, para Sunstein, “el pensamiento republicano, interpretado en una cierta forma, es un elemento destacado de la tradición liberal” por lo que cabría llamarlo “republicanismo liberal” (Sunstein, 2004 [1988]: 179).

Para evitar mayores confusiones y juegos de taxonomías, consideramos necesario historizar el concepto. En su origen:

La palabra “liberalismo” es un neologismo procedente de las Cortes españolas de Cádiz (1812), y que prosperó en la Francia de la monarquía orleanista de 1830-1848. El significado que llegó a tener en Europa, en cuestión de política nacional o interior, durante la franja central del XIX fue aproximadamente éste: partidario de una monarquía constitucional *à la* inglesa entendida como un punto medio entre el republicanismo parlamentario con sufragio universal democrático y el absolutismo continental tradicional (con Parlamentos que no podían controlar ni derribar a un gobierno, responsable solo ante el rey constitucional) (Domènech, 2010: 18)⁶².

Siguiendo a Domènech, el liberalismo político es, desde su origen, una respuesta a los peligros del *imperium*, al exceso de poder del Estado, ya provenga este del monarca o de la mayoría popular que encarnó el gobierno *montagnard*. En este sentido, sostiene Domènech, los partidos liberales no eran propiamente parlamentarios porque defendían la existencia de unos parlamentos sin capacidad para tumbar y fiscalizar realmente a los ejecutivos, que además serían elegidos por sufragio censitario⁶³. Por eso: “ningún partido liberal ha vuelto a ganar, en Europa, desde que hay elecciones parlamentarias y sufragio universal, solo en Andorra, un país poco representativo de Europa” (Domènech, 2018a [2009]).

⁶¹ Por ejemplo, según María Victoria Costa, los neorromanos no han comprendido bien a los liberales porque “su forma de contrastar las dos explicaciones de la libertad también sugiere que todos los defensores de la libertad como no interferencia serán hostiles a la intervención estatal, lo cual básicamente convierte el liberalismo en *libertarianism*” (Costa, 2007: 406). También Richard Dagger denunció ese reduccionismo (Dagger, 1997: 4).

⁶² El Oxford English Dictionary registra ejemplos de “liberalism” solo a partir de comienzos del siglo XIX, la primera en 1819 en la autobiografía de Lady Morgan (OED, 2009).

⁶³ Un buen ejemplo de la catadura política del liberalismo primerizo la ofrece el teórico conservador Friedrich Julius Stahl al describir a los liberales alemanes: “El partido liberal mantiene la idea de la igualdad frente a la nobleza y frente a todos los estamentos como tales, porque sobre la base de la revolución no puede admitir ningún tipo de articulación orgánica. Sin embargo, si esta igualdad ha de llevarse a la práctica de forma positiva, si la clase proletaria han de obtener los mismos derechos que la burguesía, entonces ésta renuncia al ideal y políticamente hace diferenciaciones legales en favor de los poseedores. Exige el censo para la representación, cauciones para la prensa, solo permite la entrada en sus salones a los elegantes, y no concede al pobre la misma amabilidad y el mismo honor que a los ricos. Esta realización parcial de los principios de la revolución caracteriza la postura del partido liberal” (*Die gegenwärtigen Parteien in Staat und Kirche*, 1863, citado Abendroth y Lenk, 1971: 89).

El liberalismo doctrinario

Una de las primeras escuelas de liberalismo con mayor influencia en la política fue la del “liberalismo doctrinario” en Francia (1814-1848), que no debe confundirse con el liberalismo “extremo” de Benjamin Constant. Según relata un especialista en el tema, Luis Díez del Corral, su origen se debe a la reacción de Napoleón, que frente al Instituto de los “ideólogos” (Volney, Condillac, etc.) decide hacerse con el control de las Universidades y consigue el nombramiento de los que serán sus dos principales representantes: Royer Collard como catedrático de Filosofía y de François Guizot como catedrático de Historia, aunque ambos seguirán sus carreras políticas e intelectuales al margen de Bonaparte (Díez del Corral, 1956: 29). El modelo de gobierno de estos liberales será la monarquía constitucional inglesa. Los doctrinarios, a través de su influencia en la elaboración de leyes y sus posiciones estratégicas en el aparato de Estado postnapoleónico, fueron los verdaderos “arquitectos” de la monarquía burguesa de julio de 1830 (Díez del Corral, 1956: 327). Significativamente, la concepción liberal de la libertad que ofrecían Royer Collard o Guizot se compadece poco con esa idea negativa de libertad individual como no-interferencia que describen los neorrepublicanos. Para los doctrinarios:

La libertad política no puede consistir en el desarrollo de una esfera particular mínimamente condicionada, sino en la realización de una moral y un derecho objetivos. El fin principal del gobierno representativo es descubrir la ley que concrete los supremos postulados de la justicia y decida sobre los conflictos que surjan en las relaciones sociales, sometiendo a la misma las voluntades que le sean contrarias. Solo en segundo lugar –aunque esencialmente– tiene que velar el régimen representativo por que los individuos no se encuentren sometidos a otra ley que la indicada; es decir, que no estén subordinados a la voluntad arbitraria de otros individuos (Díez del Corral, 1956: 223).

Es más, la libertad no puede existir pasivamente, “la libertad, en definitiva, no es otra cosa que ‘la participación del ciudadano en la cosa pública’; es decir, libertad política” (Díez del Corral, 1956: 227). Esta escuela de liberales tan influyente en la primera mitad del siglo XIX rechaza abiertamente, por tanto, la distinción de Benjamin Constant entre una libertad positiva y una negativa.

Los doctrinarios son solo un ejemplo que escapa al molde. En cualquier caso, ese primer liberalismo europeo que se manifestaba de diferentes maneras estaba irremisiblemente identificado con los intereses de la burguesía industrial y financiera, y fue equiparado al llamado *laissez-faire*. Como hemos señalado, incluso esto no puede entenderse como una oposición en abstracto a toda intervención estatal: se pueden encontrar en su historia distintas apelaciones a la intervención estatal (para garantizar la seguridad, pero también intervenciones en el proceso económico para asegurar la sanidad de los hijos o de las madres) defendidas por estos liberales del *laissez-faire*. Su rasgo distintivo y más común, sostiene David Blaazer, no reside por tanto en abogar por la no-interferencia, sino en su defensa incólume de la “libertad de contratar” (Blaazer, 1992: 31).

Aquí hemos tocado hueso. Porque si algo define la nueva época y los intereses de esas clases burguesas, que cada vez más controlaban el panorama político del XIX europeo, es precisamente la gran reforma jurídica que supuso la expansión de los códigos civiles napoleónicos que permitieron considerar como sujetos de pleno derecho (*sui iuris*) a individuos que no disfrutaban de condiciones materiales de independencia. Marx fue uno

de los mejores analistas del tipo de ficción jurídica (*fictio iuris*) que suponía esto. En *La ideología alemana* nos dice:

Y por la misma ilusión de los juristas se explica el que para ellos y para todos los códigos en general sea algo fortuito el que los individuos entablen relaciones entre sí, celebrando, por ejemplo, contratos, considerando estas relaciones como nexos que se [pueden] o no contraer, según se quiera, y cuyo contenido [desc]ansa íntegramente sobre el [capr]icho individual de los contratantes (Marx y Engels, 1974 [1845-1846]: 74).

En *Das Kapital* encontramos de nuevo la misma idea:

El esclavo romano estaba sujeto por cadenas a su propietario; el asalariado lo está por hilos invisibles. El cambio constante de patrón individual y la *fictio iuris* del contrato, mantienen en pie la apariencia de que el asalariado es independiente (Marx, 2009a: 706)⁶⁴.

La sociedad europea posterior a las guerras napoleónicas era una sociedad de personas “igualmente libres” ante la ley pero desiguales en cuanto al poder político, una “oligarquía isonómica” (Domènech, 2013: 18, 2019: 46-47). Es en su defensa de la oligarquía isonómica donde debemos buscar las trazas del liberalismo originario (doctrinario, benthamita o de otro cuño).

La crítica al iusnaturalismo de Bentham

Si consideramos esta imagen neorromana del liberalismo en función de los grandes pensadores también empiezan a saltar las costuras. Sin ir más lejos, el tradicionalmente considerado adalid del liberalismo Jeremy Bentham se compadece poco con ese retrato. Primero, por su transformación de un anticolonialista en su juventud en un defensor del Imperio británico en Oriente (Thompson, 1995: 201). Segundo, por su defensa de la intervención estatal, como su propuesta de crear un Ministerio de Policía que fue rechazada en pleno por la mayoría de las fuerzas políticas (*tories*, *whigs*, radicales), considerada excesivamente centralizadora y estatista, en suma, creadora de despotismo (Thompson, 2012: 106). Finalmente, por sus opiniones sobre el derecho natural, que podría decirse que son exactamente lo contrario de lo que los neorrepublicanos académicos atribuyen a los liberales (véase *supra*). En palabras de Bentham, para quien los derechos naturales eran un “lenguaje terrorista” que conducía inexorablemente al Terror jacobino: “los derechos naturales son un simple sinsentido, y los derechos naturales e imprescriptibles, un sinsentido retórico, un sinsentido mayúsculo [*rhetorical nonsense*,- *nonsense upon stilts*]” (“Anarchichal Fallacies” en Bentham, 1843: 501)⁶⁵. Para los liberales utilitaristas el iusnaturalismo era fuente de caos, violencia y revuelta social. A finales del siglo XVIII, con motivo del golpe de Termidor, la teoría de la utilidad estaba desplazando a la teoría de los derechos naturales. Así se expresaba J. Bowring, agente literario y discípulo de Bentham:

⁶⁴ Con motivo de la gran reforma de la ley electoral británica de 1883, William Morris recuperaba la expresión: “La lucha por la igualdad política ha llegado a su fin, o casi; todos los hombres son (por una ficción es cierto) declarados iguales ante la ley” (“True and False Society” en Morris, 2013 [1886]: 230). El gran socialista de entreguerras, Harold Laski, replicaba esa denuncia de los contratos de trabajo en condiciones capitalistas como una falsa libertad: “La libertad de contrato solo puede empezar, como ha dicho el juez Holmes, donde empieza la igualdad en el poder de negociación. Y no existe una igualdad en el poder negociador, al menos en lo relativo a los medios adecuados para la subsistencia, donde no existe una igualdad relativa de propiedades [*approximate equality of property*]” (Laski, 1922: 7).

⁶⁵ Esta opinión casa bien con la propia filosofía de Bentham. Sencillamente, los problemas de libertad exterior e interior, los problemas de los derechos, no pueden plantearse en términos de “utilidades” (Domènech, 1989: 350).

Háblese de utilidad, y se convencerá al individuo de que debe someterse a coerciones, a fin de que el interés de cada uno pueda ser artificialmente identificado con los intereses de todos. Háblese de derecho natural, o de ley de la naturaleza, y se invitará a todos, robustecidos en su propia consciencia y abandonados a los arrebatos del principio de simpatía y antipatía, a alzarse en armas contra cualquier ley que les disguste (citado en Bertomeu, 2010: 61).

Los nuevos liberalismos

Por otro lado, de la misma manera que fueron variando los significados del término “república”, así la tradición liberal fue configurándose de múltiples maneras en un proceso de transformaciones que los neorrepublicanos no parecen haber tenido en cuenta. A medida que la clase trabajadora fue conquistando poco a poco el acceso a los derechos políticos –dando lugar a lo que Arthur Rosenberg llama la “democracia liberal”– se creó un tipo de liberalismo que se vio *forzado* a aceptar el juego democrático. Rosenberg señaló otras mutaciones en la tradición liberal, y la emergencia de un “nuevo liberalismo” a mediados y finales del siglo XIX que se basa en el “librecambio, paz y progreso” y que aunque tuvo escasos representantes impactó con fuerza en el mundo político e intelectual. Este “nuevo liberalismo” se opuso al imperialismo y al militarismo, y acabaría proporcionando recursos intelectuales al movimiento obrero en su crítica del Estado imperialista (Rosenberg, 1966 [1938]: 226-227). En Gran Bretaña, por ejemplo, los llamados *new liberals* inspiraron sus propuestas tanto en la tradición liberal decimonónica como en la socialista. Su propósito era convencer a los viejos liberales de que sus ideales tradicionales de libertad e igualdad tenían que ser profundamente revisados para eliminar su desconfianza hacia el Estado. La era del *laissez-faire* tenía que llegar a su fin. Al mismo tiempo, se oponían al “socialismo de Estado” que atribuían a los fabianos, argumentando que esto conduciría al estancamiento económico y a una excesiva burocratización de la vida. No se oponían a la propiedad pública por principio, sino a que esta fuera *la única* forma de propiedad legítima (Blaazer, 1992: 44). El líder del Partido Liberal Asquith, antiguo alumno del colectivista T. H. Green, sostuvo en referencia a la emergencia de esos *new liberals*:

Una opinión más madura ha llegado a reconocer que la libertad (...) no es solo un concepto negativo sino uno positivo (...) es en esta visión más completa del verdadero significado de la libertad donde encontraremos el impulso que gobierna en los últimos desarrollos del liberalismo (citado Blaazer, 1992: 37).

Las mutaciones de una tradición política son siempre sorprendentes. Hasta la CIA de los años 40 y 50, compuesta por jóvenes formados en las Ivy League que provenían de las cerca de cien familias más poderosas del país, se consideraba representante de los valores de la Ilustración y del liberalismo (Stonor Saunders, 2013: 54-57)⁶⁶. Así pues, parece que los críticos del neorrepublicanismo no estaban faltos de razón al señalar la complejidad y las ambigüedades del término “liberal” y la dificultad de los neorromanos al aproximarse a una tradición tan arbolada como la suya propia⁶⁷.

⁶⁶ Scott-Smith comenta que en el caso de la CIA se trató más bien de un “liberalismo instrumental”, que trataba en teoría de preservar las libertades democráticas con medios que precisamente minaban estas mismas libertades, pero que se consideraban necesarios dadas las amenazas de la Guerra Fría (Scott-Smith, 2002: 80). Pero si la violación de los principios de la propia tradición por motivos de “excepcionalidad” es motivo suficiente para ser expulsado de esa tradición, entonces todos los republicanos defensores de la “dictadura comisaria” serían igualmente excluidos.

⁶⁷ Para una discusión de las ambivalencias y de algunos sentidos del término “liberal” en el contexto español contemporáneo puede verse Maura (2016).

En esta investigación hemos defendido, siguiendo a muchos especialistas, que algunas formas de liberalismo progresista fueron una fuente de recursos intelectuales y morales de gran repercusión en la obra y la militancia socialista de Thompson. Como veremos, una de las razones para que esto fuera así se debe a la influencia que recibió de su padre, E. J. Thompson, un *new liberal* antimperialista con importantes conexiones políticas.

1.2.4. Las condiciones materiales de la libertad: propiedad y trabajo asalariado

Sin lugar a dudas, la cuestión más criticada por los republicanos sociales de la filosofía neorrepública *mainstream* ha sido su trato insuficiente (o ausente) de la propiedad. Según estos críticos, los neorrepúblicanos habrían desdibujado las condiciones sociales y económicas de posibilidad de la libertad republicana, esto es, “la conexión conceptual que ha existido siempre entre la noción de libertad y la organización institucional de la propiedad” (Domènech, 2005: 167) o, si se prefiere, las “condiciones materiales de la libertad” (Raventós, 2007).

Libertad y propiedad

Si bien el neorrepúblicanismo reconoce la necesidad de evitar la dependencia civil no solo respecto al Estado (*imperium*) sino también respecto a otros agentes privados (*dominium*), ha tendido pese a ello a pasar de puntillas por las cuestiones sociales y económicas (Gourevitch, 2015) y su propio bagaje conceptual nos enseña muy poco sobre qué cosas cuentan como “dependencia” y por tanto qué puede ser considerado como “interferencia arbitraria” en un sentido políticamente significativo (Bertomeu y Domènech, 2005; Meiksins Wood, 2008b)⁶⁸. De manera que el neorrepúblicanismo ha tendido “a oscurecer los elementos de clase del conflicto político” (Kennedy, 2013: 28)⁶⁹.

Para algunos críticos, esta ausencia sería reparable desde el interior del campo republicano permitiéndonos enriquecer nuestra visión de esta tradición. La falta de dependencia y de subordinación incluye para estos autores la “autosuficiencia material”, es decir, la idea de que nadie puede depender (bajo condiciones dominantes) de un tercero para subsistir. En la medida en que uno no sea autónomo materialmente, será un *alieni iuris*, y por tanto, no podrá ser considerado un ciudadano. El propio ejercicio de la virtud, señalan, fue históricamente conectado por los clásicos republicanos con el estatus de independencia material. De esta forma la noción de libertad republicana sería una noción

⁶⁸ “Si se descuida esa raíz institucional fundamental de la capacidad de dominar, entonces la ‘dominación’ se diluye y desinstitucionaliza, y caen también bajo ella aspectos de las relaciones humanas que el republicanismo histórico jamás habría considerado pertinentes políticamente, p. ej.: la mentira piadosa podría llegar a ser una forma de ‘dominación’, pues quien miente piadosamente interfiere arbitrariamente en la vida del engañado” (Domènech y Raventós, 2009: 195).

⁶⁹ Es necesario recordar, no obstante, que Pettit hizo una temprana incursión en qué sería una posición republicana respecto a la propiedad y los mercados en la que argumentaba que si el régimen de propiedad implicaba que los ricos pudieran dominar a los pobres “entonces el valor de la no-dominación (o, si se prefiere, de una igual no-dominación) exigirá corregir esos efectos redistribuyendo la propiedad o restringiendo los poderes asociados con la riqueza absoluta o relativa” (Pettit, 2006: 141). Siguiendo este argumento, ofreció una defensa republicana de la renta básica de ciudadanía (Pettit, 2007) y en obras recientes ha mostrado más atención a la cuestión de la propiedad y la autosuficiencia material (véase Pettit, 2012: 97, 105-106, 111). Del mismo modo, J. G. A. Pocock consideró desde sus obras clásicas que la propiedad era una condición *sine qua non* del ciudadano republicano, por lo que estas críticas le pasan cerca, en la medida en que considera que el humanismo cívico llega a su fin entre los siglos XVIII y XIX, pero realmente no le tocan, en tanto que conceptualmente vinculó propiedad a libertad (véase por ejemplo Pocock, 2002 [1975]: 293-294, 469; Pocock, 1986: 236).

propietarista de libertad, que no queda limitada a la ausencia de una dominación exclusivamente “política” (Foote, 2005: 9; Raventós, 2007; Peña, 2008; White, 2011; Domènech, 2012a; Muñoz, 2014; Bertomeu, 2017; Casassas, 2018). La propia distinción entre *dominium* e *imperium* (como hemos visto ya, un elemento central en la teoría republicana), se formuló por primera vez en el derecho romano como “poder entendido como el derecho a mandar y poder entendido bajo la forma de propiedad” (Meiksins Wood, 2008b: 23). En la *Crítica del Programa de Gotha* Marx captó con profundidad esta conexión:

El hombre que no dispone de más propiedad que su fuerza de trabajo tiene que ser, necesariamente, en toda sociedad y en toda cultura, esclavo de otros hombres, quienes se han adueñado de las condiciones materiales de trabajo. Solo puede trabajar con su permiso, y por consiguiente, solo puede vivir con su permiso (Marx y Engels, 2010a [1891]: 81).

Eugene Debs, el que fuera cinco veces candidato a la presidencia por el Socialist Party of America, leyó atentamente ese pasaje de Marx y el 3 de agosto de 1900 decía:

La gran masa lucha en la servidumbre económica. La clase trabajadora es dependiente de la clase capitalista, que posee las máquinas y otros medios de producción; y esta última clase, en virtud de su dominio económico, es la clase dominante de la nación, y bajo tales condiciones es inútil afirmar que los hombres son iguales y que todos son ciudadanos soberanos. Ningún hombre es libre, en cualquier sentido del término, mientras que tenga que confiar en la voluntad arbitraria de otro para tener la oportunidad de trabajar. Un hombre así trabaja, y por lo tanto vive, con el permiso [de otro], y esta es la relación económica actual de la clase trabajadora con la clase capitalista (“The Social Democratic Party,” *The Independent* [Nueva York] 52, n° 2699 citado en O’ Shea, 2019: 8).

La función social de la propiedad y su posible concepción fiduciaria

Para comprender cómo el disfrute de derechos de propiedad fue un componente esencial de la libertad es necesario, en primer lugar, rechazar una determinada comprensión de la propiedad que ha sido especialmente predominante en los dos últimos siglos.

Desde finales del siglo XVIII y lo largo de los siglos XIX y XX se impuso un concepto “absoluto” de propiedad, exclusivo y excluyente (una suerte de “paradigma liberal sobre la propiedad”), que todavía permea en muchos discursos de las ciencias sociales, a pesar de sus limitaciones filosóficas y de su falsedad histórica (Mundó, 2018; Congost, 2020: 18). Este concepto ahistórico estereotipado de la propiedad consigue volverse hegemónico por influencia particular de los fisiócratas franceses y los liberales escoceses. Una noción más adecuada de la propiedad debería concebirla más bien como los derechos socialmente reconocidos y sancionados de determinadas entidades sociales para llevar a cabo acciones con recursos. En este sentido la propiedad no define las relaciones bilaterales de las personas con las cosas sino las relaciones multilaterales entre personas que tienen que ver con el uso de las cosas (Congost y Santos, 2010: 22-23).

La filósofa María Julia Bertomeu ha explicado:

El derecho de propiedad es un concepto relacional como lo es, en general, el concepto de derechos, porque la existencia de un derecho significa la correspondiente exigencia de un deber por parte de otros, y por eso mismo el derecho de propiedad de cosas adquiridas siempre debe estar regulado por las leyes del derecho público político, porque (...) nadie puede imponer de manera unilateral deberes a los demás y mucho menos exigir su cumplimiento (...). Por eso mismo quien ejerce *dominium* sobre cosas amparado en una supuesta soberanía absoluta sobre su propiedad, también goza de la capacidad de ejercer *imperium* sobre otros seres humanos, pues la acumulación de derechos de

propiedad sobre cosas externas rivales por parte de algunos, termina ejerciendo una dominación que es incompatible con la universalización de la libertad no dominada⁷⁰.

En una investigación pionera de 1992, William H. Simon aventuró la hipótesis de que existía lo que él denominaba una concepción “social-republicana” de la propiedad. Según Simon, una concepción absolutista de la propiedad sería incapaz de fundamentar los derechos de ciudadanía, tan caros para el republicanismo. Estos derechos están vinculados esencialmente a la idea de inalienabilidad, que impide vender tu voto (o que alguien vote por ti) o venderte como esclavo, pero también impide aceptar relaciones de trabajo forzoso incluso aunque cuenten con el consentimiento de la persona forzada en cuestión. Algo parecido ocurre con los derechos de educación pública reconocidos a todos los ciudadanos: no son transferibles a otra persona y están sujetos a requisitos constitucionales y legales. Puede sostenerse, nos dice Simon, que estos derechos fundamentales están regulados públicamente como inalienables porque *definen* a los miembros de la comunidad política, son “derechos constitutivos” de esa comunidad, y en esa medida son bienes comunes que deben ser regulados y protegidos por dicha comunidad (Simon, 1992: 1351-1353)⁷¹.

Y si los derechos de propiedad están y deben estar regulados por el derecho público, no es de extrañar que algunos autores hayan conectado la concepción fiduciaria del poder político (véase *supra*) con los deberes fiduciarios que tendrían los Estados respecto a sus ciudadanos en cuestiones de propiedad (Benvenisti, 2013: 310). La falsedad histórica de la intangibilidad de los derechos de propiedad se pone de manifiesto, sostienen algunos autores, en el hecho de que el propio “gasto de fondos recaudados de impuestos son prueba del hecho de que nuestros sistemas culturales y gubernamentales toleran una considerable incertidumbre en la protección de los derechos de propiedad y la distribución de la riqueza individual” (Underkuffler, 2017: 333). Underkuffler liga la idea de propiedad con la noción fiduciaria del gobierno, y aunque lo hace en principio para justificar la idea de no-interferencia (*forbearance*) sobre los derechos de propiedad, lo hace consciente de que la única manera de legitimar esa no-interferencia sería garantizando derechos *a todos* los ciudadanos (cumpliendo con el deber de *imparcialidad*), por lo que deja abierta la puerta a las interferencias (no arbitrarias) cuando el bien común lo requiera, al tiempo que articula el deber fiduciario del gobierno de garantizar el bienestar (a través de la propiedad) de su población (Underkuffler, 2017: 348).

Es más, los propios derechos de propiedad pueden comprenderse como una relación fiduciaria de tipo muy peculiar. Jordi Mundó, por ejemplo, ha localizado en la filosofía de Locke una formulación de este tipo, mostrando la inadecuación de las interpretaciones que han querido ver en el filósofo inglés un defensor de la noción absolutista de propiedad (Mundó, 2017: 52 y ss.). De acuerdo con este punto de vista, la propiedad se puede entender siguiendo una estrategia fiduciaria “según la cual los humanos sacamos provecho de lo común mediante una institucionalización contingente de derechos de propiedad privada, por definición sujetos al bien común” (Mundó, 2018: 60-61). El propio ordenamiento constitucional moderno podría estar ya recogiendo esta idea en la medida en que la noción de “función social de la propiedad” puede comprenderse bajo el

⁷⁰ M. J. Bertomeu, “La concepción republicana y fiduciaria de la propiedad y de la soberanía política, y sus consecuencias para la universalización de la libertad no dominada”, ponencia presentada el 6 de marzo en el congreso *I Jornada de historia y vigencia del republicanismo*, Universidad Nacional del Comahue. Agradezco a la profesora Bertomeu por compartirme el texto todavía no publicado.

⁷¹ Para una defensa de los “derechos constitutivos” de la ciudadanía republicana puede verse también Domènech (2000) y Bertomeu y Domènech (2005).

siguiente esquema: que toda propiedad es en último término pública, y que lo que llamamos derechos de propiedad privada son concesiones que realiza el soberano en régimen de fideicomiso motivado por razones de utilidad pública, que en caso de incomparecencia podrían motivar la decisión soberana de expropiar ese bien usufructuado (Bertomeu y Domènech, 2015b: 6-8; Domènech, 2015: 77-78; Bertomeu, 2016: 4). En base a esta concepción, sostiene Domènech, el socialismo histórico ha impugnado los derechos de propiedad privada sobre los recursos productivos en mercados capitalistas, porque el propietario capitalista:

- a) “Saca injustamente ventaja de su apropiación para ejercer una autoridad arbitraria, apenas contestable, sobre sus asalariados (...), así como para explotar ese trabajo alienado sacando un valor excedente, por encima del salario monetario pagado.
- b) En la medida en que los mercados capitalistas maduros no son mercados plenamente competitivos (...), los grandes capitalistas expropiadores sacan injustamente ventaja de su posición de poder en mercados con fuertes barreras de entrada, y están en condiciones de dictar precios y extraer rentas oligopólicas no ganadas e improductivas.

(...)
- c) Esas rentas oligopólicas no solo son improductivas –como las rentas terratenientes feudales–, sino que pueden usarse, además, para pervertir plutocráticamente el proceso político” (Domènech, 2015b: 88-89)⁷².

Tampoco el republicanismo histórico fue ajeno a esta concepción. Durante la Revolución Francesa, por ejemplo, esta comprensión particular de la propiedad emergió con fuerza. Pedro Dolivier, el cura *montagnard* de Mauchamp, escribió en 1792 una petición a la Asamblea:

Sin remontar a los verdaderos principios, según los cuales la propiedad puede y debe tener límites, es cierto que los que se llaman propietarios lo son solo por concesión de la ley. La nación es la única verdadera propietaria del suelo de su territorio. Y suponiendo que la nación haya podido y debido admitir el modo que conocemos para la existencia de la propiedad privada y para su transmisión: ¿lo ha podido hacer de manera tal que resulta despojada de su derecho de soberanía sobre los productos; y de modo que al acordar los derechos a los propietarios no haya dejado ninguno a los que no aparecen como propietarios; de manera tal que no les queden a estos ni los derechos imprescriptibles que les concede la Naturaleza? (citado en Mathiez, 1935b: 74).

En marzo de 1794 encontramos de nuevo la misma idea en una proclamación de los *sans-culottes* a través de la Sección de Champs-Élysées:

¿Qué es un comerciante? Es el depositario y no, como se ha creído absurdamente hasta ahora, el propietario de los objetos necesarios para la vida. Es el depositario de estos objetos, como otros ciudadanos lo son de una parte de la autoridad; es, por tanto, un funcionario público y el más

⁷² Recientemente Edgar Manjarín ha señalado la presencia de estos principios fiduciarios en el pensamiento de Marx, para quien los procesos de desposesión masiva ínsitos al modo de producir capitalista impugnaban el principio meritocrático supuestamente lockeano del trabajo-propiedad: “solo fingiendo que el escenario de partida fuera otro podía considerarse a un capitalista algo así como un agente fiduciario a quien se le encargara guiar la producción de riqueza” (Manjarín, 2020: 153). El anarquismo también heredaría esta concepción. Albert Pérez Baró, uno de los artífices del Decreto de Colectivizaciones de la Generalitat de octubre de 1936, explicó en un artículo de 1975 el principio fiduciario de propiedad que rigió la arquitectura institucional de las colectivizaciones: “los obreros no eran considerados propietarios de sus respectivas empresas, éstas eran propiedad colectiva del país, cedidas en usufructo a los trabajadores” (Pérez Baró, 1975).

importante de todos, porque tiene en sus manos la existencia del pueblo (citado en Soboul, 1987: 69)⁷³.

Ahora bien, en el mismo sentido en el que sostuvimos que una concepción fiduciaria del poder político no es en sí misma sinónimo de republicanismo o de democracia, tampoco una concepción fiduciaria de la propiedad que sitúe al Pueblo soberano como Principal y a los propietarios como Agentes pertenece por definición al campo izquierdo del tablero político. En el mismo sentido que cuando hablamos de poder político, todo depende de cómo se configuren los deberes fiduciarios (qué se entienda por “social” en esa “función social” que toda propiedad ha de cumplir) o qué mecanismos de control se establezcan. Considérese, por ejemplo, la virulenta diatriba que dirige Edmund Burke – para quien las posesiones de las clases poseedoras no eran sino fideicomisos del pueblo– contra los *food riots* tan característicos del siglo XVIII en un argumento que tendrá ecos en la famosa “teoría del goteo”:

Las gargantas de los ricos no deberían cortarse, ni sus establecimientos deberían ser saqueados; porque en sus personas los ricos no son sino fiduciarios [*trustees*] de los trabajadores, y sus almacenes son las casas bancarias de estos. Sea de forma deliberada o no, en efecto, ejecutan su mandato [*trust*], algunos con más fidelidad y juicio y otros con menos. Pero en términos generales se cumple con el deber, y todo acaba volviendo al lugar de donde surgió, una vez deducidas una comisión y un descuento absolutamente insignificantes. Cuando los pobres se alzan para destruir a los ricos actúan de forma tan inteligente para sus propios fines como cuando queman molinos y arrojan maíz al río para que el pan sea barato (Burke, 1800 [1795]: 3).

El *Tripalium* del trabajo asalariado

El otro gran “rey desnudo” que los neorrepublicanos no habrían alcanzado a analizar, sostienen los críticos, sería la cuestión de hasta qué punto se ve comprometida la libertad republicana bajo un contrato de trabajo asalariado. Lo cierto es que los autores clásicos republicanos tuvieron muy en cuenta esta figura. Cuando Aristóteles discute algunos regímenes políticos que incluyen a los trabajadores manuales defiende que esto plantea problemas para la virtud. Para el Estagirita, es justamente su condición de asalariado la que convierte a este trabajador en una suerte, podríamos decir, de “esclavo a tiempo parcial”:

El esclavo participa de la vida del que le manda; en tanto que el trabajador manual lo está solo en parte y en la medida de sus tareas serviles. Pues el obrero especializado posee una suerte de esclavitud limitada, mientras que en la esclavitud forzosa ésta se le impone y de allí procede su naturaleza (Aristóteles, 2018: I, 13, 1260b)⁷⁴.

Cicerón compartía una opinión similar, por ello escribió en *De Officiis*: “vulgares son los medios de subsistencia de todos los trabajadores contratados a quienes pagamos por su simple trabajo manual, no por su habilidad artística; porque en su caso, el propio salario que reciben es una señal de su esclavitud” (Cicerón, 1913: I, §150).

El propio *Codex Iustinianeus* recoge en su seno una distinción que captura esta intuición republicana sobre el trabajo asalariado. Si bien en la Roma antigua la mayor

⁷³ Agradezco a Pablo Scotto esta cita.

⁷⁴ Hemos corregido ligeramente esta traducción que hablaba de “servidumbre limitada”, siguiendo la traducción de Carlos García Gual (Madrid: Alianza) que prefiere “esclavitud”. El especialista en griego antiguo, Tomás Martínez Peña, tuvo la amabilidad de cotejar varias traducciones con el original y transmitirme su preferencia por la opción que adoptamos aquí, por lo que aprovecho para agradecerle el detalle. El original reza “*ho gar bánausos technítes aphorisménen tiná échei douleían*”.

parte del trabajo la realizaban los esclavos y su relación con el amo no era contractual⁷⁵, existían otros tipos de trabajo que podían “encargarse”. Uno de ellos era la *locatio conductio operis*, que regulaba los contratos de trabajo en los que se entrega un trabajo particular como un todo (*opus faciendum*). Muy a menudo se trataba de encargos para crear objetos o trabajar sobre ellos (coser ropa, forjar una joya, construir una casa). El cliente estaba interesado en el producto, “normalmente no estaba siquiera interesado en si el conductor realizaba en persona el trabajo o si pedía ayuda a sus asistentes. El trabajador era responsable de producir el resultado, el cómo lo hiciera era (normalmente) cosa suya” (Zimmermann, 1996: 394).

En contraposición a esta suerte de “trabajo autónomo”, el Código Justiniano recogía la figura de la *locatio conductio operarum*, el contrato de servicios de trabajo a cambio de un salario. Se trataba de un “contrato de consenso” en el que ambas partes tenían que ponerse de acuerdo en dos cosas: la obra a realizar (*operae*) y el salario que se pagaría por ella (*merces*, palabra de la que viene “mercenario”). Era un tipo de relación laboral en la que destaca la ausencia de cualquier tipo de protección legal contra el despido: ambas partes pueden rescindir el contrato en *cualquier* momento manifestando simplemente su voluntad de hacerlo. Este tipo de relación laboral representaba solo a un pequeño segmento del mercado laboral romano, que por norma general no afectaba a las “artes liberales” (filósofos, abogados, arquitectos, técnicos agrícolas, profesores y estudiantes, etc.) porque “para los estratos superiores de la sociedad romana se consideraba inapropiado e indecoroso trabajar por un salario” (Zimmermann, 1996: 385-387). No era la actividad laboral en sí misma lo que despreciaban las élites, incluso las clases altas valoraban hacer ellas mismas algunas labores de agricultura de vez en cuando; lo despreciado era “si el trabajo se realizaba para sí mismo o para una tercera persona”, pero incluso aquí con matices, porque lo importante es si al hacerlo para una tercera persona se sometía la voluntad a esta y se recibía un pago por ello o, como podía hacer un aristócrata que fuera buen vecino, trabajaba en el campo del vecino de forma altruista. El problema era, por tanto, que “una persona que estaba de acuerdo en trabajar a cambio de un salario de alguna manera parecía que se había vendido a sí misma” (Zimmermann, 1996: 389). Así pues, lo que despreciaban Aristóteles y Cicerón del trabajo por contrato era ante todo la dominación que suponía el someter la voluntad ante el empleador a cambio de un salario –algo que, como hemos dicho, afectaba especialmente a los trabajos manuales que realizaban las clases populares de la época. El problema era, entonces, que el trabajador no podía dedicarse a una vida de *otium cum dignitate*, su falta de tiempo le impedía dedicarse a la cosa pública.

Esta visión elitista y clasista del trabajo manual no sería patrimonio exclusivo de la Antigüedad. Una gran parte de los autores modernos republicanos la compartirían. En *The Commonwealth of Oceana* James Harrington nos ofrece una opinión muy parecida a la de Aristóteles y Cicerón:

Hasta que terminan de cubrir de plumas sus nidos –como las aves del cielo, cuyo único trabajo es buscar su comida–, [los trabajadores manuales] están tan ocupados en sus preocupaciones privadas que no tienen tiempo libre para estudiar la cosa pública ni esta se les puede confiar a ellos de manera segura (...) porque un hombre no se embarca fielmente en este tipo de barco si no tiene una parte en la carga (Harrington, 1992 [1656]: 138).

⁷⁵ Cuando un amo prestaba sus esclavos, firmaba un contrato de *locatio conductio rei*, el mismo que se empleaba para las cosas. Podemos decir, entonces, que el esclavo quedaba “reificado”.

Considerando este legado de impresiones y escritos sobre la figura del trabajador asalariado es extraño que los neorrepublicanos no se hayan aplicado a su análisis. Una razón puede ayudarnos a explicar este hecho: la figura del trabajador asalariado fue durante siglos un segmento minoritario de la población (que incluso, se pensaba, podría desaparecer). Tan solo con la extensión del capitalismo y sus dosis ciclópeas de desposesión se generalizó esta figura laboral hasta constituir el principal medio de subsistencia de la mayoría de la población actual (Meiksins Wood, 2002). Si consideramos que para los intérpretes neorromanos la tradición republicana perdió su vigencia entre los siglos XVIII y XIX, no sorprende tanto que hayan dedicado poca atención a esta figura social. Pero esa cronología de las ideas republicanas es precisamente la que pondrán en cuestión los críticos republicanos del neorrepublicanismo.

Como tendremos ocasión de ver, Thompson realizó varias contribuciones fundamentales a la historiografía del capitalismo, ayudándonos a comprender no solo la marcha ascendente de este en Gran Bretaña, sino también qué aspectos concretos se consideraron “dominadores” entre los trabajadores y sus familias. En sus investigaciones en profundidad sobre el siglo XVIII inglés, además, Thompson lidió con las complejidades de los derechos de propiedad de la época, y los conflictos que se generaron en torno a esta, compartiendo de forma implícita la noción propietarista de la libertad que hemos expuesto aquí.

1.2.5. La hipótesis del socialismo republicano

Una de las grandes hipótesis que han avanzado los críticos republicanos más recientes es que la tradición socialista fue heredera consciente y continuadora de las ideas del republicanismo democrático moderno. La relación entre la tradición socialista y la republicana es compleja y no puede darse por sentada, pero tampoco debería negada sin matices⁷⁶ u omitida como si no existiese⁷⁷, algo que han tendido a hacer los neorrepublicanos (Claeys, 1989: 6; Gourevitch, 2014; Domènech, 2018b)⁷⁸.

En esta investigación asumimos el dictamen de aquellos que entienden que la tradición socialista fue heredera consciente del republicanismo democrático, si bien en ese proceso

⁷⁶ “Creo que es difícil para las izquierdas, sobre todo la de origen comunista, adoptar –siempre que lo quiera– un estilo de pensamiento republicano. En primer lugar, porque el republicanismo casi nunca fue objeto de estudio por parte de los intelectuales de izquierda (...) en segundo lugar, porque la izquierda - nacida para firmar los intereses y los derechos (legítimos) de una o más clases sociales, excluidas de los derechos de ciudadanía– cultivó, históricamente, el patriotismo de partido y de sindicato y no el patriotismo entendido como adhesión al bien común de los ciudadanos, predicado por los republicanos” (Viroli, 2014: 59). O también: “No diré nada de la larga tradición precapitalista de ‘comunismo’, que va desde los primeros cristianos hasta los *levellers*, porque el socialismo moderno solo se ocupa de la sociedad industrial, y las formulaciones doctrinales de sociedades puramente agrarias pueden tener poca relevancia” (Crosland, 1956: 81).

⁷⁷ Para Skinner el lenguaje republicano casi desapareció durante el siglo XIX eclipsado por tradiciones políticas rivales, entre ellas la socialista (Skinner, 1998: X).

⁷⁸ Aunque cada caso es diferente y no sería bueno generalizar demasiado. Recientemente Pettit y Lovett han defendido que “la explicación socialista de la difícil situación de los trabajadores solo tenía sentido dentro de la concepción republicana de la libertad como no-dominación. El socialismo fue la descendencia, en el ámbito industrial, del republicanismo clásico. El socialismo no solo dependía de la concepción republicana de la libertad como no denominación para potenciar la idea de la esclavitud salarial, sino que también esa misma fórmula tuvo sus orígenes en los círculos republicanos” (Lovett y Pettit, 2009: 10). Lamentablemente, y por el momento, no han desarrollado sistemáticamente la idea.

de heredar ideas muchas quedaron modificadas y otras nuevas pasaron a ocupar un papel central (por nombrar solo algunos: Bertomeu y Domènech, 2015; Bonnell, 1996; Breen, 2015; Casassas y Wispelaere, 2016; Dagger, 2006; McIvor, 2009; Muldoon, 2019; Gourevitch, 2014; W. C. Roberts, 2016; Leipold, 2017; Leipold, Nabulsi y White, 2020; M. J. Thompson, 2019; O' Shea, 2019; Vrousalis, 2019, White, 2000, 2011). Es necesario recordar que esta línea de investigación fue anticipada de forma pionera por el primer estudio en profundidad de estas cuestiones –poco conocido en el mundo anglosajón– del filósofo catalán Antoni Domènech *El Eclipse de la fraternidad. Una revisión republicana de la tradición socialista* (Domènech, 2019 [2004]).

La primera evidencia que soportaría esta interpretación es de tipo lingüístico: en muchas ocasiones no es fácil desenmarañar la retórica republicana de la socialista en el siglo XIX (Simon, 1992: 1334). La conocida expresión de la “esclavitud salarial”, tan cara al socialismo, retoma la vieja oposición republicana entre libertad y esclavitud. Ya desde finales de los años 30, con la influyente obra del “socialista cristiano” Lamennais titulada *De l'esclavage moderne* (1839), encontramos la idea:

Entre el capitalista y el proletario, entonces, subsisten las mismas relaciones que existieron entre el amo y el esclavo de antaño. El mismo nombre permanece: decimos, el patrón [*master*] y el trabajador; al hacerlo no hablamos sino de forma demasiado exacta (citado en Leipold, 2017: 172)⁷⁹.

Marx no hizo sino continuar esta línea cuando, por ejemplo, decía en *La Crítica del Programa de Gotha* que “el nuevo sistema de trabajo asalariado es un sistema de esclavitud” (Marx y Engels, 2010a: 92) o en *Das Kapital*: “El proceso de donde salieron el obrero asalariado y el capitalista, tuvo como punto de partida la esclavización del obrero. Este desarrollo consistía en el cambio de la forma de esclavización: la explotación feudal se convirtió en explotación capitalista” (Libro I, Cap. XXIV, Marx, 2009 [1863]: 894)⁸⁰. Los socialistas a veces denominaban “esclavos” en un sentido semimetafórico a los trabajadores asalariados modernos, otras veces apuntaban a los cambios en las formas jurídicas de la dominación pero remarcando la continuidad de esta. Así se expresaba, por ejemplo, Louis Blanc en 1848: “Los trabajadores han sido *esclavos*, han sido *siervos*, hoy son *asalariados*; es preciso tratar de hacerlos pasar al estado de *asociados*. No puede alcanzarse este resultado más que por la acción de un poder democrático” (en *La Réforme*, citado en Scotto, 2018: 217).

Esta coincidencia en la retórica es el signo de un solapamiento conceptual muy profundo cuyas líneas maestras, siguiendo a Domènech (2015), pueden caracterizarse así:

- i) El movimiento socialista heredó la concepción de la libertad republicana como oposición a la esclavitud y el ideal democrático de universalizarla para alcanzar una “sociedad sin clases”⁸¹. Un primer rasgo de ello fue la

⁷⁹ La crudeza de los economistas políticos ya había señalado este punto. En sus *Elements of Political Economy* publicados en 1821, James Mill apunta: “La única diferencia radica en el modo de adquisición. El propietario de un esclavo adquiere, de una vez, la totalidad de su trabajo, todo lo que el hombre llegue a desarrollar; el que paga salarios adquiere solo la parte del trabajo del hombre que realiza durante el día o durante cualquier otro período estipulado” (Sección II, Cap. 1, citado en Mundó, 2018).

⁸⁰ Cito aquí según la traducción de Manuel Sacristán (Grijalbo, 1976) porque en la edición que acostumbro a manejar de Siglo XXI (2008-2009) Pedro Scaron traduce “sojuzgamiento” perdiéndose el matiz que quiero destacar.

⁸¹ “A la hora de definir el socialismo, siempre han existido y existen hoy un gran número de teorías diferentes. Pero cada una de ellas mantiene el concepto básico común: la idea de una sociedad sin clases sociales, de una sociedad de hombres y mujeres libres e iguales, una sociedad emancipada de toda forma

persistencia indeleble, en muchos programas socialistas, de la demanda por alcanzar un sufragio universal pleno, algo que solo se alcanzaría precisamente por la presión del movimiento obrero ya a comienzos del siglo XX⁸². Como expresó el historiador socialista Julius Braunthal:

La lucha por el derecho universal al voto como un medio para liberar a las clases trabajadoras del dominio político de las clases medias ha sido uno de los principales objetivos en la lucha de los partidos socialistas durante el período de la Primera y de la Segunda Internacional. La democracia parlamentaria, fundada en el sufragio universal y hoy en día aceptada indiscutiblemente como un requisito estándar para cualquier sistema político, representa sin duda **una de las conquistas del movimiento socialista** (Braunthal, 1980: 503, subrayado nuestro).

- ii) El socialismo dio continuidad a la concepción fiduciaria de la propiedad bajo nuevas circunstancias. Su tarea no era ya incorporar plenamente a las clases domésticas en el orden civil (algo que ya se había llevado a cabo en la sociedad postnapoleónica con la *fictio iuris*), sino superar toda sociedad civil que se fundara en la apropiación privada de los medios de existencia social. La razón de ello la ofrecía la nueva estructura de la propiedad: el avance de la industrialización había tornado imposible concebir la emancipación universal únicamente bajo la forma de una redistribución masiva de pequeña propiedad privada, como tradicionalmente había defendido la democracia republicana (Domènech, 2019: 150-151, 438)⁸³. Por descontado, en paralelo a los primeros socialistas siguió desarrollándose un republicanismo democrático cada vez más atento a la cuestión social. Por ver un ejemplo, en el mismo número del periódico *Red Republican* en el que se publicó la última entrega de la primera traducción inglesa del *Manifiesto Comunista* aparecía un artículo de William James Linton. Había muchos puntos en común entre ambos textos y una diferencia crucial que atañía a la propiedad: Marx y Engels proponían abolirla, Linton proponía universalizarla (Leipold, 2017: 2-3)⁸⁴.
- iii) El socialismo heredó la idea de la Unidad de la Humanidad formulada desde al menos la Escuela de Salamanca que fue el sostén del “internacionalismo jacobino” (Gauthier, 1992) y acabaría expresándose en el lenguaje del “internacionalismo proletario”, ofreciendo el sustrato normativo a partir del

de esclavitud económica y política. Este concepto ha sido el núcleo fundamental del socialismo desde su creación” (Braunthal, 1980: 492).

⁸² “Los más sensatos de los trabajadores comprendieron pronto, desde luego, que su privación de derechos solo podía ser eliminada exigiendo para todos los ciudadanos el mismo derecho a determinar el contenido de la actividad del poder político, a fin de que no se abusase del Estado en interés de unos pocos: de ahí que reclamaran para sí todos los derechos de la libertad que corresponden al pensamiento iusnaturalista” (Abendroth, 1968: 15).

⁸³ “Los teóricos del siglo XIX expandieron la categoría de la propiedad republicana, primero a las herramientas de los artesanos (y, con ello, a sus cualificaciones) y después al capital industrial a pequeña escala” (Simon, 1992: 1343). Para una comparación de las propuestas de redistribución masiva de la pequeña propiedad en los diferentes contextos estadounidense y francés de finales del XVIII puede verse Laín (2016).

⁸⁴ William James Linton fue un conocido intelectual republicano-socialista, amigo de Mazzini. Entre sus obras se cuenta una biografía de Thomas Paine. Junto a John Ruskin editó *The English Republic*, un periódico de propaganda republicana muy influyente, que buscó hacer confluir las ideas sobre la forma republicana de autogobierno y las nuevas ideas socialistas de control colectivo de la economía. Stuart White ha señalado cómo Linton retomaba explícitamente la definición de esclavitud de Algernon Sidney y la extendía a las condiciones del capitalismo industrial (White, 2011).

cual los socialistas apostaron en muchas ocasiones por apoyar las causas de la descolonización y la autodeterminación de las nacionalidades oprimidas. Para el jurista y politólogo alemán Wolfgang Abendroth, el movimiento obrero europeo ha dado continuidad a los principios expresados en las Revoluciones inglesa, francesa y americana, extendiéndolos a toda la estructura de la sociedad, “los ha seguido desarrollando en conexión con la transformación de la sociedad económica por la revolución industrial; y de privilegios de la raza blanca que eran, los ha transformado en derechos de los hombres de todas las razas” (Abendroth, 1968: prólogo).

El gran historiador de la Revolución francesa, Albert Mathiez, señalaba las raíces republicanas del primer socialismo europeo (francés y británico)⁸⁵:

No es pues exagerado decir que el socialismo francés de la época de 1830, al igual que el socialismo cartista, surgen ambos de Buonarroti y, a través de Buonarroti, de Robespierre (“La politique de Robespierre et le 9 de thermidor expliqués par Buonarroti”, AHRF, 1910, citado en Gauthier, 2008).

Se podrían buscar innumerables citas o referencias que nutran estos argumentos⁸⁶, pero nos bastará de momento con una más. En las primeras páginas de su libro *Social Democracy versus Communism*, el viejo Karl Kautsky remarcaba:

La demanda “Libertad, Igualdad, Fraternidad” presentada por los hombres de la Revolución Francesa es anterior a toda la historia escrita. Refleja el deseo de todos los oprimidos, de todos los explotados y de todos sus semejantes desde que han existido la opresión y la explotación (...). Los partidos socialistas luchan no solo por horarios de trabajo más cortos y salarios más altos, seguro de desempleo y consejos a nivel de planta, sino también por la libertad, por la igualdad y por la fraternidad de todos los seres humanos, independientemente de su raza, color o credo (Kautsky, 1946).

Ciudadanía económica: la extensión de la libertad republicana a nuevas esferas

Una de las áreas en las que el socialismo supuso una novedad conceptual respecto a la vieja tradición republicana fue su propuesta de organizar republicanamente la actividad económica, bajo el argumento: “*Quod omnes tangit ab omnibus approbari debet*” (lo que a todos afecta, todos deben poder discutirlo).

Ya desde sus orígenes, el movimiento socialista se configura en torno a esta idea. En Gran Bretaña, el owenismo supuso una revolución en el pensamiento político radical que extendió el concepto de democracia mucho más de lo que nunca antes se había intentado,

⁸⁵ Para estos casos, puede verse también (Claeys, 1989; Rudé, 1981a; Scotto, 2019). En el Capítulo 4 abordamos la explicación original y pionera de Thompson sobre el tema.

⁸⁶ En el Reino de España también el socialismo tiene sus raíces republicanas. Recientemente Xavier Domènech daba cuenta de los orígenes republicano-federales de las primeras asociaciones obreras catalanas que se nutrían de los escritos de Pi i Margall (X. Domènech, 2019). El mallorquín Gabriel Alomar podía decirlo más alto, pero no más claro: “Todo verdadero socialismo es republicano. ¿Cómo puede ser de otra manera? En uno de sus grandes aspectos, el socialismo es una reivindicación del trabajo o del esfuerzo individual contra el imperio mortuorio y tradicionalista de las herencias (...). El socialismo es una conversión gradual de la ley del dominio jerárquico en ley de cooperación igualitaria en el poder (...). El socialismo quiere convertir progresivamente en cosa pública (‘república’), la propiedad, el capital, los medios de producción (...). En fin, las mismas palabras República y Socialismo deben su origen a idéntico impulso: la liberación del derecho privado en derecho público, popular. República y Socialismo son exactamente una misma erupción ideal adecuada al espíritu de dos épocas diversas. Una es hija de la Revolución del tercer estado; la otra es hija de la evolución del cuarto estado” (Alomar, 1923: 229-230; agradezco a Rodrigo Amírola esta preciosa referencia).

planteando una transformación “total” de la sociedad y la idea de que los trabajadores podían salir de su explotación a través del autoempleo en cooperativas gestionadas democráticamente. Al final de su vida, Owen denominaba “Repúblicas” a sus comunidades autogobernadas (Claeys, 1989: 105, 71). El republicano socialista James Bronterre O’Brien –una de las figuras más queridas de Thompson– decía en 1834 que en la sociedad capitalista prevalecía el “principio monárquico en todo, y como consecuencia, todos son esclavos excepto unos pocos capitalistas grandes” y James Morrison defendía en el *Pioneer*, el periódico de la Grand National Consolidated Trade’s Union, que los sindicatos formasen una “asociación de fábricas” que comerciasen entre sí “bajo un principio puramente republicano” (citado en Claeys, 1989: 191, 195). Como expresó Sidney Webb a finales del XIX, se trataba de acabar con esos monarcas económicos, con la autoridad arbitraria que se había desplazado al interior del mundo productivo: “la irresponsable autoridad personal sobre las acciones de los demás –expulsada del trono, del castillo y del altar– reina todavía, de forma no careable, en la industria y la mina” (*The Difficulties of Individualism*, 1896, citado en Blaazer, 1992: 59).

En muchas ocasiones, esta reivindicación se articulaba con un sustrato filosófico más profundo, el de la concepción fiduciaria de la propiedad que mentábamos anteriormente. En el prefacio de su obra *Equality* el socialista cristiano Richard Henry Tawney sostuvo que la conquista de la democracia implicaría cambios fundamentales en dos líneas:

En primer lugar, la eliminación decidida de todas las formas de privilegio especial que favorecen a algunos grupos y oprimen a otros, ya sea que su origen sean las diferencias de entorno, de educación o de ingresos monetarios. (...) en segundo lugar, la conversión del poder económico, que hoy día es a menudo un tirano irresponsable, en un servidor de la sociedad, trabajando dentro de límites claramente definidos y responsable de sus acciones ante una autoridad pública (Tawney, 1931: 15-16).

Uno de los mejores momentos para abordar esta dimensión de la tradición socialista es el período de entreguerras, cuando la experiencia y la fuerza organizativa acumulada de varias décadas, junto con la conquista del sufragio universal, permitió a los socialistas europeos plantearse con mayor profundidad los retos de la democracia económica. En una digresión bien interesante sobre los problemas de falta de libertad en las sociedades de oligarquía isonómica (“el mundo estaba jurídicamente abierto a todos los hombres. ¡Pero, desgraciadamente, persistía el orden social! (...) y en este terreno ya los hombres no son iguales, sino desiguales”), el jurista alemán Hugo Sinzheimer concluirá que llenar ese vacío que existe entre las aspiraciones universales de libertad y su frustración en el mundo material era el objetivo del Derecho del Trabajo: “implantar el orden social en medio del orden jurídico, dar a la nueva época social su derecho” (Sinzheimer, 1984 [1927]: 74).

Por eso la libertad pública tiene una triple presentación, sostiene el jurista. En primer lugar “es la libertad con respecto al derecho del dominio privado” (lo que republicanamente llamaríamos *dominium*), para lo cual el hombre público no se somete a personas privadas sino a una comunidad política liberándose de los deberes y cargas privados. En segundo lugar, debe garantizarse su libertad respecto al Estado (*imperium*) de dos maneras: una, su “libertad personal”, esas “esferas de libertad” dentro del Estado en que consisten “los llamados derechos fundamentales” que “sustraen los bienes personales al dominio público”. La otra, como:

libertad en el Estado. El ciudadano libre no es un súbdito. Es una parte de la voluntad comunitaria. Cooperar a su formación. Así la “liberación del trabajo” (...) ha concedido al hombre *derechos sociales fundamentales* que le aseguren una existencia humana digna, que contribuyen al

mantenimiento de su fuerza de trabajo y que le garantizan un libre círculo vital. La “liberación del trabajo” ha protegido, en segundo lugar, la cooperación del trabajo en el ejercicio del poder económico, ha transformado la sumisión económica en ciudadanía económica (Sinzheimer, 1984 [1927]: 76-77).

Organizaciones de masas: un invento republicano-socialista

Otro frente, poco señalado hasta la fecha, en el que el socialismo heredaría y actualizaría los principios republicanos sería en su concepción fiduciario-democrática del poder político aplicada al interior de sus propias organizaciones. Los grandes partidos obreros de masas y los grandes sindicatos de masas, que fueron inventos de la tradición socialista –solo posteriormente replicados por las fuerzas políticas rivales cuando la necesidad lo impuso– fueron diseñados con mecanismos de control internos que, al margen de su efectividad final, trataban de llevar a la práctica la idea de que todo representante no es sino un servidor democráticamente elegido que actúa en interés del beneficiario: la clase explotada.

Los sistemas políticos parlamentarios dominados por partidos políticos son de fecha bien reciente, hasta después de la caída de la Comuna de París no se generalizaron. La actividad política de la burguesía liberal del XIX se limitaba al parlamento: los cargos públicos eran diputados de clase alta que no cobraban remuneración por su trabajo, porque no les hacía falta. Formaban los llamados “partidos de notables”. Estos partidos comenzaron a transformarse en comités electorales locales que necesitaban de algún tipo de asociación de base (como las “asociaciones de electores”) que tuviesen una cierta afinidad política. Solo se reunían para preparar las elecciones. En este sentido los candidatos o cargos públicos determinaban toda la actividad de estos partidos de notables: su línea política, sus acciones, su estructura organizativa. Fueron los partidos socialistas los que crearon por primera vez una estructura de partido de masas, más o menos centralizada según el caso, que permitió gestionar de forma coordinada la militancia de cientos de miles (y hasta millones) de personas (Neumann, 1971).

En su clásica obra sobre los partidos políticos, Maurice Duverger reconoce esta distinción en sus propios términos (“partidos de cuadros” y “partidos de masas”) e incluso ofrece su propia caracterización según el papel que juegan los miembros: si el partido quiere *educar* a una parte de la población en unas ideas políticas, si tienen reuniones regulares fuera de período electoral, si tienen un censo regular con las cotizaciones de los afiliados⁸⁷, etc. Duverger percibió a la perfección el fondo fiduciario de la estructura de estos partidos al describir algunos de sus mecanismos de control como la restricción de salarios (el diputado entrega su salario al partido y éste le devuelve una pequeña parte, convirtiéndolo así en asalariado de la organización) o los órganos intermedios de coordinación entre el partido y el grupo parlamentario. Este mandato fiduciario podía llegar a cuotas extremas, como en el caso de algunos partidos comunistas que practicaban “la técnica de la dimisión en blanco”: se obligaba a firmar una carta de dimisión al diputado que no estaba fechada pero sí firmada, de tal manera que el partido podía rellenarla y forzar la dimisión del diputado cuando considerase, incluso en contra de la voluntad de este (Duverger, 1987: 92 y ss.).

Es de sobra conocido que, pese a toda esta obsesión con el diseño institucional organizativo, los partidos obreros de masas se vieron sobrepasados por fenómenos de

⁸⁷ Cotizaciones que en estos partidos socialistas eran proporcionales al ingreso. El SPD llegó a tener hasta 12 tipos de cuota.

burocratización, autoritarismo, hiperliderazgo, etc. Se atribuye a Rosa Luxemburgo la invención de la expresión “fetichismo organizativo” que tendría un considerable éxito en el movimiento obrero: en *Huelga de masas, partidos y sindicatos* Luxemburgo habría denunciado “la tendencia a sobreestimar la organización que, poco a poco, pasa de ser un medio para un fin a convertirse en un fin en sí misma, en un bien supremo al que deben subordinarse todos los intereses de la lucha” (citado en Douet, 2017). Esta tendencia alcanzó el paroxismo cuando el bolchevismo retorció en el II Congreso de la Tercera Internacional los principios fiduciarios de las organizaciones comunistas a medida que la Revolución rusa entraba en fase de declive (las famosas “21 condiciones”). En último término, la metáfora militar sustituyó al esquema fiduciario: “Ningún ejército en guerra puede prescindir de un Estado Mayor experto, si no quiere verse condenado a la derrota (...). Sin un Partido revolucionario, la clase obrera es como un ejército sin Estado Mayor” (Stalin, “El partido” en *Los fundamentos del leninismo*, 1924, recogido en Lenk y Neumann, 1980: 454)⁸⁸.

Como veremos en los siguientes capítulos, Thompson fue un gran partidario de las propuestas socialistas de autogobierno en la producción, esa “ciudadanía económica” que permitiría trascender el capitalismo (un objetivo programático claro en el socialismo de entreguerras y que sería abandonado mayoritariamente por la socialdemocracia de postguerra, véase Capítulo 2). Por otro lado, Thompson fue militante de un partido comunista estalinizado, aceptaba grados altos de disciplina siempre que pudiera debatirse sin censuras ni sectarismos. En el Capítulo 3 explicaremos que fue su comprensión de la estructura fiduciaria de las organizaciones socialistas la que le acabaría llevando a romper con ese partido cuando percibió que la democracia interna solo existía en los discursos de los dirigentes pero no en la práctica.

1.2.6. ¿Era necesaria la hipótesis?

El modelo de “herencia autoconsciente” no es la única manera de entender la relación entre socialistas y republicanos. Podemos ver algunos ejemplos de otras opciones. En lugar de ver el socialismo como un desarrollo en relativa continuidad con el republicanismo, Serge Audier concibe el socialismo como una tradición que *corre en paralelo* a la republicana, y contra la que esta se perfila constantemente, incorporando a veces elementos del socialismo en su seno y viceversa (Audier, 2015: 63). Para Audier, se trata de una historia de cruces en la que el “socialismo republicano” (de Leroux, de Jaurés, de *Combat* o de Mendès France) es más bien una excepción que la regla.

Otros autores han considerado que esas relaciones directamente no existieron o lo hicieron de una forma débil. Así, el gran intelectual del revisionismo laborista, Anthony Crosland (del que tendremos oportunidad de hablar) sostuvo que era “curioso que la tradición socialista, **como opuesta a la tradición radical**, tenga comparativamente poco que decir sobre cualquier aspecto del poder que no sea el poder político y económico de la industria privada” (Crosland, 1956: 40, subrayado nuestro).

⁸⁸ El último Franz Neumann se preocupó especialmente por este asunto en lo que podría considerarse una polémica *post mortem* con Robert Michels: “El liderazgo, y especialmente un liderazgo independiente, es un elemento decisivo de la democracia. Es falso por lo tanto describir a los líderes de las organizaciones de masas como oligarcas. Solo devienen oligarcas cuando ya no son elegidos en elecciones libres y cuando se han colocado a sí mismos fuera del ámbito de los controles democráticos” (Neumann, 1996: 238).

Otra posibilidad consiste en valorar la cuestión según las distintas ramas de la tradición socialista. Algunos investigadores recientes han reconocido el gran peso que tuvo el republicanismo en los orígenes del socialismo premarxista, pero consideran que este republicanismo fue arrumbado en los movimientos que tomaron al marxismo como su referente (Bevir, 2000: 355-356; Foote, 2005: 41 y ss.).

Esta última objeción abre un debate bien interesante. En las últimas décadas no pocos investigadores han reivindicado el olvidado legado republicano-democrático del marxismo originario. También aquí las relaciones entre republicanismo y marxismo originario no son evidentes y necesitan ser argumentadas.

Los vínculos entre el joven Marx y el republicanismo han sido señalados con más frecuencia. Es conocido que la primera edición del Manifiesto Comunista fue publicada por un periódico titulado *Red Republican*, editado por el cartista y admirador de Robespierre, George Julian Harney, que solía acudir a las manifestaciones con su gorro frigio bien calzado. Los artículos del joven Marx suelen citarse también en esta dirección:

La libertad jurídicamente reconocida existe en el Estado como ley y solo como ley. Las leyes no son reglas represivas contra la libertad, lo mismo que la ley de los graves tampoco es una regla represiva contra el movimiento, porque, aun cuando como ley de la gravitación ciertamente impulsa los eternos movimientos de los cuerpos en el mundo, como ley, empero, de la caída, se abate sobre mí si la violo y me empeño en danzar en el aire. Las leyes son, antes bien, las normas positivas, luminosas, universales, merced a las cuales la libertad ha ganado una existencia impersonal, teórica, independiente del capricho del individuo. Un código de leyes es la biblia de la libertad de un pueblo (*Gaceta Renana*, 12 de mayo de 1842, en Marx, 1983: 82)

Ahora bien, ¿estaríamos ante el mismo caso con el Marx maduro? Una de las razones por las que no hay una línea transparente de continuidad es que los propios Marx y Engels entendieron su propia conversión a las filas del socialismo como una *ruptura* con la tradición republicana. Cuando Marx decide dejar de considerar el comunismo como una “abstracción dogmática” al entrar en contacto con el proletariado organizado de París, dirá que estos son los “soldados del socialismo” y no los “soldados de la República” (“Kritische Randglossen”, citado en Leipold, 2017: 7). Es claro que algo se perdió en el camino⁸⁹. Pese a ello, Marx y Engels encontraron la manera de formular nuevos programas y propuestas que continuarían y renovarían los principios republicanos, como han puesto de relieve investigaciones recientes (Schulman, 2010: 199, 201; W. C. Roberts, 2016; Leipold, 2017; Manjarín, 2017; Domènech, 2019 [2004]). Es más, algunos de sus análisis solo cobran pleno sentido bajo presupuestos normativos republicanos (véase *infra* para la dominación impersonal y la dominación de clase).

En la historia del socialismo desde finales del XIX las relaciones entre republicanismo y socialismo también están lejos de ser cristalinas. Más especialmente si se considera que en la propia historia de la tradición socialista existieron diversos momentos (no precisamente pocos) en los que las vetas republicanas brillaron por su ausencia: desde sus

⁸⁹ En el Manifiesto de la Liga Socialista (organización que fundaron en 1884 William Morris, Eleanor Marx, Edward Aveling, Ernest Belfort Bax y otros socialistas reconocidos, como escisión de la Federación Socialdemócrata liderada por Hyndman) se decía: “solo por medio de la transformación de la civilización en socialismo pueden ser redimidas las miserias del mundo (...). En cuanto a la política pura y simple, el absolutismo, el constitucionalismo, el republicanismo, todo ha sido intentado en nuestros días y bajo nuestro actual sistema social, y todos han fracasado igualmente en sus tratamientos de los verdaderos males de la vida” (citado en Thompson, 1988: 677).

orígenes antipolíticos (Claeys, 1989; Cole, 1975a; Scotto, 2019)⁹⁰, pasando por lo que se conocería como la deriva “economicista” y “mecanicista” de la II Internacional hasta una parte considerable de los mal llamados “socialismos realmente existentes”⁹¹. Una historia comparada por países de los encuentros y divorcios entre ambas tradiciones es algo que escapa a los objetivos y capacidades de nuestra investigación. Pero puede resultar de interés señalar que algunos de los principales intelectuales socialistas occidentales compartían un cierto diagnóstico sobre la cronología de esta historia. Para personajes como Albert Mathiez, Arthur Rosenberg, Antonio Gramsci o el propio Thompson, la derrota de la Comuna de París marcaría un hito en esa turbulenta relación, dando paso a una época en la que los principios republicanos empezarían a flaquear entre las posiciones mayoritarias de los grandes partidos socialistas y comunistas.

Para Mathiez, el socialismo mayoritario posterior a 1870 es un socialismo en el que los ideales han perdido fuerza. El socialista de antes de 1870 tenía unos principios, “quería la libertad con pasión, no la consideraba solo un instrumento necesario para su liberación, sino una razón de ser y la salvaguardia de la patria”. El socialista de antes, pues, se habría rebelado ante la posibilidad de que alguien pudiera “amordazarle la boca o vendarle los ojos para conducirlo mejor a la victoria” (Carta a André Lebey, 5 de octubre de 1910; citado en Bosc y Gauthier, 2017). Esta tradición, vencida con la Comuna, fue eclipsada y sustituida por “los sedicentes socialistas científicos”, quienes, encomendándose a Marx, consideran la Revolución francesa como una “pequeña cosa burguesa” y preconizan un “socialismo sin ideal, que gira en torno a la cuestión del vientre y del bajo vientre” (“Socialisme français et socialisme prussien”, *L’Heure*, 3 de enero de 1917; citado en Bosc y Gauthier, 2017)⁹².

⁹⁰ Del caso británico nos ocuparemos en el Capítulo 3. Para el caso francés, la tesis de Pablo Scotto es una buena referencia. Véanse, por ejemplo, las siguientes declaraciones de Charles Fourier, uno de los padres del socialismo en Francia: “Con estas palabras, *derechos naturales*, no me refiero a las quimeras conocidas bajo el nombre de *libertad e igualdad*. El pobre no aspira a tanto, no quiere ser el igual de los ricos, se contentaría con estar en la mesa de sus sirvientes: el pueblo es incluso más razonable de lo que se le exige. Consiente la sumisión, la desigualdad, las servidumbres, siempre y cuando vosotros penséis en los medios para ayudarlo cuando las vicisitudes políticas le hayan privado de su industria, reducido a la miseria, al oprobio y a la desesperación. Es precisamente entonces cuando es abandonado por la Política (...) ¿Por qué la Política se burla de estos desgraciados, dándoles derechos de soberanía, cuando ellos no piden más que derechos a la servidumbre, más que el derecho a trabajar para el placer de los ociosos?” (“Égarement de la raison démontré par le ridicule des sciences Incertaines”, Manuscrito de 1806, publicado en 1849, citado en Scotto, 2019: 281). Según Scotto, no es hasta finales de la década de los 30 que las nuevas ideas socialistas de Fourier, Saint-Simon o Sismondi se mezclan con las demandas y el discurso del ala democrática de la Revolución Francesa, generando una suerte de “socialismo jacobino” que encontró a su mejor valedor en la figura de Louis Blanc (Scotto, 2019: 358-360).

⁹¹ Se ha vuelto una costumbre hablar del marxismo economicista ortodoxo de la II Internacional. No deja de ser una simplificación, porque en este movimiento convivieron en ardua competición diferentes corrientes, que impiden hablar de un cuerpo doctrinal cerrado (Samuel, 1980: 23). En esta tesis lo usaremos, pese a ello, en el sentido amplio, para referirnos a los teóricos y al tipo de políticas que prevalecieron y que comenzaron a cristalizar un marxismo más cerrado al estilo de Plejánov (puede verse 2.2.1.).

⁹² Algo que tendría consecuencias nefastas, según Mathiez, en la historiografía de la Revolución francesa, y en particular sobre el personaje de Robespierre: “Babeuf y Buonarroti lograron salirse con la suya ante los demócratas y los socialistas de su generación. Es específicamente en nuestra época, cuando la tradición de la Revolución se ha perdido, especialmente después de 1870 con la invasión marxista, que los demócratas y socialistas franceses, o al menos algunos de ellos, se dejaron engañar por tesis tendenciosas, más políticas que históricas, y han dejado de entender a Robespierre, a quien sus predecesores habían admirado” (“Babeuf et Robespierre”, 1917; citado en Bosc, 2013: 109). Para una genealogía y un análisis de las limitaciones de la interpretación del marxismo ortodoxo sobre la Revolución francesa puede verse la *Addenda* del Capítulo 5 de esta tesis.

Gramsci escribió en términos comparables:

En el 70 y el 71 hubo en Francia dos terribles derrotas, la nacional, que modificó a los intelectuales burgueses, y la derrota popular de la Comuna, que modificó a los intelectuales revolucionarios. La primera creó tipos como Clemenceau, quintaesencia del jacobinismo nacionalista francés, la segunda, creó al antijacobino Sorel y el movimiento sindicalista “apolítico”. El curioso antijacobino de Sorel, sectario, mezquino y antihistórico, es una consecuencia de la sangría popular del 71 (...). La sangría del 71 cortó el cordón umbilical entre el “nuevo pueblo” y la tradición de 1793 (Gramsci, 1981 [1930-1932]: Cuaderno 4, §31: 160).

Rosenberg expresaría poco más tarde que en 1871 “ya no se sabía lo que era la democracia revolucionaria y se había olvidado lo que significaba ‘el pueblo’ en la lucha democrática” (Rosenberg, 1966 [1938]: 183). La derrota había sido abismal:

Los obreros honraban ciertamente el recuerdo de los luchadores de la Comuna, como el de sus compañeros de clase, pero cuando el movimiento obrero francés se reconstituyó a partir de 1880 ya no tenía más las premisas del pasado (...); por el mismo tiempo estaba en Inglaterra olvidada la revolución cartista. Igualmente pareció a los habitantes del Imperio Alemán, después de 1871, la referencia de la revolución de 1848 como una noticia de un mundo extraño (Rosenberg, 1966 [1938]: 185-186).

También Thompson compartirá este diagnóstico para el caso inglés, aunque nunca lo desarrollara en profundidad:

Esos valores jacobinos, que aportaron mucho al cartismo, decayeron en el movimiento de finales del siglo XIX, cuando el nuevo socialismo transfirió el acento de los derechos políticos a los económicos. La fuerza de las distinciones de clase y posición social en la Inglaterra del siglo XX, en parte, es una consecuencia de la falta de las cualidades jacobinas en el movimiento obrero del siglo XX (Thompson, 2012 [1963]: 210)⁹³.

Una de las razones por las que los socialistas de finales del XIX y principios del XX no pudieron ser explícitamente republicanos en todos los contextos se debió a la enorme persecución que sufrieron en relación con la cuestión republicana. De alguna manera, se vieron forzados a no utilizar una retórica abiertamente republicana. En la Alemania de finales de siglo, por ejemplo, solía darse por descontado que los socialdemócratas defendían la forma republicana de gobierno, aunque dadas las condiciones de persecución generalizada sobre el partido esa idea nunca era una demanda inmediata. Incluso el SDAP que era un partido abiertamente republicano (que posteriormente se fusionaría con el partido de Lasalle para formar el SPD en el Congreso de Gotha), había asumido en un congreso no llevar la cuestión republicana en su programa dadas las dificultades que encontraba esa proclama en el norte del país. De aquí que el Congreso de Gotha adoptara la formulación vaga y tan criticada por Marx del *Volkstaat*, el “Estado del pueblo”. Esta ambigüedad en la esfera pública fue reconocida por el líder Karl Kautsky cuando, en una carta a Franz Mehring fechada en el 21 de enero de 1909, le dijo: “Uno bien podría decir que el sistema legal existente hace imposible desplegar una propaganda republicana. Precisamente por ello, es de todo punto necesario evitar cualquier cosa que pueda ser interpretada como una rendición de nuestras convicciones republicanas” (Bonnell, 1996:

⁹³ En Thompson se encontrarán más bien menciones sueltas, pero significativas. Véase la entrevista que le hicieron Fontana y Ucelay en 1984 con motivo de su visita a España: “Había dos o tres cosas importantes sobre Morris que todavía considero importantes hoy en día. Una era que su crítica se basaba en lo que yo llamaría una crítica moral realista del capitalismo industrial, que estaba en completa consonancia con Marx (...) ahora pienso que esto no tendía a ser correspondido dentro de la tradición marxista ortodoxa. Creo que eso no fue absorbido por esta tradición. De hecho, opino que la tradición marxista de la Segunda Internacional se volvió más economicista, más resistente a lo que se llama utopismo y en esto siento una pérdida” (Thompson, Fontana y Ucelay da Cal, 1984).

193-196). Por supuesto, esta no era la única razón de la falta de entusiasmo del SPD por la cuestión republicana. Jugó también un gran papel la teoría marxista del Estado que colocaba todo el peso en la esfera económica y relegaba a un segundo plano la cuestión constitucional o las derrotas históricas de la democracia revolucionaria que mencionaban Gramsci, Mathiez o Rosenberg. Pero no debería pasarse por alto el ambiente represivo antirrepublicano del país en el que crecía el mayor partido socialista europeo, cuyas estrategias y programas inspiraban al resto de partidos hermanados.

Sea como fuere, lo cierto es que desde la II Internacional se volvió hegemónico un tipo de socialismo marxista cuyas trazas republicanas empezaban a desvanecerse o a ocupar un lugar secundario⁹⁴. La generalización, no obstante, no debe llevarse demasiado lejos. Como ha defendido Josep Fontana, siempre existió un “marxismo heterodoxo” que tuvo una importancia fundamental en la historia del socialismo y nunca se conformó con permanecer en los márgenes: “esta otra tradición marxiana es algo sólido y coherente, no un simple archipiélago de grandes islas incomunicadas” (Fontana, 1992: 104). En los cauces de esta gran tradición marxiana heterodoxa se inscribe el pensamiento político de Thompson.

Como defenderé en el Capítulo 2, y frente a muchas opiniones al uso, también la experiencia bolchevique revivió algunos compromisos republicanos que la socialdemocracia había aparcado (véanse 2.2.1. y 2.2.2.). Rabinowitch documentó algunos hitos simbólicos en esta historia: en la manifestación preinsurreccional de mayoría bolchevique del 18 de junio las masas se lanzaron sobre la avenida Nevsky cantando la Marsellesa. Pocas semanas después, el 4 de julio, el regimiento Izmailovsky interrumpió la reunión del Comité Ejecutivo del Soviet de Petrogrado en el Palacio Táuride a la 01 de la mañana cantando la Marsellesa (Rabinowitch, 1968: 105, 198-199; agradezco a T. Domènech la referencia)⁹⁵. Recientemente, Edgar Straehle ha mapeado

⁹⁴ Con el tiempo, empezó a conocerse a este tipo de socialismo como “marxismo ortodoxo”, aunque la etiqueta es polisémica y su significado controvertido. Para una breve discusión de la etiqueta, véase el epígrafe 5.4. de esta tesis. En muchas ocasiones se ha tendido a explicar esta degeneración economicista como resultado de la torpe mano de Engels, que no habría alcanzado la profundidad de pensamiento de Marx, y que en su intento por divulgarlo y publicar sus escritos no acabados habría acabado por simplificarlo (Heinrich, 2008, 2018: 110-112). En nuestra opinión, esta no es sino una perniciosa opinión injustamente extendida sobre el viejo Engels, aunque por descontado el debate sigue abierto (una documentada opinión contraria a Heinrich puede verse en la obra de Michael Krätke, miembro del comité científico de la MEGA, p.ej. Krätke, 2006). Puede ser interesante recordar la carta que le dirige Engels a J. Bloch el 21 de septiembre de 1890, que termina diciendo: “El que los discípulos hagan a veces más hincapié del debido en el aspecto económico, es cosa de la que, en parte, tenemos la culpa Marx y yo mismo. Frente a los adversarios, teníamos que subrayar este principio cardinal que se negaba, y no siempre disponíamos de tiempo, espacio y ocasión para dar la debida importancia a los demás factores que intervienen en el juego de las acciones y reacciones. Pero, tan pronto como se trataba de exponer una época histórica y, por tanto, de aplicar prácticamente el principio, cambiaba la cosa, y ya no había posibilidad de error. Desgraciadamente, ocurre con harta frecuencia que se cree haber entendido totalmente y que se puede manejar sin más una nueva teoría por el mero hecho de haberse asimilado, y no siempre exactamente, sus tesis fundamentales. De este reproche no se hallan exentos muchos de los nuevos ‘marxistas’ y así se explican muchas de las cosas peregrinas que han aportado” (Engels, 1890). Thompson reivindicó precisamente el legado de este último Engels en lo que se refiere a la concepción materialista de la historia (Thompson, 1978b). Recientemente, Bellamy Foster ha señalado que al hacerlo, Thompson fue uno de los primeros en romper con el mito del Engels-simplificador (Bellamy Foster, 2016).

⁹⁵ La cuestión de los símbolos (canciones, banderas, emblemas, estandartes, eslóganes, señales, costumbres, etc.) no debería pasar desapercibida en la historia del pensamiento político. La principal razón es que los propios agentes en la historia concedieron una importancia crucial a las disputas simbólicas. El ejemplo de la Marsellesa nos bastará: cuando los nazis invaden Francia y se forma el gobierno reaccionario del mariscal Pétain, León Blum y Vincent Auriol llaman a mantener la guerra contra los nazis bajo el espíritu jacobino

más extensamente la apropiación de los símbolos republicano-revolucionarios entre los bolcheviques, que van desde esa reapropiación de la Marsellesa hasta el uso de la bandera roja (identificada con la Comuna de París) o el levantamiento de estatuas a Danton, Marat, Robespierre o Garibaldi (Straehle, 2019: 185-190).

Puede considerarse entonces que, en esa compleja historia de cruces y desavenencias, maridajes y divorcios, la consciencia de los orígenes republicanos del socialismo nunca llegó a perderse del todo, aunque fuera oscurecida por una multitud de razones según el momento y el contexto en cuestión. En cualquier caso, volviendo al problema historiográfico, está claro que el *revival* del republicanismo que explicamos anteriormente (véase 1.2.1.) tuvo un efecto crucial para plantear lo que hemos denominado aquí la “hipótesis del socialismo republicano”, que, con lo dicho, cabría calificar más bien de “redescubrimiento”. En nuestra investigación no hemos abordado un estudio de cómo se produce este redescubrimiento, pero sí hemos querido señalar el importantísimo papel que tuvo Thompson para que este tuviera lugar. En un sólido artículo de 1992 Daniel T. Rodgers explicó cómo a mediados de los años 80 los historiadores del movimiento obrero norteamericano empezaron a incorporar los hallazgos del revival neorrepblicano, reencontrando así el *Labor Republicanism*, una apertura de programas de investigación en la que la obra de Thompson jugaría un papel fundamental –entre otras cosas por la relación personal y la influencia que tuvo en el pensamiento de Herbert Gutman (Rodgers, 1992: 24, 26)⁹⁶.

1.2.7. La novedad conceptual en el socialismo republicano: dominación impersonal y dominación (estructural) de clase

Los autores representativos del “giro social” en los estudios sobre el republicanismo han puesto sobre la mesa otra de las principales debilidades del paradigma neorrepblicano: su incomprensión de las dominaciones “estructurales”, por un lado, y su incomprensión del tipo de dominación “impersonal” que implica la sociedad capitalista o de mercado, por el otro. Empecemos con esta última.

La dominación impersonal en las sociedades capitalistas

Para los autores neorromanos la dominación siempre se ha entendido en términos *intencionales*. Skinner ha remarcado en varias ocasiones que una condición necesaria de la existencia de dominación es que el dominado sea consciente de esta, por tanto, que pueda sufrir los efectos moralmente degradantes de la servidumbre como puede ser el servilismo (Skinner, 2005). De forma similar Pettit se compromete con un concepto intencional de dominación, esto es, que los agentes han de ser conscientes de que dominan o de que están siendo dominados (Pettit, 1999: 21-22, 79, 87-89).

de 1792 y de la Comuna de París de 1871. Como respuesta, Hitler prohíbe que se escuche la Marsellesa en los países ocupados (Braunthal, 1980: 16). Para una defensa del argumento de la importancia de las disputas simbólicas puede verse la discusión historiográfica sobre el llamado giro lingüístico (J. Epstein, 1989; Palmer, 1990; Pickering, 1986).

⁹⁶ Para un repaso bibliográfico de los historiadores que rastrearon esas conexiones entre el socialismo y el movimiento obrero norteamericanos del XIX y sus raíces republicanas véase la contribución de Rodgers (1992: 28). Para el autor es precisamente esa herencia del republicanismo en el movimiento obrero y en el socialismo lo que permitió la vigencia de las ideas republicanas en el siglo XIX –y, podría añadirse, en los siglos XX y XXI (Rodgers, 1992: 31).

Pero desde sus inicios los pensadores socialistas trataron de comprender la lógica de los avatares y cataclismos sociales que provocaba la economía capitalista, que parecían ir más allá de la dominación particular de un particular sobre otro. Los owenitas, por ejemplo, teorizaban sobre el llamado *money-mystery* y el joven Marx de *La ideología alemana*, cavilaba sobre ese curioso efecto de constreñimiento provocado por las “fuerzas de mercado”:

La oferta y la demanda, relación que, como dice un economista inglés, gravita sobre la tierra como el destino de los antiguos, repartiendo con mano invisible la felicidad y la desgracia entre los hombres, creando y destruyendo imperios, alumbrando pueblos y haciéndolos desaparecer (Marx y Engels, 1974: 37).

El análisis más desarrollado y original de este fenómeno tuvo que esperar hasta la redacción del primer libro de *El Capital*. En el final de la Sección Primera del Libro I de *El Capital* Marx nos ofrece su explicación. El problema sobreviene, explica, cuando las relaciones mercantiles se han generalizado hasta el punto de que toda la actividad productiva, y la propia supervivencia de los individuos, requieren pasar por mercados de distintos tipos. El intercambio adquiere un protagonismo históricamente inusitado. Pues bien, al estar las relaciones sociales de los distintos individuos mediadas *por cosas* (intercambios), se produce una doble operación: en primer lugar las relaciones sociales aparecen como *relaciones entre las cosas* –las cuales presentan su valor a la sociedad como algo intrínseco a la cosa y no como algo adquirido en sociedad– y en segundo lugar se produce una *personificación de las cosas*, al aparecer las personas como meras representantes o mediadoras de estas:

Lo misterioso de la forma mercantil consiste sencillamente, pues, en que la misma refleja ante los hombres el carácter social de su propio trabajo como caracteres objetivos inherentes a los productos del trabajo, como propiedades sociales naturales de dichas cosas (Marx, 2008: 78).

Este fenómeno recibirá el ya célebre nombre de “fetichismo de la mercancía”. Como se pone de manifiesto, el fetichismo tiene un aspecto *real* y un aspecto *de error*, esto es, no se trata de una mera “falsa conciencia” o “ilusión” que pueda desvanecerse con el mero hecho de adquirir un conocimiento verdadero. Se trata de un fenómeno social que genera una naturalización/cosificación de las relaciones sociales porque *efectivamente* se produce esta mediación de relaciones humanas a través de las cosas que son intercambiadas. Esta predominancia de los intercambios mercantiles en la vida social supone (y presupone) una dependencia mutua masivamente generalizada: la vida de uno queda ligada a la voluntad incontrolada (e incontrolable) de millones de personas, aunque la ficción jurídica de los contratos y los intercambios “libres” haga parecer que toda persona es independiente en un sentido políticamente significativo: nadie te pone una pistola en la cabeza para aceptar un contrato de trabajo o comprar un producto (algo que la economía política de la época registraría con entusiasmo⁹⁷). Ellen Meiksins Wood ha

⁹⁷ “Este sistema de dependencia recíproca impuesto por las cosas y que pasa por la intermediación de las cosas hace aparecer a los individuos como independientes unos de otros. Por tanto, la ficción del hombre aislado aparece como natural en la economía política que ve en el cazador primitivo la primera expresión del ser ‘normal’ de la sociedad capitalista, el individuo (...) que se presenta para ella no como un producto de la historia sino como un dato de la naturaleza” (Gill, 2002: 76). También: “[la naturalización y cosificación] no se deben a un error de los economistas, sino que son el resultado de una imagen que se desarrolla por sí misma entre los miembros de la sociedad burguesa a partir de su praxis cotidiana” (Heinrich, 2008: 51).

sido, quizás, una de las mejores expositoras de esta idea de “compulsividad” que se esconde tras la imagen autocomplaciente de los apologetas de la sociedad de mercado:

La característica distintiva y dominante del mercado capitalista no es la oportunidad o la elección, sino, por el contrario, la compulsión. La vida material y la reproducción social en el capitalismo están universalmente mediadas por el mercado, de modo que todos los individuos deben, de una forma u otra, entablar relaciones de mercado para acceder a los medios de vida. Este sistema único de dependencia del mercado significa que los dictados del mercado capitalista, sus imperativos de competencia, acumulación, maximización de ganancias y aumento de la productividad laboral, regulan no solo todas las transacciones económicas sino también las relaciones sociales en general (Meiksins Wood, 2002: 7).

Esta dominación de los imperativos de mercado tiende a naturalizarse. La dimensión subjetiva de este fenómeno no debe ser minusvalorada. Algunos neorrepublicanos filomarxistas han señalado que un rasgo de esta dominación impersonal es precisamente su capacidad para moldear la subjetividad de los dominados, volviendo casi imperceptible que lo que los sujetos experimentan como constricciones sea vivido de hecho como un tipo de *dominación* y no como un azar del destino: “la dominación, por lo tanto, no es una cuestión simplemente de interferencias, sino relacionada con *la constitución de los individuos*” (M. J. Thompson, 2013: 279). En una intervención de 1979 E. P. Thompson escribirá:

Un historiador, dentro de doscientos años, puede que averigüe con facilidad cómo experimentaban los ciudadanos industriales de hoy el hecho de tener poco dinero –o que otros tuvieran demasiado– pero encontrará mucho más difícil averiguar cuál era su vivencia del dinero en sí, como mediador universal de las relaciones sociales, porque ya lo tenemos asumido tan profundamente que no lo expresamos (Thompson, 1989: 67-68).

El hecho de que no podamos identificar un agente o entidad concreta que domine no significa que no haya dominación, porque, como se defiende aquí, podemos estar dominados por unas reglas de juego a las que nos vemos forzados a jugar aunque en este “juego” no *siempre* se dé el caso de que una persona concreta domine sobre otra. Una objeción posible a este argumento es que en nuestras vidas también nos vemos obligados a seguir “reglas” que no hemos elegido, como las leyes de nuestra biología o las que rigen los fenómenos climatológicos. Pero la objeción encuentra fácilmente su respuesta: la diferencia entre estas y la dominación impersonal capitalista es que esta última es una creación humana. Como ha señalado Terry Eagleton, “muchas de las acciones que realizamos libremente acaban convertidas en fuerzas ajenas y contrarias a nosotros” (Eagleton, 2015: 62).

Una de las mejores exposiciones de este tipo de dominación ha sido elaborada recientemente por William C. Roberts en su libro *Marx's Inferno* (W. C. Roberts, 2016). La tesis de este investigador sostiene que:

[Los radicales premarxistas] asimilaban el capital a las formas previas de poder: militar, feudal o extorsionador. Veían al capitalista simplemente como un monopolista, y al gobierno como el cuerpo de fuerzas de choque de los monopolistas. Para Marx esa era una diagnosis crítica insuficiente. Los capitalistas dependen, como los trabajadores, del mercado. Deben actuar como lo hacen o serán repuestos por otros capitalistas más efectivos. Marx vio en esa dependencia del mercado un nuevo tipo de dominación social generalizada. La pervivencia de cada uno depende de decisiones impredecibles e incontrolables de muchos otros. Esta dominación impersonal media y transforma las demás formas de dominación que las personas experimentan (W. C. Roberts, 2017).

Ahora bien, nos dice Roberts, este análisis no implica ningún tipo de determinismo que anule la agencia de los individuos: “no es que estos individuos sufran un deterioro de

su agencia, sino que sufren un deterioro de su libertad. Los productores de mercancías en una sociedad comercial son agentes dominados, no por ello dejan de ser agentes” (véase toda la sección "The Microfoundations of Social Domination" en W. C. Roberts, 2016: Cap. 3). La advertencia de Roberts es realmente necesaria porque desde que Marx publicara el primer libro de *El Capital* se han construido innumerables interpretaciones deterministas de esta obra. En relación con los pasajes sobre la dominación impersonal, Roberts ha defendido que la interpretación determinista de estos pasajes proviene de no haber comprendido que para Marx este tipo de dominación es una forma de dominación *mediada entre personas*, y no una dominación objetiva *de las cosas sobre las personas*:

Marx sostiene que el mercado no es más que la voluntad de innumerables personas. Por tanto, cuando dependemos del mercado para sobrevivir, estamos en una posición análoga a la esclavitud: debemos anticipar e intentar satisfacer las demandas del mercado, sin tener el menor poder para discutir cuando creemos que aquellas demandas no tienen sentido (W. C. Roberts, 2019).

Los interesados en el republicanismo no deberían pasar por alto estas reflexiones. Además de las cuestiones normativamente sustanciales, la dominación impersonal y los imperativos de mercado plantean un problema moral derivado: constriñen el campo de acción de los agentes involucrados hasta el punto de que se incentiva la *akrasia*, es decir, ya pueden haber estado los individuos deliberando racionalmente sobre qué deberían hacer, que un cambio repentino del margen de acción provocado por fuerzas que escapan a su control los impele a actuar en una dirección determinada. La sociedad de mercado presenta muchas situaciones en las que hay algo que se considera valioso hacer, pero su alternativa es más eficiente económicamente, así que nos vemos compelidos a hacer lo segundo.

El gran teórico del neoliberalismo Friedrich Hayek comprendió la transversalidad de esta dominación impersonal, aunque la valoró positivamente y denostó con fiereza lo que consideraba su única alternativa, el totalitarismo:

Fue la sumisión de los hombres a las fuerzas impersonales del mercado lo que en el pasado hizo posible el desarrollo de una civilización que de otra forma no se habría alcanzado. Sometiéndonos así, hemos contribuido día tras día a construir algo que es más grande de lo que cualquiera de nosotros puede comprender plenamente (...). La negativa a someternos a fuerzas que ni entendemos ni podemos reconocer como decisiones conscientes de un ser inteligente es el producto de un incompleto y, por tanto, erróneo racionalismo. Es incompleto porque no acierta a comprender que la coordinación de los variados esfuerzos individuales en una sociedad compleja debe tener en cuenta hechos que ningún individuo puede dominar totalmente. Y no acierta a ver que, si no ha de ser destruida esta compleja sociedad, la única alternativa al sometimiento a las fuerzas impersonales y aparentemente irracionales del mercado es la sumisión a un poder igualmente irrefrenable y, por consiguiente, arbitrario, de otros hombres. En su ansiedad por escapar a las enojosas restricciones que siente ahora, el hombre no advierte que las nuevas prohibiciones autoritarias que habrían de imponerse deliberadamente en lugar de aquéllas serían aún más penosas (Hayek, 2007 [1944]: 248-249)⁹⁸.

Hayek se equivocaba al suponer que la alternativa era el despotismo de una economía absolutamente centralizada y planificada desde el Estado. La propia solución de Marx, por ejemplo, de una “asociación libre de productores libres” se puede entender, nos dice Roberts, como una respuesta doble: a la dominación impersonal de la sociedad de mercado y a la dominación personal en el punto de producción. Eso significa que Marx no defendió ni el “socialismo de Estado” (deshacerse de la primera dominación, aboliendo la producción para el mercado, manteniendo la segunda, la dominación en el trabajo) ni

⁹⁸ Agradezco esta interesantísima referencia a Edgar Manjarín.

el “socialismo de mercado” (deshacerse de la segunda con cooperativas que producen para el mercado, manteniendo la primera, los imperativos del mercado).

En suma, como ha sostenido una de las principales teóricas de este tipo de dominación impersonal, Ellen Meiksins Wood:

Nuestras ideas contemporáneas de libertad no han reconocido adecuadamente las nuevas formas de poder y coerción creadas por el capitalismo. No es suficiente defender nuestras libertades contra el poder del Estado. Tenemos que considerar también las compulsiones que nos imponen las formas de coerción distintivamente capitalistas, y aquí me refiero no solo al poder excesivo del dinero en la política, ni tampoco me refiero solo al poder del capital en el lugar de trabajo, sino que hemos de considerar también las compulsiones del mercado, sus imperativos de maximización de ganancias y acumulación constante de capital (Meiksins Wood, 2013b).

Dominación impersonal y dominación de clase

Algunos autores, como Meiksins Wood, han remarcado que esta dominación impersonal no debe confundirse con la “dominación de clase”, porque también la clase poseedora de los recursos productivos y los puestos políticos de poder se ve afectada por esta dominación impersonal⁹⁹. En el libro I de *El Capital* Marx afirma:

En líneas generales, esto tampoco depende de la buena o mala voluntad del capitalista individual. La libre competencia impone las leyes inmanentes de la producción capitalista, frente al capitalista individual, como ley exterior coercitiva (Marx, 2008: 326)¹⁰⁰.

Oscar Wilde tenía muy presente esto cuando escribió en 1891:

Un comerciante tremendamente rico puede estar –y a menudo está–, en cada momento de su vida, a merced de cosas que no estén bajo su control. Si el viento sopla un punto más, o si el clima cambia repentinamente, o si suceden cosas triviales, su barco puede hundirse, sus especulaciones pueden salir mal, y se encuentra a sí mismo como un hombre pobre, viendo su posición social totalmente destruida (“The Soul of Man under Socialism”; citado en Day, 2017).

Una formulación primeriza de este fenómeno se la debemos a Bronterre O’ Brien, el líder cartista, que en las páginas de su periódico *Poor Man’s Guardian* sostuvo:

No acusamos a los capitalistas adinerados de robar con intención. Hacerlo sería tan injusto como malicioso. Los expolios que cometen no se deben a un propósito siniestro sino a una posición accidental que ocupan en la sociedad; o, más bien, los expolios se cometen *para ellos* por parte del silencioso funcionamiento de causas sobre el que no tienen control bajo las reglas existentes de esta sociedad. Las personas de clase media son, como cualquier otra persona, criaturas de las circunstancias. Sus caracteres están formados por las instituciones y por sus *posiciones relativas* respecto a otras clases en la sociedad (21 de marzo de 1935, citado en Lindsay y Rickword, 1941: 296).

Si esto es así, entonces es necesario diferenciar conceptualmente la dominación impersonal de la dominación que ejerce la clase capitalista sobre la clase desposeída.

⁹⁹ El punto es especialmente importante de cara a la valoración moral de los capitalistas. William Morris, que provenía de una familia rica y vivió siempre con una renta jugosa aparte de sus negocios del *Arts & Craft*, tuvo que explicar repetidas veces a sus colegas de clase media y alta que su socialismo no iba dirigido contra ellos *en tanto que* personas: “me parece que debo apuntar a nuestro desastroso sistema de producción, porque después de todo los amos y los intermediarios son de la misma sangre que los hombres; es, por lo tanto, su *posición* lo que convierte a las buenas personas en tiranos y tramposos; de hecho, el sistema les *fuera* a ello” (Carta a Birchall, 7 de noviembre de año desconocido pero en la década de 1880, citado en Thompson, 1988: 305).

¹⁰⁰ Aunque siempre pueden decidir ir en contra de estos imperativos, por económicamente desastrosa que sea esa decisión, para disciplinar o vengarse de un trabajador, por ejemplo (O’Shea, 2019).

Respecto a esta última, un artículo destinado a aparecer el 2 de febrero de 1834 en *Le Libérateur* el socialista Auguste Blanqui anticipó una idea que resumiría bien su especificidad:

Desde el momento en que una casta privilegiada recibe tierra y capital a través de la herencia, todos los demás ciudadanos, aunque no están condenados a seguir siendo esclavos de ningún individuo en particular, se vuelven absolutamente dependientes de esa casta, ya que su única libertad restante es la elección de qué maestro mandará sobre ellos (Blanqui, 1834).

En 1844 Engels recogería la misma opinión en *Las condiciones de la clase obrera en Inglaterra*:

La única diferencia con la antigua y franca esclavitud es que el trabajador de hoy parece ser libre porque no se vende de una vez por todas sino poco a poco, por día, semana y año, y porque ningún amo de esclavos lo vende a otro sino que el propio trabajador se ve obligado a venderse a sí mismo, siendo esclavo no de una persona en particular sino de toda la clase propietaria (Engels, 1969 [1844]: 96).

En un manuscrito de preparación de *El Capital* Marx había escrito:

El esclavo pertenece a un amo particular; es cierto que el trabajador debe venderse al capital, pero no a un capitalista en particular, y por lo tanto tiene la opción, dentro de una esfera particular, de a quién se vende, y puede por ello cambiar de amo (Marx y Engels, 2010b: 100; citado en Leipold, 2017: 76).

Finalmente, en *El Capital* la idea reapareció en una nueva redacción:

En realidad, el obrero pertenece al capital aun antes de haberse vendido a sí mismo al capitalista. Su servidumbre económica es a la vez mediada y ocultada por la renovación periódica del acto mediante el cual se vende a sí mismo, por el cambio de patrón individual y por la oscilación que experimenta en el mercado el precio del trabajo (Marx, 2009a: 711-712).

Lo que estos pensadores socialistas estaban remarcando era el hecho de que bajo condiciones capitalistas, es decir, bajo condiciones de desposesión generalizada en las que la gran mayoría de la población no tienen su independencia material garantizada (y por tanto dependen del “permiso” de otros para sobrevivir), existe una suerte de dominación estructural según la cual un miembro de la clase desposeída sigue estando dominado aunque no esté *de hecho* bajo un contrato de trabajo. Con la distribución de la propiedad que existe en el capitalismo, el trabajador *tiene que* acabar buscándose un patrón.

Estos autores señalaron, además, que las condiciones de desposesión se tienen que reproducir de forma *constante* porque la dominación depende en último término de que el dominado no alcance la independencia socioeconómica para liberarse de ella¹⁰¹. El viejo Engels resumía este hecho así:

La clase obrera [...], con la transformación del modo feudal al capitalista de producir, fue despojada de toda propiedad sobre los medios de producción, y merced al mecanismo del modo capitalista de producir, es una y otra vez, engendrada de continuo en ese estado de hereditaria desposesión (*Juristen-Sozialismus*, 1887, citado en Domènech, 2015b).

¹⁰¹ Este y no otro es el argumento principal de *La terra trema* de Luchino Visconti (1948) en la que un pescador que trabaja como asalariado intenta, a través del endeudamiento familiar, montarse el negocio por su cuenta y por culpa de la mala suerte y la precariedad acaba fracasando, y los propietarios empleadores del pueblo le estigmatizan y le hunden (a él y a su familia) en la miseria para dar una lección moral al resto de asalariados.

Los teóricos socialistas se esforzaron en señalar en repetidas ocasiones que la supuesta libertad de los individuos (sustentada en una ficción jurídica de igualdad ante la ley y ciudadanía generalizada) tendía a ocultar esta dominación estructural de clase. En su conferencia “True and False Society” (1886) William Morris relataba a sus oyentes:

[Los capitalistas] están en la misma posición que los dueños de esclavos de la antigua Grecia y Roma, o los siervos del siglo XIII; pero tienen esta ventaja sobre ellos, que aunque realmente mantienen su posición por mera compulsión, tal como lo hicieron los maestros anteriores, esa compulsión no es visible como la compulsión de los tiempos anteriores; y es de su incumbencia evitar que sea visible, como bien se pueden ustedes imaginar (Morris, 2013 [1886]: 221).

Pero Morris, como Marx, tenía muy claro que esta dominación de clase estaba incrustada en un sistema o reglas de juego que aquí hemos llamado “dominación impersonal”. Por eso, dirá, las presiones que sufre el propio empleador para no perder en el mercado de la competencia implican que, en realidad, “el verdadero amo del trabajador no es su empleador inmediato sino su clase” (“True and False Society” en Morris, 2013 [1886]: 224). Esta última afirmación de Morris es sumamente interesante, porque nos sitúa ante el problema de la relación que existe entre tres tipos de dominación (impersonal, de clase y entre individuos).

Que la teoría neorrepblicana *mainstream* no ha alcanzado a comprender estos tipos de dominación de clase puede verse con claridad en la obra de Pettit. En su explicación de cómo los contratos de trabajo asalariados *pueden* suponer dominación cuando establecen condiciones laborales despóticas (Pettit, 1999: 188) el filósofo irlandés deja entrever que su aparato conceptual no alcanza a criticar las relaciones de clase por las que los trabajadores asalariados llegan al momento de la firma de esos contratos en condiciones sistemáticas de desventaja. Que hace falta trascender el concepto intencional de dominación se revela en pasajes como el siguiente: “supongamos que los contratos de empleo son arrancados a los trabajadores con **el fantasma de fondo** de las privaciones, y que esos contratos colocan al patrono en una posición dominadora en relación con los trabajadores” (Pettit, 1999: 188, subrayado mío). Volviendo sobre el mismo ejemplo, el filósofo remarca que “**la fuerza de las circunstancias** puede llevar a una persona a cerrar un contrato que sea el paradigma del contrato esclavista...” (Pettit, 1999: 216, subrayado mío). Es evidente que expresiones como “fantasma de fondo” y “fuerza de las circunstancias” no hacen justicia a dos tipos de dominación que ya fueron analizadas hace casi siglo y medio por diferentes pensadores socialistas republicanos, y que el olvido de sus reflexiones podría tener como consecuencia un severo debilitamiento en la teoría.

De lo anteriormente explicado se colige que la dominación impersonal de las fuerzas de mercado es específica de las sociedades capitalistas. Pero no se colige que la dominación de clase lo sea. En la medida en que existen clases sociales, existe dominación estructural de clase. Tendremos oportunidad de profundizar en este punto en el Capítulo 4, cuando abordemos la construcción del concepto de “clase” por parte de Thompson.

1.2.8. Historia y concepto. Las exigencias metodológicas¹⁰²

En no pocas ocasiones el revival neorrepblicano se ha dado bajo la forma de teorías ahistóricas que plantean problemas de filosofía política como una cuestión a resolver con casi total independencia de los contextos históricos en los que se formulan (Bertomeu y Domènech, 2005). La consecuencia de estos planteamientos, sostienen sus críticos, es que términos como “república” o “republicanismo” se han convertido en:

un verdadero cajón de sastre donde se mezclan de forma desordenada una miríada de cuestiones (virtud cívica, participación política, corrupción, libertad como no dominación, poder arbitrario), compartidas, asimismo, por filósofos y teóricos de la política o del derecho para los que la dinámica histórica no constituye una cuestión prioritaria, lo que abre el camino a todo tipo de anacronismos (Herrero Sánchez, 2017: 27).

De una forma ciertamente paradójica, esto se produce *en contra* del impulso originario de los estudios neorrepblicanos (véase *supra*). Y más en particularmente, contra la metodología investigada y practicada por la conocida como “Escuela de Cambridge” (de cuyos principales representantes -Pocock, Skinner o Dunn- ya hemos tenido ocasión de hablar). Aunque la indexación histórica de los conceptos políticos no es en absoluto patrimonio exclusivo de los estudiosos del neorrepblicanismo, es cierto que los estudios de los autores de Cambridge supusieron un avance inequívoco en este terreno.

La aportación de Cambridge

Tradicionalmente, en la historia de las ideas al uso, el historiador tendía a ver anulada la particularidad en sistemas de teorías abstractas, así como tendía a ver la agencia histórica trasplantada en abstracciones reificadas; por su parte, el filósofo veía cómo en el proceso de elaborar grandes doctrinas se perdía la pretensión de verdad y, con ella, el problema de la objetividad de las ideas (su dimensión normativa). Este viejo debate tendía a resolverse de forma voluntarista, en función de qué perspectiva quería uno asumir: si una más histórico-particularista o una más filosófico-general; y, como si se tratase de un mapa, se aceptaba que la representación no *es* la cosa misma, por lo que se aceptaba pagar el precio de irrealidad que implica el compromiso con cualquier marco teórico. Pero, como explicó John Dunn, los riesgos de este planteamiento son demasiado altos, porque “la conexión entre una descripción filosófica adecuada de las nociones sostenidas por un individuo en el pasado y una descripción histórica precisa de estas nociones es una conexión íntima” (Dunn, 1968: 86).

La gran aportación de estos autores fue poner de manifiesto la imposibilidad de comprender los textos políticos *desde* los propios textos. Es decir, la necesidad de embarcarse en la ardua y a veces pantanosa tarea de reconstruir los veleidosos contextos dentro de los cuales esos textos cobran su sentido. La reconstrucción de contextos mejora nuestra comprensión del significado de las ideas estudiadas, porque sin aquel seríamos incapaces de determinar qué partes de la teoría son más o menos importantes para el autor; qué lugar ocupaban en el clima intelectual de la época esos problemas o a qué retos daba respuesta un autor o autora. La historia de las ideas nos sirve, además, para reconocer la historicidad y la contingencia de nuestros propios presupuestos como investigadores. En este sentido, provee una lección de autoconsciencia.

¹⁰² Este apartado es particularmente deudor de conversaciones mantenidas con Jordi Mundó en 2016, al que agradezco especialmente su disposición a asesorarme aunque para entonces no fuese mi director.

La razón por la que estamos obligados a esta reconstrucción de contextos para estudiar la historia del pensamiento político es que los sentidos del lenguaje político no son evidentes por sí mismos. En primer lugar, porque se entremezclan en su seno dimensiones descriptivas y normativas que afectan a la inteligibilidad de los conceptos e implican, entre otras cosas, tener que descifrar las intenciones de los hablantes (Pocock, 1971: 17; Skinner, 1969: 49). En segundo, porque los propios términos empleados forman parte del decurso histórico y se ven modificados con el paso del tiempo: en ocasiones, una misma idea puede ser despojada de sus antiguos ropajes y ser expresada por otros cauces lingüísticos; en otras, el mismo término puede haber variado tanto su significado que perdamos de vista su sentido original, enturbiando nuestra comprensión del pasado (en suma, exhiben intensionalidad, no son definibles simplemente a través de su extensionalidad).

Así pues, nos dicen estos autores, debemos reconstruir los contextos de cada intervención analizada y evitar dar explicaciones en términos que el propio agente explicado no pudiera aceptar. Esto no excluye la posibilidad de que otro agente pueda dar cuenta del comportamiento del agente mejor que él mismo (a pesar de su especial autoridad sobre sus intenciones); lo que se excluye son las explicaciones que dependan de criterios y términos que no estuvieran a disposición de un agente cualquiera de ese contexto en cuestión (Skinner, 1969: 28-29). Se anula, en suma:

la creencia en que podemos, de alguna manera, saltar fuera del curso de la historia y proporcionar una definición de palabras tales como *libertas*, libertad, autonomía y libertad, es una ilusión que vale la pena abandonar. Con términos que son, simultáneamente, tan profundamente normativos y tan indeterminados, y que están implicados de forma tan abundante en una larguísima historia de debate ideológico, el proyecto de comprenderlos solo puede ser el de intentar aprehender los distintos papeles que han jugado en nuestra historia y comprender nuestro propio lugar en dicha narrativa. Y cuanto más acometemos este tipo de estudio, más vemos que no hay análisis neutral que pueda darse de tales palabras clave. Lo único que hay es la historia (Skinner, 2005 [2001]: 49).

Texto y contexto. La burbuja lingüística de Cambridge

La filósofa e historiadora Ellen Meiksins Wood señaló acertadamente los límites de esta historia intelectual del pensamiento político (Meiksins Wood, 2008b). El problema metodológico de los investigadores de Cambridge, nos dice Wood, es que limitan la reconstrucción del “contexto” a otros “textos”, por lo que la vida política que supuestamente iba a jugar el papel de matriz de ideas se ve reducida a un juego de lenguaje¹⁰³. Así que paradójicamente lo que parece ser la historia del pensamiento político acaba deviniendo en algo a-histórico. Frente a este tipo de reconstrucción lingüística, Wood propone una “historia social del pensamiento político”, que mantiene la idea de Cambridge de que debemos dar cuenta de los marcos de sentido y las preguntas históricamente concretas a las que responde un autor (así como asume el papel creativo del lenguaje que no es un mero reflejo o expresión de la experiencia, Claeys, 1989: 18), pero añade que para ello hace falta ir más allá del mundo explícitamente político para abordar las tensiones y las presiones sociales que conforman las interacciones humanas fuera de la arena política, más allá del mundo de los textos escritos y publicados (Meiksins Wood, 2008a: 8-16)¹⁰⁴.

¹⁰³ Ver, por ejemplo (Pocock, 1971: 15, 25; Pocock, 2002: 88, 141-142, 191; Skinner, 1969: 49; Skinner y Fernández Sebastián, 2006).

¹⁰⁴ Pocock parece que era consciente de este problema cuando señaló en fecha tan temprana como 1971 que mirar el lenguaje “desde dentro” es complementario con mirarlo “desde fuera”, y que su equipo trabaja especialmente el primer método para compensar la ignorancia que había sufrido (Pocock, 1971: 39).

Ya en 1992 Rodgers había apuntado que los primeros pasos del revival neorrepblicano se estaban produciendo en los cauces de una historia intelectualizada que implicaba supuestos muy criticables:

Como historia intelectual, situar la mentalidad revolucionaria en los textos de un puñado de publicistas ingleses era claramente errónea. Excluyó dominios masivos de la cultura: religión, derecho, economía política, ideas de patriarcado, familia y género, ideas de raza y esclavitud, clase y nacionalismo, naturaleza y razón, que todo el mundo conocía que estaban profundamente entremezclados en el impulso revolucionario (...). La síntesis republicana amenazaba con degenerar en una discusión sobre las fuentes [intelectuales] y su influencia, como si la mentalidad revolucionaria hubiera cruzado el Atlántico en uno o dos barcos de vela de finales del siglo XVIII, embalada bajo la forma del tratado y del folleto, para ser injertada en un cuerpo social sin cabeza (Rodgers, 1992: 17).

La reconstrucción de un contexto de las ideas políticas que no fuese meramente lingüístico es un objetivo (o una metodología) que los historiadores marxistas británicos (véase el Capítulo 3 de esta tesis) ya se habían planteado años antes, con mayor o menor éxito. Como dejó escrito George Rudé:

Resulta inútil seguir el método tradicional que estudia las ideas desde su forma prístina y pura sin hacer referencia al contexto social en el que germinan, a las necesidades de los grupos y clases que los absorben, ni a los usos para los que los destinan (...) si la obra de los historiadores sociales realmente quiere ver “que se devuelve la conciencia a la historia”, esta será una de las tareas que tendremos que asumir (Rudé, 2001 [1970]: 123).

Christopher Hamel ha puesto sobre la mesa que la relación entre la normatividad de los argumentos y su historicidad es un problema no resuelto en el paradigma neorrepblicano, no solo en sus decantaciones más analíticas como la de Pettit sino también en las versiones más históricas como la de Skinner (Hamel, 2015).

En esta investigación doctoral hemos dado una especial importancia a la reconstrucción del contexto histórico (social, intelectual y político) en el que germinaron las ideas políticas de Thompson, algo que podrá verse a lo largo de los distintos capítulos. Con esto no hemos tratado de aportar nada especialmente nuevo al debate metodológico, sino sencillamente tratar de clarificar las condiciones en las que la obra de Thompson cobra pleno sentido y, de alguna manera, también vigencia.

1.2.9. Algunas limitaciones del “giro social” neorrepblicano

Los neorrepblicanos socialistas han ido rellenando muchas lagunas, ensanchando el programa de investigación republicano. Sin embargo, los que tienen más preeminencia en el mundo académico no han podido solventar todavía algunos problemas esenciales.

En primer lugar, no han sido articuladas conceptualmente con claridad y distinción las relaciones entre la “dominación impersonal” y la “dominación de clase” (que Gourevitch, de una forma un tanto confusa, denomina “dominación estructural”¹⁰⁵). Por ejemplo, Gourevitch ha señalado que en el capitalismo los desposeídos confrontan tres tipos de dominación: i) la dominación estructural; ii) la dominación al firmarse el contrato de

Skinner señaló también que esta centralidad lingüística fue una reacción a cierta predominancia de ideas marxistas en los años 60 y 70 (Skinner y Fernández Sebastián, 2006).

¹⁰⁵ La dominación en las sociedades precapitalistas también era estructural, seguía siendo una dominación de una clase sobre otra, y no de individuos aislados que por X razones tuvieran la oportunidad de dominar. Este punto es resultado de conversaciones con Edgar Manjarín.

trabajo en condiciones de desventaja; iii) la dominación dentro del propio proceso de trabajo (Gourevitch, 2014: 106-116)¹⁰⁶. Lo que el análisis de Gourevitch ha dejado fuera es precisamente lo que nos han ofrecido otros marxistas (desde Marx, pasando por Meiksins Wood hasta Roberts): la dominación impersonal que también sufre la clase capitalista. Lo paradójico es que en último término esta dominación impersonal acaba beneficiando a la clase capitalista *in toto* aunque pueda perjudicar a tal o cual capitalista determinado. Parece que este es un campo interesante en el que podrían seguir desarrollándose las investigaciones republicano-socialistas.

En segundo lugar, para autores como Gourevitch o Roberts el republicanismo democrático comparece solo a partir del siglo XIX, entremezclado con el primer socialismo (Gourevitch, 2014; W. C. Roberts, 2017; también O’Shea, 2019: 8). Esto deja fuera muchas experiencias de republicanismo democrático que creemos que merecen ser contempladas.

Pues bien, es aquí precisamente donde la contribución sustantiva de los historiadores marxistas británicos (véase el Capítulo 3) puede poner luz en el debate. Porque el Grupo de Historiadores del Partido Comunista de Gran Bretaña (ese formado por pensadores como Eric Hobsbawm, Christopher Hill, Rodney Hilton, George Rudé o Edward Palmer Thompson) fue precursor en rescatar toda una serie de experiencias de luchas democratizadoras (y en algunos casos netamente republicanas) que se remontan hasta la Edad Media y que, aunque limitados al caso británico, nos enseñaron que la lucha por la democracia tiene una historia arbórea de longevas y milenarias raíces.

1.3. CONCLUSIONES

A lo largo de este capítulo hemos señalado lo que consideramos algunas de las principales aportaciones del *revival* republicano, así como las críticas más sólidas que han recibido sus autores (especialmente Skinner y Pettit) por parte de autores que se autoinscriben igualmente en coordenadas republicanas. Por tanto, quizá sería más justo sostener que estas críticas internas al neorrepublicanismo no lo impugnan *in toto*, sino que asumen gran parte de los postulados neorrepublicanos pero colman los vacíos de temas que hasta ahora habían sido menos estudiados. Estos vacíos tienen más que ver con una falta de atención o interés sobre determinadas cuestiones que con una incompatibilidad esencial de enfoques. Un “neorrepublicano consecuente”, por tanto, sería aquel capaz de llevar el programa de universalización de la libertad republicana hasta el final, incluyendo el análisis y la crítica de la dominación impersonal y la dominación de clase del sistema de trabajo asalariado del capitalismo (Vrousalis, 2019; O’Shea, 2019).

El republicanismo entonces puede ser leído como una tradición mucho más rica y amplia de lo que se pensó en un primer momento. No obstante, la extensión de los programas de investigación republicanos aquí propuesta puede conllevar un problema de ubicuidad en el objeto de estudio. En la medida en que el concepto aumenta su “extensión” (tiende a abarcar más realidades por explicar) se desdibuja su “intensión” (sus límites definicionales o *core definition*) y existe un riesgo evidente de que, volviéndose ubicuo, el concepto acabe por explicarlo todo y por tanto por no explicar

¹⁰⁶ Para ver cómo se articula la crítica de Marx y Engels de estos tres niveles en un lenguaje explícitamente republicano, véase Leipold (2017: 75-79).

nada: si resulta que Baruch de Spinoza, John Locke, Thomas Paine, Immanuel Kant, Adam Smith o Karl Marx son republicanos, ¿qué significa entonces *ser republicano*? Este “ensanchamiento” del concepto no es algo nuevo y viene señalándose desde los años 90 del siglo pasado. Pero, como ha mostrado Rodgers, la ubicuidad no necesariamente ha de ser negativa, porque parte del atractivo del concepto puede residir precisamente en su capacidad para posibilitar un trabajo interpretativo tan dispar como científicamente pertinente, aunque esto incomode a las obsesiones taxonómicas de la historia intelectual (Rodgers, 1992: 38). De hecho, si consideramos el hecho de que forma parte de la propia historia del republicanismo toda una serie de disputas internas a esta tradición sobre la manera en la que se articulan conceptos básicos como “libertad”, “propiedad” o “ciudadanía” (Dagger, 2011) –que dan lugar a variantes más “democráticas” o más “oligárquicas” de republicanismo– entonces gana fuerza el argumento que contempla la pluralidad de esta tradición como un elemento que enriquece el concepto en lugar de debilitarlo. En suma, como ha señalado Serge Audier, “la historia de las ideas republicanas está en gran medida todavía por escribirse” (Audier, 2015: 107).

Como decíamos al comienzo de este capítulo, el republicanismo es una de las principales tradiciones políticas occidentales que se remonta hasta el mundo mediterráneo antiguo. Los límites de lo que se considera “republicano” son difusos y cambiantes como las estatuas de Dédalo, pero han servido a lo largo de la historia como el vivero para toda una serie de pensadores y políticos de muy variado cuño que, mediante sus intervenciones teóricas y prácticas, trataron de amortiguar los efectos nocivos dimanantes de relaciones de dominación, con el objetivo de expandir y garantizar –y en algunos casos universalizar– esa condición de ciudadano, *sui iuris*, que caracteriza la libertad republicanamente definida. En esta larga historia de luchas por la libertad, la igualdad y la fraternidad es donde encontraremos la figura de Edward Palmer Thompson.

Capítulo 2. El momento perdido del “Espíritu del 45”. Frentepopulismo, Pacto social de posguerra y las esperanzas socialistas ante la Guerra Fría

*I declare that man has choice
Discovered in that place
Of human action where
Necessity meets desire,
And moors and questioning wind,
Water, stone, and air,
Transfigured in the soul,
Can be changed to human fire
Which man becoming whole,
Will order and control*

(E. P. Thompson, “The Place Called Choice”, 1950)

Antes de estudiar al historiador, estúdiense su ambiente histórico y social. El historiador, siendo él un individuo, es asimismo producto de la historia y de la sociedad; y desde este doble punto de vista, tiene el estúdioso de la historia que aprender a analizarle

(E. H. Carr, *What is History?* 1961)

En este capítulo se ofrece una reconstrucción histórica de la Europa de los años de posguerra, cuyo hilo conductor es el problema de la unidad del movimiento obrero y las perspectivas revolucionarias del movimiento socialista en el que militó E. P. Thompson, atendiendo a cómo en este contexto específico toman forma o aparecen algunas de las categorías de la tradición republicana estudiadas en el capítulo anterior. La primera experiencia política en sentido pleno del historiador británico fue la entrada en contacto con el comunismo internacionalista de los años del antifascismo, algo que consideró que tendría una continuidad durante la posguerra. El estudio pormenorizado de este contexto nos permitirá sacar a la luz el llamado “Espíritu del 45”, el *momentum* democrático que atravesó el continente entre los años 1943 y 1947 –un “momento perdido” de la historia como lo denominará el propio Thompson–. Las dimensiones rupturistas del *momentum* fueron subyugadas por los intereses de las grandes potencias vencedoras que desencadenaron el nuevo conflicto mundial (los EEUU, el Reino Unido y la URSS), partiendo Europa por la mitad, y con ello, dividiendo al movimiento obrero europeo en dos. El panorama político para los socialistas revolucionarios quedó “congelado” en la larga noche de la Guerra Fría.

El intenso período de conflicto social que comienza con los movimientos de resistencia partisana y que termina con la Guerra Fría acabó en una derrota monumental para el

movimiento obrero. Pero el fermento del 45 tuvo su cristalización en la mayor transformación institucional conocida: la reforma mundial del capitalismo y, dentro de esta, la creación del Pacto Social de posguerra. Tradicionalmente se ha tendido a confundir estos dos momentos, y se ha visto el Pacto Social como una encarnación directa de esa vaporosa expresión que es “el Espíritu del 45”. Aquí defenderemos, por el contrario, que el Pacto Social es el resultado de una derrota colosal, la sufrida por las fuerzas del trabajo que aspiraron a una transformación más profunda de Europa al acabar la guerra, pero que vieron frustradas sus esperanzas con la nueva dinámica bipolar. En este sentido, defenderemos que el Pacto Social no representaba un “estadio más avanzado” (como estadios objetivos del desarrollo endógeno del capitalismo) sino una suerte de equilibrio o correlación de fuerzas que desaparecería en cuanto se perdiera dicha correlación, como ocurriría en la década de los 70. Evidentemente, este capítulo está escrito a la luz de los hechos pasados y con la distancia que proporciona mirar parapetados desde la atalaya de los más de 70 años que nos separan del final de la segunda gran guerra. Sin embargo, su reconsideración y análisis, desde un presente que todavía vive en el tipo de capitalismo contrarreformado que surgió tras la ruptura del Pacto, puede aportar algunas luces sobre su naturaleza y también sobre la naturaleza de nuestro propio tiempo. Pero, sobre todo, nos permitirá poner el contexto en el que pueda hacerse comprensible el “comunismo *libertarian*” con el que Thompson decidió identificarse. Un tipo de “socialismo con derechos humanos” sobre el que puso todas sus esperanzas en un momento en el que las posibilidades transformadoras para Europa parecieron estrecharse hasta casi desaparecer. Sus intervenciones políticas pueden leerse así como los innumerables intentos de un Sísifo, abocado a fracasar una y otra vez, que trató de restaurar la unidad perdida del movimiento socialista para avanzar hacia una sociedad democrática que pusiera fin a la guerra. Los ideales de la época del Frente Popular y de una Europa socialista unida fueron los horizontes que orientaron un activismo incombustible y un espíritu irrevocablemente disidente.

2.1. LA EUROPA DEL 45, ¿ALGO MÁS QUE NOSTALGIA ROMÁNTICA?

2.1.1. Planteamiento del problema

Los ideales de juventud

En 1943, inmerso en los cataclismos y las rutinas de la Segunda Guerra Mundial, un joven oficial británico llamado Frank Thompson les escribía a sus padres las siguientes palabras:

Hay un espíritu en Europa que es más noble y más valioso que cualquier otra cosa que este cansado continente haya conocido durante siglos, y al que no puede oponerse resistencia alguna. Se puede, si se quiere, pensar en ello en términos de política, pero es mucho más tolerante y más generoso que cualquier dogma. Es la voluntad confiada de pueblos enteros que han conocido los mayores sufrimientos y humillaciones, y que han triunfado sobre ellos para recomponer de una vez por todas sus propias vidas. Me gusta pensar en él como millones –literalmente millones– de personas, jóvenes de corazón sea cual sea su edad, dueños completamente de sí mismos, con la mirada puesta únicamente en lo que vendrá y disfrutando de esa visión. (...) Ante nuestros ojos se alza una maravillosa oportunidad, y todo lo que Gran Bretaña, Norteamérica y la URSS han de aportar son imaginación, ayuda y simpatía. (...) Mis ojos se nublan de lágrimas cuando pienso en esa magnífica Europa que construiremos (digo Europa porque es el único continente que conozco realmente bien)

cuando toda la vitalidad y talento de sus indómitos habitantes pueda dedicarse libremente a la cooperación y creación¹⁰⁷.

Ese mismo año, en otra misiva a su hermano, insistiría:

Qué maravilloso sería poder llamar a Europa patria y considerar Cracovia, Múnich, Roma, Arles, Madrid como nuestras propias ciudades. Yo no he sido educado en un nacionalismo más amplio, pero en lo concerniente a unos Estados Unidos de Europa podría sentir un patriotismo que trascendiera mi amor por Inglaterra (citado en Thompson, 1983 [1981]: 203).

Esas palabras pesaron enormemente sobre la consciencia de su hermano pequeño, Edward Palmer Thompson, que las citaría repetidas veces. En fecha tan tardía como 1981, Edward sostiene:

Mi posición es la siguiente. Las aspiraciones y ambiciones de mi hermano respecto del futuro no eran algo insólito (...). En todo el continente había hombres y mujeres que se ilusionaban con los frutos de la victoria: un continente democrático y en paz. Existirían, sin duda alguna, sistemas sociales diferentes, pero se suponía que cada nación sería la responsable de elegirlos a través del consentimiento popular. Las diferencias no debían constituir razones de guerra (Thompson, 1983 [1981]: 205).

En este capítulo defenderemos que uno de los núcleos fundamentales del pensamiento político de Thompson se forjó precisamente en los años de la guerra, y le acompañó durante toda su vida, troquelando y acompasando sus intuiciones políticas, sus esquemas de pensamiento y su universo de valores.

Empezar por el final. Románticos y desfasados

En el mundo social en el que vivimos los seres humanos ocurre a veces que distintos agentes, con diferentes –e incluso opuestos– puntos de vista ético-políticos, comparten una misma interpretación sobre un fenómeno. Cuando además esta visión es “seriamente cuestionable o probadamente falsa y, a pesar de ello, se mantiene o perdura” entonces podemos decir que estamos ante una “coyuntura interpretativa” (Mundó, 2017: 40). Para el caso que nos ocupa, esta idea de “coyuntura interpretativa” nos es particularmente valiosa, porque –como tendremos ocasión de explicar– existe toda una interpretación compartida sobre qué fue el Espíritu del 45, una concepción que trataremos de poner en cuestión.

Una buena manera de comprender el papel que juega la reivindicación del Espíritu del 45 en la obra de Thompson, por tanto, sería “empezar por el final” y contraponerla con sus críticos, defensores de esa “coyuntura interpretativa”. Porque, si bien la centralidad del “frentepopulismo” para entender la obra del historiador británico ha sido subrayada repetidas veces por los especialistas en su obra (Efstathiou, 2014, 2015; Estrella, 2012; Hamilton, 2011; McCann, 1997; Palmer, 2004; Schwarz, 1982), cabe recordar que, en muchas ocasiones, estos especialistas –sean más o menos cercanos a las posturas políticas y/o teóricas del autor– han calificado de “romántica” o “populista” la reivindicación de

¹⁰⁷ La cita proviene de la correspondencia familiar, publicada en parte en *There is a Spirit in Europe*. La traducción es propia, pero me he inspirado en la traducción de Rafael Grasa aparecida en *Opción Cero* (Thompson, 1983 [1981]: 203-204). De aquí en adelante, para referirnos a ese estado de ánimo democrático y popular de los 40, usaremos la expresión “**Espíritu del 45**”, por una razón sencilla y es que esta expresión ya ha hecho fortuna –particularmente gracias al documental homónimo del cineasta británico Ken Loach, que pese a estar basado exclusivamente en el contexto británico, recoge sin embargo la idea del entusiasmo popular de la posguerra en Europa.

ese período, entendiendo que Thompson estaba idealizándolo o sobredimensionando su capacidad transformadora¹⁰⁸. En la medida en que el legado de ese período constituye para Thompson su principal *matriz* política, hemos de lidiar necesariamente con estas críticas que curiosamente convergen en este punto (Anderson, 2012; Dworkin, 1997; Efstathiou, 2015; Fine, 1994; Foote, 2005: 45; Johnson, 1984; Kenny, 1995: 69-83; Schwarz, 1982; por citar solo algunas).

Así, para la segunda generación de la New Left y para algunos teóricos del Centre for Contemporary Cultural Studies, existían diferencias generacionales importantes entre la vieja generación que pasó por el partido comunista y las nuevas generaciones para las que el frentepopulismo no era ya una fuente de inspiración (véanse, sobre todo, las intervenciones de S. Hall y R. Johnson en: Samuel, 1984). La obra que mejor ha articulado el diagnóstico de un romanticismo como talón de Aquiles del historiador británico es la valiosísima y reciente investigación de Christos Efstathiou, *E.P. Thompson: A Twentieth-Century Romantic* (2015). El hilo conductor que muestra el autor es el programa político “esquemático” del frentepopulismo. Efstathiou defiende con sobrados argumentos que este esquema fue adaptado y readaptado a las nuevas circunstancias (Efstathiou, 2015: 168). Primero, porque tuvo una continuación en nuevas circunstancias durante la guerra y en la posguerra. Segundo, porque después de salir del Partido Comunista tras la crisis de 1956 (véase 3.2.4. en esta tesis), Thompson ya no defendía que la coalición popular tuviera que ser liderada por un partido comunista, ni que la URSS representase una oportunidad para cumplir sus ideales, porque había pasado a ser parte del problema (Efstathiou, 2015: 81). La experiencia de la New Left en Gran Bretaña debe leerse en esta clave. Tras el fracaso de esta, nuestro historiador intentaría revivir de nuevo los ideales frentepopulistas con el movimiento por la paz en la European Nuclear Disarmament (END) y su idea de una “Europa de los pueblos” en los años 80, cuando creyó ver resurgir el internacionalismo de los años 30.

Esta persistencia permite entender la coherencia política de Thompson. Pero, para algunos especialistas, señala al mismo tiempo su principal contradicción: “el intento de aplicar una tradición política vieja y unificadora a una situación moderna esencialmente dividida durante la Guerra Fría (...) [estas contradicciones] solo pueden ser entendidas como síntoma de un **frentepopulismo romántico**” (Efstathiou, 2015: 170-171; subrayado nuestro). Uno de los argumentos que utiliza el autor para construir su crítica es que la estrategia era “un esquema vago, que permaneció políticamente inútil sin su

¹⁰⁸ En algunas ocasiones, los críticos han confundido dos acepciones de “romántico” que es necesario distinguir. Por un lado, “romántico” puede significar que uno se inspira en los autores del romanticismo (para el caso que nos ocupa, los ingleses: Coleridge, Carlyle, Wordsworth, Blake, Morris, Ruskin, etc.; véase la entrada “Romanticism” en la Encyclopaedia Britannica, 2019). Según esta acepción, Thompson sería visto como un “marxista romántico”, en el sentido de que se inspiró en la tradición romántica para sustanciar su crítica moral del capitalismo o, siguiendo la distinción de Michael Löwy, que formaría parte del grupo de los “marxistas románticos” junto a Lukács, Gramsci, Mariátegui, Benjamin o Luxemburgo (citado en Webber, 2019). Dejando al margen la discutible clasificación de Löwy, que Thompson se inspiró en los románticos es un hecho que él mismo reconocía abiertamente (llegó incluso a dedicar un estudio monográfico al tema; véase Thompson, 1997b), y señalarlo añade poco a nuestro conocimiento del personaje. Él mismo no tenía problemas en asumirla: “he visto a gente insultada por ser romántica, pero lo que el romance significa es la capacidad para una verdadera concepción de la historia, el poder de convertir el pasado en parte del presente” (Thompson, 1988: 744). Pero “romántico” también puede querer decir *naive* o, para el caso, que uno sostiene una crítica emocional del capitalismo, de tinte moral, sin capacidad de proponer una alternativa realista y, por lo general, anclada en la recuperación de un pasado dorado de dudosa existencia histórica. En este capítulo discutiremos exclusivamente *esta última* acepción, en concreto en relación con el frentepopulismo y el Espíritu del 45.

columna vertebral: una vanguardia política” (Efstathiou, 2015: 172). Si esto es así, sostiene el autor, el desapego de Thompson hacia los partidos a partir de 1956 habría sentenciado al fracaso dicha estrategia.

El problema de la crítica de Efstathiou es que no captura la longevidad histórica y la profundidad axiológica de la llamada “estrategia frentepopulista”, que tenía una vieja raigambre más allá de tal o cual partido, y que para el caso inglés ha sido estudiada con profusión de detalles por David Blaazer en su obra *The Popular Front and the Progressive Tradition* (1992)¹⁰⁹. Blaazer ha demostrado cómo el Frente Popular no fue una estrategia *ex nihilo* promovida por el PCGB y la Komintern, sino que partía de una larga tradición progresista que se remonta, por lo menos, hasta el socialismo del último tercio del siglo XIX. Para esta “tradición progresista”, ecléctica y heterodoxa en sus fuentes, las lealtades se daban hacia las ideas de progreso y cambio social y no tanto hacia las organizaciones (se evitaba, por tanto, el patriotismo de partido del que serían acusados los estalinistas). Distintos historiadores del socialismo como Rosenberg o Domènech han sostenido ideas parecidas. Para estos, un elemento central de la tradición socialista originaria fue la aspiración a unificar al conjunto de las clases dependientes (el *dêmos* moderno) bajo el liderazgo de los trabajadores asalariados, evitando el aislamiento de estos. Volveremos a ocuparnos del asunto a lo largo de este capítulo (véase el epígrafe 2.2.), pero por ahora basta señalar que, a nuestro juicio, esta será justamente la posición de Thompson. Así pues, para comprender exactamente qué era exactamente lo que reivindicaba este del frentepopulismo (y que localizaba en el socialismo del siglo XIX) debemos comenzar por poner en cuestión la coyuntura interpretativa heredada.

Desarmando el malentendido: el problema de los “momentos perdidos” de la historia

Thompson fue plenamente consciente de las acusaciones de romanticismo o ingenuidad política. Ya en pleno auge del revisionismo laborista de finales de los 50 (véase el apartado 2.3.3.), la propia reivindicación del período 1943-1947 era vista como “romántica” por los defensores del *establishment*:

Los logros reales y substanciales del gobierno laborista de 1945-1947 fueron producto, no de la mentalidad actual de la-futura-sociedad-capitalista-que-está-bien-no-causes-problemas, sino de la comprensión y el espíritu de antagonismo que en gran parte se nutrieron del movimiento de ideas de los años 30 y que ahora está de moda catalogar como romántico (Thompson, 2016 [1957]: 90).

La idea de que el Espíritu del 45 no había sido más que la ensoñación de algunos jóvenes socialistas era contemporánea a sus primeras reivindicaciones (lo cual explica en parte por qué sus defensores insistieron repetidas veces en la *realidad* de dicho momento). La “coyuntura interpretativa” comenzó a construirse desde finales de los años 40, trató de borrar la huella del 45 y colocó la etiqueta de “románticos” a sus partidarios.

Aceptar la etiqueta de “romántico” era dar la partida por perdida. Uno corre siempre el riesgo de asumir acríticamente las formas de interpretación del pasado que le ofrece su propio presente. Como decía E. H. Carr, “solo podemos captar el pasado y lograr comprenderlo a través del cristal del presente” porque hasta “el historiador pertenece a su

¹⁰⁹ Es significativo que esta obra, nos dice el autor, se inspiró explícitamente en el análisis crítico de Thompson sobre la Guerra Fría desarrollado en “Outside the Whale” (1960). De nuevo, se trataría de salir de las coyunturas interpretativas de la Guerra Fría, para las cuales el frentepopulismo fue una creación comunista y como tal debía ser olvidado o, cuanto menos, desechado en el basurero de la historia (Blaazer, 1992: 4).

época y está vinculado a ella por las condiciones de la existencia humana” (Carr, 2017: 93). Es por eso por lo que, según Thompson, para comprender el *momentum* democrático del frentepopulismo en la década de los 50 (y en adelante) era preciso desembarazarse de las categorías de la Guerra Fría. Que el período 1943-1947 fuera incomprendido u olvidado no era sino el resultado de que los enemigos de la democracia habían triunfado, borrando tras de sí las huellas del conflicto que se esconde en los orígenes de la Guerra Fría (véase "Más allá de la Guerra Fría" en Thompson, 1983).

Una vez desaparecen los rastros de algo, esto deja de buscarse. Con el *momentum* del 45 ocurre algo similar a la famosa aporía que Platón refleja en su diálogo *Menón*: cuando ya conoces algo, no tienes necesidad de buscarlo; pero cuando no conoces que *no* conoces algo, entonces no puedes ni empezar a buscarlo (Platón, 2019: 80e). Thompson apuntó que ese *momentum* democrático había sido pasado por alto en la propia memoria de las izquierdas políticas que lo crearon:

La gente habla sobre los años treinta y tiene ideas sobre los años cincuenta, pero **los cuarenta son un momento perdido de la historia**. Fue un momento mucho más afirmativo de lo que incluso la izquierda entiende. Probablemente, [en Gran Bretaña] tuvo su pico en torno a 1944 y comenzó su declive incluso antes de la victoria del Labour en 1945. Pero incluso así, el imperialismo británico no fue capaz de estabilizarse en el mundo después de la guerra, en parte por la enorme consciencia política que se había desarrollado en esos años. Por ejemplo, la cuestión de la independencia de la India surgió del pueblo indio mismo, pero fue de gran ayuda que las fuerzas británicas y el pueblo británico acabaran por aceptar la independencia (...). En 1945 no solo el Partido Laborista barrió en las elecciones, también se presenció la entrada de dos diputados comunistas, un grupo de diputados del Independent Labour Party, diputados del Commonwealth etc. ¿Sabías que hubo 10.000 personas que votaron comunista en Hornsey, por ponerte un ejemplo? Fue un momento extraordinario (Thompson, 1979: 22; subrayado nuestro).

Pues bien, una primera clave para desentrañar el fondo del asunto la encontramos en el análisis que nos ofrece el historiador sobre su fracaso: “puede que nuestras expectativas fueran banales, pero esto ocurrió porque éramos demasiado utópicos y estábamos mal preparados para las traiciones por la espalda” (Thompson, 1980: 131). Para Thompson, las expectativas de los movimientos populares de los 40 eran *genuinas*, aunque fueran *ingenuas* por no haber sabido prever la traición que acabaría con ellas:

De Noruega a Montenegro, desde la costa de Kent hasta los suburbios de Stalingrado (...) existía un movimiento de resistencia común. Las unidades checas y polacas cumplían su deber junto a las fuerzas británicas; los grupos de enlace británicos –y entre ellos el hijo de Churchill, Randolph, y el parlamentario conservador general de brigada Fitzroy Maclean– sirvieron junto a los partisanos yugoslavos. Ahora está de moda mostrarse cínico con respecto a todo esto y con sobrados motivos. Las expectativas y esperanzas del momento eran ingenuas. Las alianzas de la resistencia –las alianzas de liberales, comunistas, agraristas, socialdemócratas, conservadores– fueron luego incumplidas por ambos lados. Pero también podemos recordar que durante algún tiempo estas alianzas fueron respetadas y honradas, incluso con el sacrificio de la propia vida. El deseo de lograr una Europa democrática –ampliando la buena voluntad de aquellas alianzas a los tiempos de paz– era real y auténtico (Thompson, 1983 [1981]: 202-203).

La tesis que defenderemos aquí es que la década de los 40 asistió a la emergencia de enormes movimientos populares con aspiraciones de transformación social profunda que, justo cuando comenzaban a materializarse, se vieron parcialmente yuguladas por el estallido de la Guerra Fría. Defenderemos que la reivindicación por parte de Thompson de ese “momento perdido de la historia” constituyó una apuesta *republicana* y *socialista*. Thompson ofreció un enfoque que trató de mantener un “sentido de la historia”, esto es, que trató de entroncar con viejas tradiciones de las que, según el historiador, todavía se

podían aprender grandes lecciones. En ese cruce entre la política y la historia cifró todas sus esperanzas¹¹⁰.

En lo que sigue ofrecemos una reconstrucción de algunos antecedentes históricos del Espíritu del 45 así como una explicación de su consistencia histórica, tratando de remarcar la *genealogía de las vetas democráticas* que lo atraviesan. Antes de adentrarnos en los laberintos de la historia europea, es necesaria una apreciación metodológica. El tipo de historia política que presentamos aquí abarca unas temáticas, países y períodos demasiado amplios como para aspirar a algo más que a presentar un mero *mapa* del campo político del período. No trata, por tanto, de ser una historia exhaustiva, completa o que agote siquiera las problemáticas elegidas de un abanico tan amplio como es el frentepopulismo, la guerra, la posguerra o la Guerra Fría. Hemos sido especialmente selectivos con los elementos analizados, que serán tratados de forma ilustrativa y no exhaustiva. Por esta razón, en la primera parte se abordan someramente algunos hechos importantes para nuestra argumentación que tuvieron lugar antes de la Segunda Guerra Mundial (una escuetísima reconstrucción que debe leerse con la mirada puesta en los epígrafes siguientes, pues no pretende valerse por sí misma en tanto que relato histórico del período). Por igual razón nos detendremos solo en aquellos episodios que nos han resultado más relevantes de cara a comprender la propia militancia y reflexión de Thompson. La decisión de enmarcar esta reconstrucción en el ámbito europeo, y no meramente británico (como ha sido habitual en el grueso de los estudios thompsonianos) viene justificada por una sencilla razón: el activismo de Thompson fue tan internacional como internacionalista, y aunque se implicó sobremanera en la política nacional del Reino Unido (véase *infra* en 2.3.3.), su proyecto y sus estrategias no se pueden comprender sin enmarcarlos con una mirada *europaea* sobre la tradición socialista del siglo XX.

En una entrevista que el historiador Joseph Fontana realizó a Thompson con motivo de su visita a España para participar en las marchas en contra de la OTAN, este recordaría de nuevo el 45:

Fue un momento auténtico y no creo que la degeneración que siguió, en la cual hubo dos actores, el estalinismo y occidente, fuese inevitable. Pienso que es necesario volver a ocuparse de ello y explicar que este momento existió (E. P. Thompson, Fontana, y Ucelay da Cal, 1984).

El presente capítulo es un humilde intento de “volver a ocuparse de ello”.

2.2. LOS PRECEDENTES: LA SITUACIÓN DEL SOCIALISMO INTERNACIONAL ANTES DE LA GUERRA

2.2.1. Democracia y obrerismo. Del marxismo ortodoxo de la Segunda Internacional al “abismo casi infranqueable” del período de entreguerras

Haciendo nuestra una línea interpretativa de Arthur Rosenberg sobre la historia del socialismo, asumiremos que la tradición de la democracia social revolucionaria de Marx y Engels colocaba como sujeto del cambio al conjunto del *dêmos* tal y como este se configuraba en el siglo XIX, este es, a grandes rasgos: campesinado, proletariado y

¹¹⁰ “A menos que tengamos un sentido de la historia, no veremos el potencial dentro de la gente trabajadora que vive hoy en día” (Thompson, 1959b). Para las relaciones entre política e historia véase el apartado 3.2.2.

estratos medios (incluyendo a los desempleados), siendo en esto continuadora de la milenaria tradición que entendía por “democracia” un movimiento político de alianza de las clases dependientes bregando por alcanzar el poder político para eliminar esas fuentes de dependencia¹¹¹. En el *Manifiesto Comunista*, Marx y Engels habían señalado al proletariado industrial, que cada vez representaba una proporción mayor de las clases populares, como el actor que debía liderar y encabezar a todo el *dêmos* en la lucha por el socialismo, pero en ningún caso defendieron que pudiera ser el único agente del cambio (Rosenberg, 1966: 62; también Leipold, 2017: 149). En la *Crítica del Programa de Gotha*, Marx criticaba precisamente el obrerismo de Lasalle por considerar que todo lo que no fuera “proletariado industrial” debía ser tratado como parte de las “masas reaccionarias” (Domènech, 2019: 174-178, 197; Rosenberg, 1966: 138). Marx y Engels ofrecieron en esto una estrategia flexible al sostener que las alianzas entre clases podían variar según el contexto nacional: apoyaron a sectores liberales de la burguesía donde esto permitiera al pueblo trabajador desembarazarse de los lazos feudales y promovieron un conflicto directo con la burguesía cuando esta ya se hubiera consolidado como nueva clase dominante. A su vez, dedicaron gran parte de su tiempo al estudio de las cuestiones agrarias con la idea de buscar maneras de evitar la contradicción entre la ciudad y el campo que tanto había pesado en el hundimiento de los procesos revolucionarios de 1848 (Rosenberg, 1966: 119-120).

Otra característica esencial de esa tradición de mediados y finales del siglo XIX, la democracia social revolucionaria, es que se proponía no solo conquistar el poder político sino transformarlo radicalmente en base a una concepción fiduciaria de aquel¹¹². Por otro lado, esta tradición asumía un compromiso internacionalista con las naciones y pueblos oprimidos en base a la idea de la “unidad de la humanidad” (un legado de la tradición revolucionario-democrática francesa rastreable hasta, al menos, Bartolomé de Las Casas; véase Gauthier, 1992).

Estos tres rasgos –democracia como alianza amplia de clases, concepción antiestatista y fiduciaria del poder político e internacionalismo– fueron puestos entre paréntesis por la socialdemocracia ortodoxa, que se volvió la corriente política dominante en los partidos obreros de masas tras la derrota de la Comuna de París. En primer lugar, porque tras el fracaso de 1848 se asistió a la creación de partidos y sindicatos obreros independientes que concentraban ante todo sus esfuerzos políticos, de propaganda y de organización en el proletariado industrial, con la consabida consecuencia de relegar o postergar las demandas de otros sectores sociales, particularmente de las clases medias y del campesinado. La creación de la socialdemocracia vino aparejada, por tanto, del aislamiento de la clase obrera respecto del resto de la masa popular (Rosenberg, 1966: 169, 244-245). Ante la falta de perspectivas de conquistar el poder, este movimiento obrero buscó la construcción de todo un mundo de contrainstituciones obreras concebidas como una “fortaleza” que habitaría dentro de la sociedad capitalista –una que evitaría en todo lo posible el contacto con esta sociedad hasta estar lo suficientemente madura como para reemplazarla. Se trató de una macro-tendencia europea que tuvo incluso su expresión

¹¹¹ En la acepción moderna del término para Marx y Engels, “proletariado” perdía su sentido amplio proveniente del mundo romano (casi equivalente a “desposeído”, tanto de propiedades como –precisamente por ello– de derechos políticos) para volverse sinónimo de “trabajador asalariado dependiente”, compatible con un cierto ejercicio de determinados derechos políticos (Rosenberg, 1966: 35, 109).

¹¹² Para la concepción fiduciaria del poder político véase 1.1.4. La democracia social no buscaba la abolición del poder público *in toto*, sino la abolición de las formas que tenía el Estado en ese momento y su transformación en un poder público controlado democráticamente (para Marx y el Estado, véase Leipold, 2017).

teórica, con la llamada teoría de los “dos mundos”¹¹³, y terminó de consolidarse definitivamente cuando los llamados “radicales” ganaron en la polémica contra el revisionismo de Bernstein o Jaurès (Rosenberg, 1966: 262-263). En segundo lugar, porque la socialdemocracia ortodoxa se comprometió con una suerte de imperialismo “humanizado” (*¡sic!*), que, basándose en un esquema de desarrollo histórico, concebía que los países dependientes tenían que atravesar una fase capitalista antes de poder liberarse de la opresión, por lo que era buena idea que sus aliados socialistas mantuvieran ciertos reclamos de colonialismo humanizado. Por último, se abandonó la tarea revolucionaria de transformar el Estado, asumiendo una cierta imagen de “neutralidad” del aparato estatal que permitiría emplearlo a voluntad en una dirección socialista. El proceso tuvo dos consecuencias importantes: la primera, la lucha sindical –que en algunas variantes de la democracia social se había concebido no solo como una herramienta para la mejora de las condiciones laborales, sino también como la herramienta que había de alumbrar un nuevo orden social– fue reducida al primer objetivo quedando olvidado el segundo. Es decir, el sindicalismo se concentró en la mejora de las condiciones laborales (especialmente las subidas salariales) olvidándose su función política revolucionaria. La segunda consecuencia fue que los partidos obreros tomaron como objetivo principal el alcanzar la mayoría política parlamentaria y hacer un uso de las instituciones estatales tal y como existían para organizar la transición al socialismo, cayendo en una suerte de *parlamentarismo* que condenaba cualquier iniciativa popular que tuviera lugar fuera de los estrechos cauces de una vida parlamentaria (Domènech, 2019: 355)¹¹⁴.

En suma, la socialdemocracia ortodoxa fundó una política *obrerista, nacionalista y estatista* que permitió la construcción de un “imponente capital social e institucional alternativo”, pero cuya contrapartida fue: i) el abandono a sí mismas de las clases medias rurales y urbanas (en un momento clave en el que la vieja sociedad burguesa del *laissez-faire* daba paso a la formación de tremendos oligopolios y monopolios neo-feudales que aniquilaban la autonomía de dichas clases medias); ii) la pérdida de la estrategia sindical revolucionaria; iii) la extrema confianza en hacer uso del Estado sin transformarlo estructuralmente; iv) la postergación *sine die* de las demandas de autodeterminación de las poblaciones colonizadas (Domènech, 2019: 175-198). Es menester señalar, no obstante, que todo este proceso de mutación política se produjo en el medio siglo en el que más se autoorganizó la clase trabajadora europea, donde su mundo de contrainstituciones cubría –en la medida en que se podían cubrir– desde los servicios más básicos (contra enfermedad, desempleo, vejez, etc.) hasta una amplia gama de alternativas de ocio o deporte¹¹⁵. E incluso esta tendencia general del movimiento obrero europeo en

¹¹³ El nombre proviene de un discurso pronunciado por Wilhelm Liebknecht en 1871, donde al mismo tiempo que se fundamentaba la necesidad de una organización autónoma de la clase obrera se enmarcaba también este objetivo político en un marco de aislamiento del resto del pueblo trabajador: “el mundo de los propietarios y el mundo de los desposeídos, el mundo del capital y el mundo del trabajo, el mundo de los opresores y el mundo de los oprimidos, el mundo de la burguesía y el mundo del socialismo: dos mundos con fines, con aspiraciones, con visiones enfrentados, con lenguajes distintos, dos mundos que no pueden coexistir, habiendo uno de ellos de desplazar al otro” (citado en Domènech, 2019: 174).

¹¹⁴ La historia de las diferencias sustanciales entre Marx y los socialdemócratas alemanes es conocida y no abundaremos en ella (para un repaso reciente, véase Musto, 2019).

¹¹⁵ A modo de mero ejemplo: en febrero de 1894 se celebró en Inglaterra la primera reunión del Socialist Cycling Club en Birmingham. Un año después se refundaría como club nacional con el objetivo de “hacer propaganda socialista y promocionar rutas entre los clubes Clarion de diferentes pueblos y ciudades”. Los clubes Clarion fueron una de las principales redes de ocio socialista británico, tenían más de 70 agrupaciones repartidas por el país, su semanario alcanzaba una tirada de 50.000 ejemplares, y bajo el lema “la fraternidad es la vida” se dedicaron a poner pegatinas de “Socialism” (fueron los primeros en hacerlo

su vertiente mayoritaria (la socialdemócrata) no era el resultado de la caprichosa voluntad de los líderes políticos del momento, sino el resultado de todo un proceso histórico complejo que partía de las derrotas de 1848 y 1871 y que tuvo lugar en condiciones de persecución y demonización de las organizaciones obreras (Rosenberg, 1966: 244).

Pues bien, fue justamente esta socialdemocracia ortodoxa la que acabaría seducida por los cantos de sirena de la Primera Guerra Mundial, votando los famosos créditos de guerra. Contra esta tendencia mayoritaria se alzó una nueva corriente política socialista, protagonizada por los bolcheviques, que habían conseguido hacer triunfar la revolución socialista en un país relativamente atrasado del que los gerifaltes socialdemócratas no esperaban (casi) nada¹¹⁶. La experiencia bolchevique vendría a retomar los hilos perdidos de la democracia social que consideraban que la II Internacional había traicionado. La Revolución rusa presenta, de este modo, algunas continuidades significativas con las pautas cuarentayochistas: “Los bolcheviques conquistaron el poder con un programa puramente democrático, en el viejo sentido de la palabra, y sin apenas consignas socialistas: todo el poder para los consejos democráticos de obreros, campesinos y soldados; tierra para campesinos; final inmediato de la guerra imperialista” (Domènech, 2019: 283-284).

Sin embargo, el triunfo bolchevique tuvo lugar en un contexto internacional desfavorable para el socialismo internacional. La Primera Guerra Mundial supuso un enorme varapalo para el movimiento obrero europeo. Se había conseguido sostener la Revolución rusa, evitando que cayera frente a las agresiones de las potencias imperialistas, pero el precio había sido muy alto. Una serie de reformas sociales fundamentales como la jornada laboral de ocho horas, los derechos de negociación colectiva, algunos derechos de cogestión o derechos para la mujer fueron las conquistas principales de este período. Pero el corazón de la economía capitalista seguía casi intacto, y el nacionalismo imperialista al que habían sucumbido los dirigentes socialdemócratas al votar los créditos de guerra había llevado a la derecha al gobierno en varios países (solo en los países escandinavos consiguió el movimiento obrero entrar en el gobierno): “el movimiento revolucionario en Europa había, desde luego, salvado a la revolución rusa de la intervención armada, pero él mismo resultó derrotado” (Abendroth, 1968: 87).

La línea ortodoxa de la socialdemocracia salió reforzada cuando el ala izquierda de estos partidos se escindió para colocarse bajo el paraguas de la recién creada III Internacional (en la que en un primer momento se incluyó hasta el anarquismo español de Ángel Pestaña). Pero la III Internacional nació con un complicado dilema entre manos: para que la Revolución rusa sobreviviera, tenía que conseguir extenderse a otros países europeos, particularmente a Alemania. Para acometer el desafío, Lenin presentó al II Congreso de la Internacional Comunista de 1920 un ambicioso programa para extender la revolución bolchevique al resto de Europa. Trató de convertir a los partidos obreros de masas en partidos de cuadros revolucionarios profesionales, con un modelo de funcionamiento enormemente verticalizado, apto para responder rápidamente en una era de estallidos, guerras y revoluciones. Lenin consiguió imponer que los partidos afiliados a la III Internacional tuvieran que cumplir, como condición *sine qua non* de pertenencia, las famosas 21 condiciones que suponían una clara ruptura con el legado de

en lugares originales: desde telégrafos y postes, hasta... ¡en el costado de las vacas!; véase Companyon, 2017).

¹¹⁶ La bibliografía sobre la URSS es realmente inabarcable y no es el objeto de este estudio. Para una introducción general y que aquí consideraremos acertada puede consultarse la obra del historiador lituano Moshe Lewin (2006).

autoorganización democrática del movimiento obrero europeo. El varapalo fue tal que provocó que la mayoría de la clase obrera organizada que entre 1918-1920 había apoyado a la III Internacional la abandonase, en muchos casos viéndose forzada a volver a los brazos de la II Internacional (Domènech, 2019: 344, 383). La división del movimiento obrero se hacía cada vez más irreversible.

La estrategia de Lenin fracasó y la Revolución rusa no consiguió extenderse a otros países europeos. Fue entonces cuando se celebró el III Congreso de la Internacional Comunista. Si en el II Congreso Lenin trató de extender la creación de partidos de vanguardia que tomarían el poder por un asalto armado, siguiendo el modelo soviético, el cambio en las circunstancias políticas mundiales le llevó a proponer una estrategia radicalmente diferente. Ahora los comunistas debían tratar de reconciliarse con sus viejos socios socialdemócratas, trabajando conjuntamente en las organizaciones obreras de masas, haciendo un “Frente único” en el mundo sindical y en el parlamentario (Domènech, 2019: 379). El giro brusco de la Komintern, que pasó de la denuncia a la estrategia del frente único, no podía ser fácilmente asumido por un trabajador europeo medio (Hobsbawm, 1985: 235). Lo más difícil de entender de esta estrategia es que se sostuviera la nueva política del Frente Único al mismo tiempo que se quería mantener el tipo de organización bolchevique (creada para unas circunstancias muy concretas que ahora se consideraban obsoletas), lo cual no podía sino agrandar la división interna del movimiento. Los dirigentes socialdemócratas no reaccionaron favorablemente y el “frente único” fue una estrategia que nació muerta (Domènech, 2019: 381-384). Su historia es importante porque permite comprender algunas de las tensiones internas que convulsionaron e hicieron estallar la posterior estrategia de los Frentes Populares tan solo una década después.

Mientras tanto, los partidos socialdemócratas, dirigidos principalmente por su ala derecha, participaron en algunos casos en gobiernos de coalición con los llamados “partidos burgueses”. Poco después, el comunismo internacional dio un paso casi irreversible en sus malas relaciones con la socialdemocracia cuando, bajo la dirección de Stalin, adoptó (en el Sexto Congreso de la Komintern celebrado en 1928) la conocida doctrina del “social-fascismo”. Según esta doctrina los partidos socialdemócratas debían ser considerados *tan enemigos* como los fascistas (y especialmente su ala izquierda que ejercía de “tapón” al estallido revolucionario de las masas). La división llegó, como era de esperar, al mundo sindical, y en el mismo año el IV Congreso de los “sindicatos rojos” determinó una política de “escisión” del sindicalismo reformista, que condujo a que la “Oposición de los Sindicatos Revolucionarios” tuvieran una agenda propia y llegaran a ser incluso expulsados de las empresas. Esto provocó una marginación política enorme del movimiento comunista fuera de Rusia: antes de la crisis del 29 los partidos comunistas se convirtieron en partidos formados mayoritariamente por personas desempleadas (Abendroth, 1968). La tendencia convivió con un fuerte impulso de intervención cultural en los partidos comunistas que, a partir de la década de los 30, fue prohibiendo el debate interno y consolidando un marxismo ortodoxo secundado por el uso del Terror (Samuel, 1980: 30).

Conclusión

Hemos visto cómo la democracia social revolucionaria en la que se forjaron los movimientos socialistas de mediados y finales del siglo XIX abanderaba una estrategia de aunar al conjunto del *dêmos* como agente del cambio, sostenía una crítica universalista (internacionalista) como herencia del jacobinismo francés y ofrecía una crítica de la

estatalidad que no sería ya comprendida como una herramienta neutral, disponible para cualquiera que quisiera usarla si conseguía “llegar al poder”. Se ha descrito brevemente cómo la tradición del marxismo ortodoxo de la Segunda Internacional rompió con esos tres ejes programático-estratégicos, y cómo esto llevó a la escisión del movimiento obrero tras la Primera Guerra Mundial. Finalmente, hemos abordado cómo la dirección bolchevique trató de recuperar esos tres ejes, pero los desafortunados escenarios políticos de la época y una serie de errores estratégicos fundamentales impidieron recomponer la unidad perdida: la recién creada III Internacional acabó por acentuar aún más esa división.

En resumen, y en palabras del historiador alemán Wolfgang Abendroth, entre comunistas y socialdemócratas se abrió “**un abismo casi infranqueable**” repleto de malos entendidos y poca voluntad por salvarlo (Abendroth, 1968: 103-104)¹¹⁷:

Se habían logrado, desde luego, grandes conquistas sociales, pero el movimiento obrero resultó escindido. La causa de esa escisión era y siguió siendo la posición de la URSS. Mientras que los dirigentes de una tendencia hicieron un mito de la revolución rusa, sin examinar más a fondo las especiales circunstancias de la construcción socialista aislada en un país industrial subdesarrollado y consideraron siempre las decisiones del partido comunista ruso como infalibles, la otra tendencia condenó la revolución, también sin estudiarla más a fondo (Abendroth, 1968: 111).

Esta famosa división del movimiento obrero fue anatema para muchos socialistas. Entre ellos, Thompson es sin duda uno de los destacados. Como tendremos ocasión de analizar más adelante, su activismo bregó por coaligar los muy variados elementos de la tradición socialista en su sentido más amplio. La cuestión de la unidad del movimiento obrero, su no-aislamiento del conjunto del *démós*, su internacionalismo y su antiestatismo serían algunas de las líneas maestras que delinearían el curso del pensamiento político de Thompson.

2.2.2. Un inciso en el abismo: el legado republicano de la generación de constituciones sociales de entreguerras

Durante los convulsos años del período de entreguerras, en los que la agitación social no paró de crecer y el movimiento obrero europeo parecía más dividido que nunca, hizo su aparición en escena uno de los momentos más importantes de la tradición socialista y uno que constituye, quizá, un momento verdaderamente republicano. Se trata de las constituciones sociales avanzadas, que se convertirían en referencias jurídicas a nivel mundial y que establecerían las bases para muchos de los programas socialistas que, tras la Segunda Guerra, permitieron la construcción del Pacto Social de posguerra y los conocidos como Estados de Bienestar. La tradición de constitucionalismo social que se forjó en el período de entreguerras puede definirse en torno a tres ejes: el compromiso con un principio material de justicia o igualdad, la sujeción de los derechos de propiedad a su “función social” y el reconocimiento de los “derechos de los trabajadores” (en algunas constituciones ampliados como “derechos sociales”) que podían incluir instituciones de participación de las fuerzas del trabajo en el destino económico del país (Herrera, 2019: 451). En todo caso, sus concreciones jurídicas responden a distintas trayectorias histórico-nacionales y muestran todas ellas (con la excepción de la soviética) una tensión entre la emancipación (el intento de cristalizar jurídicamente la transformación revolucionaria) e integración (bajo discursos corporativistas o de

¹¹⁷ El historiador y socialista británico G. D. H. Cole empleó una expresión similar en el quinto tomo de su célebre *Historia del pensamiento socialista*, hablando de un “insalvable abismo doctrinal” (Cole, 1975 [1958]: 287).

colaboración de clases) (Herrera, 2003: 82). En este epígrafe nos detendremos brevemente en el análisis de cuatro constituciones representativas de ese constitucionalismo social que nos permitirán entender que, pese a las adversidades del “abismo casi infranqueable” y la división, el movimiento obrero europeo consiguió sostener algunos ejes republicanos que tendrían un gran impacto en la posteridad.

El fondo normativo que analizaremos aquí aborda especialmente la cuestión de la propiedad. Desde la crisis mundial de 1929 el capitalismo desbocado disfrutaba cada vez de menos legitimidad. No fueron pocas las voces (de las izquierdas, pero, como veremos, también de las derechas) que apostaban por una regulación estatal que impidiera la “anarquía” en la producción, las crisis periódicas y la falta de paz social asociadas con el desarrollo capitalista de la *belle époque*. Esto implicaba poner cotos y limitaciones a los derechos de propiedad capitalista. Las constituciones sociales del período de entreguerras trataron de dar una respuesta contundente al problema al consolidar legalmente una concepción fiduciaria de la propiedad (véase 1.2.4), a través de la idea de la “función social” que debía cumplir esta y a través de la noción –tan cara para la tradición socialista democrática– de que era competencia inalienable del poder legislativo el determinar la forma concreta de esa “función social”. De esta manera se dejó abierta la puerta a una progresiva socialización de los recursos productivos, esto es, se vislumbró la posibilidad de que la democracia iniciara el ansiado descenso a los avernos del proceso económico, tanto a nivel del puesto de trabajo como a nivel de planificación a gran escala (A. Domènech, 2006).

Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos (1917)¹¹⁸

La Revolución mexicana, condenada por la II Internacional desde su etapismo historicista, abrió una nueva época de luchas populares y dio el pistoletazo de salida para un nuevo derecho constitucional democrático que inspiró a las demás constituciones de esta generación de entreguerras. Su papel pionero está fuera de discusión.

Los aspectos más avanzados de la Constitución de Querétaro fueron promovidos por los autodenominados “jacobinos” (Lucio Blanco, Salvador Alvarado, Francisco José Múgica) que consiguieron convencer al resto de diputados, aprobándose sus propuestas por unanimidad. El famoso artículo 27 limitaba la propiedad privada por el interés público y preveía el principio expropiatorio y la reforma agraria (Pisarello, 2012: 121), atacando al latifundio terrateniente y protegiendo los bienes comunales: “fue esa disposición constitucional la que permitió a la República mexicana proteger los ejidos comunales, que llegaron a representar más de un cuarto de la superficie agropecuaria de México, o nacionalizar el petróleo” (A. Domènech, 2012a). El texto decía así:

La propiedad de las tierras y aguas comprendidas dentro de los límites del territorio nacional, corresponde originariamente a la Nación, la cual ha tenido y tiene el derecho de transmitir el dominio de ellas a los particulares, constituyendo la propiedad privada. Las expropiaciones solo podrán hacerse por causa de utilidad pública y mediante indemnización. La Nación tendrá en todo tiempo el derecho de imponer a la propiedad privada las modalidades que dicte el interés público, así como el de regular el aprovechamiento de los elementos naturales susceptibles de apropiación, para hacer una distribución equitativa de la riqueza pública y para cuidar de su conservación.

Un rasgo fundamental de esta concepción de la propiedad es que se consideraba “inalienable”:

¹¹⁸ Disponible en www.constitución1917.gob.mx.

En los casos a que se refieren los dos párrafos anteriores, el dominio de la Nación es inalienable e imprescriptible, y solo podrán hacerse concesiones por el Gobierno Federal a los particulares o sociedades civiles o comerciales constituidas conforme a las leyes mexicanas, con la condición de que se establezcan trabajos regulares para la explotación de los elementos de que se trata y se cumpla con los requisitos que prevengan las leyes¹¹⁹.

El segundo artículo más famoso de esta constitución, el 123, regulaba los Derechos del Trabajo. Fijaba la jornada laboral máxima en 8 horas; limitaba a un máximo de tres las horas extras legales por día; prohibía el trabajo infantil (menores de 12 años); fijaba un día de descanso semanal, blindaba el primer mes de baja por maternidad y los descansos en el trabajo en período de lactancia; estipulaba la necesidad de crear un salario mínimo; prohibía el pago de salarios en especie; cargaba en el lado del empresario los costes del seguro por accidente o enfermedad laboral; decretaba la igualdad de salarios para ambos sexos y cualesquiera nacionalidades; garantizaba el derecho a huelga y a sindicación; obligaba al empresario, ante el despido injustificado, a una indemnización de 3 meses de salario o a la readmisión inmediata (a elección del trabajador damnificado) y creaba unas Juntas de Conciliación y Arbitraje con capacidad para invalidar contratos de trabajo en caso de considerarse abusivos respecto a los derechos de los trabajadores. En suma, elevaba a rango constitucional –y al hacerlo ofrecía blindaje jurídico– el derecho laboral democrático.

Constitución de la República Socialista Federativa de los Soviets de Rusia (1918)¹²⁰

El artículo II de la Declaración de Derechos del Pueblo trabajador y explotado (redactada por Lenin e incluida como preámbulo de la primera Constitución¹²¹) establecía que el

¹¹⁹ La Comisión que propuso el articulado que fue finalmente aprobado justificaba este ante la Cámara en los siguientes términos: “Si se considera que todo esfuerzo, todo trabajo humano, va dirigido a la satisfacción de una necesidad; que la naturaleza ha establecido una relación constante entre los actos y sus resultados, y que, cuando se rompe invariablemente esa relación se hace imposible la vida, fuerza será convenir en que **la propiedad es un derecho natural**, supuesto que la apropiación de las cosas para sacar de ellas los elementos necesarios para la conservación de la vida, es indispensable (...). Claro está que **el ejercicio del derecho de propiedad no es absoluto**, y que así como en el pasado ha sufrido modalidades, es susceptible de admitir otras en el porvenir, basadas en el deber que tiene el Estado de conservar la libertad igual de todos los asociados; deber que no podía cumplir sin el derecho correlativo” (véase el Diario de sesiones del 16 de enero de 1917, en la selección de “Debates Notables” realizada con motivo del centenario de la Constitución en 2017 por el Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, disponible en www.constitucion1917.gob.mx, subrayado nuestro). Es igualmente interesante considerar cómo el diputado Francisco José Múgica argumentaba sobre la ilegitimidad de gran parte de la propiedad existente en el momento en que discutía la Comisión: “Es bien sabido que **el origen de nuestras propiedades es enteramente falso**, como si dijéramos, porque tanto los naturales como los mestizos, que poco a poco se fueron posesionando de la propiedad territorial de la nación después de la conquista, no tenían más título para proceder que el consentimiento de los reyes de España, que les deban como una merced, porque no tenía necesidad de disponer de aquellos terrenos la corona de España. (...) ¿Y vamos a dejar eso de esa manera, nada más porque la ley lo permite? ¿Vamos a consentirlo? Entonces, ¡maldita la revolución, mil veces maldita, si fuésemos a consentir en esa injusticia! (Aplausos)” (p. 53. Subrayado nuestro).

¹²⁰ Disponible online en <https://octubre1917.net/2016/12/23/constitucion-rsfsr-1918/>. A pesar de que en ocasiones no se incluye esta constitución en la generación de constituciones sociales de entreguerras, sigo en esto a A. Domènech, G. Pisarello y C. M. Herrera, por el interés que tiene para nuestra breve historia del socialismo. Es significativo que esta constitución no mencionase los partidos políticos e incluso constitucionalizase la idea de que el poder del Estado tenía que desaparecer en la sociedad socialista. Por primera vez en Rusia se estableció el sufragio universal (masculino y femenino) en el artículo 64 del capítulo XIII (para entonces el sufragio universal completo solo existía en Nueva Zelanda, Australia, Finlandia y Noruega).

¹²¹ A finales de 1899 Lenin escribió un artículo con fuertes resonancias republicanas donde justificaba la necesidad de una Constitución: “¿Qué entendemos por el derrocamiento de la autocracia? Significa la

objetivo básico de la Asamblea Constituyente era “la abolición de toda explotación del hombre por el hombre, la completa supresión de la división de la sociedad en clases, el aplastamiento implacable de la resistencia de los explotadores, el establecimiento de una organización socialista de la sociedad y la victoria del socialismo **en todos los países**” (subrayado nuestro). Para ello, en relación con los derechos de propiedad, esta constitución establecía:

- a) Con el fin de realizar la socialización de la tierra, queda anulada la propiedad individual sobre la tierra y todas las propiedades rústicas son declaradas del dominio público y transferidas sin indemnización a las masas trabajadoras, sobre la base de igualdad en el usufructo de la tierra.
- b) Todas las aguas y bosques, suelo y subsuelo, que ofrezcan interés público, así como el material y herramientas, el ganado, las granjas modelos y las explotaciones agrícolas, son declarados bienes públicos.
- c) Con objeto de asegurar el Poder de los trabajadores sobre los explotadores, quedan ratificadas las leyes de Inspección Obrera y la Ley del Consejo Superior de la Economía Nacional, como primeros pasos hacia la transferencia de las fábricas, industrias, minas y ferrocarriles y otros medios de la producción y de transporte, en plena propiedad, a la República obrera y campesina de los Soviets.
- d) El III Congreso de los Soviets de Rusia considera la ley de los Soviets relativa a la anulación de préstamos negociados por los gobiernos del zar, de propietarios y de la burguesía, como el primer golpe dado al capitalismo financiero internacional y expresa la esperanza de que el Poder de los Soviets avanzará resueltamente en este camino hasta la victoria completa de la revolución obrera internacional contra el yugo del capital.
- e) El Congreso ratifica la nacionalización de los bancos en provecho del Gobierno obrero y campesino como una de las condiciones de la liberación de las masas del yugo del capital.

Al margen de que otros países no optaran por un modelo de economía estatalizada al estilo soviético, sin duda la experiencia bolchevique tuvo una influencia descomunal sobre el resto del continente.

Constitución del Reich alemán (1919)¹²²

La carta magna de la República de Weimar es otro de los grandes textos constitucionales del período de entreguerras. Fue la primera que dio reconocimiento constitucional a lo que hoy denominamos “derechos sociales” más allá de los “derechos de los trabajadores” reconocidos en las dos precedentes (esto es: sanidad, educación, subsistencia, vivienda, etc., Herrera, 2019: 450). Su artículo 153 concebía, respecto a la cuestión de la propiedad, el derecho de expropiación por motivo de interés público con indemnización; y recogía la famosa sentencia que regula la función social de aquella: “**la propiedad obliga**. Su uso ha de constituir al mismo tiempo un servicio para el bien general” (subrayado nuestro).

renuncia del zar a ejercer un poder ilimitado: el otorgamiento al pueblo del derecho a elegir sus representantes para la elaboración de las leyes, para vigilar las actividades de los funcionarios, para vigilar la percepción y la utilización de los medios financieros del Estado. Esa forma de gobierno, en la cual el pueblo participa en la legislación y en la administración, se llama forma *constitucional* de gobierno” (Lenin, 1899: 264).

¹²² Sigo la traducción de “Textos constitucionales españoles y extranjeros” (1930), Zaragoza: Athenaeum.

La constitución daba al poder público la capacidad de planificar sobre los sectores estratégicos de la economía en bien del interés general mediante nacionalizaciones o creación de cooperativas. En relación con esta planificación el artículo 156 rezaba así:

El Imperio puede, mediante ley, a reserva de indemnizar, y con aplicación por analogía de las disposiciones sobre expropiación, traer al dominio público las empresas económicas privadas susceptibles de socialización (...). En caso de urgente necesidad, puede también el Imperio federar por medio de una ley empresas y asociaciones económicas, con el propósito de asegurar la colaboración de todos los elementos productores, interesar en la administración a patronos y obreros y regular la producción, creación, distribución, consumo y tasa de precios, así como la importación y exportación de bienes con arreglo a principios socializadores de una economía colectiva. Las cooperativas de producción y consumo y sus federaciones serán incorporadas, cuando lo deseen, a la economía colectiva, teniendo en cuenta su constitución y naturaleza particular.

El artículo 155 regulaba los derechos de vivienda:

El reparto y utilización del suelo serán vigilados por el Estado en forma que se impida el abuso y se tienda a proporcionar a todo alemán una morada sana y a todas las familias alemanas, especialmente a las de numerosa prole, una morada y un patrimonio económico que responda a sus necesidades (...). El incremento de valor del suelo que se obtenga sin emplear trabajo o capital en el mismo, quedará a beneficio de la comunidad.

Asimismo, el artículo 162 recogía el espíritu internacionalista de las fuerzas socialistas que colaboraron en su redacción “El Imperio luchará por obtener una reglamentación internacional de las relaciones jurídicas de los trabajadores, con objeto de asegurar a toda la clase obrera de la humanidad, un mínimo general de derechos sociales”. Finalmente, el artículo 165, redactado por el jurista socialdemócrata y padre del Derecho del Trabajo Hugo Sinzheimer, blindaba los mecanismos de democratización de la economía con la creación de los Consejos obreros, la verdadera novedad jurídica de esta carta:

Los obreros y empleados serán llamados a colaborar, al lado de los patronos y con igualdad de derechos, en la reglamentación de las condiciones de la retribución y el trabajo, así como en todo el desenvolvimiento económico de las fuerzas productivas. Quedan reconocidas las agrupaciones de ambas clases y sus federaciones. Para defensa de sus intereses sociales y económicos, tendrán los obreros y empleados representaciones legales en Consejos obreros de empresa (*Betriebsarbeiterräten*) así como en Consejos de obreros de distrito agrupados por regiones económicas, y en el Consejo obrero del Imperio (*Reichsarbeiterrat*).

Constitución española republicana de 1931¹²³

La Constitución de la II República española fue un vástago más de esta generación. El artículo primero reconocía que “España es una República democrática de trabajadores de toda clase, que se organiza en régimen de Libertad y de Justicia. Los poderes de todos sus órganos emanan del pueblo”. Su artículo 44 regulaba así los derechos de propiedad:

Toda la riqueza del país, sea quien fuere su dueño, está subordinada a los intereses de la economía nacional y afecta al sostenimiento de las cargas públicas, con arreglo a la Constitución y a las leyes.

La propiedad de toda clase de bienes podrá ser objeto de expropiación forzosa por causa de utilidad social mediante adecuada indemnización, a menos que disponga otra cosa una ley aprobada por los votos de la mayoría absoluta de las Cortes.

Con los mismos requisitos la propiedad podrá ser socializada.

¹²³ Disponible online en www.congreso.es.

Los servicios públicos y las explotaciones que afecten al interés común pueden ser nacionalizados en los casos en que la necesidad social así lo exija.

El Estado podrá intervenir por ley la explotación y coordinación de industrias y empresas cuando así lo exigieran la racionalización de la producción y los intereses de la economía nacional.

En ningún caso se impondrá la pena de confiscación de bienes¹²⁴.

Finalmente, el artículo 46 reconocía los Derechos del Trabajo:

El trabajo, en sus diversas formas, es una obligación social, y gozará de la protección de las leyes.

La República asegurará a todo trabajador las condiciones necesarias de una existencia digna. Su legislación social regulará: los casos de seguro de enfermedad, accidente, paro forzoso, vejez, invalidez y muerte; el trabajo de las mujeres y de los jóvenes y especialmente la protección a la maternidad; la jornada de trabajo y el salario mínimo y familiar; las vacaciones anuales remuneradas; las condiciones del obrero español en el extranjero; las instituciones de cooperación; la relación

¹²⁴ En el debate que tuvo lugar en la Cámara legislativa, a raíz del texto finalmente propuesto por la Comisión Constitucional que presidía Luis Jiménez de Asúa, el diputado socialista Jerónimo Bugeda (posteriormente expulsado del PSOE junto a los seguidores de Juan Negrín) tuvo que aclarar que el artículo 44 “no es un artículo socialista; es la transacción de la mayoría de los partidos que integran esta Comisión (...) nosotros no hemos querido llevar a la Constitución principios puramente socialistas; pero si hemos querido dejar en ella consignada la esencia viva, la savia que permita más tarde fecundar un nuevo régimen jurídico y económico en el cual puedan tener desenvolvimiento todas nuestras doctrinas”. De cara a justificar que la Nación es la depositaria en último término de las “fuentes naturales de la riqueza sita en España”, Bugeda apelaba al artículo 47 de la Constitución de Querétaro (pero también la de Alemania, Serbia, Chile o Perú), y recurría igualmente a un cambio inapelable en el curso histórico como era la crisis de la concepción “individualista” de la propiedad, el ascenso del proletariado y sus demandas e, incluso – mostrando con ello que se trataba de un fenómeno ampliamente compartido en el espectro político– el auge de la doctrina social de la Iglesia (véase Diario de sesiones, 6 de octubre de 1931, disponible en www.congreso.es, pp. 1433). El texto original era de hecho mucho más ambicioso que el finalmente aprobado, e incluía una fórmula que suscitó un amplio debate: “El Estado, que reconoce actualmente la propiedad privada en razón directa de la función útil que en ella desempeña el propietario, procederá de un modo gradual a su socialización en la medida que determinen las leyes”. La idea de la socialización gradual fue catalogada de “coercitiva” y “corporativista” por sus críticos (con el argumento de que defendía los intereses de una clase sobre los intereses generales de la patria) y fue eliminada finalmente de la redacción final. Sin embargo, en el curso del debate, se pudo apreciar que la concepción de la propiedad de las distintas fuerzas parlamentarias no distaba tanto como se pensaría a primera vista: incluso en los votos particulares, se reconocía la “función social” de la propiedad, que la propiedad privada no es absoluta y está sometida a criterios de utilidad pública y que el Estado puede expropiar (con indemnización o no) cuando aquellos no concurren. El diputado de la derecha José María Gil-Robles argumentó en los siguientes términos: “tengo que mantener como esencial el principio de propiedad privada; la propiedad privada **consagrada como derecho natural**, ya que ella facilita al hombre los elementos necesarios para la realización, para el cumplimiento completo de su fin; una propiedad privada organizada, por lo menos en parte, individualmente, porque solo con esa organización es posible que se de ese interés concretado de la propiedad, que es el verdadero motor de todas las actividades y de todos los progresos”. Pero aclaraba que al sostener eso “estamos muy lejos de decir que la propiedad es **un derecho absoluto**” (p. 1441, subrayado nuestro), en línea con las palabras del diputado Ossorio y Gallardo: “Aquel concepto del Código de Napoleón de que la propiedad es el derecho de usar y disfrutar de los bienes de la manera más absoluta, difícilmente lo sostendrían hoy jurista ni sociólogo alguno” (p.1446). Julián Besteiro, a la sazón presidente de la Cámara, trató de defender la formulación inicialmente propuesta separándola del modelo soviético: “No pensemos ni tengamos la obsesión del socialismo de Estado, que, con todos sus medios de coacción, fuerce a los ciudadanos a adoptar una forma determinada de propiedad: ese socialismo no es el nuestro. Nosotros reconocemos, no que la estatización, sino que la socialización, en general, tiene diversas formas y sigue distintos caminos” (p.1444). El presidente del gobierno Alcalá Zamora intervino para cerrar el debate y lo hizo recogiendo el espíritu de limitar los derechos de propiedad, esta vez expresado explícitamente en un lenguaje fiduciario: “tuve la decisión de consignar que la propiedad es una empresa, que el propietario es solo un gerente y que por causas de utilidad social el gerente puede ser removido y la empresa puede ser transformada” (p. 1452).

económico-jurídica de los factores que integran la producción; la participación de los obreros en la dirección, la administración y los beneficios de las empresas, y todo cuanto afecte a la defensa de los trabajadores.

Conclusión

Al mismo tiempo que el movimiento obrero europeo se escindía de forma casi irreparable en diferentes corrientes mortalmente enemistadas, disfrutaba de sus horas álgidas en términos organizativos y de conquistas sociales, consiguiendo alcanzar el suficiente poder político como para imponer toda una serie de legislaciones cuyo mejor espíritu queda recogido en las constituciones sociales del período de entreguerras que hemos analizado aquí. Como tendremos ocasión de ver (epígrafe 2.5.), esto sentaría un precedente importante para el futuro Pacto Social de posguerra, y al mismo tiempo pondrá sobre la mesa los déficits democráticos de este. Thompson no había nacido o era todavía demasiado joven cuando estos desarrollos jurídicos tuvieron lugar, pero su socialismo se embebió totalmente de los principios democráticos de este socialismo¹²⁵.

2.2.3. Fascismo y antifascismo en los años 30: la estrategia frentepopulista

Tomamos el juramento solemne de permanecer unidos para desarmar y disolver las asociaciones facciosas, para defender y desarrollar las libertades democráticas y para garantizar la paz humana

(Pancarta popular en la celebración masiva del Día de la Bastilla de 1935)¹²⁶

En junio de 1934 ocurrió algo totalmente inesperado y, de hecho, poco bienvenido en un primer momento por la dirección del Partido Comunista de la Unión Soviética. Tras los disturbios callejeros protagonizados por las organizaciones de extrema derecha francesa el 6 de febrero de 1934, el gobierno de Daladier se vio obligado a dimitir. Seis días más tarde, en una manifestación convocada por el partido socialista (SFIO) y por el partido comunista (PCF), los militantes deciden dejar de marchar separados y se mezclan en una sola comitiva. En plena época de la doctrina del social-fascismo, esto representaba toda una herejía. En torno a esas fechas, Stalin se fue haciendo consciente de que una alianza con Francia mejoraría las defensas soviéticas ante el poder creciente del nazismo. En mayo de ese mismo año, el *Pravda* publica un artículo donde habla favorablemente de una alianza entre comunistas y socialistas en Francia. Un mes más tarde, el PCF propuso en Ivry un “frente unido antifascista” con el Partido Socialista Francés. En octubre el PCF empieza a considerar una alianza todavía más amplia que la ya vieja del “Frente único”, apostando por incluir al Partido Radical en la alianza. Maurice Thorez llegó incluso a ofrecer *la main tendue* a la Iglesia Católica. En mayo de 1935, Stalin consigue firmar un pacto de alianza con Francia (Lanneret, 2007).

Los eventos franceses dieron forma a la estrategia del Frente Popular y tuvieron repercusiones en otros países, como Italia, que siguieron su ejemplo en agosto del mismo año. Recordemos que desde 1928 hasta 1933 los partidos socialistas eran considerados

¹²⁵ Para las opiniones de Thompson sobre el papel del Derecho y la pertinencia o no de una constitución escrita para Gran Bretaña véase el apartado 4.2.1. en esta tesis.

¹²⁶ Extraído del documental sobre la celebración del Día de la Bastilla en 1935, Fondo Audiovisual del Partido Comunista Francés. Disponible online: <https://www.cinearchives.org/Catalogue-d-exploitation-494-639-0-0.html>. Agradezco a Yannick Bosc esta referencia.

“social-fascistas” por los miembros de la III Internacional, y que toda una década de luchas intestinas y malas relaciones había enturbiado cualquier posibilidad de acuerdo generando el conocido “abismo infranqueable”. El auge del fascismo cambiaría radicalmente esto: la llegada de Hitler al poder en 1933 marcó el fin de la campaña contra la socialdemocracia y la vuelta a la idea del “Frente único”. Pero sería la Francia de Blum la que dio el primer ejemplo no solo de cómo se podían superar las viejas divisiones del movimiento obrero, sino también de cómo se podía crear una alianza amplia que aunase a liberales y radicales en un mismo frente con socialistas y comunistas. Esta era la gran diferencia entre la estrategia del “frente único” y la del “frente popular”. En base a la exitosa experiencia francesa, el séptimo congreso de la Komintern de 1935 replanteó totalmente su estrategia internacional.

Cambiar radicalmente de estrategia era una cuestión urgente. La política anterior de la Komintern enfrentaba una cuenta de espantosos resultados. En 1933 el Partido Comunista Alemán (KPD) estaba en el exilio o represaliado, el italiano en las cárceles, el francés contaba con tan solo 28.000 afiliados y 12 diputados, el español no despegaría hasta la Guerra Civil, etc. Tan solo en la URSS los comunistas eran una fuerza dominante (Hobsbawm, 1985: 239).

Es necesario recordar que para entonces la Komintern no era un órgano monolítico al servicio absoluto de Stalin y que estos cambios estratégicos se veían precedidos de intensos debates y confrontaciones internas. La Komintern puede verse como “una organización confundida bajo enormes presiones y desgarrada por complejas disputas y discusiones” (Graham y Preston, 1987: 2). A grandes rasgos, se podían diferenciar dos grandes corrientes en su seno: los defensores de una línea dura, como Bela Kun, que clamaban por aplastar la herejía socialdemócrata (la política de “clase contra clase”) y los “realistas” como Manuilsky que argumentaban que frente a la agresión fascista los comunistas debían buscar aliados en sus compañeros de izquierdas. En estos debates fueron ganando peso los realistas como Palmiro Togliatti (exiliado en Moscú por el fascismo de Mussolini) y, sobre todo, Georgi Dimitrov, que acababa de ser absuelto de todos los cargos por el *Reichstag* (Dimitrov fue uno de los acusados por el famoso incendio del *Reichstag*), y que, gracias a una elaborada y épica autodefensa en su juicio, se había convertido en símbolo de lucha antifascista. El cambio de estrategia no fue asunto fácil. El historiador Jonathan Haslam ha probado cómo los asuntos domésticos de los años 30 en la Unión Soviética (recordemos, los peores años del Terror) y los asuntos externos (diplomacia Litvinov y la Komintern) estuvieran estrechamente ligados. Stalin estaba molesto con la Komintern porque había fallado en su misión de aumentar la seguridad soviética lanzando procesos revolucionarios en otros países. La propia Komintern se vio totalmente indefensa frente a las purgas: estaba compuesta mayoritariamente de extranjeros, y el NKVD se refería a ella como “un nido de espías”. Pronto empezó a desaparecer gente de sus oficinas y se convirtió en algo habitual que cuando uno de sus trabajadores volvía del extranjero, y trataba de contactar con otro colega del órgano, se le contestaba con la famosa frase: “esa persona no está” (*takovo u nas nyet*) (Haslam, 1987: 154-156).

A pesar de estas dificultades, el cambio se impuso. En 1934, Dimitrov fue elegido secretario general de la Komintern y en 1935 conseguiría aprobar la nueva línea. En un célebre documento titulado *La ofensiva del fascismo y las tareas de la Internacional en la lucha por la unidad de la clase obrera contra el fascismo* sostuvo las razones para ello. Según Dimitrov una de las causas del auge del fascismo fue la doctrina de los dos mundos de la socialdemocracia ortodoxa:

El fascismo también alcanzó el poder porque el proletariado se encontró aislado de sus aliados naturales. El fascismo alcanzó el poder porque fue capaz de conquistar a grandes masas del campesinado, debido al hecho de que los socialdemócratas en nombre de la clase trabajadora siguieron lo que en realidad era una política anticampesina (Dimitrov, 1935).

En esa valoración, Dimitrov realizaría un breve ejercicio de autocrítica pública (extraño fenómeno en la tradición estalinista):

No podemos evitar referirnos también a una serie de errores cometidos por los partidos comunistas, errores que obstaculizaron nuestra lucha contra el fascismo (...). Nuestros camaradas en Alemania durante mucho tiempo no tuvieron en cuenta plenamente los sentimientos nacionales heridos y la indignación de las masas contra el Tratado de Versalles; trataban como de poca importancia las vacilaciones del campesinado y la pequeña burguesía (...). En varios países, el desarrollo necesario de una lucha masiva contra el fascismo fue reemplazado por debates estériles sobre la naturaleza del fascismo “en general” y por una actitud sectaria estrecha en la formulación y resolución de las tareas políticas inmediatas del Partido (Dimitrov, 1935)¹²⁷.

Para reducir las reticencias de los socialdemócratas a la colaboración, Dimitrov aseguraba: “en los países capitalistas defendemos y seguiremos defendiendo cada centímetro de las libertades democráticas burguesas, que están siendo atacadas por el fascismo y la reacción burguesa, porque los intereses de la lucha de clases del proletariado así lo dictan” (Dimitrov, 1935). La propuesta, además, estaba lejos de ser una simple alianza de partidos. Dimitrov aspiraba a desbordar el marco de las organizaciones obreras y llegar a los barrios, a las fábricas, a las aldeas, a las mujeres¹²⁸, porque “la acción conjunta de los trabajadores organizados es el comienzo, la base. Pero no debemos perder de vista el hecho de que las masas desorganizadas constituyen la gran mayoría de los trabajadores”. Esa movilización maximalista de base debía, allí donde fuera posible, impulsar gobiernos de coalición antifascistas, bajo la máxima de que estos no deberían

¹²⁷ Como veremos, el sectarismo fue una de las razones por las que Thompson abandonó el PCGB en 1956. Al margen de que ahora fuera criticado por Dimitrov por razones oportunistas, se puede entender por qué Thompson podía sentirse identificado con el comunismo internacionalista de estos años. El sectarismo se había vuelto, según Dimitrov, un “vicio profundamente arraigado” que debía ser extirpado de los partidos comunistas: “[queremos] poner fin a los últimos restos de los juguetes escolásticos con las cuestiones políticas serias (...) queremos elevar el nivel teórico mucho más, entrenar a nuestros partidos en el espíritu de un marxismo-leninismo vivo y no de un doctrinarismo fosilizado. Queremos erradicar de nuestras bases todo sectarismo autocomplaciente que sobre todo bloquea nuestro acceso a las masas”. Se trata de un texto lleno de contradicciones y tensiones internas, porque al mismo tiempo que propone la unidad programática y de acción con los socialdemócratas, y a la vez que critica el sectarismo histórico de los partidos comunistas, establece al final una condición *sine qua non* de la alianza con los socialdemócratas que sería el reconocimiento de la necesidad de derrocar revolucionariamente a la burguesía para instaurar un período de dictadura del proletariado a través de soviets y el modelo del “centralismo democrático” para todos los partidos obreros fusionados. Es decir, justamente las dos condiciones que en 1920 habían dividido a la recién creada III Internacional y que era altamente improbable que los socialdemócratas fueran a aceptar ahora.

¹²⁸ “Camaradas, el trabajo entre las mujeres –entre las trabajadoras, las mujeres desempleadas, las campesinas y las amas de casa– se ha subestimado no menos que el trabajo entre los jóvenes. Si bien el fascismo se impone sobre todo a la juventud, esclaviza a las mujeres con particular crueldad y cinismo, jugando con los sentimientos más íntimos de la madre, el ama de casa, la mujer soltera trabajadora, insegura de cómo será el mañana. (...) debemos encontrar una manera de movilizar a la masa de mujeres trabajando en torno a sus intereses y demandas vitales: en una lucha por sus demandas contra los altos precios, por salarios más altos sobre la base del principio de igualdad de remuneración por el mismo trabajo, contra los despidos masivos, contra toda manifestación de desigualdad en la condición de la mujer y contra la esclavitud fascista. Al tratar de atraer a las mujeres que trabajan en el movimiento revolucionario, no debemos temer formar organizaciones de mujeres separadas para este propósito, siempre que sea necesario. La noción preconcebida de que las organizaciones de mujeres bajo el liderazgo del partido comunista en los países capitalistas deberían ser abolidas como parte de la lucha contra el ‘separatismo de mujeres’ en el movimiento obrero, a menudo ha causado un gran daño” (Dimitrov, 1935).

ser meras “combinaciones parlamentarias” sino estar soportados por fuertes movilizaciones sociales.

Uno de los puntos llamativos del documento es que propugnaba diferentes estrategias según las circunstancias particulares de cada país. Esto era algo particularmente novedoso, teniendo en cuenta las líneas políticas anteriores de la Komintern, que habían sido criticadas por tratar de imponer un mismo modelo a contextos harto diferentes. Sin ir más lejos, en Gran Bretaña reconocía que el clamor popular era la formación de un nuevo gobierno laborista, renunciando a la improbable opción de un gobierno de mayoría comunista en un país en el que el partido comunista tenía escasos recursos políticos. Dimitrov justificaba así el punto:

El internacionalismo proletario debe, por así decirlo, “aclimatarse” en cada país para echar raíces profundas en su tierra natal (...). Los intereses de la lucha de clases del proletariado contra sus explotadores y opresores nativos no contradicen los intereses de un futuro libre y feliz de la nación. Por el contrario, la revolución socialista significará la salvación de la nación y le abrirá el camino hacia cumbres más elevadas. Por el hecho mismo de construir en la actualidad sus organizaciones de clase y consolidar sus posiciones, por el hecho mismo de defender los derechos y libertades democráticas contra el fascismo, por el hecho mismo de luchar por el derrocamiento del capitalismo, la clase obrera lucha por el futuro de la nación (Dimitrov, 1935).

En 1936 llegaron los primeros resultados electorales positivos de la nueva estrategia de la Komintern: un Frente Popular ganó las elecciones en Francia y otro en España. Pero en 1938 el gobierno de León Blum cayó y en 1939 el gobierno de la Segunda República española no resistió al golpe de Estado y a los tres años de cruenta guerra civil. Las razones de este fracaso son complejas. En Austria, Alemania o Italia la propuesta de unidad popular llegaba tarde, y además en los dos primeros países los partidos liberales habían abrazado el fascismo. En Francia, Blum apostó por contener las tensiones sociales, tratando de poner coto al movimiento obrero, sin saber leer que el fascismo y la extrema derecha se lanzarían a una guerra total no por el miedo a una revolución inminente (riesgo que no existía) sino para hacer retroceder las conquistas parciales del socialismo reformista que el propio Blum lideraba (Graham y Preston, 1987: 11-12; y el testimonio de M. Kalecki en Bellamy Foster, 2013). En España, entre otras importantes causas, pesó especialmente el retraso *sine die* de la reforma agraria que debilitó la base social de la República, así como las tensiones internas en el Frente Popular que estallaron en todas direcciones. Pero, sobra decirlo, la causa principal del fracaso del Frente Popular español no fue interna: un golpe de Estado preparado con años de antelación, y que aunó a los monárquicos, a la Iglesia, a algunos militares de alto rango y a la Falange, aniquiló la II República (pueden consultarse las contribuciones en Viñas, 2012).

Otra de las razones por las que fracasó la estrategia frentepopulista fue la incompatibilidad de objetivos entre los países en cuestión y la política exterior soviética. Cuando los franceses ganaron las elecciones, muchos trabajadores ocuparon las fábricas al estilo de Turín en los años veinte, y el Comisariado de Asuntos Exteriores de la URSS vio temblar el pacto franco-soviético (Francia era el único país occidental que había firmado un pacto así con la URSS) y temió que esto pudiera dar una excusa a los países aliados para atacarla. De tal manera que la prevalencia del interés geoestratégico de la URSS generó contradicciones internas en el movimiento comunista internacional: cuando León Blum trató de nacionalizar la banca y controlar las divisas, fueron los comunistas los que se lo impidieron para no poner en peligro el acuerdo franco-ruso¹²⁹. Al estallar la

¹²⁹ Stalin hacía gala de su circunspección: “el problema con el Partido Comunista de Francia es que Francia no tiene fronteras con Rusia” (citado Miliband, 1958: 42).

guerra civil española todo empeoró: el envío de armas soviéticas se condicionó a que la República renunciase a impulsar medidas socialistas, con el objetivo de no despertar más miedos de los poderes económicos ingleses (Graham y Preston, 1987: 16-17). Stalin estaba en un dilema, acusado por la Oposición de izquierdas de no hacer nada para ayudar y asistir a esos procesos revolucionarios, y acusado por los países occidentales de alimentar esos mismos procesos: fuera de su país se le acusaba de revolucionario, en su propio país se le acusaba de contrarrevolucionario. En todo momento, escogió lo que más beneficiaba a lo que él consideraba que era la seguridad de la Unión Soviética. Navegando las contradicciones y dificultades del período, la estrategia frentepopulista se vio súbitamente interrumpida con la firma del pacto germano-soviético el 25 de agosto de 1939. En ese momento, la unidad del movimiento obrero europeo volvió a saltar por los aires (Braunthal, 1980: 1).

Conclusión

El frentepopulismo fue una estrategia liderada por los comunistas que renovó las anquilosadas aguas del abismo infranqueable que había dividido al movimiento obrero europeo, proporcionando razones y argumentos para recuperar la unidad perdida¹³⁰. Sin embargo, la estrategia se vio en gran medida limitada por la dependencia de la tutela y los intereses geoestratégicos de la URSS, lo cual marcaría finalmente su derrota:

La política del Frente Popular se había abierto paso en la Komintern como resultado de una presión desde las bases. Fue aceptable para Stalin porque complementaba –o al menos eso parecía– los esfuerzos diplomáticos para contener la Alemania nazi (...). Demostró ser peligrosa para la política soviética cuando los rusos se movieron hacia el *condominium* con la Alemania nazi en 1939 y fue por tanto demolida de un plumazo. Se la revivió en junio de 1941 cuando el *condominium* se rompió con la invasión nazi de la URSS. No podía esperarse mucho de una política tan evidentemente hecha a la medida de los intereses del Estado soviético. Para que los partidos comunistas hubieran perseguido el Frente Popular con alguna credibilidad tendrían que haberse dissociado de la tutela soviética, y eso era algo que sencillamente no estaba sobre la mesa en los años 30 (Haslam, 1987: 159).

Existe, además, una conexión intrínseca entre la política exterior de la URSS controlando la política de los partidos comunistas, que aceptaba el capitalismo en los países occidentales (“socialismo en un solo país”), y la represión interna de la vieja guardia (procesos de Moscú) que no compartía esa visión. Las purgas fueron edulcoradas de puertas afuera como una cuestión de traición a la Revolución bolchevique, pero no se entendieron por parte de los trabajadores occidentales como lo que realmente eran: la necesidad imperiosa del estalinismo de deshacerse del socialismo revolucionario internacionalista que podía poner en peligro su política exterior conservadora (Abendroth, 1968: 122).

En todo caso, y a pesar de la magnitud de las contradicciones, el oportunismo y las derrotas, el frentepopulismo permitió ganar legitimidad a las fuerzas comunistas, y las líneas principales de esta estrategia (colaboración y liderazgo de los comunistas con todas las fuerzas antifascistas) continuarían durante los años de la Segunda Guerra Mundial, y se mostrarían como un elemento fundamental para la derrota del fascismo. Serían los años, precisamente, en los que Thompson pasaría a formar parte del PCGB.

¹³⁰ Arthur Rosenberg, por ejemplo, consideraba que la experiencia de las Brigadas Internacionales durante la Guerra Civil española revivía el tipo de solidaridades internacionales de la tradición de la democracia social revolucionaria anterior a 1848 (Rosenberg, 1966: 293).

2.2.4. “Otro tipo de comunismo”: del Frente Popular a los movimientos de Resistencia durante la guerra

La estrategia del Frente Popular fue, como hemos visto, una excepcionalidad en plena efervescencia del Terror estalinista, no exenta de contradicciones y motivos oportunistas pero, al mismo tiempo, había entroncado con la tradición de la democracia social al proporcionar razones y línea política para la movilización del *dêmos*. Su continuación vino determinada por la invasión alemana de Rusia el 22 de junio de 1941, que eliminó las últimas ilusiones de Stalin respecto a Hitler¹³¹.

Una vez ocurrió esto, el PCUS decidió reactivar la estrategia frentepopulista como la mejor manera de enfrentar al fascismo. La unidad de todo el antifascismo volvía a estar sobre la mesa. El 15 de mayo de 1943, Stalin decidió ir más lejos y disolvió la Komintern (sin consulta previa a las partes) para dar confianza a sus nuevos aliados: la Komintern siempre había sido considerada por los gobiernos occidentales (no sin cierta razón) como un instrumento controlado desde Moscú que tenía como objetivo la desestabilización y el derrocamiento de la burguesía en Occidente. Tan solo un año más tarde y en esta misma línea Stalin decidió también disolver el Partido Comunista de los Estados Unidos, que tardaría un año en recuperar su estatus de partido (Hobsbawm, 2015: 173).

El antifascismo durante la guerra fue una experiencia hasta cierto punto democratizadora en la que estuvo a punto de salvarse el “abismo infranqueable”. Una de las razones que se han aducido para ello es que el contexto bélico impidió el rígido control que solía ejercer el Kremlin sobre las cúpulas de los partidos comunistas occidentales, razón por la que, en el contexto de clandestinidad y resistencia, se forjó un comunismo internacionalista con fuertes raíces en las tradiciones nacionales propias (recordemos, esta era la línea que ya había propuesto Dimitrov). El cese de la Komintern en 1943 sería la expresión más simbólica de este fenómeno (Judt, 2017: 220). En palabras de Geoff Eley:

Los estilos de liderazgo estalinistas, incontestados por la guerra e incluso validados por la resistencia, se encontraban ahora ante un nuevo apoyo de masas formadas por las solidaridades igualitarias de la lucha partisana, masas cuyas esperanzas de cambio en la posguerra **hacían caso omiso de las encarnizadas divisiones de antes del conflicto**. La guerra también limitó el control práctico que podían ejercer los líderes de los partidos, ya fuera desde el exilio en Moscú o en el “interior”. Las peculiares circunstancias de la guerra formaron el espacio donde apareció **un tipo distinto de comunismo** que se basaba en la resistencia y en las tradiciones progresistas de cada sociedad (Eley, 2003: 288; subrayado nuestro).

Ya durante la guerra, en fecha tan temprana como la primavera de 1942, el Partido laborista inglés tomó la iniciativa (bajo la influencia del izquierdista Harold Laski) de enviar una delegación a Moscú con el simple objetivo de buscar un acuerdo que resolviera, en términos de Laski, la “firme y permanente unidad del movimiento obrero para siempre” (Braunthal, 1980: 5-6)¹³². En Francia un llamamiento oficial del CNR decía: “no hay ninguna diferencia en absoluto entre comunistas, socialistas, radicales, católicos y seguidores de Charles de Gaulle... solo hay franceses que luchan contra

¹³¹ Stalin había sido advertido con suficiente antelación de la ofensiva nazi sobre sus aeródromos. Sabía con cierta precisión cuál sería la magnitud del ataque porque su mejor espía, Leopold Von Trepper, director de la red de espionaje europea conocida como “La Orquesta roja”, había podido acceder a esa valiosa información. Preso de sus delirios, Stalin se negó a dar veracidad a los “pianistas” de Trepper, y sufrió un duro varapalo militar por ello. Una buena y amena explicación de esta anécdota puede encontrarse en la obra seminovela de Gilles Perrault, que consiguió localizar a Trepper y pudo conversar con él (Perrault, 2001).

¹³² La delegación tuvo que esperar a que concluyera la guerra, y en julio de 1946 el propio Laski la encabezó hasta Moscú donde Stalin, sin embargo, no hizo señal alguna mostrar interés.

Hitler” (citado en Eley, 2003: 285). El propio León Blum había sostenido en público, en su juicio ante las autoridades de Vichy:

La vieja oposición que había entre yo mismo y los comunistas ya no es relevante, la he borrado de mi memoria. Todo lo que importa ahora es que la Unión Soviética está participando en una lucha común y que el Partido Comunista [francés] está realizando heroicos sacrificios en la zona ocupada (citado en Braunthal, 1980: 7-8).

Los esfuerzos de entendimiento llegaron al mundo sindical. El 6 de febrero tuvo lugar en Londres la World Trade Union Conference que reunía a los principales representantes sindicales de cuño socialdemócrata y comunista. Este congreso dio lugar a la creación de la World Federation of Trade Unions que recompuso la unidad del movimiento sindical europeo (Braunthal, 1980: 12-13)¹³³.

Ideológicamente, las fuerzas antifascistas se cimentaban en valores republicanos y universalistas:

Los valores y aspiraciones compartidos de la Ilustración y de la era de las revoluciones: el progreso mediante la razón y la ciencia; la educación y el gobierno populares; el rechazo de las desigualdades por razón de nacimiento u origen; sociedades que miraban hacia el futuro y no hacia el pasado. (...) no carece de significado el hecho de que entidades políticas tan distantes de la democracia occidental (o de cualquier otro tipo) como la Etiopía de Mengistu, Somalia antes de la caída de Siad Barre, la Corea del Norte de Kim Il Sung, Argelia y la Alemania Oriental comunista se atribuyeran el título oficial de República Democrática o Democrática Popular. Es esta una etiqueta que los regímenes fascistas y autoritarios, y aun los conservadores del período de entreguerras, habrían rechazado con desdén (Hobsbawm, 2015: 180).

Mención aparte merecen los movimientos de liberación colonial, que no necesariamente se autoubicaban como antifascistas (de hecho, algunos mantuvieron contacto con los fascistas durante la guerra). Sin embargo, al final de la guerra, estos movimientos convergieron con el antifascismo europeo porque había sido precisamente la izquierda occidental quien había desarrollado la teoría y las políticas antiimperialistas que dieron apoyo a las luchas de liberación colonial. Los dirigentes de estos movimientos independentistas, por lo general educados al modo occidental, se sentían más cómodos en los entornos progresistas y demócratas europeos (Hobsbawm, 2015: 177)¹³⁴.

Encontramos aquí, ya plenamente desarrollado, ese “tipo de comunismo” – recuperando la expresión de Geoff Eley– en el que se formaría Thompson¹³⁵. Un frentepopulismo internacionalista que el historiador británico conocería no solo en su país natal, sino en la colaboración de los ejércitos aliados durante la guerra, cuando con tan solo 21 años combatió al mando de una compañía de cinco tanques en algunas batallas del frente italiano, entre ellas la de Montecassino (“The Liberation of Perugia” en

¹³³ Como veremos más adelante, esta unidad no se mantendría por mucho tiempo una vez estallase la Guerra Fría. En 1949 los líderes sindicales no vinculados al filosovietismo se escindieron para fundar la International Confederation of Free Trade Unions.

¹³⁴ Podemos recordar el caso del líder político indio Śrī Pandit Jawāharlāl Nehru, que se codeaba con el padre de Thompson e, incluso, en una de sus frecuentes visitas a la casa de los Thompson en Oxford, enseñó a un pequeño Edward a jugar al críquet (Thompson et al., 1984).

¹³⁵ Una advertencia se impone. Una cosa es el tipo de comunismo alternativo que, sostenemos, pudo revitalizarse estos años en un contexto en el que Moscú tenía menos capacidad para controlar a la militancia de base, y otra cosa es que los aparatos de partido y las direcciones de estos no intentasen *aumentar* el nivel de control y verticalidad en la toma de decisiones. Como ha recordado Paul Flewers, “fue la época de la campaña estalinista de calumnias y represión contra sus opositores de izquierda, desde las imprecaciones en Gran Bretaña ‘trata al trotskista como lo harías con un nazi’ hasta el asesinato real de trotskistas en Vietnam” (Flewers, 2017: 566).

Thompson, 1985: 183-204). Thompson había ingresado en el Partido Comunista de Gran Bretaña en 1942, antes de partir a la guerra y cuando todavía era estudiante de historia en Cambridge (Palmer, 2004: 69). En 1985, escribía sobre la pervivencia del frentepopulismo durante los años de la guerra y cómo esto moldeó (especialmente para los comunistas) unas expectativas para la posguerra. Merece la pena reproducir sus palabras *in extenso*:

Existía un estado de ánimo activamente democrático en toda Europa. Existía una sumisión del yo a un bien colectivo. Entonces, como ahora, había una útil alianza de resistencia al poder, un “frente popular” que no había sido desfigurado por la mala fe. Y había también un auténtico clima de internacionalismo que compartían los campesinos de los pueblos de la Umbría y los soldados de nuestros tanques. La división de Europa (de la cual hago responsables a los gobernantes de ambos lados) fue una traición de todo esto: de la democracia, del internacionalismo, del sacrificio personal. Convirtió esas famosas victorias en una pila de mierda. En 1944 toda Europa, desde los Urales hasta el Atlántico, estaba conmovida por una esperanza consensuada de una posguerra pacífica y democrática en el continente. Suponíamos que los viejos gánsteres del dinero, el privilegio y el militarismo se irían. La mayoría de nosotros supusimos que las naciones del Oeste y del Sur de Europa llevarían sus alianzas antifascistas hacia alguna suerte de sociedad socialista. La mayoría de nosotros (incluyendo a muchos comunistas de esos países) supusimos que las naciones del Este de Europa estarían gobernadas por alguna forma auténtica de frente popular socialista. Todos dábamos por supuesto que el pueblo de la Unión Soviética (ante cuyos sacrificios sin medida sentíamos humildad) y el pueblo del resto de Europa convivirían en el mismo continente de forma agradable como buenos vecinos. Era una retórica valiente, y la compramos, y algunos la compraron con sus vidas (“The Liberation of Perugia” en Thompson, 1985: 199-200).

Incluso veinte años más tarde de su amarga salida del PCGB Thompson defendería en una entrevista el papel que tuvieron las fuerzas comunistas en ese espíritu popular que descubrió en la guerra, que venía de años antes y que continuaría después. Y lo hacía en unos términos que tratan de deslindarse de la vaporosa etiqueta de “estalinismo”, recordando a ese “otro” tipo de comunismo al que aludimos aquí:

La Segunda Guerra Mundial fue un momento crítico de la civilización humana. (...) De modo que tuvimos este extraordinario momento formativo en el que era posible estar profundamente comprometido incluso con la vida misma, en defensa de una lucha política determinada que era al mismo tiempo una lucha popular; es decir, no tenías la impresión de estar de ningún modo aislado de los pueblos de Europa o del pueblo inglés. Supongo que efectivamente esto afectó el modo en que nos formamos. Yo fui desde luego muy activo en el Partido Comunista. Y lo seguí siendo hasta 1956. Esta no significaba que no tuviera muchas dudas interiores y también que no fuera culpable de recurrir a explicar casuísticamente lo que debería haber rechazado del carácter del estalinismo. Pero por otra parte no estoy dispuesto a aceptar la explicación trotskista de todo un pasado que deja de lado como “estalinistas” una fase entera de evolución histórica y todas las multiformes iniciativas populares, y las auténticas zonas de actividad y heroísmo. La dimensión popular de la actividad comunista, entonces y aún hoy en muchos casos, es de tal carácter que impide este tipo de intelectualización (Thompson, 1984b [1976]: 301).

Su testimonio nos pone sobre la pista del tipo de política que uno podía encontrar en el “frente popular” de esos años, que tenía poco que ver con el estalinismo rígido del partido que Thompson confrontaría en 1956, y se entendía más bien como un compromiso amplio con el internacionalismo en el particular contexto de resistencia y clandestinidad antifascistas:

En la Italia liberada daría vueltas por la ciudad, encontraría el local del herrero –el buey levantado en un montacargas para herrarlo–, me daría cuenta de los pósteres del PCI, me presentaría como camarada, y en un periquete me sentaría en un banco, cosa inapropiada con mi uniforme de oficial británico, degustando el vino del herrero. Era lo mismo con mis camaradas en la India, Iraq, Egipto. (...) Era igual también con nuestros camaradas americanos, que se regían por el mismo internacionalismo y optimismo. Se sucedieron en aquellos años un millón de transacciones y de

discursos informales, que nunca recuperarán los historiadores **y que desconocían los tercios organizadores del partido** (citado en Palmer, 2004: 67; subrayado nuestro).

Para Thompson, como para tantos otros intelectuales británicos, ser comunista en Reino Unido, lejos de suponer la subordinación del individuo a una ortodoxia doctrinal¹³⁶, significaba ante todo un compromiso con esa fraternidad internacionalista: “con la oposición antifascista en Europa, en las cárceles de Horthy, en los campos de concentración alemanes, en los calabozos búlgaros, en las prisiones italianas o acorralada en los últimos bastiones de la España republicana”. Su hermano el joven oficial Frank escribiría en una de sus cartas, comentando la enorme variedad de nacionalidades comprometidas en el antifascismo: “esta guerra está demostrando, más allá de cualquier intento de refutación, **la unidad de la Humanidad**” (Thompson, 1997a: 56-57, subrayado nuestro).

Esa experiencia política no terminaría con la guerra. Al acabar esta, Thompson y su pareja la historiadora Dorothy Towers colaboraron como voluntarios en la Brigada Juvenil Británica en 1946 en labores de reparación de posguerra para la Yugoslavia de Tito (en la Bosnia actual), construyendo una vía ferroviaria de 240 kilómetros que uniría Samac con Sarajevo. Dorothy recordaba así la experiencia:

Había fabianos, había comunistas. Vimos tantos buenos como malos trabajadores. (...) En su mayoría los trabajadores jóvenes eran de diferentes partes de Europa y todos trabajaban juntos, hacían fuego juntos en el campamento, cantaban canciones, gritaban, iban a reuniones (...) había un gran sentido de la cooperación internacional y desde luego un enorme sentido de esperanza. Nos levantábamos a las cinco y media, nos lavábamos con agua fría, luego salíamos a trabajar a la superficie de la roca a las seis en punto. Descansábamos a las ocho y media, tomábamos un sándwich de pan negro y aquella especie de mermelada de manzana, y algo de café de bellota, y luego seguíamos trabajando hasta el mediodía aproximadamente. Después, volvíamos y tomábamos la comida principal del día en el campamento, ya sabes, platos grandes de té, con legumbres y cosas. Por la tarde cada uno podía hacer lo que quisiera. De noche, hacíamos fuego en el campamento, había discursos políticos, cantábamos y bailábamos (citado en Palmer, 2004: 65).

Sobre la experiencia yugoslava Thompson escribiría:

Había contingentes de la mayor parte de los países europeos excepto, de modo significativo, de la Unión Soviética. Fue una experiencia estupenda. También en ese año fui a Bulgaria y conocí a partisanos que habían sobrevivido después de la extraordinaria marcha en que participó mi hermano. Ni por un momento se podía considerar la situación en términos de la imposición del dominio ruso sobre Bulgaria. También trabajé con un grupo de jóvenes construyendo una vía ferroviaria en Bulgaria, durante muy poco tiempo, y estaba convencido de la autenticidad del frente popular en aquel momento. (...) en esta etapa había comunistas, socialistas, grupos agrarios y de otros tipos que formaban una alianza y hablaban muy libremente de sus diferencias. Había una sensación de apertura (Thompson, 1984b [1976]: 303-304)¹³⁷.

¹³⁶ Las contradicciones y tensiones internas del PCGB entre el estalinismo y el internacionalismo democrático son analizadas en el apartado 3.2.4. de esta tesis.

¹³⁷ El impacto que tuvo esta experiencia sobre el joven Edward queda reflejado en una carta enviada a su amigo Fred en 1948: “Pasé un tiempo increíble en Bulgaria y Yugoslavia (...) y he regresado con los viejos fuegos reavivados por los fuegos domésticos de la revolución. Lo que están haciendo allí simplemente no se puede ni describir, y el espíritu de la gente era algo que había imaginado cuando soñaba despierto, pero que era mejor que la imaginación cuando se lo veía en la realidad” (Thompson, 1948). El recuerdo no recoge los momentos amargos. Una curiosa anécdota apareció en el *Daily Mirror* en septiembre de 1947: una banda de italianos liderada por una mujer rubia platino que llevaba puños americanos asaltó en Trieste a Dorothy Towers y la desnudó en mitad de la calle, mientras ella gritaba “¡Soy británica!” sin que nadie la hiciera caso. Dorothy estaba volviendo de Yugoslavia a Gran Bretaña junto a Edward. Ambos llevaban

Conclusión

En este apartado hemos abordado cómo la estrategia frentepopulista fue continuada en los años de la Segunda Guerra Mundial y después, abriendo una serie de cursos políticos que, por las restricciones objetivas propias de todo contexto bélico, hacían menos fácil que Moscú pudiera controlar a los partidos de la III internacional. Se generó así “otro tipo de comunismo” que sería precisamente aquel en el que se socializó políticamente Thompson, tanto en sus años como oficial del ejército británico como en sus labores como voluntario reconstruyendo vías ferroviarias en Yugoslavia y Bulgaria¹³⁸. Un comunismo cuyo principal eje de rotación era el internacionalismo como herramienta contra la amenaza del fascismo, que incentivaba de forma más o menos generosa la iniciativa popular más allá de los partidos políticos, que buscaba las alianzas políticas amplias en todo el *dêmos* (campesinos, mujeres, clases medias, sujetos colonialmente oprimidos, etc.) y que, como vino impulsado en muchas ocasiones por las fuerzas de la III Internacional, se vio reforzado por los triunfos de la Unión Soviética durante la guerra.

Aquí terminan los prolegómenos de nuestra historia. Es el momento ahora de ocuparnos del objeto que desataba nuestras preguntas al comienzo del presente capítulo: el Espíritu del 45.

2.3. EL MOMENTUM DEMOCRÁTICO: ¿QUÉ FUE EL ESPÍRITU DEL 45?

La Europa recién salida de la guerra presentaba un panorama desolador. Muchas capitales, pueblos y aldeas habían sido arrasadas por los bombardeos de ambos bandos; en muchos países las vías férreas habían sido destruidas; los presupuestos públicos esquilados por el esfuerzo bélico; las fábricas arrasadas, los bosques derribados y las viviendas en ruinas¹³⁹. Pero el mayor daño había sido la pérdida de vidas humanas: se calcula que, solo en Europa, entre 1939 y 1945 cerca de 36 millones y medio de personas murieron por causas relacionadas con la guerra, más de la mitad eran población civil. La peor parte de la guerra se la llevó, sin duda, la Unión Soviética: 70.000 pueblos, 1.700 ciudades, 32.000 fábricas y casi 65.000 kilómetros de vía férrea fueron destruidos, por no hablar de los 16 millones de civiles y los 8 millones de militares muertos (Judt, 2017: 40-41).

Los últimos años de la guerra fueron los más destructivos. Desde los bombardeos aliados –cuando Churchill ordenaba a la Royal Air Force que concentrase sus bombas en los barrios de clase trabajadora que tenían mayor densidad de población por metro cuadrado, de tal manera que se aprovechara más la eficacia mortífera de las bombas

una chapa con la insignia yugoslava, lo cual propició el asalto de los italianos (véase National Archives, KV-2-4290, 15A).

¹³⁸ La influencia del hermano aquí es evidente. Que para Frank Thompson el comunismo consistía básicamente en un compromiso inexorable con el antifascismo (y no tanto en una ortodoxia rígida a la que subordinar la voluntad individual) se ve claro en el hecho de que, enterado del pacto germano-soviético de no agresión entre Hitler y Stalin, corrió a presentarse voluntario para el servicio militar cuando se declaró la guerra entre Inglaterra y Alemania (Palmer, 2004: 60).

¹³⁹ La cifra de viviendas destruidas en algunos países era terrorífica: Alemania 40%, Reino Unido 30%, Francia 20%. Las principales afectadas fueron las grandes ciudades donde más se bombardeó, algunas salieron muy tocadas (Londres) y otras directamente desaparecieron bajo las bombas (Varsovia) (véase Judt, 2017: 133).

(Sánchez Durá, 2006)– hasta el avance del Ejército rojo hacia Berlín, cuando los hospitales de Viena o Berlín contabilizaron cerca de 90.000 mujeres violadas¹⁴⁰.

Si uno considera el estado general de los países europeos tras la guerra, no era precisamente halagüeño para la mayoría de la población. Y, sin embargo, la derrota del fascismo provocó la emergencia de un entusiasmo político popular sin precedentes, una erupción de energía colectiva que transformaría de arriba abajo el diseño institucional y la cultura política del continente. Esta fue la esencia del Espíritu del 45. En este epígrafe analizaremos en detalle cómo se *materializó* realmente esa expresión a primera vista tan vaporosa. Mostraremos algunos testimonios de época que prueban la existencia de las enormes expectativas de posguerra y repasaremos la política nacional de algunos países europeos para ver la configuración y plasmación político-institucional de dichas expectativas y movilizaciones populares.

2.3.1. La oportunidad al alcance de la mano. Testimonios de época

Existen variados testimonios sobre la existencia de un amplio sentir popular deseoso de transformar profundamente ese capitalismo desembridado que había conducido a la larga depresión de los años 30: al desempleo, a la inflación, al hambre, al fascismo y a la guerra. En lo que sigue hemos seleccionado algunos de ellos por la importancia de las personalidades, que nos permitirá hablar de una cierta “conciencia progresista” que saludó las expectativas de cambio, pero también de una “conciencia conservadora/reaccionaria” temerosa de sus implicaciones.

Escuchemos, en primer lugar, a Karl Mannheim, el gran sociólogo húngaro, que escribió:

Ahora todos sabemos que a raíz de esta guerra no es posible retornar a un orden social de *laissez-faire*, que una guerra como esta genera una revolución silenciosa que prepara el camino para un nuevo tipo de orden planificado (citado en Judt, 2017: 105)¹⁴¹.

Manfred Kossok, el historiador alemán, se expresaba:

Aquellos años fueron los años de las grandes esperanzas, de las visiones, de las utopías –fin del imperialismo en 10 o 20 años, liberación de todos los pueblos, bienestar universal, paz eterna– y fueron años de ilusiones heroicas: el socialismo real como el mejor de todos los mundos (“La cuestión alemana”, versión mecanografiada de la conferencia, citado en Fontana, 2016).

El socialista francés André Philip, futuro ministro de Economía en el gobierno de posguerra, lo describía de la siguiente manera:

Todo puede hacerse en el primer año después de la liberación... Lo que no se haga en el primer año no se hará nunca, porque para entonces ya se habrán restaurado los viejos hábitos (Eley, 2003: 297).

¹⁴⁰ Ante las quejas que planteó Milovan Djilas a Stalin por el asunto, este respondió: “¿Pero es que Djilas, un escritor, no sabe lo que es el sufrimiento y el corazón humano? ¿No puede comprender que un soldado que ha pasado por la sangre, el fuego y la muerte, pase un buen rato con una mujer o se lleve alguna cosilla?” (citado en Judt, 2017: 44). Las agresiones sexuales eran tan frecuentes que entre los niños se jugaba al “Frau, komm mit!” (¡Mujer, ven conmigo!) un juego en el que los niños interpretaban el rol de soldados y las niñas el de mujeres violadas (citado en Bilbao, 2012).

¹⁴¹ Ya en 1935 Mannheim había escrito: “la raíz última de todos los conflictos en la presente época de crisis puede encerrarse en una simple fórmula. Arranca en toda la línea de tensiones que surgen del actuar conjunto e irreductible del principio del *laissez-faire* y del nuevo principio de la regulación” (Mannheim, 1958: 12).

León Blum escribiría en 1945, recién liberado del campo de concentración en el que estuvo preso:

El socialismo se aproxima a su victoria final. El sistema al que se ha opuesto constantemente está desmoronándose en ruinas y, donde quiera que sobreviva, ha perdido la fe en sí mismo. Los hombres y los partidos que se contaban entre los más intransigentes opositores al socialismo ahora adoptan sus ideas y principios. Ya sea de forma deliberada o de cualquier otra forma, la sociedad se reconstruirá sobre fundamentos socialistas (citado en Braunthal, 1980: 26).

Pietro Nenni, líder socialista italiano, había defendido en un discurso en septiembre de 1944:

El socialismo ya no es más una cuestión de propaganda en Italia, de ese sol que brilla en el futuro del que nos hablaba Garibaldi, sino que el socialismo es la problemática de hoy día en su sentido más concreto y positivo (citado en Braunthal, 1980: 54).

El economista polaco M. Kalecki escribió en 1944:

Ahora bien, debe reconocerse que la etapa en que los “líderes empresariales” podían oponerse a cualquier clase de intervenciones gubernamentales tendientes a aliviar una depresión es cosa del pasado. Tres factores han contribuido a esto: a) el verdadero pleno empleo durante esta guerra; b) el desarrollo de la doctrina económica del pleno empleo y c) en parte como resultado de estos dos factores, el lema “nunca más desempleo” está profundamente arraigado ahora en la conciencia de las masas. Esta posición se refleja en los pronunciamientos recientes de los “capitanes de industria” y sus expertos. Se acepta la necesidad de “hacer algo en la depresión”; pero la pelea continúa, primero, en cuanto a “lo que debe hacerse en la depresión” (es decir, cuál debe ser la dirección de la intervención gubernamental) y segundo, en cuanto “tal cosa debería hacerse solo en la depresión” (es decir, solo para aliviar las depresiones y no para asegurar el pleno empleo permanente). (...) **lo que las masas piden ahora** no es el alivio de las depresiones sino su **abolición total** (Kalecki, 1943, subrayado nuestro).

El intelectual y líder del ala izquierda del Partido Laborista británico, Harold Laski, parecía sostener un optimismo similar en 1946, cuando defendió ante el congreso de la Internacional Socialista que tuvo lugar en Clacton-on-sea:

Si existiese colaboración entre Rusia y la Internacional Socialista, entonces Europa se convertiría en un continente socialista en tan solo veinte años (Braunthal, 1980: 135).

Otro gran líder laborista de izquierdas, Aneurin Bevan, que llegaría a ser un importante ministro en el primer gobierno de posguerra, escribió en su obra *Why Not Trust the Tories* (1944) sobre cómo este momento democrático se decantó de forma apoteósica en el Reino Unido como una lucha “definitiva”:

Nos ha llevado casi tres siglos que la situación se desarrollase completamente en el panorama político británico. Los tres elementos están ahora presentes: democracia, propiedad y pobreza. No hay descanso entre ellos; más bien una lucha incesante que fermenta. Aquí está la matriz de los problemas de la sociedad moderna ... La sabiduría de Thomas Rainborough nos habla a través de tres siglos: “O la pobreza hace uso de la democracia para destruir el poder de la propiedad o la propiedad que teme a la pobreza destruirá la democracia” (citado en Samuel, 1980: 24).

El filósofo marxista húngaro György Lukács se refirió así al período:

Es cierto que, al terminarse la guerra, una gran parte de las masas, libre de la pesadilla del fascismo, se hizo la ilusión de que iba a abrirse realmente un período realmente nuevo de paz y libertad (Lukács, 1976: 618).

El recientemente fallecido historiador catalán marxista, Josep Fontana, describió con las siguientes palabras el núcleo de estas expectativas populares:

Los pueblos europeos liberados pensaban que todos sus males, desde la crisis de los años treinta a la Segunda Guerra Mundial, habían sido causados por el capitalismo y lo que deseaban, decía A. J. P. Taylor, era el socialismo acompañado por el respeto a los derechos humanos (Fontana, 2011: 69).

Para el historiador marxista británico Eric Hobsbawm:

Los gobiernos capitalistas tenían la convicción de que solo el intervencionismo económico podía impedir que se reprodujera la catástrofe económica del período de entreguerras y evitar el peligro político que podía entrañar que la población se radicalizara hasta el punto de abrazar el comunismo, como un día había apoyado a Hitler. Los países del tercer mundo creían que solo la intervención del Estado podía sacar sus economías de la situación de atraso y dependencia. Una vez culminada la descolonización, la inspiración procedente de la Unión Soviética les llevaría a identificar el progreso con el socialismo. Para la Unión Soviética y sus nuevos aliados, el dogma de fe fundamental era la planificación centralizada. Por otra parte, las tres regiones del mundo iniciaron el período de posguerra con la convicción de que la victoria sobre el Eje, conseguida gracias a la movilización política y a la aplicación de programas revolucionarios, y con sangre, sudor y lágrimas, era el inicio de una nueva era de transformación social. En un sentido estaban en lo cierto. Nunca la faz del planeta y la vida humana se han transformado tan radicalmente como en la era que comenzó bajo las nubes en forma de hongo de Hiroshima y Nagasaki (Hobsbawm, 2015: 181)¹⁴².

Por supuesto, no eran buenas noticias para todos. Según el futuro Ministro de Exteriores laborista, el oscuro liberal Ernest Bevin, el *momentum* democrático era toda una revolución del orden social, tanto civil como doméstico:

Una avalancha comunista sobre Europa, una débil política exterior, una revolución privada en casa y la degradación de Inglaterra a una potencia de segunda clase (citado en Palmer, 2004: 63)¹⁴³.

Para el general Francisco Franco la situación en 1944 se presentaba de forma similar a 1936 pero esta vez con sus nuevos y oportunos aliados (EEUU y Reino Unido):

El día que caiga Alemania habrá en Europa, en particular en los Balcanes, Italia y Francia, una situación tan caótica desde el punto de vista social que los Aliados vendrán a suplicarme que pare en los Pirineos esta ola de desórdenes (...) si para ese momento yo no tengo armas, ellos mismos vendrán a ofrecérmelas (citado en Garcés, 2014: 37-38).

Ya a finales de 1943 el jefe del Office of Strategic Services en Europa, Allan Dulles, recibía en Berna una propuesta de un dirigente francés para que EEUU ocupara Francia y la controlara políticamente porque:

Muchos trabajadores, fuertemente influenciados por la propaganda comunista, puede que tras la Liberación [de la ocupación alemana] quieran emanciparse de toda tutela y reivindicar el poder (citado en Garcés, 2014: 388).

O, por tomar solo un ejemplo más, Joseph Dodge, presidente del Banco de Detroit, había expresado sus miedos en 1947 ya en los términos de la Guerra Fría:

El problema del mundo hoy día es en qué medida los controles del gobierno sobre la propiedad reemplazarán a la empresa privada (...) porque bajo estos problemas y tendencias, el hecho final es que la expansión del socialismo y del control del gobierno conduce finalmente a alguna forma de totalitarismo (citado en Apple, 1980: 21).

¹⁴² El historiador británico y colega de Thompson y Hobsbawm, George Rudé, también consideraba 1945 como una “age of revolution” de un tipo comparable a 1830 o 1848 (Rudé, 1975: 56). Sobre el papel de George Rudé como activista del PCGB y su labor como historiador versa el Capítulo 5 de esta tesis.

¹⁴³ El miedo de los líderes de derechas (laboristas, liberales o conservadores) a la pérdida de la hegemonía mundial del Imperio Británico se vio confirmado cuando, tras acabar la Segunda Guerra Mundial, los EEUU sustituyeron a aquel como principal potencia, rompiendo en el camino el segundo principio de la Doctrina Monroe (no intervenir sobre Europa). Volveremos sobre ello más adelante.

Aunque para algunos sectores de la derecha política este estado de ánimo no fuera bienvenido, lo cierto es que este trajo consigo una serie de cambios en la mentalidad de la época que tendrían efectos duraderos. Se ha constatado que hubo una aceptación general de la necesidad de una dirección estatal de la economía –lo cual no era un objetivo nuevo para la izquierda (aunque sí lo era la escala masiva que pasó a defenderse)– que fue particularmente novedosa entre los conservadores y liberales europeos, una suerte de “consenso” que posibilitaría la estabilidad política de posguerra (Mazower, 1998: 191).

La paradoja de los efectos de la guerra: “mejores expectativas, peores liderazgos”

Una legítima pregunta emerge naturalmente de nuestra explicación: ¿por qué y cómo la experiencia de la guerra pudo impulsar una mayor ambición democrática entre la gente común? Una posible respuesta nos la ha ofrecido la socióloga Beverly Silver:

Una de las raíces conocidas, aunque no muy comentadas, de la fuerza del movimiento obrero –o al menos de la institucionalización de los sindicatos y la profundización de los derechos democráticos en EE UU y Europa Occidental, y hasta cierto punto a escala global– se halla en la naturaleza específica de la guerra en el siglo XX, incluida la industrialización de los medios de guerra y el reclutamiento masivo. Para lidiar este tipo de guerras, los poderes centrales, las potencias imperialistas, necesitaban la cooperación de la clase obrera, tanto para nutrir las tropas que luchaban en el frente como para mantener en funcionamiento las fábricas. La guerra dependía de la producción industrial para todo, desde el armamento hasta las botas. De ahí que todo el mundo tuviera claro durante las dos guerras mundiales que quien mantuviera funcionando las fábricas ganaría la guerra. En este contexto, la cooperación de los trabajadores era crucial y la relación entre la guerra y el descontento ciudadano era evidente. Los dos mayores momentos álgidos de conflictividad laboral en el siglo XX fueron de lejos los que siguieron inmediatamente a la Primera y la Segunda Guerra Mundial (Silver, 2016).

Lo cierto es que, si las fuerzas socialistas tuvieron tanto peso en el momento político de la posguerra, en gran medida eso se debió a cómo se configuró el campo del antifascismo durante los años de la guerra. En los movimientos de resistencia los comunistas tuvieron un predominio considerable, en gran medida porque su cuasi-militarizada estructura organizativa y su psicología militante abnegada se adaptaba con más facilidad a la lucha en condiciones de clandestinidad (Hobsbawm, 2015: 170-172). Por otro lado, y como hemos visto en algunos testimonios, durante la propia guerra se consolidó la idea de que el Estado debía intervenir en los sectores claves de la economía, una idea tradicionalmente defendida por los socialistas (Fontana, 2011; Judt, 2017). En algunos países, como el Reino Unido, se experimentaron a nivel local iniciativas socialistas que prefiguraron el futuro Estado de Bienestar (Todd, 2018). En los primeros años de la posguerra, la sensación política de estar viviendo un punto de no retorno a nivel histórico era bastante compartida: el fascismo había sido derrotado, el mundo colonial se alzaba en revueltas y el capitalismo estaba a la defensiva (desde 1949 cerca de 800 millones de personas vivían en sociedades autodenominadas socialistas, Samuel, 1980: 90).

Pero si, como atestiguan las innumerables voces de intelectuales progresistas, de la guerra se había salido con unos movimientos populares enormemente movilizados y con grandes expectativas de transformación social, paradójicamente no había ocurrido lo mismo con los dirigentes de las organizaciones socialistas. Muchos de ellos habían sufrido el aprisionamiento, la tortura, el exilio o la muerte a manos de los fascistas o los colaboracionistas. Otros, sencillamente, cayeron en las garras de la oscura NKVD. En términos políticos, los liderazgos del socialismo no habían salido especialmente bien parados. Si la Primera Guerra Mundial había dividido al socialismo internacional (y todas

sus corrientes) en dos, separándose la II y la III Internacional, la Segunda Guerra Mundial no fue mucho mejor: acabó con el ala izquierda de la socialdemocracia, con la izquierda comunista y con el anarquismo. Quedaron mayoritariamente en pie, y sumamente reforzadas, el ala derecha de la socialdemocracia y el ala derecha del comunismo, es decir, el estalinismo (A. Domènech, 2015b). Este hecho es importante, porque determinará en parte el curso político de ese abismo infranqueable contra el que un joven Thompson empezaría a bregar. Un contexto en el que el divorcio entre los movimientos populares y sus supuestos representantes políticos se iba a ir acentuando cada vez más.

2.3.2. Un mismo espíritu en diferentes contextos

La resistencia no había luchado solo contra las fuerzas de ocupación, sino contra toda una manera de organizar la sociedad a la que se atribuía de forma directa la responsabilidad de los desastres y penurias de la década de los 30. Según Tony Judt, era lógico que en la posguerra los únicos partidos capaces de funcionar con normalidad eran los que contaban con credenciales antifascistas. Esto incluía a comunistas, liberales radicales, socialistas y a la democracia cristiana más o menos progresista. Estos partidos, por tanto, constituyeron los primeros gobiernos de posguerra e incorporaron figuras y políticas de la época de los frentes populares (Judt, 2017: 109).

Las primeras elecciones de posguerra pueden servir como termómetro de las fuerzas sociales del momento: en Checoslovaquia los comunistas obtuvieron un 37,9% de los votos (y los socialdemócratas un 14%); en Francia el PCF tenía más de dos millones de afiliados (uno de cada cinco adultos del país) y consiguió un 26% (el socialista SFIO un 23,4%); en Finlandia los comunistas obtuvieron un 23,5%; en Islandia un 19,5%; en Italia un 19% (en las elecciones de 1948 van con los socialistas y ganan un 30,7% con el Frente Democrático Popular); en Hungría un 16,9%, en Bélgica un 13%, en Dinamarca un 12,5%, en Noruega un 12%, en Holanda y en Suecia un 10%. En la Alemania occidental la el SPD consiguió un 29,2% (frente al 5,7% del KPD), y en la parte oriental el SED (unificación SPD-KPD) obtuvo entre un 44-50% en diferentes estados (puede consultarse en la tabla presentada en Higgins y Apple, 1983: 608). La autoridad de los partidos comunistas, como se ve, era muy alta “ya que ellos habían dirigido con especial energía y habilidad la resistencia en la Europa ocupada” (Abendroth, 1968: 135).

Pero los contextos nacionales eran muy diferentes entre sí: no era lo mismo ser un país vencedor que un país vencido, como tampoco lo era disfrutar de socios poderosos o tenerlos en contra. Veamos con más detalle la situación de algunos de los principales países europeos para comprender cómo se materializó ese Espíritu del 45¹⁴⁴.

¹⁴⁴ Los países que analizaremos brevemente son los siguientes: Francia, Italia, Alemania, Suecia, Grecia, Polonia, Bulgaria, Rumanía, Hungría y Checoslovaquia. Por razones evidentes, el caso del Reino Unido merecía un trato más extenso y disfruta de un apartado propio (*infra*). Ni la Unión Soviética ni los EEUU son analizados aquí, aunque algunas notas históricas de estos países se ofrecen en el resto del capítulo. Hemos dejado fuera también a algunos países europeos por las limitaciones bibliográficas y temáticas de nuestro estudio (Noruega, los países del Benelux o Suiza, por ejemplo), o porque estaban sometidos a dictaduras que impidieron que se manifestara el Espíritu del 45 en términos institucionales (España y Portugal). Aunque, por supuesto, esto no significa que no existieran dichas expectativas de cambio. Un documento secreto del Estado Mayor del ejército estadounidense, desclasificado por Joan Garcés y datado en 1944, señalaba para el caso de Portugal y España: “los círculos conservadores de ambos países, con la posible ayuda de Inglaterra, están usando los medios más extraordinarios para contrarrestar la extensión del cada vez mayor espíritu revolucionario” (citado en Garcés, 2014: 38).

Francia

Francia había sido la cuna del frentepopulismo. Sin embargo, el socialismo francés había quedado dividido durante la guerra con motivo de la derrota militar. Los comunistas franceses habían sido especialmente obedientes ante el giro que supuso el pacto germano soviético, y de nuevo ante el giro que implicó retomar la estrategia de los frentes populares. Un oportunismo que no facilitaba las buenas relaciones con sus socios. En el campo socialdemócrata las cosas no estaban mejor: mientras que un grupo de socialistas liderados por León Blum y Vincent Auriol propugnaron continuar la guerra bajo el espíritu jacobino de 1792 y de la Comuna de París, otros miembros importantes como Paul Faure, Spinasse o René Bélin aceptaron puestos en el gobierno colaboracionista del mariscal Pétain (Braunthal, 1980: 16-17). Sin embargo, la política de alianzas amplias del antifascismo permitió que los socialistas reconstruyeran su partido a escala nacional y que trabajaran codo a codo con los comunistas, que ahora ocupaban los puestos clave en el Conseil National de la Résistance (CNR). La política de Vichy de reclutar a más de 900.000 jóvenes franceses para llevarlos a Alemania a realizar trabajos forzados implicó miles de desertiones, y cerca de 100.000 jóvenes pasaron a engrosar las filas de la resistencia¹⁴⁵. El 15 de marzo de 1944 la CNR consiguió alcanzar un difícil acuerdo entre sus variopintas partes sobre cómo actuar una vez se ganase la guerra¹⁴⁶, que quedó recogido en el ya famoso *Programme du Conseil national de la Résistance*¹⁴⁷.

El programa contemplaba que los diferentes miembros del CNR permanecerían unidos después de la liberación para el castigo de los colaboracionistas, la confiscación de sus bienes y beneficios de guerra y la creación de un fondo inalienable de riqueza nacional. Pero también declaraba esa unidad para aplicar una serie de reformas estructurales:

- 1) El “establecimiento de una verdadera democracia económica y social, que implica el fin de los grandes poderes feudales, económicos y financieros, que han dirigido la economía”. Para ello proponía una “organización racional de la economía asegurando la subordinación de los intereses particulares al interés general”.
- 2) Con este fin, abogaba por una amplia nacionalización (“el retorno a la nación de los grandes medios de producción monopolizada, fruto del trabajo común, de las fuentes de energía, de las riquezas del subsuelo, de las compañías de seguros y de los grandes bancos”), por el desarrollo del cooperativismo (“cooperativas de producción, de compra y venta, agrícolas y artesanales”) y por la democratización de la esfera productiva (“el derecho de acceso, dentro del marco de la empresa, a las funciones de dirección y administración por parte de los obreros que tengan las cualificaciones necesarias, así como el derecho de participación de los trabajadores en la dirección de la economía en su conjunto”).
- 3) Y recogía todo un paquete de reformas sociales: el derecho al trabajo y al reposo, con una mejora del régimen contractual laboral; un reajuste salarial que asegurase “la posibilidad de una vida plenamente humana”; la reconstitución “dentro de sus

¹⁴⁵ Esta historia aparece maravillosamente recogida en la reciente serie de televisión francesa *Un village française* dirigida por Frédéric Krivine, Emmanuel Daucé y Philippe Triboit (Tétra Média/Terego, 2009).

¹⁴⁶ “No fue fácil asociar fuerzas tan diferentes como ocho ‘movimientos’ de resistencia, dos centros sindicales, la CGT y la CFTC, y seis partidos que van desde los comunistas hasta la derecha republicana” (Pigenet, 2019).

¹⁴⁷ Disponible online en múltiples páginas web. Véase, por ejemplo: <http://www.citoyens-resistants.fr/spip.php?article113>.

libertades tradicionales, de un sindicalismo independiente dotado de grandes poderes en la organización de la vida económica y social”; un plan completo de seguridad social (“diseñado para asegurar a todos los ciudadanos los medios de subsistencia, cuando sean incapaces de proporcionárselos a través del trabajo”) y un plan de pensiones (“que permita a los trabajadores mayores terminar dignamente sus días”).

- 4) Por otro lado, recogía las demandas del campesinado y los sectores laborales rurales: regulación de precios, de salarios, garantías de seguros y acceso a la propiedad para los trabajadores del campo.

El programa tuvo dificultades para ser repartido en condiciones de clandestinidad, y el general De Gaulle se preocupó sobremanera en evitar que se difundiese. Pero todo cambió tras la liberación de París: entonces las demandas del CNR se hicieron enormemente populares (Pigenet, 2019). Tal es así, que dos de sus principales demandas, la creación de Comités de empresa y la creación de una Seguridad Social, tuvieron lugar *antes* de las primeras elecciones de posguerra. El programa contemplaba el restablecimiento de los delegados sindicales, una figura que había sido institucionalizada con los *Accords de Matignon* (1936) en la era del Frente Popular, pero que Vichy había eliminado. En febrero de 1945 se crearon los comités de empresa y en 1946 se fijaron por ley las funciones de los delegados. Por su parte, el 4 de octubre de 1945 se proclamó la creación de la Seguridad Social. La ministra de Trabajo Ambroise Croizat tuvo un papel destacado. Croizat sabía que sus reformas eran el resultado de un delicado equilibrio de fuerzas, una suerte de pacto tácito entre clases, y viendo cómo las medidas fueron continuamente atacadas por la derecha, sostuvo:

No habléis nunca de garantías sociales inamovibles sino de conquistas sociales, porque los empleadores nunca se desarman. Nunca toleraremos la negación de uno solo de los beneficios de la seguridad social, y defenderemos hasta la muerte, con la mayor energía, esta ley humana y de progreso (Croizat, 1945)¹⁴⁸.

Después de semanas de movilizaciones, el CNR consiguió convocar unos “Estados Generales” que imitaban a los de 1789. Miles de asambleas comunales se reunieron por todo el país redactando sus *cahiers de doléances*. El 21 de octubre de 1945 se eligió la Asamblea Constituyente, y los 3 partidos que habían defendido el programa de la CNR (PCF, MRP –la izquierda católica recién fundada– y SFIO) consiguieron el 75% de los votos (solo entre SFIO y PCF tenían 311 de los 586 diputados).

La mayoría de las reformas del programa fueron aplicadas en menos de un año tras las elecciones. El nuevo gobierno nacionalizó el transporte aéreo y la fabricación de aviones, el Banco de Francia y otros cuatro bancos importantes, 32 empresas de seguros, empresas de suministros, las minas, el gas, las industrias de munición, y el gigantesco negocio de Renault (como penalización por su colaboracionismo). En mayo de 1946 una quinta parte de la capacidad industrial de Francia ya estaba en manos públicas (Judt, 2917: 115). Finalmente, recogiendo jurídicamente el peso de las organizaciones obreras, se formó un Consejo Económico Nacional para la reconstrucción en el que los sindicatos jugaron un papel de peso.

Siguiendo lo que parecía ser ya una tradición francesa, los socialistas tenían programas más radicales que los comunistas (estos no querían poner en peligro las alianzas de Stalin

¹⁴⁸ Citado en un vídeo dirigido por Vincent Ortiz, Leo Rosell y Louis Covfefe, publicado en La Vent Se Lève, disponible online <https://lvsl.fr/>

con sus aliados occidentales). Los comunistas dejaron de hacer referencia a la “lucha de clases” y hablaron de recuperar la “grandeza” de Francia. A pesar de ello el PCF era la fuerza hegemónica de la izquierda y el SFIO perdió mucha credibilidad entre 1945-1946 por rechazar las cuatro ofertas de gobierno de coalición que lanzó Thorez a los socialistas. El miedo de los socialistas franceses a perder influencia llegó hasta el punto de que el primer ministro viajó a Washington para advertir a las autoridades estadounidenses que, sin apoyo económico, el gobierno caería en manos comunistas (Hobsbawm, 2015: 235). Las tasas de afiliación atestiguan esta hegemonía comunista: mientras que el SFIO contaba en 1945 con 335.000 afiliados, el PCF contaba o bien con 545.000 según algunos historiadores (Braunthal, 1980:25) o bien la cifra ascendía al doble, con cerca del millón de miembros, según otros especialistas (Duverger, 1987: 101).

Pero las alianzas frentepopulistas estaban destinadas a no durar en el nuevo escenario internacional y las diferencias volvieron al primer plano con la cuestión de la nueva constitución. El gobierno recién elegido del radical Édouard Herriot (PCF y SFIO) presentó un proyecto de constitución que evocaba la jacobina de 1793 y la revolucionaria de 1848 en su preámbulo. El proyecto enfrentó la feroz oposición de Charles de Gaulle, y cuando fue sometido a referéndum salió derrotado por un escasísimo margen del 47% de los votos frente al 53%. Como Jefe del Estado y como líder de la Resistencia (y por tanto con gran legitimidad ante el público francés), De Gaulle deseaba una constitución que no le atase las manos ante la mayoría parlamentaria. Sin embargo, no pudo agrupar en torno a sí una mayoría suficiente y dimitió en enero de 1946. Pero el daño estaba hecho. La constitución que salió adelante rebajó sustancialmente el impulso democratizador del primer proyecto y suprimió los célebres artículos 35 y 36 que preveían la expropiación “por razones de utilidad pública” o la subordinación de la propiedad privada a la “utilidad social” (Pisarello, 2012: 142). El legado republicano de las constituciones de entreguerras (véase apartado 2.2.2. de esta investigación) empezó a perderse por el camino.

Una vez aprobada la nueva constitución, se procedió a elegir al primer Parlamento de la IV República Francesa, que contó con una amplia mayoría del PCF. Esto hizo saltar todas las alarmas de los grandes poderes económicos británicos y franceses. De Gaulle volvería a la carga aprovechando unas disputas internas del gobierno de izquierdas de posguerra. Su intención era sustituir la República parlamentaria por un sistema más autoritario y presidencialista. Lanzó su partido, *Rassemblement du Peuple Français*, y arrasó en las primeras elecciones municipales a las que se presentó. Poco después, el 5 de mayo de 1947, el PCF fue excluido del gobierno. La Guerra Fría había comenzado y los socialistas del SFIO se volcaron en cuerpo y alma a una retórica anticomunista (solo con la llegada de De Gaulle al poder y la proclamación de la V República volverían a su retórica de izquierdas). En noviembre de 1947 el PCF –bajo las órdenes de Moscú y la nueva política del choque de bloques de la Guerra Fría –adoptó una estrategia de huelgas salvajes que paralizó medio país. A pesar de haber sido excluidos del gobierno, los comunistas tenían el control del gran sindicato CGT y de otros sindicatos: de los 30 principales sindicatos, 21 estaban bajo control comunista (Braunthal, 1980: 21). A principios de diciembre los huelguistas fueron derrotados, y a finales de ese mismo mes la CIA consiguió maniobrar y financiar una poderosa escisión sindical anticomunista, *Force Ouvrière* (Buchanan, 2012: 56). Pero el gobierno de coalición de izquierdas había sido debilitado. La Cuarta República había sido tocada de muerte, y aunque aguantaría unos años más entre sucesivas crisis de gobierno, las posibilidades de continuar las transformaciones profundas en las que parecía estar embarcándose la sociedad francesa fueron congeladas, cuando no revertidas.

Italia

El Comité de Liberación Nacional italiano se creó el 26 de julio de 1943, justo el día después de la caída de Mussolini. Esta fue la formalización de la unidad de acción entre socialistas y comunistas, que durante los largos años del fascismo italiano había sido imposible (Braunthal, 1980: 51). El 23 de enero de 1944 tuvo lugar el Congreso de Bari donde la coalición amplia de fuerzas antifascistas (PCI de Togliatti, socialistas de Nenni, socialistas de Parri, la democracia cristiana de Alcide de Gasperi, el partido liberal de Benedetto Croce y algún otro partido más) formó su programa político. El ala izquierda del Congreso de Bari, comunistas incluidos, pidió la formación de una República que excluyera la vuelta del rey Víctor Manuel y formara un gobierno (que no reconociera, por tanto, el gobierno de Badoglio nombrado por el rey). Pero cuando Stalin mandó de vuelta a Togliatti tras 18 años de exilio, las órdenes estaban claras: se reconocería el gobierno de Badoglio y se postergaría la decisión sobre la monarquía. De nuevo, los intereses geoestratégicos de la URSS se interponían sobre el curso mayoritario de la política socialista nacional.

Ese mismo año vio la luz el *Manifesto Ventotene*. Su historia merece ser contada: en plena Segunda Guerra Mundial, tres comunistas de peso fueron recluidos por la dictadura de Mussolini en el penal de la isla de Ventotene (en el golfo de Nápoles). Se trataba de Altiero Spinelli¹⁴⁹, Ernesto Rossi y Eugenio Colorni. Discutiendo en prisión sobre la situación europea, acabaron por escribir un Manifiesto en papel de liar, que tuvieron que esconder en una caja de hierro tras un doble fondo. El texto, escrito en 1941 y 1942, saldría publicado en 1944. No podría haberse encontrado una fecha mejor. El texto comenzaba reivindicando muy republicanamente el principio de libertad:

La civilización moderna ha puesto como cimiento propio el principio de la libertad, según el cual el hombre no tiene que ser un puro instrumento de otro, sino autónomo centro de vida. Con este principio en la mano, se ha ido hilvanando un gran proceso histórico en todos los aspectos de la vida social que hasta ahora no lo respetaban (...). Las mismas clases privilegiadas que habían aceptado la igualdad de derechos políticos, no podían aceptar que los desposeídos la usaran para intentar llevar a cabo esa igualdad de hecho que habría dado a tales derechos un contenido concreto de efectiva libertad (Spinelli y Rossi, 1944).

Criticando el obrerismo del marxismo ortodoxo que habían conocido hasta la fecha, y distanciándose del modelo soviético –en una brillante argumentación contra los peligros de la burocratización y la concentración del poder en manos públicas¹⁵⁰– Rossi y Spinelli consideraban que la soberanía nacional debía amoldarse a un nuevo marco institucional

¹⁴⁹ Spinelli era un militante comunista italiano que fue arrestado en 1927 y pasaría 10 años en las cárceles, y 6 de destierro forzoso en las islas de Ponza y Ventotene. Fue uno de los comunistas críticos con Stalin, lo que le valió la expulsión del Partido.

¹⁵⁰ Es interesante ver cómo anticiparon el problema del neocorporativismo sindical antes de que este se consolidase en la Europa de posguerra (véase posteriormente en 2.5.2). Préstese atención al siguiente argumento elaborado en términos fiduciarios: “La estatalización general de la economía fue la primera forma utópica que representó, para las clases obreras, la liberación del yugo capitalista. Pero, una vez completada en su totalidad, no conduce a la meta soñada, sino al establecimiento de un régimen en el que toda la población se halla sometida al servicio de una clase restringida de burócratas que dirigen la economía (...). La liberación de las clases trabajadoras puede tener lugar solo realizando las condiciones indicadas en los puntos anteriores: no dejándolas en manos de la política económica de los sindicatos monopolísticos (...). Los trabajadores tienen que volver a ser libres de elegir los fiduciarios [*I lavoratori debbono tornare ad essere liberi di scegliere i fiduciari*] para tratar colectivamente las condiciones a las que van a prestar su obra, y el Estado tendrá que dar los medios jurídicos para garantizar la observación de los pactos alcanzados; todas las tendencias monopolísticas tendrán que ser eficazmente contrastadas” (Spinelli y Rossi, 1944).

de federalismo europeo (los “Estados Unidos de Europa”) “que solo pueden basarse en una Constitución republicana de todos los países federados”. Pero esa confederación de Estados republicanos tendría que venir acompañada de todo un programa de reformas sociales en sintonía con los aires de cambio de la época. En este sentido, Rossi y Spinelli proponían un programa de universalización de la propiedad:

Las características que han tenido en el pasado el derecho de propiedad y el derecho de sucesión han permitido acumular en las manos de pocos privilegiados riquezas que convendrá distribuir (...). Pensamos por ejemplo en una reforma agraria que, pasando la tierra a quien la cultiva, aumente enormemente el número de los propietarios, y en una reforma industrial que extienda la propiedad de los trabajadores en los sectores no estatalizados, con gestiones cooperativas, con el accionariado obrero, etc. (Spinelli y Rossi, 1944).

Se trataría de un programa que recogiese el “derecho a la existencia” (tan celebradamente formulado por el ala democrática de la Revolución Francesa, véanse Bosc, 2017; Gauthier, 1992), y lo hiciera en términos de “incondicionalidad”:

La potencialidad casi sin límites de la producción en masa de los géneros de primera necesidad, con la técnica moderna, permite ya asegurar a todos, con un coste social relativamente bajo, la comida, el alojamiento y la ropa con las características mínimas necesarias para conservar el sentido de la dignidad humana. La solidaridad humana hacia los que son derrotados en la lucha económica no deberá, pues, manifestarse con las formas de caridad que son siempre humillantes y que producen los mismos males que intenta curar, sino que con una serie de ayudas que se garanticen **de forma incondicional** a todos, puedan o no puedan trabajar, un tenor de vida decente, sin reducir el estímulo al trabajo y al ahorro. Así nadie estará obligado por la miseria a aceptar contratos de trabajo vejatorios (Spinelli y Rossi, 1944, subrayado nuestro).

Si su Manifiesto se abría con una reivindicación del principio de libertad, se cerraría con este de nuevo, en una defensa netamente republicana de dicho concepto:

Sobre estas bases, las libertades políticas, podrán tener de verdad un contenido concreto, y no solo formal, para todos, ya que la masa de los ciudadanos tendrá una independencia y un conocimiento suficiente para ejercitar un continuo y eficaz control sobre la clase de gobierno (Spinelli y Rossi, 1944).

Pues bien, los principios expresados por el *Manifiesto Ventotene* recogían un sentir popular de las fuerzas progresistas italianas que no se haría esperar. La huelga general en la zona ocupada alemana de 1944, junto con otras movilizaciones, reestablecieron el poder obrero en Italia y en 1945 el demócrata de izquierdas y jefe de los partisanos, Parri, llegó al gobierno. El PCI de Togliatti inició la política de unidad nacional con socialistas y democristianos, resucitó las tesis de Gramsci y buscó dar una imagen de partido culto y profesional que no polarizase la sociedad sino que *hegemonizase* esta (“por cada campanario, una delegación del partido comunista” era el lema de un partido que desde su congreso de 1948 aceptó en sus estatutos abrir la militancia a todos los trabajadores, cualesquiera que fuera su raza o religión).

Togliatti, después de 20 años de dictadura italiana, sabía que no todas las personas que habían colaborado en el régimen de Mussolini eran fascistas, y quiso evitar el tipo de enfrentamiento civil que, por ejemplo, había ocurrido en Grecia (Judt, 2017: 85). Pero la melodía que bailaba Togliatti se tocaba desde Moscú, y a Stalin le interesaba hacer ver a sus aliados occidentales que no pretendía una insurrección comunista al modo soviético en otros países. Por esa razón el PCI renunció al referéndum de la monarquía e incluso llegó a votar a favor de incluir en la nueva constitución los Pactos de Letrán firmados entre Mussolini y la Santa Sede (por los que se reconocían los privilegios del Vaticano, Braunthal, 1980: 53). La línea de Togliatti puede comprenderse rápidamente analizando

su famoso discurso de 1944: “La política d’unità nazionale dei comunisti”. Se trata de su primer discurso público tras volver del exilio en Moscú. Se dirigía al PCI de Nápoles, en un momento en el que media Italia seguía ocupada por los alemanes. Y comenzaba ensalzando el pasado republicano de la ciudad:

Nápoles es hoy para nosotros una de las primeras ciudades italianas que, hace más de un siglo, en 1799, levantó la bandera de la república, de la democracia, de la revolución popular por la libertad (Togliatti, 2014 [1944]: 26)¹⁵¹.

Y continuaba la línea frentepopulista de Dimitrov reivindicando las tradiciones democráticas nacionales:

Trabajadores y artesanos que encontramos en las legiones de Garibaldi; los encontramos en todas partes donde luchamos y morimos por la libertad y por la independencia del país. Nosotros reivindicamos estas tradiciones de la clase obrera italiana. Reivindicamos las tradiciones del socialismo italiano, de este gran movimiento de las masas trabajadoras y del pueblo (Togliatti, 2014 [1944]: 38).

El discurso de Togliatti anticipó parcialmente lo que sería el programa social de posguerra al proponer “medidas eficientes en la lucha contra la especulación” que implicaban fuertes intervenciones y regulaciones estatales. Lo primero de todo, sostenía, era organizar racionalmente el cultivo y la distribución para que las cosechas llegasen a las ciudades y lo hicieran de tal manera que los intereses del campesinado no saliesen perjudicados. Reivindicaría también los racionamientos, que, sostenía, funcionaron bien a nivel municipal en ciudades controladas por el PCI como Bolonia o Milán, pero que también fueron aplicados en otras ciudades por liberales y católicos (Togliatti, 2014 [1944]: 59-60). La medida estrella era, sin duda, el programa de reforma agraria:

Que cree una nueva situación en el campo a favor del pequeño y mediano campesino, destruyendo cualquier vestigio feudal, dando la tierra y los medios para cultivarla a los campesinos que hoy la carecen, y que no permita al gran propietario y al especulador oprimir a los trabajadores agrícolas y las clases medias rurales, porque usan su propia posición económica para dominar la vida política y empujar al país hacia una vía reaccionaria (Togliatti, 2014 [1944]: 65).

Tanto el Manifiesto Ventotene como el discurso de Togliatti son dos buenos ejemplos del Espíritu del 45 en Italia. También lo es el *Catechismo Liberal-socialista del Partito d’ Azione*, obra del intelectual socialista Tommaso Fiore (miembro del Partito d’ Azione), publicada en 1945. Tommaso Fiore apostaba por una intervención masiva del Estado, pero de un Estado bajo controles democráticos:

Los grandes complejos financieros, industriales y de seguros, y en general todas las empresas que tengan un carácter de monopolio y que sean de interés colectivo, serán nacionalizadas y gestionadas –sin interferencias privadas– en la variedad de formas que corresponda a la naturaleza de las empresas mismas y a las exigencias de la colectividad. Se restaurará la libertad de iniciativa económica a las empresas individuales y asociativas más pequeñas, garantizándoles las condiciones para el desarrollo; y mientras se hace posible una economía nacional coordinada, toda la organización productiva se liberará de los lazos sofocantes de la política económica y se protegerá de los peligros de la burocracia (citado en Audier, 2015: 70).

Una vez se formó el gobierno de posguerra, y a pesar del desarme de los partisanos, el movimiento de empuje fue tan grande que llevó al ministro de agricultura Fausto Gullo, trabajando junto al principal sindicato Confederazione Generale del Lavoro (C.G.I.L.), a realizar una reforma agraria de gran calado: entre 1944-1949 unas 1.187 cooperativas con

¹⁵¹ Togliatti hace referencia a la República Partenopea, creada al calor de la extensión de los principios de la Revolución francesa por Europa, que existió entre los meses de enero y junio de 1799.

cerca de 250.000 afiliados se hicieron cargo de 165.000 hectáreas. Las reformas aumentaron la popularidad del PCI, que pasó de los 5.000 afiliados en 1943 a la asombrosa cifra de 1.750.000 en 1945 (Eley, 2003: 292), y a la más asombrosa de 2.252.000 en 1947 (Braunthal, 1980: 55). En palabras del operaísta Mario Tronti, estos fueron “los mejores años” (Tronti y Iglesias, 2017).

En términos jurídicos, el *momentum* democrático italiano consiguió cristalizarse en la Constitución de 1948, que sería la más partisana de las de su generación, introduciendo el principio de igualdad material como elemento consustancial a la ciudadanía, obra del luxemburguista Lelio Basso¹⁵². Como ha señalado Franco Turigliatto, el exsenador trotskista, aunque muchos de los principios recogidos en esta constitución no fueron llevados a la práctica hasta después del ciclo de movilizaciones surgido a partir de 1968, y aunque no fuera esencialmente socialista, sin embargo, la constitución recogía toda una serie de “conquistas” fruto del movimiento partisano de resistencia:

La Constitución del 48 no fue la de los comités de empresa, la autogestión y la democracia directa, la expresión de una victoria social revolucionaria de la clase obrera. Fue una constitución muy democrática, pero que sigue siendo de clase media, que garantiza la propiedad privada de los medios de producción y el sistema capitalista como tal (...). Esta Constitución, sin embargo, y es un tema muy importante, fue redactada y aprobada sobre la base de la trágica experiencia del fascismo y la guerra, sobre todo gracias a la lucha de la Resistencia y de la clase obrera y sus partidos, con instrumentos democráticos y garantías importantes. Se caracteriza por una gran división del poder estatal y su equilibrio, por sus mecanismos de elección proporcional, que garantizaban una amplia representación política de las clases subalternas, por un bicameralismo perfecto, para evitar las imposiciones legislativas y los golpes de mano mayoritarios, por exigir una discusión en profundidad de las leyes y la búsqueda de acuerdos entre los diversos sectores de la burguesía y compromisos parciales con los representantes de la clase obrera (Turigliatto, 2016).

El proceso de transformación impulsado por el Espíritu del 45 italiano fue contrarrestado ya desde mayo de 1947 cuando la Guerra Fría hizo su aparición en el país. Ese mes, Alcide de Gasperi decidió expulsar sin explicaciones a todos los ministros socialistas y comunistas (un mes después, el gobierno italiano recibiría 600 millones de dólares de ayudas estadounidenses, Braunthal, 1980: 65)¹⁵³. De Gasperi inició un programa deflacionario que consiguió aumentar la productividad y mejorar las exportaciones, provocando el aumento del desempleo y reduciendo el consumo doméstico. Una serie de astutas medidas amortiguadoras para la clase media y el campesinado permitieron a la derecha presentarse a las elecciones de 1948 como un frente de “cristianos contra comunistas” (Apple, 1980: 24). En abril de 1948 la CIA comenzó la famosa Operación Gladio: primero interviniendo en las elecciones, operación para la cual “lavó” 10 millones de dólares de fondos capturados a los alemanes, que financiaron la campaña de Alcide de Gasperi junto a otras campañas de propaganda anticomunista. Barcos enteros de trigo se desviaron de su ruta para desembarcar en Italia, donde se distribuía el trigo en camiones con la bandera estadounidense y los políticos italianos de la democracia cristiana aparecían siempre junto a ellos (Fontana, 2011: 75). La Operación

¹⁵² Por cierto, creador de un movimiento de New Left de factura italiana – ver Lelio Basso, ‘The Italian Left’, *Universities Left Review*, 2 (verano de 1957). Para el movimiento New Left véase el apartado 3.3.2. en esta tesis.

¹⁵³ De hecho, el 3 de enero de 1947 el gobernador del Banco de Italia, Luigi Einaudi, recogía en su *Diario* una confidencia que unos representantes de los EEUU le habían hecho sobre los últimos años de guerra: “no saldremos de Italia, ni siquiera después de firmar la paz. Hasta que no estemos seguros de que el peligro rojo ha cesado”. Y, añadía Einaudi: “Si hubiera riesgo de dictadura roja, [EEUU] está dispuesto a desembarcar de nuevo. No le preocupa que se instaure una dictadura de derechas. Admiran a Mussolini” (citado en Garcés, 2014: 417).

Gladio iba más allá de la financiación de campañas y alcanzó cuotas de violencia inusitadas. Los miembros de Gladio, al menos en Italia, eran antiguos combatientes fascistas que las potencias aliadas habían reclutado por su ferviente anticomunismo (Hobsbawm, 2015:170). En el verano de 1948 Togliatti recibió cuatro disparos a manos de un fascista y quedó gravemente herido. En julio de 1949 la Santa Sede declaró que quedaban excomulgados del catolicismo todas aquellas personas que defendieran “la doctrina comunista, materialista o anticristiana”. A pesar de este recrudecimiento del “abismo infranqueable”, los socialistas del PSI dirigidos por Pietro Nenni (y con el impulso de Lelio Basso) decidieron seguir una estrategia de renovación del Frente Popular y mantuvieron la alianza de la guerra con los comunistas (lo que provocó la escisión de un grupo importante de diputados socialistas liderados por Saragat). Esta alianza se quebrará en 1956 con la represión del levantamiento húngaro.

Los dirigentes norteamericanos miraron siempre con miedo y recelo a Italia durante estos años. Ante el avance de la estrategia nacional-popular del PCI de Togliatti, George F. Kennan, uno de los primeros artífices de la Guerra Fría, instó en abril de 1948 a G.C. Marshall (para entonces secretario de Estado) a conseguir la ilegalización del PCI:

Presumiblemente los comunistas responderían con la guerra civil... Hay que reconocer que esto daría por resultado mucha violencia y probablemente una división militar de Italia; pero nos estamos acercando mucho a la fecha límite y pienso que podría ser preferible a una victoria electoral incruenta, sin oposición por nuestra parte (citado en Eley, 2003: 294).

Como en Francia, el estallido de la Guerra Fría congeló o revirtió las expectativas de cambio popular, y el intervencionismo de las principales potencias del momento (Moscú a través de Togliatti en un primer momento, Washington a través de Gasperi de forma mucho más decisiva) puso fin a las esperanzas de los partisanos italianos.

Alemania

En Alemania, más que en ningún otro país, la división del movimiento obrero tuvo consecuencias funestas, porque mientras el SPD y el KPD se destripaban en sus luchas intestinas la reacción consiguió hacerse fuerte y acabó destruyendo a ambas fuerzas. Por esta razón el problema de recuperar la unidad socialista estuvo presente casi desde el triunfo de Hitler. La ejecutiva en el exilio del SPD aprobó una declaración firmada por Rudolf Hilferding, conocida como el “Manifiesto de Praga de 1938” en la que se decía:

Las diferencias internas al movimiento obrero han sido anuladas por el enemigo. Las razones para la división se han vuelto vacías... La unidad de la clase trabajadora se ha vuelto una prioridad que la historia nos reclama. La socialdemocracia alemana, habiéndose liberado del sectarismo, está lista para su misión de unir a la clase trabajadora en un partido de socialismo revolucionario (citado en Braunal, 1980: 69).

Como es lógico, el pacto germano-soviético impidió que el KPD entrase en una política de alianzas con el SPD. Pero una vez Stalin reactivó el frentepopulismo y una vez se disolvió la Komintern, el objetivo parecía plausible. Sin embargo, al acabar la guerra el país había quedado dividido en 4 zonas por las potencias aliadas y, en un primer momento, los partidos políticos estaban prohibidos por el miedo a que restos nacionalsocialistas pudieran organizarse en ellos de forma encubierta (Braunal, 1980: 72).

En la zona oriental el objetivo del KPD, bajo las órdenes de Moscú, era formar un gobierno de coalición antifascista que los comunistas pudieran hegemonizar. La retórica hablaba de completar la revolución burguesa que se había iniciado (pero no completado)

en 1848, y de resistir las tentaciones de avanzar hacia el socialismo cuando no era todavía el momento adecuado. Bajo el esquema estalinista, esto suponía defender instrumentalmente una “república parlamentaria que incorporase derechos democráticos y libertades para el pueblo” (citado en Braunthal, 1980: 75). De nuevo, la socialdemocracia parecía más radical: el SPD se proponía un ambicioso programa de nacionalizaciones en sintonía con los ánimos populares de posguerra. En palabras de su líder Kurt Schumacher:

La necesidad crucial es poner fin a la extorsión capitalistas y arrebatar los medios de producción de las manos de esos magnates para crear una propiedad común, y que la dirección de todo el proceso económico esté, por tanto, no al servicio del interés privado, sino armonizada con los requisitos de la planificación que haga falta (Braunthal, 1980: 76).

Para cumplir con su objetivo, el KPD se propuso la meta de unificarse con el SPD. Según el relato de Julius Braunthal (quien fuera secretario de la renovada II Internacional de posguerra), la razón de ello es que los comunistas constataron que en caso de elecciones abiertas obtendrían unos malos resultados (como había ocurrido en Austria, donde Stalin había nombrado al viejo socialdemócrata Karl Renner y este supo maniobrar para convocar unas elecciones en las que el comunismo fue arrasado por la socialdemocracia). Pero los líderes del SPD no eran ingenuos, sabían que algunas federaciones socialdemócratas de la Alemania oriental estaban a favor de la unificación, pero que la gran mayoría de las federaciones no lo estaban. Liderados en este asunto particular por Franz Neumann, consiguieron que la decisión de la fusión se votase en referéndum, y en la zona occidental de Berlín la idea de fusionarse obtuvo solo un 18% de los votos de los afiliados al SPD. También se tenía consciencia de que Stalin no toleraría un SPD independiente en las zonas ocupadas por el Ejército Rojo, así que cuando llegó la votación en estas zonas, el 19 de abril de 1946, salió aprobada la unificación del SPD con el KPD en un nuevo partido, el SED. El movimiento obrero alemán había entrado en la posguerra, por tanto, casi tan desunido como entró en la guerra (Braunthal, 1980: 80-91).

Pero el impulso popular de posguerra se hizo sentir más allá de todas estas trifulcas partidistas. El *impasse* que produjeron los juicios de Núremberg sobre las clases altas alemanas permitió que los Lander de Baviera, Renania-Palatinado, Bremen y Hessen promulgaran constituciones avanzadísimas, acordes al espíritu partisano de posguerra, entre los años 1946-1947. Cuando EEUU, como gobierno de ocupación, forzó a que algunos artículos pasaran por referéndum con el objetivo de tumbarlos, éstos salieron apoyados de forma mayoritaria: este fue el caso de Hessen donde el artículo 41 que preveía la nacionalización de las minas, ferrocarriles, siderurgias, centrales de energía o grandes bancos, fue aprobado por un 72% de los votantes. En la época de la fundación de la RFA (Conferencia de Londres de 1949) los trabajadores todavía mantenían luchas fuertes por la transformación socialista de la sociedad, como la destacada huelga de noviembre de 1948.

Incluso la democracia cristiana alemana de Adenauer (CDU) se presentó a las primeras elecciones de posguerra con un programa que era explícitamente anticapitalista y en el que figuraba la propuesta de socializar los latifundios, la gran industria y la gran banca:

En el Neheim-Hüstener Programmes de 1946 se hablaba expresamente de “socialismo cristiano”. Y en el Programa de Ahlen (1947) todavía se encontraban piezas retóricas de este tenor: “El sistema económico capitalista no ha sido justo con los intereses vitales estatales y sociales del pueblo alemán. Tras el terrible desplome político, económico y social consiguiente a una política de poder criminal, solo puede triunfar una reordenación radical. El contenido y el objetivo de ese nuevo orden social y

económico no puede ya seguir siendo la aspiración capitalista al beneficio y al poder, sino solo el bienestar de nuestro pueblo” (Domènech, Búster y Raventós, 2013)¹⁵⁴.

En sintonía con el resto de Europa, la llegada de la Guerra Fría frustraría estos intentos transformadores. En un primer momento, en torno a 1946, el Consejo de Control Aliado promovió la desindustrialización de Alemania, reduciendo la producción del acero al 75% y la automovilística a un 10% respecto a las cifras de 1939. Esto respondía a una demanda generalizada de impedir que Alemania pudiera resurgir de las cenizas y convertirse de nuevo en una potencia amenazadora para los demás países europeos. Sin embargo, en la conferencia de ministros de exteriores celebrada en Moscú en la primavera de 1947, los americanos (y con ellos los británicos), temerosos de que una Alemania unificada cayera bajo control soviético, forzaron mantener la división del país fundando la República Federal Alemana –rompiendo así los acuerdos de Postdam– y bloqueando la demanda soviética de que Alemania pagase unas sustanciosas reparaciones de guerra a la URSS (Judt, 2017: 194-195)¹⁵⁵.

Un órgano formado sin elecciones, el Bizonal Economic Council, fue creado en 1947 para presidir la reconstrucción económica y frustrar la demanda popular de socialización de la industria. Después de que el SPD retirara su apoyo a este Consejo, los altos mandos de la nueva entidad consiguieron imponer un programa deflacionario que retiró los controles de precios, impuso un sistema fiscal regresivo y provocó una oleada de huelgas en noviembre de 1948. La derrota de las huelgas tuvo resultado un aumento del desempleo de 450.000 a 1.300.000 personas en 1949 (Apple, 1980: 19).

En el mundo sindical las cosas no fueron mucho mejor. El congreso fundacional de los sindicatos (DGB) de 1949 exigió la planificación económica, la socialización de las industrias estratégicas, y el derecho a la cogestión de las empresas por parte de los trabajadores. En 1951 se impuso la ley de cogestión para la industria minera, del hierro y la del acero. A partir de 1952 los sindicatos perdieron fuelle y aceptaron el conocido “neocorporativismo”, resultado de las presiones que ejerció el ala derecha del SPD. La división del país y la lógica bipolar de la Guerra Fría alimentaron esa frustración de expectativas socialistas: frente a la idea de una economía planificada se oponía la caricatura del método rígido estalinista de la RDA y se invocaba a la Stasi, frente a la socialización de los medios de producción se oponía la baja productividad de la RDA. Por su parte, la RDA de Walter Ulbricht puso fácil la caricatura: baste un vistazo a la historia de las censuras de libertades básicas (especialmente en 1956 cuando se encerró a Ernst Bloch o a Wolfgang Harich y a su grupo). Así se fue construyendo un imaginario que legitimaba el reformismo pro-capitalista del SPD en la RFA.

En términos constitucionales las esperanzas no eran muy prometedoras en un país ocupado militar y administrativamente. La Ley de Bonn se aprobó en mayo de 1949 para la RFA (con el voto en contra del KPD) sin referéndum popular. Fue el producto arquetípico de un constitucionalismo “inducido” (Pisarello, 2012: 146). La ley fundamental alemana contenía escasas referencias a los derechos sociales (art.6) o las libertades sindicales (art.9) y aunque contemplaba aún la posibilidad de la expropiación

¹⁵⁴ En realidad, estos programas cuasi-socialistas no eran del agrado de Adenauer, quien finalmente pudo imponer su propia visión más acorde a la defensa del libre mercado en el programa de Düsseldorf de 1949 (Buchanan, 2012: 57).

¹⁵⁵ Pocos años después, cuando Stalin decidió apoyar la invasión de Corea del Sur liderada por Kim Il Sung en el verano de 1950, la recién creada OTAN se decidió en una cuestión que hasta entonces había levantado muchísimas suspicacias entre sus miembros: el rearme de la Alemania occidental. La campaña en contra del rearme de Alemania fue una de las primeras en las que participaría el joven Thompson.

y socialización, dividió competencias para otorgar al poder judicial la última palabra. Se instituyó un “parlamentarismo de canciller” que reforzaba el poder ejecutivo. Carlo Schmid (un reformador del SPD, y a la postre el redactor del programa de Bad Godesberg –tradicionalmente considerado el programa cumbre del revisionismo y el giro a la derecha de la socialdemocracia de posguerra, véase Gillespie y Gallagher, 1989; M. Schneider, 1987) consiguió que se aprobara una cláusula según la cual las mociones de censura solo podían ser constructivas –esto es, su aprobación quedaba condicionada a la propuesta y aprobación *in situ* de un nuevo candidato–, algo que limitaba su funcionalidad. En relación con la estructura económica, la Ley de Bonn acuñó una expresión que haría fortuna al definir la RFA como un “Estado social y democrático de derecho”. Es un concepto que podría haber tenido lecturas socialistas como las que hizo Wolfgang Abendroth (inspirado por Herman Heller), pero que acabaron decantándose por su lado más reaccionario de la mano del jurista conservador Ernst Forsthoff; donde “social” era un correctivo débil de la economía capitalista pero no implicaba iguales oportunidades en el proceso económico. En cualquier caso, la formulación recogía el espíritu de la época de constitucionalizar las obligaciones del Estado de cara a limitar y regular los derechos de propiedad privada (Kammler, 1971: 108).

Según Abendroth, en la Alemania oriental el Espíritu del 45 tuvo algo más de recorrido: “se expropió a los grandes propietarios mediante una ley de reforma agraria y con la confiscación de las empresas cuyos propietarios eran nacionalsocialistas”, en Sajonia se hizo por referéndum en 1946 (ganaron 2,7 millones a favor frente a 700,000 en contra) y se nacionalizaron la industria, los bancos y el comercio mayorista (Abendroth, 1968: 156). Pero, como veremos posteriormente, la estalinización de los países de la órbita de la URSS serían el otro factor mortal para el Espíritu del 45, y cuando ese proceso llegó al SED, el *momentum* democrático conocería un abrupto final.

Suecia

Suecia era un país con una larga tradición de autoorganización obrera. Desde mediados del siglo XIX cobraron mucha importancia las cooperativas de consumo, las asociaciones fraternales o los grupos de autogestión. En 1898 se constituyó la Confederación General del Trabajo que tuvo uno de los índices de huelgas más altos de Europa. El Socialdemokratiska Arbetarepartiet (SAP) ya era en 1917 el partido más poderoso de la cámara, obligando a los liberales a aprobar en 1918 una ley de pensiones y a extender la asistencia social a los estratos populares, y entre 1932 y 1988 obtuvo siempre más del 40% de los votos (Therborn, 2018). El SAP gobernó el país de forma continua desde 1932 a 1976¹⁵⁶. Aliado con el Partido Agrario desde la época de los frentes populares y hasta al menos 1957, supo atraerse los apoyos campesinos, y posteriormente aliado con el Partido Comunista desde los sesenta, bloqueó su oposición por la izquierda. Dadas las peculiaridades del caso sueco, el Pacto Social de posguerra se puede remontar hasta los Acuerdos de Saltsjöben de 1938, que sentarían unos precedentes que aparecerían recogidos décadas más tarde en la Constitución social de 1975 (Pisarello, 2012: 137).

¹⁵⁶ El patrón de éxito electoral de la izquierda escandinava ya ha sido estudiado en múltiples ocasiones y no ahondaremos en él. Baste señalar que el Partido Laborista noruego ganó las elecciones en octubre de 1945 y permaneció en el poder hasta 1965. En Finlandia los comunistas lideraron un gobierno de coalición surgido de las elecciones de marzo de 1945 en las que fueron segunda fuerza con un 23,5% (aunque serían expulsados de él en 1948), mientras que los socialdemócratas daneses, el partido más grande en el parlamento danés entre los años 1924 y 2001, estuvieron en el gobierno de 1947 a 1950 (Buchanan, 2012: 63).

A pesar de haber estado gobernada por los socialdemócratas, Suecia se mantuvo neutral durante la Segunda Guerra Mundial a cambio de un alto precio: mantuvo la venta de hierro a la Alemania nazi, cubriendo el 40% de la demanda alemana, y permitió el paso de soldados alemanes por su país para la Operación Barbarroja y para la retirada desde Noruega (Judt, 2017: 135-136). Al mismo tiempo, el gobierno sueco colaboraba con los países aliados en operaciones de inteligencia militar, refugio de exiliados políticos y, a partir de 1944, cedió a los aliados sus bases aéreas. Cuando acabó la guerra, sin embargo, esta posición independiente, la fuerza del SAP y el “optimismo generalizado” (Östberg, 2015) que surgió de la posguerra (ese *momentum* democratizador en su versión sueca) permitieron al país adoptar una postura casi única en Europa frente a la Guerra Fría: Suecia fue uno de los países líderes del bloque de los países no alineados y el SAP criticó la creación de la OTAN. Su famoso líder, Olof Palme, se convirtió en un icono a favor de la descolonización y un crítico de las operaciones militares occidentales como la Guerra de Malasia o la Guerra de Vietnam.

La hegemonía del reformismo socialdemócrata sueco permitió construir el Estado de Bienestar más poderoso y con mejores indicadores en universalidad de prestaciones, reducción de la desigualdad, índice de desarrollo humano, etc. En gran parte esto fue obra de los sindicalistas Rudolf Meidner¹⁵⁷ y Gösta Rehn que esbozaron la estrategia finalmente adoptada por el país en su informe de 1951 para la Confederación sueca de sindicatos (LO) titulado *The Trade Union Movement and Full Employment* (recogido en Rehn, 1989 [1951]). Esta es la mejor concreción del Espíritu del 45 en Suecia, que tuvo un importante y original reavivamiento –tras el enorme ciclo de movilización popular de finales de los 60 y casi toda la década de los 70– en el famoso Plan Meidner que intentaría aprobarse a mediados de los 70 y cuya derrota marcaría el giro al socialliberalismo por parte del SAP (Higgins y Apple, 1983)¹⁵⁸.

¹⁵⁷ Rudolf Meidner fue el economista jefe de la LO y uno de los principales arquitectos de la universalidad y las reformas más llamativas del Estado social sueco. De origen alemán y judío, se exilió de Alemania en 1933 y en 1938 aterrizó en Suecia como refugiado.

¹⁵⁸ Aparte del informe a la LO ya mencionado, su mayor contribución a la historia del socialismo internacional fue el conocido como Plan Meidner. Cuando los sindicatos suecos enfrentaron una serie de dilemas estructurales desde finales de los 60 (cambios tecnológicos, cambios en la demanda internacional, caída de la inversión privada, deslocalizaciones, etc.) respondieron de forma más ambiciosa con el Plan Meidner, esto es, poniendo en cuestión la soberanía del capital privado sobre la inversión. La agitación por la democracia industrial comenzó a finales de los sesenta, y consiguió importantes reformas legales a mediados de los 70 (la “Co-Determination Act” sería una de las más importantes) que aumentaban el poder de los sindicatos en el punto de producción (Higgins y Apple, 1983: 623-624). Pero la LO decidió ir más allá y adoptó el Plan Meidner en su congreso de 1976. La confederación sindical cometió el error de presentárselo al SAP como un “hecho consumado”, lo cual enturbió las relaciones entre ambos. La dirección del SAP no se compadecía en absoluto con la radicalidad de Meidner, y el documento finalmente aprobado en 1981 era una versión ultradescafeinada del original. En su versión original, la idea básica era que cada compañía con más de cincuenta empleados estuviera obligada a emitir cada año nuevas acciones equivalentes al valor del 20% de sus beneficios. Las acciones no podrían venderse, sino que debían entregarse a una red de “fondos de asalariados” (*wage earners funds*). Estos mantendrían las acciones y reinvertirían los ingresos que obtendrían de los dividendos para financiar el gasto social futuro. A medida que crecieran los fondos asalariados, podrían desempeñar un papel cada vez más importante en la política de dirección de las corporaciones que poseían. De esta forma, los trabajadores pasaban a comprar poco a poco sus propias empresas, ganando control no solo sobre el puesto de trabajo (*workplace democracy*) sino sobre las decisiones de inversión y distribución de ingresos (Blackburn, 2005). Recientemente, el Plan Meidner fue rescatado en una versión más suave, pero que sostiene su principio básico (control de los instrumentos financieros en manos de los empleados para apropiarse poco a poco de la dirección del proceso económico), por el economista jefe del corbynismo, John McDonnell (véase la comparación en Martínez-Cava, 2018c).

Según los sindicatos suecos, el problema del pleno empleo no podía resolverse simplemente disciplinando a la mano de obra o restringiendo sus salarios, como parecía ser la tendencia en Europa (porque esto sería *contranatura* para los sindicatos que se crearon precisamente con el objetivo de defender a los trabajadores, véase Rehn, 1989: 229). Tampoco vieron la necesidad de un juego de suma cero, sino que buscaron una política de colaboración de clase donde se impulsaran la productividad y la eficiencia industrial como condición para obtener más trabajos y mejores salarios (Higgins y Apple, 1983: 613). Su planteamiento fue muy novedoso: ponía el foco en la excesiva concentración de beneficios por parte de la patronal. Para evitar las “derivadas salariales” (modificaciones en determinados sectores que no son resultado de la negociación colectiva y que suelen tener como efecto la fragmentación de las fuerzas del trabajo), buscaron una política de rentas que fuera coordinada a lo largo de *todo* el mercado laboral, con especial énfasis en mejorar los salarios de los trabajos peor pagados. Así que el sindicalismo debía abandonar su trinchera de negociación salarial e inmiscuirse en estrategias de transformación social más profundas, que implicasen no solo moderar a la fuerza de trabajo cuando hiciera falta, sino especialmente disciplinar a la patronal. En el modelo sueco además se previó el problema de la inflación, proponiendo que el Estado adoptase una política fiscal restrictiva que contuviera las presiones inflacionarias al exprimir los altos beneficios (Apple, 1980: 32). La fuerza de su estrategia es que no apuntó solo a la *formación de salarios*, sino que se dirigió sobre todo a la *formación de beneficios*.

El sindicalismo de la LO fue capaz de marcar el paso al partido socialdemócrata sueco en algunos momentos, y cuando lo hizo, sostienen los sindicalistas W. Higgins y N. Apple, este obtuvo sus mejores resultados electorales. En los 60 la LO consiguió que se implantaran una serie de innovaciones macroeconómicas que dieron una tasa de crecimiento excepcional a Suecia (alcanzando el ingreso nacional por cápita más alto del mundo). Y mientras que la participación electoral caía en otros países de Europa, en Suecia no solo mantuvo buenas cifras, sino que hasta aumentó (77% en 1958, 85% en 1960, y 88% en 1970).

El ambicioso reformismo gradualista de corte anticapitalista de la LO convivió, sin embargo, con ciertos impulsos “adaptativos” al nuevo orden mundial de la Guerra Fría de la dirección del SAP y de algunos propios dirigentes de la LO. Esto se vio fortalecido por la discreta colaboración de Palme con la OTAN y los EEUU en temas de defensa, que contradecían la neutralidad. Ciertamente, fue una posición ambivalente y compleja, que tan pronto permitía a Palme criticar la Guerra de Vietnam o abrazar a Fidel Castro como mediar en la Revolución de los Claveles portuguesa para conducirla a los caminos del capitalismo embrizado dejando de lado las aspiraciones rupturistas (Östberg, 2015).

Grecia

Grecia fue el objetivo estratégico de los británicos en las negociaciones con Stalin, ya desde el Acuerdo de los Balcanes. Era la ruta principal por el Mediterráneo del Reino Unido, y si controlaba este mar, controlaba el paso a Oriente a través del Canal de Suez.

En Grecia la resistencia había sido liderada heroicamente por el Frente de Liberación Nacional (EAM) hegemónico por los comunistas, en el que participaba una amplia alianza que incluía al Partido Socialista de Svolos y a la Unión Democrático Popular de Tsirimokos. El EAM había organizado un ejército de liberación (ELAS) que fue la principal fuerza armada de la resistencia contra la ocupación alemana. Por su parte, el rey

de Grecia, Jorge II, tras haber incumplido la constitución en 1936 para instalar el régimen fascista de Ioannis Metaxas, había huido del país y residía en Londres exiliado.

En marzo de 1944 el EAM formó un gobierno provisional. Tras un motín de las tropas griegas en Egipto que reclamaban el reconocimiento de este gobierno contra la posibilidad de que Jorge II volviera al país, el Imperio británico decidió suprimir el motín y forzar un acuerdo (*Caserta Agreement*) según el cual este gobierno provisional se disolvería, y el primer ministro Papandreu concedería poderes al general británico Ronald M. Scobie para quedarse con sus tropas varios meses después de la liberación. En abril de 1945 se llegó a un acuerdo de desmovilización por el que el ELAS abandonó las armas, y el EAM aceptó sin resistencias el desembarco de varios miles de soldados británicos que se sumaron a los que ya estaban. Para su sorpresa, estos no vinieron a ayudarles a terminar con los restos del fascismo alemán y griego, sino que colocaron en puestos de poder precisamente a los colaboracionistas. Mientras el EAM organizaba fiestas y desfiles para celebrar la victoria, Churchill preparaba su sangrienta traición (Fontana, 2011: 55-56). A finales de ese mismo año estalló la guerra civil por iniciativa británica. Los comunistas griegos esperaron en vano la ayuda de Stalin, que respetó escrupulosamente el Acuerdo de los Balcanes: ni una sola noticia salió en *Pravda* en apoyo de los partisanos.

El joven oficial Edward Palmer Thompson entendió con perfecta claridad que esta acción de Churchill no solo rompía traicioneramente la confianza de las fuerzas antifascistas tejida en los años anteriores, sino que era la primera de una serie de desastres que pondrían fin al Espíritu del 45:

En 1944 yo era un soldado en Italia: al final del año mi regimiento estaba a la espera para servir contra el ELAS de Grecia. Fue entonces cuando empezó para mí el movimiento pacifista (Thompson, 1991c).

En enero de 1946 el ELAS ordenó el alto el fuego y dos meses después tuvieron lugar unas elecciones que la izquierda decidió sabotear. Un referéndum posterior decidiría la vuelta a la monarquía de Jorge II. Ante el clima de represión generalizada contra toda la izquierda, los comunistas volvieron a tomar las armas en el otoño de 1946 y la guerra civil continuaría durante tres años más. En la primavera de 1948 la mitad de Grecia y un tercio de la población rural estaban bajo control del Ejército Democrático de Grecia liderado por los comunistas. Las tropas británicas permanecieron en Grecia hasta la primavera de 1947, cuando serían relevadas por tropas norteamericanas. Tras recibir financiación y entrenamiento militar estadounidense, el ejército monárquico griego en funciones pudo oponer un bloque de 250.000 hombres a la guerrilla partisana de 26.000 (Buchanan, 2012: 67). El resultado de la guerra tuvo como resultado la cifra de 100.000 muertos, 5.000 ejecutados y 800.000 desplazados, sin contar la brutal represión (“Terror blanco”) y los campos de concentración para los partisanos del ELAS (Fontana, 2011: 67)¹⁵⁹.

Dentro del campo aliado la intervención británica dejó sorprendidos a muchos. Roosevelt estaba disgustado con ella, e incluso el propio gabinete de ministros de Churchill presentó sus quejas porque este había tomado la decisión sin avisarles. En la Cámara de los Comunes, Aneurin Bevan y Emanuel Shinwell lanzaron duras críticas contra la decisión del primer ministro, y el Congreso anual del Partido Laborista de diciembre de ese mismo año condenó sin matices la intervención (únicamente Ernest

¹⁵⁹ Esta dura historia fue inmortalizada en *El viaje de los comediantes* de Theo Angelopoulos (1975).

Bevin defendió sin ambages a Churchill bajo el argumento de que “el Imperio británico no puede rendir su posición en el Mediterráneo”, citado en Braunthal, 1980: 109)¹⁶⁰.

El caso griego es único porque se trata del primer conflicto bélico de una Guerra Fría todavía no declarada, y porque representa un país en el que el *momentum* democratizador de la resistencia partisana no pudo materializarse en la posguerra, sino que fue abortado de forma artificial por una potencia mayor (Reino Unido, y luego los EEUU) temerosa de perder su influencia sobre el Mediterráneo. Un significativo aviso de lo que estaba por venir.

Europa del Este

Los países vecinos de la Unión Soviética no forman una excepción al Espíritu del 45, también tuvieron un movimiento obrero reforzado con agenda propia que en los mismos años trató de transformar la estructura básica de la sociedad. Comprender su historia nos permite entender por qué Thompson siempre reivindicaría una idea amplia de Europa:

Mi generación es la última que fue testigo de ese momento siendo adulta. Nuestra consideración de Europa sigue siendo hasta el presente algo distinta de la de las generaciones más jóvenes. Europa incluía, para nosotros, Varsovia, Praga y Budapest y, más lejos aún, Leningrado y Moscú. Sin embargo, para muchos jóvenes europeos “Europa” significa actualmente y ante todo la Comunidad Económica Europea (Thompson, 1983 [1981]: 201)¹⁶¹.

En Polonia, se había formado un gobierno en el exilio liderado por el general Sikorski como primer ministro, ubicado en Londres (sustituido tras su muerte por Mikolajczyk). Fue reconocido por las potencias occidentales aliadas, pero Stalin había roto relaciones con él con motivo de la masacre de Katyn. En el verano de 1944 Stalin había formado un gobierno alternativo filosoviético, el llamado “gobierno de Liubliana”. Su objetivo era crear un perímetro de seguridad en los países que rodeaban a la URSS (especialmente en Polonia) para impedir que en el futuro pudiera repetirse un ataque como el alemán. Su problema fue que, por diversas razones, los polacos estaban poco dispuestos a ser gobernados por un gobierno de tendencia rusa, y por razones religiosas, menos dispuestos aún a ser gobernados por los comunistas (Braunthal, 1980: 95). Stalin sabía que el gobierno que necesitaba no sería el resultado de unas elecciones democráticas libres.

¹⁶⁰ Las intervenciones del ejército británico en clave imperial fueron más allá de mantener su propia posición: pocas semanas después de que terminara la guerra, Gran Bretaña se embarcó en el uso de tropas japonesas contra los vietnamitas, apoyando el dominio colonial de Francia, así como el dominio colonial holandés en Indonesia contra los movimientos de liberación nacional. En pocos años, bajo gobierno laborista, Gran Bretaña estaría enviando tropas a Malaya, Kenia y Chipre “contra aquellos que parecían creer que el derecho a ejercer la soberanía sobre su propio país era un derecho inalienable” (citado en Saville, 1991: 19).

¹⁶¹ Las opiniones de Thompson sobre Europa suelen concentrarse justamente en el problema de la división artificial que creó la Guerra Fría y que impedía esa Europa de los pueblos de la que hablaría, sobre todo, en sus escritos de los años 80 (Thompson, 1983, 1985b). Thompson criticó el Mercado Común y la Comunidad Económica Europea (véase también 4.2.1. en esta tesis) porque contribuían a romper los lazos de solidaridad entre los movimientos obreros del Este y del Oeste, dividiendo artificialmente Europa con instituciones mercantiles. También fue crítico con el europeísmo de François Mitterrand y la *Ostpolitik* de Willy Brandt considerando que era insuficiente, porque carecía de la “iniciativa popular” que podría permitir avanzar hacia el internacionalismo socialista: “Debemos despertar a la Europa real, nuestra Europa, una vez más. Esta Europa alternativa fue una realidad en 1945 –una realidad sentida por la gente desde Casino hasta Lídice, y desde Gales del Sur hasta Stalingrado. Ahora duerme, pero nunca ha sido la misma Europa que la de la OTAN y el Mercado Común. Primero debemos conseguir que sea consciente de su propia existencia, después debemos conseguir que sea lo suficientemente fuerte como para cercar a los defensores del Armagedón” (Thompson, 1960b: 64).

Polonia se convirtió en el gran escollo para las negociaciones de Yalta: 6 de las 7 sesiones de la Conferencia se dedicaron especialmente a este país. La muerte de Roosevelt el 12 de abril de 1945 complicó más el asunto, porque el nombramiento de Truman vino acompañado de una corriente de antibolchevismo que fue convirtiéndose en hegemónica en los principales mandos del Estado norteamericano. Sin embargo, Stalin aprovechó los sentimientos filosoviéticos de Mikolajczyk para incluirle en el gobierno de Liubliana, y aplacó las desconfianzas de Churchill y Truman. El nuevo “peligro” para el Kremlin era evitar unas elecciones libres que el Partido Popular de Mikolajczyk pudiera ganar. Aprovechando la presencia de tropas soviéticas en Polonia, los líderes soviéticos iniciaron una campaña de represión que arrestó a los principales líderes del Partido Popular y suprimió la prensa libre. Su segundo movimiento fue forzar la fusión del Partido Socialista con el Partido Comunista controlado por Moscú, de tal manera que la amenaza por la izquierda quedase controlada. Una vez se aseguró el control de ambos lados del espectro político, el Partido Comunista convocó elecciones en enero de 1947 en una atmósfera sembrada de miedo, y el bloque formado por comunistas y socialistas obtuvo el 80% de los votos (Braunthal, 1980: 96-103).

En Rumania, el *momentum* democrático se expresó de forma bien diferente. En marzo de 1945 se expropiaron 1 millón de hectáreas a los *kulaks* y a los criminales de guerra y se distribuyeron entre más de 600.000 campesinos pobres o sin tierras (Judt, 2017: 127). Los soviéticos aprovecharon también la presencia de su ejército para instalar por la fuerza un gobierno aliado. El Partido comunista rumano, prohibido desde 1924, tenía en 1944 solo 1.000 miembros; tan solo un año más tarde, registraba 800.000 (Braunthal, 1980: 115). Un carnet del partido significaba, en la posguerra rumana, el acceso a la alimentación, al trabajo, a la inmunidad ante la persecución, etc. También aquí los comunistas trataron de absorber al partido socialdemócrata, con técnicas de infiltración (en 1946 más de la mitad de los miembros de la ejecutiva del partido socialista rumano eran ya comunistas infiltrados). En las elecciones de noviembre de 1946 los comunistas consiguieron presentar listas conjuntas con los socialistas y obtuvieron casi el 70% de los votos. Un año después, el partido socialista se fusionó con el comunista y el país quedó incorporado a la órbita soviética.

En Bulgaria la situación era paradójica, porque sus dirigentes nunca habían declarado la guerra a Stalin a pesar de ser un gobierno aliado de Hitler. Diez días después de que el gobierno búlgaro pidiera cesar el fuego a las potencias occidentales, Stalin declaró la guerra a Bulgaria para poder ocuparla. Tres días antes de la entrada de tropas soviéticas, el Frente Nacional (la resistencia búlgara) liderado por Traichko D. Kostov ordenó la insurrección generalizada. Se formó un gobierno provisional. La “purga” de los elementos no filosoviéticos dentro del Frente Nacional comenzó pronto. Un decreto de marzo de 1945 legalizaba la actividad de los partidos políticos, pero solo de aquellos que formaban parte del Frente. En las elecciones de noviembre de 1945 el Frente obtuvo el 86% de los votos. Los líderes de los partidos campesinos y de clases medias fueron arrestados y en febrero de 1948 se fusionaron el partido socialista y el comunista (Braunthal, 1980: 117-118). Thompson conocía particularmente bien el caso búlgaro, porque su hermano Frank había sido enviado como agente especial para una delicada operación, y murió a manos de los fascistas búlgaros por una serie de (¿deliberados?) errores de planificación (errores de los que Edward responsabilizaba al Reino Unido y a la URSS, véase su propia investigación sobre la muerte de su hermano en Thompson, 1997a).

En Hungría el mariscal Voroshilov instaló en octubre de 1944 un gobierno provisional formado por socialdemócratas, representantes de los partidos del campesinado y comunistas. El Partido Comunista húngaro pasó de los 2.000 afiliados en otoño de 1944 a los 700.000 en 1947 (Braunthal, 1980: 161). En las elecciones libres convocadas en noviembre de 1945 el partido de los campesinos se llevó la mayoría absoluta con un 57% del total de votos. Se formó un gobierno de coalición con ministros de los tres partidos, que inició una transformación a gran escala de la propiedad del país. El Programa Szeged de diciembre de 1944 señaló las líneas de actuación de una política por la cual se expropió más de un tercio de la superficie total del país a los grandes propietarios: las propiedades semif feudales fueron abolidas, y cerca de 3.200.000 hectáreas se repartieron entre los casi 650.000 pequeños propietarios campesinos. Las minas, la industria pesada, las plantas de electricidad, el sistema de transportes y el banco nacional (junto con los principales bancos privados) fueron nacionalizados (Braunthal, 1980: 162). Pero una vez comenzó el cambio de políticas de Stalin en 1947 con motivo de la Guerra Fría, la cuestión de la independencia de Hungría respecto al bloque soviético quedó zanjada, y el líder del partido comunista, Máthiás Rákosi, pilotó un proceso de desgaste y descabezamiento del partido de los campesinos aprovechando la verosímil amenaza de contrarrevolución. Una vez terminó con este, Rákosi procedió a debilitar y absorber a los socialdemócratas. En agosto de 1947 se convocaron elecciones y, mediante una manipulación electoral, cerca de 300.000 votos irregulares dieron la victoria a los comunistas. Posteriormente, uno de los líderes del partido socialista, que era un comunista infiltrado, anunció que otros dirigentes del partido habían dimitido y que se había decidido fusionarse con el partido comunista. La historia era falsa, pero una vez anunciada provocó una deserción masiva de decenas de miles de militantes. Poco después, el partido socialista decidió formalmente fusionarse con el comunista (Braunthal, 1980: 163-167). De nuevo, la guerra sucia de los estalinistas permitió colocar otro país cercano a la URSS bajo su mando. El cinturón seguía creciendo.

Checoslovaquia había sido una de las joyas de la corona del movimiento obrero europeo, por su pluralidad de tradiciones políticas y su asombroso nivel de autoorganización y movilización popular, más parecido en esto a algunos países europeos como Alemania o Austria que a otros países de Europa del Este. En la posguerra, ese espíritu democratizador tuvo una concreción muy clara: a la altura de 1947 casi la totalidad del transporte estaba nacionalizado, cerca del 80% de los trabajadores industriales eran empleados públicos, y los bancos, las minas, las empresas de seguros, los principales suministros, el acero, las fábricas químicas, las industrias de procesamiento de alimentos ya habían sido nacionalizadas. Un total de 2.119 empresas (Judt, 2017: 117). En este país las condiciones eran más difíciles para la estalinización. Ninguna contrarrevolución reaccionaria amenazaba en el horizonte (como sí lo hacía en Hungría), ni tampoco formaba parte del “área de influencia soviética” reconocida por los aliados (como sí formaban parte Polonia, Bulgaria o Rumanía). El ejército soviético se retiró del país en fecha tan temprana como 1945. Durante la guerra se formó el gobierno provisional del “Frente Nacional” que adoptó el “Programa de Košice”¹⁶². La república

¹⁶² El gobierno provisional de Checoslovaquia de 1944-1946 puede ser considerado un ejemplo casi de manual de “dictadura comisaria” moderna en condiciones de guerra. El poder ejecutivo residía en un organismo formado por los líderes de los partidos que formaban parte de la coalición, pero estos respondían ante una asamblea conformada por delegados (40 delegados por partido, y 60 representantes de distintos grupos de interés del país). Se trataba de una dictadura, pero que estaba prevista como medida temporal y de excepción para poder instaurar una democracia parlamentaria plena, y que no estaba “basada en el dominio exclusivo de un solo partido, sino en una coalición de partidos legales que no interfirió en el

checoslovaca sentaría así los pilares de un sistema de bienestar social con respeto por las libertades básicas que incluiría además un ambicioso proceso de democratización de la economía –reforma agraria incluida– pilotado por los sindicatos. Ese mismo verano se puso en marcha la reforma agraria por decreto y sin indemnización –más de 3 millones de hectáreas fueron repartidas entre 300.000 pequeños campesinos– y las nacionalizaciones a gran escala, incluyendo las minas, el acero y el metal –en total más de 3.000 empresas. En la primavera de 1946 el Partido comunista contaba con casi 1.200.000 afiliados. En las elecciones de mayo de 1946 obtuvieron el 39,6% de los votos, frente a un 22,5% de los socialistas, un 16% de otros socialdemócratas y un 19,2% de la democracia cristiana. Poco antes de las maniobras para la estalinización, sostiene el historiador Julius Braunthal, se podía defender que Checoslovaquia estaba en su particular “ruta al socialismo”: dos tercios de los recursos productivos en manos públicas y un proyecto de constitución democrática ya redactado. Pero el proceso no llegaría a consumarse. La degeneración comenzó cuando Stalin llamó a Moscú al líder del partido, Gottwald, para obligarle a que Checoslovaquia no aceptase entrar en el Plan Marshall en el que estaba a punto de entrar. En noviembre de 1947 Gottwald anunció que la República estaba amenazada por las fuerzas de la contrarrevolución checas y por el separatismo eslovaco. El líder escogió una crisis interna del gobierno de coalición como motivo suficiente para hacerse con plenos poderes. Tensó la situación hasta que los líderes de los partidos no-socialistas dimitieron, ocasión que aprovechó para declararlos como enemigos del pueblo, y mientras tanto movilizó a todas las bases comunistas que inundaron las calles del país. Se formó un nuevo gobierno de mayoría comunista que convocó unas elecciones en las que solo podían presentarse los miembros del Frente Nacional (reducido ahora a socialistas y comunistas), y Gottwald obtuvo el 89% de los votos (Braunthal, 1980: 170-181).

En resumen, la Europa del Este vivió también su propio *momentum* democrático en la posguerra, que en muchos casos se tradujo en ambiciosos programas de transformación social. Sin embargo, como hemos visto, en muchos de estos países los procesos fueron abortados a partir de 1947 cuando Stalin decidió sacrificar esas transformaciones para aumentar su control sobre estos países y garantizarse un “perímetro de seguridad” en la recién declarada Guerra Fría. Esto supuso, para la gran mayoría de estos países, no solo perder su soberanía nacional, sino ver cómo se revirtieron las conquistas democráticas y sociales del período. En suma, los intereses del movimiento obrero europeo occidental y los intereses soviéticos se habían vuelto a escindir.

La cara oscura del período

El Espíritu del 45 es una etiqueta atractiva para denominar las oportunidades políticas abiertas en ese período (1943-1947) que, como explicaremos con más detalle en el epígrafe siguiente, se extinguieron con la Guerra Fría. Pero no deberíamos olvidar que ese clima de entusiasmo popular tenía una segunda cara: la del hambre –el famoso invierno de 1946-1947 fue uno de los más duros que se recuerdan– y la de la venganza, particularmente contra los millones de alemanes residentes en países extranjeros que habían sido invadidos por el III Reich. Como consecuencia de esta violencia, se estima que durante los primeros años de posguerra hubo cerca de 2 millones de personas muertas

disfrute de los derechos democráticos” (Braunthal, 1980: 171-172). Para la distinción entre la vieja institución romana de la “dictadura comisaria” y la moderna “dictadura soberana”, véase Domènech (2019).

por motivo de los malos tratos, linchamientos, violaciones o suicidios (Fontana, 2011: 34).

Especialmente llamativo fue el durísimo trato que recibieron las comunidades de ascendencia alemana residentes desde hacía décadas o siglos en otros países diferentes a Alemania. Por ejemplo, Edvard Beneš, presidente de Checoslovaquia, expulsó a cerca de tres millones de alemanes del país en cuestión de año y medio, en un proceso en el que murieron casi 270.000 personas a las que se les confiscaron sus propiedades (que sumaban un cuarto del valor de la riqueza nacional). De Hungría se expulsaron 623.000 alemanes, de Rumanía 786.000, de Yugoslavia cerca de 500.000 y de Polonia 1.300.000 (Judt, 2017: 52-53, 71). Pero también fue terrible el trato que recibieron los desplazados o refugiados soviéticos que, por distintas razones, temían volver a la URSS y fueron forzados a hacerlo por las autoridades occidentales: de los 5 millones y medio de ciudadanos soviéticos repatriados entre 1945-1953, uno de cada cinco acabó fusilado o en el *gulag* y un número mayor fue enviado a Siberia y otros lugares de trabajos forzados. Una vez estalló la Guerra Fría, 1 millón y medio de personas procedentes de países del bloque soviético se pudo atener al estatuto de “refugiado político” para evitar la repatriación forzosa (Judt, 2017: 59-60).

El hambre, pero no la venganza, es algo que conoció sobradamente la Gran Bretaña de Thompson, devastada por los bombardeos y exhausta por el esfuerzo bélico. De cómo salieron los británicos de la guerra, de las expectativas que tuvieron y de cómo estas también se vieron parcialmente cumplidas y en gran medida defraudadas, es de lo que nos ocuparemos ahora.

2.3.3. “Un nuevo radicalismo popular”. El caso británico

El Espíritu del 45 tuvo también su expresión en el Reino Unido, país que suele citarse tradicionalmente para explicar los orígenes del “Welfare State”¹⁶³ y del Pacto Social de posguerra. Pero hay una parte de esta historia que no suele explicarse (al menos no con tanta frecuencia) y es justamente el *momentum* democrático, el impulso popular, que llevó a esas reformas institucionales. Thompson insistió repetidas veces en ello:

Recuerdo que también había obreros, soldados y estudiantes en Inglaterra. También allí hubo un movimiento afirmativo hacia adelante muy considerable. La lucha por la vivienda, o las huelgas, o el sentimiento de euforia cuando se nacionalizaron las minas y se introdujo la seguridad social, todas estas cuestiones positivas formaron parte de la propia experiencia. De modo que no se trataba solo de ir a ver cómo sucedía en otros lugares. Nos parecía que los partisanos yugoeslavos eran un ejemplo supremo de este tipo de actividad, un ejemplo sorprendente, pero no totalmente distinto (Thompson, 1984b [1976]: 303).

Aunque la dirección del Labour puso en marcha una de las mayores transformaciones que ha conocido la sociedad británica, su estrategia se vio enormemente constreñida por limitaciones tanto exteriores como propias. El economista polaco Michael Kalecki – mientras trabajaba en el Oxford Institute of Statistics– lanzó en 1942 la siguiente advertencia a un Partido Laborista que poco después ganaría las elecciones:

El Partido Laborista no debe hacerse ilusiones sobre la gran lucha que tendrá que librar contra esos grupos [de interés capitalista]. Resistirán fieramente porque lo que está en juego no es tanto su nivel

¹⁶³ El propio concepto de “Welfare State” o Estado de Bienestar fue acuñado precisamente en este país, en concreto por William Temple, arzobispo de Canterbury, en los años 40.

de beneficios como su poder social y personal, que toma dos formas: poder sobre la sociedad en su conjunto y poder sobre los trabajadores en la industria. En la medida en que permanezca la primera forma de poder, todos los esfuerzos de los trabajadores para disminuir la segunda forma, en las fábricas y a través de los sindicatos, solo pueden tener un éxito limitado. (...) Lo importante, sin embargo, es que el Labour no debería asustarse de las consecuencias de la revolución social dentro de las industrias, sino que debería convertirse él mismo en el líder de la situación, no intentando sofocar el ánimo de los trabajadores, como hicieron los líderes del Frente Popular en Francia, sino dirigiendo este contra los enemigos de la planificación democrática (Kalecki, “The Essentials of Economic Planning”, *Selected Essays on Economic Planning*, citado en Bellamy Foster, 2013).

Como veremos en este apartado, la dirección del Partido no estaba por esta labor. El consejo de Kalecki no fue escuchado, y el resultado de todo ello será un proceso de degeneración que llevó a la derrota electoral de los laboristas en 1951 y a una transformación interna del propio socialismo inglés (“revisionismo”), que será una de las mayores preocupaciones para Thompson.

En esta reconstrucción histórica nos remontaremos hasta los orígenes del Partido Laborista para comprender en qué consiste la tradición “laborista” (como diferenciada del socialismo o el radicalismo). Analizaremos asimismo los turbulentos años 30, la llegada al poder de Clement Attlee y la degeneración posterior del gobierno laborista. Esta es la historia del Espíritu del 45 en Gran Bretaña.

“Excavar madrigueras por todas partes”: el inveterado reformismo de la clase obrera británica

Para Thompson la formación de la clase obrera británica había coincidido con el final del viejo radicalismo republicano inglés y con las aportaciones del romanticismo como reacción a la Revolución industrial. En este sentido, la primera clase obrera nació entretejida con toda una serie de demandas revolucionarias –herencia de las revoluciones francesa, inglesa y americana– que no consiguieron hacerse realidad pero que, pese a ello, marcarían el tono y el fondo normativo del socialismo inglés (véase el epígrafe 4.1. en esta tesis). Esta clase obrera radical alcanzaría su máximo punto de expresión en la experiencia del cartismo, su derrota supuso un antes y un después en la historia obrera:

Lo que sucedió fue que una combinación entre la derrota política y la recuperación económica llevó a la desintegración de la conciencia cartista muchos elementos heterogéneos, que habían sido contenidos con destreza dentro de ella. Los trabajadores manuales estaban muy deprimidos, desalentados y envejecidos como para continuar la lucha; los trabajadores especializados encontraron medios para avanzar por sí mismos dentro de la organización vigente; los trabajadores no especializados se sumieron en la apatía (“¡Revolución otra vez! o tápate los oídos y corre” en Thompson 2016 [1960]: 402).

Fueron los trabajadores industriales sobre todo los que, renunciando a la movilización política de masas, se adaptaron mejor al nuevo ciclo, consiguiendo algunas conquistas parciales, pero renunciando a su transformación revolucionaria. En “Las peculiaridades de lo inglés” (1965) el historiador reconoció una tendencia a la resistencia numantina como una característica europea resultado de la derrota del ciclo revolucionario 1830-1848 (véase 2.2.1.), aunque señalaba que estaba mucho más acentuada para el caso británico:

Porque los trabajadores, al no haber derrocado a la sociedad capitalista, **comenzaron a excavar madrigueras por todas partes**. Esta “cesura” es exactamente el período en el que se crearon las instituciones de clase características del movimiento obrero –sindicatos, consejos de oficios, las T.U.C., las cooperativas y todo lo demás– que han perdurado hasta nuestros días. Era parte de la lógica de esta nueva dirección que cada avance en el marco del capitalismo involucrara simultáneamente a la clase trabajadora mucho más profundamente en el *statu quo*. A medida que

mejoraron su posición gracias a la organización en los talleres, se volvieron más reacios a participar en estallidos quijotescos que podrían poner en peligro las ganancias acumuladas a ese coste. Cada afirmación de la influencia de la clase trabajadora dentro de la maquinaria estatal democrático-burguesa los involucraba simultáneamente como socios (incluso si eran socios antagónicos) en el funcionamiento de la máquina. Incluso los índices de fortaleza de la clase trabajadora –las reservas financieras de los sindicatos y las cooperativas– solo estaban seguros bajo la custodia de la estabilidad capitalista (...) por debajo de todas las diferencias ideológicas manifestadas, en todas las naciones capitalistas avanzadas se da en gran parte el mismo tipo de imbricación de las organizaciones obreras en el *statu quo* (Thompson, 1994d: 44)¹⁶⁴.

Esta sería la conocida tendencia “reformista” del movimiento obrero inglés¹⁶⁵. Pero esta era solo “una parte de la historia” porque “por detrás de la conciencia política dominante de colaboración o *Lib-Laborismo*” se estaba preparando el terreno para “un nuevo tipo de conciencia de la clase trabajadora” (“¡Revolución otra vez! o tápate los oídos y corre” en Thompson 2016 [1960]: 402). Poco proclive a las comparaciones descontextualizadas, Thompson supo ver las potencialidades transformadoras de esta clase obrera, que quizá no se lanzaba a la toma del Palacio de Invierno, pero que disputaba al capitalismo el control de ciertos espacios aquí y allá, de una forma fragmentada. La ausencia de estallidos o triunfos revolucionarios no nos permite defender, como sostuvieron Anderson y Nairn, que el movimiento obrero británico estuviera “alienado” por la ideología capitalista (utilitarismo, economicismo, etc.) y hubiera sido cooptado totalmente en las dinámicas de esta:

La cosa más sorprendente sobre el movimiento obrero británico es que no se puede decir que posea una falsa o una verdadera conciencia: tiene una mezcla de ideas capitalistas, de aspiraciones humanitarias, de posturas de la clase trabajadora. Nosotros somos un pueblo protestante, desconfiado de la estructura del sistema, no hemos sufrido una ortodoxia ideológica respaldada por el poder del Estado durante varios cientos de años. Nuestro movimiento obrero está guiado, en principio, por el pragmatismo: que no es una ideología, pero sí un tipo de conciencia fragmentaria, en pedazos, intermitente, real; ésta ve los problemas de manera clara, pero no la relación entre ellos. Por lo tanto, tiende a aceptar o medio aceptar un marco conceptual de ideas capitalistas (la santidad de la OTAN y la alianza norteamericana, la inevitabilidad de las espirales de precios-salarios, etcétera), pero para pelear duro por ciertos principios e intereses en su interior (“El Humanismo Socialista. Una epístola a los filisteos”, Thompson, 2016 [1957]: 213).

Por tanto, Thompson no se hacía ilusiones con las capacidades transformadoras de esa clase trabajadora, pero tampoco se engañaba sobre su completa captación dentro del sistema capitalista. Es más, reivindicaba su capacidad de articular esas potencialidades en un sentido transformador:

Sería tonto ser demasiado optimista. Pero lo sería más si se subestimara la larga y tenaz tradición revolucionaria del ciudadano común británico. Es una tradición domesticada, de buen humor, responsable y pacífica, aunque al mismo tiempo sea revolucionaria. De los cabos *levellers* pisoteados por los hombres de Cromwell en Butford, hasta los tejedores masacrados bajo sus estandartes en Peterloo, las luchas por la democracia y por los derechos sociales siempre han estado entrelazadas. Del encuentro en el campamento cartista a los piquetes en los muelles, se ha hecho presente de la manera más natural en el lenguaje de la revuelta moral. Conocemos muy bien sus debilidades, su escaso interés en torno a la teoría; pero olvidamos fácilmente sus fortalezas, su

¹⁶⁴ De la misma opinión era Raymond Williams (1965: 20).

¹⁶⁵ “La clase obrera inglesa se ha desmoralizado gradualmente de forma cada vez más profunda como resultado del período de corrupción posterior a 1848, y finalmente ha llegado hasta el punto de no ser más que un apéndice del gran Partido Liberal, es decir, de los secuaces de los capitalistas. La dirección [de esta clase] ha caído en manos de los corruptos líderes sindicales y los agitadores profesionales” (carta de Marx a Liebknecht, 11 de febrero de 1878, disponible online https://www.marxists.org/archive/marx/works/1878/letters/78_02_11.htm).

resistencia y su firme humanidad. Es una tradición que podría hacer fermentar el mundo socialista ("Revolución" en Thompson, 2016 [1960]: 369-370).

En esta historia de creación de “contrainstituciones obreras” a lo largo del siglo XIX y principios del siglo XX juega un papel destacado la constitución del Partido Laborista (*Labour Party*). El Labour fue, en comparación con los partidos socialistas europeos, uno de los más tardíos en aparecer: hasta 1899 los sindicatos no decidieron alterar su estrategia de disputar los candidatos izquierdistas en el interior del Partido Liberal y fundar su propio partido (Foote, 1997: 40), que tomaría la forma de asociación como Labour Representation Committee en 1900 y obtendría sus dos primeros escaños en las elecciones de ese año (y 29 diputados en las elecciones de 1906) bajo el liderazgo de Keir Hardie. Eso no significa que el movimiento obrero británico estuviera menos activo que en otras partes de Europa. Al contrario, en las dos décadas finales del siglo XIX se asistió a un repunte gigantesco de la agitación popular británica –especialmente con el llamado “nuevo sindicalismo” que movilizó a los trabajadores más desprotegidos– que se canalizó por diversas vías (institucionales o no) y que dejó un profundo poso en el panorama político (véase, por ejemplo, la historia de la creación del ILP en ese contexto de alta movilización obrera, y toda la historia de la FSD, la Liga Socialista y otros grupos socialistas en Thompson, 1960c y 1988 [1955]). Pero sí que es cierto que los socialistas tuvieron que pelear duramente para hacerse hueco dentro de un partido controlado por los sindicatos que no se comprometería con el socialismo formalmente hasta 1918 y en el que triunfaba una ideología “laborista”, centrada en los problemas económicos, que tendía a confiar en los liberales para las cuestiones políticas (Foote, 1997: 41 y ss.)¹⁶⁶.

Los laboristas habían cosechado algunos éxitos parciales antes de la guerra. Uno de ellos y no menor, fue conseguir que los gobiernos del “nuevo liberalismo” de Asquith (junto a Haldane y Lloyd George) legislaran medidas sociales que sentaron los primeros pilares del futuro Welfare State (la jornada laboral de ocho horas se conquistó gracias al empuje de los mineros en 1908; la Ley de Seguro Nacional se aprobó en 1911; el sufragio universal masculino –y censitario femenino– en 1918; la Ley de Vacaciones Pagadas en 1938). Pero sobre todo, consiguieron que se reconociera “la legitimidad de la demanda central del movimiento obrero: que aquellos que tenían que trabajar para ganarse la vida tenían intereses específicos y necesidades que el gobierno debía atender” (Todd, 2018: 25)¹⁶⁷.

Se avanzaba, pero muy lentamente y con grandes costes. Algunas derrotas particulares vinieron además a mermar el ánimo de ruptura de una clase obrera cada vez más segura de sí misma, pero reacia a los “saltos revolucionarios” de tipo bolchevique o incluso alemán. El peso de los sindicatos y una mentalidad sindical fue clave para este

¹⁶⁶ Para un esquema sustancialmente distinto de la historia de las clases trabajadoras en Gran Bretaña puede consultarse la compilación de E. F. Biagini y A. L. Reid. Los autores aportan evidencias historiográficas más recientes que ponen en entredicho la hipótesis de la falsa conciencia, de la aristocracia obrera y de la retirada de posiciones en la edad victoriana (entre el fracaso del cartismo y el triunfo del nuevo sindicalismo): “Los activistas del movimiento obrero de la segunda mitad del siglo XIX tuvieron un éxito notable en el logro de la mayoría de las reformas políticas que habían sido perseguidas en vano por generaciones anteriores de radicales plebeyos” (véase la introducción por Biagini y Reid, 1991: 5).

¹⁶⁷ La Primera Guerra Mundial había supuesto ya un cambio gigantesco en la estructura de clases británica, para empezar porque durante la guerra, al marchar los hombres al frente, se empleó de manera masiva la fuerza de trabajo doméstica (las “criadas”) que para entonces suponía el sector laboral más grande todo el país. Acostumbradas a vivir en total dependencia de sus “amos”, las mujeres criadas experimentaron la explotación fabril, pero también el tipo de independencia relativa que suponía respecto al servicio doméstico, por lo que al terminar la guerra muchas de ellas consiguieron esquivar la “vuelta al hogar” y permanecieron como asalariadas no internas (Todd, 2018: 41).

fenómeno¹⁶⁸. La tendencia reformista arraigó todavía más cuando, en 1921, entre 500 y 1000 activistas del ILP abandonaron el partido y decidieron sumarse a otros socialistas para fundar el PCGB, partido que permanecería en el Labour hasta 1924, cuando fue expulsado.

1924 fue un año clave para la política británica y un buen termómetro del anticomunismo que se había extendido por el país. A cuatro días de las elecciones generales de 1924, el diario conservador Daily Mail publicó la famosa “Carta Zinoviev”, una supuesta directiva del PCUS al PCGB en la que se insinuaban alzamientos en los distritos obreros de Inglaterra, y se defendía que la llegada al laborismo del poder aceleraría el proceso de soviétización del Reino Unido. El resultado fue la derrota del primer gobierno laborista del país, que no consiguió revalidar el gobierno¹⁶⁹.

Un capítulo de esta breve historia de la clase obrera británica merece mención aparte: se trata de la gran huelga general de 1926. El 4 de mayo de 1926 entre 1,5 y 3 millones de trabajadores de una masa laboral sindicada de 6 millones hicieron huelga. Ramsay MacDonald, el histórico líder laborista que acababa de perder las elecciones y el gobierno, criticó a los huelguistas por “deslealtad”¹⁷⁰, y el ala derecha del Labour propagó rumores de que las revueltas eran el resultado de la “agitación comunista”. Mientras un Churchill enfurecido defendía que el ejército abriera fuego contra los huelguistas, los líderes laboristas criticaban la huelga y la dirección sindical del TUC daba un apoyo tibio, se libró una batalla desencarnada entre obreros de base, amas de casa y jóvenes contra el sector de los empleadores. Finalmente, el Gobierno hizo uso de la Ley de Poderes de Emergencia de 1920 para reprimir duramente a los huelguistas. El 12 de mayo, la TUC declaraba el fin de la huelga. Únicamente los mineros aguantaron hasta diciembre de 1926, pero para esa fecha volvieron al trabajo habiéndose visto obligados a aceptar las reducciones salariales que habían originado la huelga (Todd, 2018: 61-77). La gran huelga general de 1926 fue derrotada no por falta de apoyo sindical de base, sino por la disposición al compromiso de los líderes sindicales. Esta derrota marcó una ulterior burocratización y centralización de los grandes sindicatos y por ende del Labour (Williams, 1965: 26), y su recuerdo perduró en la memoria de la clase trabajadora británica, especialmente en los distritos mineros del norte, donde tendría resonancias en la huelga de 1984 (Peace, 2018).

¹⁶⁸ El papel de los sindicatos en el Partido Laborista ha ido cambiando con el tiempo según se reformaban los estatutos. Pero debe recordarse que, cuando llegó Attlee al gobierno, 12 de los 27 puestos de la ejecutiva del partido se elegían directamente por la TUC. Esto tendrá consecuencias, como veremos en lo que sigue.

¹⁶⁹ Una exhaustiva investigación liderada por Gill Bennet, historiador jefe del Ministerio de Exteriores, reveló en 1999 que la carta fue minuciosamente preparada por agentes del MI6, que la filtraron a los *tories*, quienes a su vez la filtrarían al Daily Mail (Norton-Taylor, 1999).

¹⁷⁰ En este mismo año MacDonald había rechazado el programa presentado por el congreso del ILP, titulado *A Living Wage*, donde se defendía la nacionalización del Banco de Inglaterra y de otras entidades financieras para crear un fondo de crédito nacional que pudiera sufragar un salario mínimo a todo el mundo. El argumento de MacDonald en contra de este programa era una vieja cantinela del ala derecha del Labour: que las reformas de calado no eran posibles bajo el capitalismo, por lo que todos los esfuerzos debían concentrarse en conseguir que el Labour alcanzase el gobierno con mayoría absoluta. De forma significativa, también el sindicalista Ernest Bevin se opuso frontalmente a la idea de que el Estado pudiera intervenir en la regulación de salarios, dando pábulo al argumento de los sindicatos de que esto podría poner en riesgo la capacidad de los trabajadores para mejorar su nivel de vida *por encima* de ese mínimo vital (Blaazer, 1992: 136).

Los infernales años 30 y el legado del gobierno de concentración durante la guerra (Beveridge y Bevin)

La década de los 30 se recuerda en Gran Bretaña como los años de más dureza y dificultades para la gente común¹⁷¹. En 1931 se contabilizaba un 23% de paro masculino y un 20% de femenino. Entre el desempleo y la derrota de 1926 la afiliación sindical había caído casi a la mitad en tan solo 10 años (Todd, 2018: 129). Ese mismo año el nuevo gobierno laborista liderado por MacDonald, elegido con un 37% de los votos en las elecciones de 1929, vio peligrar su legitimidad ante su manera de enfrentar la crisis del desempleo (recortar la prestación) y decidió formar un gobierno de concentración nacional que concedió muchos de los principales puestos a políticos conservadores. El nuevo gobierno mixto mantuvo la reducción de la cuantía de la prestación por desempleo al mismo tiempo que introdujo la “evaluación de recursos” (*mean-tested*) para los solicitantes que no tuvieran derecho a prestaciones estándar. La evaluación de recursos era muy humillante: los inspectores tenían derecho a entrar en las casas de los demandantes para ver si poseían bienes que pudieran venderse antes de pedir la prestación, para contar las sillas puestas en la mesa y tomarlo como dato de cuántas personas vivían en la casa o para evaluar cómo se gastaba el dinero¹⁷². En las elecciones generales de 1931 la dirección fue castigada por sus votantes y el Labour pasó de 288 diputados a 52. Un año más tarde, en 1932, el ILP se escindió del Labour, aunque algunos de sus prominentes líderes –como Hobson, Trevelyan, Brailsford o Cole– permanecieron en él y fundaron la Liga Socialista (rescatando el nombre del viejo partido en el que había participado William Morris) que pasaría a ser el ala izquierda del laborismo hasta su disolución en 1937. La clase obrera vivió el gobierno de concentración como la “gran traición” cometida por sus propios líderes y el *affair* MacDonald quedaría grabado en piedra en la historia del laborismo.

A la izquierda de este partido las organizaciones se agitaban y los movimientos populares se extendían. Este fue el momento álgido del PCGB¹⁷³. Incluso entre el liderazgo más estalinista del partido la línea del social-fascismo había encontrado resistencias, aunque finalmente fuese aceptada (recordemos que el PCGB había formado parte del Labour y fue expulsado en 1924 por la dirección de este), por lo que la llegada de la estrategia frentepopulista fue bienvenida por el partido (Callaghan, 1995: 17). Ya en un primer momento, en marzo de 1933, el PCGB lanzó la campaña del *United Front* con el objetivo de aunar fuerzas con el laborismo. En 1935 el PCGB solicitó ser readmitido en el Labour, pero la ejecutiva del Labour rechazó la readmisión y la colaboración en un “frente único”. A pesar de ello, el ILP y la Liga Socialista se comprometieron con la estrategia del Frente Unido (Blaazer, 1992: 1-2). La idea era que solo las fuerzas obreras y socialistas conseguirían parar al fascismo, por lo que los

¹⁷¹ No fue casualidad que dos de los eslóganes de la campaña laborista de 1945 que más triunfaron eran “Nunca más” y “Pregúntale a tu papá” (Todd, 2018: 181).

¹⁷² La historia de las evaluaciones de recursos se suele remontar hasta las *Workhouses* y las medidas contra la pobreza en los primeros años en los que el modo de producción capitalista echaba a andar (a este respecto puede consultarse el célebre capítulo octavo de *Das Kapital* Marx, 2010 [1867]; y las explicaciones sobre la aporofobia y el disciplinamiento de la fuerza laboral en los clásicos Polanyi, 2011 [1944]; Thompson, 2012 [1963]). Como bien ha explicado la historiadora Selina Todd, las evaluaciones ya en sí mismas sugerían que las personas sometidas a estos tests inquisitoriales eran “culpables de su propia pobreza” (Todd, 2018: 79-80; para una crítica demoledora de estas evaluaciones véase Standing, 2018).

¹⁷³ Para una historia cultural del comunismo en este período se puede consultar la documentadísima tesis doctoral de Adrià Llacuna (2016b).

liberales o los conservadores demócratas que no eran fascistas (como Churchill) quedarían excluidos de antemano de tales alianzas.

Sin embargo, a partir de 1936, el PCGB asumió la estrategia del Frente Popular y se volcó a la construcción de un espacio plural antifascista donde no solo los socialistas de distinto tipo pudieran aliarse, sino todas las fuerzas que fueran “enemigas naturales” del fascismo. A diferencia de la campaña por el *United Front*, que giraba en torno a cuestiones de política interna, la campaña del Frente Popular ponía bajo los focos la situación internacional y la amenaza del fascismo. Se formó el People’s Front Propaganda Committee que atrajo el apoyo de figuras importantes de casi todo el espectro político: desde el conservador Robert Boothby y el liberal Richard Acland hasta los socialistas Cole o Brailsford (Blaazer, 1992: 175). La primera acción de peso fue organizar una Conferencia Nacional de Emergencia sobre la situación en España, para criticar la política de no-intervención del gobierno británico que permitía la ayuda en armas y soldados de Alemania e Italia al bando rebelde mientras prohibía lo mismo para Francia y Gran Bretaña en apoyo del gobierno republicano. A la conferencia asistieron 1.800 delegados en representación de sindicatos, laboristas, liberales, comunistas, etc. En el contexto de esta campaña, el término “progresista” volvió a la palestra con fuerza para abrir el campo de esa colaboración tan heterogénea (Blaazer, 1992: 179-184). En enero de 1937 apareció el *Unity Manifesto* promovido por el ILP, la Liga Socialista y el PCGB. El manifiesto defendía con firmeza posiciones antiimperialistas para las colonias británicas y la creación de un Frente Popular en Gran Bretaña. Fue recibido como una puñalada por la Ejecutiva del Labour, que decidió expulsar a la Liga Socialista provocando su disolución definitiva (Cole, 1975c [1960]: 88).

A pesar de su irrisoria presencia electoral, el PCGB jugó un papel importante en una de las batallas más importantes contra el fascismo en el Reino Unido, la Batalla de Cable Street, donde se paró un mitin de la British Union of Fascist (BUF) liderada por Oswald Mosley. El PCGB también tuvo un papel relevante en las famosas Hunger Marchers y en la National Unemployed Worker’s Movement. Posteriormente, cerca de 2.200 voluntarios se unieron a las Brigadas Internacionales para participar en la Guerra Civil Española (de los cuales 526 fallecieron durante la guerra, y cerca de 1.200 fueron heridos). Según el historiador John Callaghan, los 10 años de estrategia frentepopulista crearon el partido comunista más grande y más plural que ha conocido la historia británica (Callaghan, 1995: 19), algo que sin duda dejaría una huella enorme en Thompson.

Una de las iniciativas culturales más interesantes del período fue la experiencia del Left Book Club (1936-1948). Fundado en mayo de 1936, estaba dirigido por Victor Gollancz (futuro editor de Thompson), Harold Laski y John Strachey. Produjeron series de libros donde participaron renombrados izquierdistas como Stafford Cripps, Clement Attlee, Katharine Burdekin, John Ross Campbell, Arthur Koestler, André Malraux, Franz Neumann, Julius Braunthal, León Blum, George Orwell o Sidney y Beatrice Webb (Efsthathiou, 2015: 19). En sus mejores momentos, en torno a 1938, llegó a contar con 60.000 suscriptores, un periódico de tirada mensual (*Left News*) y una red de grupos de discusión distribuida por todo el país que llegó a los 1500 grupos (Dworking, 1997: 11). Desde sus comienzos ejerció una influencia considerable en los miembros más jóvenes del laborismo y entre sus capas intelectuales. La figura de más peso en el colectivo fue Harold Laski, que desde 1937 formaba parte de la Ejecutiva del Labour. El Left Book contaba con mucho apoyo de los comunistas del PCGB y consiguió ser un puente de contacto entre laboristas y comunistas. Sin embargo, con la firma del pacto germano-

soviético que Gollancz no pudo apoyar, el club perdió el apoyo comunista y desapareció gradualmente (Cole, 1975c [1960]: 85-87).

La razón principal por la que el Frente Popular británico no pasaría de ser una campaña (no llegaría a ser el movimiento político y social que pretendía ser) fue el rechazo que encontró en la dirección del Partido Laborista, enemiga acérrima de la propuesta. Cuando Stafford Cripps trató en 1939 de promocionar la estrategia dentro del partido, una vez la ejecutiva la había rechazado, fue expulsado junto con otros diputados como Trevelyan o Aneurin Bevan¹⁷⁴. El Labour amenazó con una auténtica caza de brujas contra los militantes que defendiesen la línea frentepopulista y una parte de la militancia denunció la decisión como una violación de la democracia interna (Blaazer, 1992: 188-189). Hasta J. M. Keynes se vio obligado a intervenir para desacreditar las acusaciones de la ejecutiva laborista, para sostener que los valedores del Frente Popular “no son sectarios de un desfasado credo que masculla un marxismo semifabiano cultivado en el musgo, sino que son los herederos del liberalismo de siempre [*eternal liberalism*]” (entrevista con Kingsley Martin, *New Statesman & Nation*, 28 de enero de 1939, citado en Blaazer, 1992: 184). Pero lo cierto es que sin contar con el principal partido de la clase trabajadora, el Frente Popular británico estaba destinado al fracaso. Electoralmente, lo máximo que consiguió fue lanzar dos candidaturas de “progresistas independientes”: la aclamada pero fallida campaña de A. D. Lindsay –en la que se implicaron con entusiasmo el padre y el hermano de Thompson (Hamilton, 2011: 35)– y la campaña exitosa del periodista liberal Vernon Bartlett.

El PCGB no consiguió crear un Frente Popular, pero ganó legitimidad política. Sus afiliados pasaron de 2.800 en 1930 a 23.000 en 1941, y llegaron a ser casi 60.000 a principios de 1943 (su máximo pico) consiguiendo mantenerse en torno a 45.000 al final de la guerra (Efsthathiou, 2015: 4; Miliband, 1964: 274). Su éxito en algunos ámbitos no se tradujo, sin embargo, en resultados electorales: en 1945 consiguió tan solo dos diputados, que perdería en las elecciones de 1950. Frente a la aplastante cifra de los 3.037.000 afiliados al laborismo en 1945 (Braunthal, 1980: 10) y sus buenos resultados electorales, queda claro que el peso del PCGB en la política británica siempre fue relativamente marginal. Su mayor influencia se dio en el mundo sindical (sobre todo en sectores concretos como los electricistas, los mineros o los estibadores) y en su capacidad para colocar algunas cuestiones en la agenda política.

El Frente Popular fracasó y la presión popular organizada de estos años no consiguió traducirse en cambios institucionales de calado. Según la historiadora Selina Todd, no sería hasta la llegada de la guerra cuando se empezaría a inclinar la balanza de las instituciones públicas en favor de las clases populares:

La Segunda Guerra Mundial fue la guerra del pueblo (...). Durante la guerra el gobierno selló un contrato con el pueblo: trabajad duro a cambio de un empleo garantizado, un salario digno y atención y servicios en tiempos de necesidad. Este pacto evolucionó porque la demanda de municiones y hombres creó por primera vez pleno empleo en Gran Bretaña, y los propios trabajadores lo utilizaron para fortalecer su poder de negociación colectiva (Todd, 2018: 148).

¹⁷⁴ Esta sería la primera expulsión, pero no la última para Bevan, alias “Nye”, que llegaría a ser Ministro de Sanidad y posteriormente Ministro de Trabajo en el gobierno de posguerra de Atlee. Como veremos más adelante, volvería a ser expulsado de nuevo por el revisionismo de los años 50.

De alguna manera, este acuerdo prefiguraba el Pacto Social de posguerra¹⁷⁵. No por casualidad sería Ernest Bevin, para entonces Ministro de Trabajo en el gobierno de concentración nacional de guerra presidido por Churchill, quien se volcó en su diseño. En ese pacto entre el gobierno y la clase trabajadora se trataba de conseguir la mayor colaboración posible de esta al mismo tiempo que se mejoraban sus condiciones de vida y se iban blindando poco a poco ciertos derechos. Pero había una condición absoluta e innegociable: que el modelo en sí mismo no fuera puesto en cuestión. Por esta razón se prohibieron y persiguieron las huelgas durante la guerra al mismo tiempo que se integró de forma subordinada a los sindicatos¹⁷⁶. Se podían negociar mejores salarios, pero no negociar una manera diferente de organizar el trabajo (Todd, 2018: 154-155). Pese a ello, no fueron pocos los sindicatos y grupos de trabajadores que se manifestaban exigiendo un mayor control sobre el proceso productivo, en una serie de protestas en las que las mujeres cobraron un papel protagonista. Finalmente, Bevin consiguió imponer su modelo, una suerte de “paternalismo obrero”, que llegó a obtener una subida salarial del 300% para los obreros manuales durante la guerra, mientras prohibía cualquier participación popular en el proceso de negociación salarial (Todd, 2018: 158).

Por otro lado, el gobierno de guerra hizo uso de la ley de Poderes de Emergencia de mayo de 1940 que le permitía controlar cualquier propiedad y dedicar cualquier industria a los fines que necesitase, por lo que se fue normalizando la idea de la planificación generalizada (Judt, 2017: 113). La mayor parte de los ministros del futuro gobierno laborista de Attlee habían formado parte del gobierno de coalición con Churchill (con la significativa excepción del izquierdista Aneurin Bevan). Esto implicaba varias cosas: por un lado, permitió que desde la guerra se fueran experimentando políticas socialistas a nivel local al mismo tiempo que a nivel nacional se consiguieron importantes conquistas (Plan Beveridge de 1942, Education Bill de 1944). Por otro lado, la entrada en el gobierno con los conservadores por parte de una ejecutiva políticamente moderada (en relación a sus bases) también supuso la sedimentación de esas actitudes poco rupturistas. Por eso en el congreso anual del Labour de diciembre de 1944 el principal documento presentado por la ejecutiva (*Economic Controls, Public Ownership and Full Employment*) se comprometía al pleno empleo, pero no defendía nacionalizar industrias como regla general sino tan solo aquellas que estando en manos privadas fallasen en satisfacer las necesidades mínimas de la población. Esto suponía una ruptura respecto a la posición del partido adoptada en el informe de 1937 *Labour's Immediate Programme*, y se convertiría, junto con la cuestión colonial, en una de las principales divisiones entre el ala izquierda y el ala derecha del partido en la posguerra. Una gran parte de las bases militantes se opusieron a la retirada programática y exigieron una estrategia ambiciosa de socialización de los recursos productivos. Ian Mikardo lideró una iniciativa bastante secundada que exigía la nacionalización de la tierra, del sector de la construcción a gran escala, de la industria pesada, de la banca, de los transportes y de todo el sector energético, reclamando

¹⁷⁵ En 1941 Keynes redactó un borrador con los objetivos de posguerra que incluían la necesidad de asegurar la seguridad social y combatir el desempleo. Nunca llegó a publicarse pero, según algunos historiadores, puede considerarse el principio de los compromisos de los sucesivos gobiernos británicos con el pleno empleo (Mazower, 1998: 186).

¹⁷⁶ La Orden 1305 que prohibía las huelgas no fue abolida en la posguerra y sería utilizada por el gobierno laborista para reprimir las huelgas de trabajadores del gas y de los estibadores en 1950 (W. Thompson, 2001: 114).

que estos estuvieran “democráticamente controlados mediante un sistema de representación de los trabajadores y de los consumidores” (Miliband, 1964: 277-278)¹⁷⁷.

En la historia de la prefiguración de políticas y reformas que fueron apareciendo durante los años de la guerra hay un nombre destaca por encima del resto: Beveridge. En 1942 el ministro de Sanidad laborista en el gobierno de guerra, Arthur Greenwood, encargó al conocido liberal William Beveridge que revisara todos los planes de seguros existentes. El Informe Beveridge (*Social Insurance and Allied Services*), apareció publicado el 1 de diciembre de 1942, y prometía que en la posguerra habría un sistema de servicios y bienestar “de la cuna a la tumba”. El informe tuvo un impacto enorme en la opinión pública, las más de 600.000 copias se agotaron de forma rápida mientras seguían las colas de miles de personas buscando recoger una copia (Todd, 2018: 174-175). La posición de Beveridge es importante porque, junto con Bevin, determinaría en gran medida las líneas maestras sobre las que se construiría el Welfare State años después. El modelo social que Beveridge tenía en la cabeza, como el de Bevin, pensaba que las ayudas “gratuitas” incentivarían la ociosidad y la vagancia, por lo que debía financiarse contributivamente (Todd, 2018: 176). Por otra parte, su objetivo no era poner en cuestión los derechos de propiedad capitalista, ni siquiera confrontar con los grandes poderes económicos, por lo que planeaba una redistribución de la renta sustanciosa dentro de la propia clase trabajadora que aboliese la pobreza pero que dejase intactas las relaciones capitalistas de producción y distribución. Algunos autores se refirieron lacónicamente a esta idea con la irónica expresión: “socialismo en una sola clase”. Su idea básica era que allí donde el mercado fuera incapaz de resolver los problemas sociales, el Estado debería intervenir, pero esta intervención debería ser “limitada y dirigida a un mejor funcionamiento del mercado (...) de aquí que el diseño de las instituciones del Estado de Bienestar deberían ser compatibles con las demandas del mercado y no asfixiar los incentivos y oportunidades [de este]” (Mau, 2003: 63). Se podría conseguir el “pleno empleo” de esta manera, pero ello requeriría la colaboración de los principales sindicatos para moderar los salarios y asegurar la estabilidad de precios (Apple, 1980: 11). Esta centralidad de la moderación salarial otorgada a los sindicatos, que ahora pasarían a estar incorporados en el sistema “neocorporativista”, define en gran medida el modelo de Beveridge¹⁷⁸. En sus propias palabras: “la principal responsabilidad de prevenir que una política de pleno empleo se convierta en un problema de espiral viciosa de precios y salarios está en aquellos que dirigen la negociación de parte de los trabajadores” (citado en Higgins y Apple, 1983: 610).

Pero si los grandes reformadores laboristas caminaban en esa dirección, el pulso popular que se fue creando durante la guerra apuntaba hacia otra meta. Ralph Miliband,

¹⁷⁷ Gracias a estas presiones el famoso manifiesto electoral con el que el Labour se presentó a las elecciones de 1945 (*Let Us Face the Future*) recogió algunas de las propuestas de Mikardo, pero no todas.

¹⁷⁸ Como veremos en el apartado de este capítulo dedicado específicamente al Pacto Social de posguerra, este modelo de Beveridge triunfaría en otros países europeos (Higgins y Apple, 1983: 612) siguiendo un patrón curiosamente común: en primer lugar se solicitaba a los sindicatos que ejercieran una política de moderación salarial, disciplinando a la mano de obra para garantizar la estabilidad y evitar los conflictos, a cambio de ciertas medidas progresistas; después el partido socialdemócrata de turno que pilota este proceso se iría derechizando y acabaría por renunciar a muchas de las medidas progresistas prometidas a los sindicatos; finalmente el movimiento obrero acabaría dividido con grandes disputas entre sindicatos y partidos obreros, y entre las bases militantes y las direcciones de ambos. Pero, “a pesar de la lealtad masiva dada por los líderes sindicales de la posguerra a su gobierno, una lealtad reforzada por la política de la Guerra Fría, los intentos del gobierno de restringir los salarios finalmente colapsaron” (Howell, 1977: 112). El conflicto era, pues, inevitable, aunque gracias a este modelo quedó enormemente restringido y encauzado.

compañero y colega de Thompson, escribiría años más tarde que la experiencia de la guerra causó la emergencia en Gran Bretaña de “**un nuevo radicalismo popular**” que permitió normalizar un elaborado sistema de intervención y controles de la economía por parte del Estado (Miliband, 1964: 272). Gracias a la intervención estatal “millones de personas se encontraron mejor alimentados durante la guerra de lo que lo habían estado en tiempos de paz”. Este radicalismo no desapareció al acabar la guerra. El pueblo británico no demandaba las regulaciones estatales con la gratitud del pobre esperando la caridad, nos dice Miliband, sino con “una nueva consciencia de su fuerza colectiva, y una nueva confianza en su propia valía, consideraron ese nuevo pacto social [*a new deal*] como un derecho que no se les podía negar” (Miliband, 1964: 273). Ese “radicalismo popular” que nosotros hemos denominado Espíritu del 45 no era una ideología socialista articulada, menos aún una revolucionaria. Y, pese a todo,

en su mezcla de memorias amargas y esperanzas positivas, en su antagonismo por el pasado, en su repugnancia por el gobierno conservador, en su impaciencia ante la estructura tradicional de clases, en su hostilidad a las demandas de los propietarios y los privilegiados, en su determinación a que no se le volvieran a robar los frutos de la victoria, en sus expectativas de justicia social, era un radicalismo ansioso por cambios grandes –incluso fundamentales– para la sociedad británica de posguerra (Miliband, 1964: 274).

La euforia de las elecciones y la llegada al poder

En julio de 1945 Clement Attlee cabalgó ese radicalismo popular y consiguió una victoria arrolladora, con el 48% del voto y 393 escaños en la Cámara de los Comunes (frente a los 197 de los conservadores). Cuando el Labour ganó las elecciones de 1945, la euforia era casi total. El periódico del ILP de Lancashire, el *Labour’s Northern Voice*, proclamó que la victoria era “el Poder, la revolución sin un solo cráneo roto” (citado en Howell, 1977: 114). El manifiesto electoral que presentaron los laboristas para las elecciones de 1945, redactado por el diputado Michael Young, nos proporciona una imagen de la retórica nacional-popular:

Las enormes depresiones de entreguerras no fueron actos de Dios o resultado de fuerzas ciegas. Fueron el resultado cierto y seguro de una excesiva concentración de poder económico en las manos de muy pocas manos. Estas personas solo sabían actuar en función del interés de sus propios monopolios privados burocráticamente gobernados que pueden vincularse con las oligarquías totalitarias dentro de nuestro Estado democrático. No tenían (ni sintieron tener) ninguna responsabilidad para con la nación. Unas fuerzas similares están operando hoy día (Labour Party, 1945).

La apuesta por la intervención estatal quedaba reflejada aquí como una necesaria intervención para garantizar las condiciones de la libertad de todos los ciudadanos:

¿Acaso la libertad del especulador significa libertad para el hombre y la mujer corrientes, ya sean asalariados, pequeños comerciantes, profesionales o amas de casa? Considérese tan solo las depresiones de los 20 años transcurridos entre las guerras, cuando había muy pocos controles públicos de cualquier tipo y los Grandes Intereses tenían todo dispuesto a su merced. Nunca se ha hecho tanto daño por parte de tan poca gente. La libertad no es una cosa abstracta. Para convertirse en algo real debe ser conquistada, debe trabajarse para hacerla realidad (Labour Party, 1945).

El Manifiesto avanzaba cuál sería la línea de economía política a seguir: nacionalizaciones selectivas que se complementarían con una mayor regulación pública de los sectores que siguieran en manos privadas. El pragmatismo tradicional de los británicos se usaba como justificación:

El Partido Laborista es un Partido Socialista, y orgulloso de ello. Su objetivo final en el país es el establecimiento de la República Socialista de Gran Bretaña [*Socialist Commonwealth of Great*

*Britain*¹⁷⁹: libre, democrática, eficiente, progresista, de espíritu público, sus recursos materiales organizados al servicio del pueblo británico. Pero el socialismo no puede venir de la noche a la mañana, como producto de una revolución de fin de semana. Los miembros del Partido Laborista, como el pueblo británico, son hombres y mujeres de mentalidad práctica. Hay industrias básicas que están listas para la propiedad y gestión públicas al servicio directo de la nación, y hay otras que no lo están. Hay muchas empresas más pequeñas que prestan un buen servicio y que pueden continuar con su trabajo útil. Hay grandes industrias que aún no están listas para la propiedad pública a las que, sin embargo, se les debe exigir que se sometan a una supervisión constructiva para promover las necesidades de la nación y no perjudiquen los intereses nacionales mediante restrictivos acuerdos de cártel o monopolio antisociales (Labour Party, 1945).

El programa del Labour se fue concretando a lo largo de los años que permanecieron en el gobierno (1945-1951), y establecerían un modelo que no sería realmente puesto en cuestión hasta la llegada de Thatcher al poder. Las raíces frentepopulistas de ese “nuevo radicalismo popular” quedaron reflejadas en una encuesta de mayo de 1945 que sacó a la luz el hecho de que cerca de un 55% del electorado británico estaba a favor de un gobierno de coalición de fuerzas de izquierda (citado en W. Thompson, 2001: 130). Como es de sobra conocido, el Labour no asumió el frentepopulismo antes de la guerra y no tenía muchos incentivos para asumirlo ahora: gobernaría en solitario hasta su derrota electoral en 1951.

Las concreciones del Espíritu del 45 británico (I). Sanidad, vivienda, educación y medioambiente

Una de las creaciones más conocidas del gobierno de Attlee fue el National Health Service (NHS), fundado el 5 de julio de 1948 bajo el liderazgo del Ministro de Salud laborista Aneurin Bevan. El NHS logró el derecho a la sanidad universal para toda la población y fue de hecho el primer país occidental en proveer de servicios sanitarios gratuitos y universales, esto es, no basadas en contribuciones previas (Mau, 2003: 64). Pero su resultado fue fruto de muchas negociaciones. El sector médico se opuso encarnizadamente a la creación del NHS: los médicos generalistas, que venían de una tradición elitista de clase media que buscaba mantener su autonomía, consiguieron evitar ser funcionarios para ser contratistas independientes. Los especialistas también salieron ganando con un sistema que les permitió mantener su autonomía a pesar de ser asalariados y ejercer en hospitales universitarios financiados por el Estado (Benach, 2018). Pero con el tiempo el NHS llegaría a convertirse en la “joya de la corona” del Welfare State británico¹⁸⁰. Thompson lo describió siempre con elogiosas palabras: “el NHS, incluso más

¹⁷⁹ Hemos decidido traducir deliberada y provocativamente este uso de *Socialist Commonwealth* por “República socialista”. Normalmente se suele traducir “Commonwealth” como “Mancomunidad”, pero en castellano el término “mancomunidad” refiere a una entidad jurídica no territorial que consiste en una asociación de municipios. Como es evidente, este no es el sentido referido aquí. Por otra parte, el término “comunidad” nos parecía demasiado ambivalente. La idea básica al traducir el término por “república” (al margen de la posición que se tome por la forma de Estado) es que el régimen político-social al que aspiraban las fuerzas socialistas del momento tenía mucho más que ver con toda una tradición de radicalismo democrático fuertemente inspirada por autores, movimientos e instituciones de la tradición republicana. Este punto se desarrollará en profundidad en el siguiente capítulo de esta tesis y constituye uno de los principales nudos argumentales de esta, por lo que no nos adentraremos más en él por el momento. Agradezco a David Guerrero esta sugerencia de traducción tan interesante, que hilvana perfectamente con reflexiones compartidas en los últimos años de investigación.

¹⁸⁰ “Una encuesta reciente encontró que siete de cada diez personas ‘respaldan el principio básico que subyace tras el NHS: que la atención médica debe financiarse con impuestos generales para todos’ (solo el 4 por ciento dijo creer en un sistema de estilo estadounidense). En 2012, la ceremonia de apertura de los Juegos Olímpicos de Londres ofreció un homenaje al NHS, con bailarines vestidos como pacientes y enfermeras rodeando el estimado acrónimo. El político conservador Nigel Lawson, responsable de una gran

que la nacionalización de los pozos, expresó el espíritu de ese tiempo y lo extendió hacia el futuro en forma institucional. Fue diseñado por el ministro más hábil y socialista del gobierno de posguerra del laborismo. Y expresa de forma transparente el primero de los principios socialistas igualitarios: a cada cual según sus necesidades” (Thompson, 1987b).

El problema de la vivienda fue central en la política británica de estos años. En 1945 cerca de un 10% de la población británica vivía en casas de mala calidad. Aneurin Bevan se propuso atajar el problema de raíz y construir 240.000 viviendas cada año. Se aprobó en 1948 una Ley de Vivienda que estipulaba unos mínimos de calidad para los hogares de nueva construcción: construcción sólida, aislamiento térmico, ventilación, luz natural y –el mayor lujo de la época– un baño interior propio para cada casa. El objetivo de Bevan era erradicar las distinciones sociales relacionadas con la vivienda, por lo que trató de asegurar la diversidad social (en vez de la segregación urbana) en los nuevos barrios de vivienda pública situados a las afueras de pueblos y ciudades. Para 1950 se habían construido más de 900.000 viviendas públicas, pero el objetivo anual de Bevan estuvo lejos de cumplirse, y en 1951 –el año en que el Labour perdió las elecciones– la vivienda era una de las principales quejas del electorado (Todd, 2018: 200-202).

Por otro lado, el movimiento obrero venía demandando desde hacía décadas una educación pública decente, y por fin se tuvieron las herramientas a disposición para intentar crearla. La Education Bill fue aprobada por el gobierno de concentración en 1944. No sería puesta en marcha hasta 1948 por la nueva Ministra de Educación laborista Ellen Wilkinson, que creó la educación secundaria gratuita y obligatoria para todos los niños de entre 11 y 15 años. Pero Wilkinson estaba convencida de que había que ajustar la educación a los talentos de cada niño, de tal manera que diseñó un sistema tripartito según el cual un 15% de los niños deberían ir a escuelas técnicas (para arquitectos, técnicos, planificadores), un 15% irían a las escuelas de élite o Grammar Schools, y el restante 70% irían a las desprestigiadas Secondary Modern Schools. Para poder determinar a qué escuela iría cada uno, se realizaría un examen de competencias a la edad de 11 años, el famoso *eleven-plus*. El origen social y las desigualdades constitutivas del capitalismo volvieron a frustrar los sueños meritocráticos del Labour de posguerra: en 1958 menos del 20% de los hijos de clase obrera conseguían ascender a una Grammar School mientras los hijos de las clases medias componían el 50% del estudiantado. Esos filtros iban seleccionando poco a poco a “lo mejor” de la sociedad, esto es, las personas que disfrutarían de los principales privilegios de las posiciones sociales más elevadas. La propia existencia de escuelas privadas de élite alimentó las divisiones sociales: en la década de los 50 solo un 5% de los estudiantes británicos estudiaban en escuelas privadas, y sin embargo representaban más de la mitad de los estudiantes que conseguían acceder a Oxford y Cambridge. Las reformas educativas crearon un complejo sistema que afianzaba y reproducía las divisiones de clase social al tiempo que abría las puertas a la escolarización de grandes capas populares que habían sido privadas de ese derecho hasta

privatización bajo el mandato de Margaret Thatcher, dijo una vez que el NHS ‘es lo más parecido que tienen los ingleses a una religión’” (Day, 2019). El NHS sirvió, además, de modelo para otros sistemas sanitarios. Sin ir más lejos, el diputado socialista Ernest Lluch, arquitecto de la sanidad universal pública española, estudió y se inspiró explícitamente en el NHS británico (citado en J. E. Serrat, *Ernest Lluch. Biografía d'un intel·lectual agitador*, Barcelona: La Malgrana. Agradezco esta información a Rodrigo Amírola).

la fecha, todo bajo la retórica del mérito y la igualdad de oportunidades (O. Jones, 2012: 209-219; Todd, 2018)¹⁸¹.

Este movimiento de sístole y diástole respecto a los derechos de propiedad y la presión popular (el paso del Espíritu del 45 a un reformismo más tímido) tuvieron su propio eco en el mundo de los derechos de propiedad sobre la tierra. En 1947 se aprobó la Agricultural Act que buscaba ofrecer una solución al problema de la productividad agraria a través de subvenciones, regulación de precios, asesoría pública y control sobre la propiedad. La ley no nacionalizaba las tierras de cultivo pero reconocía la función social que debía tener la propiedad sobre la tierra, de tal manera que hasta 1958 existió el derecho de expulsar a los granjeros que fueran probadamente incapaces o que estuvieran poco dispuestos a cumplir con los estándares de eficiencia planteados por el Estado (Hoyle, 2010: 187-188). Algo parecido ocurrió con el acceso a las tierras en campo abierto: la propiedad permanecería en manos de sus titulares, pero sometida ahora a regulaciones para facilitar el acceso al público. No se buscó cambiar la titularidad de la propiedad sino nacionalizar el uso exclusivo de esta, esto es, los derechos de uso vinculados a dicha propiedad. Esta ley solo pudo darse bajo el contexto de luchas por los bienes comunes, en este caso, el acceso a los parques y el derecho público a transitar por ellos¹⁸². La práctica del *mass trespassing* y los conflictos entre los senderistas y los guardabosques estaba históricamente asociada al socialismo, en la medida en que los principales opositores a la apertura de los caminos eran casi siempre terratenientes y barones locales (que, por otro lado, disfrutaban privadamente de ellos para la caza) vinculados a las centenarias prácticas de los *enclosures*. En 1945 el funcionario John Gordon Dower presentó el Dower Report que trataba de elevar a rango de ley el derecho de paso universal sobre toda la tierra nacional no cultivada. Tras una serie de debates, y aprovechando el sofocamiento del Espíritu del 45, la ley que recogió parte del proyecto de Dower (National Parks and Access to the Countryside Act) sería aprobada en 1949 y rebajaba sustancialmente el proyecto original. Entre 1951 y 1957 se crearon 10 parques nacionales, pero no sería hasta 2010 que se consiguió regular el acceso universal al campo abierto (Hoyle, 2010: 194).

En términos financieros el Welfare State británico se construyó sobre la idea de Beveridge recogida en el lema “socialismo en una sola clase”, esto es, no buscaba alterar significativamente las fuentes de riqueza de los estratos superiores de la sociedad, sino redistribuir masivamente la renta entre los estratos medios e inferiores.

La mayor diferencia entre el sistema social de antes de la guerra y el creado por los laboristas era, básicamente, que el Estado se había comprometido a hacerse cargo de la asistencia social y los servicios. Antes de la guerra, un trabajador medio dependía de sus seguros contributivos, de la polémica Ley de Pobres o de la mirada de organizaciones de beneficencia y caridad. Con la creación del Welfare State, esto cambió sustancialmente.

¹⁸¹ El sistema educativo clasista surgido de la posguerra fue brillantemente criticado por Lindsay Anderson en su película *If* (1968). Anderson era un cineasta del Free Cinema Movement que participó en la New Left (véase la historia de este movimiento en el apartado 3.3.2.).

¹⁸² Para una breve historia de la conexión entre esta ley y las luchas mencionadas puede verse el corto titulado *Mass Trespass* de 2018. Disponible online: <https://roarmag.org/films/mass-trespass/>.

Las concreciones del Espíritu del 45 británico (II). Pleno empleo, nacionalizaciones y regulaciones estatales

Sin duda uno de los grandes cambios fue el compromiso con el pleno empleo. Según la TUC, el pleno empleo “solo puede ser adecuadamente alcanzado dentro de un sistema de controles públicos” donde “la extensión del control público debe significar una democratización cada vez mayor de la vida económica” (Consejo General de la TUC, *Interim Report on Post War Reconstruction, TUC 1944 Report*, citado en Apple, 1980: 11). Ese programa ambicioso de democratización de la esfera económica sería abandonado posteriormente. No obstante, se consiguió crear el paradigma del “pleno empleo”, esto es, la idea de que los gobiernos tenían la obligación de aproximarse lo máximo posible a este objetivo para impedir que volvieran los cataclismos de los años 30. Los conservadores se vieron obligados a aceptar este compromiso, aunque ofrecieran su propia interpretación de este (Apple, 1980: 13). Como resultado del acuerdo, la tasa de desempleo permaneció por debajo del 2% entre 1948 y 1970 (Todd, 2018: 187).

Pero lo más llamativo –y lo más debatido– del gobierno de Attlee fue su vasto programa de nacionalizaciones. Se nacionalizaron las minas de carbón, la producción y el tráfico del hierro y del acero, el Banco de Inglaterra, el telégrafo, la electricidad, el gas, la radio, la aviación civil y el transporte por carretera y ferrocarril. El célebre programa de nacionalizaciones está asociado al nombre de su ejecutor, Herbert Morrison. Morrison había sido Ministro de Transportes con MacDonald desde 1929, y, cuando ostentó el cargo de alcalde de Londres, prefiguró de alguna manera su particular comprensión de este tipo de políticas, porque municipalizó el transporte de la capital y lo puso bajo gestión de expertos y directivos. El programa de Morrison era claro: muchas empresas pasarían a ser de titularidad pública, pero los viejos directivos mantendrían sus puestos y no habría participación democrática de trabajadores o usuarios. La izquierda del Labour luchó contra esto, viendo incumplido el sueño de la plena democratización (Miliband, 1964: 299). En torno al año 1951, cuando los laboristas salieron del poder, habían conseguido crear un sector público de cuatro millones de trabajadores, el 18% del total. Un quinto del total de la economía era ya propiedad pública, y el sector gubernamental era responsable de un tercio de la formación neta de capital fijo (O’Neill y Guinan, 2018). Allí donde no se habían nacionalizado industrias, se implantaron nuevas regulaciones estatales para controlar los usos de la propiedad privada.

La política de nacionalizaciones se dio la mano con una regulación estricta de precios. Dentro de esta destacaba el racionamiento, que se mantuvo hasta 1954, y la conservación durante una década más de los British Restaurants, las cantinas públicas con precios rebajados que se habían abierto en tiempos de guerra. A finales de la década de los 40, los británicos gastaban un tercio de sus ingresos en productos racionados, cuando solo una década antes tenían que gastar dos tercios (Todd, 2018: 190-191).

No obstante, la dirección del cambio estaba clara: “se evitó por completo la autogestión o control obrero, o las alternativas al capitalismo en sentido sistémico” (Eley, 2003: 295). Las empresas que fueron nacionalizadas (excepto la del hierro y la del acero) ya presentaban problemas de rentabilidad por lo que su nacionalización estuvo casi bien vista por los conservadores, y no supuso una “aventura revolucionaria” como reivindicaría el gobierno de Attlee. Miliband ofrece tres argumentos para probar este punto:

- i) que los conservadores no ofrecieron oposición a las nacionalizaciones (excepto en las industrias del hierro y del acero¹⁸³);
- ii) que las indemnizaciones por nacionalización fueron tan sustanciosas que los antiguos propietarios de algunas industrias (como la del carbón) salieron ganando con la jugada;
- iii) que se evitó el control democrático por parte de los trabajadores, por lo que en muchas ocasiones la vida cotidiana de estos no cambió y ni siquiera cambiaron los directivos y técnicos cualificados de tales industrias.

Por otro lado, a pesar de algunas regulaciones esenciales, siguió existiendo un importante mercado de vivienda privada, de educación de élite privada y de sanidad privada. Y se hizo poco por compensar las diferencias salariales entre los gerentes y profesionales asalariados respecto a los trabajadores manuales (Todd, 2018: 188). La pobreza no desapareció: en 1948 cerca de 500.000 pensionistas y casi 145.000 personas por debajo de la edad de jubilación pidieron el Suplemento Nacional de Asistencia, una renta condicionada para personas que no tenían ningún otro tipo de ingreso para sobrevivir (Todd, 2018: 196). Tampoco las demandas de los movimientos de mujeres fueron escuchadas: las mujeres fabriles ganaban en 1948 la mitad que sus compañeros de igual oficio, y en 1951 solo un 3% de los niños disponía de servicio de guardería público. La dirección del Labour se había comprometido con un modelo social del tipo *bread-winner*, que consideraba que una familia debía sostenerse solo con el salario del varón (Todd, 2018: 199-201). Como han sostenido muchos críticos, el gobierno laborista hizo *mucho*, pero podría haber hecho *mucho más* en relación con las expectativas de la mayoría de la población británica:

Los sentimientos eran propicios para algo que fuese mucho más allá que la nacionalización. Porque si los avances sociales de los años de la posguerra fueron sustanciales en comparación con el ritmo de los años anteriores, también eran modestos en base a cualquier criterio más humano. Y si el Gobierno mejoró aún más el sentido de confianza y fuerza de las clases trabajadoras, también se tomó la preocupación de moderar y disciplinar tanto sus demandas como sus expectativas (Miliband, 1964: 287).

Las razones del desencanto: imperialismo y fabianismo

Fue una compleja conjunción de factores la que contribuyó a consolidar las limitaciones del gobierno laborista. Hemos señalado ya la tendencia al reformismo de la clase obrera británica, y especialmente la enorme disposición al pacto con las élites y a las cesiones por parte de la dirección del Labour. Una razón habitualmente empleada por los críticos de izquierdas (Left Labour, PCGB y movimientos sociales) señalaba a la enorme influencia del “fabianismo”, la corriente intelectual de la Sociedad Fabiana que proveyó de tantos intelectuales, asesores y líneas políticas al partido. Los fabianos estuvieron asociados durante estos años con el hiperrealismo político y con una concepción

¹⁸³ La historia de la nacionalización de estas industrias es curiosa, porque suponía el único frente de batalla directo con las élites capitalistas que la dirección del Labour intentó esquivar o retrasar (pero a la que no podía renunciar por las presiones internas de sus bases). La Cámara de los Lores obligó a retrasar la Ley, y cuando finalmente fue aprobada, parte de la patronal se negó a aplicarla (previendo que al gobierno laborista le quedaba poco tiempo en el cargo, como de hecho fue el caso). Algunas empresas que sí llegaron a ser nacionalizadas dedicaron las indemnizaciones que recibieron a la creación de un fondo para la recompra de esa industria una vez llegaran los *tories* al poder (Miliband, 1964: 311).

“estadista” de tintes tecnocráticos, dos características que definen muy bien a la dirección laborista de la posguerra¹⁸⁴.

Pero se podrían señalar más factores. Entre ellos, no ocupan un lugar menor las campañas conservadoras generosamente financiadas por la patronal para desprestigiar las reformas o el papel jugado por el rey George VI, siempre dispuesto a rebajar las expectativas rupturistas, pero también por el aparato de funcionarios y asesores que el Labour heredó del gobierno de Churchill y que decidió mantener en sus puestos (funcionarios que presionaban continuamente para suavizar las propuestas y evitar los “experimentos con gaseosa”).

Las presiones que Attlee recibía en sentido contrario (para cumplir un programa transformador) venían sobre todo por parte del ala izquierda del grupo parlamentario, las bases del partido y una parte de los sindicatos, pero estaban mucho menos organizadas y eran menos persistentes. En noviembre de 1946 cincuenta y tres diputados laboristas aprobaron una enmienda a la resolución de política internacional en el Congreso del partido solicitando revisar y cambiar la línea conservadora de Bevin y en 1947 apareció el manifiesto *Keep Left* que denunciaba la lógica de la Guerra Fría. Pero la presión fue insuficiente y se hizo de forma desorganizada. El gabinete de ministros se había conseguido aislar de las presiones del grupo parlamentario (creando un “Comité de enlace” que controlaban los propios ministros) y este permanecía demasiado desarraigado de las instituciones del partido. Cuanto más poder se concentraba, más autonomía se tenía respecto a las bases que habían elegido a ese poder, volviendo inútiles los principios fiduciarios de las organizaciones socialistas de masas (véase 1.2.5.).

Para justificar esta rebaja de expectativas e intenciones, el gobierno de Attlee fue moderando su discurso. Una de las ideas clave que introdujo en el informe *Economic Survey for 1947* fue la distinción entre una planificación estatal “democrática” (aquella que dejase un amplio margen a la iniciativa privada) y una “totalitaria” (aquella que impusiese por la fuerza las demandas del Estado). Otra fue el concepto de “economía mixta”, introducido por el ya mentado Herbert Morrison, con la intención de señalar que las nacionalizaciones habían convertido al capitalismo en algo irreconocible, porque ahora los británicos vivirían con una economía en parte socializada y en parte privatizada, pero regulada siempre por un Estado que velaría por el interés general (Miliband, 1964: 300).

El otro frente de ruptura dentro del Labour fueron sus posiciones sobre política internacional. Esta disputa era ya vieja en las izquierdas británicas. La experiencia de la Primera Guerra Mundial había supuesto una bomba de carga en el internacionalismo socialista: Ramsay MacDonald apoyó la guerra, y solo 10 años después, convertido en Primer Ministro, volvió a dar la espalda al internacionalismo apoyando las Bengal Ordinances en la India (que daban al gobierno la posibilidad de meter en prisión a ciertas personas sin juicio e incluso sin cargos), enviando barcos de guerra a Egipto o bombardeando Iraq. MacDonald incluso publicó *Labour and the Nation* (1928), un programa para continuar y desarrollar el imperio de la Commonwealth. El internacionalismo sobrevivió a través del ILP (en aquella época sinónimo del ala izquierda del partido), que sostenía una cultura política totalmente distinta, por ejemplo,

¹⁸⁴ Para las opiniones de Thompson sobre el “estatismo” y una defensa de que su crítica a este se hizo en términos republicanos véase el apartado 4.2.1. de esta tesis y también mi contribución a la revista *Catarsi* (Martínez-Cava, 2019). Los orígenes del fabianismo y sus mutaciones son tratados brevemente en el apartado 3.2.3.

organizando a voluntarios que quisieron sumarse a las Brigadas Internacionales durante la Guerra Civil española. La famosísima revista de la izquierda *Tribune* había nacido precisamente como una plataforma de lucha contra el fascismo y apoyo a los republicanos españoles cuando la postura oficial del Labour fue la no-intervención¹⁸⁵.

Tras la llegada al poder de Attlee la política internacional volvió a dividir al Labour. Mientras que el ala izquierda quería colaborar para extender los procesos revolucionarios (representada en este punto por Harold Laski), la ejecutiva del partido estaba lejos de ese objetivo. El Secretario de Estado de los EEUU, James Byrnes, afirmaría que estaba realmente sorprendido porque en las negociaciones internacionales prácticamente no se había notado la sustitución de Churchill y Eden por Attlee y Bevin (Miliband, 1964: 283)¹⁸⁶. El Labour entraría de pleno en la dinámica de bloques de la Guerra Fría, y protagonizaría historias turbulentas como la intervención en Malasia, donde el ejército británico desplazó a 500.000 trabajadores rurales a campos vigilados. El Labour capituló ante la política exterior norteamericana y sería uno de los principales promotores de la creación de la OTAN.

Lo cierto es que el cambio de época comenzaba a notarse a medida que se extinguía el Espíritu del 45. Debe recordarse que la situación económica de Gran Bretaña era casi de insolvencia, como resultado de la enorme movilización acometida durante la guerra (10 millones de personas empleados en la industria armamentística o en el ejército de una población de 21 millones y medio de adultos). Gran Bretaña había pasado de ser uno de los principales países acreedores del mundo a ser el principal endeudado, con EEUU particularmente. Es un dato crucial que el 97% de los fondos recibidos en el Plan Marshall se empleasen en pagar la inmensa deuda con EEUU, el mismo país que suministraba las ayudas (Judt, 2017: 246-249). Enfrentadas a la crisis económica, la TUC y el gobierno laborista aprobaron en 1948 la congelación salarial y ciertas medidas de austeridad. La carrera armamentística a la que el Labour se sumó ansioso no pudo sino empeorar la situación, y cuando los ministros enfrentaron el *trade off* entre gasto social y gasto militar, estallaron las tensiones internas: a mediados de 1951, una vez comenzó la guerra de Corea, el gobierno laborista aprobó un presupuesto que recortaba las partidas del NHS (buscando introducir el copago) y aumentaba exorbitadamente el gasto militar. Esto causó la renuncia de Aneurin Bevan y otros diputados de la Ejecutiva (Ian Mikardo y Harold Wilson entre ellos), pasando a convertirse Bevan en el líder del Left Labour, la sección de izquierdas dentro del Grupo parlamentario.

¹⁸⁵ El *Tribune* abrió desde sus orígenes las puertas a intervenciones antiimperialistas como las de J. Nehru pidiendo la independencia de la India. En 1984 apoyó al NUM en la huelga de mineros contra Thatcher cuando el Labour empezó a darle la espalda, y en 2003 tuvo una posición muy crítica contra la participación de Inglaterra en la invasión de Irak (recordemos que fue Tony Blair, líder del Labour, el que acordó con Bush y Aznar la invasión del país). En la historia de sus principales editores se encuentran diputados célebres del ala izquierda del partido como Aneurin Bevan o Michael Foot. Por diversas razones el periódico suspendió su publicación en papel en enero de 2018, pareciendo por un momento que el proyecto llegaba a su fin. El auge del *corbynismo* –con apoyo de los editorialistas del estadounidense *Jacobin Magazine* y su seductora línea gráfica– permitió reflotar el histórico periódico socialista en 2018.

¹⁸⁶ En 1952 Churchill se dirigió a la Cámara de los Comunes con las siguientes palabras: “La política que esbocé en Fulton hace cinco años ha sido efectivamente adoptada por los Estados Unidos y por el Partido Socialista. Dos años más tarde, por el Pacto de Bruselas y al año siguiente por el Tratado del Atlántico Norte, todo el contenido y los objetivos de lo que defendí ha sido adoptado y llevado a cabo por el gobierno socialista, y hoy día todos respetamos el sabio y previsto coraje del último Ernest Bevin al ayudarnos en llevar a cabo todos estos cambios” (Miliband, 1964: 303). Esa política internacional esbozada en Fulton será analizada en el epígrafe siguiente.

El 25 de octubre de 1951 tuvieron lugar las elecciones generales y el Partido Laborista, a pesar de mantener un buen resultado en votos, perdió la mayoría y el gobierno frente a los conservadores y pasó a la oposición. No volvería al poder hasta 1964 aupado por el movimiento “regenerador” de Harold Wilson. En el interregno se produjeron las “disputas bevanitas”. En marzo de 1952 cincuenta y siete diputados bevanitas (de un grupo parlamentario de 295) rompieron la disciplina de voto y votaron en contra del programa de rearme. Attlee se tomó su venganza y aprovechó para prohibir las corrientes internas dentro del partido. En 1955 el gobierno conservador de MacMillan aprobó la fabricación de la Bomba H (la bomba de hidrógeno) con los votos a favor del Partido laborista, exceptuando los de 62 diputados de izquierdas que se abstuvieron¹⁸⁷. Durante el debate, Bevan obligó a los líderes de ambos partidos a posicionarse sobre la cuestión, y esto causó tal revuelo dentro del laborismo que Attlee consiguió que Bevan fuera expulsado del Grupo Parlamentario (Miliband, 1964: 326-331). Las luchas intestinas desgarraron al Partido durante años, enajenando a muchas de sus bases e impidiendo que los socialistas de izquierdas consiguieran efectuar cambios¹⁸⁸.

Attlee parecía dispuesto a reencarnar ese espíritu autoritario del ala derecha del Labour que expulsó a los defensores del Frente Popular a finales de la década de los 30. Esto no es algo anecdótico. Porque la ejecutiva del Labour de posguerra se preocupó, precisamente, de volver a apartar de puestos de poder a las principales figuras de la izquierda del partido:

La gente que habla demasiado, pronto se ve a sí misma en contra de ello. Harold Laski, por ejemplo. Un tipo brillante... pero empezó a dar discursos los fines de semana. Me tuve que deshacer de él. G.D.H. Cole fue otro tipo brillante. Una mente muy clara. Pero solía tener una nueva idea cada año, sin importar que el hombre de a pie estuviera interesado en ella o no” (C. Attlee, “¿Qué tipo de hombre llega a la cumbre?”, *Observer*, 7 de febrero de 1960, citado en “Revolución” en Thompson, 2016 [1960]: 347-348)¹⁸⁹.

La consolidación del revisionismo en el Labour. Los “zalameros bien arreglados” (Crosland, Marshall, Gaitskell) y el mito meritocrático del “Estado de Oportunidad”

Finalmente, el giro programático-estratégico terminó por consolidarse en el partido. Mientras que para muchos activistas el Welfare State y las nacionalizaciones suponían el principio de la revolución social a la que supuestamente se estaba dedicando el Partido Laborista, para los líderes de este partido estas medidas podían ya considerarse *en sí mismas* todos los cambios que creían necesarios. En torno a 1950, consideraron que la mayor parte de su tarea ya estaba completada y a partir de 1955 –con la elección de Hugh Gaitskell como nuevo líder y con la publicación del famoso documento de Anthony Crosland *The Future of Socialism* en 1956– se implantó el llamado “revisionismo”¹⁹⁰: el

¹⁸⁷ La bomba fue probada en mayo de 1957 en una isla remota del océano Pacífico.

¹⁸⁸ “La mayor parte de los militantes [socialistas] que aceptan los cargos, ya sea en el Partido Laborista ya sea en los sindicatos, se encuentran a sí mismos cada vez más enmarañados dentro de las luchas faccionales y apoyando los intereses seccionales de unos frente a otros (...) del socialismo y de las ideas socialistas queda más bien poco, si es que queda algo” (Saville, 1959: 11).

¹⁸⁹ Para Thompson, Harold Laski y G. D. H. Cole eran “los dos teóricos no-comunistas más destacados del socialismo británico” (“Revolución”, en Thompson, 2016 [1960]: 347).

¹⁹⁰ Este revisionismo tiene un precedente importante en el Congreso de la Internacional Socialista de 1951, cuando Morgan Phillips, representante del Labour en este congreso, rechazó con fuerza el marxismo defendiendo ante los representantes de los demás partidos socialistas que el Partido Laborista tomaba sus fuentes sobre todo de Stuart Mill, de la Sociedad Fabiana y de los reformadores de la Iglesia Anglicana. Era una frase en contradicción directa con las opiniones de Harold Laski, que en la reedición del Manifiesto

objetivo de una Commonwealth socialista no solo dejó de postergarse indefinidamente, sino que directamente se abandonó (Miliband, 1964: 332). Para ser más exactos, y como veremos en este apartado, se trató de “resignificar” el concepto de “socialismo” hasta volverlo casi irreconocible.

La discusión entre el ala izquierda del partido y el ala derecha mantuvo una retórica muy igualitarista, pero ahora la dirección del partido defendería que las nacionalizaciones solo serían necesarias cuando la industria privada hubiera fallado o quebrado. La publicación en 1957 del documento *Industry and Society* consolidó definitivamente esta tendencia. Fue aprobado por 5.309.000 votos frente a 1.276.000 (Madeleine Davis, 2012: 505)¹⁹¹. A finales de los 50, la dirección del Partido Laborista se había convencido de que su objetivo era reconquistar a un electorado de clase media que, según pensaba, era reactivo a la retórica de las nacionalizaciones. Para cumplir con ese objetivo debía abandonar la retórica de clase y parecer un partido “nacional”, moderado y respetable. La paradoja de este giro, nos dice Miliband, es que fue una profecía autocumplida: el partido se moderó cada vez más, pero al hacerlo moderó también al electorado, y ni siquiera consiguió el éxito electoral previsto (Miliband, 1964: 339).

Una característica esencial del revisionismo fue su aceptación de la visión conservadora de que el Welfare State había erradicado la pobreza. El investigador social y fabricante de chocolate Seebohm Rowntree publicó en 1951 el informe *Poverty and Welfare State* donde se afirmaba esta idea, y el Partido Laborista y el Partido Conservador la dieron por válida durante una década (Todd, 2018: 253).

En la historia del revisionismo laborista jugó un papel importante el sociólogo T. H. Marshall, que en 1922 fue candidato por el Partido Laborista, aunque no consiguiese el escaño. Su obra *Ciudadanía y clase social* tuvo un enorme impacto, y fue publicada en 1949, pocos años después de que el sistema Beveridge de Welfare State se implementara. Su concepto de “ciudadanía social” no se entiende sin esa experiencia y sin sus relaciones políticas, hasta el punto de que “en algunos círculos, su nombre se convirtió así en sinónimo de la engréida y triunfalista socialdemocracia que supuestamente se había extendido en la izquierda moderada después de 1945” (véase la entrada “T. H. Marshall. English Sociologist” en la *Encyclopaedia Britannica*, Jackson, 2019). En la conocidísima conferencia de Marshall, el sociólogo defendió que el siglo XX estaba asistiendo a la emergencia de una suerte de paradigma político-jurídico en el cual los derechos sociales cobraban el suficiente protagonismo como para estar vinculados a la condición de ciudadanía. Su comprensión de los derechos sociales y del objetivo de estos iba en plena sintonía con el revisionismo del Labour. Comenzaba con una promesa “horizontalizadora”:

La reducción de las diferencias de clase es aun la meta de los derechos sociales, pero ha adquirido un nuevo significado, porque no se trata solo de acabar con la miseria obviamente desagradable de los estratos más bajos de la sociedad (...) ya no basta con elevar el nivel más bajo del edificio social,

Comunista en 1947 había escrito en el prólogo que “el Partido Laborista reconoce su deuda con Marx y Engels” (citado en Braunthal, 1980: 204-205). El revisionismo de Phillips se adelantaba, de alguna manera, al conocido programa de Bad Godesberg del SPD alemán que constituiría el hito clave del giro a la derecha de la socialdemocracia europea.

¹⁹¹ El documento incluía declaraciones como la siguiente: “El Partido laborista reconoce que bajo la dirección cada vez más profesional, las empresas grandes están sirviendo bien a la nación (...) ninguna organización, pública o privada, puede funcionar con normalidad si está sometida a intervenciones persistentes y detallistas desde arriba. No tenemos, por tanto, la intención de intervenir en la dirección de ninguna empresa que esté haciendo bien su trabajo” (citado en Miliband, 1964: 338).

dejando intacta la superestructura. Ahora se ha comenzado a remodelar todo el edificio, y podría ser que el rascacielos se convirtiera en un chalé (T. H. Marshall, 1998: 52).

Marshall se embarcó en un análisis del sistema educativo y de cómo el “derecho a la igualdad de oportunidades” buscaba eliminar los privilegios de la herencia, pero también “desarrollar las diferencias”, esto es, abrió el camino a un nuevo proceso de estratificación social que ahora, sin embargo, era visto con buenos ojos. La defensa del sistema educativo estratificador de cuño laborista es clara: “a través de las relaciones de la educación con la estructura ocupacional, la ciudadanía actúa como un instrumento de estratificación social. No hay razón para deplorarlo, pero debemos contar con sus consecuencias” (T. H. Marshall, 1998: 67-68). También aprovechaba aquí el sociólogo para criticar las movilizaciones obreras inglesas que estaban resistiéndose a la implantación del nuevo modelo de posguerra, a las que no dudaba en calificar de “huelgas salvajes”, y se mostraba crítico asimismo con un modelo sindicalista que buscara compensar las “derivadas salariales” al estilo sueco (T. H. Marshall, 1998: 71,73-74). En suma, Marshall trató de elevar a concepto las tensiones propias del modelo social del gobierno laborista de posguerra (entre la búsqueda del interés propio y el interés público, entre provisión de servicios universales y condicionalidad, entre rentas reales y rentas salariales, etc.), no viéndolas como contradicciones a resolverse, sino como tensiones que podían y debían convivir porque “este conflicto de principios surge de las propias raíces de nuestro orden social en su actual fase de desarrollo de la ciudadanía democrática” (T. H. Marshall, 1998: 82). Al final del argumento, resulta que el rascacielos ciertamente reducía su altura, pero no se convertiría en el prometido chalé. Pocos textos han tenido tanto impacto y recogen con tanta singularidad las tensiones propias del que fuera un partido obrero de masas en línea con la tradición socialista democrática y que ahora se iba transformando a pasos agigantados hasta desdibujar casi totalmente su identidad.

El personaje que mejor representa esa transformación de la socialdemocracia de posguerra británica que conocemos como “revisiónismo” es Anthony Crosland¹⁹². En su influyente obra de 1956, *The Future of Socialism*, Crosland se proponía la ciclópea tarea de rediseñar los objetivos generales (y los medios para llevarlos a cabo) del socialismo en base a las nuevas circunstancias del Pacto Social. Era un desafío compartido por las fuerzas socialistas del período. Pero si había algo contra lo que se dirigía con especial empeño Crosland era contra los esfuerzos de algunos políticos e intelectuales de izquierdas (Aneurin Bevan de forma explícita) por “volver a los viejos principios”, es decir, retomar los objetivos del socialismo de entreguerras¹⁹³. Para Crosland, los intelectuales socialistas británicos se vieron seducidos por los cantos de sirena del marxismo en los convulsos años de entreguerras, y esto era un enorme problema ahora, porque las principales tesis del marxismo habían quedado obsoletas ante el nuevo escenario de posguerra (Crosland, 1956: 20, 27). Este nuevo escenario también había vuelto obsoletas otras tradiciones socialistas, ya fuera porque habían perdido relevancia

¹⁹² Crosland fue un precoz diputado laborista (entraría como representante en la Cámara de los Comunes con 32 años entre 1950-1955, y volvería para quedarse en el período 1959-1977) que ocupó distintos altos cargos, incluidos ministeriales, y fue la mano derecha intelectual de Hugh Gaitskell, secretario general del partido durante los años del revisionismo. Recientemente Leo Panitch ha recordado que el peso de Crosland en el socialismo inglés fue aplastante, a pesar de que sus principales tesis fueran clamorosamente refutadas por la ruptura del Pacto Social de posguerra en la década de los 70 (Panitch, 2019).

¹⁹³ Por esta razón debe leerse *The Future of Socialism* como la intervención de batalla del ala revisionista que dirigía el Labour en aquellos años, liderados por Gaitskell. Es una obra extensa y profunda, repleta de argumentos y matices, pero que tiene un claro carácter *belicoso* en el que, significativamente, (casi) todos los cañones apuntan a las trincheras del campo socialista.

de cara a las nuevas circunstancias ya fuera porque habían “muerto de éxito”, esto es, porque hubieran alcanzado algunos de sus objetivos (Crosland, 1956: 79-96).

El principal cambio tenía que ver con la transferencia de poder económico que se había producido en distintos ámbitos de la sociedad británica. Esta transformación, según el intelectual laborista, se componía de varios elementos (Crosland, 1956: 19-41):

- i) Las nacionalizaciones y las regulaciones estatales sobre la industria privada habrían basculado la correlación de fuerzas en favor del socialismo, debilitando enormemente a la tradicional clase propietaria. Del mismo modo, la distribución de riqueza y de renta conseguida en el gobierno de Atlee habrían reforzado este efecto (consiguiendo incluso acabar con la pobreza absoluta).
- ii) El reconocimiento del papel de los sindicatos (especialmente su papel en la planificación estatal para conseguir el pleno empleo) habrían privado a la clase empleadora de su principal arma. El poder del que disfrutaban los sindicatos ahora habría vuelto obsoleto el viejo diagnóstico de que el trabajador asalariado es, de alguna manera, una forma de esclavitud (*wage-slavery*).
- iii) El cambio en las motivaciones de las élites económicas (una “revolución psicológica”), que ya no podrían entenderse en los términos de preguerra con despiadados jefes de industria explotando a sus trabajadores con el único motivo de aumentar el beneficio neto. Para los capitanes de industria de posguerra, según Crosland, se habría extendido una cierta conciencia progresista y social, de tal manera que no solo estarían dispuestos a conceder ciertas reformas en favor de la clase trabajadora, sino que además *estarían de acuerdo* con ellas porque su motivación profesional ya no era primordialmente la del beneficio económico.
- iv) La revolución *managerial*, por la cual los nuevos líderes empresariales ya no eran los propietarios de los recursos productivos, sino que pasaban a serlo la clase directiva, que no dejaban de ser trabajadores asalariados. Estos nuevos directivos podían ser empleados públicos o asalariados de la industria privada, pero su perfil era sociológicamente homogéneo: tomaban las principales decisiones económicas, disfrutaban de subidas salariales constantes, podían promocionar, tenían derechos de pensión, etc. Sería una nueva clase no solo independiente del poder de los accionistas de la empresa sino también de los propios propietarios de la empresa. Esto supondría un cambio tan sustancial, nos dice Crosland, que volvía absurdo sostener la existencia de una “clase dominante capitalista” (Crosland, 1956: 34, 76). La transformación era de tal envergadura para el intelectual laborista que los problemas para el socialismo ya no serían los planteados por la propiedad privada, sino por el poder de “un Estado engrandecido y burocrático”, por los grupos de poder de “la Corte, la Iglesia y los medios de comunicación influyentes” y finalmente por los que controlan las organizaciones burocráticas de masas, ya sean públicas o privadas “la BBC, la *Coal Board* y los sindicatos” (Crosland, 1956: 40)¹⁹⁴.

¹⁹⁴ Sobre la supuesta “revolución *managerial*”, Maurice Dobb replicaría un año después: “hablar de ‘control de la minoría’ no es lo mismo que decir que el control esté en manos de no-capitalistas, y todavía menos que los que tienen este control pertenezcan a una clase distinta” (Dobb, 2016 [1957]: 132).

Una de las conclusiones que más sorprendió del estudio de Crosland era su defensa de que la sociedad británica ya no era una sociedad capitalista¹⁹⁵. Para poder afirmar esto, el autor primero tuvo que ofrecer una definición tan exigente e históricamente circunscrita de capitalismo que *necesariamente* el Reino Unido de posguerra no podía caer bajo ella¹⁹⁶. De forma significativa, Crosland no ofreció una etiqueta nueva que condensase la nueva realidad social, aunque explicitó su rechazo por las etiquetas de moda en la época como “economía mixta” o “Welfare State”.

Crosland se pregunta: si el socialismo de preguerras no podía ser una inspiración, ¿por qué habríamos de seguir llamándonos socialistas? La respuesta es que los *valores* defendidos por los socialistas seguían siendo pertinentes. Estos valores eran: i) una protesta contra la pobreza material que crea el capitalismo; ii) una preocupación amplia por el bienestar social (por los necesitados, los oprimidos, los desafortunados); iii) una creencia en la igualdad y en la sociedad sin clases (defendiendo en particular los derechos de los trabajadores); iv) un rechazo del antagonismo competitivo y v) una protesta contra las ineficiencias económicas del capitalismo como sistema productivo. De estos cinco, el primero y el último habrían perdido su relevancia porque la sociedad de posguerra ya habría resuelto estos problemas sociales, mientras que los otros tres seguirían teniendo pertinencia y es en relación a ellos que cabría *redefinir* el socialismo (Crosland, 1956: 103-105).

El segundo valor, la preocupación por el bienestar de los más necesitados, habría visto grandes avances gracias al Welfare State, pero todavía quedaba “reducir el malestar social evitable”. Este segundo valor adquiriría ahora una preponderancia inusitada, representando “la primera diferencia principal entre un socialista y un conservador” (Crosland, 1956: 113). Sobre el tercer valor (la igualdad o sociedad sin clases), el autor dedicará un capítulo entero a redefinir el concepto de clase social en términos culturales (“modos de vida”) en concordancia con su tesis sobre la irrelevancia de la propiedad de los recursos productivos desde 1945 (Crosland, 1956: 169 y ss.) para sostener que las tareas pendientes eran reducir las grandes diferencias en esos “modos de vida”. Finalmente, Crosland aseguró que el espíritu competitivo había sido injustamente tratado, porque era algo necesario cuando se busca la igualdad de oportunidades, un objetivo imprescindible del nuevo socialismo. De tal manera que los socialistas ahora tenían como nuevos retos aliviar los malestares sociales evitables (mejorando la provisión social), evitar el conflicto de clase, reducir las identidades de clase que dividían la sociedad (lo que llama el “resentimiento de clase”) y fomentar la meritocracia. Estas serían las nuevas marcas de identidad para cualquier persona que se quisiera definir como socialista en el Reino Unido post-1945.

Es importante comprender la complejidad de los argumentos de Crosland, porque no afirmaba que no existiese el capitalismo en absoluto, sino que la sociedad británica no podía ser comprendida como predominantemente capitalista. Tampoco afirmaba que se hubiera alcanzado el estadio final de los socialistas, sino que redefinió las tareas de estos en nuevas direcciones que estaban aún por cumplir, circunscritas, eso sí, a unos

¹⁹⁵ Según Crosland, el Estado “es ahora un poder intermedio independiente que domina la vida económica del país (...) [y] este cambio en sí mismo justificaría la afirmación de que la economía capitalista ha pasado a la historia” (New Fabian Essays, 1952, citado en Dobb, 2016 [1957]: 134). Esta tesis fue anticipada por el Congreso de Milán de 1955 del Congress for Cultural Freedom (Scott-Smith, 2002: 145-146. Para las conexiones entre los líderes del revisionismo del Labour, la CIA y el CCF, véase Stonor Saunders, 2013: 372-376. Abordaremos el CCF en 2.4.5.).

¹⁹⁶ Esto puede considerarse una falacia de *petitio principii*. Aunque también puede verse, como probablemente lo veía Crosland, como un problema de qué entendemos por el concepto “capitalismo”.

determinados márgenes políticos impuestos, según el autor, por la nueva época. Pero en esta redefinición de objetivos socialistas, Crosland había cruzado un paso fundamental: el socialismo aparecía definido ahora como una cuestión de grado (“más igualdad social, menos determinantes de clase, menos tensión social evitable”), una suerte de horizonte asintótico hacia el que se debía caminar, pero del que difícilmente se tendrían signos para saber si se había alcanzado (Crosland, 1956: 114-115)¹⁹⁷.

En relación con el ideal de la meritocracia el argumento también era complejo. Para Crosland la igualdad de oportunidades y la movilidad social eran objetivos esenciales del socialismo, pero en ningún caso eran “suficientes”. Alegando esto, lo que realmente criticó el intelectual laborista es que hubiese una *falsa* igualdad de oportunidades, denunciando el efecto segregador del sistema educativo tripartito británico (véase *supra*)¹⁹⁸. El intelectual revisionista señaló que si la sociedad aceptaba un grado de desigualdades amplio (justificable con argumentos meritocráticos) esto generaría resentimiento y clases sociales, por lo que el objetivo socialista debía ser defender la meritocracia, pero velar porque las desigualdades no fuesen *demasiado* amplias. En otro paso, Crosland llevó su argumento hasta el final y consideró “injusta” una sociedad meritocrática donde la élite o aristocracia que se crease respondiera exclusivamente a la mezcla de talento y mérito. El motivo de ello es que la sociedad, al hacer esto, estaría premiando de forma arbitraria unos rasgos de la personalidad humana y no otros (por ejemplo, la inteligencia, pero no así la compasión, la generosidad, el humor o la creatividad artística). Pero, a pesar de ello, la meritocracia contenida en ciertos límites de desigualdad debía ser el objetivo socialista aceptado como *mal menor*, debía “ser considerada como una concesión desagradable a la eficiencia económica, y no como algo intrínsecamente justo” (Crosland, 1956: 218-237).

Sin duda, el principal misil a la línea de flotación del pensamiento socialista británico fue su argumento en contra de las nacionalizaciones. El argumento clave era que el programa de Morrison no había resuelto muchos problemas sociales¹⁹⁹. Considerando el cooperativismo como una respuesta inadecuada y obsoleta ante sociedades tecnológicamente complejas, para Crosland la alternativa solo podía darse entre propiedad privada (estatalmente regulada) o propiedad pública. Argumentando en contra de la democracia económica y de la democracia en el lugar del trabajo, abogó en su lugar por el modelo neocorporativista y los consejos de trabajadores *consultivos* y no vinculantes. El objetivo para Crosland era evitar la lucha de clases y el resentimiento de clase, y eso era algo que un buen diseño institucional podría favorecer porque, según él, las corrientes de la época ya fluían en esa dirección: los ejecutivos y propietarios eran más amables y progresistas que antaño (la “revolución psicológica” ya mencionada). A pesar de ello, los sindicatos debían mantener su independencia, porque no *todos* sus intereses eran idénticos a los de los empleadores. De esta manera, para Crosland, la necesidad de mantener la independencia servía para justificar por qué Gran Bretaña no

¹⁹⁷ “El punto más crucial de todos: ¿cómo y por cuáles medios se dará una transición a la sociedad socialista? Para Gaitskell, el problema puede ser irrelevante (...). La ausencia de cualquier teoría de la transición al socialismo es la consecuencia de la actual capitulación a las convenciones de las políticas capitalistas (“Revolución” en Thompson 2016 [1960]: 349).

¹⁹⁸ Crosland sería posteriormente Ministro de Educación y Ciencias con el gobierno de Harold Wilson y daría una gran batalla por suprimir el sistema tripartito, en favor de la *comprehensive school*, un modelo de escuela integrada y menos segregadora.

¹⁹⁹ En esto hacía de la necesidad virtud, porque justamente las nacionalizaciones de Morrison fueron criticadas, como vimos con Miliband, por no seguir patrones socialistas y democráticos. De nuevo encontramos, sin embargo, matices en el argumento, porque Crosland proponía renacionalizar el acero y el metal que habían sido privatizados de nuevo en 1952 cuando cayó el gobierno de Atlee.

debía seguir el modelo alemán de la gestión industrial. Los sindicatos debían conseguir tener una influencia *enorme* en el proceso productivo, pero ejercida *desde fuera* de la estructura directiva (Crosland, 1956: 333-350). Con esta renuncia a poner el foco del socialismo en la propiedad sobre los recursos productivos y la democracia económica, Crosland trataba de reconfigurar el pensamiento socialista en una dirección que Thompson no podía dejar de criticar:

El juego que hacen Gaitskell y Crosland con los términos medios y fines es, obviamente, engañoso. Es verdad, por supuesto, que el reemplazo de la producción con fines de lucro por una con fines de uso es solo un medio para conformar una sociedad de iguales. También es verdad que es un medio entre muchos otros. Pero lo que está oculto en este argumento es que, sin el reemplazo de la dinámica del motivo de la ganancia, se demostrará que todos los otros medios son ineficaces, y es la delimitación de éste como un medio esencial lo que distingue a la tradición socialista. Esto no quiere decir que la nacionalización por el monopolio del Estado es la única alternativa a la propiedad privada; el debate sobre otras formas (municipal y cooperativa) es muy productivo (“Revolución” en Thompson 2016 [1960]: 340).

Una de las tesis que más trascendió de *The Future of Socialism* fue que, estando enmarcada en la tradición fabiana, elevaba un alegato en contra del carácter austero de esta, promoviendo una relajación de las presiones sociales y mayor libertad en las costumbres:

Necesitamos no solo más exportaciones y más pensiones para las personas mayores, sino también más cafés al aire libre, calles más alegres e iluminadas en la noche, cerrar más tarde las cantinas, más teatros locales de repertorio, más hoteleros y dueños de restaurantes y que sean más hospitalarios, comedores más limpios y vistosos, más cafés en la rivera de los ríos, más jardines de descanso al estilo de Battersea, más murales y pinturas en lugares públicos, mejores diseños en muebles, vajillas y ropa de mujer, estatuas en el centro de las nuevas viviendas públicas, farolas de calle y cabinas telefónicas mejor diseñadas, y cosas por el estilo (Crosland, 1956: 521-522)²⁰⁰.

La clave de la obra y el pensamiento de Crosland de estos años es que permite ver el revisionismo como el intento de redefinir el socialismo dentro de los estrechos márgenes políticos del Pacto Social de posguerra²⁰¹. Las batallas de los socialistas debían trasladarse de la democracia económica y el conflicto de clases al terreno de la educación (donde se libraba la “principal” batalla socialista), a una defensa de la progresividad fiscal, a una mayor preocupación por la cultura, etc. (Crosland, 1956: 518 y ss.). Como veremos en el epígrafe 2.5., estaríamos ante una racionalización *a posteriori* de las tensiones internas del Pacto Social como si estas fueran propiamente socialistas. Algo que Thompson denunciaría como una ilusión:

Estamos de regreso en el juego de *Familias felices*: podemos emparejar valores opuestos (...) y buscar a la sociedad buena en algún lugar junto con el matrimonio tradicional. Sin embargo, si fuéramos a aparejar la explotación y la ayuda mutua, el estímulo de la cultura viviente y la

²⁰⁰ Este pasaje suscitaría la airada respuesta de Thompson: “‘cafés al aire libre... cantinas... hoteleros y dueños de restaurantes... comederos... cafés rivereños’; el sueño del turista norteamericano. Es agradable para un miembro del Parlamento escaparse de la Casa de los Comunes para una comida completa en un jardín de descanso, pero ¿estamos seguros de que a esto se referían los socialistas con una vida completa? Esto tiene que ver más con la vida de la clase media; no tiene sentido para una comunidad socialista rediseñar las lámparas y las cabinas, pero no las fábricas y las ciudades” (“El humanismo socialista. Una epístola a los filisteos” en Thompson 2016 [1957]: 216).

²⁰¹ Para una lectura del desafío revisionista en clave de ciclos económico-políticos (prosperidad entre los 50 y 60 y crisis económica desde los 70) puede consultarse también la obra de Geoffrey Foote, *The Labour's Party Political Thought*. Foote sostiene que el revisionismo tuvo como resultado la “tecnocracia” que dominó en los años 60 con los gobiernos de Wilson, pero que fue apartado por la izquierda de Tony Benn y los nuevos impulsos transformadores de los 70 una vez acabó el Pacto Social de posguerra (Geoffrey Foote, 1997).

producción masiva de la cultura comercial, la cuenta de gastos del empresario y el salario del trabajador del ferrocarril, la publicidad y la educación, el desarme nuclear y el uso de fuerza disuasiva nuclear, habríamos alcanzado un resultado diferente. Las verdaderas contradicciones y antagonismos de nuestra sociedad se habrían vuelto aparentes, y Crosland y los valores capitalistas se encontrarían en un lado, y los valores socialistas en el otro. La contradicción que se expresa en valores opuestos está basada en la propiedad privada de los medios sociales de producción. El motivo de la ganancia permanece en el centro de nuestro orden social, engendrando nuevos conflictos que, por su naturaleza, pueden ser controlados o mitigados, pero no pueden ser resueltos (“Revolución” en Thompson 2016 [1960]: 342).

En esto, los laboristas estaban tanto sumándose a la tendencia de derechización de la socialdemocracia (Braunthal, 1949) como fomentándola. El progresivo abandono por parte de la socialdemocracia del ideal socialista puede rastrearse precisamente en la defensa de la “igualdad de oportunidades” y la “meritocracia” que sustituyó a la “Sociedad de iguales”, por usar los términos de Morris tan queridos por Thompson.

No dejaba de ser paradójico que los laboristas fueran de los primeros en subirse al carro del mito de la meritocracia, porque precisamente el término “meritocracia” fue acuñado por el diputado laborista Michael Young (el mismo que había redactado el famoso panfleto de 1945 *Let Us Face the Future*). Y era paradójico porque Young acuñó el término *irónicamente*, en una novela distópica titulada *The Rise of Meritocracy*, publicada en 1958, con el objetivo precisamente de criticar la idea. Young sostuvo que la meritocracia acababa con la lucha de clases, pero profundizaba las divisiones de clase. Al final de su vida se lamentó de que el concepto hubiera sido resignificado y adoptado por la izquierda como algo de lo que estar orgullosos, y criticó el New Labour de Blair (Young, 2001). Para los socialistas revolucionarios, el ideal meritocrático estaba lastrado desde su origen²⁰². A pesar de todos los logros conquistados, el resultado no se acercaba ni de lejos al ideal meritocrático propugnado por los laboristas: “la Gran Bretaña de la posguerra siguió siendo una sociedad en la que la cuna importaba más que el esfuerzo” (Todd, 2018: 15).

Pero la principal responsabilidad sobre el giro revisionista del Partido Laborista no puede recaer sobre unos cuantos intelectuales, sino principalmente sobre sus dirigentes. En este caso, el peso mayor lo cargan Clement Atlee y Hugh Gaitskell²⁰³. Quizá la acción más simbólica de Gaitskell en este sentido fuera, después de las elecciones de 1959, tratar de modificar la Cláusula IV de los estatutos del partido. La historia de la cláusula IV es casi un espejo de la historia del Labour. Escrita en 1918 por Sidney Webb (una fabiana gradualista) y por Arthur Henderson (ministro sin cartera del gobierno de guerra dominado por los conservadores), estaba pensada como un “caramelo” que pudiera permitir que el Labour fuese un partido comprometido con el socialismo, pero no un partido revolucionario. La famosa cláusula comprometía al partido con el objetivo siguiente:

²⁰² Marx en el tercer volumen del *Capital* había escrito: “cuanto más capaz es la clase dirigente de asimilar las mentes más capaces de una clase dirigida, más estable y peligroso se convierte su dominio” (citado en Crompton, 1994: 87). El marxista analítico Erik Olin Wright, fallecido recientemente, expresó estas objeciones de una forma meridianamente clara: “Mientras exista la herencia de la propiedad privada y mientras las inversiones en el capital humano de los niños estén estrechamente conectadas con las desigualdades en los recursos de los padres, la igualdad de oportunidades será una ficción” (Wright, 2014: 68). El argumento no dice que el capitalismo haya fracasado intentando generar esa igualdad de oportunidades, sino que no puede conseguirla plenamente sin dejar de ser capitalismo.

²⁰³ Gaitskell llevaba años comprometido con el atlantismo junto a diputados laboristas de peso como Richard Crossman o Dennis Healey. El líder laborista participó en la primera reunión del Club Bildeberg en 1954, así como en distintos eventos del anticomunismo organizado en el CCF (Scott-Smith, 2002: 78).

Asegurar a los trabajadores manuales e intelectuales los frutos completos de su trabajo y la distribución más equitativa que sea posible sobre la base de la propiedad común de los medios de producción, distribución e intercambio, así como asegurar también el mejor sistema posible de administración y control popular de cada industria o servicio.

Como se ve, no se comprometía con la democracia económica como tal, sino con el “mejor sistema posible de administración y control popular”. Esa ambigüedad permitiría los conflictos de interpretación, y diversos gobiernos laboristas (MacDonald, Attlee) hicieron una interpretación de la cláusula que evitaba la participación popular y mantenía el poder de gestión concentrado en los directivos. Cuando en 1959 Hugh Gaitskell intentó eliminar la cláusula IV (en sintonía con el giro antisocialista del SPD alemán en Bad Godesberg ese mismo año), encontró una oposición feroz en las filas de su partido que no solo le impidió eliminarla, sino que aprobó que la cláusula apareciera mencionada en todas las tarjetas de los miembros del partido. Pero el espíritu de la cláusula no consiguió mantenerse. La izquierda del Labour luchó infructuosamente contra esto en repetidas ocasiones, viendo incumplido el sueño de la plena democratización. El famoso diputado izquierdista Tony Benn hizo campaña al calor de los años 70, defendiendo que las corporaciones públicas debían transformarse en “expresiones de nuestros objetivos socialistas”, por lo que las instituciones debían “estar al servicio del pueblo y no convertirse en fuente de dominación”. El impulso duró hasta finales de 1974, de la mano de un proyecto de democratización del partido que no consiguió ver la luz. Después de las dos elecciones generales de 1974, la derecha del Labour recuperó el control del partido y abortó la tentativa democratizadora. Otro hilo que vincula la historia del revisionismo de posguerra con el New Labour se ve en el hecho de que, veinte años después, Tony Blair se vio lo suficientemente fuerte como para modificar la cláusula IV con el objetivo de “conquistar a las clases medias” del país y consiguió triunfar allí donde Gaitskell había fracasado. La nueva cláusula era una versión muy descafeinada de la anterior (Gani, 2015).

Sin embargo, la crítica de Thompson al Labour no estaba dirigida exclusivamente a los líderes del Labour –hipótesis de la “traición” como único factor explicativo– sino que tenía en cuenta que el revisionismo había sido aceptado por millones de activistas y trató de analizar las condiciones sociales de esa aceptación²⁰⁴. La relativa movilidad social estaba comenzando a emborronar las fronteras tradicionales de la estructura de clases británica, suscitando incluso el debate de si existían ya clases. Un jovencísimo Stuart Hall fue uno de los primeros en abrir el debate entre las filas socialistas en un lúcido artículo significativamente titulado “A Sense of Classlessness?” (Hall, 1958). El discurso de la meritocracia, sostuvo Thompson, presuponía que los individuos podían partir de condiciones de igualdad, es decir, que no existían ya clases sociales: “el clamor por la igualdad de oportunidades se mezcla con el mito de los sin clase y provee –como lo hizo antes la autoayuda– una legitimación ética para el sistema” (Thompson, 2016 [1960]: 406). Thompson acuñó una etiqueta crítica para designar a esta nueva sociedad que aspiraba a dotar de oportunidades a los individuos para que compitieran en condiciones de igualdad, pero que conservaba todo el funcionamiento capitalista junto con la ética de la ganancia y la competitividad. En su característico tono irónico, denominó al Welfare State, “Estado de Oportunidad” (Thompson, 2016 [1959]: 321).

²⁰⁴ Hugh Gaitskell “es la expresión auténtica de ciertos trazos de la sociedad contemporánea y refleja la penetración de la ética adquisitiva en los centros de la vida obrera, así como el debilitamiento de la ética comunitaria” (Thompson, 2016 [1959]: 296).

Otro asunto no menor es que los partidos socialdemócratas europeos, y en este caso el Labour, parecían haber abandonado lo que antiguamente se llamaban las tareas de educación y propaganda de las ideas socialistas. Poco a poco, fueron adoptando la idea de que su función era adaptarse a las preferencias del electorado entendidas como un conjunto *ya dado*, por lo que las tareas del socialismo consistían en perfeccionar las técnicas electorales para llegar al poder. Estas organizaciones pasaron, en muchas ocasiones, de ser “partidos de clase” a ser “partidos atrapalotodo” (*catch-all parties*) (Kirchheimer, 1966). Thompson denunciará que el Partido laborista, el principal partido del país, con millones de afiliados y más de 10 millones de votantes casi fijos, no tuviera siquiera una revista socialista potente de discusión y debate de fondo donde se discutiera *de todo* y donde se cruzaran las experiencias socialistas de distintos países. Recuperando la vieja idea de William Morris de que la labor de los socialistas consistía en “enseñar al deseo a desear”, es decir, no dar las preferencias por dadas sino trabajar para transformarlas, dirá: “Si demasiados políticos laboristas están ahora mismo reduciendo su labor a la estupidez de hacer de meteorólogos tratando de pronosticar el *clima de opinión* en el período de los próximos cinco años, entonces, nuestra labor será la de crear ese clima” (“La Nueva Izquierda”, en Thompson, 2016 [1959]: 322). Los laboristas se habían adaptado demasiado al nuevo orden mundial, perdiendo la necesaria tensión que, para Thompson, tiene que existir entre el deseo y la necesidad, entre la pulsión utópica transformadora y el realismo de conocer las restricciones existentes: “La protesta utópica, la visión de las nuevas posibilidades humanas, constreñidas dentro de las viejas formas, que es una parte esencial de la dinámica socialista, se ha extinguido en el filisteísmo ególatra y cansino y en el ‘realismo’ miope del parlamentario capitalista” (“Revolución” en Thompson, 2016 [1960]: 353).

Una de las condiciones básicas para que los partidos socialdemócratas tradicionales pudieran realizar una transformación tan radical de su esencia, desnaturalizándose en tanto que partidos de clase, fue la oligarquización continua de su funcionamiento interno, cada vez menos democrático. Es decir, la ruptura de los principios fiduciarios que habían guiado su origen en el siglo XIX (véase 1.2.5.). Esto no se debía tanto a la supuesta “ley de hierro de la oligarquía” que Robert Michels había previsto para todo partido político de masas (para dos lúcidas críticas socialistas de esta tesis puede verse Neumann, 1971; Schiffrin, 1980) sino que tenía más que ver con una coyuntura histórica concreta, la de la Europa occidental de posguerra pilotada por los EEUU en plena competición con la URSS. En ese particular contexto, decimos, no se verticalizaron los partidos obreros de masas sencillamente por una tendencia genéticamente inscrita en su seno, ni tampoco porque la base obrera que los sustentaba se hubiera acomodado plenamente al nuevo régimen (aunque las presiones acomodaticias tuvieran un peso crucial). Más bien, si hemos de señalar una causa principal, esta sería una estrategia consciente de los líderes aprovechando el reflujo de derrotas obreras que tuvieron lugar al yugularse el Espíritu del 45. Este y no otro era el mensaje de Johannes Agnoli, el autor del que fuera el libro de cabecera de los movimientos del ciclo del 68 *Theses on the Transformation of Democracy and on the Extra-parliamentary Opposition* (Agnoli, 1968) y que Thompson podría haber suscrito perfectamente. Thompson fue un crítico indeleble de estas tendencias contrademocráticas en los partidos políticos y, cuando fue preguntado al final de su vida sobre la diferencia entre los métodos organizativos del PCGB y el Labour Party, no dudó en cargar las tintas contra este último, tildándolo de “absurdo, ofensivamente democrático”. Dijo que, en vez del denostado “centralismo democrático” de los comunistas, el laborismo solo podía ofrecer un “centralismo imbécil” [*imbecilic centralism*] (Thompson, 1991d).

Uno de los debates de la época fue hasta qué punto la clase obrera se había acomodado al nuevo régimen entrando en un estado de “Gran Apatía”. Para los revisionistas, la apatía era el resultado del “morir de éxito”, esto es, sostenían que la conquista de la mejora en la calidad de vida para la mayoría de los británicos había generado esa “sociedad de la opulencia” [*Affluence Society*] y que esto había “aburguesado” a la clase obrera, presta ahora a parecerse a la clase media. Esto tenía un punto de verdad y un punto de falsedad. Era cierto que las familias trabajadoras, gracias a las reformas sociales del Pacto Social de posguerra habían accedido masivamente a una cantidad de bienes hasta ahora vedados para ellas: televisores, neveras, fogones, alimentos precocinados, baños propios en las casas, etc. Aunque en realidad, la *affluent society* escondía una cara oscura, porque podían comprar esos bienes de consumo solo después de muchas horas extra de trabajo o mediante la compra a plazos, esto es, un tipo de crédito (Todd, 2018: 254). El punto de falsedad del argumento revisionista es que este acceso a los bienes de consumo implicaba la moderación política y el “aburguesamiento” de estas familias trabajadoras. Raymond Williams, colaborador de los *new reasoners* (véase 2.5.5.) y una de las personalidades clave de la futura New Left, expuso en 1958 la falta de solidez del argumento revisionista:

Se argumenta, por ejemplo, que la clase obrera está “aburguesándose” porque se viste como la clase media, vive en casas colindantes y comprar autos, lavarropas y televisores. Pero no es “burgués” tener objetos útiles ni disfrutar de un alto nivel de vida material. La clase obrera no se aburguesa por poseer los nuevos productos, así como el burgués no deja de serlo cuando los objetos de su propiedad cambian de tipo. (...) La envidia del trabajador hacia el hombre de clase media no es un deseo de ser ese hombre, sino de tener la misma clase de bienes. A todos nos gusta creer que somos un modelo, y puedo entender que para la clase media inglesa sea auténticamente difícil suponer que la clase obrera no está desesperadamente ansiosa por llegar a ser como ella. Me temo que esto debe olvidarse. La gran mayoría de los trabajadores ingleses solo quieren el nivel material de la clase media; en cuanto al resto, quieren seguir siendo ellos mismos. No deberíamos apresurarnos a calificar de materialismo vulgar esta actitud. Es completamente razonable querer tener la mayor abundancia posible de medios de vida. Éste es el materialismo del abastecimiento material, al cual estamos todos atentos, y con toda legitimidad. Los trabajadores, que se sintieron durante mucho tiempo privados de esos medios en un nivel adecuado, pretenden obtenerlos y conservarlos si pueden (Williams, 2001 [1958]: 265)²⁰⁵.

Thompson fue otro crítico de este argumento revisionista. Para el historiador británico el supuesto carácter sumamente novedoso de la “sociedad de consumo” en relación a las posiciones políticas de los trabajadores no existía... porque ya había existido muchas veces. Thompson compara los efectos de la *affluent society* con un período muy similar en el siglo XIX, la “sociedad de la opulencia” entre 1848-1888, tras la derrota del cartismo:

Me interesa subrayar que los problemas de la riqueza no son para nada nuevos, y que las presiones que dividen, sectarizan y claman un cambio *siempre* han existido en la experiencia de la clase obrera (...). Lo que está en discusión es si realmente estamos atravesando un período en el cual la conciencia de la clase trabajadora está desintegrándose como tal, o si solo está cambiando su forma (Thompson, 2016 [1960]: 403-404).

En resumen, los distintos factores hasta ahora explicados tuvieron un resultado políticamente desolador para los socialistas británicos. Del impulso del 45 quedaba bien poco, y en el lugar de la agencia popular se había instalado una camarilla dirigente dispuesta a defender que el capitalismo embrudado ya no era capitalismo, que la clase obrera se había moderado/aburguesado por culpa del acceso a los nuevos bienes de consumo y que la tarea de los socialistas era conquistar la meritocrática “igualdad de oportunidades” y ya no la “sociedad de iguales”. Thompson fue especialmente duro con

²⁰⁵ Una opinión similar puede verse en Miliband (1964: 347).

estas tendencias, y se alegró de que la dirección del Labour de aquellos años no llegase al poder porque, sostiene, habrían destruido aún más la imagen del socialismo democrático:

Los zalameros bien arreglados con corbatas de seda, los hombres de educación superior que se comunican (para su considerable ventaja financiera) con los trabajadores a través de la televisión o en las columnas del *Daily Mirror*; los elegidos de Chatham House y del Consejo de Europa que se abren paso a través de la política en un giro bancario sobre las ideas de otros hombres; los hombres que se sentaron en silencio a través de Jordan y que pensaron que Suez estuvo mal solo porque amenazaba la alianza estadounidense (...); esos poderosos intelectos que podían “comprender” las dificultades de Guy Mollet pero no podían entender, hasta que fue demasiado tarde, las dificultades de Imre Nagy, estos muchachos de la política con sus baratas fruslerías electorales (...) toda esa gente en la oficina del gabinete habrían aplastado la “imagen” de una democracia socialista por otros veinte años más (Thompson, 1959b: 2-3).

Conclusión

Hemos visto hasta ahora cómo el Espíritu del 45 tuvo también una encarnación en las islas británicas, y no una precisamente menor. Su mayor legado serían las transformaciones llevadas a cabo por el gobierno laborista de Clement Attlee. Si bien es cierto que, como hemos argumentado, las políticas del Labour de 1945 no fueron una innovación absolutamente radical, sino que tomaron pie en distintas medidas prefiguradas en las décadas anteriores (y particularmente en el gobierno de coalición durante la guerra), esto no debería hacernos olvidar la dimensión *novedosa* que sí tenían. Algunos autores – como Paul Addison en su conocido libro *The Road to 1945: British Politics and the Second World War* publicado en 1975– queriendo arrumbar el mito de 1945 como creación *ex nihilo*, acabaron por crear un mito nuevo: el de que el Pacto social de posguerra fue un auténtico “consenso” entre partes donde se aparcaron las diferencias para fundar un nuevo orden social estable y más justo, y que por tanto el Pacto social fue fruto de conservadores y laboristas (para una crítica demoledora de este nuevo mito, véase la reseña de Addison en Howell, 1977). La historia es, ciertamente, más compleja que todo eso. Por ahora basta con señalar que no es una historia exenta de conflictos, de potencialidades y clausuras, y que, se hiciera de forma más o menos consensuada, lo cierto es que fueron los laboristas quienes llevaron la batuta del proceso y que, según algunos asesores actuales del partido, “este sigue siendo hoy, a pesar de todas sus deficiencias, el programa de reforma económica más radical y de mayor alcance jamás implementado en Gran Bretaña” (O’Neill y Guinan, 2018).

Existe una manera diferente de enfocar el mismo período, menos centrada en la historia del partido y más en las expectativas populares. La historiadora Selina Todd ha explicado por ejemplo cómo durante la Segunda Guerra Mundial y en las décadas posteriores la clase obrera británica consiguió convertirse en “el pueblo”, es decir, que los intereses de aquella “eran sinónimos de los de la propia Gran Bretaña” (Todd, 2018: 7, 149). Es el período en el que más se normalizaron los valores culturales y morales de la clase obrera británica, que había sido tradicionalmente “demonizada”, y que lo volvería a ser después cuando los neoliberales dieran por finiquitado el Pacto de posguerra (O. Jones, 2012). Para Geoff Eley, este período definió a la “clase” en un sentido político, algo que iba mucho más allá de una mera consciencia de clase aumentada (Eley, 2003: 391).

Pero el sistema social diseñado por los líderes del Labour, inspirado en el modelo de Bevin y Beveridge, se preocupó especialmente de que la población británica fuera la “beneficiaria pasiva” y no la “arquitecta” del nuevo modelo de sociedad (por emplear la acertada expresión de Todd). Como ha expresado el actualmente editor jefe de la *New*

Left Review, Daniel Finn: “en un momento de enorme deseo popular de cambio, su agenda se mantuvo dentro de límites estrictos” (Finn, 2019). Las razones de todo esto son complejas y aquí solo hemos querido esbozar un pequeño mapa. El gobierno laborista secundó la idea de Beveridge de que el sistema debía pagarse con el seguro social y no a través de impuestos redistributivos que gravasen especialmente a los deciles superiores de renta o al patrimonio acumulado, porque se había comprometido con el ideal de la meritocracia y la igualdad de oportunidades, sumándose al carro así de un giro a la derecha que ocurría en términos parecidos en varios partidos socialdemócratas europeos de la época. El viejo reformismo de la clase obrera británica lució todas sus virtudes y sus defectos en esta historia, y el estallido de la Guerra Fría (que analizaremos en detalle a continuación) comprometió enormemente los intereses británicos con la política exterior estadounidense.

En una entrevista en el año 1979, preguntado por las razones del sofocamiento de ese espíritu popular de los 40, Thompson respondería así:

Fue derrotado en primer lugar por la Guerra Fría (y desde entonces el grueso de nuestra historia se ha desarrollado dentro de la Guerra Fría de una manera mucho más profunda de lo que nos damos cuenta). En segundo lugar, fue derrotado en Gran Bretaña por el laborismo estatista morrisoniano. La Guerra Fría fortaleció la posición de la derecha burocrática en el movimiento obrero, la que convirtió las primeras nacionalizaciones en nuevas estructuras estatales de tipo burocrático –no autogestionadas– y una gran parte de la euforia de ese movimiento afirmativo se fue extinguiendo bajo su modelo estatista. No toda ella, por supuesto, y en la medida en que estamos ahora luchando por defender cosas como el NHS, que fue un gran momento de construcción socialista en sentido positivo, seguimos en la misma lucha de hace treinta años (Thompson, 1979: 22).

2.3.4. Conclusiones. El aherrajamiento del *momentum* en Europa

Hemos analizado en este epígrafe en qué consistió el Espíritu del 45 en Europa, como una suerte de *momentum* democrático que condensaba unas enormes expectativas de transformación social que, a lo largo y ancho del continente europeo, trajeron profundos cambios institucionales. De la existencia de este momento nos hablan los testimonios progresistas con los que comenzamos el epígrafe. De su encarnación en la realidad, nos hablan las diferentes concreciones institucionales que hemos ido analizando de forma desglosada por países. Finalmente, hemos examinado en detalle el caso británico, dando cuenta del contexto político en el que se socializó Thompson, y de cómo este comprendió y criticó lo que consideraba las limitaciones de este período. Fue para él un momento en el que era posible aplicar “una estrategia socialista fuerte” pero que, como tantos otros momentos de apertura democrática, sería engullido por una guerra:

Han existido momentos fugaces – a principios de 1890, en 1911-1914, entre 1945-1947 – cuando, en términos políticos reales, una estrategia socialista fuerte era practicable [en Gran Bretaña]. El movimiento de 1890 se derrumbó con la Guerra de los Boers; el resurgimiento sindical de 1911-1914 fue extinguido por la Primera Gran Guerra; mientras que las potencialidades de 1945-1947 fueron abolidas por la Guerra Fría (Thompson, 1994d [1965]: 40).

Hemos visto también cómo ese impulso democrático solo puede entenderse como el resultado de una acumulación de fuerzas y de una estrategia política larvada al calor de la resistencia contra el fascismo. En este punto, es probable que algunos historiadores o académicos no nos quieran seguir. Tony Judt ha sostenido que “el legado de la resistencia fue por tanto bastante reducido en cuanto a proyectos para la posguerra más allá de nobles y elevadas declaraciones de intenciones y vagas generalidades, e incluso estas (...) no dejaban de ser ‘programas idealistas mecanografiados a toda prisa’” (Judt, 2017: 110). Para Mark Mazower, después de 1945: “la política se convirtió en algo que tenía que

sufrirse, mientras que la intimidad y lo doméstico se volvieron más importantes que nunca como factores estabilizadores en la vida de la gente” (Mazower, 1998: 223-224). Si el relato que hemos construido aquí se sostiene, y defendemos que este es el caso, la atrevida afirmación de Tony Judt sobre la irrelevancia de los programas de la resistencia quedaría puesta en entredicho, y Mazower estaría mezclando el panorama estancado de los 50 con el *momentum* de 1943-1947. Lo que los movimientos de resistencia dejaron como legado a la política de la posguerra no tenía tanto que ver con la descripción detallada de las medidas políticas y de los diseños institucionales a poner en marcha (algo imposible de suyo tanto por la urgencia bélica como por la incertidumbre sobre el futuro) sino la continuación de una serie de principios ético-políticos que posteriormente servirían como orientación y marco general para la elaboración de esas políticas e instituciones. Pero no fueron solo principios, sino también (como hasta el mismo Judt se vio obligado a reconocer), un estado de ánimo democrático generalizado, una suerte de *Zeitgeist* popular, ese “Espíritu del 45”, que infundiría la fuerza y las presiones necesarias para levantar todos los procesos de reformas sociales. Incluso el historiador Tom Buchanan, poco sospechoso de simpatías filomarxistas, reconoció el legado democrático de los movimientos de resistencia en la posguerra como una herencia frentepopulista. La resistencia, según Buchanan, había fomentado “un tipo único de democracia local directa”, como los consejos electos y los tribunales populares de la zona liberada de Grecia, los comités “antifas” alemanes o los consejos de fábricas en Polonia e Italia, que protegían los lugares de trabajo de los saqueos y proporcionaban servicios básicos a la población necesitada (Buchanan, 2012: 52). Buchanan converge aquí con las opiniones de Thompson, al señalar que los años inmediatos de la posguerra se caracterizarían por las esperanzas de una transformación social, la participación política y la inestabilidad (frente a la polarización, exclusión política y certidumbre de los años 50): “la política de 1945–1947 se caracterizó por un Frente Popular genuino aunque vigilante, casi un intento de **recrear la unidad antifascista de la década de 1930** y corregir sus errores” (Buchanan, 2012: 54. Subrayado nuestro).

Este “momento perdido” de la historia tiene una dimensión de género importante. Hasta tal punto la Guerra Fría borró las huellas de los partisanos, que cuando la historiadora y periodista austríaca Ingrid Strobl trató de sacar a la luz el papel de las mujeres en la resistencia armada contra el fascismo, encontró muchas resistencias para reconocer que esa participación femenina armada siquiera existiese. Strobl se vio forzada a desenterrar con gran esfuerzo la historia *ocultada* de estas mujeres. Si en 1947 había aparecido publicado *Blessed is the Match* de Marie Syrkin donde se entrevistaba a los supervivientes de los guetos polacos y lituanos y se daba cuenta del papel de la mujer en la lucha armada, las décadas siguientes no vieron aparecer (descontando artículos dispersos y algunas autobiografías) ni un solo libro más dedicado a esta cuestión. La caída del Telón de Acero impuso el relato de que las mujeres no habían participado en la resistencia armada, y no sería hasta los años 70 –al calor de la segunda ola feminista– cuando estas cuestiones volverían a resurgir (Strobl, 2015: 36-37). La historia de las partisanas es solo un hilo más de la enorme madeja del legado antifascista que los directores de la Guerra Fría quisieron sepultar, y que aquí hemos tratado de desmadejar parcialmente²⁰⁶.

²⁰⁶ Una razón importante de esta dimensión de género tiene que ver con la reacción culturalmente conservadora que comenzó a finales de los cuarenta. La guerra había alterado profundamente los roles de género al lanzar masivamente a las mujeres a los mercados de trabajo (para reemplazar a los hombres que iban a la guerra) y, en algunos casos, al enviarlas a las propias líneas del frente (Strobl, 2015). Los derechos de las mujeres habían visto mejoras durante la época de la guerra en lo que se llamó la “guerra dual” de las

La madeja del *momentum* democrático no deja de ser la historia de un proceso indefectiblemente entreverado de particularidades, de situaciones diferentes para cada país según las idiosincrasias nacionales. En algunos países, el proceso de degeneración se adelantó tanto que ni siquiera llegó a existir un Espíritu del 45 (es el caso, por ejemplo, de Grecia). En otros, comenzó pronto y de forma paulatina y dilatada se fue extendiendo hasta acabar en la completa liquidación (es el caso, por ejemplo, del Reino Unido). Y, en otros, existió plenamente hasta que fue exterminado de forma repentina en 1947 (es el caso de las repúblicas socialistas de Europa del Este). Que el estallido de la Guerra Fría supuso la clausura de un momento político democrático, a la luz de las evidencias aportadas, nos parece ahora inapelable. Esta era también la opinión de Thompson:

Esas expectativas empezaron a marchitarse cuando las fuerzas británicas se enfrentaron a los partisanos griegos en diciembre de 1944. Ninguna de ellas sobrevivió a la impresión del comienzo de la Guerra Fría. La polarización fue absoluta (...) Los comunistas fueron expulsados de la vida política de Occidente: en Francia, en Italia y mandados a las islas prisiones en Grecia. Liberales, socialdemócratas, agrarios y, después, comunistas, que se habían demostrado demasiado amigos de la democracia o demasiado críticos con Stalin, todos ellos fueron purgados de la vida política del Este. Algunos de ellos fueron sometidos a monstruosos procesos amañados, fueron ejecutados o encarcelados. La era de la Guerra Fría, de **las Europas hostiles**, había comenzado (Thompson, 1983 [1981]: 205, subrayado nuestro).

A finales de 1947 Europa conoció uno de los inviernos más duros que se recuerda en el continente. El invierno del 47 recrudesció terriblemente las penosas condiciones de la posguerra: “los canales se helaron, las carreteras estuvieron intransitables durante varias semanas seguidas, había zonas en las que el hielo había paralizado redes ferroviarias enteras. La incipiente recuperación de la posguerra se paró en seco” (Judt, 2017: 139). El suministro de carbón no cubría la demanda y además no podía transportarse; la producción industrial cayó a niveles bajísimos y el deshielo trajo inundaciones. En unos años en los que las penurias más acuciantes –una parte considerable de la población europea sobrevivía con 800 kilocalorías diarias de media– convivieron con grandes esperanzas de cambio social, el inicio de la Guerra Fría supuso en cierta medida una “congelación” del momento democrático. El invierno de 1947 no fue solo meteorológico.

mujeres: guerra contra el fascismo, pero también contra los reaccionarios que en el propio país se oponían a la reforma social. Algunos derechos fueron irreversibles en la postguerra, como la creación del sufragio universal completo en países como Francia, Yugoslavia o Grecia. Pero el fin del conflicto también supuso la revitalización de los viejos prejuicios y los roles clásicos, una “vuelta al hogar” de las mujeres: “en la mayoría de las democracias europeas, el número de mujeres elegidas para el parlamento disminuyó después de 1945-1950. Este conservadurismo social contrastaba fuertemente con la situación en el Oriente comunista, donde la promoción de la mujer dentro del mercado laboral (incluso en ámbitos anteriormente ‘masculinos’ como la construcción y la industria pesada) fue un elemento importante en la revolución social de finales de la década de 1940” (Buchanan, 2012: 53).

2.4. “LA ERA DE LAS EUROPAS HOSTILES”. LA LARGA NOCHE DE LA GUERRA FRÍA

La guerra no consiste solo en batallas, o en la acción de luchar, sino que es un lapso de tiempo durante el cual la voluntad de entrar en combate es suficientemente conocida

(Thomas Hobbes, *Leviatán*, cap. XIII)

En una escena magistral de *Roma città aperta*, de Roberto Rossellini, un oficial de la Gestapo interroga bajo tortura a Luigi Ferrari, miembro de la Junta Militar del Comité de Liberación Nacional. La película se estrenó en 1945, pero en este diálogo aparece una advertencia que sería premonitrice para los partisanos. El oficial de la Gestapo le dice a Ferrari: “usted es comunista, su partido ha firmado un pacto de alianza con las fuerzas reaccionarias para luchar unidos contra nosotros. Pero mañana, cuando Roma esté ocupada, o liberada como dicen ustedes, ¿piensan que seguirán siendo sus aliados esos altos oficiales monárquicos?”.

La colosal transformación que supuso el estallido de la Guerra Fría para la política europea tiene la peculiaridad de que ocurrió en un lapso muy breve de tiempo. Esto puede verse con facilidad a través de un ejemplo: la posición de Churchill respecto a la Unión Soviética. Churchill defendió su amistad con Stalin en la Cámara de los Comunes el 27 de febrero de 1945, poco después de volver de la Conferencia de Yalta:

La impresión que traigo de Crimea, y de todos mis otros contactos, es que el mariscal Stalin y los líderes soviéticos quieren vivir en una honorable relación de amistad con las democracias occidentales. Sentí también que su palabra es de fiar. No conozco otro gobierno que cumpla con su palabra de forma más sólida, incluso a pesar de no beneficiarle, que el gobierno ruso soviético (citado en Braunthal, 1980: 92).

Tan solo un año después nos volvemos a encontrar a Churchill hablando para el gran público, pero esta vez en los siguientes términos:

Una sombra ha caído sobre el escenario tan iluminado recientemente por la victoria aliada. Nadie sabe qué pretende hacer la Rusia soviética y su organización internacional comunista en el futuro inmediato, o cuáles son los límites, si los hay, a sus tendencias expansivas y proselitistas (Churchill, 1946)²⁰⁷.

²⁰⁷ Ese drástico cambio de opinión fue acogido también por el Partido Laborista. Véase por ejemplo la posición del partido respecto a la URSS a partir de 1947 comparada con la defendida en el manifiesto electoral de 1945: “Ahora que se ha ganado la victoria, a un costo tan alto de vida y destrucción material, debemos asegurarnos de que Alemania y Japón se vean privados de todo poder para volver a hacer la guerra. Debemos consolidar en paz la gran asociación en tiempo de guerra de la Commonwealth británica con los Estados Unidos y la URSS. Que no se olvide que en los años previos a la guerra, los conservadores tenían tanto miedo de Rusia que perdieron la oportunidad de establecer un asociación que bien podría haber evitado la guerra” (*Let Us Face the Future*, Labour Party, 1945). También el mando militar estadounidense dejó constancia del cambio. El 9 de marzo de 1946 el general Lincoln sostenía en un memorándum “EEUU ha dado un brusco giro, completo, en relación a Rusia. Desde una postura de esfuerzos iniciales para lograr compromisos y resolver los problemas ruso-americanos, hemos pasado sin previo aviso a la de total bloqueo diplomático de Rusia, [no obstante] la estimación de los servicios de inteligencia sobre las intenciones rusas continúa siendo que la URSS no quiere la guerra con una potencia importante por lo menos durante una década o así” (citado en Garcés, 2014: 59-60). Todavía en 1944, estando Roosevelt vivo, el director del Office of Strategic Services, William J. Donovan, remitía al Estado Mayor estadounidense un informe donde se sostenía que “una unión europea efectivamente integrada tanto con Gran Bretaña como con la URSS ofrece a largo plazo, quizás, la expectativa más esperanzada de un ajuste pacífico” (citado en Garcés, 2014: 379).

¿Qué es lo que había ocurrido entre medias para que el líder británico cambiara tan drásticamente de opinión? O, si no se quiere entrar en los intrincados laberintos de la sinceridad del dirigente británico, ¿qué ocurrió para que Churchill cambiara de un discurso tan elogioso con Stalin a uno tan belicoso?

2.4.1. La semilla del conflicto: la (vieja) doctrina de las zonas de influencia y los acuerdos de Bretton Woods

Es sobradamente conocido que las décadas que sucedieron al fin de la Segunda Guerra Mundial vinieron caracterizadas, a nivel de relaciones internacionales, por un reparto del mundo en el que las potencias occidentales disfrutarían del control político de una parte y la Unión Soviética de la otra. A este hecho se le ha conocido tradicionalmente como la “Doctrina de las zonas de influencia”, y suele remitirse su origen al famoso *Percentages Agreement* (Acuerdo de los Balcanes) firmado en octubre de 1944 por Stalin y Churchill. Sin embargo, Julius Braunthal ha recordado que en realidad ya existían acuerdos previos, realizados también durante la guerra, por los que Churchill y Stalin se repartieron Prusia en diferentes zonas de influencia (acuerdo de 1941), Manchuria y las islas Curiles (en la conferencia de Yalta) y la zona norte de Corea para Stalin, Japón y el Océano Pacífico para EEUU, y el Mediterráneo y Turquía para el Imperio británico (en otro acuerdo pocos meses después de Yalta, véase Braunthal, 1980: 105). Estos acuerdos no suponían una gran novedad para la política europea en términos de reparto del mundo. Desde los orígenes del tipo específico de imperialismo ligado al capitalismo (Linebaugh y Reddiker, 2005; Meiksins Wood, 2002: capítulo 7) Europa estaba acostumbrada a repartirse arbitrariamente el control de todo el planeta. Tampoco el conflicto en el reparto de territorios entre un país comunista y el resto de países capitalistas de Europa era novedoso: desde 1921 una suerte de pactos, más o menos tácitos, respetaban las zonas de cada uno. Fenómeno que se vería acentuado, como vimos, cuando Stalin se sintió en la necesidad de buscar aliados en Occidente y consiguió que se firmara el acuerdo franco-ruso, o cuando disolvió la Komintern para dar verosimilitud a la estrategia frentepopulista. Lo que era novedoso ahora eran las dimensiones de ese reparto y la dinámica *totalizadora* y *polarizada* que esto generaría: la guerra había colocado a Stalin, Churchill y Roosevelt en una posición única para que sus respectivos países pudieran distribuirse los territorios de Europa bajo el supuesto acuerdo de respetar los modos de vida y de organización social del otro. Como veremos más adelante, Stalin pudo hacerse así con el control de la Europa del Este, y los EEUU substituirían al Reino Unido como el agente hegemónico en la economía mundial.

Las tensiones que hicieron peligrar las alianzas que habían permitido derrotar al fascismo empezaron desde muy pronto. Cuando en el verano de 1945 se reunieron en la Conferencia de Postdam Stalin, Churchill y el recién nombrado Harry Truman (tras la muerte de Roosevelt), los líderes occidentales se encontraron con una política de hechos consumados de Stalin en los gobiernos del Este de Europa: Polonia, Rumania y Bulgaria tenían ya gobiernos filosoviéticos impuestos bajo la presión de los tanques del Ejército Rojo (*supra*). Esto podía ser más o menos irritante, pero lo cierto es que Churchill y Roosevelt habían accedido en Yalta a la petición de Stalin de que los gobiernos de estos países debían ser “amistosos” con la Unión Soviética una vez acabada la guerra, para

garantizar que nadie volviese a invadir Rusia²⁰⁸. Pero en Postdam, Truman no quiso reconocer este punto del acuerdo porque él mismo no estuvo presente en Yalta. Stalin interpretó esto como una ruptura de confianza y temió que las potencias occidentales quisieran hacer saltar por los aires su perímetro de seguridad. A esta desconfianza se sumó el hecho de que en la reunión de ministros de exteriores que tuvo lugar en otoño de 1945 en Londres, Molotov sorprendió a su audiencia reclamando una parte del pastel colonial: la URSS, decía Molotov, debía tener el control de Tripolitania ahora que Italia la había perdido, porque los rusos habían sido excepcionalmente exitosos en la tarea de “civilizar pueblos atrasados”. Las potencias occidentales se negaron en rotundo a compartir su botín (Braunthal, 1980: 121-122).

Las alianzas antifascistas tenían los días contados, pero serían los EEUU quienes cargarían con la mayor parte de la responsabilidad en romperlas. Esto no tiene una explicación sencilla, pero está indudablemente relacionado con el hecho de que, en la creación del nuevo orden mundial, el papel de arquitecto mayor recayó indisputablemente sobre este país. Las causas son fáciles de comprender. EEUU había sido la potencia que más tardó en implicarse en la guerra (por lo que tuvo menos pérdidas) y salió beneficiada económicamente con esa implicación: durante la guerra su PIB se duplicó, su capacidad productiva en 1945 equivalía a la mitad del total mundial, y tenía prácticamente la totalidad de las reservas financieras internacionales (Judt, 2017: 166). Durante la guerra las exportaciones norteamericanas se incrementaron de 3 a 15 mil millones de dólares porque proveían a los países aliados de innumerables materiales: las importaciones de Europa a EEUU representaban el 24% del total en 1938, y el 44% en 1947 (Apple, 1980: 7). En estas condiciones, ya desde el final de la guerra, los dirigentes estadounidenses se volcaron al diseño institucional un nuevo orden mundial. No sería, como era de esperar, un orden que beneficiase a la Unión Soviética.

Bretton Woods (1944)

En julio de 1944 cerca de 730 delegados se reunieron en el hotel Mount Washington en la ciudad de Bretton Woods (New Hampshire) por orden de Roosevelt. Durante tres semanas intensivas, negociaron y diseñaron un orden económico mundial que otorgaría la hegemonía indudable a los EEUU. Como resultado de estos acuerdos vieron la luz instituciones tan conocidas como el Fondo Monetario Internacional (cuyo objetivo era, en un principio, socorrer ante los desastres fiscales que pudieran afectar a otros países) o el Banco Mundial (que tenía, entre otras misiones, la de realizar inversiones productivas en países devastados por la guerra). La piedra de toque del nuevo sistema fue el “sistema de cambios fijos” (*fixed-rate system*) que instituyó el Patrón-Dólar: se daba un margen para las fluctuaciones no superior al 1% y a cambio los EEUU se comprometían a vincular 35 dólares por cada onza de oro. Según el economista Stephen Marglin, unos tipos de cambio fijos eran fundamentales para el tipo de orden económico que se buscaba, porque EEUU tenía enormes excedentes que reciclar, y si se hubiera optado por tipos de cambio variables (*floating-rate system*) esto hubiera incentivado que los excedentes tomaran la forma de acumulación de recursos financieros en vez de la formación de capital productivo. Bretton Woods permitió que los gigantescos excedentes norteamericanos se reciclaran en inversión extranjera en el sector productivo, particularmente en Europa, lo cual proporcionaba mayor estabilidad al sistema mundial (Marglin, 1990: 11).

²⁰⁸ Recordemos que el coste de la guerra había recaído mayoritariamente sobre la URSS, por lo que en esos momentos la petición debió parecer razonable a Roosevelt y Churchill. Otra cuestión es la manera en la que Stalin consiguió cumplir su objetivo.

Bretton Woods no fue el resultado de un consenso o de un acuerdo sin fricciones. Voces discordantes defendieron alternativas a las opciones finalmente aprobadas, siendo la más destacada la del economista británico John M. Keynes. Keynes abogó por la creación de un mecanismo automático de reciclaje de excedentes globales, la Unión Monetaria Internacional, que permitiría los préstamos sin tipo de interés a naciones deficitarias para darles cierto margen de actuación en casos de crisis. La guerra había transformado a Gran Bretaña en un país deudor de los EEUU y Keynes intentó también resolver esta situación en Bretton Woods para no depender del arbitrio de la voluntad estadounidense. Su propuesta fue derrotada, reflejando la pérdida de hegemonía británica frente a los EEUU (Apple, 1980: 6; Varoufakis, 2012). Según el economista e historiador Robert Brenner, los acuerdos de Bretton Woods:

Resultaron ser una instancia de negociación informal: por un lado, los Estados Unidos, con su moneda clave en dólares, pudieron permitirse grandes déficits en la balanza de pagos para financiar sus bases militares en ultramar y su ayuda exterior, así como para financiar las inversiones directas de sus corporaciones en el extranjero; por otro lado, a aquellos países que fueron a la vez sus aliados y rivales económicos se les permitió controlar de diversas maneras el acceso a sus mercados internos de productos básicos y capital (Brenner, 2006: 47).

Quizás la principal consecuencia del acuerdo fue la “desmundialización” del capitalismo en las décadas siguientes que

daba margen a los gobiernos del mundo para practicar políticas monetarias y fiscales soberanas. Sin ese control de capitales, como dijo en alguna parte el propio Keynes, los parlamentos y los gobiernos elegidos por sufragio popular son burlados por el sufragio invisible de los capitales, que pueden fugarse a su antojo. Eso fue, sin embargo, acompañado de una reforma financiera internacional que –contra el criterio de Keynes– convirtió al dólar en moneda de reserva internacional, al servicio del plan con el que los EE.UU. reorganizaron la economía mundial de la posguerra (Domènech, 2015b: 114-115).

El Plan Global

Pero Bretton Woods era solo una parte de una operación a gran escala. El economista Yannis Varoufakis explicó en *El minotauro global* en qué consistieron las líneas generales del Plan Global que los EEUU trataron de impulsar (Varoufakis, 2012)²⁰⁹. Para que el plan de reciclaje de excedentes con patrón dólar funcionase, EEUU necesitaba dos monedas fuertes que hicieran de amortiguadores del dólar en caso de crisis, para lo cual se eligieron el yen japonés y el marco alemán. Se invertirían los inmensos superávits de posguerra en esas dos zonas, Alemania y Japón, que serían demandantes de las exportaciones estadounidenses de productos manufacturados y tecnología al mismo tiempo que se convertirían en potencias exportadoras para sus propias regiones. Esto explica por qué los países que lideraron el Eje y que fueron derrotados, quedando sus recursos productivos casi totalmente devastados, acabaron convirtiéndose en pocos años en dos de las principales potencias económicas mundiales.

La necesidad de EEUU de reconstruir a las dos principales potencias del Eje dentro de sus propios planes mundiales tenía tres grandes requisitos. El primero era neutralizar los núcleos sindicales y políticos de izquierda *dentro* de los EEUU que pudieran poner en

²⁰⁹ El plan fue diseñado, ante todo, por los arquitectos de la Guerra Fría: James Forrestal (Secretario de Defensa), James Byrnes (Secretario de Estado), George Kennan (director de planificación política del Departamento de Estado) y Dean Acheson (Secretario de Estado).

peligro el plan²¹⁰. El segundo era atacar los primeros intentos de democratización de Alemania y Japón, debilitando a los restos del movimiento obrero que quedaban o que se habían reorganizado durante la guerra (Halevi, 2016: 124)²¹¹. El tercero es que el proceso de “desfascistización” de estos países fuera incompleto, lo cual necesariamente sería vivido como una traición por parte de los partisanos y antiguos miembros de la resistencia (Mazower, 1998: 207). Al margen de la solución adoptada, se trataba de un problema real: por un lado, los nuevos gobiernos querían y necesitaban funcionar sobre una base postfascista; por otro lado, las necesidades urgentes económicas y sociales de los países devastados por la guerra requerían una respuesta estatal rápida. De esta forma, muchos funcionarios colaboracionistas pudieron permanecer en sus puestos, porque se consideró que era imposible reemplazarlos a tiempo (Mazower, 1998: 232-233). Para Alemania esto era una gestión complicada con los más de 8 millones de afiliados al partido nazi al acabar la guerra. En Baviera, donde se había despedido a la mitad de profesores de secundaria por colaboracionistas, estos fueron readmitidos apenas dos años más tarde. La RFA declaró en 1949 cerradas las investigaciones sobre el pasado de los funcionarios públicos y oficiales del ejército. En Bonn, para el año 1952, un tercio de los funcionarios del Ministerio de Asuntos Exteriores eran antiguos miembros del partido nazi. En el Cuerpo Diplomático de la Alemania Occidental 43 de cada 100 funcionarios provenían de las SS y 17 de cada 100 de la Gestapo. Incluso figuras tan importantes como el principal asesor del canciller Adenauer estaban ocupadas por personajes como Hans Globke, uno de los responsables de las Leyes de Nuremberg de 1935 (Judt, 2017: 98). En 1955 la RFA entró en la OTAN y tan solo un año después se volvería a crear el ejército alemán, en el cual 31 de los 38 generales habían formado parte del Estado Mayor de la Wehrmacht. En fecha tan tardía como 1957 el Fiscal General Fritz Bauer, al conocer la localización de Eichmann, trató de reabrir algunos procesos contra los jerarcas nazis y encontró enormes resistencias²¹². Heinrich Lübke, presidente de la RFA entre 1959 y 1969, había sido director de Schlempp, empresa que se dedicó a la construcción de campos de concentración en la época del III Reich. En fin: “veinte años después del final de la guerra, más de 1800 criminales de guerra nazis seguían ejerciendo funciones dirigentes en la nueva república, entre ellos quince ministros y secretarios de Estado, 245 funcionarios directivos de la Oficina de Asuntos Exteriores, embajadas y consulados y 297 altos funcionarios de la Policía y la Oficina de Defensa de la Constitución (Escribano, 2017). Como ha explicado Tony Judt, la “desnazificación” había sido muy selectiva,

²¹⁰ En 1947 se aprobaron la *Loyalty Order* y la Taft-Hartley Act; tres años después se aprobaría la Internal Security Act (Garcés, 2014: 57). La historia de la represión interna en los EEUU es bien conocida y no abundaremos aquí en ella, aunque algunos trazos irán apareciendo en nuestro relato (véase 2.5.2.).

²¹¹ La situación de los dos principales derrotados en la guerra era muy diferente. El caso alemán ya ha sido analizado anteriormente (véase el apartado 2.3.2 del presente capítulo). Sobre Japón es necesario decir algo ahora. El rígido control estadounidense sobre el Japón de posguerra, liderado por el general Douglas MacArthur, consiguió que el nuevo modelo se impusiera sin grandes resistencias. El arquitecto del plan económico fue Joseph Dodge, presidente del Banco de Detroit. La producción y la productividad crecieron desorbitadamente con inversiones de capital a gran escala (poderes públicos invirtiendo en sectores privados) generando increíbles economías de escala, en unas estructuras oligopólicas conocidas como *keiretsus* (Mitsubishi, sin ir más lejos, es uno de ellos). El sindicalismo japonés estaba además enormemente debilitado (400.000 sindicalistas registrados en los años 30 y tan solo 10.000 en 1940, Apple, 1980: 20). Pero MacArthur prohibió además las huelgas generales y aplastó los retazos de un nuevo movimiento obrero japonés que comenzaba a asomar la cabeza.

²¹² La historia está recogida en la reciente película de Lars Kraume *El caso Fritz Bauer* (2015).

perjudicando a los periodistas y escritores especialmente, pero sin incordiar a los grandes empresarios y a los altos funcionarios (Judt, 2017: 89)²¹³.

El filósofo marxista húngaro Lukács, que al igual que Thompson situaba el fin de las esperanzas socialistas en el momento en el que estalló la Guerra Fría, captó el movimiento tectónico de ideologías que suponía todo esto. Lukács sostuvo que hubo un viraje profundo que destruyó las fuerzas antifascistas y que, finalmente, acabó por convertirse en una suerte de solución de continuidad al fascismo. Se trata, para Lukács, de ese nuevo marco ideológico propugnado por los *Cold Warriors* según el cual la lucha de los demócratas debía ser la lucha contra los “totalitarismos”, que ahora englobaban al fascismo y al comunismo. Pero para poder luchar eficazmente contra el “comunismo”, la “democracia” se veía obligada a sellar un definitivo maridaje con los restos alemanes del fascismo. La ideología “antitotalitaria” cobraba así, nos dice Lukács, la “fisonomía fascista” (Lukács, 1976: 618 y ss.)²¹⁴.

Hasta tal punto fue el compromiso de EEUU con esta intención de controlar política y económicamente la economía mundial que al abrir sus mercados a las importaciones alemanas y japonesas de forma privilegiada la propia industria estadounidense salió perjudicada. Este era el precio a pagar por el Plan. Por eso se produjo una extraña paradoja:

Los Estados Unidos aplastaron a los demás imperialismos, pero su geopolítica, inspirada por grandes estrategias de hegemonía económica, llevaron a constreñir el espacio para las propias multinacionales estadounidenses, favoreciendo explícitamente a compañías rivales (Halevi, 2016: 125)²¹⁵.

²¹³ Sin ir más lejos, los directivos de I. G. Farben, Krupp, Fordwerke (la rama alemana de Ford Motor Company) o el principal accionista de Daimler-Benz ya estaban totalmente reintegrados en sus puestos de mando para la fecha (Judt, 2017: 99). Para el fracasado intento de juzgar a los principales magnates económicos que habían financiado al nazismo –un fracaso provocado deliberadamente por los EEUU comprensible solo en el marco del Plan Global aquí explicado– puede verse la explicación de Domènech sobre los Segundos Juicios de Núremberg (Domènech, 2019: 447 y ss.). Incluso el líder comunista Togliatti moderó la desfascistización de Italia con una polémica ley de amnistía generosa con los antiguos fascistas en 1947 (Buchanan, 2012: 59).

²¹⁴ Para el dramaturgo Arthur Miller esa desnazificación parcial era también algo deplorable y presagiaba el cinismo que caracterizaría las décadas siguientes: “era algo innoble. Me pareció, con los años, que este cambio radical, esta transmutación de las etiquetas del Bien y del Mal, de un país a otro, habían tenido algo que ver en la degradación del concepto de la moralidad, incluso teórica, del mundo. ¿Si el amigo del mes pasado se puede convertir de repente en el enemigo de este, cuál es el grado de realidad que tienen el bien y el mal? El nihilismo –o incluso algo peor, la bostezante complacencia– en relación con el concepto mismo del imperativo moral, que se habría de convertir en el marchamo de la cultura internacional, nació en aquellos ocho o diez años de realineamiento tras la muerte de Hitler” (*Timebends: A Life*, 1987, citado en Stonor Saunders, 2013: 35-36).

²¹⁵ Halevi ofrece un punto de vista alternativo al explicado aquí cuando señala otras causas del Plan Global estadounidense. Según Halevi ese plan global, en gran medida, “no fue una respuesta a la amenaza soviética”, sino que respondía a las relaciones de EEUU con Asia, y en particular a cómo China ya no ocupaba el papel que Washington quería que ocupase. La característica esencial del imperialismo estadounidense de posguerra fue su relación con el Tercer Mundo, tenía que mantener los costes de producción realmente bajos, consiguiendo que las empresas británicas y estadounidenses sacaran un gran margen de beneficios de la extracción de materias primas en estos países. Esto vinculó los intereses del sector financiero con los del sector energético y con el complejo militar-industrial. El fin del modelo vendría cuando los EEUU dejaran de ser una economía exportadora para convertirse en una economía importadora con enormes déficits externos (Halevi, 2016: 126).

Conclusión

Europa se vio rápidamente dividida ya desde los años finales de la guerra en una suerte de reparto de “zonas de influencia” pactado entre las principales potencias: Estados Unidos, Reino Unido y la Unión Soviética. Ese tipo de repartos tenía viejas raíces en la política internacional europea, pero ahora alcanzaba unas dimensiones y una dinámica históricamente únicas.

La situación económica y militarmente privilegiada de los EEUU frente al resto de países permitió que este país liderara una iniciativa de diseño institucional tan ambiciosa como para abarcar el conjunto del globo. Ese fue el Plan Global, que sacrificó algunos indicadores de la economía doméstica estadounidense con el objetivo de conquistar una posición de hegemonía política y militar a nivel mundial. Fueron esas intenciones las que tensionaron sobremanera las relaciones con la Unión Soviética porque, como veremos a continuación, no se trató tanto de buscar un acuerdo ventajoso en el reparto de zonas de influencia para después respetarlo, sino que se buscó laminar al rival con el objetivo de destruirlo políticamente.

2.4.2. La jugada de los halcones angloamericanos: Kennan, Churchill y Truman

Igual que en la Antigüedad los romanos, allá donde fuesen, podían proclamar con orgullo “civis romanus sum”, ahora, de nuevo, de forma parecida, allá donde vamos, con la cabeza alta y con orgullo, podemos proclamar “civis americanus sum”

(Frank Altschul a J. F. Kennedy, 30 de enero de 1961)

Los antecedentes militares

El principal movimiento para romper las frágiles alianzas de la guerra vendría por parte de los EEUU y Gran Bretaña. En un memorándum con fecha del 5 de enero de 1946 dirigido a Byrnes, su Secretario de Estado, Truman protestaba contra la política soviética en el Este de Europa y en Oriente Medio, y sentenciaba “si Rusia no se ve confrontada con un puño de hierro... habrá una nueva guerra” (citado en Braunthal, 1980: 123). Pero Truman no era sino la expresión de una desconfianza hacia los soviéticos bien asentada en el Estado Mayor de los ejércitos estadounidenses y británicos²¹⁶. Ya desde los años de la guerra, muchos cargos militares consideraban a la URSS como su “próximo enemigo”²¹⁷. Henry Wallace, vicepresidente de los Estados Unidos, declaró en marzo de 1943: “la guerra sería inevitable si Rusia adoptara de nuevo la idea trotskista de fomentar la revolución mundial” (citado en Salas, 2019). Recordemos que la revolución mundial estaba lejos de entrar en los objetivos de Stalin, la disolución de la Komintern se había producido tan solo tres meses después de las declaraciones de Wallace. A tan solo mes y

²¹⁶ Según el relato de Joan Garcés, se dio un movimiento peculiar según el cual el mando militar estadounidense fue absorbiendo todo el planteamiento y la forma de concebir las relaciones internacionales que provenía del mando militar británico y de su pasado imperialista. De tal manera que, al fallecer Roosevelt, los generales americanos pudieron imponer la visión británica del mundo pero, esta vez, siendo ellos los gerifaltes (Garcés, 2014: 383 y ss.).

²¹⁷ George Kennan, para entonces encargado de la embajada norteamericana en Moscú, escribiría a su amigo Charles Bohlen (intérprete de Roosevelt en Yalta): “¿Por qué no podemos hacer un compromiso decente y definitivo sobre ello –dividir Europa francamente en esferas de influencia– quedarnos nosotros fuera de la esfera rusa y mantener a los rusos fuera de la nuestra?”, a lo que Bohlen respondió: “Una política internacional de este tipo no puede hacerse en una democracia. Solo los estados totalitarios pueden formular y sostener este tipo de políticas” (citado en Fontana, 2011: 39).

medio del desembarco de Normandía encontramos ya un documento de la Junta de Jefes del Estado Mayor, fechado el 20 de julio, donde se puede leer: “por desagradable que sea el hecho, puede llegar un momento en que debemos confiar en la asistencia [alemana] contra una Rusia hostil” (citado en Saville, 1991: 26).

El Departamento de Estrategia y Planificación y la División de Operaciones del Departamento de Guerra de los EEUU llevaba al menos desde finales de 1944 barajando una posible guerra contra la que consideraban la única superpotencia que podría llegar a bombardear los EEUU: la URSS. Era necesario poner en marcha una **guerra preventiva** basada en la supuesta amenaza para la seguridad estadounidense (Garcés, 2014: 53-54). Churchill incluso le había ordenado al general Montgomery, en 1945, que conservara las armas tomadas a los alemanes por si acaso hiciera falta utilizarlas contra los soviéticos (una orden que los rusos interceptaron) y solicitó la elaboración de un plan militar contra Rusia, que se denominó la “Operación Impensable”. Por su parte, el Estado Mayor Conjunto del ejército norteamericano preparó en abril de 1946 un plan de guerra que comenzaría bombardeando los principales centros industriales soviéticos: la “Operación Dropshot” preveía el lanzamiento de 300 bombas atómicas en cien ciudades soviéticas (Fontana, 2011: 44-45). En un documento secreto desclasificado del Joint War Planners Committee dirigido a la Junta de Jefes del Estado Mayor (titulado *U.S. National Objectives*) de agosto de 1947 se mencionan los siguientes objetivos: “i) abolir la URSS en tanto que federación de repúblicas y reducir la soberanía de la República de Rusia a las fronteras de 1939 (...) iii) desarmar y desmilitarizar a aquellas repúblicas soviéticas y satélites que han resistido a EEUU (...) v) Eliminar completamente al Partido Comunista, la autoridad de los comunistas, la influencia del comunismo en la vida política, económica y social de antigua URSS y satélites. Serán sustituidos por gobiernos formados por equipos de personas previamente escogidas por nosotros y regímenes militares, según se requiera” (citado en Garcés, 2014: 25).

La negativa de la URSS a unirse a las instituciones de Bretton Woods y al Plan Marshall debió incrementar los miedos estadounidenses. La Guerra Fría estaba servida.

El “Telegrama Largo” de George Kennan

Kennan, encargado de la embajada estadounidense en Moscú, era uno de los grandes opositores a las actitudes amistosas de Roosevelt con Stalin. El 22 de febrero de 1946 envió un largo mensaje al Departamento de Estado en el que sostuvo que la dirección del PCUS había virado en su postura respecto a los países capitalistas durante la posguerra. Según Kennan, la experiencia histórica hasta la fecha había mostrado que la coexistencia pacífica era posible, pero ahora el PCUS parecía convencido de que esto era insostenible en el medio plazo, por lo que los partidos comunistas pensaban dirigir sus esfuerzos “a profundizar y explotar las diferencias y los conflictos entre las potencias capitalistas” (Kennan, 1946). Desde este punto de vista eran los soviéticos los que *ya habían roto* las alianzas de la guerra. Para justificar el punto, el embajador ofrecía una pseudoexplicación de la psicología del pueblo ruso:

En el fondo de la visión neurótica del Kremlin de los asuntos mundiales se encuentra la tradicional e instintiva sensación de inseguridad rusa. Originalmente, esta era la inseguridad de un pueblo agrícola pacífico que intentaba vivir en una vasta llanura expuesta en el vecindario de pueblos nómadas feroces. A esto se sumó, cuando Rusia entró en contacto con un Occidente económicamente avanzado, el miedo a sociedades más competentes, más poderosas y más organizadas (Kennan, 1946).

Sería ese acervo cultural acomplejado, junto con el dogma marxista y una actitud absolutamente instrumental respecto al conocimiento (que llevaba a los líderes comunistas a renunciar a la idea “objetiva” de verdad y por lo tanto a caer fácilmente en autoengaños y malas representaciones del mundo exterior)²¹⁸ lo que explicaría la política ofensiva de los soviéticos. Ante este panorama, y defendiendo la idea de que el único lenguaje que entendían los soviéticos era el de la fuerza, hacía falta oponer “una gran resistencia”. A pesar del lenguaje belicista, Kennan estaba hablando sobre todo de un conflicto político, y no pensaba tanto en los términos de una guerra armada o una carrera armamentística (de hecho, con el tiempo se convertiría en un opositor de la guerra armada, algo que Thompson acostumbraría a citar en los años 80).

En febrero de 1947 el telegrama largo de Kennan apareció publicado en la revista *Foreign Affairs* en una versión más extendida. Esto suscitó la respuesta de algunos intelectuales, entre ellos el archifamoso periodista Walter Lippman, que acusaría al embajador de estar fomentando una “guerra fría”, acuñando así la conocida expresión. Sin embargo, a la altura del invierno de 1946 tanto el memorándum, como el telegrama largo de Kennan o los planes militares mencionados anteriormente eran todavía documentos secretos, y debían seguir siéndolo por una razón principal: incluso en EEUU, la mayoría de la gente tenía una opinión muy favorable de Stalin y de la Unión Soviética gracias a su contribución en la derrota del fascismo. Solo una persona que fuese lo suficientemente conocida pero que ya no disfrutase de un cargo institucional de peso podría expresar los recelos hacia la URSS en la esfera pública, ayudando a crear un clima de opinión anticomunista. Winston Churchill, recientemente derrotado en las elecciones generales de 1945, era el candidato perfecto.

El viejo zorro en Fulton

El 5 de marzo de 1946 Harry Truman introducía ante una amplia audiencia congregada en el Westminster College en la ciudad de Fulton (Missuri) al ex Primer Ministro del Reino Unido. Como expresidente, Churchill se permitió decir cosas que causarían revuelo en todo el mundo. Movilizando el imaginario de la pobreza de entreguerras y los enormes sacrificios de la guerra, defendió que para proteger a esos “incontables hogares” de los dos males supremos que les amenazaban ahora en la posguerra (una nueva guerra y la tiranía) solo cabía una solución armada: “se pueden establecer tribunales y magistrados, pero no pueden funcionar sin sheriffs y alguaciles” (Churchill, 1946).

Frente a la amenaza soviética, decía Churchill, era necesario estrechar la alianza entre EEUU y el Reino Unido (con intercambios tecnológicos, militares, bases aéreas y navales compartidas, etc.). La exclusiva responsabilidad de esta incómoda situación recaía sobre las “tendencias expansivas y proselitistas” de una URSS que había partido Europa en dos: “desde Szczecin en el Báltico hasta Trieste en el Adriático, un **telón de acero** ha descendido por todo el continente. Detrás de esa línea se encuentran todas las capitales de los antiguos Estados de Europa central y oriental” (Churchill, 1946. Subrayado nuestro).

El ex Primer Ministro, siguiendo en esto a Kennan, señalaba que el mayor peligro para Occidente yacía en los partidos comunistas occidentales y sus aliados, porque tratarían de

²¹⁸ Como veremos en el Capítulo siguiente, esta era una crítica habitual al PCUS de la época (aunque no fuera un vicio del que escapasen tampoco muchos de sus críticos). El argumento sostiene que la arbitrariedad en el poder estuvo ligada a un compromiso con el relativismo epistemológico (para profundizar en este punto, véase Domènech, 2019: 307 y ss.).

(siguiendo obedientemente las estrictas órdenes de Moscú) socavar las democracias *desde dentro*: “los partidos comunistas o las quintas columnas constituyen un desafío y un peligro cada vez mayores para la civilización cristiana” (Churchill, 1946).

Si el poder soviético era tan grande, si sus redes y tentáculos se extendían por todo el mundo con intenciones subversivas, y si la mejor solución a esto no era la diplomacia tradicional sino el argumento de la fuerza, entonces la única solución factible, sostiene Churchill, sería que las potencias occidentales (EEUU y Reino Unido ante todo) estuvieran en cabeza de una carrera armamentística, para que la desigualdad de poder desincentivara a los líderes del PCUS de sus tentaciones de expansión:

Por lo que he visto de nuestros amigos y aliados rusos durante la guerra, estoy convencido de que no hay nada que admiren tanto como la fuerza, y no hay nada por lo que tengan menos respeto que por la debilidad, especialmente la debilidad militar. Por esa razón, **la vieja doctrina de un equilibrio de poder es falsa**. No podemos permitirnos, si podemos evitarlo, trabajar en márgenes estrechos, ofreciendo tentaciones para una prueba de fuerza (Churchill, 1946. Subrayado nuestro).

La declaración “oficial”

Un año después del discurso de Churchill en Fulton, el propio Truman se veía ya lo suficientemente legitimado como para hacer oficial la nueva estrategia angloamericana, en un discurso que daría lugar a la denominada “Doctrina Truman”. El 12 de marzo de 1947, en plena guerra civil griega, Truman se dirige al Congreso para defender la “necesaria” intervención de su país con el objetivo de ayudar a los países de todo el mundo que estaban bajo amenaza de caer en el comunismo “por la fuerza”. Estableciendo un paralelismo entre fascismo y comunismo, el presidente dio pátina de legitimidad a un esquema que sería definitorio de la Guerra Fría: la división entre “países libres” y “países totalitarios”. Y, en un clásico giro de diplomacia estadounidense, identificó el destino y los intereses de los primeros con la seguridad de los EEUU:

Uno de los objetivos principales de la política exterior de los Estados Unidos es la creación de condiciones en las que nosotros y otras naciones podamos desarrollar una forma de vida libre de coerción. Este fue un tema fundamental en la guerra con Alemania y Japón. Nuestra victoria fue ganada sobre los países que buscaban imponer su voluntad y su forma de vida sobre otras naciones (...). Sin embargo, no alcanzaremos nuestros objetivos, a menos que estemos dispuestos a ayudar a los pueblos libres a mantener sus instituciones libres y su integridad nacional contra los movimientos agresivos que buscan imponerles regímenes totalitarios. Esto no es más que un reconocimiento sincero de que los regímenes totalitarios impuestos a los pueblos libres, por agresión directa o indirecta, socavan las bases de la paz internacional y, por lo tanto, la seguridad de los Estados Unidos (Truman, 1947).

El conflicto entre totalitarismo y libertad, según Truman, generó una dinámica polar absorbente y omniabarcante:

En el momento actual de la historia mundial, casi **todas las naciones deben elegir entre solo dos formas de vida alternativas**. La elección con demasiada frecuencia no es libre. Una forma de vida se basa en la voluntad de la mayoría, y se distingue por sus instituciones libres, por un gobierno representativo, por las elecciones libres, por las garantías del mantenimiento de las libertades individuales, por la libertad de expresión y religión, y por la libertad contra la opresión política. La segunda forma de vida se basa en la voluntad de una minoría impuesta por la fuerza a la mayoría. Se basa en el terror y la opresión, una prensa y radio controladas; elecciones manipuladas y la supresión de las libertades personales (Truman, 1947. Subrayado nuestro).

En menos de media hora el presidente de los EEUU había conseguido fijar los términos de la Guerra Fría no como un conflicto militar o de superioridad económica, sino de valores mortalmente enemistados, ofreciendo una narración moral simple a la población norteamericana que explicaba la necesidad de nuevos sacrificios en plena posguerra (Buchanan, 2012: 34). Tras aprobarse la Doctrina Truman, el presidente consiguió casi 350 millones de dólares del Congreso para financiar la guerra de Grecia. Esta fue la primera intervención armada y financiera estadounidense en la Guerra Fría contra un país que supuestamente estaba a punto de caer en las garras de “comunistas” y “terroristas”.

¿Hasta qué punto estaban fundados los temores de Kennan, Churchill y Truman? ¿Estaba la URSS realmente adoptando una estrategia expansionista que amenazase las democracias occidentales en el período 1945-1947? Si seguimos las opiniones de un historiador tan poco sospechoso de filosovietismo como es el liberal Tony Judt, los soviéticos no tenían aspiraciones de conquista mundiales. A diferencia de los estadounidenses, respondían a cada “amenaza” concreta según iba apareciendo en lugar de seguir una estrategia planificada a nivel mundial (Judt, 2017: 189). Más allá de la especulación sobre sus intereses imperialistas (que de hecho existieron), hay una razón de peso para comprender esto: los rusos no tenían capacidad política, económica o militar para lanzarse a la conquista. Comparados con los 6 millones de alemanes muertos en la guerra, o los 300.000 británicos, la URSS había perdido 24 millones de ciudadanos. Además, los aliados no accedieron a su demanda de que Alemania pagase una reparación cuantiosa por estas pérdidas, y Truman cortó en seco la financiación y los préstamos a la URSS (Braunthal, 1980: 128). Stalin no tenía prisa: estaba convencido de que el capitalismo colapsaría por sus contradicciones internas y él ya tendría tiempo de aprovechar esa debilidad (Fontana, 2011: 50). Por esa razón desmovilizó el ejército (de 11 millones que había en 1945 pasó a menos de 3 en 1947) y redujo el presupuesto de defensa a menos de la mitad (Fontana, 2011: 58)²¹⁹.

Tras la Conferencia de Postdam, lo que quedó claro es que el mundo quedaría dividido en dos grandes bloques. Y en 1947 se hizo oficial que EEUU no estaba dispuesto a aceptar esto, sino que buscaría desde entonces minar a su rival con el objetivo de destruir su esfera de influencia. Esta y no otra sería la causa principal del estallido de la Guerra Fría.

Minar al rival e integrar a la Europa Occidental en el Plan Global: los objetivos reales del Plan Marshall

George Marshall, el que fuera Jefe del Estado Mayor del ejército norteamericano durante la guerra, regresó en 1947 a los Estados Unidos para ser nombrado Secretario de Estado con Truman. Marshall había vuelto de Europa convencido de que el mayor peligro para los intereses estadounidenses no era una posible invasión soviética (a pesar de que esa fuera la retórica oficial) sino el espectacular avance de los partidos comunistas en Europa (Fontana, 2011: 69). Sus temores se vieron reforzados cuando en la primavera de 1947, tras una serie de enormes huelgas que sacudieron Italia y Francia, el ministro de exteriores británico, Ernest Bevin, le escribió una carta para decirle si los EEUU no producían un plan gigantesco para Europa sería ya demasiado tarde (Braunthal, 1980: 146). En ese contexto, Marshall gestó el *European Recovery Program* habitualmente conocido como

²¹⁹ EEUU también había reducido entre 1945 y 1947 un 80% su presupuesto militar, y de las 97 divisiones de tierra que tenía en 1945 solo quedaban 12 en 1947 (Judt, 2017: 172). Pero, como veremos, en cuestión de pocos años el complejo militar-industrial repuntaría.

“Plan Marshall” y lo presentó el 5 de junio de 1947 en una conferencia en la Universidad de Harvard.

El Plan tuvo un precedente importante en los préstamos que EEUU concedió a los aliados durante la guerra. Los principales beneficiarios de estos fueron Reino Unido y Francia, que recibieron como préstamo 4.400 y 1.900 millones de dólares respectivamente, aunque los beneficiarios también incluían a Italia, Dinamarca, Polonia o Grecia. Esos préstamos llevaban condiciones: eran ayudas *puntuales* para cubrir emergencias pero también implicaban el objetivo de estabilizar sus sistemas políticos conteniendo a la izquierda socialista (Eley, 2003: 300). Pero el nuevo programa suponía una diferencia crucial: un suministro *continuado* de ayudas que permitiría invertir a largo plazo (Judt, 2017: 145). El Plan Marshall no era una simple ayuda desinteresada de los EEUU para ayudar a sus antiguos socios de la guerra a recuperarse económicamente. Su objetivo político era claro: evitar la extensión del socialismo y debilitar a las fuerzas de izquierdas que se opusieran al Plan Global. El Plan Marshall solo puede entenderse de la mano de la Doctrina Truman (Apple, 1980: 8; Buchanan, 2012: 42-43; Stonor Saunders, 2013: 46-47): el PCF, el PCI y el PSI estaban excluidos del Parlamento Europeo, los sindicatos franceses (CGT) e italianos (CGIL) no serían escuchados por norma y los intereses de los trabajadores no estarían representados en las primeras instituciones de la integración europea (CEE, CECA). El propio Truman reconocería la dimensión política del Plan en sus memorias: “[el Plan Marshall] ayudó a salvar a Europa del desastre económico y la sacó de la sombra de la esclavización a manos del comunismo ruso” (citado en Abendroth, 1968: 141)²²⁰.

La magnitud económica del Plan da cuenta de la importancia que le concedieron los líderes estadounidenses. Desde junio de 1947 hasta el 31 de diciembre de 1951, EEUU se gastó casi un 2% de su PIB anual (12,700 millones de dólares en total) en Europa, aumentando cerca de un 35% la producción europea. Buscó garantizar una demanda sostenible de productos manufacturados, europeos y americanos, de tal manera que la viabilidad económica del Plan Global quedase garantizada. Esto fue el precedente para la integración económica europea, por lo que las consecuencias del Plan Marshall todavía se hacían sentir décadas más tarde (Varoufakis, 2012: 106)²²¹.

En un primer momento la Unión Soviética también fue invitada a recibir las ayudas. Stalin, que para entonces todavía confiaba parcialmente en que podría darse algún tipo de cooperación con sus antiguos aliados de la guerra, envió a Molotov con un gran equipo de técnicos. Pronto vería que el plan implicaba una dependencia política intolerable para

²²⁰ Sobre las intenciones políticas del Plan Marshall, véase el informe de la CIA de 1947 (Judt, 2017: 151). Dada esta intencionalidad tan clara, sorprende que Tony Judt considerase como el “gran error” de Stalin el no haberse incluido en el Plan. Otra prueba de esto la proporciona el siguiente dato: en torno a un 5% de los fondos del Plan Marshall serían devueltos por los países europeos, y EEUU decidió destinarlos a un fondo (no controlado por el Congreso) para financiar actividades secretas de la recién fundada Central Intelligence Agency (CIA), dedicada en cuerpo y alma a socavar a fuerzas de izquierda (Fontana, 2011: 71).

²²¹ Varoufakis y Garcés consideran el Plan Marshall como el claro inspirador de la Unión Europea. En este sentido, lo que reemplazó al Plan Marshall fue la Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA). Fontana también considera que el objetivo del Plan Marshall era, primero, conseguir sacar a los comunistas de los gobiernos de coalición en los que participaban (algo que se consigue en 1947), y posteriormente, impulsar la Unión Europea. En este sentido se entienden las declaraciones del presidente francés De Gaulle, que denunció la CECA como una estratagema de Washington (para un análisis de cómo se fue configurando la arquitectura institucional de la Unión Europea de forma antidemocrática, traicionando el ideal europeísta democrático y antifascista de personajes como el ya citado Altiero Spinelli, puede verse Pisarello, 2012: 177-185).

sus propios objetivos, por lo que rechazó participar y denunció el Plan como una maniobra del imperialismo capitalista norteamericano. El hecho de que la URSS no participase de las ayudas estadounidenses no hizo sino agravar la brecha económica que existiría entre ambos bloques, lo cual marcaría un punto de ventaja sistemático para el bloque occidental.

Conclusión

La aceptación de la estrategia propuesta de Kennan, públicamente defendida por Churchill y oficializada con la Doctrina Truman, implicó que EEUU se involucraría en miles de operaciones financiadas sustanciosamente con el objetivo de hundir al bloque rival. Una “guerra psicológica”, como diría Kennan, se financiaría especialmente a través de intervenciones radiofónicas en los países de la zona soviética (destaca aquí la creación de las famosas Radio Free Europe y Radio Liberty). Pero también se contemplaba una “guerra política” que Kennan describía de la siguiente manera:

Propaganda, guerra económica; actos de prevención directa, incluyendo sabotaje, antisabotaje, medidas de demolición y evacuación; subversión contra estados hostiles, incluyendo asistencia a movimientos de resistencia, guerrillas y grupos de liberación de refugiados y apoyo a elementos anticomunistas en países amenazados del mundo libre (citado en Fontana, 2011: 63).

La política exterior norteamericana se movió entonces por una mezcla entre lo que posteriormente se conocería como la “teoría del dominó”²²² –según la cual todo atisbo de disidencia con el nuevo orden mundial no podía ser tolerado bajo el riesgo de que se “contagiase” a otros países– y lo que Fontana ha llamado el “monolitismo”, esto es, la creencia de que tras cualquier manifestación de una política izquierdista estaba la mano de Moscú (lo cual incapacitó a los norteamericanos para entender los movimientos nacionalistas de los países colonizados, véase Fontana, 2011: 87). Una de sus primeras consecuencias fue la expulsión en la primavera de 1947 de los miembros comunistas que participaban en gobiernos de coalición en Italia, Francia, Luxemburgo y Bélgica (y en 1948 del gobierno de Finlandia).

La era de las grandes polarizaciones había comenzado, y pronto adoptó un carácter eminentemente militar y de guerra psicológica. Al haber perdido el monopolio de fabricación de la bomba atómica en 1949 (Buchanan, 2012: 46), EEUU decidió crear una bomba termonuclear, la bomba de hidrógeno o Bomba H, cuyas pruebas tuvieron lugar en 1952²²³. Si el presupuesto de Defensa estadounidense rondaba los 13.500 millones de dólares en 1951, solo dos años más tarde ya se colocaba en la asombrosa cifra de 53.000 millones.

Generalmente reacio a cargar la responsabilidad en exceso sobre uno de los dos bandos de la Guerra Fría –porque eso hubiera refutado la forma de su propio argumento que quería poner en cuestión el enfrentamiento en sí mismo y no tomar partido por uno u otro bando–, la escalada armamentística estadounidense hizo que Thompson se inclinase a veces por señalar *más* responsabilidad en su lado:

²²² En referencia a unas palabras de Eisenhower en una rueda de prensa en 1954: “si tenéis una hilera de fichas de dominó puestas de pie y golpeáis la primera, lo que le sucederá a la última es que con toda seguridad caerá rápidamente. Asia ha perdido ya unos 450 millones de habitantes a manos de la dictadura comunista y no podemos permitirnos más pérdidas” (citado en Fontana, 2011: 87).

²²³ El desafío en la carrera armamentística fue rápidamente asumido por el Kremlin. Tan solo nueve meses después, la URSS ya disponía de su propia bomba de hidrógeno.

No le veo el sentido a buscar los culpables. Eso podemos dejárselo a los historiadores si es que tenemos la fortuna de que exista un futuro para nosotros. Si queréis mi opinión, creo que la mayor parte de la culpa debe caer sobre los Estados Unidos y la OTAN por el escalamiento y el refinamiento tecnológico del armamento nuclear (“What kind of Partnership?” en Thompson, 1985b [1984]: 162).

2.4.3. Los osos de Moscú. La estalinización de las “democracias populares” y la represión soviética

Entre los años 1945 y 1946 Stalin había afirmado a los principales dirigentes comunistas de Yugoslavia, Bulgaria, Polonia y otros países del Este que un modelo de socialismo con democracia parlamentaria era compatible con los intereses del comunismo internacional. Stalin reconocía así que el modelo soviético había sido *una* vía posible al socialismo dadas las circunstancias particulares de Rusia, pero no necesariamente la *única* vía. De esta forma, parecía aceptar como aliados a otros países más adaptados al ánimo general de los nuevos tiempos (ese Espíritu del 45), esto es, el de aquellos que pedían socialismo, pero también democracia y respeto por los derechos humanos (Fontana, 2011: 94).

Sin embargo, el giro en la política internacional que supuso Fulton, la Doctrina Truman y la expulsión en la primavera de 1947 de los ministros comunistas de los gobiernos de coalición convencieron a Stalin de que debía mantener un control férreo sobre los destinos políticos de los países que rodeaban a la URSS, como garantía de la seguridad de esta. No fue la idea de una revolución comunista mundial la que llevaría al dirigente soviético a maniobrar en estos países –como sostenían y temían los norteamericanos– sino las preocupaciones y los miedos por la viabilidad a largo plazo de la URSS, para la cual el ideal comunista servía “simplemente como una cobertura ideológica” (Braunthal, 1980: 130).

En septiembre de 1947, Stalin decide fundar la Kominform, cuyo primer congreso tendría lugar en el municipio de Szklaraska Poreba (Polonia) y donde Zhdanov se dirigió a los participantes con unas palabras muy parecidas a las de Truman en marzo del mismo año, hablando de un mundo dividido en dos campos irreconciliables que libraban una lucha a muerte. En un principio Stalin se había opuesto fervientemente a la creación de un organismo similar a la Komintern (disuelta en 1943) por temor a que sus aliados en la guerra pensarán que estaba organizando una revuelta comunista mundial. Pero la ofensiva occidental le convenció de que debía llenar el vacío. La Kominform se presentó como un *revival* de la Komintern, aunque estaba lejos de acoger los debates y la pluralidad del comunismo internacional que había impulsado su predecesora. Se trataba de un organismo absolutamente centralizado, que servía como correa de transmisión de las órdenes de Stalin (no es casualidad que tras morir este, con el inicio de la supuesta “desestalinización” protagonizada por Jrushchov, se disolviera aquella)²²⁴. En su primera reunión en Polonia solo los partidos comunistas de los países bajo control soviético fueron invitados, exceptuando al PCF y al PCI (dada su fuerza organizativa hubiera sido absurdo no invitarlos). Una de las principales y primeras decisiones de la Kominform fue precisamente presionar al PCF y al PCI para que cesaran su política de colaboración con otros partidos (recordemos que hasta pocos meses antes formaban parte de los gobiernos

²²⁴ Otro ejemplo de esto lo proporciona el periódico de la Kominform, que se producía en Belgrado en conexión telefónica directa con Moscú. Varias copias de cada número eran enviadas por avión a Moscú para ser supervisadas directamente por Stalin y Molotov, quienes debían dar el visto bueno antes de la impresión. La revista se imprimió en ruso, francés e inglés (Braunthal, 1980: 149).

de coalición de posguerra). Maurice Thorez siguió obedientemente las órdenes²²⁵, pero Palmiro Togliatti se negó a romper sus alianzas.

El segundo paso importante de la Kominform fue la ruptura de relaciones con Yugoslavia. En junio de 1948 Stalin y los países de la Kominform deciden expulsar a Tito del bloque soviético por considerar que sus planes de una federación balcánica ponían en peligro los intereses soviéticos (Tito había sido el único dirigente que suministró ayuda a los partisanos griegos del ELAS que luchaban en la guerra civil desatada por Churchill). Pero lo que realmente se condenaba con la ruptura con Tito era la idea de que era posible defender una “vía nacional” al socialismo diferente a la soviética, porque esto podría poner en peligro la hegemonía soviética (Fontana, 2011: 119-121). No deja de ser paradójico que, hasta el momento de la ruptura, Yugoslavia hubiese sido el “mejor discípulo” de la URSS: el primer Plan Quinquenal de Tito superó al de Stalin, el culto a la personalidad del mariscal era conocido, se habían puesto en marcha más de 7.000 granjas colectivizadas y el aparato represivo tenía poco que envidiar al de Moscú. Una vez rotas las relaciones, sin embargo, Tito se vio forzado a aceptar dinero estadounidense para poder sostenerse: entre 1949 y 1955 recibió 1.200 millones de dólares (Judt, 2017: 264).

Pero la decisión más significativa de estos años en el lado soviético fue la estalinización de las democracias populares, que debe entenderse bajo el nuevo mapa de amenazas planteado desde 1947. Como resultado de esta estalinización, todo el programa de reforma agraria y expropiaciones de posguerra (véase “Europa del Este” en 2.3.2.) fue revertido con un proceso de colectivizaciones muy parecido al que tuvo lugar en la URSS en la década anterior, provocando resultados económicos desastrosos en estos países (Judt, 2017: 257). El Espíritu del 45 en la Europa del Este conocería así un fatídico final.

La oleada represiva de los años 1947-1953 también llegó al interior de la propia URSS, en la que continuó existiendo una cifra enorme de condenados políticos. Quizás el evento más conocido sea la campaña antisemita desatada por Stalin en la que se acusó a los judíos de “cosmopolitismo” y “sionismo” (el “antisemitismo” era ilegal en el país) que tendría severas consecuencias: desde la ejecución o persecución de miembros del Comité Antifascista Judío²²⁶ –con la excepción del obediente Ilya Ehrenburg– hasta la presión sobre su propio ministro Molotov para que se divorciase de su esposa. Se privó de la nacionalidad soviética a los judíos, y las casas editoriales, periódicos y teatros judíos fueron cerrados. Mención destacada merece el “Complot de los médicos”, según el cual docenas de médicos de origen judío habrían conspirado con la CIA para envenenar a altos cargos soviéticos. Se les responsabilizó de la muerte de personajes como Zhdánov, que había fallecido por muerte natural en 1948. La persecución del supuesto complot implicó arrestos masivos, entre ellos el de Vovsi, el médico personal de Stalin, que no pudo atenderle ese mismo año cuando sufrió la hemorragia cerebral que pondría fin a su vida (Fontana, 2011: 193-194).

²²⁵ “La gente cree que a los comunistas nos insultan llamándonos ‘estalinistas’. Bien, pues para nosotros esa etiqueta es un honor que nos esforzamos en merecer de verdad” (Thorez, julio de 1948, citado en Judt, 2017: 329).

²²⁶ Incluyendo a Lozovsky, el líder de la Internacional Roja de Sindicatos, que también fue liquidado por judío (Braunthal, 1980: 498).

Los “juicios espectáculo” y la nueva oleada de purgas

Los eventos que mayor impacto causaron en la escena internacional, y que más sacudirían la consciencia de los comunistas occidentales, fueron los llamados “juicios-espectáculo”. Desde la ruptura con Tito, la retórica nacional/nacionalista dejó de considerarse un valor a promover por los partidos comunistas del Este para pasar a ser la principal acusación contra los “traidores” (acusados de “nacionalistas burgueses”, “titoístas”, “sionistas-cosmopolitas”, etc.). La primera vez que se empleó el término “nacionalista” en sentido peyorativo en el mundo político comunista de posguerra fue en la conferencia de la Kominform en la que se condenaba la desviación yugoslava (Judt, 2017: 266). En la estalinización de las democracias populares jugó un papel nada menor la CIA estadounidense: Allen Dulles, que ya ocupaba puestos de máxima importancia en los servicios de inteligencia norteamericanos desde 1948, se enorgullecía de haber sido el responsable de las purgas que tuvieron lugar en estos países entre 1948-1953 (Fontana, 2011: 124).

La estalinización de los partidos y países comunistas del Este empezó por Polonia y tuvo como su primer objetivo a Wladislaw Gomulka, el secretario general del Partido Comunista de Polonia. Defensor de la vía polaca al socialismo, había sido un crítico de los planes de colectivización estalinistas. Una vez estalló la Guerra Fría, fue el primero en caer: se le cesó como secretario general en agosto de 1948, en noviembre de 1949 fue expulsado del partido y poco después fue acusado de “titoísmo”. En julio de 1951 sería arrestado. Gomulka constituye un caso excepcional porque fue encarcelado, pero sobrevivió a la ola de purgas, consiguiendo ser liberado en 1954 y rehabilitado tras el “deshielo” de Jrushchov.

Con Gomulka había comenzado la represión, pero realmente el primero de los juicios-espectáculo fue el del ministro de Interior de Hungría, László Rajk. Rajk fue acusado de colaboración con los fascistas búlgaros de preguerra, de espionaje para los servicios de información británicos y de conspiración con Tito. La confesión de culpabilidad de Rajk fue transmitida en directo por Radio Budapest, y Rajk fue ejecutado junto a su supuesto “grupo de colaboradores” el 15 de octubre de 1949.

El segundo juicio más sonado fue el de Traicho Kostov, uno de los fundadores del Partido Comunista Búlgaro, presidente del Consejo de Ministros y líder de la resistencia antifascista (el papel de Kostov en la Bulgaria partisana se analiza en Thompson, 1997a), que además estaba parálítico a causa de las torturas sufridas a manos de los gobiernos del período de entreguerras. Las acusaciones fueron idénticas a las de Rajk. El juicio de Kostov fue peculiar, porque tras haber firmado la confesión de culpabilidad de unas acusaciones totalmente fabricadas, en pleno juicio se retractó, y fue sacado de la sala mientras clamaba por su inocencia. El oscuro dirigente del NKVD Lavrenti Beria aprendería la lección: ningún otro líder acusado se retractaría en público en futuras ocasiones (Judt, 2017: 270). Kostov fue ahorcado el 16 de diciembre de 1949.

El tercer turno fue para Rudolf Slánský, secretario general del Partido Comunista de Checoslovaquia. Este juicio se preparó meticulosamente durante tres años. Primero se encarceló al ministro de Asuntos Exteriores Vladimír Clementis acusado de “nacionalismo burgués”. En la primavera de 1951, Beria ordenó a los checos que cambiasen la acusación para poner el énfasis en el cargo de “sionista” en vez de “titoísta” al hilo de la campaña antisemita de Stalin: esto permitió acusar a Slánský por judío y por sus supuestos contactos con la CIA. Stalin y Beria supervisaron el caso muy de cerca, tanto que los cargos y la sentencia ya decidida fueron enviadas a Moscú para recibir su

aprobación personal. En Praga se grabó en vídeo un ensayo general del juicio, para que en caso de que Slánský o cualquiera de los demás acusados se rebelara (al estilo de Kostov) se pudiera enviar a los medios de comunicación la grabación manipulada. El 3 de diciembre se ejecutó a Slánský acusado de “trotskista, titoísta, sionista, traidor nacional-burgués”.

El impacto de los juicios-espectáculo sobre las fuerzas socialistas europeas fue tremendo y profundizó todavía más el abismo infranqueable del movimiento obrero. Thompson quedó devastado por ello, aunque no fue motivo suficiente para él como para romper con el comunismo oficial del PCGB (véase para esto el apartado 3.2.4. en esta tesis). Cuando lo haga en 1956 esta será una de las referencias habituales en sus escritos, que presentará como el mayor punto de degeneración de la tradición comunista. Para el historiador británico los juicios no fueron un “accidente pasional” ni una “injusticia casual cometida al calor del fermento revolucionario”, sino un “acto de injusticia deliberado y cuidadosamente concebido”. Su propósito, nos dice, era simple: por un lado, *desanimar* a la gente, y por el otro, crear un clima de miedo y sospecha que permitiera intimidar a la oposición, particularmente la oposición interna a las filas comunistas “donde se encontrarían muchos de los más antiguos y valientes socialistas” (“El humanismo socialista. Una epístola a los filisteos” en Thompson, 2016 [1957]: 168)²²⁷.

Pero los juicios espectáculo eran solo la punta del iceberg de la represión más sistemática que tuvo lugar en estos países. Entre 1948 y 1952 se calcula que dos millones y medio de personas fueron expulsadas de sus partidos comunistas (un cuarto del total) y cerca de 250.000 encarceladas. En algunos países como Hungría la represión fue astronómica: 2.000 ejecutados, 150.000 encarcelados, 350.000 expulsados (Eley, 2003: 310); en otros, hubo resistencias que fueron severamente aplastadas: en Polonia, por ejemplo, no fue fácil acabar con el arraigado Partido Socialista de larga tradición democrática, por lo que hizo falta arrestar a 200 dirigentes y expulsar a 80.000 miembros de los 800.000 para conseguir la fusión con el partido comunista en 1948.

Conclusión

El modelo de las fuerzas antifascistas europeas de un socialismo compatible con la democracia y el respeto por los derechos humanos, que estaba en el horizonte de algunas repúblicas de la Europa del Este, fue abortado por Stalin. El ideal no fue olvidado, y se trataría de poner en marcha de nuevo en Hungría en 1956 y en Checoslovaquia en 1968²²⁸. En ambas ocasiones, sin éxito, porque el Politburó soviético fue incapaz de ver en estas rebeliones democráticas otra cosa que no fuera la oscura mano del imperialismo occidental intentando destruir a la URSS:

En los últimos años de su vida, Stalin liquidó brutalmente el proyecto de una democracia popular europea que soñaban establecer quienes habían luchado contra el fascismo en la resistencia. Y los regímenes de sus sucesores, aunque moderasen la brutalidad extrema del estalinismo, fueron

²²⁷ Es importante señalar esa palabra, “degeneración”. Para comprender la particular catadura político-moral del historiador británico es vital entender por qué consideró que los peores momentos del estalinismo no eran una deriva *lógica* del comunismo, sino su perversión por determinadas presiones estructurales y determinados actores decididos a acometerlas. Así, discutiendo con Charles Tylor sobre la idea de que las purgas surgieron del comunismo, se pregunta: “¿qué correspondencia hay, por ejemplo, entre Notes from the Gallows de Fučík, y el actual régimen checo; de qué manera el montaje de Clementis ‘surgió’ del heroísmo de Fučík? Solo en un sentido de lo más complejo, ciertamente no como una secuencia directa” (“El socialismo y los intelectuales” en Thompson, 2016 [1957]: 122).

²²⁸ Para los eventos de la Primavera de Praga puede consultarse el relato de Fontana (2011: 389-396).

incapaces de tolerar los intentos de resucitar este proyecto democrático-popular que se realizaron en 1956 en Hungría, en 1968 en Checoslovaquia e incluso en 1989 en la Alemania oriental (Fontana, 2011: 18).

La misma dinámica de cierre de filas, persecución de la disidencia, paranoia con el enemigo interno y polarización absoluta que caracterizaba el ambiente político de Occidente en los años duros de la Guerra Fría se había introducido en la URSS. Era el espejo de la teoría del dominó y del monolitismo (*supra*). Los halcones de Washington y los osos de Moscú vinieron, paradójicamente, a darse la mano en la clausura de las posibilidades abiertas tras la victoria sobre el fascismo. Y para conseguirlo generaron un clima particularmente destructivo, nos dirá Thompson, no solo para los países controlados, sino también en sus propios países:

Se cerró para ambas partes. Fue un proceso mutuo, recíproco e inmensamente perjudicial, inmensamente destructivo, y probablemente donde era más destructivo era en los extremos, en la Rusia misma y en América. En América, destruyendo cualquier continuidad de las raíces de aquel movimiento y en Rusia cualquier oposición, cualquier movimiento de tipo auténtico (Thompson, 1984b [1976]: 303-304).

2.4.4. La escalada de tensiones: la OTAN y el Pacto de Varsovia

Si hay un evento que conmocionó a los países occidentales y dio a EEUU una excusa para desatar la carrera armamentística que caracterizaría la política internacional de las décadas siguientes, este fue el golpe de estado en Checoslovaquia (Judt, 2017: 215; para una descripción, véase *supra* en el apartado 2.3.2 de este capítulo). Muchos intelectuales socialistas europeos comenzaron a asustarse y a cambiar su posición respecto a la URSS. Un apocalíptico Bertrand Russell alegaba en el *Saturday Review*:

Si Rusia invade Europa occidental, la destrucción será tal que ninguna conquista posterior podrá deshacer el daño hecho. Prácticamente toda la población educada será enviada a campos de concentración en Siberia o a las costas del Mar Blanco, donde la mayoría morirán por las dificultades o se convertirán en animales (mirad si no lo que les ha ocurrido a los intelectuales polacos). A menos que Europa Occidental pueda salvarse de la invasión, se perderá la civilización durante siglos (16 de octubre de 1954, citado en Braunthal, 1980: 182)²²⁹.

Hasta la Segunda Guerra Mundial, los socialdemócratas miraron a la Unión soviética con cierta admiración crítica (sin hacerse ilusiones sobre el carácter nulamente “democrático” del régimen surgido tras la guerra civil rusa), como el primer gran poder que había conseguido abolir el capitalismo. Un poder que debía ser defendido frente a las agresiones imperialistas del capitalismo. Los socialdemócratas daban por sentado que si un partido comunista llegaba al poder destruiría la democracia para implantar una dictadura del proletariado y crearía un régimen aliado a la URSS, pero asumían al mismo tiempo que en el proceso se conservaría la soberanía nacional (Braunthal, 1949: 589). Historiadores tan políticamente diferentes como Tony Judt o Julius Braunthal coinciden en que la estalinización de los países del Este fue el hecho crucial que marcaría el cambio de actitud de la socialdemocracia resurgida después de la guerra. Los líderes socialdemócratas vieron cómo los países de la Europa del Este fueron reducidos a “meras

²²⁹ Simone de Beauvoir en su autobiografía menciona también que después del golpe en Praga entre los intelectuales europeos “se hablaba mucho de [la posibilidad de] una invasión soviética [en Europa]”. Russell apoyó durante años el rearme (e incluso la amenaza de lanzar la bomba) contra la URSS, siendo partícipe del Congreso por la Libertad Cultural, hasta que a mediados de los años 50 cambió de posición y se convirtió en uno de los principales adalides del neutralismo positivo y del desarme unilateral (Stonor Saunders, 2013: 117-118).

provincias” o Estados-satélite del imperio ruso y abandonaron toda esperanza en una posible colaboración con los soviéticos. El hecho de que el único país que trató de conservar su autonomía, Yugoslavia, acabase enemistado con el Kremlin servía como prueba. La nueva actitud hacia la URSS, el anticomunismo ferviente, se convirtió en el “rasgo más característico de la ideología modificada de la socialdemocracia renacida [tras la guerra]” (Braunthal, 1949: 591).

Por esta razón la respuesta de las potencias occidentales al golpe en Checoslovaquia no se hizo esperar y vino, significativamente, del gobierno laborista de Atlee. Ernest Bevin, representante del ala más derechista del partido, llamó a una alianza de países de la Europa occidental contra Rusia, consiguiendo que meses después se formara el Tratado de Bruselas. El 22 de enero de 1949 Truman dobló la apuesta y presentó al Congreso de los EEUU el borrador de un tratado de alianza político-militar que cubriera “la seguridad colectiva del área del Atlántico Norte”. Se había fundado la OTAN, y de los 12 gobiernos firmantes, 7 eran socialdemócratas o gobiernos de coalición donde estos tenían un papel prominente²³⁰. Podemos, pues, considerar al Partido Laborista de posguerra, en pleno auge del revisionismo, como uno de los fundadores de la OTAN. El primer secretario general de esta institución, Lord Ismay, definió en una célebre frase el objetivo de las partes europeas: “mantener a los rusos fuera, a los norteamericanos dentro y a los alemanes controlados” (Judt, 2017: 231).

Paradójicamente, la nueva estrategia promovida por la socialdemocracia de posguerra se envolvió en una poderosa retórica de libertades individuales y derechos humanos que convivía con una política internacional profundamente imperialista²³¹, no solo en relación a los países históricamente colonizados de África, Asia y Latinoamérica, sino también por la pérdida de soberanía nacional que implicaba para los propios Estados europeos el hecho de delegar tanto poder en los EEUU. Como señala Garcés, cualquier Estado integrado en una coalición bélica pierde necesariamente parte o toda su autonomía en política exterior, inclusive parte del control de la política interna porque se ve obligado a subordinar los fines nacionales a los objetivos de la guerra (Garcés, 2014: 24). Esto generaría unas tensiones internas en los partidos socialdemócratas que, cuando se propagó el movimiento pacifista internacional de los años 80 (véase 3.3.2.), Thompson llegó a pensar que todavía podía haber movimiento:

Ni la tradición socialista europea ni la liberal pueden cuadrar fácilmente con una hegemonía norteamericana cuyas prioridades están determinadas, y cada vez de forma más descarnada, por las necesidades de reproducción del capital norteamericano. Algunos partidos socialistas europeos han optado [ahora] claramente por apartarse de ese juego (Thompson, 1983 [1981]: 217)²³².

²³⁰ Tan solo los partidos socialistas de Suecia, Suiza e Italia se opusieron a la creación de la OTAN. El Partido Socialista italiano fue expulsado de la Internacional Socialista por negarse a romper su alianza con los comunistas. Por diferentes razones, solo los Estados de Suecia, Irlanda, Malta, Finlandia, Suiza y Austria permanecieron “militarmente neutrales” durante la Guerra Fría.

²³¹ “Los años inmediatos de la posguerra no presenciaron el colapso del imperialismo europeo, sino más bien un intento sostenido de reafirmar el control y adaptar las relaciones coloniales a las necesidades de la reconstrucción interna. El gobierno laborista de Gran Bretaña, por ejemplo, otorgó la independencia a la India (1947), pero trabajó asiduamente para desarrollar el potencial económico de Malasia y África Oriental a finales de la década de 1940. Los holandeses no renunciaron a sus ambiciones de recolonizar Indonesia hasta que (bajo la amenaza de perder las ayudas Marshall) Estados Unidos se lo impuso en 1949. Francia se involucró en un prolongado conflicto militar con los vietnamitas en Indochina a partir de 1946 en adelante, y fue aplastada una revuelta nacionalista en Madagascar en 1946-1947” (Buchanan, 2012: 52).

²³² Thompson citaba aquí el caso del PSOE español y su postura originaria sobre la OTAN, así como del PASOK. Señalaba las tensiones internas del SPD y del Labour con el atlantismo. Sus esperanzas se verían, como es de sobra sabido, frustradas. Dado el año en que escribía esto (1981) o bien no tenía buenas fuentes

Pero la suerte estaba echada: habían comenzado el rearme y la carrera armamentística. En el lado occidental esto tuvo una magnitud descomunal, especialmente entre 1951-1953, cuando se generalizó la sensación de pánico promovida por los gobiernos. Entre 1950 y 1951 EEUU aumentó en un 450% su gasto militar, después de que Truman declarara un estado de emergencia nacional. El gasto en defensa en Gran Bretaña entre 1951-1952 consumía un 10% de su PIB. Por su parte, en 1949 los países bajo la zona de influencia soviética se integraron en el Consejo Para la Ayuda Mutua (COMECON) y en 1955 entraron en el acuerdo político-militar del Pacto de Varsovia. Recuperando la afortunada expresión de Eisenhower, los “complejos militar-industriales” crecieron con el paso de los años. Una manera de justificar los astronómicos presupuestos de defensa de cara al público fue conseguir vender las armas a otros países, de tal manera que, como sostiene Hobsbawm, en aquellos años de tensión “todo el mundo exportaba armas” (Hobsbawm, 2015: 257). El abismo se había vuelto, ahora sí, del todo infranqueable.

2.4.5. La Guerra Fría intelectual y el análisis de Thompson

Nuestro objetivo en la Guerra Fría no es conquistar o someter por la fuerza un territorio. Nuestro objetivo es más sutil, más penetrante, más completo. Estamos intentando, por medios pacíficos, que el mundo crea la verdad. La verdad es que los americanos queremos un mundo en paz, un mundo en el que todas las personas tengan oportunidad del máximo desarrollo individual. A los medios que vamos a emplear para extender esta verdad se les suele llamar ‘guerra psicológica’. No se asusten del término porque sea una palabra de cinco sílabas. La ‘guerra psicológica’ es la lucha por ganar las mentes y las voluntades de los hombres

(Eisenhower, conferencia de prensa, citado en Stonor Saunders: 2013: 177)

Nadie piensa en términos de seres humanos, los gobiernos no lo hacen y yo tampoco. Ellos hablan del pueblo, del proletariado, y yo de los tontos y de los peleles, que es lo mismo

(Harry Lime, *El tercer hombre*, dirigida por Carol Reed, 1949)

El nuevo orden no dejaba hueco para las discrepancias. Se creó una dinámica absolutamente polarizada que atravesó todas las esferas de la vida social y que buscó asfixiar cualquier alternativa política que tratara abrirse hueco. El miedo al enemigo externo (imperialismo capitalista/comunismo revolucionario) sirvió como la excusa perfecta para exigir obediencia a los súbditos de ambos bloques, así como para combatir sin clemencia a los enemigos internos, ya fueran reales o imaginados (Fontana, 2011: 92). Las élites de ambos bloques estaban alimentando un clima de tensión mediante la manipulación de informes e intervenciones mediáticas, de tal manera que con la retórica de la seguridad conseguían legitimar no solo la pérdida de soberanía nacional (delegada en Washington o Moscú) sino también el recorte de libertades civiles y la represión de la disidencia en el interior de sus propios países (este doble movimiento era, para Thompson, "la estructura más profunda de la Guerra Fría", "Protesta y sobrevive" en Domènech, 1983 [1980]).

para informarse sobre las acciones del PSOE y del PASOK, o bien sus deseos superaron su sentido de la realidad.

Como dijo Foster Dulles, secretario de Estado del gobierno de Eisenhower entre 1953 y 1959, “salvo en muy extraordinarias circunstancias, el de neutralidad es un concepto inmoral y miope” (citado en Fontana, 2011: 16). La retórica occidental no dudó, además, en añadir un contenido religioso a la contienda:

El enemigo es el sistema comunista en sí: implacable, insaciable, infatigable en su pugna por dominar el mundo... Esta no es una lucha solo por la supremacía armamentística. También es una lucha por la supremacía entre dos ideologías opuestas: la libertad bajo un Dios, y una tiranía atea (J. F. Kennedy, campaña presidencial de 1960, citado en Hobsbawm, 2015: 235).

La guerra intelectual: zhdanovismo, macartismo y el Congress for Cultural Freedom

Como no podía ser de otra manera, un conflicto que se presentaba como civilizatorio tenía que dirimirse también en el terreno de las ideas y la cultura. Muchos intelectuales se sumaron activamente al binarismo. Jean-Paul Sartre, antes de su ruptura con el PCF, había defendido que “uno debe elegir entre la URSS y el bloque anglosajón”, mientras que Raymond Aron defendía que “en nuestros tiempos, tanto para los individuos como para las naciones, todo depende de una elección global, en realidad geográfica, entre el universo de los países libres o el de las tierras bajo el estricto dominio soviético” (citado en Judt, 2017: 320).

La guerra cultural en EEUU tenía fuentes viejas. En diciembre de 1938 Joe Starnes, trabajando para el Comité del Congreso sobre Actividades Antiamericanas (HUAC), defendería que una iniciativa teatral de la época del New Deal que representaba obras de la Grecia clásica era perjudicial a los intereses nacionales, porque algunos dramaturgos griegos eran “comunistas” y, en particular, “el señor Eurípides era culpable de enseñar conciencia de clase” (citado en Fontana, 2011: 96). La famosa caza de brujas en el lado norteamericano está asociada al senador Joseph McCarthy, aunque no cabe reducir las operaciones anticomunistas a las maniobras y elucubraciones de este fanático senador. Lo que en cualquier caso quedó claro es que el gobierno de Truman y sus sucesores estaban dispuestos a extender un clima de persecución sobre cualquier voz discordante con el nuevo orden. Un socio de McCarthy, el oscuro y jovencísimo Roy Cohn, se dedicaba a inspeccionar las bibliotecas de las “Casas de América”, y consiguió que se retirasen del acceso público las obras de autores como Thomas Paine, Henry David Thoreau, Ernest Hemingway, Arthur Miller, Thomas Mann, Sigmund Freud, Albert Einstein o Mark Twain. En 1949 el presidente de la American Historical Association afirmó: “No nos podemos permitir no ser ortodoxos”, proponiendo que los historiadores renunciasen a aceptar una pluralidad de valores porque “una guerra total, sea caliente o fría, nos moviliza a todos y llama a cada uno a asumir su parte” (citado en Fontana, 2011: 109, 112).

Pero el macartismo era tan brutal, paranoico y ciego que, aunque causase estragos en algunos sectores, tenía los días contados. Mucho más sutil y duradera fue la ofensiva cultural organizada por la recién creada Central Intelligence Agency (CIA). Al advertir los enormes esfuerzos soviéticos de posguerra en el terreno cultural (que buscaba compensar la superioridad económica y militar estadounidense), una serie de figuras controvertidas como Melvin Lasky, el agente de la CIA Michael Josselson o Nicolas Nabokov se aliaron para convencer a los EEUU de que era imprescindible organizar la contraofensiva a nivel institucional. La inyección continua de dólares del Plan Marshall no daría la victoria a los estadounidenses: había llegado la hora de la Guerra Fría cultural. El Congress for Cultural Freedom (CCF en adelante) tuvo su primera reunión entre los

días 26-29 de junio de 1950. El objetivo del CCF era crear un consenso amplio según el cual el propio desarrollo de la ciencia y el arte requería de unas libertades que ahora estaban siendo amenazadas y exigían ser defendidas públicamente por científicos y artistas de todo cuño, progresistas y conservadores. Permanecer fuera de este consenso sería considerado, entonces, una traición a la tradición cultural e intelectual de Occidente. Por detrás de esta línea política estaban los intereses norteamericanos, pero eso es algo que no se podía evidenciar o explicitar a riesgo de hacer estallar las contradicciones internas del proyecto. Su segundo objetivo fue ofrecer un espacio institucional para todos aquellos intelectuales europeos desilusionados con el comunismo estalinista (Scott-Smith, 2002: 102). Para cumplir con sus metas tenían que debilitar las posiciones neutralistas, pero su retórica de libertades les impedía atacarlas directamente (Stonor Saunders, 2013: 115). El “neutralismo activo” por el que abogaría Thompson tendría que abrirse paso en mitad de este escenario tan hostil.

El CCF recibió tanto dinero y atención por parte de la CIA que pudo aspirar a extender la guerra ideológica a nivel *mundial*²³³. Las sedes no se construyeron solo en Europa (Alemania Occidental, Francia, Gran Bretaña, Suecia, Dinamarca, Islandia) sino que llegarían hasta países como Japón, India, Argentina, Chile, Australia, Líbano, México, Perú, Uruguay, Colombia, Brasil y Pakistán y así hasta 35 países (Stonor Saunders, 2013: 127). Organizaban exposiciones de arte, festivales, conciertos, conferencias internacionales y publicaban artículos en revistas de prestigio, tenían sus propias revistas y medios de opinión y, sobre todo, contaban con las posiciones de poder y contactos suficientes como para ser una institución decisivamente influyente en la vida política europea (Stonor Saunders, 2013: 17). Pero, como ha demostrado Scott-Smith, el CCF no puede entenderse sencillamente como una correa de transmisión de la política exterior norteamericana, un mero reflejo directo de los intereses de la CIA. Los intelectuales europeos no comunistas, preocupados por la falta de libertad en la URSS y el precedente que podía suponer esta para Europa, fueron tan artífices del nuevo consenso anticomunista como los Estados Unidos. En este sentido, el CCF solo pudo tener éxito porque recogía las preocupaciones de muchos artistas e intelectuales de la época. El atlantismo no fue solo la expansión de los intereses de seguridad nacional de los EEUU sino, sobre todo, el punto de encuentro entre los anticomunistas de ambos lados del Atlántico (Scott-Smith, 2002: 66, 84).

En este sentido, un elemento fundamental del éxito del CCF es que sus colaboradores se percibían a sí mismos como una fuerza política progresista o de izquierdas. Esto tenía que ver en parte con la trayectoria biográfica de sus participantes: muchos de los grupos de oposición anticomunista que se organizaron en torno a la proclama de defender la libertad intelectual de las interferencias de *cualquier* gobierno provenían de entornos trotskistas o comunistas heterodoxos, pero también se encontraban antiguos estalinistas como Ruth Fischer, A. Koestler o A. Spinelli (Scott-Smith, 2002: 91-101, 196). La CIA

²³³ La financiación millonaria de actividades culturales por parte de la CIA no habría sido posible sin la colaboración de cientos y hasta miles de ciudadanos voluntariosos, especialmente de las clases más privilegiadas de la sociedad. Desde las entidades más grandes (Fundación Farfield, Fundación Ford, Fundación Rockefeller), pasando por multimillonarios que financiaban fundaciones filantrópicas bajo control de la CIA, hasta ciudadanos ricos menos conocidos que movían cantidades más discretas de dinero para no levantar sospechas. Lo más destacable de este conglomerado financiero era la impunidad total con la que podían operar los agentes sin tener que rendir cuentas ante nadie: no existían accionistas como en las empresas, ni ciudadanos como en las elecciones (Stonor Saunders, 2013: 160-162). Hasta los sindicatos norteamericanos se vieron envueltos en la financiación y organización de actividades anticomunistas a través de sus representantes Jay Lovestone (hasta 1929 secretario general del Partido Comunista de los Estados Unidos) e Irving Brown (Scott-Smith, 2002: 74).

actuó de forma astuta, porque mientras la opinión pública y las declaraciones oficiales de EEUU se movían claramente hacia la derecha en plena apoteosis febril del macartismo, la CIA comenzó a financiar de forma encubierta a organizaciones de izquierda moderada (sindicatos, partidos, movimientos estudiantiles) que ejercerían de “tapón” ante la amenaza del comunismo. Algunos de los intelectuales que participaron en el CCF no compartían totalmente la línea atlantista, otros lo hacían, pero de forma crítica, como un mal menor. Esa amplitud de opiniones era su punto fuerte. En el primer congreso en Berlín en junio de 1950 participaron intelectuales como Bertrand Russell, John Dewey, Benedetto Croce, Golo Mann, Richard Löwenthal, Franz Borkenau, Franz Neumann, Sol Levitas, Ignazio Silone, Georges Altman, David Rousset, André Philip, Altiero Spinelli, Margaret Buber-Neuman, y muchos otros que tenían credenciales en el antifascismo o habían sido represaliados por los fascistas o los bolcheviques (Scott-Smith, 2002: 104). En otros congresos posteriores, como el de Hamburgo de 1953, participarían intelectuales como A. Compton, O. Han y L. Meitner (los descubridores de la fisión nuclear en 1939), E. Nagel, K. Jaspers, R. Oppenheimer, M. Polanyi, M. Horkheimer e, incluso, F. Hayek (en 1955 en Milán). Revistas como *Encounter* permitían una presencia notable de críticas de izquierda, con un límite sencillo y claro: no cuestionar la política exterior estadounidense (Stonor Saunders, 2013: 358-359).

La gran paradoja es que el CCF se construyera esencialmente sobre una idea de libertad intelectual como no-interferencia gubernamental al mismo tiempo que su creación y mantenimiento dependía totalmente de las inyecciones continuas de dólares estadounidenses que realizaba la CIA, exigiendo a cambio un cierto control político de la institución (un trazado de los límites de lo discutible, capacidad de elección final de las ejecutivas, una promoción de determinados intelectuales y artistas sobre otros, etc.). La contradicción estallaría con toda su intensidad cuando en abril de 1967 la revista *Ramparts* demostró que el Congreso había estado financiado desde sus orígenes por la CIA, y el codirector de su principal revista (*Encounter*) Stephen Spender, que realmente no sabía nada, dimitió airado al conocer los detalles y al saber que sus colegas le habían ocultado la verdad.

En la Gran Bretaña de Thompson la propaganda cultural anticomunista fue organizada sobre todo por el Departamento de Investigación de Información (IRD) creado en enero de 1948 y dependiente del Foreign Office. El IRD contó con los servicios de Arthur Koestler, y promocionó su obra (especialmente *El cero y el infinito*) en otros países, produciéndose situaciones tan irónicas y absurdas como que el PCF llegó a tener la orden de contrarrestar esa propaganda comprando y agotando hasta el último número de la obra: el antiestalinista Koestler se enriqueció masivamente gracias a los fondos del partido estalinista de Francia (Stonor Saunders, 2013: 85-86). Pero el IRD consiguió también la colaboración de personalidades de referencia del mundo intelectual británico como George Orwell, que les suministraría una lista de “criptocomunistas” entre los que estaban personalidades poco sospechosas de filoestalinismo como Graham Greene, J. B. Priestley, A. J. P. Taylor, S. Spender o G. D. H. Cole (Fontana, 2011: 129; Stonor Saunders, 2013: 342-344). Una variante británica del macartismo, más sutil pero igualmente efectiva, vio la luz durante estos años, cerrando las oportunidades profesionales para todo aquel que pudiera ser considerado como “rojo”²³⁴. Thompson mismo se despacharía contra muchos

²³⁴ Christopher Hill señalaba que este ambiente de persecución en Gran Bretaña “no es como el macartismo, donde hay un odio político abierto, que luego puede ser rechazado después. El macartismo británico nunca se rechaza porque nunca sale a la superficie” (citado en Munro, 2014: 127).

de estos *Cold Warriors*, Orwell incluido ("Outside the Whale", en Thompson, 1978b [1960])²³⁵.

En la Unión Soviética la clausura intelectual y el cerco a la cultura libre habían comenzado antes, especialmente con el ascenso de Stalin. El historiador del comunismo Pierre Broué ha puesto de manifiesto cómo en 1932 toda una escuela prestigiosa de historiadores fue literalmente liquidada:

El círculo de los historiadores se encontraba entonces, y desde 1917, bajo la batuta del muy respetado patriarca marxista M. N. Pokrovsky. Era el ámbito de polémicas tan ardientes como creativas sobre la historia de las revoluciones. Sin embargo, Stalin quería reducirlo al silencio, hacer de él el instrumento de su política y del culto a su persona. Sus ataques en el frente histórico contra Rosa Luxemburgo eran la clave de su lucha contra el trotskismo, y no es casualidad que los ataques hayan desembocado en la masacre de los historiadores de la joven escuela (...). Stalin mismo derrumba el edificio institucional y administrativo, de investigación y enseñanza. De este modo, desaparecen el Instituto de Historia de la Academia Comunista, la Universidad Comunista Sverdlov y el Instituto de Profesores Rojos. Los intelectuales en su conjunto fueron liquidados a finales de los años treinta, y los historiadores a principios del mismo periodo: ¿realmente hay que explicar por qué? (...). En las purgas de los años treinta se apartaron hombres de gran valor, marxistas que defendían sus ideas como Gorin, Lukin, Seidel y otros, ya que se trató de la destrucción intelectual y física de una escuela de pensamiento. Su lugar lo ocuparon intelectuales burgueses que no tenían ni su valor ni su sed de comprender. En los cursos de historia ya no se habló ni de revoluciones ni de la clase obrera. Reinaba el orden, como en tiempos del zar. ¿Es casualidad que la normalización comenzase por la Historia? (Broué, 2008)²³⁶.

Con la guerra cultural de la Guerra Fría, esta tendencia soviética no podía sino acentuarse. Stalin dio paso a lo que sería llamado la *Zhdanovschina* (que tomaba su nombre del ministro Andrei Zhdánov), una campaña de persecución y control cultural directamente controlada por él mismo, que denunciaba el "cosmopolitismo" y trataba de exaltar "lo ruso". Bajo el marco de este clima cultural opresivo, el líder soviético decidió promocionar las teorías genéticas de Lysenko²³⁷ y la nefasta distinción entre una "ciencia burguesa" –la desarrollada al otro lado del Telón de Acero– y una "ciencia proletaria" –la que servía realmente a los intereses del proletariado (para una crítica devastadora de esta distinción puede verse Elster, 1984; Raventós, 2003; y el propio Thompson, 1978b).

²³⁵ Para un buen repaso del debate que analiza pormenorizadamente los juicios de Thompson sobre Auden y Orwell, ver especialmente (Hamilton, 2011: 53-86); y sobre Orwell (Goodway, 2006).

²³⁶ Agradezco a Julia Cámara esta cita. Raphael Samuel ha recordado la influencia que tuvieron muchos de estos historiadores soviéticos purgados (como Boris Hessen, David Riazánov o Yuri Steklov) sobre el Grupo de historiadores marxistas británicos que estudiaremos en el Capítulo 3 de esta tesis (Samuel, 1980: 80).

²³⁷ Durante 30 años un ingeniero agrónomo llamado Trofym Lysenko dedicó su vida y obra a refutar la teoría de la evolución de Darwin porque era "burguesa" y fomentaba la "competición". Lysenko fue nombrado director de la Academia de Ciencias Agrícolas de la Unión Soviética, cargo desde el que pudo aplicar la censura sobre las ideas "peligrosas" entre los científicos soviéticos. Lysenko, que ni siquiera era científico, se convirtió en el símbolo inquisitorial del nuevo régimen: en su hoja de cuentas están los cientos de científicos expulsados, torturados o directamente asesinados durante estos años. Quizás su mayor desastre fue haber causado la denuncia y asesinato de Nikolai Vavilov, un genetista brillante que llegó a tener el mayor banco de semillas del mundo preservado en Leningrado (San Petersburgo), banco que sobrevivió incluso al sitio de esta ciudad durante la Segunda Guerra Mundial. El punto por el que Lysenko fue extremadamente útil a Stalin fue su defensa de una suerte de lamarckismo que se empleaba para explicar el cultivo del grano de trigo, de tal manera que los "consejos prácticos" vendrían a elevar los ánimos de un campesinado humillado y destrozado por las colectivizaciones forzosas (Pilkington, 2003).

Aunque tuviera momentos álgidos y momentos más relajados, esta guerra cultural no acabaría hasta que no terminase la propia Guerra Fría²³⁸.

El secreto mejor escondido de la Guerra Fría: reciprocidad y apatía

Desde el estallido de la Guerra Fría Thompson se dedicó a analizar el conflicto y qué obstáculos suponía este para el desarrollo de una política socialista democrática. A lo largo del presente capítulo hemos ido citando algunas de las opiniones del historiador. Es momento ahora de sistematizar las principales ideas fuerza que componen su análisis.

Lo primero que cabe poner sobre la mesa es que la interpretación sobre qué es la Guerra Fría es en sí misma problemática. En un ensayo publicado en 1974 Thompson señalará que los intelectuales occidentales habían tendido a centrarse en el actual reparto del mundo en “esferas de influencia”. Para nuestro historiador este enfoque estaba muy limitado, porque tendía a olvidar algo que las personas que habían *vivido* la guerra nunca olvidarían: que la guerra *se ganó*, pero que estuvo a punto de perderse varias veces. Y que para ganarla fue preciso, justamente, una alianza entre las fuerzas ahora separadas por el Telón de Acero. Thompson apunta que este sentimiento seguía presente a pesar de que “en el momento de ‘ganar’ la guerra muchos de los objetivos democráticos y socialistas de los vencedores populares [*popular victors*] fueran traicionados por sus propios líderes” (“The Soviet Union: Détente and Dissent” en Thompson, 1985b: 121-122). En suma, que las ascuas del Espíritu del 45 seguían encendidas en Europa. Todavía en sus escritos de los años 80 Thompson decía sentirse “en deuda” con el pueblo soviético y recordaba que el gran peso de la guerra fue soportado por la URSS (“fue el prodigioso sacrificio de la Unión Soviética lo que invirtió la tendencia de la guerra”) (Thompson, 1983: 202)²³⁹. En una palabra: que lo debía ser explicado en primer lugar era la ruptura de esas alianzas.

Según el historiador la Guerra Fría debería considerarse desde el punto de vista del historiador que estudia “acontecimientos estructurados en períodos largos (...) que continuamente defraudan o contradicen las expectativas de los propios actores históricos básicos”. Hay un punto irreductible de contingencia y aleatoriedad propio de todo proceso histórico que, aunque esté estructurado según una cierta lógica, no sigue la *necesidad* de las leyes que rigen el mundo natural. Se trata, en definitiva, de asumir la conocida noción

²³⁸ Un ejemplo tardío de ella lo encontramos precisamente en la carrera del cineasta Ken Loach, cuando se entró en la fase “recalentada”, también llamada “Segunda Guerra Fría”, con la llegada al poder de los primeros gobiernos neoliberales: “Durante los años ochenta, Ken Loach decidió tener un papel más activo en la oposición a las políticas de Margaret Thatcher y cambió la ficción por los documentales. En ellos mostraba la descomposición de la lucha sindical de los mineros y los trabajadores siderúrgicos. Todos fueron sistemáticamente censurados por la Independent Broadcasting Authority. Incluso la obra de teatro *Perdition* de Jim Allen (su colaborador durante 15 años en la tele británica y guionista de *Tierra y libertad*), que Loach estaba dirigiendo en aquel tiempo, fue retirada del cartel un día antes del estreno. Encontró cerradas todas las puertas. Solo pudo recuperar su carrera a partir de 1990, tras el éxito de *Agenda oculta*, que versaba sobre Irlanda del Norte y fue financiada con dinero estadounidense” (Ligero, 2019).

²³⁹ La propaganda occidental (y la victoria del capitalismo al final de esta larga contienda) jugó un papel crucial en borrar esta historia y representar el conflicto con la URSS como una pugna sempiterna. El Instituto Francés de Opinión Pública realizó un estudio con muestras en 1945, 1994, 2013, 2014 y 2015 en el que preguntaba “¿Quién considera usted que fue la nación que más contribuyó a la derrota de Alemania en 1945?”. La diferencia de respuestas según el año de la muestra es reveladora de un cambio significativo en la opinión pública: mientras que en 1945 un 57% de los franceses creían que había sido la URSS la nación que más contribuyó a la derrota de los nazis (frente a un 20% que otorgaban ese puesto a los EEUU), para el año 2015 solo un 23% otorgaba ese papel a los soviéticos frente a un 54% que se lo daba a los norteamericanos. Las cifras, sencillamente, se habían invertido (IFOP, 2015).

de las “consecuencias no deseadas” de la acción política²⁴⁰. De esta forma, aunque a un lector contemporáneo le pueda parecer extraño que un conflicto de casi 50 años sea catalogado como “políticamente excepcional”, esta será de hecho la idea de Thompson. Es decir, que la Guerra Fría podía considerarse como algo “anormal” para la historia de las fuerzas socialistas porque:

Fueron contingencias particulares acaecidas al final de la Segunda Guerra Mundial las que convirtieron los fluidos ríos de la cultura política en aguas congeladas e inmóviles, y las que recubrieron la cultura intelectual con una capa de hielo permanente (Thompson, 1983 [1981]: 209-210).

La gran tarea que se propuso Thompson en su vida fue, justamente, “descongelar” esa capa de hielo. El problema era que las dinámicas de la Guerra Fría sobrevivieron a las “contingencias particulares” que la vieron nacer, y las dinámicas bipolares se habían convertido en “hábitos” profundamente arraigados en el panorama político, reforzados por “intereses materiales muy poderosos en ambos bloques: el personal militar-industrial y de investigación de ambos bloques, los servicios de seguridad y de espionaje y los lacayos políticos de esos intereses”. La Guerra Fría se alimentaba a sí misma. Era, sin lugar a dudas, un nuevo *establishment* internacional, poco dispuesto a desaparecer y dejar paso a otras opciones (“What kind of Partnership?” en Thompson, 1985b [1984]: 161).

Una de las características más peculiares e irónicas de la Guerra Fría es que, en realidad, no existía un peligro *inminente* de guerra mundial. A pesar de la retórica apocalíptica alimentada por ambos contendientes, existía un delicado equilibrio de fuerzas entre las superpotencias que, de alguna manera, permitió que ambas se comprometieran a respetar las “zonas de influencia” del rival. Esto fue así, incluso en los momentos más “calientes” de la guerra –como la Guerra de Corea o la crisis de los misiles en Cuba– y duraría hasta mediados-finales de los 70 (Hobsbawm, 2015: 230)²⁴¹. Pues bien, una de las mayores originalidades del análisis de Thompson sobre la Guerra Fría fue la manera en la que analizó los precarios equilibrios que se generaban entre los dos contendientes y cómo analizó los efectos que tuvo sobre el socialismo eso que llamaría la *Sacred Cow* del Equilibrio²⁴². En esa competición Thompson encontraba, ante todo, una suerte de *reciprocidad*:

Hay importantes divergencias, no solo en cuanto a controles y formas políticas, sino también entre el expansionismo ininterrumpido de la burocracia y la avaricia del capital privado. Lo que pretendo es subrayar **el carácter recíproco e interactivo del proceso**. La propia naturaleza de este negocio de la Guerra Fría es lo que hace que deban existir dos adversarios: y cada movimiento de uno de ellos ha de ser imitado por el otro. Lo que hace que los efectos militares y de seguridad se autorreproduzcan es la dinámica interna de la Guerra Fría. Sus proyectiles impulsan el desarrollo de nuestros proyectiles, que a su vez impulsan el de los suyos. **Los halcones de la OTAN alimentan a los halcones del Pacto de Varsovia** (Thompson, 1983 [1981]: 218. Subrayado nuestro).

²⁴⁰ Para la discusión entre contingencia y necesidad en la noción thompsoniana de historia puede verse *Miseria de la teoría* (Thompson, 1978b) y la obra de algunos de sus seguidores (Meiksins Wood, 1995, Caps. 4 y 5).

²⁴¹ Cuestión hartamente distinta sería la nueva situación creada a partir de los años 80 con la “Segunda Guerra Fría” cuando, según varios analistas importantes, existió un riesgo real de que estallara la guerra atómica. Los señores de la guerra de ambos bandos defendían la carrera armamentística como una buena estrategia de disuasión cuando era de hecho una preparación para el evento bélico que se esperaba que ocurriese en algún momento (Domènech, 1983).

²⁴² “Frente al Sagrado Equilibrio sacrificamos nuestras libertades y quemamos, para el deleite de sus fosas nasales, un tributo cada vez mayor de nuestros impuestos” (“The Two Sides of Yalta” en Thompson, 1985b [1984]: 173).

Como hemos visto, la dinámica recíproca permitía instrumentalizar la “amenaza” del enemigo externo para imponer la disciplina en el propio terreno (“la estructura más profunda” de la Guerra Fría). Para Thompson, esto tenía una poderosa base motivacional en la naturaleza humana porque, nos dice, existe un mecanismo básico de socialización por el cual los humanos nos definimos siempre en relación a un “otro” que dejamos fuera de esa definición. Y cuando ese “otro” se considera como algo amenazador, entonces “nuestros propios vínculos internos se fortalecerán”. Es una dinámica que “no dejará de ser así porque no la consideremos satisfactoria. Esto sucede en cualquier asociación humana sólida: en la familia, en la iglesia o en el partido político, en la constitución de una clase social y en la consciencia de clase”. Es un mecanismo fuerte, porque además de establecer la identidad del grupo, establece parte de la identidad de los individuos que forman parte de dicho grupo. Asumir esa estructura psicológica, sin embargo, no supone aceptar un destino trágico sellado en los genes de la Humanidad, porque en el transcurso de los siglos, dice Thompson, hemos conseguido desarrollar “muchas e importantes influencias reguladoras o contrarias que inhiben la componente agresiva presente en el mecanismo de vinculación. Nos hemos ‘civilizado’ y a veces con éxito” (Thompson, 1983 [1981]: 219-220). La Guerra Fría, en este sentido, alimentaba las peores pasiones y “descivilizaba” el impulso identitario.

En sus artículos de finales de la década de los 50 el intelectual socialista trató de advertir sobre cómo se estaban imponiendo dos ortodoxias, cada una representativa de cada bloque, algo así como dos visiones del mundo que paradójicamente compartían precisamente un supuesto: ambas “deshumanizaban” a los individuos. Su análisis del estalinismo presenta éste como una ideología institucionalizada creada y mantenida por una “élite-dentro-de-la-burocracia” que habría degenerado los principios socialistas de la revolución de octubre. Una ideología que, siendo fuente de infinitos dogmas, vendría caracterizada por su nihilismo moral, su antintelectualismo y su negación de las capacidades creativas del hombre en la historia (“filisteísmo”). Thompson denuncia la comprensión mutilada del ser humano por parte del estalinismo que reduce su actividad intelectual a

operaciones mecánicas de un modelo semiautomático. Los procesos conscientes del conflicto individual eran vistos no como agentes en la creación de la historia, sino como una irritante penumbra de ilusiones o reflexiones imperfectas, perdiéndose detrás de las fuerzas económicas. (...) las ideas ya no son vistas como el medio por el cual los hombres aprehenden el mundo, razonan, argumentan, debaten y eligen; éstas son como demonios, como los aromas cautivantes que se desprenden de la cocina imperialista y proletaria (Thompson, 2016 [1957]: 151-152).

Por otro lado, una suerte de ortodoxia capitalista se imponía en el bloque occidental, donde el capitalismo “ve el trabajo humano como una mercancía y la satisfacción de necesidades como la producción y distribución de mercancías”. Esta ortodoxia confluía con el estalinismo en su idea de reducir al ser humano a cosa, mercancía o apéndice de una máquina (Thompson, 2016 [1958]: 219).

Finalmente, su análisis nos permite comprender que la normalización de la Guerra Fría solo fue posible sobre la desmovilización de los movimientos populares antifascistas del período anterior. Esto tenía una traducción en los fenómenos de desencanto y despolitización de la época que en el círculo de sus colaboradores sería conocido como “la Gran Apatía”²⁴³:

²⁴³ Un testimonio literario de inapreciable valor para el tema del fenómeno apático en el seno de la clase obrera inglesa puede leerse en la clásica novela del *angry writer* Allan Sillitoe, *Sábado por la noche* y

Este ha sido un fenómeno común a todas las naciones altamente industrializadas, que no respeta diferencias de ideología ni de estructura social. Puede ser atribuido, en parte, a causas económicas y sociales que han operado tanto en el Este como en el Occidente, tales como la búsqueda de la normalidad y de la seguridad en las condiciones posteriores a la segunda guerra, o la riqueza económica creciente (en unos pocos países industriales favorecidos), riqueza que ha coincidido con las grandes inmoralidades internacionales de la política de la Guerra Fría y de la represión colonial. Pero, por encima de todo, puede ser atribuido a la existencia misma de dicha guerra y a sus consecuencias militares, políticas, económicas e ideológicas (Thompson, 2016 [1959]: 273-274).

La Gran Apatía era el canto del cisne del Espíritu del 45. Significaba el final de ese ciclo democrático:

Gran Bretaña está *demasiado* madura para el socialismo. Digo *demasiado* madura, y no madura [*over-ripe, not ripe*]. “Madura” podría sugerir únicamente que las precondiciones objetivas para formas de organización social y propiedad socialistas habían madurado, y que podríamos llevar a cabo una transición al socialismo siempre que la opinión pública estuviera de acuerdo. Pero al decir “demasiado madura” queremos decir algo más, esto es, que hemos pasado ya el punto de madurez y que ha comenzado el proceso de decadencia. La apatía es la forma que toma este proceso de decadencia en nuestra vida pública (Thompson, 1960a).

Para Thompson la Gran Apatía tenía efectos perversos sobre la vida política de la sociedad²⁴⁴. Para mucha gente no era sino una expresión de impotencia, que articulaba desilusiones políticas o “posturas anarquistas del individuo aislado”. Y se encontraba en todos los niveles de la sociedad: desde la “náusea antipolítica” (el lenguaje de las dos ortodoxias que circunscribe y limita al extremo el ámbito de lo políticamente disputable) hasta la resistencia obstinada a las campañas electorales (Thompson, 2016 [1959]: 279). Esta apatía generalizada permitía a las élites de ambos bloques excluir de la vida pública a una gran parte de la población, reforzando así la impresión de que su poder era inapelable:

Lo peculiar de la década apática es que la gente ha buscado cada vez más soluciones privadas a los males públicos. Las ambiciones privadas han desplazado las aspiraciones sociales. Y las personas han llegado a sentir que sus agravios son personales y, de manera similar, los agravios de otras personas se consideran asunto exclusivo de esas otras personas. Y si se llegase a establecer una conexión entre los dos tipos de agravio, las personas tienden a sentir (en mitad de la apatía predominante) que son impotentes para efectuar cualquier cambio. Aquí se nos lleva a la segunda explicación más común de la apatía. Es una expresión de la impotencia del individuo frente a las instituciones contemporáneas: el hombre pequeño en la vasta empresa corporativa, el ciudadano aislado confrontado con el Estado, el sindicalista individual frente a la “máquina” del gran sindicato (Thompson, 1960a)²⁴⁵.

domingo por la mañana, Madrid: Impedimenta, 2011 [1958], adaptada con éxito al cine por Karel Reisz en 1960. Perry Anderson describía así los terribles años 50: “adoración reverencial de Westminster, culto omnipresente a la moderación constitucional y al sentido común, exaltación ritual de la tradición y el precedente (...) el grueso de la clase obrera se mostraba pasivo e integrado en el ‘consenso’ nacional. El Reino Unido aparecía como un bastión estable del Mundo Libre” (Anderson, 1985: 163).

²⁴⁴ Aunque Thompson estaba lejos de perder las esperanzas. La apatía no era sinónimo de conformismo pleno. Es más, la apatía “es frecuentemente una negativa irónica y activa, opuesta a la celebración de la opulencia” (Thompson, 2016 [1960]: 414).

²⁴⁵ Para Miliband el fenómeno podría describirse como una “nueva alienación” que “alimenta un sentido de impotencia, un sentimiento paralizante de que los problemas son demasiado grandes, demasiado complejos, demasiado terribles para la participación significativa en las políticas. Conduce a la vida privada. La mayoría de la gente quiere paz; pero en el incesante estruendo del conflicto, anhelan la paz y la tranquilidad. Cuanto mayor es el peligro, mayor es la tentación de buscar refugio en la privacidad de una intolerable carga de elección. La jardinería se convierte así en un pasatiempo cada vez más popular” (Miliband, 1958a: 50). Para algunos autores esto tenía una lectura positiva, para el historiador Mark Mazower esto eran las “virtudes silenciosas de la democracia” revalorizadas después de décadas de intensa polarización ideológica (Mazower, 1998: xi).

La apatía era fomentada por el conglomerado de intereses (partidos, sindicatos, grandes medios de comunicación, etc.) que “manufacturaban” el consenso social. En la época apática no era necesario censurar opiniones en los países capitalistas, el sistema estaba diseñado para que las voces del disenso no tuvieran cabida. Hasta tal punto se estrechó la pluralidad política en los medios oficiales que solo cabía hablar de una “tautocracia”: el gobierno de los que ya piensan igual en los temas importantes ("The Segregation of Dissent", 1961, en Thompson, 1980).

Conclusión

El conflicto civilizatorio de la Guerra Fría llegó a imponerse con tal severidad que durante cuatro décadas casi toda la vida política e intelectual quedó constreñida a sus términos. Europa fue artificialmente dividida en dos, rompiéndose las alianzas que habían derrotado al fascismo pocos años atrás. La vida social europea se polarizó y se tensó hasta el límite, generando un juego de lealtades y obediencias que permitió a las élites en el poder perseguir implacablemente a cualquier voz disidente del nuevo orden bajo la excusa de garantizar la seguridad del propio bando. Paradójicamente, este enfrentamiento creó una suerte de reciprocidad en la interacción de ambos bloques por la cual las actividades de un bando alimentaban las del otro, constituyéndose así una dinámica de retroalimentación sustentada sobre un *establishment* de intereses materiales y sobre una retórica que interpelaba eficazmente a algunos mecanismos identitarios básicos de la psique humana. Una de las características comunes entre los bandos mortalmente enfrentados fue el efecto “deshumanizador” que tenían, al generar dos ortodoxias que no dejaban espacio para una concepción del ser humano como agente creativo y libre. Esa deshumanización era causa y consecuencia al mismo tiempo de la desmovilización exitosa de los movimientos populares que habían derrotado al fascismo (del Espíritu del 45 según lo hemos denominado aquí). La desmovilización tomó la forma de una despolitización generalizada, una suerte de clima político e intelectual de apatía en el que el individuo común era presionado para no participar en la vida pública ya fuera a través de la individualización de los problemas sociales, ya fuera a través del sentimiento de impotencia.

Thompson analizó este nuevo orden de cosas. Pero no lo hizo desde la soledad de su despacho. Desde 1944 se sintió llamado a participar en el movimiento por la paz que pusiera fin a la locura de la Guerra Fría. Al combatir la Gran Apatía, el intelectual británico buscó revitalizar una esfera pública de ciudadanos virtuosos y comprometidos con el bien común, lo cual, como ha señalado Geoffrey Foote, situaba su activismo de estos años en plena sintonía con la filosofía política republicana (Foote, 2005: 27, véase especialmente el epígrafe 3.3. de esta tesis). Desde sus primeros pasos en el pacifismo hasta sus grandes intervenciones como portavoz de un movimiento mundial en los años 80, insistiría siempre en la idea de que el movimiento por la paz tenía que ser capaz de trascender las categorías impuestas por la Guerra Fría. Tenía que pedir no simplemente el desarme de las grandes potencias y el fin de la escalada armamentística, sino terminar de una vez por todas con el corazón del problema del que esa carrera armamentística no era sino una consecuencia:

Si nuestro movimiento va a realizar la paz, y no solo ofrecer una resistencia de retaguardia al incremento de las armas de guerra, entonces debe dirigirse a las condiciones políticas e ideológicas dentro de las cuales la siguiente guerra mundial está madurando (...) debe preocuparse no solo con el desarme material sino también con el desarme político e ideológico (...) no hay perspectiva de

paz hasta que superemos la división de Europa ("The Liberation of Perugia" en Thompson, 1985b: 195).

Thompson creyó que una fuerte ola democratizadora podría poner fin a las absurdidades de la guerra. Su estrategia consistió en tratar de probar que si el bloque de países no-alineados se hacía fuerte, conseguiría “descongelar” el escenario político y potenciar las transformaciones democráticas en ambos lados del Telón, lo cual pondría fin a la guerra²⁴⁶.

2. 5. UNA NUEVA MIRADA SOBRE EL PACTO SOCIAL DE POSGUERRA EN LA EUROPA OCCIDENTAL

El Pacto Social de posguerra (o Pacto Capital-Trabajo) es el nombre que se le suele dar al “acuerdo” al que llegaron las fuerzas sociales tradicionalmente antagónicas de los países de la Europa Occidental –a veces también se incluye a EEUU y Canadá– al terminar la Segunda Guerra Mundial. Se trata, en realidad, de un conjunto de acuerdos tomados a nivel estatal, aunque dentro de un determinado marco internacional. Dada la diferente situación de cada país al terminar la guerra, las idiosincrasias nacionales (o plurinacionales) y las distintas correlaciones de fuerzas entre los grupos antagónicos mencionados, no debería sorprender que los “acuerdos” sean sumamente variados. Se ha llegado incluso a discutir si existe “el” Pacto Social, porque no podrá encontrarse una sola reunión donde se juntasen todos los supuestos agentes sociales involucrados, ni un solo documento primario que recoja todas las dimensiones del acuerdo. Sin embargo, aquí defenderemos la tesis de que sí que cabe hablar de Pacto, porque no solo se generalizaron una serie de patrones institucionales entre los distintos países europeos, sino que además *se buscó intencionadamente* que así fuera como una de las partes fundamentales del Plan Global que ya explicamos (véase el apartado 2.4.1.) pero también como resultado del carácter *internacional* del movimiento obrero y otros movimientos populares (véase epígrafe 2.3.). Esto no excusa para lidiar con las particularidades de cada país (de la misma manera que lidiamos con estas para tratar el Espíritu del 45) pero justifica un tratamiento de las líneas generales del Pacto, que es de lo que nos ocuparemos ahora. Entenderemos aquí el Pacto como el resultado de un proceso histórico, *un punto de llegada*, de un enfrentamiento político y social que parte desde la posguerra y culmina pocos años más tarde.

Es cierto, no obstante, que cabe hacer varias precisiones para no llevar a equívocos. En primer lugar, la propia noción de un “pacto” o “consenso” de posguerra es retrospectiva, y, al menos en el Reino Unido, su uso se generalizó después de que se volviera un lugar común considerar que el *thatcherismo* lo había dado por terminado (Kavanagh, 1995: 190). Por otro lado, el Pacto no se puede entender de una forma

²⁴⁶ Una idea que fue magistralmente representada en el relato “Expedición primera, o la trampa de Garganciano” del escritor polaco Stanislaw Lem (*Ciberiada*, 1988), donde unos genios casi omnipotentes engañan a los gobiernos de dos reinos tremendamente militaristas (referencia evidente a ambos bloques de la Guerra Fría) ofreciéndoles una tecnología militar innovadora capaz de unificar las voluntades de los soldados como si fueran un solo cuerpo y potenciar así su potencia bélica. Cuando la tecnología se pone en marcha supone una igualación de los humanos, esto es, las jerarquías y los altos cargos se vuelven innecesarios, pues los soldados se autoorganizan y se ajustan solos a sus objetivos. Confrontados en tanto que *iguales*, los soldados perciben sus intereses comunes, y en vez de combatir, acaban elucubrando filosóficamente, disfrutando la naturaleza y produciendo arte. Lem nos lanza una pregunta muy thompsoniana: sin despotismos políticos (monarcas) ni sociales (clases), ¿existirían las guerras?

puramente “contractualista” en el sentido de que todos los agentes afectados fueran perfectamente conscientes de los términos. Por parte de la población, que no se manejaba en los términos macroeconómicos que marcarán sus líneas esenciales (véase *infra*), ese pacto consistía más bien en una serie de nociones más generales de “justicia” percibida (Todd, 2018), razón por la cual algunos especialistas han propuesto comprender el Pacto desde la categoría de “economía moral” (Mau, 2003; Tomlinson, 2011)²⁴⁷. Tampoco debería entenderse como una suerte de “consenso”, término que se suele emplear retóricamente con el objetivo de resaltar la moderación como objetivo deseable y que tiende a ocultar el delicado equilibrio que mantuvo a flote el Pacto durante las décadas en que existió (véase la discusión en Kavanagh, 1995: 176).

2.5.1. Desmercantilizar y desmundializar. El capitalismo reformado de posguerra

El nuevo orden mundial, diseñado básicamente por los EEUU, consiguió una estabilidad económica que duraría décadas y que dependía de que estuvieran particularmente regulados los tres mercados de lo que Karl Polanyi había denominado como “mercancías extrañas” porque no se producen para ser vendidas: los bienes raíces, el trabajo y el dinero (Polanyi, 2011). Siguiendo esta idea polanyiana, el filósofo catalán Antoni Domènech ha propuesto comprender la reforma mundial del capitalismo de posguerra (de la cual el Pacto Social es tan solo una parte) bajo las siguientes características (A. Domènech, 2015b):

- i) Desmundialización del capitalismo de la *belle époque*. Se llevó a cabo mediante los acuerdos de Bretton Woods y el Plan Global de reciclaje de excedentes (véase el epígrafe 2.2.).
- ii) Pacto Social. Entendido sobre todo como una “desmercantilización parcial de la fuerza de trabajo” a través la integración subordinada de los partidos y sindicatos obreros de masas (véase 2.5.2.); y como una “desmercantilización parcial del ámbito de la reproducción de la fuerza de trabajo” a través de la construcción del Estado Social o del *Welfare State* (véase *infra* 2.5.3.).
- iii) “Keynesianismo bastardo” (neokeynesianismo). Se programaron políticas económicas contracíclicas para estabilizar el ciclo capitalista mediante estímulos a la demanda efectiva agregada (vinculando las subidas salariales con los crecimientos de la productividad, mediante políticas fiscales y monetarias, políticas de inversión pública, nacionalizaciones, etc.). Estas medidas consiguieron estabilizar la demanda efectiva, así como unas altas tasas de crecimiento sostenidas. Sin duda, las grandes reformas trajeron una época de estabilidad macroeconómica desconocida hasta la fecha. La reforma mejoró indudablemente la calidad de vida para millones de personas a la vez que (y posibilitado por) se daba un crecimiento sostenido durante dos décadas, por lo que al período en el que se extendió esa reforma del capitalismo se la ha conocido como la “Edad Dorada del Capitalismo” (Marglin y Schor, 1990). La tasa media de crecimiento del PIB en los 20 países fundadores de la OCDE fue del 4% en la década de los 50 y del 5% en la de los 60, y bajó al 3% en los 70 y al 2% en los 80 (Marglin, 1990: 1). Sin embargo, este elemento de la

²⁴⁷ Sobre el concepto thompsoniano de “economía moral de la multitud” véase el Capítulo 5 (puede consultarse también la discusión y usos del concepto en Martínez-Cava y Martínez, 2020).

reforma del capitalismo tenía un límite macroeconómico porque “esos estímulos públicos que se revelaron muy eficaces para salir de las recesiones y responder adecuadamente a la oferta excesiva, añadían necesariamente capacidad productiva extra a la vida económica” y eso significaba que en el siguiente ciclo el hiato entre demanda efectiva agregada y la sobrecapacidad productiva sería mayor, por lo que los estímulos tendrían que ser mayores de nuevo (A. Domènech, 2015a).

- iv) “Eutanasia del rentista”. Se implementó una suerte de “desmercantilización parcial de los mercados financieros e inmobiliarios” o, si se prefiere, una limitación a la acumulación en estos, que atacaba a los bloques de rentistas de distinto cuño. La herramienta básica fueron políticas fiscales muy agresivas contra los ingresos “no ganados” con tipos impositivos marginales de hasta el 90% o más²⁴⁸.

Que los cuatro elementos están relacionados (hasta el punto de que unos fueron condición de posibilidad de otros) es de una evidencia palmaria. Sin embargo, es necesario diferenciarlos para no confundirlos y poder analizarlos con detalle (entre otros motivos porque tras la ruptura de los acuerdos en la década de los 70 algunos elementos sobrevivieron, otros no, pero toda la configuración general se transformó). En este epígrafe abordaremos exclusivamente el Pacto Social, el segundo elemento de esa gran reforma del capitalismo.

Pues bien, ¿en qué consistían esas *líneas generales* del gran “acuerdo” de posguerra entre capital y trabajo? En primer lugar, cabe destacar que se trató de un acuerdo por el cual las partes se comprometían a determinadas renunciaciones a cambio de generar un sistema estable y de beneficios mutuos (en este sentido, no se trató de buscar un juego de suma cero de intereses sino un juego de suma positiva)²⁴⁹. El contenido del pacto fue lúcidamente resumido por el constitucionalista Gerardo Pisarello:

Las fuerzas capitalistas aceptaban distribuir parte de los excedentes obtenidos mediante políticas fiscales razonables y bajo la forma de derechos y políticas sociales. A cambio de ello, las fuerzas del trabajo mayoritarias renunciaban a la superación de la lógica capitalista y aceptaban la intangibilidad, más allá de ciertos límites, de la propiedad privada de los grandes recursos productivos y de intercambio. (...) [esto] obligaba a dejar de lado el proyecto republicano democrático de parlamentarización, no solo de la vida política, sino también de la económica, por intermedio de los consejos de fábrica, de la estatización de los grandes medios de producción o del desarrollo de un potente sector de empresas cooperativas o autogestionadas (Pisarello, 2012: 135).

En esto, Pisarello seguía la lectura del Pacto ofrecida por Domènech, que también puso el acento en ese *quid pro*:

El consenso fordista, con el que se reconstruyó el capitalismo en EEUU y, sobre todo, en Europa occidental a partir de 1946, significó, en una palabra, cambiar libertad republicana y democracia en

²⁴⁸ “Se afianzó la legislación rooseveltiana hostil a Wall Street y al rentismo del sector financiero y del sector de bienes raíces. Cuando Eisenhower abandonó el poder en 1959 con su alarmado –y alarmante– discurso sobre los peligros que para la República entrañaba el ascendente ‘complejo militar-industrial’ nacido de la Guerra Fría, por ejemplo, las rentas (no los beneficios) de capital tributaban a un tipo marginal del 93% a partir de los 200 mil dólares (constantes) anuales (...). Se mantuvo la ley rooseveltiana que separaba estrictamente banca comercial y banca de inversión, la famosa Glass-Steagall Act (abolida por Clinton en 1996) y se reforzó la regulación pública del conjunto del sector financiero” (Domènech, 2015b: 117).

²⁴⁹ Para la diferencia entre un compromiso “negativo” de clase y un compromiso “positivo”, puede consultarse *Understanding Class* de E. O. Wright (2016).

la vida económica productiva por aumento continuado de "bienestar" material y capacidad de consumo (publicitariamente manipulado): este es el significado filosóficamente más profundo de lo que en el continente europeo se llamó "Estado social", o en Gran Bretaña, "Estado de bienestar". Ese es el núcleo políticamente duro del capitalismo reformado (A. Domènech, 2006).

A lo largo y ancho de la Europa occidental un mismo patrón se repite: acuerdos entre las fuerzas del capital y las fuerzas del trabajo que tratan de salir del juego de suma cero que había caracterizado tradicionalmente su relación, para reconstruir una Europa estable donde ambas partes pudieran salir beneficiadas a cambio de ciertas concesiones.

2.5.2. Las líneas maestras del Pacto (I). La integración de las fuerzas del trabajo

Uno de los mayores logros para las fuerzas del trabajo fue el reconocimiento constitucional (incluso en la Declaración de Derechos Humanos de 1948) del derecho laboral democrático. Esto suponía una profunda transformación de las formas de Estado que se habían conocido hasta la fecha²⁵⁰ y una suerte de “desmercantilización” de la fuerza de trabajo en la medida en que su “comercialización” bajo las nuevas condiciones impedía tratar al trabajador como a una “mercancía más”. Pero el precio que tuvieron que pagar por ello las organizaciones obreras no fue menor.

El sindicalismo europeo aceptó renunciar a las pretensiones de controlar la producción a cambio de tener garantizados derechos civiles básicos dentro de la empresa (expresión, asociación, reunión, huelga) y de tener garantizadas capacidades jurídicas para la negociación colectiva con el objetivo de conseguir que los crecimientos en los salarios fuesen ligados a los crecimientos en la productividad. Esto no dejaba de tener un punto de arbitrario, porque muchas veces las subidas de la productividad no dependían del esfuerzo sino de factores externos al trabajador (Tomlinson, 2011). En cualquier caso, la dirección del proceso económico se dejó, en gran medida, en manos de los empleadores (Marglin, 1990: 5). Al mismo tiempo, las direcciones sindicales se comprometieron a garantizar la paz social, esto es, a evitar la lucha de clases. En palabras del iuslaboralista Falguera Baró, esto no implicaba la desaparición del conflicto, sino su institucionalización bajo cierta lógica:

La cuestión era otra: la superación de lo que podríamos denominar como cultura del conflicto prekeynesiana, es decir, la glorificación del mismo para acabar, en definitiva, con la clase contraria. Esa lógica es superada en el taylor-fordismo, en la medida en que el conflicto es aceptado como algo inherente al sistema –se constitucionaliza– y se establecen los sistemas compositivos para evitarlo (Falguera Baró, 2002).

Uno de los principales cambios respecto a los años de entreguerras es que los sindicatos y las fuerzas obreras dejaron que el nuevo Estado de Bienestar se encargara de los problemas de pobreza o sanidad que hasta entonces habían gestionado ellos mismos (junto a otro tipo de asociaciones de mutualidad, socorro mutuo, beneficencia, etc.). Los principales sindicatos europeos, además, se sectorializaron/profesionalizaron, de tal manera que “dejaron de preocuparse” prácticamente de los estados de otros sindicatos y

²⁵⁰ Por una razón sencilla que ha explicado sucintamente Pablo López: “es imposible dar al derecho laboral una genealogía liberal. El derecho laboral es una rama del derecho que asume que la idea de un intercambio libre entre el empleador y el trabajador es una ficción, que en esas interacciones no hay libertad sino desigualdad material y que es necesario establecer garantías, bajo la forma de negociaciones colectivas, protección de las libertades sindicales, limitación de la jornada de trabajo, salarios mínimos, seguridad laboral, etc., que regulen una relación de poder asimétrica entre dos agentes sociales enfrentados” (López Álvarez, 2014: 14).

de la situación de la clase obrera en general, generando tensiones y enfrentamientos internos en esta (Eley, 2003: 399)²⁵¹. Al mismo tiempo, el nuevo modelo de conflicto institucionalizado (lo que vino en llamarse “neocorporativismo”) exigía una cierta centralización burocratizada de los sindicatos. De esta forma las principales centrales sindicales europeas trataron, hasta cierto punto, de homogeneizar políticamente a sus bases:

El sindicalismo privado, autónomo y autorregulado se está quedando tan obsoleto como el capitalismo privado mismo. El capitalismo contemporáneo no se puede permitir un sindicalismo privado (...) lo que implica esto es la institucionalización del movimiento sindical como un componente permanentemente subsidiario de la economía capitalista, incapaz de afectar su funcionamiento si exceptuamos cierto margen de acción en unos límites estrechos (...) esperar que los sindicatos no sean burocráticos en este tipo de sistema económico es ser un ingenuo (Miliband, 1958: 42).

Miliband analizó el fenómeno para el caso británico:

Esto llevó a una confluencia atroz de la Federación de las Industrias Británicas, el Congreso de las Tradeunions o Sindicatos, y el Gobierno, para formar una superdirigencia que ha revestido sus propios procesos con un aire de santidad oficial de manera que los inconformes o los grupos minoritarios (los huelguistas ilegales, las organizaciones proscritas, etcétera) sean presentados como ofensivos en contra de la Decencia, la Ley y el Orden (Miliband, 1964: 274-275).

Las valoraciones sobre este fenómeno han sido, son y serán dispares. El sociólogo Esping-Andersen, por ejemplo, ha señalado que esta integración suponía un mayor protagonismo sindical que tuvo efectos positivos en las identidades colectivas de clase:

El sistema político característico de Europa en las décadas de la posguerra no estaba basado tanto en el pluralismo como en los amplios sistemas de representación de los intereses de clase dentro de la concertación y de la intermediación neocorporativista. Esto ayudó a consolidar y a reproducir las propias clases como los principales actores de la acción colectiva (Esping-Andersen, 1999: 225)²⁵².

Una opinión más pesimista la encontramos en el historiador Wolfgang Abendroth, para el cual la integración subordinada por parte de los sindicatos en el capitalismo reformado implicaba el perverso efecto ideológico de normalizar y aceptar la teoría social cristiana de la conciliación de clases:

Han trabajado con éxito por el aumento de salarios, la reducción de la jornada laboral y mejoras sociales de todo tipo; pero se han adaptado prácticamente a la estabilización del viejo orden social y han aceptado el papel que les atribuye la doctrina social cristiana y más tarde los teóricos del SPD: el de no ser enemigo de clase, sino “parte contratante social” del capital (Abendroth, 1968: 159).

²⁵¹ Según el sociólogo marxista Erik Olin Wright los sindicatos pueden ser un mecanismo de exclusión de determinados derechos o puestos laborales en la medida en que estar sindicado da acceso a esos derechos y no estarlo lo impide. Esto no significa que los sindicatos aumenten la desigualdad, de hecho, pueden estar disminuyendo otros patrones de desigualdad (Wright, 2010). Si bien sería necesario remarcar –y no creemos que Wright hubiera estado en desacuerdo– que la principal responsabilidad en que exista esa exclusión de derechos no es del sindicalismo: es el mercado capitalista de trabajo el que genera estructuralmente esas desigualdades. Harina de otro costal es qué intervención política se realiza sobre esas desigualdades, y aquí es donde el argumento de Wright puede cobrar peso. Para un sindicalismo de diferente cuño al señalado por Eley puede consultarse el caso de la LO sueca, véase el subapartado “Suecia” en 2.3.2, *supra*.

²⁵² Es importante anotar, sin embargo, que Esping-Andersen matiza esta afirmación al contraponer el modelo de Estado de Bienestar escandinavo con el construido en el resto de los países europeos occidentales. Estos últimos habrían dividido a los asalariados, al desarrollar políticas de seguridad social diferenciadas según los grados de contribución (por tanto afianzando diferencias entre sectores profesionales) y construidas sobre la figura del *bread-winner* (por tanto marginando a la mujer en el mercado laboral) (Esping-Andersen, 1999: 225).

El jurista Franz Neumann, en una conferencia ante abogados laboristas en 1951, explicitó también sus preocupaciones sobre el asunto, defendiendo que los sindicatos no solo deben tener independencia política (del Estado, de los partidos y de cualquier otro grupo de presión), sino que deben tener funciones políticas democratizadoras, una tarea “mucho más ambiciosa que la mera defensa de las condiciones laborales y salariales”, porque los sindicatos “deben estar a la altura de las responsabilidades de la democracia: de las ideas de libertades civiles, de la soberanía parlamentaria y de un poder judicial y un sistema de administración democráticos” (Neumann, 1996 [1951]: 241). Por todo ello, sostenía premonitoriamente el jurista:

La democracia no puede funcionar sin asociaciones privadas y libres, y un conjunto flexible de organizaciones autónomas. Vivimos en un período de burocratización creciente. Las organizaciones sociales autónomas son la clave para corregir esta alarmante tendencia, que puede llevarnos a la parálisis social, a la muerte de la iniciativa, y desde ahí llevarnos más fácilmente a un nuevo autoritarismo (Neumann, 1996 [1951]: 240)²⁵³.

Lo que en cualquier caso parece claro es que la participación sindical mejoró las tasas de afiliación y el rol de los sindicatos en la vida económica, y esto tuvo un impacto sustancial en la distribución de la renta. Según varios indicadores económicos, esta gran actividad sindical estaba fuertemente correlacionada con los aumentos de los ingresos reales medios. Prueba de ello es que cuando cayeron masivamente las tasas de afiliación sindical al romperse el Pacto en los años 70 caerían también de forma masiva los ingresos (Fairchild, 2013; Helm, 2018).

No hay Pacto sin Guerra Fría...

Algunas de las líneas generales del Pacto fueron ya adelantadas por la famosa Declaración de Filadelfia que firmaron 41 Estados miembros de la Organización Internacional del Trabajo en 1944, antes de acabarse la guerra. La Declaración, aprobada el 10 de mayo de ese año –es decir, tan solo dos meses antes de los acuerdos de Bretton Woods– señalaba los cuatro principios básicos a los que se comprometía la OIT:

- a) El trabajo no es una mercancía.
- b) La libertad de expresión y de asociación es esencial para el progreso constante.
- c) La pobreza, en cualquier lugar, constituye un peligro para la prosperidad de todos.
- d) La lucha contra la necesidad debe proseguirse con incesante energía dentro de cada nación y mediante un esfuerzo internacional continuo y concertado, en el cual los representantes de los trabajadores y de los empleadores, colaborando en un pie de igualdad con los representantes de los gobiernos, participen en discusiones libres y en decisiones de carácter democrático, a fin de promover el bienestar común (OIT, 1944).

La Declaración también se comprometía a fomentar el pleno empleo, la mejora de la calidad de vida, el salario mínimo, una “justa distribución de los frutos del progreso”, la negociación colectiva (acompañada de una colaboración entre trabajadores y empleadores en vistas a mejorar la eficiencia), ingresos básicos para quien lo necesitase, asistencia médica completa o garantizar la igualdad de oportunidades educativas y culturales.

²⁵³ Agradezco a Edgar Manjarín esta referencia. En el mismo año, el ya citado líder sindical sueco Gösta Rehn defendía: “Un movimiento sindical independiente del Estado tiene una función esencial en la sociedad, aun cuando esta tienda cada vez más hacia el socialismo, porque incluso entonces debería haber entidades capaces de defender intereses diferentes en el marco de la democracia para que la sociedad entera no se viese invadida por una burocracia centralizada” (Rehn, 1989 [1951]: 220).

La Declaración de Filadelfia nos permite comprender cómo en los últimos años de la guerra se estaba gestando no solamente el nuevo conflicto que acabaría por tomar la forma de la Guerra Fría (véase 2.4.2.), sino también el nuevo acuerdo social con el que se pensaba reconstruir el bloque occidental. Y aquí arribamos a una conclusión bien interesante. *Una cosa no puede comprenderse sin la otra*. El Pacto Social de posguerra de la Europa Occidental fue tanto el resultado de la presión de los movimientos populares (particularmente el movimiento obrero a través de partidos y sindicatos, pero no solo) y el cambio de las expectativas populares (poco dispuestas a volver a los sufridos años 30) como el resultado de un complejo diseño pensado desde las altas instancias de la sociedad para conseguir una era de estabilidad y crecimiento sostenido que, a su vez, compitiera (y a la sazón, pudiera acabar destruyendo) con la Unión Soviética. Según Josep Fontana las clases dominantes aceptaron las grandes decisiones reformistas en gran parte por el miedo a que se extendiera un gran movimiento que iba directo al corazón de su fuente de poder e ingresos. Mientras existió el comunismo como un modelo alternativo, el bloque occidental *tenía que* competir con este en términos de bienestar e igualdad (Fontana, 2011: 20). De tal manera que “toda la historia del mundo entre 1917 y finales de los años 70 estuvo marcada por el miedo al comunismo” (Fontana, 2015)²⁵⁴.

Un argumento en favor de esta mirada holista la proporciona la interrelación que existió entre las diferentes economías de las principales potencias, una interrelación que fue *pilotada* en determinadas direcciones y no en otras. Mientras que los EEUU tenían que pagar los costes de ser el país líder en tecnología con un mercado laboral muy industrializado y sindicado, que pudo sostener subidas salariales ligadas a los crecimientos de la productividad, el *take off* de Japón y Alemania se benefició de mano de obra barata, de la integración subordinada del sindicalismo de posguerra y de la posibilidad de implementar nuevas tecnologías a bajo coste (asumiendo ese nuevo papel que fijaba su rol en potenciar la economía doméstica para fortalecer las exportaciones sin disputar a los EEUU la hegemonía en los flujos financieros internacionales). En este sentido, fue el patrón de crecimiento lento de los EEUU lo que permitió el patrón de crecimiento exorbitado de la región europea y japonesa (Brenner, 2006: 43-47).

... y la Guerra Fría fue la derrota del movimiento obrero de posguerra

Pues bien, si como hemos venido explicando hasta aquí, la Guerra Fría fue la respuesta política que las potencias capitalistas vencedoras de la Segunda Guerra Mundial dieron a las expectativas de transformación estructural surgidas de la guerra, podemos ver ahora cómo para establecer el Pacto se tuvieron que sofocar los diferentes conflictos sindicales y sociales que surgieron en la posguerra. Esto permite comprender el Pacto como el *punto de llegada* y no de partida de la posguerra.

En todo el período de reconstrucción europea (1945-1951) hubo una serie de derrotas históricas de los movimientos obreros de los países (vencedores y vencidos) que permitió a EEUU desplegar su estrategia deflacionaria para mantener su hegemonía económica

²⁵⁴ El autor del famoso Telegrama Largo que ya hemos analizado, George Kennan, reconoció este hecho con claridad meridiana: “Mucho depende de la salud y el vigor de nuestra propia sociedad. El comunismo mundial es como un parásito maligno que se alimenta solo de tejido enfermo. Este es **el punto en el que las políticas nacionales y extranjeras se encuentran**. Cada medida valiente e incisiva para resolver los problemas internos de nuestra propia sociedad, para mejorar la autoconfianza, la disciplina, la moral y el espíritu comunitario de nuestro propio pueblo, es una victoria diplomática sobre Moscú que vale mil notas diplomáticas y comunicados conjuntos. Si no podemos abandonar el fatalismo y la indiferencia frente a las deficiencias de nuestra propia sociedad, Moscú se beneficiará: Moscú no puede evitar beneficiarse de ellos en su política exterior” (Kennan, 1946, subrayado nuestro).

mundial (Apple, 1980: 25). El único país que consiguió no solo no perder afiliación sindical sino incluso incrementarla hasta mediados de los años 70 fue Suecia y su modelo de Pacto Social fue a todas luces diferente del modelo *beveridgiano* que se siguió en el resto de los países de la Europa occidental (véase el caso sueco en el apartado 2.3.2.). Una consecuencia importante de estas derrotas históricas del período de reconstrucción fue la caída en votos de los partidos obreros comparado con las primeras elecciones de posguerra. Nixon Apple aporta una idea interesante: que realmente el pleno empleo no consiguió alcanzarse hasta el período 1955-1965, tras la derrota de esas movilizaciones obreras del período de reconstrucción. Esto responde a una razón: que el tipo de pleno empleo que se buscó seguía los esquemas de Beveridge, y era un modelo que dependía mucho de las exportaciones y las estrategias deflacionarias. Por tanto, concluye Apple, la desmovilización del movimiento obrero fue una precondition para el desarrollo de una versión del capitalismo de pleno empleo y es por ello el factor crucial que explica que el capitalismo de pleno empleo generalizado durase tan poco y que los partidos socialdemócratas, como ya hemos señalado, se desradicalizasen (Apple, 1980: 26, 35; Apple y Higgins, 1983: 609).

La estrategia de las élites estadounidenses solo pudo triunfar porque supo conectar con una parte del sentido común de su época. Los poderes fácticos supieron aprovecharse de la doble cara que tenían las aspiraciones populares, de “un estado de ánimo popular que era radical y conservador al mismo tiempo” (Mazower, 1998: 225). Porque si bien es cierto que la gente ansiaba un cambio profundo que rompiera con el sistema económico, político y social de los años 30, no lo es menos que, a diferencia de la Primera Guerra Mundial, había un gran deseo de “volver a la normalidad”, de estabilidad y seguridad (Judt, 2017: 132). Sobre ese deseo de estabilidad y seguridad se sustentaba toda la retórica que dio pábulo incansablemente a la dinámica de la época.

El Tratado de Detroit (1950): el paradigmático ejemplo estadounidense

El nuevo sistema sindical tomó al referente estadounidense como modelo. En enero de 1946 Henry Ford II se levantó de su butaca en el congreso de la Society of Automotive Engineers en Detroit para anunciar que la guerra de clases se había terminado (Mike Davis, 1986: 102). En 1950 el United Auto Workers firmó el llamado Treaty of Detroit con la empresa General Motors. Se acordó un período de cinco años sin huelgas (en contraste con el período anterior que había sido el de un recrudecimiento del conflicto sindical en este sector). El *tipo* de acuerdo firmado fue especialmente relevante porque serviría como modelo ejemplar del nuevo Pacto Social para el resto del mundo (Nadal, 2010).

El Tratado de Detroit era el resultado de una derrota monumental del movimiento obrero norteamericano. La guerra había beneficiado a los empresarios y los obreros tenían los salarios congelados y sobrevivían gracias a la conjunción de controles de precios con ciertas ayudas sociales. Mike Davis ha explicado cómo este acuerdo solo puede entenderse como el resultado de una compleja conjunción de factores entre los que destaca, precisamente, la derrota de un ciclo de protestas obreras en las que las bases sindicales habían reclamado la democracia económica. En 1936-1937, en 1941 y de nuevo en 1946 tuvieron lugar conflictos de gigantescas dimensiones que obligaron a los grandes negocios a replantear su estrategia. Fue una década de “guerra de guerrillas de base”, dice Davis, que había erosionado la autoridad de los capataces y directivos. Pero los empleadores consiguieron finalmente triunfar, en parte por las divisiones internas de los sindicatos (con su doble herencia de sindicalismo segregacionista y corporativista por

un lado y las demandas más universalistas de los Wobblies y los Knights of Labor por el otro). En las elecciones de mandato de 1946 los republicanos recuperaron el control de las dos cámaras, Congreso y Senado, y boicotearon las propuestas de leyes sociales que había formulado Truman, entre ellas un sistema de seguros médicos nacionales. Los republicanos consiguieron aprovechar el clima de persecución al “rojo” para reprimir las huelgas acusándolas de estar orquestadas desde Moscú.

Fue el pistoletazo de salida. En 1947 se aprobó la Taft-Hartley Act que permitió deshacerse de los cuadros más “radicalizados” de la CIO al mismo tiempo que ilegalizaba mecanismos de solidaridad obrera como las huelgas en apoyo de otras huelgas, los piquetes masivos o las campañas de boicot (Mike Davis, 1986: 86-87). La ley Taft-Harley expresaba a la perfección la nueva polarización que dividía el campo político: exigía que los funcionarios de estos sindicatos jurasen públicamente no haber tenido relaciones con organizaciones “filocomunistas”. Truman acabó sumándose al nuevo espíritu de los tiempos purgando a los últimos *new dealers* del Partido Demócrata (como Wallace, Secretario de Comercio para entonces).

El objetivo de las grandes empresas norteamericanas era “forzar a los sindicatos a aceptar un *trade off* entre los incrementos salariales y el control sobre las condiciones del trabajo” (Mike Davis, 1986: 86). Las burocracias que dirigían los grandes sindicatos pudieron, una vez purgadas sus alas izquierdas, integrar a estos en las ortodoxias de la Guerra Fría, hasta el punto de que la victoria de Truman en 1948 solo fue posible por la organización de campaña dispuesta por estos sindicatos (a cambio Truman había prometido un programa con medidas sociales que no tardaría en abandonar)²⁵⁵. A mediados de los años 50 el movimiento obrero estadounidense estaba tan debilitado que la famosa central sindical Congress of Industrial Organizations (CIO) se vio obligada a fusionarse con la American Federation of Labor (AFL) por la sangría de miembros que sufrió (Fontana, 2011: 98, 109). El Tratado de Detroit, como los pactos en la Europa occidental, era por tanto el *punto de llegada* de una serie de derrotas acumuladas del movimiento obrero norteamericano.

Conclusión

El reconocimiento del derecho laboral democrático en constituciones y tratados internacionales (Declaración de los DDHH, Declaración de Filadelfia) fue una de las grandes victorias del movimiento obrero europeo en la posguerra. Sin embargo, este reconocimiento se hizo al precio de renunciar a la democratización de la esfera económica (tanto en el lugar del trabajo como en la dirección del proceso productivo), abandonando así uno de los ejes fundamentales que había definido la estrategia revolucionaria del socialismo de entreguerras (véase 2.2.2.). El sindicalismo de posguerra se integró en un modelo neocorporativista en el que las grandes decisiones se tomaban de forma conjunta por sindicatos, patronal y Estado. Para lo cual primero tuvo que imponerse una oligarquización aun mayor de estos sindicatos, y la renuncia a la democracia económica ya mentada. Esto solo fue posible tras sofocar los intentos de transformación más profundos surgidos de la guerra (Espíritu del 45), por lo que aquí hemos podido ver con

²⁵⁵ El terreno ya había sido preparado bien con anterioridad. La cohesión cultural entre las bases obreras ya había sido conquistada por la burocracia sindical aprovechando la ola de nacionalismo de la época de la guerra, ola a la que el Partido Comunista se sumó sin ambages (llegando a apoyar incluso la reubicación de toda la población japonesa de la Costa Oeste en campos de concentración en 1942, véase Mike Davis, 1986: 1986: 90). Con la Guerra Fría, se trataba de reavivar de nuevo ese nacionalismo contra el nuevo enemigo tildado de “comunista”.

claridad que el Pacto Social de posguerra no es sino el *punto de llegada*, el resultado de una derrota monumental del movimiento obrero europeo occidental. El orden resultante se inspiró en gran medida en el caso estadounidense (Tratado de Detroit) que, como vimos, también fue el punto de llegada de un conflicto en el que los empleadores salieron vencedores. Por otro lado, las conquistas en el derecho laboral y el reconocimiento sindical tuvieron lugar en un contexto internacional de enfrentamiento entre superpotencias, por lo que el factor del “miedo al comunismo” jugó un papel importante en este proceso.

2.5.3. Las líneas maestras del Pacto (II). Estado Social o Estado de Bienestar

Una de las contrapartes del acuerdo entre las fuerzas del capital y las fuerzas del trabajo fue conseguir que el Estado se hiciera cargo de gran parte del ámbito de la reproducción de la fuerza de trabajo, y en ese sentido, que desmercantilizase parcialmente ese ámbito (sustrayéndolo de la dependencia de la voluntad arbitraria de las organizaciones de beneficencia). Este es el fondo filosófico-político del llamado “Estado Social” o “Estado de Bienestar”.

Aunque los Estados de Bienestar europeos variaron mucho entre sí, tanto en qué tipos de recursos facilitaban como en la manera en que financiaban esa provisión generalizada, lo cierto es que comparten unas líneas generales. La provisión se centró particularmente en la vivienda, la sanidad, la educación, las áreas de recreo urbanas, la subvención del transporte público, la seguridad contra la enfermedad, el desempleo, los accidentes y la vejez (Judt, 2017: 120 y ss.).

En realidad, las prestaciones sociales estatales de distintos tipos existían desde el siglo XIX. Bismarck había instituido entre 1883 y 1889 los seguros de pensión, de médico y de accidentes como medidas de contención del movimiento obrero²⁵⁶. Como ya vimos, los gobiernos liberales británicos de Asquith de la primera década introdujeron planes de seguros y pensiones. Existían ministerios de sanidad en Francia e Inglaterra como resultado de la Gran Guerra. El seguro de desempleo obligatorio fue introducido en Gran Bretaña en 1911, Italia 1919, Austria 1920, Irlanda 1923, Polonia 1924, Bulgaria 1925, Alemania y Yugoslavia en 1927 y Noruega en 1938. El período de entreguerras vivió cómo los países de Europa del Este establecían planes de pensiones. Pero, como ha señalado Judt, “ninguno de estos planes, ni siquiera los de los nazis, constituían unos sistemas de bienestar completos. Se trataba de reformas acumulativas y *ad hoc*, dirigidas cada una de ellas a resolver un determinado problema social o mejorar las carencias evidenciadas por planes anteriores” (Judt, 2017: 119). Dichas reformas previas a la Segunda Guerra Mundial, tomadas de forma aislada, no tenían por qué ser ni radicales ni conservadoras (dependía de cada caso). Pero los sistemas de bienestar completos sí que eran “inherentemente redistributivos. Su carácter universal y la mera magnitud de su funcionamiento requieren la transferencia de recursos (generalmente a través de los impuestos) por parte de los más privilegiados a los económicamente peor situados” (Judt, 2017: 121-124). En cualquier caso, la creación de los Estados de Bienestar suponía un

²⁵⁶ Bismarck exigió “que se pongan en práctica aquellas peticiones socialistas que parezcan justificadas y que puedan ser realizadas en el marco del actual orden social y estatal”. Lo cual no debería hacernos olvidar que, a pesar de ser una concesión astutamente calculada por la élite prusiana, era también “resultado de la lucha de clases” (Kammler, 1971: 97).

reconocimiento de los derechos sociales que transformó profundamente el tipo de *estatalidad* que se conocía hasta entonces:

Lo que el movimiento socialista había de hecho alcanzado fue el reconocimiento social de nuevos derechos para la clase trabajadora: el derecho a la sanidad, a la vivienda, a la educación y a la seguridad económica para los mayores y desempleados y, sobre todo, el derecho al trabajo (...). La “economía política de la clase trabajadora” había revolucionado la función del Estado (Braunthal, 1980: 510).

Si bien es posible comprender bajo el mismo marco el modelo de integración sindical de los EEUU y de la Europa occidental (véase *supra*), no será posible hacer lo mismo con el Estado Social. Según Robert Brenner, hay una diferencia esencial en el *cómo* se construyó la provisión social en EEUU y Europa. La clave europea fue una sistematización a nivel estatal, que vino por el peso que tuvieron que las fuerzas tradicionalmente vinculadas al campo socialista, mientras que en los EEUU fueron los sindicatos los que, de forma fragmentada y relativamente descoordinada, fueron arrancando a la patronal distintos acuerdos a nivel micro que posteriormente se irían extendiendo. Pero al construir el nuevo Estado por apéndices *ad hoc*, esto lo hizo más inestable y más frágil, volviéndolo más vulnerable al desmontaje que sufriría décadas después (Brenner y Sunkara, 2016)²⁵⁷.

Es legítimo preguntarse hasta qué punto están vinculadas las dos líneas maestras del Pacto Social (el papel del sindicalismo y la provisión social). No faltan razones para pensarlo así. La escuela de juristas alemanes de la República de Weimar vinculados a Hugo Sinzheimer permite comprender las bases conceptuales que ligan el Estado Social o Estado de Bienestar con la integración de los sindicatos²⁵⁸. Ya en fecha tan temprana como 1927 Sinzheimer escribió un artículo sobre lo que consideraba que debía incluirse en el llamado Derecho del Trabajo. En primer lugar, Sinzheimer defendió que el Derecho del Trabajo regulaba las relaciones de los *trabajadores asalariados* y que, por lo tanto, aunque históricamente naciera de las luchas de los movimientos de obreros manuales o de industria, su campo se había ampliado a empleados, aprendices, funcionarios, etc. (“el frente del Derecho del Trabajo es el frente de todo el pueblo trabajador, es decir, de la gran masa que encuentra y busca su existencia en la utilización de su fuerza laboral”, Sinzheimer, 1984 [1927]: 71). Pero más importante aún, para Sinzheimer el Derecho del Trabajo no se restringía al ámbito del *contrato de trabajo*. Sino que aquel debía abarcar los dos aspectos que tenía el trabajador, tanto la relación particular y determinada por un contrato con un empleador concreto, como su relación en tanto que miembro de una *clase* con los miembros de *otra clase* (“se puede ya ser trabajador, aunque no se tenga relación alguna con un empresario. Así el trabajador en paro, el minero inválido, son trabajadores”). Y de este segundo aspecto, el de la pertenencia a una clase, se derivaban “necesidades concretas, cuya satisfacción elemental es objeto de un Derecho Social” (Sinzheimer, 1984 [1927]: 72)²⁵⁹. En esta misma línea de las “necesidades concretas” de

²⁵⁷ Siguiendo esta idea de Brenner y la explicación histórica de Davis, se podría plantear la cuestión de si los EEUU llegaron a conocer, o no, el Espíritu del 45. Pero hemos soltado una liebre que no podemos perseguir aquí.

²⁵⁸ Para una introducción a estos autores en un adecuado contexto histórico puede consultarse la obra de Francesc Colom sobre el tema (Colom, 1992). Agradezco a Pablo López Álvarez esta referencia.

²⁵⁹ Pero también de ahí se derivaba, según el jurista alemán, la necesidad de incluir, además de las regulaciones de contratos, la creación de estatutos donde se recogiera “la disposición de determinadas zonas de actuación compartida, que antes solo pertenecía en exclusiva a los empresarios”, esto es, la democracia industrial. La liberación del trabajo que promovía ese Derecho del Trabajo habría defendido no solo los derechos a una vida digna, humanizada (derechos de reproducción de la fuerza de trabajo) sino también “la cooperación del trabajo en el ejercicio del poder económico, la sumisión económica la ha transformado en

las que se derivaba un Derecho Social, argumentaría el discípulo de Sinzheimer, el jurista de los sindicatos Franz Neumann. Para este, el propio derecho laboral democrático implicaba un reconocimiento de que el trabajo era *algo más o algo distinto* que una mercancía. Por tanto, que el contrato laboral entraña relaciones de poder: “los seres humanos están en relaciones de dominación con otros seres humanos”. Que se reconozca esto legalmente, dice Neumann, es la base para estipular los deberes adicionales (*additional duties*) que tienen los dominadores en relación con los dominados, y Neumann especifica que esos deberes adicionales se entienden en clave de “servicios sociales” (Neumann, 1996: 235). Para Sinzheimer y para Neumann, por tanto, las obligaciones del Estado en términos de Derechos sociales venían histórica y conceptualmente vinculadas al reconocimiento político y jurídico de las particularidades de una sociedad escindida en clases sociales (en el sentido moderno del término)²⁶⁰.

Conclusión

El Pacto de posguerra incluyó la creación del Estado Social como contraparte del acuerdo, que implicó una desmercantilización del ámbito de la reproducción de la fuerza de trabajo, y la liberación de este ámbito de la dependencia de la beneficencia privada. En este sentido, fue considerada como una conquista por los movimientos socialistas de distinto cuño, aunque la cuestión no estaba exenta de polémica (hemos recogido parte del debate más adelante, en 2.5.5.). Lo que en cualquier caso debe destacarse es la conexión histórica y conceptual entre esta parte del Pacto y su otra dimensión, la integración de los sindicatos y el reconocimiento del derecho laboral democrático, algo que fue apuntado premonitoriamente por los juristas socialistas de Weimar.

2.5.4. Las líneas maestras del Pacto (III). El blindaje político

Una vez se consiguió aplacar el ciclo de conflicto social, el objetivo fue blindar el nuevo orden social. De cara a asegurar que no hubiera sobresaltos y el modelo tuviera garantías de perdurar en el tiempo, las Constituciones europeas de posguerra debilitaron al poder legislativo (reforzando al ejecutivo y al judicial) con el argumento de que esta era la única manera de evitar una recaída en la época de los “extremismos” que, se decía, había caracterizado los años 30. Del mismo modo, se crearon o reformaron algunas instituciones para que ejercieran como “guardianas” del orden, asegurando la

ciudadanía económica”. Y, como objetivo final, esa liberación del trabajo “conducirá a una comunidad de la economía en la que ya las personas privadas no gestionen la economía como negocio, sino una voluntad económica común, descansando en titulares diversos y comunitarios” (Sinzheimer, 1984 [1927]: 76-77). Estos serían, como ya es evidente, dos de los elementos clave del Derecho del Trabajo de Sinzheimer que quedarían abandonados en el Pacto Social de posguerra.

²⁶⁰ Lo cual, sobra decirlo, no implica que los derechos sociales estén inextricablemente ligados a la existencia de clases sociales, sino que su origen histórico (y su fundamentación conceptual en este origen) sí vinieron ligadas a estas. Actualmente se suelen fundamentar los derechos sociales en términos de pertenencia a la categoría de *ciudadanía*, señalando el carácter de universalidad que tienen estos derechos y desvinculándolos del trabajo para evitar una perspectiva *empleocentrista* (véase, por ejemplo, las diferentes intervenciones en la recopilación Casassas, 2016). Sin embargo, la perspectiva de los juristas de Weimar no va vinculada al “empleo” sino a la existencia de la “dominación de clase”, y puede resultar especialmente interesante para no perder de vista que, mientras se viva en una sociedad capitalista, el destino de los derechos sociales está necesariamente vinculado al nivel de autoorganización de las clases dominadas (algo, por otro lado, defendido por David Casassas, compilador del libro señalado, en esta y otras intervenciones, véase Casassas, 2019).

perpetuación de la “economía social de mercado”. Con la creación de estas instituciones se trazaba

un círculo de intangibilidad alrededor de la gran propiedad privada y de la libertad de empresa. Los guardianes de dicho círculo debían ser órganos técnicos, independientes del poder político, como los bancos centrales o, en menor medida, los tribunales constitucionales. Su función estaba clara: impedir que los parlamentos democráticamente elegidos pudieran incurrir en tentaciones inflacionistas, alterando la estabilidad de precios o forzando el déficit público (Pisarello, 2012: 150).

Bajo el relato de que un excesivo pluralismo político había conducido a la inestabilidad y al ascenso de los extremismos (comunista y fascista), las élites europeas consiguieron diseñar e implantar (bajo la siempre mirada vigilante y atenta de EEUU) nuevos sistemas electorales que posibilitarían encarrilar el curso político por los cauces adecuados. Para algunos historiadores, la hipótesis del excesivo pluralismo fragmentado de preguerras que exigía un fortalecimiento de los poderes ejecutivos era un “sentimiento fuerte” extendido a nivel popular (Mazower, 1998: 287). Un buen ejemplo de esta lectura conservadora de los años 30 lo encontramos en un simposio de juristas españoles vinculados a la socialdemocracia española que tuvo lugar en Salamanca en la década de los 70, donde Hans Peter Schneider, el que fuera presidente de una de las mayores empresas textiles de Alemania, defendió la tesis de que la República de Weimar cayó porque no supo blindarse contra el totalitarismo, no supo fijar leyes estables que bloquearan el paso al extremismo de derechas y de izquierdas. La culpa del desastre de Weimar, por tanto, recaería sobre las leyes electorales proporcionales que fragmentarían el parlamento impidiendo la gobernabilidad (H. P. Schneider, 1977). La culpa del ascenso de Hitler, el “enemigo de la democracia”, era, curiosamente, un “exceso” de democracia. Para poder existir, la democracia tenía que ser protegida de sí misma²⁶¹.

Siguiendo esta línea de razonamiento, los regímenes de posguerra normalizaron el uso de cláusulas en las leyes electorales destinadas a limitar la aparición de nuevos agentes políticos. Generalmente esto se traducía en la fijación de un mínimo de votos del 5% para conseguir representación y mediante mecanismos de repartos de escaños poco proporcionales. Las leyes electorales incorporaron también vías para la financiación a los partidos que tenían representación parlamentaria, quedando excluidos los que no la tuvieran, como una manera de reforzar a los partidos ya existentes. No siempre se apostó por sistemas bipartidistas, pero este fue sin duda el modelo premiado, siempre buscando el encaje legal que garantizara pocos sobresaltos y sorpresas.

Una figura jurídica novedosa fueron las funciones atribuidas a los nuevos Tribunales Constitucionales. Su poder aumentó, y al calor de la Guerra Fría se recurrió repetidas veces a ellos para ilegalizar partidos que se consideraban inconstitucionales²⁶². En la RFA, por citar el ejemplo más conocido, se ilegalizó en fecha tan temprana como 1951 la Juventud Alemana Libre (FDJ), las juventudes del KPD, junto a doscientas organizaciones más; y en 1956 el turno le tocó directamente al KPD, junto a los más de 7000 personas que fueron encarceladas por organizar una consulta sobre el rearme (Escribano, 2017).

²⁶¹ Agradezco este punto a Pablo López Álvarez y sus clases de filosofía política, en las que explicó esta paradójica interpretación del período de entreguerras.

²⁶² Para otros ejemplos de cómo se podría haber dado un sistema diferente que aprovechara lo mejor de este tipo de tribunales sin otorgarles un exceso de poder, véase el modelo mixto de Portugal que prevé mecanismos de control de constitucionalidad, pero no los delega solo al poder judicial (Pisarello, 2012: 171 y ss.).

Puede que el modelo de posguerra creara un período de paz entre los países europeos occidentales, pero se pagó un precio importante por ella, que desmentía la retórica del paraíso de libertades y democracia con la que tendió a engalanarse el bloque occidental.

¿El fin de las ideologías?

Como ha mostrado el especialista en el período Dennis Kavanagh, aunque no existiera un “consenso” sobre el Pacto, sí que puede hablarse de un sorprendente nivel de acuerdo entre los principales partidos rivales (Kavanagh, 1995: 178). Este hecho generó la impresión de que las diferencias *políticas* habían desaparecido y que ahora los partidos competían por hacer una mejor *gestión* de una maquinaria estatal sobre la que se discutía poco. Más de treinta años antes del *boom* de Fukuyama, toda una literatura sobre “el fin de la ideología” apareció en los años 50 y 60²⁶³. La idea básica era que todos los partidos importantes habían aceptado la necesidad de combinar la planificación y el mercado libre, dando lugar a lo que el sociólogo Lipset denominó lúcidamente como “socialismo conservador” (Kavanagh, 1995:178). En la conferencia de apertura del CCF de 1950, Arthur Koestler había anticipado la tesis al sostener que:

Las antinomias “socialismo y capitalismo”, “izquierda y derecha” se están quedando rápidamente obsoletas, y mientras Europa permanezca estancada en estas falsas alternativas que obstruyen el pensamiento claro, no puede esperar encontrar una solución constructiva para sus problemas (...) la historia se ha movido hacia un nuevo conflicto que traspasa las viejas líneas de división. El contenido real de este conflicto puede resumirse en una frase: la tiranía total contra la libertad relativa (citado en Scott-Smith, 2002: 107).

El filósofo franquista y futuro Ministro de Obras Públicas del régimen, Gonzalo Fernández de la Mora, en un libro titulado justamente *El crepúsculo de las ideologías*, describía el Pacto Social como:

Un compromiso entre la propiedad privada de los medios de producción y el juego de la oferta y la demanda, por un lado, y las exigencias de justicia social. A esta fórmula se llama régimen social de mercado, y es la que se está imponiendo en Occidente (Fernández de la Mora, 1965: 83).

En Gran Bretaña las encuestas Gallup entre 1951 y 1970 sacaron a la luz que cada vez más gente pensaba que no existían “grandes diferencias” entre los principales partidos políticos. El patrón parecía general²⁶⁴. Durante más de veinte años ni los liberales ni los conservadores europeos pusieron en cuestión la existencia misma del Estado de Bienestar

²⁶³ Raymond Aron terminaba su obra *El opio de los intelectuales* de 1955 con una conclusión titulada “¿El fin de la era ideológica?”. No todo el mundo consideraba la tesis del fin de las ideologías como una idea conservadora. Daniel Bell escribía en la introducción a su famoso libro *The End of Ideology* (1960) que su perspectiva era “antideológica, pero no conservadora”. Seymour Lipset concluía su libro *Political Man. The Social Basis of Politics* (1960) con un capítulo titulado “¿El fin de la ideología?” en el que se autodescribía como una “persona de izquierdas”.

²⁶⁴ “Una consecuencia muy interesante del modo en que esas constituciones de la segunda posguerra instituyeron las nuevas Repúblicas fue la eliminación de la oposición parlamentaria propiamente dicha. Al quedar constitucionalmente blindado el consenso social básico (...), el grueso de las decisiones políticas fundamentales quedaba fuera del Parlamento. Así resultaba fácil que, en Austria, por poner el caso más llamativo, dos partidos que se combatieron a muerte bajo la I República en una práctica guerra civil en los años veinte, como el Socialdemócrata y el Socialcristiano, pudieran gobernar juntos en una gran coalición por décadas en la II República. En Alemania ocurrió algo parecido con la gran coalición de la segunda mitad de los 60. En otros países, en que la izquierda no acababa de entrar en el consenso o que tenían constituciones menos ortodoxas, o ambas cosas a la vez, como Italia o Francia, gobernó ininterrumpidamente la derecha: por cuatro décadas la democracia cristiana en Italia, y por muchos años el gaullismo en Francia (con rectificación constitucional incluida: de la IV a la V República, más presidencialista y autoritaria)” (Domènech, 2006a).

o de los principios básicos del Pacto, sino que ubicaron la disputa política en la discusión del modelo de financiación, del nivel de condicionalidad de las ayudas, etc. (Marglin, 1990; Mau, 2003). El trauma del desempleo de los años 30 estaba demasiado fresco en la memoria colectiva y el alto margen de beneficios de la Edad de Oro del capitalismo creaba pocos incentivos para rectificar. El recién nombrado presidente de los EEUU, Ike Eisenhower, reconocía que el nuevo consenso parecía suponer una cierta irreversibilidad cuando escribió a su hermano en noviembre de 1954 que “si algún partido político intentase abolir la seguridad social, el seguro por desempleo, y eliminar las leyes del trabajo y los programas agrarios, no volverías a oír hablar nunca más de este partido en nuestra historia política” (citado en Fontana, 2011: 20). El gran teórico del revisionismo, Anthony Crosland, había considerado también que las líneas generales del Pacto Social, aunque pudiesen verse contrapesadas por tal o cual evento, en términos generales eran “irreversibles” (Crosland, 1956: 41). Toda una lectura de “necesidad” e “irreversibilidad”, basada en un supuesto desarrollo endógeno de la fase tardía del capitalismo, rodeó al Pacto Social, que se veía más como un cierto “sentido común” que como un “pacto” propiamente dicho.

Algunas críticas de izquierdas al Pacto

Los Estados de Bienestar recibirían críticas desde múltiples frentes, de los cuales haremos mención breve de algunos particularmente relevantes para nuestro argumento. Una de esas líneas de crítica denunciaba su carácter de benefactor *ex post*, esto es, el hecho de que solo atendiese a los necesitados una vez ya se habían creado esas necesidades, en vez de prevenirlas. El filósofo John Rawls sintetizó esta crítica con claridad meridiana al formular su propuesta de una democracia de pequeños propietarios:

El capitalismo del Estado de Bienestar permite que una pequeña clase tenga prácticamente el monopolio de los medios de producción. La democracia de pequeños propietarios evita ese resultado, no redistribuyendo el ingreso a los que menos tienen al final de un período dado, por así decirlo, sino más bien asegurando la difusa propiedad de los bienes productivos y del capital humano (esto es, educación y entrenamiento profesional) al comienzo de cada período, y todo eso sobre la base de la igualdad equitativa de oportunidades. De lo que se trata no es de asistir a quienes han resultado perdedores a causa de un accidente o de la mala fortuna (aunque eso puede hacerse también), sino de poner a todos los ciudadanos en situación de ocuparse de sus propios asuntos sobre la base de un grado adecuado de igualdad social y económica (*Justice as Fairness. A Restatement*; citado y traducido por Bertomeu y Domènech, 2005).

Por otra parte, el sistema Beveridge que se generalizó en Europa tuvo un claro sesgo de género que perjudicaba a las mujeres. Las feministas no dudaron en denunciar el Estado de Bienestar por su androcentrismo: muchas de las prestaciones venían vinculadas a la obtención de un salario (o a ser beneficiario *indirecto* de algún trabajador asalariado) lo cual en un mercado laboral mayoritariamente masculino solo podía perjudicar a las mujeres. Criticaron que se otorgasen subvenciones por maternidad sin cuestionar los roles tradicionales de maternidad y paternidad; que se fomentase un modelo de familia tradicional o que se cerrasen guarderías para impulsar la vuelta al hogar de las mujeres que habían entrado al mercado laboral durante la guerra (Todd, 2018). El modelo Beveridge, por el cual subsidios como las pensiones estaban basados en las contribuciones en lugar de en la necesidad, fue denunciado por la Women’s Freedom League en fecha tan temprana como 1943, cuando apareció publicado el panfleto *The Woman Citizen and Social Security: A Criticism of the Proposals Made in the Beveridge Report as They Affect Women* de Elisabeth Abbot y Katherine Bompas. Abbot y Bompas denunciaron que el Pacto Social era “un plan de hombres para hombres” (citado en Bennett, 2019).

Finalmente, algunos socialistas apuntaron que el nuevo modelo había convertido el Pleno Empleo en un fin en sí mismo, en vez de un medio para aliviar las condiciones de la clase trabajadora y empoderarla para transformaciones de mayor alcance. Esta fue la opinión por ejemplo de Michael Kalecki, que se anticipó a la conocida crítica formulada por la “teoría del *Profit Squeeze*” (según la cual el progresivo empoderamiento de los sindicatos iba estrechando el margen de beneficios de los empleadores hasta colapsar el modelo ante la falta de incentivos de inversión). El argumento básico de Kalecki contra el principio que sustenta esta teoría es que, dado el control de los capitalistas productivos sobre los precios, los aumentos salariales provocarían subidas de precios, y no serían ni los trabajadores ni los capitalistas productivos los que salieran perdiendo, sino los sectores rentistas. El problema no vendría por tanto de la escalada salarial sino de la posibilidad de que el movimiento obrero no emplease el pleno empleo y esas subidas de salarios para disputar el poder de los capitalistas, y que viera aquellos (salario y empleo) como fines en sí mismos, aceptando un paradigma empleocentrista y renunciando a la clásica crítica socialista del trabajo asalariado (Bellamy Foster, 2013)²⁶⁵.

Conclusión

Una vez consiguieron sofocarse las tentativas transformadoras del movimiento obrero, se allanó el terreno para la implantación de un Pacto Social que integrase parcialmente sus demandas para garantizar la paz social. El modelo se definió en sus dos vertientes: la integración sindical y el reconocimiento del derecho laboral, por un lado, y la creación de los Estados de Bienestar, por el otro. Toda una serie de mecanismos políticos e instituciones fueron diseñados para garantizar la estabilidad política, y un discurso sobre los “extremismos” de los años 30 provocados por un “exceso” de democracia permitiría afianzar el nuevo orden. El nivel de consenso –o, si se prefiere, la falta de una oposición parlamentaria– permitió la creación de una retórica sobre el “fin de las ideologías” y sobre la irreversibilidad y necesidad del modelo. Pese a todo, la operación no estuvo exenta de críticas, y diversos movimientos sociales alzaron su voz y se movilizaron contra lo que entendieron que eran unos límites muy estrechos para la política democrática, el reconocimiento de derechos universales o la provisión social.

Los blindajes construidos mostraron su fortaleza ante el embate de los críticos: hasta finales de la década de los 60 el modelo no fue puesto en cuestión de forma masiva. Una oleada de movilizaciones en los años 60 y 70 trató reabrir los límites de lo políticamente posible y, aunque el vendaval sacudió los más profundos cimientos del modelo, no consiguió sin embargo llegar a tumbarlos (Balestrini y Moroni, 2006; Buddeberg, 2018; Eley, 2003; Ross, 2008; Todd, 2018; Viento Sur, 2018). Volveremos sobre este cuestionamiento del Pacto Social en el capítulo siguiente cuando abordemos la historia de la New Left, que fue uno de los movimientos más pioneros en desafiar las convenciones de posguerra.

2.5.5. El socialismo democrático-revolucionario ante el Pacto: el debate del *New Reasoner*

Como hemos visto, la creación del Welfare State en Gran Bretaña no estuvo exenta de polémica entre las izquierdas. Una de las líneas de flotación de las críticas fue el déficit

²⁶⁵ Para una crítica del empleocentrismo asociado al tipo de Estados de Bienestar creados como parte del Pacto Social de posguerra puede verse Casassas (2018: 33 y ss.); Raventós (2007) o Standing (2018).

democrático del modelo y la renuncia de las aspiraciones del socialismo de entreguerras. En este contexto se enmarcan las críticas de Thompson y sus compañeros del *New Reasoner* (para la historia de esta revista véase el epígrafe 3.3. de esta tesis)²⁶⁶.

El análisis de los *new reasoners* prefiguraba las políticas de la New Left porque trató de abrir una postura compleja entre lo que consideraron las posiciones “revisionistas” del Labour y las “maximalistas” del PCGB. Si, como hemos visto, el revisionismo de Crosland y Gaitskell creía que el gobierno de Atlee había transformado sustancialmente la sociedad británica hasta el punto de que esta ya no podía ser calificada de “capitalista” (*supra*), la postura totalmente contraria sería defendida por el PCGB. Según se afirmaba en su programa *The British Road to Socialism* de 1951, no solo se habían dejado flecos importantísimos en el programa, sino que “estas medidas de propiedad estatal fueron beneficiosas para el capitalismo en su conjunto, y de ninguna manera cambiaron el carácter capitalista de la economía británica más que medidas similares llevadas a cabo por Bismarck o Hitler, o los gobiernos británicos *tory* en el pasado” (PCGB, 1951).

El debate al respecto recogido en el *New Reasoner* fue, realmente, un verdadero debate, porque los participantes mantenían posturas antagónicas. Para John Saville el Welfare State era el resultado de tres factores: i) La lucha de los trabajadores contra su explotación; ii) Las necesidades del capitalismo industrial de una fuerza de trabajo altamente productiva; iii) El reconocimiento por parte de los propietarios de que se debe pagar un precio para conseguir una “seguridad política” [*political security*] (Saville, 1957: 6). En este sentido, el Welfare State compraba la paz social, pero era inconcebible fuera de la lucha de clases:

No es sin embargo el cálculo abstracto del autointerés ilustrado por parte del gran empleador, o la vigorosa conciencia de una minoría de humanitaristas de clase media, lo que explica la dirección y movimientos centrales del cambio social; esto es explicable solamente en términos de las presiones y esfuerzo continuos del pueblo trabajador para mejorar su posición en la sociedad. La reforma social es el resultado de la lucha de clases (Saville, 1957: 9).

Sin embargo, Saville fue crítico con el modelo de financiación beveridgiano, y recordaba que ya había existido una crítica de fecha temprana al principio “workfarista” (*contributory principle*) de las prestaciones sociales. Esta había sido planteada por el ala izquierda del Labour, cuando el liberal Lloyd George introdujo este principio en la legislación y fue apoyado por Ramsay MacDonald y la ejecutiva del Partido Laborista. Los argumentos de la izquierda laborista (representada por George Lansbury, Philip Snowden o Keir Hardie) señalaban que las reformas sociales tenían que ser costeadas por los que tuviesen capacidad para hacerlo y no por aquellos a los que precisamente se debían dirigir las prestaciones. El principio contributivo, decían, evitaba la acuciante necesidad de redistribuir la riqueza (Saville, 1957: 21). Es por esto que, citando algunas cifras cuestionables sobre la supuesta ausencia de redistribución de riqueza, Saville terminaba zanjando que “el Welfare State es la versión del siglo XX del ideal victoriano de autoayuda” (Saville, 1957: 24)²⁶⁷. Ralph Miliband contribuyó al debate en una dirección similar a la de Saville:

²⁶⁶ El debate del *New Reasoner* forma parte, en realidad, de un debate más amplio entre lo que serían las fuerzas que posteriormente fundarían la New Left. Para un repaso del debate sobre las formas de propiedad en los entornos de la *Universities & Left Review* y *The New Reasoner*, la mejor referencia es la obra de Madeleine Davis (2012).

²⁶⁷ En un artículo dos años posterior a este, Saville criticará la reacción del conjunto de la izquierda británica ante la construcción del Welfare State, y cómo se conformó rápidamente a este de forma acrítica. Calificará de “colapso intelectual” a esa reacción (Saville, 1959).

Ciertamente hubo cambios en direcciones importantes. El error fue verlos como parte de un ataque general sobre el capitalismo, como si fueran innovaciones socialistas. De hecho, el programa del Labour y su práctica en los años de posguerra representó la continuación, si bien de una manera más deliberada y acentuada (y esto es importante), de los cambios sociales económicos y administrativos que no tuvieron lugar con el Partido Laborista y que no estaban dirigidos a alcanzar el socialismo (Miliband, 1958: 37).

Para Miliband el Pacto Social no podía ser entendido en términos puramente capitalistas. Este era el desafío para el análisis: “muchas de nuestras dificultades y confusiones actuales parten precisamente de nuestra incapacidad para distinguir las diversas y contradictorias facetas que conforman la situación completa” (Miliband, 1957: 39). La cosa se había complicado porque:

El colectivismo del bienestar ha supuesto un golpe paralizante sobre ese ethos individualista cerril que era causa y consecuencia en el desarrollo del capitalismo. El colectivismo ha establecido unos criterios mínimos de bienestar, y se ha aceptado que el acceso a este dependa de otras cuestiones que no sean la mera capacidad para pagarlo. Y existe una dinámica sobre el colectivismo de bienestar que nos recuerda a la demanda del “quiero más” de Oliver Twist: porque crea unas expectativas que no pueden ser ignoradas por mucho tiempo sin asumir grandes riesgos (Miliband, 1957: 40).

Incluso teniendo en cuenta todo lo anterior, la conclusión de Miliband era que el Welfare State se había implantado porque servía para el *mantenimiento* del sistema, incluso si para su creación se habían generado conflictos con los empleadores:

“Mientras chillen, es que les debemos de estar haciendo daño” es la convicción profunda del Labour. Pero a menudo la gente chilla cuando le ponen una inyección, incluso aunque esta inyección mejore su salud (Miliband, 1957: 42).

El problema crucial, sostuvo, es que mientras el sector público siguiese siendo una minoría en comparación al privado no podría comportarse de una manera fundamentalmente diferente al sector privado. Se estaba muy lejos del mito croslandiano de una sociedad no-capitalista.

Thompson intervino en una dirección diferente. En primer lugar, reconocía que se había transformado el tipo de capitalismo, que esto era el resultado del empuje del Espíritu del 45 que implicaba un embridar a la clase dominante británica que ya no podía hacer “lo que quisiese”:

El **fermento de 1945** dio como resultado tantos logros en “la economía política de la clase trabajadora”, que la clase capitalista fue llevada casi a la paralización y hecha prisionera dentro de **su propia maquinaria estatal**. Si la clase trabajadora británica se encuentra hoy día en esta posición no es porque nosotros tengamos la “más antigua y engañosa clase capitalista del mundo”, sino porque dicha clase no lo pudo evitar. Y [la clase obrera] no ha llegado más lejos porque, siendo pragmática y hostil a la teoría, ésta no conoce ni siente su propia fuerza, y no tiene sentido de dirección o una perspectiva revolucionaria, tiende a caer en el letargo moral y acepta líderes con ideas capitalistas. (...) pero entre los norteamericanos y la bomba H allá afuera, y la presión pragmática constante, tenaz, determinada del pueblo aquí en casa, nuestra clase capitalista dominante está acorralada y **no puede actuar como quisiera**. Acorralada, puede volverse peligrosa, así como lo es el agonizante dogmatismo: Suez fue un síntoma²⁶⁸; en los últimos años, el

²⁶⁸ La crisis del canal de Suez en 1956 marcó un antes y un después para la política británica. Nasser gobernaba en Egipto desde 1954. Después de que EEUU se negara a financiar la construcción de la presa de Asuán en 1956, el gobierno egipcio decidió ese mismo año nacionalizar el canal de Suez por vías legales, anunciando una indemnización. El gesto aterrizó al gobierno británico (que temía una caída de la libra esterlina en un momento económicamente muy complicado para el nuevo gobierno *tory*) y al gobierno francés (que protestaba contra el apoyo que el FLN argelino recibía desde Egipto), que se embarcaron como respuesta en la “Operación Musketeer”. Fue un auténtico desastre, porque no consiguieron ocupar el canal antes de que la opinión internacional condenara el ataque. EEUU temió que este gesto lanzase a los

irracionalismo, la religiosidad, el antihumanismo y las ideologías viciadas han ganado terreno entre la clase media (“El Humanismo socialista. Una epístola a los filisteos” en Thompson, 2016 [1957]: 214-215. El subrayado es nuestro).

Una visión diferente y más positiva del Welfare State la ofrecieron Stephen Hatch y Dorothy Thompson. Hatch, replicando a Saville, sostuvo que las reformas del Pacto Social facilitaban la transición al socialismo en vez de entorpecerla: “nunca se alcanzará el socialismo si no es a través de una lucha por todo tipo de reformas. Lo que con seguridad está mal del ‘reformismo’ o del ‘fabianismo’ no son las reformas, sino el abandono del objetivo socialista” (Hatch y Thompson, 1958: 125). Por su parte, Dorothy ironizaba con la conclusión de Saville que intenta compatibilizar la idea de que el Welfare es resultado de las presiones populares y *al mismo tiempo* algo que conviene y refuerza al sistema capitalista, como si las presiones populares hubieran “abierto los ojos de los capitalistas inteligentes para que vean ahora sus verdaderos intereses”²⁶⁹:

La economía británica es incuestionablemente capitalista. El valor de la expresión [Welfare State] es que describe una sociedad en la cual todos los servicios de bienestar están administrados por el Estado, local o centralizadamente. En esto se diferencia de una sociedad sin programas obligatorios de bienestar, o de una en la cual estos programas son aplicados por diferentes entidades caritativas (Hatch y Thompson, 1958: 127).

La diferencia, dice Dorothy, es que las prestaciones “se proporcionan exclusivamente sobre la base de la necesidad y no del pago en dinero, o incluso de alguna concepción abstracta del valor social. Esta idea es profundamente anticapitalista” (Hatch y Thompson, 1958: 127). Esto era exactamente lo contrario del ideal victoriano que mentaba Saville. La conclusión es tajante y merece la pena citarla *in extenso*:

Es falso asumir que, porque la economía del país es predominantemente capitalista, entonces cada otro aspecto de nuestra sociedad debe estar organizado en función de los intereses del sistema capitalista; y es una falacia histórica elemental concluir que, si estas medidas fueron aprobadas en respuesta a las presiones por parte de un gobierno capitalista de una rama política u otra, entonces son beneficiosas para el capitalismo. Por el contrario, creo que existen aspectos de la sociedad moderna que son en su origen y en su funcionamiento profundamente anticapitalistas. La idea de los servicios sociales que son provistos como un derecho absoluto [*absolute right*] es una de ellas, y una a la que se ha opuesto la clase empleadora y ha sido defendida por los socialistas durante muchas generaciones. Las ideas encarnadas en estos servicios son ideas socialistas, y en la medida en que estas ideas son aceptadas en Gran Bretaña hoy, en ese sentido estamos avanzando en la construcción de una sociedad cuyos valores están basados no en la adquisición de bienes sino en la igualdad social y en el respeto por el individuo, sea cual sea su valor en efectivo para la sociedad (Hatch y Thompson, 1958: 130).

El debate continuó a lo largo de 1958. Peter Smith ofreció una idea complementaria al señalar que las aspiraciones de 1945 fueron dobles: los británicos deseaban ver realizadas las reformas que se les ofrecían con el Welfare State, pero al mismo tiempo

gobiernos de Oriente Medio en manos de la URSS, así que lo criticó enérgicamente. El ministro de exteriores británico, Eden, se vio obligado a dimitir pocos meses después del escándalo (Fontana, 2011: 230-236). El incidente dio alas a Aneurin Bevan, que pronunciaría un famoso discurso ante 30.000 personas en el que criticó la ley del más fuerte. El *Tribune*, dirigido por el mismo Bevan, fue la única revista asociada al Labour que se opuso a la intervención en Suez llamándola “un crimen contra el mundo” y una lucha “malvada, imperialista contra los pueblos árabes”. Según Hobsbawm la historia del S.XX en Inglaterra puede dividirse en dos tramos, antes de 1956 y después: “Gran Bretaña no era ya un imperio principal o una potencia mundial, y después de Suez nadie creyó que lo fuese” (Hobsbawm, 2002: 91). Thompson enmarca el desastre de Suez dentro de esa sensación de acorralamiento de las clases dominantes.

²⁶⁹ Esta era, precisamente, la perspectiva de Crosland con su idea de la “revolución psicológica” de los empleadores y directivos, véase 2.3.3.

deseaban verse involucradas en la construcción de una sociedad nueva en la misma medida en que habían estado involucradas en la construcción de la victoria sobre el fascismo. Es aquí donde encontraremos las razones de la desilusión de los años siguientes, que llevaron a las derrotas de 1951 y 1955. Porque, tan pronto como terminó el período electoral, la lucha por implementar el programa fue prácticamente confinada dentro de los muros del edificio de la Cámara de los Comunes (P. Smith, 1958: 111-112).

En este punto preciso estaban de acuerdo todos los participantes en el debate y sería una de las líneas de crítica más conocidas de la New Left. Las nacionalizaciones de Morrison habían sido insuficientes: el pueblo había sido *beneficiario*, pero no *arquitecto* del Pacto Social. Hacía falta “actualizar” el lenguaje y la estrategia socialista a los términos de la nueva época. Y hacía falta ir más allá de la obsesión con las nacionalizaciones:

No existe una sola excusa a estas alturas de la historia para negarnos a ver que la consecución de una base económica socializada no resuelve automáticamente y de la noche a la mañana toda una multitud de problemas cuya solución es, de hecho, lo que distingue una sociedad socialista de una sociedad con una base socializada. De estos problemas, el problema del **control y la participación democráticos** en la toma de decisiones es obviamente el más fundamental (Miliband, 1957: 47. Subrayado nuestro).

Conclusión

Los *new reasoners* analizaron el Pacto Social como el resultado de una compleja conjunción de factores en los que cristalizaba el resultado de un conflicto de clase y el “fermento del 45”, por lo que algunos elementos de este Pacto eran inconcebibles sin el papel del socialismo (particularmente la universalidad e incondicionalidad de muchas prestaciones). Discreparon sobre hasta qué punto el acuerdo beneficiaba al capitalismo, y discreparon también sobre las potencialidades que se abrían para la clase trabajadora británica. Pero estuvieron de acuerdo en una cosa: que la solución pasaba por una democratización de la esfera económica, esto es, justamente el objetivo socialista que el Pacto Social había dejado deliberadamente apartado. En este sentido, fueron continuadores del socialismo de entreguerras, y su crítica prefiguró los términos de la New Left y del ciclo de movilizaciones de 1968.

Pocos años después, esta vez ya desde la recién fundada *New Left Review*, Thompson trataría de recuperar el impulso revolucionario aherrojado por la Guerra Fría, y lo haría a partir de las potencialidades contenidas en el nuevo régimen:

No se trata de un caso de *o esto o lo otro*. Debemos, en todo momento, ver *ambos*, el arranque hacia adelante y su contención, el sector público y su subordinación al sector privado, la fuerza de los sindicatos y su parasitismo sobre el crecimiento capitalista, los servicios sociales y su estatus de ser el pariente pobre. Los poderes de contrapeso están ahí, y el equilibrio (que es un equilibrio *dentro del capitalismo*) es precario. Puede ser forzado a retroceder hacia el autoritarismo. Pero también puede ser impulsado hacia adelante, por presiones populares de gran intensidad, hasta el punto donde los poderes de la democracia dejan de ser un contrapeso y se convierten en el elemento dinámico de la sociedad en su propio derecho. Esto es la revolución (“Revolución”, en Thompson, 2016 [1960]: 361-362. Cursivas del autor).

2.5.6. Conclusiones

El carácter eminentemente político del Pacto

En este epígrafe hemos analizado el Pacto Social de posguerra como uno de los elementos centrales de la reforma mundial del capitalismo de posguerra. Hemos visto cómo este Pacto se compone básicamente de dos elementos (histórica y conceptualmente conectados): la integración de los sindicatos y el reconocimiento del derecho laboral, por un lado, y la creación de los Estados de Bienestar o Estados Sociales, por el otro. Este modelo fue políticamente blindado, y disfrutó hasta tal punto de apoyo en ambos lados del espectro político que llegó a generar la ilusión del fin de las ideologías. Pese a no estar exento de críticas, no hubo una impugnación general del modelo hasta el ciclo político de 1968. Hemos analizado también cómo el Pacto Social fue el resultado de un conjunto complejo de factores. En primer lugar, fue el resultado de un conflicto social que empezó con el Espíritu del 45 y terminó con varias derrotas del movimiento obrero en el contexto internacional de Guerra Fría. En segundo lugar, ese contexto implicó la polarización total de la sociedad y, con ello, la integración de las fuerzas de trabajo en las nuevas ortodoxias. Pero supuso, al mismo tiempo y por la misma razón, la aceptación de ciertas concesiones a las izquierdas políticas en aras de evitar la extensión de la “amenaza comunista” proveniente de la URSS. Hemos visto, finalmente, cómo el grupo de socialistas del que se rodeó Thompson (en sus últimos años en el PCGB y al salir de este) recuperaba el legado normativo del socialismo de entreguerras al denunciar la falta de democracia económica del modelo. Todo ello se desarrollaría plenamente en la *New Left*, movimiento que analizaremos en el capítulo siguiente de esta tesis.

La mirada sobre el Pacto Social que hemos ofrecido aquí, y que creemos que es fiel a la que tenía el propio Thompson, entiende este Pacto como un acuerdo *eminente* político. Esto quiere decir que, al margen de las condiciones que lo hicieron posible, dependía ante todo de una determinada correlación de fuerzas. Por lo tanto, que el acuerdo era tan inestable y frágil como era el equilibrio entre esas fuerzas²⁷⁰. Esto es, que la “desmundialización” del capitalismo acaecida en las últimas décadas, por decirlo en palabras de Antoni Domènech, fue el resultado de una lucha política en la que las fuerzas del trabajo salieron derrotadas, *ergo* que la tan cacareada “globalización” no es sino una suerte de vuelta al capitalismo de la *belle époque*. Esta visión se contrapone a todos aquellos que entendieron el Pacto como un desarrollo endógeno del propio capitalismo, como una suerte de expresión de las transformaciones irreversibles de la época. Los teóricos del “consenso” o del “fin de las ideologías”, o los revisionistas británicos, se contarían entre estos. Recordemos que para Marshall la tensión entre los principios capitalistas y los principios socialistas que es inherente al Pacto es una tensión por la que no debemos preocuparnos porque “este conflicto de principios surge de las propias raíces de nuestro orden social en su actual fase de desarrollo de la ciudadanía democrática” (T. H. Marshall, 1998: 82). También para Crosland se trataba de una tensión no problemática, que de hecho podía ser incorporada al propio universo socialista, porque era la expresión de las nuevas circunstancias propiciadas por los lentos procesos de transformación del desarrollo histórico del capitalismo (Crosland, 1957: 60). Como ha señalado Geoffrey Foote, estas opiniones dentro del Labour que daban por “irreversibles” las conquistas del Welfare State forman parte de una tendencia intelectual gradualista-determinista que se

²⁷⁰ Opiniones similares pueden encontrarse en el *postscriptum* que escribió Maurice Dobb en 1962 a sus *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo* (Dobb, 1975: 455-462).

puede rastrear como la herencia de fabianos como George Bernard Shaw o Beatrice y Sidney Webb (Foote, 1997: 30).

Esta visión del Pacto como un acuerdo de todo punto político fue ya anticipada por Michael Kalecki en su famoso artículo “Aspectos políticos del pleno empleo” de 1943 (Kalecki, 1943), donde el economista polaco explicó por qué un acuerdo de la patronal sobre el pleno empleo tendría unas bases muy frágiles. Aunque el modelo trató de buscar un juego de suma positiva, esto no eliminó el conflicto de intereses entre clases sociales, probablemente porque este es intrínseco a la propia existencia del capitalismo (Meiksins Wood, 1995b). Y a un acuerdo entre partes esencialmente irreconciliables quizá se le pueda aplicar la máxima spinoziana:

Nadie en absoluto será fiel a sus promesas, sino por el miedo a un mal mayor o por la esperanza de un bien mayor (...) es necio pedir a alguien que nos sea siempre fiel a su promesa si, al mismo tiempo, no se procura conseguir que al que rompa el pacto contraído, se le siga de ahí más daño que utilidad. Esta doctrina debe aplicarse, sobre todo, en el momento de organizar un Estado (Spinoza, 2008 [1670]: 339).

Consciente del carácter eminentemente político de este tipo de acuerdos, Kalecki predijo en 1943 lo que ocurriría tres décadas más tarde:

En esta situación es probable la formación de un bloque poderoso entre las grandes empresas y los rentistas, y probablemente encontrarían a más de un economista dispuesto a declarar que la situación es manifiestamente inconveniente. La presión de todas estas fuerzas, y en particular de las grandes empresas –por regla general influyentes en algunos departamentos gubernamentales–, induciría con toda probabilidad al gobierno a volver a la política ortodoxa de reducción del déficit presupuestario (Kalecki, 1943).

El legado del 45: la visión *eminente* política de la patronal contra-reformadora

Una buena manera de comprender el alcance del orden social de posguerra es atender a cómo la patronal y las élites occidentales entendieron que este acuerdo debía romperse a partir de los años 70. Quizá el ejemplo más conocido sea el programa propuesto por la Comisión Trilateral reunida en Tokio en 1973, creada por David Rockefeller y en cuyo seno vinieron a juntarse conocidos personajes como Samuel P. Huntington o Zbigniew Brzezinski. Su peso no debe subestimarse: durante la administración de Jimmy Carter (1977-1981) todos los puestos importantes del gobierno fueron ocupados por miembros de la Trilateral (Chomsky, 1981). La Trilateral entendió que el modelo social surgido de la posguerra daba demasiado peso a la democracia lo cual impedía una lucha efectiva contra el comunismo. En palabras de Brzezinski: “[cuanto] más democrático es en realidad un sistema, más probable es que sea perjudicado por amenazas intrínsecas” (en Trilateral Commission (comp.), *The Crisis of Democracy*, 1975, citado en Garcés, 2014: 176).

Este tipo de opiniones provenientes de las élites no han dejado de aparecer en fechas recientes. Un personaje importante de la patronal francesa afirmó en 2007:

El modelo social francés es el puro producto del Consejo Nacional de la Resistencia. Un compromiso entre gaullistas y comunistas. Es hora de reformarlo, y de que el gobierno se emplee a fondo en esa reforma. (...) ¿La lista de reformas? Es muy simple: quiten todo lo que se realizó entre 1944 y 1952; todo, sin excepción (...). De lo que se trata hoy es de salir de 1945 y de deshacer metódicamente el programa del Consejo Nacional de la Resistencia (Denis Kessler: “Adieu, 1945, raccrochons notre pays au Monde”, citado en Domènech et al., 2013).

En la misma línea se pronunciaba un informe de la banca J. P. Morgan de 2013 que recomendaba una reforma profunda de las Constituciones de los países del sur de Europa, a las que veía demasiado influenciadas por el socialismo:

Los sistemas políticos en la periferia se establecieron después de la dictadura, y se definieron por esa experiencia. Las constituciones tienden a mostrar una fuerte influencia socialista, lo que refleja la fuerza política que los partidos de izquierda ganaron después de la derrota del fascismo. Los sistemas políticos alrededor de la periferia suelen mostrar varias de las siguientes características: ejecutivos débiles; Estados centrales débiles en relación con las regiones; protección constitucional de los derechos laborales; sistemas de creación de consenso que fomentan el clientelismo político; y el derecho a protestar si se realizan cambios no deseados en el *statu quo* político. Las deficiencias de este legado político han sido reveladas por la crisis. Los países de la periferia solo han tenido un éxito parcial en la producción de agendas de reforma fiscal y económica, con gobiernos limitados por constituciones (Portugal), regiones poderosas (España) y el surgimiento de partidos populistas (Italia y Grecia) (J. P. Morgan, 2013).

Como es de sobra conocido, el Pacto sería roto “por arriba”, por los empleadores y las élites económico-políticas occidentales, que iniciarían un proceso de contrarreforma que no ha terminado aún (Harvey, 2007; M. Roberts, 2016). Esta ruptura del Pacto en los años 70 suponía:

La más inesperada de las victorias de la Guerra Fría: la imposición de las reglas más duras del “sistema de libre empresa” a una Europa que hasta entonces se había resistido a abandonar por completo unas pautas de política social que garantizaban un mínimo de cohesión y un cierto grado de igualdad. El modelo construido en Europa como fruto de siglo y medio de luchas sociales podía ser definitivamente destruido. Algo que no había conseguido ni siquiera el fascismo (Fontana, 2011: 23).

Dado el enorme papel de colaboración que habían jugado las fuerzas del trabajo socialdemócratas en este Pacto, no es de extrañar que, una vez roto, se diera por acabado el papel de estas y la eterna cantinela de la “crisis de la socialdemocracia” lleve décadas sobrevolando Europa. En 1981 Thompson escribía:

El atlantismo victorioso colocó a la socialdemocracia en una posición difícil, puesto que los acontecimientos acarrearón la sumisión de los partidos socialdemócratas y laboristas a la hegemonía de la potencia capitalista más fuerte. (...) esto no acabó con el impulso humanitario presente en los programas de estos partidos; mientras la economía siguió boyante, fue posible, pese a la hegemonía imperante, redistribuir alguna riqueza dentro de la economía nacional y asignar ciertas prioridades en el campo del bienestar, la sanidad o la educación (...) actualmente esto ya no es posible. Las razones son más que evidentes (Thompson, 1983 [1981]: 215).

2.6. ¿UNA EUROPA SOCIALISTA? A MODO DE CONCLUSIÓN

Reforma y revolución. El secreto mejor olvidado de la reforma del capitalismo

A lo largo de este capítulo hemos señalado una diferencia importante entre el *momentum* democrático que conoció la Europa de posguerra y la creación del Pacto Social. En algunas ocasiones, estos dos elementos se confunden, y se interpreta este último como el resultado *directo* del primero. Lejos de ser así, hemos analizado cómo el Espíritu del 45 fue sofocado por las grandes potencias vencedoras de la Guerra, generando un nuevo conflicto (la Guerra Fría) cuya primera manifestación fue poner fin a las materializaciones de ese empuje popular. En segundo lugar, hemos visto cómo la socialdemocracia y los sindicatos mayoritarios de posguerra se embarcaron en un proceso de autotransformación para amoldarse a las nuevas circunstancias, proceso en el que su identidad socialista se contorsionó, aunque todo ello quedara mediado por un debate en el que se trató de redefinir qué significaba ser “socialista”. En este sentido, el Pacto fue lo que fue gracias

al empuje de esa energía popular de posguerra, pero también porque se consiguió derrotar la aspiración democrática del 45.

Erik Olin Wright ha defendido recientemente que lo que es posible o imposible en el mundo social no es independiente de lo que pensamos/sintamos/creamos. Si le preguntásemos a un físico, dice Wright, nos dirá que hay un límite máximo al que pueden desplazarse los objetos, al margen de nuestros estados mentales. Lo mismo nos ocurriría con un biólogo que describiese las condiciones en las que es posible el florecimiento de la vida. Pero en las ciencias sociales, nos dice el autor, “las creencias de la gente acerca de los límites afectan de modo sistemático a lo que es posible” (Wright, 2014: 39). Recuperando esta idea, sostenemos que solo porque las personas que compartieron la experiencia del antifascismo y la euforia del Espíritu del 45 creyeron que era posible un mundo distinto al capitalismo se pudieron negociar las condiciones para la reforma de este. La gran reforma dejaría a muchas personas insatisfechas porque no realizaba las aspiraciones de ir más allá del capitalismo. Pero si las poblaciones europeas de la posguerra no hubieran *creído como posible* esa ampliación de horizontes, es difícil imaginar que hubiera siquiera sido posible negociar un capitalismo reformado.

Solo después del *fait accompli* los partidos socialdemócratas escorados a la derecha y plenamente integrados en el nuevo régimen (véase apartado 2.3.3.) plantearían la mejora y el perfeccionamiento del Estado de Bienestar como un fin en sí mismo, como la etapa (casi) final del socialismo. Josep Fontana, retomando una idea de Hobsbawm, considera que, después de 1945, la socialdemocracia europea “pudo considerar culminada su tarea, no tenía proyecto para ir más allá” (Fontana, 2015). Fue una de las principales conquistas de la socialdemocracia de posguerra no tanto el haber colaborado a sembrar las condiciones para que el Pacto Social fuera posible, sino haberse arrogado el mérito *in toto* (pueden verse ejemplos recientes de esto en Nyrup Rasmussen y Bullman, 2016; Pérez Tapias, 2018). Hasta tal punto lo consiguieron que ya es un lugar clásico atribuir la creación del Pacto Social a la socialdemocracia, incluso entre intelectuales que no son afines a esta corriente política (véase, por ejemplo, Anderson, 1995; Wright, 2014). Se confunde aquí lo que la socialdemocracia de posguerra quería y que el Pacto llegase a concretarse exclusivamente porque ella lo quisiera. Como ha escrito recientemente el colectivo *Contra el Diluvio*, estamos ni más ni menos que ante un “secreto olvidado”:

Toda reforma profunda y exitosa siempre ha ido de la mano de una acción revolucionaria que aspiraba y amenazaba con ir más allá. Las reformas más duraderas dentro del capitalismo siempre ocurrieron como respuesta a los intentos más creíbles de superar el propio capitalismo. Una de las ironías del siglo XX es que reforma y revolución, además de ser caminos antagónicos, también eran caminos hermanos. Cuando decidimos que la revolución era imposible descubrimos aterrorizados que al mismo tiempo habíamos olvidado cómo ser sensatos reformadores (Contra el Diluvio, 2018).

En parte, le debemos a Thompson el recordarnos este secreto con su reivindicación del *momentum* del 45, su explicación de cómo la Guerra Fría acabó con este, de cómo el Pacto Social debe leerse como *punto de llegada*, ininteligible sin ese “fermento del 45” pero cuyos contenidos finales nos impiden identificarlo propiamente con este. Thompson constituye un ejemplo destacado del socialismo democrático de posguerra para el que la reforma del capitalismo fue insuficiente, y que aspiró incansablemente a recuperar los proyectos reformista-revolucionarios del socialismo de entreguerras.

“Liberar las intenciones de los muertos”. El peso de la tradición

Se puede discutir que algunas de las posturas particulares de Thompson fueron poco realistas o demasiado utópicas. Este fue el caso, por ejemplo, cuando pensó que era viable

la creación de un partido político liderado por la New Left que desafiara al Labour y al PCGB a nivel nacional. También cuando, llevado por el entusiasmo, creyó que una “revolución” o transición hacia el socialismo democrático era más probable en Gran Bretaña en los 60 y los 70 que en cualquier otro país de la Europa occidental, con la excepción de Italia (Thompson, 1980 [1975]: 88). Y quizá también pueda ser catalogada de utópica su constante crítica a la “alta política [*high politics*]” y su estrategia de ruptura basada exclusivamente en la movilización y autoorganización del pueblo “desde abajo [*from below*]”, contando *con*, pero *al margen de* las grandes organizaciones políticas. Probablemente estos fueran momentos o posicionamientos *románticos*. Con décadas de distancia, Thompson mismo pudo valorar que sus expectativas de posguerra habían sido ingenuas, y reconoció: “Fui demasiado jodidamente inocente [*too bloody innocent by half*]” (Thompson, 1980)²⁷¹.

Ahora bien, a la vista del relato histórico ofrecido aquí, creemos que su inocencia o romanticismo no tienen que ver con sus *ideales*, sino con las *maneras* en las que pensó que esos ideales podrían llevarse a cabo. La idea de recuperar la larga tradición por la unidad progresista –por usar los términos de Blaazer–, que para nosotros no es sino la idea de la vieja tradición democrática de aunar a las diferentes capas del *dêmos* en un solo frente común, está lejos de poder ser calificada de ingenua, salvo que se dé por muerta a la propia tradición socialista (algo que la mayoría de los que acusaron de “romántico” a Thompson están lejos de considerar). La perspectiva europea y no meramente inglesa (y, sobre todo, no circunscrita exclusivamente al siglo XX) sobre la historia del socialismo nos permite comprender por qué el objetivo político de Thompson fue siempre revivir y reanimar ese espíritu democrático de 1945. Thompson estaba, sencillamente, tratando de entroncar de nuevo con lo que consideraba que eran los principios fundacionales y democráticos del socialismo internacional(ista).

La larga noche de la Guerra Fría no ofrecía muchas posibilidades para ello. Y su propio universo cultural (totalitarismo *versus* mundo libre) constreñía el campo de lo políticamente imaginable. Por esa razón, nos dice Thompson, lo primero que había que hacer era “**liberar las intenciones de los muertos**”, es decir, deshacerse del relato oficial de la Guerra Fría y recuperar la esencia del entusiasmo popular del 45. Se trataba, en suma, de no aceptar la dicotomía entre el capitalismo reformado o el comunismo estalinizado, sino de construir una “tercera vía” que rescatase la idea de una Europa libre, democrática y unida:

¿Cómo podría llevarse esto a cabo? Ciertamente no puede hacerse por la victoria de un lado sobre el otro. Porque esto significaría la guerra. Debemos volver sobre nuestros pasos [*retrace our steps*] hasta ese momento, en 1944, antes de que se instalara la glaciación, y buscar una vez más **una tercera vía** (Thompson, 1983 [1981]: 228).

Esa “tercera vía” propugnada por el historiador venía siendo alentada ya desde fecha tan temprana como 1953 (cuando todavía militaba en el PCGB), como un intento de resolver el abismo infranqueable que mantenía dividido al movimiento obrero europeo:

¡Dejadnos organizar un movimiento de orden mundial de la gente común para resistir la tendencia a la guerra! ¡Dejad que los comunistas y los no-comunistas se reúnan y alcancen un mayor entendimiento entre ellos! ¡Dejadnos intentar agrupar Occidente y Oriente en vez de forzarlos a estar separados! (“Editor’s Notes”, *Yorkshire Voice of Peace*, febrero de 1953; citado en Efstathiou, 2015: 119).

²⁷¹ Sobre si esto era un objetivo utópico/romántico, él mismo fue claro: “no es su credulidad pasada sino nuestra inacción presente lo que reduce esas intenciones a la futilidad” (“The Liberation of Perugia” en Thompson, 1985b: 200-201, subrayado nuestro).

Cuando se consumó la ruptura con el PCGB en 1956, Thompson seguía pensando en los términos del frentepopulismo:

Desde el momento en el que estamos hablando de un “Frente Popular” nuestra asociación estrecha con los elementos de izquierdas del Partido Laborista debería considerarse una experiencia positiva (Thompson, documentos de archivo sobre el *Reasoner*, citado en Efstathiou, 2015: 61).

La Europa de Thompson incluía los dos lados del Telón de Acero. De nuevo, es necesario recordar que no todas las fuerzas socialistas europeas occidentales se rindieron al nuevo orden de cosas, defendiendo el Pacto Social de posguerra o bien impugnándolo totalmente proponiendo sustituirlo por un modelo de inspiración soviética. Para algunos socialistas, entre los que Thompson figura como voz ejemplar, ni se podía renunciar al objetivo de democratizar la vida económica, ni tampoco a la conquista de las libertades populares minusvaloradas (o sencillamente aplastadas) por los bolcheviques. Es precisamente esa conjunción de “socialismo con Derechos Humanos”, lo que definirá la particular idiosincrasia filosófico-política de Thompson, defendida a capa y espada en un momento histórico donde las posiciones de “tercera vía” fueron el blanco fácil de los apologetas de ambos lados del Telón.

Sin embargo, para conseguir hacer frente al estrechamiento de posibilidades socialistas que implicaba el nuevo orden mundial, Thompson tenía que hacer primero un ajuste de cuentas con su propio pasado político en un partido estalinista. La Unión Soviética había sido uno de los principales agentes creadores de la Guerra Fría: sencillamente, uno no podía seguir siendo comunista sin hacerse cargo de esto. ¿Pero por qué algunos decidieron seguir siendo comunistas en un entorno tan hostil? En este proceso la cuestión de los tiempos será crucial. La autoridad de un partido que para muchos todavía representaba el legado de los Frentes Populares y el antifascismo era muy grande, y el escenario de Guerra Fría no era particularmente propicio para las deserciones. En el capítulo siguiente analizaremos cómo se articuló para Thompson ese “socialismo con derechos humanos” en un intento de renovación de la tradición marxista que pasaba por restaurar sus raíces republicano-democráticas. El peso de la historia de las luchas por la democracia acabaría siendo, para el intelectual británico, el punto de apoyo arquimediano desde el que se redefiniría su activismo.

Capítulo 3. *The Freeborn Englishman* y la Guerra Fría. Un pandemónium comunista, un Humanismo Socialista

El derecho de las masas populares democráticas de influir moralmente con su presencia sobre la actitud de las Asambleas Constituyentes es un viejo derecho del pueblo revolucionario, que desde las revoluciones inglesa y francesa no ha dejado ni puede dejar de ejercerse nunca en los períodos turbulentos. Al ejercicio de ese derecho debe la historia casi todos los pasos enérgicos dados por esas asambleas

(Marx, “La libertad de deliberación en Berlín”,
Nueva Gaceta Renana, 17 de septiembre de 1848)

La facultad de pensar la historia y la facultad de hacerla o crearla, se identifican. El revolucionario tiene del pasado una imagen un poco subjetiva acaso, pero animada y viviente, mientras que el pasadista es incapaz de representárselo en su inquietud y su fluencia. Quien no puede imaginar el futuro, tampoco puede, por lo general, imaginar el pasado

(Mariátegui, “Heterodoxia de la tradición”
Mundial, 25 de noviembre de 1927)²⁷²

La gran mayoría de los intérpretes de Thompson han entendido que los supuestos normativos, la sustancia moral, que atraviesan su obra y sustentan sus puntos de vista provienen en su gran mayoría de dos fuentes: la tradición romántica británica y el marxismo. Sin embargo, en este capítulo argumentaremos que estos enfoques dejan sin determinar toda una serie de influencias que provienen de otro manantial: el de la tradición republicana democrática de Gran Bretaña (a menudo catalogada bajo la etiqueta general de “radicalismo”²⁷³), que Thompson reivindicó con la misma (o mayor) frecuencia con la que reivindicaba a los románticos (y más, desde luego, que con la que reivindicó su peculiar y heterodoxo compromiso con el marxismo). El hecho de no haber

²⁷² Le debo a Brais Fernández el descubrimiento de esta referencia de Mariátegui.

²⁷³ Desde al menos mediados y finales del siglo XVIII, las fuerzas británicas que abogaban por una “reforma” profunda de la estructura política del país fueron conocidas como “radicales”, de tal manera que el término muchas veces englobaba de forma vaporosa un espectro progresista amplio (desde John Wilkes o Charles James Fox hasta el cartismo, pero también, avanzado el siglo XIX, servía para designar a la parte más izquierdista del Partido Liberal). Se trata de un uso que lo diferenciará de otros practicados en el continente, donde en muchas ocasiones los “partidos radicales” solían tener tendencias centristas o incluso conservadoras (véase la entrada “radical” en el *Oxford English Dictionary*, 2009). En cualquier caso, se trata de un sentido que en muchos casos (aunque no en todos) se solapa con lo que en el Capítulo 1 hemos definido como “tradición republicana” en su vertiente democrática (véase para esto Foote, 2005). El historiador David Blaazer también encontró ciertas dificultades en delimitar un concepto que abarcara su campo de estudio, optando por hablar de una “tradición progresista” que no sería ni la mera suma de los partidos y organizaciones que se oponían a los conservadores, ni tampoco se definía por la pertenencia a una ideología o partido concretos. Más bien, sostiene Blaazer, se trató de un “discurso” que se fue modulando históricamente, y que compartía ciertos supuestos. Lo que mejor define a esta tradición, nos dice, es su objetivo: “Los progresistas han asumido que el propósito de las instituciones políticas y de la actividad política debería ser aumentar la libertad. Han estado por tanto inherente e inevitablemente opuestos a los detentadores del poder arbitrario, se derive este del privilegio ancestral, de la posición burocrática o de la riqueza” (Blaazer, 1992: 196). El parentesco entre esta “tradición progresista”, el “republicanismo” y el “radicalismo” es evidente y debería ponernos en guardia ante el problema metodológico de que los mismos conceptos, en sus mutaciones a lo largo del tiempo, puedan ser expresados en diferentes términos.

identificado con precisión estas fuentes ha llevado a algunos intérpretes a confundir la sustancia de las ideas republicanas con la tradición “liberal” (Anderson, 1985; Hamilton, 2011: 40). El pulso que guía este capítulo, por tanto, es la consideración de que las manidas etiquetas de “crítico moral” o “romántico” con las que se ha tendido a clasificar el pensamiento de Thompson tienden a ser vagas, generalizan demasiado al confrontar dos maneras de ver el mundo (la utilitaria, economicista y mecánica *versus* la humana, romántica y moral) y pueden esconder más de lo que iluminan. Al defender esto somos conscientes de que el argumento puede ir en contra incluso de algunas intervenciones del propio Thompson, que en algunas ocasiones se autopercibía en ese juego de oposiciones.

Tratar de explicar por qué Thompson tuvo una relación mucho más estrecha con el republicanismo de lo que se ha registrado hasta ahora no implica necesariamente tener que dar cuenta de por qué el propio intelectual británico no se definió a sí mismo como un “republicano”, o de por qué no se sumó entusiasmado al *revival* neorepublicano que explicamos en el Capítulo 1. Uno puede argumentar las afinidades intelectuales de un pensador con toda una serie de principios o ideas *a pesar de* que ese mismo pensador no se hubiera identificado consciente o explícitamente con ellas²⁷⁴. En parte, nuestros argumentos parten de esta intuición. Sin embargo, existe una serie de razones por las que el hecho de que Thompson no se sintiera parte del *revival* neorepublicano tiene cierta lógica, y dar cuenta brevemente de estas razones puede ayudarnos no solo a enmarcar mejor su pensamiento, sino también a comprender los límites de las obsesiones taxonómicas que tienden a dar por sentados los significados de los términos con los que nos movemos en el mundo político.

Thompson fue un historiador obstinadamente dedicado a su tema de estudio –la Inglaterra de los siglos XVIII y XIX– y con poca disposición a excursiones filosóficas o teóricas²⁷⁵, e incluso crítico con los historiadores que se aventuraban temerariamente fuera de su propio terreno de especialización (véase, por ejemplo, las críticas a su compañero G. Rudé en el Capítulo 5). Por lo tanto, no sorprende que no enmarcase su propia posición como parte de un programa de investigación de filosofía política al estilo de Pettit. Lo sorprendente sería más bien que no dialogara con el *corpus* histórico de Skinner o Pocock, dado que Thompson escribía una historia social preñada de incursiones en la historia del pensamiento político. Es entonces la (ausencia de) relación de Thompson con la Escuela de Cambridge lo que merece una explicación.

De cara a comprender su relación con Cambridge debe apuntarse primero que cuando se formaron las principales disposiciones teóricas y éticas del intelectual británico a lo largo de los años 40 y 50 todavía no existía el *revival* republicano en la academia. Como vimos en el Capítulo 1, será a finales de la década de los 60 cuando el republicanismo empiece a ponerse de moda en la historiografía norteamericana y a mediados de los 70

²⁷⁴ Agradezco al sociólogo norteamericano Jeffrey Alexander de la Universidad de Yale por insistirme en este punto.

²⁷⁵ “No me hago ilusiones acerca de la habilidad o la originalidad de mis excursiones en la teoría” (Thompson, 1994d [1965]: 51-52); “No soy un pensador sistemático de ningún tipo, y solo lo intento en el sentido de defender la verdad de una noble tradición que se derrumba, hasta que los pensadores vengan y la reconstruyan” (carta a Ralph Miliband, 19 de octubre de 1963, citado en Howell, 2015: 520). “Todavía me cuesta mucho esfuerzo y soy muy inexperto y poco profesional en mis tentativas de abordar cuestiones teóricas y filosóficas. *Miseria de la teoría*, que es mi intento más extenso, me resultó excesivamente duro. Lo encontraba muy difícil y me avergüenzo del hecho de que cualquier filósofo podía ver que yo no tenía la preparación adecuada para emprender una discusión epistemológica” (Thompson, Fontana y Ucelay da Cal, 1984: 76).

cuando ocurra lo mismo en la anglosajona en general. Esto no significa que Thompson desconociera las principales referencias del radicalismo británico, sino que accedió a ellas mucho antes, y por otras vías, que los historiadores de Cambridge.

En segundo lugar, es imprescindible apuntar que Thompson disfrutaba de su posición en los “márgenes” de las tendencias académicas establecidas (Ríos Gordillo y Estrella, 2014). De forma provocadora solía definir su marxismo heterodoxo como “romántico” – en referencia a un William Morris que presentó como el menos romántico de los románticos– o, incluso, como un marxismo “muggletoniano” –en referencia a una pequeña secta religiosa casi del todo desaparecida con la que es probable que William Blake, un icono para Thompson, se hubiera identificado (Thompson, 1976: 20; Thompson 1993b).

Tercero, como tuvimos ocasión de discutir (véase 1.2.), el proyecto de Cambridge nació sobre la hipótesis de que las ideas republicanas se eclipsaron a finales del XVIII y principios del XIX, y sus contribuciones tomaron una forma particularmente aversa al marxismo y a las cuestiones relacionadas con la propiedad y los conflictos sociales, quedando oscurecidas las continuidades entre las tradiciones socialista y republicana. Este era un enfoque que no podía atraer especialmente a un historiador y socialista que no solo había dedicado parte de su vida a mostrar estas continuidades, sino que las consideraba *políticamente* esenciales para fundamentar una política socialista en su propio tiempo (véanse los Capítulos 3 y 4 de esta tesis). Por otro lado, podría hablarse de una pugna más o menos soterrada entre la Escuela de Cambridge y el Grupo de historiadores marxistas británicos del que formaba parte Thompson, lo cual podría ayudar a entender que estos últimos no corrieran prestos a tomar las principales etiquetas de los primeros (véase 3.2.2.).

Un apunte más podría ayudarnos. Cuando una serie de historiadores empezaron, a principios de los años 80, a desafiar el paradigma neorrepblicano conectando la tradición socialista con sus orígenes radicales de una forma sistemática y bien documentada (véase 1.2.), Thompson estaba implicado en el movimiento pacifista internacional que absorbía la mayor parte de su tiempo²⁷⁶. Cuando su frenético activismo se fue relajando, la vejez comenzó a hacer estragos de forma temprana en su cuerpo, así que dedicó gran parte de su tiempo a terminar las investigaciones que ya tenía empezadas o con las que se había comprometido. En cualquier caso, es importante apuntar que fue testigo de los cambios acaecidos en el panorama neorrepblicano, como atestigua que estuviera en correspondencia con Gregory Claeys –uno de los grandes historiadores que apuntaló el esquema de la continuidad entre republicanismo y socialismo– a comienzos de los 90²⁷⁷. Tampoco debe pasarse por alto que una de las últimas tareas en vida de Thompson fuese justamente completar y dar salida a sus escritos sobre John Thelwall, el gran jacobino inglés; sobre pensadores románticos como Wordsworth o Coleridge, que se habían

²⁷⁶ Entre 1980 y 1985 había dado más de 500 mítines, participado en interminables reuniones y visitado 20 países diferentes (Thompson, 2000a [1985]: 7). “Mi vida de escritor académico se ha visto interferida –y repetidamente aplazada– por las exigencias de la publicística política polémica: primero, en defensa de libertades civiles como la integridad del sistema de jurados populares y en oposición al autoritarismo creciente en Gran Bretaña; y luego, en representación del movimiento por la paz. Si hay que distinguir entre el escritor de historia y el escritor político, entonces el historiador que hay en mí lamenta mucho los años desperdiciados en política: y nunca más que ahora, cuando me hallo rodeado de obra inacabada y demasiado poco tiempo por delante. Pero, como ciudadano, no tengo por qué disculparme con el historiador” (Thompson, 1987a).

²⁷⁷ Véanse, por ejemplo, los agradecimientos a Thompson en algunos de sus artículos (Claeys, 1994) o las referencias de Thompson a la obra de Claeys (Thompson, 1997b).

comprometido con el jacobinismo y acabaron renegando de él (Thompson, 1997b); y sobre William Blake, ese “ardiente republicano” (Thompson, 1993c: 126). Dorothy señaló, una vez fallecido Edward, que uno de sus proyectos pendientes era escribir una obra sobre Mary Wollstonecraft, una de las principales feministas republicanas, sobre la que tenía bastantes materiales trabajados pero solo había podido publicar unas pocas palabras (D. Thompson, 2000b). Su prematura muerte con 69 años nos privó, probablemente, de alguna reflexión sobre el “giro social” del paradigma neorrepblicano que habría sido, sin duda, sumamente interesante.

Aun considerando todas las razones expuestas, como decíamos, la ausencia de “etiquetas” para la autodescripción no debería llevarnos a confusión. No solo Thompson supo identificar las continuidades de la tradición republicana en el socialismo, sino que además su propia vida y obra ganan una coherencia fundamental si las comprendemos a la luz de esas influencias²⁷⁸. En este capítulo y en el siguiente se ofrece una exposición aquilatada de esas fuentes y de cómo el propio intelectual socialista las reelaboró y sintetizó bajo las circunstancias de su propio tiempo, poniendo así sobre la mesa la cuestión de la vigencia del pensamiento republicano.

3.1. INTRODUCCIÓN: ¿QUÉ TRADICIÓN ES ESTA?

En 1947 Thompson tenía 23 años. La Segunda Guerra Mundial y la experiencia del fascismo estaban frescas en su memoria. Al volver de sus tareas de reconstrucción en Yugoslavia encontró una Gran Bretaña confusa, en la que los cantos de sirena del Espíritu del 45 se convertían en ascuas mientras una poderosa burocracia laborista colaboraba en poner en marcha la siniestra y cicatera maquinaria de la Guerra Fría. Oswald Mosley había sido puesto en libertad por decisión de Herbert Morrison, alegando su enfermedad, y los antiguos fascistas volvieron a manifestarse por las calles del país. Contra todo eso se revolvió un joven comunista, que publicaría la que sería su primera intervención política: *The Fascist Threat to Britain* (Thompson, 1947b)²⁷⁹.

La enorme crisis económica de posguerra, nos dice el joven activista, solo se puede resolver satisfaciendo las demandas del socialismo de entreguerras. La solución pasaba por “poner los medios de producción en manos de la gente”, y evitar el peligro de la burocratización creciente al que se dirigía el país bajo dirección laborista:

La burocracia es algo abominable, y cuanto menos haya, mejor (...). La verdadera respuesta a la burocracia es dar a los representantes de los trabajadores una mayor participación en el funcionamiento del país y la industria (Thompson, 1947b)²⁸⁰.

²⁷⁸ Nuestro objetivo no es, en cualquier caso, “reconstruir” una coherencia inmutable o que pueda remitirse *ante todo* a una sola fuente de influencias. El personaje de Thompson es demasiado polifacético, y sus posiciones cambiaron tanto a lo largo de su vida, como para que tuviera siquiera sentido el intento. El rastreo de esas vetas republicanas sí que puede, por el contrario, aportar algo de luz sobre las continuidades o, incluso, las conexiones entre algunas de sus muchas facetas como escritor, activista, profesor o poeta.

²⁷⁹ El documento se puede encontrar en varios lugares: en los papeles del Partido Comunista de Gran Bretaña en la *Working Class Movement Library* (Staldford). Caja 8, Ref.: 36001917. También en el Archivo Nacional: KV-2-4290 (21).

²⁸⁰ Apréciese el importante matiz: Thompson no dice en 1947 que deban ponerse los recursos productivos en manos del pueblo trabajador sino de sus representantes. Esto, junto con la denuncia del programa de

En un pasaje de tono ciertamente republicano, Thompson alienta a evitar el fetichismo parlamentario de la izquierda laborista y apela a las prácticas históricas de movilización popular: “no nos dejemos contentar solo con las leyes. La única salvaguarda para nuestras libertades, si queremos evitar nuevas bestialidades y nuevas guerras, es la vigilancia constante e insomne de todo el pueblo”²⁸¹. En esta apelación a las virtudes cívicas del pueblo trató de conectar su lucha antifascista con la miríada de conflictos que recorren centenariamente la historia británica. Historias viejas y, quizás, olvidadas, que representaban figuras como Thomas Hardy, Richard Carlile, William Cobbett o los cartistas.

Tan solo cinco años después, Thompson volvía a la carga con otro panfleto: *The Struggle for a Free Press*. El autor describe cómo desde la invención de la imprenta y su introducción en Inglaterra en el siglo XV los gobiernos no hicieron más que intentar controlarla a través de la censura, la persecución y la represión de los impresores de panfletos, a los que se acusaba de “sedición”. Durante la Revolución inglesa, destaca, cientos de panfletos fueron impresos y distribuidos por todo el país. El New Model Army presenció las reuniones de soldados debatiendo sobre política: “no solo el republicanismo estaba en el aire, también el ateísmo y las ideas agrarias democráticas y comunistas”. Los representantes de los grandes terratenientes y los grandes poderes comerciales se asustaron de que la cosa pudiera ir más allá, por lo que en 1643 impusieron una nueva censura contra la que John Milton escribiría su famosa *Aeropagítica*.

Después de las guerras civiles, y destruida el ala radical de la revolución, los poderosos no vieron el peligro de aceptar cierta libertad de prensa porque la gran mayoría de la población no sabía leer. No fue hasta el siglo XVIII cuando cientos de panfletos se imprimieron criticando “The Old Corruption”. Contra la represión de Wilkes, el pueblo de Londres tomó las calles. Desde la Revolución Francesa hasta Peterloo, nos dice un joven Thompson, se extendió un período de persecución brutal contra la libertad de prensa. Se prohibieron infinidad de poemas y libros, entre ellos *Rights of Men* y *The Age of Reason* de Thomas Paine. En 1818, Richard Carlile se arma de valor para desafiar al gobierno e imprime las obras de Paine: fue perseguido por ello, acusado de “blasfemia” y encerrado tres años en prisión. Thompson remarca la intensidad de las batallas que libraron los autores de la *Unstamped Press*: desde William Carpenter y John Doherty hasta Ernest Jones o Bronterre O’Brien. Pero la tradición de Wilkes y Carlile, sostiene, había conseguido una “gran victoria”: cada vez más personas podían leer, y desde principios del siglo XIX la clase trabajadora industrial fue un poder con el que los poderosos tuvieron que lidiar.

Una vez las élites dieron por perdida la batalla de impedir la lectura entre las masas, el objetivo fue conseguir que los pobres “leyesen bien”. En la segunda mitad del siglo XIX la burguesía encontró su solución: la prensa se volvió un negocio multimillonario, relacionado con los ingresos derivados de la publicidad. El coste de mantener un medio a nivel nacional era gigantesco y solo sobrevivieron los que pudieron movilizar recursos no accesibles al resto de medios (corresponsales extranjeros, sección deportiva, etc.). Los socialistas de finales del XIX lidiaron terriblemente con este dilema, contraponiendo sus

nacionalizaciones de Morrison como un modelo de burocracia incontrolable, forma parte de la retórica estándar del PCGB (véase especialmente PCGB, 1951), que en esa fecha Thompson todavía comparte.

²⁸¹ Compárese esta apelación a la “vigilancia insomne de todo el pueblo” con las siguientes palabras del socialista republicano Jean Jaurés: “No pretendo que la República, por el mero hecho de ser República, sea un principio de progreso; y si la democracia, igualmente republicana, no es vigilada sin cesar, si no está rodeada por la acción de clase del proletariado, se quedará estancada” (citado en Audier, 2015: 111).

“debiluchos panfletos de propaganda” a los grandes medios. El *Commonweal* de William Morris destacó virtuosamente entre ellos. En 1893 se crea el *Labor Chronicle*, que fue pionero en poner los derechos propiedad y control en manos de los escritores y de los lectores, pero no consiguió aguantar más de un mes. *The Daily Herald*, fundado en 1911, fue el principal diario socialista de tirada nacional exitosa, pero en la década de los años 20 se fue escorando cada vez más a la derecha y acabó cerrando en 1930. Finalmente, nos explica el autor, con el estallido de la Guerra Fría la prensa burguesa había purgado a los elementos menos leales al nuevo orden y las grandes compañías habían comprado a otras, en un claro ejemplo de “dictadura financiera”. En este escenario tan adverso para las clases populares, termina el panfleto, el *Daily Worker*, órgano de expresión de los comunistas británicos fundado en 1930, ha “mantenido la tradición de Carlile, Cobbett, Jones y Morris”.

Estos dos panfletos escritos por un joven militante comunista, que todavía no se había convertido en historiador profesional, nos sitúan ante un tipo de intervenciones políticas que merecen ser investigadas. ¿Para qué escarbar en las enmohecidas profundidades de una historia que había tenido lugar hacía siglos? ¿Qué tradición era esa que se remontaba hasta los *levellers*, atravesando los siglos para aterrizar en el comunismo de los Frentes Populares? ¿Quién construyó este discurso y desde qué recursos intelectuales y morales se armó? ¿Y por qué se consideraba tan importante *precisamente* en el contexto de la Guerra Fría? A lo largo del presente capítulo trataremos de ir dando respuesta a estas preguntas. En primer lugar, abordamos la reconstrucción del entorno intelectual en el que Thompson entró en contacto con estas ideas, que no es sino el comunismo británico y especialmente el Grupo de Historiadores del PCGB. Un entorno rico y lleno de estímulos, pero también atravesado de contradicciones y censuras internas que, en 1956, llevarían a Thompson y a otros muchos comunistas a romper sus relaciones con el partido. La segunda parte del capítulo está dedicada a analizar el activismo de Thompson en el movimiento de la New Left, del que fue uno de sus fundadores, y del movimiento pacifista, del que llegaría a convertirse en uno de sus principales portavoces en la década de 1980. Desde su militancia en el PCGB hasta su liderazgo en la END, en los compromisos del intelectual británico asoman vetas republicanas que nos han llevado a hablar de un “republicanismo militante”.

3.2. EL GRUPO DE HISTORIADORES: EL PANDEMÓNIO COMUNISTA COMO GENERACIÓN INTELECTUAL Y POLÍTICA

No estamos dispuestos a renunciar, por mor del socialismo, a los derechos de libertad, a las garantías de la libertad individual e intelectual, por cuya causa han muerto los mejores entre todos los humanos en la hoguera de la Contrarreforma, en las mazmorras del absolutismo y en las barricadas de incontables revoluciones

(Otto Bauer, Declaración ante el Cuarto Congreso de la III Internacional, 1931;
citado en Braunthal, 1980: 502-503)

Recortáis el mundo de una manera terrible –sin daros cuenta, desde luego–. Para vosotros todo se refiere directamente a la política: todo se tiñe de su color: la amistad, la comida, la literatura, la pintura, el amor. Ya nada es gratuito. Ya nada es porque sí. Todo viene a tener intención, a ser por algo. Matáis la espontaneidad

(Diálogo entre un socialista y un comunista en Madrid, noviembre de 1936,

El conocido como Grupo de Historiadores del PCGB se formó en 1946 y mantuvo una intensa actividad hasta 1956, año en el que estalló la crisis internacional en el comunismo y se disolvió el Grupo²⁸². En su seno se formaron algunos de los historiadores sociales más reconocidos a nivel internacional, como Eric Hobsbawm, Victor Kiernan, John Saville, Rodney Hilton, Christopher Hill, Raphael Samuel, George Rudé, Dorothy Towers o Edward Thompson²⁸³. Pero también colaboraron otros intelectuales que, aunque menos conocidos, fueron muy influyentes en sus actividades: Dona Torr, A. Leslie Morton, Maurice Dobb, Edwing Page, James B. Jefferys, Royden Harrison o George Thompson. En este epígrafe nos ocuparemos brevemente de su historia, para abordar con mayor detenimiento su contribución historiográfica, su relación con el estalinismo y, sobre todo, su proyecto político.

3.2.1. Los orígenes del Grupo

Las raíces de su creación deben ubicarse en una estrategia política y cultural del PCGB. En torno a 1938, este partido había hecho suya la estrategia de los Frentes Populares del Séptimo Congreso de la Komintern (véase 2.2.3.). Dimitrov había marcado la línea a seguir para los historiadores:

Los fascistas están hurgando en toda la historia de cada nación para hacerse pasar por herederos y continuadores de todo lo que fue exaltado y heroico en su pasado, mientras que todo lo que fue degradante u ofensivo para los sentimientos nacionales del pueblo lo utilizan como armas contra los enemigos del fascismo (...). Los comunistas somos opositores irreconciliables, en principio, del nacionalismo burgués en todas sus formas. Pero no somos partidarios del nihilismo nacional, y nunca debemos actuar como tales. La tarea de educar a los trabajadores y a todo el pueblo trabajador en el espíritu del internacionalismo proletario es una de las tareas fundamentales de cada partido comunista. Pero cualquiera que piense que esto le permite, o incluso le obliga, a burlarse de todos los sentimientos nacionales de las grandes masas de trabajadores, está lejos de ser un verdadero bolchevique, y no ha entendido nada de las enseñanzas de Lenin sobre la cuestión nacional (Dimitrov, 1935).

A mediados de los años treinta, el PCGB organizaba manifestaciones como las “Marches of History”, en las que los militantes desfilaban con los retratos de Oliver Cromwell, Jonh Ball, Wat Tyler, William Morris, Eleanor Marx, los mártires de Tolpuddle, los artistas, o Tom Mann (este último caminando entre los propios manifestantes, pues a sus 80 y pico años seguía militando activamente; véase Llacuna, 2016b: 138; Samuel, 1980: 41).

Hacer suya la estrategia nacional-popular no era tarea precisamente fácil en Gran Bretaña, donde diferentes naciones convivían bajo un mismo Estado representado por una bandera (la Union Jack) con fuertes connotaciones imperialistas. Pese a todo, el PCGB ofreció su propia respuesta a esto, construyendo una visión de la historia británica de corte progresista, muy centrada en Inglaterra, pero que permitiría también a los comunistas

²⁸² Las referencias bibliográficas sobre el Grupo no han dejado de crecer con los años. En lo que sigue hemos tenido en cuenta diversas fuentes, pero puede ser de utilidad enumerar las más conocidas: (Hobsbawm, 1978b; Samuel, 1980; Schwarz, 1982; Kaye, 1984, 2007; Dworkin, 1997; Eley, 2005).

²⁸³ Thompson no fue especialmente activo en el Grupo de Historiadores del PCGB (participó más en el Grupo de Escritores), aunque la producción historiográfica de aquel tuviera un gran impacto sobre su propia obra (Davis, 2014). El MI5 registró en su espionaje que Thompson formaba parte del Grupo desde al menos octubre de 1947 (National Archives, KV-2-4290, 29).

galeses y escoceses armar su propia reivindicación nacional-popular contra el Estado británico imperialista. Sobra decir que estos discursos estaban plagados de tensiones, pero el movimiento tuvo sus resultados (Llacuna, 2016b: 516-517).

En septiembre de 1938, el partido organizó una primera reunión de historiadores con el objetivo de fomentar la elaboración de una historia marxista que “debe mostrar a la gente su pasado militante y revivir las gloriosas tradiciones de la lucha democrática y de la clase obrera [... con el fin de] arrebatarse el arma de la historia de las manos del enemigo” (“Acta de la reunión de historiadores marxistas, 23 de septiembre de 1938”, citado en Llacuna, 2016a: 335). Los debates de estos historiadores abordaron temas como la naturaleza del Estado en la Inglaterra de los Tudor y los Estuardo o el carácter de la Revolución inglesa. Las discusiones comenzaron... ¡en plena Segunda Guerra Mundial! Continuarían en varias publicaciones en la revista *Communist Review*. La publicación de *The English Revolution* de Christopher Hill en 1940 (con motivo de la celebración del tercer centenario de la Revolución), que tomaba pie en las investigaciones de Kosminski y otros historiadores soviéticos, supondría el pistoletazo de salida para el famoso “debate sobre la transición” del feudalismo al capitalismo (Tribe, 1981: 6-19).

Una vez acabada la guerra, el congreso del PCGB de noviembre de 1945 dio un paso fundamental para la institucionalización de estos trabajos al reconocer la centralidad de las tareas educativas del partido y fijarse como objetivo prioritario investigar el pasado radical del pueblo británico. Como parte de esa línea política de partido se organizó en 1946 el Grupo de Historiadores (Efstathiou, 2015: 30). En 1951 se aprobó, con la supervisión y el visto bueno de Stalin, el documento estratégico *The British Road to Socialism*. La novedad era la continua insistencia en la vía parlamentaria al poder mediante la construcción de una coalición de izquierdas (una idea que, en realidad, ya había sido avanzada en el programa de 1944, *Britain for the People*). En el nuevo contexto del Telón de Acero se recuperaba el tono nacional-popular de Dimitrov:

El Partido Comunista lucha por la independencia nacional y los verdaderos intereses nacionales del pueblo británico y de todos los pueblos del Imperio Británico (...). Gran Bretaña se ha convertido en un satélite de América (...). Nuestro llamado es a la unidad de todos los verdaderos patriotas para defender los intereses nacionales británicos y su independencia (PCGB, 1951).

El énfasis recaía de nuevo en la defensa de las llamadas “libertades democráticas”: “el socialismo significa libertad para la gente: libertad de la pobreza y de la inseguridad, libertad para que hombres, mujeres y niños desarrollen sus capacidades al máximo, sin miedo ni necesidad de favores” (PCGB, 1951).

En poco tiempo, el Grupo de Historiadores se convirtió en la sección más grande y productiva del Comité Cultural Nacional del partido. Tenía un director, un secretario, un tesorero y 15 miembros en su comité directivo. Expandió sus sedes a Manchester, Nottingham y Sheffield. Organizó conferencias, un seminario semanal en la Marx House de Londres y conferencias en distintas universidades para atraer estudiantes. También produjo su propio boletín desde 1951, el *Local History Bulletin*, que terminaría convirtiéndose en la revista *Our History*. Sus reuniones se organizaban concienzudamente (incluso las que tenían lugar en casas privadas o en restaurantes como el Garibaldi o el New Scala de Londres): se formaba un equipo en función de las especialidades que preparaba unos textos para su discusión grupal. El reparto de trabajo se organizó en “secciones según el período histórico”, dividiéndose así el trabajo entre historia antigua, historia medieval, siglos XVI y XVII y siglo XIX (Kaye, 1984: 11). No todas las secciones tenían el mismo éxito: la sección de historia antigua era la más

pequeña y solo la componían profesores académicos, mientras que la sección de historia del XIX tenía cerca de 40 miembros, la mayoría no-académicos (Dworkin, 1997: 23).

Uno de sus principales focos de interés fue refinar el andamiaje conceptual de la tradición marxista. La discusión de conceptos centrales a esta como “explotación”, “revolución” o “clase social” se consideró prioritaria:

Teníamos que considerar qué quiere decir “clase”, y qué provoca que las clases aparezcan en la sociedad. Teníamos que pensar qué queremos decir cuando decimos que una clase determinada es la “clase dominante” y cómo ese gobierno de clase se manifiesta en la organización del Estado (Daphne May, secretaria del Grupo, citado en Efstathiou, 2015: 31).

En uno de los primeros informes de actividad se pueden registrar con claridad las tendencias historiográficas contra las que armarían su propia concepción de la historia. Fueron particularmente críticos con aquellos que omitían la importancia del proceso económico, pero lo fueron igualmente con lo que consideraban historias deterministas o economicistas. Al hacerlo, estaban poniendo en tensión uno de los intocables dogmas del marxismo estalinista: la metáfora base-superestructura. Para estos historiadores el “economicismo”,

ve “la política” como algo que se ajusta de forma más o menos automática a “la economía”, confunde el Estado con la sociedad, subestima el rol de las luchas conscientes de los hombres y allana el curso de la historia en un proceso evolucionario donde las revoluciones sociales, si es que pueden llamarse tal cosa, ocurren gradualmente y espontáneamente sin que la gente se dé cuenta de ellas, todo bajo la dirección incansable de las “fuerzas económicas” (“State and Revolution in Tudor and Stuart England”, *Communist Review*, julio de 1948, pp. 213-214, citado en Efstathiou, 2015: 200).

Tan solo dos años después de su creación comenzaron a publicar una serie de volúmenes que recopilaban documentos de historia de Gran Bretaña con introducciones y anotaciones para su lectura. La serie fue titulada *History in the Making* y en la misma llegaron a publicarse hasta 4 volúmenes (*The Good Old Cause 1640-1660; From Cobbett to the Chartists; Labour's Formative Years* y *Labour's Turning Point*). El Grupo proyectó otros, que no llegaron a ver la luz, pero cuyas temáticas (historia del movimiento obrero, historia de los orígenes del capitalismo) son muestras de que durante esos diez años se forjaron unos intereses y una metodología de trabajo que permanecerían tiempo después. Thompson habló en 1985 de la contribución del Grupo a la disciplina histórica como un gran “descubrimiento” (*breakthrough*) que todavía les mantenía en el mismo campo:

Un cierto descubrimiento en la historia radical británica, asociado particularmente en ese momento con la tradición marxista, tuvo lugar hace unos cuarenta y cinco años (lamento usar imágenes militares). Todavía estamos explotando el terreno que se abrió con ese descubrimiento (Hobsbawm et al., 1986: 38).

La historia de las ideas y la larga historia de la democracia: el legado de los sénior

Según Christopher Hill, la iniciativa para formar el Grupo provino especialmente de R. Hilton, E. Hobsbawm, V. Kiernan y de él mismo (Kaye, 1984: 11)²⁸⁴. Estos jóvenes historiadores habían finalizado sus estudios universitarios poco antes de la guerra, o

²⁸⁴ Thompson recordó que fue la lectura de Hill la que le introdujo al mundo de la historiografía marxista del Grupo (Hobsbawm et al., 1986: 38). G. Rudé consideró a Hill el principal personaje del Grupo y el pionero en la *history from below* (Rudé, 2001: 95). Dona Torr sostenía que “le debemos todo a él en primer lugar”, en referencia a los debates que se abrieron con la publicación de *The English Revolution*. Según Torr estos debates “fueron toda una conquista política y teórica” (carta a Brian Pearce, 14 de enero de 1948, citado en Renton, 2001: 238).

viéndose interrumpidos por esta, poco después. Pero el Grupo no estaba compuesto solo por jóvenes universitarios: algunos académicos o escritores sénior de probado talento, como Arthur Leslie Morton, Maurice Dobb y Dona Torr, jugaron un rol esencial.

A. L. Morton había publicado *A People's History of England* en 1938 como parte de la colección del Left Book Club, y en 1945 fue reimpresa por Lawrence and Wishart con un éxito sorprendente. En sus más de 500 páginas abarca desde la época de las construcciones megalíticas y las tribus celtas hasta la Primera Guerra Mundial (Morton, 1938). En 1992, Harvey Kaye podía escribir: “los editores estiman que se han vendido más de 100.000 copias solo en el Reino Unido. Conviene señalar que, además de estar traducido a 13 lenguas, sigue estando a la venta en los Estados Unidos” (Kaye, 2007 [1992]: 187). El libro reconstruía el “hilo rojo” que conectaba a *levellers*, *diggers*, cartistas, sufragistas, milenaristas y multitudes revolucionarias como el auténtico pasado popular inglés. Una de sus contribuciones fue destacar que quienes componían la *common people* no eran sujetos pasivos de un proceso histórico dirigido principalmente por las élites del país, sino que siempre habían sido (y serían) agentes centrales de la vida social. Aunque no estuviera escrita en un formato académico, esta historia popular de Inglaterra marcó profundamente al Grupo: el primer seminario que organizaron como Grupo estuvo destinado a la discusión de la obra de Morton (Hobsbawm, 1978b: 21). Dorothy Thompson recordaba “echar los dientes históricamente” con el libro de Morton a finales de los años 30 y Hill consideraba a Morton un pionero en el estudio de la ideología de los grupos radicales religiosos del siglo XVII (Kaye, 2007: 191).

Morton había fijado algunas de las problemáticas y enfoques claves que heredarían los historiadores del Grupo. En un breve artículo de 1939, titulado “French Revolutionaries and English Democrats”²⁸⁵, el autor explicó cómo, a diferencia de muchos sectores burgueses de otros países europeos, en Inglaterra la burguesía ya disfrutaba de privilegios como la aristocracia (habían hecho la *Whig Revolution* en 1688). Esto marcaría el hecho de que, a medida que se desarrollaba la Revolución francesa, las clases propietarias acabarían por alinearse en contra de los francófilos. El primer resultado de la Revolución francesa en Inglaterra fue, por tanto, una propagación por todo el país de los clubs democráticos entre las clases bajas y los artesanos. La London Corresponding Society, “firmemente anclada en los trabajadores cualificados, fue la primera organización en Inglaterra que puede ser razonablemente considerada como un partido de la clase trabajadora” (Morton, 1939: 535). Sobra comentar el impacto que pudo tener esto en Thompson, que desarrollaría en profundidad esta lectura en *The Making* (véase 4.1.2. en esta tesis). El artículo de Morton terminaba con un alegato que define bien el espíritu del Grupo:

Es de lo más adecuado que mientras el pueblo francés está celebrando el 150 aniversario de su gloriosa Revolución, nosotros en Gran Bretaña estemos celebrando el centenario del cartismo. Porque los cartistas, como he intentado mostrar, son los hijos de la Revolución. 1789 puso en marcha el tren de los eventos de los cuales la lucha consciente del pueblo trabajador por el poder político fue el resultado lógico e inevitable. Los seguidores de Marat se habrían entendido a la perfección con los seguidores de O'Connor y Henry Vincent, y ambos se sentirían como en casa entre los comunistas y los antifascistas de nuestros días (Morton, 1939: 538).

Dona Torr provenía del movimiento estudiantil y del movimiento por los derechos de la mujer, antes de pasar a convertirse en una líder socialista (Kiernan, 2004). Fue una de las fundadoras del PCGB en 1920, editora del *Daily Worker*, trabajadora en Lawrence

²⁸⁵ Agradezco Darren Treadwell del People's History Museum de Manchester por facilitarme el acceso al artículo.

and Wishart y colaboradora de la Komintern en tareas internacionales. Su labor como historiadora marxista fue extensa, aunque su muerte en 1957 puso fin a la gigantesca biografía planificada sobre Tom Mann, habiéndose publicado solo el primer volumen en 1956. Su actividad fue destacada: en 1934 editó la *Selected Correspondence of Marx and Engels*, que tendría un impacto crucial en el marxismo británico; en 1938 escribió unas notas que acompañaban el primer volumen de *El Capital*; en 1940 tradujo las *Cartas de la prisión* de Dimitrov y en 1951 tradujo *El origen de la familia, la propiedad y el Estado* de Engels (Renton, 2001: 328). Al igual que Morton, para Dona Torr existía una larga tradición de luchas populares por las libertades y los derechos del “inglés libre por nacimiento” que constituían “el capítulo más largo en la historia de la democracia” (Torr, 1956: 105). Torr solía conectar las luchas socialistas con las luchas por los derechos democráticos, retro trayéndolas hasta la época tardomedieval:

Nuestra historia de la lucha por las libertades comienza con la Gran Rebelión liderada por Wat Tyler e inspirada por los 20 años de predicación de John Ball. Empieza aquí porque la principal demanda de los rebeldes fue “el final de la servidumbre”. Los revolucionarios derrotados que hablaron tan orgullosos de su causa cuando fueron ejecutados constituyeron los primeros ingleses que les dijeron a sus gobernantes y jueces que estaban contentos de sufrir por la libertad (Torr, 1956: 98).

En su biografía de Tom Mann, destacó de forma clara que una parte de la “enorme deuda” que tenía el movimiento obrero británico con los inconformistas, herejes y revolucionarios de siglos pasados era la idea fiduciaria defendida por los *levellers* según la cual

[los] hombres nacen libres con derechos naturales. (...) El poder permanece en el pueblo y no puede quitárselo si no es violando sus derechos de nacimiento; los reyes son responsables ante el pueblo que puede rechazarlos o deponerlos siempre que quiera; y es su deber deponer a los tiranos (Torr, 1956: 127).

El objetivo del socialismo desde finales del XIX era recuperar la vieja noción de democracia –que, a diferencia de la democracia moderna y su *fictio iuris*, aquella estaba vinculada a una base material– y combinarla con “lo que era mejor en la concepción burguesa de la libertad individual” (Torr, 1956:101). Por eso Tom Mann y los socialistas

comenzaron a enfrentar el problema de la libertad y la propiedad de una forma nueva (...) sin el control de la propiedad, la democracia parlamentaria no podía ser suficiente. Estos hombres de nuevo cuño estaban poniendo sobre la mesa de forma novedosa la vieja demanda *leveller*: “Sentar las bases de la libertad para todas las personas, sean del tipo que sean” (Torr, 1956: 131).

Torr haría uso de su posición de poder en el partido para conseguir una cierta autonomía del Grupo respecto a los controles doctrinarios de la dirección (Dworkin, 1997: 35, 38; D. Thompson, 2000: 5)²⁸⁶ y, al mismo tiempo, utilizaría esa autonomía para hacerles llegar textos prohibidos por la ortodoxia estalinista como *Mi Flight from Siberia* de Trotski (Hernández Sandoica, 2016: 37). En gran medida, fue la responsable de introducir a los más jóvenes en los procedimientos y las técnicas del mundo académico (Kaye, 1984: 14). Lamentablemente, a pesar de su enorme influencia, es una historiadora poco reconocida y no existen casi artículos sobre ella, ni tampoco ninguna biografía (Renton, 2001: 236).

Maurice Dobb era un antiguo militante del ILP y posteriormente del PCGB, y profesor en la Universidad de Cambridge desde 1924. Estaba curtido en la exposición mediática y

²⁸⁶ Según Thompson, Dona era amiga de Harry Pollit y esto le permitió conquistar esos pequeños espacios de autonomía, porque “no tenía tiempo para lo que ella llamaba el talmudismo” (Thompson, 1991d).

en sufrir la persecución ideológica anticomunista, pero también en oponerse a la línea oficial del partido y ser amonestado o forzado a retractarse repetidas veces (Shenk, 2013: 68 y ss.). El mismo año en el que se fundó el Grupo, Dobb había publicado *Studies in the Development of Capitalism* cuyas tesis, según Hobsbawm, “formularon nuestro problema principal y central” (Hobsbawm, 1978b: 23). Esta obra condensaba 20 años de investigación y analizaba el origen y desarrollo del capitalismo como un problema a la vez histórico y conceptual. La importancia de esta obra, que tendría una influencia formativa sustancial en el Grupo, viene dada no solo por las problemáticas que aborda y las respuestas que ofrece, sino particularmente por el método que emplea, porque Dobb mantiene una “firme creencia en que el análisis económico solo cobra sentido y rinde frutos si va unido a un estudio del desarrollo histórico” (Dobb, 1975 [1946]: 9).

Pero su crítica al economicismo no era nueva, y ya le había supuesto un intenso conflicto con la dirección del PCGB. En 1932 había publicado un folleto titulado *On Marxism Today* donde trató de realizar una introducción al marxismo para el público general y que tuvo un éxito tremendo entre la juventud militante. En este panfleto Dobb defendió la idea de que la clave del marxismo son las herramientas que proporciona para analizar una experiencia histórica que se concibe como totalidad, por lo que dedicó varias páginas a desmontar lo que llamaba el “determinismo económico”:

Lo que requiere explicación son aquellos puntos de inflexión de la historia en los que (como los cambios cualitativos en una composición química) parece emerger un elemento completamente nuevo. Y es precisamente este acto de creación histórica lo que un determinismo mecánico no puede pronosticar ni explicar (Dobb, 1932: 13)²⁸⁷.

Para Dobb “un marxista no tiene la intención de erigir una separación abstracta de eventos en ‘materiales’ e ‘ideales’”. Por eso, sostiene, “en la medida en que las ‘ideas’ son parte de la historia, son ‘hechos’ de experiencia histórica tanto como las invenciones mecánicas o las relaciones de propiedad, y entran en el proceso histórico en la misma medida en que lo hace cualquier otro ‘hecho’” (Dobb, 1932: 14). Entre los factores políticos, los morales, los económicos, etc. no cabe establecer una primacía causal *a priori*: “eso solo puede determinarse de forma empírica (...). Es más, entre una época y otra la importancia de unos factores y otros puede cambiar” (Dobb, 1932: 15). La otra gran idea de fondo del panfleto, en línea con lo defendido posteriormente por Morton o Torr, era la noción de agencia:

La *experiencia histórica* es un proceso en marcha en el cual el hombre mismo es un agente activo. La “realidad” de la historia, si esta tiene un significado, solo puede significar la totalidad de la historia misma: y precisamente en la actividad – en hacer la historia – el hombre establece su relación con el mundo objetivo y aprende lo que es la historia (Dobb, 1932: 20).

Por estas declaraciones Dobb fue reprendido en el *Daily Worker* repetidas veces por los guardianes de la ortodoxia estalinista. La propia ejecutiva del partido le exigió publicar una disculpa por sus escritos y la rama local de Cambridge realizó un informe de su vida privada en el que explicaba cómo sus opiniones pequeñoburguesas provenían de la tendencia de los intelectuales a la abstracción, de sus orígenes burgueses de clase y de su falta de contacto con el proletariado. Con la presión acumulada después de tantos días de ataques por parte de sus camaradas, y ante la implacable respuesta de su sección local de Cambridge, Dobb acabó vomitando en un baño totalmente confundido por la situación (Shenk, 2013: 71-74).

²⁸⁷ Ramón Boixadera tuvo la amabilidad de hacerme llegar una copia del texto.

La nueva generación en marcha

La mayoría de los miembros del Grupo pertenecen sin embargo a una generación más joven que la de Torr, Morton o Dobb. Y, no por casualidad, la mayoría comparten una procedencia social y religiosa similar: casi todos provienen de clases medias relacionadas con entornos religiosos *non-conformist*²⁸⁸. Al mismo tiempo, su formación tuvo lugar en instituciones de élite como Oxford (Rodney Hilton, Christopher Hill) Cambridge (Eric Hobsbawm, Víctor Kiernan, Edward Thompson, Dorothy Towers, George Rudé) o la London School of Economics (John Saville) (Samuel, 1980: 22-55; Dworkin, 1997: 13). Prácticamente todos ellos se habían implicado en el PCGB a mediados de los años 30, aunque Thompson había sido de los más tardíos (Dworkin, 1997: 13). El ambiente estudiantil de Oxford y Cambridge en los años 30 era particularmente sorprendente para unas universidades consideradas tradicionalmente como conservadoras: el marxismo estaba de moda y el asociacionismo estudiantil de izquierdas florecía por doquier. En Cambridge, donde estudió Thompson, había unos 4.000 estudiantes, y uno de cada cuatro formaba parte de la Cambridge University Socialist Society (Estrella, 2012: 106)²⁸⁹.

Otra de las características que compartieron estos jóvenes historiadores fue la experiencia bélica de la Segunda Guerra Mundial: Hilton sirvió en el norte de África, en Siria, Palestina e Italia. Saville fue un oficial en la India. Kiernan pasó la guerra en las regiones musulmanas del norte de la India. Rudé trabajó en el servicio de bomberos de Londres. Thompson estuvo destinado en el norte de África y en la campaña de Italia. Dorothy trabajó como delineante industrial para la Royal Dutch Shell. Hobsbawm, que había huido del Berlín de Hitler en 1933 mudándose a Londres, formó parte del Cuerpo de Ingenieros del Ejército Británico. Y Hill colaboró con el Servicio de Inteligencia del Ejército y con el Foreign Office. La huella de la guerra fue clara: la lucha contra el fascismo generó un ambiente “igualitario” entre los que compartían el racionamiento, que llevó a muchas personas a mostrar un mayor interés por la gente corriente (*common people*) y a tener una aproximación más democrática, social y local por la política (D. Thompson, 2000: 4)²⁹⁰.

La potencialidad contenida en el Grupo era gigantesca, como prueba el éxito profesional posterior de sus miembros. Sin embargo, una vez terminada la guerra, estabilizar una vida académica no era precisamente fácil para aquellos que se habían mostrado públicamente como simpatizantes de la izquierda radical o del comunismo (véase 2.4.5.). Los que no hubieran conseguido entrar ya en las prestigiosas instituciones de educación superior tendrían que esperar hasta diez años para hacerlo (Palmer, 2004: 71-72; Hill, 2007 [1992]). Hilton y Hill, por ejemplo, sostuvieron que algunas de sus candidaturas fueron rechazadas “por razones políticas” (entrevista con D. Dworkin, 1984,

²⁸⁸ La importancia de la formación y las influencias religiosas *non-conformist* en estos historiadores fue señalada de forma pionera por Raphael Samuel, que destacaba el sentido de “elección”, las cualidades del orden, la puntualidad, el trabajo duro y la dedicación o la destreza (Samuel, 1980: 42 y ss.). Posteriormente fue resaltada por distintos especialistas (Dworkin, 1997: 13-14) o puesta en cuestión, en tanto que esa influencia nunca se manifestaría en términos religiosos propiamente sino como un *ethos* disidente (Efsthathiou, 2015: 14-15). Con Alejandro Estrella tuve la oportunidad de compartir impresiones sobre el tema, y aprovecho la ocasión para agradecerle que su obra me atrajera la atención sobre el asunto.

²⁸⁹ Para una descripción del “Cambridge rojo” de estos años puede consultarse la autobiografía de Hobsbawm (2002: 114 y ss.). Este ambiente aparece recogido en la estupenda miniserie de la BBC titulada *Cambridge Spies* de Tim Fywell (2003).

²⁹⁰ Esta característica sería decisiva, según Ellen Meiksins Wood, para comprender sus disposiciones teóricas y políticas frente a la Segunda New Left, de la que hablaremos posteriormente (Meiksins Wood, 1995: 40 y ss.).

en Dworkin, 1997: 21). Algunos de ellos, como Dorothy y Edward Thompson, optaron por la educación de adultos en la Worker's Education Association (Hobsbawm, 1978b: 25). Puede que, paradójicamente, estas presiones intelectuales tuvieran un efecto beneficioso sobre su propio quehacer como historiadores:

No teníamos un público casero dispuesto a leer y a dar su aprobación a cualquier cosa que se catalogara como marxista. Por el contrario, tuvimos que luchar a nuestra manera y ser aceptados por personas que comenzaron con un enorme prejuicio contra cualquier cosa que se describiera a sí misma como historia marxista. Y creo que, como una cuestión de disciplina intelectual, esto no fue del todo malo (Hobsbawm, 1978a: 112).

3.2.2. La contribución historiográfica y el proyecto político

En sus célebres conferencias recogidas con el título de *¿Qué es la historia?*, el historiador (no marxista) E. H. Carr traía a colación unas anotaciones personales no publicadas en las que podemos leer:

Desde la Primera Guerra Mundial, el impacto de la concepción materialista de la historia sobre los trabajos historiográficos ha sido muy fuerte. En verdad, se podría decir que toda la labor historiográfica sería de este período ha sido modelada por esta influencia. El síntoma de este cambio ha sido el reemplazo, en la consideración general, de batallas, maniobras diplomáticas, discusiones constitucionales e intrigas políticas como temas principales de la historia –“historia política” en el sentido amplio– por el estudio de los factores económicos, de las condiciones sociales, de las estadísticas de población, del ascenso y caída de las clases. La creciente popularidad de la sociología ha sido otro rasgo del mismo desarrollo; en ocasiones, se ha intentado tratar la historia como rama de la sociología (Notas del archivo de E. H. Carr, citado en Carr, 2017: 64).

Estas tendencias acabarían cristalizando en la conocida como “historia desde abajo” (*history from below*) con la creación, por parte de un grupo de historiadores franceses, de la revista *Annales* y, posteriormente, con las aportaciones de los historiadores sociales británicos, especialmente del Grupo de Historiadores del PCGB (pero no solo, porque algunos historiadores no marxistas como Asa Briggs serían decisivos en este proceso)²⁹¹.

La “history from below”

Según el relato de Hobsbawm, el papel de pioneros cae indudablemente del lado francés²⁹²:

Fue la tradición francesa de historiografía como tal, impregnada no solo de la historia de la clase dominante francesa sino del pueblo francés, la que estableció la mayoría de los temas e incluso métodos de la historia de los de abajo [*Grassroots History*], tanto Marc Bloch como Georges Lefebvre. Pero este campo solo comenzó a florecer realmente en otros países después de la Segunda Guerra Mundial (Hobsbawm, 1988: 15).

Sin embargo, los británicos se diferenciarían de sus homólogos franceses en varios puntos importantes: para los franceses, la historia debe ocuparse de totalidades sociales con diferentes temporalidades, ofreciendo explicaciones estructuro-funcionalistas o, en

²⁹¹ Asa Briggs coeditó con John Saville la colección en tres volúmenes *Essays in Labour History* (Londres: Macmillan, 1960, 1971; Croom Helm, 1977).

²⁹² En el Capítulo 5 hemos aportado alguna evidencia que respalda el argumento de Hobsbawm. Para una buena aunque somera introducción al “movimiento” de los *Annales*, diferenciando tres generaciones, que evita los tópicos de colgar las etiquetas de “determinismo”, “cuantitativismo” e “indiferencia por los eventos políticos” la referencia sigue siendo el clásico de Burke (1999). En todo caso, ambos grupos estuvieron en contacto, y algunos historiadores como Hobsbawm o Rudé hacían las funciones de puente.

cualquier caso, dirigidas contra el individualismo metodológico, mientras que los británicos conciliaron el individualismo metodológico con la preocupación por la totalidad social. La historia de *Annales* aparece además como una ruptura institucional y teórica contra los objetos de estudio y las formas de explicación previas (principalmente, oponiendo la forma temática a la forma narrativa), mientras que los marxistas británicos profesionalizaron el campo manteniendo algunas continuidades (como el formato lineal-narrativo). Por último, la renovación de estudios históricos por los *Annales* se produjo desde fuera de la academia, aunque luego se consolidasen trayectorias académicas, mientras que los británicos entrarían (aunque no sin dificultades, ni al mismo tiempo) en los cauces institucionales de la historia disciplinar (Julià, 1989: 31 y ss.)²⁹³.

Los antecedentes de los marxistas británicos fueron sobre todo las dos generaciones de historiadores sociales anteriores a ellos: por un lado, una primera generación que desde finales del siglo XIX había declarado la guerra al “paradigma *whig*”, como la obra *Short History of the English People* de J. R. Green. Por el otro, una segunda ocupada con la historia de la Revolución industrial y del movimiento obrero británico: historiadores humanistas y radicales como Barbara y John Hammond y sus estudios sobre el impacto de la Revolución industrial en las formas comunitarias de vida previas²⁹⁴, Beatrice y Sidney Webb y sus investigaciones sobre el sindicalismo y el movimiento obrero, T. H. Tawney y su novedosa interpretación de las raíces materiales del conflicto de la Revolución inglesa o G. D. H. Cole en sus incursiones sobre el pensamiento socialista o el movimiento sindicalista (Estrella, 2012: 74-77). En una conferencia que tuvo lugar el 20 de octubre de 1985 –ante una audiencia de cerca de 1.000 personas en la New School for Social Research de Nueva York– en la que se juntaron en la misma mesa C. Hill, P. Anderson, E. P. Thompson y E. Hobsbawm, este último señaló que ellos se percibían como parte de una “amplia tradición progresista”:

Seguramente somos, todos nosotros, “historiadores radicales”, pero no creo que seamos “la historia radical”. Nos vemos a nosotros mismos –al menos yo lo hago– como parte de una corriente más amplia de historia radical, de izquierdas o populista, que ha existido por mucho tiempo en la mayoría de los países, y desde luego en Gran Bretaña y los Estados Unidos: del lado del pueblo contra los ricos y poderosos, en oposición a los gobiernos y grupos dominantes, a favor de la razón en contra de la superstición, crítica de la reacción (Hobsbawm *et al.*, 1986: 27).

Pero, ¿qué era exactamente la “historia desde abajo”? Para los británicos este nuevo paradigma de investigación consistía, en primer lugar, en escribir una historia sobre “los de abajo”, es decir, de la gente común (*common people*) que tradicionalmente había sido olvidada o historizada de forma subordinada y puesta siempre en un segundo plano. Para ello se recurriría a fuentes que hasta ahora no se habían consultado, se formularían preguntas que no se habían hecho y se replantearía el marco explicativo dando prioridad a los momentos de *agencia* de las clases subalternas. En sus estudio de los “grandes acontecimientos” comparece siempre la *common people*: junto a la Carta Magna, la revuelta campesina de 1381; junto a las disputas parlamentarias de la Revolución inglesa, la presión en las calles de *levellers*, *diggers* y *ranter*s; junto a la protesta de Wilkes, la

²⁹³ Puede verse cómo el propio Thompson sentía esa diferencia entre ambos tipos de historiografía en su correspondencia con N. Zemon Davis o en su conferencia de 1976 en la *École Normale Supérieure* (Thompson, 2002c [1976]: 115; Thompson y Davis, 2018).

²⁹⁴ Los Hammond fueron de los primeros historiadores en utilizar los Home Office Papers guardados en el Public Record Office. Este archivo documental es la principal fuente de documentación de *La formación de la clase obrera en Inglaterra* (Thompson, 2012), por lo que las deudas son evidentes y reconocidas. Los Hammond fueron, además, los descubridores de las revueltas Swing a las que Rudé y Hobsbawm dedicaron un libro (citado en Samuel, 1980: 37).

multitud tomando las calles de Londres; y desde la Revolución francesa los jacobinos, los luditas y los cartistas (Kaye, 2007: 159). La atención a los movimientos populares suponía un cambio significativo: aceptar que la vida de la gente sin títulos, honores, riquezas o posiciones de poder *importa* éticamente e *importa* para explicar el proceso histórico. Esta idea tan sencilla que hoy se considera una perogrullada en la disciplina histórica es, de hecho, como bien recuerda Dorothy Thompson, todo un evento político en sí mismo, y no un punto de partida ya dado (D. Thompson, 2000a).

Para los historiadores británicos, sin embargo, escribir historia desde abajo era algo más que rescatar las voces perdidas. Se trataba de construir una forma de mirar la historia que colocase en el centro del cambio social el conflicto que se genera en torno a la producción y apropiación del excedente económico, en un intento por reconstruir una totalidad social que al mismo tiempo incluyera los conflictos en el campo de las ideas, de las creencias compartidas, de los hábitos, costumbres y rituales *en sus propios términos* (y no como elementos secundarios o derivados en la explicación). Esto era, ni más ni menos, un intento de renovar el arsenal teórico de la concepción materialista de la historia. Es algo que ya podía verse en la influencia de la obra de E. A. Kosminsky o en *Aeschylus and Athens* de George Thompson, publicada en 1941. Por esta razón, Harvey J. Kaye ha destacado los elementos teóricos subyacentes a este enfoque (una cierta teoría sobre la “determinación de clase”) y ha preferido denominarla una *history from the bottom-up* para no confundirla con una mera historia “de los de abajo”. Sin ir más lejos, libros como *Economic Problems of the Church* de Hill, *The Medieval Society* de Hilton o *Whigs and Hunters* de Thompson son estudios sistemáticos de las clases dominantes pero que mantienen el enfoque descrito (Kaye, 1984: Capítulo 7).

Otra característica bien conocida de estos historiadores es que se opusieron a la compartimentación de la disciplina histórica en “historia económica”, “historia constitucional”, “historia política”, “historia cultural”, etc. Desde el inicio, su objetivo fue reconstruir la totalidad social en su proceso de cambios y continuidades (Kaye, 1984; Manning, 2003). Su recurso al utillaje conceptual de disciplinas como la economía, la sociología, la psicología o la antropología no pasó desapercibido en un mundo académico con fuertes tendencias a la hiperespecialización y la compartimentación. El ensayo “From Social History to the History of Society” de Hobsbawm es, quizás, el mejor ejemplo de esta perspectiva (Hobsbawm, 1971)²⁹⁵.

Este impulso por ofrecer explicaciones científico-sociales amplias resaltaba el papel jugado por las ideas y en muchas ocasiones iba dirigido contra el “paradigma economicista” que tuvo tantos colaboradores a mediados del siglo XX. Los marxistas británicos escribían contra las simplificaciones de algunos marxismos ortodoxos al mismo tiempo que escribían contra la preponderancia de las obsesiones cuantitativistas de la llamada “historia económica” (en Oxford, Cambridge y la LSE estos historiadores habían entrado en contacto con los economistas ortodoxos seguidores de L. Robins y F. Hayek²⁹⁶, y eran conocedores del funcionalismo sociológico de T. Parsons y N. Smelser).

²⁹⁵ Para una reflexión historiográfica sobre cómo recuperar este objetivo de la historia social sin perder de vista (e incorporando lo mejor de) la llamada “nueva historia cultural” de los 90, puede consultarse el semi-autobiográfico ensayo de Geoff Eley, cuyo subtítulo recupera el leitmotiv de Hobsbawm y reza “From Cultural History to the History of Society” (Eley, 2005).

²⁹⁶ F. Hayek había coordinado un congreso en 1954, junto con el historiador económico T. S. Ashton, titulado *Capitalism and the Historians* que, según ellos, era el resultado de un grupo de especialistas “que durante algunos años se han venido reuniendo con regularidad para tratar los problemas de la salvaguarda de una sociedad libre contra la amenaza totalitaria”. No debe olvidarse que gran parte del espíritu que

El importante papel que el Grupo concedía a las cuestiones culturales e intelectuales es herencia del comunismo británico frentepopulista, porque la cultura radical de la izquierda en los años 30 estaba dominada por escritores, y la mayoría de las revistas de izquierdas eran de hecho revistas literarias (Dworkin, 1997: 43)²⁹⁷.

Cuando estos jóvenes apasionados por la literatura llegaron a *Oxbridge* existía entonces “un nivel muy bajo en la cesura que establecía las fronteras de la disciplina, una muy pequeña diferenciación respecto a otros saberes de letras y una importante dependencia respecto al campo literario y a la lógica política” (Estrella, 2012: 70). En ambas universidades la historia estaba escasamente profesionalizada y dependía mucho de la literatura y la retórica, y la investigación histórica no se practicaba especialmente, de tal manera que una buena formación literaria (un adecuado despliegue del capital cultural adquirido previamente en el seno de familias bien asentadas) permitía obtener calificaciones sobresalientes y el título de Historia, como sería el caso de estos historiadores²⁹⁸. En este sentido, como ha explicado Alejandro Estrella, la contribución historiográfica del Grupo puede leerse en gran medida como un proceso de “profesionalización” del campo (Estrella, 2009).

Por otro lado, la contribución del Grupo supuso una gran novedad frente a sus precedentes, dado que estos no salían de un marco *institucionalista-carismático*, esto es, se centraban en los sindicatos, partidos y grandes líderes. En una entrevista de 1978, Hobsbawm explicaría las razones que los llevaron a rechazar ese tipo de historia:

[Es] inadecuada porque tiende a reemplazar la historia real del movimiento por la historia de las personas que dijeron que hablaron por el movimiento. Inadecuada porque tiende a reemplazar la clase por el sector organizado de la clase, y el sector organizado de la clase por los líderes del sector organizado de la clase, y en tercer lugar porque deja la puerta abierta, en parte para la creación de mitologías, y en parte para ese tipo de dificultades que han hecho extremadamente difícil escribir

motivó la redacción de *The Making of the English Working Class* de Thompson (1963) fue una respuesta deliberada y sistemática a este tipo de historia (véase todo el capítulo “Explotación” en Thompson, 2012: 215-238). Esta historia económica, para el intelectual socialista, había formado una “nueva ortodoxia” que, si bien había “enriquecido la erudición histórica” y había aportado nueva luz sobre viejos problemas, presentaba una imagen de la industrialización sumamente idealizada que se derivaba de su metodología estrecha: “manifiestan con demasiada frecuencia una complacencia moral, una estrechez de miras y un conocimiento insuficiente de los movimientos reales de la población obrera de la época. Están más enterados de las posturas empíricas ortodoxas que de los cambios en las relaciones sociales y en las formas culturales que provocó la Revolución industrial. Lo que se ha perdido es un sentido de todo el proceso: el contexto político y social global del período” (Thompson, 2012: 222). La famosa disputa sobre el impacto de la industrialización británica en la calidad de vida de la población es tan vieja como la propia industrialización. Hobsbawm realizó una incursión pionera en esa disputa en 1957 (Hobsbawm, 1957) y sería seguido pronto por Thompson (véase, además de “Explotación”, el capítulo titulado “Niveles de vida y experiencias”, en Thompson, 2012: 349-386). Para una discusión breve pero sustancial de los límites de esta historia económica puede verse también la obra de Fontana (1992: 39 y ss.).

²⁹⁷ El lugar central concedido a la cultura por estos historiadores no debe hacernos olvidar que esto se conciliaba (no sin tensiones) con la enorme importancia que concedían a la “historia económica”, una que no estuviera constreñida a las ortodoxias que mencionábamos anteriormente. Es algo que puede rastrearse en las conexiones con la producción de muchos departamentos de historia económica que fueron creados en Gran Bretaña a lo largo de la década de 1960 (Eley, 2005: 33).

²⁹⁸ Para nuestro caso, todos los especialistas en la obra de Thompson han señalado la importancia que tuvo en su infancia y adolescencia el hecho de haberse criado en un barrio atestado de escritores y literatos, rodeado por conversaciones sobre poesía y letras, con tertulias nocturnas por las que se paseaban algunos eminentes y conocidos escritores (Palmer, 2004: 41 y ss.). Thompson escribió poesía a lo largo de toda su vida. Algunos de sus poemas aparecen recogidos en la obra póstuma *Collected Poems* (Thompson, 1999). También escribió una novela de ciencia ficción, *The Sykaos Papers*, publicada en 1988. Todas sus obras de investigación histórica recogen esa centralidad que le otorgó a la literatura. Una de sus obras póstumas estaba dedicada precisamente a estudiar la figura del poeta William Blake (Thompson, 1993c).

historias oficiales de sindicatos, partidos políticos y otras organizaciones (Hobsbawm, 1978: 113-114).

Uno de los textos más tempranos y poco citados de Thompson se ocupaba de analizar la historia de la creación del Independent Labour Party (fue publicado en 1960 en un volumen en homenaje a G. D. H. Cole), y puede considerarse precisamente como una reacción contra ese tipo de historia institucionalista-carismática:

Los historiadores del movimiento obrero tienden a caer en una doble visión; por un lado, están los movimientos de masas que emergen ciega y espontáneamente con motivo de presiones sociales y económicas; por el otro, están los líderes y los manipuladores –los Place, el periodista cartista, las Juntas y los parlamentos– que dirigen esas fuerzas elementales hacia canales políticos (Thompson, 1960c: 277).

Para desmontar esta visión, demostró cómo el ILP fue una organización socialista creada *from the bottom-up* que

dio expresión articulada a las diversas formas de organización de la clase trabajadora independiente o semiindependiente que se habían construido y consolidado en el West Riding en los últimos treinta años: cooperativas, sindicatos, sociedades de ayuda mutua, diversas formas de capilla o educación o “autoayuda” económica. Entre ellas, las sociedades cooperativas eran las más fuertes (Thompson, 1960c: 280).

Reavivar el frentepopulismo: *Past & present*

Una de las creaciones más longevas del Grupo fue la revista *Past & present*, que se sigue editando hoy día como revista de referencia a nivel mundial. La revista no era editada por el PCGB ni tampoco por el Grupo. De hecho, constituye un buen ejemplo para comprender el *tipo de comunismo* con el que se identificaban los historiadores británicos (véase en esta tesis 2.2.4.). La revista, señalaron sus creadores, no buscó trazar la línea de separación entre un pequeño grupo de marxistas y el resto, sino entre una “minoría de conservadores en la historia (y en la política), sin mencionar a los cruzados anticomunistas, y un cuerpo potencialmente grande de quienes tenían una aproximación común a la historia, fueran marxistas o no”. En ese sentido “intentábamos por tanto continuar o revivir en el período de posguerra las políticas de unidad amplia que habíamos aprendido en los días del antifascismo de preguerras” (Hobsbawm et al., 1983: 4-5).

Para evitar que la revista se convirtiera en una cosa sectaria, el Comité Editorial decidió implementar desde el comienzo dos estrictas normas:

- i) *Todos* los manuscritos tenían que ser leídos por *todos* los miembros del Comité Editorial.
- ii) El Comité Editorial incluiría varios miembros *no marxistas*. Los miembros no marxistas del Comité tenían derecho de veto sobre *cualquier* manuscrito.

La revista es la cristalización más acabada del esfuerzo que realizó el Grupo por evitar el sectarismo y el aislamiento entre marxistas confesos en una época de guerra fría cultural donde era particularmente difícil resucitar las viejas alianzas políticas (Kaye, 1984: 16)²⁹⁹. Geoff Eley nos acerca al sentimiento que tenían respecto a esta revista los jóvenes aspirantes a historiadores en los 60 y 70:

²⁹⁹ Hasta 1969 Thompson no se unió al Comité de redacción de la revista. Una vez lo hizo, señala Hobsbawm, su fama internacional aumentó todavía más (Hobsbawm, 1994: 159).

Es imposible exagerar las contribuciones imperecederas al auge de la historia social realizadas por *Past & present* durante sus primeros años (...). Permitió al mundo angloparlante, de forma novedosa y emocionante, acceder al trabajo europeo, ayudados por las redes políticas de los editores y los intercambios directos con Francia y la Europa del Este (...). Alentado por el axiomático reconocimiento marxista de la indivisibilidad del conocimiento, *Past & present* fue pionera en las colaboraciones interdisciplinarias con sociólogos y antropólogos. Si bien esto no dejaba de ser simplemente una nueva forma del Frente Popular intelectual que provenía del impulso fundador de la revista, este diálogo con los científicos sociales no marxistas se aceleró notablemente después de 1956–57 (Eley, 2005: 32-33).

Historia y Política: ¿es posible escribir (buena) historia como intervención política?

Uno de los objetivos (a nuestro juicio, bien logrado) del pionero libro de H. Kaye *Los historiadores marxistas británicos* (Kaye, 1984) fue señalar que, además de su contribución histórico-sustantiva y teórica, el Grupo perseguía un proyecto político que contribuyó a la formación de una conciencia histórica democrática y socialista. No por casualidad su principal impulso “provenía de la política, de un poderoso sentido del papel pedagógico de la historia y de un compromiso amplio con los valores democráticos y la historia popular” (Eley, 2005: 27).

Ese proyecto político del Grupo implicaba articular y defender una determinada concepción ontológica de la historia según la cual el pasado, el presente y el futuro quedaban ligados, permitiendo que las investigaciones sobre las causas incompletas o perdidas (pero también las causas ganadas) sirvieran de inspiración y orientación para la política del presente, y al revés, que las esperanzas y compromisos del presente alumbraran nuevas miradas y nuevas preguntas sobre el pasado³⁰⁰.

Conectar pasado y presente, sostuvo Kiernan, no era una *opción* más entre otras, sino un proceso de autoconsciencia de qué papel juega de hecho el pasado en la sociedad humana:

El pasado no se deroga por no tenerlo en cuenta, sino que se convierte en un peso muerto de inercias que anquilosa el presente (...). Solo tratando de comprender el pasado racionalmente podemos transformarlo de una masa sin forma en una plataforma, o sacar energía de él como hizo el gigante Anteo del contacto con su madre Tierra. La máxima de que solo una participación activa en el presente puede desarrollar la sensibilidad por el pasado es verdadera, pero también lo es lo contrario, el hecho de que solo la familiaridad con el pasado puede proporcionar el sentido adecuado del presente. No podemos actuar sobre las cosas que ya han ocurrido, pero continúan afectándonos, y el pasado y el presente se combinan para construir el futuro (Kiernan, 1968: 182).

Thompson tenía clara esta concepción ontológico-política de la historia:

Cuando discutimos sobre el pasado, también debatimos, e intentamos arrojar más luz, sobre la mentalidad del presente que está recuperando el pasado. Y esto es una parte importante de la mentalidad del presente. Pues algunos de los debates más importantes sobre la racionalidad humana, el destino y la participación activa, tienen que estar cimentados ahí: en el archivo de la Historia. Es por eso que la escritura de la historia, de esta forma, es también un acto de autoconsciencia contemporánea (Thompson, 1968: xii).

Christopher Hill lo escribió a su propia manera:

Tenemos que ver no solo las grandes figuras heroicas del pasado; tenemos que ver los movimientos radicales del pasado como Milton vio, en sus últimos años, su Good Old Cause: como un fénix

³⁰⁰ E. H. Carr era de la misma opinión: “Para una historia que está llena de confusión respecto del presente, y que ha perdido la fe en el futuro, la historia del pasado parecerá un montón de acontecimientos sin relación entre sí y carentes de significado. Si nuestra sociedad recobra el dominio del presente, y su visión del futuro, renovará, en virtud del mismo proceso, su idea del pasado” (Carr, 2017: 66).

eterno que “revive, vuelve a florecer, con más vigor que nunca cuando más inactivo se lo consideraba”. Eso nos dará una sensación de solidaridad retrospectiva con todo lo que nos ha precedido e incluso, tal vez, nos dará esperanza (Hobsbawm et al., 1986: 32).

Si no podemos entender esta propuesta de recuperación del pasado con las categorías del esquema teleológico del marxismo ortodoxo (bajo el cual el historiador mira triunfal y retrospectivamente los pasos que conducen hasta su propia posición o hacia la revolución inevitable) quizás cabría verla más bien, *toutes proportions gardées*, en los términos en los que el historiador Enzo Traverso ha definido la “melancolía de izquierdas”:

Esta melancolía no significa el refugio en un universo cerrado de sufrimiento y remembranza; es más bien una constelación de emociones y sentimientos que envuelven una transición histórica, la única manera en que la búsqueda de nuevas ideas y proyectos puede coexistir con la pena y el duelo por un reino perdido de experiencias revolucionarias (Traverso, 2019: 19).

Thompson fue, a lo largo de toda su vida, un gran valedor de esta intuición:

Porque no hay que mirar siempre al pasado, y especialmente al pasado rural, retrospectivamente con un lamento sobre formas pasadas y moribundas que, cuando se examina con cuidado, nunca fueron reales. Se puede ver también el pasado como una vasta reserva de posibilidades no realizadas o solo parcialmente realizadas. Un pasado que nos permita atisbar otras posibilidades de naturaleza humana, otros modos de comportamiento (Thompson, 2002d: 224).

Historia social e historia intelectual. El duelo soterrado Cambridge-Marxismo

Pese a que el Grupo se disolviera en 1956, es de sobra conocido que sus miembros continuaron colaborando y considerándose colegas y compañeros de viaje³⁰¹. En esa medida, sostuvieron esa “history from below” a lo largo de varias décadas y la defendieron frente a concepciones rivales que amenazaban con socavar su contribución. Una buena manera de comprender la obra de un autor o grupo de autores consiste precisamente en dar cuenta de *contra quién* se escriben sus obras o, al revés, *quién escribe contra* ellos. En ocasiones los rivales intelectuales no son explicitados, en otras ocasiones las diferencias aparecen a la luz con toda su crudeza. Pero hay veces en las que no ocurre ni una cosa ni otra, sino que las diferencias son tratadas superficialmente (no llegan a constituir una “polémica” en el pleno sentido del término) a pesar de que puedan esconder un fondo de oposiciones revelador. Este parece haber sido el caso entre el Grupo de marxistas británico y los historiadores vinculados a la llamada Escuela de Cambridge (véase el Capítulo 1 para más señas).

En su libro *Virtue, Commerce and History* (1985), J. G. A. Pocock nos ofrece un pasaje muy breve pero extremadamente significativo en el que acusa al Grupo de historiadores de ser una “izquierda romántica” por considerar que el radicalismo republicano sobrevivió durante los siglos XVIII y XIX. Según Pocock, cuando uno se ocupa del período de la Revolución Gloriosa (1688):

³⁰¹ Después de su disolución en 1956, algunos antiguos miembros del Grupo como Hobsbawm, Saville y Dorothy Thompson fundan en 1960 la Society for the Study of the Labour Movement, que sigue en pie hoy día y edita la prestigiosa revista *Labour History Review*. También en la revista *Past & Present* estaban presentes algunos miembros que permanecieron en el PCGB como Hobsbawm y algunos que se fueron, como Hill o Hilton. A lo largo de su trayectoria profesional, estos historiadores, hubieran roto o no con el partido, colaboraron repetidas veces, o citaron sus obras mutuamente, o aludieron de forma explícita al tipo de historia del que se sentían co-creadores. En una palabra: el Grupo se disolvió formalmente, pero la bola de nieve ya había echado a rodar.

Debemos volver la vista atrás hacia esa maravillosa explosión de conciencia radical que ocurrió alrededor de 1649 y preguntar a dónde fue todo eso. Es muy tentador responder –a todos nos gustaría creer–, que esa conciencia radical, de alguna manera, continuó subterráneamente en el Londres de la Restauración, o en las aldeas inglesas bajo las leyes de la caza, y resurgió un siglo y medio más tarde, en la era de Tom Paine y William Blake. Existe **un romanticismo de la izquierda inglesa** que considera que esto debe haber sucedido, y es perfectamente posible que así fuera; pero ni la escuela de Christopher Hill, con su énfasis en la mitad del siglo XVII, ni las escuelas de George Rudé y E. P. Thompson, con su énfasis en el final del siglo XVIII, han sacado aún a la luz suficientes evidencias que nos permitan hablar con confianza sobre lo que le sucedió al radicalismo clandestino en el período intermedio. Después de todo, ¿qué queremos decir con "subterráneo"? ¿A dónde va el radicalismo popular o populista en una era de represión? ¿Se mantiene como una tradición clandestina por oscuros grupos articulados, o se retira al silencio, a un nivel de potencialidad subconsciente o subarticulada, esperando al momento en que pueda volver a ser real? Si no estamos seguros de cuál de estas opciones debemos rastrear, es más por una falta de evidencias que por una falta de teoría (Pocock, 1985: 54)³⁰².

Cuando Thompson escribió “La economía moral revisada” (el capítulo en el que responde a las objeciones de sus críticos) lanzará una estocada de vuelta en la que, además de ironizar con una supuesta “obsesión” que existía en la Universidad de Cambridge con la obra de Pocock, ofrece algunas diferencias entre su concepción de la historia y la de estos historiadores:

La economía política tiene sus complejas genealogías intelectuales, y su historia es un vigoroso discurso académico con sus propias publicaciones y sus polémicas y congresos, en los cuales se exponen de varias maneras los comentarios relativos a temas aprobados: Pufendorf, la virtud, el Derecho Natural, Pocock, Grocio, los fisiócratas, Pocock, Adam Smith. Estos temas son fascinantes y hablar de ellos es un admirable ejercicio mental, pero se corre el riesgo de que impida hablar de otras cosas. La historia intelectual, al igual que la historia económica antes que ella, se vuelve imperialista y procura invadir toda la vida social. Es necesario hacer una pausa, de vez en cuando, para recordar que la forma en que la gente concebía su época no tenía por qué ser igual que la realidad de dicha época (Thompson, 1995 [1991]: 309-310).

El contexto del debate son las objeciones que recibió por parte de I. Hont y M. Ignatieff que, desde el King’s College de Cambridge, criticaron su concepto de “economía moral” en un libro titulado *Wealth and Virtue* (1986). Este libro fue el intento de reunir una serie de estudios desarrollados en Cambridge sobre la relación entre la economía política escocesa del siglo XVIII y la tradición del “humanismo cívico”, categoría con la que Pocock acostumbraba a referirse a la tradición republicana (Ignatieff y Hont, 1986: vii). Los participantes eran conocidos miembros de la escuela de Cambridge como Pocock o John Dunn, así como algunos invitados pero clásicos de los estudios republicanos como

³⁰² Pocock no discute la calidad o el contenido de las evidencias que sí aportaron estos historiadores (véase, para el caso de Thompson, el epígrafe 4.1. de esta tesis). Tampoco discute, por ejemplo, el debate metodológico que afronta Thompson cuando aborda el problema de la falta de evidencias provocado por la clandestinidad de los grupos radicales durante la época de la represión en las guerras napoleónicas. Problema que le llevó a un análisis minucioso sobre las fuentes y finalmente “llegados aquí, debemos pasar de la crítica de las fuentes a la especulación constructiva (...). Debemos reconstruir lo que podemos” (Thompson, 2012 [1963]: 526-539). Paradójicamente, Pocock no ve problema en sostener que las ideas del republicanismo inglés se subieron a un barco y saltaron al otro lado del océano en una solución de continuidad que quedaría justificada gracias a pruebas exclusivamente lingüísticas, pero esta continuidad es parte de su argumento central para sostener que ese republicanismo británico enmarcó y delimitó el debate de los *founders* americanos (Pocock, 1985: 67; 2012). Con esto no queremos decir que el problema historiográfico de la continuidad del radicalismo inglés estuviera ya resuelto a mediados o finales del pasado siglo, sino que da la impresión de que Pocock despachó demasiado rápido la historiografía marxista (“mis marxistas”, como los denominó condescendentemente) y agitó la manida etiqueta del “romanticismo” para una somera descalificación.

Franco Venturi. Así que podría considerarse esta réplica de Thompson (en sus dimensiones metodológicas) como una forma de ver las diferencias entre la concepción de la historia del Grupo y la sostenida por los intelectuales de Cambridge.

Toda la objeción que construyen Hont e Ignatieff se basa en sostener que Thompson había reflejado el debate sobre el comercio de granos como un debate entre “modernidad y tradicionalismo” cuando en realidad fue un debate que tuvo lugar entre diferentes teóricos ilustrados (Ignatieff y Hont, 1986: 17). En esto disparaban sin apuntar porque, nos dice Thompson, que la multitud apelase al derecho consuetudinario para defenderse no es incompatible con que algunos filósofos ilustrados tuvieran posturas irreconciliables entre sí sobre la cuestión; sencillamente, nos dice, “mi ensayo trata de la multitud y no de los filósofos. Hont e Ignatieff me reprenden por escribir un ensayo de historia social y de cultura popular en vez de escribir sobre los temas aprobados en Cambridge. Debería haber estado hablando de Quesnay, Pufendorf, Pocock, Grocio, Hume y los demás” (Thompson, 1995 [1991]: 311).

No sería la primera vez en la que Thompson decidiera confrontar con la historia intelectual de Cambridge. En el “Postscriptum” que añadió a la reedición de 1976 de su famosa biografía sobre William Morris, el historiador marxista defenderá:

Uno tiene que resistirse a una tendencia que se da en los historiadores de las ideas y que consiste en ver los conceptos solo a la luz de su linaje de herencias y de sus mutaciones: esto fue mediado por aquello y aquello fue asimilado por lo otro, y todo ello sucedió en un mundo de discurso tan cómodo como las salas de lectura en las que consultamos los periódicos antiguos. Pero –y esta es nuestra segunda consideración– estas ideas vivieron en las cabezas de gente real y en contextos reales (con frecuencia contextos de serio enfrentamiento de clase, como el Domingo Sangriento, las huelgas mineras, la guerra de Sudán, el nuevo sindicalismo) y las ideas tenían una misión que cumplir en el presente antes de que fueran transmitidas al futuro. Incluso se podría preguntar (aunque choque con determinadas nociones de la disciplina académica) si ciertas ideas fueron *correctas* (“Postscriptum”, 1976, en Thompson, 1988: 713).

Estas diferencias no implicaron, en todo caso, que Thompson dejara de apreciar el valor de la historia producida desde Cambridge³⁰³, pero sí consideró que existía una diferencia metodológica entre ellos. No es que los historiadores marxistas desatendieran la centralidad del lenguaje porque, como ha señalado Hernández Sandoica, en Thompson (y, añadimos, en otros como Hill) encontramos precisamente una de las virtudes que caracteriza la historiografía de Cambridge: “Thompson cuida en extremo el contexto de producción de los discursos, persiguiendo el sentido histórico de las palabras para fijar sus usos concretos en el tiempo de su circulación” (Hernández Sandoica, 2016: 36). Pero

³⁰³ En *Costumbres en común* aparecen menciones a Quentin Skinner y también a historiadores que trabajaron con Pocock o Skinner. También Christopher Hill dialogó en repetidas ocasiones con la obra de estos historiadores. De hecho, la discusión sobre aspectos particulares de la historia inglesa entre los marxistas y los de Cambridge se puede rastrear hasta principios de los 50, cuando Pocock acusó a Hill de no tener evidencias sobre una cuestión y Hill rebatió su objeción (Hill, 1954: 57). Es más, el “duelo soterrado”, como hemos denominado a estos breves intercambios, puede quizá comprenderse como un enfrentamiento sobre el tipo de republicanism que se defiende. Mientras que Pocock, Skinner o Pettit han tendido a rescatar las figuras de Algernon Sidney o de Marchamont Nedham, Hill nos recuerda que la *Arcadia* de Sidney era un paraíso de campesinos ricos felices en sus tierras cercadas y siempre temerosos de la revuelta de los campesinos pobres. Sidney acabó defendiendo la versión *whig* del Yugo Normando (véase *infra*) y Nedham había sido un periodista al servicio de la Corona que, en *A Plea for the King and Kingdom*, sostuvo que los *levellers* “al colocar el poder supremo y hacer y deshacer leyes en el Pueblo buscan establecer una pura tiranía popular (...) para destruir nuestras leyes y libertades”. Si los marxistas británicos se identificaron con la tradición republicana, como sostenemos aquí, fue claramente con su vertiente democrática, y no con las modalidades oligárquicas que exaltaron los de Cambridge.

al mismo tiempo que existe esta indexación histórica de los discursos políticos, los marxistas británicos dieron cuenta de eso que Meiksins Wood llamó la “historia social del pensamiento político” (véase 1.2.8.). Puede decirse que, al margen de la calidad del contenido, la suya era una concepción metodológicamente más compleja (y completa) del proceso histórico. Por eso Harvey Kaye ha sostenido que los historiadores marxistas británicos “han sacado a la luz no ya una historia de las ideas políticas cuyo origen radicara en las propuestas de los intelectuales, sino una historia de la ideología popular en permanente relación dialógica con la historia de la política y de las ideas” (Kaye, 2007: 159). Lo cual no deja de ser una tarea siempre más ardua:

El hecho de que las mismas palabras puedan significar diferentes cosas en diferentes momentos debería ayudarnos también a comprender que las mismas ideas pueden apuntar a diferentes conclusiones para diferentes clases al mismo tiempo. (...) los historiadores, por la naturaleza de la evidencia que se conserva, siempre tienden a encontrar que los puntos de vista de la clase dominante son más fáciles de recuperar en cualquier sociedad: el punto de vista de los desamparados debe reconstruirse dolorosamente y poco a poco (Hill, 1975: 282-283).

Política e Historia: ¿es posible escribir historia (en general) sin que sea una intervención política?

Dada la dimensión intencionadamente política de los escritos históricos del Grupo, no es sorprendente que algunas de sus rivalidades vayan más allá de las cuestiones metodológicas. El Grupo, como ya explicamos, escribió en un entorno de guerra fría cultural sumamente polarizado. Acotar algunas de estas intervenciones rivales puede ayudar precisamente a delimitar mejor la contribución específica de los marxistas británicos. Lejos de constituir un mismo grupo, estos autores rivales pueden ser vistos en términos de su intención política (unas veces explícita, velada en otras) de apuntalar el *establishment* del “mundo libre” frente al “mundo comunista” y de socavar lo que consideraban que era el pilar teórico central de este: el marxismo.

Algunas de esas intervenciones en el campo historiográfico ya han sido señaladas anteriormente, como es el caso de la afamada “historia económica” de cuño cuantitativista. Pero existen otro tipo de publicaciones, más explícitamente políticas, que contribuyeron sustancialmente a delimitar el terreno de la guerra fría cultural. Por motivos puramente didácticos las agruparemos en dos ejes o campos de discusión: el concepto y la tradición de la “democracia” y la “libertad” y la concepción (política y metodológica) de la propia disciplina histórica.

Marxismo, democracia y libertad

Una de las principales obras de intervención político-cultural, que tuvo un sonado impacto en la opinión pública europea, fue la colección de ensayos editada por el diputado laborista Richard Crossman y titulada *The God that failed* (1949). La obra fue especialmente promocionada por el Congress for Cultural Freedom (creado un año después). En ella escribían antiguos miembros del movimiento comunista que ahora renegaban de este (Ignazio Silone, Arthur Koestler, André Gide y otros) y utilizaban su experiencia personal como argumento *ad verecundiam* para desprestigiar no ya a la Unión Soviética, sino a la tradición marxista y comunista en general. El argumento principal de estos autores es que, cualesquiera que fuesen las motivaciones de las fuerzas comunistas, en último término no podían conducir sino a una supresión de las libertades básicas. Marxismo solo podía significar ausencia de libertad.

El objetivo del libro es tratar de no mostrar una imagen paternalista o extrema del comunismo (“no estábamos en absoluto interesados en incrementar el aluvión de propaganda anticomunista”), sino, mediante la autobiografía, hacer comprensibles las razones de la pertenencia a este movimiento durante el período 1917-1939. Se buscaba así evitar un ataque frontal contra los simpatizantes del comunismo, para seducirlos y convencerlos de que, aunque su militancia hubiera tenido su razón de ser en el pasado, *ahora* ya no la tenía, por lo que debían incorporarse a la lucha por el “mundo libre”. Esta estrategia retórica, no obstante, estaba en tensión con algunas imágenes que se ofrecían del militante comunista como un ciego creyente que renuncia a la verdad con tal de salvar su alma; o como una persona que “nunca escapará del comunismo” porque “el verdadero excomunista nunca podrá recuperar su personalidad completa”. Como será habitual en la retórica de la Guerra Fría, el conflicto se presenta también en términos civilizatorios: “quien no se haya peleado con el comunismo como filosofía y con el comunismo como oponente político no podrá entender realmente los valores de la democracia occidental” (Crossman *et al.*, 1963 [1949]: 7, 11).

Otra intervención intelectual importante que los historiadores del Grupo criticaron en algunas ocasiones fue la erudita obra *The Origins of Totalitarian Democracy* del historiador israelí Jacob Talmon publicada en 1952 (Talmon, 1952)³⁰⁴. Al estilo de los ensayos sobre la libertad de Isaiah Berlin, la obra de Talmon era un documentadísimo ataque dirigido contra la URSS que aspiraba a consolidar una noción negativa de libertad y una noción liberal de democracia. En suma, un verdadero misil de crucero contra el republicanismo democrático, su noción cívica de libertad y la idea de virtud (véase el Capítulo 1 de esta tesis)³⁰⁵. Talmon argumentó que existían dos concepciones antagónicas de la democracia desde el siglo XVIII, una “empírica y liberal” y otra “totalitaria y mesiánica”, que habían disputado a lo largo de los siglos hasta alcanzar el punto más encarnizado de la batalla en el enfrentamiento entre bloques de la Guerra Fría. Mientras que el primer tipo de democracia se basaba en el respeto de la esfera privada y de la libertad (definida *à la* Berlin como “ausencia de coerción”), y en una comprensión de la política como experimentos tentativos que respetan la espontaneidad como fuente de vínculos sociales, la democracia totalitaria se basaría en la idea de una planificación racional total que permitiría la realización de la libertad, definida ahora como propósito colectivo, en un paraíso en la tierra donde reinaría la armonía y la ausencia de conflictos (Talmon, 1952: 1-12). El objetivo del ensayo del escritor israelí era mostrar los orígenes histórico-intelectuales de esta concepción que, evolucionando desde las doctrinas de algunos ilustrados (Diderot, Mably, Morelly, Rousseau) y pasando por los jacobinos (Saint-Just) y los babeuvistas (Buonarroti) llegaría hasta el socialismo, no sin ir sufriendo modificaciones: originándose en premisas individualistas acabaría sedimentando en una actitud centralista y despótica de corte colectivista, una degeneración provocada por su compromiso con la concepción perfeccionista del ser humano y la idea de virtud (Talmon,

³⁰⁴ Véase, entre otras referencias (Rudé, 1955; 1961; Hobsbawm, 2002: 202). Para una discusión crítica de la obra de Talmon puede consultarse (Claeys, 1989: 119 y ss.; Domènech, 1989: 200 y ss.).

³⁰⁵ Talmon se sumó a la lista de enemigos de las justificaciones iusnaturalistas de los derechos humanos: “Es probable que la idea del hombre como abstracción, independiente de los grupos históricos a los que pertenece, se convierta en un poderoso vehículo del totalitarismo” (Talmon, 1952: 4). La democracia totalitaria, por tanto, “vio al Hombre como el único elemento en el orden natural, con exclusión de todos los grupos e intereses tradicionales. Para llegar al Hombre *per se* todas las diferencias y desigualdades tenían que ser eliminadas. Y muy pronto la idea ética de los derechos del hombre adquirió el carácter de un ideal social igualitario” (Talmon, 1952: 250). Con ese ideal, se destruyeron todas las instituciones intermedias, dejando al individuo desprotegido frente a la única institución restante: el Estado.

1952: 249 y ss.). Talmon no se privó de señalar a los *levellers*, *diggers* y *ranterers* como un ejemplo precoz de democracia totalitaria moderna (Talmon, 1952: 10-11).

La obra de Talmon forma parte de toda una serie de publicaciones que tomaban la noción de “totalitarismo” como la categoría fundamental de la modernidad. El concepto de “totalitarismo” tiene una historia peculiar: su origen se encuentra en fuerzas de izquierda, en concreto, en el antifascismo italiano de la década de 1920 (G. Amendola, L. Basso, G. Sturzo) y fue reapropiada por los fascistas italianos (G. Gentile). No sería hasta la década de los 30 cuando el concepto se extendió como un neologismo que vehiculó la supuesta oposición irreconciliable entre ideologías y civilizaciones (liberalismo, cristianismo, socialismo occidental *versus* totalitarismos alemán, italiano y bolchevique) siempre bajo el contexto de continuas guerras, abiertas o “frías” (Traverso, 2001: 18, 29). El debate político europeo se articuló en torno a esta categoría, que fue apuntalada por los escritos de izquierdistas como los frankfurtianos Franz Borkenau en *The Totalitarian Enemy* (1940) o Max Horkheimer en “El Estado autoritario” (1942), donde se apuntaba a la Revolución Francesa y al jacobinismo como orígenes intelectuales del totalitarismo (citado en Traverso, 2001: 68). El estallido de la Guerra Fría relanzó a la palestra el concepto. Entre los años 1947 y 1960, el término disfrutó de su “edad de oro”, no sin que antes se hubiera desplazado el grueso de los debates del continente europeo (y su raíz antifascista) a los EEUU donde se integró de manera estable en una cultura política “de raíz liberal” anticomunista (Traverso, 2001: 83-84). Como explicó la sovióloga S. Fitzpatrick, este aterrizaje de la categoría en la historiografía anglosajona generó la llamada “escuela del totalitarismo” que estaba enormemente condicionada por las disputas de la Guerra Fría, provenía en gran medida de EEUU y se centraba en exceso en las instancias de poder estatales, en oposición a la historia social que atendía a la respuesta activa de las capas subordinadas (Fitzpatrick, 2007: 58).

Leída casi 70 años después de su publicación, la obra de Talmon resulta paradójicamente interesante al constatar cómo el autor asume que hay una *continuidad* entre las ideas del republicanismo democrático y las del socialismo –algo que los historiadores del Grupo defenderán, particularmente Thompson (véase 4.1.)– pero es una continuidad que, para Talmon, proporciona los motivos para rechazar normativamente el contenido de ambas tradiciones. A pesar de que el autor articule esa continuidad desde un aparato conceptual escabroso y de poca robustez teórica, su obra contribuyó a conformar el entorno de la guerra fría cultural. La idea de que la participación democrática inspirada en los derechos humanos (y las referencias a la tradición republicana *montagnard* y al socialismo) abría las puertas al “totalitarismo” fue, entre otras cosas, uno de los arbotantes sobre los que se construyó el Pacto Social de posguerra que buscó limitar las formas democráticas en algunas esferas clave de la sociedad (véase 2.5.). Frente a esta noción de “libertad” negativa y de “democracia” en ese doble sentido –liberal o totalitaria–, los historiadores marxistas del Grupo ofrecerán su propia concepción basada en la tradición del *Freeborn Englishmen* (véase *infra*, 3.2.3.).

Marxismo e historia

Como vimos anteriormente, el Grupo suscribía una idea determinada de cómo debía ser la disciplina histórica. La concepción materialista de la historia, sin embargo, se había visto frontalmente desafiada por el filósofo de la ciencia Karl Popper. Popper se había sumado tempranamente, para regocijo de Hayek, a las contiendas intelectuales que prefigurarían el escenario intelectual de la Guerra Fría al publicar *La miseria del*

historicismo en la revista *Economica* en 1944-1945 (reeditada como libro en inglés en 1957) y *La sociedad abierta y sus enemigos* en 1945. El filósofo vienés coloca en su punto de mira la sociedad “cerrada”, que ve emparentada estrechamente con el “totalitarismo”, un tipo de sociedad que surge de lo que denomina una “ingeniería social utópica”, frente a la sociedad “abierta” o “democrática” que surge de la “ingeniería social gradual” (Popper, 2006b: 16). Como se ve, el vocabulario es muy parecido al de Talmon.

Uno de los grandes males que conduce a esas sociedades totalitarias o cerradas, nos dice Popper, es el *historicismo*, esto es, la idea de que las ciencias sociales nos permiten conocer las leyes inexorables de la historia y formular profecías a las que debemos adecuar nuestras acciones (Popper, 2006a: 53). Podría parecer que el historicismo desalentase la actividad humana al invitarnos a rendirnos a las fuerzas históricas que no controlamos. Pero no es exactamente así, y de hecho muchos historicistas fueron conocidos activistas. La cuestión es que el historicista solo puede alentar una actividad de “partero de la historia”, esto es, que ayude a acelerar o a frenar un curso de cambios históricos que está prefijado y es inamovible. Marx sería el pensador que mejor encarna esta posición (Popper, 2006a: 65-66). El principal problema de estas teorías, sostiene con razón el filósofo vienés, es que anulan el carácter crítico y autónomo del individuo, y propugnan un sometimiento a procesos que podrían ser evitables, o a figuras de poder (Líder, Estado, etc.) que podrían ser contrapesadas: “el historicismo es en sí mismo, con mucho, una reacción contra el peso de nuestra civilización y su exigencia de responsabilidad personal” (Popper, 2006b: 20). Las raíces intelectuales del totalitarismo deben buscarse en Heráclito y en la obra de Platón, “un político totalitario, fracasado en sus empresas inmediatas y prácticas, pero que a la larga solo tuvo demasiado éxito con su propaganda para destruir o detener la marcha de una civilización que aborrecía” (Popper, 2006b: 186). Como puede apreciarse, la dicotomía entre sociedades libres (identificadas con el mundo “occidental”) y sociedades no libres (el mundo comunista) se da en términos de civilización y barbarie, y se retrotrae como una disputa milenaria hasta los orígenes de la propia civilización. Según Popper, la gran “lección” que nos enseña un análisis detallado de Platón frente a los defensores de la sociedad abierta (Protágoras, Pericles, Sócrates) es que los totalitarios están genuinamente imbuidos de motivaciones humanitarias por solventar las tensiones que crea la civilización (la disolución del espíritu tribal) pero sus análisis y sus propuestas son peores que la enfermedad. Por eso, dirá, “cuanto más tratemos de regresar a la heroica edad del tribalismo, tanto mayor será la seguridad de arribar a la Inquisición, a la Policía Secreta y al gansterismo idealizado” (Popper, 2006b: 216). En esos intentos tribalizadores Popper enmarca la filosofía de Marx, porque si bien Marx parte de motivaciones genuinamente humanitarias (quiere “hacer realidad los principios de 1789”) todo ese universo moral tácito acaba siendo sepultado por su sociologismo y su determinismo histórico.

Los principales argumentos de Popper –cuyo carácter antimarxista es explícito e intencionado– pivotan y se entretajan en torno a la noción de “historicismo”. Popper había publicado *The Poverty of Historicism* muy poco antes de que *La sociedad abierta y sus enemigos* viera la luz, y la conexión entre ambas obras es evidente³⁰⁶. Ambas pueden considerarse como un intento de arrumbar la concepción materialista de la historia, y están basadas en la particular idea que tenía Popper sobre la disciplina histórica. Para el filósofo vienés, la historia es una “crónica de sucesos políticos y otros sucesos

³⁰⁶ Jordi Mundó, gran conocedor de Popper, ha tenido la amabilidad de indicarme que el filósofo contaba que escribió *La sociedad abierta y sus enemigos* (1945) como “una contribución a los esfuerzos de la guerra”. Bajo el punto de vista del autor, el libro no es sino un alegato deliberado contra el nazismo y contra el comunismo, encarnados en el pacto germano-ruso de 1939.

importantes de la vida social” (Popper, 2006a: 53). Las llamadas “ciencias históricas” solo se preocupan por explicar “hechos específicos” y no “leyes universales”, porque estas últimas no existen como “leyes históricas” sino como generalizaciones triviales que el historiador da por sentadas (del tipo: entre dos ejércitos ganará *casi siempre* el más numeroso y mejor equipado).

Según el filósofo, en la disciplina histórica enfrentamos una serie de limitaciones metodológicas que explican esto: las fuentes han sido seleccionadas conforme a los prejuicios o las teorías preconcebidas y los hechos no pueden ser repetidos como si fuesen los elementos de un experimento de laboratorio (lo cual impide *falsar* una teoría histórica). Solo podemos, entonces, conocer hechos discretos, que encima han sido preseleccionados por las “interpretaciones generales” que arrastran los historiadores. Y el problema, nos dice, es que esas “interpretaciones generales” no pueden verificarse empíricamente. Lo cual no implicaría que estas “interpretaciones generales” o “puntos de vista” sean igualmente meritorios. Algunas contradicen los hechos aceptados por la comunidad científica, otras necesitan demasiadas hipótesis auxiliares para dar cuenta de estos hechos contradictorios, otras son incapaces de relacionar hechos que una interpretación alternativa sí que puede relacionar y en esa medida “explicar”. En consecuencia “puede haber considerables progresos incluso en el campo de la interpretación histórica” (Popper, 2006b: 478). Es más, las interpretaciones rivales no son necesariamente incompatibles, sino que pueden complementarse mutuamente fortaleciendo nuestra comprensión del proceso histórico (Popper, 2006b: 479).

La crítica popperiana concede especial importancia a desmontar lo que denomina la perspectiva del “holismo”. Para Popper toda ciencia es necesariamente ciencia de aspectos particulares, por lo que se opone tajantemente a cualquier “proyecto de aprehender totalidades concretas por un método de síntesis sistemática” (Popper, 2006a: 94). Como puede apreciarse, el punto va dirigido contra las explicaciones totalizadoras que sostuvieron, entre otros, los historiadores marxistas británicos (*supra*). Paradójicamente, en medio de su frenesí nominalista, Popper se ve obligado a reconocer que hace falta algo más que las explicaciones en términos individuales y en clave de decisiones conscientes, algo que dé cuenta de la “necesidad” y las grandes corrientes de fondo. Es decir, para Popper los historiadores tienen algo que aprender del historicismo: porque existen una suerte de regularidades que trata de capturar con la vaporosa etiqueta de “lógica de la situación”. Lo crucial, dirá, es que la historia debe explicar esos fenómenos sin dejar de abrazar el individualismo metodológico (Popper, 2006a: 161 y ss.; 2006b: 476-477)³⁰⁷.

Las consecuencias prácticas de todo esto no se hicieron esperar. Una concepción popperiana de la historia permitiría fundamentar una “ingeniería social gradualista”, que avanzase poco a poco. Los historicistas, por el contrario, con su idea de una “historia teórica” tenderían a fundamentar una “ingeniería social utópica” que busca cambiar toda la sociedad de raíz en base a un único modelo que será una sociedad de planificación “centralizada” o “colectivista” (Popper, 2006a: 82 y ss.)³⁰⁸.

³⁰⁷ En la conferencia “La lógica de las ciencias sociales”, pronunciada en Tubinga en la Asociación Alemana de Sociología en octubre de 1961, el filósofo concede una gran importancia a la idea de la “lógica de la situación” y llega a decir que es el “método del conocimiento *objetivo*” de las ciencias sociales (Popper, 1978). Agradezco a Jordi Mundó por señalarme este punto.

³⁰⁸ Es necesario señalar que el presupuesto normativo de sus críticas no es una suerte de defensa del *statu quo* capitalista. Su apuesta en favor del reformismo puede verse en distintos lugares (Popper, 2006a: 91).

Una respuesta tardía: Thompson contra Popper

En uno de los largos pasajes centrales de *The Poverty of Theory* (Thompson, 1978b) – que, no debe olvidarse, puede que también tomase este nombre en referencia directa a *The Poverty of Historicism*–, Thompson asumió la tarea de refutar la interpretación “antimarxista” de Popper y defender lo que consideraba que era el mejor legado de Marx, su noción de historia, que había permitido hacer “grandes avances” en la historiografía, avances ejemplificados, entre otros, por sus camaradas del Grupo de historiadores. Dar cuenta de la polémica Popper-Thompson, por lo tanto, nos permitirá comprender mejor la noción de historia que pudieran manejar estos, porque aunque no todos ellos suscribiesen todas y cada una de las características que Thompson describe, cabe suponer que sí podrían identificarse cómodamente en la mayoría.

Thompson parte de asumir que gran parte de la crítica de Popper estaba bien dirigida:

No negaré que los siglos XIX y XX engendraron verdaderos, y hasta monstruosos, “historicismos” (ideas evolucionarias, teleológicas y esencialistas del automovimiento de la “historia”); ni negaré que ese mismo historicismo permeó parte de la tradición marxista, en la noción de una sucesión *programada* de “estadios” históricos, impulsada por la lucha de clases hacia un fin predeterminado (Thompson, 1978b: 212).

Pero Popper, nos dice el historiador británico, fue demasiado lejos. El filósofo vienés desconoce totalmente cómo trabaja un historiador. La idea de que el registro de pruebas que guardamos en los archivos y de los que beben los historiadores sea un registro totalmente interesado, en el sentido de que solo se almacene lo que se consideraba que era interesante ser almacenado, es sencillamente una exageración: “de lejos, la mayor parte de la evidencia histórica ha sobrevivido por razones muy poco relacionadas con las intenciones de los agentes de proteger una imagen de sí mismos para la posteridad” (Thompson, 1978b: 218). Así que para cualquier historiador la idea popperiana de que “como norma, las fuentes contienen solo hechos que encajan en una teoría preconcebida” le parecería, sencillamente, “una basura” (Thompson, 1978b: 220)³⁰⁹.

Thompson asume los argumentos de Popper por los que un historiador no puede seguir en términos generales los mismos criterios metodológicos que un físico: “la ‘historia’ no permite laboratorios para la verificación experimental, permite evidencias de causas necesarias pero nunca (opino) de causas suficientes, las ‘leyes’ (o, como prefiero llamarlas, la lógica o las presiones) de procesos sociales y económicos son continuamente interrumpidas por contingencias en maneras que invalidarían cualquier norma en las ciencias experimentales, etc.” (Thompson, 1978b: 230)³¹⁰. Tampoco puede la historia, nos dice, emplear una “lógica analítica” que tiene como primera condición “el manejo de conceptos unívocos que mantiene de forma estable” (Thompson, 1978b: 230). Así pues, la metodología del historiador se corresponde más bien con lo que denomina una “lógica

Para una discusión de las ambivalencias y el proyecto político popperiano véase la obra de Ángeles Perona (1993).

³⁰⁹ Uno de los esfuerzos de Thompson es tratar de mostrar que por esta razón (que el historiador *crea* su propio objeto de estudio) la idea popperiana de historia comparte sorprendentemente –salvando las diferencias, que también analiza– una serie de afinidades con la idea althusseriana. Sobre los paralelismos entre ambos respecto a su noción de historia dirá: “el vocabulario puede ser distinto, pero la lógica de ambas partes converge” (Thompson, 1978b: 226). Pero Thompson no tenía dudas del valor de la aportación popperiana, y de la diferencia de talla metodológica entre ambos autores: “las objeciones de Popper contra el carácter ‘predictivo’ de ciertas nociones de ‘leyes’ históricas tienen fuerza, y están argumentadas de forma obstinada. Althusser sacaría provecho de leerlas” (Thompson, 1978b: 387).

³¹⁰ “La historia no conoce de causas suficientes, y si los futuros historiadores suponen que las cosas son de otra manera estarán cayendo en la falacia *post hoc ergo propter hoc*” (Thompson, 1978b: 241).

histórica”³¹¹. Excusándose de no poder ofrecer el ensayo académico con ejemplos e ilustraciones que requeriría un tratado metodológico más amplio, el historiador procede sin embargo a ofrecer algunas claves de esa lógica “para replicar a determinadas objeciones de Popper” (Thompson, 1978b: 231-232)³¹²:

- i) El objeto inmediato del conocimiento histórico (los materiales de los que se forma este) está conformado por los “hechos”, “que tienen una existencia real, pero que solo son cognoscibles en formas que son y deben ser la preocupación de los vigilantes métodos del historiador”.
- ii) El conocimiento histórico es por naturaleza:

provisional e incompleto (pero no falso por ello), selectivo (pero tampoco falso por ello), limitado y definido por las preguntas que se le plantean a la evidencia (y los conceptos que componen estas preguntas) y por consiguiente solo puede ser “verdadero” dentro del campo así definido (...). En este sentido estoy preparado para concordar con la idea de que denominar “ciencia” a la historia ha sido siempre inútil y produce confusión (...). Marx ciertamente sabía que la Historia era una Musa, y que las “humanidades” construyen conocimientos.
- iii) La evidencia histórica tiene unas características determinadas, que falsean las teorías que no se adecúan a estas. Por eso el contraste con la evidencia empírica constituye “el tribunal de apelación de la disciplina”.
- iv) La relación entre el conocimiento histórico y su objeto es “de diálogo”, es decir, *determinante* en ambas direcciones. No puede entenderse mecánicamente una parte como función, inferencia, abstracción, ilustración o revelación de la otra.
- v) “El objetivo de la disciplina histórica es la consecución de la verdad histórica”. Thompson se compromete con una postura *realista* con el objeto de conocimiento, considerando que “el pasado humano no es una agregación de historias discretas sino un conjunto unitario de comportamientos humanos”. La historia como disciplina puede cambiar y cambiará por múltiples razones, pero esto no afecta al “estatuto ontológico” del pasado, que sigue siendo el que es. Su posición realista, nos dice, viene inspirada por la posición de Marc Bloch y definida en contra de althusserianos como Barry Hindess y Paul Hirst³¹³.

La crítica que armó Thompson contra Popper tiene otro filón de interés cuando aborda la cuestión del nominalismo. Como hemos visto, para Popper la historia es una historia de hechos particulares, y no caben esfuerzos “totalizadores” o “sintéticos”. Al comprometerse tan firmemente con ese nominalismo, nos dice Thompson, Popper afirma

³¹¹ “Por ‘lógica histórica’ entiendo un método lógico de investigación apropiado a los materiales históricos, concebido, en el mayor grado posible, para contrastar hipótesis relativas a estructuras, causaciones, etcétera, y para eliminar procedimientos autoconfirmatorios” (Thompson, 1978b: 231).

³¹² Otra reflexión metodológica interesante y conectada con esta puede verse en su descripción de las seis maneras en las que se pueden interrogar a la evidencia siguiendo el “discurso de la prueba” [*discourse of the proof*] de la disciplina histórica (véase Thompson, 1978b: 221 y ss.).

³¹³ Contra los postmarxistas (de origen althusseriano) Hindess y Hirst está dedicada una gran parte de lo que puede considerarse una continuación de *The Poverty of Theory*, esta es, la famosa obra de Ellen Meiksins Wood *The Retreat from Class* (Meiksins Wood, 2013a [1986]).

la incognoscibilidad de “la historia en tanto que proceso” (Thompson, 1978b: 226). Ahora bien:

La organización estructural de unas sociedades dadas puede ser inferida no solo a partir de evidencias mayores (a las que llegaremos con el tiempo) sino, en parte, a partir de ciertos hechos aparentemente discretos. De esta forma una propiedad de la tierra existe como un “hecho” en la fórmula escrita en latín sobre un registro señorial: pero lo que una tenencia “implica” no puede ser entendido con independencia de toda una estructura de ocupación de la propiedad y el derecho correspondiente: esto es, dentro de un sistema de propiedad. A partir de ahí este “hecho” (...) porta dentro de sí un “indicio” que apunta hacia ese sistema o, al menos, debería proponer una pregunta indicativa a la persona que lo interroga. De la misma forma, una letra de cambio es un “indicio” que apunta hacia un sistema particular de crédito dentro del cual ese documento puede negociarse. Este punto tiene su importancia, no solo en relación a la idea de Althusser de que la “estructura” no puede ser “inscrita en” lo real (que la teoría “produce” esta historia), sino en relación al nominalismo de Popper y su “individualismo metodológico”, que considera todas las nociones de colectividad y estructura como ficciones “holísticas” o como abstracciones impuestas por el observador (Thompson, 1978b: 221-222).

Thompson no fue un enemigo del individualismo metodológico bien entendido. De hecho, lo practicó en toda su historiografía y este fue el fundamento que latía de fondo en muchas de sus críticas a Althusser o al economicismo. Pero claramente se distanció de un individualismo metodológico “atomista”, en el que ubicaba a Popper y su nominalismo. Thompson sostiene que en la medida en que Popper renuncia a esas categorías colectivas, no nos proporciona el utillaje conceptual necesario para aprehender el proceso histórico, y nos deja desamparados ante un “empiricismo débil” que aceptará las apariencias como apariencias porque no se dispone del instrumental para interrogarlas y revelar sentidos menos inmediatos o evidentes (Thompson, 1978b: 227-228). Esta última crítica quizá sea menos sólida, porque como hemos visto Popper habló también de una “lógica de la situación” que parece que vendría a cubrir algunos de esos huecos de su teoría, si bien es cierto que al no desarrollar ese concepto el filósofo vienes expuso un flanco débil a los críticos.

Conclusión

El Grupo de historiadores marxistas británicos fue el resultado tanto de una línea político-cultural determinada del PCGB –que trataba de reconectar con la línea frentepopulista para rescatar las tradiciones radicales y democráticas del pasado nacional– como el resultado de un espacio de cierta autonomía intelectual y de una creatividad inusitada. En esa tensión entre los límites marcados por la línea de un partido estalinista y la creatividad del propio espacio se desarrolló una noción de historia, la “history from below”, que revolucionaría el campo historiográfico para siempre. Los historiadores del Grupo aspiraron a rescatar las voces perdidas de la historia y, en palabras de Thompson, liberarlas “de la enorme condescendencia de la posteridad” (Thompson 2012 [1963]: 31). Al hacerlo, produjeron toda una serie de publicaciones que, aunque retomaba las problemáticas y algunos enfoques de la historia radical y progresista anterior, suponía una ruptura novedosa con la perspectiva *institucionalista* de esta, ofreciendo así explicaciones de las iniciativas, expectativas y experiencias de la *common people*. Este gran esfuerzo historiográfico se realizó de la mano (y a través) de una renovación y puesta a punto de la caja de herramientas teórica del materialismo histórico. En este proceso los historiadores del Grupo se opusieron a la compartimentalización de la historia en diversas “especialidades” desconectadas entre sí, tratando de ofrecer una historia “totalizadora” (que no “total”) que aspiraba a incorporar recursos teóricos de otras ciencias sociales. El éxito de la empresa del Grupo queda de manifiesto en la influencia que ejercieron en

historiadores posteriores, en su popularidad internacional y en la creación de instituciones académicas como las revistas *Past & present* o *Labour History Review*³¹⁴.

La renovación del campo historiográfico no se produjo en un vacío de intenciones normativas, sino que se incardinó bajo la égida de un proyecto político que ofrecía su propia concepción ontológico-política de la historia. Según esta concepción el pasado, el presente y el futuro están en una relación mutuamente determinante, abriéndose así la posibilidad de ofrecer una mejor comprensión de los conflictos políticos y morales a partir de la investigación histórica y viceversa. Este proyecto político del Grupo se comprometió, además, con una serie de principios democráticos y una determinada concepción republicano-socialista de la libertad (véase el siguiente apartado al respecto), en contra de esquemas interpretativos como el de J. Talmon o el de K. Popper que veían en el pasado republicano-democrático y en el socialismo los orígenes de la “democracia totalitaria”. De la misma manera, la visión del estatuto de la historia que sostuvo el Grupo fue desafiada por varias autoridades intelectuales, como la de Karl Popper, en un alegato antimarxista al que Thompson replicaría décadas más tarde.

A la vista de todo lo anterior, algo de luz puede ganarse sobre la contribución política del Grupo si se entiende este en un sentido sociológico fuerte de “generación”, por ejemplo, como una “unidad generacional” en el sentido que otorgó a este concepto Karl Mannheim³¹⁵. Esta perspectiva sociológica reporta sobre todo dos ventajas para entender la historia del Grupo: delimita los rasgos comunes perfilando su unidad en su contexto histórico particular *a la vez* que en sus edades más o menos similares –y lo hace considerando su intervención activa en el proceso histórico– y delinea las fronteras de esta unidad frente a otros grupos posibles (lo cual será particularmente útil para comprender, en términos política y sociológicamente generacionales, las diferencias entre la primera New Left y la segunda New Left, véase *infra* 3.3.2).

3.2.3. El palimpsesto marxista: el *Freeborn Englishman* entre la tradición democrática y la tradición *libertarian*³¹⁶

El marxismo como una tradición teórica y práctica, incluso en sus momentos de mayor aislamiento o cerrazón sobre sí, no deja de estar permeado continuamente por las corrientes y modas que prevalecen en cada época. Por eso Raphael Samuel nos invitó a ver esta poliédrica tradición con la sugerente metáfora del palimpsesto: un texto que se borra y se reescribe continuamente, pero que no consigue tapar del todo las huellas del anterior, cargando así con las inercias y el peso de sus antecesores (Samuel, 1980: 24). Siguiendo con esta metáfora, podríamos comprender mejor la historiografía marxista británica de mediados del siglo XX si la consideramos como un intento más de volver a

³¹⁴ Puede verse un pequeño mapa de las influencias de la obra de Thompson en la creación del History Workshop, de la “Women’s History”, en la historia africana o india de tinte anticolonial o de la “historia cultural” en el estudio de Eley (2005: 50-59).

³¹⁵ Como señala este sociólogo alemán, el concepto de “generación” bien entendido desborda su estrecho significado biológico, y permite comprender cómo los individuos que crecen contemporáneos experimentan “las mismas influencias directrices de la cultura intelectual que les moldea y de la situación político-social”. Por eso la generación en sentido sociológico no puede ser meramente biológica porque “solo un ámbito de vida histórico-social común posibilita que la posición en el tiempo cronológico por causa de nacimiento se haga sociológicamente relevante” (Mannheim, 1993: 199, 216). Puede verse una discusión de este concepto en Moreno Pestaña (2011).

³¹⁶ Algunas de las ideas que se exponen en este apartado se encuentran desarrolladas en Martínez-Cava (2020).

reescribir las bases del marxismo, un intento enormemente influenciado por las corrientes políticas del frentepopulismo de los años 30 y su continuación al acabar la guerra, así como por la gélida noche intelectual de la Guerra Fría durante finales de los 40 y principios de los 50. En la historia de este palimpsesto, un elemento destaca por encima de los demás: la tradición radical británica y la figura del célebre *Freeborn Englishman*.

La reivindicación de esta figura no fue un gesto gratuito por parte de los historiadores marxistas. Desde finales de la Edad Media ha existido una costumbre de reivindicar los derechos del “inglés nacido libre”, unos supuestos derechos perdidos que habrían de ser reconquistados. Como es previsible, a lo largo de los siglos esa reivindicación adoptó una proteica variedad de formas y estuvo sujeta a interpretaciones muy diferentes. Precisamente qué derechos caen dentro de esa figura, y cómo entender la relación entre individuo-propiedad-Estado eran partes de una discusión que admitía múltiples respuestas. Después de 1688, uno podía apelar a la misma Constitución inglesa para limitar la extensión de derechos, como trató de hacer Edmund Burke, o para asegurarla, como buscaba Richard Price (Epstein, 1989: 85). Por esta razón, constatar que los marxistas británicos se sumaron a la reivindicación de la figura es poco informativo. La clave del asunto reside en entender qué es lo que querían defender al hacerlo. Para comprender, por tanto, qué *tipo* de *Freeborn Englishman* se estaba poniendo en juego debemos rastrear los orígenes de esta reivindicación dentro del comunismo británico. Esto nos conducirá directamente a la cuestión de las asombrosas mutaciones del concepto *libertarian*.

A vueltas con las taxonomías: la etiqueta “libertarian”³¹⁷

En el contexto anglosajón contemporáneo el término “libertarianism” se emplea por lo general para referirse a la tradición liberal en su defensa de los derechos individuales inalienables (entre los que ocupa un destacado lugar el derecho a la propiedad en un sentido exclusivo y excluyente), como el valor máximo a proteger frente a su principal amenaza: el Estado. Según el vicepresidente ejecutivo del *Cato Institute*, David Boaz, esta tradición *libertarian* incluiría una determinada ontología social que confía en los “órdenes espontáneos” (de forma preeminente, el intercambio mercantil) y que sostiene nociones de “autopropiedad” à la Nozick. En algunas ocasiones, su longevidad se remonta hasta los orígenes del liberalismo político, confundándose con este, por lo que sus máximos expositores serían Locke, Smith o los *Founders* norteamericanos (Boaz, 2020), mientras que en otras ocasiones se restringe el alcance de esta tradición a una parte de la tradición liberal, ya en los siglos XIX y XX, y los autores destacados pasarían a ser Spencer, Spooner, Rand, Rothbard o Nozick (Mack, 2011)³¹⁸. Algunos académicos

³¹⁷ He decidido no traducir al castellano el término *libertarian* porque las dos opciones disponibles me parecen confusas para lo que discutiré: “libertario” en lengua castellana remite a la tradición anarquista (véase la definición en la Real Academia Española), y “libertariano” acostumbra a mentar a una escuela filosófica determinada (Nozick, Rothbard, etc.). Algunos usos que mencionaré aquí desbordan y hasta contradicen estos sentidos.

³¹⁸ Un hito importante en esta reconstrucción tuvo lugar en 1965 con la publicación de una selección de escritos de los *whigs* radicales Thomas Gordon y John Trenchard con el título *The English Libertarian Heritage* (David L. Jacobson, comp., Indianapolis, Bobbs-Merrill) que incluía un prólogo de Ronald Hamowy. Boaz ha querido estirar todavía más sus raíces hasta los panfletos *levellers*. Estos esfuerzos no están exentos de tensiones si tenemos en cuenta que los republicanos también han reivindicado el legado de Gordon y Trenchard (Pettit, 1999: 276) o que la tradición política liberal, estrictamente hablando, no echaría a andar hasta el siglo XIX, aunque pudiera haber visto desarrolladas algunas ideas en décadas anteriores sin haberse articulado todavía como “liberalismo” (Díez del Corral, 1956; MacGilvray, 2011:

contemporáneos, críticos con esta corriente, parecen inclinarse por esta segunda posibilidad (véase, por ej., Pettit, 2004: 118; MacGilvray, 2011: 1; Standing, 2018: 31).

En suma, aunque la extensión del concepto está poco clara y sigue debatiéndose qué autores o períodos cubre, parece que hay un cierto acuerdo académico entre filósofos e historiadores del pensamiento en cuanto a su *intensión*³¹⁹. Ser *libertarian* implicaría:

- i) tratar de salvaguardar ciertos derechos individuales, especialmente el derecho de propiedad, frente a las interferencias arbitrarias de los Estados (para lo cual se proponen modelos de “gobiernos limitados” o, en las versiones anarco-*libertarian*, sencillamente la disolución del Estado);
- ii) confiar en la eficacia de los órdenes autorregulados que surgen espontáneamente de la vida en sociedad, en particular los intercambios mercantiles que se postulan como la mejor institución para mediar las relaciones humanas;
- iii) sostener un individualismo moral, que deja los deberes sociales y el sentido de comunidad al albur de los contratos voluntarios que puedan suscribir las partes.

Un rasgo compartido de las aproximaciones anteriores es que son posteriores a los años 70 del pasado siglo XX, coincidiendo con el final del Pacto Social de posguerra. No es casualidad que la publicación de *Anarchy, State and Utopia* de Nozick se produjera en 1974, y en 1977 se fundase el *Cato Institute* y Rothbard crease la *Journal of Libertarian Studies*. Sin embargo, es evidente que el concepto es polisémico, y este uso se ha visto obligado a convivir con otros significados emparentados: *libertarian* ha seguido empleándose para hablar de la tradición anarquista³²⁰; para definir a una persona que cree que el Estado no debería poner límites a las libertades del individuo³²¹; o para denotar el carácter antiautoritario de los nuevos movimientos sociales originados en los años 60 (así lo emplean, por ejemplo, Dworkin, 1997: 125; o Hobsbawm, 2002: 267).

23, véase 1.2.3.). Para una interpretación alternativa de Locke incompatible con la filosofía de Nozick puede consultarse Mundó (2005).

³¹⁹ Puede verse este acuerdo tácito entre investigadores de distintas filiaciones filosófico-políticas en las menciones aparecidas en el *Oxford Handbook of Political Theory* (2006).

³²⁰ Peter H. Marshall recuerda que de los usos políticos del término, este es el más antiguo, y localiza una primera mención en francés en 1858 por parte del anarquista Joseph Dejacque que decidió titular a su diario *Le Libéraire, Journal du Mouvement* (Marshall, 1998: 641). Jordi Mundó me advierte contra la tentación de superponer los sentidos en inglés y francés, y lleva razón al hacerlo: el término *libéraire* en francés no se emplea para designar a los *right-libertarian*, que encuentran su propio vocablo en *libertarien*. La fecha de Marshall es importante, en todo caso, porque el término anglosajón *libertarian* en su sentido político parece ser una derivación del francés *libéraire*. En inglés existía un sentido metafísico y no político que data de fecha más temprana, se empleaba para referirse a los defensores del libre albedrío frente a los deterministas o *necessitarians* (Sprading, 1913: 5; y la entrada "libertarian" en el Oxford English Dictionary, 2009a). Mundó me indica, también, que en la obra de Maitland puede encontrarse un buen ejemplo en el ámbito inglés del sentido de *libertarian* más congruente con la acepción individualista que se generalizaría a partir de los años 60 (Maitland, 1911: 449).

³²¹ La miscelánea obra de Charles T. Sprading, *Liberty and the Great Libertarians* publicada en 1913, puede ser un buen ejemplo. En ella se encuentra la idea de que las ideas *libertarian* eran compartidas por diferentes tradiciones políticas, e incluía entre algunos de sus grandes autores a algunos personajes que pondrían algo de color en las mejillas del *Cato Institute*: Henry George, William Godwin, Edward Carpenter, George Bernard Shaw, Francesc Ferrer i Guardia, Mijail Bakunin o Emma Goldman (Sprading, 1913).

Y el problema no ha hecho más que comenzar. En su compilación de los panfletos revolucionarios de los *levellers*, Don M. Wolfe utiliza el adjetivo *libertarian* para describir los procedimientos de petición al Parlamento como un mecanismo democrático empleado por Lilburne y sus socios (Wolfe, 1944: 71). Aquí el concepto se emplea en un tercer sentido. Wolfe se refiere a una concepción anglosajona de las libertades individuales inalienables que se diferencia de las anteriores en dos frentes. Por un lado, frente a los usos anarquistas o antiautoritarios, no implica el objetivo de abolir el Estado o el Parlamento y va más allá de ser una mera disposición reacia ante el poder central. Por otro lado, frente a los *right-libertarians*, no conlleva la defensa de órdenes espontáneos autorregulados, de derechos de propiedad exclusivos y excluyentes o de un individualismo moral. En este tercer sentido, las ideas *libertarian* remiten precisamente a la idea del *Freeborn Briton* (Torr, 1956: 105) y se solapan con los movimientos democratizadores que buscaban modificar, regular o redistribuir la propiedad, como los propios *levellers* en la Revolución inglesa o los radicales seguidores de Tom Paine a finales del XVIII (Kennedy, 2013; McCann, 1997: 81).

Para algunos autores este último significado del término, con sus referentes democráticos y su propia simbología (particularmente el *cap of liberty* o gorro frigio, véase *infra*), se alarga en el tiempo llegando incluso a confluir con el anatema de los *right-libertarians*... ¡la propia tradición marxista! Thompson será justamente uno de esos autores. En un artículo de 1979, titulado “Recovering the libertarian tradition” y publicado en la revista *leveller*, sostendrá:

Yo no comparto la idea de que la tradición marxista es anti-*libertarian*. He argumentado en profundidad que los primeros marxistas en este país, dentro de los cuales estaba William Morris, eran profundamente *libertarian*. Lo que es indignante, algo que la mayoría de la tradición marxista ha permitido que ocurra, es la confiscación de la idea de democracia de nuestro movimiento (Thompson, 1979).

A la vista de lo anterior, no parece arriesgado asumir que en las últimas décadas se habría producido un desplazamiento semántico, manteniéndose constante el uso cotidiano antiautoritario, pero quedando sepultado el sentido democrático en favor del “neoliberal”. A mediados de los 70, Murray Rothbard podía escribir con placer poco disimulado:

Un aspecto gratificante de nuestro ascenso a una posición de cierta importancia es que, por primera vez en mi memoria, nosotros, “los nuestros”, habíamos capturado una palabra crucial del enemigo. Otras palabras, como “liberal”, se identificaron originalmente con los libertarios del *laissez-faire*, pero habían sido capturadas por los estatistas de izquierda, lo que nos obligó en la década de 1940 a denominarnos a nosotros mismos, de una forma débil, como liberales “verdaderos” o “clásicos”. *Libertarian*, por el contrario, había sido durante mucho tiempo una mera palabra cortés para los anarquistas de izquierda, es decir, para los anarquistas que estaban en contra de la propiedad privada, ya fuesen de tipo comunista o sindicalista. Pero ahora nos hicimos con el concepto (Rothbard, 2007: 83).

El argumento de Rothbard no debe llevarse demasiado lejos. Se pueden encontrar usos recientes de *libertarian* diferentes a los empleados por el *Cato Institute*, el *Mises Institute*, la *Encyclopaedia Britannica* o los *Oxford Handbooks* que no se compadecen fácilmente con el triunfalismo de Rothbard (véase, por ejemplo, Blaazer, 1992, xi; Goodway, 2006; Screpanti, 2007, x). Por lo tanto, asumiendo como hipótesis un desplazamiento semántico (no absoluto) en el concepto *libertarian*, en lo que sigue trato de exponer cómo una parte de la tradición socialista británica puede ser entendida a la luz de ese significado democrático (parcialmente) marginado.

El hilo de Ariadna: *The Cap of Liberty*

La propia simbología *libertarian*, en particular el uso del llamado gorro frigio, nos ofrece algunas pistas para nuestra historia. El origen del conocido gorro rojo tejido con lana se remonta hasta el Mediterráneo antiguo, cuando los marinos griegos empleaban unos gorros de fieltro conocido como *pilos*. En el antiguo imperio romano este gorro derivó su nombre a *pileus* y pasó a simbolizar la adquisición de la condición de libre por parte de un antiguo esclavo o siervo, como quedaría registrado, por ejemplo, en múltiples monedas romanas que tenían grabado el *pileus* (S. W. Stevenson, 1889: 629). En Roma los esclavos estaban afeitados, por lo que cuando algún esclavo era emancipado se dejaba crecer el pelo y para que no se notara que se estaba dejando crecer el pelo, se ponía este gorro (A. Domènech, 2018a). Al parecer Bruto, uno de los asesinos de César, colocó un *pileus* en la punta de una lanza representando la libertad conquistada al matar al tirano (Harden, 1995: 91). La denominación de “frigio” proviene de un antiguo gorro que se empleaba en la provincia de Frigia en Anatolia, la actual Turquía³²², aunque acabó empleándose en el arte occidental para representar cualquier región considerada “exótica” al noreste del mar Egeo. La razón de que hoy en día denominemos “gorro frigio” al gorro de la libertad se debe a una confusión por parte de los revolucionarios americanos y franceses del siglo XVIII, que al tratar de recuperar el uso del gorro *libertarian* mezclaron el *pileus* con el gorro frigio (Korshak, 1987: 60).

El empleo en el Reino Unido de este símbolo comenzó de forma tardía. A lo largo del siglo XVI fue utilizado con frecuencia en las Provincias Unidas contra la dominación del Imperio español, convirtiéndose en un símbolo de rebelión y de la identidad nacional holandesa, si bien cambió parte de su forma hasta convertirse en un sombrero de ala ancha. El uso holandés de este símbolo explica por qué fue Guillermo de Orange el responsable de su introducción en Inglaterra tras la Revolución Gloriosa, pues si bien en Inglaterra ya existía alguna representación del *pileus* asociada a la libertad, no incluía la connotación subversiva que trajo Guillermo de Orange. Ahora bien, en el proceso de adopción de este símbolo rebelde los británicos abandonaron el sombrero de ala ancha y volvieron al gorro de lana más cercano al *pileus* original (Harden, 1995: 73-74). El símbolo se popularizó rápidamente, y en el siglo XVIII eran comunes las representaciones de una mujer que encarnaba el espíritu patrio, *Britannia*, con la Carta Magna en una mano, la balanza de la justicia en la otra, y el gorro frigio sobre su cabeza (asociado al lema “Liberty or Death!”). En las revueltas por la liberación de Wilkes (“Wilkes and Liberty!”) se representó a menudo la *Bill of Rights* junto a la Carta Magna, coronadas ambas por un gorro frigio (Korshak, 1987: 55).

Unos años antes de la Revolución americana, el símbolo fue adoptado por los revolucionarios de los Estados del norte. Desde ahí el símbolo volvería a saltar el Atlántico aterrizando en la Francia de la revolución. Pero fue justamente cuando los *sans-culottes* adoptaron este gorro como propio que las élites británicas empezaron a disociarse de él: tras la ejecución de Luis XVI quedó vinculado al “jacobinismo francés” y a la “anarquía”, y se eliminó el *cap of liberty* de las monedas británicas. Solo algunos radicales lo seguirían usando, especialmente los francófilos seguidores de Thomas Spence (Epstein, 1989: 87) o los “ardientes republicanos” como William Blake (Thompson, 1993c: 126).

³²² Véase la entrada “Pileus” y “Phrygian cap” en la *Encyclopaedia Britannica*.

Su historia está lejos de terminar aquí. El gorro frigio reaparecería tras las segundas guerras napoleónicas en todas las manifestaciones radicales y en los mítines cartistas, y lo haría, de nuevo, como un símbolo patrio. En la épica manifestación de Peterloo³²³ el gorro fue usado de una forma diferente a como lo empleaban los seguidores de T. Spence. Esta vez no apareció rodeado de símbolos franceses, no se tocó el *Ça ira* ni la *Marsellaise*, no había escarapelas tricolor, sino que abundaron los gritos de “God save the King” o “Rule Britannia”. El gorro fue el símbolo más prominente del radicalismo popular de la época: se volvió una costumbre que, ante las cargas policiales, los manifestantes defendieran con todos los medios posibles los estandartes y, especialmente, aquellos coronados por el gorro. Para los realistas (*loyalist*) significaba el Terror y la anarquía jacobina, un atentado contra las “libertades” constitucionales inglesas; mientras que para radicales como Henry Hunt o William Cobbett el *cap of liberty* encarnaba precisamente esas libertades. Como ha señalado el especialista James Epstein, una parte fundamental de la lucha entre los *loyalist* y los *radicals* se jugó, justamente, en la cuestión simbólica de si el gorro frigio podía aparecer en público o si debía ser prohibido (Epstein, 1989: 79-80). La prensa de la época se lanzó furibunda contra el gorro: “El New Times en 1819 instó al gobierno británico a prohibir la exhibición pública de las ‘insignias de masacre y rebelión francesas, el Bonnet Rouge y el manto tricolor’, como si los símbolos en sí mismos fueran portadores de contagio revolucionario en lugar de su expresión” (R. E. Jones, 2019). El propio Thompson registró esas disputas en las manifestaciones radicales por el uso del gorro frigio, así como la existencia de una revista radical titulada *Cap of Liberty* (Thompson, 2012 [1963]: 650, 736).

El punto particularmente interesante de esta historia del símbolo *libertarian* es que, como muchas otras ideas, símbolos y creencias, sería un elemento que el radicalismo legaría al primer movimiento obrero y al socialismo de principios del siglo XIX. El socialista-republicano George Julian Harney, líder de la asociación *Fraternal Democrats* que editó la primera edición del *Manifiesto Comunista* en 1848, acostumbraba a acudir a las manifestaciones con el gorro frigio calzado. El gran ilustrador Walter Crane, autor de *Cartoons for the Cause*, amigo de William Morris y antiguo discípulo del grabador republicano William James Linton, solía representar en sus obras a una *Marianne / Britannia* con los lemas del socialismo de finales del XIX y un gorro frigio sobre la cabeza (Crane, 1896)³²⁴.

La historia cultural de un símbolo tan rico es un asunto que no podemos seguir persiguiendo ahora. Pero el uso sistemático del gorro frigio de forma sistemática en las filas del socialismo británico nos pone sobre la pista de esa particular interpretación del movimiento obrero y socialista que entiende que ambos son continuadores y herederos conscientes de la tradición republicano-democrática (véase 1.2.5. en esta tesis).

³²³ Magistralmente llevada al cine por Mike Leigh en 2018 con el título *Peterloo*.

³²⁴ Los hilos podrían seguir rastreándose. Antoni Domènech acostumbraba a pasar en sus clases imágenes de la propaganda del SPD donde la Marianne republicana aparecía tocada con el *Bonnet rouge*. El intelectual cubano Julio César Guanche habitúa a recoger imágenes del uso del gorro en las luchas por la liberación nacional latinoamericanas (aprovecho la ocasión para agradecerle nuestros intercambios). El revolucionario Víctor Serge recoge en su autobiografía la historia de Miguel Almeréyda, un socialista francés destacado en las filas del pacifismo, que fundó precisamente un periódico titulado *Bonnet Rouge* (V. Serge, 2011: 88).

La libertad política en el revival socialista de finales del siglo XIX

Tradicionalmente se ha tendido a considerar que el socialismo británico desapareció de la escena pública desde la derrota del cartismo a principios de los años 50 hasta el *revival* de la década de los 80 del siglo XIX (Cole, 1975a [1952]: 159). Pero fue justamente en ese período en el que se constituyó la Asociación Internacional de Trabajadores (1864), cuyo influjo sería decisivo en las décadas siguientes, y en la que algunos socialistas y sindicalistas británicos tuvieron un papel esencial. Un episodio merece nuestra atención aquí: ante las reticencias hacia la política de sus socios franceses, un grupo de delegados de la AIT de Génova decidió introducir en 1867 la cuestión del Estado en el congreso de Lausana. Allí consiguieron aprobar una resolución en la que se puede leer: “1) que la emancipación social de los trabajadores es inseparable de su emancipación política; 2) que el establecimiento de libertades políticas es una primera medida de absoluta necesidad” (véase el capítulo 8 de la obra del historiador y revolucionario ruso Stekloff (1928), purgado en la *yezhóvshchina*).

En cualquier caso, es cierto que el movimiento socialista no volvió a ser un movimiento de masas en Gran Bretaña hasta la década de 1880, cuando se fundaron la Federación Socialdemócrata o FSD (1881), la Liga Socialista como escisión de esta (1884), la Sociedad Fabiana (1884) y el Partido Laborista Independiente o ILP (1893), un hecho que tuvo lugar en paralelo a la transformación del Estado “manchesteriano” en el monstruoso aparato burocrático-imperialista de finales de la era victoriana.

La Federación Social-Demócrata estuvo liderada por Hyndman, un líder terco y poderoso que gestionó su poder con carácter dictatorial. Hyndman, como algunos socialistas alemanes, puso más énfasis en la conquista del poder estatal como principal y casi única solución (lo que vino en llamarse *State Socialism*, aunque su traducción institucional no estaba clara en absoluto). En 1884 la FSD era una organización de base mayoritariamente londinense, con 400 militantes en la capital y menos de 100 en las provincias. En 1886 contaba ya con unos 1300-1400 militantes, y cerca de 2.000-3.000 suscriptores a la revista *Justice* (Thompson, 1988: 330, 389). A pesar de su enfoque vagamente estatista, la FSD sirvió como una plataforma influyente para la formación de algunos futuros líderes del Partido Laborista con ideas bien diferentes, como Tom Mann (Foote, 1997: 23). Mann estaba especialmente vinculado a las luchas sindicales del norte del país y acabaría siendo uno de los fundadores del ILP, donde su socialismo encontró una formulación *libertarian* (Torr, 1956). En el panfleto *The Miner's Next Step* (1912), por ejemplo, se revolvería contra el *State Socialism* al defender que “el Estado no sería un amo menos tirano que el propietario privado de las minas de carbón, de hecho sería más poderoso” (citado en Cole, 1975b [1954]: 231).

Por su parte, la Sociedad Fabiana tampoco fue especialmente homogénea en sus ideas respecto al poder. Su estrategia a finales del XIX era convertir al Partido Liberal en un partido socialista, pero a partir de 1893 comenzó a defender que esto era imposible y abogó por la creación de un partido independiente de la clase obrera financiada por ella misma (en parte como reacción a la creación en 1892 del Independent Labour Party). Para ello, se convirtió en una sociedad abierta a militantes de todas las procedencias políticas progresistas habidas y por haber, reuniendo en su seno a marxistas, liberales progresistas, clérigos radicales, positivistas comteanos, defensores de la nacionalización de tierras y opositores a esta, etc. Esto le permitió ser el principal centro de pensamiento de la tradición progresista en los últimos decenios del XIX (Blaazer, 1992: 49). Entre algunos de sus legados se cuenta la famosa London School of Economics, creada en 1895 en la Universidad de Londres.

En un primer momento los fabianos no apostaron por la propiedad del Estado como modelo de empresa ideal (Blaazer, 1992: 46), en su opinión las empresas socialistas deberían estar gestionadas por organismos locales elegidos democráticamente y careables por la ciudadanía (Cole, 1975b [1954]: 118-119). La Local Government Act de 1888, al crear los consejos de condados, como el de Londres, sería clave para la experimentación de políticas socialistas en las que se vieron implicados los fabianos. No obstante, una rama del fabianismo empezó a desarrollarse en una línea anti-*libertarian*: frente al pensamiento de Sidney y Beatrice Webb, que no dejaron de defender la necesidad de controles democráticos sobre los representantes, Bernard Shaw llegó a admirar a aquellos gobiernos despóticos que delegasen en técnicos expertos. Esta obsesión por la *epistocracia*³²⁵ prevalecería en la Sociedad Fabiana con el paso del tiempo, razón por la que “fabianismo” se volvería casi sinónimo de “tecnocracia” (Foote, 1997: 31). La fiscalización del poder acumulado pasó a un segundo plano, y para el Shaw de 1893, por ejemplo, se trataba de un problema de composición social:

Una Cámara de los Comunes formada por 660 *gentlemen* y 10 trabajadores ordenará al soldado que coja el dinero de los trabajadores para dárselo a los terratenientes. Una Cámara de los Comunes formada por 660 trabajadores y 10 *gentlemen* probablemente, a no ser que 600 sean idiotas, ordenará al soldado que coja el dinero de los terratenientes para dárselo a los trabajadores (Shaw, 1893: 24).

Sin embargo, la hegemonía intelectual de los fabianos sufrió un batacazo a finales de siglo. El punto de inflexión que provocó su aislamiento desde 1899 fue la cuestión del imperialismo³²⁶, cuando la Sociedad decidió no tomar una postura explícita sobre la Guerra de los Boers porque sus miembros no consiguieron ponerse de acuerdo (lo cual produjo la salida de figuras prominentes como MacDonald o Brailsford, Blaazer, 1992: 62-63). A partir de entonces el término “fabianismo” se emplearía como sinónimo de “pragmatista” y tendría connotaciones peyorativas (será este uso el habitual en Thompson y en los pensadores de la New Left).

En contraposición con las propuestas de Hyndman se desarrolló el pensamiento político de William Morris, que comenzó militando con la FSD pero que acabaría rompiendo en 1884 con lo que consideraba el “socialismo bismarckiano” de Hyndman y su “gobierno arbitrario” del partido. Morris fue también un crítico acérrimo de los fabianos, esos “socialistas blandengues”, a los que consideraba preocupados exclusivamente por la redistribución y no por la libertad (“mientras se les permita robar el ganso no pondrán objeciones a darles a los pobres los menudillos”, citado en Thompson, 1988: 342 y ss.). Esto le llevó a fundar la Liga Socialista en 1894, donde colaboró con algunos socialistas antiparlamentarios y también con algunos anarquistas. La Liga contaba, para 1886, con unos 600-700 miembros, y tendría unos 2.000-3.000 suscriptores de la revista *Commonweal* (Thompson, 1988: 389). Si se tiene en cuenta que el modelo de sociedad ideal de Morris no era el reflejado en su famoso *bestseller*, *News from Nowhere*, está claro que Morris no fue un anarquista. Trabajó con ellos, había visto como se hacían con la mayoría en la Liga, y justo por sus desavenencias con ellos rompió

³²⁵ Para esta noción véase la obra de D. Estlund (2008: 21-39; 206-222). Agradezco a J. L. Moreno Pestaña esta referencia.

³²⁶ Los Webb se lanzaron a una defensa cuasi-bismarckiana del Imperio británico, criticando los “malos usos” de este, pero no su existencia: “¿De qué sirve un Imperio si no puede ni alimentar y mantener en el mejor sentido de la palabra a una raza imperial? ¿Qué sentido tiene hablar sobre un Imperio si aquí, en su propio corazón, se encuentra siempre una masa de personas atrofiadas en su educación, presas de la intemperancia, acurrucadas y apelonadas, que están más allá de la posibilidad de llegar a tener (en algún sentido válido del término) una vida social o doméstica?” (Sidney Webb, citado en Blaazer, 1992: 68).

con la Liga en 1890 y terminó volviendo a colaborar con la FSD (Goodway, 2006: 22 y ss.)³²⁷.

¿Cuál era entonces el socialismo del gran artista del romanticismo? En su conferencia “La lucha de clases” de 1889 Morris subrayó, según reportó el *Leeds Mercury*, que “el socialismo era: que el pueblo trabaje para sí mismo y se administre a sí mismo, y que el Estado incorpore al conjunto del pueblo, y no esté compuesto de dos clases” (Thompson, 1988: 503). Parece cierto, sin embargo, que Morris consideraba que en el comunismo la maquinaria central del Estado desaparecería (excepto en las funciones mínimas e imprescindibles de producción y distribución), y consideró que la fiduciarización del poder no bastaría si no se combinaba con una descentralización masiva, dado:

el peligro de que la comunidad caiga en la burocracia, la multiplicación de departamentos y despachos y toda la parafernalia de la autoridad oficial; lo que, después de todo, es una carga, *incluso cuando se ejerce por delegación del pueblo* y de acuerdo con sus deseos (“True and False Society” en Morris, 2013 [1886]: 236, cursivas nuestras).

Su rechazo del parlamentarismo y su gran imaginación utópica le llevaron a revivir algunos de los impulsos antipolíticos de la tradición socialista, como cuando imaginó que en la futura sociedad comunista se podría prescindir de la necesidad de emplear funcionarios porque todo el mundo “arrimaría el hombro”, que no existirían facciones ni “espíritu de partido”, y que un gran “consejo del mundo socializado” regiría la coordinación necesaria para organizar la producción (Thompson, 1988: 632-633).

En la misma época en la que Morris escribió sus principales obras políticas, el socialismo europeo vivía un período de auge y expansión sin precedentes representado especialmente por el SPD alemán. Uno de sus dirigentes, Eduard Bernstein, había escapado de la legislación antisocialista de Bismarck de 1878 exiliándose en Zúrich, pero Bismarck consiguió que el gobierno suizo expulsara a varios dirigentes socialistas, por lo que Bernstein decidiría buscar refugio en Londres. En sus años en la capital, Bernstein establecería su reputada fama como teórico socialista del SPD. Una de las investigaciones que realizó aquí tenía que ver justamente con la tradición radical británica, que resultó en la publicación, en 1885, del libro *Kommunistische und demokratisch-sozialistische Strömungen während der englischen Revolution* (Stuttgart: J.H.W. Dietz,). En 1930 se tradujo al inglés con el título *Cromwell and Communism. Socialism and Democracy in the Great English Revolution* (Bernstein, 1930)³²⁸.

Bernstein rescató de forma pionera el papel de los *levellers* (rehabilitando la figura del maltratado John Lillburne) y de los *diggers* (a los que dedicó casi medio libro, especialmente a Gerrard Winstanley), analizando su contribución a la historia de las ideas progresistas. Si bien lo hizo desde una terminología ajena a la época, y bajo un esquema teleológico y obrerista³²⁹, lo cierto es que la obra es particularmente valiosa por la defensa

³²⁷ A pesar de sus buenas relaciones con Kropotkin y de algunos impulsos antipolíticos, Morris no era anarquista. Era un socialista *libertarian* de fondo normativo republicano: “yo estoy en desacuerdo de manera muy clara con los principios del anarquismo, sin por eso dejar de simpatizar personalmente con muchos anarquistas, aunque como inglés siento un absoluto horror hacia la centralización y la interferencia gubernamental, cosas a que algunos de nuestros amigos, hechos más bien según el molde alemán, no temen, según me parece, en la misma medida” (Carta inédita de 1887, citada en Thompson, 1988: 421). A partir de 1889 Morris empezó a autodefinirse como “comunista” con frecuencia para disociarse de los anarquistas de la Liga, de los fabianos, y de los “socialdemócratas” de Hyndman.

³²⁸ David Casassas tuvo la amabilidad de ponerme tras la pista de esta valiosa referencia.

³²⁹ En la explicación de Bernstein los radicales del XVII sientan las primeras piedras del comunismo de economía planificada de Estado; los *levellers* son incapaces de ir más allá de las aspiraciones de la clase

explícita de los precedentes ideológicos republicanos del socialismo moderno (véase especialmente Bernstein, 1930: Cap. VII). Y a pesar de las limitaciones del estrecho esquema interpretativo obrerista que mencionábamos, lo cierto es que la admiración que profesa Bernstein por *levellers* y *diggers* (a veces llamados “*True Levellers*”) es evidente:

Los *levellers* representaban aquellos intereses comunes al artesano y al ciudadano avanzado, mientras que los “*True Levellers*” representaban exclusivamente el interés de los trabajadores. Y a este respecto, sin exagerar podemos decir de Winstanley que, aunque no estuviera “armado con toda la ciencia de su siglo”, era como un socialista adelantado a su época. Representa las ideas más avanzadas de su tiempo. En su utopía encontramos fusionadas todas las aspiraciones populares engendradas y fertilizadas por la Revolución. Sería más que absurdo criticar, desde nuestro punto de vista moderno, sus propuestas positivas, o hacer hincapié en sus imperfecciones e ineficacias. Estas deben explicarse a la luz de la estructura económica de la sociedad tal como Winstanley la encontró. Admiraríamos de buen grado la perspicacia y el buen juicio exhibido por este simple hombre del pueblo, y su visión de la conexión existente entre las condiciones sociales de su tiempo y las causas de los males que ataca (Bernstein, 1930: Cap. X).

Las conclusiones de su investigación son reveladoras. Encontramos un Bernstein, escribiendo desde el Londres de finales de siglo, que decide sumarse a la interpretación democrática del *Freeborn Englishman* y del socialismo británico *libertarian*:

No fue hasta el final de las guerras napoleónicas cuando se produjo un movimiento de reforma política que dio lugar, después de 1832, a la extensión del sufragio a las clases medias-bajas, separando los elementos plebeyos y proletarios y formando el gran Partido Cartista, que en el siglo XIX retomó la causa en el punto al que habían llegado los *levellers* a mediados del siglo XVII. En esto, los cartistas son los herederos de los *levellers*. La People’s Chart, aunque exige el sufragio adulto como respuesta al mayor nivel de desarrollo económico, no está en ningún otro aspecto más avanzada que el “Agreement of the People” de los *levellers*, que Carlyle ridiculizó como una “constitución Bentham-Sieyes” prematura, pero que su autor John Lilburne describió con más razón como el fundamento legal de la libertad popular. Y al igual que los cartistas partían de los *levellers*, el gran utópico inglés del siglo XIX, Robert Owen, está en línea directa con los “*True Levellers*”. Owen mismo solía recurrir a John Bellers como su predecesor, pero el mismo Bellers caminaba sobre los hombros de Gerrard Winstanley y de un socialista que, siete años después de Winstanley, hizo un avance considerable desde el comunismo utópico hacia la idea moderna de cooperación (Bernstein, 1930: Cap. XVII).

El socialismo *libertarian* de entreguerras

La Primera Guerra Mundial marcó un punto de inflexión importante en las aproximaciones a la idea de libertad política. Las grandes potencias experimentaron por primera vez lo que era someter las economías de escala a la planificación y dirección estatal de forma masiva y continuada (Domènech, 2019: 235-237). Esto levantó las pasiones de muchos socialistas, que corrieron a abrazar formas más estatistas de socialismo, con la mirada puesta en una Rusia que ofrecía esperanzas. En Gran Bretaña, los representantes de esta nueva tendencia fueron los fabianos: después de 1914, por influencia de Emile Davis y H. G. Wells, se convirtieron en los fervientes defensores de la nacionalización (bajo formas tecnocráticas) frente a otros modelos de socialización de la propiedad (Cole, 1975b [1954]: 209).

El socialismo no-comunista: Harold Laski y G.D.H. Cole

Para el pensador *libertarian* que fue Harold Laski, esto no podía ser sino una amenaza, así que dedicó varios ensayos a criticar la concepción de una soberanía “monista”, esto

media porque todavía no existía un proletariado industrial, etc. (véase especialmente Bernstein, 1930: Cap. XII).

es, irrestricta, que creía que se había extendido por toda Europa. En su lugar propuso distintos modelos de dispersión de aquella (Laski, 1917: 283). Ante la concentración de poder, público o privado, propuso un federalismo que:

no debe ser entendido en términos meramente espaciales. Se aplica tanto al gobierno de las minas como al gobierno de Irlanda o Massachussets. En último término sugiere no solo una división de la soberanía en términos de competencias sino también una revisión completa de la noción aceptada de propiedad (...) la libertad, en resumen, es incompatible con el sistema actual de la propiedad, porque lo que este provoca es una concentración de poder tal que inutiliza la personalidad política del ciudadano medio para cualquier propósito serio (Laski, 1921: viii-ix).

El problema es que la historia “nos ha vuelto muy cuidadosos en la erección de salvaguardas contra el ejercicio del poder” (Laski, 1921: 230). Laski acabaría compartiendo no solo el programa socialista de nacionalización de sectores estratégicos y la promoción de otras formas de propiedad, sino que propondría también “una base mínima de civilización para cada individuo con el objetivo de hacer posible su condición de ciudadanía”. Por lo que su doctrina no implica “la abolición de la propiedad como tal”, sino que “implica, por decirlo así, la democratización del control industrial y la descentralización del poder político” (Laski, 1922: 9, 10). Por otro lado, Laski combinó estos principios “federalizantes” con principios fiduciarios:

Un Estado debe, como regla general, actuar a través de agentes [*agents*] y ministros a los cuales se les ha confiado [*entrusted*] el ejercicio del poder. El poder así delegado [*confided*] puede estar limitado, como en América, o ser pleno, como en Gran Bretaña. Pero en ningún caso es de hecho más que un mero permiso para llevar a cabo los actos que puedan asegurarse la aprobación del público (Laski, 1921: 211).

De esta forma, sostendrá:

Estamos visualizando un Estado en el cual el ciudadano individual tiene derecho a tener voz efectiva en los asuntos colectivos. Es obvio, por descontado, que el poder que puede tener está limitado por las necesidades propias de la organización a gran escala. Pero aun así debería implicar que el hombre medio pueda elegir a sus gobernantes o ser elegido él mismo si puede. Debería implicar su derecho a realizar críticas sin restricciones. Debería involucrar el derecho a ser informado de todas las decisiones importantes y la oportunidad consecuente, en colaboración con sus conciudadanos, de revocar el mandato al gobierno (Laski, 1922: 14).

La conquista de esa vieja demanda del movimiento obrero británico, el sufragio universal pleno, llegó en 1918 bajo gobierno laborista y supuso esperanzas en el medio y largo plazo, pero Laski era consciente de que sus ideas sobre el poder todavía nadaban a contracorriente entre muchos de sus colegas, y de que un abismo mediaba entre sus principios y la realidad política: “la práctica cojea dolorosamente por detrás de la teoría a la que se supone que tiene que sostener” (Laski, 1921: 228). En un momento de honesto realismo, dirá: “ninguna solución única –ya sea el socialismo gremial, las cooperativas de consumo o la multiplicación de la pequeña propiedad campesina– puede ofrecer una aplicación que no sea limitada” (Laski, 1922: 4). Su imbricación de principios socialistas y *libertarians* puede verse con claridad en la siguiente cita:

Tengo como ciudadano un derecho ante la sociedad a realizarme de la mejor manera posible en común con los demás. Ese derecho implica que se me garanticen aquellas cosas sin las cuales no puedo, en los términos de Green, realizarme como un ser moral. (...) Tengo derechos para enriquecer la vida en común. Pero si estos derechos no consiguen hacerse realidad, entonces tengo derecho a investigar al Estado bajo la hipótesis de que su voluntad se dirige a fines distintos del bien común. Considero su poder como una fuerza ejercida con el fin de asegurar esos derechos. La catadura moral del Estado se me hace presente a través de los derechos que consigue garantizar (Laski, 1938 [1925]: 39-40).

Por eso, sostiene Laski,

el verdadero socialismo es un socialismo *libertarian*, y no autoritario. Creo que esto es algo generalmente aceptado entre los socialistas (...). Los socialistas no sugieren que la libertad y la disidencia sean sinónimos. Sino que insisten en que no puede haber libertad hasta que aquellas cosas sobre las que se pide obediencia hayan sido decretadas con la aprobación de la comunidad (Laski, 1925: 12).

El veterano periodista del socialismo democrático que era Henry Noel Brailsford entendió a la perfección este carácter peculiar de Laski. En la conferencia Conwey Memorial organizada por la South Place Ethical Society, celebrada en 1932, Brailsford tenía que introducir a Laski como ponente, y eligió hacerlo mostrándole como representante de una síntesis de los ideales republicanos y socialistas de la época:

El estudiante académico que define la mitad de lo que es Laski está, sobre todo, yo diría, entre los racionalistas individualistas del siglo XVIII y de la Revolución Francesa. La pasión de estos por la libertad arde en su interior. El hombre de experiencia que define su otra mitad es el contemporáneo de la Revolución rusa: comprende su llamada imperiosa al orden y la planificación, su entendimiento de la importancia de la maquinaria, su pasión por la igualdad social, su sentido de que el todo es mayor que las partes. Pero yo no puedo imaginarme a Laski sintiéndose como en casa en la Rusia soviética y, ciertamente, es probable que cualquiera de las dos revoluciones lo hubiera eliminado, debido a su simpatía en retrospectiva o anticipación con el otro esfuerzo. Su trabajo es intentar una síntesis de estas dos tendencias, que están dando forma al mundo de hoy y de mañana. En eso, de hecho, todos estamos comprometidos, aunque pocos son conscientes de ello, y la mayoría de nosotros estamos contentos con un mosaico descuidado que se rompe con cada momento (citado en Blaazer, 1992: 146).

Otro gran exponente del socialismo *libertarian* de entreguerras fue G. D. H. Cole. Cole desarrolló una teoría de la “democracia funcional”, donde las instituciones “políticas” se verían complementadas por otros organismos de representación derivados de los grupos que cumplían funciones esenciales en la sociedad (consumidores, productores, etc.). Sostuvo, además, que una sociedad democrática sería aquella en la que “el representado tendrá libre elección, contacto constante y considerable control sobre su representante”, sin que esto supusiese convertir al representante en un mero delegado sometido al mandato imperativo (Cole, 1920: 32). La idea más relevante de su movimiento, el llamado “socialismo gremial”, era su modelo fiduciario de gestión empresarial:

El *Guild Socialism* sostiene que la gestión interna y el control de cada industria o servicio deben concederse, como un fideicomiso en nombre de la comunidad [*as a trust on behalf of the community*], en manos de los trabajadores que participan en ellos; pero defiende igualmente que se debe salvaguardar la representación y el punto de vista de los consumidores en relación con cada servicio (Cole, 1920: 39).

En esto definía su posición frente a los socialistas “colectivistas” que renegaban de la *industrial democracy*, pero también frente a los “sindicalistas revolucionarios” (*syndicalists*) que renegaban del Estado (Cole, 1921: 32). De forma parecida a Laski, Cole también ligó las obligaciones del poder con los derechos humanos (civiles, políticos y económico-sociales Cole, 1975c [1960]: 27). Por eso, el socialismo gremial:

se propuso en contra tanto del socialismo de Estado como de lo que pronto había de ser llamado comunismo, y [lo hizo] para afirmar la importancia capital de la libertad del individuo y del grupo y la necesidad de extender la responsabilidad social a todo el mundo (...). Sostenían los socialistas gremiales que no era la pobreza, sino la esclavitud y la inseguridad los principales males que los obreros tenían que vencer. Verse libres del temor al desempleo, la libertad en el trabajo y el derecho a trabajar bajo inspectores y gerentes elegidos por ellos mismos y librar a los lugares de trabajo de jefes nombrados desde arriba, ya fuese por el patrono capitalista o por el Estado, esos eran los

fundamentos necesarios de la democracia obrera, sin la cual la democracia política solo podía ser una ficción (Cole, 1975b [1954]: 237).

El comunismo de entreguerras

En 1921, unos cuantos centenares de activistas del ILP que formaban parte del Partido Laborista, creado en 1899-1900, se escindirían para formar el Partido Comunista de Gran Bretaña (PCGB). En la historia del comunismo británico se encuentran interesantes episodios de socialismo *libertarian*³³⁰, como hemos tenido ocasión de analizar con Maurice Dobb, Dona Torr o A. Leslie Morton (véase 3.2.1.). A través de un servicio de formación durante los años de la guerra y en los debates que tuvieron lugar en la Gran Bretaña de posguerra, los comunistas británicos se acostumbraron a tomar como un punto de referencia para sus seminarios los famosos Debates de Putney de la Revolución inglesa (publicados en *Puritanism and Liberty* en 1938 por A. S. P. Woodhouse). La obra de Winstanley ya había sido popularizada a comienzos del siglo XX por un periodista radical llamado J. Morrison Davidson (Samuel, 1980: 27, 37).

Existe una experiencia cultural y organizativa en el frentepopulismo británico de entreguerras que ocupa un lugar destacado en esta historia: la *Left Review* (1934-1938). Fundada por la Internacional de Escritores y publicada junto a la científica *The Modern Quarterly*, seguía la estrategia del Frente Popular, por lo que buscó aunar a las diferentes sensibilidades del socialismo inglés. Su principal objetivo fue el rescate y defensa de la historia popular radical británica. Según Thompson –para quien este fenómeno cultural sería muy influyente– sus distintos colaboradores conseguirían articular un marxismo flexible y radical (Thompson, 1994e: 230). Stuart Hall recordaba cómo Bertold Brecht fue publicado por primera vez en inglés en esta revista (Hall, 2010: 168).

La revista fue creada en 1934 por Montagu Slater, Amabel Williams-Ellis y Tom Wintringham. Entre enero de 1936 y junio de 1937 la dirección recayó en Edgell Rickword, y desde entonces, hasta su abrupto cierre en mayo de 1938, fue editada por Randall Swingler. La revista enfrentó las presiones de una época en la que una parte de su público y los editores del *Daily Worker* le exigían “simplificación” y una dirección política más clara. Ante el peligro del antintelectualismo Slater respondió:

Se ha hablado mucho en las conferencias de la *Left Review* y en otras sobre la inutilidad de los intelectuales (un eslogan que encaja menos con el pensamiento revolucionario que con la ausencia de pensamiento de los fascistas). Lo que *Left Review* debería decir a los intelectuales es: “¡El intelecto es lo que queremos por encima de todas las cosas!”. A la inteligencia: “¡Se inteligente!” (citado en Thompson, 1994e: 232).

El papel de Jack Lindsay y Edgell Rickword fue el más destacado. Ambos autores habían publicado en 1939 *A Handbook of Freedom*, reeditado en 1941 con el título *Spokesmen for Liberty. A Record of English Democracy Trough Twelve Centuries* (Lindsay y Rickword, 1941). El libro consistía en una recopilación de extractos de ensayos, testimonios, poemas y diferentes escritos ingleses desde el siglo XII hasta la Primera Guerra Mundial, en los que se ofrece un vistazo a los términos en los que se

³³⁰ Para un repaso de la historia intelectual del comunismo británico, presentada como una tensión entre la tendencia científicista y mecanicista (normalmente mayoritaria en el PCGB por la influencia de John Strachey) y la tendencia *non-conformist* y *libertarian*, puede consultarse McCann (1997: Cap. 1) o Samuel (1980).

libraban los conflictos del *Freeborn Englishman*³³¹. La “Introducción sobre la libertad inglesa”, escrita por Rickword, se abre con la siguiente contundencia:

Si cada inglés de hoy en día nace libre, e igual que cualquier otro ciudadano ante la ley, esto no se debe a ninguna cualidad inherente a nuestra raza, puesto que la mayor parte de nosotros somos descendientes de siervos (...). Así que debemos atribuir nuestra liberación de la servidumbre humana, no a algún tipo de derecho por nacimiento, sino a los fuertes brazos y a los sagaces intelectos de nuestros ancestros. La libertad que disfrutamos tuvo que ser conquistada a través de siglos de esfuerzos, igual que las tierras cultivables fueron arrebatadas de los pantanos y los bosques; e igual que la tierra, sin un cuidado constante volverá a perderse, así que las disposiciones legales que sostienen nuestra libertad son efectivas solo en la medida en que seamos lo suficientemente vigorosos como para mantenerlas, no como meros principios, sino como hechos (Lindsay y Rickword, 1941: vii).

El libro, nos dicen sus autores, contiene las aportaciones de grandes escritores, filósofos y patriotas. Pero “sus contribuciones a esta causa son como las puntas de un iceberg que rebelan el gran poder que subyace tras ellas (...). Ellos no iniciaron los movimientos históricos, sino que clarificaron los temas, sostuvieron los propósitos de aquellos que actuaban y contrarrestaron la propaganda de las fuerzas rivales” (Lindsay y Rickword, 1941: viii). La preocupación por la experiencia social, más allá de la retórica y los discursos oficiales, sustenta esta recopilación que rastrea una noción muy republicana de libertad:

Siempre hemos estado preocupados por la libertad en alguna de sus formas específicas: libertad de asociación, de expresión, de aprisionamiento arbitrario; y estos derechos han demostrado ser posiciones tácticas esenciales cuando toca defender o extender las condiciones materiales que realmente miden el grado en el cual una sociedad es realmente democrática (Lindsay y Rickword, 1941: ix).

Por esta razón, escriben los autores:

Sin duda es mejor ser libre y padecer hambre que ser un esclavo y además ser un hambriento, pero siempre nos hemos negado a creer que la libertad y el hambre puedan existir juntas (...). Por eso nuestro pueblo ha luchado duro por las mejoras que puedan traernos las mejores leyes posibles, pero sin perder de vista la realidad económica que subyace a cualquier fórmula política o legal. Nunca ha existido ni puede existir una tiranía benevolente, una que mantenga callada a la gente a cambio de garantizar una hogaza de pan (Lindsay y Rickword, 1941: ix).

Con esta noción exigente de libertad (que tanto nos recuerda a la noción republicana que explicamos en el Capítulo 1), los autores refuerzan esa doble dimensión de la libertad, que no tolera el *dominium* ni el *imperium*: “a eso se reduce la lucha por la libertad, ya sea contra la servidumbre o los cercamientos, ya sea por la representación política o por la

³³¹ Entre los autores y documentos destacados que aparecen recogidos encontramos: juez Sir John Fortescue, la balada de Robin Hood, la Carta Magna, historias de Wat Tyler, escritos de John Milton, el Agreement of the People, extractos de los Debates de Putney, documentos *diggers*, John Bunyan, protestas contra el *press gang*, Algernon Sidney, John Locke, Daniel Defoe, Jonathan Swift, John Wilkes, actas de juicios con jurado popular, Thomas Paine, William Wordsworth, Samuel T. Coleridge, Charles J. Fox, William Godwin, Mary Wollstonecraft, Thomas Campbell, William Blake, William Cobbet, Robert Owen, Percy B. Shelley, Samuel Bamford, William Hazlitt, Thomas Hodgskin, extractos de *The Poor Man's Guardian* y del *Political Register*, Richard Carlile, William J. Linton, una ceremonia de iniciación en un sindicato clandestino, Bronterre O' Brien, Thomas Cooper, William Jones, Ernest Jones, Matthew Arnold, extractos de la primera reunión de la AIT, Charles Darwin, John Ruskin, Tom Mann, John Burns, Edward Carpenter, William Morris, James Connolly, William Gallacher o Siegfried Sassoon. Todos y cada uno de estos autores, excepto quizás uno o dos, reciben menciones en la obra de Thompson y, en algunos casos, les dedica una cuidadosa atención. No son pocos los que suelen ser enmarcados dentro de la tradición republicana.

organización independiente de los trabajadores en sus sindicatos” (Lindsay y Rickword, 1941: x). Detrás de las luchas contra las leyes injustas podemos encontrar a menudo “de una forma expresa, y otras veces de forma implícita, la afirmación del derecho humano común que solo puede realizarse en la igualdad social y la exigencia de modificar el sistema estatal para que se despeje el camino para la colaboración libre e igual en la vida productiva de la comunidad” (Lindsay y Rickword: xi).

Además de su concepción de la libertad, de sus esbozos de historia social del pensamiento político o del particular esquema de la historia de la democracia inglesa que ofrecieron los autores, existe un elemento destacado por la influencia que tuvo en Thompson. Se trata de la idea de que defender las tradiciones democráticas inglesas no implica ni obliga a defender la barbarie de su pasado colonial, pues también hubo muchos ingleses que se opusieron al imperialismo:

La independencia nacional es una garantía esencial de la libertad social. Al compilar este libro hemos tenido en cuenta una y otra vez que la clase dominante inglesa ha sido la principal destructora de la independencia de muchos pueblos libres. Ninguna obra singular podría mostrar adecuadamente la resistencia heroica de los galeses, escoceses e irlandeses ante las usurpaciones de la corona inglesa; de la resistencia de las muchas naciones de Asia y África frente a los capitalistas; pero hemos demostrado que el pueblo inglés no es culpable de toda la sangre derramada por sus gobernantes. Trabajadores e intelectuales por igual han rechazado persistentemente sumarse a la política de opresión imperial y han denunciado los crímenes cometidos en su nombre (Lindsay y Rickword, 1941: xvi).

En un simposio sobre poesía en el que participó Thompson en 1979, reconoció la profunda huella que dejaría esta obra en su propio pensamiento:

Creo que el *Handbook of Freedom* estaba entre los dos o tres libros que conseguí llevar conmigo al ejército. Se que otros lo hicieron (...); lo utilicé en mis clases para adultos y en las reuniones políticas; me condujo a nuevas fuentes, y desde aquí a investigaciones y trabajos propios. Si miramos a la *Left Review* bajo la dirección de Rickword, veremos una preocupación internacionalista alerta e informada. Pero debe ser que al mismo tiempo estaba renovando su confianza en los recursos humanos volviendo, a través de sus lecturas, a una tradición de afirmación y organización más local (Thompson, 1994a: 242)³³².

El *Freeborn* en el Grupo de Historiadores

La reivindicación de las “libertades democráticas” fue, por tanto, un hilo común entre los miembros sénior del Grupo, y un legado que recibirían los miembros más jóvenes, pero un hilo que, como hemos podido comprobar, venía de largo. No obstante, los historiadores del Grupo eran conscientes de que en esa retórica se escondía tanto mito como realidad.

Campeinado tardomedieval, el “yugo normando” y las libertades anglosajonas

Para Dona Torr, la historia de la democracia que se remontaba desde John Ball en 1381 hasta Tom Mann a finales del XIX había bebido continuamente de la tradición del *Freeborn* y la retórica de los “derechos perdidos”. La función del mito no era sino la de otorgar esperanzas y canalizar el malestar ante unas circunstancias vitales cada vez más asfixiantes para las clases subalternas. Pero el mito del *Freeborn* tenía su punto de verdad: el capitalismo se había abierto paso disolviendo las viejas formas de comunidad, y entre ellas los bienes comunes y los *common rights*. Por eso “la idea de los derechos perdidos

³³² Hemos analizado las tensiones entre un discurso enfáticamente nacional y los compromisos internacionalistas en el apartado 4.2.2. de esta tesis.

tenía raíces profundas en la realidad social. Lo que se había perdido no eran solamente los derechos de los individuos sino también los derechos de las comunidades” (Torr, 1956: 105).

Rodney Hilton sería el encargado de desarrollar estas hipótesis en relación con el período medieval. Ya desde sus primeras obras sostuvo que las luchas contra la opresión señorial por parte de los campesinos no fueron esporádicas, o meros estallidos espontáneos que respondieran a causas estrechamente económicas, sino que atravesaron toda la Edad Media –especialmente el período tardomedieval– y que continuarían en la edad moderna (Hilton, 1949: 117). Los mecanismos represivos de la nobleza terrateniente y del Estado controlado por aquella, que buscaban intensificar la cantidad de excedente económico y garantizar el disciplinamiento laboral, llevaron tanto a campesinos ricos como a campesinos pobres a rebelarse no solo contra su señor sino contra las propias autoridades públicas (Hilton, 1949: 132-133). El espíritu combativo forjado en la acción colectiva a nivel local permitió a estos rebeldes la necesaria autoafirmación para presentar sus demandas ante unos tribunales en los que sabían que partían en clara desventaja, pero ante los que reclamaban el rol protector de la ley: “la lucha campesina por la libertad y por la reducción de las rentas y los servicios se llevó a cabo tanto de forma ilegal como bajo la influencia de los antiguos derechos” (Hilton, 1949: 127). Por eso, nos dice el autor, no debe olvidarse que “al luchar contra la opresión económica estaban luchando por derechos humanos más amplios. Luchaban no solo por una reducción de la renta sino por la dignidad humana” (Hilton, 1949: 135-136).

En una de sus obras más conocidas, *Bond Men Made Free* (1973), Hilton desarrolló en profundidad estas ideas. Una de sus principales contribuciones a la historiografía es haber mostrado que la Edad Media no se caracterizó, como ha tendido muchas veces a pensarse, como “un equilibrio orgánico entre los grupos sociales funcionales cuyos miembros aceptaban su puesto dentro de la sociedad y no hacían intento alguno de alterarlo” (Hilton, 2020 [1973]: 13). Hilton nos relata cómo la vida del campesinado como clase estaba muy ligada a la comunidad aldeana, que según los estudios arqueológicos, tiene una base prerromana. La idea del autor es que las formas de vida campesina (la explotación familiar, la aldea y la villa) “estaban profundamente arraigadas, habiendo podido desarrollar sus propias instituciones, prácticas comunes y una conciencia de los intereses propios durante muchos siglos. (...) por muy antiguas que fueran las aristocracias gobernantes, más antiguas aún eran las comunidades campesinas” (Hilton, 2020: 33). Para aquellas gentes los bosques y los ríos “no debían ser propiedad individual de ninguna persona, ya fuera señor o no”. Y esta actitud se integraba con “la creencia de que la familia debía disponer libremente de sus propios recursos laborales y disfrutar del producto íntegro de ese trabajo, de igual forma que la presa era del cazador que lograba abatirla y el pez del pescador que lo extraía de las aguas (Hilton, 2020: 49). Pero aunque las familias campesinas tenían cierto control sobre sus tierras, el “hecho esencial”, como lo denomina, es que “era en el señorío en donde el excedente de producción o trabajo procedente de las explotaciones campesinas se transfería, en dinero o en especie, de quien carecía de poder a quien lo ejercía” (Hilton, 2020: 51). Sobre esos intereses de la vida aldeana se articularían los movimientos campesinos, de los cuales el levantamiento de 1381 sería la mayor expresión.

La rebelión de 1381 no fue sino la respuesta a una explotación intensificada, al agrandamiento de las prerrogativas señoriales y a los cercamientos de bienes comunes por parte la nobleza terrateniente. Sus principales focos, como Kent, Essex y otras zonas del sudeste del país, no eran los más castigados económicamente sino justo lo contrario, lugares donde se mantenía un porcentaje más alto a la media de campesinos liberados de

la jurisdicción señorial y con mejores condiciones de vida, además de ser polos de desarrollo comercial (Hilton, 2020: 190, 230). Su composición social era variada, aunando a campesinos pobres y ricos junto con vecinos de las ciudades, en suma “un levantamiento de toda la gente que estaba por debajo de quienes tenían un señorío en el ámbito rural y reconocida autoridad en las ciudades” (Hilton, 2020: 242). Su principal reclamación no era meramente económica sino el rechazo de la condición misma de siervo y de los abusos y excesos del señor. Aunque los rebeldes apuntaban a destruir todo el sistema legal vigente por considerarlo injusto, en realidad buscaban sustituirlo por un nuevo orden legal, por lo que entroncan con una “tradicción más legalista surgida de los conflictos con los señores” (Hilton, 2020: 303).

En la formulación de sus peticiones jugó un papel importante el bajo clero, que se sumó a las protestas, porque “eran más cultos y estaban probablemente más familiarizados con las ideas generales sobre los derechos del hombre y las obligaciones de los gobiernos”. Su posición representaba la de un “radicalismo social cristiano” (Hilton, 2020: 278-279). Las ideas del *Freeborn* fueron expresadas precisamente por el párroco John Ball, que según los testimonios predicó “que las cosas no marchan ni marcharán bien en Inglaterra hasta que todo sea común y no haya siervos ni caballeros, sino que todos estemos unidos”. Su famoso dicho “cuando Adán cultivaba la tierra y Eva hilaba, ¿dónde estaba el caballero [*gentleman*]?” resumía esta doctrina del inglés nacido libre. La conclusión de la obra es reveladora: “el concepto de hombre libre, es decir, del hombre que no está sometido ni debe respeto a un señor, es uno de los más importantes, aunque intangibles, legados de los campesinos medievales al mundo moderno” (Hilton, 2020: 312)³³³.

De forma parecida analizó la cuestión Christopher Hill en su conocido artículo “The Norman Yoke” (1954). La teoría del “inglés nacido libre” se remonta hasta al menos el siglo XIII y está asociada al mito del “Yugo Normando”, según el cual los anglosajones vivían en un régimen de ciertas libertades, jurados populares y gobiernos representativos (*Wittan*) hasta que Guillermo el Conquistador llegó en 1066 desde Normandía, invadiendo el país e imponiendo el feudalismo (de tal manera que el rey, los jueces, la aristocracia y la Iglesia posteriores constituirían una clase de explotadores de procedencia extranjera). Lo interesante de este mito, sostiene Hill, no es su veracidad histórica (la sociedad anglosajona ya estaba profundamente escindida en clases sociales antes de la Conquista), sino su increíble longevidad en el mundo político y sus diferentes versiones: algunas burguesas otras populares, algunas seculares otras más religiosas, etc. El “inglés nacido libre” fue un concepto que no paró de resemantizarse:

- 1) En un primer momento fue un mito profundamente popular, secular y de clase; unificaba al “Tercer Estado” contra la corona, la aristocracia y la Iglesia.
- 2) En el siglo XVII, surgió lo que Hill llama la interpretación “*whig*” de la teoría. Para la clase de comerciantes e industriales en auge que entró en conflicto con la Corona a través del Parlamento, el mito implicaba una manera de defender sus propiedades frente a las prerrogativas reales.
- 3) Pero en el XVII existió también una versión popular, defendida por *levellers*, según la cual la *common law* no era parte del legado de libertades anglosajonas, sino que se trataba de un código jurídico de cuño normando. Las leyes debían modificarse, y además ser interpretadas por jurados populares y no por jueces que solo representaban los intereses de las clases privilegiadas de las que procedían.

³³³ Esta sería una idea en la que insistiría repetidas veces (véase Hilton, 1981: 19).

Fue en esta versión popular en la que el mito se mezcló con teorías iusnaturalistas hasta el punto de que se llegaron a reivindicar las libertades básicas sin apelar a la costumbre, sino porque la razón y la justicia lo dictaban: “es un momento de transición: de la recuperación de los derechos que solían existir a la persecución de derechos porque estos *debían* existir; de la mitología histórica a la filosofía política” (Hill, 1954: 68).

A finales del siglo XVIII con las revoluciones americana y francesa la teoría popular del *Freeborn* volvió a resurgir con fuerza entre los jacobinos y radicales ingleses. La teoría de los “derechos perdidos” sobrevivió, especialmente entre las comunidades que más sufrieron la industrialización, y la idea de una comunidad rural igualitaria fue un fantasma que “persiguió al movimiento obrero (...) desde los escritos tempranos de Owen hasta la desintegración del cartismo, y más allá, muchos pensaron que podrían escapar del capitalismo construyendo cooperativas rurales o comunidades comunistas” (Hill, 1954: 98).

- 4) Finalmente, con el desarrollo del socialismo, poco a poco las clases populares dejaron de apelar a unas supuestas libertades que habían existido siglos atrás y que debían ser recuperadas, y el énfasis recayó en mirar hacia el futuro.

El fondo del asunto, nos dice Hill en concordancia con Hilton y Torr, es que tras los varios usos del mito no se esconde solo una propaganda interesada, sino que “existe una realidad subyacente a la idea de las libertades sajonas, en las tradiciones de una sociedad más igualitaria, y en la supervivencia de las instituciones democráticas y comunales de la Inglaterra rural” (Hill, 1954: 103)³³⁴. Por eso, en realidad la versión popular del mito del Yugo Normando no murió: “fue subsumida por las teorías del socialismo”.

El *Freeborn* en la obra de Thompson

La reivindicación más clara y rotunda de la tradición *libertarian* como un legado vigente en su propio tiempo se encuentra en la obra de Thompson. En 1962 Thompson publicó un artículo en la *New Left Review* que llevaba el título “The Freeborn Englishman”, un adelanto de un capítulo de una obra que aparecería pronto, *The Making of the English Working-Class*, que se publicaría tan solo un año después (Thompson, 2014 [1962])³³⁵.

Pues bien, lo primero que destaca del texto es la existencia de una suerte de “constitucionalismo” y una “retórica de la libertad” en torno a la cual giraba gran parte de la disputa política de finales del XVIII. Lo llamativo, nos dice, es que tanto las fuerzas más progresistas como las más reaccionarias se identificaban dentro de los límites de esa retórica:

Los amotinados de los Disturbios Gordon de 1780 y los amotinados en favor de “la Iglesia y el Rey” que destrozaron las casas de los disidentes ricos en Birmingham en 1791 tenían esto en común:

³³⁴ También Hilton sostuvo opiniones parecidas a las de Hill y Torr al explicar que la propiedad alodial – aquella que solo se hallaba sujeta a la jurisdicción de la Iglesia y del Estado y carecía de señor feudal – “estaba muy extendida en la Inglaterra anglosajona en vísperas de la conquista normanda” y pronto “se vio abolida por el derecho normando” tras la conquista (Hilton, 2020: 52).

³³⁵ El artículo se convertiría en el famoso capítulo cuarto del *Making*, con ligeros cambios que son bastante significativos: en la versión para la NLR de 1962 el autor incluía comparaciones entre el período analizado (finales del XVIII inglés) con la sociedad soviética de su tiempo. Que Thompson decidiera publicar por adelantado este capítulo en una revista como la NLR nos da algunas pistas del valor político que concedía a sus propios escritos históricos.

creían estar defendiendo, de alguna forma confusa, la “Constitución” contra elementos extraños que amenazaban sus “derechos por nacimiento” (...). El patriotismo, el nacionalismo e incluso el fanatismo y la represión, todos estaban arropados por la retórica de la libertad. Incluso la “Vieja Corrupción” ensalzaba las libertades británicas (...). En nombre de la libertad, Burke denunció la Revolución francesa y Paine la defendió.

Thompson se pregunta acto seguido en qué consistía esa “libertad” a la que radicales y conservadores podían apelar, y esboza una lista de libertades:

- i. “Protección de la propiedad”
- ii. “Libertad respecto a la dominación extranjera”
- iii. “Libertad con respecto al absolutismo: la monarquía constitucional”
- iv. “Inmunidad respecto al arresto arbitrario”
- v. “Juicio por jurado”
- vi. “Igualdad ante la ley”
- vii. “Inmunidad del domicilio contra los allanamientos y los registros arbitrarios”
- viii. “Cierta libertad de pensamiento limitada, de expresión y de conciencia”
- ix. “La participación vicaria en la libertad o, en su apariencia, proporcionada por el derecho de la oposición parlamentaria y por las elecciones y los tumultos electorales (aunque el pueblo no tenía derecho al voto, tenía el derecho a desfilar, vitorear y mofarse en las *hustings*)”
- x. “Libertad de viajar, negociar y vender su propio trabajo”

Estas libertades, nos dice, tomadas en su conjunto “encarnaban y reflejaban un consenso moral en el que a veces participaba la autoridad y que siempre estaba obligada a tener en cuenta”. Eran, básicamente, “los *límites* más allá de los cuales el inglés no aceptaba ser ‘mandado’, así como los límites que la autoridad no se atrevía a traspasar”. Por eso, “la actitud del inglés medio no era tanto democrática, en un sentido positivo, como antiabsolutista. Se consideraba a sí mismo como un individualista, con pocos derechos afirmativos, pero protegido por la ley contra la intrusión del poder arbitrario”. Esta misma actitud, y el abanico de libertades asociado a ella, recuerdan bastante al “republicanismo oligárquico”, el tipo de “constitucionalismo” y de garantías contra la dominación que Pettit y Skinner han identificado como el corazón del republicanismo anglosajón. Un tipo de retórica republicana que escondía en su seno profundos enfrentamientos políticos, y que colapsaría pocas décadas después con el estallido de la Revolución francesa y el origen del liberalismo decimonónico (véase 1.2.3. en esta tesis).

Incluso el *establishment* de la Vieja Corrupción estaba forzado a aceptar parte del contenido de esa retórica de la libertad, pero esto se le podía volver en contra. Algunas curiosas alianzas políticas tienen su origen aquí. El “constitucionalismo” era adoptado por las clases populares para, por ejemplo, oponerse al *press gang* o reclutamiento masivo (“se desconfiaba profundamente de un ejército permanente”). Y no se trataba de una reivindicación exclusiva de los reformadores, los *whigs* o las clases populares: “tanto la *gentry* como el pueblo común protegían los derechos y las costumbres locales contra la intrusión del Estado”. Aunque los contornos difusos de esta retórica republicano-oligárquica no incluyesen la participación democrática, esto no significa, nos dirá Thompson, que las clases populares y algunos radicales no estirasen esos límites para avanzar en una dirección democrática. En ese sentido “esta ideología defensiva nutría, por supuesto, reclamaciones mucho más amplias de derechos positivos” (como los alegatos de Wilkes en favor de los derechos de los trabajadores).

Uno de los elementos más interesantes del análisis de Thompson tiene que ver con la manera en la que da cuenta de *dos tipos de argumentaciones* filosófico-políticas que se pueden emplear para justificar esos derechos y libertades. En el entorno británico, como hemos visto, lo habitual era anclar y fundamentar la reivindicación de libertades en un discurso del “inglés nacido libre”, un discurso que se retrotraía a las conquistas de los ancestros. Comparando estas apelaciones a la costumbre de las “viejas libertades” con la retórica de los *founders*, Thompson remarca que en los EEUU no existían esos precedentes históricos al tratarse de un país de nueva forja por lo que a los *founders* “les parecía suficiente encontrar verdades ‘evidentes’”, en clara referencia al iusnaturalismo de la época. Ahora bien, lejos de oponer en abstracto una fundamentación histórica a una “iusnaturalista”, Thompson señala que para un británico radical como John Cartwright, que publicó *Take your choice* en el mismo año que la Declaración de Independencia estadounidense (1776), “le parecía necesario **reforzar su causa** (...) con la referencia al precedente anglosajón” [subrayado nuestro]. Thompson habla de “reforzar” una causa como una manera *doble* de justificar unos derechos, no como una manera *opuesta* o incompatible de justificarlos. Remarca, precisamente, que lo interesante de las expresiones y debates de finales del XVIII inglés era este cruce entre iusnaturalismo e historicismo: “veinte años antes de la Revolución francesa se ponía *en práctica* una nueva dimensión que se añadía a los procedimientos aceptados de la Constitución. La prensa había establecido ya unos derechos indefinidos, independientes del rey, los lores y los comunes”.

El análisis prosigue introduciendo la pieza que descoloca el puzle: el desafío que supuso la obra de Tom Paine, que por primera vez negó directamente la existencia de la propia Constitución inglesa. Y esto, de cara a muchos reformadores (incluso los más radicales) era como si Paine estuviera negando la existencia de esas mismas libertades. Paine parecía obligarles a argumentar en un terreno desconocido, el de “la razón, la conciencia, el individualismo y las verdades evidentes”, algo que consideraban terrorífico y contraproducente. Frente a los críticos de izquierdas de Paine, Thompson argumenta que el paso de Paine fue necesario “para que surgiera un movimiento plebeyo” que pudiera situar “demandas de una mayor amplitud democrática”: hacía falta romper con los límites de esa retórica constitucionalista que comprometía al que la defendía con la institución monárquica, con los derechos tradicionales de los grandes terratenientes y la iglesia o con el principio hereditario. En las tensiones propias entre la justificación histórica y la iusnaturalista Thompson parece no privilegiar ninguno de ambos polos, sino tratar de entender qué papel jugaron estos desplazamientos discursivos en términos de impacto político. Las fronteras entre la justificación iusnaturalista e histórica de los derechos pueden ser bastante porosas, y el punto es importante para entender la propia filosofía política de Thompson que en gran medida se inspiraba en esta historia británica y cuyas tensiones y contradicciones internas serán también las del propio intelectual socialista (volveremos sobre la tensión historicismo/iusnaturalismo en 4.2.1.).

El artículo de 1962 concluye con un alegato en defensa de la Ilustración y de los jacobinos ingleses. El historiador sostiene que “la crítica y la caricatura” expresada por Burke (y por algunos radicales desencantados como Coleridge o Wordsworth) “ha dominado las opiniones de muchos estudiosos contemporáneos expuestos, ellos mismos, a experiencias similares de desencanto revolucionario durante los últimos veinticinco años”. Ahora los cañones de Thompson están claramente apuntando hacia Talmon, Popper y sus seguidores. Esta crítica estaba más desarrollada en el artículo de la NLR de 1962 que en la versión suavizada que aparecería un año después en el *Making*, por lo que merece la pena reproducir los párrafos originales en su versión primera:

Y más recientemente, en una proyección retrospectiva de los apologetas de la Guerra Fría, los hombres de la Ilustración, de los cuales Paine fue el publicista más destacado en inglés, son vistos como intelectuales sin raíces y desorientados, cuya fe ingenua en la perfectibilidad humana y cuya desconsideración por las instituciones sagradas y por la continuidad institucional del “organismo social” abrieron las puertas al “totalitarismo”. Contra este nuevo mito histórico es necesario una vez más repetir las verdades más simples. Paine y sus seguidores ingleses no predicaron el exterminio de sus oponentes, pero sí predicaron contra Tyburn y el código penal sanguinario. Paine mismo fue puesto bajo la sombra de la guillotina por suplicar por la vida del rey francés. Los jacobinos ingleses abogaron por el internacionalismo, por el arbitraje en lugar de la guerra, por la tolerancia hacia los disidentes, los católicos y los librepensadores, por el discernimiento de la virtud humana en “paganos, turcos o judíos”. Buscaban transformar, a través de la educación y agitación, a “la muchedumbre” [*mob*] (en palabras de Paine) de “seguidores de la *facción*” en seguidores del “*estandarte de la libertad*”.

También defendieron la democracia de las instituciones representativas contra la oligarquía de la propiedad (...) es extraordinario que después de 160 años todavía sea posible encontrar historiadores que se refieran de manera fácil al “Terror” francés, como si este fuera una generación espontánea surgida de falsos principios filosóficos y morales, y no estuviera relacionado con la amenaza de la contrarrevolución y la conquista a manos de una reacción europea en la que la diplomacia y la marina inglesa desempeñaron un papel destacado (Thompson, 2014 [1962]).

El texto concluye con una reflexión (esta vez sí que se recogería igual en el *Making*) que refuerza el compromiso del intelectual socialista con los ideales republicano-democráticos y su defensa frente a los *Cold Warriors à la* Talmon o Popper. Según Thompson, arrumbar estos nuevos mitos sobre la Ilustración no significa negar que dentro del jacobinismo, incluido el inglés, hubiera algunos ramalazos de “ideas doctrinarias y experimentalismo moral frívolo” (como ejemplificaría *Excursion* de Wordsworth). Pero la reacción de algunos estudiosos durante los años de la Guerra Fría, sostiene, ha sido convertir a los “perseguidos” en “precursores de la opresión”, y a los “opresores” en “víctimas de la persecución”. Una inversión total de papeles. Y por eso, dice, “nos hemos visto obligados a reexaminar estas verdades tan elementales. Fue Paine quien depositó su fe en la libre actuación de la opinión en la ‘sociedad abierta’” (Thompson, 2012: 126). Como veremos más adelante, Thompson también defendería que esta tradición del *Freeborn Englishman* fue adoptada y actualizada por el movimiento obrero moderno (véase 4.1.).

Conclusiones

En este apartado hemos tratado de dar cuenta de en qué consistía la reivindicación de los derechos del “inglés nacido libre” por parte de los historiadores marxistas británicos³³⁶,

³³⁶ Sobra decir que esta pequeña incursión en la historia intelectual del Grupo no agota en absoluto las importantes influencias que recibirían de otros autores o tradiciones. Dos de las principales influencias destacadas son el romanticismo y la Ilustración. Respecto al primero cabe señalar que el impulso medievalista, esto es, el esfuerzo por tratar de recuperar referentes de luchas pasadas en el período medieval, fue desarrollado especialmente por el socialismo de finales del siglo XIX (B. Bax, W. Morris, H. M. Hyndman). De este impulso se alimentaba la idea de que en el siglo XV había existido una Edad Dorada en Inglaterra de cierta independencia y libertad para muchos campesinos que se habían apropiado de sus tierras en la lucha contra los señores feudales, y antes de que la acumulación originaria los pusiera a los pies de los caballos de la industria. También de este impulso provino la idea de que los gremios medievales constituían una forma embrionaria de la democracia obrera. Otra tradición intelectual de enorme importancia que pesó en el marco de creencias compartido del Grupo fue la del racionalismo y el laicismo. Con fuertes raíces en Gran Bretaña, proveyó de algunos recursos a los historiadores comunistas que entendieron que en su “batalla de las ideas” contra el fascismo y el capitalismo monopolista estaban

para lo cual hemos tenido que analizar las mutaciones del concepto *libertarian*, pudiendo enmarcar así al Grupo dentro de una corriente conocida como socialismo *libertarian*. Los casos que hemos presentado aquí están lejos de agotar la historia de esta subtradición. Hemos expuesto tan solo las ideas de algunos personajes que consideramos fundamentales, dejando a un lado, por ejemplo, un análisis sistemático de las relaciones particulares entre ellos o de su relación con la tradición del *Freeborn Englishman*. Estas relaciones, sin embargo, son esenciales para comprender la *evolución* de esta corriente: Tom Mann recordaba deberle a Morris el haber conseguido tener “un desprecio realmente saludable por las instituciones parlamentarias y los políticos intrigantes”. Laski reconocía asombrado que el impacto de Morris en el movimiento obrero fue tal que durante una visita a las comunidades mineras del noreste del país en la depresión de los años 30 pudo encontrar copias de *News from Nowhere* y de *A Dream of John Ball* en “una casa detrás de otra” (citado en Goodway, 2006: 24). Para Cole, William Morris, “más que ningún otro profeta de la revolución, es de la misma sangre” que los *Guild Socialists* (Cole, 1921: 46), y él mismo reconoció haberse convertido al socialismo a partir de su lectura de Morris (citado en Blaazer, 1992). Como hemos visto, la importancia que concedía Thompson a Morris y Mann, a Laski y a Cole, o a Torr y a Morton, a John Ball o a John Lilburne, está presente en toda su obra. Estos filones de ideas y principios normativos de la tradición radical británica llegarían hasta el movimiento de la New Left, como veremos más adelante.

Las evidencias históricas nos deberían permitir sostener que esta corriente de ideas socialistas y *libertarians* existió, casi desde los orígenes del propio socialismo, y que estos activistas se vieron a sí mismos como parte de una antiquísima tradición de luchas democráticas por el reconocimiento legal de sus libertades. Las ideas socialistas *libertarian* tuvieron que lidiar entre la Escila y Caribdis de sus rivales más *apolíticas* o *estatistas*, aunque sus expresiones históricas siempre se dieron bajo formas mestizas y como respuestas concretas ante las transformaciones estructurales del Estado y del capitalismo. En cualquier caso, de lo anteriormente explicado debería quedar claro que una parte considerable de la tradición socialista británica acostumbraba a emplear los argumentos y principios que había heredado de la tradición democrática y radical, adaptándolos a las nuevas circunstancias³³⁷. Entre ellos jugaron un papel considerable los historiadores del Grupo del PCGB, que en su reivindicación de los siglos de luchas democratizadoras y por las libertades legalmente reconocidas configuraron un marxismo peculiar.

Las idiosincrasias del marxismo del Grupo no deberían llevarnos a omitir las tensiones internas que recorrieron la vida intelectual de sus miembros. El principal obstáculo que encontrarían fue su relación con un partido estalinista cuya dirección no tenía en tan alta estima las libertades básicas, pero que al mismo tiempo parecía alentarles en sus investigaciones. De cómo se resolverían esas contradicciones nos ocuparemos ahora.

librando la lucha de la razón contra el barbarismo y la manipulación que representaba el consenso manufacturado del bloque occidental (Samuel, 1980: 28-29, 74).

³³⁷ Todavía en 1991 el antiguo miembro del PCGB, John Saville, que había dejado el partido en 1956 junto a Thompson, y no guardaba especial cariño por sus dirigentes, podía considerar que el PCGB había nacido en estricta continuidad con las tradiciones del “radicalismo nativo” (Saville, 1991: 8).

3.2.4. En el huracán del estalinismo: la crisis de 1956 y el ambivalente legado libertarian

Si los historiadores del Grupo se afanaron en reconstruir y reclamar para sí un linaje de democracia radical, inmediatamente surge la cuestión: ¿cómo es posible que esa reivindicación tuviera lugar en el seno de un partido estalinista cuyas prácticas contradecían en repetidas ocasiones esa misma ideología democrática?

Uno de los elementos más discutidos en la literatura académica sobre el Grupo de historiadores británicos fue su relación con el PCGB, los límites y las ventajas que esta adscripción podía tener. El PCGB era sin duda un partido “estalinizado”, es decir, que era muy dependiente de las directrices y la cultura política marcadas desde Moscú³³⁸: siempre que existía un conflicto entre la línea política nacional y la línea marcada por Moscú se acababa adoptando esta última aunque se pagase un precio alto en dimisiones (W. Thompson, 2001: 106)³³⁹. Esto generó una cultura abnegada, de resistencia, de sospecha y de caza de brujas contra el “enemigo interno”, de sentido calvinista de ser los elegidos para cumplir una misión histórica, algo que no era extraño, por otro lado, en los partidos comunistas occidentales de los años 30. Con el PCGB: “el marxismo fue elevado al rango de ortodoxia definitiva, con los textos de Marx, Engels y Lenin, posteriormente Stalin, proveyendo el marco firme para la fe [*Creeds*]” (Samuel, 1980: 49). Sus líderes eran particularmente claros en estos puntos: el “intelectual” estalinista del partido, Rajani Palme Dutt, celebraba de los partidos bolcheviques precisamente lo que espantaba a los socialistas democráticos, esto es, la disciplina interna del partido. En el Congreso del Labour de 1922, el que sería el futuro líder del partido, Harry Pollit, dio muestras de su fe al defender el ahorcamiento de los 47 social-revolucionarios por parte del régimen soviético (Callaghan, 1995: 14, 16). Durante los años de la Guerra Fría en los que todavía vivía Stalin, el partido se sumó a todos sus virajes y posiciones: la ejecutiva británica trató de encontrar sin éxito un científico comunista nativo que defendiera a Lysenko, lo cual le costaría el puesto al influyente J. B. S. Haldane (W. Thompson, 1991: 119). Cuando se expulsó a Tito de la Kominform y comenzó toda la retórica contra el “titoísmo” como desviación burguesa, el PCGB se sumó a ella, apoyando también los “juicios espectáculo” y alimentando una retórica de persecución a los titoístas y “provocadores infiltrados” (McIlroy, 2017: 514). El partido había “adquirido el carácter de una secta religiosa aislada, ciegamente convencida de su propia misión mesiánica y deleitándose con los insultos y el odio a los infieles” (W. Thompson, 2001: 119)³⁴⁰. La mezcla entre su posición estalinista y el clima anticomunista de la Guerra Fría lo convirtieron en un agente político extremadamente aislado en el panorama británico.

³³⁸ El programa de 1935 llevaba el sugerente título de *For Soviet Britain* y proponía eliminar el sistema parlamentario para reemplazarlo por una dictadura proletaria liderada por consejos al estilo de los sóviets.

³³⁹ Willie Thompson señala que los giros estratégicos promovidos por Moscú que iban contra la estrategia anterior y que suponían este tipo de conflictos de intereses (nacional *versus* internacional) le habían costado al partido grandes sangrías en 1929 (socialfascismo), 1939 (pacto germano-soviético) y 1956 (informe Jrushchov y Hungría). Pero curiosamente no hubo tal oposición y sangría en 1947 al comenzar la política de bloques de la Kominform, organismo en el que el PCGB no estaba representado, y que suponían apuntar muchos cañones contra el gobierno laborista (W. Thompson, 2001: 109).

³⁴⁰ Saville nos advierte contra la tentación de llevar este punto demasiado lejos y leer toda la militancia comunista como una secta de fanáticos entregados. Como señaló en un valioso artículo autobiográfico, el compromiso total (incluso leído en clave religiosa) es algo propio de las minorías más activas de las organizaciones –no de toda la militancia–, y ni siquiera es exclusivo de la tradición comunista (Saville, 1991: 10).

No debe olvidarse, en todo caso, que el filosovietismo no era algo ajeno a los intelectuales progresistas de la época que, ya fueran comunistas o no, en los años 30 miraron con buenos ojos a la Unión Soviética (aunque muchos de ellos se reservasen el derecho a ser admiradores críticos o incluso críticos mordaces de algunos aspectos de la sociedad soviética, y prácticamente todos ellos creyeran que los métodos bolcheviques eran inapropiados para el contexto británico). Esto era en parte una consecuencia del grave momento de crisis económica que atravesaba Gran Bretaña, así como de los efectos de la “traición” de McDonald en el Labour, que hicieron aparecer a la URSS como un país de progreso (Blaazer, 1992: 163). Tampoco puede olvidarse que los grupos trotskistas en Gran Bretaña eran enormemente marginales, y que el estallido de la Segunda Guerra Mundial en 1939 bloqueó de alguna manera el debate y una comprensión más profunda de qué había ocurrido en los años del Terror (Saville, 1991: 4, 21). Ya hemos visto cómo incluso las fuerzas aliadas no socialistas se sumaron a los cantos y alabanzas filosoviéticos (véase Capítulo 2).

Pero una cosa era simpatizar más o menos con algunos aspectos de la sociedad soviética en los años 30 y otra era tratar de ser un intelectual en el interior de un partido estalinizado en plena Guerra Fría. La vida intelectual en un partido de este tipo tiene que pagar necesariamente un precio elevado. El cierre ortodoxo había llegado al área cultural del partido de la mano de Emile Burns, el “Zhdánov” británico. En 1946-1947, Jack Lindsay había sido acusado de herejía en el Grupo de Escritores del partido por haber “caído” en los Manuscritos del 44 y haberse atrevido a juntar el pensamiento de Marx con el de Freud, y fue obligado a retractarse públicamente de muchas de sus posiciones. En 1950-1951 –en el mismo año en el que se aprobaba *The British Road to Socialism* con su apelación al *Freeborn*– tuvo lugar la controversia sobre la obra de Christopher Caudwell, un intelectual fallecido en la Guerra Civil española, que hasta el momento era considerado un referente, pero que ahora simbolizaría todas las “herejías burguesas” que debían ser expurgadas del comunismo (Thompson, 1977). Este clima opresivo sobre los intelectuales estaba *interiorizado* como una “estructura psíquica” que desarmaba al intelectual frente a las líneas de la dirección, con todo el conocido juego de la crítica (de la dirección) y la autocritica (que solo hacían los acusados). Se trató de un proceso de autocensura que en parte se aceptaba como respuesta al gran número de “apóstatas” que se pasaban de las filas del comunismo a las del bloque occidental (los “traidores”) (Thompson, 1994a: 236-238). En el recuerdo de Thompson:

Esa época produjo una de las mayores congelaciones mentales que yo recuerde en la izquierda. Las fuerzas vitales se resecaron y los libros perdieron sus hojas. Fue en este momento cuando el Partido bloqueó la publicación de la traducción de Hamish Henderson de los cuadernos de la cárcel de Gramsci: se había descubierto, se nos dijo, que Gramsci era culpable de alguna “desviación” innombrable (Thompson, 1994a: 237).

¿Qué papel tuvieron los historiadores del Grupo en estos años? Frente al testimonio autoindulgente y retroactivo que aportaron décadas después algunos de sus miembros³⁴¹,

³⁴¹ El testimonio de Hobsbawm es ambiguo, porque al mismo tiempo que quitaba peso a las constricciones del partido sobre las actividades intelectuales sostenía ideas como esta: “Antes del 56 estábamos obviamente muy limitados en cuanto a la historia del siglo XX, y la mayoría de nosotros no la abordamos. Le diré honestamente que una de las principales razones por las que soy un historiador del siglo XIX y por las que he tenido mucho cuidado de no llevar mi historia social mucho más allá de 1914 es que, cuando me convertí en historiador social, tú no podías ser realmente un comunista ortodoxo y escribir públicamente sobre, por ejemplo, el período en que el Partido Comunista estuvo activo, porque había una creencia ortodoxa de que todo había cambiado en 1920 con la fundación del PC” (Hobsbawm, 1978a: 117). Saville también trató de quitarle hierro al asunto al decir que el Grupo no se vio interferido en sus investigaciones y debates porque no existía una línea oficial sobre la historia política anterior al siglo XX. En este sentido,

los especialistas han constatado que los historiadores se prestaron repetidas veces a estas soflamas para defender acriticamente la Unión Soviética y las políticas de Stalin (Dworkin, 1997: 21; E. Smith, 2014; Rogan, 2017: 140 y ss.). En un artículo titulado “Stalin and the Science of History”, publicado en la revista del partido *Modern Quarterly* con motivo de la muerte de Stalin en 1953, el influyente C. Hill escribió hagiográficamente:

Primero, porque era un pensador muy grande y penetrante, que en cualquier tema era capaz de romper las telarañas de la discusión académica y llegar al meollo del asunto; segundo, porque era un líder enormemente responsable, que expresaba su opinión solo después de una consideración madura y sopesando la opinión de los expertos en el tema. Sus declaraciones, por lo tanto, se aproximan a la mayor sabiduría del pensamiento colectivo de la URSS (citado en Dworkin, 1997: 21).

Keith Tribe describe así el clima opresivo de la época:

Antes de que el *Communist Review* cerrase, las habilidades de escritura de historiadores como Rodney Hilton fueron empleadas en componer piezas sobre la “coexistencia pacífica” mientras que el *Modern Quarterly* fue cerrado en 1953 por el anuncio de Palme Dutt, ante un sorprendido comité editorial, de que no había lugar para los trabajadores intelectuales en el Partido (Tribe, 1981: 23).

Así pues, toda la retórica del “inglés nacido libre” revivía en un contexto poco afín a su contenido. Hemos señalado ya que las interpretaciones de una misma teoría o mito político pueden ser tan amplias que permitan prácticas políticas muy distintas. El mismo PCGB que reivindicaba las tradiciones de lucha democráticas organizaba *al mismo tiempo* las peores prácticas de persecución y ortodoxia. Pero había algo de **contradicción performativa** en todo esto, una suerte de violencia sobre los textos que podía generar consciencias desgarradas por las desconexiones entre el discurso oficial y la práctica real. En este apartado analizaremos brevemente la crisis de 1956, qué ocurrió con el Grupo y cuál era el compromiso de Thompson con el estalinismo antes de 1956. Finalmente defenderemos que el peso de la tradición radical y democrática en el Grupo no fue puramente retórico, sino que puede comprenderse como un legado ambivalente, una fuente de recursos que podían articularse en una dirección o en otra (pero no en *cualquier* dirección) y que permitiría, a lo largo de los años, ir reajustando las disonancias morales en múltiples formas, entre ellas la ruptura con la ortodoxia y la salida del partido, como sería el caso de la mayoría de historiadores del Grupo.

La crisis de 1956. Los grandes cambios

Stalin murió en 1953. En febrero de 1956 tuvo lugar el XX Congreso del PCUS en el que Mikoyan y Jrushchov abrieron una línea oficial de autocrítica que cambiaría para siempre el panorama del comunismo internacional. En el último día del Congreso, Jrushchov ofreció una sesión secreta en la que hizo unas revelaciones explosivas: se trata del famoso “Informe Jrushchov”³⁴². Aunque la versión impresa sostiene que los asistentes recibieron las informaciones entre grandes aplausos, lo cierto es que su lectura tuvo lugar, según se ha sabido posteriormente, en mitad de un silencio estupefacto. El informe no se publicó

dice Saville, fueron un *rara avis* dentro de las actividades culturales del partido, que sufrían el hostigamiento de la línea marcada por el zhdánovista Emile Burns (Saville, 1991). Los panfletos estalinistas de Rudé son tratados en el Capítulo 5 (véase 5.1.2.).

³⁴² Al margen de las ambiciones personales de poder de Jrushchov o de cualquier otro motivo que pudiera impulsar su conducta política de estos años, “parece indiscutible que el móvil fundamental de la campaña antiestalinista de Jrushchov fue su toma de conciencia del horror de unos crímenes en los que él mismo se había visto envuelto” (Fontana, 2011: 202).

en prensa, pero se difundió entre millones de miembros del PCUS y se organizaron conferencias públicas para difundirlo (prohibiendo la discusión abierta posterior). Poco después el Informe saltó a la prensa internacional. En marzo y abril de ese mismo año se rehabilitaron a líderes populares ejecutados en la oleada de purgas de la Europa del Este, como Rajk en Hungría o Kostov en Bulgaria (para esta oleada véase 2.4.3.). El 28 de marzo el *Pravda* atacó por primera vez a Stalin llamándole por su nombre real. El 2 de abril se rehabilitó la obra de N.I. Vavilov y el 9 de abril Trofim Lysenko renunciaba como presidente de la Academia de Ciencias Agrícolas.

En el verano de ese calamitoso año de 1956 una serie de protestas en Polonia levantaron un sentimiento de solidaridad en Hungría que se transformó rápidamente en demandas por la democratización del socialismo húngaro. La “democracia popular” de Hungría estaba liderada por un oscuro estalinista, Rákosi, que creía contar con el apoyo de la URSS. Sin embargo, Jrushchov envió a Mikoyan en una visita sorpresa para destituir a Rákosi y nombrar a Ernő Gerő nuevo líder. Gerő cometió la imprudencia de marcharse de vacaciones varias semanas mientras el comienzo del otoño presenciaba un ánimo popular muy caldeado y ansioso de reformas. El Partido Comunista húngaro nombró a Imre Nagy jefe del gobierno al mismo tiempo que solicitaba la intervención de las fuerzas armadas soviéticas para reestablecer el orden en Budapest. Los dirigentes rusos dudaron repetidas veces sobre la manera en que querían abordar el conflicto. El 25 de octubre tuvo lugar el primer desastre que desencadenaría una cadena de acontecimientos casi incontrolable: los tanques soviéticos acudieron a una manifestación muy numerosa que los rebeldes habían convocado ante el Parlamento, pero sin intención de atacarla (de hecho, parece ser que al principio confraternizaron con los manifestantes). Fueron las fuerzas de la policía húngara las que comenzaron a disparar sobre la multitud desde los tejados del Parlamento, hiriendo sin querer a soldados soviéticos. Estos, en respuesta, abrieron fuego sobre la multitud, provocando una matanza indiscriminada. Dos días después Nagy formaría un nuevo gobierno revolucionario que aspiraba a recuperar la autonomía del país, con G. Lukács como ministro de Cultura y tres ministros que no pertenecían al Partido Comunista. Nagy anunció que había llegado a un acuerdo con la URSS para que las tropas soviéticas abandonaran el país.

El día 30 se proclamaba el fin del régimen de partido único para Hungría. Sin embargo, ese mismo día, diversas bandas insurgentes, actuando por su cuenta, asesinaron a miembros de la policía y asaltaron el edificio del Partido Comunista de Budapest, del que sacaron a 24 miembros del partido y los asesinaron en plena calle a la vista de los reporteros internacionales. Esto, junto con la torpe declaración de Nagy de que Hungría sería “neutral” en la Guerra Fría y se saldría del Pacto de Varsovia, fue lo que decantó al indeciso *Presidium* del PCUS por la intervención militar. El 1 de noviembre Janos Kádár, un socio aperturista de Nagy, traicionó a este y abandonó el país en secreto para retornar al frente del ejército soviético. Cuatro días más tarde el nuevo régimen húngaro de Nagy había sido liquidado, y en 1958 se ahorcó a sus principales dirigentes (Fontana, 2011: 223-230). Si el Informe Jrushchov había permitido que muchos comunistas se desengañaran y pasaran a comprender (y criticar) la verdadera naturaleza del estalinismo, la invasión de Hungría vino a mostrar que el estalinismo había sobrevivido a Stalin (Callaghan, 1995: 13).

Ambos eventos, el Informe Jrushchov y la invasión soviética de Hungría, fueron recogidos por el PCGB de una manera sectaria y poco crítica. Los líderes del partido trataron de asumir la autocrítica como un proceso externo (relativo únicamente al papel de la URSS) y trataron de pasar página cuanto antes. No fue hasta el 21 de abril que el

secretario general Harry Pollitt dio a los miembros del partido un resumen del informe Jrushchov y lo hizo omitiendo sus detalles más escabrosos. La prensa del partido no recogió ni un solo debate sobre los problemas del XX Congreso del PCUS, incluso después de la publicación completa del informe en el verano de 1956 (el órgano del partido no publicó tampoco la correspondencia crítica que les llegaba sobre el asunto). Para colmo, el partido acababa de lanzar una campaña en favor de la unidad de la clase trabajadora, que actuó como un mecanismo de “cierre de filas” para evitar que la crítica permeara (Saville, 1976). Cuando los tanques invadieron Hungría el 4 de diciembre de 1956, la dirección del PCGB aprobó una resolución en la que se decía “el sistema socialista se ha salvado. La restauración del fascismo se ha evitado” (citado en Madeleine Davis, 2016: 128).

Los que se van

Ante la impotencia de no presenciar ni conseguir abrir un debate en el seno del partido, Thompson y Saville deciden lanzar una revista independiente de la prensa del partido cuyo único objetivo era conseguir desencadenar el debate interno que echaban en falta³⁴³. La revista llevaba por título *The Reasoner*, y tomaba el nombre de un periódico jacobino publicado por un amigo de Thomas Paine, el que fuera secretario de la London Corresponding Society, John Bone (citado en McCann, 1997: 96). Pero *The Reasoner* era también el nombre del periódico del pensador laicista G. J. Holyoake, publicado en la década de los 50 del siglo XIX, por lo que la referencia velada puede que sea doble (citado en Samuel, 1980: 74). Se trataba de una revista autoeditada de 32 páginas, que Thompson y Saville repartían manualmente como podían, y que venía encabezada por un lema de Marx: “dejar un error sin refutar es animar la inmoralidad intelectual”³⁴⁴.

Tras la publicación del primer número, con 650 copias, la reacción no se hizo esperar. El Comité Político del PCGB recibió un informe del comité de distrito de Yorkshire y convocó a una reunión de máxima importancia a Saville y Thompson el 31 de agosto a la que acudieron el líder H. Pollit y los pesos pesados J. Gollan, R. Palme Dutt y J.R. Campbell. De esa reunión que duró horas salieron los “rebeldes” con una recomendación de no publicar más *The Reasoner*. Decidieron publicar el segundo número veinticuatro horas antes de que la dirección ordenara formalmente la prohibición de la revista. Alarmada por los acontecimientos, la dirección quiso pasar una encuesta por todo el partido con el fin calibrar la dimensión de la crisis que estaba atravesando. 38 secciones del partido dijeron estar de acuerdo en que la revista debía cerrarse, pero proponían que el debate se abriese a cambio de ese cierre. 17 secciones se oponían al cierre (entre ellas el Grupo de Escritores y el Grupo de Historiadores). Estaba claro que el partido no iba a disolverse por esto, pero el informe da cuenta de que enfrentaba un desafío real, bastante generalizado (Madeleine Davis, 2018: 14).

³⁴³ En una carta que escribió J. Saville al comité del partido del distrito de Yorkshire al que pertenecía, sostiene: “es necesario desde el comienzo enfatizar que *The Reasoner* fue concebido enteramente en términos del interés general del Partido. No es, y no tenemos la intención de permitir que se convierta, en un diario de facción. Estoy tan firmemente convencido como siempre de la necesidad de un Partido Comunista en Gran Bretaña. Aquellos que han tratado de presentarlo como un diario de ‘oposición’, apuntando a un ataque destructivo o de facción contra el liderazgo del Partido, están completamente equivocados. Esto quedó claramente establecido en nuestro primer número” (Saville, 1976: 9).

³⁴⁴ Los textos del *Reasoner* han sido reeditados recientemente, y por primera vez en 60 años, por McIlroy y Flewer (Thompson, Saville, McIlroi, y Flewers, 2016).

Sin embargo, la invasión de Hungría supuso la gota que colmó el vaso, y los editores del *Reasoner* se animaron a publicar un tercer número anunciando que sería el último. Por la publicación del tercer número les suspendieron el carnet por tres meses, y fue entonces cuando ambos decidieron abandonar ya un partido que consideraban totalmente desacreditado. En su carta de dimisión a la militancia expresaron su solidaridad con los que se quedaban con la intención de reformarlo desde dentro, pero señalaron que “no creemos que se pueda cambiar la máquina a tiempo completo [del partido] sin un renacimiento real del principio socialista en todo el movimiento” (citado en Saville, 1994: 31). A ese renacimiento se dedicaría la revista refundada tras la dimisión, que ahora pasaría a llamarse *The New Reasoner*³⁴⁵.

Lo más destacable de este proceso de ruptura es que se hizo *en nombre del marxismo* y no en oposición a este, y que buscó generar alternativas que permitieran continuar la militancia en favor de la clase trabajadora. Por eso la ruptura no se tradujo en una “apostasía” como había sido tan habitual en algunos intelectuales excomunistas, ni siquiera en una fuga al Partido laborista. En cualquier caso, el *Reasoner* no era más que una grieta por la que empezó a fracturarse el PCGB en 1956, que atravesaría una crisis que le costaría entre un tercio y dos quintos de su militancia entre 1956 y 1957 (Madeleine Davis, 2016).

La actitud de los historiadores del Grupo ante todo esto no fue homogénea ni siguió el mismo ritmo. Dorothy acompañó a Thompson y Saville. Hilton tardó un poco más en salir pero fue el único del Grupo que colaboró con *The Reasoner* (aparte de Dorothy). La situación interna del partido era, en todo caso, insostenible, así que los miembros del Grupo se organizaron para intentar la reforma del partido. C. Hill y R. Hilton redactaron el borrador de una carta que querían publicar en el *Daily Worker*, y que fue firmada por ambos autores junto con otros miembros del Grupo, como E. Hobsbawm, E. A. Thompson y V. Kiernan, pero que también incluía otras firmas de intelectuales o artistas como C. Abramsky, H. Levy, R. Browning, P. Hogarth, J. Lindsay, H. Collins, G. Houston, H. Macdiarmid, R. Meek o D. Lessing. La enviaron el 18 de noviembre, pero la dirección del partido decidió censurarla, así que el 1 de diciembre apareció publicada en el *Tribune* y en el *New Statesman*. En la carta se podía leer:

Sentimos que el apoyo acrítico dado por el Comité Ejecutivo del Partido Comunista a la acción soviética en Hungría es la indeseable culminación de años de distorsión de hecho, y del fallo de los comunistas británicos para pensar los problemas políticos por sí mismos. Nos hubiera gustado que las revelaciones realizadas en el 20º Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética hubiesen hecho que nuestros líderes y nuestra prensa se apercibieran de que las ideas marxistas solo serán aceptables en el movimiento obrero británico si se levantan sobre la verdad del mundo en el que vivimos. La exposición de graves crímenes y abusos en la Unión Soviética y las recientes revueltas de trabajadores e intelectuales en contra de las burocracias pseudocomunistas y los sistemas policíacos en Polonia y Hungría han mostrado que durante los últimos 12 años hemos basado nuestros análisis políticos en una presentación falsa de los hechos, no en una teoría desfasada, por lo que creemos todavía que el método marxista es correcto (VVAA, 1956).

³⁴⁵ Todos los números de *The New Reasoner* (al igual que los números de la revista *Universities & Left Review*, de la que hablaremos posteriormente) se pueden descargar online en la página del Amiel Melburn Trust Internet Archive, disponible en: http://banmarchive.org.uk/archive_index.htm. En *The New Reasoner* la pluralidad del Comité Editorial aumentó: Doris Lessing, Ronald Meek, y junto a ellos los economistas Ken Alexander y Michael Barratt Brown, y el crítico Ronald Swingler; el periodista Malcolm MacEwen, un intelectual del Left Labour -Mervyn Jones- y el politólogo de la LSE y antiguo discípulo de Harold Laski, Ralph Miliband (Dworkin, 1997: 51). De forma habitual colaboraron también el antropólogo Peter Worsley, el sociólogo John Rex y el científico Daniel G. Arnott.

La reacción del PCGB de nuevo fue furibunda. Georges Matthews, el editor jefe del *Daily Worker* durante estos años, consideró que la carta era un “ataque al Partido”, porque olvidaba que las barbaridades del estalinismo eran compensadas por la gran aportación de Stalin al socialismo internacional. La dirección no entendía que el marxismo pudiera existir fuera del Partido Comunista oficial. Esta reacción, como cabría esperar, provocó más dimisiones antes de que acabara el año, entre ellas las de R. Samuel, E. A. Thompson y R. Hilton.

Finalmente, un grupo de intelectuales realizó un tercer intento de reforma interna, encabezados esta vez por C. Hill. Hill formó parte desde su creación de la Comisión sobre Democracia Interna en el Partido que se creó tras el congreso de abril de 1956 y redactó junto con Malcolm MacEwen y Peter Cadogan un informe que proponía una profunda transformación democratizadora de la estructura organizativa del partido. El informe fue rechazado en el Congreso especial de abril de 1957, fecha en la que decidió también abandonar el partido³⁴⁶. Algunos aguantaron un poco más, como Víctor Kiernan que saldría en 1959.

Los que se quedan

Algunos miembros importantes del Grupo de historiadores decidieron no abandonar el partido tras los sucesos de 1956. Esto no significa que comulgaran con las atrocidades del estalinismo, sino que pensaron que todavía cabía la posibilidad de una reforma. La postura de George Rudé la tratamos en el Capítulo 5, así que aquí nos ocuparemos brevemente de M. Dobb y de E. Hobsbawm.

Mientras tenía lugar la controversia en torno a *The Reasoner*, Hobsbawm se suscribió a la revista, incluso aunque consideraba que su crítica no era lo suficientemente constructiva. A finales de 1956, intentó que el Grupo de Historiadores cambiara sus normas para permitir que miembros no integrantes del grupo pudieran formar parte, buscando con esto reintegrar a Saville, Thompson y otros que habían dimitido. Una carta dirigida a Betty Grant e interceptada por el MI5 al que fuera el secretario del Grupo de historiadores, W. E. Payne, da cuenta de esto:

No me sorprende en absoluto que el asunto de Hungría haya sido la gota que colma el vaso para J. [Saville] y E. [Thompson] (...). Eric [Hobsbawm] ha sugerido de forma bien interesante que deberíamos seguir tratando a John y Edward (y a Dorothy, por supuesto) como miembros del Grupo, que en el futuro ya no estará (si es que alguna vez lo estuvo) confinado a miembros del partido. Creemos que es probable que E. y J. se vayan ahora con [G.D.H.] Cole. Pensamos que podríamos transformar el Grupo en alguna cosa más amplia a la que pudiéramos invitar al mismo Cole. Hablando con Eric se me ocurrió que le podríamos pedir a Cole que revise nuestro panfleto sobre “las relaciones entre el Labour y los comunistas” (y avisar al partido de que vamos a hacerlo)³⁴⁷.

Poco después Hobsbawm colaboraría en el refundado *New Reasoner* con un artículo sobre Marx (Madeleine Davis, 2018: 19). Su permanencia en el partido, relata su biógrafo oficial Richard Evans, fue una mezcla de: i) sus lealtades a los militantes de base del movimiento comunista internacional, ii) el consejo que le dio el trotskista Isaac Deutscher de no marcharse, y iii) el intento de mantener una línea de crítica interna que le valió la

³⁴⁶ Algo esperable: la comisión no dejó de ser el castillo de cartón-piedra que creó la Ejecutiva para apaciguar a los críticos y hacerles creer que existían medios internos de reforma: de los 15 miembros de la comisión, 10 eran burócratas del partido, 5 de ellos miembros de la Ejecutiva (Dworkin, 1997: 272).

³⁴⁷ National Archives, KV-2-4292, 116B.

acusación de trotskista por parte del recién nombrado secretario general John Gollan. En 1970, su estudiante Donald Sassoon le preguntó si debía unirse al PCGB y se lo desaconsejó diciéndole: “malgastarías todo tu tiempo peleándote con los estalinistas”. Finalmente, Hobsbawm consideró un “error” crucial la política del socialismo en un solo país y habló de la URSS como una “pesadilla”. Es significativo que ninguno de sus libros fuera publicado en la URSS (Evans, 2019a, 2019b).

Maurice Dobb, por su parte, pertenecía a una generación anterior y tenía un sentido de lealtad al partido más inquebrantable, aunque atravesó una crisis con sentimientos encontrados (véase Shenk, 2013: 145-146 y Capítulo 7). Dobb argumentó en el *Daily Worker* “que si los intelectuales se desmoronaban, privarían al CPGB de los defensores de la reforma que más necesitaba”. En parte, compartía los argumentos de sus colegas que se marcharon. En unas notas que escribió para sí mismo (“Notes on Internal Dangers to Socialism”) se puede ver cómo Dobb entendía que las sociedades comunistas, especialmente tras la victoria china de 1949, ya tenían la fuerza suficiente para sostenerse. Y si el gran peligro de ser derrotadas en el corto plazo se había esfumado, los partidos comunistas podían permitirse ahora un cambio fundamental en la cultura política y en las formas organizativas: “podemos ser más como sus partidos [los partidos convencionales], orientados más ‘hacia afuera’, partidos menos secretistas, más dispuestos a admitir los errores sin temor a dar munición al enemigo”. El diálogo era, según Dobb, el mejor remedio contra el “sectarismo y el dogmatismo” a los que calificaba de ser “el principal peligro” (subrayado en el original)³⁴⁸.

En resumen, ya se marchasen, ya se quedasen, el Grupo de historiadores vivió la gestión de la crisis de 1956 por parte de la Ejecutiva como un nefasto error, e intentó actuar para paliar sus consecuencias. Desde el 8 de abril de 1956, el Grupo convocó una reunión para debatir las implicaciones del 20º congreso del PCUS, así como el “fiasco” del 24º congreso del PCGB de pocas semanas antes. James Klugman abrió la sesión para explicar la postura del partido. Pero el malestar era tan grande que, según recoge el acta de la reunión, incluso delante de un miembro de la ejecutiva los historiadores se envalentonaron y solicitaron a la dirección que hiciera “una declaración pública de arrepentimiento por el respaldo acrítico del partido británico a todas las políticas y puntos de vista soviéticos” y que iniciase “una discusión pública lo más amplia posible de todos los problemas implicados para el partido británico en la situación actual” (“Minutes of 80th meeting of the committee of the Historians’ Group”, citado en Schwarz, 1982: 83).

Después de 1956. Los obstinados “dioses humanistas” y el comunismo republicano

Pocas semanas antes de la publicación del primer número del *Reasoner*, en julio de 1956, Thompson publicó en la prensa del partido destinada a los debates internos, *World News*, un artículo titulado “Winter Wheat in Omsk” donde defendió que el PCGB se había alejado del pueblo trabajador británico por ignorar los crímenes de Stalin (Saville había publicado en una dirección similar “Problems of the Communist Party”, el 19 de mayo). En este artículo Thompson criticó el uso propagandístico e instrumental de la tradición

³⁴⁸ Esta imagen de Dobb no debe exagerarse hasta el punto de considerarlo un antiestalinista, teniendo en cuenta que nunca manifestó en público estas opiniones (que ha recopilado su biógrafo oficial) y que en su correspondencia privada aparecen recogidos detalles que apuntan en otra dirección, por ejemplo, el cómo consideró la invasión de Hungría como una “dolorosa necesidad” (Shenk, 2013: 160).

revolucionaria inglesa por parte del partido y reivindicó la “fuerza categórica” de los principios normativos³⁴⁹:

Una batalla tras otra del pueblo británico se ha librado en términos morales. Los propios nombres de los líderes populares portan consigo esta característica: Lilburne, Winstanley, Cobbet, Oastler, Ernest Jones. La propaganda moral de Morris, Hardie y Tom Mann estaba totalmente imbuida con esta protesta moral apasionada contra el capitalismo.

La característica insistencia de los historiadores del Grupo sobre las libertades populares conquistadas a través de centenarias luchas democráticas aparece con fuerza aquí:

Sabemos que la democracia burguesa es un engaño y una estafa. Pero es una infamia sobre nuestra mejor historia decir que todas nuestras libertades son ilusiones, que son “la hoja de parra del absolutismo”. Es una infamia sobre la clase trabajadora británica decir que esta intercambiaría esas libertades por una mayor calidad de vida. Aquellos que (y de estos hay varios) viajan a los países del Este para admirar boquiabiertos y con envidia, y para menospreciar nuestra tradición, no le hacen bien a nuestra causa. Traen consigo no la semilla de la solidaridad sino una semilla extraña que nunca arraigará en nuestra cultura³⁵⁰.

El estalinista Georges Matthews replicó al artículo de Thompson y los editores de *World News* no aceptaron que Thompson diera la contrarréplica que quería dar. El debate llegó a su fin en los medios internos del partido. Por eso el momento de ruptura debe buscarse en el *Reasoner*. En su primer número se permitió replicar a Matthews:

Como historiador solo puedo sentirme avergonzado porque, en nombre del “marxismo-leninismo”, nos hemos alejado hasta ahora del estado de ánimo crítico, el retorno constante a la realidad, de Marx y Engels. Hemos enfatizado cada vez más una selección arbitraria de conclusiones (algunas derivadas del siglo XIX o de las condiciones de Rusia) en vez de enfatizar el método del materialismo histórico, hemos tratado de hacer “formulaciones correctas” dentro de un sistema de doctrina esquematizado, en lugar de volver una y otra vez a las realidades sociales. Añade a esto las rigideces del centralismo democrático, la ausencia de debates reales, el crecimiento de una jerga especializada, una jerarquía de autoridad, una fuente extranjera de doctrina, y entonces, ¿tenemos o no tenemos algo parecido a la Santa Iglesia? (Thompson, 1956).

Sin embargo, sería la invasión de Hungría la que marcaría el punto de no retorno, como puede verse en el tercer número aparecido en noviembre de 1956, en el que Thompson publicaría “Through the Smoke of Budapest”, que supuso el distanciamiento completo del que todavía era su partido:

El estalinismo no eran “cosas equivocadas” sobre las que “no sabíamos” [nada], sino teorías falseadas y prácticas degeneradas de las que sí sabíamos algo y que, hasta cierto punto, compartimos y que nuestra dirección apoya hoy. ¿Quién no sabe que nuestra atrofia moral, nuestro vocabulario y estructura militar, nuestra visión paternalista de la gente y de sus organizaciones, nuestro gusto por propalar “información errónea”, nuestro miedo a las iniciativas populares independientes de nuestra orientación, nuestra aversión a la crítica, nuestro secretismo y mala fe ocasional hacia nuestros amigos – que todo esto ha paralizado nuestra propaganda, nos ha aislado y nos ha robado la justa recompensa que merecía nuestro trabajo? ¿Y quién no sabe que nuestras bases son las menos manchadas por estos hechos y nuestros dirigentes los que más? (Thompson, 2016b [1956]: 136-137).

³⁴⁹ Puede verse la noción de “fuerza categórica” en Domènech (1998: 132 y ss.). Omsk es una región en la que la Academia Agrícola de la región decidió seguir la teoría de Lysenko para plantar semillas en invierno con el resultado esperable: año tras año se desperdiciaron toneladas de cultivos.

³⁵⁰ National Archives, KV-2-4292, 100.

Su análisis del estalinismo se desarrollaría en los artículos que van de 1956 a 1963 (Thompson, 2016a; véase 2.4.5 en esta tesis). Esta imagen se complementaría unos años más tarde al publicarse *Miseria de la teoría*, en 1978:

No solo estamos hablando –por favor, que nadie lo olvide– de unos cuantos millones de personas muertas o confinadas en gulags (la mayoría de las cuales resultaron ser las personas “equivocadas”). Estamos hablando también de la deliberada manipulación del derecho, los medios de comunicación, la policía y los órganos de propaganda de un Estado para bloquear el conocimiento, difundir mentiras, difamar a ciertas personas; de procedimientos institucionales que confiscaban al pueblo soviético todos los medios de autoactivación (ya sea en formas democráticas o de control obrero), que sustituían a la clase obrera por el partido, al partido por los dirigentes (o el dirigente) del partido, y a todos ellos por los órganos de seguridad; estamos hablando de la confiscación y centralización de toda expresión intelectual y moral a manos de una ortodoxia ideológica de Estado; es decir, no solo la supresión de las libertades democráticas y culturales de los “individuos”, lo cual ha llegado a ser lamentado incluso por el eurocomunismo (y nos alegramos que sea así) (...) [sino que además] se añade la subsiguiente usurpación de los procesos de comunicación y de formación del conocimiento de todo un pueblo, sin los cuales ni los trabajadores soviéticos ni los campesinos colectivizados pueden saber qué es cierto ni qué piensa cada cual (...). No es verdad que el comunismo internacional “no supiera nada” del estalinismo antes del XX Congreso del PCUS; sabía mucho y lo asumía como propio, a la vez que no *quería* saber de lo demás y lo denunciaba como calumnia (Thompson, 1978b: 328).

Es necesario insistir en el énfasis que ponía Thompson en distinguir la militancia de base de las direcciones de los partidos (presumiblemente con mayor conocimiento e información de la situación interna de la Komintern y del PCUS)³⁵¹: “los anales del comunismo contienen ellos solos suficientes mártires como para suministrar un ciclo de religiones. Algo más que un sonido de burla debería venirnos a la mente del Jarama y de los campos de concentración. Al retirarnos de los opresores olvidamos la integridad de los oprimidos” (Thompson, 1978b: 21). Su insistencia fue siempre por el matiz, por desligar la tradición comunista de la *reductio ad Stalinum*:

Los comunistas nunca pueden ser reducidos a agentes de una conspiración estalinista; han estado haciendo cientos de otras cosas, muchas de ellas muy importantes y situadas dentro de una tradición socialista auténtica y alternativa, algunas heroicas y algunas otras tales que nadie más las habría hecho (Thompson, 1978b: 330)³⁵².

Llegados aquí, podemos ver cómo Thompson apeló a uno de los núcleos normativos que consideró que se habían perdido en el proceso de degeneración que había conducido al estalinismo, y que no eran sino los principios republicanos y democráticos. En el artículo “El socialismo y los intelectuales” que publicaría para la revista *Universities &*

³⁵¹ Por no atender a estas diferencias, Paul Flowers ha alcanzado el absurdo al afirmar que “Thompson nunca pudo romper limpiamente con la tradición estalinista en la que había comenzado su carrera política” (Flowers, 2017: 580).

³⁵² “No puedo pensar en un movimiento en la historia que haya tenido en su interior tal cantidad de reservas de humanismo como el movimiento comunista de este siglo. No me refiero tanto a las ideas influyentes y a las aspiraciones del movimiento, sino a los hombres y mujeres sobresalientes asociados a éste, y a los millones de personas cuyos esfuerzos conscientes le dieron forma, ya fueran fanáticos o creyentes en la otra vida, quienes por elección consciente y razonable dieron sus vidas por un horizonte humano más amplio; los cientos de miles que padecieron la victimización o la prisión o las carencias cotidianas en la deliberada persecución de la buena vida” (“El socialismo y los intelectuales”, en Thompson 2016: 95). Pueden verse formulaciones diferentes de la misma opinión en otras de sus publicaciones (Thompson, 1983: 182; 1984b: 302). Otra conocida razón por la que nunca renegó del comunismo *in toto* fue por su convencido anticolonialismo: “Esta es una razón por la que no estoy dispuesto a participar en ningún repudio indiscriminado de la tradición comunista, porque una gran parte de la conciencia internacionalista y antimperialista de Gran Bretaña en los años treinta y cuarenta se puede ver operando en esta tradición” (“Where are we now”, 1963, en Thompson y Winslow, 2014).

Left Review en 1957, Thompson critica la figura del “apóstata” y reivindica una *tercera opción*, la suya propia, que consistió en renunciar al marxismo ortodoxo y estalinista sin tener que renunciar al marxismo *tout court*. El abandono del marxismo por algunos conversos, nos dice Thompson, aparecía ante los espectadores de la época como:

Un sacrificio ritual ante los dioses liberales (...). Los dioses liberales: la justicia, la tolerancia y sobre todo la libertad intelectual. Pero no los **dioses humanistas de la libertad social, la igualdad y la fraternidad**. Estos permanecen obstinadamente en el bando comunista. Por esa razón, aunque haya renunciado al Partido Comunista, sigo siendo un comunista (Thompson, 1957b: 31, subrayado nuestro)³⁵³.

Esos “dioses humanistas”, los de la libertad (social), la igualdad y la fraternidad, serían el legado ilustrado y republicano al que apelaría para tejer los principios morales e intelectuales del movimiento internacionalista que se conocería como “humanismo socialista” y que abordaremos en el epígrafe siguiente. En cualquier caso, Duncan Hallas criticó con razón que el análisis thompsoniano del estalinismo pudo acertar de pleno en algunas consecuencias y dinámicas de la cultura política estalinista, pero nunca se adentró en la fundamental problemática de cómo pudo llegarse hasta ese punto, esto es, qué red de causas en el proceso histórico condujo a esa degeneración del marxismo originario: “ignoró ampliamente toda la experiencia histórica de 1914 a 1956” (Hallas, 1977: 7). La de 1956 fue una fecha indudablemente significativa, pero ya desde los años 20 existían críticas de izquierdas a la deriva de la sociedad soviética y del comunismo internacional que apuntaban en direcciones similares a las reivindicadas por Thompson a partir de 1956 (Fernández Buey, 1976; Anderson, 1985: 130; Domènech, 2017)³⁵⁴. Si bien es cierto, como han remarcado diversos autores, que la pertenencia a un partido estalinista debe evaluarse en el contexto local o nacional determinado para cada caso. Por ejemplo, John Saville recuerda que cuando ocurrieron los Juicios de Moscú a finales de los años 30, prácticamente toda la prensa británica de izquierdas (no necesariamente comunista), desde el *New Statesman* hasta el *Manchester Guardian*, eran escépticos con la idea de que se tratasen de juicios falsos. La pregunta que rondaba a todos los intelectuales de izquierda, incluido trotskistas como Isaac Deutscher, era “¿por qué nadie se puso de pie

³⁵³ El lector en castellano de Thompson debe prestar especial atención a los posibles errores de traducción de algunas de sus obras. Este es llamativamente el caso con este pasaje que traducimos aquí de “Socialism and the Intellectuals”, que está traducido en castellano en A. Estrella (comp.) *E. P. Thompson. Democracia y socialismo* en 2016. En esta traducción castellana no es solo que se pierda algún matiz, es que se invierte absolutamente el sentido del pasaje que permite reconocer la continuidad de la tríada republicana en el comunismo de Thompson. La mala traducción dice así: “Los dioses liberales como la justicia, la tolerancia y, sobre todo, la libertad intelectual, como los dioses humanistas de la libertad social, la equidad, la fraternidad, difícilmente permanecen del lado comunista” (Thompson, 2016: 69).

³⁵⁴ Para ver las debilidades del análisis thompsoniano del estalinismo, e incluso algunas contradicciones entre sus primeros análisis del estalinismo como ideología (1957-1961) y el estalinismo como sistema social (1971 y 1978), véase la contribución de Flewers (2017). Como ha señalado este autor, no se encuentra en toda la obra de Thompson ni una sola mención a las disputas internas del PCUS o los removidos cambios en la dirección en los seis años siguientes a la muerte de Lenin; tampoco se encuentra nada sobre la problemática del “socialismo en un solo país”, ni un uso (más allá de la cita esporádica) de los análisis críticos de la degeneración (Boris Souvarine, André Gide o Víctor Serge). Esta ha sido una cuestión que ha atraído muy poca atención en los especialistas en Thompson, por lo que la crítica de Flewers ha llenado un vacío importante. La actitud reacia de Thompson a investigar a fondo estos temas, al menos mientras estuvo en el PCGB, puede deberse también, como le expresó a Arnold Kettle en una carta del 10 de mayo de 1956, al miedo que tenía de caer en ese tipo de discusiones en las que se corre el “peligro de discutir solo las circunstancias históricas que hicieron posible que emergieran estos abusos en la Unión Soviética, o sugerir que tales abusos eran ‘históricamente necesarios’ o ‘inevitables’, de hecho condonándolos, y minimizando la gravedad de la ruptura de los principios socialistas” (National Archives, KV-2-4292, 90). En todo caso, el peligro no exime del esfuerzo.

como lo había hecho Georgi Dimitrov en el juicio del Reichstag y denunció al tribunal?”. Además, la guerra civil española había mejorado mucho la imagen pública de la URSS: los gobiernos occidentales optaron por no ayudar a la República mientras los soviéticos les enviaban recursos (Saville, 1977: 264 y ss.). Comprender este contexto debería ayudar a entender las decisiones que tomaron estos intelectuales, sin que esto suponga ningún tipo de justificación laudatoria de aquellas.

Los intelectuales del PCGB que rompieron en 1956 no fueron los únicos en tomar la invasión de Hungría como la gota que colmaba el vaso. Sin ir más lejos, el que fuera el faro de la izquierda comunista en Occidente, Jean Paul Sartre –que no estaba afiliado al PCF pero que había mostrado repetidamente sus simpatías por la URSS– marcaría distancias del soviétismo en una entrevista concedida a *L'Express* el 9 de noviembre de 1956³⁵⁵:

Lo que el pueblo húngaro nos enseña con su sangre es la completa bancarrota del socialismo como mercancía importada de la URSS. (...) Era totalmente absurdo imponer una imitación servil de la construcción estalinista en cada país "satélite" para convertirlo en un juguete de la URSS, un modelo reducido, sin tener en cuenta la diferencia de situaciones (Sartre, 1956).

Aunque para Sartre el proceso de desestalinización había comenzado bien, el informe Krushev era tan solo “una red de anécdotas” que “continuó la dictadura del partido en lugar de ayudar a reducirla”. La invasión de Hungría marcó un antes y un después: “ya no podemos tener amistad con la fracción dominante de la burocracia soviética: lo que hoy domina es el Horror”. Esto significaba también soltar amarras respecto al PCF cuyos órganos habían saltado en defensa de la intervención: “no es, y nunca más será, posible reanudar relaciones con los hombres que hoy dirigen el Partido Comunista Francés. Cada una de sus frases, cada uno de sus movimientos, son producto de treinta años de mentiras y esclerosis. Sus reacciones son propias de personas totalmente irresponsables” (Sartre, 1956).

Tan solo unas semanas antes de que Sartre concediera esta entrevista, el gran intelectual de la Martinica y afiliado al PCF, Aimé Césaire, presentaba su dimisión en una carta dirigida al secretario general Maurice Thorez: “las revelaciones de Jrushchov sobre Stalin son tales que han sumergido, o al menos eso espero, a todos aquellos que han participado (en el grado que sea) en la acción comunista, en un abismo de estupor, de dolor y de vergüenza”. El diagnóstico de Césaire era demoledor y arrastraba tras de sí a buena parte del comunismo existente:

En numerosos países de Europa, y en nombre del Socialismo, unas burocracias aisladas del pueblo, unas burocracias usurpadoras, y de las que ahora se ha probado que no hay nada que esperar, han conseguido la lamentable maravilla de transformar en pesadilla lo que la humanidad ha acariciado durante mucho tiempo como un sueño: el Socialismo (Césaire, 2006).

El PCF salía especialmente escaldado en unos términos muy similares a los que encontraremos en Thompson (véase *infra*):

Su inalterable autosatisfacción; su rechazo a renunciar por su parte, y en lo que le concierne, a los métodos antidemocráticos tan queridos por Stalin; en resumen, por todo lo que nos autoriza a hablar de un estalinismo francés que tiene vida más allá del propio Stalin y que, podemos conjeturar, habría producido en Francia los mismos efectos catastróficos que en Rusia, si el azar hubiera permitido que se instalara en el poder en Francia. (...) solo hemos visto su obstinación en el error; su perseverancia en la mentira; su absurda pretensión de no haberse equivocado nunca; en suma, unos pontífices

³⁵⁵ La proximidad de las opiniones de Thompson con las del “segundo” Sartre ha sido señalada por la filósofa Kate Soper (1990: 213-214).

pontificando más que nunca, una incapacidad senil para desprenderse de sí mismos, para estar a la altura de lo que ha ocurrido, y todas las argucias pueriles de un orgullo sacerdotal desesperado (Cesaire, 2006).

Aunque la de Thompson no fuera una ruptura aislada, sino que formó parte de un proceso general (y, como hemos visto, incluso internacional), la salida de un partido comunista en plena Guerra Fría para un intelectual comprometido, que ocupó cargos institucionales dentro del partido, no debe subestimarse. Como ha explicado Alejandro Estrella:

Abandonar el partido o ser expulsado no es una cuestión que deba tomarse a la ligera. Al organizar la propia trayectoria social en torno a las estructuras de la institución, al emplazar la energía emocional y las expectativas vitales en el éxito de la misma, al extraer legitimidad personal del crédito como militante, la expulsión o el abandono puede vivirse como una auténtica excomunión; es decir, no solo como un finiquito del vínculo con la organización política, sino como una verdadera dejación del camino de salvación y un exilio de la comunidad en la que esta tiene cabida. Antes que un mero revés político, se trata de una frustración vital y existencial en toda regla (Estrella, 2012: 123).

Se hace necesario, entonces, comprender qué le condujo hasta el punto de ruptura, para poder dar cuenta de por qué Thompson continuó considerándose un marxista tras ella. Hace falta explicar por qué Thompson siguió siendo un comunista y no acabó jugando el papel que jugarían excomunistas como Orwell, Amis o Auden³⁵⁶.

Antes de 1956. La relación de Thompson con el estalinismo

Una serie de aportaciones recientes han puesto sobre la mesa las homilias y elegías estalinistas de los historiadores del Grupo durante los años previos a 1956, como una prueba de su compromiso con Stalin antes de la ruptura. Entre ellos, figuran intervenciones del propio Thompson (Flewers, 2017; McIlroi, 2017; E. Smith, 2014). Sin embargo, limitarse a señalar estas declaraciones deja sin analizar los motivos de la ruptura posterior e infravalora los procesos internos, quizá más silenciosos pero no menos importantes, por los que se fueron construyendo las motivaciones y recursos que provocarían el desgarrar. Dos interpretaciones contrarias han sido habituales en el mundo académico: algunos especialistas como Dworkin han entendido la ruptura de Thompson como una ruptura “total” consigo mismo (del estalinista acérrimo al antiestalinista fervoroso), otros como Palmer han explicado 1956 como la liberación de un marxismo original y heterodoxo (que ya existía y permanecía reprimido) respecto a un entorno opresivo (el antiestalinista sempiterno) (Dworkin, 1997; Palmer, 2004). Frente a ambas opciones, aquí nos sumaremos a los intérpretes que, como Madeleine Davis o Alejandro Estrella, han señalado las ambivalencias y las transformaciones tanto en el intelectual socialista como en su entorno. En el Thompson anterior a 1956 “convivían” los elementos heterodoxos y la “beatería estalinista”, marcando en gran medida el contexto el tipo de elementos que priorizaba Thompson en cada intervención (Estrella, 2007: 66), mientras que 1956 sería “el *casus belli*, el punto de combustión de un proceso que llevaba en marcha desde hacía 10 años” (Estrella, 2012: 154). Así se subrayan las contradicciones y tensiones de los años previos y se abre la posibilidad de comprender que la ruptura de 1956 no se produjo *ex nihilo*. Pero nuestro énfasis se inclina más por el lado del marxista crítico que por el del estalinista obediente. En lo que sigue trataremos de mostrar por qué.

La primera pista. La hipótesis del “revisionismo prematuro” y el Morris

³⁵⁶ Estas reflexiones son resultado de una fructífera conversación con Germán Cano.

En distintos momentos de la obra de Thompson posterior a 1956 se encuentra la idea de que la implosión del PCGB en aquel año se debió a un proceso que venía gestándose desde mucho tiempo antes. El marxismo de Ralph Fox, nos dice el intelectual británico, constituía ya una suerte de “revisionismo prematuro”, por lo que “uno puede ver las líneas de batalla [de 1956] dibujándose en fecha tan temprana como octubre y noviembre de 1935” (“Left Review”, 1971, en Thompson, 1994e: 233). En una conferencia de 1979, en la que abordó el papel de Edgell Rickword en ese marxismo cultural de entreguerras, llegó a la conclusión de que:

mucho antes de “1956” existieron centros de “revisionismo prematuro” entre intelectuales comunistas y otros, que resistieron los métodos didácticos de los funcionarios del partido, el acartonado economicismo de sus políticas y el pábulo apropiado que ofrecían como “marxismo”. Esta herejía incipiente no tenía foco, le faltaba articulación, se expresaba tanto en bromas como en resistencias, e identificamos a nuestro enemigo de forma muy vaga como “King Street”, una burocracia incompetente e intimidatoria más que (como realmente era) un clero estalinista enormemente articulado (“Edgell Rickword”, 1979, en Thompson, 1994a: 240).

Cada vez que Thompson abordó su propio proceso de distanciamiento del estalinismo remitió a sus trabajos sobre William Morris, en los que dice que encontró la rehabilitación de las categorías morales que había perdido el marxismo. En el *postscriptum* que elaboró a la reedición de la biografía en 1976 escribe:

En 1955, Morris me había reclamado a mí. Mi libro era ya entonces, supongo, una obra de “revisionismo” fallido [*muffled revisionism*]. El argumento Morris/Marx se ha venido elaborando desde entonces en mi mente. Cuando, en 1956, llegué a la articulación plena de mis desacuerdos con el marxismo ortodoxo, recaí en modos de percepción que había aprendido en esos años de compañía íntima con Morris (Thompson, 1988: 745)³⁵⁷.

Lo cierto es que cuando Thompson redactó la biografía de Morris no estaba pensando precisamente en combatir el estalinismo. De este hecho da buena cuenta el *postscriptum* de la reedición de 1976 en el que el autor nos confiesa haber borrado ciertos pasajes a los que califica de “intimidatorios moralismos políticos” y “beaterías estalinistas” que solo podían entenderse como respuesta a las “ortodoxias antimarxistas” de los años cruentos de la Guerra Fría (Thompson, 1988: 705)³⁵⁸. Una de esas “beaterías” de la primera edición de 1955 deja poco lugar a dudas, porque identifica exaltadamente el socialismo de Morris con el de Stalin:

Los visitantes de hoy regresan de la Unión Soviética con historias sobre cómo el sueño de los poetas ya se ha cumplido. Ayer, en la Unión Soviética, los comunistas luchaban contra todas las dificultades para poner su industria al nivel de las principales potencias capitalistas: hoy tienen ante ellos el anteproyecto del avance hacia el comunismo de Stalin (Thompson, 1955: 760).

En términos generales, la recuperación de William Morris no era en sí misma nada parecido a un movimiento antiestalinista. El propio Harry Pollit, el líder del partido desde 1929, citaba elogiosamente la capacidad para ofrecer visiones utópicas de Morris (citado en Llacuna, 2016b: 138). En esos años el PCGB estaba haciendo serios esfuerzos por rescatar figuras de la tradición británica para rebatir la acusación de no ser más que una marioneta de Moscú. A pesar de la retórica de “clase contra clase”, en los años del “estalinismo duro [*high stalinism*]” la línea oficial era promover el interés nacional y

³⁵⁷ Esta opinión se repite a lo largo de los años (Thompson, 1984b: 316; Thompson, Fontana y Ucelay da Cal, 1984).

³⁵⁸ Como ha recordado Estrella el enfoque entre una edición y otra cambió sustancialmente: “Si en 1955 el objetivo era mostrar que no había contradicción sustancial entre Morris y el canon marxista, en la de 1976, el objetivo es señalar la originalidad del primero frente al segundo” (Estrella, 2012: 170).

movilizar las alianzas progresistas, haciéndose eco del frentepopulismo de la década pasada contra la amenaza norteamericana (McIlroy, 2017: 513). En la William Morris Society participaban varios comunistas del partido. Robin Page Arnot, un intelectual del partido, sería también autor de varios libros sobre Morris (Hernández Sandoica, 2016: 43). La biografía de Thompson de 1955 se enmarca en este preciso contexto, por lo que sería difícil plantearla como una intervención antiestalinista. De hecho, la edición de 1955 fue leída antes de ser publicada por funcionarios del partido, que llegaron a la conclusión de que su único defecto era ser demasiado larga (McIlroi, 2017: 528).

El entusiasmo que muestra Thompson por las Repúblicas Populares de la Europa del Este –como puede verse en sus primeros escritos en *Our Time* (“Poetry’s not so easy”, junio de 1947 y “Comments on a people’s culture” de octubre de 1949)– podrían valorarse bajo el prisma de su particular comprensión del frentepopulismo, y no, como ha hecho McIlroy, como una muestra de una macabra lealtad absoluta al estalinismo que había reprimido la Europa del Este. Hay que tener en cuenta que tanto la Kominform como la Doctrina Zhdánov se habían creado en septiembre de 1947, el proceso de “estalinización” de las repúblicas populares estaba comenzando a dar sus primeros pasos cuando Thompson escribe sus elogios de las Repúblicas populares. Es harto probable que Thompson no fuera consciente en esos momentos de lo que estaba ocurriendo. Otras evidencias, sin embargo, apuntan en una dirección contraria. En Bulgaria (véase Capítulo 2) la presencia de los tanques soviéticos impuso un gobierno de concentración controlado por los comunistas de Kostov, líder de la resistencia. En junio de 1947 uno de los líderes de la oposición, Nikola Pétkov, fue arrestado. Juzgado sin defensa, fue sentenciado a muerte en agosto del mismo año. El 18 de octubre Thompson publica “The Case of M. Petkov” en el *New Statesman* donde defiende esa ejecución “por dirigir e inspirar el sabotaje y la conspiración militar”. Frente a los críticos del proceso que lo enmarcaban como parte de un patrón maligno, Thompson respondió: “ciertamente es parte de un patrón: el patrón de la historia” (Thompson, 1947a). También en sus artículos sobre William Morris en *Arena* y en su crítica del imperialismo americano y la corrupción moral de Hollywood y los cómics, se ve no solo un apoyo impertérrito por la Unión Soviética, sino una defensa explícita de Stalin y Kim Il Sung como representantes de la liberación humana. Existen unos cuantos cabos sueltos en este debate que solo podrán ser resueltos con la apertura de los archivos del historiador.

A pesar de todo lo anterior, puede que existan algunas razones para considerar que Thompson tenía un punto de razón al remitirse al Morris para encontrar los recursos desde los que armaría su rebelión. Tendremos ocasión de profundizar en este punto (véase 4.1.), pero baste señalar de momento que en esta obra Thompson ya estaba fascinado y dedicado a rastrear las conexiones entre el viejo radicalismo democrático y el nuevo socialismo, y claramente el estalinismo es la antítesis de los principios republicano-democráticos. Por otro lado, es inevitable leer retrospectivamente esta biografía y seguir con detalle los conflictos entre Morris y Hyndman, y la escisión que provocó Morris en la FSD creando la Liga Socialista motivado por la ausencia de democracia interna, sin ver los paralelismos con lo que ocurriría tan solo un año después en el PCGB, como si Thompson se debiera al legado de Morris³⁵⁹. Es probable que el “realismo moral” de Morris, llevado hasta sus

³⁵⁹ “Los fallos que Dutt, Matthews y Burns representan para mi tiene un claro precedente histórico en Hyndman. Hyndman también reclamó ser el único y verdadero líder marxista (...) él tampoco tenía motivos maquiavélicos en un sentido ordinario. Él también falló totalmente en captar los sentimientos y pensamientos cotidianos del pueblo británico (...) una curiosa mezcla de oportunismo y dogmatismo que

últimas consecuencias, fuese difícilmente compatible con las monsergas estalinistas. En este sentido, esta ambivalencia de la primera edición del Morris encaja con la hipótesis de lectura que manejamos aquí, es decir, con la idea de que el trabajo sobre las libertades democráticas del Grupo constituye un legado ambivalente que pudo encauzarse de distintas maneras según las presiones del contexto. En suma, como ha indicado Ferrán Archilés, el *William Morris* “estaba, inevitablemente, atrapado en su contexto tanto como apuntaba a trascenderlo” (Archilés, 2016: 56).

Una segunda pista. Los archivos del MI5

Una reciente desclasificación de los archivos del MI5 entre 2014 y 2016 reveló que los historiadores del Grupo habían sido espiados durante años. Los agentes especiales realizaron el espionaje, por un lado, de forma discontinua para no ser detectados; por otro lado, con un nivel de intensidad considerable: grabaron sus llamadas telefónicas, espionaron sus conversaciones, abrieron sus correos y monitorizaron y mapearon sus contactos. Christopher Hill había sido espiado desde 1935, tras la vuelta de su viaje a la URSS. El informe del MI5 reporta: “tenía la apariencia de un comunista, pero tras chequear su equipaje no encontramos literatura comunista”. Rodney Hilton había sido espiado desde 1937, cuando era estudiante en Oxford, y durante la guerra se pidió a los oficiales a su cargo que reportasen todas sus actividades. Hobsbawm fue espiado desde 1942, y el informe recoge que era “sospechoso de actividades subversivas y propaganda comunista en el ejército”. Thompson fue espiado desde su acción en el ejército en 1943 hasta más o menos 1963, una vez el movimiento de la New Left iniciado en 1957 se dio por fracasado. Todos los historiadores murieron antes de conocer la existencia de estos archivos, excepto Hobsbawm, que solicitó acceso a ellos y se le negó, dos años antes de morir (Cobain, 2016; Norton-Taylor, 2014). La casa de los Thompson fue allanada y registrada de forma clandestina por el MI5 aprovechando que estaban de vacaciones. Ambos formaban parte de una lista de 3.000 sospechosos que serían detenidos en caso de que hubiera una ruptura de relaciones con la URSS. A esto se le añade que algunas oportunidades de trabajo se evaporaron misteriosamente poco después de una intervención del MI5 para hacer que así fuera (Madeleine Davis, 2018: 5)³⁶⁰. Los archivos están disponibles online y constituyen un material sustancial para la investigación de estos historiadores. Ha de tenerse en cuenta, no obstante, que “la naturaleza secreta, parcial e incompleta del material, la retención o la redacción de documentos, y la dificultad en muchos casos de comparación cruzada contra otras fuentes limita su utilidad” (Madeleine Davis, 2018: 4). Pero, dado que el archivo Thompson permanece cerrado, la utilidad de poder acceder a parte de su correspondencia entre 1943 y 1963 es manifiesta. Este subapartado de la tesis doctoral está dedicado a un breve análisis de estos materiales en relación con nuestro argumento general. En cualquier caso, toda la discusión que pueda realizarse de este asunto será necesariamente provisional y fragmentaria hasta que se abran los archivos.

Pues bien, desde fecha tan temprana como octubre de 1947 encontramos ya a un Thompson preocupado porque las revistas del partido no ofreciesen un “trabajo creativo”

avanzó Hyndman sale a la luz cada día en el *Daily Worker*” (Carta a Bert Ramelson, 28 de mayo de 1956, National Archives, KV-2-4292, 94A).

³⁶⁰ Thompson tenía fundadas sospechas de haber sido espiado durante años: “nuestro teléfono probablemente estuviera pinchado a principios de los 50, cuando mi mujer y yo estábamos militando en contra de la Guerra de Corea, porque en esos días tecnológicamente inmaduros nuestras llamadas a veces se enmarañaban con las de la estación policial de Halifax. Posiblemente también hayamos estado bajo una vigilancia tibia en los tiempos de la CND y de la primera New Left” (Thompson, 1980: 123).

sino que confiaban demasiado en los panfletos de propaganda³⁶¹. El 18 de septiembre de 1950 escribe a Sam Aaranovitch proponiéndole que funde una revista cultural con escritores e historiadores que replique la iniciativa de la *Left Review* “para construir un nuevo frente progresista de intelectuales honestos en la lucha por la paz y para llevar adelante la mejor tradición de nuestras herencias culturales”³⁶².

Desde 1950 el MI5 registra un punto importante: el malestar de Thompson con la manera que tiene el partido comunista de relacionarse con otros movimientos sociales. En carta a Mick Bennet del 5 de octubre el historiador relata una asamblea de los reservistas Clase Z, en la que se estaba forjando un pequeño movimiento de protesta, y se muestra sorprendido por el nivel del público (“en absoluto eran tan susceptibles de ser manipulados como yo pensaba”). Los jóvenes querían elegir un portavoz para la sección de mayores de la reserva Clase Z, pero se quedaron “desalentados” cuando descubrieron que el cargo lo ostentaba un viejo comunista del PCGB. Ante esto, escribe el historiador: “deberíamos confiar más en la gente y dejar que se pongan las pilas, incluso aunque cometan errores”; a su juicio, lo que les tocaba a los comunistas era “salir de los puestos de poder del movimiento y presionar desde abajo” [ambos pasajes subrayados por el MI5]³⁶³.

En carta al responsable de cultura del partido, Emile Burns, fechada el 20 de mayo de 1952, Thompson le discute su línea editorial:

Sé que en lo que voy a decir me expongo a la acusación de ser simplemente un obstruccionista (...). No creo que pudieras haber tomado una decisión más desastrosa que esta. La necesidad imperiosa dentro del trabajo cultural de nuestro Partido es llegar hacia afuera, a los jóvenes, a los estudiantes y a las secciones progresistas de fuera del partido³⁶⁴.

En la misiva dirigida a su amiga la escritora comunista Margot Heinemann del 10 de junio de 1952 reaparece ese profundo malestar de Thompson respecto al funcionamiento del partido, que ahora parece extenderse hasta abarcar toda su militancia desde su vuelta a Inglaterra tras la guerra. Frente a la propuesta de publicar viejos materiales de propaganda sencilla, Thompson insiste en que sería más útil abrir espacio para la escritura creativa, o para solicitar artículos a “viejos camaradas” del partido que puedan escribir sobre “las viejas luchas socialistas y secularistas” (como “la huelga de Gales de 1920” o que recuerden “el espíritu de España”) y que lo hicieran “de una forma vivaz y no sectaria”. Lo que hace falta realmente, defiende, es una revista “que exprese los valores del comunismo, la vida de la gente en Inglaterra, sus luchas contra la opresión bajo el capitalismo”, en suma, que escriba sobre “el tipo de hombres y mujeres que son y que somos, [que escriba sobre] sus aspiraciones y su historia”. Pero el principal problema, sostiene, es que:

una decisión del partido es una decisión del partido, y por supuesto una vez tomada debe ser llevada a cabo con lealtad y entusiasmo. Por otro lado, uno se sentiría mucho más feliz si sintiera que la decisión en sí misma hubiese sido [decidida de forma] menos arbitraria y más colectiva. (...) Repetidamente en los últimos cinco o seis años nos hemos encontrado con decisiones arbitrarias, y luego se espera que cooperemos tan fielmente como si estas hubiesen sido decisiones reales del partido³⁶⁵.

³⁶¹ National Archives, KV-2-4290, 60B.

³⁶² National Archives, KV-2-4290, 36A.

³⁶³ National Archives, KV-2-4290, 37C.

³⁶⁴ National Archives, KV-2-4290, 44A.

³⁶⁵ National Archives, KV-2-4290, 45A.

De los documentos más útiles que pueden encontrarse en esta correspondencia espía por el MI5 son las cartas entre Thompson y Bert Ramelson. Ramelson era un abogado de origen ucraniano, criado en Canadá, que había luchado en la guerra civil española y en la Segunda Guerra Mundial. Era un estalinista entusiasta y un funcionario del partido aplicado, y ocupaba el cargo inmediatamente superior a Thompson en el comité de distrito de Yorkshire. Una carta realmente crítica, fechada el 6 de agosto de 1954, nos coloca ante el tipo de actitud que adoptaba nuestro intelectual socialista en estos años. Aquí se critica una iniciativa del partido para convocar una manifestación el 4 de septiembre contra el rearme alemán. El problema no es, sostiene, que el partido se visibilice más en público o que deba estar involucrado en los movimientos sociales (cosas ambas necesarias e indispensables). El problema, nos dice, era que el partido convocase una manifestación *de partido* sobre un tema propio del movimiento pacifista:

Me parece otro ejemplo más en la larga lista de palabrerías del Partido sobre la necesidad de construir una lucha unificada por la paz, y en la práctica en cada crisis o cada campaña urgente dejar que toda la campaña recaiga sobre las espaldas de los miembros activos del Partido, invitando a unos pocos izquierdistas que estén dispuestos a colaborar en los términos fijados por el Partido.

Thompson no oculta su enojo y su desesperación con la actitud arrogante de sus camaradas:

Bert, ¿hacia dónde diablos estamos yendo? Realmente tengo ganas de dimitir del Comité de distrito, porque o yo estoy loco o todo el maldito partido se ha vuelto loco, y toda este discurso sobre la unión de los movimientos al final resulta que estará jodidamente vacío³⁶⁶.

En otra carta dirigida al matrimonio Ramelson (fechada entre noviembre de 1954 y enero de 1955)³⁶⁷ el tono de la crítica alcanza mayores cotas de exasperación y lucidez:

A menudo, cuando tengo discusiones con Bert, he intentado discutir sobre problemas particulares o asuntos del trabajo, [pero] me he encontrado con un liderazgo político general en el cual yo sentía que se me estaba “poniendo en línea”, o dándome una dosis de levantarme el ánimo, y que las críticas particulares no eran tratadas como tal, como merecedoras de discusión, sino como síntomas de desviación.

Para ilustrar este punto, plantea un ejemplo que es particularmente significativo para nuestro estudio y que merece la pena citar en toda su extensión:

Mi posición en la discusión con Harry Hanson de la semana pasada, donde sostuve que durante mucho tiempo tuve el sentimiento de que dentro del Partido había una comprensión insuficiente de las positivas y saludables tradiciones del *libertarianism* de la historia británica. Bert (con la mejor cordialidad y buen temple) me mandó leer una conferencia del tema de Colin Siddons, y despachó el tema como la típica idea burguesa sobre las libertades (...). Me sentí jodidamente frustrado porque los dos tuviéramos la sensación de estar haciendo perder el tiempo al otro. Realmente habría recibido con brazos abiertos una discusión en profundidad sobre este tema con vosotros. Pero la discusión es imposible a menos que ambos confiemos en que el otro es, al menos, un marxista; que no intentemos convencer al otro de la existencia de la lucha de clases y del rol del Estado, sino que consideremos honradamente sus visiones y experiencias e intentemos aplicar los principios marxistas a nuestras propias tradiciones y circunstancias.

³⁶⁶ National Archives, KV-2-4291, 63.

³⁶⁷ En la misma época también está registrado el malestar activo de Rodney Hilton. En 1955, Hilton criticaba, en una carta a un funcionario local del partido, el servilismo hacia la URSS, ese “espantoso sectarismo que nos hemos permitido desde 1946-1950 ... cuando pienso en las eminentes personas (incluidos los miembros actuales de la Ejecutiva) que descubrieron, al recordar sus recuerdos, que Tito debía haber sido un agente del imperialismo durante la guerra, realmente me pregunto si estoy parado sobre mi trasero o sobre mi codo” (Carta a Ken Graves, 26 de septiembre de 1955, citado en Davis, 2018: 9).

De forma casi profética, Thompson continúa describiendo lo que ocurriría año y medio después:

¿Cuál es el sentido de que le echéis la bronca a la gente cuando haga críticas? ¿Acaso responde esto a las críticas? ¿O beneficia a la unidad del partido? Por supuesto que no. Esto implica que estas personas se guardan las críticas para ellas mismas, estas se desarrollan, entonces hablan con otros camaradas y así se crea un sentimiento entre las bases [*rank and files*] contra la “Máquina”, la “Burocracia”, un sentimiento de oposición dentro del Partido.

La carta denuncia la concepción patrimonialista de la dirección:

Reconozco que durante un año o más a veces he sentido que debido a la madurez política y la experiencia considerabais el Partido como vuestro Partido y no como nuestro Partido. En mi opinión, esta es la mayor dificultad y todavía uno de los puntos más importantes en nuestro Partido. Cada camarada, desde el momento en que se nos une, debería ser animado por cada medio posible para que sienta el partido como su partido, como nuestro partido. (...) Desde el momento en el que hay un sentido de que un grupo cerrado, aunque sea informal, toma las principales decisiones, ese sentimiento de nuestro partido empieza a perderse. Tengo que reconocer que, de todas las cosas mencionadas en esta carta, esta es realmente la que ha herido mis sentimientos.

Y finaliza con otro significativo ejemplo en el que apunta sus cañones contra la actitud paternalista de la dirección:

Bert pretende convocar una reunión de la sección femenina del partido la semana del domingo próximo y contarles la línea del partido. Todo esto me parece mal. Las mujeres tienen que resolver sus problemas por ellas mismas. Cuanto más sientan que esto es su responsabilidad, porque este es su partido, mejor. Si Bert es el primero que batea con un informe y unos reproches esto tendrá indudablemente algunas consecuencias buenas, pero quedará en la mente de algunas mujeres la sensación de que son como niñas tironeadas por su maestro, que el Partido las está corrigiendo y llamando al orden. (...) existirá el sentimiento de que ellas se están subordinando a una autoridad externa a ellas mismas en lugar de aceptar sus propios y mejores juicios políticos y su propio sentido de responsabilidad³⁶⁸.

El espionaje del MI5 se prolongó tanto en el tiempo que permite cubrir el proceso de ruptura de 1956. Una carta es particularmente relevante en esto. El 19 de marzo de 1956, Thompson vuelve a escribir a su responsable, Bert Ramelson, protestando contra la reacción del partido ante la revelación del Informe Jrushchov. Está ofendido por la falta de debate y porque la dirección no dimita, y especialmente escandalizado por el poco apego por la verdad de estos dirigentes: “La integridad puede no ser una palabra propia de la agenda estalinista, pero sin el respeto por la verdad Marx nunca habría dedicado su vida entera al socialismo”. La conclusión casa bien con los diagnósticos de la Guerra Fría que analizamos en el Capítulo 2:

En todo caso, ciertos hechos están aclarándose y ningún camarada ha tenido todavía el valor de enfrentarlos. Primero, que las medidas de seguridad “realistas” tomadas en la Unión Soviética antes de la guerra, justificadas sobre la idea de que fortalecerían el Estado y eliminarían a los quintacolumnistas potenciales, de hecho debilitaron a la Unión Soviética, como lo hizo también la posición dictatorial de Stalin durante la guerra (¿No dijimos una vez que un pueblo libre y en armas –Madrid– era la fuerza más potente en el mundo?). (...) Segundo, en la medida en que la URSS ha sido la mayor fuerza objetiva en favor del socialismo de los últimos 20 años, esta debilidad (y la sumisión de otros partidos [comunistas] a ella) ha sido una causa importante que ha contribuido a obstaculizar el desarrollo del socialismo en Europa occidental y ha dividido a la clase trabajadora internacional³⁶⁹.

³⁶⁸ National Archives, KV-2-4291, 66.

³⁶⁹ National Archives, KV-2-4291, 81A.

Escribiendo de nuevo a Ramelson el 28 de mayo de 1956, cuando ya había dimitido de sus responsabilidades en el Comité del distrito de Yorkshire (pero cuando todavía no se había lanzado el primer número del *Reasoner*), Thompson se expresa sincera pero ferozmente:

Estos errores podían venir con buenos motivos: uno no necesita presumir de motivaciones maquiavélicas desde el principio. Aunque debemos asumir que un buen número de nuestros dirigentes ha convertido en algo habitual eso de suprimir la información, tergiversar la lógica, negar las reacciones morales ordinarias y silenciar las dudas. ¿Por qué deberíamos asumir que tales actitudes van a cambiar de la noche a la mañana? (...). Todo lo que puedo decir es que, gracias a Dios, una ejecutiva como esta no tiene la oportunidad de llegar al poder en Gran Bretaña, **destruiría en un solo mes la libertad de pensamiento, expresión y asociación que le ha llevado 300 años ganar al pueblo británico**³⁷⁰.

En estas fechas no solo estaba presionando en privado a la dirección para que cambiase el rumbo del partido ante la crisis de 1956, sino que comenzó a criticar de forma pública la línea estalinista que hablaba de “libertades burguesas” para referirse a las libertades democráticas que él consideraba imprescindibles. El archivo del MI5 recoge un recorte del *Daily Worker* en el que Thompson pone en la picota un artículo de Mike Bennet por no haber distinguido entre “aquellos derechos democráticos que nuestro pueblo ha ganado a través de siglos de luchas” y “la democracia burguesa, que anula el efecto de esos derechos”. La conclusión del artículo es informativa porque muestra un Thompson comprometido con algunos principios republicanos bien conocidos:

Los pioneros socialistas presentaron como parte de su propaganda cotidiana demandas como **la abolición de la Cámara de los Lores y de la monarquía, un ejército ciudadano [citizen's army], y la elegibilidad por sufragio** de ciertas posiciones claves en el Estado. Para extender las libertades reales del individuo, es necesario **frenar la influencia de la riqueza**. Al adoptar una actitud ahistórica y a veces deshonesto hacia la Unión Soviética hemos tirado por la borda la que era la mejor arma en nuestras manos: el respeto del pueblo británico, duramente conquistado, hacia los **derechos democráticos**. Admitamos nuestros errores con franqueza ante la gente, volvamos a nuestras propias tradiciones y mostremos cómo el socialismo puede aumentar y dar un nuevo significado a nuestros derechos³⁷¹.

El asunto siguió tejiéndose en distintas misivas. En una larguísima carta de 11 páginas, que Thompson envía el 10 de mayo a Arnold Kettle, se puede apreciar cómo se revuelve contra el dogmatismo: “Lo que se necesita ahora es una vuelta al espíritu del Marxismo y no a la letra: un renacimiento de la discusión y la investigación creativa y no la adoración de ciertos textos sagrados, una lucha incesante contra el dogmatismo y contra las actitudes intelectuales sectarias y mojigatas”. El principal fallo del PCGB ante la crisis de 1956 estaba siendo la resistencia de la dirección a los mecanismos de democracia interna:

A la luz de los recientes acontecimientos deberíamos reabrir un estudio y una discusión constructivos de los problemas de estructura y organización y, sobre todo, de **la democracia interna del partido** (...) debemos asegurarnos de que la democracia interna no es simplemente un derecho nominal, o un derecho confinado dentro de los límites establecidos por los dirigentes; que no permitimos que el miedo al faccionalismo eclipse los debates y las discusiones generalizadas; que la prensa del partido refleje realmente este debate; que las opiniones minoritarias puedan encontrar espacio en nuestra prensa y que el derecho a publicar críticas, incluidas las críticas a los dirigentes, sea protegido. Ningún líder que merezca la pena ser tildado de tal debería estar asustado de la polémica;

³⁷⁰ National Archives, KV-2-4292, 94A. Subrayado nuestro.

³⁷¹ National Archives, KV-2-4291, 84. Subrayado nuestro.

cualquier líder que merezca su puesto puede defender sus políticas contra esta polémica; sin polémica no hay claridad teórica, solo confusión o conformidad³⁷².

Una última fuente donde se aprecian las líneas de ruptura son las cartas del historiador escritas a su amigo y camarada Howard Hill. En noviembre de 1956, por ejemplo, le escribirá:

Muchas personas ya se están yendo: si el partido no puede cambiarse desde dentro, tendrá que cambiarse desde afuera (...). Si nos mantenemos unidos y hacemos todo lo posible para evitar que surjan las recriminaciones y la amargura, seguramente habrá una reconciliación de mayor nivel más adelante: y si la vieja guardia [*old gang*] no entra en razón, tendremos que continuar sin ellos³⁷³.

Una última carta a Howard Hill, del 10 de diciembre de 1962, merece nuestra atención:

Estoy en contra de la teoría y la práctica del centralismo democrático tal y como lo practican los partidos comunistas. Creo que tras todas esas bonitas frases al final **todo se reduce al control de una élite con todo el tiempo del mundo**. (...) hubo un desacuerdo fundamental tanto en la teoría como en la estructura del partido autoritario versus democrático que solo podía terminar en la forma en que lo hizo (...). El partido comunista trabajará con aliados y compañeros de viaje, pero en mi experiencia siempre ha tratado de aplastar a cualquier grupo que ofrezca una teoría y política alternativas en la izquierda³⁷⁴.

Es interesante y hasta divertido constatar que, a pesar de las furibundas e inclementes críticas de Thompson hacia la dirección, esta todavía se planteaba la opción de “recuperarlo” para el partido. El 15 de julio de 1957, el servicio secreto consiguió espiar una conversación entre el secretario general John Gollan y el intelectual James Klugman en la que se recogían las opiniones del primero:

Saville es un bandido de baja calaña y un teórico mediocre, pero Thompson es un tipo de genio, quiero decir que hay algo verdaderamente valioso en él, pero es un tipo estúpido de poeta idealista y malhumorado (...) todavía es recuperable, a pesar de todas las cosas malas que haga, y esto me alegra, porque estoy seguro de que Saville le hace el juego a los trotskistas, y Thompson está aprendiendo a base de palos que los trotskistas y los ideales no se llevan muy bien³⁷⁵.

La tercera pista: el legado del trotskismo

Una de las maneras de evaluar el compromiso de Thompson con el estalinismo en los años previos a la ruptura de 1956 es tratar de rastrear su relación con la crítica trotskista³⁷⁶.

³⁷² National Archives, KV-2-4292, 90, subrayado nuestro. Compárese con la siguiente declaración del historiador Albert Mathiez: “No concibo la dictadura dentro del partido. (...) Las directrices dictadas desde arriba e impuestas sin discusión son buenas para los esclavos. Los hombres libres siempre rechazarán conformarse. ¡Disciplina, tanta como queramos, pero disciplina libremente consentida y comprendida! ¡El PCF no debe ejecutar órdenes cuyos inconvenientes saltan a la vista! ¡Francia no es Rusia! (“Une lettre”, *Le Populaire de Bourgogne*, 28 de julio de 1922; citado en Bosc y Gauthier, 2017).

³⁷³ Esta referencia no aparece en los archivos del MI5. Está en los archivos del PCGB en el Labour History Centre de la Universidad de Manchester (citado en Matthews, 2013: 67). Puede consultarse también la carta a H. Hill del 21 de junio de 1956 en KV-2-4291, 99.

³⁷⁴ National Archives, KV-2-4294, 164.2. Subrayado nuestro.

³⁷⁵ National Archives, KV-2-4293, 135A.

³⁷⁶ En los archivos del PCGB, Carey Davis halló un informe de un comunista que se infiltraba en las asambleas de la New Left donde se sorprendió al ver a Thompson y Saville recomendando leer la obra de Trotsky. Hamilton encontró en los papeles de Saville en la Universidad de Hull algo de correspondencia entre Thompson y Raymond Challinor donde podía comprobarse que ambos tenían una relación cordial; Challinor le prestaba libros de Trotsky, entre ellos *New Course*. Persiguiendo esta pista, Hamilton preguntó a Challinor, Dorothy y Saville y los tres le confirmaron que en los 50 Thompson estaba muy familiarizado con la obra de Trotsky (Hamilton, 2007). Efstathiou ha constatado posteriormente que Thompson leyó *Russia after Stalin* de Isaac Deutscher antes de 1956. Por su parte, Flowers duda de que Thompson leyera

El historiador marxista Raymond Challinor, de militancia trotskista, mantuvo una relación con Thompson desde los años 50. En un artículo publicado tras la muerte de este relata:

A principios de la década de 1950, cuando editaba la *Socialist Review*, tuve una larga discusión con él. A diferencia de otros miembros del Partido Comunista, Thompson no era arrogante ni agresivo. Respetaba los puntos de vista con los que no estaba de acuerdo. Además, ya tenía dudas sobre las últimas encíclicas estalinistas en temas como el asunto Lysenko y la lingüística. (...) a medida que su conocimiento de la clase obrera británica crecía, le resultaba cada vez más difícil conciliar la sabiduría que había adquirido con las idioteces del estalinismo. El control del pensamiento que el partido comunista pretendía imponer era profundamente repugnante, una violación de su propio ser (Challinor, 1993).

La crítica de Thompson de que los procedimientos institucionales soviéticos “substituían a la clase obrera por el partido, al partido por los dirigentes (o el dirigente) del partido, y a todos ellos por los órganos de seguridad” (Thompson, 1978b: 328) no es sino una reformulación de una crítica del joven Trotsky según la cual había que evitar los “atajos” a los que se veía tentado el recién creado grupo de los bolcheviques, porque: “en la política interna del partido, estos métodos llevan a la organización del partido a “substituir” al partido en su conjunto, al Comité Central a substituir a la organización del partido y, finalmente, al dictador a substituir al Comité Central” (“¡Abajo el substituisimo político!” en Trotsky, 1904).

Anderson se equivocaba al escribir que “las escasas y descuidadas alusiones al trotskismo que pueden encontrarse son igualmente triviales y peyorativas” (Anderson, 1985: 169), porque en sus escritos Thompson elogió repetidas veces a Isaac Deutscher y a otros grandes trotskistas como C. L. R. James con el que llegó a mantener una épica entrevista (Thompson, 1978b: 329; Thompson y James, 1982; Thompson, 2016a: 138, 253)³⁷⁷.

Es cierto, sin embargo, que el intelectual británico no tenía una buena opinión en general de esta rama del marxismo, a la que tendía a considerar como una versión diferente de los mismos principios que guiaban al estalinismo. En 1956, nada más dimitir del PCGB, Saville y Thompson se reunieron con muchos activistas, entre ellos John Archer y John Connol, dos trotskistas que iban en representación de Gerry Healy. Les ofrecieron unirse a los trotskistas y ellos rechazaron la propuesta alegando que los trotskistas “no tienen moral”, pero se mostraron interesados en conseguir que Healy escribiera algunos artículos para la nueva revista que estaban planeando (el futuro *New Reasoner*)³⁷⁸.

Conclusiones

En este apartado hemos visto en qué consistió la crisis de 1956 y qué supuso para el Grupo de Historiadores. Ya desde su creación, el Grupo se movió entre una aceptación (tácita o

la crítica trotskista de la III Internacional de C. L. R. James titulada *World Revolution: The Rise and Fall of the Communist International* (Efstathiou, 2015: 68; Flewers, 2017: 569).

³⁷⁷ En la reedición de 1986 del libro de C. L. R. James *State Capitalism and World Revolution* (Chicago, Charles H. Kerr), originalmente publicado en 1950, Thompson escribió para la contraportada: “Cuando uno echa la vista atrás en los últimos veinte años sobre aquellas personas que fueron las más visionarias, que fueron los primeros en empezar a desentrañar la embrollada ideología de nuestros tiempos, que al mismo tiempo eran marxistas con una fuerte base teórica, y unos estudiantes celosos de la sociedad, humanistas con una tremenda respuesta y comprensión de qué es la cultura humana, el camarada James es uno de los primeros que se nos viene a la mente”.

³⁷⁸ Carta interceptada por el MI5 a Gerry Healy, National Archives, KV-2-4293, 118BC.

explícita) de la política de la Unión Soviética, al mismo tiempo que cuestionaba a nivel teórico muchas de las premisas del marxismo soviético (McCann, 1997: 25). Después de 1956, la mayoría de sus miembros abandonaron el partido, y todos ellos hicieron esfuerzos por tratar de reformar democráticamente el PCGB y realizar el oportuno “ajuste de cuentas” con el pasado estalinista del que ellos mismos no se libraban. Incluso los que se quedaron en el partido mostraban actitudes críticas y pagaron un precio por ello. Podemos considerar entonces que estos historiadores abrazaron un “marxismo *abierto* no talmudista” (Erice, 2013: 203) que encajaba mal con la línea del partido.

Hemos defendido que la retórica del *Freeborn* que promocionaba la dirección estalinista del partido pagó su propio precio. Perry Anderson señaló acertadamente la ambigüedad de esos discursos del “inglés nacido libre” en el seno del Grupo:

Por un lado, su tendencia era efectivamente antiestalinista, un intento de recobrar y afirmar los valores y las direcciones del comunismo democrático. Por otro, la burocracia estalinista del partido promovía asiduamente una orientación positiva hacia el pasado nacional. En este aspecto tuvo lugar una paradójica “coincidencia” entre los intereses ideológicos de funcionarios y librepensadores (...). Así, cuando se produjo la ruptura con el Partido Comunista en 1956, las bases políticas y teóricas estaban en gran medida ya preparadas (Anderson, 1985: 161).

Para Hobsbawm (1978b) y para Saville no fue casualidad el hecho de que “fueron los miembros del grupo de historiadores los más activos entre los intelectuales del partido en exigir un debate y una discusión completos y sin restricciones” (Saville, 1991: 21). Cuanto más aprendían y reivindicaban la historia del socialismo *libertarian*, más recursos almacenaban. 1956 fue la gota que colmó el vaso de un proceso que venía de largo.

En relación al caso de Thompson, hemos comprobado cómo su biografía de Morris de 1955 no puede entenderse como un alegato antiestalinista, aunque permitió al historiador familiarizarse con algunas ideas y principios que le servirían posteriormente para articular su crítica del estalinismo. Por otro lado, los archivos del MI5 nos han posibilitado constatar cómo desde su vuelta tras la guerra Thompson se mostró incómodo ante el endurecimiento de las posiciones políticas del PCGB: criticó la falta de respeto por la autonomía de los movimientos sociales, denunció la contradicción de la retórica *libertarian* respecto a su propia práctica, alertó sobre la ausencia de mecanismos de democracia interna que consideraba fundamentales para el movimiento obrero y puso en la picota las actitudes sectarias y dogmáticas de la dirección estalinista. Nunca se recordará lo suficiente que el principal motivo que le llevó a abandonar el partido fue la falta de democracia interna y la ausencia de pluralismo. Esto puede leerse como una reacción contra la violación de los principios fiduciarios que entendió que debían regir en toda organización socialista (véase 1.2.5.): el tema recurrente en los convulsos meses de 1956 era que la burocracia de la dirección (la *old gang*) impedía el debate interno porque este hubiera supuesto la rendición de cuentas y la puesta en peligro de su poder arbitrario. En una de las últimas entrevistas concedidas en vida Thompson dirá que su intención al iniciar el *Reasoner* con Saville fue abrir el partido “a un proceso más democrático. Y eso significaba reevaluar toda la forma en la que se elegía el liderazgo, la forma de los debates, si las facciones debían permitirse, si las revistas alternativas debían permitirse, etc.” (Thompson, 1991d). Incluso sus discrepancias con Emile Burns sobre el papel del arte y la poesía se enmarcan en esta perspectiva: durante la “Controversia sobre la poesía” que tuvo lugar en 1950 encontramos a Thompson enviando hasta tres cartas críticas con la línea de Emile Burns que fueron censuradas por el *Daily Worker* (citado en Hamilton, 2011: 233). Finalmente, su ambivalente relación con el trotskismo –admirando en privado a los intelectuales trotskistas pero denostando en público a sus organizaciones– nos ha

puesto sobre la pista de algunas fuentes insospechadas que le permitirían armar de forma más sólida su ruptura.

Llegados a este punto, es necesario hacer una distinción. Porque cuando se discute la cuestión de hasta qué punto Thompson estaba comprometido con el estalinismo antes de 1956 no siempre se aclara qué se entiende por “estalinismo”. Si uno se refiere a las opiniones sobre la Unión Soviética, está claro que Thompson seguía preso de ciertas mitomanías, aunque ya empezaban a asomarse algunas distancias. Pero si uno entiende que la cultura autocrática e inquisitorial de los partidos comunistas estalinizados forma un componente esencial del estalinismo, entonces es necesario destacar que Thompson no comulgó con esta doctrina (al menos no desde los años 50). Thompson fue un comunista de la época de los frentes populares, entusiasmado con la idea de recuperar la unidad del movimiento obrero y huir de los sectarismos (véase Capítulo 2). Permaneció en el PCGB hasta 1956, pero lo hizo con espíritu crítico y no servil. En ningún momento parece que renunciase a su pensamiento crítico: despreció la amabilidad lisonjera del lacayo de partido tanto como la dureza inclemente del fontanero. A pesar incluso de sus propias reconstrucciones retrospectivas, a veces un poco forzadas, en las que intentó justificar por qué la ruptura solo podía ocurrir en 1956, hay que reconocer la particularidad del contexto y las singularidades de su trayectoria biográfica para entender la permanencia en el partido hasta esa fecha. Thompson identificaba el comunismo con su experiencia del antifascismo frentepopulista, por lo que romper con el partido podía verse como una ruptura con el legado del Espíritu del 45. El feroz anticomunismo de la Guerra Fría, el individualismo codicioso que se reflejaba en la nueva sociedad de consumo y el posible holocausto nuclear suponían unas barreras tan fuertes que repudiar del PCGB en ese momento podría aparecer como “una sucia mancha en la memoria de 1944” (Palmer, 2004: 80). Y, como ya vimos, el espíritu popular y democrático de los movimientos de resistencia era algo a lo que no estaría nunca dispuesto a renunciar. Pero una vez salió del partido, el paso del tiempo no haría sino aumentar la distancia con el bolchevismo. En una carta enviada por Thompson a Brian Palmer en 1991 aparece una velada referencia a los sucesos de Kronstadt y a la prohibición formal de las facciones en el PCUS: “¿Cómo reaccionas al circo que solía ser la URSS? De todos modos, siempre fueron socialistas muy poco convincentes, en todo momento a partir de 1921” (citado en Palmer, 2004: 175).

En resumen, 1956 marcó el punto de no retorno y la necesidad de un ajuste de cuentas, que tendría unas consecuencias sorprendentemente productivas para muchos de los que se marcharon del partido³⁷⁹. Era necesario llevar a cabo un largo y profundo ejercicio de autocrítica de la propia tradición política, y era necesario conectar con las revueltas democratizadoras del otro lado del Telón de Acero. Había llegado el turno del “Humanismo Socialista”, y con este, de la *New Left*. En una palabra, había llegado la hora de confrontar el “abismo infranqueable”:

Esta ofensiva de dos frentes (esto es cada vez más claro) está llevando al Socialismo de izquierda en Occidente, y al Comunismo disidente en el Este, hacia un objetivo común. Asistimos, entonces, a un redescubrimiento de objetivos y principios comunes que se ocultaron durante la etapa violenta de la Tercera Internacional. Y esto no significa una conversión de las acciones del movimiento obrero de Occidente hacia el comunismo ortodoxo, ni de los comunistas desilusionados hacia la socialdemocracia liberal. Representa, sobre todo, la negación de ambas ortodoxias y la emergencia

³⁷⁹ La famosa escritora Doris Lessing le escribió a John Saville en diciembre de 1956, tras haber salido del PCGB ella también, que había empezado a escribir una novela inspirada en los truculentos sucesos del *Reasoner*. La novela formaría parte de un proyecto más grande que acabaría convirtiéndose en el clásico *El cuaderno dorado* (citado en Davis, 2018: 16).

de una Nueva Izquierda, la cual, mientras rescata mucho de ambas tradiciones, se mantiene también alejada de los estériles antagonismos del pasado, subrayando y proclamando lo que es inmanente dentro de ambas sociedades. Así, defiende un nuevo internacionalismo, que no es el del triunfo de un campo sobre el otro, sino la disolución de los campos y el triunfo de la *common people* (“La Nueva Izquierda” en Thompson, 2016 [1959]: 281).

3.3. ¿UN REPUBLICANISMO MILITANTE? EL HUMANISMO SOCIALISTA, LA NEW LEFT Y EL MOVIMIENTO PACIFISTA EN GRAN BRETAÑA

Hemos conseguido extraer energía eléctrica del enamoradizo susurro de las olas; nosotros hemos convertido en animales domésticos a las rabiosas fieras de fauces espumeantes. Y, de igual modo, hemos amansado y ensillado los otrora salvajes elementos de la poesía. Ahora ésta ya no es el insolente silbido del ruiseñor. La poesía es un servicio estatal de clara utilidad

(Evgueni Zamiátin, *Nosotros*, 1924)

La crisis del comunismo internacional de 1956 desató una oleada de protestas, especialmente en los países de Europa del Este, que acabaría tomando la forma de un movimiento intelectual e internacional llamado “humanismo socialista”³⁸⁰. En este epígrafe abordaremos el significado de estas revueltas y la forma que adoptaron en el Reino Unido. El humanismo socialista fue enormemente influyente en la creación de la llamada New Left británica. Ambos estuvieron estrechamente relacionados con el movimiento pacifista no-alineado. En todos estos movimientos Thompson jugó un papel fundamental como activista de base y como intelectual.

3.3.1. El intento de regeneración del socialismo marxista

Un concepto de muchos usos y sentidos

El término “humanismo” se presta fácilmente a confusiones. Para comprender el uso concreto que hicieron estos intelectuales como respuesta al *establishment* de posguerra es necesario indexarlo históricamente y capturar su preciso sentido. El *leitmotiv* de “humanizar” una sociedad que el capitalismo deshumaniza es tan viejo como el propio capitalismo, y es un *leitmotiv* particularmente afín a la tradición socialista. Lo es desde la denuncia de las condiciones draconianas de vida que trajeron la Revolución Industrial y la extensión de las relaciones capitalistas, hasta formulaciones más elaboradas como la de Jean Jaurés, que en “El socialismo y la vida” (*La Petite République*, 7 de septiembre de 1901) había defendido que “la dominación de clase es un atentado contra la humanidad. El socialismo, que abolirá toda primacía de clase y toda clase, es, pues, una restitución de la humanidad”. Para el socialismo republicano que representaba Jaurés, “allí donde los hombres están bajo la dependencia y a la merced de otros hombres, allí donde las voluntades no cooperan libremente por la obra social, allí donde el individuo

³⁸⁰ Puede considerarse que este movimiento tuvo un precedente en las revueltas que estallaron tras la muerte de Stalin, especialmente las de Alemania oriental que comenzaron en junio de 1953 y fueron sofocada por las tropas soviéticas (Soper, 1990: 205).

está sometido a la ley del conjunto por la fuerza y la costumbre, y no solo por la razón, la humanidad está degradada y mutilada” (Jaurés, 2020). En la conferencia que pudimos analizar de Hugo Sinzheimer de 1927 el iuslaboralista había señalado que el objetivo del Derecho del Trabajo era “evitar que el hombre sea tratado igual que las cosas (...) hacer valer una nueva concepción del hombre que viene a realizar la ‘humanidad real’ que es mucho más que un simple humanismo ideológico” (Sinzheimer, 1984: 73). Poco tiempo después las anarquistas españolas del grupo Mujeres Libres de la CNT se hicieron llamar “humanistas” para diferenciarse de los grupos de mujeres burguesas, para las que restringían el uso de “feministas” (García, 2019). Como era previsible, la guerra contra el fascismo también se hizo en nombre de los intereses de la Humanidad contra el nihilismo. Así, en 1944 el constitucionalista francés André Hauriou publicaba en Argel una obra con el significativo título de *Vers une doctrine de la Résistance. Le socialisme humaniste*. Ese mismo año Albert Camus podía escribir: “Nunca creíste que el mundo tuviera significado y por tanto dedujiste la idea de que todo era equivalente y que el bien y el mal pueden ser definidos según los deseos de cada uno... Yo sigo creyendo que este mundo no tiene un significado último. Pero sé que hay algo en él que sí tiene significado y este algo es el Hombre” (*Cartas a un amigo alemán*, citado en Mazower, 1998: 192). Como se ve, la etiqueta “humanismo” era de uso común en el movimiento socialista.

No obstante, es evidente que un término tan atractivo como “humanismo” sería disputado por actores de ambos lados del tablero político. En la postguerra fueron muchos los que intentaron reflotar una crítica humanista del estado de cosas existente. Uno podía ser “humanista” para defender la causa de la paz contra el imperialismo americano, o “humanista” porque creía que solo podía haber humanidad donde se respetasen los derechos humanos que la Unión Soviética violaba diariamente. Sin ir más lejos, el grupo anticomunista alemán de Reiner Hildebrandt o Ernst Tillich se llamaba “Grupo de Combate contra la Inhumanidad” (*Kampfgruppe gegen Unmenschlichkeit*). En resumen, el concepto “humanismo” (e incluso “humanismo socialista”) es extremadamente polisémico y la formulación socialista de 1956 fue solo una de sus muchas acepciones en la época³⁸¹.

¿Un inesperado precedente socialdemócrata?

Existe un precedente importante al humanismo socialista de 1956 que ha tendido a ser olvidado en los escritos sobre este movimiento. En la reconfiguración de la II Internacional que tuvo lugar tras la guerra se realizaron algunos esfuerzos teóricos dirigidos hacia una redefinición de qué significaba “socialismo” en una dirección “humanista”. Así la Declaración de Frankfurt de 1951 establecía que:

El socialismo significa mucho más que un nuevo sistema social y económico. El progreso económico y social tienen un valor moral en la medida en que sirven para liberar y desarrollar la personalidad humana. Los socialistas se oponen al capitalismo no solo porque es económicamente ineficiente y porque impide que las masas disfruten de sus derechos materiales, sino sobre todo porque se rebela contra su sentido de lo que es justo. Los socialistas se oponen al totalitarismo en

³⁸¹ Ni siquiera el neorepublicanismo se ha visto libre de coquetear con este tipo de reflexiones. Cuando Pocock justifica por qué prefiere el término “humanismo cívico” a “republicanismo clásico” señala de forma socarrona que existen más de 96 formas de entender el término “humanismo”, y que cada vez que uno utiliza el sintagma “humanismo cívico” alguien sale a la palestra a defender que no todos los humanismos fueron cívicos. Sin embargo, dice Pocock, sigue siendo útil defender el término, porque hay elementos en el republicanismo clásico sobre qué es el *homo*: que el “humano” es un ser naturalmente *ciudadano* y que solo puede realizarse plenamente cuando habita en el *vivere civile* (Pocock, 1985: 38).

cada forma que adopte porque es una afrenta contra la dignidad humana (citado en Braunthal, 1980: 203).

Un buen representante de este humanismo socialista de cuño socialdemócrata clásico se puede encontrar en Julius Braunthal. En un artículo muy interesante de 1949 el historiador austríaco, afincado en Londres y en contacto con socialistas como Laski o Cole, decía:

Los socialistas habían percibido claramente las limitaciones de la carta de los derechos humanos basada en las relaciones de propiedad, heredada del liberalismo de las clases medias pujantes en Inglaterra, América y Francia; pero nunca levantaron serias dudas sobre su valor intrínseco. No quisieron disminuir su ámbito, sino extenderlo y profundizarlo al liberar a los pobres de su dependencia respecto a los ricos (...) [sin embargo] en los años de entreguerras hubo una tendencia inequívoca en algunos bastiones del movimiento obrero de Centro Europa a considerar la democracia no como un fin en sí mismo, sino como un medio para un fin. Incluso el concepto de libertad fue subordinado al objetivo de mantener el poder en manos de los trabajadores (Braunthal, 1949: 594).

Por eso, nos dice el autor, el socialismo de entreguerras sufrió de una falta de pensamiento institucional considerable, aunque existieran algunas excepciones importantes como el austromarxismo o los socialistas británicos (Braunthal, 1949: 594). El nihilismo fascista obligó al socialismo de los años 40 a recuperar un lenguaje moral y esto conduciría a una revisión del economicismo marxista, que en Alemania tomaría la forma de una vuelta a los escritos tempranos del joven Marx (Braunthal, 1949: 597-598). En Francia un buen ejemplo de esa reflexión se puede encontrar, nos dice, en la obra *À l'Échelle humaine* de León Blum, escrita en prisión. La preocupación de Blum era acentuar la importancia del pensamiento iusnaturalista y su búsqueda del universalismo:

El cambio social no es un fin en sí mismo. Es un medio. Y debería considerarse como una condición para un cambio todavía más fundamental en la manera en que viven los hombres. El objetivo de la revolución no es simplemente liberar a los hombres de la explotación social y económica y de todas las formas derivadas de servidumbre humana. Ese objetivo también debe garantizar a cada miembro de la sociedad colectiva el pleno disfrute de los derechos humanos y de la libertad para poder perseguir sus propias disposiciones (citado en Braunthal, 1980: 23).

El problema de estas tendencias humanistas en las filas socialdemócratas es que, como vimos en el Capítulo 2, acabarían ahogadas en las tormentas de la Guerra Fría, cuando el desafío revisionista modificó las raíces mismas de qué significaba ser socialdemócrata, y cuando las direcciones de sus principales partidos y sindicatos se sometieron a los intereses estadounidenses. Pero la importancia de este precedente ideológico no debe subestimarse, porque algunos de estos socialistas “de vieja escuela” acabarían compartiendo espacio en conferencias o manifestaciones con la New Left. En cualquier caso, su contribución permite constatar que la idea de que una recuperación de los ideales “humanistas” del socialismo estaba presente en el campo socialista europeo desde los movimientos de resistencia. El movimiento del que participaría Thompson tenía una raíz también aquí, especialmente para un intelectual que continuamente buscaba desafiar las fronteras de los partidos y que sentía un profundo respeto por figuras como Laski o Cole.

El humanismo socialista de 1956

El movimiento del humanismo socialista surgido en 1956 se extendería de forma desigual durante la década de los 60 hasta perder su fuerza antes de Mayo del 68. Se trató de una corriente política e intelectual desarrollada en ambos lados del Telón de acero y que dirigía sus críticas a los dos bandos de la Guerra Fría. Su fondo teórico se construyó generalmente sobre una recuperación de los *Manuscritos económico-filosóficos* de Marx.

Como era una corriente socialista, y en gran medida marxista, una parte importante de su labor fue desligarse del tipo de marxismo oficial preconizado por las autoridades de la URSS. Se denunciaron los rasgos burocráticos y autoritarios de esta, pero también la antropología economicista que había osificado una imagen pasiva y estática del ser humano, anulando su agencia y negando el irreductible papel de la consciencia. Por eso el concepto de “alienación” del joven Marx en este movimiento político fue central, porque ponía el foco de nuevo en el problema de la libertad y en el desarrollo de las potencialidades humanas (B. Epstein, 2014).

El esfuerzo por recuperar la obra del joven Marx tenía dos grandes precedentes en Karl Korsch y György Lukács: ambos intentaron rescatar algunas dimensiones éticas del pensamiento de Marx, destacando la influencia de Hegel y la importancia de la teoría de la alienación. Pero Korsch y Lukács habían pagado el precio de la heterodoxia en el seno del movimiento comunista. En el Congreso Mundial de 1924 Zinoviev, para entonces presidente de la Internacional, advirtió a los delegados: “si permitimos que algunos de estos profesores desarrollen sus teorías, nos perderemos (...) no podemos tolerar tal revisionismo teórico de este tipo en nuestra Internacional Comunista”. En consecuencia, Lukács se vio obligado a retractarse de su posición y someterse a la disciplina del partido, y Korsch fue expulsado del KPD en 1926 (citado en Wilde, 1998: 3)³⁸².

El *revival* de un humanismo socialista de inspiración marxista solo podía tomar entonces la forma de una respuesta al marxismo soviético y sus aplicaciones represivas. Sus principales intelectuales en la Europa del Este pueden localizarse entre los seguidores de Lukács en Hungría, en Leszek Kolakowski y Adam Schaff en Polonia, en Karel Kosik en Checoslovaquia y en el grupo Praxis en Yugoslavia. En el lado occidental destaca la obra de Raya Dunayevskaya *Marxism and Freedom. From 1776 Until Today* aparecida en 1958; y las aportaciones de algunos miembros de la mal llamada “Escuela de Frankfurt”, particularmente las de Erich Fromm y Herbert Marcuse. En Francia, autores como M. Rubel, el cristiano J. Calvez o el propio Sartre pueden incluirse, no sin matices, en esta corriente. En Gran Bretaña, los *Manuscriptos* no llegaron hasta 1958 de la mano de la traducción de Charles Taylor (vinculado a *Universities & Left Review*)³⁸³, pero la etiqueta “humanismo socialista” ya estaba en marcha desde dos años atrás gracias al mayor representante del movimiento en este país: la revista *The New Reasoner* editada

³⁸² Thompson fue siempre un gran admirador de Lukács: “Me parece que este viejo hombre tiene algo que enseñarnos sobre el coraje intelectual. Mientras la tradición comunista albergue a hombres como éste, yo quiero seguir asociado a ella” (“El socialismo y los intelectuales” en Thompson, 2016a [1957]). Las posiciones del último Lukács son realmente cercanas al humanismo socialista de Thompson: “La perspectiva de un nuevo tipo humano puede desencadenar un entusiasmo a escala internacional. La mera perspectiva de la elevación del nivel de vida –cuyo significado práctico, en los países socialistas, estoy lejos de despreciar– con toda seguridad no lo conseguirá. Ninguno se convierte al socialismo en virtud de la perspectiva de poseer un automóvil, sobre todo si ya tiene uno dentro del sistema capitalista” (*Gespräche mit Georg Lukács*, 1967, citado en Sacristán, 2018: 17).

³⁸³ A este respecto Brian Palmer recordó recientemente en una entrevista que el libro clave para Thompson no fueron los *Manuscriptos*, que leería después de formular las tesis del humanismo socialista, sino la correspondencia entre Marx y Engels traducida por Dona Torr: “Creo que los materiales que Thompson leyó del joven Marx llegaron poco después de esta lectura sofisticada que lo aproximó al marxismo. Y por eso reaccionó fuertemente contra la ruptura ideológica y epistemológica del joven Marx [defendida por Althusser], que promovía una imagen del autor de *El capital* como el Marx verdadero, que él pensaba era una alienación de trabajos anteriores, como los *Manuscriptos económicos y filosóficos* de 1844 y particularmente *La ideología alemana*. En esos años, adquirió un volumen de la Correspondencia. Años después, Dorothy Thompson me obsequió con algunos libros de Edward, y todavía recuerdo tener un ejemplar del libro: está deshojado, en pedazos, inservible. De alguna manera, esto permite reflexionar sobre cuántas veces volvió al texto” (Gordillo Ríos y Estrella, 2014: p.118).

por Thompson y Saville. En términos generales, el momento álgido de este movimiento de intelectuales tuvo lugar con la publicación de *Socialist Humanism. An International Symposium*, editado por Erich Fromm (B. Epstein, 2014). El carácter intelectual y su influencia en el movimiento pacifista no alineado son dos elementos destacados del movimiento:

El humanismo socialista nunca llegó a convertirse en un movimiento social, ni adoptó la perspectiva de un movimiento social. Permaneció la idea de una red internacional de intelectuales de izquierda. Sin embargo, los escritos de los humanistas socialistas tuvieron una influencia amplia, calando hondo justamente porque expresaban preocupaciones y aspiraciones sentidas por mucha gente, y en particular, porque reflejaban una sensibilidad que era amplia en los movimientos pacifistas británico y estadounidenses, en los cuales los humanistas socialistas jugaron un papel importante (B. Epstein, 2014).

El fondo filosófico del análisis thompsoniano

En un artículo titulado “El socialismo y los intelectuales” (1957) y en la réplica que dedicó a sus críticos –“El socialismo y los intelectuales. Una réplica” (1957)–, Thompson sentó los precedentes de su concepción del humanismo socialista. Aquí abogó por buscar, detrás de las grandes abstracciones (“Comunismo”, “Fascismo”, “Socialismo”, etc.), a los hombres y mujeres de carne y hueso, y, especialmente, a buscar sus motivaciones: “creo que la teoría política debería interesarse en las motivaciones personales, y que la ceguera del marxismo ortodoxo al respecto lo ha llevado al borde de la bancarrota” (Thompson, 2016 [1957]: 83). Estos artículos son uno de los mejores alegatos del intelectual británico en defensa de las explicaciones intencionales y del individualismo metodológico. Ahora bien, esa intencionalidad que defiende será una intencionalidad de segundo orden, propia de los seres pensantes (véase 1.1.3.), que implicará la noción de *agency* entendida como capacidades creativas y como capacidad de seguir reglas (racionalidad teórica y práctica). Para Thompson, igual que para una parte considerable de la tradición republicana, será esa intencionalidad de segundo orden la que constituirá la diferencia entre el animal humano y el animal no-humano. La humanidad reside, nos dice, en la búsqueda de la *verdad* (la restricción de la racionalidad teórica) y en la acción *moral* (la restricción de la racionalidad práctica), en suma, en la capacidad de no doblegarse a las circunstancias sino de imponerse a ellas e imprimirlas una dirección y sentido:

creemos que, en el último análisis, las ideas importan: es algo que interesa al hombre, si es que no va a ser tan solo la víctima de reflejos involuntarios o de un flujo histórico predeterminado, que luche por entenderse a sí mismo y a su tiempo, y por hacer elecciones razonables y correctas (Thompson, 2016: 85).

Recuperar esa concepción antropológico-filosófica del ser humano era, para Thompson, recuperar “el pensamiento central del socialismo”, este es, “que el hombre es capaz no solo de cambiar sus condiciones, sino también de **transformarse a sí mismo**, que hay un sentido real en el cual es cierto que los hombres pueden controlar su propia historia” (Thompson, 2016: 95, subrayado nuestro). Y esto, para el historiador británico, no era sino devolver el comunismo a sus raíces:

No podemos entender el mundo actual de Polonia y de Hungría, y no entenderemos mañana el de Rusia, a menos que veamos que la revuelta contra el estalinismo representa, al mismo tiempo, la reafirmación de los valores y las tendencias presentes dentro de la tradición comunista desde su

fundación. Esta tradición, la de Morris y Mann, Fox y Caudwell, también es parte de nuestra propia tradición socialista (Thompson, 2016: 123)³⁸⁴.

En estos artículos encontramos un Thompson defendiendo el socialismo desde una particular idea de libertad que no deja de tener resonancias republicanas y que por eso mismo esquiva las tendencias antipolíticas tan familiares en algunos socialismos (en los que el mito de la plasticidad humana llevado al extremo había sido exagerado hasta el punto de suponer la perfectibilidad total del ser humano en la sociedad sin clases):

No creo que eso [del socialismo] suponga **los mitos utópicos de la perfectibilidad humana**. Una sociedad sin clases sociales opuestas no será una sociedad sin fricción social de muchos tipos; cada vicio, así como cada virtud –bien era sabido por Shakespeare–, todavía atormentarán el alma humana. Esta no quitará la responsabilidad de los hombres de los hombres, colectivamente y como individuos, para llevar a cabo acciones y tomar elecciones en la búsqueda de la buena vida. No obstante, el acto de elección estará libre del dictado de la necesidad, libre de la herencia histórica de la ciega opresión involuntaria y de las derrochadoras competencias por el interés económico dentro del cual se han hecho todas las elecciones pasadas. Entonces, si los hombres eligen sabiamente, abrirán nuevas visiones de enriquecimiento comunitario, trazando acuerdos sociales que fomentarán la influencia de la **virtud** y limitarán el caos que el **vicio** pueda provocar (Thompson, 2016: 101, subrayado nuestro).

El mismo año en que se produjo esta polémica vio la luz uno de los ensayos más importantes en la obra del historiador: “El humanismo socialista. Una epístola a los filisteos” (1957)³⁸⁵. Aquí desarrolló un poco más esa ontología social a la que ahora bautizaría como “humanista” por no estar restringida a los intelectuales:

En la medida en que el Hombre es un agente, un educador, se cambia a sí mismo de acuerdo con sus pensamientos y sus valores; trata de hacer su propia historia **en concordancia con las leyes de la lógica y las de la belleza** (...). Esta elaboración de conceptos, esta disposición a actuar bajo sus leyes, no es algo que aparezca en la sociedad solo a través de los pensadores y poetas, no es algo que los intelectuales hayan hecho para el resto de la sociedad (...). Toda persona es un ser intelectual y moral (Thompson, 2016 [1957]: 195).

De forma paradójica, nos dice, la ortodoxia capitalista y su concepción del ser humano como mero apéndice del proceso productivo vendría a coincidir con la del estalinismo (Thompson, 2016: 219)³⁸⁶. Por eso, en la respuesta que escribió a los críticos de este

³⁸⁴ Con motivo del debate que suscitaron sus artículos sobre el humanismo socialista Thompson adquirió una consciencia más profunda de las limitaciones del pensamiento de Marx y Engels, razón por la que valoraría con más entusiasmo aun el socialismo ético de William Morris: “Ahora puedo ver más claramente que si el estalinismo es una mutación de las ideas de Marx, el simple hecho de que sean capaces de experimentar una mutación de ese tipo, mientras permanecen en una línea directa de relación, indica una **debilidad original** que va más allá de la mera ambigüedad, especialmente en el punto donde se encuentra la distinción crucial entre el determinismo y las acciones. Por ello acepto una gran parte del argumento de Charles Taylor y su conclusión: ‘El comunismo marxista es, a lo más, un humanismo *incompleto*... Una crítica realmente consecuente del estalinismo no puede ser un simple retorno a la tradición original, también debe involucrar una crítica de los valores del comunismo marxista’” (“Acción y elección. Una respuesta a la crítica” en Thompson, 2016: 241, subrayado nuestro). Con el tiempo iría distanciándose cada vez más de la fraseología marxista de moda en los años 60 y 70, pero sin dejar nunca de sentirse parte de una tradición que entendía de forma abierta y proteícamente fértil.

³⁸⁵ En una carta del 15 de enero de 1992 Thompson le dijo a McCann “tienes razón en dar un trato especial a mi artículo sobre el ‘estalinismo’ [se refiere a “El humanismo socialista. Una epístola a los filisteos”] como algo importante en el desarrollo de mis ideas” (citado en McCann, 1996: 68). En 1980, sin embargo, le confesaría a Raphael Samuel que se arrepentía por haber escrito este artículo “demasiado deprisa” (carta a Samuel, 1980, citado en Matthews, 2013: 74).

³⁸⁶ Salvando las distancias, la crítica humanista de Thompson al comunismo estalinista en realidad recuerda bastante a la crítica que hacía el socialista republicano W. J. Linton al comunismo de Cabet y los icarianos. Linton sostenía que ese comunismo estaba basado en el mismo principio de egoísmo y autointerés de las

ensayo (“Acción y elección. Una respuesta a la crítica”, 1958), cifraba las posibilidades de romper la dinámica de bloques de la Guerra Fría en esquivar el hiperrealismo que imponía esa imagen del ser humano: “el comunismo debe recuperar un lenguaje de elección moral. En ausencia de dicho lenguaje y de procesos que aseguren que las decisiones políticas se logren como un resultado de la disputa entre la necesidad y el deseo, el poder y la experiencia imperarán de forma suprema” (Thompson, 2016: 254-255).

En resumen, el intelectual socialista trató de formular las bases teóricas del humanismo socialista británico y con ese objetivo realizó algunas incursiones filosóficas que desataron un amplio debate en la izquierda. El problema que encontró nuestro autor ha sido sintetizado por Alejandro Estrella:

Por un lado, desde el descontento humanista de su propuesta, Thompson debe aspirar a estipular una norma moral de validez universal, válida para toda circunstancia y por tanto independiente de la urgencia política. Pero, siguiendo la línea del Thompson historicista, si la naturaleza humana es producto de unas condiciones históricas es imposible establecer unos principios morales de validez universal; lo que, por otro lado, se le acusa, supone abrir la puerta al nihilismo y al pragmatismo político (Estrella, 2012: 213).

Thompson carecía de los recursos filosóficos suficientes como para responder satisfactoriamente a este problema y frente a sus críticos acabó por defender que cada caso se debía resolver según las circunstancias, pero sin abandonar los principios. Ahora bien, como señala Estrella, al hacerlo atisbó una solución posible al apuntar que los valores constituyen conquistas históricas producto de la lucha de clases, de tal manera que esos valores pueden buscar *universalizarse* en sociedades cada vez menos clasistas: “lo universal, desde esta perspectiva, constituye una tendencia anclada en el proceso histórico, no una esencia abstracta que lo trasciende” (Estrella, 2012: 214). Volveremos sobre esta tensión cuando discutamos las justificaciones historicistas o iusnaturalistas de las libertades (véase 4.2.). En todo caso, el esfuerzo del intelectual británico por articular una interpretación sólida y práctica del humanismo socialista fue especialmente importante para su obra posterior, aunque no debe tomarse como una sistematización definitiva de sus puntos de vista: “se entiende mejor como un punto de partida polémico y provisional más que como una posición plenamente articulada. Era más una sensibilidad ética que una teoría” (Madeleine Davis, 2014: 442).

3.3.2. La New Left y el movimiento por la paz (CND y END)

El humanismo socialista británico tiene una particularidad que lo diferencia en gran medida de sus parientes en el continente. Esta diferencia es, como han señalado los estudiosos en el tema, su vocación práctica, su interés por convertirse en un movimiento social y político que fuera más allá de los sectores intelectuales (Clarke, 1979: 150-151;

doctrinas liberales que decía criticar: “Es el viejo error de fondo de todas las políticas gubernamentales, la competición en el mercado y las economías políticas: la antigua doctrina atea de las CIRCUNSTANCIAS, la creencia en lo puramente material más que en el Hombre. El Hombre –considerado de esta manera– ya no es el dueño de la creación, dueño de su propia voluntad, dotado del espíritu de VIDA (que no es sino DIOS), movido por ese espíritu al desarrollo, al crecimiento, pisoteando las circunstancias bajo sus pies. El hombre en Icaria no es más que la criatura de las circunstancias, su propia moralidad queda a merced de cualquier defecto en los arreglos del señor Cabet” (Linton, *Republican*, 1848, pp. 44-45, citado en Claeys, 1989: 308).

Soper, 1990: 206; McCann, 1997: 53; Madeleine Davis, 2013b: 72-73)³⁸⁷. Como resultado de esa vocación surgiría en Gran Bretaña uno de los movimientos políticos más interesantes del siglo XX: la primera New Left. Este movimiento fue sumamente heterogéneo y plural. Dadas las limitaciones de esta investigación aquí nos ocuparemos sobre todo de la visión y de la contribución de Thompson, para el que la New Left sería el intento de llevar las tesis del humanismo socialista a la práctica (Efstathiou, 2014: 413).

La primera New Left y la CND

La New Left –que tomaba ese nombre por imitación de la *nouvelle gauche* de C. Bourdet, con la que mantenían estrecho contacto (Hall, 2010)– fue el resultado de la fusión de dos grupos socialistas. Por un lado, los *new reasoners*, de los que ya hemos tenido ocasión de hablar. Por el otro, un grupo de socialistas más jóvenes, vinculados a las universidades de Oxford y Cambridge, como Stuart Hall, Gabriel Pearson, Charles Taylor o Raphael Samuel, que crearían la revista *Universities & Left Review* y cuyo surgimiento está más asociado a la crisis del canal de Suez que a la crisis del comunismo. Los *u-lefters* compartían con Thompson y sus colegas una serie de influencias comunes de la tradición socialista *libertarian*: Hall, Samuel y Taylor se conocieron y empezaron a trabajar juntos gracias a su asistencia a los seminarios de postgrado de teoría e historia política que impartía G. D. H. Cole en Oxford³⁸⁸. En su activismo universitario resucitaron para sus reuniones una institución frentepopulista de los años 30, el Socialist Club (Hall, 2010: 166). Los *u-lefters* decidieron retomar el legado de la *Left Review*, aspirando a ser más que una revista, motivación que llevó a Raphael Samuel a fundar el Partisan Coffee y a todo el comité editorial a crear el ULR Club. Desde estas instituciones organizaban reuniones, exposiciones de arte, mítines, conferencias y debates. Algunas veces con mucho éxito, atrayendo sobre todo a un público joven y en proceso de politización (Dworkin, 1997: 56). Los *u-lefters* también abogaban por un humanismo socialista aunque:

su enfoque del humanismo socialista difería del de Thompson en la combinación de un rechazo más definido del comunismo, un enfoque que cuestionaba más el marxismo en general, pero al mismo tiempo una asimilación más profunda del primer Marx, especialmente del concepto de alienación, y un compromiso con una renovación del socialismo que tuvo plenamente en cuenta el cambio social y cultural contemporáneo (Madeleine Davis, 2013: 72).

A pesar de estas diferencias, ambos grupos compartían un rechazo fundamental por las ortodoxias del estalinismo y del capitalismo de posguerra. Ambos eran decididamente socialistas *libertarian*: rechazaban tomar la Revolución rusa como ejemplo a seguir y se organizaron de forma asamblearia para evitar la verticalidad de los partidos políticos al

³⁸⁷ Thompson ofrece algunos ejemplos de esto: “Cuanto más se acerca uno al contexto real de la vida política (por ejemplo, el conflicto entre los neutralistas y los miembros del PCGB en una rama de la CND; o los problemas de formar una nueva izquierda en el sindicato de mineros o en la ETU), menos abstracto se vuelve este discurso sobre el humanismo socialista, y más difícil se vuelve el trabajo de definición y la importancia programática” (“Where are we now?”, 1963, en Thompson y Winslow, 2014).

³⁸⁸ Si Cole había sido tan influyente para los *u-lefters*, no menor fue el papel de Laski en los *new reasoners*. Como explicó Saville: “dentro de mi propio entorno intelectual de LSE, la esterilidad de la economía ortodoxa de Lionel Robbins y von Hayek se tomaba como algo dado. Contra los principales economistas estaba Harold Laski, cuya influencia en el que escribe fue de largo alcance. Laski le conducía a uno a la biblioteca”. Esa influencia fue importante en el descubrimiento de las raíces republicanas: “en sus conferencias, Laski nos recomendaba leer a los autores franceses de la Ilustración y así lo hice” (Saville, 1991: 12-13).

uso (Winslow, 2014). De la fusión de ambos grupos surgiría la conocida revista *New Left Review*, cuya primera tirada bimensual tendría lugar el 14 de diciembre de 1959.

A nivel mundial, el contexto era favorable para la emergencia de la New Left. No es que la Guerra Fría hubiera desaparecido, ni mucho menos, pero se abrieron algunas fisuras en el escenario de congelación intelectual. La guerra de Vietnam, bahía de Cochinos, la crisis de los misiles en Cuba y otras torpezas del imperialismo estadounidense habían socavado la legitimidad del bloque occidental como defensor de las libertades frente al “monstruo” de la Unión Soviética (Stonor Saunders, 2013: 408-418). Esto permitió el surgimiento de movimientos de nueva izquierda en muchos países. Sin ir más lejos, la New Left tomó prestadas algunas técnicas y formas de organización del movimiento por los derechos civiles de EEUU, con los que estuvieron en contacto.

Las propuestas de la New Left consiguieron atraer a un núcleo sustancioso de intelectuales, activistas y artistas de las izquierdas británicas entre los que cabe destacar (aparte de los editores de NR y ULR ya mencionados) al socialista Raymond Williams, a la escritora Doris Lessing, al cineasta Lindsay Anderson (líder del *Free Cinema Movement*), al minero Lawrence Daily (a partir de 1968 sería el secretario general del NUM, guiando al sindicato en las huelgas mineras de 1972 y 1974) o al ilustrador Paul Hogarth. Las perspectivas de crecimiento eran considerables. En octubre de 1960 reportaban la existencia de 45 clubs distribuidos por todo el país y una suscripción a la NLR de 9.000 personas. Teniendo en cuenta las dificultades de movilización de los años anteriores, el movimiento supuso todo un movimiento de placas tectónicas. El éxito inicial fue tal que se permitieron organizarse ampliamente en “secciones”: “Education”, “History of Socialism”, “Left Scientists”, “Social Priorities”, grupos de literatura, el “International Forum”, y el “London Schools Left Club”, una sección autogestionada para los adolescentes que todavía estaban en el instituto (Sedgwick, 1964). Las temáticas eran realmente diversas, y el estudio se combinaba con el activismo en distintos frentes: ante los disturbios racistas en Notting Hill, por ejemplo, una sección de la New Left se organizó para proteger a la población negra de las multitudes blancas (Hall, 2010).

Uno de los principales frentes de acción de la New Left fue el movimiento pacifista. Los *new lefters* se volcaron en cuerpo y alma en la Campaign for Nuclear Disarmament, ocupando posiciones de liderazgo (Dworkin, 1997: 61). La CND llegó a ser un movimiento europeo importante. Gerald Holtom, uno de sus miembros, creó el famosísimo símbolo de la paz (posteriormente adoptado por los *hippies*). La novedad era que, a diferencia del movimiento pacifista promovido por Stalin desde 1949 como una estrategia para debilitar al bloque occidental (Judt, 2017: 331), se trataba de un movimiento “no alineado”. Su principal demanda era la renuncia inmediata y unilateral por parte de Gran Bretaña a la elaboración y posesión de armas nucleares. Lo que buscó la New Left fue influir dentro de la CND para que además de ese desarme unilateral, Gran Bretaña se sumase al bando del “neutralismo positivo”, esto es, que saliera de la OTAN y adoptara políticas neutralistas y de mediación en línea con las adoptadas por Yugoslavia, la India o los países emergentes del Tercer Mundo. La posición del “neutralismo positivo” fue una formulación del *New Reasoner*, pero pronto sería abrazada por el movimiento pacifista de aquellos años (Madeleine Davis, 2013b: 73). “Una parte crítica de nuestro argumento” decía Thompson, era “que la relajación de las tensiones de la Guerra Fría era una precondition para una desestalinización aún mayor, una precondition para cumplir con los avances democráticos y socialistas, tanto en el Este como en el Oeste” (“The Soviet Union: Détente and Dissent”, 1974 en Thompson, 1985b:

125)³⁸⁹. Las marchas de la CND llegaron a atraer 150.000 manifestantes en su mejor momento. Durante seis años, se congregaban cada primavera decenas de miles de personas en Aldermaston (la aldea donde se habían situado las cabezas nucleares) y marchaban durante cuatro días hasta llegar a Londres. Uno de sus mayores logros fue que el Congreso del Labour reunido en Scarborough (1960) votase por 3.303.000 contra 1.896.000 a favor del desarme unilateral. Fue, no obstante, una victoria pasajera, porque una vez Gaitskell recuperó el control del partido conseguiría revertir la decisión en el congreso del año siguiente (Dworkin, 1997: 73).

El republicanismo de la primera New Left

Para uno de sus participantes, el sociólogo Peter Worsley: “muchas de las ideas clave de la New Left fueron (...) *revivals* de antiguas tradiciones socialistas que van desde Robert Owen hasta los *Guild Socialists*”. Por eso, decía, “para nosotros, la democracia no solo significaba la urna electoral, sino también la participación en la toma de decisiones a todos los niveles, no solo en el trabajo o en el nivel de las instituciones nacionales, sino en todas las esferas de la vida cotidiana” (“Non-alignment and the New Left”, 1989, citado en Goodway, 2006: 269).

En muchos sentidos, atendiendo a sus propuestas y a sus frentes de acción, puede considerarse que la teoría política republicana, adaptada a las condiciones de la Gran Bretaña de los años 50 y 60, fue lo que proporcionó unidad y coherencia a una New Left sumamente plural y heterogénea (Foote, 2005: 23). Thompson opinaba de forma similar: en el famoso debate con Stuart Hall y Richard Johnson de 1979 defendió que el hilo común que consiguió aglutinar durante varios años a las tradiciones tan diversas que se encontraron en la New Left fue la consciencia política del momento de crisis que atravesaban las izquierdas y “la cuestión del poder”. Lo que les preocupaba era comprender el poder en la sociedad, lo mismo que Marx dio “un rodeo hacia la teoría económica, un rodeo que duró toda su vida” porque estaba interesado en el poder (Thompson, 1984a: 306).

Thompson como intelectual orgánico

En la New Left, Thompson jugaría un papel fundamental como líder e intelectual. Su conocido artículo “The New Left” (1959) deja entrever fácilmente esas vetas republicanas, que consideraba un programa compartido por los rebeldes del Este y los *new lefters* occidentales:

³⁸⁹ En este artículo Thompson reconocerá que la cosa se volvió más complicada cuando llegó el famoso período de la *Détente*, cuando parecía que las tensiones de la Guerra Fría se habían reducido y sin embargo, como argumentó Roy Medvedev, el control sobre la disidencia soviética se había aumentado (el humo de la Primavera de Praga no se había disipado aún). Sin embargo, el análisis y la estrategia del “neutralismo positivo” fueron válidos para el período entre 1954-1974, sostiene Thompson, y la *Détente* de aquellos años era un “acuerdo limitado y calculado, basado en la regulación desde arriba por parte de los intereses de los grandes poderes”. La casta soviética, nos dice, se había adaptado a las nuevas circunstancias que ponían en peligro su razón de ser: dada la dinámica de reciprocidad, a menor amenaza del imperialismo capitalista, menor sentido tenía su propia existencia como grupo de poder cerrado y autoritario. La *Détente* formaba parte del *statu quo* de la Guerra Fría. Fue autorizada por las superpotencias, no surgió de los estados satélites ni de los movimientos populares. Por eso, dirá poco más tarde, “si queremos desbarolar la Guerra Fría hemos de desestabilizar esos sistemas *desde abajo*” (Thompson, 1983 [1981]: 232, 235).

En el mutuo intercambio entre ambos se ha descubierto un lenguaje común y se han vislumbrado los mismos problemas para su análisis: el problema del poder político y la degeneración burocrática, el problema del poder económico y el control de los trabajadores, los problemas la descentralización y la participación popular en el control social (...). La tarea de cambiar los valores y las actitudes de la gente, y de convocar las aspiraciones que promueven un cambio mayor mediante la crítica utópica de la sociedad existente, es un deber tan fundamental de los socialistas como lo es la conquista y la conservación del poder de la clase obrera (...). La New Left está formada por socialistas revolucionarios; pero la revolución que esperan no solo implica la conquista, sino también el desmantelamiento del poder del Estado (“The New Left” en Thompson, 2016: 290).

La cuestión del control y la distribución del poder político y del poder económico atravesó todos sus escritos en estos años. Y lo hizo con el sabor de la ruptura de 1956, como un rechazo al “vanguardismo”:

Después del último cuarto de siglo, es difícil ver con entusiasmo y euforia la toma del poder estatal por parte de cualquier vanguardia, más allá de cuán dedicados y abnegados sean sus miembros. Porque no queremos la conquista del poder por parte de la vanguardia, sino la distribución de éste entre la gente (“The New Left” en Thompson, 2016: 303-304).

En otros artículos de la misma época (“Commitment in Politics” o “A Pssesay in Ephology”) Thompson retoma la insistencia en una política “desde abajo” [*from below*], en una confianza decidida por las capacidades de la gente común, como un ideal que recuperaba el viejo legado de la *prefigurative politics* de la tradición socialista originaria:

No vemos el movimiento socialista simplemente como un movimiento que tiene objetivos distintos que otros movimientos políticos: lo vemos como un *tipo* diferente de movimiento, compuesto por un *tipo* de personas diferentes. No puede ser un movimiento compuesto por la “mejor” gente [*Top People*] que haga de líder (ya sea el tipo gordo con corbata de seda, o el conocido vanguardista del “la-tarea-para-el-marxista-está-clara”) ni por los “buenos trabajadores del partido” que se dejan guiar. El movimiento socialista debe ser un movimiento en el cual –sin perder la necesaria disciplina para la unidad de acción– el propio objetivo final, la sociedad de iguales, encuentre una encarnación viva; una sociedad de iguales entre los líderes y las bases, una sociedad de iguales entre hombres y mujeres y una sociedad de iguales entre los británicos y los camaradas africanos (Thompson, 1959a: 4-5).

En esta apuesta, el papel de la crítica utópica no podía ser menor. Frente al hiperrealismo del PCGB y del Labour, acomodados al orden de cosas existente, la New Left tenía que ser capaz de revitalizar el programa de William Morris de “educar socialistas” y ensanchar el campo de lo políticamente posible:

La acción política consiste en influenciar y cambiar la vida de la gente. El espacio de la opción política está limitado por la terca naturaleza de las cosas con las que debemos trabajar. Y el valor del utopismo debe encontrarse, no en alzar los estandartes en el desierto, sino en ofrecer a la gente una imagen de las potencias de su propia vida, en evocar sus aspiraciones de tal manera que desafíen las viejas formas de vida, y en influenciar de tal manera las elecciones sociales que hay en la dirección de lo que se desea. El utopismo y el realismo no deberían ser rivales; deberían confrontarse en una forma constructiva en el corazón del mismo movimiento (Thompson, 1959b: 55).

Por eso era fundamental conseguir crear y extender un aparato cultural propio:

Un aparato cultural alternativo, bajo el control firme de la New Left, un aparato que esquivase a los medios de comunicación masivos y a la maquinaria de los partidos, para establecer vínculos directos entre las agrupaciones socialistas importantes dentro y fuera del movimiento obrero (“The New Left” en Thompson, 2016: 286)³⁹⁰.

³⁹⁰ Años más tarde volvería sobre esta idea: “Lo que los socialistas no deben nunca hacer es permitirse depender enteramente de instituciones establecidas: casas editoriales, medios de comunicación comerciales, universidades, fundaciones. (...) los intelectuales socialistas deben ocupar un territorio que

El problema de la propiedad y el *worker's control*

Pero la apuesta por articular una crítica utópica al orden existente no eximía al movimiento de buscar soluciones *institucionales*. El problema de las formas de propiedad, entre otras cuestiones, ocupó un lugar central en las reflexiones de la New Left. Según uno de sus principales historiadores, los *newlefters* deseaban descentralizar el poder político socializando y democratizando la propiedad (Kenny, 1995: 144). Después de que el Labour adoptase en 1957 el documento revisionista *Industry and Society*, los *u-lefters* editaron un informe titulado “The Insiders” que recogía una crítica sólida y empíricamente informada contra las tesis revisionistas de Crosland (Hall, Taylor y Samuel, 1958)³⁹¹. La principal crítica de la New Left al gobierno laborista fue que no se buscara el control democrático de la producción (D. Thompson, 1996). En este sentido, Thompson apunta que uno de los objetivos del movimiento fue discutir

los problemas cruciales del *worker's control* y los nuevos métodos de propiedad pública democrática, aunque nuestro trabajo aquí está todavía en una fase muy preliminar. Hemos desarrollado una crítica consistente de la panacea fabiana de reforma administrativa desde arriba, combinada con el *ethos* competitivo de la “igualdad de oportunidades”, que ha desarmado al movimiento obrero dentro del Estado de Oportunidad; y hemos renovado así la visión socialista de una sociedad de iguales dentro de una comunidad cooperativa (Thompson, 1959a: 6).

La New Left fracasó en echar raíces en el movimiento sindical, pero fue particularmente influyente en introducir en la agenda política socialista la idea del control democrático sobre el proceso productivo y la defensa de los derechos del consumidor. El famoso Institute for Workers Control, resultado de las iniciativas de Ken Coates, fue anticipado por varios artículos publicados en la *NLR* cuando Stuart Hall todavía era su editor jefe (Kenny, 1995: 46). Los economistas del movimiento –como John Hughes, Ken Alexander, Michael Barrat-Brown o Royden Harrison– venían poniendo de relieve desde principios de los 60 una serie de críticas al modelo morrisoniano de propiedad (Kenny, 1995: 137). De esta forma, la New Left en sus estudios sobre la Yugoslavia de Tito, en la influencia que recibió del *Guild Socialism* de G.D.H. Cole y en la crítica del “croslandismo” acabó por articular “una reformulación original y creativa de la relevancia de la propiedad común que identificaba el control humano y democrático de la producción como el objetivo esencial de la organización económica socialista” (Madeleine Davis, 2013: 74; véase también Madeleine Davis, 2012: 513). En este sentido, aunque algunos autores han querido señalar una falta de teoría económica en el movimiento (Foote, 2005: 58), creemos que esta existió, si bien no muy articulada, por lo que su contribución a una posible “economía política republicana” (Casassas y Wispelaere, 2016) no debería pasar desapercibida.

“Un pie dentro y otro fuera”: la estrategia política

El énfasis de Thompson en la cuestión estratégica recayó sobre todo en romper lo que consideraba las “ilusiones” parlamentarias, esto es, la idea de que la estrategia socialista podía reducirse a la vía electoral:

sea, sin condiciones, suyo: sus propias revistas, sus propios centros teóricos y prácticos; lugares donde nadie trabaje para que le concedan títulos o cátedras, sino para la transformación de la sociedad; lugares donde sea dura la crítica y la autocrítica, pero también de ayuda mutua e intercambio de conocimientos teóricos y prácticos, lugares que prefiguren en cierto modo la sociedad del futuro” (Thompson, 1984b: 318).³⁹¹ El propio Crosland se vio obligado a responder en *The Conservative Enemy* (1962), aunque limitó su respuesta a mencionar el “formalismo ingenuo y descuidado” de la New Left, reafirmando en sus tesis (citado en Davis, 2012: 507).

Debemos romper con los conceptos constitucionales y cerrados de partido sobre la agitación política y tratar de reestablecer las tradiciones abiertas del siglo XIX (las mejores), donde ningún partido, sino más bien las personas en su conjunto eran vistas como el campo de lucha; los grupos de presión y los programas se hacían en torno a temas particulares y urgentes; la propaganda se extendía masivamente entre la gente, y la presión directa e implacable se cargaba hacia el Parlamento (...) ¿Debemos dejarlo todo a esos espantajos parlamentarios, cuyo sentido de principios se ha extinguido entre la disciplina del grupo parlamentario [*three-line whips*], las intrigas del voto en bloque y los intereses electoreros? (“El socialismo y los intelectuales. Una réplica” en Thompson, 2016: 118-119).

La New Left tenía que desmarcarse de la política tradicional y ofrecer sus propias respuestas:

Lo que distinguirá, entonces, a la New Left será su ruptura con la tradición del fraccionalismo dentro del Partido, y la renovación de la tradición de la libre asociación, de la educación socialista y de la actividad dirigida hacia el pueblo como un todo. Dejará de engañar a la gente haciéndole creer que los problemas internacionales o internos serán resueltos por el grupo parlamentario del Partido Laborista existente, o mediante una serie de contiendas electorales que elijan a candidatos un poco más a la izquierda. Romperá con los fetiches administrativos de la tradición fabiana, e insistirá en el hecho de que el socialismo solo puede ser construido desde abajo, apelando al conjunto de las iniciativas de todo el pueblo (“The New Left”, en Thompson, 2016: 306).

Al hacerlo, consideraba el historiador, se estaría construyendo una estrategia congruente con los postulados del humanismo socialista, porque:

Nadie –ni la vanguardia marxista, ni el administrador esclarecido, ni el humanista tiranizador– puede imponer desde arriba una humanidad socializada. Un estado socialista puede hacer poco más que proveer “circunstancias” que alienten al hombre social y desalienten al hombre adquisitivo, que ayuden a la gente a construir su propia comunidad igualitaria a su propia manera, porque la tentación de la bondad se hace demasiado grande para resistirla. El socialismo puede llevar agua al valle, pero debe dar “el valle a los aguadores, pues este dará fruta” (“Outside the Whale”, 1960, en Thompson, 1978b: 33).

Sin embargo, la insistencia en la autoorganización desde abajo, las campañas de presión, la autonomía del movimiento social respecto a los grandes partidos, el aparato cultural propio, etc. no debía oscurecer, sostiene Thompson, el hecho de que el poder político seguía concentrado en determinadas instituciones. Por eso la estrategia de la New Left no fue antiparlamentaria, sino híbrida, en el sentido de que buscó recuperar la iniciativa popular a través de la autoorganización y la presión sobre el Parlamento al mismo tiempo que abría la puerta a competir electoralmente según las circunstancias. Pero esa competición electoral figuraría siempre de forma subordinada al movimiento:

Al final, debemos regresar al centro del poder político: el Parlamento. Es aquí donde los proyectos parecen tener menos esperanzas, las convenciones del capitalismo parecen ser más fuertes y el conformismo parece más absoluto. Pero no debemos desesperar. Es la ilusión más grande de la ideología y la apatía que los políticos se ocupen de algo (...). Por supuesto, se deben enviar más socialistas al Parlamento. Es por medio de un movimiento de agitación venido desde abajo que los nuevos líderes de genuino calibre madurarán. Pero, en el diagnóstico final, el contexto mandará sobre los políticos y no a la inversa. Y los socialistas deben construir ese contexto (“Revolución” en Thompson, 2016: 366-367).

Siguiendo esa estrategia, los editores del New Reasoner se embarcaron en 1959 en la tarea de construir la candidatura del minero Lawrence Daily por el condado de Fife, compitiendo contra el Labour y contra el PCGB. Esto causó ciertas tensiones en el seno del movimiento (incluso entre algunos *reasoners* como Ken Alexander), porque no todos estaban de acuerdo en competir con los partidos existentes (Matthews, 2013: 68). John

Saville defendió sus razones en “A Note on West Fife”: era necesaria una flexibilidad estratégica porque “lo que funciona en una parte del país puede no funcionar en otra”, de tal manera que la New Left podía evolucionar por fuera del Partido laborista, en algunos lugares por dentro, y en la mayoría, con “**un pie dentro y otro fuera**” (Saville, 1959: 12). Thompson ayudó a Daily a conseguir fondos para una furgoneta y un altavoz para su campaña. El resultado fue bueno: Daily consiguió quedar primero en las elecciones por delante del Labour y dejando al PCGB en tercer lugar, tanto en las elecciones locales de 1958 como en las generales de 1959 (Efstathiou, 2015: 89). La campaña se había organizado sin las rigideces que traían las estructuras de los partidos estatales. Fue todo un modelo para Thompson, pero un logro que no podía ser replicado fácilmente en otras partes del país.

Por otro lado, como había sostenido Saville, no se trataba de competir porque sí contra el laborismo o los comunistas. Las relaciones de la New Left con el ala izquierda del partido (el Left Labour) fueron intensas en estos años: la NLR publicaba al *Tribune* y algunos de sus eventos políticos. Al mismo tiempo, diputados y portavoces del Left Labour participaban en los clubs de debate de la New Left. Una parte importante de la estrategia de esta consistía en tratar de influenciar en los debates internos del Labour y escorarlo hacia la izquierda (Kenny, 1995: 131).

La estrategia de “un pie dentro y otro fuera” tenía sus límites, y el principal provenía de la propia disensión interna del movimiento. Los *newlefters* fueron ambivalentes con el llamado “*parallelism*” (caminar por separado pero dialogando con las organizaciones partidarias existentes), y en algunos casos llegaron a la contradicción: apostaban por escorar a la izquierda la política del Labour al mismo tiempo que coqueteaban con la posibilidad de crear su propio partido estatal porque daban por muertas las posibilidades socialistas en el Labour (Madeleine Davis, 2003: 39). La New Left no se tomó lo suficientemente en serio el peso institucional del Labour. Una prueba de esta subestimación es que los análisis sistemáticos y concienzudos de este partido y su ideología se elaboraron después del declive de la New Left: *Parliamentary Socialism* de Miliband se publica en 1961 cuando el movimiento estaba ya en declive, y los famosos ensayos de Anderson-Nairn sobre el movimiento obrero británico son de 1964-1965. En último término, el movimiento no pudo superar las barreras y los blindajes políticos del Pacto Social de posguerra (véase 2.5.4.).

La “ruptura” y la creación de la segunda New Left

La primera New Left tiene una historia breve. A mediados de 1960 el movimiento ya estaba bajo serias dificultades para sobrevivir: las disputas personales, las facciones y las tensiones entre la dirección y los clubs locales eran frecuentes. Los *new reasoners* estaban descontentos con el contenido de las publicaciones y consideraban que se les estaba apartando de la dirección del movimiento. En junio de 1960 Thompson hizo varios intentos de dimitir de su papel en el consejo de redacción, y los otros dos editores, Stuart Hall y Janet Hase, se vieron absolutamente desbordados por el trabajo. A principios de 1961 esta frustración se había extendido a nivel de base, estallando conflictos entre los clubs locales y la dirección estatal. A mediados de 1961 la movilización de la CND llegó a su fin, las ventas de la NLR cayeron en picado y el Partisan afrontaba graves problemas financieros: el movimiento decaía a marchas forzadas (Kenny, 1995: 27-37). En una carta a Saville del 12 de mayo de 1961 Thompson le decía que consideraba “un fracaso la fusión [del NR con la URL]” (citado en Matthews, 2013: 69).

Cuando la revista NLR entró en crisis un jovencísimo Perry Anderson salió al rescate no solo con un proyecto nuevo, sino también con la oferta de pagar todas las deudas pendientes de la revista. Pagó 9.000 libras al contado (Dworkin, 1997: 77). El proyecto nuevo tardó en estabilizarse, pero en marzo de 1962 Anderson fue puesto al frente de la revista, apoyado en esto por Thompson que le tomó como su “protegido” creyendo ver en él un valedor de sus propios intereses (Kenny, 1995: 29). Claramente fue un error de cálculo por parte de Thompson. A finales de 1962 Anderson colocó a Robin Blackburn y a Tom Nairn como sus principales colaboradores. Durante el 6 y el 7 abril de 1963 tuvo lugar una reunión en la que terminaría por consumarse la ruptura final y la “vieja guardia” sería expulsada de la revista. El comité derrotado se iría esa misma tarde a casa de Ralph Miliband y Marion Kozak para decidir la creación de una nueva revista, dando lugar poco tiempo después al *Socialist Register* editado por Saville y Miliband (Hamilton, 2011: 104). El comité victorioso abriría una nueva etapa en la NLR caracterizada sobre todo por un mayor número de intervenciones político-académicas, más participación de autores del marxismo continental, una atención reforzada a las luchas del llamado Tercer Mundo y un desapego creciente por los movimientos sociales y populares existentes en Gran Bretaña. En suma, la NLR se “teoretizó” y redujo su impacto militante, al tiempo que sofisticaba su lenguaje e importaba teorías del continente³⁹². Dada la gran diferencia de líneas editoriales suele conocerse a esta segunda etapa como “segunda New Left”, una etiqueta que hace referencia a la revista en su segunda etapa, dado que el movimiento New Left ya se había extinguido.

Aparte de las razones del fracaso mencionadas, existían diferencias *ideológicas* que motivaron la ruptura entre la primera y la segunda New Left. Un breve vistazo al informe que presentó Thompson en la turbulenta reunión de abril de 1963 (“Where are we now?”, 1963 en Thompson y Winslow, 2014) ofrece varias pistas, que el autor articularía de forma más sistemática dos años después en su famoso artículo “The Peculiarities of the English” (Thompson, 1994b [1965]). Para Thompson, el nuevo comité de redacción pilotado por Anderson estaba dando un golpe de timón en la línea editorial demasiado grande y costoso. Según el relato de la nueva dirección la “vieja guardia” no construía suficiente “trabajo intelectual” y el poco que hacía era demasiado “provinciano e insular”. Thompson devuelve la pelota al tejado contrario: el trabajo intelectual que se había hecho era fragmentario porque estaba inmerso en la trepidante coyuntura del movimiento, pero era un buen trabajo frente al “marxismo francés sofisticado” que trataban de importar Anderson y compañía, y frente a su desconexión respecto a los movimientos reales de Gran Bretaña. Pese a estar en contacto con algunos de los miembros más conocidos del Grupo de historiadores marxistas, Anderson y compañía defenderían en estos años que no existía una tradición marxista propia en Inglaterra y que era necesario importarla del continente³⁹³.

Por otro lado, la acusación de provincialismo también es lanzada de vuelta, porque Thompson niega que faltase internacionalismo en el humanismo socialista y la New Left³⁹⁴ y acusa a la nueva dirección de haber fetichizado las revueltas del Tercer Mundo,

³⁹² El propio Anderson reconocería: “hubo también una pérdida. Desapareció el elemento popular que proviene de la participación en un verdadero movimiento de masas” (Anderson, 1980: 166).

³⁹³ Para una explicación de cómo la segunda New Left hizo caso omiso de las contribuciones de los historiadores marxistas británicos, véase la obra de Eley (2005: 14 y ss.).

³⁹⁴ La vocación internacionalista del *New Reasoner* se pone de manifiesto en la llamativa cantidad de artículos y poemas traducidos de intelectuales y artistas de la Europa del Este como Adam Wazyk o Gyula Illyés, pero también de víctimas del macartismo como Tom MacGrath y Arthur Miller. La revista fue un verdadero referente internacional a finales de los 50, y pudo recoger artículos que trataban temas tan

concibiendo el internacionalismo como el deber de traducir e imitar lo que pasaba fuera de su propio país y subestimando y aparcando las tradiciones nativas (algo así como un “provincialismo tercermundista”, aunque Thompson no lo denomina así). El historiador denuncia la “mística de la violencia y el barbarismo purificador” que encuentra en algunos pasajes de Jean Paul Sartre y en la obra de Frantz Fanon, dos autores encumbrados por la nueva dirección³⁹⁵. Su crítica apunta al “tercermundismo” como una moda intelectual europea a la que acusa de “ingenuo romanticismo revolucionario”, pero señala también una serie de problemas teóricos que posteriormente caracterizarían a una parte de las izquierdas académicas y que, creemos, revalorizan la crítica de Thompson:

Lamento que una noción tan poco discriminadora como la de “Occidente” gane aceptación en nuestra revista. Uno había supuesto que las mejores tradiciones del trabajo intelectual y de la teoría socialista no pertenecían a Occidente ni al Tercer Mundo, sino que eran internacionales: se ha dicho y sufrido mucho para mantener esta creencia (“Where are we now” en Thompson y Winslow, 2014).

En vez de tener una visión estática del supuesto conflicto irresoluble de intereses entre el Tercer Mundo y Occidente, Thompson preconizó una visión dinámica (o “dialéctica”). Un matiz importante que aporta esa perspectiva es la necesidad de considerar las luchas anticoloniales libradas *desde dentro* de la propia metrópolis. Así, mientras que hubo una izquierda imperialista, dice, encarnada en el jingoísmo de Hyndman, los fabianos dudosos o a veces decididamente imperialistas, y MacDonald y la derecha del Labour, hubo otra tradición alternativa, la de William Morris, Keir Hardie, E. D. Morel, Leonard Woolf o C. P. Trevelyan y una parte considerable del movimiento obrero, que fueron antimperialistas. Al remarcar estos puntos, Thompson estaba defendiendo los principios republicanos universalistas de la Unidad de la Humanidad, frente a las estrategias políticas que se construían sobre el supuesto del choque de culturas cerradas.

Uno de los principales motivos de la ruptura tenía que ver, como comentábamos antes, con el énfasis que la segunda New Left ponía en los artículos teóricos frente a las conexiones con los movimientos sociales británicos que buscaba la antigua dirección. Ellen Meiksins Wood escribió que esa obsesión “tercermundista” se mantendría con los años, cuando Anderson y compañía militaron en el Comité de solidaridad con Vietnam pero, en pleno mandato de Thatcher, la NLR solo dedicaría un artículo superficial para tratar la huelga de mineros de 1984 (Meiksins Wood, 1995a). Se había consumado una “brecha generacional”³⁹⁶. Esta diferencia crucial sobre cómo comprender las tareas del socialismo se remontaba a la propia historia de la primera New Left: ya hemos señalado que el movimiento británico fue precisamente un *rara avis* dentro del humanismo socialista internacional, que por lo general tendía a poner más énfasis en el papel de los intelectuales. Una anécdota puede ilustrar esto: en 1959 C. Wright Mills escribió un artículo para la NLR (“Letter to the New Left”) donde se mostraba sorprendido por el hecho de que los intelectuales británicos abrazasen una “metafísica obrera” al defender el

variados como el Congreso Nacional Africano, la guerra de Argelia, la *nouvelle gauche* de Bourdet o el marxismo japonés. Los que han acusado a Thompson de “chovinismo” por insistir en la particularidad británica y las tradiciones del *Freeborn* tienden a omitir este hecho.

³⁹⁵ “Una cosa es responder con profunda simpatía a los escritos de Fanon, Touré, Sengher o Che Guevara. Diré más: tenemos el deber claro de publicar estos puntos de vista y medir nuestras preocupaciones frente a su fuerza. Otra cosa es imitar estos puntos de vista o propagarlos de forma acrítica porque son conmovedores y auténticos en su propio contexto” (“Where are we now?”, en Thompson y Winslow, 2014).

³⁹⁶ El uso de “brecha generacional” que utiliza Meiksins Wood aquí debe entenderse en sentido sociológico, siguiendo, por ejemplo, el concepto de “generación” de Karl Mannheim que explicamos anteriormente (*supra* 3.2.). La “generación” de Anderson no había vivido el antifascismo y se había criado en la “Edad de oro” del capitalismo de posguerra. Su experiencia era claramente diferente y esto se hizo sentir en la ruptura entre la primera y la segunda New Left (Meiksins Wood, 1995a).

papel dirigente de la clase trabajadora. Thompson no quiso replicarle en público, pero le escribió una carta en la que defendió que esos “vínculos” con los trabajadores eran cruciales: los intelectuales de izquierdas no tenían que sintetizar de forma adanista una nueva cultura *ex nihilo*, sino que tenían que desarrollar y cultivar pacientemente las “solidaridades anónimas” que podían encontrar en su sociedad (Carta a Wright Mills, 21 de abril de 1959, citado en Rogan, 2017: 157).

Muchas de las ideas desplegadas en este informe inédito (como la diferencia entre un “empirismo” como *idiom* y como *ideology* o la defensa del marxismo como una tradición abierta, etc.) serían el caballo de batalla de Thompson en posteriores polémicas. El principal problema de Thompson es que, siendo un magnífico polemista con una de las prosas políticas más valoradas, a menudo adoptaba un tono excesivamente agresivo o exageraba las posiciones rivales hasta extremos ofensivos. Esto provocaría que mucha de la lucidez de sus argumentos quedase sepultada por el amargor de la crítica y el resentimiento que generaba entre sus colegas. Su carácter de “cascarrabias” era ya conocido, pero a partir de 1963 empezó a pasarle mayor factura.

En 1976 las cosas parecieron calmarse entre Thompson y la segunda New Left: en este año publicó por primera vez en la revista desde 1962. Pero, como ha explicado Hamilton, este entendimiento duraría poco: entre diciembre de 1976 y enero de 1977, Thompson pasó dos meses en la India dando conferencias; la experiencia de ese viaje propició un nuevo distanciamiento con la segunda New Left. En la India, Thompson fue bien recibido no solo por la asociación de historiadores que le había invitado sino especialmente por el gobierno de Indira Gandhi, la hija de Jawaharal Nehru, que había sido amigo personal de su padre, Edward J. Thompson. Desde 1975 la India vivía en un estado de tensión política constante, cuando Indira promulgó una ley de excepción (*Emergency*), encarcelando a miles de sus opositores políticos. En un documento inédito que descubrió Hamilton en los archivos de Saville (“Six Weeks in India”) puede verse el profundo impacto que dejaría esta experiencia en su pensamiento³⁹⁷. Al volver a Inglaterra, el historiador se embarcó de nuevo en una cruzada personal contra la segunda New Left y contra aquellos grupos de la izquierda porque consideraba que no valoraban suficiente los derechos civiles y políticos. En 1978 vería la luz *The Poverty of Theory and other Essays*, que contenía su famosa polémica con los althusserianos pero también aprovechaba para reeditar sus viejos ensayos de ajusticiamiento de la segunda New Left (“The Peculiarities of the English” y “Open Letter to Leszek Kolakowski”). La razón de editar todos estos ensayos conjuntamente era sugerir que las líneas de fractura entre su pensamiento y el de Althusser se habían formado en fecha tan temprana como 1965 durante su disputa con Anderson y Nairn. La polémica alcanzaría el *summum* en el conocido debate en la iglesia de St. Paul (una vieja iglesia en la Universidad de Oxford), que constituye su última polémica en este campo. Organizado en principio para discutir los argumentos de *Miseria de la teoría*, el debate terminaría con un Thompson y un Saville enfurecidos arruinando cualquier posibilidad de entendimiento frente a un Stuart Hall y un Richard Johnson críticos pero con ánimo constructivo (pueden verse las intervenciones en Samuel, 1984)³⁹⁸. Todavía en 1988 estaba Thompson polemizando con los intelectuales de segunda nueva izquierda porque entendía que había una obsesión *teoreticista* por la que

³⁹⁷ Una versión reducida y modificada de esa traumática experiencia se encuentra en “The Nehru Tradition”, *The Guardian*, 16 de noviembre de 1978 (Thompson, 1980: 135-148).

³⁹⁸ Para una sólida reconstrucción de los años previos que llevaron a Thompson a escribir *Miseria de la Teoría*, el cómo se recibió y debatió esta obra en las izquierdas británicas, véase “The Road to St. Paul’s” (Hamilton, 2011: 155-179).

se presuponía que todo historiador tenía que ofrecer modelos teóricos cerrados con conceptos rigurosamente definidos (Thompson, 1994b: 315).

¿Aislado ante los nuevos eventos? El *May Day Manifesto* y los eventos de Mayo del 68

Desde 1963, Thompson entraría en una fase de lo que él mismo llamaría “aislamiento político” (Thompson, 1978b: ii). Prácticamente todos los especialistas acusan un pesimismo creciente en su obra a partir del fracaso de la primera New Left (p. ej. Dworkin, 1997: 212 y ss.; McCann, 1997: 162). A principios de 1960, Thompson estaba liderando el movimiento masivo de la New Left en el que veía cumplidas sus expectativas de 1956 para recomponer la unidad del socialismo más allá de las barreras de la política tradicional, y se planteaba incluso la creación de un partido político nuevo. Tan solo cuatro años más tarde estaba políticamente aislado y amargado, incluso peleado con sus antiguos camaradas Miliband y Saville (Hamilton, 2011: 119)³⁹⁹.

Sin embargo, en 1967 se dio un amago de reavivar sus viejos contactos. Junto con Stuart Hall y Raymond Williams (el verdadero líder de esta iniciativa), los tres intelectuales realizaron un esfuerzo titánico por recuperar el legado de la primera New Left. Agrupando a especialistas en distintas áreas, impulsaron un documento, el *May Day Manifesto*, que trataría de funcionar como plataforma programática desde la que rearticular un socialismo británico del tipo de la primera *New Left* (una segunda edición de Williams saldría publicada en 1968 y será la que citemos aquí, véase Hall, Thompson y Williams, 2013). Como indicaban las primeras páginas del *Manifesto*: “definimos el socialismo nuevamente como un humanismo: un reconocimiento de la realidad social del hombre en todas sus actividades, y de la lucha consecuente por la dirección de esta realidad por y para hombres y mujeres comunes” (Hall, Thompson y Williams, 2013: 4). El *Manifesto* fue recibido por el *Sunday Times* como “ciertamente la declaración más larga y más cuidadosamente pensada que viene desde la izquierda desde hace varios años” (citado en McCann, 1997: 171). El propio Thompson lo consideraba pocos años después como “una de las obras políticas más sólidas surgidas de la izquierda británica” (Thompson, 2002d [1975]: 212).

Su objetivo era ofrecer una nueva corriente de pensamiento que consiguiera aunar de forma sistemática las demandas de las distintas “campañas individuales” –lo que hoy en día llamaríamos “movimientos sociales”– revigorizando así la propuesta de una sociedad alternativa, socialista y democrática. Mientras el panfleto reconocía los logros del momento de posguerra, fue especialmente lúcido en identificar sus limitaciones y diagnosticar la capitulación del Labour ante el capital monopolista. La intangibilidad de la propiedad privada sobre los recursos productivos –una de las vacas sagradas del Pacto– se puso en relación directa tanto con las bolsas de pobreza y desigualdad todavía existentes (rompiendo el mito de que la sociedad de consumo y clases medias habían resuelto los problemas redistributivos) como con la ostentación de los principales lugares

³⁹⁹ “Realmente me he sentido aislado (...) por la sensación de que la joven izquierda dejó de lado y rechazó todo un lenguaje y una tradición de pensamiento en la que yo había estado trabajando. Esto que os digo no es fingido: lo he pensado y lo he sentido con fuerza” (Carta a Saville y Miliband, 27 de mayo de 1973, Saville Papers, citado en Hamilton, 2011: 122). Miliband estaba tan escandalizado por el tono de los ataques a la segunda New Left que le escribiría en 1975 a Saville: “[Thompson] no está en absoluto en mi longitud de onda políticamente hablando. Por supuesto, es ‘radical’ y todo eso, pero la pieza de Kolakowski, al menos en la versión final, sirve para ocultar cuán anti-New Left ... se ha convertido. Lo he encontrado cada vez más cascarrabias, caprichoso [y] dado a declaraciones pontificias ... él y yo empezamos a no hablar el mismo lenguaje político, ni a escribirlo” (17 de julio de 1975, citado en Hamilton, 2011: 146).

de mando y poder político por parte de una pequeña élite dominante. El *Manifiesto* diagnosticó la ruptura del orden económico internacional que había permitido un crecimiento sostenido y una rentabilidad alta para las fuerzas del capital hasta 1966-67, previendo con espantosa lucidez los conflictos sindicales que vertebrarían la política británica de la década siguiente. La *New Left* fue por tanto pionera en poner en cuestión los límites del Pacto Social de posguerra, por lo que sería justo verla como precursora e inspiradora de las revueltas que se iniciaron en 1968 e, incluso, de las corrientes renovadoras del Partido Laborista de los años 70. Una idea fuerza estructuraba todo el panfleto: se trataba, frente al empleocentrismo y la condicionalidad de las ayudas del *Welfare State*, de asegurar el *control democrático* sobre los recursos materiales de forma universal (se criticó duramente la evaluación de recursos), es decir, se trataba de garantizar las condiciones materiales de la libertad.

Sin embargo, en mayo de 1968 los eventos desbordaron las expectativas de los *new lefters* y los acontecimientos acaecieron en una dirección inesperada. El *May Day Manifesto* fue sepultado por la ola de movilizaciones que sacudió el mundo. Nuevas luchas aparecieron en las que las cuestiones estudiantil, racial, ecologista y de género tomaron una importancia desconocida hasta la fecha (véase un repaso en Eley, 2003).

Thompson se vio parcialmente envuelto en algunas de estas protestas. En la Universidad de Warwick, en la que trabajaba, se desató un escándalo al destaparse que las autoridades universitarias colaboraban con ejecutivos de grandes empresas de la zona filtrándoles información sobre posibles profesores y estudiantes “rojos”, y sus actividades fuera de la universidad. Los estudiantes ocuparon el rectorado y Thompson les apoyó en sus operaciones. Su convivencia con el nuevo movimiento estudiantil, sin embargo, estuvo lejos de ser cómoda, como recoge su obra *Warwick University Ltd.: Industry, Management, and the Universities* de 1971⁴⁰⁰:

He llegado a ser conocido por lamentar que los jóvenes no sirven para una organización realmente bien disciplinada en períodos largos de tiempo, como el Officer's Training Corps o el PCGB. La juventud, si se la abandona a sí misma, tiende a volverse melnuda, a quedarse en la cama hasta la hora del almuerzo, a perderse seminarios, a preocuparse más por el estilo que por las consecuencias de sus acciones, y a cometer varios pecados de purismo político autosatisfecho y de arrogancia intelectual que podrían detallarse en algún otro libro (Thompson, 1970: 151)⁴⁰¹.

En su famosa polémica con Leszek Kolakowski de 1973, Thompson llevaría sus opiniones sobre mayo del 68 todavía más lejos. Comentando el exilio forzoso que sufrió Kolakowski a partir de 1968 por decisión del gobierno polaco, nos describe el ambiente de la Europa occidental en la que aterrizaría Kolakowski ese mismo año:

Una cultura de “radicalismo” que tenía componentes serios y valientes, pero que estaba rodeada por un halo de histeria que, atrapada y magnificada en los lentes de los medios sensacionalistas, se reproducía en medio mundo como una “cultura juvenil” de emotivismo autoindulgente y de estilo exhibicionista. Desde París hasta Berkeley, desde Múnich hasta Oxford, “Occidente” ofreció un supermercado de productos de vanguardia, algunos etiquetados como “marxismo” (...). ¿Pero

⁴⁰⁰ Un panfleto que, por otro lado, es quizá uno de los mejores alegatos contra la mercantilización neoliberal de la universidad: “¿Es inevitable que la universidad se vea reducida a la función de proporcionar, con una eficacia cada vez más autoritaria, mercancías intelectuales preempaquetadas que cumplan con los requisitos del *management*? ¿O podemos, por nuestros propios esfuerzos, transformarla en un centro de libre discusión y acción, que tolere e incluso que aliente el pensamiento y la actividad ‘subversiva’, para una renovación dinámica de toda la sociedad en la que esa misma universidad trabaja?” (Thompson, 1970: 166).

⁴⁰¹ En una carta del 27 de junio de 1973 a Saville y Miliband, les escribe que estuvo “demonizado entre los círculos estudiantiles durante mucho tiempo después del episodio de Warwick” (citado en Hamilton, 2011: 126).

cuántos de estos productos, cuando no estaban empaquetados, contenían solo argumentos viejos y desacreditados bajo una nueva etiqueta, o un horrible kit de maquillaje para la joven burguesía rebelde (un automóvil deportivo rápido, una casa rural en los Apeninos y los Pensamientos de Mao-Tse-Tung) para representar su pantomima transitoria y de moda? Carteles del Che Guevara, yuxtapuestos frente a minifaldas, “túnicas de Mao” y chaquetas militares de cuero, decoraban las *boutiques* más modernas y libertinas en King's Road y en Royal Leamington Spa. Durante un año o dos, intoxicados por el “mayo de 1968” de París (o más bien por este evento asimilado como un mito instantáneo), séquitos de estudiantes izquierdistas imaginaron que, por algún acto de ocupación de una “base roja” en la sociedad capitalista represiva, aparecería una revolución proletaria, voluntarista e instantánea surgiendo de las calles. Ese fue el año de los *gauchistes* (Thompson, 1978b: 99).

La distancia emocional de estos pasajes habla por sí misma y no merecería, en principio, más comentario. Sin embargo, debe recordarse que en estos pasajes Thompson estaba intentando congeniar con un Kolakowski que se había escandalizado ante mayo del 68 y tiraba las esperanzas de las izquierdas por la borda. Lo que le dice a Kolakowski aquí es que su deber como intelectual era ofrecer luz en los puntos ciegos del movimiento popular, pero también saber mirarlo desde perspectivas más constructivas:

Hay otras formas, y más esperanzadoras, de ver esa experiencia: el desafío al gaullismo, las grandes huelgas en la industria automotriz francesa, las primeras grandes grietas en el tradicionalismo masivo y ritualizado tanto de las instituciones académicas francesas como de la política y la ideología rutinarias del PCF (Thompson, 1978b: 99).

Años más tarde algunos de sus críticos, como Stuart Hall, le recriminaron acertadamente su falta de empatía y comprensión hacia el 68: “el compromiso de Thompson con ‘1956’ y su brutal rechazo de todo lo que desde entonces ha ocurrido política y teóricamente (...) representa una notable ceguera en un historiador tan depurado y sutil” (Hall, 1984: 285). También Richard Johnson destacaba esa ceguera: “Es una lástima que *Miseria de la teoría* no reconozca las continuidades entre ‘1956’ y las nuevas formas políticas, (...) porque la nueva izquierda y la campaña pro desarme nuclear de antaño prefiguraron la ‘nueva política’ de los años sesenta” (Johnson, 1984: 294). Los especialistas posteriores retomaron estas críticas y subrayaron la perplejidad y la distancia emocional con la que Thompson vivió el nuevo ciclo de movilización. Pero esta valoración está lejos de agotar la visión de Thompson sobre el legado del 68.

Su antiguo alumno en Warwick, Cal Winslow, nos transmitió una imagen vivaz del ambiente de los seminarios que coordinaba Thompson en esta universidad, y señala un detalle que no debería pasar desapercibido: “el ‘grupo sobre el crimen’ [autor de *The Albion's Fatal Tree*] se formó, no por casualidad, cuando los estudiantes estaban interesados en disturbios y rebeliones, en la multitud, la ley, los cercamientos, la acción directa, la defensa de los bienes comunes y las nuevas formas de organización y protesta” (Winslow, 2013). Tampoco podemos atribuir a la casualidad que justamente en los años de mayor movilización estudiantil y cultura alternativa Thompson emprendiera una investigación sobre las formas de protesta de la juventud inglesa del siglo XVIII en correspondencia con la historiadora Natalie Zemon Davis, que también apoyaba las protestas estudiantiles (véase su correspondencia recientemente publicada en Thompson y N. Z. Davis, 2018). Quizá fuese de una forma sutil y silenciosa, pero Thompson se estaba dejando empapar por los nuevos tiempos y no se rindió complaciente ante ese exagerado “aislamiento político” en el que decía haber caído.

A principios de los años 70 tuvieron lugar una serie de reformas legales de calado en Gran Bretaña que el intelectual británico interpretaría como un atentado contra las libertades del *Freeborn Briton*. A través de diversos artículos recopilados en *Writing by*

the Candlelight construiría una respuesta enormemente republicana (Thompson, 1980). Analizaremos este republicanismo más adelante (véase 4.2.), pero ahora queremos señalar que en su cruzada por las libertades del “inglés nacido libre”, Thompson buscó la colaboración con los nuevos movimientos sociales surgidos del 68. En el prólogo, escrito a finales de los 70, su juicio parecía haberse relajado, y además de buscar la colaboración con ese mundo de contracultura y movimientos sociales nuevos, quiso aconsejarles. Lo que Thompson pedía a esta cultura alternativa no era que abandonase su autonomía, sino que recordara su otro rol como “ciudadanos, jurados, sindicalistas o votantes”:

Desde hace una década (desde 1968 aproximadamente) una parte de la izquierda le ha dado la espalda disgustada a la política nacional y ha optado por construir una cultura alternativa. Una parte del feminismo, por razones evidentes, ha tomado una decisión parecida (...) las minorías han ganado confianza, algunas investigaciones intelectuales han tenido vitalidad, se han desarrollado nuevos estilos de vida y el movimiento de las mujeres ha ejercido un nuevo tipo de presencia. No estoy en absoluto proponiendo ningún rechazo que polemice con lo que se ha conseguido. Pero, ineluctablemente, la cultura oficial del poder continua a su manera: y quizá una parte de su camino sea más fácil cuando una parte de la oposición la confronta únicamente a despecho y de espaldas. Optar por una cultura alternativa puede, en ciertas circunstancias, ser también una opción de salida, dejando un vacío en el cual el poder puede moverse ("Prólogo" en Thompson, 1980).

Anticipándose en bastantes años a las críticas contra la llamada “identity politics” (véase el tema en Fraser, 2017) Thompson advertía contra el peligro de llevar demasiado lejos las categorías de género o raza como hechos existenciales prioritarios que pudieran convertirse en obstáculos irremontables para la acción común (Ruiz Jiménez, 2009: 65). En todo caso, estas críticas (ya más reconciliadas con el radicalismo del 68) nunca operaron en su pensamiento como una excusa para no ejercer la autocritica sobre la tradición marxista a la que pertenecía: como le dijo a G. McCann en 1993, “los marxistas necesitaban incorporar todas las perspectivas en una única ética de la democracia” y continuaba “el marxismo a menudo ha subestimado enormemente las formaciones religiosas, nacionalistas y de género” (Carta del 8 de abril de 1993, citado en McCann, 1997).

Quizá los severos juicios del historiador sobre mayo del 68 se vean atemperados por los matices que hemos presentado aquí. También podrían serlo a la luz de análisis más recientes sobre qué supuso el radicalismo sesentayochista:

La concepción del radicalismo forjada a finales de los años sesenta era comprensible en ese momento. Expresó la ira de toda una generación con la guerra en Vietnam, y una visión utópica de una sociedad y un mundo organizados de manera diferente. La cultura en la que floreció movilizó a un gran sector de jóvenes; una concepción más moderada del radicalismo probablemente no hubiera servido tan bien. Pero incluso para el momento esta concepción del radicalismo tenía sus inconvenientes. La retórica de la violencia y la amenaza de violencia real expulsaron a muchas personas del movimiento, especialmente a las mujeres, y la expectativa de una revolución inminente provocó una decepción generalizada. La visión de los grupos marginados como agentes de la revolución tendía a cegar a los activistas del movimiento ante la compleja política de estos grupos en cuestión y al hecho de que estos no necesariamente se veían al mismo nivel que los jóvenes radicales. La visión del liberalismo como el principal enemigo dejó a los activistas del movimiento desarmados de cara a lidiar con el resurgimiento de la derecha a fines de los setenta (B. Epstein, 2014).

El resurgir de la esperanza: la END y el movimiento pacifista en los años 80

A finales de los 70 las tensiones de la Guerra Fría volvieron a aumentar. Comenzó la llamada “Segunda Guerra Fría”. En 1979 EEUU no ratificó el *Strategic Arms Limitation Treaty* (SALT II), un acuerdo entre la URSS y EEUU para el control de armas nucleares.

La carrera armamentística volvió a dispararse. Para 1980, existían más de 60.000 cabezas nucleares distribuidas por todo el mundo (en manos principalmente de EEUU y la URSS, pero también de Gran Bretaña, China, Francia y la India).

En 1979 la OTAN anunció la instalación de misiles nucleares en Gran Bretaña. Este fue el pistoletazo de salida para “salir de mi tienda de campaña”, diría Thompson. A comienzos de los años 80 escribió a Tony Benn preguntándole si el Partido Laborista estaría dispuesto a liderar una campaña que crease un “frente amplio antinuclear”. Consiguió su apoyo personal y el de otros diputados laboristas. Su siguiente paso fue buscar alianzas con Ken Coates, director de la Bertrand Russell Peace Foundation. Thompson redactó el plan original para lanzar la campaña, y junto a Coates formó un comité de siete personas que harían las funciones de grupo promotor. La plataforma adoptaría el nombre de European Nuclear Disarmament (END). En 1980, Thompson publicó *Protest and Survive*, que se convirtió en uno de los panfletos más vendidos y leídos del año. En Gran Bretaña había un contexto particularmente propicio para que un movimiento social poderoso pudiera influir en las políticas del Labour. Durante los años 80, el ala izquierda del Labour liderada por Michael Foot consiguió renovar parcialmente el aparato anquilosado del partido, y miles de nuevos militantes lo escoraron hacia la izquierda. Este giro tuvo un claro reflejo electoral cuando se ganaron los ayuntamientos de Liverpool (que sería gobernado por trotskistas), Manchester y Londres (siendo elegido el famoso alcalde Ken Livingston “el rojo”). La Guerra de las Malvinas salvaría a Thatcher de perder las elecciones de 1983 que todos pronosticaban que ganaría Foot. A partir de la derrota de 1983, Neil Kinnock llegó al poder del aparato del Labour, no apoyaría la huelga minera de 1984 y abandonaría la posición del desarme unilateral (Díaz, 2019)⁴⁰². En cualquier caso, a comienzos de los 80 las perspectivas eran halagüeñas para Thompson: el Labour adoptó la propuesta del desarme nuclear unilateral en 1980.

Los efectos de la END fueron significativos. Aunque al principio tuvieron dificultades para cruzar el Telón de Acero, poco a poco la plataforma consiguió acercarse a varios pequeños grupos de jóvenes pacifistas: *Charter 77* en Checoslovaquia, *Moscow Trust Group* en Rusia, *Swords into Ploughshare* en la RDA, *Dialogue* en Hungría y el *Committee for Social Resistance y Solidaridad* en Polonia. Todo esto culminaría en la *Prague Appeal* de 1985 en favor de una Europa no-nuclear. Los efectos de estas campañas se hicieron sentir especialmente en el gobierno soviético: cuando Gorbachov se planteó reestructurar la URSS, “adoptó el lenguaje del movimiento por el desarme nuclear y comenzó a construir relaciones más sólidas con Occidente”. Gorbachov lo expresó así: “la nueva manera de pensar tuvo en cuenta y absorbió las conclusiones y demandas del Movimiento No-Alineado... y de varias organizaciones pacifistas” (Efstathiou, 2015: 132 y ss.).

La END absorbió las energías y el tiempo (casi) completo de Thompson durante los años que van desde 1979 hasta 1985. Durante estos años de militancia su enfoque estratégico estuvo dirigido a la construcción de un movimiento social internacionalista por fuera de las instituciones partidistas existentes pero contando con ellas, no negando su peso e importancia en el curso político. Como escribiría en 1971:

⁴⁰² En una de las últimas entrevistas que concedió en vida, Thompson fue preguntado por Neil Kinnock al que consideraba responsable de uno de los episodios más vergonzosos de la historia del Partido Laborista: traicionaron al movimiento por la paz abandonando su compromiso previo con el desarme unilateral. Sobre este episodio tenía “los sentimientos más amargos” [*the bitterest feelings*] (Thompson, 1991b).

Quizá la única forma de hacer que tales políticos escuchen es dirigirse a ellos en sus propios términos y herirles donde más duele: en sus órganos electorales (...). El arte de lo posible solo puede mantenerse si alimentamos el universo de lo imposible para que este encuentre la forma de irrumpir una y otra vez en la política (“Yesterday’s Manikin”, Thompson, 1980: 63).

Preguntado en una entrevista al final de su vida sobre qué tipo de organización podría llevar a cabo los objetivos socialistas, Thompson volvía a la cuestión de los partidos políticos y el Parlamento:

La sopa sigue borboteando. Creo que puede existir un nuevo tipo de formación, que será una suerte de socialismo más fresco, y pienso que debe poner mucho más énfasis en los procesos democráticos dentro del propio movimiento que lo que hemos visto en el Partido Laborista o en el Partido Comunista (Thompson, 1991d).

En todo caso, el énfasis de Thompson siempre recayó sobre la autoorganización desde abajo [*from below*] de amplios movimientos sociales. En el movimiento pacifista de estos años, por ejemplo, destacaba que “no hacen falta dirigentes autoritarios y competitivos, y ni siquiera un comité dirigente central” (Thompson, 1983: 15-16).

3.3.3. Conclusiones

Como hemos podido ver, desde 1956 se produjo el auge de un movimiento intelectual y político, conocido como “humanismo socialista”, que agrupó a personalidades de ambos lados del Telón de Acero descontentas con el *establishment* de la posguerra. En algunos lugares, destacadamente en Gran Bretaña, este movimiento tuvo una vocación práctica, que se traduciría en el surgimiento de movimientos de nueva izquierda.

Los especialistas en estos movimientos no terminan de ponerse de acuerdo sobre su impacto y su legado. Pero que estos existieron, es algo difícilmente discutible. No puede ya sostenerse la opinión de Anderson (o la de otros que le han seguido en esto) cuando dijo que “la corriente de 1956 resultó en última instancia sorprendentemente débil y no dejó más que una leve huella” (Anderson, 1980: 133). El humanismo socialista inspiró muchas de las revueltas democratizadoras de la Europa del Este que tendrían lugar en la década de los 70 y los 80 (con las que Thompson entraría en contacto desde el movimiento pacifista), e incluso tuvo algunas reverberaciones en América Latina y en África, especialmente en la figura de Leopoldo Sedar Senghor, presidente de Senegal entre 1960 y 1980 (Ruiz Jiménez, 2009: 303).

El impacto de la New Left, que era consecuencia del humanismo socialista en su versión británica, tampoco debe ser infravalorado. Según la feminista Sheila Rowbotham los hilos de la New Left se podían rastrear “dentro del Partido Laborista, de los grupos anarquistas, en *Solidarity*, en grupos socialistas internacionales y en los sindicatos a mediados de los años sesenta. Desde finales de los años sesenta se les podía ver ayudando a crear el “History Workshop”, involucrándose en el movimiento de mujeres, en los movimientos culturales de izquierda y en el trabajo intelectual radical” (citado en Kenny, 1995: 201). Su contribución política estaba troquelada por nuevos desarrollos en el pensamiento marxista, por algunos debates académicos novedosos en el campo de la sociología y las políticas públicas, por sus originales enfoques materialistas sobre el cambio cultural y, de forma más experimental, por los intentos de crear un nuevo tipo de movimiento socialista “desde abajo” (Madeleine Davis, 2012: 502). Por otro lado, la New Left fue un agente fundamental en la creación y desarrollo de la CND, y esta organización es una de las más longevas del país. Su activismo facilitó la firma del *Partial Test Ban*

Treaty, del *Nuclear Non-Proliferation Treaty* y del *Intermediate-Range Nuclear Forces Treaty*, así como la firma en 2017 de la ONU del *Treaty on the Prohibition of Nuclear Weapons*⁴⁰³. El pacifismo de la CND entronca igualmente con el de la END (ambas asociaciones estuvieron hermanadas), y los efectos de la END, como hemos explicado, son igualmente significativos: jugó un papel crucial para poner fin a la Guerra Fría porque aunque esta terminase con el derrumbe de la URSS ese derrumbe no ocurrió sin razón, esto es, los movimientos por los derechos civiles y por la paz jugaron su papel (Thompson, 1993a).

Lo esencial para Thompson –esta era una intuición frentepopulista de vieja raigambre democrática– era conseguir coser las heridas y rupturas del movimiento obrero, arrumbar el sectarismo dogmático de sus organizaciones, y agrupar a todas las fuerzas dispuestas a resistir y ofrecer alternativas al dominio de las fuerzas del capital. Tanto en su paso por el Partido Comunista, como en la *New Left* o en el movimiento pacifista, Thompson buscó la creación de movimientos masivos que no pivotasen en torno a las grandes organizaciones centralizadas (sindicatos y partidos mayoritarios) pero que contasen con ellas. Thompson no era un antinstitucionalista ni estaba en contra de los partidos políticos, al revés, profesaba un gran respeto por las instituciones cristalizadas del movimiento obrero: no solo militó en el PCGB, sino que una vez se disolvió el movimiento *New Left* llegó a afiliarse a ese Partido Laborista al que tanto había criticado, alegando que había que “estar donde está la gente”. Pero al mismo tiempo siempre fue muy crítico de la cultura organizativa que tenían los grandes partidos de izquierdas (que violaban los principios fiduciarios por los que decían guiarse), y de cómo “acaparaban” la vida política en torno a sí. Sus esfuerzos, por tanto, se centraron en la construcción de movimientos de base que recuperasen las formas de agitación del socialismo originario. En todos estos movimientos, Thompson participó en calidad de militante de base, repartiendo panfletos y vendiendo periódicos. Participó también en calidad de representante, viajando por todo el mundo para dar conferencias. Y participó, finalmente, en calidad de intelectual, aportando análisis y recursos con los que los activistas podían nutrir su militancia. En su activismo sus principios normativos emergen como ejemplos de cómo un socialista del siglo XX aún podría ser republicano. Su figura pública es, en sí misma, un alegato sobre la vigencia del republicanismo en el siglo XX.

⁴⁰³ Puede consultarse su página web: <https://cnduk.org/who/>.

Capítulo 4. Un socialista jacobino en el siglo XX

*La historia, el nuevo sentido de la vida moderna, la gran compensación por la pérdida de los siglos, ahora nos está enseñando y haciéndonos sentir valiosamente que **el pasado no está muerto**, sino que vive en nosotros y permanecerá vivo en el futuro que ahora estamos ayudando a construir*

(William Morris, 1893)

*La historia es una formación cultural dentro de la cual damos la batalla, como muchos la han dado antes que nosotros. Ni estamos solos cuando peleamos ahí: somos historiadores porque sabemos que **el pasado no está muerto**, ni es inerte o confinante, sino que está repleto de energías que pueden ponerse de nuevo de nuestro lado*

(Thompson, Debate en el History Workshop, Ruskin College, 1979)⁴⁰⁴

La conexión entre el socialismo y la tradición democrática-republicana o radical aparece como una cuestión recurrente, casi obsesiva, en los escritos de Thompson. Investigar esos vínculos fue uno de sus perennes proyectos de investigación. Ese proyecto, creemos, ocupa un lugar más central de lo que se ha tendido a señalar hasta la fecha: atraviesa toda su obra, desde sus escritos más tempranos hasta sus trabajos publicados póstumamente. Los pocos estudiosos que han entendido la importancia de este radicalismo en relación al campo de estudio desbrozado por el *revival* neorepublicano no han dado cuenta de la magnitud de esas fuentes en la obra del historiador. Si bien han sido fundamentales para registrar la presencia de vetas republicanas en la obra del intelectual británico, ninguna de ellas aborda de forma sistemática esa presencia como un componente *transversal* a todo su pensamiento que, en último término, constituye parte de un proyecto con manifestaciones no solo teóricas sino también prácticas, como tuvimos ocasión de ver en el capítulo precedente.

Este capítulo aborda, en primer lugar, la contribución de Thompson a la historia del pensamiento político republicano y socialista, desde su investigación como tutor extramuros sobre el socialismo inglés de finales del siglo XIX hasta sus últimos escritos sobre el jacobinismo. Posteriormente se ofrece una reconstrucción de la dimensión normativa que tiene esta presencia de vetas republicanas en las intervenciones políticas tardías de Thompson, prestando especial atención a su concepción del Derecho (en general) y de los derechos de propiedad (en particular), así como a la tensión existente entre sus reivindicaciones *nacionalistas* del *Freeborn Englishman* y su profundo compromiso con el internacionalismo. En tercer lugar, presentamos una exposición sistematizada de su concepto de “clase social”, destacando las potencialidades que ofrece como herramienta auxiliar para la investigación y para los estudios del republicanism. En las conclusiones tratamos someramente la cuestión de la vigencia de su pensamiento político.

⁴⁰⁴ Puede escucharse el extracto de intervención en el siguiente enlace: <https://www.youtube.com/watch?v=ZwBOtYH2s3U>.

4.1. EL SOCIALISMO EN SU CRISÁLIDA. DEL VIEJO RADICALISMO AL PRIMER MOVIMIENTO OBRERO

*You say that Bonyparty he's been the spoil of all,
And that we have got reason to pray for his downfall.
Well, Bonyparty's dead and gone, and it is plainly shown
That we have bigger tyrants in Boney's of our own (...)*

*You tyrants of England! Your race may soon be run.
You may be brought unto account for what you've sorely done.*

(“The Hand-Loom Weavers' Lament”, 1820,

en *Ballads and Songs of Lancashire: Ancient and Modern*, 1882⁴⁰⁵)

En este epígrafe tratamos la dimensión historiográfica de ese proyecto de “rescate” del pensamiento radical y democrático para el socialismo de Thompson. Argumentaremos que, aunque la principal contribución se halla contenida en *The Making of the English Working Class*, ese proyecto puede encontrarse en obras anteriores y posteriores, poniendo así en evidencia la importancia que le concedió su autor.

4.1.1. Primeros escritos: comunidades obreras y socialismo norteno

Tutor y educador de adultos en el West Riding

Si Thompson había forjado sus principales esquemas de pensamiento político al calor del comunismo frentepopulista de la Gran Bretaña de los años 30 (véase Capítulo 2) y, especialmente, en contacto con el cenáculo de intelectuales del Grupo de Historiadores (véase Capítulo 3), su reivindicación del radicalismo británico daría un paso de gigante tras su experiencia como educador de adultos en la Worker's Education Association vinculada a la Universidad de Leeds entre los años 1948 y 1965.

Gracias a las investigaciones de Andy Croft y Peter Searby, que bucearon por los papeles de la WEA, podemos conocer las notas personales del historiador sobre sus clases y sus alumnos. Tomó buena nota del hecho de que cuando trataba en clase sobre relaciones humanas, cuestiones de moralidad y cultura –siendo los alumnos trabajadores de clase obrera sindicada– despertaba mucho más interés que si hablaba de las cifras de la Revolución industrial o de la historia de las organizaciones obreras (Croft, 1996; Searby, Malcolmson, y Rule, 1993)⁴⁰⁶.

La evidencia refuerza el testimonio autobiográfico de Thompson, que sostiene que este contacto con la clase obrera del West Riding, con sus formas de vida y su historia, fue muy influyente para sus propias investigaciones. El *tipo de comunidad* que encontró en

⁴⁰⁵ Disponible online en <https://unionsong.com/u775.html>.

⁴⁰⁶ Inspirado en esta experiencia y recogiendo otros testimonios y consejos de estudiosos del tema, el director Luke Fowler rodó un documental que retrata la figura de Thompson como profesor. Se publicó en 2012 con el título *The Poor Stockinger, the Luddite Cropper and the Deluded Followers of Joanna Southcott* (disponible en la web de Vimeo). Puede verse una reflexión sobre la dialéctica educación-experiencia a raíz de su papel como educador de adultos en “Education and Experience” (Thompson, 1997b: 4-32).

el norte de Inglaterra era especialmente llamativo por su tenacidad y perseverancia ante el cambio y por su gran memoria colectiva de luchas pasadas (Rogan, 2017: 156-157). El propio Thompson reflexionaba en 1987 sobre su experiencia: “en mi primera clase en una aldea minera del Yorkshire meridional me resultó evidente desde las primeras semanas que no podría ganarme el respeto de la clase hasta que no hubiera bajado con ellos al pozo de la mina” (Thompson, 1987a). En una ocasión contó la anécdota de cómo durante una clase, en el momento en el que trató de explicar la extensión de las explotaciones mineras a lo largo del siglo XIX, uno de los mineros le espetó: “déjeme la tiza profesor Thompson”, subió a la tarima y explicó esquemática e impecablemente todo lo que el profesor quería explicar. Por experiencias como estas el historiador siempre recalcó lo que aprendía de esta clase trabajadora, no tanto contenidos sino “actitudes y un profundísimo escepticismo hacia los informes oficiales”⁴⁰⁷.

Una gran parte del *Making* está basada en la exploración de la historia del West Riding, como el propio autor reconoce en su prefacio. La feminista y antigua alumna de los Thompson, Sheila Rowbotham, recordaba una visita que les hizo en 1983, encontrándoles fascinados con las actitudes políticas de la gente cotidiana: “Edward Thompson me explicaba cosas sobre ese socialismo norteno, cómo había sido central en este movimiento obrero la preocupación con todas las formas cambiantes de relaciones humanas” (citado en Winslow, 2014: 17). Durante estos años de investigaciones en la historia obrera del país Thompson escribiría dos de sus grandes obras: *William Morris* y el *Making*, que vendrían a analizar en profundidad ese socialismo preocupado por cambiar las formas de vivir.

El “socialismo moderno”

Hemos señalado anteriormente (véase 3.2.4.) que la recuperación de Morris no fue en sí misma una intervención antiestalinista, y que podía convivir con las ortodoxias de la Guerra Fría. Pero es cierto que en la recuperación de algunas ideas y corrientes del socialismo británico de finales del XIX Thompson estaba vislumbrando retazos de un republicanismo que quedaría eclipsado en este movimiento. Una precaución previa es necesaria, porque en su biografía de Morris el historiador distingue entre lo que llama el “socialismo moderno” (que se refiere al socialismo surgido después de la obra de Marx o, al menos, después de la Comuna de París) y el socialismo anterior, como el de Robert Owen o Bronterre O’Brien⁴⁰⁸. Esta etiqueta, “socialismo moderno”, y el énfasis que Thompson pone en diferenciar al radicalismo de este socialismo post-1871, nos hace pensar que para entonces consideraba solo como “verdadero socialismo” a este último, y que no había desligado conceptualmente el “radicalismo” y el “socialismo” con la finura con la que lo haría posteriormente, cuando abandonase esta etiqueta. En cualquier caso, para los motivos que aquí nos conciernen, el punto importante es que Thompson explicita, subraya y se recrea en los orígenes “radicales” de este “socialismo moderno”.

De romántico a revolucionario... republicano

En su biografía de Morris, estas conexiones no son el argumento central de la obra, pero aparecen una y otra vez a medida que se desarrolla el relato. Toda la biografía de Thompson busca explicar la racionalidad que subyace a la transformación de ese poeta

⁴⁰⁷ Véase la anécdota y la cita en el documental *Rear Window “A Life of Dissent”*, Londres, Oasis Television, 1993. Disponible online <http://tariqaliv.com/portfolio/s2e24-e-p-thompson/>.

⁴⁰⁸ “Las ideas socialistas se harían más y más influyentes en el seno del más amplio movimiento de la clase obrera, de modo que es posible fechar el nacimiento efectivo del socialismo moderno en Gran Bretaña a partir de 1883” (Thompson, 1988: 282).

romántico insatisfecho, que retrocede hasta la Edad Media para encontrar valores desde los que criticar el capitalismo industrial y la corrupción moral de la vida cotidiana, hasta llegar a convertirse en portavoz y representante del movimiento socialista. En una época en la que los valores del capitalismo victoriano “eran perniciosos y despreciables; eran un escarnio del pasado de la humanidad”⁴⁰⁹, el joven Morris no podía sino escudarse en la poesía y el arte. Como él mismo explicaría: “nacimos en una época sombría, tan terriblemente dominada por el aburguesamiento y el filisteísmo, que nos vimos forzados a concentrarnos en nosotros mismos; solo había alguna esperanza en el mundo del arte y la literatura” (carta de Morris a Fred Henderson, 1885, citado en Thompson, 1988: 23). Pero en el arte Morris encontraría no un refugio con la intención de retirarse (al estilo de la poesía de J. Keats) sino un lugar desde “el cual observar su propia época con los ojos de un extranjero o de un visitante, juzgándola a partir de unos valores que no eran los vigentes” (Thompson, 1988: 35). En ese entorno de desafección por el mundo político existente (“aburguesamiento y filisteísmo”), Morris acabaría por encontrar una esperanza de transformación: el movimiento socialista. Ahí reside su grandeza, nos dice Thompson, y lo que lo diferencia de los otros poetas románticos: “su descubrimiento de que en el seno de la corrompida sociedad de entonces existían los que podían revolucionar el futuro” (Thompson, 1988: 169). Pues bien, esa esperanza recobrada no era sino “**el ideal de 1789** renacido, con un nuevo resplandor y certeza –Libertad, Igualdad, Fraternidad” (Thompson, 1988: 28, subrayado nuestro). La tríada revolucionaria republicana, ni más ni menos.

Si la oposición liberal de Gladstone a Disraeli le acercó a la política, el mismo antiimperialismo le separaría de los liberales cuando, bajo un gobierno liberal, los buques de guerra británicos bombardearon Alejandría en 1882 para mantener el dominio sobre Egipto. Morris estaba entroncando con las tradiciones internacionalistas republicanas: “la agitación en torno a la cuestión oriental reavivó en el movimiento las antiguas tradiciones de internacionalismo radical” (Thompson, 1988: 203). Durante estos años de finales de la década de 1870, nos dice su biógrafo, “Morris estaba muy al tanto de **la opinión republicana y democrática avanzada** de su tiempo, y su interés por la ‘cuestión social’, aunque en estado latente desde sus días de Oxford, ciertamente no había desaparecido” (Thompson, 1988: 185-186, subrayado nuestro). El salto definitivo, el cruzar el famoso “río de fuego”, vino por el contacto con la Labour Representation League. En 1882, Morris ya estaba leyendo a Owen, a los socialistas utópicos, *Progreso y miseria* de Henry George y *Land Nationalization* de Alfred R. Wallace. En enero de 1883 ingresa en la FSD de Hyndman y se muestra entusiasmado con Marx y Owen (Thompson, 1988: 257).

La Vieja Guardia y los jóvenes socialistas

El análisis de Thompson de ese socialismo moderno le permitirá rastrear los vínculos con los radicales: “Con la desaparición del cartismo y la absorción de los cartistas en el ala radical del partido liberal y en el movimiento cooperativo, solo unos pocos y aislados individuos permanecieron fieles a **las ideas republicanas y socialistas** de Bronterre O’Brien⁴¹⁰, George Julian Harney y Ernest Jones. Fueron estos quienes proporcionaron

⁴⁰⁹ Para un análisis de la sensibilidad victoriana de la clase media, y del contexto económico social en el que floreció esta, véase (Thompson, 1988: 133-140).

⁴¹⁰ Bronterre O’ Brien fue un socialista irlandés que Thompson citaba a menudo como personaje fundamental que hizo de “puente” o punto de juntura entre ambas traducciones. O’Brien fue un líder cartista que estaba obsesionado con reproducir el proyecto de la República social y democrática de los

un vínculo de unión entre el viejo cartismo y el nuevo socialismo” (Thompson, 1988: 263, subrayado nuestro)⁴¹¹. Thompson repasa aquí algunos nombres de personajes claves que hicieron de puente entre el nuevo movimiento socialista y el viejo cartismo socialista, a los que denomina “la Vieja Guardia” (Thompson, 1988: 267-269).

- John Sketchley era uno de los viejos cartistas reconvertidos al socialismo. En 1875 fundó una “Asociación Republicana de Birmingham”, que en 1878 pasaría a llamarse “Asociación Social Democrática de Midland”. Esta, nos dice el autor, “puede considerarse ciertamente la primera sociedad inglesa adscrita al movimiento socialista moderno”. Sketchley fue el primer secretario de la sección de Birmingham de la FSD y posteriormente pasaría a ser un miembro activo de la Liga Socialista fundada por Morris en 1884.
- James y Charles Murray, dos hermanos que habían sido miembros de la asociación cartista del Soho de Londres, habían trabajado estrechamente con Bronterre O’ Brien, que incluso llegó a vivir con Charles Murray varios años.
- Frank Kitz era el hijo de un exiliado alemán. Se unió al grupo de los Murray tras la desintegración de la primera AIT. Thompson explica cómo supervivientes de la sección británica de la 1ª AIT como Kitz formarían parte de la Manhood Suffrage League.
- Joseph Lane, el fundador de la Labour Emancipation League, provenía de la militancia de los años 50. También formaba parte de la 1ª AIT y de la Manhood Suffrage League, y a principios de los 70 “participa activamente en la agitación republicana”.

A finales de 1881, Joseph Lane y unos cuantos ultrarradicales formaron en Londres la primera organización socialista con influencia, la Labour Emancipation League. Los primeros seis puntos de su programa estaban basados en avanzadas exigencias democráticas de la tradición cartista y radical: (1) sufragio y votación directa e igual de los adultos; (2) legislación directa por el pueblo; (3) supresión del ejército permanente y decisión por el pueblo sobre la guerra y la paz; (4) enseñanza libre y laica; (5) libertad de expresión, prensa e imprenta; (6) administración gratuita de la justicia. El séptimo punto exigía la nacionalización de las minas, de la tierra y de los medios de transporte. Los últimos dos puntos, subraya Thompson, “servían de puente al socialismo moderno”:

(8) Puesto que el trabajador es el generador de toda la riqueza... la regulación de la producción debe ser competencia de la sociedad, y la riqueza producida, repartida equitativamente entre todos. (9) En el presente los instrumentos de trabajo y los medios de empleo están monopolizados por las clases capitalistas, cuyo monopolio es la causa de la miseria y la servidumbre del pueblo trabajador. La emancipación del trabajo requiere la transformación de dichos instrumentos de producción y de los medios de empleo en propiedad colectiva y pública, para beneficio de todos los miembros de la sociedad (Thompson, 1988: 272).

montagnards. Tradujo el libro de Buonarroti *Conspiration pour l'égalité dite de Babeuf* en 1828 y publicó en 1837 *Life and Character of Maximilien Robespierre* y en 1857 *An Elegy on the Death of Robespierre*. La famosa expresión “economía moral de la multitud” la encontraría Thompson en sus escritos.

⁴¹¹ M. S. Wilkins constató en 1959 las raíces no-socialistas sino radicales de la fundación de la FSD. Hyndman había discutido con Marx la conveniencia de resucitar el movimiento cartista; el primer programa presentado era radical y no socialista (su objetivo era unificar a las fuerzas disgregadas del radicalismo) y en las tres primeras reuniones que precedieron a la fundación del partido asistieron viejos cartistas (Wilkins, 1959: 200, 204).

La fundación de la Federación Demócrata (“Socialdemócrata” desde 1884) constituye el hito clave para la historia del socialismo moderno. Destacan aquí algunos jóvenes de clase media como Ernest Belfort Bax, el gran amigo de Morris –que había dedicado su primer libro a escribir una biografía de Marat y otro a la Conspiración de los Iguales de Babeuf (Samuel, 1980: 32)– o como Edward Carpenter, el discípulo inglés de Walt Whitman.

De la misma manera que Thompson se muestra atento en rastrear las continuidades y el peso del viejo radicalismo en la fundación del “socialismo moderno”, registra también, como hemos visto, las diferencias. Estas se ven claras en el Manifiesto fundacional de la Liga Socialista de Morris, aprobado en 1885, donde puede leerse:

Solo por medio de la transformación de la civilización en socialismo pueden ser redimidas las miserias del mundo (...). En cuanto a la política pura y simple, el absolutismo, **el constitucionalismo, el republicanismo**, todo ha sido intentado en nuestros días y bajo nuestro actual sistema social, y todos han fracasado igualmente en sus tratamientos de los verdaderos males de la vida (Thompson, 1988: 677, subrayado nuestro).

Más socialismo norteño: la creación del ILP

En su ensayo sobre los orígenes del Independent Labour Party en el norte de Inglaterra, Thompson muestra de nuevo una marcada sensibilidad por la cuestión de los orígenes radicales del socialismo de los 1880. En enero de 1893 tuvo lugar el Congreso fundacional del ILP en Bradford, al calor del “nuevo sindicalismo” que agitó a los sectores de la clase obrera más precarizados del norte del país. Thompson no sostiene que *todos* o si quiera *la mayoría* de los antiguos radicales ahora se reconvirtieran, de la noche a la mañana, o de forma sencilla, en activistas del nuevo socialismo. De hecho, explica que algunos viejos cuadros cartistas asistieron curiosos a los primeros mítines del ILP cuando ellos mismos se habían convertido ya en exitosos hombres de negocio opuestos a las medidas que habían defendido en su día (Thompson, 1960c: 281). Pero las conexiones están ahí: una porción significativa de los hombres y mujeres jóvenes del ILP, nos dice, afirmaban tener antepasados cartistas. El primer concejal del ILP en Bradford, C. L. Robinson, había sido fundador del Republican Club de la misma ciudad en 1870 (Thompson, 1960c: 288). Tras las exitosas huelgas de trabajadores poco cualificados organizados por la sección local de la Liga Socialista en 1889, la recién creada federación de sindicatos nuevos organizó las jornadas del 1º de Mayo en Leeds, a las que asistirían 6.000 manifestantes y una banda musical que tocaba la Marsellesa (Thompson, 1960c: 297).

En suma, puede verse cómo en los escritos históricos de los años 50 Thompson se mostraba particularmente atento a la cuestión de las conexiones entre la tradición radical democrática y el socialismo de la década de 1880. Sin embargo, el socialismo británico no nació en 1880. Al igual que ocurrió en Francia, los primeros socialistas aparecen a principios del siglo XIX. ¿De dónde venía este primer socialismo? ¿Qué relación mantuvo con el primer movimiento obrero? ¿Y qué papel jugó el radicalismo democrático del siglo XVIII en esa historia? A responder estas cuestiones se dedicaría una gran parte de *The Making of the English Working-Class*.

4.1.2. La “muralla china” y el problema de la transición

Para comprender bien la historia de las ideas políticas que aparece en el *Making* es necesario destacar primero su atrevimiento. Si el objetivo de la obra era explicar “la

formación de la clase obrera en Inglaterra”, muchos lectores se sorprendieron de que el autor no comenzase con la gran industria, sino que se remontase a las últimas décadas del siglo XVIII, cuando las “tropas de choque” de los conflictos sociales estaban compuestas por trabajadores rurales, artesanos autodidactas de Londres, Norwich o Sheffield o tejedores y cardadores manuales de Lancashire y Yorkshire. El atrevimiento de Thompson fue doble, porque al tiempo que ofrecía una interpretación novedosa sobre los orígenes de la primera clase obrera, localizaba estos orígenes en el proceso de creación de una conciencia de clase plebeya resultado del cruce entre el viejo republicanism de los partidarios de la Reforma y las protestas obreras incipientes.

Pero si de lo que se trataba era de mostrar y reivindicar para el socialismo contemporáneo las conexiones con el viejo radicalismo, esto no era en absoluto un asunto evidente por sí mismo. De hecho, puede sostenerse que el primer socialismo nació como una reacción *en contra del* radicalismo democrático, y que lo hizo bajo una forma antipolítica. Así pues, el misterio quedaba planteado: ¿cómo llegó el socialismo británico a hacerse republicano?

Los orígenes antipolíticos del socialismo

La ambivalencia política/antipolítica en los primeros pasos del socialismo británico ha sido explicada magistralmente por Gregory Claeys en *Citizens and Saints. Politics and Anti-Politics in Early British Socialism* (1989). Como relata el autor, el impacto que tuvo la derrota del ala plebeya de la Revolución francesa llevó a muchos radicales británicos a pensar que la *common people* no estaba lista para el autogobierno político. El origen de la tradición socialista británica está vinculado a este hecho tanto como a la distancia que algunos radicales tomaron respecto al proyecto radical de la reforma, tratando de escapar del ambiente represivo de persecución política, limitación al derecho de asociación (Combination Acts, 1799-1824) y suspensión del *habeas corpus* con los que el gobierno de Pitt respondió al radicalismo de la década de 1790. Esto fue en parte una jugada táctica: después de la masacre de Peterloo, del miedo a los spencianos y de la Six Acts, relacionarse con los reformistas suponía perder prestigio en la esfera pública. El socialismo británico, por tanto, nació como un movimiento paradójico de reformadores que renegaban de la reforma, como una respuesta “antipolítica” o de plena desconfianza hacia la política oficial (Cole, 1975a [1952]: 11; Saville, 1978: 119). Asociado con la figura de Robert Owen y su movimiento de comunas cooperativas, el apelativo “socialista” —en prensa desde al menos 1827— vino a significar el proyecto de realizar primero una gran “reforma moral” que permitiese posteriormente la reforma política. En términos generales, hasta 1848 “socialismo” y “owenismo” funcionaron casi como sinónimos (Claeys, 1989: 60, 192).

Esta tendencia antipolítica de Owen y de algunos de sus seguidores tenía también otras raíces. Su proyecto social recibió la impronta de los predicadores milenaristas, de las comunidades cuáqueras, de los nativos americanos y de algunos filósofos como William Godwin. Aunque provenientes de orígenes bien diversos, estos elementos compartían el ideal de una sociedad a pequeña escala con base en las parroquias, donde la *dependencia moral* de cada individuo respecto a la comunidad serviría como un medio de asegurar la corrección de conducta de los ciudadanos, pudiendo prescindirse entonces de la clase política, de los soldados, de los abogados y los curas, etc. Los conflictos sociales se reducirían y los que apareciesen podrían ser gestionados sin coerción, a través de la mediación de figuras ejemplares que tendían a ser identificadas con los ancianos (Claeys, 1989: 2, 30-49). La plasticidad de la naturaleza humana fue encumbrada por Owen y su

teoría del medio social como determinante absoluto del carácter. Owen expresó esta visión antipolítica (y netamente antirrepublicana) en el tercer Congreso Cooperativo de 1832:

Con frecuencia se descubrió que los gobiernos despóticos eran mejores que los que se denominan democráticos. En los países donde existían esos gobiernos, las clases laboriosas [*industrious classes*] no se encontraban en una condición de tanta miseria e indigencia como en su país; y, por lo tanto, en base a esto, no existía razón alguna para renunciar a los despotismos. En lo que respecta al sistema cooperativo, es irrelevante si los gobiernos eran despóticos o no (citado en Claeys, 1989: 72)⁴¹².

Tomando pie en sus teorías, Owen se embarcó en sus proyectos de construir comunidades cooperativas que reemplazasen al “sistema de competición”. Su planteamiento ofreció ideas nuevas y atractivas para muchos: la apropiación en común de los recursos productivos y de los productos fruto del trabajo socialmente organizado; la idea de que era necesaria una transformación “total” de la sociedad; el criterio que separaba el trabajo productivo del improductivo y la idea de que los trabajadores podían autoemplearse para salir de la explotación. Por todo ello, Owen representa “la primera crítica prolongada de la sociedad capitalista en la historia de las ideas socialistas en Gran Bretaña” (Saville, 1978: 108). Pero no debe olvidarse que su primer impulso fue “moralizar” a las clases bajas. La comunidad de New Lanark (Escocia) creada en 1800 fue su experiencia más conocida. Su plan era intervenir en el debate aporofóbico de aquellos años con el objetivo de mostrar que confinar a los pobres en un campo de trabajo bien regulado permitiría su salvación moral. A la hora de la verdad, Owen se mostró menos terrorífico de lo esperado: implantó un sistema de autogobierno indirecto en el que los cabezas de familia elegían a unos representantes, que a su vez elegían a los jueces que llevarían todos los asuntos de la comunidad. En general, Owen aspiraba a convencer a las clases dominantes de que su sistema era más efectivo (moral y económicamente) —llegó a cartear incluso al zar Nicolás de Rusia para ello—, y desconfiaba de la autoorganización de la clase trabajadora (razón por la que siempre desalentaba el conflicto de clases). Pero algunos de sus seguidores empezaron a reclamar más democracia interna en las organizaciones, denunciando que las comunidades se gobernaban “despóticamente”. En la tensión entre las formas de gobierno paternalistas experimentadas por Owen y las demandas democratizadoras de algunos de sus seguidores se encuentran los primeros pasos de esa tradición socialista *libertarian* de la que tuvimos ocasión de hablar en el capítulo anterior (véase 3.2.3.).

Desde finales de los años 1820, algunos cooperativistas como William Thompson, William Lovet o James Bronterre O’ Brien trataron de conciliar la filosofía socialista de las cooperativas con las demandas del movimiento radical, dando lugar a lo que James Napier Bailey llamaría un “socialismo republicano”: “todo verdadero socialista, si desea lo mejor para su país y para el mundo, debe ser un radical y un socialista en sus principios”

⁴¹² Pueden verse las opiniones de otros owenitas antipolíticos como James Elishama Smith, que pensó que toda la sociedad podría funcionar como una gran comunidad donde la ley moral sustituyera a los mecanismos legales, pensando en la nación como “una secta de piadosos creyentes” (Claeys, 1989: 205) o David Green, quien podía defender en 1849: “Siempre sentí que era una tarea muy difícil y delicada mezclar la política con el comunismo (...). El comunismo no es de ningún partido; el comunismo no sabe de política. Las distinciones miserables entre *whig*, *tory* o radical, pertenecen al viejo mundo” (citado en Claeys, 1989: 267). Esta tendencia antipolítica emergería una y otra vez en la tradición socialista. Como bien ha explicado John Dunn, no se trata de que la mayoría de socialistas renunciasen a la representación política, sino que su pensamiento se vio debilitado por la tensión entre esta y su preferencia por la participación cívica y la democracia directa por parte de las clases populares, una preferencia muy marcada por la experiencia histórica de su opresión política (Dunn, 1984: 21). Parece que, en ocasiones, el precio a pagar por mantener la guardia alta contra el Estado fue un exceso de confianza en la plasticidad de la naturaleza humana.

(*Model Republic*, nº 3, 1 de marzo de 1843, citado en Claeys, 1989: 237). A través de la British Association for the Promotion of Cooperative Knowledge (1829-1831) y de la National Union of the Working Classes (1831-1835) estos cooperativistas trataron de entretejer los principios del radicalismo y del cooperativismo socialista. El propio Owen modularía sus propuestas con el tiempo y bajo la presión de sus colegas: al final de su vida denominaría “Repúblicas” a las comunidades autogobernadas que constituían la columna vertebral de su propuesta y criticaría el apoliticismo de Proudhon al que acusaba de “querer que el mundo se gobierne sin tener un gobierno” (Claeys, 1989: 71, 99).

Lo que ofrecían de novedoso los cooperativistas socialistas respecto al radicalismo era una teoría social con un diagnóstico diferente de la fuente de los males: su enemigo ya no serían las “clases ociosas” que no permitían la representación plena del pueblo y cuyos impuestos excesivos impedían que el trabajador se apropiase del “fruto completo de su trabajo” [*the full enjoyment of the produce of labour*]; el enemigo ahora serían las clases “no-productivas” (entre las que se contaban los capitalistas, trabajasen o no) que bloqueaban la necesaria reforma de una sociedad cuya producción se orientaba a la producción del beneficio y no del uso. El énfasis ya no recaía tanto en la injusticia de los impuestos y la esfera de la circulación como en la apropiación indebida del excedente en la esfera de la producción. Ese diagnóstico exigía soluciones nuevas, y los socialistas republicanos se apresuraron en ofrecerlas, conectando conceptualmente el cooperativismo con las viejas ideas radicales. Lovett podía dirigirse a sus socios en los siguientes términos:

Con respecto a la igualdad de poder, los cooperativistas conciben que el poder para gobernar o para castigar a todos debe ser delegado por todos [*delegated by all*]; de lo contrario, prevaleciendo el sentimiento egoísta, la sociedad pronto será llevada a un estado (...) en el que una de las partes se volverá tan opulenta como para poder comprar a la otra, y la otra tan pobre como para venderse (“Report of the Second Quarterly Meeting of the Society for Promoting Co-operative Knowledge”, 1829, citado en Claeys, 1989, 177).

En paralelo a estas evoluciones, la primera ley de reforma de 1832 que consolidó el poder de las clases medias facilitó la alianza de algunos cooperativistas-socialistas, de algunos viejos radicales y del movimiento obrero de las *trade unions* (Eley, 1990: 28, 32). Personajes como P. M. McDouall, Richard Pilling, James Leach, Ernest Jones o el último O’Connor dieron continuidad al análisis de la explotación capitalista desde bases normativas radicales (Kirk, 1992: 17 y ss.). Estas ideas, sin embargo, fueron minoritarias en el movimiento cooperativo hasta 1848, fecha en la que el movimiento cooperativista se implicó de lleno en la causa de la reforma parlamentaria. 1848 marcó un antes y un después en la política europea. Tras el ciclo de revoluciones puede sostenerse que la mayoría de los socialistas británicos veían el problema del poder político de una forma republicana, quizá de forma similar a como lo expresó G. A. Fleming, que comenzaba citando a O’ Brien:

“Haga que su poder deliberativo y electivo sea lo más grande posible; haga que su poder administrativo y ejecutivo sea lo más pequeño posible: no me importan las pocas manos a las que confía estas funciones, mientras sean elegidas popularmente y estén sujetas a revisión y revocación por el organismo que las nombra”. Esto expresa con bastante precisión nuestra teoría del gobierno, y es esencialmente una democracia, en la cual la gente gobierna en su conjunto a través de los oficiales más sabios que pueden seleccionar (*New Moral World*, 1840; citado en Claeys, 1989, 319).

Thompson también había considerado en el *Making* que la publicación de *Labour Defended against the Claims of Capital* de Thomas Hodgskin en 1825 “representa el primer punto de confluencia claro entre los ‘economistas laboristas’ u owenitas y una parte del movimiento de la clase obrera” (Thompson, 2012: 831). Pero para llegar hasta

ese punto a finales de la década de 1820 hacía falta recorrer un largo camino, y aquí no fueron los socialistas owenitas los que llevaron la batuta.

“Sortear la muralla china”

Si se aceptaba la premisa de que hasta finales de la década de 1820 el socialismo no empezó a congeniar con el republicanismo de las décadas pasadas, entonces existía una suerte de “vacío” que hacía falta rellenar: ¿qué había ocurrido entre 1790 y 1830? ¿Cómo es posible que las ideas de los reformadores de clase media pudieran empezar a ser abrazadas por los trabajadores artesanos y rurales, por esas *lower classes* de principios del siglo XIX? ¿Y qué supuso la Revolución industrial para el viejo programa republicano tal y como fue adoptado por esos trabajadores?

El maridaje de dos tradiciones

Thompson es explícito en la originalidad de su operación: se trata, nos dice, de “**sortear la muralla china** que separa el siglo XVIII del siglo XIX, y la historia de la agitación obrera de la historia cultural e intelectual del resto de la nación” (Thompson, 2012 [1963]: 127, subrayado nuestro). A lo largo de los cientos de páginas de la obra, mostrará cómo el movimiento obrero-artesano fue el heredero directo de los repertorios de acción colectiva de las “muchedumbres” inarticuladas y de las multitudes rebeldes. Pero fue, especialmente, heredero consciente de las prácticas organizativas democratizadoras de las Sociedades de Correspondencia jacobinas, creadas al calor de la Revolución francesa como un “despertar” de las clases bajas contra las altas (Thompson, 2012: 79). Explicar ese proceso de transmisión era el objetivo de la primera parte de esta obra.

El jacobinismo inglés tomó como lema la sentencia: “Que el número de nuestros miembros sea ilimitado”, que significaba el fin de la identificación entre derechos políticos y exclusividad. Cuestión importante, nos dice el autor, no solo porque significaba “el fin de la política como el coto de alguna élite hereditaria o grupo de propietarios” sino porque superaba las formas de radicalismo anterior (como el del movimiento de “Wilkes y libertad”) en las cuales la multitud no se organizaba a sí misma sino que era convocada por una minoría “para fortalecer su influencia y asustar a las autoridades”. El jacobinismo inglés asumía una aspiración democrática para elevar a la ciudadanía a todo el *dêmos* políticamente excluido, recogiendo el legado de los *levellers* durante la Revolución inglesa. Esa aspiración democratizadora, la tradición de la *égalité* que confiaba en la iniciativa popular, sería “la consecuencia más profunda del jacobinismo inglés” (Thompson, 2012: 43-44, 210). Sus mecanismos institucionales eran netamente republicanos, y el olvido de su legado solo podía ser considerado como una gran pérdida:

Todos los ciudadanos de un comité debían tomar parte en alguna de las tareas, la presidencia de los comités era a menudo rotativa, se vigilaban las pretensiones de los líderes, los procedimientos se basaban en la meditada creencia de que todos los hombres eran capaces de razonar y de desarrollar sus habilidades y de que la deferencia y las distinciones de rango eran una ofensa a la dignidad humana. Esos valores jacobinos, que aportaron mucho al cartismo, decayeron en el movimiento de finales del siglo XIX, cuando el nuevo socialismo transfirió el acento de los derechos políticos a los económicos. La fuerza de las distinciones de clase y de posición social en la Inglaterra del siglo XX, en parte, es una consecuencia de la falta de las cualidades jacobinas en el movimiento obrero del siglo XX (Thompson, 2012: 209-210).

El jacobinismo inglés configuraría un conjunto de valores que pivotaba sobre ese principio de la *egalité*, pero también sobre “la tradición del autodidacta y de la crítica racional de las instituciones políticas y religiosas; la tradición del republicanismo consciente y, sobre todo, la tradición del internacionalismo” (Thompson, 2012: 210). El jacobinismo inglés adoptaría un tono *libertarian*: “sostenían la convicción de que el imperio de la ley era la herencia distintiva del *Freeborn Englishman*, así como su defensa frente al poder arbitrario” (Thompson, 2012: 103-104).

Este movimiento radical y democrático tomó como principal referente a Thomas Paine, uno de los autores centrales de la tradición republicano-democrática moderna (Bosc, 2016, 2017). *Los Derechos del Hombre* de Paine, nos dice el autor, acabarían siendo el “libro de cabecera” del primer movimiento obrero inglés. De hecho, Thompson considera que la contrarrevolución inglesa que liquidó al movimiento jacobino comienza cuando William Pitt prohíbe la publicación y circulación de las obras de Paine (Thompson, 2012: 132 y ss.). Pero el elenco de intelectuales republicanos de este movimiento popular no termina en Paine. Dentro de esta cultura intelectual plebeya encontramos también otras figuras de renombre como la gran Mary Wollstonecraft, cuyo ideal de independencia representa un excelente ejemplo de republicanismo democrático (Coffee, 2014)⁴¹³. Junto a ambos destacan en esta obra dos líderes artesanos: John Thelwall y Thomas Spence. Thelwall, el principal intelectual jacobino en Inglaterra después de que Paine huyera a Francia en 1792, fue un acérrimo defensor de la tradición republicana⁴¹⁴, que defendió la idea de inalienabilidad de los derechos humanos que promulgó la Revolución Francesa y criticó la acumulación de capital y el monopolio de la tierra, llevando así, nos dice Thompson, “el jacobinismo a las orillas del socialismo”⁴¹⁵. Spence, por su parte, defendió posturas más radicales que las de Paine: propuso una “Nueva República” en la que la propiedad privada de la tierra sería abolida, pasando a gestionarse este recurso como un bien común en una federación democrática de municipios mancomunados (Thompson, 2012: 184-188).

El curso de la Revolución francesa a partir de 1792 iba a suponer un golpe de timón en esta historia. Asustados por los acontecimientos de París, el grueso de las clases medias e industriales del país corrieron a agruparse en torno a la corte, la iglesia y la vieja *gentry*: “después de 1792, no hubo girondinos que abriesen las puertas por las que pudieran entrar los jacobinos” (Thompson, 2012: 204). Se desató a partir de entonces una oleada de medidas represivas y de ambiente persecutorio e inquisitorial contra los defensores de la

⁴¹³ Thompson estaba fascinado con la figura de Wollstonecraft. En un reseña aparecida en 1974 de la biografía de Wollstonecraft de Claire Tomalin, nos dice que se debería colocar la *Vindication* al mismo nivel que *Rights of Man* de Paine, e incluso más alto, porque Wollstonecraft no cayó en el optimismo de W. Godwin y otros ilustrados, evitando algunas de las debilidades de los racionalistas y creando un “remolino crítico y romántico” en su trabajo. Además, señala, la feminista republicana se distanció rápidamente del “feminismo burgués” porque atendió con cuidado a la cuestión de los derechos de propiedad, de tal manera que “desde el primer momento relacionó estrechamente el feminismo y el radicalismo social” (Thompson, 2000a: 95).

⁴¹⁴ Un significativo detalle merece ser mencionado: aparte de su profundo conocimiento de la Grecia y la Roma antigua, Thelwall fue el encargado de escribir el prefacio a la obra póstuma del gran pensador republicano Walter Moyle (1672-1721) *Democracy vindicated. An essay on the constitution and government of the Roman State*. Thelwall acabó siendo perseguido por las Two Acts, a las que desafió dando conferencias disfrazadas de clases sobre historia de la antigua Roma. De estas conferencias se informaba al mismísimo rey y a menudo eran saboteadas por los realistas (Thompson, 1997b: 205, 45).

⁴¹⁵ El gran estudioso del republicanismo inglés Gregory Claeys ha insistido de forma parecida en este punto. Lo que sería crucial para el socialismo posterior, nos dice, fue el cambio radical que supusieron las obras de Paine y Thelwall al desplazar el foco de los derechos de las clases trabajadoras no hacia la caridad, sino hacia una participación justa en la riqueza nacional (Claeys, 1994: 256).

“reforma”. Enfrentados a la represión, los radicales de clase media que no habían abandonado sus principios buscaron su aliado natural en los movimientos artesanos y campesinos, forjando una alianza entre las demandas políticas y económicas que sellaría para la posteridad esa conexión entre el republicanismo moderno y el movimiento obrero incipiente: “los jacobinos y paititas desaparecieron, pero la demanda de derechos humanos empezó a difundirse con mayor amplitud que antes. La represión no destruyó **el sueño de una república igualitaria** inglesa” (Thompson, 2012: 541. Subrayado nuestro). Irónicamente la represión fue la herramienta que permitió forjar esa unión:

Aislados de otras clases, los trabajadores manuales radicales, los artesanos y los obreros, forzosamente, tenían que fomentar tradiciones y formas de organización propias. De modo que, en tanto que los años que van de 1791 a 1795 proporcionaron el empuje democrático (...) las Combination Acts (1799-1800) solo sirvieron para unir de forma más estrecha los hilos de los ilegales jacobinos y las *trade unions* (Thompson, 2012: 208).

Esta unión fue territorialmente desigual. En algunas zonas, debido a una ley electoral muy poco proporcional y debido también al nivel de penetración de la propaganda antijacobina, el movimiento radical no pudo participar en los procesos electorales. En otras regiones, como Westminster, sí que pudo hacerlo (véase el Capítulo 13 de esta obra). En cualquier caso, nos dice Thompson, este “radicalismo popular” no desapareció, simplemente “perdió coherencia” y “durante años se convirtió en algo inarticulado debido a la censura y la intimidación. Perdió su prensa, su expresión organizada y su mismo sentido de la orientación. Pero a lo largo de las guerras está ahí, como una presencia palpable” (Thompson, 2012: 491). En el norte del país, en las Midlands y el norte industrial, “el radicalismo fue abocado a la clandestinidad, al mundo de las ilegales *trade unions*; llegó a estar asociado con las injusticias industriales, las reuniones secretas y los juramentos” (Thompson, 2012: 513). Ese radicalismo popular y norteño, sometido a las áridas circunstancias de la clandestinidad, comenzó a mutar en nuevas formas:

Es interesante observar cómo, después de esto, los clubs políticos que sobrevivieron en el norte y las Midlands abandonaron nombres como “Patriótica” o “Constitucional” para sus sociedades y se llamaron *Union Societies*, término que por su ambivalencia les permitía abarcar tanto los objetivos políticos como los laborales (Thompson, 2012: 542).

Considerando este proceso de maridaje, mutaciones y diferencias, y considerando *quiénes* defendían ahora las ideas del radicalismo popular, Thompson podía llegar a una conclusión sumamente interesante para los estudiosos de la tradición republicana. El proceso de formación de la primera clase obrera en Inglaterra coincidió con el proceso por el cual la vieja tradición radical y democrática fue asumida y defendida por el movimiento obrero:

Fue en los años de represión cuando se puede hablar de la maduración de una inequívoca “conciencia obrera de clase”. (...) A lo largo de este tiempo, la dinámica del radicalismo no estuvo trazada por la clase media, sino por los artesanos y los obreros. A los hombres de las sociedades populares [*trade unions* y sociedades de socorro mutuo] se les denomina, correctamente, jacobinos. (...) el movimiento obrero de los años posteriores **continuaría y enriquecería las tradiciones de la fraternidad y la libertad** (Thompson, 2012: 208-209, subrayado nuestro).

La historia del jacobinismo inglés tuvo, por tanto, un final trágico y una vía de supervivencia. Su final fue la derrota de los radicales que abrió las puertas a una expansión sin precedentes del imperialismo británico. Su vía de supervivencia fue la formación de la primera clase obrera en sentido moderno:

El hecho destacable del período comprendido entre 1790 y 1830 es la formación de la “clase obrera”. Esto se revela, primero, en el desarrollo de la conciencia de clase; la conciencia de una identidad de

intereses a la vez entre todos esos grupos diversos de población trabajadora y contra los intereses de otras clases. Y, en segundo lugar, en el desarrollo de las formas correspondientes de organización política y laboral (...). La formación de la clase obrera es un hecho de historia política y cultural tanto como económica. No nació por generación espontánea del sistema fabril (...). Las relaciones de producción cambiantes y las condiciones de trabajo de la Revolución industrial fueron impuestas, no sobre una materia prima, sino **sobre el inglés libre por nacimiento**; un inglés libre por nacimiento tal y como Paine lo había legado o los metodistas lo habían moldeado. Y el obrero fabril o el calcetero era también el heredero de Bunyan, de derechos locales no olvidados, de nociones de igualdad ante la ley, de tradiciones artesanas (Thompson, 2012: 220. Subrayado nuestro).

De la crisálida a la madurez del movimiento

La cultura artesana de finales del siglo XVIII y principios del XIX, con sus sociedades de socorro mutuo y sus clubs de oficio, acogió en su seno las ideas republicanas. Representaba, para Thompson, “la cultura popular más eminente que Inglaterra ha conocido” (Thompson, 2012: 883). Este movimiento obrero ilustrado defendió las capacidades racionales de todo ser humano: promovió el aprendizaje autodidacta, organizó clubs de debate y creó toda una enorme red de medios de comunicación autónomos y radicales, la famosa *unstamped press* o prensa obrera ilegalizada (el *Register* de Cobbet, el *Black Dwarf* de Wooler, el *Republican* de Carlile, la prensa cartista, etc.). Al hacerlo estaban heredando, transformando y haciendo suyos unos principios republicanos y *libertarians*:

La ideología obrera que maduró en los años treinta y que, a través de diversas traslaciones, ha perdurado desde entonces, confirió un valor excepcionalmente elevado a los derechos de la prensa, de expresión, de reunión y de libertad personal. Por supuesto la tradición del “inglés libre por nacimiento” es mucho más antigua, pero apenas se sostiene la idea que encontramos en algunas interpretaciones “marxistas” tardías según las cuales estas reivindicaciones aparecen como una herencia del “individualismo burgués”. Durante la lucha que se desarrolla entre los años 1792 y 1836, los artesanos y los obreros convirtieron esta tradición en algo particularmente suyo (Thompson, 2012: 783).

Esta cultura plebeya –a medida que definía sus propios intereses, formulaba sus propios análisis y sus propias soluciones acordes a aquellos– pronto iría escindiéndose de los intereses de una clase media que aspiraba a la reforma pero temía las consecuencias sociales de esta: “la línea divisoria iba a ser, de manera creciente, no las estrategias de ‘reforma’ alternativas (...) sino las ideas alternativas respecto de la economía política” (Thompson, 2012: 778). Por eso cobra sentido la idea de que el movimiento obrero no solo continuaría, sino que también “enriquecería” las tradiciones republicanas precedentes: el radicalismo no podía seguir siendo el mismo ante esas nuevas divisiones sociales.

La ocasión para formular nuevas propuestas la proporcionarían los enormes cambios sociales que enfrentaba el país en aquellos años. La extensión de las relaciones capitalistas, intensificada tras la derrota del ala plebeya jacobina, junto con la Revolución industrial, supusieron una transformación en la estructura de la propiedad y en las formas de trabajo que los obreros sentían “como cambios en el carácter de la explotación capitalista”:

La ascensión de una clase de patronos que no tenía autoridad tradicional ni obligaciones; la creciente distancia entre el patrono y el hombre; la transparencia de la explotación en el origen de su nueva riqueza y poder; la pérdida de estatus del trabajador y sobre todo la **pérdida de su independencia**; su reducción a una dependencia total con respecto a los instrumentos de producción del patrono; la parcialidad de la ley; la descomposición de la economía familiar tradicional; la disciplina, la

monotonía, las horas y las condiciones de trabajo; la pérdida de tiempo libre y de distracciones; la reducción del hombre a la categoría de “instrumento” (Thompson, 2012: 228. Subrayado nuestro)⁴¹⁶.

Los trabajadores de este período comprendieron rápidamente el tipo de dominación y dependencia civil *estructural y despersonalizada* que suponía la nueva economía capitalista:

El pueblo estaba sometido, a la vez, a una intensificación de dos tipos de relaciones intolerables: las de explotación económica y las de opresión política. Las relaciones entre patrón y obrero se volvían **más estrictas y menos personales**; y aunque es cierto que eso aumentaba la libertad potencial del trabajador, puesto que el jornalero agrícola o el oficial en la industria doméstica estaba, en palabras de Toynbee, “situado a medio camino entre la condición del siervo y la condición del ciudadano”, esa “libertad” hacía que percibiese mejor su *no* libertad (Thompson, 2012: 225. El subrayado es nuestro)⁴¹⁷.

Estas nuevas formas de dominación suponían el fin del viejo modelo del “paternalismo” de las autoridades públicas⁴¹⁸ que, a la vez que mantenía a los pobres firmemente subordinados, aseguraba su supervivencia:

La relación de explotación clásica de la Revolución industrial es **despersonalizada**, en el sentido de que no se admiten obligaciones durables de reciprocidad: de paternalismo o deferencia, o de intereses del “Oficio”. No hay indicios del precio “justo” o de un salario justificado en relación a las sanciones sociales o morales, como algo opuesto a la actuación de las fuerzas del libre mercado (...) esta es la economía política que Marx analizaba minuciosamente en *El capital* (Thompson, 2012: 229. Subrayado nuestro).

Thompson recoge un panfleto escrito por un oficial hilandero de algodón de Manchester, publicado en el *Black Dwarf* en 1818, que expresa estos sentimientos y análisis con tono republicano. Según el oficial, los patronos de la industria hilandera “son materialmente **pequeños monarcas, absolutos y despóticos** en sus distritos particulares; y para que todo eso se mantenga, ocupan todo su tiempo en maquinariar cómo obtener la mayor cantidad de trabajo a cambio del menor gasto” (citado en Thompson, 2012: 226. Subrayado nuestro).

Es llamativa la insistencia del historiador en el hecho de que los principales conflictos de la década de 1830 no giraban en torno a los salarios –que ocupaban un lugar secundario en las reivindicaciones– sino en torno a reducir la jornada laboral, tener derecho a sindicarse, tener seguridad en el empleo o evitar la explotación infantil. Se trataba de defender “las costumbres tradicionales, la ‘justicia’, la ‘**independencia**’, la seguridad o la economía familiar, más que los temas simples de *bread and butter*” (Thompson, 2012: 229, subrayado nuestro). Como ha señalado Tim Rogan: “Thompson se centró menos en la depresión de los salarios que en la redefinición de los trabajadores como ‘instrumentos’, en su ‘despersonalización’” (Rogan, 2017: 161). Al hacerlo, nos estaba proveyendo con hipótesis explicativas de cómo fueron los procesos históricos que engendraron el tipo de dominación estructural e impersonal de las sociedades capitalistas que tanta atención ha atraído en el neorrepblicanismo reciente (véase 1.2.7.).

⁴¹⁶ La traducción castellana en la edición de 2012 traduce *loss of status* como “el empeoramiento de la condición del trabajador”. Creo que una traducción más literal es más adecuada, porque “empeoramiento” es un término demasiado general que no recoge la especificidad que tiene “estatus” en este preciso contexto.

⁴¹⁷ Véase la misma idea en *Costumbres en común* (Thompson, 1995 [1991]: 19, 291).

⁴¹⁸ Para una excelente explicación de en qué consistía ese “paternalismo” y cómo se fue disolviendo en estos años véase el clásico de Rudé y Hobsbawm (1978: 23-79).

Ahora bien, este movimiento obrero no solo comprendió las nuevas formas de dependencia civil a las que se enfrentaba, también planteó propuestas encaminadas a liberar a los nuevos oprimidos enriqueciendo la tradición republicana por el lado de las propuestas. No fue algo que sucediera de forma inmediata: en un primer momento el movimiento resistió la proletarización con proyectos que tenían la mirada puesta hacia el pasado (proyectos, sobre todo, de universalización de la pequeña propiedad al estilo de Jefferson o Robespierre, como los propuestos por Thelwall, Thompson, 2012: 185). Pero a partir de la década de 1820 los trabajadores rurales y artesanos organizados en las sociedades de socorro mutuo (reconvertidas en las conocidas *trade unions*), o las comunidades experimentales cooperativas de inspiración owenita –que en 1832 llegaron a la cifra de 500 distribuidas por todo el país y 20.000 miembros (Thompson, 2012: 844)–, plantearon soluciones nuevas. Además de los artesanos, que no defendieron salidas individualistas a su miseria sino que buscaron una “independencia colectiva” (Thompson, 2012: 219, 294), el historiador destaca también a los tejedores y cardadores, en su mayoría inmigrantes irlandeses, que propusieron medidas premonitorias para su tiempo como aumentar los salarios para estimular el consumo interno y salir de las crisis; un impuesto a las innovaciones tecnológicas que provocasen desempleo o la disminución de la jornada laboral para repartir el empleo (Thompson, 2012: 232, 540, 596 respectivamente). Por todo ello:

Estos años revelan **la superación** de la característica perspectiva del artesano, con su deseo de conseguir un sustento independiente “con el sudor de su frente”, y la aparición de una nueva perspectiva, más reconciliada con los nuevos medios de producción, pero que busca ejercer el **poder colectivo** de la clase para humanizar el entorno mediante esta comunidad o aquella sociedad cooperativa, mediante ese control del ciego funcionamiento de la economía de mercado, este decreto, aquella medida de ayuda a los pobres. E implícito, si no siempre de forma explícita, en su perspectiva estaba el peligroso principio: la producción debe ser no para el beneficio, sino para el uso (Thompson, 2012: 882, subrayado nuestro).

El movimiento obrero, por tanto, articuló una crítica de la nueva sociedad *como sistema* y planteó una respuesta que prefiguraba una sociedad alternativa basada en el “control social cooperativo” de los nuevos medios de producción “frente al ciego funcionamiento de la economía de mercado” (Thompson, 2012 [1963]: 882 y 856). Ese control social cooperativo no implicaba renunciar al viejo ideal republicano de la independencia, sino actualizarlo para hacerlo verosímil en las nuevas condiciones sociales. Las comunidades owenitas eran un buen ejemplo de todo ello, cuyos objetivos eran “la protección mutua de todos los miembros contra la pobreza y el logro **de la independencia** por medio de un capital común” (Thompson, 2012: 846, subrayado nuestro).

Conclusiones

Si el primer socialismo había nacido como una reacción antipolítica y antirrepublicana por parte de algunos reformadores desencantados, ¿cómo era posible que a finales de los años 20 se acabara engendrando un “socialismo jacobino” o “republicano” como el de Thomas Hodgskin, William Thompson, William Lovett, Bronterre O’Brien o algunos textos tardíos del propio Robert Owen?

Thompson no estructuró el *Making* en torno a esta pregunta, pero su explicación resuelve el misterio: no fueron los intelectuales o los activistas de las cooperativas sino el movimiento de las sociedades de socorro mutuo y de oficios las que heredaron los principios jacobinos de Thelwall y Paine y los llevaron hasta nuevas formas que sus creadores jamás habrían podido sospechar. Cabe insistir en este punto: fue el primer

movimiento obrero, y no el primer socialismo, el que asumió los principios republicanos y los hizo suyos⁴¹⁹. Confrontados con la represión de la contrarrevolución orquestada por Pitt, los jacobinos inundaron las sociedades obreras y maridaron sus propuestas con las de los obreros. A medida que el imperio británico y el capitalismo industrial se extendían (propulsados por la derrota de la causa de la Reforma) esta cultura artesana radical se vio forzada a proporcionar análisis renovados y soluciones novedosas ante las circunstancias cambiantes. Y poco a poco los socialistas fueron confluyendo con ellos.

La defensa del jacobinismo inglés reaparecería continuamente en la obra de Thompson. Como también lo haría una cierta concepción de la Revolución francesa alejada de las ortodoxias de la Guerra Fría. Una de sus obsesiones fue siempre colocar cada fenómeno en su contexto y evitar indebidos anacronismos. Dos revisiones de libros publicadas en 1974 dan prueba de ello. En una reseña sobre la biografía de Wollstonecraft escrita por Claire Tomalin Thompson criticará este libro precisamente por la superficialidad con la que trata la Revolución francesa: “su Revolución Francesa es una escena rabiosamente interesante con alegres intelectuales seguida por un predecible Terror plebeyo (...). Tomalin está contra los extremos y, a medida que el libro avanza, se hace evidente que nadie, excepto la autora, es completamente equilibrado y maduro” (“Mary Wollstonecraft” en Thompson, 2000a [1974]: 91). El mismo año Thompson publicó una reseña de un libro de John Foster donde le reprocha el haber tratado de imprimir un modelo leninista sobre el “bagaje jacobino” de esos radicales que acabarían militando en el movimiento obrero, perdiéndose así su especificidad en tanto que radicales (Thompson, 2002b [1974]: 207-208). No obstante, su comprensión de la Revolución francesa no carecía de sus propias debilidades. Como ha explicado David Eastwood, Thompson subestimó continuamente, y no abordó con la solidez requerida, el debate que tuvo lugar en Gran Bretaña sobre la Revolución. Esta aparece en su obra como un telón de fondo, como un *evento* más que como un *proceso*, que le permite explicar los cambios dentro de un radicalismo inglés, su verdadero objeto de estudio. El problema es que si la Revolución tenía que jugar un papel central para explicar los desarrollos del radicalismo inglés, su imagen estática y superficial de la Revolución debilitaron parcialmente esas explicaciones (Eastwood, 1995: 81).

Algunos historiadores críticos de su obra trataron de socavar la originalidad o el valor de esa reivindicación de las raíces jacobinas del primer movimiento obrero. Tampoco la segunda New Left recibió de buena gana esa defensa del republicanismo en la tradición socialista: Anderson y Nairn fueron críticos con ella o le otorgaron un papel considerablemente menor en su historia del movimiento obrero⁴²⁰. Pero esta era una línea roja que Thompson no estaba dispuesto a traspasar. En el *postscriptum* que escribiría en 1968 al reeditarse el *Making*, el autor se reafirmaría con mayor vigor:

⁴¹⁹ Resaltan aquí las diferencias con la tradición francesa. El socialismo francés también “había surgido, en buena medida, al margen de las ideas republicanas”, pero paradójicamente la tradición comunista no. Cabe afirmar que “el comunismo es, en su origen, un tipo particular de republicanismo” (Scotto, 2019: 319). Estos comunistas deben entenderse como el ala extrema izquierda del “partido” republicano (de los defensores de la Revolución Francesa). Scotto se refiere al comunismo neobabuvista (de los seguidores de Babeuf mientras este estaba en la cárcel) y al comunismo casi religioso de Cabet. No obstante, el neobabuvismo tiene poca repercusión en el movimiento obrero hasta 1848, cuando Babeuf se convierte en el líder del movimiento insurreccional. Pero para entonces, el socialismo ya se había cruzado con fuentes republicanas (Scotto, 2019: 322).

⁴²⁰ Contra ellos reaccionaría Thompson, poniendo en cuestión que la Revolución francesa pudiera ser catalogada de “revolución burguesa” (Thompson, 1994d: 22, 35).

Ningún otro tema del libro ha sido recibido con mayor escepticismo que mi planteamiento de que existe una continua y soterrada tradición que une a los jacobinos de la década de 1790 con los movimientos de 1816-1820. Currie y Hartwell juzgan tal noción “indemostrable”, Chambers me considera víctima de la “obsesión” y la “fantasía”. En realidad, **ahora pienso que fui demasiado comedido a propósito de ese substrato** (...). Los nexos son más importantes a nivel local que nacional: en una ciudad tras otra, entre los dirigentes sindicalistas y reformadores de 1816 encontraremos un puñado de viejos jacobinos de 1790 (Thompson, 2012: 894-895, subrayado nuestro).

Críticos más recientes, sin embargo, caminaban por un suelo más firme cuando señalaron que Thompson había exagerado sus críticas a Robert Owen, sin percibir los muchos cambios que atravesó su pensamiento (Claeys, 1989: 63). El punto puede ser importante, porque Thompson pudo haber pasado por alto las raíces republicanas de Owen, por lo que su explicación del origen del socialismo está incompleta y oscurece parcialmente las razones por las que Marx entró en contacto con un movimiento obrero republicano-socialista de cuño owenita (W. C. Roberts, 2016: Cap. 3, nota 7).

4.1.3. Últimos escritos: economía moral y jacobinismo inglés

En sus últimos escritos en vida sobre el siglo XVIII inglés, Thompson no desaprovechará la oportunidad de seguir mapeando las actitudes políticas republicanas de la época, ya fuera bajo la forma articulada de los intelectuales jacobinos ingleses, ya fuera bajo formas menos articuladas por parte de las clases bajas. Comencemos por el final.

El radicalismo inarticulado

En la recopilación de artículos que lleva el título *Costumbres en común*, Thompson recoge algunos materiales interesantes para nuestro argumento. Un panfleto de 1768, por ejemplo, se expresaba en un lenguaje radical. El panfleto clamaba contra la supuesta libertad de los agricultores para saltarse las regulaciones consuetudinarias que fijaba el modelo paternalista, denominando a esa “libertad” una “libertad natural” pero no “civil”:

No puede decirse, entonces, que sea la libertad de un ciudadano o de uno que vive bajo la protección de alguna comunidad; es más bien la libertad de un salvaje; por consiguiente, el que se aproveche de ella, no merece la protección que el poder de la Sociedad proporciona (citado en Thompson, 1995: 227).

Pocos años después, a partir de 1795, las cartas anónimas que escribían miembros de las *lower classes* contra la *gentry*, amenazando con motines y revueltas, empezaron a adquirir, nos dice, un “matiz jacobino”. En estos casos, sostiene Thompson, “tenemos la impresión de que existe una corriente subterránea de motivaciones políticas articuladas”. Una copla dirigida a los especuladores en una zona de Essex rezaba: “Queréis que se alimenten los pobres de bazofia y granos / y bajo la guillotina querriamos ver vuestras cabezas / porque creo que es una vergüenza atender a los pobres así / y creo que algunas de vuestras cabezas serán un buen espectáculo”. Según el autor, “cientos y cientos de cartas como estas circularon en estos años” (Thompson, 1995: 281). En algunos casos, ese republicanismo popular llegaba a ser muy explícito, como ejemplifica un cartel fijado en un árbol en Ramsbury (Wiltshire):

Terminad con Vuestro Lujurioso Gobierno tanto espiritual como temporal u os moriréis de Hambre. Os han quitado el pan, el Queso, la Carne, etc. etc. etc. etc. y hasta vuestras Vidas os han quitado a miles en sus Expediciones, dejad que la Familia Borbónica defienda su propia causa y dejad que nosotros los verdaderos Británicos miremos por nosotros mismos, dejad que desterremos a algunos Hanover de donde salieron. Abajo con vuestra Constitución. Erigid una república o vosotros y

vuestros hijos pasaréis hambre el Resto de vuestros Días. Queridos Hermanos, reclinareis vuestras cabezas y moriréis bajo estos Devoradores de Hombres y dejaréis a vuestros hijos bajo el peso de ese Gobierno de Canallas que os está devorando. Dios Salve a los Pobres y abajo Jorge III (Thompson, 1995: 282).

Sin embargo, la aportación de *Costumbres en común* a la historia del republicanismo y del socialismo no se reduce a esta importante “historia desde abajo” de las actitudes explícitamente radicales. Una de las principales contribuciones de esta obra fue proporcionar el concepto de “economía moral de la multitud”, presentado primero como artículo en *Past & present* en 1971 y que en esta obra incluye un segundo capítulo donde el autor responde a sus críticos (“La economía moral revisitada”)⁴²¹. Thompson aprovechará este concepto para afinar más en la cuestión de los vínculos entre la cultura popular y el movimiento obrero.

La continuidad de las prácticas de economía moral en las instituciones obreras del siglo XIX era algo que ya había bosquejado en el *Making* (p. ej. Thompson, 2012: 457), pero ahora su explicación alcanza mayor profundidad. Sus estudios se centran en las relaciones recíprocas entre la clase dominante (“patricios”) y los dominados (“plebeyos”), las formas en las que negocian diariamente los límites de esa dominación. En ese proceso antagónico la apelación a las costumbres no escritas, pero defendidas “desde tiempo inmemorial”, fue una de las principales formas en las que las clases subalternas se defendieron de la voracidad capitalista (disolución del derecho comunal, cercamientos, leyes de caza, especulación de precios sobre productos básicos, etc.), que trastocaba no solo sus formas de vida tradicionales, sino el grado de autonomía y libertad que hubieran podido gozar en ellas: “la vida podía resultar azarosa, pero no estaba sometida, desde la juventud hasta la muerte, a una disciplina laboral extraña. En alguna parte de su vida los ‘pobres’ todavía se sentían autónomos y en ese sentido ‘libres’” (Thompson, 1995: 206). Pues bien, serán algunas partes esenciales de esos densos entramados de relaciones sociales e instituciones (las ferias, las tabernas, los aprendizajes del oficio, los saberes ancestrales, las formas de sanciones e intercambios no exclusivamente económicos, etc.) los que, pasados los años, se apropiará y utilizará el primer movimiento obrero (Thompson, 1995: 79). Por todo ello, nos dice el autor que “la economía ‘moral’ de la multitud tardó más tiempo en morir: es recogida en los primeros molinos harineros cooperativos, por algunos de los socialistas seguidores de Owen, y subsistió durante años en algún fondo de las entrañas de la Sociedad Cooperativa Mayorista” (Thompson, 1995: 292-293).

Románticos y jacobinos

Las dos obras finales sobre los poetas románticos nos sitúan de nuevo en la historia de las ideas republicanas, pero ahora bajo formas más articuladas. El objetivo de la obra póstuma *The Romantics. England in a Revolutionary Age* (1997) es explicar cómo se configuró la sensibilidad de los poetas románticos, y para ello Thompson reconstruye el contexto social y político de la época para indexar adecuadamente sus creaciones artísticas. Y ese contexto no es otro que el del radicalismo democrático y del jacobinismo inglés.

El jacobinismo inglés adoptó muchas formas. Una de ellas, “bajo el impacto de la Revolución francesa, los *Rights of Man* y las reivindicaciones políticas de la *égalité*”, configuraría una sensibilidad horizontal que ayudaría a poner en cuestión el viejo modelo paternalista (Thompson, 1997b: 9). Fueron precisamente los poetas románticos, como

⁴²¹ Nos ocuparemos de este concepto en el Capítulo 5, por lo que ahora nos limitaremos a reflejar las dimensiones relevantes para el argumento de la “muralla china”.

Thelwall, Wordsworth o Coleridge, los que en algunos momentos de sus obras contribuirían a socavar ese paternalismo. *The Prelude* de Wordsworth, nos dice el autor, “volteó el tablero cultural” al colocar al lector en una posición de igual a igual con los pobres. Se trata de “una afirmación del valor del hombre común, una declaración de fe perdurable a través de la perplejidad y la conmoción en la **fraternidad universal**” (Thompson, 1997b: 11, subrayado nuestro).

Y esa laminación del viejo patrón cultural por parte de los poetas tuvo lugar desde dentro de una sensibilidad republicana, porque todos ellos fueron simpatizantes o activistas de la causa jacobina. En algún momento, sin embargo, los poetas renunciarían a esos compromisos políticos. Pero aquí es donde se pone interesante el asunto para Thompson. La literatura existente, nos dice, ha tendido a considerar que Godwin era “el único conjunto de ideas republicanas disponible”⁴²², y que, por tanto, cuando los poetas rechazaron el legado de Godwin estaban renunciando al republicanismo *in toto*. Nada más lejos de la realidad, porque “el rechazo de Godwin se acompañó de un rechazo de la psicología mecánica y de haber entronizado de forma abstracta la razón” pero no implicaba renunciar al “ardor republicano” (Thompson, 1997b: 34). El problema reside en reducir el republicanismo de la época a una visión demasiado sencilla e intelectualizada. Cuando la contrarrevolución generó un escenario de presiones y persecuciones contra los radicales, el principio de la *égalité* tomaría una forma menos universalista y descarnada, una forma más localizada “y humana”, dando lugar a lo que llama una suerte de “jacobinismo en retirada”. El punto es importante, porque fue justamente en este momento histórico “cuando el gran impulso romántico alcanzó su madurez” (Thompson, 1997b: 37). La imagen que nos traslada Thompson del romanticismo maduro es el de un movimiento intelectual que reacciona contra un racionalismo acrítico que prometía una nueva sociedad y una nueva moral fundadas en la razón universal. Una razón que iguala a todos los humanos, pero que por su carácter abstracto disuelve los lazos comunitarios que permiten el compromiso y vuelven plausibles los deberes morales. Este era un problema que se planteaba no solo en la teoría, sino a nivel práctico, en el contexto político e incluso en las relaciones personales (Thompson, 1997b: 92).

Thompson se preocupa por analizar los contextos determinantes que condujeron a los poetas a renegar de sus antiguas simpatías jacobinas y finalmente a la apostasía. En la obra de Wordsworth se aprecia el motivo de esa decepción:

*Y ahora, convertidos en opresores de vuelta,
Los franceses habían cambiado una guerra de autodefensa
Por una de conquista, perdiendo de vista todo
Por lo que habían luchado; y apilaron*

⁴²² Thompson señala que el peso decisivo lo tuvo Paine entre 1791 y 1794. Posteriormente, puede que Godwin fuese uno de los más destacados entre una joven *intelligentsia*. Pero, incluso en los años de su apogeo (1795-1797), ninguno de los principales reformadores ingleses se contaba entre los seguidores de Godwin: “W. Friend y G. Wakefield eran unitaristas; Daniel Isaac Eaton era un painita deísta y republicano; los católicos irlandeses y los disidentes se alzaron conjuntamente en 1798; John Thelwall no era ciertamente un ‘discípulo’ de Godwin (...). Y había *whigs* seguidores de Fox, pacifistas baptistas e incluso (James Montgomery de Sheffield) un moraviano” (Thompson, 1997b: 88; para sus opiniones sobre el republicano Godwin como un racionalista abstracto que renegaba de los movimientos populares y de los godwinianos como un grupo de iluminados autoelegidos en vanguardia, véase 88 y ss.; 98 y ss.; 119-120, 160).

También para Coleridge –que posteriormente sería conocido por sus críticas al radicalismo– la crítica de Bonaparte sería la “palanca” que permitiría pasar de las simpatías por los revolucionarios a su denostación total (Thompson, 1997b: 147). Pero Coleridge había sido un gran radical. La cláusula de las Two Acts que prohibía hacer proselitismo en conferencias con más de 49 personas iba también dirigida contra el brillante orador de Bristol. En un viaje para buscar suscriptores para su revista *The Watchman*, Coleridge bosquejó:

una crítica de las instituciones de la propiedad (y, en particular, del imperialismo comercial y de la industrialización) a la luz de una **república visionaria comunista**. Su crítica de la sociedad estaba basada, no sobre las abstractas demandas punitivas en favor de la igualdad de derechos políticos, sino sobre una reivindicación más amplia de igualdad socioeconómica (Thompson, 1997b: 116, subrayado nuestro).

El caso de Thelwall es el más llamativo y con el que claramente simpatiza Thompson. Thelwall fue el principal líder de los jacobinos ingleses tras la partida de Paine a Francia, sufrió más que nadie la persecución política (fue juzgado por alta traición en 1794) hasta el punto de que llegó a idearse un plan de secuestro para meterle en un barco y deportarle a Siberia (Thompson, 1997b: 206). A diferencia de Wordsworth o Coleridge, Thelwall no entraría en las filas de los apóstatas, y aunque hibernase durante los años más duros de la represión, acabaría volviendo a salir a la palestra al acabar las guerras napoleónicas para intentar colocarse en una posición de liderazgo entre los reformistas (Thompson, 1997b: 163). Sus compromisos republicanos eran profundos: “los intelectuales jacobinos de la década de 1790 eran reformadores en todo: las maneras de dirigirse, el género y las relaciones sexuales, la crianza de los niños, los juguetes y la educación, los estilos y la moda” (Thompson, 1997b: 174)⁴²³.

De nuevo, la desafección con el giro a la derecha de la Revolución francesa tuvo un papel importante. En una carta a Thomas Hardy escrita en mayo de 1798 Thelwall argumenta: “en lo que respecta al Directorio francés y esa facción, nada me parece que esté más alejado de sus intenciones que dejar un solo átomo de libertad, ni para su nación ni para cualquier otra” (citado en Thompson, 1997b: 177). De nuevo a finales de 1805 escribe a Hardy:

Incluso cuando Francia era republicana y las especulaciones republicanas se llevaban entre nosotros hasta su máxima extensión, tú sabes bien que nunca fui de esos que buscarse la libertad inglesa en el ejército francés, o que pudiese haber sido encontrado entre las filas del Invasor; sino que desde el momento en el que Bonaparte puso un pie en el territorio de Egipto, no consideré más la lucha entre los dos países como una cuestión de principios sino de poder (citado en Thompson, 1997b: 202).

Las investigaciones de Thompson sobre el pensamiento republicano del XVIII no terminan aquí. La segunda aportación a los estudios sobre el romanticismo fue su obra sobre William Blake, titulada *Witness against the Beast* (1993). El argumento que trata de construir Thompson es que para entender la estructura de pensamiento y la configuración de la sensibilidad particular de Blake no debemos remontarnos, como se ha tendido a hacer, a los neoplatónicos, los seguidores de John Boehme (behmenistas) o

⁴²³ Thompson nos explica que los primeros usos de la ya generalizada manera de despedirse en inglés diciendo “yours fraternally” provienen de esta época y del puño de algunos jacobinos. Thelwall vestía a su propia hija con pantalones y deseaba que “en algún momento se convierta en la madre feliz de una robusta raza de republicanos y *sans-culottes*” (citado en Thompson, 1997b: 174).

a los “philadelphians” (Thompson, 1993c: 50). Porque Blake “jugaba” con su vocabulario y su simbolismo pero lo interpretaba a su manera. La clave de Blake debe buscarse en su recepción del *radical dissenter*, de algunos elementos de los *ranter*s, por tanto, se encuentra más en la década de 1650 que en el siglo XVIII. Su argumento es que el *nexo* que proporciona la unión entre John Milton y William Blake es la secta muggletoniana creada por John Reeve y Ludowick Muggleton tras la derrota de los *levellers* en 1652⁴²⁴.

Después de la derrota de los *levellers*, las sectas disidentes podían o bien adaptarse al nuevo *establishment* caracterizado por la cultura educada y por el “racionalismo”, o bien mantener la identidad doctrinal bajo la forma de una resistencia tenaz a ese racionalismo. Así fue como los muggletonianos se configuraron como una suerte de impulso contrailustrado, donde “la Razón” se veía como un Satán encarnado, y la salvación se depositaba exclusivamente en la fe. Pero bajo esta apariencia irracionalista, nos dice Thompson, se esconde una lógica profunda⁴²⁵. La respuesta muggletoniana no era en todos los casos una renuncia a las capacidades racionales del ser humano, sino a la *racionalización* de los intereses de la Iglesia anglicana y del Estado. Su renuncia de la Ley Moral de Moisés como una imposición autoritaria no tenía tanto que ver con la renuncia a los códigos morales en general sino a la idea de que solo la ley y la norma bastan para la salvación. Para los muggletonianos hace falta un impulso positivo que parta del propio sujeto, un impulso al que llamaban “amor” o “Everlasting Gospel” (Thompson, 1993c: 91):

Lo que los antinomianos y los muggletonianos criticaban como la “Razón”, nosotros podríamos preferir definirlo hoy en día como “Ideología”, o como las constricciones compulsivas del “discurso” dominante (...). En resumen, la actitud antinomiana no iba dirigida contra el conocimiento sino contra las asunciones ideológicas que pretendían ser conocimiento, y contra la contaminación ideológica sobre los demás (Thompson, 1993c: 109).

Pues bien, esa veta antinomiana de la tradición muggletoniana llegaría al poeta republicano William Blake proporcionándole las herramientas para ofrecer una mezcla polémica y original de republicanismo y antinomianismo. Las simpatías de Blake por el republicanismo están fuera de dudas. Su primer biógrafo, Alexander Gilchrist, escribió en 1907 que Blake “se calzaba valientemente el famoso símbolo de la libertad y la igualdad –el *bonnet-rouge*– a plena luz del día, y caminaba filosóficamente por las calles con él puesto” (citado en Thompson, 1993c: 126). Aunque sus actitudes pudieran cambiar después de las matanzas de septiembre de 1792, “no hubo una revocación de su entusiasmo republicano (...). Indudablemente, Blake pertenece a la tendencia jacobina entre los reformadores ingleses. Se sentaba a horcajadas de dos mundos sociales: el de los intelectuales y artistas, y el de los comerciantes y artesanos”. En el primer mundo se codeaba con T. Paine, M. Wollstonecraft (para la que hizo las ilustraciones infantiles de *Original Stories* en 1791), J. H. Fuseli, J. Priestley o R. Price en las cenas semanales que organizaba el editor Joseph Johnson en su casa (Thompson, 1993c: 127).

Cuando analiza el famoso poema “London” de *Songs of Experience*, Thompson se enfrasca en una curiosa discusión sobre el término “charter’d” que emplea el poeta. Sus conclusiones son bien reveladoras, puesto que, según nos relata el historiador, el uso que

⁴²⁴ Para una explicación de cómo se creó y en qué consistía la religión muggletoniana, véase el capítulo completo “A Peculiar People” en esta obra.

⁴²⁵ Por no haber comprendido este importante matiz (por otro lado, evidente al lector atento del libro), Robert Fine sostuvo que Thompson había abandonado su compromiso radical-democrático para sucumbir a una posición antinomiana de rechazo a la ley y al derecho en general (Fine, 1994: 200).

hace Blake del término remite a la crítica de Thomas Paine de las “Charters” o cartas que concedía la autoridad real de Gran Bretaña a determinadas ciudades por las cuales se podían disfrutar de ciertos privilegios y prerrogativas. La crítica de Paine, que retoma Blake, pone de manifiesto que “una Carta [otorgada] de libertad es, simultáneamente, una negación de libertades para otros. Una carta es algo que se otorga o se cede; es concedida a un grupo por alguna autoridad, no es reclamada como un derecho”. Una Carta “es, por definición, excluyente” (Thompson, 1993c: 177). El punto que remarca el historiador es, por tanto, la defensa de la universalidad de los derechos y las libertades al estilo de Paine.

Pero Blake no era un republicano como los demás. Según Thompson, los radicales compartían una psicología materialista mecanicista (derivada de Locke y Newton), según la cual el “entorno social” era profundamente determinante, por lo que de cara a la liberación de la Humanidad bastaría con modificar ese entorno: en esto consistía la Reforma. Blake ofrecía algo más sutil; para él la Reforma era necesaria pero no suficiente: “debe haber algún tipo de salto utópico, algún renacimiento humano, desde el Misterio a la vida imaginativa renovada” (Thompson, 1993c: 193). Aquí estaba el momento antinomiano. Pero el impulso antinomiano aparece en Blake de forma peculiar, no como veneración religiosa al uso. Uno de los momentos más interesantes de esta obra es cuando Thompson explica la influencia de *Las Ruinas de Palmira* del conde de Volney. De este clásico del republicanismo popular Blake tomaría una noción del antagonismo de clase y una explicación materialista de cómo surgieron las religiones y las iglesias aprovechándose de las limitaciones cognitivas del ser humano para construir toda una superestructura de dominación política. Blake nos ofrece, dice Thompson, su propia síntesis original: para el poeta el remedio de la falsa conciencia que tiene atrapados a los hombres no puede consistir solo en los esfuerzos de la Razón, que disolverá los misterios y traerá la “Nueva Era”, sino que debe provenir sobre todo “de la ira y del amor”. Al no tener una psicología alternativa que oponer a la mecánica y determinista de la época, Blake recurrió al simbolismo que ofrecía la tradición antinomiana, y pasó sus últimos años tratando de “construir una mitología sincrética que reorganizase los mitos de todas las culturas pasadas en una nueva estructura” (Thompson, 1993c: 215).

Es inevitable leer esta interpretación de Blake desde las premisas del socialismo humanista de Thompson y su insistencia en la intencionalidad de segundo orden. Para Blake “la Caída no se suprime por abolir el contexto, incluso si ese contexto *es* la propia Caída. Porque la humanidad no puede vivir sin contextos y un contexto nuevo emergerá. Debe haber algún tipo de Redención”. Por eso,

Blake insiste en que la Caída está compuesta por impulsos primarios (que siendo primarios y “necesarios” es inútil o engañoso describir como “buenos” o “malos”) que operan dentro de un contexto particular que nosotros podríamos describir como cultura de clase. Y de aquí se sigue (aunque esto no se argumenta en las *Songs*) que la abolición de esta cultura, por medio de una revolución, no abolirá esos impulsos. Y que todo lo que hay dentro de esa cultura, opresores y oprimidos, porta “las marcas de la debilidad” y sus “cadenas mentales” (Thompson, 1993c: 221).

Todos los poetas románticos, desde Coleridge y Wordsworth hasta Blake, estaban tratando de buscar el mismo momento afirmativo que no comparecía en la filosofía de la “benevolencia” de W. Godwin. Thompson siempre había buscado los puntos de confluencia entre la tradición romántica y el movimiento jacobino⁴²⁶. La vigencia del

⁴²⁶ Es famosa la sentencia del *Making*: “Luchaban, no contra la máquina, sino contra las relaciones de explotación y opresión intrínsecas al capitalismo industrial. En esos mismos años la gran crítica romántica del utilitarismo seguía su curso paralelo, pero completamente separado. Después de William Blake, ningún espíritu se sintió a sus anchas en las dos culturas a la vez, ni tuvo la genialidad de actuar de intérprete entre

esfuerzo romántico, nos dice, podía sentirse en sus propios días: “uno podría añadir que estos momentos afirmativos no se pueden derivar con facilidad del pensamiento materialista de hoy en día. Por eso es por lo que la realización de esos valores (como los de Blake) es una tabla en el suelo sobre la que debe caminar el futuro” (Thompson, 1993c: 228).

La derrota de las esperanzas revolucionarias en Inglaterra y Francia trajo sus consecuencias también sobre Blake que, de la misma manera en la que lo hicieron siglos antes G. Winstanley y los *diggers*, ejecutaría una retirada antinomiana hacia el interior del espíritu. Sin embargo, sostiene Thompson, es justamente su dependencia de esas fuentes más viejas que la Ilustración la que le permitió esquivar el desencantamiento que arrastró a tantos a la apostasía, y aunque sus últimos escritos estén rodeados de oscuridad y rareza sin embargo “nunca, en ni una sola página de Blake, puede uno encontrar la más mínima complicidad con el Reino de la Bestia” (Thompson, 1993c: 229). Un férreo final para la obra dedicada a su admirado poeta, ¿y quizás también un final con el que se reconocía el propio Thompson?

“Lingüístico pero sin el giro”. La defensa de la Ilustración

La defensa de los valores ilustrados a los que dedicó muchos años de estudio está fuera de dudas. Lo interesante es constatar que, en sus últimos años de vida, vio emerger y extenderse una serie de clichés y posturas filosóficas que se ha tendido a denominar como “posmodernas” y que Thompson siempre consideró una mera moda académica con perniciosos efectos políticos. Identificando la obsesión con la irreductibilidad de las identidades particulares y qué podría suponer esto de cara a la práctica política, realizó alegatos muy explícitos:

Comparto su preocupación [con Fred Halliday] porque –en las secuelas de este fracaso atrasado– haya habido tanto en el Este como en el Oeste, una “capitulación ante todo tipo de ideologías regresivas de carácter nacionalista, familiar y religioso”, algunos de estos en nombre de un (post) “marxismo” o de una teoría supuestamente “crítica”. Me siento solidario con Halliday en su intento de redescubrir un vocabulario de racionalidad y de universales rehabilitado (...) las causas de la racionalidad y del internacionalismo y algunas (si no todas) de las causas de la Ilustración ahora requieren –a la vista de su impopularidad muy de moda– defensores tenaces (Thompson, 1993a: 115).

Una de las costumbres de Thompson al enviar artículos para su publicación en *Past & present* era añadir algunos comentarios para los editores sobre su propio trabajo, no faltos de ironía y autocrítica. Cuando envió el artículo sobre John Thelwall en 1993, que aparecería en 1994 (reproducido en *The Romantics*), escribió a los editores:

Este [artículo] ciertamente no valdrá... [es] largo, sucumbe a la charlatanería y a la anécdota... parece estar inspirado en un cierto sentimentalismo *whig*... Uno se queda consternado por el miserable nivel teórico de la pieza, ni siquiera una mención a Foucault o Derrida... Me temo que no

las dos tradiciones. Fue el confuso señor Owen quien ofreció descubrir el ‘nuevo mundo moral’ mientras Wordsworth y Coleridge se habían retirado tras sus murallas de desencanto. De ahí que esos años parezcan desplegar, no un reto revolucionario, sino un movimiento de resistencia en el que tanto los románticos como los artesanos radicales se oponían a la anunciación del ‘hombre económico’ [*Acquisitive Man*]. En el fracaso por alcanzar un punto de unión entre las dos tradiciones se perdió algo. No podemos estar seguros de cuánto se perdió, porque nos hallamos entre los perdedores” (Thompson, 2012: 884-885). Para una valoración del peso de la tradición romántica en la historiografía y en el socialismo de Thompson pueden consultarse las sugerentes indicaciones de M. Löwy (Löwy y Sayre, 1996).

merece ni ser enviado a revisión. Es un artículo lingüístico, pero sin el giro (citado en Slack y Innes, 1994: 5).

En algunos casos, esta pugna le permitió reavivar los argumentos epistemológicos de *Miseria de la teoría* y su compromiso con una noción fuerte de “objetividad” y de “verdad”. En una réplica a Raphael Samuel, que le había acusado de haber elegido un contexto interpretativo determinado de una forma más o menos aleatoria para su ensayo sobre el ritual de la venta de esposas, Thompson defiende que la idea de que los hechos no hablen por sí mismos era ya vieja. Pero, nos dice, mejor que plantear esta cuestión en términos de unos hechos aislados y un investigador que *elige* más o menos arbitrariamente un contexto, la cuestión del diálogo entre la teoría y la evidencia se presenta mejor preguntándonos *qué problemas o cuestiones* nos plantea tal o cual evidencia determinada: “escribir historia exige un compromiso con las evidencias puras [*hard evidence*] y no es tan fácil como algunos postmodernos suponen” (Thompson, 1993b: 274). Thompson critica que en algunos puntos de su ensayo Samuel parezca estar “capitulando” ante “el subjetivismo e idealismo de moda tan actuales hoy en día. Esta moda es probable que nos acompañe en los próximos 20 años, y sería una pena que R. Samuel o el History Workshop se rindieran ante ella” (Thompson, 1993b: 275).

4.1.4. Conclusiones

En este epígrafe hemos analizado las principales contribuciones de Thompson a la historia de los vínculos entre la tradición republicana y la tradición socialista. Como hemos podido ver, este fue un tema que comparece desde sus primeros escritos históricos hasta los últimos, lo cual nos permite suponer que el historiador le concedió una importancia crucial.

En la biografía de Morris, Thompson rastreó y mapeó las figuras de importantes activistas radicales que acabarían ejerciendo un papel fundador en las filas del “socialismo moderno”. Pero la investigación en profundidad tuvo que esperar a la publicación del *Making*. Aquí nos presentó un análisis de las causas por las que el viejo radicalismo sería “continuado” y “enriquecido” por el primer movimiento obrero. Sus últimos escritos sobre el siglo XVIII inglés no harían sino completar y complejizar sus explicaciones. Si en el *Making* había avanzado la hipótesis de que desde 1792 los efectos de la Revolución francesa en Inglaterra habían provocado un realineamiento de clases que evitaría la existencia de una facción girondina inglesa, los últimos escritos complejizaban su esquema al sostener que a partir del Directorio y del encumbramiento de Napoleón el prestigio del jacobinismo quedó truncado. Lo primero había desembocado en la represión sobre los reformadores y había provocado la alianza entre los intelectuales radicales y las sociedades populares. Lo segundo, al calor de las guerras, terminó rompiendo internamente las filas de los radicales: muchos se alistaron como voluntarios para la guerra contra Francia, otros huyeron del país o se retiraron de la vida política (Thelwall), otros apostataron de sus creencias y serían futuros enemigos de los movimientos por la reforma (Wordsworth, Coleridge) y otros, finalmente, se recluyeron en un oscuro mundo interior cargado de símbolos de resistencia (Blake). Los últimos escritos son muy interesantes para la historia del republicanismo y es sorprendente el lugar subordinado que ocupan en las monografías sobre el autor. Al analizar los compromisos políticos de los poetas románticos Thompson se vio obligado a desmontar el mito de que el radicalismo del XVIII se reducía al godwinismo, y al hacerlo enriqueció

la imagen de ese republicanismo radical, insertando una plétora de matices y personajes que constituían un contexto complejo y cambiante.

La principal contribución de Thompson a la historia social del pensamiento político fue el esquema solvente y bien documentado con el que trató de resolver el “problema de la transición” del radicalismo al socialismo. La explicación de Thompson ofrece las siguientes ventajas:

- i) Distingue *quiénes* (pensadores radicales y multitudes preindustriales) formularon o encarnaron estas ideas y principios normativos, y *quiénes* las recibieron *primero* como herencia (movimientos de la clase trabajadora) y *quiénes* las asumirían poco *después* (socialistas);
- ii) Identifica los medios a través de los cuales transitaron esos principios, yendo más allá de una mera historia de transmisión de ideas políticas entre intelectuales al rastrear la transición de patrones de comportamiento e instituciones de la vida cotidiana (“economía moral de la multitud”);
- iii) Ilumina los puntos de continuidad conceptual (“independencia”, “internacionalismo”, “*egalité*”, “libertad” etc.), pero también los puntos de ruptura (“control social cooperativo”), señalando la causa de los cambios (reestructuración de las formas de propiedad debida a la Revolución Industrial);
- iv) Pone de relieve la relevancia y la vigencia de ese legado normativo anticapitalista y republicano para su propio presente.

La originalidad de la contribución de Thompson no reside en la idea de que los socialistas fuesen herederos conscientes del radicalismo anterior. Aunque pudiera ser olvidada, o aunque fuera discutida por algunos socialistas de calado de su propio tiempo como Crosland, esta era una opinión bien conocida entre muchos socialistas y comunistas británicos. Un ejemplo destacado es el ya citado G. D. H. Cole que, en 1952, había publicado el primer volumen de su célebre historia del pensamiento socialista donde sostiene que la Revolución francesa “preparó el terreno” al socialismo posterior y que los primeros socialistas pensaron la “nueva revolución” como una manera de completar la obra comenzada en 1789 (Cole, 1975a: 27). Pero una cosa era señalar los vínculos y otra bien distinta era investigarlos en profundidad o reivindicar la vigencia del republicanismo para su propio tiempo. Romper una lanza en favor de la tradición jacobina en plena Guerra Fría no era tarea fácil: como ya vimos, los *cold warriors* como K. Popper o J. Talmon se habían dedicado a demonizar esa tradición. Por otro lado, en las filas de la izquierda se había consolidado una interpretación de la Revolución francesa (a través de los historiadores del PCF como G. Lefebvre o A. Soboul), según la cual los demócratas-radicales no podían ser sino pequeños burgueses que de una forma u otra colaboraron con la “revolución burguesa” que consolidó el capitalismo y que debía ser superada por la verdadera “revolución proletaria”⁴²⁷. Ni siquiera en el Grupo de historiadores del PCGB tenía por qué aceptarse que se llevara demasiado lejos la reivindicación del republicanismo. En una reseña de J. Talmon publicada en 1952 y titulada “Who is for

⁴²⁷ Nos ocuparemos de las potencialidades y los límites de la interpretación marxista-ortodoxa de la Revolución en el epígrafe 5.4. de esta tesis.

Democracy?”, Hobsbawm había descrito los ideales jacobinos y rousseauianos como “una versión paranoica de la democracia que refleja una sociedad capitalista emergente” (citado en Foote, 2005: 17).

Así pues, lo propio y original de Thompson fue la profundidad histórica con la que analizó las relaciones socialismo-republicanismo, así como la firmeza y obstinación con la que defendió su vigencia. En suma, en su reconstrucción de las bases republicanas de la tradición socialista Thompson estaba desbrozando de forma realmente pionera una interesantísima senda de investigación cuyos mejores frutos son todavía recientes o están aún por explorar (véase 1.2. en esta tesis).

4.2. UNA FILOSOFÍA REPUBLICANA. DERECHO, NACIÓN Y PROPIEDAD

*Alas, the country! How shall tongue or pen
Bewail her now uncountry gentleman?
The last to bid the cry of warfare cease,
The first to make a malady of peace.
For what were all these country patriots born?
To hunt, and vote, and raise the price of corn...
Their good, ill, health, wealth, joy or discontent,
Being, end, aim, religion... rent, rent, rent!*
(Lord Byron, *Age of Bronze*, 1823).

Este epígrafe aborda en profundidad las vetas republicanas presentes en el pensamiento político de Thompson ordenadas en tres ejes: i) la concepción del poder político y del papel del Derecho en relación con la libertad (especialmente a través de los escritos de intervención política de los años 70 y 80); ii) la tensión entre el discurso nacional-popular del historiador y su vocación internacionalista; iii) las intuiciones republicanas que laten de fondo en sus escritos históricos y políticos en relación a los derechos de propiedad.

4.2.1. El “Estado dentro del Estado” y la concepción fiduciaria

En 1975, los resultados de las investigaciones de Thompson en la Universidad de Warwick habían visto la luz con la publicación de *Albion's Fatal Tree: Crime and Society in Eighteenth-Century England* (Hay, Linebaugh, Rule y Thompson, 1975) y de *Whigs and Hunters. The Origin of the Black Act* (Thompson, 1990 [1975]). Thompson se había vuelto muy pesimista sobre el papel de la ley en la historia tras acabar su colaboración en el primer volumen. Fue entonces cuando Dorothy se embarcó en “una acalorada discusión” con su marido reprochándole “haber ido demasiado lejos” al “reducir el papel de la ley a un mero instrumento del poder de clase” (citado en D. H. Cole, 2001: 183). A raíz de esta discusión, Thompson se tomó su tiempo para pensar en el tema y escribió el

epílogo de *Whigs and Hunters*. Este breve documento constituye uno de los textos más representativos del pensamiento político del intelectual socialista, forzado por las circunstancias a “teorizar” sobre su propia concepción del Derecho.

“Un bien para la Humanidad que no tiene precio”

El estudio de la *Black Act*—una ley cruel y terrible diseñada para la represión de las formas de vida populares por parte de una oligarquía que acrecentó así su poder— le permitió comprender que las relaciones de clase están siempre mediadas por la ley. El Derecho, en este sentido, permite la explotación de clase, le ofrece un marco de funcionamiento. Sin embargo, nos advierte Thompson, eso no significa que la ley sea *nada más que* esas relaciones explotadoras trasladadas al terreno legal. Su oponente en este caso eran aquellas concepciones marxistas de cuño estructuralista que acostumbran a ver la ley en términos de una mera “superestructura” funcional a una “base” definida como “relaciones de producción”. Para laminar su posición, Thompson escogió una estrategia arriesgada pero prometedora: tomar como caso de estudio la denominada *Black Act* para, desde esta misma ley, mostrar la complejidad inherente al campo jurídico:

- i) La ley, sostiene el historiador, “tiene sus propias características, su propia historia y lógica de evolución independientes (...) es algo inherente al carácter específico de la ley, como un cuerpo de reglas y procedimientos, que aplique criterios lógicos que refieren a estándares de universalidad y equidad” (Thompson, 1990: 262). Y si la conducta de Walpole y otros jefes que explica el autor en el libro nos parece a los lectores “despreciable [*contemptuous*]”, nos dice en el epílogo, no es porque consideremos despreciable *la idea* de una ley justa y equitativa, sino precisamente porque consideramos que esta idea ha sido traicionada por los propios creadores de la *Black Act*. Es *en base a la idea de ley* como podemos juzgar execrable la conducta de la *gentry* (Thompson, 1990: 268).
- ii) Pero la ley funciona además como un instrumento de legitimación de las clases dominantes al crear la apariencia de que todos los habitantes son iguales ante ella y que cualquiera tiene los mismos derechos jurídicos. Es, en este sentido, una de las herramientas de los poderosos para alcanzar la hegemonía en el cuerpo social. Pero para que esta función ideológica pueda desarrollarse, sostiene Thompson, hace falta que sus procedimientos y reglas universales funcionen de alguna manera, que la ley “demuestre una independencia respecto a la burda manipulación”. De esta forma, los propios creadores de la *Black Act* se vieron limitados en su poder arbitrario: “en varios sentidos los gobernantes eran, estuvieran dispuestos a ello o no, los prisioneros de su propia retórica; jugaban los juegos de poder conforme a unas reglas que les iban bien, pero no podían quebrantar esas mismas reglas o todo el juego se tiraría a la basura” (Thompson, 1990: 263)
- iii) Finalmente, que las reglas tuvieran sentido como reglas y no como mero capricho de los gobernantes abría el espacio para que, en algunas ocasiones, las clases populares pudieran ganar en el juego. El Derecho tiene su propia lógica interna, y desde el Derecho Romano, nos dice Thompson, la idea de universalidad de la ley ha permitido a las clases populares jugarse la libertad en la pugna por definir los códigos jurídicos. Por esta razón el autor constata cómo algunas partes de estas leyes fueron tomadas “como parte del discurso

de la multitud plebeya, de los ‘ingleses libres por nacimiento’ con su privacidad inviolable, su *habeas corpus*, su igualdad ante la ley” (Thompson, 1990: 264). Porque este tomarse en serio las leyes por parte de los dominados llevó a que en ciertos ámbitos la ley se convirtiese en “un genuino foro dentro del cual se libraron determinados tipos de conflictos de clase. Había incluso ocasiones en las que (uno tiene en mente a John Wilkes y varios de los juicios de 1790) el gobierno mismo se retiró de los tribunales derrotado” (Thompson, 1990: 265). Por lo tanto, concebir la ley como una simple superestructura funcional a las relaciones capitalistas era pasar por alto “el inmenso capital de luchas humanas contra el absolutismo real de los últimos dos siglos” (Thompson, 1990: 264).

Estos tres argumentos –que la idea de ley nos sirve como instancia normativa para emitir juicios morales, que toda ley (por la mera “forma de ley”) supone restricciones al poder arbitrario y que suele existir un espacio dentro de la interpretación de la ley que las clases populares han tomado como espacio del conflicto de clases para librar sus propias batallas– llevaron a Thompson a la conclusión de que el *imperio de la ley* [*rule of law*] era algo valioso **en sí mismo**⁴²⁸:

Existe una enorme diferencia, de la cual la experiencia del siglo XX debería haber dejado clara incluso para el más exaltado de los pensadores, entre el poder arbitrario extralegal y el imperio de la ley (...) las inhibiciones sobre el poder impuestas por la ley me parecen un legado tan substancial como cualquier otro heredado del siglo XVII al XVIII (Thompson, 1990: 265).

Aquí Thompson parece estar haciéndose eco de la argumentación desplegada por Harrington contra Hobbes. El autor del *Leviatán* había sostenido que aunque estuviera escrita la palabra *LIBERTAS* en las torres de la ciudadela de Lucca, sus habitantes no eran más libres que los habitantes de Constantinopla sometidos al Turco, porque todos ellos estaban obligados a obedecer leyes (Hobbes, 2009 [1651]: II, 21). El autor de *Oceana* contestó implacable: “una cosa es decir que un lucense no tiene más libertad o exención respecto a [*from*] las leyes de Lucca que la que tiene un turco respecto a [*from*] las leyes de Constantinopla, y otra cosa bien distinta es decir que un lucense no tiene más libertad o exención por causa de [*by*] las leyes de Lucca que la que tiene un turco por causa de [*by*] las leyes de Constantinopla. Lo primero puede decirse de todos los gobiernos por igual, lo segundo escasamente de unos dos” (Harrington, 1992 [1656]: 20). El argumento de Harrington, que resuena en el epílogo de Thompson, es un clásico del pensamiento republicano, que sostiene que la libertad no acaba donde empieza la ley que estamos obligados a obedecer, sino que son las buenas leyes precisamente las que nos hacen libres (véase 1.1.2. en esta tesis). Aunque el epílogo de *Whigs and Hunters* desarrolla “un argumento enormemente crítico con la injusticia legal, este era, sin duda, un argumento decididamente *legalista* [*legalistic*]” (D. H. Cole, 2001: 180). Como diría el autor en 1978:

Si *toda* ley y *toda* policía son absolutamente aberrantes, entonces no puede importarnos qué *tipo* de ley, o en qué *posición* se encuentra la policía; y sin embargo las luchas más inmediatas y consecuentes para mantener la libertad son exactamente aquellas que van sobre tipos y posiciones,

⁴²⁸ Los argumentos de Thompson recuerdan mucho a los que empleó Noam Chomsky en su célebre debate con Michel Foucault en 1971. Chomsky defendió que “es demasiado apresurado caracterizar los sistemas judiciales actuales como si fuesen simplemente un sistema de opresión de clase (...) creo que contienen conceptos humanos verdaderamente valiosos sobre la justicia, decencia, amor, amabilidad, simpatía, etc. que creo que son reales”. Disponible aquí: https://www.youtube.com/watch?v=J5wuB_p63YM

casos y precedentes, y aquellas que van sobre hacer que el poder rinda cuentas (Thompson, 1978a: xi).

El epílogo no terminaba aquí su oda al imperio de la ley. En la parte final adquirió un tono más contundente al realizar una defensa “incondicional” de los controles al poder:

Es más, la noción de regulación y reconciliación de conflictos a través del imperio de la ley –y la elaboración de reglas y procedimientos que, en ocasiones, nos aproximan al ideal– me parece una conquista cultural **de importancia universal**. (...) el imperio de la ley mismo, la imposición de inhibidores efectivos sobre el poder y la defensa del ciudadano de los intentos omniabarcantemente intrusivos del poder, me parece **un bien para la Humanidad que no tiene precio** (...) y si la realidad de la operación de la ley en sociedades de clase se ha quedado una y otra vez corta respecto a su propia retórica, todavía **la idea** del imperio de la ley es en sí misma un bien que no tiene precio (Thompson, 1990: 265, subrayado nuestro).

La rotundidad de estas conclusiones no fue bien recibida entre muchos intelectuales de la izquierda radical, que correrían prestos a acusarle de haber defendido las instituciones “burguesas”. En su ajuste de cuentas con Thompson, Perry Anderson ofreció la crítica más sistemática de estas ideas. Analizando el epílogo sostiene que “la interpretación que hace Thompson de esta dialéctica es de una sutileza y profundidad ejemplares, y debería ser aceptada por todo marxista” (Anderson, 1985: 218), para a continuación añadir que la noción de *rule of law* es aceptada por Thompson “de una forma acrítica, e incluso exaltada” porque hasta el más despótico de los Estados ha tenido siempre amplios códigos legales (Anderson, 1985: 78):

Una tiranía puede gobernar perfectamente *de acuerdo con la ley*: de acuerdo con sus propias leyes (...). Lo que hace Thompson es mezclar el caso del Derecho inglés del siglo XVIII, muy específico –e infrecuente– desde el punto de vista histórico, con el del Derecho en general. La misma expresión “el imperio de la ley”, un arquetípico modismo insular, habla por sí sola. Porque la “ley” nunca “impera”: imaginar lo contrario sería cosificar las relaciones sociales en una falacia formalista clásica (Anderson, 1985: 218).

Las críticas de Anderson fueron retomadas por el reputado sociólogo Robert Fine. Fine defendió que Thompson había caído en una contradicción con sus propios escritos: llevaba décadas argumentando que era necesario comprender todas las dimensiones de la sociedad (economía, derecho, cultura, etc.) de forma compenetrada e histórica, y ahora parecía hacer una defensa aislada y abstracta del imperio de la ley (Fine, 1994: 206). Recientemente, Jason Schulman ha recuperado esta idea de Fine. Para Schulman no existe *rule of law* sin una defensa de la propiedad privada como derecho sagrado e intocable, por lo que la izquierda marxista debería abandonar la reclamación del imperio de la ley para centrarse en la *common law* y otras formas jurídicas (Schulman, 2010).

Las críticas de Anderson, Fine y Schulman parecen confundir los planos analítico y normativo en la argumentación de Thompson, como defenderemos más adelante. Los argumentos de este, sin embargo, han encontrado un interesante valedor en el discípulo de Elinor Ostrom, Daniel H. Cole. En el epílogo de *Whigs and Hunters*, nos dice Cole, es claro que opera una “noción mínima” de imperio de la ley: no se considera si el contenido de las leyes es justo o injusto o si esas leyes son aprobadas según procesos democráticos, sino que Thompson sostiene que “en la medida en que la ley restrinja de hecho el poder del Estado, entonces puede decirse que el Estado está sometido al *rule of law*” (D. H. Cole, 2001: 185). Thompson estaría ofreciéndonos una destilación de un criterio normativo: el imperio de la ley es algo *justo en sí mismo* (un valor “absoluto” o “incondicional” si se quiere), al margen de que en el cómputo global las leyes sean injustas en su contenido y en su proceso de fabricación. Si de hecho las leyes son injustas, esa injusticia final lo sería, podríamos decir, *a pesar del* grado de justicia que añade de

por sí el imperio de la ley. Lo importante, nos dice Cole, es comprender que para Thompson el asunto no se termina en proclamar la necesidad del imperio de la ley. El historiador ha destilado, separándolo de sus encarnaciones históricas concretas, un criterio normativo que podemos considerar esencial para el razonamiento ético-político, pero en su opinión “el imperio de la ley no es de ninguna manera *suficiente* para asegurar un gobierno legal justo o una sociedad justa en general, aunque es una condición necesaria que si no existe, si solo comparece el poder irrestricto, solo queda asegurada la injusticia” (D. H. Cole, 2001: 189).

Pero esta distinción de planos normativo y analítico deja sin resolver la cuestión de cómo se conectan los mundos del *ser* y del *deber-ser*: ¿qué instituciones y prácticas históricamente incardinadas han permitido la creación y la defensa de eso que consideramos valioso por sí mismo? En escritos posteriores, que analizaremos en lo que sigue, Thompson abrazaría una noción más substantiva y no meramente “mínima” del *rule of law* (lo que obligaría a sus críticos a matizar sus argumentos, véase Anderson, 1985: 222). De esta forma, cuando haga referencia a la características históricas, culturales y nacionales que tienen las leyes específicas, que no existen como universales flotando en el vacío, esto no contradirá el principio de la restricción de poder como valor en sí mismo, sino que se referirá a las diversas maneras en las que ese valor universal ha sido o puede ser implementado. Esta matización merece la pena ser citada *in extenso*:

No existe una entidad abstracta tal como el imperio de la ley, si por esto se quiere decir alguna presencia ideal alejada de los pliegues de la Historia, que es ese asunto que los jueces ‘administran’ y que los policías “hacen cumplir”. Todo eso es ideología. Solía ser la ideología de los reyes y los déspotas. Ahora es la ideología de los Estados autoritarios. Sudáfrica y Rusia tienen un imperio de la ley de este tipo, y no cabe duda de que es administrado y se hace cumplir. He argumentado en otra parte que el imperio de la ley es “un bien humano que no tiene precio” (*Whigs and Hunters*), y lo he hecho **como historiador y como materialista**. El imperio de la ley, en este sentido, **siempre debe ser algo específico** históricamente, culturalmente y, en general, nacionalmente. Aborda las conductas de la vida social, y las regulaciones de conflictos, de acuerdo con reglas de derecho que están definidas de forma exacta y que tienen evidencias materiales y palpables (...) que esta sea una definición ideal, que tiene poco en cuenta los determinantes sociales e ideológicos de la propiedad y la clase, y que nunca se ha dado como tal en la realidad social, no implica que **la aspiración** hacia un estado de ese tipo no sea un bien humano (“The State of the Nation” en Thompson, 1980: 230-231).

Thompson no era un buen teórico ni tampoco un buen filósofo. Pero sus argumentos a veces alcanzaban cotas con cierta profundidad filosófica. Su defensa del imperio de la ley parece ser un buen ejemplo: no se formula en términos abstractos y puramente ideales pero tampoco se renuncia a la fuerza categórica (vinculante) que pueda tener el ideal. El imperio de la ley no existe como ideal absolutamente separado de sus encarnaciones históricas (aunque exista, nos dice, una retórica abstracta del imperio de la ley que suele emplearse precisamente para subvertirlo). Sin embargo, esas encarnaciones concretas no consiguen agotar el sentido normativo del ideal, que comparece en la historia como aspiración u horizonte regulativo al que debemos aspirar. ¿Era esto algo poco marxista, como parecían sostener Anderson o Fine? No necesariamente. Como apuntaba el joven Marx en su introducción a la *Crítica de la filosofía del derecho de Hegel*: “No basta con que la idea tienda a la realización; la realidad debe también tender a la idea” (Marx y Engels, 2010b [1844]: 183).

Autoritarismo y soberanía popular en el Estado británico

En una suerte de reacción ante las oleadas de protestas populares que sacudieron el país desde mayo del 68, a partir de los años 70 el aparato estatal del Reino Unido fue transformado paulatinamente en una dirección autoritaria y punitiva bajo el mantra de la “modernización”, fortaleciendo especialmente los servicios de inteligencia, las fuerzas armadas del Estado y los servicios policiales. Durante la década de los 70, Thompson se embarcaría en toda una serie de intervenciones periodísticas (y en causas como el “ABC Trial”⁴²⁹) que trataron de reanimar a la tradición *libertarian* británica para hacer frente a este repliegue autoritario y estatista, y lo haría haciendo uso de los términos del lenguaje fiduciario que entiende que los cargos públicos son los agentes o servidores del interés general (véase 1.1.4. en esta tesis). Sus análisis corren en paralelo con los más sofisticados y sistemáticos de Stuart Hall y sus compañeros: *Policing the Crisis: Mugging, the State, and Law and Order* de 1978 y la recopilación de artículos de Hall *The Hard Road to Renewal: Thatcherism and the Crisis of the Left* de 1988. Aunque Thompson acotó el foco de su análisis exclusivamente al caso británico sin llegar a percibir el carácter internacional de esa generalización del autoritarismo (Eastwood, 2000: 644)⁴³⁰, merece la pena detenerse en estos escritos porque constituyen una continuación de sus reflexiones republicanas sobre el papel del Derecho y del Estado.

En 1973 el gobierno conservador de Edward Heath había metido al Reino Unido en el Mercado Europeo y la Comunidad Económica Europea. El Labour hizo campaña en 1974 prometiendo someter la continuidad a referéndum. Ganaron las elecciones y se hizo el referéndum en el verano de 1975. E. P. Thompson escribió en este año un artículo breve (“Going into Europe”) donde abogaba por salir de la CEE con el argumento de era un marco que solo podía beneficiar a las clases medias para aumentar su calidad de vida:

Eso de “entrar en Europa” no resultará ser el intercambio mutuo apasionante que se presupone. Más bien se parecerá a nueve parejas de mediana edad que, con sus matrimonios fallidos, se encuentran en una habitación oscura en un hotel de Bruselas para montar una orgía. El sexo grupal no rejuvenecerá a ninguno. Pero en las recriminaciones contra el perverso seductor podemos esperar un resurgir del rencor nacionalista burgués de una intensidad sensacional. La ofensa de esta patraña de “entrar en Europa” es cuádruple. Primero, ya estamos ahí. Segundo, Europa no se reduce a este conjunto de naciones sino que incluye también Varsovia, Belgrado, Praga. Tercero, el Mercado define la diversidad de las culturas europeas en su nivel más grosero como un grupo de naciones gordas y ricas que se alimentan mutuamente. Cuarto, la patraña define su nacionalismo burgués

⁴²⁹ El ABC Trial fue un proceso judicial ocurrido a finales de 1978 en el que se juzgó a los periodistas *libertarians* Duncan Campbell y Crispin Aubrey, a raíz de que publicasen una entrevista con John Berry (un trabajador del centro Signals Intelligence), acusados de filtrar información a la URSS y de revelar secretos de Estado, violando la Official Secrets Act de 1911. Finalmente se demostró que toda la información supuestamente filtrada estaba ya disponible públicamente en la prensa, pero el juicio se convirtió en un símbolo del autoritarismo creciente del Estado en aquellos años. Duncan Campbell explicó recientemente la paranoia secretista e injustificada de la acusación militar, que fue reconocida por el juez cuando este solicitó a la acusación que retirara los cargos de espionaje (Campbell, 2015).

⁴³⁰ Véase, por ejemplo, en qué términos analizaba en los mismos años esta tendencia internacional su denostado Nicos Poulantzas: “Lo que trataba de decir sobre el ‘estatismo autoritario’ tenía que ver con encontrar las características generales de una nueva fase del Estado, porque creo que estamos en un punto de inflexión en la organización del Estado capitalista. Mi objetivo era encontrar una formulación que pudiera designar las características generales de este punto de inflexión, sin identificarlo con un régimen concreto. Por lo que, cuando hablo de ‘estatismo autoritario’ no pretendo decir que la política democrática o la democracia representativa vayan a terminar. El ‘estatismo autoritario’ puede tomar formas extremadamente diferentes. Puede tomar una forma neoliberal, como en Francia, o adoptar una forma mucho más autoritaria, como en Alemania. Sin embargo, estamos presenciando un declive de la democracia representativa en el sentido clásico, sin que esto implique que haya una tendencia al fascismo” (Poulantzas, Hall y Hunt, 2020 [1979]).

blanco e introvertido como “internacionalismo” (...). Estos arreglos de conveniencia capitalista no tienen nada que ver con el internacionalismo, político o cultural. Lo que harán es alejar la toma de decisiones de los individuos y mistificar lo que queda del proceso democrático (Thompson, 1975).

Su propuesta no era renunciar a algún entramado institucional europeo: “una verdadera idea de 'Europa' puede volver: como una prudente federación de estados socialistas. Se desarrollará lentamente, malhumoradamente, con un celoso cuidado por las identidades individuales. Y así debería ser”. La crítica del intelectual socialista no iba dirigida a la idea de conformar una institución supranacional a nivel europeo sino a la ausencia de mecanismos para volver efectivos los principios fiduciarios sobre los que supuestamente se fundaba esa arquitectura institucional europea.

Si la permanencia en *esa* institucionalidad europea suponía una pérdida de soberanía popular, las transformaciones internas del Estado británico contribuyeron al vaciamiento de la soberanía en igual medida. Según el intelectual socialista, el peligro no provenía tanto de los grupos neofascistas que asomaron la cabeza en estos años, sino de las presiones que crecían *desde dentro* del Estado mismo:

La manipulación de noticias, el soborno de políticos, el “veto” político a funcionarios, el recorte de los palabros de las libertades civiles, el incremento de los poderes policiales, la diseminación de calumnias contra los disidentes, la corrupción del sistema de jurado, la vigilancia e intimidación de los radicales, la manipulación de los juicios de Estado, la orquestación a través de los medios de un *grande peur* de “ley y orden” y las llamadas al “interés nacional”. El centro estratégico de esta presión estará en los servicios de seguridad, las fuerzas armadas y la policía. Pero estará hábilmente apoyado por el vociferante lobby de diputados *tories*, por los editores cautivos, por los comentaristas “neutrales” de televisión, por los subsecretarios en Whitehall y por algunos jueces (“A State of Blackmail” en Thompson, 1980: 122-123).

Otro de los elementos más significativos de esta transformación fue el aumento de la capacidad de recabar y gestionar información privada de los ciudadanos con fines represivos: el gobierno contrató con la empresa Honeywell un sistema de información sobre la ciudadanía del valle del Támesis (que incluye el Gran Londres) que le permitía tener detalles íntimos de los censados, de tal manera que durante los interrogatorios policiales los agentes podían hacer uso de esa información privada para asustar y controlar a los interrogados, un método ya practicado en Irlanda del Norte (Ruiz Jiménez, 2009: 77). En 1978, Thompson fue invitado a escribir la introducción para la *Review of Security and the State*, un proyecto de investigación llevado a cabo por distintos investigadores que analizaron estas reformas del Estado. La tarea de esta compilación, nos dice Thompson en un vocabulario muy republicano, es complicada porque sus autores están preocupados por revelar el modo en que funcionan “algunos de los más sigilosos y arrogantes ‘servidores’ [*servants*] (en la práctica *amos* [*masters*]) entre los estados modernos burocráticos” (Thompson, 1978a: i). El historiador se mostraba sorprendido ante la falta de resistencia a este proceso, porque el pueblo británico se había distinguido desde hacía siglos por su celo frente a la concentración del poder del Estado. Este celo “estaba lejos de constituir un impulso democrático; pero ofreció un refugio, en la tradición *whig*, para las formas de pensamiento *libertarian*, en una continua desconfianza del poder central” (Thompson, 1978a: iii). Y esas trazas antiestatistas serían asumidas como propias por los movimientos populares, dejando una profunda impronta en la sociedad británica:

Los cartistas, los liberales radicales, los nacionalistas irlandeses y los movimientos obreros en formación se distinguieron por su sensibilidad hacia las cuestiones *libertarians* y su sospecha de la política del estatismo (...). Como consecuencia de esta oposición, la presencia de la policía en la vida pública británica permaneció inusualmente contenida. La policía debía verse como “los servidores” ... o bien de la *gentry* o bien del “pueblo”, y por ninguna circunstancia deben exhibir una presencia pública descarada. Y, como una evidencia más concreta de la vieja tradición

libertarian, que dura hasta hoy día, la policía (al menos en Gran Bretaña) debe ir normalmente desarmada por la calle (Thompson, 1978a: iv).

El siglo XX, sin embargo, estaba presenciando la creación de “un Estado dentro del Estado”. Dos guerras mundiales, el macartismo británico y unas leyes aprobadas en los 70 habían creado un conglomerado de intereses en las fuerzas del Estado, la “brigada de orden y ley”, que no rendía cuentas ante nadie. Frente a esto, dice el autor, no puede sostenerse que los gobiernos laboristas hubiesen trabajado por frenar esa tendencia, sino más bien lo contrario: algunas reformas habían comenzado con gobiernos laboristas. El sistema de almacenamiento de información privada, el espionaje sistemático y otras prácticas llevadas a cabo por estos cuerpos del Estado suponían una afrenta a la libertad. Thompson presupone un argumento disposicional de libertad (característico de la noción republicana de libertad como no-dominación) cuando argumenta que el problema no es que se haga un uso de la información recopilada que implique una interferencia *de facto* sobre nuestras libertades, sino que el propio almacenamiento de información privada por parte de un organismo que no rinde cuentas de forma democrática es en sí mismo una afrenta a la libertad (Thompson, 1978a: ix). Es decir, que lo que disminuye nuestra libertad no es la interferencia que implicaría el uso de esos datos, sino la mera posibilidad de una interferencia arbitraria creada por el almacenamiento de datos por parte de una entidad no controlable por la ciudadanía.

La compilación de artículos “The State of the Nation” (escrita en un solo día y recogida en *Writing by the Candlelight*) condensa los núcleos normativos de su denuncia del estatismo autoritario. Una constante en estos escritos es la crítica de la excesiva presencia pública de la policía y el incremento descomunal de recursos que esta recibió gracias al gobierno de Thatcher⁴³¹. Por ejemplo, antes de estas transformaciones, la policía y el ejército podían romper una huelga solo si se declaraba un “State of Emergency” que tenía que ser aprobado por el Parlamento; y la policía solo podía actuar por fuera de la ley con la autorización de un magistrado o alcalde. Pero en 1976 se aprobó silenciosamente una reforma que pasó casi inadvertida y que permitía que fuera la propia policía la que determinase estas actuaciones excepcionales. Cabe destacar que el objetivo de Thompson nunca fue la eliminación de la fuerza policial sino su *democratización*:

En ningún momento he pretendido desprestigiar al conjunto de las fuerzas policiales (...). Aprecio el valor de la policía. Si estuviese en mi mano cerraría inmediatamente la Special Patrol Group, así como muchas de las actividades de la Special Branch y del MI5, y pondría a toda la policía como tal bajo una disciplina y un control democráticos más estrictos. Estoy convencido de que la policía ganaría así credibilidad, y de que sus numerosas competencias legítimas se realizarían de forma mucho más efectiva (“The State of the Nation” en Thompson, 1980: 196).

La tendencia autoritaria estaba corrompiendo las instituciones más básicas de la vida pública. Incluso la sacrosanta institución parlamentaria se había visto vaciada de sentido. Cuando varios diputados intentaron abrir un debate parlamentario sobre estas reformas y las libertades constitucionales, se impidió el debate en ambas cámaras. La cuestión no era

⁴³¹ Thompson era consciente de que el *thatcherismo* no era un gobierno *tory* más, sino una “contrarrevolución” del Pacto social de posguerra que subvertía precisamente la condición republicana de ciudadanía: “Ha tenido lugar, de una forma silenciosa y poco observada, una toma del poder del viejo Partido Conservador (pienso en el partido de Harold Macmillan, de Butler, Heath y Lord Carrington) por parte de una facción militante *tory*. Estos gobernantes se están volviendo ahora muy impacientes con nuestras formas democráticas. Nos consideran al resto no como ciudadanos al mismo nivel que ellos [*fellow-citizens*], sino como sus súbditos” (Thompson, 1985b: 101).

que el Parlamento no hubiera podido intervenir, nos dice Thompson, sino que se impidió el debate:

Esto bien puede ser una guerra de clases, pero no tiene nada que ver con el imperio de la ley. La clase dominante británica siempre ha sido un poco confusa sobre esta distinción. Pero al menos sostenía una noción legitimadora de que todo estaba en orden porque, en última instancia, el Parlamento es primordial. (...) esta vieja “institución de este país” está ahora puesta en cuestión. No me refiero a los edificios. Esos siguen ahí, junto al Támesis. Pero si consideramos el someter a los cargos públicos a una rendición de cuentas en temas especialmente sensibles, el Parlamento se está convirtiendo en un ámbito inutilizado [*no-go area*] (Thompson, 1980: 214-215).

También el poder judicial estaba siendo transformado, reduciendo las competencias del sistema de jurados y aumentando las de los jueces (véase *infra*). Esto conducía a una concepción patrimonialista de la justicia por parte de los jueces:

Algunos jueces actuales pueden suponer que el imperio de la ley significa el dominio sobre el pueblo por un anciano vejete metido en una peluca. Confunden así la ley con sus propias personas (...) en la medida en que los jueces son los agentes [*agents*] e intérpretes de la ley, no existen personas en todo el reino que deban estar más sujetas al imperio de la ley que ellos mismos (Thompson, 1980: 218).

En suma, nos dice, “este es el estado de la nación hoy día. Nos acercamos a un estado de anarquía, de un gobierno administrativo arbitrario o al que no se le pueden pedir cuentas, en el cual la constitución (o la cultura política) de la nación está siendo destruida subrepticamente” (Thompson, 1980: 248). En el último capítulo de “The State of the Nation” el historiador conecta la erosión de la democracia y las libertades civiles con la pérdida de soberanía que implicaba la instalación de los misiles de crucero en Inglaterra que había anunciado el gobierno de Thatcher en 1979. Con esto, su defensa de la tradición *libertarian* y del legado del *Freeborn Briton* quedaron vinculadas con su activismo en el movimiento por la paz⁴³². Pero Thompson supo ver que estas transformaciones legales y culturales del aparato estatal en una dirección autoritaria eran una astuta y sigilosa preparación para las batallas que Thatcher pensaba librar. Porque lo que estaba en marcha desde hacía una década, dice el historiador, no era sino una “contrarrevolución” hecha “en nombre de la libertad” para aplastar esa misma libertad (Thompson, 1985b: 100), esto es, una subversión de la Constitución inglesa:

El escenario inmediato es obvio para todos. La brigada de ley-y-orden están a punto de inclinarse hacia los sindicatos y sus piquetes. Revivirán las viejas leyes del siglo XIX y les pondrán unas viseras modernas. Muy pronto, y quizás antes de que acabe el invierno, los sindicalistas estarán aprendiendo en sus propias carnes el significado de la jurisdicción sumaria bajo la Criminal Law Act de 1977 y la represión de la Picketing Law de 1980. Al final del día esos poderosos dirigentes sindicales que habían permanecido dormidos con la cuestión de las libertades civiles que no les afectaban directamente empezarán a quejarse y poner reparos. Esto no les hará bien. Porque bajo el liderazgo de Mrs. Thatcher y sus socios militantes, estamos entrando en un período clásico de guerra de clases (Thompson, 1980: 251).

La institución democratizadora de los jurados populares

Una parte considerable de los escritos políticos de los 70 se dedicó a la defensa de la institución de los jurados populares. En los países donde los juicios por jurado son comunes (algo que ocurre especialmente en los que vienen de la tradición de la *common law*), esta institución es vista como un contrapeso al poder estatal. Sin embargo, esto no es algo evidente de suyo. A menudo los jurados han sido criticados por el peligro de que

⁴³² Las conexiones entre “democracia”, “soberanía” e “internacionalismo” como pilares del pensamiento pacifista de Thompson en los años 80 fueron analizadas de forma pionera por Sukhov (1989).

sus participantes no tengan la cualificación para entender determinadas pruebas o porque tengan prejuicios que puedan afectar al veredicto (aquí el sesgo racista suele destacarse, particularmente en EEUU donde se suele recordar el caso de Emmet Till en 1955). También se ha tendido a criticar que los jurados puedan dictaminar sentencia sin necesidad de dar explicaciones de esta, mientras que en los *bench trials* el juez tiene que explicar los motivos de la sentencia. Que los jurados hayan jugado un papel democratizador en la historia tampoco es algo fácilmente defendible en términos generales. En Inglaterra la institución se remonta hasta el siglo XIII y su composición de clase era manifiesta: para formar parte del jurado un ciudadano debía tener un cierto estatus provisto por sus propiedades o títulos. Sin ir más lejos, hasta 1919 las mujeres no podían participar.

Sin embargo, la institución de los jurados en Gran Bretaña tiene una historia ambivalente. Por un lado, Rodney Hilton nos recuerda que durante los levantamientos campesinos tardomedievales se consideraba los jurados “entre los primeros blancos de la hostilidad rebelde” porque eran personas de cierto rango que solían resolver los delitos menores y los casos civiles de menor cuantía en contra de los intereses del campesinado pobre (Hilton, 2020: 236). Y sin embargo, con el tiempo, los jurados empezaron a contar con personalidades menos reputadas, y las causas se resolvían de formas más diversas. Pronto pasarían a estar considerados como una parte del conjunto de instituciones que conformaban el legado del *Freeborn Briton*. En el *Making* Thompson ya había ofrecido una explicación del papel de garantía de libertades que podían cumplir (Thompson, 2012: 104) y en textos posteriores señalaría casos en los que el jurado defendió las causas de las libertades populares frente a la *gentry* o el Estado: John Lilburne (1653), los Seven Bishops (1688), los publicadores de las Junius’s Letters (1770) y los radicales de Thomas Hardy (1794) fueron algunos de sus ejemplos preferidos. Pero el intelectual socialista señala también que después de las guerras napoleónicas la gigantesca escisión clasista que caracterizó la vida pública generó una cultura política de la clase trabajadora que veía los jurados como “promotores de injusticias de clase”. Algo parecido les ocurrió a las sufragistas que eran juzgadas por jurados compuestos solo por hombres (Thompson, 1994c [1986]: 152, 155). Lo sorprendente, nos dice, es que no se imputó la institución como tal, sino su *perversión*, el hecho de que los jurados no estuviesen compuestos por personas “iguales” en condición a los acusados. Eso duraría hasta 1972, cuando se modificó la ley y se empezaron a pagar tasas a las personas que participasen como jurado (30 libras en Londres y 20 en el resto del país), una suerte de recuperación del viejo *misthos* ateniense. Como era de esperar, sostiene el autor, esto generó una resistencia en las clases dominantes: algunas fuentes policiales comenzaron a difundir el bulo de que había aumentado desproporcionadamente el número de absoluciones, que los jurados eran sobornados por mafias y que los criminales profesionales se estaban volviendo inmunes ante la persecución. Desde 1972, era tal la indignación de una parte de las élites que se formó un lobby contra los jurados populares que condujo a una reforma en 1977, y a otra en 1986, que acabarían por reducir sustancialmente sus competencias.

En todo caso, esta institución llevaba décadas siendo desmantelada de forma paulatina. Los juicios por jurado en causas civiles fueron limitados por la Administration of Justice Act de 1933, que restringió sus usos a los casos de fraude, difamación, detención ilegal, enjuiciamiento abusivo (que se inicie una causa sin suficientes pruebas), seducción (si una mujer no casada practicaba sexo con un amante, el padre podía denunciar al amante para proteger las propiedades que heredaría la hija) y *breach-of-promise* (si un individuo prometía que se iba a casar y luego se retractaba, su prometido/a le podía llevar ante un tribunal civil por haber “roto su promesa”). Pero Thompson tiene razón al señalar que el sistema se vio especialmente atacado por la aprobación de la Criminal Law Act en 1977

durante el gobierno laborista, y que esto fue el resultado de las presiones del lobby antijurados, molesto por la inundación popular de los jurados desde 1972. La nueva ley de 1977 abolió la unanimidad para dictar sentencia, sustituyéndola por una votación de mayoría cualificada, y muchos delitos de orden público (sobre todo relacionados con la protesta callejera) se retiraron del sistema de jurados. Antiguamente, nos dice el historiador, cuando uno era acusado podía elegir “put himself upon his country”, esto es, podía elegir ser juzgado por los pares [*peers*] de su país, en un jurado popular. Ahora ese derecho se había borrado de un plumazo y los juicios por jurado se reservaron para “serious crimes”. Igualmente se redujeron las competencias del *jury of inquest*, un mecanismo que permitía a los miembros del jurado popular implicarse en la investigación dedicada al esclarecimiento de los hechos (“Trial by Jury” en Thompson, 1980: 233).

Una de las características fundamentales de esta institución es el proceso de selección del jurado. Normalmente se forma un *panel* a través de una selección arbitraria entre la ciudadanía en su conjunto. De este panel, mediante una serie de reglamentos, se elige a los miembros definitivos del jurado. La defensa contaba tradicionalmente con la posibilidad de realizar muchas “recusaciones sin causa” (la posibilidad de descartar a posibles candidatos a jurado durante la elección de este). Por otro lado, el Estado británico siempre ha tenido un derecho de recusación sin causa denominado *stand-by*, pudiendo recusar un miembro del jurado que permanecerá callado al lado del jurado efectivo hasta que este esté exhausto y entonces pueda participar (cosa que generalmente no ocurre, dice Thompson, por lo que el *stand-by* proporciona una suerte de derecho ilimitado al Estado para recusar sin causa). La Criminal Law Act había reducido las recusaciones sin causa de la defensa de 7 a 3 y no alteró el mecanismo del *stand-by*, fortaleciendo con ello el poder del Estado. Como la selección del jurado se convirtió en un proceso rápido y descualificado debido a todos estos recortes del mecanismo de recusación, se creó, nos dice, la expectativa de que un juicio justo consiste en una “selección aleatoria de nuestros iguales [*peers*]” (Thompson, 1994c [1986]: 164).

Bajo el amparo de la Criminal Law Act, y de unas regulaciones especiales aprobadas en el mismo año, se permitió que en la selección de los jurados se vetase la entrada de personas con “creencias políticas extremas”, que serían identificadas como tales cruzando los datos y expedientes de la policía y los servicios de seguridad (*jury-vetting*). Personas que habían sido multadas con cinco libras por robar en un supermercado cuando tenían 14 años, o por haber vivido en una casa *okupa*, quedaban automáticamente descartadas del panel (Thompson, 1994c [1986]: 145). En este punto las transformaciones neoliberales del Estado vinieron a darse la mano: el incremento de competencias de la policía y de los servicios de inteligencia permitió una manipulación en la selección de los jurados populares más favorable a los intereses del Estado.

Frente a todas estas reformas que buscaban dismantelar los jurados, Thompson reivindicó en sus escritos el papel educativo y políticamente formativo que tenía esta institución:

La *common law* inglesa reposa sobre una negociación entre el Derecho y el pueblo. La cabina del jurado es donde el pueblo entra en la corte de justicia: el juez los vigila y ellos vigilan de vuelta. Un jurado es el lugar donde esa negociación llega a un acuerdo. El jurado asiste al juicio, no solo para juzgar al acusado, sino también la justicia y la humanidad del Derecho (...). El jurado es, creo, el último lugar en nuestras instituciones donde la gente –*cualquier* tipo de gente– toma parte en “administrarse” a sí misma (“The State versus its ‘Enemies’” en Thompson, 1980: 108-109; también en Thompson, 1994c [1986]: 153).

Hasta tal punto el intelectual concedió importancia a esta práctica que llegó a tomarla como un modelo que podría inspirar la participación popular de la gente corriente en responsabilidades públicas en otros ámbitos:

El sistema de jurado no es un producto de la “democracia burguesa” (a la que no le debe nada) sino una práctica democrática tenazmente sostenida. Nunca ha sido una práctica perfecta (...) pero ha proporcionado, repetidas veces, una inhibición saludable –especialmente en cuestiones de conciencia y comportamiento político– al poder ejecutivo. Y, puestos a ser puristas, ¿qué otra solución propondrían los revolucionarios? La idea de la **democracia como “autoactividad”** [*self-activity*], como algo que no es el gobierno sobre el pueblo por parte de los burócratas, los “expertos” o una vanguardia sustitucionista, sino como la rotación de responsabilidades y roles públicos entre todos los ciudadanos ordinarios, parecería estar sorprendentemente bien encarnada en esta curiosa institución que sobrevive, en la cual todo hombre y toda mujer debe asumir el serio papel de juzgar a sus pares. Puedo imaginarme mejores leyes, y puedo imaginarme mejores jurados, pero **no puedo imaginar un sistema mejor**. Me gustaría pensar en el sistema de jurados como un paradigma persistente de un modo alternativo de autogobierno participativo, **un núcleo alrededor del cual pueden crecer modelos análogos** en nuestros ayuntamientos, fábricas y calles (Thompson, 1978a: xii, subrayado nuestro).

¿Cultura política o constitución escrita? Resucitando el debate Burke-Paine

Una de las estrategias argumentativas de Thompson en estos escritos fue denunciar que los gobiernos estaban subvirtiendo la Constitución inglesa. Estrictamente hablando, la Constitución inglesa no “existe” puesto que no hay un código jurídico al que uno pueda remitirse como tal. Sin embargo, desde 1688 se considera que rigen una serie de tradiciones jurídicas, de normas y expectativas, de instituciones fundamentales, que conforman la llamada Constitución o marco general básico de la legislación británica. Por descontado, qué se considera que forma parte de esta Constitución ha ido cambiando con el paso del tiempo. Thompson secundaba esta opinión:

Se suele suponer que, porque no tenemos una constitución escrita, con sus cláusulas subordinadas y sus enmiendas, no tenemos constitución en absoluto. Este es un error que hace dos siglos habría implicado la acusación de sedición. Las constituciones escritas son para las naciones jóvenes (o renacidas después de un gobierno imperial) o para regímenes que están inseguros y con sus articulaciones doloridas y necesitan ponerse una armadura para mantenerse en pie. Las constituciones no-escritas nutren las ambigüedades; marcan los límites del campo de juego, pero en el campo se sigue jugando ("The State of the Nation", en Thompson, 1980: 238).

Su argumento comenzaba hablando de constitucionalismo, pero casi por necesidad terminó hablando en términos de “cultura política”. El uso que emplea de este concepto indica una larga tradición histórica, nos dice, algo mucho más profundo que un pacto social determinado que pueda durar unos años o unas décadas. Esa cultura política “no es solo nuestra historia: es la historia-como-presente, cuando las tradiciones todavía arden en nuestras mentes a modo de normas y expectativas” (Thompson, 1980: 245). Un marco jurídico-político menos garantista, pero uno en el que, en su opinión, los sectores populares tenían mucho que conseguir. En todo caso, pensaba, se trataría de una apuesta más segura:

No soy tan idiota como para suponer que una institución es buena solo porque es antigua. El ahorcamiento es viejo pero nunca ha sido muy bueno. No me opongo a la innovación, cuando viene tras su debido proceso de deliberación y debate público. (...) Pero, de la misma manera, no creo que cada generación esté bien aconsejada para actuar como si no hubiera tenido nunca un pasado. Yo no les daría una pizarra en blanco y un trozo de tiza y les invitaría a diseñar sus instituciones de la nada (Thompson, 1980: 229).

Sin embargo esta no había sido siempre su postura. En el *Making* su posición parecía acercarse mucho más a la de Tom Paine, que había denunciado la inexistencia de la Constitución británica y había abogado por una constitución escrita al estilo de la francesa. Thompson había elogiado que esta postura había permitido superar los límites del radicalismo anterior (véase *supra*, 4.1.2.). En su famosa polémica con Edmund Burke, Paine ofreció una defensa iusnaturalista de los principios del buen gobierno y una demolición extremadamente lúcida de los principios *historicistas* como fuente de normatividad (Paine, 2008 [1792]: 94). El filósofo neorrepblicano Stuart White ha puesto de manifiesto cómo en los escritos de Thompson existen dos voces, una más universalista e inclusiva, inspirada en este Tom Paine del que diera cuenta en el *Making*, y otra más tradicionalista, inspirada en William Cobbett, que tiende a centrarse en los derechos históricos del pueblo inglés. Si en el *Making* el historiador parecía un seguidor de Paine, en los escritos de *Writing by the Candlelight* adoptaría un énfasis más cobbettiano, defendiendo la Constitución no-escrita y las tradiciones históricas *inglesas*. White acierta al señalar que esta es una tensión de la que parece que Thompson era consciente, pero que no teorizó (White, 2020).

El punto es de particular interés, porque en 1988 se formó un grupo de presión llamado Charter 88 que, con un manifiesto claramente republicano, defendió la necesidad de crear una Constitución escrita para Gran Bretaña que estuviera basada en una idea de “ciudadanía universal” y blindara los “derechos inalienables” de los ciudadanos. Thompson no apoyó esta lucha, mientras que algunos conocidos suyos como Sheila Rowbotham, Ralph Miliband, Terry Eagleton, Stuart Hall o Martin Amis sí que lo hicieron. Anthony Barnett, el director de Charter 88 desde 1988 hasta 1994 y posteriormente fundador de *Open Democracy*, le sugirió recientemente a Stuart White que esta decisión de Thompson podría estar relacionada con su escepticismo hacia el poder judicial: tenía miedo de que una constitución escrita empoderase demasiado a un poder judicial ya parcialmente desembridado (citado en White, 2020: 22). Es probable que el miedo de Thompson estuviera fundamentado como un movimiento *táctico*, es decir, que considerase que no era un buen momento para abrir la caja de Pandora de un proceso constituyente si la correlación de fuerzas no acompañaba para tener un buen resultado. A fin de cuentas, el propio Barnett alegaría razones similares en 2011 para defender que la estrategia de la constitución escrita ya no era viable (Barnett, 2011). También es posible que el rechazo de Thompson tuviera que ver con su crítica al concepto de “Charter” o “Carta” que recuerda a las Cartas otorgadas y que tanto William Blake como Tom Paine habían criticado al defender una concepción más universalista e inclusiva de los derechos (véase *supra*, 4.1.3.). Quizá este sea uno de los misterios que no se resolverá hasta que se permita el acceso a sus archivos.

Pero con los materiales disponibles el debate no tiene por qué terminar aquí. Todavía cabe hilar más fino, y la propia historia inglesa ofrece algunas pistas para ello. A pesar de que *Rights of Man* fuera el libro más leído en el radicalismo popular de la primera mitad del XIX, la invitación de Paine a abandonar las justificaciones históricas de los derechos en mor de una justificación *iusnaturalista* no fue seguida de forma mayoritaria, y la apelación a las libertades del *Freeborn Englishman* y a la Constitución inglesa siguieron teniendo lugar entre los radicales (e incluso socialistas) del siglo XIX y del XX. Al mismo tiempo, después de la Revolución francesa el legado de los *derechos humanos* universales aparecería siempre en los ambientes radicales. James Epstein nos invita a considerar que la supuesta contradicción entre historicismo e iusnaturalismo no debe exagerarse, y que quizá las fronteras entre ambos tipos de discursos son más porosas de lo que solemos considerar: “las apelaciones a la Constitución sajona, aunque eran históricas en su forma,

a menudo eran simultáneamente una apelación a algunas nociones del derecho natural: el supuesto era que las libertades perdidas de la Inglaterra anglosajona habían encarnado nociones de derecho original” (Epstein, 1989: 84-85). De la misma forma que consideramos la defensa del *rule of law* como un “absoluto” que ejercía como instancia normativa desde la que poder valorar las instituciones presentes, el derecho natural ofrecía una perspectiva similar. Pero, al igual que con el *rule of law*, esto no tiene por qué implicar una idea abstracta e hipostasiada de los principios normativos: se puede considerar (y se ha considerado a lo largo de la historia) que determinadas instituciones han sido encarnaciones, más o menos imperfectas, de tales ideales. Quizá sería adecuado concebir el alegato de Thompson sobre las instituciones históricas inglesas (momento Cobbett) como una aspiración a la realización de los ideales universales (momento Paine)⁴³³.

En cualquier caso, el debate es sumamente interesante para la filosofía política republicana, porque nos ubica en las tensiones entre la virtud (cultura política) y la ley. En algunos puntos de sus escritos sobre el siglo XVIII Thompson pareció coquetear con la idea de que era necesario fortalecer la cultura política y el derecho consuetudinario de la *common law*, que se opondría a la juridificación y la codificación de leyes de raíz latina. Algunos de sus críticos parecen quedarse aquí cuando le acusan de ensalzar de forma romántica el pasado precapitalista. Pero, como hemos visto, Thompson no fue un enemigo de la ley escrita en general y consideró que muchas de las principales conquistas de libertades habían tenido lugar en términos legales codificados. Su sensibilidad por las formas de vida comunitarias perdidas, de cuyos valores precapitalistas siempre dijo que todavía podríamos aprender algo, no le llevó a subestimar el hecho de que las normas consuetudinarias en comunidades densas podían suponer un auténtico infierno para mucha gente, y que “para algunas de sus víctimas, la llegada de una ley distanciada (aunque enajenada) y de una policía burocratizada debió de ser como una liberación de la tiranía de ‘los suyos’” (Thompson, 1995: 588).

Como hemos tenido ocasión de ver en el anterior capítulo de esta tesis, Thompson acostumbraba a formular razonamientos políticos que tendían a subrayar la idea de que “no bastan las leyes” para la transformación social, y que todo socialista debe preocuparse por generar una nueva cultura política, una nueva forma de relacionarse, una renovación moral, etc. Sus escritos históricos sobre el siglo XVIII le permitieron reforzar la idea de que era necesario reconstruir una cultura popular democrática que fuera capaz de sostenerse más allá de la ley, y que estuviera siempre dispuesta al conflicto con las leyes, para mejorarlas, cuando esto fuera necesario. Aunque articulado en otros términos, el argumento se asemeja bastante al razonamiento típico de la tradición republicana que sostiene que sin virtud, la ley puede convertirse en papel mojado. Como dijo en la última intervención televisiva que realizó en vida (en la BBC), a raíz de la publicación de *Costumbres en común*: “si no podemos creer en la existencia de una cultura popular creativa e innovadora entonces no podemos creer en la democracia en absoluto”⁴³⁴. El énfasis del intelectual recayó con más frecuencia en el polo de la cultura política, y algunas veces recayó en la necesidad de promulgar buenas leyes, pero nunca descuidó ninguno de los dos polos. Su posición quedó bien definida en una entrevista realizada en 1979 y cuyo título ya era muy significativo, “Recovering the libertarian tradition”:

⁴³³ A pesar de nuestra discrepancia, quiero agradecer a Stuart White la oportunidad de poder discutir con él sobre este punto.

⁴³⁴ Intervención televisiva en la BBC con motivo de la publicación de *Costumbres en común*. <https://www.youtube.com/watch?v=s2CN3BerJdU&feature=youtu.be>.

Tenemos que traer de vuelta esta tradición democrática que se nos ha confiscado, traerla al corazón de nuestro movimiento. Porque si no lo hacemos, estamos en peligro de caer en esa teoría del Estado represivo, de acuerdo con la cual tenemos que oponernos a toda ley, a toda policía, a todo aparato de Estado (...). Yo no me opongo a toda ley en general. Leyes habrá siempre. Lo que tenemos que combatir son las malas leyes, y la imposición y administración clasista de la ley. Pero también romper la ley allá donde, como en el caso de la actividad ilegítima del MI5 o del Special Branch, estemos obligados a hacerlo (...). El movimiento obrero tiene que redescubrir lo que ya se sabía en el siglo XIX – que el Estado tiene que traerse bajo control humano y tiene que ser democratizado. Desafortunadamente, la gente ha sido desarmada en este asunto por los sueños laboristas de un Estado del Bienestar, por un lado, y del estatismo marxista de tipo estalinista, por el otro. Quizás en los próximos treinta años algunas de nuestras principales luchas serán en relación a la práctica y el control democrático de la que es ya una poderosa maquinaria estatal (Thompson, 1979: 21).

Conclusiones

En sus intervenciones políticas de los años 70 y 80, cuando se embarcó en una campaña defendiendo la tradición *libertarian* de izquierdas que culminaría en su activismo por la paz a partir de 1979, Thompson desplegó una batería de argumentos con fuertes resonancias republicanas, e hizo un uso constante del lenguaje fiduciario para señalar la arquitectura ético-política que debería regir un verdadero Estado parlamentario y democrático⁴³⁵. Desde el epílogo de *Whigs and Hunters* hasta los escritos de *Writing by the Candlelight* o *The Heavy Dancers*, encontramos un Thompson muy afín con la filosofía política republicana, que denuncia la falta de controles populares sobre los poderes públicos, que maneja un concepto disposicional de libertad, que enfrenta el problema entre los principios normativos y las instituciones que deberían encarnarlos (particularmente el sistema de juicios por jurado) y que defiende la necesidad de una cultura política virtuosa que sustente las dosis de conflicto necesarias para garantizar la libertad de la ciudadanía.

Estas no eran cuestiones nuevas en su obra, pero en estos años adquirieron una centralidad inusitada. Y, desde entonces, atravesarían su obra hasta los últimos años de su vida. En un texto de 1984 de política ficción (uno de los pocos que debió escribir), Thompson se inventa una situación en la que el poder ejecutivo de un país sienta en el banquillo de los acusados al Pueblo entero y lo juzga. Fue una manera mordazmente irónica de recordar el esquema fiduciario que debía prevalecer en la arquitectura institucional pública, al presentarlo de forma invertida (“Criminal Proceedings. Old Belial Sessions” en Thompson, 1985b). En la misma línea había afirmado dos años antes en una intervención televisiva en *Channel Four Television*: “no es que nosotros existamos porque el Estado nos de permiso, es que el Estado existe para servirnos”.⁴³⁶ Al sostener esto el intelectual no estaba sino confluyendo con esa parte de la tradición marxista más republicana, la que se remonta, por ejemplo, al Marx de la Crítica del Programa de Gotha que defendió que “la libertad consiste en convertir al Estado, de un órgano superpuesto a la sociedad, a uno completamente subordinado a esta” (“Crítica del Programa de Gotha”, 1875, en Marx y Engels, 2010a: 94).

⁴³⁵ No todos los miembros relevantes que pasaron por la New Left compartían la pasión de Thompson por las ideas fiduciarias. Su colega y socio Ralph Miliband, por ejemplo, fue un gran crítico de estas desde su teoría marxista del Estado: “El punto de partida de la teoría marxista de la política y el Estado es su rechazo categórico de esta visión del Estado como fideicomiso [*trustee*], instrumento o agente de la ‘sociedad en su conjunto’. Este rechazo se deriva necesariamente del concepto marxista de la sociedad como sociedad de clases. En las sociedades de clases, el concepto de ‘sociedad en su conjunto’ y del ‘interés nacional’ es claramente una mistificación” (Miliband, 1977: 66).

⁴³⁶ Disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=DGhWxFj3SZo&feature=youtu.be>.

La vigencia de muchos de sus planteamientos ha sido puesta de relieve por diversos intérpretes. J. A. Ruiz Jiménez ha documentado cómo todas las cuestiones candentes analizadas por Thompson en estos años están lejos de haberse resuelto. El debate sobre los juicios por jurado seguía abierto en el Reino Unido a principios de los 2000, cuando el Parlamento rechazó la propuesta del gobierno de recortar todavía más las competencias de esta institución. Entre los defensores del juicio por jurado no fueron pocos los que apelaron a los argumentos de Thompson en los 70 (Ruiz Jiménez, 2009: 84). También la cuestión del control ciudadano sobre las actividades de inteligencia del Estado sigue sin resolverse: los mecanismos de escucha por parte del MI5 o la Special Branch carecen de regulación legal, y en otras formas de vigilancia estatal Gran Bretaña “no se ajusta a los estándares internacionales sobre derechos humanos” (Ruiz Jiménez, 2009: 94). Por otro lado, la tradicional cultura de secretismo y opacidad respecto a la “información oficial” o de particular interés estatal ha continuado, porque la Ley de Libertad de Información aprobada en el año 2000 tuvo que ser enmendada (y aun así no lo fue demasiado) tras varias campañas públicas que denunciaban que podía ser aún más restrictiva en el derecho a la información de lo que había sido la desprestigiada Ley de Secretos Oficiales anteriormente vigente (Ruiz Jiménez, 2009: 100).

Sin embargo, algunos críticos señalaron que la estrategia de Thompson de invocar las tradiciones democráticas y disidentes del pueblo británico (y normalmente inglés) pasaba por alto las dimensiones más conservadoras o reaccionarias de este, ofreciendo así una imagen idealizada de la tradición (Schwarz, 1982). El historiador reconoció el punto:

Algunos críticos han sugerido que yo y otros de la vieja generación de “historiadores de la multitud”, al ocuparnos principalmente de motines y protestas, hemos ocultado muchas otras manifestaciones populares, entre ellas el entusiasmo legal y patriótico, el partidismo electoral e indicios más desagradables de xenofobia o fanatismo religioso. Estoy muy dispuesto a reconocer que estas cuestiones no me han preocupado y me siento feliz al ver que otros reparan estas faltas (Thompson, 1995: 110).

Sin embargo, no se trataba solo de un vacío historiográfico. La confianza depositada por Thompson en que la tradición tenía un peso primordial implicó subestimar la capacidad de los gobiernos para conseguir el consenso y la lealtad de los súbditos. Las élites británicas pudieron modificar sustancialmente esa cultura política sin encontrar necesariamente una resistencia feroz⁴³⁷.

4.2.2. Naciones y nacionalismo. El pantanoso territorio de la *Englishness*

Como hemos tenido ocasión de comprobar a lo largo de esta tesis, Thompson armó una y otra vez sus argumentos basándose en la idea de revitalizar las tradiciones democráticas inglesas, los derechos del *Freeborn Englishman*, y los recursos nacionales que consideraba que estaban disponibles en su tiempo. Esta estrategia tenía, por tanto, un marcado carácter *nacional* dentro de una apelación *internacionalista*, que se remonta al frentepopulismo democrático de entreguerras (véase 2.2. y 3.2.2. en esta tesis). Pero esta

⁴³⁷ En este sentido, D. Dworkin tiene parte de razón al señalar que Thompson “rara vez consideraba a las personas trabajadoras que defendían los intereses de sus empleadores, apoyaban las guerras imperialistas de la clase dominante, preferían los compromisos a los sueños de transformación radical o trataban a sus esposas y amantes como si fueran sus propiedades. De manera similar, el análisis político de Thompson no reconoció a los trabajadores contemporáneos que preferían a los conservadores a los laboristas, estaban preocupados por los bienes de consumo y albergaban resentimientos racistas contra sus vecinos inmigrantes” (Dworkin, 1997: 217).

retórica contó desde sus inicios con críticos de izquierdas que señalaron los peligros del patriotismo para los movimientos emancipadores de izquierdas.

La ambivalente tensión entre lo nacional-popular y el internacionalismo

Ya en 1979 Stuart Hall acusó a Thompson, por su defensa de las tradiciones del “inglés libre por nacimiento” y del “pueblo llano”, de abogar por un “‘populismo’ demasiado sencillo” (Hall, 1984: 285)⁴³⁸. En 1980 Raphael Samuel había indicado que uno de los legados más ambiguos de la historia radical era la cuestión del nacionalismo inglés, esto es, “la idea de que el pueblo inglés había sido, de alguna manera, colocado en un lugar especial en la historia, que la lengua inglesa es superior a otras, y que la libertad del individuo está mejor asegurada en Inglaterra que en el extranjero” (Samuel, 1980: 41). No han sido pocas las voces que han ubicado a Thompson en esta línea. Eric Hobsbawm ha dicho que Thompson “escribió sobre la historia o cualquier otra cosa en la personalidad de un caballero tradicional inglés (no británico) de la izquierda radical” (Hobsbawm, 1994: 158). David Eastwood le catalogó como “el más inglés de los historiadores ingleses” y defendió que sus obras rayan con una “celebración” de la excepcionalidad inglesa (Eastwood, 1995: 86, 79). Perry Anderson escribió que “Thompson está en su derecho a reivindicar para sí, con toda la fuerza del mundo, el estandarte del internacionalismo socialista”, pero que como su obra no recurre a las fuentes del marxismo revolucionario (Lenin, Trotski) esto le conduce a una excesiva atención hacia autores exclusivamente ingleses y señala que esto puede llevar, en el estado de irritación que adquiriría Thompson en sus polémicas, a un “nacionalismo cultural” (Anderson, 1985: 162-163). Dennis Dworkin fue bastante más lejos al sostener que la idea de Thompson de que Gran Bretaña ocupaba un lugar estratégico para romper el equilibrio de la Guerra Fría en realidad no era sino la expresión de un deseo nostálgico no reconocido de querer que este país recuperase el papel protagonista (¿imperialista?) en el orden mundial que había perdido tras la Segunda Guerra Mundial (Dworkin, 1997: 67). Recientemente no han faltado intentos de apropiarse del legado de Thompson en esta dirección nacionalista-inglesa. Michael Kenny intentó mostrar las afinidades entre Thompson y la estrategia *One Nation* del New Labour, como una suerte de esfuerzo por articular un patriotismo inglés de izquierda:

Thompson justificó y exploró la importancia del amor a la patria en los radicales ingleses. Su patriotismo no replicaba ni imitaba al de la derecha política, sino que buscó activamente disputar las formas en las que se entendía la “patria” en la mentalidad popular, y se esforzó por influir en las conclusiones políticas que la gente deduciría de sus sentimientos patrióticos (Kenny, 2013)⁴³⁹.

Sin embargo, las evidencias del compromiso internacionalista en Thompson son abundantes. En los archivos del MI5 encontramos repetidas veces a un joven crítico acérrimo del colonialismo y defensor de las luchas por la liberación nacional. En ocasiones incluso se codeó, como había hecho su padre, con algunos líderes de estos movimientos: en una carta del 14 de septiembre de 1957 se ve la familiaridad y el cariño con el que se trataba con Cheddi Jagan⁴⁴⁰. También la causa de Irlanda ocupó un lugar en

⁴³⁸ Para un balance solvente de la polémica sobre el “populismo”, que desmonta los argumentos de Hall, Johnson y Anderson, puede verse la obra de Matthews (2013: 93 y ss.).

⁴³⁹ En respuesta a Kenny, Stuart White remarcó acertadamente: “Thompson seguramente habría sido un oponente ferozmente polémico del New Labour” (White, 2013). La campaña *One Nation* acabó repentinamente en 2014 cuando se produjo el referéndum de Escocia y el unionismo defendido por el Labour perdió muchos apoyos.

⁴⁴⁰ Cheddi Jagan era el líder del Partido Popular Progresista de la Guyana, fue primer ministro tres veces consecutivas entre 1953 y 1961. Su partido articuló las demandas por la independencia desde los años 50

su mente. En una carta a James Klugman fechada el 30 de septiembre de 1955 Thompson se alegra de haber ganado para la causa a un irlandés: se trataba de Tim Enright, un académico gaélico de una familia bien conocida por su lucha por la independencia de Irlanda, que fue además un estudiante muy cercano a James Connolly⁴⁴¹. Su defensa de las instituciones populares inglesas (o británicas) no implicaba una idea de “superioridad” o de “modelo a seguir” sobre el resto de naciones. En el prefacio del *Making* había escrito: “nosotros mismos no estamos al final de la evolución social. En algunas de las causas perdidas de las gentes de la Revolución industrial podemos descubrir percepciones de males sociales que tenemos todavía que sanar (...). Todavía en Asia o África se podrían ganar causas que se perdieron en Inglaterra” (Thompson, 2012: 31). Al decir esto estaba señalando que los países africanos y asiáticos no tenían que seguir necesariamente *el mismo* curso de desarrollo que habían seguido los europeos. Thompson era perfectamente consciente de los peligros del patriotismo: en 1982 había escrito sobre la base motivacional anclada en la naturaleza humana que permitía agrupar a los propios *frente a* los otros, razón por la que “el patriotismo es el amor por la propia patria, pero también es el odio o el miedo o la sospecha por la patria de los otros” (Thompson, 1982: 19).

A pesar de estas advertencias, lo cierto es que nunca se dedicó a un análisis en profundidad del problema, ni remarcó las dimensiones xenófobas que históricamente había manifestado la tradición del *Freeborn*. Una de las cosas más sorprendentes de que Thompson no abordara esto es que sus colegas del Grupo de Historiadores sí que lo hicieron. George Rudé había apuntado en 1964 los componentes de xenofobia que tenía la tradición del *Freeborn Englishman*, en la que había una “hostilidad por los extranjeros” y donde por “extranjeros” se incluían “escoceses e irlandeses así como franceses, españoles, judíos y católicos romanos” (Rudé, 1981b [1964]: 63). Rodney Hilton también había destacado los componentes xenófobos de las protestas inglesas de 1381 que se canalizaron bajo la forma de una persecución hacia los flamencos, llegando a decapitar a decenas de ellos (Hilton, 2020: 258 y ss.). Eric Hobsbawm incluso le dedicó un libro a la cuestión del nacionalismo en 1990 (Hobsbawm, 2000). Pero quizá el que mejor haya puesto de relieve los problemas de esta cuestión haya sido Víctor Kiernan, el gran estudioso del imperialismo británico. Kiernan señala que había un cierto nacionalismo excluyente en la idea de muchos radicales ingleses que se organizaron a principios del siglo XIX (movimiento obrero y cartismo) para “aumentar” las libertades que pensaban que tenían los ingleses, mientras que el resto de países eran “esclavos” (Kiernan, 1978: 124-125). Pero Kiernan también señala que “el deseo instintivo de cualquier clase o grupo de sentir que pertenece a una comunidad más amplia es un deseo muy arraigado, y si no se satisface de una manera positiva y saludable es probable que encuentre substitutos parciales de peor tipo” (Kiernan, 1978: 126). En el caso británico, el papel de encarnar un emblema de unidad familiar correspondió al ejército, en el que muchos trabajadores participaron haciendo suyo el nacionalismo imperialista. El movimiento de reservistas voluntarios llegó a tener, a finales de 1870, unos 200.000 alistados, de los cuales tres cuartos pertenecían a los sectores menos castigados de la clase trabajadora. Y su función ideológica cohesionadora continuaría: en la Primera Guerra Mundial muchos trabajadores de Middlesbrough podían pensar que era mejor servir a la patria que trabajar para un explotador rentista (Kiernan, 1978: 128, 134). Con esta plétora de trabajos y testimonios,

hasta alcanzar el éxito: la Guayana se independizó del Reino Unido bajo la forma de la Cooperative Republic of Guyana en 1966. Para la carta véase National Archives, KV-2-4293, 136A.

⁴⁴¹ National Archives, KV-2-4291, 76. Véase también: “Una de las consecuencias más trágicas de las Guerras [napoleónicas] se encuentra en la represión salvaje de la rebelión [irlandesa] de 1798, la segregación política consiguiente de la Irlanda católica y la protestante (...) y la disolución forzada del Parlamento irlandés en la ‘Unión’ subordinada a Gran Bretaña” (Thompson, 1997b: 150).

de los que solo hemos señalado algunos, sorprende que Thompson dedicara tan poca atención a las limitaciones de la retórica nacional-popular.

La poca atención que recibió el peligro del patriotismo en su obra, mezclada con un excesivo énfasis en las peculiaridades de lo inglés, puede que hayan influido en la sorprendente ausencia de varias cuestiones claves en sus escritos históricos. Thompson dejó totalmente fuera de sus relatos el trabajo esclavo, la importancia que tenía en el escenario político británico el panorama de las colonias y las revueltas de esclavos, y la medida en la que las luchas abolicionistas se entremezclaron con las propias luchas obreras de las que sí que rindió buena cuenta (J. Epstein, 2013)⁴⁴². Como remarcaron los historiadores atlánticos Marcus Reddiker y Peter Linebaugh (este último alumno de Thompson en Warwick), esta falta de atención le llevó a perder algunos hilos importantísimos en el *Making*, como la historia de Robert Wedderburn, el jacobino negro de origen jamaicano que conoció a Thomas Spence, se sumó a la London Corresponding Society (LCS) y se destacó por su retórica abolicionista; o la historia de Olaudah Equiano, el gran libertador abolicionista, que había sido esclavo en una plantación y que incluso convivió entre 1790 y 1792 en la misma vivienda de Londres con Thomas Hardy, el líder de la LCS a la que Thompson dedica especial atención (Linebaugh y Reddiker, 2005 [2000]: 370 y ss.). Por su parte, Gregory Claeys ha apuntado que la falta de interés de Thompson por la cuestión de la esclavitud le llevó a pasar por alto el papel de Robert Owen como gran adalid del abolicionismo, sesgando su juicio sobre este (Claeys, 1989: 97-98).

Equilibrando la imagen: ni jingoísta ni cosmopolita

La idea de que Thompson rayaba con un nacionalismo inglés excluyente, o que incluso expresaba deseos soterrados por recuperar el glorioso pasado imperialista, es difícilmente sostenible a la luz de una lectura comprensiva de toda su obra, tanto la histórica como la política. Hemos aportado algunas evidencias en esta dirección. En todo caso, Kenny acertó en un artículo posterior al escribir que la tensión entre esta especie de “patriotismo progresista” y el internacionalismo europeísta está presente, pero que el intelectual “rara vez reconoció la tensión entre estas ideas, y ciertamente nunca las resolvió” (Kenny, 2017: 7)⁴⁴³.

Pero la existencia de un problema infrateorizado no debería llevar a sacar conclusiones precipitadas. Quizá sería más sensato, en vez de tratar de adivinar o descifrar las pulsiones inconscientes o latentes a través de sus silencios o ambigüedades, atender a aquellos textos en los que el propio Thompson se ocupó del problema. En el panfleto que lleva el significativo título “In Defence of Britain” (apréciese que no escribe “England”) el historiador sostendrá:

Siempre ha existido una Gran Bretaña alternativa en estas islas (...). **Conozco todos los peligros del sentimiento nacional**, y conozco mejor que la mayoría (en la medida en que soy historiador) los pecados imperialistas de Gran Bretaña. Sin embargo, no puedo estar de acuerdo con la idea de que la historia de esta isla ha sido, en todas y cada una de sus expresiones, una historia vergonzosa; ni con la idea de que no hay nada en ella que merezca la pena ser defendido. Esta no ha sido solo

⁴⁴² Creo que Epstein se equivocó al decir que la Revolución de Haití no aparece mencionada. No aparece en el *Making*, pero sí lo hará 30 años después en *The Romantics* cuando Thompson comenta cómo “la defección de la Revolución francesa respecto a sus propios principios igualitarios” trajo “consecuencias traumáticas” sobre el jacobinismo internacional, y recuerda a Wordsworth lamentando el aprisionamiento de Toussaint Louverture y la restitución de la esclavitud en las colonias (Thompson, 1997b: 70).

⁴⁴³ Puede encontrarse una breve discusión de estas tensiones también en la obra de Rogan (2017: 169 y ss.).

una nación de matones [*bullies*]. Ha sido también una nación de poetas e inventores, de pensadores y de científicos, tenida en alguna consideración por el resto del mundo. Ha sido, durante un tiempo, no menos importante que la Grecia antigua para nosotros, un lugar de innovación en la cultura humana. Aquí se elaboraron ciertas leyes y formas democráticas que han influenciado en las formas de los Estados de todos los continentes; aquí tuvieron lugar, durante siglos, grandes discusiones sobre la fe religiosa que fueron llevadas más allá del Atlántico; aquí se formaron algunas de las primeras cooperativas y de los primeros sindicatos, sin cuyo ejemplo multitudes de todo el globo todavía podrían sufrir los extremos de la explotación; aquí, y en nuestra vecina, Francia, fueron elaboradas algunas de las defensas más claras de los **derechos humanos**. Por lo tanto, sostengo que la Gran Bretaña alternativa debe salir en defensa de esos derechos ahora, y ejercerlos con el mayor vigor posible. Y al hacer esto nos veremos reforzados por el conocimiento de que, al defendernos a nosotros mismos, podemos estar defendiendo también el futuro **de todo el mundo** (Thompson, 1985b: 103-104, subrayado nuestro)⁴⁴⁴.

La última reseña que escribió el historiador, aparecida en *Dissent* pocas semanas antes de su muerte, nos proporciona una pista similar. El libro reseñado fue el futuro *best-seller* de Linda Colley, *Britons*, donde se defendía que las décadas de 1790-1830 habían sido cruciales para forjar la nación británica. Por eso, nos dice Thompson, si las tesis de Colley “son correctas al 100%, entonces mi viejo estudio *The Making of the English Working Class* debe ser incorrecto”. Porque el historiador había argumentado que en esas mismas décadas se habían creado “estructuras, oposiciones y culturas contradictorias de clase”:

“Clase” quizá fuese un concepto saturado en los años 1960 y 1970 y se ha vuelto sencillamente aburrido. Es un concepto que ya pasó su fecha de caducidad. Colley parece compartir la visión dominante y evita cualquier discusión en profundidad de la alienación, en el siglo XVIII, entre patricios y plebeyos, y a comienzos del siglo XIX entre la aristocracia, la clase media y la clase trabajadora emergente. Pero yo no estoy dispuesto a capitular. No puedo encontrar una nación unívoca de “británicos” (Thompson, 1994g: 328).

La reseña terminaba apelando a complejizar nuestra comprensión de las maneras en las que se entrecruzan productivamente los conceptos de “nación” y “clase”:

En lugar de intentar una suerte de compromiso a medio camino, podríamos decir que ambas visiones pueden ser ciertas. No solo fueron los británicos a veces muy partidarios del régimen y a veces decididamente lo contrario, sino que los argumentos de Colley sobre la creación de una nación británica no necesitan contradecir los argumentos sobre las “Dos Naciones” determinadas por las clases. Después de todo, los reformadores ingleses, escoceses y galeses y los cartistas se las arreglaron para trabajar juntos, y el principal líder británico cartista, Feargus O’ Connor, era irlandés. Hay veces en las que un patriota debe ser también un revolucionario. Y con esta nota estoy dispuesto a dar la bienvenida a este libro ¡y hacer una llamada a la paz! (Thompson, 1994g: 331).

Con esto en mente, podemos suscribir la afirmación de Wade Matthews cuando sostiene que lo que Thompson estaba ofreciendo “era una reafirmación de la tesis de la hegemonía cultural de Gramsci: que los socialistas deben trabajar en la cultura en que se encuentran y, en cierta medida, con esa cultura” (Matthews, 2013: 80). En esto Thompson se aproximaba al planteamiento no solo del frentepopulismo comunista, sino de otras

⁴⁴⁴ El mismo mensaje fue defendido por Thompson en su intervención en el famosísimo festival de Glastonbury en 1985. Puede verse un extracto del vídeo aquí: <https://www.youtube.com/watch?v=MdPwZMyb1sM>.

grandes figuras del socialismo como pudieran ser Hobson⁴⁴⁵ o Jaurés⁴⁴⁶; solo que en su caso esa reivindicación nacional-popular en tensión productiva con el internacionalismo es incorporada en la época de entreguerras y en los años posteriores (véase el Capítulo 2 de esta tesis):

Estoy defendiendo que Edgell Rickword fue un arquitecto de la conjunción entre una teoría socialista internacionalista y una vigorosa práctica histórica nacional. Entre 1930 y 1950 una conjunción parecida se estaba haciendo en muchas partes y en muchas cabezas: uno podría pensar en Hugh MacDiarmid en Escocia, D. D. Kosambi en la India, Tibor Dery en Hungría, incluso en Gramsci (Thompson, 1994a: 243).

Algunos de sus defensores han apuntado en esta dirección. La filósofa Kate Soper ha sostenido que “el antichovinismo de sus perspectivas y actividades del movimiento de paz difícilmente puede ser discutido” y que, aunque Thompson no haya podido volar muy lejos en teoría, “aun así logró saltar con bastante éxito las barreras nacionales y los bloques continentales a la hora de pensar” (Soper, 1994). El historiador David Renton sostiene igualmente que aunque “hay indicios de un pequeño nacionalismo que surge momentáneamente” este, sin embargo, “nunca dura, porque era incompatible con toda la deriva de la actividad política de Thompson, su apoyo a los socialistas indios y sus visitas al subcontinente, su trabajo para el desarme nuclear, que solo podría lograrse en el conjunto de Europa” (Renton, 2004: 22). Los coeditores de *Past & present* de los años 90, Paul Slack y Joanna Innes, destacaron en su obituario que, desde su incorporación al Comité Editorial de la revista, Thompson siempre impulsó el carácter internacional de los simposios invitando a conocidos de Europa, India o Norteamérica, y estaba presto a lanzarse contra cualquier signo de provincianismo o estrechez de miras [*parochialism, insularity*] (Slack y Innes, 1994).

Quizá la imagen que más le haga justicia sea esta: la de un socialista frentepopulista, comprometido hasta lo más hondo con las causas internacionalistas, pero dedicado infatigablemente a tratar de rescatar la dimensión democrática de las propias tradiciones nacionales. Una manera de vivir y de encarar la política que descuidaba a veces los peligros de la retórica patrioter (pagando un precio por ello, como hemos podido ver), pero que se negaba rotundamente a regalar el terreno de la nación al enemigo.

4.2.3. Las condiciones materiales de la libertad. Derechos de propiedad y disciplina laboral

Para la tradición republicana tener derechos de propiedad no es exactamente lo mismo que “disfrutar” del consumo de ciertos recursos materiales: “propiedad” y “bienestar” son elementos relacionados, pero diferentes. La propiedad es entendida en sentido amplio como una *garantía* en forma de derechos (consuetudinarios o codificados) de un “control duradero sobre un conjunto de recursos materiales de los que hace uso la libertad en los intercambios económicos, al asegurar de forma efectiva una forma de poder negociador frente a otros agentes” (Casassas y Wispelaere, 2016). En ese sentido, la propiedad es

⁴⁴⁵ “El internacionalismo no es la negación sino la expansión del espíritu nacional (...). Los buenos sentimientos y las buenas formas nacionales son esenciales para el lento pero gradual crecimiento de un internacionalismo que se desarrollará por sí mismo a su debido tiempo en leyes e instituciones válidas” (“Socialistic Imperialism”, 1901, citado en Blaazer, 1992: 77).

⁴⁴⁶ “Un poco de internacionalismo aleja a los hombres de su patria, mucho internacionalismo los devuelve a ella” (citado en Domènech, 2015a: 14).

condición necesaria pero no suficiente de la libertad republicana. Por esta razón la desposesión supone una pérdida de libertad *con independencia de* si hay o no hay una ganancia en el nivel material de vida (Casassas, 2018: 24).

Pues bien, este esquema propiedad-bienestar es precisamente el que empleará Thompson en la famosa polémica sobre “el nivel de vida” durante la Revolución Industrial: determinadas subidas de salarios, nos dirá, coexistieron en el mismo momento en que se producía una expropiación generalizada y una subordinación de estos expropiados a nuevas formas de explotación. La clase trabajadora pudo ver aumentados sus salarios en determinados años, pero se vio desposeída del control sobre ciertos recursos: “la población puede consumir **más bienes** y a la vez ser menos feliz y **menos libre**” (Thompson, 2012 [1963]: 229-230. Subrayado nuestro).

Desde la publicación del *Making*, Thompson había estado particularmente atento a los cambios en la estructura de la propiedad. Explicó cómo en los conflictos sociales del siglo XVIII se fue desarrollando paulatinamente una racionalidad jurídica que acabaría cristalizando en las definiciones capitalistas de los derechos de propiedad, a través de las cuales encontraría una cobertura legal ese auténtico “robo de clase” que fueron los cercamientos (Thompson, 2012 [1963]: 243). En “Peculiarities of the English” señaló, esta vez remontándose al problema de los orígenes del capitalismo, que:

Lo que estaba en juego, desde un punto de vista, era exactamente una redefinición capitalista del “estatuto básico de la propiedad”, que pasase del “derecho antiguo” a la “ley natural” y la compra; del modo y la lógica de la producción, desde la casi autosuficiencia a la comercialización de las mercancías con el objetivo de obtener un beneficio; y de las relaciones de producción, cambiando las coacciones orgánicas del *manor* y del gremio por las coacciones atomizadas de un mercado de trabajo libre (Thompson, 1994d [1965]: 15-16)⁴⁴⁷.

Sus estudios posteriores sobre la cultura popular profundizarían en estas ideas. No hubo, nos dice, un solo bosque o zona de caza donde no hubiera “algún episodio dramático de conflicto en torno al derecho comunal en el siglo XVIII” (Thompson, 1995: 124). Lo que se dirimió en esos años no fue la fijación de unos “derechos de propiedad” sobre un conjunto de costumbres inarticuladas, sino una redefinición de la propiedad en un sentido exclusivo y excluyente como propiedad absoluta (véase 1.2.4. en esta tesis) frente a otras formas tradicionales de propiedad:

Lo que a menudo estaba en juego no era la propiedad, respaldada por la ley, frente a la no-propiedad; eran más bien **definiciones alternativas de los derechos de propiedad**: para el terrateniente, los cercamientos; para el aldeano, los derechos comunales; para las autoridades forestales, las “cazas reservadas” para el venado; para los habitantes de los bosques, el derecho a extraer turba. Porque, de hecho, siempre que fuera posible los gobernados –si podían encontrar los recursos y un abogado– lucharían por sus derechos por medios legales (Thompson, 1990 [1975]: 261. Subrayado nuestro).

Frente a la conocida “tragedia de los comunes” que formuló Garret Hardin (1968) – que sostiene que si los recursos materiales no se gobiernan a través de una propiedad privada exclusiva y excluyente entonces están condenados al abuso y la sobreexplotación de los *free riders*– Thompson defendió que “a lo largo del tiempo y del espacio los usuarios de tierras comunales han creado una rica variedad de instituciones y sanciones comunitarias que han frenado y limitado el uso” (Thompson, 1995: 128). Su estudio de las formas de propiedad agraria en el siglo XVIII le permitió comprender que, en el momento de la herencia, “el beneficiario heredaba *tanto* el derecho *como* la malla sobre la cual se hacía efectivo; en consecuencia debía también heredar un cierto tipo de

⁴⁴⁷ Véase también (Thompson, 2002c: 118).

psicología social y comunal de la propiedad: la propiedad no de su familia, sino de su familia-dentro-de-la-comunidad” (“El entramado hereditario: un comentario” en Thompson, 2000a: 57).

Uno de los puntos más interesantes recogido en estos escritos es que Thompson a veces rebajaba la importancia de los *enclosures* frente a otros tipos de prácticas que suponían también la disolución de los derechos comunales. La cuestión de los cercamientos quizá fuera la causa más visible de los agravios, pero no necesariamente la principal, puesto que se disputaron también derechos comunales como la caza de ciervos y otros animales, y los derechos de pesca, de recogida de madera, de explotación de canteras, arenales y turberas, etc. (Thompson, 1995: 127). El punto importante era, por tanto, entender “el impacto de la lógica de mercado, de las prácticas agrarias capitalistas” para mostrar cómo se había producido una “cosificación de los derechos de aprovechamiento” (la posibilidad de comprar y vender antiguos *haces* de derechos) que, en muchos casos, podía “significar en la práctica la limitación de los derechos del resto de la comunidad”. Por esa razón “el viejo entramado comunal había sido consumido por la ley y el dinero mucho antes del cercamiento: el cercamiento de campos en el siglo XVIII registró el final más que el auge de este proceso” (“El entramado hereditario: un comentario” en Thompson, 2000a: 59, 70).

Uno de los grandes objetivos de las clases dominantes de la época fue el disciplinamiento de la masa laboral a través de estos procesos de desposesión. La queja más frecuente del siglo XVIII era la “indisciplina de los trabajadores, su irregularidad en el empleo, su falta de dependencia económica y su insubordinación social” (Thompson, 1995: 51). Un informe de la *gentry* de 1794 recoge sucintamente la cuestión:

El uso de las tierras comunes por parte de los trabajadores opera en sus mentes otorgándoles una suerte de independencia. Es por ello por lo que los cercamientos harán que los trabajadores “trabajen cada día del año”, y con ello quedará asegurada esa subordinación de los órdenes inferiores de la sociedad que tanto se desea en los tiempos actuales (*Board of Agriculture Report on Shropshire*, citado en Torr, 1956: 128).

En el ensayo “Tiempo, disciplina de trabajo y capitalismo industrial” (1967) Thompson puso luz sobre el complicado problema de cómo la generalización del trabajo asalariado supuso un cambio en la manera en la que entendíamos el paso del tiempo, comenzó a ser visto en términos productivistas, abandonándose otras perspectivas más marcadas por los ciclos de la naturaleza o los ritmos propios de cada sector. Las técnicas de medición del tiempo se internalizaron en el trabajo como formas de disciplinamiento laboral que permitían incrementar la productividad⁴⁴⁸. De esta manera, el historiador consiguió probar que el fenómeno de desposesión masiva que está en los orígenes del capitalismo está intrínsecamente vinculado a un cambio en la percepción y gestión del tiempo en la vida cotidiana⁴⁴⁹. El tema fue la obsesión de toda una época. Un relojero

⁴⁴⁸ Para un tratamiento sistemático de este problema puede verse el clásico del economista francés Benjamin Coriat, *El taller y el cronómetro* (Coriat, 1982).

⁴⁴⁹ Siendo esto así, Thompson nos lanza la pregunta: “¿empezará a descomponerse la valoración puritana del tiempo al aflojarse las presiones de la pobreza? ¿Está ya en descomposición? ¿Empezarán los hombres a perder ese inquieto sentido de urgencia, ese deseo de consumir el tiempo con resolución, que lleva a la mayoría de la gente con la misma naturalidad que un reloj de pulsera? Si van a aumentar nuestras horas de ocio, en un futuro automatizado, el problema no consiste en ‘cómo podrán los hombres consumir todas estas unidades adicionales de tiempo libre’, sino ‘qué capacidad para la experiencia tendrán estos hombres con este tiempo no normatizado para vivir’. Si conservamos una valoración puritana del tiempo, una valoración de mercancía, entonces se convierte en una cuestión de cómo hacer ese tiempo útil, o cómo explotarlo para las industrias del ocio. Pero si la idea de finalidad en el uso del tiempo se hace menos

llamado Constan-Louis, descendiente del relojero suizo Breguet, comentó en la Exposición Universal de París de 1867:

Cómo proporcionar al obrero un reloj a bajo precio, **para permitirle llegar al taller a la hora**, ese era el problema. Fue resuelto por un fabricante relojero, el señor Roskopf, de la Chaux-de-Fonds, cantón de Neuchâtel en Suiza, que ha tenido un éxito completo desde el punto de vista de la calidad y el precio. Señores, el Comité, apreciando el servicio así prestado a las clases trabajadoras, tiene el honor de proponer que se den las gracias al señor Roskopf por su reloj del pobre y de concederle una medalla de plata [subrayado nuestro].⁴⁵⁰

A la vista de lo anterior, podemos ver la centralidad que ocupa la cuestión de los derechos de propiedad en la obra de Thompson. Su peculiar manera de abordar esta cuestión nos permite sostener que en sus escritos está operando de fondo, no siempre explicitada, una noción *propietarista* de libertad, o, si se prefiere, una noción republicana, para la cual el control estable de recursos materiales es una condición *sine qua non* del disfrute de la libertad, y un terreno de continuas disputas y conflictos que habitamos en llamar “lucha de clases”. Al ofrecernos una explicación de las transformaciones en la estructura de la propiedad Thompson estaba descifrando el proceso histórico por el que se generarían los tipos de dominación específicos del capitalismo que tanto interés han suscitado en el neorrepblicanismo más reciente. Por otro lado, su preocupación por las proteicas formas que adquieren los derechos de propiedad le permitió articular propuestas que, en la línea de la New Left, escapasen a la trampa que conduce a una estrecha elección dicotómica entre una concepción exclusiva y excluyente (capitalismo) o una concepción estatista y burocrática (sovietismo) de la propiedad. Una vez cayó el Muro de Berlín, Thompson insistió en esta idea del pluralismo jurídico, vinculándolo con su apuesta por un socialismo democrático y *libertarian*:

Vamos a necesitar el repertorio más completo posible de formas [de propiedad] –cooperativa, empresa individual, socialdemócrata, planificación centralizada en algunos recursos, unidades autónomas– así como nuevas formas y maneras que no están todavía inventadas, basadas en las familias, las comunidades y los vecindarios, con nuevas formas de autogobierno y estilos de vida simplificados. En todo esto, el “socialismo” no ha sido desacreditado, aunque el comunismo de economía planificada sí que lo haya sido; el socialismo es parte de la herencia que necesitaremos, aunque debamos hacer un uso crítico y selectivo de ella. El futuro más viable podría ser un tipo de socialismo, aunque uno de tipo verde e individualizado con fuertes resistencias contra el Estado (Thompson, 1991b: 24).

4.3. EL CONCEPTO DE “CLASE SOCIAL” EN LA OBRA DE THOMPSON

Ninguna categoría histórica ha sido más mal interpretada, atormentada, tergiversada y deshistorizada que la de clase social

(E. P. Thompson, 1978)

compulsiva, los hombres tendrán que reaprender algunas de las artes de vivir perdidas con la Revolución Industrial: cómo llenar los intersticios de sus días con relaciones personales y sociales más ricas, más tranquilas; como romper otra vez las barreras entre trabajo y vida” (Thompson, 1995: 449).

⁴⁵⁰ Agradezco esta referencia al historiador Javier Fernández, que topó con ella al investigar el reloj de bolsillo de su abuelo. La cita se encuentra disponible en http://www.inforeloj.com/spa/item/relojes_roskopf.html

Las distinciones de clase no mueren; simplemente aprenden nuevas formas de expresarse. En cada década declaramos furtivamente que hemos enterrado la clase. Y en cada década el ataúd permanece vacío

(Richard Hoggart, 1989)

Habitualmente se ha considerado que el concepto de “clase social” desarrollado por Thompson fue una de sus mayores contribuciones a las ciencias sociales (Efstathiou, 2014; Kaye, 1984; Meiksins Wood, 1982; Savage y Miles, 1994; Sewell, 1994)⁴⁵¹. Desde su primera formulación acabada en el *Making*, no son pocos los especialistas que han adoptado, debatido o criticado su propuesta. Thompson no era un pensador sistemático y sus escritos monográficos sobre esta cuestión son escasos, pero cabe reconstruir sus dimensiones, como trataremos de hacer en este epígrafe, a partir de las diferentes intervenciones dispersas en su obra en las que abordó la cuestión. En un segundo momento, evaluaremos la pertinencia de las principales críticas que recibió y la paradoja de que fuera acusado de “culturalista” por unos y de “economicista” por otros. En último lugar, esbozaremos una explicación de por qué su noción de clase presenta las suficientes virtudes metodológicas como para poder ser considerada una buena herramienta auxiliar para la historia social de las ideas políticas y un buen punto de partida para los debates contemporáneos sobre las clases sociales, reavivados especialmente tras el estallido de la crisis de 2008⁴⁵².

4.3.1. Introducción: más allá del mono azul

El concepto de ‘clase social’ ha sido un concepto fundamental para las ciencias sociales desde su creación (Bottomore, 1966: 3 y ss.; Claeys, 1989: 61). Su sentido, sin embargo, dista de ser autoevidente. En el análisis de clase es habitual encontrar “pseudodebates”, es decir, supuestas discusiones caracterizadas por los malentendidos mutuos y la falta de acuerdo, porque en realidad se están discutiendo definiciones diferentes del concepto o porque no se comparten supuestos metodológicos básicos (Crompton, 1994: 144).

La historia de la noción de clase está particularmente marcada por los enfoques *sociológicos*. Desde la Segunda Guerra Mundial se creó una rama sociológica en el análisis de clase a través de los trabajos de autores como R. Dahrendorf, D. Lockwood, S. M. Lipset o H. Braverman que separaron las cuestiones de la “acción de clase” y de la “estructura de clase” –definida esta última como conjuntos de agregados de empleos– como dos campos que podrían investigarse de forma plenamente autónoma (para el concepto “ocupacional” de clase y sus limitaciones, véase Crompton, 1994: 75 y ss. y 147 y ss.; y Savage, 2015, 2016). Un enfoque que se vería reforzado con la aparición de la corriente funcionalista y del marxismo estructuralista (Crompton, 1994: 58-59). Las razones de su éxito académico pueden leerse como una suerte de “revolución marginalista” en la teoría de clases (similar a la “revolución marginalista” de finales del

⁴⁵¹ La influencia de Thompson en el enfoque de Anthony Giddens y la similitud de ambas perspectivas ha sido señalada por varios especialistas (Crompton, 1994: 65; Kaye, 1984: 234-235). Xavier Domènech ha contextualizado la aportación de Thompson al análisis de clase enmarcándolo en un debate no resuelto en la teoría marxista que proviene desde, al menos, los conflictos de la segunda internacional (Kautsky, Lenin, Luxemburgo), pasando por los fallidos intentos de resolución de Lukács, Gramsci o Korsch (Domènech, 2016: 135 y ss.).

⁴⁵² Algunas de las ideas expuestas aquí han sido desarrolladas en otro lugar (Martínez-Cava, 2018b).

XIX en la disciplina económica): la noción estructural y ahistórica que prevaleció ofrecía las ventajas de la cuantificación (Fantasia, 1995; Lafrance, 2013; Savage, 2016). Esta ha sido la noción dominante en muchos ámbitos, incluidas las políticas públicas, porque permite manejar grandes conjuntos de datos que se presentan como representativos de la sociedad en su conjunto (Crompton, 1994: 232). Por descontado, el dominio de esta noción estructural no fue absoluto. En paralelo se desarrollaron enfoques más “cualitativos” o etnográficos que consideraron que la “acción” y la “estructura” eran inescindibles. Sin embargo, los enfoques cualitativos tendieron a restar importancia a la dimensión estructurante y global de las clases y acostumbraron a eludir perspectivas que fueran más allá de los estudios de caso. Como veremos a continuación, el concepto de clase de Thompson se rebeló contra la hegemonía de la noción estructural y ahistórica, pero ofrece la amplitud suficiente como para no verse recluso al estudio de caso.

Una de las principales dificultades del concepto de clase es que trata de capturar unas relaciones sociales y una dinámica de conflicto de las que forman parte las propias definiciones alternativas del concepto. Es decir, que el mismo lenguaje con el que nos referimos a las clases está en gran medida influido por el estado de los conflictos sociales y el bagaje histórico desde el que hablamos (Bourdieu, 1990: 215). Siendo esto así, se vuelve una necesidad, en primer lugar, tratar de alcanzar un cierto *distanciamiento* de los distintos estratos de sentido heredados que se han ido sedimentando con el paso del tiempo. Esos estratos presentan además una complejidad añadida porque se configuran en diferentes *registros* de lenguaje: lenguaje cotidiano, lenguaje institucional, lenguaje de intervención política, lenguaje académico, etc. Thompson fue consciente de que, dadas sus necesarias implicaciones políticas, el debate sobre la *definición* de la clase era un debate extremadamente complicado: “el término ‘clase trabajadora’ es casi **el más peligroso** en la retórica del movimiento obrero. Todos nosotros lo empleamos, y con sus asociaciones extraordinariamente ricas tiene el poder para emocionarnos a todos” (“Revolución otra vez” en Thompson, 2016 [1960]: 389).

El esfuerzo por desmadejar esas capas de sentido llevó al intelectual británico, ya en sus primeras obras, a renunciar al sentido más extendido de clase que vinculaba esta con la Revolución industrial. Thompson cita una reseña crítica en la que William Morris critica a los fabianos por haber omitido en sus relatos la historia de la acumulación originaria y el origen del capitalismo agrario, haciendo un uso “industrialista” de la idea de clase. Se trata de un asunto grave, nos dice Thompson, porque la noción fabiana de clase desdibujaba “el carácter distintivo del capitalismo, la base esencial de la explotación capitalista y la sustitución de esta por un concepto mal definido y de carácter general como es el de ‘industrialismo’”. Antes de la Revolución industrial, por tanto, los obreros ya se hallaban sometidos a la explotación capitalista: la producción para el beneficio y no para el uso, y la existencia de un mercado mundial, marcaban los patrones del desarrollo social (Thompson, 1988 [1955]: 506).

Pocos años después continuó su reflexión invitándonos a no restringir nuestra idea de clase a una particular división técnica del trabajo: “lo que es engañoso es el uso del término ‘clase trabajadora’ para describir las manifestaciones del conflicto de clase tan discrepantes en contextos enormemente distintos”. Así que “cuando empleamos un término como ‘burgués’, o ‘clase trabajadora’, que albergan una época histórica en su totalidad, no debemos esperar que las formas específicas de la conciencia de clase en cualquier segmento particular de esta época tengan una relación inmediata con aquéllas en otro segmento temporal” (“Revolución otra vez” en Thompson, 2016: 395-396). Al impugnar la opinión de que la clase obrera había nacido con la Revolución Industrial, su

posición no solo iba contra pensadores marxistas ortodoxos, o contra los dogmas de la historia económica liberal, sino también contra una opinión muy extendida entre las fuerzas socialistas⁴⁵³. Llevando hasta el final estas reflexiones, armó una crítica implacable de la noción fordista/industrialista de clase justo en una época en la que se empezaba a extender la idea de la *classlessness*:

Si el obrero característico de la década de 1830 era el tejedor de telar manual o artesano, entonces puede pensarse que el obrero característico de la década de 1930 fue el minero o el trabajador de la industria pesada, y puede que hayamos identificado todas las tradiciones de la clase obrera con *sus* tradiciones, y hayamos visto una causa de consternación en el declive de su influencia. Pero no hay nada *intrínsecamente* socialista en la producción de carbón o de herramientas en contraposición con los servicios o los valores culturales, aparte de las ricas tradiciones de lucha que heredan los trabajadores de las antiguas industrias (...). A lo que este cambio [en la estructura ocupacional] hará añicos (y ya está empezando a hacerlo) no es a “la clase obrera” sino a las nociones tradicionales de la clase obrera como una categoría fija e invariable, con una conciencia determinada y con unas formas de expresión inmutables (“Revolución otra vez” en Thompson, 2016: 405)⁴⁵⁴.

Así pues tenemos, como una primera advertencia, que diferentes definiciones de “clase” pugnan entre sí; que esa pugna forma parte de los propios conflictos que trata de capturar el concepto de clase; que históricamente ha sedimentado y conseguido prevalecer una noción “industrialista” de clase (ligada a las dos primeras revoluciones industriales) –lo cual produce continuamente malentendidos al confundir la “división técnica del trabajo” con la “división social del trabajo”⁴⁵⁵–, que en el campo sociológico esta noción ha tomado la forma de un concepto estructural y estático pero cuantificable; y que Thompson parece sentirse cómodo en una noción más amplia que se remonta a los orígenes del capitalismo. Aclarado este punto, podemos pasar a analizar cuál fue su propuesta.

4.3.2. “Había dicho algo sobre la clase”

El concepto de clase de Thompson no tiene una formulación única, aunque su primera expresión acabada aparece en el prefacio del *Making*. En una carta dirigida a Miliband poco después de la publicación de esta obra le dirá:

Mi libro se volvió más pretencioso a medida que se hizo más grande; y al final me convencí a mí mismo (en la euforia de cinco semanas que normalmente tengo después de completar algo grande, que generalmente es seguida por una náusea de cinco o quince años) que realmente había dicho algo sobre la clase en general, y no solo algo sobre Inglaterra en 1790-1832. De hecho, escribí una introducción haciendo esta afirmación y burlándome de algunos sociólogos conocidos y

⁴⁵³ Véase, por ejemplo, cómo veía el asunto su admirado G. D. H. Cole: “No parece fácil que en nuestros días haya alguien que niegue que las estructuras de clase, características de las comunidades modernas, son en gran parte producto de las fuerzas económicas; por ejemplo, que la clase media y la clase obrera, tanto por su carácter general como respecto a los subgrupos que las componen, son hijas de lo que llamamos la Revolución industrial y de las transformaciones que ha causado en el trabajo y la técnica que es necesario conocer para controlar las nuevas fuerzas de producción” (Cole, 1975 [1952]: 269-270).

⁴⁵⁴ Recientemente Xavier Domènech ha insistido sobre este punto: “la imagen sobre lo que es una sociedad de clases se construyó en gran parte sobre el proceso de la Segunda Revolución industrial y en algunos casos aún más reduccionistas sobre el fordismo posterior” (X. Domènech, 2016: 150).

⁴⁵⁵ “La ocupación se refiere principal y típicamente a un conjunto de tareas en el trabajo, es decir, hace referencia a las posiciones dentro de la división técnica del trabajo (...) el concepto de clase se refiere principalmente a las relaciones sociales en el trabajo, o a posiciones en la división social del trabajo” (N. Abercrombie y J. Urry, *Capital, Labour and the Middle Classes*, Allen & Unwin, Londres, 1983, p. 109; citado en Crompton, 1994: 76). Véase la misma crítica en la réplica de Ellen Meiksins Wood y Peter Meiksins a la obra de Chantal Mouffe (Meiksins y Meiksins Wood, 1985).

desconocidos. Y ahora tengo la impresión de que tendré que defender este terreno y poner unas cuantas **vallas teóricas** a su alrededor para mantener alejados a **los bichos** (EP Thompson, carta a Ralph Miliband 17/10/1963, citado en Hamilton, 2011: 107. Subrayado nuestro).

Su concepto de clase presenta multitud de aristas y matices que conviene señalar si se quieren evitar malentendidos y caricaturas. En este apartado trataremos de exponerlos de una forma didáctica, intercalando las formulaciones primerizas con esas “vallas teóricas” que fueron apareciendo en intervenciones posteriores. De los “bichos” nos ocuparemos en el apartado siguiente, porque más de uno conseguiría atravesar las desvencijadas vallas que el historiador fue colocando de forma improvisada.

Primera parada: la crítica del economicismo

Thompson provenía de un entorno marxista donde era habitual el uso de la famosa metáfora de la base y la superestructura. En su opinión –algo comprensible dada la influencia del marxismo desarrollado en el Grupo de historiadores– esa metáfora presentaba demasiados problemas metodológicos y políticos y debía ser abandonada (Thompson, 1989). A lo largo de su obra prefirió hacer uso de la distinción marxiana entre “ser social” y “conciencia social”⁴⁵⁶, aclarando siempre que el “ser social” no podía ser definido exclusivamente en términos económicos:

Lo que pongo en cuestión no es la centralidad del modo de producción (y las relaciones de poder y propiedad correspondientes) en cualquier comprensión materialista de la historia. Pongo en cuestión (...) la idea de que es posible describir un modo de producción en términos “económicos”, dejando de lado como secundarios (menos “reales”) las normas, la cultura, los conceptos críticos alrededor de los cuales se organiza ese modo de producción (Thompson, 2000a: 39)⁴⁵⁷.

Su idea es que los cambios en las relaciones de producción (como la Revolución industrial) no se producen sobre una “materia prima indiferenciada” sino que siempre se producen sobre agentes *creativos* que cuentan con todo un *background* de experiencias y tradiciones previas del que disponen como fondos de recursos con los que comprender la realidad (Thompson, 2012 [1963]: 221). Por esa razón, nos dice, la metáfora de la base y la superestructura:

no tiene solución. Lleva incorporada una tendencia a conducir la mente hacia el reduccionismo, o hacia un determinismo económico vulgar (...) en este sentido conlleva una tendencia a entrar en alianzas con el pensamiento utilitario y positivista: es decir, con las posiciones centrales, no de la ideología marxista, sino de la burguesa (Thompson, 2000a: 41)⁴⁵⁸.

⁴⁵⁶ Una vez pudo acceder a los *Grundrisse*, Thompson recurriría, como un posible sustituto, a otra metáfora de Marx: “en todas las formas de sociedad hay una producción determinada que asigna a todas las demás su rango e influencia, y cuyas circunstancias, por lo tanto, asignan también a todas las demás circunstancias su rango e influencia. Es una iluminación general en la que se sumergen todos los demás colores y que los modifica en su particularidad. Es un éter particular que determina el peso específico de todas las formas de existencia que destacan en él” (Marx, 1978: 30).

⁴⁵⁷ De aquí las implicaciones: “Las relaciones económicas son, a la vez, relaciones morales; las relaciones de producción son al mismo tiempo relaciones, de opresión o de cooperación, entre personas; y existe una lógica moral, al igual que una lógica económica, que se deriva de estas relaciones. La historia de la lucha de clases es al mismo tiempo la historia de la moralidad humana” (“William Morris”, 1976, en Thompson, 2000a: 123).

⁴⁵⁸ Como puso de manifiesto *Miseria de la teoría*, los intentos de los teóricos althusserianos de superar el problema del mecanicismo de la metáfora base-superestructura no podían llegar a buen puerto porque, aunque reconocían adecuadamente los problemas derivados de la metáfora, trataron de superarlos mediante una complejización abstracta y escolástica (“sobredeterminación”) que divide doctrinariamente entre un “nivel económico”, un “nivel político” y un “nivel ideológico” (véase el segundo capítulo en Meiksins Wood, 1995b). Laclau y Mouffe tenían razón al sostener que una vez hecha esta escisión, no hay manera

El gran peligro de la perspectiva economicista era su capacidad para impregnar mentalidades de todo tinte político:

Debemos hacer notar la manera en que un tipo de reduccionismo económico inutiliza la discusión sobre las clases, entre sectarios marxistas tanto como entre sectarios antimarxistas. (...) me parecen víctimas de una falacia: ambos discuten una **noción estática** de la clase trabajadora y de su conciencia característica, que proviene en parte de la época victoriana y en parte de la década de 1930 ("Revolución otra vez" en Thompson, 2016 [1960]: 395. Subrayado nuestro).

Como se ve, su enemigo a batir no era sino ese reduccionismo economicista, al que consideraba resultado del triunfo del capitalismo, y que algunos marxistas asumían como propio para postular, posteriormente, una visión mecanicista de la conciencia de clase⁴⁵⁹. Por eso en sus obras históricas destacó que

aunque una forma de oposición al capitalismo es el antagonismo económico directo –la resistencia a la explotación, ya sea como productor o como consumidor– otra forma de oposición es, precisamente, la resistencia contra la innata tendencia del capitalismo a reducir todas las relaciones humanas a definiciones económicas (...). He señalado que una forma de interpretar el movimiento obrero durante la Revolución Industrial es considerarlo un movimiento de resistencia a la anunciación del hombre económico (Thompson, 1994d [1965]: 57).

En resumen, el historiador construirá un concepto de clase *desde dentro* de la tradición marxista, pero con una particularidad muy significativa: no recurrirá a la metáfora de la base y la superestructura, sino que la denunciará como inútil y confundente. Su énfasis recaerá más bien en la “experiencia”, un concepto tan poco delimitado como central en su obra, con el que intentó articular el ser social y la conciencia social (y que le permitió evitar la ineluctabilidad en la creación de clases en tanto que agentes colectivos)⁴⁶⁰. Manteniendo esto presente, podemos avanzar ahora hacia una primera definición.

de conciliar los diferentes niveles de una forma que sea conceptualmente coherente, ni tampoco hay argumentos consistentes para defender la primacía del nivel económico (Laclau y Mouffe, 1985, 1993). Por eso es tan atractiva la idea de Meiksins Wood: si uno se compromete con la teoría althusseriana es fácil que acabe desembocando en el postmarxismo (Meiksins Wood, 2013a; recuperada en X. Domènech, 2016: 125). Una crítica temprana de la escisión en tres niveles puede verse en F. H. Cardoso (1973), y un desarrollo de los argumentos de *Miseria de la teoría* que reproduce la crítica a los tres niveles se encuentra en el fantástico artículo de R. W. Connell (1979).

⁴⁵⁹ George Comminel estaba de acuerdo con Thompson en considerar la imagen economicista de las clases como un efecto del capitalismo y ha ofrecido una tentativa de explicación de los motivos. Comminel sostiene que las clases “toman la apariencia de ser categorías meramente económicas en la economía política a causa del carácter exclusivamente económico de la explotación a través de la mercantilización de la fuerza de trabajo” (Comminel, 1987: 150). Es decir, que la imagen economicista de la clase se debe en parte a razones estructurales: en el capitalismo la apropiación de plusvalor se realiza normalmente de forma inmediata en el lugar de producción (y no mediante una coerción extraeconómica aplicada *a posteriori* sobre el producto acabado) y esto crea la apariencia de que la clase es eso que solo tiene que ver con la actividad económica. Aunque, sin lugar a dudas, esta forma de explotación “encubierta” es solo una cara de la moneda, porque el capitalismo siempre se ha servido de la desposesión de recursos para seguir incrementando su inevitable y voraz apetito de beneficios, así como para solventar sus crisis de sobreacumulación (véase el argumento en Harvey, 2003).

⁴⁶⁰ Con el tiempo, Thompson reconoció la vaguedad y debilidades de su concepto de “experiencia”. Pero, al hacerlo, trató de perfeccionarlo. En ningún caso le pareció un concepto prescindible: “Cuando examino *Miseria de la Teoría*, me doy cuenta de que hay un error importante de definición; utilicé el término ‘experiencia’ de una manera muy central en este estudio sin definirlo de forma aceptable. Ahora me doy cuenta de que ‘experiencia’ se puede utilizar de dos formas muy diferentes: por un lado, en el sentido que la encontramos en nuestro trabajo histórico, de acontecimientos reales que afectan a la vida de la gente, su experiencia ‘vvida’; y por otro lado en el sentido de la experiencia experimentada, es decir, como se interpreta la experiencia vivida. Y entre los dos sentidos hay un gran vacío (...) considero que este es todavía el talón de Aquiles, el punto débil de *Miseria de la Teoría*” (Thompson, Fontana, y Ucelay da Cal,

Hacia un bosquejo de definición

El desarrollo del concepto de “clase” en la obra de Thompson debe verse a la luz del específico contexto de la New Left y de sus polémicas con las nociones sociológicas “burguesas” y los mantras del marxismo soviético (Efstathiou, 2014). En uno de los artículos escritos en los años de activismo en la New Left encontramos una tentativa de definición que anticiparía las formulaciones más acabadas del *Making*:

La definición de clase social es notoriamente difícil, y es comúnmente sabido que el propio Marx nunca ofreció una definición extensa. Pero esto presenta menos dificultad para un historiador que para un sociólogo o filósofo, ya que para aquél una clase social es la que *se define a sí misma* por su acción histórica (...). Así, el concepto marxista de clase (con el cual estoy personalmente comprometido) es un concepto *histórico* que considera la interacción de los determinantes tanto objetivos como subjetivos. Es más, debemos tener en mente que el concepto histórico de clase social supone la noción de una *relación* con otra clase u otras clases; lo que aparecen no son solo los intereses comunes en el *interior* de una clase social, sino los intereses de esta *en contra* de otra clase. Y este proceso de definición no es solo una serie de explosiones espontáneas en el punto de producción (aunque éstas también son una parte importante); se trata de un proceso complejo, contradictorio, siempre cambiante y nunca estático, que ocurre en nuestra vida política y cultural, y en la cual la acción humana está involucrada en todos los niveles (“Revolución otra vez” en Thompson, 2016: 396-397. Cursivas del autor).

Esta tentativa de definición es lo suficientemente sustanciosa como para detenernos en ella. En lo que sigue analizaremos algunas notas esenciales del enfoque thompsoniano: la performatividad, la dimensión relacional y temporal, y la cuestión de la centralidad de la clase en todas las esferas de la vida social.

Una clase “se define a sí misma”: la dimensión performativa

En el boceto de definición que presenta Thompson aparece, en primer lugar, la idea de que una clase tiene un “proceso de definición” donde comparecen factores “tanto subjetivos como objetivos”. Este es el rasgo más característico de la aproximación del historiador a la cuestión de clase. Podemos recordar ahora las famosas palabras del prefacio del *Making*: “la clase la definen los hombres mientras viven su propia historia y, al fin y al cabo, esta es su única definición (Thompson, 2012 [1963]: 29).

Son dos los elementos destacados aquí. En primer lugar, la presencia de factores subjetivos en la definición de clase. En gran medida, este compromiso con la ineludible subjetividad humana puede entenderse desde el tipo de individualismo metodológico que abrazó el historiador. Thompson argumentó repetidas veces en contra del colectivismo metodológico, esto es, en contra de la idea de tratar a las clases como entidades con atributos personales (“ella” hizo esto o lo otro). Esta fue una de sus principales líneas de polémica con marxistas como Anderson o Althusser, a los que acusaba de dar por supuesta la existencia de unas clases definidas de forma estructural y estática que, por alguna razón de la que no se rendía cuenta, acababan convertidas en los factores explicativos del cambio en la historia⁴⁶¹. Frente a ellos, Thompson sostiene que los sujetos son los individuos, que *experimentan* las presiones y los límites que imponen las

1984). La distinción entre los dos tipos de “experiencias” aparece por primera vez en 1981 (Thompson, 1984a).

⁴⁶¹ El fondo de la crítica era epistemológico: el historiador les acusa de imponer dogmáticamente un modelo teórico que recorta, como el lecho de Procusto, la realidad histórica hasta hacerla encajar en el modelo (véase Thompson, 1978b).

relaciones productivas y *reaccionan* a esa experiencia⁴⁶². Su propia práctica como historiador (atendiendo a las fuentes subjetivas en los procesos de formación de clase como testimonios, declaraciones, obras escritas, poemas, etc.) es todo un alegato en favor del individualismo metodológico de tipo holista y no atomista (véase para estas nociones el apartado 1.1.3. en esta tesis)⁴⁶³.

Partiendo de este individualismo metodológico Thompson llegará a una jugosa conclusión: “una clase no puede existir sin **alguna forma de conciencia de sí**, si no, no es o aún no es una clase: es decir, aún no es ‘algo’, no tiene ninguna especie de identidad histórica” (Thompson, 1991a [1977]: 31, subrayado nuestro). Si tradicionalmente la teoría marxista había diferenciado entre “clase” y “conciencia de clase” de una manera tajante (esto es, sosteniendo que puede –y suele– darse clase sin conciencia), recuperando una distinción menor del joven Marx entre “clase en sí” y “clase para sí”, Thompson arremete ahora contra esta idea. Los seres humanos somos seres intencionales, y si las relaciones de clase son relaciones sociales establecidas entre seres humanos, entonces necesariamente implican formas de conciencia. Veremos, en lo que sigue, cómo el historiador maneja diferentes acepciones del término “conciencia de clase”.

El segundo elemento destacado es el espacio que deja Thompson en su definición para la *acción* humana. Es decir, no solo señaló que las relaciones de clase no se pueden entender exclusivamente como relaciones económicas, sino que se mostró particularmente interesado en subrayar que hablar de clases implica hablar de la *acción concertada*, una acción colectiva que otorga “identidad histórica”. ¿Cómo ocurre esto? Cuando diferentes individuos con posiciones *similares* (no iguales) respecto a las relaciones productivas detectan sus intereses en común y se organizan para defenderlos frente a otros grupos de interés. De esta forma Thompson muestra cómo la proteica heterogeneidad laboral de la Inglaterra de 1790-1830 pudo, sin embargo, dar lugar a *una* clase obrera, y no a varias clases, y pudo hacerlo precisamente a través de esa acción en común por la que la clase se autoconfigura (“Prefacio” en Thompson, 2012 [1963]).

Es por este requisito de la acción concertada que los mecanismos de explotación capitalista no producen clases con fronteras totalmente demarcadas que puedan ser capturadas mediante clasificaciones sociológicas, sino que más bien generan “campos de fuerza” (“La sociedad inglesa del siglo XVIII” en Thompson, 1984b [1978]: 41 y ss.) que polarizan a la sociedad “de forma clasista”, que lanzan a la gente en diferentes situaciones que solo son comprensibles a través del vocabulario de clase y que configuran *procesos* sociohistóricos que pueden llevar (y han llevado históricamente) a la emergencia de grupos sociales que, de vuelta, actúan modificando esas relaciones de explotación.

Dado este carácter continuamente performativo de las clases, es normal que estas estén bajo un cambio constante. Y como esos cambios dependen parcialmente de la propia

⁴⁶² “La clase para Thompson no es el sujeto colectivo, sino una forma determinada que toma el mismo, en que se condensa ese sujeto, y que se muestra o se deshace en situaciones de conflicto y polaridades cambiantes; los sujetos no son otra cosa que los propios seres humanos en su proceso de vida real donde determinan tanto como son determinados” (X. Domènech, 2016: 143).

⁴⁶³ Para una crítica al colectivismo metodológico y una defensa del individualismo metodológico holista, en polémica con Isaiah Berlin, puede verse “La sociedad y el individuo” en la obra de E. H. Carr (2017: 99-121). Como ya vimos, también Popper hace una defensa del individualismo metodológico contra lo que denomina “esencialismo metodológico” (defensa que fue criticada por Thompson por su “nominalismo”), pero cabe destacar que Popper distinguió acertadamente que la postura individualista no es sinónimo de explicaciones “psicologistas” (Popper, 1978: 117; Popper, 2006: 147-160).

acción consciente, una gran parte del juego político consiste precisamente en cómo se dibujan las fronteras del conflicto:

[Las clases] están en ascendencia o en declive, su conciencia de identidad de clase es incandescente o apenas visible, sus instituciones son agresivas o simplemente se mantienen por costumbre; mientras en medio están esos grupos sociales amorfos siempre cambiantes entre los cuales la línea se traza y retraza con respecto a su polarización de esa forma o de otra, y que de manera espasmódica llegan a ser conscientes de sus propios intereses y su identidad. La política es a menudo eso: ¿cómo acontecerá la clase? ¿dónde se trazará la línea? (Thompson, 1994d [1965]: 58).

La clave de este enfoque es que Thompson parece restringir el uso de “clase” en sentido propio al momento en el que aparecen los factores subjetivos-activos (la agrupación en la defensa de los intereses comunes frente a otros intereses como reacción a las situaciones objetivas que enfrentan los individuos)⁴⁶⁴. En este sentido, parece que solo cabría hablar de “clases” cuando se puedan registrar las huellas de los agentes colectivos. ¿Pero en qué consistirían entonces las “situaciones de clase” en las que entran los individuos involuntariamente? ¿Por qué necesitamos el vocabulario de clase para describir las situaciones previas a la formación de clase pero no podemos hablar propiamente de “clases”? La malla teórica desplegada por Thompson tenía unos cuantos agujeros que amenazaban con convertirse en auténticos desgarros, pero veremos posteriormente que el historiador se esforzaría en ofrecer algunas “vallas teóricas” que, en nuestra opinión, permitirán rehabilitar de forma virtuosa su concepto renunciando a ciertos énfasis innecesarios.

Es importante destacar que, al defender este polémico enfoque, Thompson creía estar siendo fiel a la propia noción de Marx⁴⁶⁵ contra algunas visiones marxistas que daban por

⁴⁶⁴ En este punto no caminaba solo. Un importante precedente puede encontrarse en el gran teórico marxista de la socialdemocracia alemana, Karl Kautsky, que defendió un concepto de clase en el que la agencia no se deriva de la mera existencia de una posición en la estructura económica. De forma parecida a Thompson, Kautsky avanzó un concepto de clase que involucraba los factores subjetivos y la acción humana: la clase debe formarse a sí misma. Para el teórico alemán esta autoorganización de clase se tiene que basar en factores materiales y sociales, pero también y en igual medida se tiene que basar en una forma democrática. Es decir, que el propio proceso de *formación de clase* contiene los elementos normativos embrionarios desde los que se prefigura la sociedad futura deseada (M. J. Thompson, 2019: 171; véase también Przeworski, 1977). Kautsky, al igual que Thompson, entendió que el concepto de Marx y Engels no era estático porque ambos “percibieron a la clase trabajadora no solo como era, sino como algo que estaba llegando a ser” y sostuvieron que con la libertad de prensa, el sufragio universal y los derechos de asociación se iría educando esa clase en formación que, transformándose a sí misma, podría llegar a crear un orden nuevo, que no consistía en la mera toma del poder mediante las elecciones (ver “The Origin of Socialism” en Kautsky, 1946).

⁴⁶⁵ Como es de sobra conocido, Marx nunca ofreció un texto sistemático sobre el concepto de clase. *Das Kapital* se interrumpe justamente donde debía empezar ese desarrollo. Muchos especialistas han tratado de reconstruir su concepto y no existe, creemos, un acuerdo general en este punto. En todo caso, al margen de las otras posibles acepciones que puedan aparecer en su obra, es cierto que la noción más “thompsoniana” está presente en Marx: “Los diferentes individuos solo forman una clase en cuanto se ven obligados a sostener una lucha común contra otra clase, pues de otro modo ellos mismos se enfrentan los unos con los otros, hostilmente, en el plano de la competencia. Y, de otra parte, la clase se sustantiva, a su vez, frente a los individuos que la forman, de tal modo que estos se encuentran ya con sus condiciones de vida predestinadas” (Marx y Engels, 1974 [1845-1846]: 64). Para Thompson la suya era también “la acepción [de clase] de muchos, si no todos, en la tradición histórica marxista inglesa, sobre todo de la vieja generación” (Thompson, 1991a [1977]: 28). Brian Palmer ha insistido recientemente sobre este punto: “Marx, a pesar de lo mucho que se ha escrito para sugerir lo contrario, no centró su comprensión de la política de revolución en una clase trabajadora definida por su relación con los medios de producción. Importante como ha sido el trabajo productivo en la apreciación de Marx de la historia moderna y en la comprensión de los historiadores marxistas, es importante reconocer, especialmente en la coyuntura actual, que Marx definió la clase como desposesión” (Palmer, 2018).

sentadas la existencia de las clases como posiciones en una estructura social (poseedores/no-poseedores de medios de producción) de la que se debía derivar *una* forma de organización obrera. Estos marxistas “a menudo han manejado problemas históricos como si fueran teoremas establecidos para los cuales solo se necesitaban pruebas” (Thompson, 1968: xi-xii). El peligro de esos marxismos era su uso de la arriesgada noción de “falsa conciencia” que podía derivar fácilmente en una teoría de la sustitución: si la clase no adoptaba las formas que el marxista consideraba adecuadas, es que estaba “alienada” y necesitaba ser iluminada por la autoproclamada vanguardia revolucionaria. Para Thompson, por el contrario, hablar de la “conciencia” de una clase en general es hablar de toda una “cultura” de clase. Y esa cultura no puede ser ni verdadera ni falsa, “es, simplemente, la que es”. Ahora bien, nos dice, esto no implica renunciar a la posibilidad del autoengaño. Existe una segunda acepción diferente de “conciencia” vinculada a determinados proyectos normativos o intervenciones políticas, y en ese sentido preciso cabría todavía rescatar la idea de “falsa conciencia” (en un sentido parecido, sostiene, a cuando hablamos de “ideología”). Sin embargo, nos dice, “no podemos ir más allá de esto planteando la hipótesis de que, si estas ilusiones fueran superadas y, en definitiva, la conciencia de clase fuese ‘desmistificada’, emergería una conciencia ‘verdadera’”. La razón es que si hubiera habido otra conciencia de clase (desmistificada) se habrían dado necesariamente otras acciones, otro tipo de lucha de clases (Thompson, 1991a [1977]: 31-32). Como vemos, Thompson manejó dos acepciones diferentes de “conciencia de clase”: en la primera, sostuvo un individualismo metodológico comprometido con las explicaciones intencionales que evitó el reduccionismo economicista. En la segunda –no desarrollada en el plano teórico pero sí en sus escritos (por ejemplo sus reflexiones sobre el metodismo en el *Making*)– los sujetos pueden estar “equivocados” respecto a ciertos proyectos o intenciones, pero en cualquier caso sus “errores” están vinculados a determinadas prácticas y no pueden desvanecerse con la mera aparición de la verdad desnuda.

Un concepto histórico: la dimensión temporal

El segundo aspecto relevante del bosquejo de definición que presentamos anteriormente es la idea de que la “clase” es un concepto histórico. Como explicará en 1978:

Clase, según mi uso del término, es una categoría histórica; es decir, está derivada de la observación del proceso social a lo largo del tiempo. Sabemos que hay clases porque las gentes se han comportado repetidamente de modo clasista; estas sucesos históricos descubren regularidades en las respuestas a situaciones similares, y en un momento dado (la formación “madura” de la clase) observamos la creación de instituciones y de una cultura con notaciones de clase que admiten comparaciones transnacionales (...) se da el caso en exceso frecuente de que la teoría preceda a la evidencia histórica sobre la que tiene como misión teorizar. Es fácil suponer que las clases existen, no como un proceso histórico, sino dentro de nuestro propio pensamiento. Desde luego no admitimos que estén solo en nuestras cabezas, aunque gran parte de lo que se argumenta sobre las clases solo existe de hecho en nuestro pensamiento (“La sociedad inglesa del siglo XVIII” en Thompson, 1984b [1978]: 34).

Como se ve en esta cita el concepto de clase se deriva, para Thompson, de nuestra observación empírica en procesos largos de tiempo. Que esto sea sí conlleva, entre otras cosas, que no se trate de una convención analítica inventada por profesionales de la academia, sino que el concepto captura determinados mecanismos causales que ocurren *de hecho* en la vida social: “subrayo que se trata de un fenómeno *histórico*. No veo la clase como una ‘estructura’, ni siquiera como una ‘categoría’, sino como algo que tiene

lugar de hecho –y se puede demostrar que ha ocurrido– en las relaciones humanas” (Thompson, 2012 [1963]: 27). Es cierto que puesto que hablamos de una “categoría”, nos dice el historiador, esta forma parte de la “teoría”, es decir, que es “pulida dentro de los métodos históricos” y es “pensada dentro del pensamiento”. Pero esto no significa que pertenezca *solamente* a la teoría. Cualquiera que sea el origen del concepto, este debe someterse al tribunal de apelación de la experiencia. Y si pasa la prueba, es decir, si “organiza con éxito o ‘explica’ unas evidencias hasta ahora inexplicables” entonces “en la medida en que como noción [o concepto] encuentre respaldo en la evidencia, uno tiene derecho a decir que esta noción *existe*, que existe ‘ahí fuera’ *en* la historia real”, o, mejor dicho, que “se conforma (dentro de la lógica de la disciplina histórica) con un proceso que ocurrió de hecho en el pasado” (Thompson, 1978b: 235-236).

Thompson abraza así una noción *realista* de clase social que tiene pretensión de *objetividad*. Esto permite atisbar una salida al problema metodológico de la “parcialidad” que podría plantearse de la siguiente manera: si las clases sociales son fenómenos reales, y al mismo tiempo la manera de abordar y nombrar estos fenómenos no puede permanecer neutral respecto a los conflictos sociales existentes en la sociedad desde la que se habla, ¿significa esto que no cabe un conocimiento “objetivo” de este fenómeno social? ¿Todo discurso sobre las clases será un discurso “interesado” y en ese sentido “subjetivo”? Se trata de un viejo problema metodológico en las ciencias sociales, que encuentra una buena ejemplificación en el concepto de clase. No es casualidad que los primeros estudios empíricos que agrupaban a las personas con las categorías de “clase social” fueran realizados, a finales del siglo XIX, por grandes magnates industriales que señalaron lo que supuestamente era (y debía ser) una clase media “sana” o “moral” y lo que, por oposición, era (y no debía ser) una clase baja “peligrosa” o “inmoral” (Savage, 2015). La sofisticación de los análisis de clase fue “desmoralizando” poco a poco los usos académicos del concepto. Pero incluso en el siglo XX el esquema más empleado en Gran Bretaña (hasta la adopción del modelo desarrollado por John Golthorpe) fue el Registro General. Y el Registro General había sido creado por un estadístico dedicado a la medicina llamado Stevenson, que alumbró su ordenación en un debate sobre la mortalidad infantil que tuvo lugar en entornos eugenésicos, esto es, en entornos que consideraban que la estructura ocupacional reflejaba una jerarquía natural de capacidades y de mortalidad (Crompton, 1994: 78). La lista de ejemplos de usos moralizantes del término podría ser inacabable, y nos pone sobre la pista de la dificultad o imposibilidad de alcanzar un concepto supuestamente “neutral” o totalmente “desinteresado”.

Ahora bien, Thompson nos ofrece una salida a esta aporía al distinguir entre la “imparcialidad” –la idea de que nuestras teorías de clases no *afectan* a los intereses en liza– y la “objetividad” –la idea de que podemos alcanzar un terreno epistemológico común mediante métodos universalmente compartibles y establecidos por disciplinas científicas que nos permitan obtener “conocimiento” de la realidad social–⁴⁶⁶. Al definir el concepto de clase como un concepto “histórico” nos propone considerar los resultados historiográficos como el “campo de pruebas” de la objetividad del concepto. Esto significa que si las evidencias empíricas refutasen las expectativas del concepto de una forma sistemática, el concepto tendría que abandonarse. Solo un sectario abanderaría seguir empleando un concepto destruido por la evidencia, igual que el “flogisto” tuvo sus

⁴⁶⁶ Para una reflexión cercana véase el segundo capítulo de la conocida obra de G.E.M. de Ste. Croix (1988). Para la distinción entre “imparcialidad” y “objetividad” puede consultarse también la obra de D. Dennet (p. ej. 2006), M. Bloch (2000 [1949]: 83-86) o los enfoques de M. Weber y R. Koselleck (Rivera García, 2001: 98).

defensores cuando ya había sido empíricamente falsado. Para Thompson, sin embargo, la contribución historiográfica del Grupo de historiadores marxistas británicos y de sus seguidores era una prueba fehaciente (si bien falible y provisional, como cualquier evidencia científica) de la utilidad del sentido del concepto con el que él mismo se había comprometido (Thompson, 1957a: 85).

Comprometerse con un concepto *histórico* de clase significaba eludir las nociones *estáticas* de clase que triunfaron en las ciencias sociales (con excepción de algunas ramas de la disciplina histórica) y abrazar la noción de clase como *proceso*, esto es, atender a los procesos de *formación de clase* (Katznelson, 1986). Esto no significa que Thompson estuviera en contra de los estudios sociológicos, sino que los consideraba incompletos y no representativos de toda la problemática de clase (si se tomaban aisladamente)⁴⁶⁷. Para un historiador, el problema no son solo los componentes de la maquinaria social que estudia el sociólogo, sino cómo se relacionan estos cuando la maquinaria está en movimiento:

Los sociólogos que han detenido la máquina del tiempo y, con bastantes resoplidos y resuellos conceptuales, han bajado a la sala de máquinas para mirar, nos dicen que no han podido situar en ningún sitio, ni clasificar de ningún modo, una clase. Solo pueden ver a una multitud de gente con diferentes ocupaciones, ingresos, posiciones jerárquicas, y demás. Desde luego, tienen razón puesto que una clase no es esta o aquella otra parte de la máquina, si no *la forma en que funciona la máquina* una vez se ha puesto en marcha; no este interés o aquel otro, sino *la fricción* de intereses, el movimiento mismo, el calor y el ruido ensordecidor (Thompson, 1994d [1965]: 58).

La noción histórica de clase nos transmite también la idea de una temporalidad de medio o largo plazo, no la temporalidad de un evento coyuntural o un acontecimiento. Para Thompson la clase es “una formación social y cultural que surge de procesos que solo pueden estudiarse mientras se resuelven por sí mismos a lo largo de un período histórico **considerable**” (Thompson, 2012 [1963]: 29, subrayado nuestro). El sociólogo Mike Savage, por un lado, y la historiadora Selina Todd, por el otro, nos han ofrecido un buen ejemplo que puede servir para ilustrar este punto: habitualmente tendemos a considerar las clases como posiciones estáticas vinculadas a la renta o la riqueza. En ese sentido, si una persona es premiada con la lotería, podría cambiar de clase de la noche a la mañana. Pero los estudios realizados sobre personas que, perteneciendo a los estratos más bajos de la sociedad, tuvieron acceso al millonario premio, muestran por el contrario que aunque algunos patrones de clase se vieron alterados, en general la persona afortunada no podía “acceder” a las clases superiores con tanta facilidad (véase la historia de vida que recorre toda la obra de Todd, 2018). La clase tiene que ver con “bagajes históricos y con la acumulación de ventajas a lo largo del tiempo” (Savage, 2015: 45-46). El motivo es que las clases son el resultado de largos procesos de acumulación de ventajas y desventajas socialmente heredables, que implican, además de la posesión de ciertos niveles de riqueza, todo un proceso de socialización, toda una serie de patrones culturales, y toda una agenda de contactos y relaciones determinadas. En suma, que las clases son fenómenos que solo surgen a lo largo de la historia en períodos de tiempo considerables, lo cual, por otro lado, podría ayudarnos a explicar la tenacidad y la resistencia que ofrecen frente los intentos planificados de reducir su impacto.

⁴⁶⁷ “No es mi intención sugerir que un análisis estructural estático como éste no pueda ser tanto valioso como esencial. Pero lo que nos da es una lógica determinante (en el sentido de ‘poner límites’ y ‘ejercer presiones’ (...)) y no la conclusión o la ecuación históricas: que estas relaciones de producción = a estas formaciones de clase)” (“La sociedad inglesa del siglo XVIII” en Thompson, 1984b [1978]: 34). La crítica de Sewell se debilitó sustancialmente al pasar por alto este comentario (Sewell, 1994: 84).

“No podemos tener amor sin amantes”. La dimensión relacional

El siguiente rasgo que queremos destacar del bosquejo de definición de Thompson es la dimensión relacional de las clases. Un concepto relacional implica que no puede existir una clase social por sí misma, sino que su existencia presupone la existencia de otra, porque las clases son justamente el *tipo de relaciones* que existen entre determinados grupos de individuos. Para Thompson: “no podemos tener dos clases distintas, cada una con una existencia independiente, y luego ponerlas *en* relación la una con la otra. No podemos tener amor sin amantes, ni sumisión sin siervos” (Thompson, 2012 [1963]: 27).

Asumir una noción relacional de clase implica varias cosas. Por un lado, implica descartar las llamadas “teorías de la estratificación” que representan las clases sociales como “escalones”. Según esta perspectiva, las sociedades contemporáneas son desiguales en recursos materiales, distribuyéndose los individuos en distintos estratos o escalones en función de la renta, las cualificaciones, la riqueza acumulada, etc. Son dos las principales limitaciones de este enfoque: *i*) que no explica por qué existen esas posiciones sociales y por qué son como son; *ii*) que omiten las relaciones causales entre unas posiciones y otras (Goldthorpe, 2012). Por otro lado, que una teoría de clase sea relacional significa que lo que importa es *el tipo de relación social* y no tanto las personas concretas que entran en ese tipo de relaciones. En uno de sus mejores y menos citados artículos, “El entramado hereditario” (1976), Thompson desarrolla este interesante argumento:

Independientemente de la elevación y la caída de las familias, los entramados hereditarios en sí han demostrado a menudo ser enormemente efectivos como vehículo de otro tipo de herencia corporativa (...). Empezamos por examinar el sistema hereditario de determinadas familias pero, con el paso del tiempo, las fortunas familiares surgen y caen; lo que se hereda es la propiedad en sí, el recabo de los recursos de la sociedad futura, y es posible que el beneficiario sea, no un descendiente de una familia en particular, sino el descendiente histórico de la clase social a la que un día perteneció la familia (“El entramado hereditario” en Thompson, 2000a [1976]: 86).

Al desligar a las personas concretas de los tipos de relaciones sociales, el historiador presenta un concepto que nos permite dar cuenta de cómo pueden mantenerse las *mismas* relaciones de clase a pesar de que sean personas *diferentes* las que las encarnen.

¿El punto de producción?

El último rasgo que queremos destacar de la temprana definición de 1960 es la cuestión de la centralidad de la clase. Desde el punto de vista del historiador la clase es un proceso que ocurre “en nuestra vida política y cultural” y no solo “en el punto de producción”, y además un proceso en la que la acción humana está “involucrada en todos los niveles”. En un artículo dedicado a criticar la idea de que las clases se reducen a las relaciones productivas (“El punto de producción”, 1960) sostiene:

No tenemos un “antagonismo básico” en el lugar de trabajo, y una serie de antagonismos remotos y más amortiguados en la “superestructura” social o ideológica, que son, de alguna manera, menos “reales”. Tenemos una sociedad dividida en clases, en la cual los conflictos de interés y los conflictos entre las ideas, valores e instituciones capitalistas y socialistas se dan a lo largo de toda la línea. Se encuentran tanto en los servicios de salud, como en los espacios comunes, e incluso—en raras ocasiones—en las pantallas de televisión o en el Parlamento, así como en el área de producción [*shop floor*] (Thompson, 2016: 316).

Al haber ensanchado la mirada sobre la clase, Thompson se vería capaz de enriquecer también la noción de “explotación”, central para la definición marxista:

Estamos acostumbrados a pensar que la explotación es algo que ocurre sobre el terreno, en el momento de la producción. A principios del siglo XVIII se creaba la riqueza en este nivel primario, pero se elevó rápidamente a regiones más altas, se acumuló en grandes paquetes y los verdaderos agostos se hicieron en la distribución, acaparamiento y venta de artículos o materias primas (lana, grana, carne, azúcar, pafios, té, tabaco, esclavos), en la manipulación del crédito y en la incautación de cargos del Estado (Thompson, 1984b: 23)⁴⁶⁸.

El historiador, además, nos propone un concepto compatible con lo que en sociología se ha conocido como “capital social” y congruente, asimismo, con las explicaciones sobre los mecanismos de competición según cualificaciones. Para la clase gobernante, nos dice, existía un entramado para garantizar su poder que no era simplemente el de la renta y la riqueza sino “el de la influencia, promoción en los cargos, compra de destinos, reversión de sinecuras, puestos dentro de la Iglesia, y así sucesivamente. En este entramado de nepotismo e influencia, la posesión no lo era todo: había que complementarla con la continuidad de los intereses y las conexiones políticas apropiadas”. Por otro lado, a lo largo del siglo XVIII, “los reformadores de clase media, agrupados bajo la bandera de la ‘carrera abierta al talento’, intentaban simultáneamente asegurar el futuro estatus de sus propios hijos sobre un entramado de cualificaciones educativas y exclusivismo profesional. Esto nos recuerda que un grupo privilegiado podía – y puede aún – afirmar su propio entramado mientras intenta desgarrar el de otro” (“El entramado hereditario” en Thompson, 2000a [1976]: 83).

La consecuencia lógica de construir una noción no-economicista de clase es que los conflictos de clase tendrán lugar también en espacios y en términos “no-económicos”, es decir, podrán aparecer en otras esferas de la vida social y podrán hacerlo en términos culturales y morales. Yendo más allá, lo que pone de manifiesto Thompson es la *centralidad* que ocupa la clase en la sociedad capitalista. Como señaló Simon Clarke al comentar su obra, la clase “es una relación de poder que invade cada institución de la sociedad capitalista por la simple razón de que dentro de una sociedad de clases la gente entra en relaciones sociales en tanto que miembros de una clase social particular” (Clarke, 1979: 141-142). En la medida en que existan las sociedades capitalistas, las clases sociales estarán presentes en distintas formas, porque no son un tipo específico de relaciones de poder *dentro* del capitalismo, son, más bien, *constitutivas* de este, es decir, son precisamente lo que hacen que el capitalismo sea capitalismo y no otra cosa (véase el argumento en Meiksins Wood, 1990). Además, su centralidad en la vida social viene marcada en parte porque son un tipo de relaciones especialmente compulsivo⁴⁶⁹.

⁴⁶⁸ Aunque Thompson no desarrollara teóricamente el concepto de “explotación”, su uso de esta noción cuadra perfectamente con la noción marxiana de “apropiación del excedente” por parte del grupo social dominante. La mejor explicación de la diferencia entre la “opresión” y la “explotación” se la debemos a Erik Olin Wright: la clase que oprime tiene intereses en mantener sus derechos de propiedad; pero si hablamos de explotación, la clase explotadora tiene interés *en el trabajo* de los explotados. No puede prescindir de ellos, depende de ellos. Un opresor puede estar interesado en el genocidio de los oprimidos, un explotador no. El explotador ha de entrar a vigilar y regular el esfuerzo de trabajo del explotado (Wright, 1985: 75 y ss.). Con la noción amplificada que nos ofrece Thompson, se mantiene la valiosa distinción de Wright, pero también se enriquece, porque permite estudiar los procesos de apropiación del excedente en las sociedades capitalistas más allá del punto donde se crea la riqueza (las diferentes secciones de las clases capitalistas se disputan entre sí el excedente). Sobra decir la utilidad que puede tener esto en una época de capitalismo financiarizado.

⁴⁶⁹ Las relaciones que mantenemos los seres humanos en sociedad pueden ser más o menos compulsivas según impelan con mayor o menor fuerza a jugar el rol que preestablecen. Según el sociólogo hindú Vivek Chibber, el hecho de que la supervivencia de los desposeídos de recursos productivos dependa de la aceptación de contratos de trabajo asalariado en mercados laborales hace que las relaciones de clase sean

Fortaleciendo las “vallas”

Desde su polémica con Anderson y Nairn de 1965, Thompson veía cómo el concepto estructuralista de clase seguía extendiéndose en la izquierda británica, y decidió volver sobre la cuestión. Sus reflexiones se enriquecieron, además, con sus estudios sobre la sociedad inglesa del siglo XVIII, donde se vio obligado a afilar y perfeccionar su instrumental. En un conocido artículo que llevaba el provocador título de “La sociedad inglesa en el siglo XVIII. ¿Lucha de clases sin clases?” nos dirá:

Las gentes se encuentran en una sociedad estructurada en modos determinados (crucialmente, pero no exclusivamente, en relaciones de producción), experimentan la explotación (o la necesidad de mantener el poder sobre los explotados), identifican puntos de interés antagónico, comienzan a luchar por estas cuestiones y en el proceso de lucha se descubren como clase, y llegan a conocer este descubrimiento como conciencia de clase. La clase y la conciencia de clase son siempre las últimas, no las primeras, fases del proceso real histórico (Thompson, 1984b [1978]: 37).

El énfasis recae sobre el concepto de “lucha de clases”. Las personas entran involuntariamente en sociedades estructuradas de ciertas maneras y atravesadas por conflictos de poder (especialmente la explotación o apropiación del excedente económico). Se crean “clases” en sentido propio, nos dice, cuando estas personas se autoorganizan para luchar y se “descubren como clase”, esto es, cobran “conciencia de clase”. Como se ve, aquí tenemos un tercer sentido de “conciencia de clase”, que no es ni la necesaria conciencia intencional que acompaña a cualquier situación de la vida social, ni tampoco la posible “falsa conciencia” o “autoengaño” que mencionábamos anteriormente. Esta noción tan cargada de contenido –cultura, instituciones y valores que definen a la clase como sujeto colectivo– no era nueva (de hecho, era la noción principal que aparece en el *Making*) pero ahora el historiador teoriza que solo puede aparecer tras un proceso de conflicto de clases.

Sin embargo, el rigor metodológico ante las particularidades del siglo XVIII obligó a Thompson a realizar una distinción analítica que es sumamente interesante. Como historiador, encontró que existe una diferencia crucial entre los materiales de archivos del XVIII y los del XIX, así que distinguió entre la clase social “en sentido moderno” y la clase social “en sentido heurístico”: “resulta claro que clase, en el uso moderno, hace referencia a la sociedad capitalista industrial del siglo XIX. (...) el concepto no solo nos permite organizar y analizar la evidencia, sino que también está presente, en un sentido nuevo, *en la evidencia misma*” (Thompson, 1991a [1977]: 28). El criterio de demarcación es la presencia sistemática de discursos de clase en la propia evidencia de los archivos. Para estudiar sociedades anteriores en las que las personas entendían sus conflictos en otros términos, nos dice, podemos usar el concepto de clase en un sentido heurístico porque “no podemos (en el idioma inglés) hablar de ‘luchas de estados’ o ‘luchas de órdenes’, mientras que ‘lucha de clases’ se ha adoptado, no sin dificultad pero sí con notable éxito, por parte de historiadores de la edad antigua, feudal o protomoderna” (Thompson, 1991a [1977]: 29). La consecuencia de este planteamiento nuevo fue liberar el concepto de clase para sociedades precapitalistas:

Las clases, en su acontecer dentro de las sociedades industriales capitalistas del siglo XIX, y al dejar su huella en la categoría heurística de clase, no pueden de hecho reclamar universalidad. Las clases, en este sentido, no son más que casos especiales de las formaciones históricas que surgen de la lucha de clases (“La sociedad inglesa del siglo XVIII” en Thompson, 1984b [1978]: 39).

especialmente compulsivas. Y lo son porque afectan y movilizan las motivaciones más básicas de la especie humana: su propia supervivencia (Chibber, 2017).

Esta distinción se compadece bien con los estudios que han analizado la aparición y profusión del “lenguaje de clase”. En Gran Bretaña el término comienza a usarse de forma extendida en el siglo XIX para sustituir a términos como *ranks* y *orders* que designaban los grupos socioeconómicos previos a las revoluciones industrial y política del XVIII (véase “social class” en la *Encyclopaedia Britannica*, 2019; también Briggs, 1960; Sewell, 1994; Stedman Jones, 2005).

Al mismo tiempo, la defensa del sentido heurístico de clase lamina la posición de aquellos que, como T. B. Bottomore, han defendido que la utilidad y relevancia del utillaje de las clases no está clara para períodos y sociedades no-capitalistas (Bottomore, 1966: 9-35). Como hemos visto, Thompson sostiene que la contribución historiográfica de sus compañeros del Grupo era una prueba fehaciente de las virtudes del concepto heurístico de clase. Un buen ejemplo nos lo ofrece la obra de Rodney Hilton. Para el gran medievalista, el campesinado *en tanto que clase* contenía una gran heterogeneidad en su seno porque incluía: a la gran mayoría de trabajadores agrícolas que eran “siervos”, a los campesinos ricos, a los pobres minifundistas, a los artesanos rurales que también tenían tierras en propiedad para poder sobrevivir, a la minoría de trabajadores agrícolas asalariados sin tierra y a los criados (Hilton, 2020: 42 y ss.)⁴⁷⁰. Pero este uso heurístico tenía sus propias idiosincrasias acordes con el objeto de estudio, como puede verse en el concepto de “conciencia de clase negativa” que nos propone el autor (Hilton, 2020: 291. Subrayado nuestro).

The Politics of Theory. La estrategia de “ensanchar” el concepto

Con un concepto tan rico en matices como el que hemos explicado, Thompson podía hacer frente al desafío revisionista del Labour que pretendía dar por acabados los conflictos de clase con la llegada del modelo neocorporativista de la mal llamada “economía mixta”; pero también podía encararse con aquellos marxistas ortodoxos que tendían a posiciones obreristas donde los trabajadores no-manuales solían figurar como “pequeña burguesía”. Para Thompson, en la segunda mitad del siglo XX el conflicto de clase estaba adoptando nuevas formas. Y ante eso, solo cabía intervenir políticamente con una *redefinición performativa* de la clase para ensanchar sus fronteras:

El número de gente que está total e inequívocamente interesada en la defensa del *statu quo* es muy pequeño (...). Junto a los trabajadores industriales, deberíamos ver a los maestros que quieren mejores escuelas, a los científicos que desean impulsar la investigación, a los asistentes sociales que quieren hospitales, a los actores que desean un teatro nacional, a los técnicos impacientes que quieren mejorar la organización industrial. Estas personas no quieren solo estas cosas ni las quieren todo el tiempo, no en mayor grado en que todos los trabajadores industriales tienen “conciencia de clase” y son leales a sus grandes valores de comunidad. Sin embargo, estos momentos de afirmación coexisten de forma intermitente e incompleta con el *ethos* del Estado de oportunidad. Es tarea de los socialistas dibujar la línea, no entre una devota pero decreciente minoría y una irredimible mayoría,

⁴⁷⁰ La perspectiva de Hilton fue particularmente novedosa en el campo marxista, después de que Marx hubiese escrito en el *18 de Brumario* “por cuanto existe entre los campesinos parcelarios una articulación puramente local y la identidad de sus intereses no engendra entre ellos ninguna comunidad, ninguna unión nacional y ninguna organización política, no forman una clase” (véase el capítulo VII en Marx, 1981). Marx, en realidad, estaba replicando las opiniones de Edmund Burke: “La naturaleza misma de la vida rural y de las propiedades inmuebles, así como las ocupaciones y placeres que se derivan de ella, hacen imposible que los campesinos puedan juntarse y organizarse, que es la única manera de ejercer algún tipo de influencia. Por muchos que sean los procedimientos y esfuerzos empleados en lograr que se junten y organicen, los hombres del campo siempre terminarán por disolverse en individualidades” (Burke, 2010: 285).

sino entre los monopolistas y el pueblo, para fomentar los “instintos sociales” e inhibir los “adquisitivos” (“Revolución” en Thompson, 2016 [1960]: 365).

En la entrevista donde nos propone recuperar la “tradición *libertarian*” continuará esta idea:

A las clases poseedoras siempre les interesa definir las clases a su manera: definir a una sección de la población lo más grande posible como prisionera de sus nociones de capitalismo de consumo y crecimiento. A nosotros nos interesa, por el contrario, aislar **los centros de poder y privilegio** y traer, como resultado de la lucha, un tipo diferente de conciencia de clase dentro de una alianza popular que sea tan grande como sea posible. De hecho, una parte considerable de nuestra historia es la historia de la lucha sobre dónde deben trazarse las líneas de clase. Los cartistas intentaron atraer a la mayor parte del pueblo dentro de su movimiento, y tuvieron mucho éxito en su momento. Si uno es tan sectario como para definir la clase como estando compuesta exclusivamente de mineros o estibadores, estará dando la partida por perdida (Thompson, 1979: 21-22, subrayado nuestro)⁴⁷¹.

4.3.3. Sobre los “bichos” y las “valladas”: la paradoja de los críticos

El impacto que tuvieron las reflexiones de Thompson sobre el concepto de clase no fue menor. Pero su propuesta estaba lejos de generar consenso. Desde al menos los años 70 toda una serie de filósofos e historiadores saltaron a la palestra criticando lo que consideraron un concepto demasiado vago e inarticulado. Una gran paradoja se encuentra aquí porque las críticas llovieron en direcciones incompatibles: unos acusaron a Thompson de haber construido un concepto demasiado “culturalista”, que desatendía las raíces materiales del conflicto social; los otros denunciaron que su concepto era demasiado “economicista”, porque daba por sentadas esas mismas raíces. En la evaluación comparada de ambas críticas quizá podamos encontrar las virtudes y limitaciones de un concepto en torno al que se siguen generando inacabables debates.

¿Un concepto demasiado “culturalista” o “subjetivista”?

Una de las primeras críticas en esta línea fue formulada por el filósofo Gerald Cohen (Cohen, 1978: 73 y ss.). La forma de su argumento sentaría un precedente y sería repetida hasta la saciedad: Cohen sostuvo que las reflexiones teóricas de Thompson sobre la clase social están profundamente equivocadas pero que, por alguna razón que no explica, esto no afecta a sus escritos históricos, que suponen una contribución fundamental. Pues bien, ¿en qué consistía su error teórico? Cohen despliega su crítica en dos fases. En la primera, atribuye a Thompson la idea de que *toda* definición estructural de clase (esto es, clases entendidas como posiciones en las relaciones de producción sin necesidad de involucrar la subjetividad ni la acción de los individuos) *implica* necesariamente una visión mecanicista sobre la generación de la conciencia de clase. Como la visión mecanicista sobre la conciencia es una falsedad evidente, la premisa (definición estructural) también debería ser falsa. El problema, dice Cohen, es que el argumento estaba mal construido, y

⁴⁷¹ Dos ejemplos podrían bastar para secundar esta histórica pugna por trazar las fronteras políticas de la clase. El líder cartista Bronterre O’Brien construyó su concepto de clase sobre las nociones de trabajo productivo e improductivo de Owen, por lo que incluyó entre los oprimidos no solo al proletariado o al artesanado sino también al empleado agrícola que trabajaba para un terrateniente (Claeys, 1989: 193). Dada la estructura predominantemente agraria del país (Rudé y Hobsbawm, 1978), era una apuesta ganadora. Casi un siglo después, Ramsay MacDonald, siendo ministro laborista en 1924, defendió que “la auténtica separación en la sociedad es la línea divisoria moral y económica entre el productor y el no productor, entre aquellos que poseen sin servir y aquellos que sirven” (citado en Todd, 2018: 23). La referencia de MacDonald a los que “sirven” cobra especial sentido en un momento de la historia británica en el que las trabajadoras del servicio doméstico constituían el grupo más grande de empleados (casi dos millones y medio en 1911, un millón y medio en 1923, véase Todd, 2018: 41).

la conclusión no se deduce de las premisas. Ahora bien, cualquier lector atento del párrafo del *Making* sobre el que Cohen basa su crítica podrá ver que el argumento que se aduce ahí no es el que nos describe el filósofo: la idea de Thompson era que *toda* definición estructural de clase *facilita* el paso a una visión mecanicista, pero no que la implique necesariamente (véase especialmente el mismo prefacio del *Making* que analiza Cohen, Thompson, 2012 [1963]: 28; y "La sociedad inglesa del siglo XVIII" en Thompson, 1984b [1978]: 35). El motivo por el que Thompson rechazó las definiciones estructurales no fue solo el riesgo de caer en una visión mecanicista sobre la conciencia, como ya hemos visto (*supra*), por lo que el tiro de Cohen pasó sin rozarle.

El segundo ataque de Cohen tiene una base más sólida. El filósofo se pregunta: si las relaciones de producción son una condición necesaria pero no suficiente para hablar de clases, como parece decirnos Thompson, ¿cómo denominaremos a ese conjunto de personas vinculadas por relaciones similares de producción pero que todavía no se han hecho conscientes de sus intereses en común? ¿Por qué no llamarlas "clases"? (Cohen, 1978: 76). Cohen apunta que en Thompson se confunden dos preguntas diferentes: 1) ¿Con qué criterios identificamos a la clase trabajadora como un sujeto histórico activo? y 2) ¿Qué condiciones hacen que un miembro de la clase trabajadora cuente como tal? La idea de Cohen es que los problemas que aborda el historiador son los de la formación del sujeto activo en la historia, que es uno de los sentidos posibles de "clase", pero que no agota la problemática completa.

La crítica fue recuperada y reformulada en sus propios términos por Perry Anderson. Según Anderson, son tres tesis las que estructuran la teoría de clases que Thompson expone en *The Making*. La primera es la que llama "principio de codeterminación" (que la clase obrera se hizo a sí misma tanto como fue hecha). La segunda es el "criterio de conciencia", la idea de que "las clases existen en y por el proceso de autoidentificación colectiva que constituye la conciencia de clase". La tercera, la "inferencia de conclusión", la idea de que la identidad de clase obrera inglesa estaba completada en la década de 1830 (Anderson, 1985: 34). Expondremos tan solo las dos primeras⁴⁷².

Anderson sostiene que, a pesar de las apariencias, la tesis de la codeterminación no está demostrada en el *Making* porque para ello "necesitaríamos contar, al menos, con un examen conjunto de la reunión y transformación objetivas de una fuerza de trabajo llevada a cabo por la Revolución industrial y de la génesis subjetiva de una cultura de clase como respuesta a ello", pero la parte objetiva está ausente del libro: "El advenimiento del capitalismo industrial en Inglaterra es un telón de fondo fatal para el libro más que un objeto directo de análisis por derecho propio" (Anderson, 1985: 35). Finalmente, llega el turno del punto más delicado de Thompson: el "criterio de conciencia". Anderson dispara: "con frecuencia han existido clases cuyos miembros no 'identificaron sus intereses antagónicos' en ningún proceso de clarificación o de lucha" (Anderson, 1985: 43). Por esa razón: "el resultado es una definición de clase demasiado subjetivista y voluntarista, más cercana a un *parti-pris* ético-retórico que a la conclusión de una investigación

⁴⁷² Respecto al tercer problema, Anderson sostiene que "la clase obrera inglesa no estaba 'formada' en la década de 1830, en el sentido sociológico de que estaba todavía lejos de ser predominantemente una mano de obra que trabajara con unos medios de producción auténticamente industriales, ya fuera en fábricas o en otros complejos técnicos" (Anderson, 1985: 49). Se aprecia con facilidad que Anderson maneja una noción *industrialista* y ya hemos expuesto las razones (las de Thompson y las propias) por las que no cabe aceptar una noción tan escueta de clase obrera (*supra*, 4.3.1.). Otros historiadores, sin embargo, han puesto en cuestión la cronología de Thompson desde bases más robustas (Eley, 1990; Sewell, 1994).

empírica” (Anderson, 1985: 44)⁴⁷³. Discutiendo las nuevas “vallas teóricas” que improvisó Thompson, Anderson comenta en línea con Cohen que el historiador añade “una fase previa de lucha de clases, en la que los grupos entran en conflicto sin alcanzar ese autoconocimiento colectivo que define a la clase como tal. Pero, entonces, ¿por qué utilizar el término ‘clase’ para esa ‘lucha’?”. Y continúa mordazmente señalando que la aristocracia y la *gentry* sí que tenían consciencia de clase, lo cual nos dejaría con una suerte de “lucha de clases con una sola clase”, que sería algo así como “aplaudir con una sola mano” (Anderson, 1985: 46). Las vallas comenzaban a resquebrajarse.

Más o menos en las mismas fechas Richard Johnson recuperó la acusación de “culturalismo”, que habían lanzado Anderson y Nairn en los años 60, durante el debate de St. Paul (1979). Según Johnson, los problemas del concepto de clase de Thompson venían por “el abrumador interés por lo cultural y por la lucha activa consciente y con un descuido de las categorías más estructurales, sobre todo las económicas, que hubieran podido hacer más comprensibles las transformaciones de las sociedades capitalistas y la reestructuración de la clase obrera en la posguerra” (Johnson, 1984: 295-296).

Respuestas a las críticas de “culturalismo”

Las críticas de Cohen, Anderson y Johnson pueden ordenarse en dos frentes. Estaría, por un lado, el argumento de que Thompson hace depender el uso del concepto de clase del hecho de que podamos demostrar la existencia de una “consciencia de clase”. Y estaría, por otro lado, la idea de que su concepto descuida el estudio de la estructura económica y puede ser etiquetado de “culturalista/voluntarista/subjetivista”.

Empecemos por el final. Thompson responderá en St. Paul que las acusaciones de culturalismo de Johnson estaban infundadas, metiéndole en el mismo saco que a Raymond Williams, cuando precisamente él mismo había publicado una reseña crítica sobre la obra de Williams *The Long Revolution* (ver en Thompson y Winslow, 2014). En esa reseña Thompson criticaba el concepto de “sistema de vida” de Williams y le contraponía la idea de un “sistema de lucha”, esto es, de la lucha de clases. Por tanto, nos dice, el *Making* se escribió no solo contra el estalinismo y la historia económica positivista, sino también como una crítica consciente y profusa del “culturalismo” (Thompson, 1984a: 305). En una reseña sobre su colega el historiador norteamericano Herbert Gutman insistirá en este punto: “‘culturalismo’ es un término que Herb y yo siempre rechazamos, un término espurio inventado por los sistematizadores cuyo negocio consiste en solidificar las diferencias y crear fronteras engañosas entre enfoques que son perfectamente compatibles” (Thompson, 1994b [1988]: 320). Como vemos, su idea era que su concepto de clase incluía factores subjetivos tanto como objetivos, por lo que

⁴⁷³ El concepto de clase que suscribe Anderson es althusseriano/coheniano, y reconoce explícitamente su filiación con el funcionalismo sociológico. Según Anderson, el problema de cómo se mantienen las sociedades ordenadas a pesar de su naturaleza conflictiva ha sido planteado por Parsons de una manera que “todavía no ha sido superado en claridad y convicción”, porque “el problema del *orden social* es irresoluble mientras su respuesta se busque en el nivel de la intención (o valoración) (...). Es y debe ser el *modo de producción* dominante quien confiera la unidad fundamental a una formación social, asignando posiciones objetivas a sus clases y distribuyendo a los agentes dentro de cada clase. El resultado es un proceso objetivo de lucha de clases. Para regular y estabilizar *este* conflicto son después indispensables las modalidades complementarias del poder político, entre las que se incluyen la represión y la ideología, ejercitadas tanto *dentro* como *fuera* del Estado” (Anderson, 1985: 60-61). Como se ve, es un concepto en las antípodas de la propuesta thompsoniana, y uno vinculado al fracasado programa del funcionalismo (Elster, 1984). En todo caso, su objeción se sostiene sin necesidad de comprometerse con tal concepto.

denunciar la ausencia de unos no tenía sentido. Pero dada la hegemonía de la que disfrutaba el concepto estructural (exclusivamente objetivo) de clase, su énfasis siempre recayó en la necesidad de conjugar ambos tipos de factores para evitar posiciones vanguardistas:

Espero que nada de lo escrito anteriormente haya dado pábulo a la noción de que yo creo que la formación de clases es independiente de determinantes objetivos, que clase puede definirse simplemente como una formación cultural, etc. Todo ello, espero, ha sido refutado por mi propia práctica histórica, así como por la de otros muchos historiadores. Es cierto que estos determinantes objetivos exigen el examen más escrupuloso. Pero no hay examen de determinantes objetivos (y desde luego, modelo teórico obtenido de él) que pueda ofrecer una clase o conciencia de clase en una ecuación simple. Las clases acaecen al *vivir* los hombres y las mujeres sus relaciones de producción y al *experimentar* sus situaciones determinantes, dentro “del conjunto de relaciones sociales”, con una cultura y unas expectativas heredadas, y al modelar estas experiencias en formas culturales. De modo que, al final, ningún modelo puede proporcionarnos lo que debe ser la “verdadera” formación de clase en una determinada “etapa” del proceso (“La sociedad inglesa del siglo XVIII” en Thompson, 1984b [1978]: 38)⁴⁷⁴.

En algunas intervenciones Thompson llega incluso a lamentarse de la moda “culturalista” o, a modo de autocritica, del excesivo énfasis en la dimensión subjetiva de las clases. En una reseña del libro de John Foster *Class Struggle and the Industrial Revolution*, publicado en 1974, sostiene:

Un área crítica de cualquier análisis marxista reposa en el equilibrio entre las relaciones entre el “ser social” y la “conciencia social”. Lo que parece que ha tenido lugar en los últimos años ha sido un desplazamiento del énfasis del uno al otro polo en diferentes trabajos. El creciente interés por la “cultura popular” (...) está trasladando el peso de manera creciente sobre el segundo polo (...). De aquí que sea cada vez más difícil saber *qué no es* “cultura”. Lo que Foster hace (y esto no es un inesperado balanceo del péndulo) es situar un firme, incluso estricto, reénfasis sobre el “ser social” (...). Yo aplaudo este reénfasis; y está hecho con una fuerza y una precisión que hace que muchos de los trabajos previos sobre el ser social (incluyendo el mío propio) parezcan impresionistas (Thompson, 2002b [1974]: 205-206).

Algunos especialistas simpatizantes de su obra han recordado que el historiador incluyó en sus escritos históricos el estudio de procesos objetivos en la explicación del proceso de formación de clase (la segunda parte del *Making* está dedicada a ello), aunque constatan asimismo que puede hablarse de carencias en esas secciones (Kaye, 1984: 183; Meiksins Wood, 1982; Palmer, 1990: 73-74; Eley, 1990:15; Efstathiou, 2014: 411). El propio Thompson reconocía sus limitaciones en el terreno económico, y su permanente deuda con la obra de Hobsbawm y Dobb en este aspecto. No existe forma de entender la cultura de los trabajadores, escribió, sin antes lidiar con la estructura económica, lo que significa que no hubiera podido escribir el *Making* sin haber leído los *Studies* de Maurice Dobb (citado en Shenk, 2013: 164). Como le confesaría a Raphael Samuel: “estoy asustado de que en las cuestiones de análisis serios económicos y sociológicos tengo que luchar contra mi propio carácter indisciplinado y anecdótico, mientras que en ciertas cuestiones culturales mi mente se concentra más fácilmente” (18 de diciembre de 1956, citado en Efstathiou, 2014: 411).

Una de las razones que puede ayudar a explicar por qué Thompson descuidó o dedicó menos atención a la estructura económica tiene que ver con su particular lectura de Marx. Enfrentado al economicismo de la tradición marxista ortodoxa, Thompson siempre prefirió el Marx historiador y el Marx de juventud, y sostuvo que el Marx del *Capital* y de los *Grundrisse* se había deslizado subrepticamente en las filas del economicismo. En

⁴⁷⁴ El mismo argumento aparece en otros escritos (Thompson, 1979: 21-22).

todo caso, el intelectual británico fue consciente de que su postura no estaba particularmente bien armada. Cuando McCann le preguntó en enero de 1992 sobre el tema le respondió: “no he sentido la necesidad de revisar mis opiniones sobre la ‘faceta Grundrisse’ de Marx, pero he sido siempre poco simpático a las interpretaciones económicas de la historia y **quizá no siempre las haya entendido**” (citado en McCann, 1997: 141, subrayado nuestro). Lo cierto es que no existen buenas razones para aceptar el “Brest Litovsk de Thompson” que le regala *Das Kapital* y los *Grundrisse* a los marxistas economicistas (Clarke, 1979: 151). En la obra madura de Marx pueden encontrarse precisamente la *crítica* de la economía política y la *historización* de las categorías económicas que permiten escapar a una perspectiva economicista estrecha o al mecanicismo de la conciencia (Comminel, 1987; Heinrich, 2008). La crítica de culturalismo fue una crítica que “se podría haber evitado ‘rescatando’ la obra tardía de Marx del reduccionismo mecánico y sus lecturas selectivas” (McCann, 1997: 178; también en Palmer, 1990: 120-128).

Es necesario ahora decir algo sobre lo que Anderson ha llamado el “criterio de conciencia”. A lo largo de este apartado hemos visto cómo Thompson empleaba hasta tres sentidos diferentes de “conciencia de clase”. Pero debemos reconocer que en ninguno de ellos se termina de responder a la objeción de Cohen y Anderson: ¿por qué no podemos hablar de “clases” para referirnos a las posiciones estructurales que ocupan ciertos sujetos y que, en determinadas ocasiones, llevan a la formación de clases como un tipo de sujeto colectivo con “identidad histórica”? Podemos esbozar, sin embargo, algunas razones *thompsonianas* que nos permitan salvaguardar las notas fundamentales del concepto y renunciar a los énfasis innecesarios.

En primer lugar, la idea de que solo podemos hablar de clases cuando observamos en la historia a sujetos organizándose en torno a sus intereses clasistas puede ser un criterio sumamente útil *desde el punto de vista del historiador*. Es decir, que si uno se ocupa de explicar el proceso de cambio histórico, la existencia de determinadas relaciones de producción no explican nada por sí mismas: es necesario dar cuenta de cómo los individuos (que son los verdaderos y únicos sujetos *en* la historia) viven y experimentan esas relaciones y se organizan (o no) para transformarlas. Solo la acción colectiva puede explicar la provisional unidad del sujeto colectivo partiendo de situaciones productivas tan heterogéneas. En ningún caso cabe *presuponer* la existencia de las clases como sujetos colectivos “a la espera” de ser invocados por el conjuro adecuado, porque estas solo comparecen tras un proceso de “lucha de clases” en el que los individuos crean una conciencia de sí que puede adoptar multitud de formas, pero nunca la misma. Como tampoco cabe *deducir*, de cara a la intervención política, lo que “debería ser” una forma determinada del sujeto colectivo o una determinada forma de conciencia de clase a partir de las posiciones estructurales. Por esa razón parece especialmente sugerente la invitación de Thompson a renunciar a la metáfora de la base y la superestructura, y quedarnos con la relación dialéctica del “ser social” y la “conciencia social” (acompañada, si se quiere, de la metáfora del éter).

En segundo lugar, como señalaba el propio historiador (*supra*), esto no descarta que se puedan realizar análisis estáticos o sociológicos de las clases, que pueden ser particularmente útiles para iluminar aspectos concretos de la sociedad. Pero debe tenerse en cuenta siempre que esas fotografías son eso, fotografías, y no recogen lo que ocurre de *hecho*: que las fronteras de clase están continuamente transformándose por los cambios en las relaciones productivas y por las acciones de los sujetos que actúan sobre esas relaciones (Tuñón de Lara, 1973: 31). En todo caso, *desde el punto de vista del sociólogo*,

esos análisis de clase pueden ser totalmente compatibles con los usos del historiador, y este es el punto importante.

Lo que en cualquier caso no parece necesario, creemos, es asumir la limitación del concepto de “clase” al sentido de sujetos colectivos formados. Si se mantiene la idea de que no existen posiciones estructurales sin “algún tipo de conciencia de sí” —es decir, si se evita la imagen economicista—, podría hablarse, como ha hecho Meiksins Wood, de “situaciones de clase”, que no son meras situaciones en las relaciones productivas (capítulos 2 y 4 en Meiksins Wood, 1995b). Thompson, inevitablemente, aludía a esa dimensión “estructural” de las clases cuando mencionaba el concepto de Raymond Williams (comprender las clases como “límites y presiones estructurantes”), pero por aversión a los análisis abstractos y desencarnados, no quiso denominarlas “clases”. Al decidirlo así, provocó no pocas confusiones sobre su teoría de clases. Mantener las suficientes cautelas metodológicas (ver el análisis sincrónico o abstracto como un movimiento estratégico temporal necesario para el buen análisis diacrónico) para que el término pueda volver a su lugar parece ser un buen consejo (Sewell, 1994: 92-93). Quizá, así, nos libremos de tener que seguir aplaudiendo con una mano.

¿Un concepto demasiado “teleológico” o “esencialista de clase”?

Desde principios de los años 80, una serie de historiadores británicos fueron incorporando el llamado “giro lingüístico” y los enfoques “postestructuralistas” a sus obras. En sus discusiones tomaron la obra de Thompson como representativa del paradigma de historia social que pretendían superar. El caso más destacado es el de Gareth Stedman Jones en *Languages of Class* (1983). Para Stedman Jones, debemos partir de la constatación del hecho de que existen diferentes “lenguajes de clase”. Esto implica que no se puede suponer *a priori* que las diferentes acepciones del concepto de “clase” (como descripción social, como discurso teórico, como resumen de un grupo de prácticas culturales significativas o como autodefinición política) tengan necesariamente la misma referencia (Stedman Jones, 2005: 17). Es precisamente a través del lenguaje como los sujetos articulan sus experiencias y definen sus intereses: los intereses de los grupos sociales de los que se habla no son *anteriores* a su expresión lingüística. El error de Thompson es haber presupuesto una noción de “experiencia” que no dé cuenta de este hecho: el lenguaje no es un simple “espejo” de un “ser social” latente, sino que articula y configura los intereses de ese “ser social” (tiene una relación “prefigurativa y no reflexiva” con el mundo). Por esa razón, sostiene el autor, no cabe ya suponer que el uso de significantes colectivos —“pueblo”, “clase”, “nación”, etc.— implique una existencia previa de aquello a lo que refieren, sino que se trataría de un complejo proceso dialéctico en el que pueden construirse unos determinados sujetos colectivos y no otros (Stedman Jones, 2005: 33). Es importante señalar que su perspectiva no entiende la creación de intereses *tan solo* como procesos lingüísticos o carentes de condicionamientos sociales. En términos abstractos, nos dice, si por los cambios de la estructura social entendemos la “materia” y por el lenguaje articulador entendemos la “forma”, su idea es que “la materia determina la posibilidad de la forma, pero la forma condiciona el desarrollo de la materia” (Stedman Jones, 2005: 104). Su análisis del fracaso del cartismo se ofrece como una prueba de su teoría. El cartismo es entendido como la etapa final del radicalismo inglés cuya base social consiste especialmente en trabajadores artesanos que denuncian los males económicos como *derivados* de la concentración de poder político (critican al patrón “injusto” pero no la figura del patrón como tal, condenan los beneficios “excesivos” pero no la producción para el beneficio, etc.). Pero el proceso de industrialización masiva que conoció la Inglaterra del siglo XIX supone un cambio fundamental en las condiciones

materiales de la mayoría de la población y el lenguaje cartista queda desfasado, esto es, es incapaz de articular las nuevas experiencias en su proyecto político (véase el segundo capítulo en Stedman Jones, 2005: 232-233).

Patrick Joyce profundizó esta línea argumentativa en *Visions of the People* (1991). El argumento de Joyce es que una visión historiográfica dominante demasiado centrada en la clase ha oscurecido otras concepciones populares del orden social que, durante el siglo XIX, llegaron a tener incluso más peso y relevancia que la visión clasista. En ocasiones, Joyce coquetea con lanzar la categoría por la borda: “la posición socioeconómica de clase emerge de una manera tan fracturada y ambigua que puede cuestionarse la propia noción de clase” (Joyce, 1991: 3). Pero lo hace solo para justificar, poco después, que las clases sociales en un sentido pleno y profundo del término deben buscarse, en todo caso, a partir de la década de 1910: cuando las organizaciones obreras se masifican, cuando se alcanzan los primeros acuerdos sindicales a nivel nacional y cuando la imagen de la sociedad asumida por la mayoría de la gente se polariza en términos clasistas (Joyce, 1991: 7-8). El fondo metodológico del asunto, nos dice Joyce, es si se asume o no el “giro lingüístico”: “cada vez más se ve a la clase, y de forma correcta, no como una realidad objetiva sino como un constructo social, creada de diferentes formas por diferentes actores históricos” (Joyce, 1991: 9). El criterio que utiliza para hablar de “conciencia de clase” es si existen evidencias lingüísticas de que la gente percibiera el orden social en términos de clases bipolares. Sin embargo, de la misma manera que Stedman Jones, Joyce no considera que esas construcciones puedan ocurrir sobre el aire: determinadas condiciones socioeconómicas (“en tanto que proletarios, o trabajadores asalariados, o manuales, o dependientes”) son requeridas para que la clase pueda construirse con éxito. El énfasis de su obra recae, en todo caso, en cómo se forman las identidades sociales a través del lenguaje.

Joan Wallach Scott ofrece otra línea argumentativa que corre en paralelo a las anteriores. A pesar del gran compromiso por la indexación histórica que tiene Thompson, sostiene Scott, el historiador presupone injustificadamente que un tipo concreto de conciencia de clase y de intereses colectivos están *inmanentemente* en las relaciones productivas y puede, desde ahí, ser articulado o activado (Scott, 1988: 76). En este sentido Thompson construye un relato de la clase como si fuese una trayectoria biográfica, con implicaciones teleológicas de inevitabilidad y linealidad (Scott, 1988: 84). Frente a esa noción teleológica la autora nos propone abrazar una comprensión postestructuralista que entienda que la “clase”, al igual que la “mujer”, es un constructo social-lingüístico. De esta manera, se superaría el esencialismo latente de la concepción de Thompson, que no abordó los “procesos culturales, subjetivos y textuales” por los cuales se construían los diferentes sentidos de clase en liza (Scott, 1988: 88-89). Al no haber empleado ese enfoque, la noción thompsoniana por excelencia, la “experiencia”, estaría intrínsecamente vinculada al proceso de formación de clase y cargaría por ello con la culpa de un reduccionismo de clase que excluye otras experiencias como el género o la raza (Scott, 1991: 784 y ss.).

Finalmente, William H. Sewell apuntó sus cañones en una dirección similar al afirmar que las elucubraciones teóricas de Thompson en el *Making* esconden la idea de que la clase está presente de forma inmanente en las relaciones productivas, adoptando así “el viejo modelo determinista” tanto a “nivel narrativo” como “teórico” (Sewell, 1994: 83-84). Sin embargo, sostiene Sewell, sus escritos históricos contradicen esta premisa de forma continua al otorgar a otras esferas diferentes (ley, costumbres, etc.) un peso causal *independiente* (Sewell, 1994: 89-90). Las debilidades teóricas del modelo thompsoniano,

concluye, podrían arreglarse atendiendo más profusa y estructuralmente no solo a las transformaciones en las relaciones de producción, sino especialmente a la formación de los “discursos de clase” (Sewell, 1994: 98 y ss.).

Respuestas a las críticas de “economicismo”

Las críticas que hemos visto en este subapartado comparten la asunción thompsoniana de que las clases, en sentido propio, solo pueden ser vistas como sujetos colectivos con una conciencia de sí mismos. Comparten, también, la idea de que estos sujetos solo pueden crearse a partir de ciertas condiciones socioeconómicas. Pero señalan, en contraposición a Thompson, que la categoría de “experiencia” no permite aprehender las mediaciones entre la estructura y la acción, y que es necesario considerar el rol performativo del lenguaje para comprender la clase, que queda teorizada ahora como una identidad colectiva fuerte.

Uno de los elementos que llama la atención en estas críticas es el recurso a imágenes simplificadas de un supuesto metarrelato teleológico. Así, parece ser que Thompson habría sostenido una narrativa de desarrollo lineal, “heroica” y ascendente de la formación de clase vinculada a la Revolución industrial, dando por sentado que la clase estaba ahí esperando a ser formada. A la luz de la descripción que hemos ofrecido aquí del concepto de Thompson, el argumento no encaja: Thompson nunca presupone la existencia de la clase, más bien defiende lo contrario⁴⁷⁵. Aun así, puede que la crítica tuviera un punto de verdad: no han sido pocos los autores que denunciaron un exceso de homogeneidad en la formación de clase que relegaba fuera de su historia a las secciones menos cualificadas o artesanales o que no daba cuenta de las tensiones internas entre ambas (Eley, 1990: 24 y ss.). En todo caso, la crítica postestructuralista fue replicada rápidamente por distintos historiadores de cuño thompsoniano. Muchos de ellos dirigieron su fuego contra Stedman Jones, pero sus conclusiones pueden extenderse fácilmente a los otros críticos.

Respecto a la cuestión lingüística, James Epstein ha señalado que la obra de Stedman Jones genera la impresión de que el lenguaje tiene interpretaciones unívocas y por ello no da cuenta de cómo los propios significados de los términos son disputados por diferentes agentes políticos, siendo este un enclave en el que también se libra la lucha de clases (Epstein, 1989: 76). Por su parte, Paul A. Pickering mostró que la metodología de Stedman Jones suponía un paso atrás en la historia social para devolvernos a la vieja historia intelectual, porque al centrarse exclusivamente en lo que el movimiento cartista decía de sí mismo en la prensa se concentró en el punto de vista de los líderes, quedando oscurecidas las dimensiones de clase del movimiento que a veces aparecían representadas no en el lenguaje, sino en manifestaciones simbólicas. El ejemplo que aduce es la sonada aparición del líder cartista Feargus O'Connor en el castillo de York, cuando fue liberado de prisión y decidió presentarse ante la multitud con una chaqueta de fustán, símbolo de la clase trabajadora, mostrando así que las energías del movimiento ventilaban en una dirección más “social” y menos estrechamente “política” (Pickering, 1986). Brian Palmer, por otro lado, ha dirigido su lanzada contra el enfoque metodológico: “el estudio del lenguaje puede contarnos mucho sobre la clase. Eso no se pone en duda. Como ha sugerido Peter Burke, el medio es un mensaje y los historiadores no se pueden permitir permanecer sordos o ciegos ante ello. Pero el medio no es *el* mensaje” (Palmer, 1990: 143). También Mike Savage y Andrew Miles denunciaron la facilidad con la que se

⁴⁷⁵ Puede verse una espléndida demolición de los argumentos postestructuralistas empleados contra la historia social representada en Thompson en la aportación de X. Domènech (2016: 121 y ss.).

sustituyó un supuesto determinismo de clase por un nuevo determinismo lingüístico y apuntaron que “dentro de entornos poderosamente estructurados por la clase puede tener poco sentido tratar de establecer la clase como una división discursiva explícita, esta puede ser tan obvia para la gente que no necesite una referencia explícita” (Savage y Miles, 1994: 17 y ss.).

En relación al concepto de clase que manejaron los postestructuralistas, Neville Kirk ofreció la crítica más profunda y sistemática de Stedman Jones, recopilando los dardos de Epstein, Pickering y otros, y ofreciendo los suyos propios: la ausencia de cimientos empíricos suficientes, las generalizaciones indebidas, las lecturas selectivas y forzadas de las fuentes, el caso omiso a las evidencias de ideas anticapitalistas en el cartismo (que su propio artículo ofrece sistemáticamente). El punto que queremos destacar es, sin embargo, la acusación de reduccionismo: Stedman Jones estaría evaluando la pertinencia de la cuestión de clase en función de una noción rígida y abstracta donde se confunde “conciencia de clase” con “conciencia de clase socialista y revolucionaria”. Con una noción tan exigente, solo cabe hablar de clases en contadísimos casos (Kirk, 1992). Recientemente, la historiadora Selina Todd ha puesto en cuestión los muñecos de paja agitados por los postestructuralistas: “la clase es una relación definida por el poder desigual, más que un modo de vida o una cultura que no cambia. No puede haber una clase obrera ‘ideal’ o ‘tradicional’. En su lugar hay individuos que son empujados a reunirse bajo circunstancias y experiencias compartidas” (Todd, 2018: 14).

4.3.4. Conclusiones. ¿Materiales para una teoría contemporánea de la clase social?

El concepto de clase de Thompson constituye una de las contribuciones más complejas y sugerentes del historiador. A pesar de algunas de sus limitaciones, hemos tratado de defender que continúa siendo un concepto pertinente para la investigación. Con Thompson aprendemos que existen diferentes definiciones de la “clase social” y que cada una de ellas comporta unas implicaciones políticas determinadas; que las clases son fenómenos que ocurren *de hecho* en el devenir histórico en procesos largos de tiempo; que no caben descripciones de la clase en términos puramente económicos –ni siquiera de las relaciones productivas– y que los conflictos de clase atraviesan todas las esferas de la vida social tiñéndolas con su particular tonalidad; que la explotación (apropiación del excedente económico) se produce también en otras esferas más allá de las relaciones productivas; que las necesarias concepciones sociológicas de la clase son solo una parte de una problemática mucho más amplia y rica; que las clases son relaciones sociales en las que importa más el tipo de relación que las personas que la desarrollan; que los individuos que viven situaciones de clase pueden (y han tendido históricamente a) organizarse para modificar su situación creando las clases como sujetos colectivos; que una parte fundamental de las disputas políticas consiste precisamente en cómo y dónde se trazan las fronteras de estos agentes colectivos; y, finalmente, que existen dos sentidos claramente diferenciados de “clase social”, uno moderno (cuando encontramos el vocabulario de clase en las evidencias históricas) y uno heurístico, que permite, hechos los ajustes necesarios, dar cuenta de conflictos sociales en sociedades precapitalistas o no-capitalistas. El análisis de las críticas ha puesto de manifiesto la incompreensión que recibió su propuesta. Acusado de “economicista” por unos y de “culturalista” por otros, parece que su concepto, bien entendido, alberga la riqueza suficiente como para capear ambas tormentas. En todo caso, como gustaba en señalar él mismo, sus ideas no deben verse como el *punto de llegada* de una reflexión final que pretenda zanjar

presuntuosamente las discusiones. Las “tesis más importantes” deben verse más bien “como hipótesis que, a su vez, nunca deben quedar petrificadas como ortodoxias” (Thompson, 2012 [1963]: 35). Podemos ahora pasar a evaluar la vigencia del análisis thompsoniano de clase.

¿Un Thompson para el siglo XXI?

Plantear la cuestión de la actualidad del concepto requiere explicar muy brevemente el estado de la cuestión en la literatura académica. En los años 50 británicos se extendió la idea del “fin de las ideologías” (véase 2.5.4. en esta tesis) y la reacción crítica de una parte considerable de las ciencias sociales fue señalar, contra la idea del consenso, la importancia de la clase social entendida como conflicto. Al calor de la puesta en cuestión del Pacto Social de posguerra, durante los años 60 y 70, se generalizó el uso del concepto de clase. Pero a lo largo de los años 80 se fue extendiendo una suerte de escepticismo y cada vez más sociólogos defendieron la irrelevancia del concepto –un fenómeno que tuvo lugar en paralelo a las derrotas del Labour frente al thatcherismo (Crompton, 1994: 14; Savage y Miles, 1994: 10 y ss.). El concepto pasaba por sus horas bajas, mientras los enfoques “postmodernos” o “postestructuralistas” trataban de relegarlo al basurero de la historia. No fueron pocos los intentos por decretar la muerte de las clases: por parte de los teóricos del “postindustrialismo” como Drancourt, Pakulski y Waters, Bell, Toffler, Naisbit o Negroponte; o por parte de algunos pensadores de izquierdas o teóricos de los llamados “nuevos movimientos sociales” como Melucci, Mouffe o Laclau⁴⁷⁶. Como ha señalado Meiksins Wood, las teorías sobre el origen del declive del concepto de clase en la izquierda se produjeron en una época de fuertes conflictos de clase, por lo que su auge no debe buscarse tanto en una supuesta historia de decadencia del movimiento obrero (que vendría después) sino más en la sociología de la academia y en las erradas estrategias de determinadas organizaciones de izquierda (Meiksins Wood, 1995a). En todo caso, poco a poco la preeminencia del sujeto colectivo de clase en su forma más conocida (como sujeto fordista-industrial) había sido desafiada desde mediados del siglo XX. La cooptación y anulación de esa vieja clase obrera industrial durante la Guerra Fría, y la emergencia de nuevos sujetos políticos decisivos en el panorama (especialmente las luchas por la descolonización y el movimiento feminista) hicieron temblar ese paradigma. El final del Pacto Social de posguerra supuso el hito decisivo: la erosión del empleo industrial por la externalización, la automatización y el arbitraje salarial plantearon serias dudas sobre el papel de la clase obrera industrial como principal agente transformador (Mike Davis, 2017). Ahora bien, frente a los apologetas de la sociedad capitalista, no son pocos los autores que han defendido que la desaparición de esta forma particular del sujeto de clase no era razón suficiente para decretar la irrelevancia de la cuestión de clase. Como ha remarcado Selina Todd:

Si entendemos la clase como una relación podemos ver que la lucha de clases frecuentemente se centra en evitar el trabajo, no en identificarse con él. Cuando el trabajo desapareció de muchos hogares y regiones, la clase no desapareció. Las relaciones de clase cambiaron, pero se volvieron más antagónicas, no menos. A medida que un grupo pequeño acumulaba cantidades cada vez mayores de poder económico y político, un grupo más grande experimentaba la pobreza y una disminución de su capacidad de organizarse colectivamente (Todd, 2014: 506).

⁴⁷⁶ Véase un repaso de esta literatura y una acertada crítica en Lafrance (2013) y Wright (2016). Para una crítica de los autores que contrapusieron el “giro lingüístico” al uso del concepto de clase véase el cuarto capítulo de la obra de Palmer (1990: 120-144). En todo caso, desde principios de los 2000 la supuesta hegemonía postestructuralista en la cuestión de clase fue desafiada exitosamente por diferentes especialistas (véase Navickas, 2011: 193).

Thompson no participó en estos debates. No se encontrará en su obra un análisis de las profundas transformaciones del mundo del trabajo (del modelo generalmente “fordista” al “postfordista”) ni de los cambios en la dinámica del capitalismo (financiarización, Unión Europea, nuevo imperialismo, etc.). Es cierto que estos no fueron su objeto de estudio, pero un balance equilibrado de su concepto de clase debe tener en cuenta este hecho. Cuestión harto distinta es si su concepto es un buen punto de partida para una suerte de “actualización” de una teoría contemporánea de clases. Creemos que este es el caso. En 1993 Crompton podía escribir convincentemente que desde los años 70 se había producido una gran fragmentación en las perspectivas académicas sobre las clases porque estas buscaban diferentes objetivos y, al emplear supuestos metodológicos diferentes (y en algunos casos incompatibles), los diferentes sentidos de clase que se generaron no son fácilmente congruentes (Crompton, 1994: 39). Sin embargo, si defendemos una perspectiva *realista* sobre la clase, deberíamos aspirar a poder contar con teorías (no necesariamente una sola teoría) que integren esa multidimensionalidad del concepto. Los especialistas actuales siguen remarcando esa fragmentación, pero señalan que se han realizado algunos esfuerzos significativos hacia una *unificación* del campo metodológico, aunque el terreno sigue todavía muy verde. De cara a una futura fertilización, los científicos sociales podrían estar interesados en recuperar un concepto de clase más abierto y complejo, que permita integrar diferentes perspectivas, poniendo fin a las “guerras” sobre el concepto de clase y avanzando “hacia un planteamiento analítico integrado” (Savage, 2016; Wright, 2010 respectivamente). Las reflexiones de E. P. Thompson podrían ser de no poca utilidad para ello, sus reflexiones pueden ser un buen contrapunto frente a la sorprendente y anticuada preeminencia en el mundo académico y político del concepto economicista de clase (véase, p. ej., la entrada "Social Class" en la Encyclopaedia Britannica, 2019).

No obstante, de cara a rescatar el concepto de clase del historiador socialista se impone un requisito previo. Tras la sustanciosa contribución de la historia de las mujeres desde los años 70 y habida cuenta de los desafíos planteados por las teorías feministas, ha quedado claro que la clase no puede analizarse desligada del género. Es necesario ocuparnos brevemente de la relación de Thompson con el feminismo para comprender las limitaciones de su concepto y si estas son irremontables o si, por el contrario, pueden ser superadas.

Género y clase social

Thompson nunca fue ajeno a la explotación femenina, y en todos sus escritos se puede detectar esta preocupación por la cuestión de la mujer, aunque es evidente que no ocupa un lugar central en la argumentación⁴⁷⁷. Su gran obra, el *Making*, fue objeto de varias críticas provenientes del campo feminista que señalaron que la historia de la formación de clase que nos proponía era una historia mayoritariamente centrada en los hombres – que dejaba en un lugar muy subordinado o directamente fuera del relato las expectativas y experiencias de las mujeres– y que, además, representaba la clase con rasgos principalmente masculinos (Scott, 1988: 72 y ss.). El relato de Thompson no daba cuenta de cómo mientras los artesanos y trabajadores rurales desafiaban las jerarquías tradicionales del antiguo régimen construyendo una esfera de igualdad política y social, al mismo tiempo (con la contada excepción del owenismo) se generalizaba entre ellos una concepción de complementariedad de sexos según la cual la mujer debía permanecer en

⁴⁷⁷ Véase, por citar solo algunos ejemplos en obras tempranas y en obras tardías (Thompson, 1988 [1955]: 325, 352, 650-655; 2012 [1963]: 780 y ss.; 858; 1993b: 80 y ss.; 1978b: 154-155; 1997b: 106, 146).

la esfera privada sin poder acceder a ese reino de los libres e iguales (Clark, 1995). En suma, Thompson desatendió los antagonismos entre hombres y mujeres dentro de la clase trabajadora y cómo esto moduló los procesos de formación de clase (Llona, 2016: 154). Es realmente significativo que la mayoría de los libros de historia de las mujeres escritos en Gran Bretaña en la década de los 70 y 80 se posicionasen en relación a la “ausencia” de una perspectiva de género en el *Making* (Steedman, 1994: 110). Ya fuera por estas críticas, o porque ningún intelectual honesto podía permanecer ajeno al revival feminista de la segunda ola, lo cierto es que desde los años 70 podemos registrar una creciente atención hacia el tema en la obra del intelectual socialista⁴⁷⁸.

Quizá el testimonio de algunas de las pensadoras feministas que trabajaron o se rodearon del matrimonio Thompson pueda aportarnos algo de luz en este debate. En una entrevista realizada en junio de 2020, Sheila Rowbotham, una de las fundadoras del movimiento feminista contemporáneo y en parte heredera del legado de los Thompson, nos ofrece alguna pista al comentar las opiniones compartidas por Dorothy y Edward sobre el feminismo de la segunda ola:

No les gustaba especialmente [el movimiento de] liberación de las mujeres. Pensaban que éramos demasiado de clase media. Creían que éramos demasiado permisivas por hablar sobre nuestras vaginas y nuestras vidas sexuales y que éramos increíblemente privilegiadas porque ellos habían pasado por la guerra, y nosotros teníamos muchas oportunidades (...). Cuando se fueron a la India, a mediados de los 70, comenzaron a cambiar su relación con la liberación de las mujeres. Nunca dejaron de ser amables conmigo o con otras personas como Catherine Hall. De ninguna manera cabe decir que fueran hostiles al feminismo (...). Estaban a favor de la emancipación de las mujeres, pero estaban preocupados porque no prevaleciese un enfoque de clase media, porque sentían que, y particularmente esta es la opinión de Dorothy, las mujeres de clase trabajadora valoraban cosas como la familia, porque la familia era el lugar donde se recibía mucho apoyo y alianzas, que era una fuente de apoyo y de poder. Y sospechaban mucho de todo ese discurso de “abolir la familia” que promulgaba nuestra generación (Rowbotham, 2020)⁴⁷⁹.

⁴⁷⁸ Las referencias se encuentran por doquier. En “Agenda para una historia radical” Thompson sostuvo que en sus investigaciones sobre el XVIII podía reintroducir a las mujeres como agentes en la historia porque en las sociedades “preindustriales” ocupaban un lugar central las prácticas hereditarias, la dote y el ciclo de desarrollo familiar, y todo eso descansaba en obligaciones y reciprocidades de parentesco cuyo mantenimiento y cumplimiento había sido colocado sobre los hombros de las mujeres: “la vida ‘pública’ se alza a partir de las densas determinaciones de la vida ‘doméstica’” (Thompson, 2000a [1985]: 22). Sobre decir que esto no fue excusa para que prestara atención a los momentos en los que las mujeres protagonizaron las protestas en la esfera pública, como puede verse sobradamente en *Costumbres en común* (Thompson, 1995). En un texto de 1978 sostiene: “parece ser que hay partes de nuestras ciudades en las que las mujeres tienen miedo de caminar solas, cuando antes no tenían ese miedo. Y si esto es así, esto constituye una ofensa intolerable contra la vida civilizada y la libertad personal. ‘Algo debe hacerse’ y ese algo debe ser en profundidad y extenso, y debe implicar la cooperación activa de todos los ciudadanos, hombres y mujeres” (Thompson, 1978a: xv). En 1987 escribiría que en su paso por distintos hospitales del NHS se había ido produciendo una mejora: cada vez había más mujeres médicos, en algunos casos superando el número de hombres médicos, lo que suponía “una clara humanización y un debilitamiento del sentido opresivo de la jerarquía profesional masculina de los viejos tiempos” (Thompson, 1987b).

⁴⁷⁹ En la entrevista citada, Rowbotham sugiere también: “Edward tiene una cierta tendencia a sentir que las mujeres eran algo sobre lo que no quería escribir porque sabía que Dorothy estaba interesada en las mujeres, así como en la política del cartismo. Así que tenía la sensación de que, en realidad, no quería pisar el área de Dorothy. Pero no es que él mismo no fuera consciente o no estuviera interesado en la cuestión de la mujer” (Rowbotham, 2020). El testimonio de Rowbotham se ve reforzado por el hecho de que incluso cuando Thompson no investigaba materiales primarios por su propia cuenta, sino que delegaba en su asistente Ernest Dodd, le pedía a este que “que estuviera pendiente de uno de los intereses de Dorothy: la participación de las mujeres en los disturbios populares” (Steedman, 2016: 74).

En una línea parecida Penelope Corfield ha catalogado a Thompson como “un decidido feminista” (Corfield, 2011). Su antigua alumna en Warwick, Anna Devin, fundadora junto a Rowbotham del Women’s Liberation Group en 1969, recordaba que en sus seminarios:

[Thompson] nos presentó el trabajo clásico de Ivy Pinchbeck *Women Workers and the Industrial Revolution* (1930). Las mujeres siempre estuvieron allí en su explicación: trabajando, cantando, criando niños, participando en los disturbios por el pan, escribiendo poesía o, como la primera feminista y revolucionaria, Mary Wollstonecraft, exigiendo el cambio (citado en Winslow, 2013).

Dorothy Thompson quiso también remarcar este punto. En el breve epílogo que escribe para la obra póstuma *The Romantics*, sostiene que en sus clases Thompson solía dedicar una sesión específica a la “woman question”. Se centraba sobre todo en Wollstonecraft “cuya vida y trabajo había estudiado y sobre la que pretendía escribir con mayor profundidad”. Su intención era, sin embargo, enmarcar sus estudios sobre Wollstonecraft dentro de un contexto de movimientos feministas más amplios (“Mary Hayes, Mrs Robinson, Mrs Barbauld”). Sus notas no son lo suficientemente conclusivas como para ser publicadas, dice Dorothy, pero llevaban el título “La derrota de los derechos de la mujer” y comenzaban diciendo:

Esta será una conferencia deprimente. Y también una no muy preparada. Durante algunos años he estado almacenando documentos sobre los derechos de la mujer en la década de 1790 y también sobre su derrota (...). Algo enorme estaba ocurriendo en la sensibilidad femenina entre las clases medias de 1790, quizás incluso entre hombres y mujeres. Pero tan pronto como esta pequeña ola empezó a crecer y alcanzar su pico fue sobrepasada por la ola más profunda de la contrarrevolución. Fue la contrarrevolución la que barrió hasta el siglo XIX y llegó hasta tan lejos como la edad victoriana (citado en D. Thompson, 1997: 224).

Evaluando estos testimonios es evidente que la relación de Thompson con el movimiento feminista fue ambivalente, pero en ningún caso hostil. En todo caso, creemos, el fondo de las críticas que recibió por parte de las historiadoras de la cuestión de género era correcto. El concepto de “clase” de Thompson nunca incluyó, de forma interna, la dimensión de género. Esto plantea un problema para evaluar su pertinencia porque la opresión vinculada al género tiene consecuencias materiales sobre el proceso social que no son reducibles o explicables solo mediante las categorías de clase. En primer lugar, porque hay un problema de “tipificación sexual de ocupaciones” (Crompton, 1994: 127). En segundo lugar, porque el trabajo doméstico tradicionalmente invisibilizado contribuye a la generación de plusvalor de distintas pero imprescindibles maneras (Federici, 2010). En tercer lugar, porque la especificidad de la opresión de género, que no es reducible a la dinámica del capitalismo, interactúa sin embargo continuamente con ella generando efectos sumamente variados e históricamente mutables (Ferguson, 2014: 165; Crompton, 1994: 133)⁴⁸⁰.

Teniendo en cuenta reflexiones como las expuestas aquí, algunos investigadores han intentado reconstruir el concepto de clase partiendo de Thompson, pero incorporando de forma convincente esa interacción *interna* de la categoría de clase con otras categorías como “raza”, “género”, “nación” o “espacio”. Al mismo tiempo, se nos ha propuesto incorporar al análisis de clase algunas herramientas metodológicas de los estudios de género o del análisis del discurso (véase, por citar solo algunos, Arruzza, 2018; Camfield, 2004; Todd, 2014; y el curso de la New School organizado por Silvia Federici y Cinzia

⁴⁸⁰ En esta línea se ha publicado recientemente Bhattacharya, T. (ed.) (2020). *Social Reproduction Theory: Remapping Class, Recentering Oppression*.

Arruzza⁴⁸¹). Parece, entonces, que algunas reputadas teóricas del feminismo contemporáneo creen que el concepto de clase thompsoniano puede ser rescatado, perfeccionado y enriquecido, y no hemos encontrado razones para discutirles este punto.

Republicanismo y clases sociales

Otra de las ventajas que plantea la noción de clase de Thompson es su posible utilidad como herramienta auxiliar de investigación para los estudiosos del republicanismo. Para la tradición histórica republicana la libertad como no-dominación solo cobra sentido incardinada en instituciones, valores y reglas que, garantizando la independencia material, impidan las interferencias arbitrarias por parte de terceros. La existencia de la libertad republicana entra, por tanto, en conflicto con la existencia de clases sociales tal y como las entendía Thompson, esto es, como relaciones y procesos de explotación y de dominación. Dado que el republicanismo concibe la libertad como un concepto disposicional que puede *graduarse* –es decir, que no plantea la cuestión de la libertad como un “todo o nada”– el asunto gana complejidad: *cómo sean los determinantes de clase en cada época histórica* delimita en gran medida el *cómo sean los grados de libertad*⁴⁸². En una palabra: los estudiosos contemporáneos del republicanismo sencillamente no pueden desentenderse de los necesarios debates sobre las transformaciones históricas de los determinantes de clase. Los pensadores históricos republicanos, tanto los más oligárquicos como los más demócratas, siempre tuvieron presente el análisis de clase en sus reflexiones normativas⁴⁸³. Y ha sido, recientemente, uno de los teóricos más destacados del neorepublicanismo socialista el que ha hecho una llamada por construir un concepto de clase que facilite la investigación de esta tradición (Gourevitch, 2014).

Otra razón por la que los neorepublicanos pueden estar interesados en los debates sobre el concepto de clase es que esta cuestión se encuentra en su propio objeto de estudio. Un ejemplo destacado lo proporciona el problema de la transición del viejo radicalismo al socialismo (véase 4.1.). En las disputas entre republicanos y comunistas en el siglo XIX, una de las líneas de fractura fue la cuestión del sujeto del cambio. Para los republicanos, este no podía sino ser “el pueblo”, compuesto por todo lo que no fuera la “élite” (“el rey, su corte, sus burócratas y la aristocracia, todos aquellos que se opusieron a la soberanía popular, el sufragio universal y los derechos del pueblo”, Leipold, 2017: 144). Esto significaba que para muchos republicanos había sectores enteros de la clase capitalista que no caían del lado enemigo, sino que eran los aliados ideales para emancipar a la humanidad. Algunos republicanos como G. J. Harney criticaron al cartismo por haberse convertido en un “movimiento de clase”. Por su parte, Marx denunció en *La lucha de clases en Francia* ese “culto del pueblo [Volkskultus]” de los republicanos, que confundían a la gente con su terminología vaga y abstracta oscureciendo la existencia de

⁴⁸¹ Disponible en <https://courses.newschool.edu/courses/GPHI6740/>.

⁴⁸² Pettit distingue entre el “alcance” de la libertad republicana (a cuántos ámbitos de nuestra vida afecta) y su “intensidad” o grado (cuánto de libres somos respecto a tal o cual ámbito concreto, véase el capítulo 3 en Pettit, 1999: 84-85).

⁴⁸³ Como ha recordado Hannah Arendt: “La conexión existente en cualquier país entre la riqueza y el gobierno y la idea de que las formas de gobierno tienen que ver con la distribución de la riqueza, la sospecha de que el poder político acaso se limita a seguir al poder económico y, finalmente, la conclusión de que el interés quizá sea la fuerza motriz de todas las luchas políticas, todo ello, no es ciertamente una invención de Marx, ni de Harrington (...), ni de Rohan (...). Si se quiere hacer responsable a un solo autor de la llamada concepción materialista de la historia, hay que ir hasta Aristóteles, quien fue el primero en afirmar que el interés, al que él denominaba *σύμφερον*, lo que es útil para una persona, un grupo o un pueblo, constituye la norma suprema de los asuntos políticos” (Arendt, 1967: 27).

una sociedad de clases. Sin embargo, la democracia social revolucionaria no contrapuso en abstracto la noción de “pueblo” a la de “clase”, sino que trató de hilvanar ambas con su idea de que el proletariado debería encabezar una amplia alianza de clases que representase al *dêmos* en su conjunto. De forma parecida, Thompson abrazará una retórica ciertamente republicana al hablar continuamente del “pueblo” y la “ciudadanía”, pero lo hará siempre desde una perspectiva informada por sus análisis de clase. La articulación entre los conceptos de “clase” y “pueblo” no es automática ni sencilla pero Thompson nunca los consideró conceptos incompatibles⁴⁸⁴.

Existe una última razón más de peso por la que el republicanismo no puede desentenderse de la cuestión de clase: su compromiso con la idea de “ciudadanía”. Una de las estrategias más sonadas de las élites europeas al suprimir la amenaza de la primera Revolución francesa pero aceptar los *codes napoleónicos* fue, precisamente, argumentar que una vez quedaron abolidas las relaciones de servidumbre los ciudadanos europeos ya eran libres e independientes. Se oscurecían así los lazos de dependencia impersonales y se hipostasiaba la intangibilidad de las coerciones que tenían lugar en el ámbito privado (productivo y reproductivo) en un orden social que Domènech denominó lúcidamente como “oligarquía isonómica” (A. Domènech, 2019). Pero el nuevo orden estaba construido sobre una ficción jurídica (*fictio iuris*): que un individuo podía ser ciudadano de pleno derecho a pesar de no tener garantizada su independencia material (véase 1.2.3.). La noción moderna de “ciudadanía” contiene esa contradicción en su seno. Desde entonces, hablar de clases sociales en el capitalismo suele provocar malestar porque, al señalar las gigantescas diferencias de partida, parece poner en duda la legitimidad del esfuerzo con el que tendemos a explicarnos nuestra propia posición en la sociedad. Por eso la retórica liberal sobre la ciudadanía puede entenderse como un intento por negar que existan las clases sociales como relaciones fundantes de la sociedad moderna. Esa estrategia encontró una limitación evidente en las acuciantes desigualdades sociales que atenazaron la conciencia europea en los siglos XIX y XX. En este sentido, el cómo se percibieran y entendieran esas desigualdades ha sido y es todavía un continuo campo de batalla. Una de las posibles teorías de clase que hemos visto, la teoría de la estratificación o “teoría de los escalones”, ofreció una solución parcial: los ciudadanos podrían seguir siendo ciudadanos en el sentido pleno del término a pesar de la existencia de esa desigualdad. Si existe, como parecen decirnos, una verdadera movilidad social, un ciudadano de clase baja podría convertirse en un ciudadano de clase alta en cualquier momento, esto es, la ciudadanía podía verse como una línea continua en la que se distribuyen todos los individuos de diferente posición social. Por esa razón esta concepción “geológica” de las clases, como la denominó Meiksins Wood, está estrechamente relacionada con la *fictio iuris*. De hecho, es casi la única noción de clase social compatible con esta. Siguiendo la lógica de la *fictio iuris*, cualquier legislación que intentara acabar con la sacrosanta propiedad privada solo podía entenderse como un intento de instituir una “legislación de clase” parcial e injusta. Se convirtió en algo habitual a lo largo de los siglos XIX y XX que las fuerzas que abogaban por una política de clase fueran acusadas de pretender imponer los intereses de una clase concreta sobre

⁴⁸⁴ Algunas articulaciones son particularmente deficientes. Este es el caso con la obra de Laclau y Mouffe, donde se maneja una noción industrialista de clase social y, diferenciándose aquí de Stedman Jones o Joyce, una noción de pueblo constructivista totalmente desprendida de sus bases materiales (he desarrollado esta crítica en Martínez-Cava, 2018a). El propio Thompson lanzó un pequeño dardo contra el Laclau de *Politics and Ideology* por su compromiso *teoreticista* y su epistemología *hiperconstructivista* (Thompson, 1978: 203). Para una visión contraria que contrapone el término “pueblo” al de “clase” y propone que la perspectiva “populista” sustituya a lo que considera un excesivo énfasis en la categoría de “clase”, véase la obra de P. Joyce (1991: 1-24; 329-342).

el conjunto de la población. Margaret Thatcher ilustró maravillosamente esta cuestión cuando sostuvo ante la prensa que la clase “es un concepto comunista. Porque agrupa a la sociedad en dos bandos y los enfrenta unos con otros”⁴⁸⁵. Las palabras de Thatcher recuerdan sorprendentemente a la encíclica *Rerum Novarum* de 1891 donde el papa León XIII sostuvo que “es mal capital, en la cuestión que estamos tratando, suponer que una clase social sea espontáneamente enemiga de la otra, como si la naturaleza hubiera dispuesto a los ricos y a los pobres para combatirse mutuamente en un perpetuo duelo” (León XIII, 1891: §14). Como vimos en el Capítulo 1 de esta tesis (1.2.1.), algunos neorrepblicanos han tendido a sumarse acríticamente a la denuncia de la “tiranía de la mayoría”, la “democracia populista” o el “gobierno de clase”, confundiendo la composición social de un gobierno con sus objetivos y olvidando que, para muchos republicanos y socialistas del XIX y del XX, la meta a alcanzar mediante la legislación de clase era la sociedad *sin clases*. Quizá el abordaje de los debates sobre las clases pueda poner algo de luz sobre este punto.

Resumiendo, los estudiosos del republicanismo están objetivamente interesados en ocuparse del debate sobre el concepto de clase. En esos debates, es probable que el enfoque thompsoniano ofrezca particulares ventajas. Entre ellas, supone una oportunidad para repensar la relación entre los cambios sociales y la historia intelectual que suelen practicar en los estudios del republicanismo. Sin ir más lejos, Thompson consideró la publicación de *Rights of Man* de Paine un hito decisivo en la formación de la clase obrera en Inglaterra. En suma, se trata de un concepto que dada “la variedad de grupos humanos y circunstancias a las que potencialmente debía poder aplicarse”, es vago y abierto (Ruiz Jiménez, 2009: 293), pero su amplitud teórica constituye precisamente una de sus virtudes.

4.4. UN REPUBLICANO REVOLUCIONARIO, SIN REVOLUCIÓN. A MODO DE CONCLUSIÓN

A lo largo de esta tesis hemos defendido que Edward Palmer Thompson constituye un ejemplo prominente de cómo la tradición republicana democrática de Gran Bretaña fue recuperada y actualizada, tanto a nivel de investigación (a través de la historiografía) como en las intervenciones políticas, en lo que hemos denominado una suerte de “republicanismo militante” (Capítulos 3 y 4). Las condiciones de ese rescate y adaptación del socialismo republicano brotaron de los fértiles suelos del comunismo frentepopulista y del magma de esperanzas de transformación social que hemos denominado como el “Espíritu del 45” (Capítulo 2), que encontraron una expresión en la disciplina histórica a través del Grupo de historiadores marxistas británicos (uno de los cuales fue especialmente influyente en Thompson, véase el Capítulo 5). Una última nota es necesaria para completar nuestro balance de la obra y profundidad del historiador y activista.

Un republicanismo innecesariamente debilitado. Instituciones y estrategias

Hay un asunto que llama especialmente la atención en el pensamiento político de Thompson. Dadas sus referencias normativas, su conocimiento erudito de la historia del pensamiento radical y socialista y su experiencia militante, es verdaderamente sorprendente la escasa atención que prestó al diseño institucional. Pettit nos ha recordado

⁴⁸⁵ Declaraciones al *Newsweek*, 1992.

que no considerar el análisis institucional, que está inscrito y se realiza en toda la tradición republicana, es algo “letal” para cualquiera que se interese seriamente por la libertad como no-dominación (Pettit, 1997: 312). Para Thompson, sin embargo, el diseño institucional no era tan importante como crear las condiciones para el debate público de ciertas cuestiones consideradas clave:

La calidad de la democracia se revela no en la existencia de ciertas instituciones sino en la forma en que esas instituciones se emplean. Formalmente, las instituciones pueden parecer admirables; una controversia de cierto tipo puede tener lugar en su seno; el extraño pero autorizado radical puede incluso proporcionar un aire de apertura a un sistema que de hecho está cerrado en su mayor parte. Sin embargo, todo el tiempo, las condiciones esenciales de la controversia libre están ausentes (Thompson, 1980: 6-7).

Sus referencias institucionales tendían a ser más bien escasas, esquivas o ambiguas⁴⁸⁶. El punto no debe, sin embargo, llevarse demasiado lejos. Hemos visto aquí una importante excepción: su defensa de la institución del jurado popular es lo más parecido a un análisis institucional con propuestas concretas de reforma, que distingue entre los objetivos deseables en el largo plazo y los objetivos realistas en función de la correlación de fuerzas existente en el momento en el que escribe. En todo caso, parece claro que su pensamiento político podría haber ganado mucha fuerza si parte de sus escritos de intervención política hubieran ofrecido una dimensión más institucional en una dirección *propositiva* (no solo analítica). Michael Kenny tiene razón al escribir que la debilidad del pensamiento institucional y estratégico en Thompson debilitó su reivindicación de la tradición inglesa alternativa, subestimando la capacidad de los conservadores para apropiarse de esos mismos valores patrióticos, ya que para conseguir que los valores del *Freeborn* se hicieran realidad en una dirección progresista estos deben “articularse meticulosamente y desarrollarse estratégicamente, no ser reivindicados sin más” (Kenny, 2017: 9).

Es probable que esta debilidad provenga de su habitual manera de caracterizar las limitaciones estructurales de una época como grandes corrientes de cierre de posibilidades. Lo que no atisbó con claridad, señala uno de sus críticos, es que “lo que describió como enormes fuerzas extrapolíticas e impersonales estaban sujetas a cambios repentinos y fundamentales”, razón por la cual muchos de sus escritos políticos adoptaron tonos apocalípticos (Eastwood, 2000: 646). Perry Anderson le criticó, no son cierta razón, que había retratado una imagen de “congelación” e “inmovilismo” para el socialismo internacional después de 1945 desde una perspectiva demasiado eurocéntrica. El socialismo internacional no estaba congelado, nos dice Anderson, lo que ocurrió fue un desplazamiento de su protagonismo desde Occidente hacia fuera: en 1949 se produce la Revolución china, en 1950 la cubana, en 1960 toda Latinoamérica se revolvía con el guevarismo, en 1968 se producía en Francia la mayor huelga general de su historia y en la década de 1970 la revolución vietnamita derrotaba estruendosamente a los EEUU en la que sería su primera derrota militar en el siglo XX (Anderson, 1980: 112-113). En suma, Thompson podía ser un buen analista del espíritu general de una época, de qué patrones formaban limitaciones estructurales a la acción política y de en qué sentido esos

⁴⁸⁶ El objetivo de la New Left, escribió, era hacer la revolución socialista vía democrática, y esto “implica deshacerse de algunas instituciones (la Cámara de los Lores, [la Real Academia Militar de] Sandhurst, [la base nuclear de] Aldermaston, la Bolsa, los monopolios de la prensa y la deuda nacional están entre esos que se sugieren a sí mismos), la transformación y modificación de otras (incluyendo la Cámara de los Comunes y las juntas de las empresas nacionalizadas), y la transferencia de las nuevas funciones a otras (consejos municipales, consejos de consumidores, cámaras de comercio, comités de delegados sindicales y demás)” (“Revolución” en Thompson, 2016: 364).

patrones presionaban por conformar la sensibilidad de las personas sometidas a ellas. Pero Thompson no fue un buen analista político de coyuntura. Efstathiou señala la sorprendente paradoja de que Thompson, “que pasó su vida académica escribiendo sobre la agencia en la historia, no fue capaz de dar una respuesta válida a la pregunta del agente para su momento” (Efstathiou, 2015: 112; también en Kenny, 2017: 8). Por ser justos, debería recordarse que *nadie* tenía “una respuesta válida” a la pregunta del agente: fue justamente uno de los rompecabezas que sumió a las izquierdas en interminables disputas desde los años 60.

Los críticos de su obra han solido señalar que uno de los mayores defectos de sus intervenciones políticas ha sido su predisposición a caer en una suerte de crítica moral en vez de realizar un análisis materialista (en algún caso, llegando a contradecir sus propios presupuestos humanistas, como en su hipótesis sobre el “exterminismo” donde la lucha de clases parece haberse esfumado, véase las críticas de Mike Davis, 1982; Sukhov, 1989: 124; Williams, 1980). Anderson, directamente, le acusa de no tener estrategia política: “la moral sin estrategia, un socialismo humano armado tan solo de una ética contra un mundo hostil, está condenado a una tragedia innecesaria” (Anderson, 1980: 227-228).

Pero catalogar su compleja vida y obra de “voluntarismo” o “moralismo” no hace justicia al asunto y puede confundir más que esclarecer la cuestión. El propio Thompson había sido un crítico del voluntarismo: “los huesos del Che Guevara nos recuerdan que la historia es implacable. Lo que se hace solo con la voluntad no es una revolución sino un mito” (Thompson, 1978b: 177). Quizá sería mejor, como propone Francisco Erice, verle como un “utópico-realista”, con esa suerte de utopía científica que atribuyó a William Morris (Erice, 2013: 243). Más que el voluntarismo o el culturalismo, lo que encontramos en su pensamiento político “es cierta tendencia a la ambigüedad y a la fragmentación” (Ruiz Jiménez, 2009: 299). En este sentido, podemos reconocer que su aversión por el razonamiento abstracto-filosófico y por el razonamiento institucional-concreto pagan un alto precio.

La vigencia del republicanismo socialista y... la vigencia de Thompson

A lo largo de esta tesis hemos defendido que una de las dimensiones menos reconocidas y estudiadas del pensamiento de Thompson es su vinculación con la tradición republicana. A pesar de las debilidades políticas anteriormente señaladas, creemos que su apuesta por un socialismo republicano es justamente una de las mayores virtudes de su pensamiento político, una que plantea la vigencia de este y los desafíos y problemas no resueltos que todavía enfrentamos los que habitamos en el nuevo siglo. No todos los contemporáneos socialistas de Thompson, ni los historiadores o politólogos que años después han tratado su obra, estarían de acuerdo en este punto. Para Michael Kenny, por ejemplo, la industrialización junto con la variedad étnica y la presencia de las demandas de género volvían esa reivindicación de las “libertades históricas inglesas” una suerte de reclamación “irrelevante o autocomplaciente, o ambas a la vez” (Kenny, 2017: 8). Christos Efstathiou remarca que “su adhesión a las tradiciones del último radicalismo y del marxismo clásico fue problemática”, y que esa adhesión es uno de los motivos del fracaso de sus estrategias (Efstathiou, 2015: 114, 130). Según Scott Hamilton, Thompson “luchaba por reconciliar su compromiso con una política basada en la historia e instituciones inglesas con un mundo que parecía cada vez más desprendido del legado de los artistas y de William Morris” (Hamilton, 2011: 147).

No podemos estar más lejos de opiniones como estas, que subestiman el alcance de la apuesta thompsoniana. El *revival* del neorrepblicanismo a nivel académico

(particularmente los nuevos estudios socialistas, véase Capítulo 1) y la atención que recibe la cuestión del republicanismo en la esfera política contemporánea deberían bastar como prueba de la pertinencia de esta cuestión. Como escribiría en una de sus últimas obras, la recuperación de las posibilidades no realizadas de la historia es de suma importancia porque “somos nosotros, desde el presente, los que debemos siempre proporcionar un significado al pasado (...). Porque la historia siempre está sin resolver, permanece como un campo de posibilidades no cumplidas” (Thompson, 1997a).

Fue precisamente su recuperación de la tradición radical, su reivindicación de los orígenes radicales del movimiento obrero y del primer socialismo y su defensa jacobina de “los juramentos de la *egalité*” (Thompson, 1987b) lo que le permitió configurar un “socialismo con derechos humanos” que recuperó los ideales democratizadores del socialismo de entreguerras. Un socialismo democrático que se abrió paso entre las dos ortodoxias asfixiantes de la Guerra Fría, nutriendo las esperanzas y motivaciones de su incombustible activismo. Su visión de una sociedad sin clases adquirió así un tono netamente republicano:

En la utopía marxista, el comunismo es la sociedad en la que las cosas son desposeídas de su poder y cesan de gobernar a la humanidad. Los hombres luchan liberados de su propia maquinaria y la subordinan a las necesidades y definiciones humanas. El Hombre deja de vivir a la defensiva, repeliendo el asalto de las “circunstancias”: su mayor triunfo en la ingeniería social es un sistema de controles y equilibrios y unos poderes compensatorios en contra de su propia voluntad malvada. Comienza a vivir de sus propios recursos de posibilidades creativas, liberado del determinismo del “proceso” propio de las sociedades divididas en clases (“An open letter to Leszek Kolakowski” en Thompson, 1978b: 155).

La vigencia de su pensamiento puede verse en la cantidad de proyectos inacabados, de problemas no resueltos y de principios no cumplidos que presenta ese socialismo republicano. En una intervención televisiva en *Channel Four* en 1984 planteó una serie de problemas con gran lucidez⁴⁸⁷. Según el historiador, la sociedad contemporánea vivía encorsetada en la manufactura del consenso que delimitaba los márgenes de lo políticamente discutible, y que había aparcado como “utópicas” o “insensatas” las grandes preguntas, las verdaderamente importantes, las preguntas del *por qué* y del *a dónde*. Preguntas como “¿por qué dejamos que el Estado tenga poder sobre sus ciudadanos?” o “¿a dónde nos está llevando la Revolución industrial?”. El discurso político oficial, ponía como ejemplo, parte de la indisputada premisa de que el crecimiento económico es necesario (y la pregunta sería entonces *qué partido político* lo puede garantizar mejor); mientras se intentan aparcar la cuestión sobre si tenemos derecho a contaminar el planeta o a consumir los recursos de las generaciones venideras. La “insufrible arrogancia de los grandes partidos políticos” impedía discutir estos asuntos en profundidad. Ahora bien, nos dice Thompson, un cuerpo político que no se interroga las preguntas del *por qué* y del *hacia dónde* es como un coche que corre a toda prisa en una autopista con el acelerador pisado a fondo, sin más guía que la de no salirse de la línea. Puede acelerar, o puede frenar, pero no puede tomar salidas, ni mucho menos puede parar y darse la vuelta.

La historia de Thompson es la historia de una acumulación de sucesivas derrotas. De algunas pequeñas victorias, sí. Pero sobre todo de muchas derrotas: la del Espíritu del 45, la de la New Left, la del autoritarismo neoliberal de Estado y, en menor medida, la del movimiento por la paz. Lo que más llama la atención de su vida es la casi total ausencia de complicidad con “el Reino de la Bestia” en una época en la que las esperanzas políticas

⁴⁸⁷ Disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=DGHWxFj3SZo&feature=youtu.be>.

del socialismo revolucionario parecían haberse esfumado. Quizá su figura se entienda mejor desde la descripción que él mismo nos ofrece de su admirado William Morris:

Fue un revolucionario sin revolución: más que eso, sabía que no viviría en un contexto revolucionario. No experimentó, como Cromwell, el empuje de la revolución sobre él; ni construyó, como Lenin, un partido abnegado en una sociedad cuyo potencial revolucionario era visible. A los ojos de sus oponentes era el auténtico modelo del socialista “alborotador” o (como se le diría hoy) el intelectual inadaptado. Quería fomentar la revuelta donde no había revuelta. Quería convertir a los hombres satisfechos en descontentos y a los descontentos en agitadores del descontento (“William Morris”, 1976, en Thompson, 2000a: 115).

Thompson no vivió un contexto revolucionario, y quiso fomentar la revuelta donde triunfaba en gran medida el conformismo. A los que hemos vivido la crisis de 2008 y estamos presenciando una nueva crisis en ciernes, su metáfora del coche con el acelerador pisado a fondo no deja de resonar convincentemente. Y la pregunta vuelve a asediarnos con una inquietante capacidad inquisitiva... ¿y si la autopista es la equivocada?

Capítulo 5. Multitudes y economía moral. El fructífero diálogo entre G. Rudé y E. P. Thompson

All sociology worthy of the name is "historical sociology"

(C. Wright Mills, *The Sociological Imagination*, 1959)

En este capítulo se ofrece una reconstrucción de la trayectoria biográfico-intelectual del historiador George Rudé, centrada en su encaje en el Grupo de Historiadores y particularmente en sus relaciones intelectuales con E. P. Thompson. Trataremos, por tanto, de dar cuenta de varios elementos que ya consideramos para el caso de Thompson: su papel como historiador comunista en plena Guerra Fría, la relación entre sus filiaciones políticas y sus labores historiográficas, sus principales y específicas contribuciones a la historia social y sus propios desarrollos intelectuales a lo largo de su vida investigadora.

La cuestión de sus relaciones con Thompson (tanto sus influencias mutuas como sus desavenencias) no es baladí. Aunque Rudé era de una generación mayor, ambos historiadores se movieron en un círculo social similar: estudiaron en Cambridge, participaron en el PCGB y en el Grupo de Historiadores, escribieron e investigaron sobre el siglo XVIII inglés, y murieron en el mismo año (1993) cuando ya eran reconocidos internacionalmente como referencias académicas en sus respectivas especialidades. Pero el punto de interés que sostendremos aquí es que además de esa trayectoria biográfico-intelectual similar, fueron precisamente sus intercambios los que permitieron que ambos historiadores enriquecieran y perfilaran mejor sus propios resultados. En este sentido, uno de los hilos conductores del presente capítulo abordará el problema metodológico de las motivaciones humanas, en la medida en que a través de este se podrán dibujar mejor los contornos de las propias posiciones de Thompson (especialmente de un concepto tan central en su obra como es el de "economía moral de la multitud").

Las fuentes empleadas para esta investigación no son especialmente originales. Excepto algún documento de archivo (como los papeles atribuidos a Rudé dentro del legajo *Historians Group Papers* del People's History Museum de Manchester, y el documento "Mass Portrait Gallery" que recoge una intervención radiofónica de Rudé en la BBC) la mayor parte del material analizado son publicaciones académicas de acceso relativamente sencillo. Lamentablemente no hay constancia de que estos autores mantuvieran correspondencia⁴⁸⁸, lo cual no deja de ser sorprendente dada su cercanía: ambos se conocían, pertenecieron al Grupo de Historiadores del PCGB, y se citaban a menudo (no es descartable, por tanto, que mantuvieran conversaciones telefónicas de cuyo contenido no habría quedado constancia).

Sin embargo, a pesar del reconocimiento de la figura de Rudé en el mundo académico, creemos que su figura (y en particular su relación intelectual con Thompson) no ha sido

⁴⁸⁸ El *George Rudé's Fond* ubicado en la Universidad Concordia en Montreal (Canadá) que contiene la correspondencia de G. Rudé no alberga cartas con E. P. Thompson. Agradezco a Caroline Sigouin, técnica de los archivos de esta universidad, y a Harvey Kaye, responsable del legado de Rudé, la amabilidad de comunicarme este hecho. Por otra parte, como ya mencionamos, los archivos del matrimonio Thompson permanecen cerrados, por lo que no hay manera de comprobar si tal correspondencia existe.

analizada todavía con la profundidad que merece –especialmente en el mundo hispanoparlante. En 1989, con motivo de la publicación del volumen en su honor *History from Below: Studies in Popular Protest and Popular Ideology in Honour of George Rudé*, editado por su amigo Frederick Krantz (Montreal, Quebec: Concordia University, 1985), Geoff Eley escribiría una reseña de este volumen señalando que si bien la influencia de los historiadores marxistas británicos había sido muy debatida, sin embargo la figura de Rudé había sido “injustamente ignorada” (Eley, 1989). Es cierto que en el conocido libro de Harvey J. Kaye, *The British Marxist Historians* (Kaye, 1984), Rudé no figuraba entre los autores analizados (aunque aparecía mencionado y el autor justificaba su ausencia de una manera ambigua, comprometiéndose a investigar su obra después)⁴⁸⁹. Años más tarde, Kaye cumpliría su palabra y redactaría una considerablemente larga introducción a uno de los últimos libros de Rudé: *The Face of the Crowd. Studies in revolution, ideology and popular protest—Selected essays of George Rudé* (Rudé, 2001 [1988]); que aparecería reproducida también en el capítulo de su libro (esta vez de Kaye) dedicado a Rudé: *The Education of Desire. Marxists and the Writing of History* de 1992 (Kaye, 2007 [1992])⁴⁹⁰. El presente capítulo toma pie en las pioneras investigaciones de Kaye y es profundamente deudor de estas, pero busca llevarlas un poco más allá: investigando la influencia de Rudé en Thompson con detalle, creemos que es posible aportar luz sobre la formación de los esquemas mentales y la epistemología de este último. De la misma manera, investigando sobre la influencia de Thompson sobre Rudé en profundidad, aventuraremos la hipótesis de que el giro de este desde una posición “leninista” a una más “gramsciana” (hipótesis avanzada por Kaye) se debió en gran medida a su lectura de la “economía moral” thompsoniana (anticipada en Thompson, 2012 [1963] y desarrollada en Thompson 1995 [1971]). Finalmente, añadimos una adenda sobre el problema de la interpretación de la Revolución Francesa en la historiografía marxista y, en concreto, en la obra del propio Rudé, que proporciona algo de luz sobre el legado jacobino que reivindicó Thompson en sus escritos (véase Capítulos 3 y 4 de esta tesis).

5.1. INTRODUCCIÓN A LA FIGURA DE GEORGE RUDÉ

5.1.1. “Uno de los exilios más placenteros”. Apuntes biográficos sobre Rudé (I).

George Frederick Elliott Rudé⁴⁹¹ fue un historiador británico conocido especialmente por sus investigaciones sobre las formas de protesta popular en Inglaterra y Francia en el siglo XVIII⁴⁹². Perteneció al Grupo de Historiadores del PCGB, si bien formaba parte de una generación mayor a la de Thompson y no entró en el mundo profesional de los historiadores hasta fecha tardía. Según E. Hobsbawm, Rudé fue pionero en desbrozar un

⁴⁸⁹ Esto le costaría un pequeño mal trago: cuando Doreen, la esposa de Rudé, se enteró durante una llamada telefónica con Kaye de que su marido no había sido incluido en el volumen colectivo de aquel, le dejaría colgado al teléfono (citado en Munro, 2014: 139).

⁴⁹⁰ Será esta última la versión que citemos aquí. En español se incluyó como introducción a *La Europa revolucionaria* una versión reducida de este estudio sobre Rudé, por lo que este texto de Kaye está publicado en tres obras distintas en castellano.

⁴⁹¹ La reconstrucción presente de la biografía de Rudé está basada en las pocas fuentes disponibles al respecto (Friguglietti, 2005; Kaye, 1993, 2018; Munro, 2014, 2016; Richards, 2017).

⁴⁹² La lista más completa de sus obras se puede encontrar en la página de la George Rudé’s Society <http://h-france.net/rude/who/>. Una suerte de auto-biografía intelectual se puede leer en el ensayo “El rostro cambiante de la multitud” (Rudé 2001 [1970]).

terreno que el Grupo no había explorado, como era el siglo XVIII inglés (Hobsbawm, 1978b).

Rudé nació en Oslo el 8 de febrero de 1910. Hijo de Jens Essendrop Rude, de origen noruego, y de Amy Geraldine, de origen inglés pero educada en Alemania, la familia Rudé se mudó al Reino Unido en 1919 tras acabar la Primera Guerra Mundial (Munro, 2014: 122). Rudé consiguió una beca para ir a la escuela en Shrewsbury en las Midlands occidentales, y luego completó sus estudios universitarios en el Trinity College en Cambridge, obteniendo un grado en “Modern Languages” en 1931. Al año siguiente se convirtió en profesor de idiomas en Stowe School en Buckinghamshire. Este *background* económico y profesional diferenciaría ligeramente a Rudé de otros historiadores del Grupo, criados en el seno de familias más pudientes (Estrella, 2012).

Rudé recibió una educación muy conservadora y, en un primer momento, su interés se decantó por las galerías de arte. Su filiación política no se conformaría hasta 1932 cuando decidió emprender un viaje de seis semanas a la Unión Soviética con un amigo atleta. La experiencia le cambió profundamente y volvió como un “comprometido comunista y antifascista”. Tras su vuelta no se unió inmediatamente al Partido Comunista. Se tomaría tres años enteros para devorar los clásicos marxistas y solo después, en 1935, se uniría al Partido, convirtiéndose rápidamente en el *Chair* de la *Westminster Branch* gracias a sus carácter “extremadamente agradable y de temperamento moderado” que le permitía gestionar conflictos y destacar como organizador (Munro, 2016). En 1936 pasó a ser profesor de idiomas en la St. Paul School de Londres.

Cuando estalló la Segunda Guerra Mundial Rudé decide unirse al Fire Service de Londres, realizando labores de bombero para apagar los fuegos provocados por las bombas alemanas. Pero la guerra no paralizó su actividad intelectual y aprovechó aquellos años para estudiar la carrera de historia a tiempo parcial en la Universidad de Londres (la acabaría en 1948 al mismo tiempo que seguía militando y siendo profesor de idiomas en St. Paul). Durante el conflicto bélico se casaría con la joven Doreen de la Hoyde (treinta años menor que él), la que sería su esposa hasta su muerte. Tras acabar la guerra, decidiría realizar una tesis doctoral sobre las insurrecciones urbanas de los trabajadores asalariados en el París de la Revolución Francesa (Rudé, 1950) bajo la dirección oficial de Alfred Cobban, pero pasando *de facto* a formar parte del grupo de historiadores marxistas de la Revolución, junto con Albert Soboul y Richard Cobb, en contacto continuado con el que sería su gran mentor, Georges Lefebvre⁴⁹³.

Pero para entonces la Guerra Fría había estallado, y su filiación como comunista iba a suponerle un “despido político” (Munro, 2014: 124). Rudé se vio, por tanto, relegado a la enseñanza en educación secundaria, consiguiendo un puesto en 1950 en la Sir Walter St. John’s School (Londres), al tiempo que conseguiría una serie de pequeñas becas que pudo ir encadenando para continuar con su labor investigadora. Gracias a eso pudo visitar los archivos de París en 1951, en 1953 y en 1957.

⁴⁹³ Lefebvre no organizó las investigaciones de Cobb, Soboul y Rudé, aunque su obra les inspiró sobremanera. En una ocasión, les llamó “*les trois mousquetaires*” y el apodo hizo fortuna. Gracias a estas relaciones, Rudé serviría de puente entre los historiadores marxistas británicos y los historiadores franceses de la escuela de los *Annales*: Lefebvre fue uno de los fundadores de la conocida revista francesa, junto a Lucien Febvre y Marc Bloch. Una descripción de las relaciones personales entre Rudé y Lefebvre se puede encontrar en el artículo auto-biográfico “El rostro cambiante de la multitud”, aparecido en 1970 (Rudé, 2001 [1970]: 105-106). El propio Albert Soboul asistiría a varias reuniones del Grupo de Historiadores en Londres, y colaboraría alguna vez en *Past & Present* (citado en Efstathiou, 2015: 198).

La Guerra Fría complicaría no solo las oportunidades laborales de Rudé, sino también su entorno intelectual. Su antiguo supervisor de tesis, Alfred Cobban, penalizó su posición política. Desde mediados de los años cincuenta Cobban había emprendido una cruzada intelectual contra la interpretación marxista de la Revolución Francesa encabezada por Lefebvre, en la que Rudé se inscribía, publicando su famoso libro *The Myth of French Revolution* (Cobban, 1955). Según Hobsbawm, el conflicto alcanzaría cotas extremas y, después de la crisis internacional del comunismo de 1956, Cobban prohibió que Rudé asistiera a sus seminarios, y trabajó de forma activa para impedir que su antiguo alumno obtuviera un puesto en la universidad (Hobsbawm, 1993). Los pormenores del asunto no están del todo claros e incluso se ha dudado de que ocurriera tal y como relata Hobsbawm⁴⁹⁴, pero en todo caso Rudé, conocido por su elegancia de modales, enfrentó siempre las diferencias con su antiguo supervisor con amabilidad y discreción, y en diferentes obras a lo largo de su vida siguió agradeciendo a Cobban sus tareas como supervisor (Rudé 2001 [1970]: 102).

En estos años de cruda Guerra Fría su gran talento como historiador ya se había hecho notar. En 1956 recibió el prestigioso premio *Alexander Prize* de la Royal Historical Society por su artículo “The Gordon Riots: a study of the rioters and their victims” (recogido en Rudé, 1978b). Pero, de nuevo, su filiación política le cerraría las puertas de entrada al mundo académico. Munro, a través de una cantidad considerable de pruebas documentales, ha mostrado cómo para finales de los años 50 Rudé tenía un *currículum vitae* bastante atractivo y, a pesar de ello, no consiguió entrar en la academia británica, levantando fundadas sospechas sobre la censura política de su perfil (Munro, 2014). En el acto conmemorativo por su muerte en el que participaron sus colegas todavía vivos del Grupo de Historiadores (Christopher Hill, John Saville, etc.) todos destacarían este hecho: Rudé fue enviado al exilio por su adscripción al comunismo (Hill, 1995)⁴⁹⁵.

En este sentido, Rudé fue una víctima más del *macartismo inglés* que cerró las opciones laborales de muchos profesores de filiación izquierdista durante los años 40 y 50 (Hobsbawm, 1978b). Una de las maneras en las que se concretó ese *macartismo inglés* fue, como vimos con Thompson, el espionaje continuado por parte del MI5 (Norton-Taylor, 2014). Ese espionaje tendría consecuencias. La Universidad de New South Wales en Australia recibió un informe del MI5 alertando al servicio secreto australiano para que no contrataran a Rudé porque era “comunista”. De la misma manera, la Universidad de Tasmania rechazaría su candidatura por motivos políticos (lo que provocaría la dimisión del profesor John McManners) (Munro, 2014: 132). Tras el trago amargo, consiguió hacerse un hueco en Adelaida (Australia), la ciudad de origen de su esposa Doreen. Consiguió, por tanto, su primera plaza universitaria cuando tenía ya 50 años, merced al profesor de historia Hugh Stretton que le ofreció una plaza como *Senior Lecturer in History* en la Universidad de Adelaida.

⁴⁹⁴ Friguglietti niega que haya pruebas formales para esta acusación, pero más recientemente Munro parece haberle dado cierta credibilidad, aunque reconoce la escasez de pruebas (Friguglietti, 2005: 4; Munro, 2014: 129).

⁴⁹⁵ También Thompson lo consideraba así: “en un episodio en la historia no escrita del macartismo británico, a Rudé se le privó de todo empleo académico, y como consecuencia tuvo que trasladarse al territorio más tolerante [*liberal*] de Australia. El episodio es vergonzoso, aunque no lo fuera para Rudé. Para entonces ya había establecido los fundamentos de un trabajo realmente seminal sobre la historia de la multitud en el siglo XVIII en Francia e Inglaterra (...). Incluso aunque hubiera abierto todo un nuevo continente para la explicación histórica, ninguna universidad británica quería saber de ello” (Thompson, 1994f: 194).

Aunque para entonces ya no formaba parte del PCGB, Rudé siguió siendo vigilado por el Australian Security Intelligence Organisation (ASIO en adelante)⁴⁹⁶. El ASIO le investigó desde el momento en que solicitó por primera vez un puesto de profesor en Hobart en 1958 hasta que abandonó Australia en 1968 para ocupar un puesto en la Universidad de Stirling, en Escocia. El servicio secreto australiano se lamentaba de que “la Universidad de Adelaida está seleccionando profesores en el Reino Unido sin que se realice ningún control de seguridad” (Munro, 2014: 137). En suma, Rudé pasó de las garras del *macartismo inglés* a las del *macartismo australiano*:

Australia tenía su propia versión del macartismo. Hubo un intento de prohibir el Partido Comunista en 1949 y una Comisión Real de Espionaje para la caza de brujas en 1954–1955. Además, en 1955 hubo un movimiento disidente del Partido Laborista Australiano sobre la influencia comunista en los sindicatos, lo que ayudó a mantener al Partido Liberal de derechas en el poder durante 23 años ininterrumpidos. Esta mezcla volátil fortaleció la mano de ASIO (...). El Partido Comunista de Australia (CPA) seguía siendo un objetivo principal, a pesar de que su afiliación estaba en fuerte declive (...). De hecho, ASIO tenía un ejército permanente de agentes e informantes y había poca demanda pública de restricciones en sus actividades (Munro, 2016: 156).

Los representantes de ASIO vinieron al campus para "entrevistar" a Rudé. Pero debieron llevarse una suerte de decepción: encontraron un amable *gentleman* que tenía pocas trazas del ferviente agitador comunista que parecían estar buscando. Los agentes concluyeron que no debían preocuparse, pues Rudé simplemente quería dedicarse “a la erudición”. Según el informe:

[Rudé] nunca menciona la política excepto con moderación en sus conferencias, y en discusiones privadas no hace alusión ni esto ni a nada que pueda interpretarse como que tiene inclinaciones comunistas (24 de agosto de 1960; Regional Director, SA, Attorney-General's Department a la sede central del ASIO, ASIO's Files: 19).

También informan que:

Los libros de historia de los que es autor y los informes de su trabajo en clase en las escuelas de Inglaterra muestran que es objetivo en su enfoque de la enseñanza y que no permite que sus propias opiniones políticas se entrometan de ninguna manera (5 de enero 1960; *Ibíd.*: 14).

Rudé permaneció como *Senior Professor* hasta que en 1964 fue ascendido a *Professor of History* en la misma universidad, cargo que ocuparía durante tres años. En 1967 hubo un amago de poner fin a este “exilio”, cuando aceptó enseñar en la Universidad de Stirling (Escocia). Pero tras una confrontación con las autoridades académicas de Stirling, Rudé volvería a Adelaida y conseguiría una plaza como *Professor of History*, esta vez en la Universidad de Flinders. En el período en Australia (1960-1970) Rudé escribió la mayor parte de su obra más importante, que era una continuación de sus estudios especializados en los que se había iniciado años antes: *Wilkes and Liberty* (Oxford, 1962); *The Crowd in History* (Nueva York, 1964); *Revolutionary Europe, 1783-1815* (Londres y Glasgow, 1964); *The Eighteenth Century, 1715-1815* (Nueva York, 1965); *Robespierre* (Englewood Cliffs, N. J., 1967); y *Paris and London in the Eighteenth Century: Studies in Popular Protest* (Londres, 1970).

Durante estos años su joven esposa Doreen fue destacando hasta convertirse en la presidenta de la *South Australian branch of the Women's International League for Peace and Freedom* (WILPF), una organización del movimiento pacifista internacionalista que

⁴⁹⁶ Los archivos desclasificados del ASIO, en versión digitalizada, se pueden consultar en la página web del Archivo Nacional de Australia <https://recordsearch.naa.gov.au/SearchNRetrieve/Interface/ViewImage.aspx?B=3388490&S=1>.

ya tuvimos la ocasión de analizar (véase 3.3.). Doreen destacó por su personalidad fuerte, sintiéndose cómoda y desenvuelta en los corrillos de académicos en Australia, y fue conocida en todo el país por sus famosos programas de cocina emitidos por radio (Munro, 2014).

Rudé aprovecharía sus años en Australia para consultar una serie de archivos inaccesibles desde Inglaterra y trató de hacer su pequeña contribución a la historia australiana. Ya desde 1961, y en paralelo con sus investigaciones sobre las multitudes parisinas y londinenses, se había embarcado en el proyecto de leer e investigar sobre los presos que fueron deportados desde Gran Bretaña e Irlanda a Australia entre 1788 y 1868. Su punto de partida se basaba en diferenciar entre quienes cometieron “delitos comunes” y los “infractores sociales y políticos” (*social and political offenders*), siendo estos últimos las personas condenadas por destruir máquinas, por motines de subsistencia, juramentos y asociación ilegales, etc. Los resultados fueron varias entradas en el *Australian Dictionary of Biography*, y su libro *Protest and Punishment* publicado en 1978 (Rudé, 1978a)⁴⁹⁷.

Al final de su carrera, al igual que Thompson, era toda una estrella académica. En 1970 se mudaría a Canadá para enseñar en la Universidad de Concordia, donde permanecerá hasta su retiro en 1987 (Universidad que actualmente alberga el George’s Rudé Fund y donde se ubica el *Centre Interuniversitaire d’Études Européennes* que dirigió él mismo durante un tiempo) (Hobsbawm, 1993). En 1978 se creó el George Rudé’s Seminar en Melbourne en su honor (al que asistió el propio historiador y que hoy se mantiene en activo con el mismo nombre). Su carisma era manifiesto: en 1984 Harvey Kaye le invitó a dar una conferencia sobre la ideología de la Revolución Francesa que fue recibida con entusiasmo: al final de esta, se acercaron estudiantes pidiendo su autógrafo, e incluso algunos le pidieron que les firmara el *Manifiesto Comunista* (Munro, 2014: 152).

¿Hasta qué punto entonces su carácter de “exiliado” afectaría a sus investigaciones y desarrollo profesional? Según Friguglietti, aunque el propio Rudé aceptaría sin problemas la categoría de “exilio”, describiría este como “uno de los exilios más placenteros” que debía haber existido nunca. Una valoración que puede explicarse porque la universidad de Adelaida era de las más liberales y creativas de la Commonwealth (Friguglietti, 2005). En cualquier caso, los “cientos de puestos laborales” perdidos por culpa de la Guerra Fría intelectual “no dejaron rastro visible de amargura” en su carácter (Hobsbawm, 1993).

A partir de los 80 la salud de Rudé empezó a resentirse. En 1983 tuvo que ser operado y consiguió pasar con éxito la extirpación de un tumor cerebral. En 1988 realizaría su último viaje a Australia para participar en otro seminario con motivo del bicentenario de la Revolución Francesa, año además en el que saldría publicado su último libro precisamente sobre esa cuestión: *The French Revolution. Its Causes, its History and its Legacy after 200 Years* (Rudé, 1988b). Sin embargo, a los 10 minutos de comenzar su conferencia tuvo que ser interrumpido porque empezó a divagar sin sentido. La demencia senil había hecho presa en él. Rudé regresaría a Inglaterra, y en 1993 moriría por una neumonía, con 87 años de edad.

⁴⁹⁷ En sus últimos años, Rudé había comenzado a manifestar un interés creciente por investigar las formas de crimen y castigo. Esto llevaría a la publicación en 1985 de *Criminal and Victim: Crime and Society in Early Nineteenth-Century England*. Nueva York: Clarendon Press of Oxford University Press.

5.1.2. ¿Qué tipo de “comunismo” para qué tipo de Historia? Apuntes biográficos sobre Rudé (II).

Rudé mostraba una autoconsciencia explícita sobre la influencia de su sensibilidad política en su objeto de estudio:

No me aproximé a mis temas carente de compromiso (...) lo cual no significa que alguna vez me haya sentido involucrado políticamente con los asalariados, artesanos o alborotadores de los que tanto me he preocupado, sino que siempre he sentido un vínculo de simpatía hacia ellos, ya fueran sus actividades pacíficas o rebeldes. Un crítico reciente (...) escribió sobre mi "nostalgia y afecto por la clase de artesanos borrados ahora de nuestra sociedad tecnológica"; y en modo alguno pretendo negar esa acusación. Así que, aunque este tipo de trabajo tiene siempre (para los historiadores, al menos) un sabor sociológico, nunca me he sentido inclinado a compartir las opiniones de aquellos científicos sociales estadounidenses a quienes los disturbios y la rebelión les han aparecido como un desvío anormal y desagradable respecto de “un estado estable y autorregulado de equilibrio perpetuo”⁴⁹⁸. Creo, por el contrario, que el conflicto es un medio normal y saludable para lograr el progreso social, y no he dudado en mirar hacia atrás en el pasado para identificarme más estrechamente con algunas partes en el conflicto que con otras (Rudé, 1970: 190-191).

Lo cierto es que, como en el caso de Thompson, los años de activismo fueron para Rudé esenciales para conformar un tipo de mirada sobre el conflicto social que sería clave para sus futuras investigaciones históricas. En la famosa Batalla de Cablee Street (4 de octubre de 1936) Rudé fue arrestado y multado con 5 libras por “obstrucción a la autoridad”. Los especialistas en su obra, como Munro y Friguglietti, señalan que este episodio probablemente le marcó en profundidad, porque le permitió ver a la mayoría de los manifestantes como personas respetables y educadas que luchaban por una causa honorable, al tiempo que veía cómo era la autoridad, y no la “multitud”, la principal responsable de la violencia (como veremos, este será un argumento constante en sus investigaciones sobre los disturbios y las revueltas populares en el siglo XVIII inglés).

Rudé era, además buen amigo personal del Secretario General del PCGB, Harry Pollit (Munro, 2016) y en los años 40 y 50 defendía abierta y activamente el régimen estalinista, algo que también hicieron sus colegas del Grupo de Historiadores (véase 3.2.4.). En pleno conflicto bélico Rudé publicó un panfleto proestalinista titulado *Why Russia is Strong: Four-Lesson Syllabus on Socialism in Practice* (Rudé, 1942) que no ofrece dudas al respecto:

Fue el poder de la clase obrera rusa, unida en los soviets con la masa del campesinado y liderada por el Partido Comunista de Lenin y Stalin (...) quien llevó al victorioso resultado del primer y del segundo Plan quinquenal; y quien construyó, sobre la base del poder soviético, una democracia más completa para el pueblo trabajador que en cualquier otro lugar del mundo, antes o después, y que hoy está movilizando a todo el pueblo soviético para la derrota de la Alemania de Hitler (Rudé, 1942; citado en Munro, 2016: 152).

La crisis del comunismo a nivel internacional en 1956 le afectaría profundamente. Rudé se mostró “sacudido” por el discurso de Jrushchov y la invasión de Hungría, aunque no condenó públicamente estos eventos ni tomó la decisión de abandonar el PCGB⁴⁹⁹. En este sentido su trayectoria se parece a la de Hobsbawm, permaneciendo dentro del partido pero abandonando el nivel de compromiso anterior. No sería hasta 1959, fecha en la que partió para Australia, cuando abandonaría la membresía del partido. Una vez instalado en

⁴⁹⁸ Las referencias veladas son, especialmente, Talcot Parsons y Neil Smelser, contra los que el propio Thompson también había dirigido algunas diatribas (véase Thompson, 2012 [1963]).

⁴⁹⁹ Ha sido un error común sostener que, de los principales miembros del Grupo de Historiadores, tan solo Hobsbawm permaneció en el Partido (ver, por ejemplo, Dworkin, 1997: 50). Ni Dobb, ni Morton ni Rudé salieron por la crisis de 1956.

Australia, no volvería a las filas del activismo comunista, ni se inscribiría como afiliado a ningún partido u organización política. ¿Significa esto que había abandonado definitivamente sus antiguas posiciones políticas? El asunto es un poco más complicado y merece un examen atento. Existen en su obra una serie de cambios cruciales que trataremos de analizar, y que creemos que están relacionados precisamente con el abandono de un determinado “enfoque leninista” sobre la historia (Kaye 2007 [1992]). Pero su abandono del comunismo militante no se tradujo en un anticomunismo –al estilo de Auden y otros intelectuales británicos “desencantados”–, sino que Rudé continuó toda su vida contemplando con buenos ojos las luchas progresistas y democráticas. En realidad, toda su obra puede leerse como el intento sistemático por arrumbar los prejuicios demofóbicos que toda una tradición de historiografía conservadora y liberal habían instaurado. Esta sensibilidad política nunca le abandonaría, y tras 1959 se dejó ver en su relación con sus estudiantes (Munro, 2014: 148). Durante las revueltas estudiantiles de los años 60, él mismo diría:

En aquellos tiempos pienso que los estudiantes eran muy interesantes. Siempre planteaban minuciosas preguntas sobre cómo deberían gobernarse las universidades. Estaban muy determinados en participar en los procesos de toma de decisiones, mucho más activos de lo que habían estado en el pasado. Personalmente, todo esto me parecía bien (citado en Munro, 2014: 150).

Su apoyo a las demandas del movimiento estudiantil le costó alguna que otra bronca con colegas más conservadores de su facultad. Cuando comenzaron las movilizaciones contra la Guerra de Vietnam, su nivel de implicación aumentó, y tanto él como Doreen pagaron varias fianzas de estudiantes presos en las movilizaciones (Munro, 2014: 150). Durante sus años en Canadá, realizó una visita a la tumba del “mártir de Tolpuddle”, George Loveless, ubicado en un cementerio en las afueras de London, en Ontario. “La tumba”, observó Rudé, “lleva una inscripción simple, que evoca la piedad filial, pero omite discretamente toda referencia al papel que desempeñó como defensor de los derechos humanos” (citado en Friguglietti, 2005: 11). Por otro lado, de forma ciertamente esperable, su opinión sobre el “socialismo realmente existente” cambió con el paso de los años (especialmente tras la crisis de 1956). Ya no se trataba del joven idealista impresionado por su viaje a la URSS. Ahora Rudé profesaba admiración por las manifestaciones y revueltas populares que estaban prohibidas en la URSS. Como ha escrito Munro su “adhesión al credo del comunismo fue un tema bastante separado de su eventual desencanto con el comunismo institucionalizado y la práctica del comunismo” (Munro, 2016: 158). Quizá en este sentido la descripción más justa sea la que hizo Norman F. Cantor, que precede a la única entrevista publicada en vida por Rudé, donde el historiador es descrito como “un hombre paciente, modesto y de buen humor, con un compromiso firme pero nada sectario con la izquierda contemporánea” (Rudé, 1971: 41).

Sin embargo, a pesar de estas críticas al “socialismo realmente existente”, su fidelidad con alguna forma institucionalizada de comunismo, si bien modificada, permaneció latente hasta su muerte⁵⁰⁰. Su relación con el comunismo organizado, por tanto, comparte algunos puntos con la mantenida por su colega E. P. Thompson, pero está lejos de ser la misma. En último término, no sería descabellado suponer que Rudé, como Hobsbawm, habría permanecido afiliado al PCGB de haber continuado viviendo en Inglaterra. Y estas vinculaciones con el PCGB están, como trataremos de mostrar, relacionadas en parte con

⁵⁰⁰ Una pequeña anécdota puede ser significativa al respecto. Al parecer, en su lecho de muerte, le dijo a su mujer “Doreen, si tuviera que volver a hacerlo, sería un mejor comunista” y conforme a ello decidió legar en su testamento 1.000 libras al PCGB (Munro, 2014: 129).

una autoconstricción teórica presente en sus investigaciones (algo que Harvey J. Kaye señaló para el caso de E. Hobsbawm; véase Kaye, 1984).

5.2. LOS SUPUESTOS METODOLÓGICOS DE RUDÉ. DEL “ECONOMICISMO COMPLEJO” A UNA TEORÍA THOMPSONIANA DE LA IDEOLOGÍA POPULAR

5.2.1. Recuperar “el rostro de la multitud”

Rudé es conocido por sus minuciosas investigaciones sobre los disturbios populares en Inglaterra y Francia en el siglo XVIII, un período de transición que él denominaba el siglo “preindustrial”. Su principal objetivo fue, en el proceso de explicar históricamente las formas de protesta popular de este siglo, conseguir devolver la agencia y la voz a las “multitudes” (*crowd*)⁵⁰¹ –renunciando al estereotipado vocablo de “turba/muchedumbre” (*mob*)⁵⁰² que los historiadores tendían a emplear sin comprobar su validez. Para ello, buceando en los archivos y armándose con innumerables evidencias, impugnó el prejuicio de que las multitudes inglesas o francesas que provocaban disturbios estuvieran compuestas por criminales, vagabundos o asesinos; destruyó el mito de que sus motivaciones fueran el pillaje o el saqueo indiscriminado (mostrando cómo escogían cuidadosamente a sus víctimas y no atentaban contra sus vidas sino contra sus propiedades con el fin de dar escarmientos morales) y puso fin a la idea de que estas movilizaciones populares no seguían intereses propios sino que estaban manipuladas “por arriba” o sobornadas de forma masiva. En suma, fue capaz de ponerle “rostro a la multitud”⁵⁰³ identificando a las personas de carne y hueso que la componían y mostrando la racionalidad subyacente a sus acciones allí donde historiadores y académicos anteriores solo habían visto irracionalidad y vicios morales (Rudé, 1959, 1981 [1964]).

Ya desde sus primeros artículos en los años 50 el historiador explicita su objetivo: conseguir poner carne y hueso a los protagonistas anónimos de las revueltas urbanas en el París de la Revolución Francesa (el *menu peuple* o los *sans-culottes*⁵⁰⁴) en un artículo

⁵⁰¹ Cuando Rudé habla de “multitud” no se refiere a cualquier tipo de congregación en el espacio público, no incluye agregaciones humanas que se reúnen por casualidad, o por razón de fenómenos ocasionales como una conferencia o un ritual: “Nuestra atención se centrará principalmente en las manifestaciones políticas y en lo que los sociólogos han llamado la ‘multitud agresiva’ o los ‘estallidos hostiles’ –actividades tales como huelgas, disturbios, rebeliones, insurrecciones y revoluciones” (Rudé, 1981a [1964]: 4).

⁵⁰² “La propia palabra *mob* se deriva del latín *mobile vulgus*, y no es sorprendente que las clases poseedoras, siempre que fueran incapaces de controlar las energías de la multitud, la vieran como un monstruo voluble, sin pies ni cabeza [*lacking in both rhyme and reason*]” (Rudé, 1981a [1964]: 252-253).

⁵⁰³ Ponerle “rostro a la multitud” será una expresión que Rudé repetirá en múltiples ocasiones y que incluso dará nombre a uno de sus últimos libros *The Face of the Crowd: Studies in Revolution, Ideology and Popular Protest. Selected Essays of George Rudé* (Rudé, 1988a). En 1970 Rudé escribió: “mi preocupación particular por la cuestión del quién quizás a algunos les ha parecido que llegaba a ser obsesiva (...) pero, aun confesándome culpable de la acusación, no me excusaré; porque, ¿cómo se puede saber el significado de las revoluciones o movimientos populares sin preocuparse de averiguar quién jugó el papel primordial en ellos? Y ese era precisamente el problema que me preocupaba cuando empecé a estudiar la Revolución francesa pocos años después de la guerra (...) ¿cuáles eran de hecho los ‘rostros de la multitud’?” (Rudé, 1978b [1970]: 10).

⁵⁰⁴ Rudé utiliza indistintamente ambos términos, como intercambiables, desmarcándose del uso que habitualmente se suele hacer de ellos (Rudé, 1959, 1971). Tradicionalmente, por ejemplo en la obra de su colega A. Soboul, los *sans-culottes* son vistos como la parte más organizada y activista del *menu peuple*, siendo este último un término que designa a un conjunto heterogéneo de grupos sociales que tienen la característica compartida de ocupar los “órdenes inferiores” de la sociedad (subordinación política,

titulado “Las motivaciones del movimiento insurreccional popular de París en la Revolución Francesa” (Rudé, 1978b [1953]: 117). El autor nos propone agrupar a los historiadores de la Revolución en dos grandes tendencias en función de su comprensión de las “masas revolucionarias”:

Quienes, con Michelet, han aceptado la tradición revolucionaria y la de quienes, siguiendo a Taine, la han negado (...) sin embargo, todos tienden generalmente (según la frase del profesor Lefebvre) a considerar la revolución “desde arriba”, desde la altura de la sala de reuniones o de la tribuna de la Asamblea Nacional o del Club Jacobino. Este ha sido incluso el caso de un gran investigador de la historia social como Albert Mathiez (Rudé, 1978b [1953]: 117).

Desde sus orígenes su obra es un intento de impugnar esa “historia desde arriba” para crear una “historia desde abajo” (*history from below*) que estuviera empíricamente bien documentada. Una operación de cambio de enfoque teórico tanto como de investigación de nuevas fuentes empíricas. En esto, no hacía sino dar continuidad al enfoque que su mentor y fundador de los *Annales*, Georges Lefebvre, había puesto en marcha décadas antes. El propio Rudé reconocería así su deuda con Lefebvre:

La parte de su trabajo que tuvo la mayor influencia sobre mí fue, creo, sus estudios pioneros sobre el comportamiento de las multitudes revolucionarias y sobre los rumores y el pánico (“*La Grande Peur*”) de 1789. Además, todos los que estuvieron bajo su mando, se llevaron consigo valiosas lecciones sobre lo que él consideraba indispensable para “*la bonne methode*” en toda investigación histórica: “*Sans erudition, pas d’histoire*” (citado en Munro, 2016: 153).

Rudé irá desmontando minuciosamente las imágenes estereotipadas que anteriores historiadores habían manejado sobre las multitudes. Pero, en el mismo movimiento en el que devuelve la voz y el protagonismo a las masas anónimas, construirá una explicación de los eventos autoconstrañida por unos “supuestos motivacionales deflacionarios” (para esta noción véase Domènech, 1998: 135-136), como una forma matizada y particular de *economicismo* o reduccionismo económico en la explicación de la acción social. Toda ciencia social basa necesariamente sus explicaciones en determinadas asunciones sobre cómo funciona y en qué consiste la psicología de los individuos (supuestos sobre la racionalidad, la motivación, las dotaciones cognitivas, etc.), aunque en muchas ocasiones estas asunciones discurren de forma implícita y pocas veces (o ninguna) sean discutidas de forma explícita por el autor (Mundó, 2006: 259). Este será precisamente el caso con la obra temprana de Rudé, por lo que en lo que sigue trataremos de sacar a la luz en qué consiste este enfoque teórico y trataremos de defender por qué su posterior abandono (desde mediados de los años 60) se debió en gran medida a la lectura atenta de E. P. Thompson, y especialmente de su noción de “economía moral de la multitud” (Thompson, 1995 [1971]).

Pero este capítulo tiene además otra intención en la medida en que trata de mostrar también cuál fue la influencia que tuvo el propio Rudé sobre Thompson. Entre los varios informes de trabajo pertenecientes al Grupo de Historiadores, conservados en el *People’s History Museum* de Manchester, existe un breve documento de cuatro páginas, fácilmente atribuible a Rudé, titulado “Notes on Popular Movements of the 18th Century” (Rudé, fecha estimada 1940-1960)⁵⁰⁵. En él podemos encontrar ya desde fecha temprana los que serán algunos de sus principales temas: el esfuerzo por devolver la *agencia* a las

explotación económica, etc.). Rudé ha defendido un uso “social” y no “político” del término *sans-culotte* y, por fidelidad a su propia argumentación, mantendremos aquí esta intercambiabilidad.

⁵⁰⁵ Agradezco a Darren Treadwell, personal del Museo por facilitarme el acceso a este breve documento.

multitudes y sus formas de protesta⁵⁰⁶; el intento de hacer inteligible la racionalidad subyacente a estos movimientos; la delimitación de los campos de conflicto de clases que no se circunscriben al conflicto capital-trabajo sino que se entienden mejor en términos de “los ricos” contra “los pobres”; el motín de subsistencias (*food riot*) como la forma predominante de protesta social en el siglo XVIII (pese a que se constata la existencia menos frecuente de otras formas como manifestaciones, peticiones al Parlamento o huelgas) que implicaba violencia contra la propiedad pero raramente contra las personas y que iba dirigida normalmente a la reducción de precios más que a la subida de salarios; la espontaneidad y fragmentación de estos movimientos en los que los “movimientos políticos” eran la excepción (sobre esta diferencia entre movimientos “políticos” y “económicos” véase *infra*). El documento se cierra con una enumeración de “problemas y preguntas” de las que destacaremos dos:

- ❖ “¿Existe alguna prueba clara de una creciente consciencia de clase de los trabajadores del campo y de las ciudades? Pueden encontrarse algunos indicios en los movimientos de trabajadores asalariados después de 1780”.
- ❖ “¿Existe alguna prueba de que las ideas democráticas de la pequeña burguesía de los *levellers* y la *Good Old Cause* hayan sobrevivido en tiempos posteriores? Hay indicios de ello (aunque enormemente velados) en los *Gordon Riots* y (presumiblemente) en el movimiento *Wilkes and Liberty*”.

Todos y cada uno de los puntos mencionados recogen temas que serán absolutamente decisivos para las investigaciones de Thompson sobre el siglo XVIII inglés. En lo que sigue detallaremos la historia de esas influencias mutuas, que a veces tomaron la forma de citas y referencias bibliográficas, otras veces se presentan como una conversación velada que hemos de ir descifrando, y, en algunas ocasiones, aparecen como diálogos abiertos y explícitos que también recogeremos aquí. Ofrecemos por primera vez, por tanto, un análisis sistemático y en profundidad de las relaciones entre ambos historiadores.

5.2.2. Un pueblo despolitizado. El “economicismo complejo” del primer Rudé (1950-1964)

Ya en sus primeras publicaciones el historiador delimita su método:

Si hay alguna línea común que una todos estos movimientos insurreccionales y sociales, debe buscarse no en los objetivos o programas de organización de los que los promovieron ni en los intereses de las facciones políticas a cuyo servicio estuvieron a menudo, sino en la composición social y en las pretensiones propias de los que participaron en los disturbios y se manifestaron (Rudé, 1978b [1953]: 119).

Aquí la pregunta del “¿Quién?” aparece estrechamente ligada a la pregunta del “¿Por qué?": conocer la procedencia social de los participantes, parece decirnos Rudé, nos permitirá resolver la pregunta de qué les motivaba a participar. Y a partir de esto, el autor podrá *suponer* la existencia de conflictos entre la gente común que participa en los

⁵⁰⁶ “Los historiadores han señalado la falta de claros objetivos en los disturbios y movimientos populares del siglo XVIII, aunque a menudo han minimizado o subestimado su importancia, así los Webb (...) o Trevelyan” (Rudé, 1940-1960: 1).

disturbios y los líderes políticos, que casi en su totalidad provenían de otras clases sociales (Rudé, 1978b [1953]: 119).

Podemos denominar *economicista* a este enfoque implícito en la medida en que, como veremos en lo que sigue, Rudé trata de salvaguardar una esfera de motivaciones propias y genuinas de la multitud, pero la manera en la que estas quedan salvaguardadas es viéndose restringidas al terreno de las demandas puramente “económicas” (mejores salarios, menores precios, etc.). Este punto de partida de Rudé no deja de tener algo de arbitrario: parece como si el hecho de que las protestas protagonizadas por la multitud solo puedan ser económicas les confiriera algún tipo de legitimidad, mientras que los líderes (burgueses o aristócratas) solo puedan ser motivados por las espurias luchas por el poder.

Sin embargo, el historiador británico no partirá de un esquema interpretativo ramplón. Al querer mantener cierta fidelidad a las fuentes de archivo, tiene que resolver un problema no menor: durante la Revolución Francesa la multitud comparece en las grandes *Journées* o eventos que marcan sus principales hitos; por eso sus demandas van basculando, nos dice el autor, desde la mera protesta por el pan hacia demandas más políticas. Es por ello por lo que el “economicismo” que elaborará Rudé será un reduccionismo explicativo más complejo que el intento de reconducir todo el campo de las motivaciones a las “estrechamente económicas”. En este sentido, discutiremos si cabe hablar de un “monismo motivacional” en la obra temprana de Rudé⁵⁰⁷.

Que la multitud se movilice por *algo más* que las motivaciones “económicas” es un elemento clave en su argumento (Rudé, 1978b [1953]: 139). Porque al dar cuenta de cómo la multitud defiende *genuinamente* ciertas ideas políticas, el autor estaba cumpliendo uno de sus objetivos: dismantlar los prejuicios de los historiadores conservadores que solo podían concebir la participación popular cuando ésta estaba motivada por el pillaje, el saqueo, la violencia histórica o el soborno.

Pero si el punto de partida ha consistido en escindir las demandas “originarias” de la multitud (económicas) de las demandas (políticas) de las clases superiores, ahora se torna necesario explicar cómo las ideas políticas de estas terminan por arraigar en aquellas. La solución ofrecida será sostener que el *menu peuple* tuvo ideas políticas durante la Revolución, unas ideas que serán defendidas *genuinamente* por sus participantes, pero que estas ideas necesariamente tendrán que **venir desde fuera**, esto es, que no podrán emerger de las propias clases subalternas.

Al plantearlo de esta manera, Rudé pretende no solo dismantlar la concepción conservadora de la multitud sino además salvaguardar la preeminencia de las

⁵⁰⁷ Por “monismo motivacional” cabe entender un conjunto de supuestos sobre la psicología humana según los cuales los seres humanos se ven impelidos a la acción por solo *un* tipo particular de motivaciones (o, al menos, ese tipo predomina lo suficiente sobre los demás tipos de motivaciones como para anularlas en caso de conflicto, o lo suficiente como para rebajar el peso explicativo de otros tipos de motivaciones hasta el punto de volverlas casi irrisorias). Frente a ello, una posición de “pluralismo motivacional” recoge la posibilidad de que los humanos se vean impelidos a la acción por tipos muy variados de motivaciones, sin que *a priori* predomine necesariamente un tipo sobre otro (y sin que ello implique la negación del auto-interés). El “monismo motivacional” está históricamente asociado con una antropología pesimista paulina, pero también con la tradición del liberalismo decimonónico (que heredó dicha antropología). Pero en las ciencias sociales ha sido especialmente conocido –y ampliamente criticado– por su influencia y rol central en las teorías económicas que, en el terreno de las motivaciones psicológicas, otorgan a la búsqueda del interés propio el monopolio de aquellas (para la discusión de ambas nociones, véanse Casassas, 2010: 221-254; Domènech, 2000; Mundó, 2014; Mundó y Raventós, 2000).

motivaciones puramente económicas que, según él, son la clave para explicar la duración y la constancia del movimiento popular durante toda la Revolución⁵⁰⁸. El siguiente pasaje recoge la complejidad y las tensiones de este enfoque y por ello merece la pena ser citado *in extenso*:

Esos objetivos, ideas y consignas de la burguesía liberal, democrática o republicana (según la fase alcanzada por la revolución en su giro hacia la izquierda), fueron los que adoptaron como suyos los elementos más activos del *menu peuple* de París (...) porque parecían corresponder a sus propios intereses en la lucha por la destrucción del Antiguo Régimen y la salvaguarda de la República (...). Así pues, aunque reconocemos el papel jugado por las ideas políticas de los líderes para estimular la masiva actividad revolucionaria –en contra de lo que opinan Taine y sus seguidores– solo aceptamos ese factor como explicación parcial. Apenas sirve para explicar movimientos “no políticos”, tales como los de la cuestión Réveillon, las agitaciones sociales que llevaron a la marcha hacia Versalles y a la deposición de los girondinos o el asalto a las tiendas de comestibles en 1792 y en 1793. Tampoco explica el carácter esencial de los disturbios de germinal y de pradial, y sin embargo todos esos movimientos fueron parte de la revolución. (...) lo más importante es que no explica el trasfondo de **agitación social constante** que hubo entre el *menu peuple* de París (Rudé, 1978b [1953]: 123. Subrayado nuestro).

Es importante señalar que el autor no concibe ese proceso de asunción de ideas externas por parte de la multitud como un proceso de “enajenación” o “manipulación” pero tampoco de “injeración”, digamos con la metáfora de una jarra de agua que se vierte sobre las cabezas vacías llenándolas de contenido. Más bien, nos dice Rudé, el *menu peuple* de París se “apropió” en sus propios términos de ideas provenientes de clases superiores. La multitud de Rudé es incapaz de generar ideas políticas por sí misma, pero cuando se trata de adquirirlas, las negocia, esto es, las incorpora en función de su propia experiencia. Este punto es importante de cara a entender por qué su economicismo no es de cualquier tipo, sino que muestra una complejidad particular, porque debe mantener siempre la tensión entre recuperar la *agencia* (el carácter genuino de las motivaciones) y la primacía de las motivaciones de tipo económico⁵⁰⁹.

El esquema interpretativo que hemos llamado “economicismo complejo” será empleado por Rudé en otros campos, más allá de la Revolución Francesa. En otro artículo muy representativo de su *modus operandi*, merecedor del premio Alexander Prize, y titulado “Los disturbios Gordon: estudio sobre sus participantes y sus víctimas” (1956), Rudé explicará una serie de agitaciones que tuvieron lugar en Londres en 1780 conocidos como “los disturbios Gordon” (*Gordon Riots*). Los disturbios comenzaron como una protesta anticatólica contra una Ley de 1778 que buscó reducir la intolerancia contra los católicos británicos, y acabó desencadenando una serie de disturbios y saqueos que están considerados como la mayor oleada de violencia callejera de la historia de Londres. Rudé se mostraba sorprendido de que ningún historiador previo hubiera intentado describir a los participantes en los disturbios, aparte de aplicarles el término de “turba”, lo cual no hacía sino sumirlos en el anonimato y dejarlos a un lado en la explicación. Así que, utilizando fuentes de archivo hasta la fecha no empleadas (archivos judiciales y administrativos relativos a los disturbios, declaraciones de católicos pedidas por el

⁵⁰⁸ En artículos anteriores había insistido en una correspondencia casi automática entre las subidas de precios y el estallido de disturbios violentos inspirándose en los estudios de E. Labrousse, aunque siempre de formas más tentativas que las del propio Labrousse (ver, por ejemplo, Rudé, 1954). Se trata de un buen ejemplo de lo que Thompson llamó una lectura “espasmódica” de la historia, uno de sus objetivos a batir tanto en el *Making* como en *Costums in common* (Thompson, 1995 [1991], 2012 [1963]). Veremos más adelante cómo el propio Rudé se distanciaba de esta lectura “espasmódica”.

⁵⁰⁹ Harvey J. Kaye ha hablado de “una concepción elitista –‘leninista’ en términos marxistas– de la educación política”, pero que siempre apareció como una tensión interna no resuelta en el primer Rudé (Kaye, 2007 [1992]).

Parlamento, actas del tribunal de Old Bailey y la comisión especial nombrada para juzgar a los disturbios, etc.) Rudé pretendía rellenar ese hueco.

Su descubrimiento fue muy revelador y permitió arrumbar varios mitos sobre supuestas conspiraciones que habrían desencadenado los disturbios (desde intentos del gobierno para aplicar la ley marcial, hasta agentes infiltrados españoles o franceses dispuestos a desestabilizar al gobierno en plena guerra de Inglaterra contra las colonias norteamericanas). El historiador británico mostró cómo el primer impulso para la revuelta provino de la Asociación Protestante que lideraba Lord Gordon, que buscaba tumbar la *Catholic Relief Act*, pero finalmente escaló en una oleada de violencia que escaparía del control de cualquier organización o líder político. El estudio cuidadoso de las víctimas mostró, además, un sesgo no solo religioso sino de clase: “detrás del grito de ‘no al catolicismo’ y de otras formas exteriores de fanatismo religioso había un objetivo social más profundo: un confuso deseo de ajustar cuentas con los ricos, aunque solo fuera por un día, y una voluntad de conseguir algún tipo primario de justicia social” (Rudé, 1978b [1956]: 249). La multitud londinense acabó por asaltar varias prisiones liberando a los presos, destrozó y quemó los muebles y propiedades personales de católicos ricos, e intentó asaltar el Banco de Inglaterra (siendo detenida por los balazos del ejército). Pero lejos de tratar de negar la dimensión religiosa, o considerarla un mero epifenómeno de conflictos sociales más profundos, es bien interesante constatar que para Rudé el conflicto religioso no fue solo un “pretexto”, sino que “los dos tipos de protesta fueron juntos”. Para el caso de los disturbios Gordon, Rudé no se atrevió a afirmar la primacía o preeminencia de las motivaciones “económicas”.

En otro artículo de 1959 titulado “Las ‘turbas’ de Londres en el siglo XVIII”, vemos como el autor incide en la idea de que las multitudes que provocaban los disturbios eran portadoras de ideas políticas, que tenían iniciativa y motivaciones genuinamente propias, algo que los opinadores de la época y los historiadores posteriores (muy deudores todavía de la “history from above”) no podían entender: solo el soborno o la conspiración figuraban como verdaderas causas (Rudé, 1978b [1959]: 265). Rudé señalará para el caso inglés la extensión, a lo largo de todo el siglo XVIII, de una serie de ideas políticas que no duda ya en calificar de “tradición política”, refiriéndose a la famosa doctrina del *Freeborn Englishman* (véase el Capítulo 3) y que “fueron creando gradualmente una base popular de apoyo al movimiento radical de la última parte del siglo XVIII” (Rudé, 1978b [1959]: 275):

Igualmente significativo es el surgimiento de un núcleo de ideas y estímulos que no se relacionaban únicamente con la satisfacción de las necesidades materiales inmediatas. Uno de los elementos que más frecuentemente se repiten en la ideología popular de esa época es el de la “libertad” del inglés. Desde los conflictos religiosos y sociales del siglo anterior, estaba fuertemente arraigada la creencia de que los ingleses eran “libres” y no “esclavos”, como en general los extranjeros y en particular los católicos; [los ingleses] no pasaban hambre ni llevaban “zuecos” (Rudé, 1978b [1959]: 272).

Ese mismo año vio la luz la que sería su primera gran obra que le consagraría como historiador internacionalmente reconocido. Titulada *The Crowd in the French Revolution* (Rudé, 1959), fue una ampliación de su tesis doctoral (circunscrita al período 1789-1791) (Rudé, 1950) y pretendía aplicar su enfoque al estudio de los principales movimientos populares durante la Revolución Francesa desde 1789 hasta 1795. Podemos considerar esta obra como el momento culminante de la posición metodológica analizada hasta ahora, que por primera vez será aplicada de forma sistematizada a un análisis histórico en profundidad. Cabe resumir esta posición en los siguientes puntos:

1. La principal motivación para protestar por parte de las clases populares es “económica” y consiste en una búsqueda de un acceso suficiente y barato a los suministros básicos. Esto explica su “programa propio”, el cómo defendieron sus propios intereses, por tanto, sin que sea necesaria la hipótesis de la “manipulación/soborno” para dar cuenta de su intervención.
2. Las clases populares también se *politizan* en el proceso y comienzan a defender ideas políticas, no solo “económicas”. Sin embargo, son incapaces de generar por sí mismas estas ideas políticas, por lo que las incorporan desde fuera. Pero al hacerlo, no las toman sencillamente prestadas, sino que las traducen a sus propios términos. Esto explica la dimensión política de *algunas* de sus protestas, o cómo a veces aparecen entremezcladas con las demandas “económicas”.
3. Todo lo anterior debe ser compatible (y respaldable) con las evidencias empíricas encontradas en los archivos. Dentro de estas evidencias, son particularmente valiosas las que permiten reconstruir la composición social de las multitudes, porque, para el autor, esto elucida parcialmente los puntos 1 y 2 (especialmente 1).

En su tarea de poner “rostro” a la multitud, Rudé estaba llevando a cabo una operación intelectual similar a la que haría Thompson años después con el concepto de “clase social”, saliendo del uso de conceptos abstractos y de referencias difusas para, bajo la estricta pauta de reconstruir a partir de las fuentes empíricas de archivo, devolver la agencia y las motivaciones propias a los sujetos tradicionalmente olvidados de la historia. La característica más llamativa de las multitudes revolucionarias de París, nos dice Rudé, es su policlasismo, el hecho de que no proviniesen de una sola clase social⁵¹⁰. El *menu peuple* tenía una composición muy heterogénea (mujeres, asalariados, artesanos, pequeños comerciantes, maestros de talleres, etc.), y estas diferentes partes tomaron más o menos protagonismo en los sucesos dependiendo del momento (Rudé, 1959: 178). Rudé insiste repetidas veces en que los trabajadores asalariados del París de 1789 no eran ni de lejos la mayoría del *menu peuple* y además no tenían las características distintivas de una “clase social” en sentido moderno (Rudé, 1959: 18). La palabra *ouvrier*, sostiene, servía para designar tanto a los asalariados como a los maestros artesanos, oficiales o aprendices⁵¹¹. A pesar de la gran heterogeneidad que mostraba el *menu peuple* de París, el historiador señala una serie de características comunes: un modo de vida similar, su lenguaje, su vestimenta, sus lugares de ocio y sus condiciones de alojamiento eran

⁵¹⁰ Aquí Rudé utiliza un concepto “ocupacional” de clase social (véase para esto el epígrafe 4.3.).

⁵¹¹ Y no sería hasta el siglo XX que *ouvrier* se volvería por definición alguien que no solo trabaja por sus manos sino que además es asalariado de un empleador (Véase el *Dictionnaire de l'Académie française*, 1935)” (Rudé, 1981a [1964]: 196-197). Sin embargo esto no significa que no existieran conflictos entre empleados y empleadores: en los años que preceden a la Revolución se fue dando una divergencia gradual entre maestros y oficiales, viendo estos últimos cada vez más reducidas sus posibilidades de vivir con holgura y convertirse algún día ellos mismos en maestros. Y aunque estos conflictos laborales contribuyeran al clima revolucionario, no fueron decisivos en conformarlo, como tampoco fueron decisivos durante sus principales eventos o *journées* (Rudé 1959: 21). Pablo Scotto ha tenido la amabilidad de señalarme que Rudé llevó el punto demasiado lejos: el término *ouvrier* se empleaba al menos desde mediados del siglo XVIII para designar a los oficiales o *compagnons* frente a los maestros o *maîtres*. En todo caso, sostiene Scotto, el punto importante de Rudé no desaparece: que no cabe traducir *ouvrier* como “asalariado”, porque muchos de estos oficiales trabajaban por pieza o tarea. Los asalariados estaban un escalafón por debajo y para distinguir a los *ouvriers* de los oficios (*gens de métier*) de aquellos trabajadores que se encuentran *sans état* (*gens de bras*), a veces se llama a los segundos *gros ouvriers*.

compartidas. Esto daría la base para una “identidad básica de intereses” sobre la que se crearía la polarización social:

La forma tradicional y típica de protesta popular era el motín de subsistencias más que la huelga; y en esto no solo se unieron los trabajadores cualificados (*journeymen*), peones (*labourers*) y los pobres de la ciudad, sino también los tenderos, los artesanos y los maestros de los talleres en una oposición común contra los granjeros, molineros, panaderos, acaparadores, comerciantes de grano y autoridades municipales. Esta identidad básica de intereses mostró ser la más sólida que ligaba a los grupos sociales que formaron los *sans-culottes* de la Revolución (Rudé, 1959: 21-22).

Para comprender la forma tradicional y típica de protesta popular, los motines de subsistencia, Rudé los pone en relación con distintos ciclos de protesta social acaecidos a lo largo de todo el siglo XVIII francés. Una de las formas más comunes que adoptaban los motines de subsistencia consistía en la *taxation populaire*⁵¹², la imposición, por la fuerza, de precios regulados por parte de una multitud que en épocas de inflación trataba de que los alimentos tuvieran precios accesibles. Pero Rudé se mostraba escéptico con sus resultados:

Estaban lejos de ir dirigidas contra el orden existente: fueron más bien una protesta masiva contra el nuevo principio que permitía que los precios de los alimentos encontraran su nivel natural o de mercado, en vez de estar regulados por consideraciones de justicia social. No sorprende entonces que el movimiento no tuviera grandes resultados. Fue un movimiento esencialmente de asalariados, artesanos y pobres del campo y la ciudad: ni la burguesía ni el grueso del campesinado jugaron parte alguna en ellos (Rudé, 1959: 24).

Recuperando las preguntas que orientaban sus escritos anteriores, el autor profundizará ahora en la problemática de cómo las multitudes se *politizan* e incorporan las ideas políticas de clases superiores⁵¹³. Para ello investigará las instituciones y organizaciones que permitieron ese proceso de debate y formación política: los clubes populares, la Guardia Nacional y la prensa. En este punto de su argumentación, Rudé inicia un interesante diálogo con otras disciplinas de las ciencias sociales para profundizar en el problema de las motivaciones. Tomará prestada la noción de “mentalidad colectiva” de su maestro G. Lefebvre, que había estudiado el fenómeno del miedo masivo que sacudió la campaña francesa en los primeros años de la Revolución (Lefebvre, 1932). Para Rudé la “mentalidad colectiva” no era una mera agregación de consciencias *individuales*, sino que se crea por un proceso de “transformaciones” espontáneas provocadas por la experiencia de la penuria económica *compartida*: “es, de hecho, este elemento de mutación o transformación lo que marca la forma típica de la multitud revolucionaria (...) y esta transformación no ocurría por la agitación incansable de los líderes (...) sino por el efecto en el pequeño consumidor del incremento repentino en el precio del pan (Rudé, 1959: 220)⁵¹⁴.

⁵¹² Esta forma de protesta social fue estudiada de forma pionera por Rudé en (Rudé, 1956, 1961b). Agradezco a Florence Gauthier estas dos últimas referencias.

⁵¹³ Según apunta lúcidamente un reseñista de la obra: “[Rudé] no es doctrinario en el uso de la evidencia de la historia económica, y ve que al parecer se necesita algo más que la privación económica o el ‘calambre’ (*cramp*) para generar actividad revolucionaria, incluso si ese algo no es más que las ideas del demente Lord George Gordon. Para este revisor, el Capítulo XIV sobre la generación de actividad revolucionaria, la relación de los líderes con el líder, la organización de estas multitudes, el antiguo problema del grado de espontaneidad, la motivación de las multitudes, todo esto necesita expansión y desarrollo, tal vez una psicología social que de alguna manera sea menos ‘racionalista’ que la que maneja Rudé que generalmente permite una fuerte dependencia de la actividad más racional del hombre, la económica” (Brinton, 1959).

⁵¹⁴ Al final, el economicismo del primer Rudé, por complejo que fuera, parece que no se compadecía bien con el “individualismo metodológico” y a ratos parece acercarse a una postura de “colectivismo

Resulta de particular interés el papel que ocupan las mujeres en su argumento. Paradójicamente, aunque ha señalado repetidas veces el enorme papel que jugaron las mujeres en las *journées* de la Revolución, también ha “despolitizado” su intervención. Junto a Richard Cobb había sostenido (sin dar razones de ello) que la alta presencia de mujeres en estas jornadas era “una prueba más de la primacía del hambre por encima de cualquier otra motivación” (Rudé y Cobb, 1955: 278)⁵¹⁵. En su obra de 1959 el autor nos recuerda que en 1795 la Convención ve interrumpido un discurso de Boissy d’Anglas porque una multitud con gran pesencia femenina entra por la fuerza al grito de: “*Du pain et la Constitution de 1793!*”. La multitud fue disuelta sin mucha dificultad, pero las mujeres consiguieron volver a colarse en la Convención e hicieron que los pocos diputados jacobinos restantes leyeran en voz alta sus demandas: 1) liberar a los presos jacobinos; 2) la vuelta a la Constitución de 1793; 3) nuevos controles para asegurar el suministro barato de recursos básicos (Rudé, 1959: 153). Con este pretexto, Rudé retoma su extraña conclusión:

La policía tenía algo de razón en adscribir el eslogan [“la Constitución de 1793”] como “el alma del movimiento”: sin él el movimiento había estado falto de coherencia e incluso de dirección política (...). Sin embargo, no fue la agitación política sino las dificultades económicas las que fueron **la causa primaria** del movimiento (...). Una indicación segura de que **las bread-and-butter questions ocupaban el lugar principal** en la mente de los insurgentes fue el espectacular papel que tuvieron las mujeres tanto en Germinal como en Prairial (Rudé, 1959: 157. Subrayado nuestro)⁵¹⁶.

metodológico” (para ambas nociones Capítulo 1). Que Rudé se aproximó al colectivismo metodológico parece atestiguarlo esta idea de la “mentalidad colectiva”, o su simpatía con los estudios de Labrousse que correlacionan las subidas de precios y los estallidos de revueltas sociales (siendo aquellas el principal factor causal de estas últimas).

⁵¹⁵ Agradezco a Yannick Bosc esta referencia.

⁵¹⁶ La cuestión del papel de la mujer en la Revolución Francesa es harto compleja y no podemos discutirla con profundidad aquí. La literatura sobre el tema es abundante, pero bástenos señalar que interpretar su presencia como símbolo de la preeminencia de las cuestiones estrechamente económicas es una idea que se acerca poco a la realidad. Recientemente, Florence Gauthier ha recordado el papel esencial de las mujeres que votaban en las asambleas de la democracia comunal durante la Revolución, que tenía antecedentes en las asambleas medievales donde también existió el sufragio femenino (Gauthier, 2014b; para el voto femenino en el referéndum de la Constitución de 1793 véase McPhee, 2013: 143). N.C. Shusterman ha reivindicado el papel de las mujeres anónimas que asistieron *motu proprio* a las gradas de la Asamblea, la Convención o los clubs, jugando un papel esencial en los eventos de la Revolución (Shusterman, 2014). Frente a los repetidos mantras que han intentado ubicar la lucha por los derechos de las mujeres exclusivamente en el bloque girondino o más “moderado” de la Revolución, Peter McPhee ofrece unos cuantos argumentos de interés. En primer lugar, registra el activismo femenino y la organización de sociedades populares de mujeres, así como a las injustamente desconocidas *sans-jupons* y el intento de Pauline León de que las mujeres pudieran participar en la guerra (McPhee, 2013: 103, 114-115). En segundo lugar, recuerda las nuevas leyes de la Convención sobre violencia intrafamiliar, Ley del Divorcio, o el debate sobre la condición de *sui iuris* de la mujer para gestionar autónomamente sus propiedades (posición defendida por Couthon y Demoulins); finalmente señala el papel de la asociación Ciudadanas Republicanas Revolucionarias –que aunaba la lucha por los derechos de las mujeres con el movimiento popular durante la época del Terror– liderada por Claire Lacombe y Pauline León (McPhee, 2013: 167-171). Bien es cierto que durante el gobierno *montagnard* finalmente prevalecieron las opiniones del diputado jacobino Amar, que consiguió que se clausuraran todos los clubs femeninos en octubre de 1793, mientras el órgano del gobierno *La Feuille du salut public* desalentaba a las mujeres a participar en las sociedades populares (McPhee, 2013: 171 y 219). A pesar de todo ello, en la asamblea general de la Comuna de París y en las asambleas de las distintas secciones las mujeres siguieron participando de forma continua (Larne, 2017: 473).

Conclusión

Hemos visto hasta ahora cómo el principal objetivo del historiador británico era responder a la pregunta de cómo y por qué se movilizaron las multitudes del siglo XVIII en Inglaterra y Francia. Y hacerlo de tal manera que se devolviera la *dignidad* a tales individuos, lejos de abstracciones descarnadas, atendiendo a los hombres reales de carne y hueso. Una cuestión que, de forma innovadora, podían rastrearse en los archivos con un nuevo enfoque metodológico (*history from below*). Al mismo tiempo, hemos podido comprobar que de cara a este estudio, Rudé partía de un esquema interpretativo autoconstruido que diferenciaba estrictamente entre las demandas “económicas” (las únicas que podían formular las clases populares de forma *completamente* autónoma) y las demandas “políticas” (formuladas por clases superiores, pero que posteriormente podían ser incorporadas por las clases populares tras un proceso de re-elaboración y reapropiación). Y hemos constatado cómo ambos movimientos teóricos aparecen conectados en la obra de Rudé: clarificar los orígenes sociales de los individuos que formaron parte de estas multitudes rebeldes (poner “rostro a la multitud”) proporcionaba ciertas pistas sobre qué tipo de motivaciones podían movilizarles a la acción social.

Sin duda, el esquema autoconstruido de Rudé puede plantear no solo preguntas sobre su consistencia interna, su arbitrariedad o sus limitados presupuestos psicológicos u ontológicos, sino también abundantes preguntas sobre la interpretación de las fuentes empíricas a las que conduce⁵¹⁷. No es el objetivo de esta investigación el analizar pormenorizadamente cada punto concreto de su investigación. Nos hemos limitado a señalar las principales características de dicho enfoque así como sus puntos de tensión, lo cual nos ha permitido calificarlo, pese al oxímoron aparente, de “economicismo complejo”⁵¹⁸. En el primer Rudé, por tanto, no encontramos un monismo motivacional descarnado, en la medida en que, como hemos visto, comparecen con carácter explicativo otro tipo de motivaciones. Sin embargo, sí puede constatarse una cierta *tendencia* hacia ese monismo, porque al final son las motivaciones estrictamente “económicas” las que consiguen imponerse y prevalecer sobre las demás. Frente a la tendencia al monismo motivacional del primer Rudé, el pluralismo motivacional que adoptará en obras más

⁵¹⁷ Sin ir más lejos: si el hambre era la principal motivación que impulsaba las revueltas de la multitud, ¿por qué los *sans-culottes* se alinearon en defensa de la República de los Termidorianos cuando estallaron las revueltas monárquicas de Vendimiario (4-6 octubre 1795) que amenazaban con acabar con *toda república*? Según su esquema de interpretación, tanto les valía la Constituyente, la Convención o el Directorio, porque el *menu peuple* nunca era el beneficiado de la alta política. Estas revueltas son analizadas por el propio autor (Rudé, 1959: 171), pero no se responde satisfactoriamente a esta cuestión.

⁵¹⁸ La siguiente cita puede servir como una prueba más de nuestra hipótesis: “Sin embargo, debemos evitar la tentación, a la que han sucumbido muchos historiadores, de presentar las insurrecciones populares de la Revolución como **dominadas exclusivamente por consideraciones económicas** de corto plazo –como si cada uno de estos movimientos fuera, en esencia, una ‘movilización por hambre’. Esto está lejos de ser el caso. (...) Merece la pena destacar esto: por un lado, sirve para desaprobar la idea de que el *menu peuple*, por falta de madurez política, estaba presto a seguir el liderazgo de cualquier demagogo sin consideración de sus propios intereses e inclinaciones; por otro lado, muestra que no puede darse una explicación satisfactoria de la participación popular, o de su no participación, sin explicar apropiadamente tanto los factores políticos como los económicos, y que concentrarse exclusivamente en uno con la exclusión del otro provocaría una imagen distorsionada. Sin embargo, **habiendo dicho todo esto, permanece la inevitable conclusión de que el principal y el más constante de los motivos** que movilizó a las multitudes revolucionarias durante este período fue la preocupación por los alimentos suficientes y baratos. Este, más que cualquier otro factor, fue la materia prima sobre la cual se forjó la Revolución popular” (Rudé 1959: 207-208. Subrayado nuestro).

tardías se ofrece como una alternativa más proteica y mejor equipada para dar cuenta de la acción social.

Finalmente, merece la pena destacar una última idea que irá cobrando importancia en obras sucesivas, hasta acabar siendo el “punto de ruptura” de su esquema autoconstreñido en pro de uno más completo y proteico. Se trata, precisamente, de la idea de los “derechos tradicionales” que nos va acercando a la “economía moral” de Thompson:

Los *sans-culottes* intervinieron, no para renovar la sociedad o remodelarla con un patrón nuevo, sino para **reclamar derechos tradicionales** y para mantener estándares que consideraban que estaban en peligro por las innovaciones de los ministros, los capitalistas, los especuladores, los “reformadores” agrícolas o las autoridades municipales. Esta reacción defensiva a los eventos es característica de cada una de las grandes *journées* (...); los asaltos de las bandas de campesinos sobre los castillos de la nobleza y la destrucción de los registros fiscales fueron una respuesta por la fuerza a las innovaciones de los señores feudales, cuya sistematización del contrato feudal y su extensión de las obligaciones señoriales constituían un ataque sobre los tradicionales derechos de propiedad del campesinado (...) ¿y qué eran si no los constantes estallidos de control popular de precios o *taxation populaire*, sino la afirmación del derecho tradicional de los pequeños consumidores a protegerse contra las innovaciones capitalistas del “libre mercado” y los novedosos principios de la oferta y la demanda? (Rudé, 1959: 225-226. Subrayado nuestro).

Por su carácter pionero en la innovadora *history from below*, la publicación de *The Crowd in the French Revolution* tendría una gran influencia en Thompson, que para entonces andaba preparando su propia gran obra: *The Making of the English Working Class*.

5.2.3. Un sujeto popular en transición. Multitudes y clases, o la influencia de Rudé en *The Making of the English Working Class* (1963)

Cuando Thompson planteó su principal problema en *The Making*, este es, la tarea de explicar la (auto) formación de la clase obrera británica como sujeto colectivo en la historia, encontró que era necesario desarrollar categorías de “transición” que capturasen el período en el que la clase empieza a formarse. Y será aquí, precisamente, cuando recurrirá a la obra de George Rudé.

La primera referencia de Thompson a Rudé la encontramos, no obstante, en un artículo político, al calor de los primeros pasos del movimiento de la *New Left*:

A menudo encontramos (notablemente en tiempos de los cartistas) que las tropas de choque más revolucionarias de la clase trabajadora en absoluto eran los proletarios industriales, sino los artesanos bajo presión; mientras que en muchas ciudades, incluyendo las grandes ciudades industriales, el núcleo real del movimiento obrero estaba conformado en su mayoría por artesanos (zapateros, herreros, albañiles, libreros, pequeños comerciantes y similares). Es más, lejos de constituir elementos pequeño burgueses vacilantes, en realidad estaban (como George Rudé los presenta en su estudio *The Crowd in the French Revolution*) entre los participantes más consistentes y más sacrificados del movimiento de la clase trabajadora (Thompson, 2016 [1960]: 398-399).

Esta idea del papel prominente de los artesanos en los conflictos sociales y, en concreto, en el radicalismo de finales del XVIII y principios del XIX, reaparecería desarrollada en la primera parte del *Making*. Thompson señala que los radicales ingleses se parecen mucho al *menu peuple* estudiado por G. Rudé en *The Crowd in French Revolution* (Thompson, 2012 [1963]: 47). La presencia de ideas de Rudé en el *Making* es mucho más profunda. Podemos enumerar algunas:

- El objetivo de contextualizar históricamente para evitar manejar conceptos colectivos (“multitud”) que sean abstracciones desencarnadas es replicada por Thompson para el concepto de “clase social”.
- La idea de que las clases populares se apropian de imaginarios políticos ajenos o formulan demandas en función de su propia experiencia: “Trato de rescatar de la enorme condescendencia de la posteridad al pobre tejedor de medias, al tundidor ludita, al ‘obsoleto’ tejedor en telar manual, al artesano ‘utópico’ e incluso al iluso seguidor de Joanna Southcott (...) ellos vivieron en aquellos tiempos de agudos trastornos sociales y nosotros no. Sus aspiraciones eran válidas **en términos de su propia experiencia**” (Thompson 2012 [1963]: 31. Subrayado nuestro).
- La advertencia hecha por Rudé de usar solo en casos muy precisos, y solo cuando se tenga buena documentación, el término “muchedumbre” (*mob*) entendida como cuadrillas pagadas o manipuladas que responden a intereses externos. Para tratar del motín de finales del XVIII sería mejor, dice Thompson, el término “multitud revolucionaria” (Thompson, 2012 [1963]: 85; repetido en Thompson, 1995 [1991]: 295).
- La idea de la “auto-disciplina” de las multitudes que protestan. Que a pesar de la desesperada situación material (hambre, o amenaza de pasar hambre; explotación laboral; guerra; etc.) las clases populares no se lanzan al saqueo indiscriminado o la venganza sangrienta, sino que eligen cuidadosamente a sus víctimas y atacan sobre todo contra sus propiedades y no contra sus vidas (por ejemplo en Thompson, 2012 [1963]: 88-89, 456-461).
- La cuestión de cómo las multitudes, a medida que van ganando conciencia de sus propios intereses y se autoorganizan –esto es, a medida que van constituyéndose como clase–, van dejando de ser instrumentalizables, fenómeno que ambos autores localizan en Inglaterra a partir de finales del XVIII (Thompson, 2012 [1963]: 102).
- La idea de que el campo de conflicto no puede ser entendido con las categorías modernas del conflicto entre capital y trabajo sino que pueden usarse conceptos más generales como “los ricos” contra “los pobres”, porque eran los conceptos empleados en la propia época, sin que esto exima de un análisis posterior y pormenorizado de la composición social (Thompson, 2012 [1963]: 92; para incorporar esta idea cita explícitamente *Wilkes and Liberty* de Rudé).

El enfoque construido por Rudé fue enormemente influyente en la elaboración del marco general que orientaría la escritura del *Making*. El propio Thompson reconocería que Rudé había sido “el primer pionero en este importante terreno” (Thompson, 2012 [1963]: 92). Sin embargo, Thompson no se limitó a incorporar a-críticamente las lecciones de su compañero. El “economicismo complejo” de Rudé era algo que no se compadecía bien con su propia concepción de la naturaleza humana. Desde sus escritos tempranos Thompson venía poniendo de manifiesto la necesidad de superar la lectura de los motines de subsistencias como una mera cuestión de *bread-and-butter*. Este era un problema que ya había abordado cuando trató de reconstruir la historia del *Independent Labour Party* (Thompson, 1960c). Las diferencias con Rudé no serán solo de enfoque,

algunas también son de contenido. Por ejemplo, en el curso de su argumentación, Thompson acusa a Rudé de haber llevado demasiado lejos sus precauciones sobre la condición de la multitud de no ser instrumentalizable:

El doctor Rudé tiene razón en rescatar a la multitud de Londres de la acusación de ser simples gamberros y “elementos delictivos”; y la distinción que establece, entre los matones contratados reunidos para apoyar al candidato anti-Wilkes, Proctor, y el entusiasmo espontáneo de la mayoría partidaria de Wilkes es importante. Sin embargo, al protestar contra el “prejuicio” de los historiadores, protesta demasiado. Porque la multitud de Londres, de las décadas de 1760 y 1770, apenas había empezado a desarrollar su propia organización o sus líderes; apenas tenía una teoría diferente de la de sus “dirigentes” y en cierto sentido estaba siendo manipulada por Wilkes para “actuar en beneficio de intereses externos” (Thompson 2012 [1963]: 93)⁵¹⁹.

Sin lugar a dudas, la principal diferencia era teórico-metodológica. Thompson no podía aceptar la mentada distinción entre lo “económico” y lo “político”, según la cual la multitud era incapaz de generar ideas políticas propias. En el *Making* manejó una distinción diferente, acuñada para resolver el problema de la “politización”. Si nos preocupa el cambio histórico, dice, debemos prestar atención a las “minorías articuladas”, pero estas siempre “surgen de una mayoría menos articulada cuya conciencia se puede describir, en ese momento [finales del XVIII] como ‘subpolítica’; compuesta de superstición o irreligiosidad pasiva, prejuicio y patriotismo” (Thompson, 2012 [1963]: 77). Llamará a esa conciencia subpolítica “lo inarticulado” o “la configuración de la sensibilidad de los pobres” (Thompson, 2012 [1963]: 142). De forma premonitoria, Thompson estaba adelantando lo que sería su futuro concepto de “economía moral de la multitud”:

En Gran Bretaña, en el siglo XVIII, las acciones de amotinamiento adoptaban dos formas distintas: la de la acción directa más o menos espontánea, y la de la utilización deliberada de la multitud como instrumento de presión, por parte de personas situadas por encima o al margen de ella. La primera no ha recibido la atención que merece. Se fundamentaba en legitimidades populares más articuladas y estaba sancionada por tradiciones más complejas de lo que la palabra “motín” indica (...); estaba legitimada por los principios de una economía moral más antigua: la que establecía la inmoralidad de cualquier método desleal de hacer subir el precio de las provisiones especulando con las necesidades de la población (Thompson, 2012 [1963]: 86)⁵²⁰.

⁵¹⁹ Rudé contestaría a esta objeción en una obra tardía que analizaremos posteriormente: “el mentor de la multitud era siempre el gobierno de la City (...). Pero ¿hasta dónde llegaba la ‘instrucción’? ¿Cuán profunda era la asimilación de las lecciones políticas por parte de las multitudes que, al cambiar las modas, se amotinaron a favor de la causa popular del día? ¿O se trataba sencillamente de ‘chusmas’ que respondían a la manipulación de los intereses de la City? Hago esta pregunta empujado por la acusación de Edward Thompson en el sentido de que he ‘protestado demasiado’ al defender a la multitud londinense o wilkita contra la imputación de que no era más que una chusma integrada por maleantes y ‘elementos criminales’. Thompson cree más bien que la multitud wilkita, aunque indudablemente simpatizaba con Wikes de manera espontánea y no porque le pagase por ello, sabía que su violencia no encontraría oposición, toda vez que actuaba ‘con licencia’ de los magistrados de la City; y que su volubilidad se hizo aún más evidente en los disturbios de Gordon (que tuvieron lugar poco después) donde su comportamiento ambivalente reflejó ‘una mezcla de chusma manipulada y multitud revolucionaria’. Y concluye diciendo que estuvo ‘de hecho, en un punto intermedio en el nacimiento de la conciencia política popular’. Yo no tendría nada que objetar a esta conclusión en su conjunto: después de todo, ese ‘punto intermedio’ no impediría una penetración considerable de ideas políticas. Pero hay que añadir que el resultado de los disturbios de Gordon fue decepcionante, por no decir cosa peor, tanto para la multitud como para su mentor, la City. Ellos mismos reconocieron que la reacción política que provocaron dichos disturbios dio una lección a los radicales” (Rudé, 1981c [1980]: 191-192).

⁵²⁰ John Bohstedt ha datado los primeros motines de subsistencia en Inglaterra en fecha tan lejana como 1347, cuando los amotinados descargaron barcos en los puertos de Bristol o Boston para evitar que se exportara el grano a Gascuña en época de escasez. Solo en el siglo XVIII sería la *taxation populaire* la forma más común del motín de subsistencias (Bohstedt, 1992: 277). Se suele asociar el final de este tipo de

Thompson está lejos del modelo elitista de explicación empleado por Rudé en sus primeras obras. Véase, por ejemplo, su valoración de las revueltas en la Marina inglesa durante las guerras napoleónicas (Spithead y Nore, 1797):

Que la armada inglesa –el instrumento más importante de la expansión europea, y el único escudo entre la Francia Revolucionaria y su mayor rival– proclamase que “por fin se ha restablecido la Era de la Razón” era amenazar con subvertir todo el edificio del poder mundial. Es absurdo argumentar que, como la mayoría de los marineros tenía pocas ideas políticas claras, este fue un asunto circunscrito a las galletas del barco y los atrasos de la paga, y no un movimiento revolucionario. Esto es confundir la naturaleza de las crisis revolucionarias populares, que surgen precisamente de este tipo de conjunción entre los agravios de la mayoría y las aspiraciones articuladas por parte de la minoría con conciencia política (Thompson, 2012 [1963]: 194)⁵²¹.

Por lo tanto, no debe sorprender que llegados a este punto, Thompson remarque sus diferencias con Rudé:

Puesto que el doctor Rudé es el primer pionero en este importante terreno, quizá sea ingrato indicar las deficiencias de su análisis. Pero se debería observar que no muestra interés alguno por la tradición disidente del Londres artesano y muestra poco interés en las sociedades de debate de los clubes y las tabernas que serían los focos intelectuales y de organización para la multitud; tampoco lo muestra por la política subterránea de los vendedores de baladas y los “charlatanes” (Thompson, 2012 [1963]: 94).

Conclusión

La publicación de *The Crowd in the French Revolution* y de *Wilkes and Liberty* influyó, como hemos mostrado, de forma importante en la elaboración del *Making*. Thompson tuvo buena disposición para incorporar parte de la mirada que Rudé tenía sobre el siglo XVIII inglés y particularmente sobre las protestas populares. Pero las diferencias entre ambos son manifiestas. Los “focos intelectuales”, la “política subterránea”, la “tradición disidente”, ... En todo esto la diferencia era enorme. Porque Rudé, en los años que siguen a la publicación del *Making*, no sería ciego a estas diferencias con su compañero del Grupo, y en futuras obras comenzaría una lenta pero clara modificación de sus posiciones previas. En lo que sigue analizaremos cómo ocurrió ese proceso.

5.2.4. Ensanchar los horizontes: *The Crowd in History* (1964)

En 1964 Rudé publicaría la que quizá sea su obra más famosa y reconocida: *The Crowd in History. A Study of Popular Disturbances in France and England, 1730-1848* (Rudé, 1981b [1964]). En la primera parte de la obra Rudé explora diversos fenómenos de protesta popular en Inglaterra y Francia en el siglo XVIII: los disturbios rurales, los disturbios urbanos, el ludismo, la Revolución Francesa, los disturbios de “*Church and King*”⁵²², las revueltas de Capitán Swing y las “*Rebecca's Daughters*”, la Revolución de

protesta con la Revolución industrial y la generalización de las organizaciones proletarias (Rudé, 1981b), aunque Thompson recuerda que hubo *food riots* a comienzos del siglo XIX, y Bohstedt señala que los últimos ecos se percibieron en el norte de Escocia en fecha tan tardía como 1867 e incluso registra incidentes aislados en 1916-1918 (Bohstedt, 1992: 276-277).

⁵²¹ La idea de que las revoluciones solo pueden ser resultado de la mezcla entre ideas poco articuladas e ideas de una minoría más articulada será aprovechada a fondo por Rudé en una obra posterior (Rudé, 1981c [1980]).

⁵²² Si ya en *The Crowd in the French Revolution* Rudé había incluido un capítulo sobre las revueltas realistas de Vendimiaro, ahora el análisis sobre los Gordon Riots y los Church and King Riots mostrarían que su interés como historiador de las multitudes no se reducía exclusivamente a las que pertenecieran al espectro progresista. El punto es importante porque multitud de historiadores que continuaron la estela de Rudé

1848 en Francia y el cartismo en Inglaterra. La segunda parte está dedicada a un intento de destilar los patrones en común de estas revueltas (composición social, motivaciones y formas de protesta) y finalmente a una evaluación de sus éxitos y derrotas. Para su redacción, fueron especialmente influyentes la publicación de *Primitive Rebels* de Hobsbawm en 1959 (Hobsbawm, 1959), y de *The Making of the English Working Class* de Thompson en 1963 (Thompson, 2012 [1963]). Aunque se le acusara de no aportar materiales especialmente nuevos, lo cierto es que Rudé sí que utilizó este libro como una oportunidad para sintetizar y obtener nuevas conclusiones. Como escribió Charles Tilly, reseñando el libro, “la reflexión y la síntesis aportan nuevas evidencias y dan substancia a una serie de ideas que aparecen tan solo como sombras en los trabajos previos del autor” (C. Tilly, 1968: 297). Nos centraremos en concreto en varios puntos que son de especial interés para nuestra argumentación: primero, el análisis de las motivaciones que ofrece una sistematización de elementos que habían estado presentes de forma borrosa en otros trabajos. Segundo, el análisis del impacto de la industrialización en las formas de protesta popular. Ambos puntos son de interés para poder comprender las influencias, pero también las diferencias, entre Rudé y Thompson.

Rudé parece ahora consciente de los peligros de un marxismo “vulgar”:

Para algunos, a los que Marx llamó en su día los defensores de un “materialismo vulgar”, los factores económicos inmediatos parecían la mejor de todas las explicaciones de los levantamientos populares, y cada disturbio casi por definición se convertía en una revuelta por hambre o *émeute de la faim* (Rudé, 1981b [1964]: 215).

De cara a dar cuenta de qué razones impulsaron las acciones de las personas que participaron en las multitudes rebeldes, el historiador aconseja considerar las intenciones declaradas de los agentes implicados. Cuando las personas que participan en los motines de subsistencias asaltan panaderías o mercados podemos asumir, nos dice, que su intención es literalmente lo que dicen (bajar los precios), y no otra cosa. Cuando las multitudes asaltan la Bastilla debemos suponer que lo que querían hacer era precisamente eso: “en la búsqueda de los motivos, debemos, por tanto, no ser demasiado sutiles o retorcidos como para ignorar lo evidente o la intención primaria” (Rudé, 1981b [1964]: 217). Pero dado que los motivos varían no solo de un disturbio a otro, sino entre diferentes grupos sociales que participan en el mismo disturbio, hará falta complejizar más. Por eso, para rastrear las demás causas subyacentes, Rudé propone volver a su vieja distinción entre motivos “económicos” y “políticos”, pero atendiendo especialmente a cómo aparecen asociados, cómo interactúan, etc. (Rudé, 1981b [1964]: 218). Así, analiza cómo los disturbios más puramente económicos a veces aprovechaban ocasiones políticas propicias (como el movimiento campesino durante la Revolución Francesa), y al revés, cómo los disturbios de las ciudades, los más politizados, tenían lugar frecuentemente sobre un telón de fondo de escasez de alimentos e inflación⁵²³.

serían posteriormente acusados de haberse ceñido exclusivamente a las formas de protesta popular con las que simpatizaban, acercándose demasiado a una historia “militante” y poco profesional (Holton, 1978).

⁵²³ Esta distinción sería duramente atacada por algunos de sus críticos (Holton, 1978). Particularmente, para el estudio de la Revolución Francesa, como puso de manifiesto William M. Reddy: “el problema es que permaneceremos irremediablemente confundidos si intentamos imponer categorías ajenas como motivos ‘económicos’ o ‘políticos’ a personas que no separaron claramente tales dimensiones en su propia experiencia o comportamiento. El problema es aún peor cuando lo que estaba en discusión en la Francia del siglo XVIII era si tales dominios de interacción social debían definirse, separarse y recibir una especie de autonomía judicial que nunca antes se había concebido. ¿Debería permitirse que el grano caiga bajo el dominio de las fuerzas puras del intercambio (como recomendaban los defensores del “*gouvernement economique*”) o los controles de mercado deberían limitar la naturaleza de la propiedad en el grano,

Re-politizar al pueblo: en busca de la “economía moral”

Rudé profundizará en sus estudios sobre las formas de politización. Para el caso de las capitales, nos dirá, fueron los órganos municipales de París y de Londres los que, en sus conflictos con los gobiernos centrales, extendieron ideas políticas entre las multitudes. Las ideas de la Ilustración francesa, por ejemplo, se empezaron a extender de este modo, aunque no sería hasta los años de la Revolución que los *sans-culottes* o el *menu peuple* se educaría políticamente en los clubes políticos y en la Guardia Nacional; y en Londres un papel similar jugó la administración municipal agitando políticamente a las masas, como hizo Wilkes, con una retórica que conectaba con las demandas de la *Good Old Cause* de la Revolución Inglesa y las tradiciones del *Freeborn Englishman*. Si en el siglo XVIII la multitud podía parecer “voluble” a las clases dominantes, y por lo mismo, presta a ser manipulada políticamente, a finales de siglo y en las primeras décadas del siglo siguiente, el paso de las lealtades monárquicas al radicalismo democrático se había generalizado en la población industrial inglesa, y pronto lo haría en Francia y otros países (Rudé, 1981b [1964]: 147).

Un momento especialmente importante en este proceso lo encontramos cuando Rudé hace suyas las tesis de Thompson sobre el movimiento obrero como heredero autoconsciente de la tradición republicano-democrática (véase 4.1. en esta tesis):

Las ideas jacobinas sobrevivieron, y encontraron poco a poco una audiencia mayor (...) **la tradición jacobina-radical, enriquecida por las memorias de “Peterloo”, tomó una nueva forma con la aparición de las ideas socialistas** defendidas por Robert Owen y otros. Fue esta mezcla de ideas la que moldeó el pensamiento político de hombres como George Loveless, el sindicalista y mártir de Tolpuddle de 1834, quien, algunos años antes que Marx, escribió que “no se hará nada para aliviar la angustia de las clases trabajadoras, a menos que ellas mismas tomen el asunto en sus propias manos”. Y, en una dimensión mucho más amplia, estas ideas fueron llevadas adelante en la agitación a nivel nacional por la People’s Charter (Rudé, 1981b [1964]: 223. Subrayado nuestro; véase también p.133).

Para Rudé, igual que para Thompson, la década de 1830 supone un punto de ruptura en ese proceso de transformación social y política:

Lo que era nuevo en la década de 1830, siguiendo la experiencia de Julio, fue que los trabajadores estaban empezando a asociarse en grupos propios organizados –ya no simplemente sobre la base de un taller bajo la dirección de los maestros– para tomar parte en los eventos políticos. Los primeros periódicos obreros, el *Journal des Ouvriers*, el *Artisan*, y *Le Peuple*, aparecieron en septiembre de 1830. (...) entre los arrestados en 1832 aparecen varios artesanos y trabajadores cuyos nombres reaparecen en disturbios posteriores (...) [esto] puede parecer algo trivial, pero es un asunto de la mayor importancia: aquí, por primera vez, encontramos a los mismos trabajadores comprometiéndose en manifestaciones políticas sucesivas, demandas salariales apareciendo en la palestra en época de recesión económica, y trabajadores asalariados participando tan fácilmente en eventos políticos como económicos. Esto no había ocurrido en revoluciones precedentes y representa un hito en la historia de la acción y las ideologías de la clase trabajadora (...). [En 1834] la palabra “socialismo” fue usada por primera vez por Pierre Leroux, y las ideas de Babeuf (a través de su discípulo Buonarotti), Blanqui, Barbès, Blanc, Cabet, Proudhon y los sant-simonianos empezaron a circular entre los trabajadores (...); subrayaban la necesidad de una igualdad en la distribución más que una propiedad pública de la riqueza de la nación; pero dirigían sus remedios a una única clase específica, la clase trabajadora, y esto en sí mismo era algo nuevo (Rudé, 1981b [1964] p. 165).

dejándolo como un tipo de materia cuasi pública?” (Reddy, 1977: 71). La crítica de Reddy es especialmente interesante, porque señala que al aceptar la distinción entre “lo político” y “lo económico” Rudé estaba incorporando precisamente un marco conceptual que fue el resultado de la derrota de las luchas democráticas ;con las que él mismo no duda en identificarse!

Llegados a este punto, Rudé abrirá un nuevo campo de preguntas cruciales para nuestro argumento. Una vez ha analizado las motivaciones más evidentes de los movimientos de protesta popular, y una vez ha analizado la extensión de las ideas políticas, ahora propondrá un elemento nuevo sin el cual, nos dice, el conjunto de estos movimientos se volvería ininteligibles. Para tornarlos inteligibles “tenemos que considerar también algunos de los motivos subyacentes y de los mitos y creencias tradicionales –lo que los psicólogos de la multitud y los científicos sociales han llamado creencias ‘fundamentales’ o ‘generalizadas’” (Rudé, 1981b [1964]: 224). Si en obras anteriores había polemizado con los “psicólogos de la multitud”, ahora Rudé inicia un diálogo crítico con la sociología norteamericana: la noción de “creencia generalizada” (*generalized belief*) la toma, justamente, de Neils Smelser⁵²⁴.

Dentro de estos mitos y creencias tradicionales, Rudé comienza por señalar lo que él denomina el “tradicional instinto nivelador” que “impulsa al pobre a buscar un grado de justicia social elemental a costa del rico, los grandes y las autoridades” porque:

Cuando las situaciones duras presionan, o cuando la oportunidad aparece, pequeños granjeros y *freeholders*, campesinos y *cottagers* se ayudan entre sí para recolectar leña y cazar animales de las tierras del señor o del granjero rico y, cuando encuentran resistencia, para asaltar a los guardabosques o quemar los pajares del granjero. Estos crímenes son castigados con dureza por la ley (...) pero no condenados [por la comunidad], como sí lo eran el asesinato o el robo común, por la población rural. (...) Llegados hasta este punto, hace falta decir que el instinto “nivelador” de la multitud puede ser rápidamente aprovechado para una causa radical tanto como para una causa antiradical (Rudé, 1981b [1964]: 225).

La influencia de Thompson en esta noción del “tradicional instinto nivelador” es evidente. Thompson había adelantado su noción de “economía moral de la multitud” en el *Making*, definiéndola como “un denso racimo de derechos y costumbres que se extiende desde los bienes comunales hasta la plaza del mercado y que, tomados en su conjunto, componían el universo económico y cultural de los pobres del campo” (Thompson 2012 [1963]: 245). En este sentido, Rudé complejizó su estudio sobre las motivaciones alimentándose de este concepto de Thompson y de su análisis sobre el fin de la vieja economía moral paternalista:

La vieja legislación protectora contra el cercamiento, el acaparamiento, y la exportación de grano, y las viejas leyes que daban competencias a los magistrados para fijar precios y salarios, fueron rescindidas; y las viejas nociones del precio “justo” y el salario “justo”, impuestas por la autoridad o sancionadas por la costumbre, dieron lugar a las nuevas ideas que prevalecerán sobre los precios y salarios “naturales” en un mercado libremente competitivo. La transformación se extendió durante 150 años y siguió un curso parecido en Inglaterra y Francia. En Inglaterra comenzó antes, pero en Francia recibió un impulso fuerte en la década de 1760 y 1770 y con la legislación de la Revolución. En ambos países, el proceso se había prácticamente completado para 1800, aunque en ambos permanecían residuos de las prácticas antiguas: en Francia, en la supervivencia de muchas tradiciones colectivas en las aldeas; en Inglaterra, en el sistema *Speenhamland*, por el cual los salarios agrícolas siguieron siendo financiados por las parroquias pobres hasta 1830 (Rudé, 1981b [1964]: 226).

⁵²⁴ “Asistí a un curso de lecturas básicas en sociología (...) y saqué bastante provecho de leer la obra de Neil Smelser, *Teoría del comportamiento colectivo*” (Rudé, 2001 [1970]: 114). Como ya vimos, también Thompson tomaría como referente polémico a Talcott Parsons y a Neils Smelser en el *Making*. Rudé entabla diálogo con ellos, pero discute sobre todo su idea de que el conflicto social perturba el deseable equilibrio. Es evidente que para Rudé el conflicto social estaba considerado como algo *fundamental* para la democracia, y que históricamente había sido el método principal de conquista de derechos (Rudé, 1970: 190-191).

De forma parecida, Rudé cita a Thompson para recuperar el papel que jugaron las ideas tradicionales y fuertemente arraigadas sobre las libertades inglesas que, desde el mito del *Norman Yoke* (Hill, 1954), “estaban profundamente arraigadas y llevaban estándolo desde los conflictos sociales y religiosos de los siglos XVI y XVII” (Rudé, 1981b [1964]: 229). Por último, menciona las ideas milenaristas o religiosas que ocuparon un lugar no menor en los disturbios populares, motivaciones que aparecerían conjuntamente con las económicas y que estaban “desconcertantemente entretejidas” (Rudé, 1981b [1964]: 232). El esquema comenzaba a recomponerse.

La Revolución Industrial, ¿condena a muerte de la “economía moral” de la multitud?

Es importante destacar un punto de divergencia entre ambos historiadores respecto a la noción de “economía moral”. Analizando las formas en las que se resistieron los procesos de innovación capitalista (cercamientos, desregulación de precios, introducción de maquinaria, desregulación de la fuerza de trabajo, etc.) en nombre de la costumbre y de los “precios justos” o los salarios “naturales”⁵²⁵, Rudé considera que los rebeldes estaban atrapados en un intento por retornar a un pasado que nunca podría volver: “una consecuencia de todo esto fue que profundizó el abismo entre la multitud rebelde que clamaba por la vuelta a las viejas costumbres y **tenía la vista puesta en el pasado**, y la clase media reformista, radical o revolucionaria y la aristocracia liberal” (Rudé, 1981b [1964]: 227. Subrayado nuestro)⁵²⁶.

Por el contrario, para Thompson era fundamental destacar que la economía moral había sobrevivido bajo formas nuevas en los principios y las instituciones del movimiento obrero, y que incluso tenía repercusiones en las batallas de su propio momento, como la huelga de mineros de 1844 o las luchas contra el desarrollismo en África y Asia (véase la discusión en el Capítulo 4). Thompson también recupera la “lógica” soterrada que informa los motines y las protestas populares, pero lo hace de una manera diferente a Rudé. Esta lógica no era autoevidente, porque, sostiene Thompson, en sus formas la cultura plebeya era conservadora (para legitimarse apela a los usos tradicionales inmemoriales, al *Book of Orders*, al Estatuto de Artífices, etc.) e irracional (no apela a la “razón” por el discurso sino que impone sus sanciones por la fuerza, la intimidación, el ridículo). Y, sin embargo, en su contenido era una cultura rebelde (resistente a la mercantilización de las relaciones capitalistas en expansión) y racional (siguiendo una lógica garantista de derechos que sostiene una concepción exigente de las libertades y llega incluso a la formulación de “**nuevos derechos**”, véase Thompson 1993 [1991]: 13, 21-22). Thompson no condena al ostracismo estas revueltas porque en apariencia

⁵²⁵ Rudé señala repetidas veces la dimensión normativa a la que apelaban los participantes en los disturbios de la época, que estaban tan convencidos de que sus acciones eran “justas” que en repetidas ocasiones exigían a sus víctimas el pago de sumas monetarias para compensar un esfuerzo que entendían como un deber público. Así, los rebeldes de Swing cobraban a los propietarios de las máquinas que destruían un “impuesto” para compensar el esfuerzo que implicaba ¡el romper sus propias máquinas! En los Gordon Riots se recolectó dinero para “la pobre Multitud” que había protagonizado esos disturbios. Y las Masacres de Septiembre de 1792 en la Revolución Francesa se cobraron su recompensa en términos de bebidas y comida (Rudé, 1981a [1964]: 227).

⁵²⁶ Aunque posteriormente Rudé considerará la Ley del Maximum como una excepción a esta regla general, el ciclo de protesta de la *Guerre des Farines* sí será contemplado como *backward looking*. Para una visión alternativa, Guy-Robert Ikni, Florence Gauthier o Cynthia Bouton señalaron que constituyó una defensa colectiva de la independencia que de alguna manera anticiparía los programas políticos de 1789 (citado en Bohstedt, 1992: 279).

reclamasen “derechos tradicionales”, sino que analiza los diferentes escenarios posibles que se enfrentan encarnizadamente en estos conflictos⁵²⁷.

¿Por qué, entonces, condenaba Rudé a la desaparición a la economía moral? La causa era, sostuvo, la Revolución industrial:

En la sociedad industrial, los disturbios que tienen más tendencia a ser históricamente significativos toman la forma de huelgas y otras disputas laborales, o mítines públicos de masas y manifestaciones dirigidas por organizaciones políticas; sus objetivos tienden a estar bien definidos (aunque de ningún modo siempre lo son), a mirar “hacia el futuro (...); y los participantes tienden a ser, excepto en las comunidades campesinas, trabajadores asalariados o industriales (Rudé, 1981b [1964]: 5).

La transformación en la estructura de la propiedad que trajo la Revolución Industrial, así como la aparición del movimiento obrero y las primeras teorías socialistas (con sus organizaciones de masas sindicales y partidistas estables, y sus líderes públicos) marcaban **un punto de no retorno**. En una obra posterior (Rudé, 1978b [1970]: 18 y ss) llevará más lejos esta distinción y clasificará las principales características de las formas de protesta social preindustriales:

- i) *Acción directa con frecuentes dosis de violencia contra la propiedad pero no contra las personas físicas* (motines de subsistencia con tasaciones populares de precios, incendios y destrucción de maquinaria como formas de negociación colectiva coercitiva, derribo de cercamientos y de peajes, etc.)⁵²⁸;
- ii) *Espontaneidad relativa* (una agitación que comenzaba por un tema de menor alcance se transformaba rápidamente en una revuelta masiva, y no seguían patrones cuidadosamente planificados)⁵²⁹;
- iii) *Composición social heterogénea* (y no fácilmente reducible a un antagonismo de clases sociales entendidas en un sentido puramente *ocupacional*);
- iv) *Liderazgos “prestados”* (líderes provenientes de clases sociales superiores; y en caso de tener líderes propios, solían ser anónimos y su liderazgo tenía escasa duración);

⁵²⁷ La literatura sobre el concepto de “economía moral” es ya inabarcable, aunque han existido buenas discusiones de su potencial analítico y vigencia (Arnold, 2001; Fox-Genovese, 1973; Gauthier, 2014a; Götz, 2015; Palomera y Vetta, 2016; Sayer, 2000; J. Stevenson, 1985). Algunos investigadores han querido llevar el concepto al estudio del Estado de Bienestar (Kohli, 1987; Mau, 2003). Otros han aplicado el concepto para comprender conflictos recientes (Dogan, 2010; Hayat, 2019; Martínez-Cava y Martínez, 2020).

⁵²⁸ En su esfuerzo por dar inteligibilidad a los sucesos históricos que tradicionalmente se habían considerado como puros actos de irracionalidad caótica, Rudé relaciona el uso de la violencia con: (i) la influencia que ejercían las costumbres punitivas brutales de la propia clase dominante sobre la mentalidad popular (embruteciéndola); (ii) la falta de otra alternativa eficaz cuando el sufragio era censitario y la asociación era ilegal, y especialmente en pequeñas ciudades y en el campo donde las peticiones presentadas al Parlamento o las marchas pacíficas no tenían lugar o no tenían resultados: “de modo que, para las masas, la forma de acción más clara y eficaz, en tiempos duros o de conflicto, era la de tomarse la justicia por su mano (como en los motines de subsistencia) y atacar al patrono por donde más le doliera: en su casa, su fábrica, su mina o su maquinaria” (Rudé, 1978b [1970]: 26).

⁵²⁹ Este sería otro argumento que utilizaría Rudé para desmentir la interpretación conservadora de los disturbios populares como “conspiraciones” planificadas (Rudé, 1981a [1964]: 244).

- v) *Motivaciones ancladas especialmente en el “miedo al hambre”* (más que el hambre misma) y *ligadas a legitimidades tradicionales que miraban “hacia el pasado”* (reestablecimiento de derechos perdidos, del precio “justo”, del salario “justo”, de las libertades “naturales” etc.), como opuestas al desarrollo innovador del capitalismo.

En *The Crowd in History* quedaban todavía, de alguna manera, vestigios de lo que Thompson denominó una lectura “hidráulica” de la Revolución industrial, lectura según la cual esta revolución engendraría por sí sola a la clase obrera moderna y a su rival la burguesía, marcando un punto de ruptura y no retorno con poca (o ninguna) continuidad con la etapa anterior. Un reseñista de la obra, señalando que la obra expresaría una idea parecida de la siguiente manera:

También es posible que si Rudé hubiera prestado más atención al contexto institucional de los disturbios en los dos países, su distinción entre la protesta social industrial y preindustrial caería por su propio peso o tendría que ser revisada seriamente. Nunca discute realmente la distinción; la da por sentada. Quizás es una distinción correcta, aunque la línea divisoria parece peligrosamente elástica (Webb, 1965: 162)⁵³⁰.

El propio Thompson, en un artículo titulado “History from below” publicado en el *Times Literary Supplement* (1966), hará referencia a esta obra de Rudé en términos bastante críticos:

Los historiadores ingleses están aprendiendo de los franceses historiografía y técnicas para el análisis de los desórdenes, y tienen la suerte de disponer de Rudé y de Richard Cobb como intérpretes. (Hay que decir, de todos modos, que el estudio comparado es decepcionante si se avanza con rapidez excesiva: frecuentemente las semejanzas surgen de la historia, mientras que las diferencias solo salen a la luz tras atenta investigación; y varios de los capítulos ingleses del popular *The Crowd in History* de Rudé –sobre el ludismo, sobre el cartismo e incluso sobre los desórdenes ingleses debidos a las subsistencias– están basados en investigaciones deficientes para las elevadas exigencias instauradas por él mismo (Thompson, 2000b [1966]: 556).

El sociólogo Charles Tilly, admirador de Rudé, sería también crítico con su método:

El problema no es que Rudé vea tales eventos como espasmos, sino que su método –la presentación de una larga serie de eventos violentos– hace que sea difícil ver cómo encajan en la vida local, del mes o del año. Como resultado, seguimos confundidos sobre el efecto acumulativo de la “negociación colectiva por disturbios” en cualquier centro industrial en particular, tendemos a pasar por alto la regularidad con que la convergencia de problemas de orden público y de suministros de alimentos derrocó a los gobiernos municipales durante los primeros años de la Revolución francesa, y no logramos obtener la sensación de esa conciencia de clase emergente que la explicación más continua de Thompson comunica de forma tan vívida (C. Tilly, 1968: 301).

Por mor de ser justos con Rudé debemos indicar, primero, que él mismo era consciente de los límites de su ambiciosa empresa⁵³¹. Y, segundo, que la propia manera en la que articula la distinción preindustrial/industrial vuelve a presentarse bajo la forma de una

⁵³⁰ El profesor Cohn ha mostrado recientemente un considerable número de ejemplos de hambrunas en el siglo XIV que no fueron seguidas por revueltas, mientras que las décadas precedentes habían sido espoleadas por multitud de revueltas que desafían la distinción rígida entre pre-industrial e industrial manejada por Rudé (Cohn, 2007).

⁵³¹ “Mi obra anterior publicada no había ido más allá del siglo XVIII y era necesario (...) extender el ámbito temporal hasta 1848 (...). Aquí tuve la desventaja de no serme familiar el terreno, de haber hecho únicamente un trabajo preparatorio a partir de retazos de 1830 y de 1848 y de verme obligado a completar las piezas que faltaban, en ausencia de trabajos recientes (...) bien haciendo uso de reportajes periodísticos, bien basándome en trabajos (a veces obsoletos) de otros autores” (Rudé, 2001 [1970]: 113).

tensión no resuelta. Porque, por un lado, parece que Rudé sentencia a muerte la vieja economía moral a partir de 1830. Pero, por otro lado, parece reconocer la mutabilidad de esa vieja economía moral en las nuevas formas de legitimación y protesta que irá adquiriendo el nuevo movimiento obrero:

muchas de las viejas ideas que miraban hacia el pasado persistieron y las viejas formas continuaron codeándose con las nuevas. Es más, las **creencias tradicionales podrían, en vez de abandonarse, transformarse y adaptarse a las nuevas necesidades**: en este sentido, no hay una desviación radical del viejo anhelo de “protección” en el ideal socialista de una sociedad más plenamente colectivista (Rudé, 1981b [1964]: 233-234. Subrayado nuestro).

Conclusión

En suma, a medida que ampliaba su campo de estudios e incorporaba nuevas interpretaciones (particularmente la de Thompson), Rudé parece haber ido relegando su “economicismo complejo”. El cambio no estaba todavía consumado y se presenta más bien como una cuestión de énfasis, siempre bajo la forma de una tensión interna no resuelta.

En la reedición de *The Crowd in History* que apareció en 1981, Rudé recoge honradamente varias críticas que recibió su obra, matiza algunas opiniones e incluso cambia de opinión en otras. Aparecen repetidas referencias a Thompson (Rudé, 1981b [1964]: 38, 92, 148, 149, 220, 223). Una de ellas merece una especial mención porque nos pone sobre la pista de la importancia que concedió el propio Rudé a su lectura de aquel. En el capítulo que había dedicado al ludismo, Rudé sostenía que “incluso si el ludismo tuvo tales trasfondos políticos ocasionales, sin embargo, estos fueron intrusivos más que intrínsecos a un movimiento cuyos objetivos principales eran prevenir el uso de maquinaria o sencillamente coaccionar a sus empleadores” (Rudé, 1981b [1964]: 90). Sin embargo, en la reedición aparece una nota al pie complementando este párrafo: “Esta visión ya no puede sostenerse desde que Thompson [en *The Making*] dedicara un largo capítulo para establecer la continuidad entre el ludismo y las ‘conspiraciones’ políticas anteriores en las que los trabajadores estuvieron implicados” (Rudé, 1981b [1964]: 92).

Un mayor énfasis en la complejidad de los motivos, que, respecto a obras anteriores, reduce la importancia de la “escasez del pan”. No por casualidad el historiador y periodista A. J. P. Tylor escribiría sobre *The Crowd in History* algo que difícilmente podría haberse escrito sobre sus obras anteriores: “trajo de vuelta **la mente** a la historia y devolvió la dignidad al Hombre” (citado en Hobsbawm, 1993; subrayado nuestro).

5.2.5. La “nueva historia social”: *The Mass Portrait Gallery* (1967) y *Capitán Swing* (1968)

Algunas cuestiones sobre la “nueva historia social”

El 2 de febrero de 1967 Rudé participó en un programa radiofónico de la BBC en el que realizó una intervención larga y distendida con el título *The Mass Portrait Gallery*⁵³². La transcripción del programa constituye un texto especialmente significativo para comprender el pensamiento de este historiador que, sin embargo, ha recibido poca

⁵³² Agradezco a Zoe Thomas, asistente del archivo de la BBC, el haberme facilitado el acceso a la transcripción de dicha intervención, que no se encuentra disponible online.

atención de la comunidad académica. Su importancia viene justificada por su propio tema: se trata de uno de los poquísimos lugares en los que el autor se embarca en una reflexión sobre su propio tiempo histórico y sobre las condiciones de su disciplina académica⁵³³.

En su intervención locutada, Rudé señala la importancia de la “nueva historia social” que, desde G. Lefebvre:

Ha centrado su atención en las personas sin rostro y sin nombre de la historia y, bajo su influencia, ha comenzado a aparecer el hombre común como una figura histórica de propio derecho (...) el hombre común está empezando a emerger de las sombras y tomar forma, ya no más como parte de una masa inerte y dócil, como carne de cañón o ganado obediente, sino como un agente activo en el proceso histórico. Así es como aparece en toda una serie de obras recientes a ambos lados del Atlántico: en el estudio de A. Soboul de los *sans-culottes* parisinos durante la Revolución Francesa, en *The Making of the English Working Class* de E. P. Thompson, en *Primitive Rebels* y *Labouring Men* de Hobsbawm, y en el trabajo de una serie de académicos norteamericanos sobre las revoluciones francesas del siglo XIX (Rudé, 1967: 1).

Por un lado, “a medida que las ideas liberales y democráticas –y posteriormente las socialistas– ganaron terreno, fueron acompañadas por una creencia cada vez más grande en la dignidad de la gente común y la dignidad del trabajo humano” (Rudé, 1967: 2). Por otro lado, se dieron factores como la tendencia a sacar de las sombras la potencia de los olvidados responde también a corrientes de fondo más profundas. La extensión de los “tentáculos del Estado” que dejaron de considerar a los humanos como “cifras sin nombre” para comenzarlos a registrar, meter en listas, en censos, en listas de voto, en cartillas de racionamiento durante las guerras, etc. La investigación para el entretenimiento de masas y el mercado de consumo, junto con las necesidades de los partidos políticos de masas, habrían tendido así a dar una identidad a los hombres y mujeres que permanecían hasta ahora sin nombre.

Los primeros historiadores ingleses en empezar a sacar partido a esta macrotendencia histórica serían los especialistas en la historia del movimiento obrero (los Hammond y los Webb; la historia social de G. M. Trevelyan, el método estructural de Sir Lewis Namier, etc.). Pero, como tuvimos ocasión de ver en el Capítulo 3, la mayor parte de esta historia, ya fuera “económica”, “social” o “sindical”, habría estado ocupada con instituciones y organizaciones, o con industrias y lugares, más que con las personas: “y allá donde el hombre corriente ha sido colocado en el centro del cuadro, ha tendido a ser subsumido en el colectivo –la clase social, el sindicato, la fábrica o la organización política, o como una parte sin rostro y a menudo pasiva de la ‘masa’” (Rudé, 1967: 4).

Por lo tanto “el pueblo”, “la multitud” o las “clases trabajadoras” habían tendido a permanecer como abstracciones vistas “desde arriba”: desde el punto de vista del informe parlamentario, de la sede del partido político, del comité del sindicato, o del despacho del editor de periódicos. Solo desde los años 30, como momento fundacional de esa “nueva historia social”, se habría llevado a cabo un gran esfuerzo para “poner carne y hueso a las abstracciones” [*bring the abstraction to life*] con nuevas preguntas y creando un enfoque “desde abajo”. Sería una nueva generación de historiadores (en Francia: Lefebvre y Soboul; en Inglaterra: Hill, Hobsbawm, Thompson) la que ofrecería nuevas soluciones a este problema.

⁵³³ Algunas opiniones muy similares a las que expresó Rudé aquí se pueden encontrar en un texto de Hobsbawm publicado más de 20 años después (Hobsbawm, 1988).

Ahora bien, ¿por qué habría tardado tanto en desarrollarse este tipo de historia? Rudé avanza una explicación de especial interés cuando sostiene que una cosa es preguntar nuevas preguntas y otra es poder disponer de los medios para responderlas. El historiador es “prisionero de sus fuentes”, y estas no las ha recogido él mismo sino las generaciones anteriores. En este sentido, no es asunto menor que el Estado no fuera tan abarcante en períodos anteriores, ni que los pobres (*common people*) no dejaran registros escritos (generalmente sabemos de ellos solo cuando tienen problemas y son llevados ante la policía o los tribunales). Por eso Francia representa un lugar excepcional para el historiador, porque desde la Revolución Francesa se lleva a cabo un registro sistemático y ordenado de los eventos y documentos públicos. Considerando lo anterior, nos dice Rudé, “no es casualidad que fuera en la Revolución francesa, con su multiplicidad de ‘registros’ populares, donde tuviera lugar el primer punto de ruptura que dio lugar al tipo de historia que he estado describiendo” (Rudé, 1967: 8)⁵³⁴.

Sin embargo, no bastaba con la disponibilidad de las fuentes. Hacían falta nuevas preguntas, una nueva manera de mirar el pasado. Como hemos visto hasta ahora, el Rudé que escribe y locuta este programa en 1967 ha ido complejizando su enfoque (particularmente en el terreno de la cuestión de las motivaciones, como ya vimos). Ahora, en esta reflexión, volverá a hacer explícita su deuda con Thompson:

Sin embargo, es cierto que los nuevos escritos sobre historia popular han estado casi exclusivamente centrados en disturbios y rebeliones, huelgas y períodos de intensa fermentación social; esto es así porque es en tales momentos donde los archivos se han mostrado más fructíferos y reveladores. Pero Edward Thompson, por su parte, ha sugerido nuevas formas de mirar a la “historia desde abajo” que pueden ser más apropiadas para los tiempos socialmente pacíficos; como cuando discute sobre el folclore, las tradiciones y las creencias heredadas que jugaron un papel enorme en el “making” de la clase obrera inglesa (...). Así que podemos aprender algo de las ideas y las motivaciones cotidianas del hombre común de hace 120 o 150 años (Rudé, 1967: 9)⁵³⁵.

Esta perspectiva innovadora, junto con los nuevos e importantes desarrollos tecnológicos que facilitan las tareas investigadoras (como los computadores), habrían hecho emerger la posibilidad de construir la historia de la gente común de hoy en día desde una gigantesca galería de retratos de historias individuales (*a vast portrait-gallery of individual case-histories*), tarea para la cual “el historiador y el sociólogo del futuro no podrán ya permitirse más el lujo de vivir el uno aislado del otro” (Rudé, 1967: 10).

Para finalizar su programa, Rudé muestra una autoconsciencia de la dimensión política de su propia subdisciplina (en línea con sus colegas del Grupo), y nos pone de nuevo sobre la pista de las estrechas relaciones entre su quehacer profesional y su mirada política sobre la realidad social:

¿Cambiará esta visión del hombre en la sociedad – como parte de la masa, pero ya no perdido en la multitud – las relaciones con sus propios allegados, y por lo tanto esto tendrá un efecto de vuelta sobre el curso futuro de la historia? ¿Podría esta historia influenciar en la actitud de los gobiernos y

⁵³⁴ En la adenda que pone fin a este capítulo tendremos la ocasión de calibrar los enfoques de esta nueva historia social en los estudios sobre la Revolución francesa.

⁵³⁵ Algo que no todos los críticos de Thompson tuvieron en cuenta. En *Costumbres en común* Thompson explica cómo un autor le reprochó que en su artículo “La economía moral de la multitud” (1971) había empleado un concepto de “multitud” exclusivamente centrado en los disturbios. Le responde en el capítulo titulado “La economía moral revisada”: “[Mi ensayo] no trataba de todas las clases de multitud y un lector tendría que ser extraordinariamente obtuso para suponerlo [sigue en nota al pie]. Seguí el ejemplo de George Rudé y Eric Hobsbawm al preferir el término ‘multitud’ (*crowd*) a la palabra despectiva ‘chusma’ (*mob*) que habían utilizado algunos historiadores anteriores. Nadie supuso jamás que todas las multitudes fuesen tumultuosas” (Thompson, 1995 [1991]: 295).

los gobernantes hacia los gobernados, y podría el Gran Hombre sentirse impelido a ver sus colegas mortales como compañeros en una tarea común más que como un dócil rebaño de corderos o como unos niños necesitados del cuidado de sus padres? (Rudé, 1967: 10).

Capitán Swing: un clásico de historia social

Tan solo dos años más tarde a la emisión del programa de radio en la BBC, Rudé publicaría junto a Hobsbawm *Captain Swing*, considerado uno de los libros más representativos de esa “nueva historia social” (González, 2013)⁵³⁶. Podemos considerar esta obra un paso más en esa operación de Rudé por “ensanchar” sus supuestos metodológicos y su concepción de la naturaleza humana, porque en ella Rudé desvía su atención de su clásico objeto de estudio (las multitudes urbanas en las capitales de Francia e Inglaterra) para estudiar las revueltas rurales de la década de 1830 en Inglaterra, esto es, un movimiento protagonizado en su mayoría por personas analfabetas, que estuvo *casi* totalmente desconectado de la agitación radical de las ciudades⁵³⁷. Por lo tanto, sus elementos “políticos” tenían que ser estudiados no ya a través de los “órganos intermedios” (Parlamentos) o las nuevas ideas de la clase media pujante –que, recordemos, eran el factor *politizador* por excelencia en sus anteriores explicaciones– sino que tendrán que ser explicados *a partir de sí mismos*, bajo lo que Thompson llamó posteriormente la “retórica de la costumbre” (Thompson, 1995 [1991])⁵³⁸, para

⁵³⁶ Thompson hará uso de esta obra en su artículo “El delito de anonimato” (Thompson 1984 [1975]: 209).

⁵³⁷ Según Román Miguel González, el proceso de aprendizaje entre los historiadores fue recíproco, porque Hobsbawm se libró de ciertas “ataduras teóricas” (ligadas al modelo base-superestructura) y emprendió una “apertura reflexiva”, revisando su enfoque sobre la agencia de los sujetos históricos, gracias a la lectura de Thompson y de Rudé (González, 2013: 14).

⁵³⁸ Es significativo, sin embargo, que en *Capitán Swing* no se cita ni una sola vez a Thompson. Su influencia es tácita y cualquier observador atento puede percibirla. Sin embargo, esa omisión –importante dado que, como vimos, Rudé venía reconociendo tanto en Lefebvre, Soboul y Hobsbawm como en Thompson a sus principales compañeros en esa “nueva historia social”– podría interpretarse como una muestra de que para Rudé la obra de Hobsbawm fue casi tan influyente como la de Thompson, aunque Rudé reconocería que “la mayor contribución a esta ‘nueva’ historia sin duda ha sido la de Edward Thompson” (Rudé, 2001 [1983]: 97). Una comparativa, y análisis de influencias mutuas, entre Hobsbawm y Thompson puede verse en (Erice, 2013). Pero hemos soltado una liebre que no podemos perseguir aquí. En cualquier caso, *Captain Swing* puede interpretarse como un intento de Hobsbawm y Rudé por abordar un terreno especialmente difícil y poco documentado como fueron las revueltas agrarias, y hacerlo de tal manera que se explicase el fracaso de su constitución como *clase* hasta el último tercio del siglo XIX. En este sentido, sería algo así como el contra-*Making*: si Thompson había conseguido explicar el proceso de formación de la clase obrera inglesa, Rudé y Hobsbawm podrían explicar complementariamente por qué el trabajador pobre rural se quedó fuera de ese proceso hasta más de un siglo después: “Todo conspiraba para empobrecerlos y desmoralizarlos. Perdieron los escasos derechos y seguridades que tenían, y no ganaron en cambio ni siquiera la esperanza teórica que el capitalismo ofrecía al trabajador urbano: la igualdad legal de derechos dentro de la sociedad liberal, la posibilidad de dejar de ser un proletario. En cambio, se cernió sobre ellos otra jerarquía menos humana y más desigual: el arrendatario que les hablaba como un gran hacendado, el gran hacendado que les mandaba en busca de perdices y liebres, la conspiración colectiva de los ricos aldeanos, de cuyo capricho dependía su subsistencia, y que les quitaban sus tierras comunales dándoles a cambio su caridad en precio de su servilismo. Ni siquiera vendieron sus derechos por un plato de comida. Simplemente los perdieron. Fueron ellos y solo ellos quienes pagaron por la incapacidad de la sociedad rural inglesa para combinar tradición y capitalismo, porque no obtuvieron los beneficios de una ni de otro. Tironeados entre la pauperización de una economía de mercado caricaturesca y la opresión social de aquellos que se enriquecían a su costa, los trabajadores rurales carecieron hasta del único verdadero recurso de los trabajadores ingleses pobres: **la capacidad de constituirse en clase y de luchar colectivamente como tal. Este libro es, en cierto sentido, la historia de su intento de hacerlo y –al menos durante la primera mitad del siglo XIX– de su fracaso** (Rudé y Hobsbawm, 1978 [1969]: 57. Subrayado nuestro). De la misma forma que Thompson había mapeado los lazos entre el primer movimiento obrero inglés del XIX y los restos del radicalismo democrático del XVIII, la obra de Rudé y Hobsbawm rastrea tentativamente los “hilos perdidos” entre el movimiento obrero rural del último tercio del siglo XIX y su

posteriormente analizar –si es que las hubiera– las influencias del radicalismo democrático.

La obra se divide en 15 capítulos, de los cuales Hobsbawm y Rudé se repartieron como sigue: Hobsbawm escribió 1-4, 9 y 15. Rudé 5-8 y 10-14. A pesar de esta división de tareas, los autores nos advierten desde el comienzo que “ambos colaboramos estrechamente tanto en el plan como en la redacción de la obra. Se trata estrictamente de una empresa conjunta y no meramente de la yuxtaposición de dos series de capítulos escritos por dos autores que trabajaron independientemente” (Rudé y Hobsbawm, 1978 [1969]: 9)⁵³⁹. Desde el prólogo podemos percibir de nuevo algunos de los hitos clave que hemos venido analizando como la importancia de lo que llamaba las “creencias generalizadas” y su carácter anticuado u orientado al pasado (*backward*):

El objetivo de estos movimientos no era revolucionario. Su propósito inmediato era económico (...) cuando la exigencia casi universal era en el sentido de salarios más altos, de mejor empleo y/o de mejoras en el sistema de seguridad social (es decir, la Ley de Pobres) (...). Pero por lo menos hasta 1830, y quizás hasta 1834-35, detrás de estas exigencias inmediatas y virtualmente gremialistas, había un objetivo más amplio: **la defensa de los derechos consuetudinarios de los pobres rurales como ingleses libres y la restauración del orden social estable** que hasta entonces, o al menos así parecía en una visión retrospectiva, los había protegido. Era este un objetivo que los trabajadores compartían con otros estratos de la sociedad rural y que dio al levantamiento de 1830, en algunos condados, un cierto aire de manifiesto general del condado [rural] contra la ciudad, del pasado contra el futuro (Rudé y Hobsbawm, 1978 [1969]: 17. Subrayado nuestro).

En este sentido, el libro concedió una importancia esencial a las tradiciones y el “universo mental”, desmarcándose así de las lecturas “espasmódicas” (*véase supra*) de los disturbios populares:

Había, como hemos visto, multitud de causas que justificaban la inquietud de los trabajadores, y por cierto es difícil imaginar que hubiesen podido no rebelarse. No obstante, las causas no son lo mismo que los actos. Los seres humanos no reaccionan ante el aguijón del hambre y la opresión según cierta pauta automática de respuesta que los lleva a rebelarse. Lo que hacen, o lo que no hacen, depende de su situación entre los otros seres humanos, de su medio ambiente, cultura, tradición y experiencia (Rudé y Hobsbawm, 1978 [1969]: 61).

El problema de la influencia de las ideas políticas del radicalismo de las ciudades atraviesa toda la obra. Rudé y Hobsbawm muestran que, mientras que las revueltas fueron esencialmente un fenómeno local y rural, son inexplicables sin la “influencia indirecta” de los eventos políticos que les sirvieron de contexto (revoluciones en Francia y Bélgica, agitación política en Inglaterra, etc.) y del papel de los artesanos ilustrados que difundirían

precedente en las revueltas de Swing, encontrándolos en las sociedades de socorro mutuo y las sectas disidentes que jugaron un papel ambivalente respecto a la movilización popular (Rudé y Hobsbawm, 1978 [1969]: 325).

⁵³⁹ Pese a esta apreciación resulta pertinente seguir analizando los capítulos en función de su autoría. Y al hacerlo, descubrimos algunas novedades de Rudé respecto a obras anteriores: en comparación con aquellas, ahora se recogen muchos **más testimonios subjetivos** donde se ve la opinión de magistrados, de testigos de los eventos, de los propios afectados, las cartas amenazadoras firmadas por Swing, las órdenes de arresto, los carteles recomendando subir salarios y no usar más máquinas, los carteles ofreciendo recompensa por encontrar a los culpables, etc. A pesar de ello, su actitud hacia los testimonios subjetivos era ambigua, como se puede ver en una reflexión metodológica realizada en 1970 donde consideraba las fuentes subjetivas como “referencias más tendenciosas y subjetivas” a las que “tuve que acudir” para “rellenar los huecos” allá donde las fuentes más “objetivas” no llegaban (Rudé, 1978b [1970]: 10). Este mayor uso de fuentes subjetivas irá creciendo con el paso del tiempo, hasta incluir, en sus obras finales, fuentes de la literatura (ver, por ejemplo: Rudé, 1988b: 180). El contraste con Thompson, que venía de una familia donde la literatura se consideraba (entre otras cosas) un recurso cognitivo de acceso al mundo, es evidente.

sus ideas democráticas en las comunidades rurales (Rudé y Hobsbawm, 1978 [1969]: 20, 71, 96, 110-111, 207).

“Prisionero de su propio método”. Las críticas de los años 70

A pesar de la gran acogida que tuvo *Captain Swing*, lo cierto es que a partir de la década de los 60 y de los 70 la obra de Thompson había ganado el suficiente peso como para inspirar algunas de las críticas (del puño del propio Thompson o de simpatizantes con su manera de escribir historia) que recibiría Rudé. Críticas que iban dirigidas contra lo que aquí hemos denominado “economicismo complejo”.

El propio Thompson, en su famoso artículo “La sociedad inglesa del siglo XVIII: ¿lucha de clases sin clases?” cargaría contra la escasa atención de Rudé hacia las ideas políticas manifestadas por la multitud:

Hasta qué punto las ideas explícitas antimonárquicas y republicanas estaban presentes entre el pueblo, especialmente durante los turbulentos años de 1760, es una cuestión más frecuentemente dejada de lado con una negativa, que investigada. El enormemente valioso trabajo de George Rudé sobre la multitud londinense tiende a evidenciar un **escepticismo metodológico** hacia las motivaciones políticas “ideales”: así, se ha tropezado con el rumor, en otra fuente, de que los manifestantes utilizaban el slogan “Ni Wilkes, Ni Rey”, pero lo ha desechado como un simple rumor (Thompson, 1984b [1978]: 56. Subrayado nuestro)⁵⁴⁰.

A finales del mismo año Thompson escribiría una reseña del libro *Protest and Punishment* de Rudé (1978) para la revista *New Society* (14 de diciembre). En este libro Rudé condensaba sus investigaciones iniciadas en 1961 sobre el destino que habían sufrido muchos “rebeldes” (luditas, irlandeses, cartistas, campesinos, etc.) al ser deportados a Australia. En su reseña, Thompson no deja títere con cabeza:

El libro decepciona. Es incluso muy malo. Rudé nunca se ha sentido cómodo en el siglo XIX, exceptuando los disturbios “Swing” (e incluso aquí había tenido a Hobsbawm como colaborador). El libro comienza con 90 páginas de pasajes estadísticos inseguros y algunos gestos de generalización criminológica: la única crítica apropiada para estas páginas serían un par de tijeras (Thompson, 1994f: 194).

Thompson reconoce las partes valiosas del libro, especialmente las novedades del archivo penal de la prisión de Tasmania, pero incluso considerando esto, dirá, el libro “no es lo suficientemente bueno. Lo que es llamativo es la naturaleza unilateral y errática de la investigación”. Le recrimina no consultar otras fuentes primarias fundamentales como registros legales, juicios publicados, la prensa cartista nacional o local, como tampoco haber consultado las obras de historiadores que ya habían tratado su objeto de estudio anteriormente y cuya lectura le hubiera obligado a cambiar o matizar sus conclusiones. Metodológicamente hablando, el paso más interesante de esta reseña son los comentarios a la manera en la que Rudé analiza los testimonios de los deportados:

Rudé escribe en cursiva con placer cada “confesión” de los convictos de que su delito había sido rebelarse “*por un incremento de los salarios*”. Esto le parece ser un verdadero motivo proletario, frente a esa falsa conciencia democrático-burguesa de altos vuelos que representaría el permanecer de huelga hasta que la Carta fuera la ley sobre la Tierra (Thompson, 1994f: 196-197).

Una cierta amargura y decepción conducen el tono de la reseña. Es el distanciamiento de un aprendiz que ha madurado y considera que su maestro se ha quedado en la estacada:

⁵⁴⁰ La referencia de Rudé es *Wilkes and Liberty* de 1962. Esta crítica de Thompson desaparecería posteriormente en “Patricios y plebeyos”.

No me da ningún placer escribir con tanta severidad sobre un viejo colega y el que fuera mi mentor. ¿Qué ha salido mal? El principal problema es este. Rudé se ha convertido en el **prisionero de su propio método**, y se ha llevado ese método al siglo equivocado. Cuando comenzó a trabajar en el siglo XVIII, todo ese área que ahora se conoce como la historia de la multitud era simplemente etiquetada con la borrosa etiqueta de “disturbio” o “chusma”. Al rastrear a los miembros de esa multitud en los registros legales, Rudé les proporcionó una pequeña identidad: ocupaciones, roles, caras y en algunas ocasiones hasta voz. Desbrozó el camino para nuevas preguntas –los gremios y sus solidaridades–, nuevas motivaciones y creencias. Este método elegido fue esencial entonces porque, en ese siglo, existían muy pocas pruebas o, si es que existían, solo podían abrirse haciendo palanca con una investigación anterior. Pero esto no convierte el método en una virtud universal (...). Rudé comparte con una mayoría de la sociología y la historiografía dominante una fe positivista en las virtudes de los números y una sospecha del testimonio “literario” que plantea preguntas demasiado largas como para hacerlas ahora (Thompson, 1994f: 198-199).

Si bien es cierto que Thompson, lector atento a los matices, reconoció posteriormente que el propio Rudé aportaba elementos para una crítica del economicismo y de las visiones reduccionistas y simples de la multitud. En su famoso artículo “La economía moral de la multitud”, empieza citando a Rudé para advertir del peligro de usar la categoría de “chusma” o “populacho” sin ser precavidos, y añade él mismo de un peligro similar con el uso de la categoría “motín” visto desde la visión espasmódica (Thompson, 1995 [1971]: 213). De cara a evitar esa lectura espasmódica de los motines de subsistencias, señala que su propia visión se alimentó de las ideas explicadas por Rudé en *The Crowd in History* (Thompson 1995 [1991]: 216).

Otros reconocidos historiadores apuntaron sus cañones hacia el método de Rudé. Su colega británico Richard Cobb le dedicó alguna diatriba:

Lo que a menudo se viste y se “historiza” como algo llamado “movimiento popular” ... Con frecuencia era cruel y cobarde, vil y vengativo, bárbaro y nada lindo de ver. La multitud del profesor Rudé es de alguna manera demasiado respetable; uno duda en dar crédito a todos estos valiosos comerciantes y a todos estos honestos aprendices, hombres de familia también, con tales horrores, y, al identificarse con los asaltantes, uno está en peligro de dejar fuera de escena a los atacados (Cobb, 1970: 89)⁵⁴¹.

¿Hasta qué punto tenía razón Cobb en esta acusación? Es cierto que Rudé tiene una cierta obsesión con destacar la “respetabilidad” de los manifestantes, quizá como reacción comprensible a décadas de historiografía conservadora que había considerado las multitudes como reacciones irracionales y gregarias de delincuentes, prostitutas, mendigos y saqueadores que no buscaban sino saciar su codicia o su sed de violencia. Valorar en profundidad hasta qué punto la objeción de Cobb es acertada algo que escapa al objetivo de este ensayo. En cualquier caso, podemos considerar ciertamente desatinada la segunda acusación de Cobb (“dejar fuera de escena a los atacados”): en todos sus ensayos Rudé se ha preocupado no solo por identificar a las multitudes, sino también a sus víctimas (ver, por ejemplo, los disturbios contra Reveillon en Rudé, 1959; o los disturbios Gordon en Rudé, 1978b).

La crítica más sólida, sistemática y elaborada fue publicada por Richard J. Holton en 1978 en la revista *Social History* (Holton, 1978). Holton centró su ataque en la pertinencia de la etiqueta ‘*crowd*’ como herramienta analítica. Mostró cómo esta categoría había sido utilizada por multitud de historiadores que, siguiendo la estela de Rudé, la habían

⁵⁴¹ Cobb ya había sido revisor anónimo de Rudé tras la publicación de *The Crowd in History* en 1964 para *The Times Literary Supplement* (30 de diciembre de 1965). En ese caso, su crítica fue más despiadada, provocó el enfado de Rudé y cinco años más tarde este concedería algunos puntos pero discutiría lo esencial (véase Rudé 2001 [1970]: 116-120).

empleado para investigar la protesta social preindustrial (“huelgas, disturbios, rebeliones, insurrecciones y revoluciones”). De esta manera parecía que ‘*crowd*’ y ‘*social protest*’ eran intercambiables, y con ello se dejaba fuera un conjunto de comportamientos colectivos que podían ser, sostiene Holton, de gran interés para el historiador, particularmente las formas de protesta social multitudinaria que apuntalan el orden social en vez de subvertirlo. Reconociendo el gran valor substantivo de las investigaciones de Rudé sobre el XVIII, Holton acudirá sin embargo a la obra Thompson para apuntar que Rudé estaba lejos de tener la última palabra. Según el autor, Thompson nos habría demostrado que los motines de subsistencia “eran mucho más que protestas *bread-and-butter*, más bien equivalían a la afirmación de una economía moral popular” (Holton, 1978: 224)⁵⁴². En último lugar, Holton aborda de forma crítica la distinción central al pensamiento de Rudé entre formas de protesta “preindustriales” e “industriales”. Señala que es cierto que los cambios aparejados a la Revolución industrial y la respuesta colectiva a esta nos permiten hablar de un reemplazo en la forma más frecuente de protesta que pasa del motín de subsistencias o el motín urbano a las huelgas y las reclamaciones por el salario. La distinción de Rudé serviría entonces como un cierto esquema que apresa ciertas tendencias a largo plazo, pero es escasamente informativa, defiende Holton, como cronología detallada o explicación causal de cómo y por qué ocurrieron estos cambios. Investigadores posteriores como Stedman Jones, Michel Perrot o Sheridan Gilley habrían mostrado en sus estudios que formas de protesta preindustriales pervivían aun de forma continuada a mediados y finales del XIX en algunas ciudades inglesas. Por lo que la distinción de Rudé se vuelve escurridiza o tenue: “hay razones para pensar que la dicotomía es insostenible cuando se la empuja más allá de cierto punto” (Holton, 1978: 231). El propio Rudé consideraba estas continuidades como un asunto menor que no invalidaba su distinción (Rudé, 1978b), mientras que Thompson les dedicó una atención más seria y subrayó la adaptabilidad y la flexibilidad de las viejas formas (ver sus artículos sobre la *rough music* o las continuidades explicadas en varios capítulos de *Customs in common*). Según Holton, el hecho de haberse concentrado demasiado en las formas de protesta social y menos en la vida cotidiana estaba ligado al problema de no poder explicar adecuadamente la pervivencia de formas preindustriales en sociedades industriales. De esta forma, los diferentes estudios que sí han abordado formas de acción colectiva multitudinarias como rituales públicos o reuniones deportivas o festivas, permitirían entender la continuidad de ciertos símbolos, lazos o “community loyalty”, siendo claves para comprender la formación de las identidades colectivas. Esto no invalidaría el uso de la categoría “multitud”, pero sí nos obligaría a tener en cuenta todas estas formas de acción colectiva y rituales públicos que hasta ahora no habían sido debidamente estudiados⁵⁴³.

Conclusión

Hemos visto cómo Rudé, en su locución en la BBC, consideraba positivamente la emergencia del nuevo paradigma historiográfico de la “historia social” (entendida como *history from below*), reconociendo sus deudas con Hobsbawm, Thompson, Lefebvre o Soboul –al mismo tiempo que señalaba a Thompson como pionero en el estudio de las

⁵⁴² John Stevenson expresó también sus reservas por la vaguedad del concepto pocos años después en un artículo donde discutía, además, algunas de las tesis de la “economía moral de la multitud” (J. Stevenson, 1985). William Beik ha vuelto a formular recientemente esta crítica a Rudé por haber considerado las multitudes como intrínsecamente pre-políticas, que solo pueden ser politizadas en los grandes disturbios, siempre y cuando reciban la influencia de líderes provenientes de clases superiores (Beik, 2007).

⁵⁴³ Esta crítica aparecerá de nuevo en términos muy similares en el estudio de Benjamin Heller sobre el *menu peuple* y las multitudes en el Londres del XVIII (Heller, 2010).

creencias tradicionales y los períodos de “normalidad” y no solo de conflicto social. Por otro lado, analizando *Capitán Swing* hemos podido comprobar cómo las tensiones de su antiguo esquema interpretativo (economicismo complejo) han ido resolviéndose en la dirección de valorar más el plano de las ideas y las normas sociales, centrándose en las tradiciones y el “universo mental” de los pobres y desmarcándose así de las lecturas “espasmódicas” de los disturbios populares. En este proceso, el descubrimiento de la tradición democrática del Derecho Natural (la defensa de los “derechos consuetudinarios” por el precio “natural” o el salario “justo”) juega un papel mayor. Finalmente, a lo largo de los años 70 Rudé fue objeto de varias críticas historiográficas serias (a nivel de método, especialmente), algunas de ellas provenientes de Thompson y otras inspiradas en la obra de este. Lo cierto es que ya desde 1970 Rudé estaba reflexionando sobre los límites de sus anteriores investigaciones (Rudé, 2001 [1970]: 123). Como veremos en el apartado siguiente, Rudé no hizo caso omiso a estas críticas, y se tomó muy en serio el concepto de “economía moral de la multitud” para reformular finalmente sus propias posiciones.

5.2.6. La consumación del cambio: *Ideology and Popular Protest* (1980)

En los años que siguieron a la aparición de *Captain Swing* (1969), Rudé publicó varias obras de gran repercusión. No obstante, de cara a completar nuestro argumento, nos limitaremos en este apartado a analizar una obra aparecida en 1980, *Ideology and Popular Protest* (Rudé, 1981a [1980])⁵⁴⁴.

Esta obra es una prueba excelente de cómo los historiadores del Grupo de Historiadores se alimentaban mutuamente en sus referencias e investigaciones, con esa suerte de “división del trabajo por épocas” que ya tuvimos ocasión de ver. Rudé repasa someramente algunos de los episodios claves de la historia del conflicto en Occidente, tomando prestada la obra de Rodney Hilton para las revueltas campesinas en la Edad Media (Rudé, 1981a: 51 y ss.); la de Christopher Hill y su discípulo Brian Manning para la Revolución Inglesa (Rudé, 1981a: 109 y ss.) o la de Hobsbawm en sus capítulos sobre América Latina (Rudé, 1981a: 88-101). Finalmente, y esto es lo que más nos interesa, establece una suerte de “diálogo” con Thompson (a veces implícito, normalmente explícito), que es el autor más citado en la obra con diferencia. La propia existencia de esta obra viene justificada por lo que considera la insuficiencia de su anterior enfoque:

Este interés por las motivaciones me indujo a tratar de distinguir entre las que eran a largo plazo y las que buscaban objetivos a corto plazo, así como a trazar una línea divisoria entre los factores “socioeconómicos” y los “políticos” y tratar de explicar de qué manera los dos se relacionaron y mezclaron (...). Sin embargo, he podido comprobar que el estudio de los motivos (...) resulta insatisfactorio, toda vez que tiende a presentar el problema fragmentariamente y no hace justicia a toda la gama de ideas o creencias que hay debajo de la acción social y política (...); este conjunto de ideas subyacentes forma lo que en el presente libro he denominado “la ideología de la protesta” (popular o de otra índole) (Rudé, 1981a [1980]: 7-8).

El autor procede entonces a desplegar su teoría de la ideología⁵⁴⁵. Para ello recuperará la figura de Gramsci, que señalaría la necesidad de atender a las “necesidades

⁵⁴⁴ Harvey Kaye también ha mencionado esta obra como esencial para explicar el cambio de posición metodológica de Rudé. Según Kaye, se trata de un desplazamiento de la preocupación por las motivaciones en un sentido socio-psicológico hacia una historia de la ideología o historia social de las ideas (Kaye, 2007 [1992]: 85-86).

⁵⁴⁵ Avanzada de forma tentativa en “Revolution and Popular Ideology” (Rudé, 1974) y “The Study of Revolutions” (Rudé, 2001 [1976]).

ideológicas” de las “clases tradicionales” formadas por campesinos y artesanos, y defendería la necesidad de considerar “las ideas más sencillas y menos estructuradas que circulan en el pueblo llano, ideas que a menudo son ‘contradictorias’ y confusas, mezcla de tradiciones populares, mitos y experiencia cotidiana” (Rudé, 1981a [1980]: 9). Pero Gramsci, nos dice el autor, no mostraría de qué manera esa “ideología no orgánica” se relaciona o mezcla con ideas más estructuradas o teorizadas. La tradición marxista se había centrado demasiado en analizar sociedades industriales y por ello sus teorías sobre la ideología no eran aplicables a sociedades preindustriales. Por esta razón Rudé considera que es necesaria una nueva teoría y se dispone a ofrecerla (en diálogo con diversos especialistas de otras disciplinas incluidos C. Geertz, G. Lichtheim o C. Wright Mills). Podemos sistematizar sus elementos como sigue (Rudé, 1981a [1980]: 34 y ss):

- 1) La “ideología *popular*” en este período “no es puramente un asunto interno ni propiedad exclusiva de una sola clase o grupo, eso por sí solo basta para distinguirla de la ideología como ‘conciencia de clase’ (...) lo más probable es que sea una mezcla, una fusión de dos elementos, de los cuales solamente uno es privativo de las clases populares, mientras que el otro se sobrepone mediante un proceso de transmisión y adopción desde fuera”. El primero de esos elementos es el elemento tradicional o “inherente”, una especie de “leche materna ideológica” nos dice, “basada en la experiencia directa, la tradición oral o la memoria colectiva en lugar de ser algo que se aprende escuchando sermones o leyendo libros”. El segundo elemento es el conjunto de ideas que a menudo se presentan en forma de un sistema más estructurado de ideas políticas o religiosas “tales como los Derechos del Hombre, la Soberanía Popular, el *Laissez-faire*, el Sagrado Derecho de Propiedad, el Nacionalismo, el Socialismo o las diversas versiones de la justificación por la Fe”.
- 2) No existe una *tabula rasa* “que ocupe el lugar de la mente y en la que se puedan injertar nuevas ideas allí donde antes no había ninguna”⁵⁴⁶.
- 3) No existe tampoco una progresión automática de las ideas más “sencillas” a otras más “complicadas”. Tampoco existe un “muro de Babilonia” entre los dos tipos de ideología: una idea derivada puede convertirse en inherente. Con ello Rudé renuncia a la idea de jerarquizar entre tipos de ideas: no hay criterios para defender que unas sean *mejores* o *peores*. Sencillamente son.
- 4) A menudo las ideas derivadas o más “estructuradas” son “una destilación más elaborada de la experiencia popular y de las creencias ‘inherentes’ del pueblo. Así que no existe un movimiento de dirección única, sino una constante interacción entre las dos”.
- 5) Las ideas inherentes muestran una “tozudez” tal que las ideas derivadas probablemente sufran un proceso de transformación al adoptarse: “por consiguiente, este proceso de injertación jamás pudo reducirse a una sencilla fórmula de A+B (...) todas las ideas ‘derivadas’ sufren una gran transformación: su naturaleza dependerá de las necesidades sociales o de los objetivos políticos de las clases que estén dispuestas a absorberlas”⁵⁴⁷.

⁵⁴⁶ La referencia indirecta a Thompson es clara, véase (Thompson, 2012 [1963]: 221).

⁵⁴⁷ Una lección, dice Rudé, que aprendería bien Lutero cuando sus enseñanzas fueron adoptadas por los campesinos para rebelarse contra sus príncipes (en contra de la voluntad del propio Lutero). O las teorías

- 6) Finalmente, la experiencia concreta podía determinar si las multitudes acababan oscilando más hacia una posición reaccionaria o hacia una progresista⁵⁴⁸.

Si comparamos estos seis puntos con las posiciones que defendía el historiador en sus primeros escritos (*véase supra*), el cambio de enfoque es evidente. El Rudé, digamos, *tardío*, considera su posición previa como insuficiente y ofrece una perspectiva mucho más compleja, no tanto centrada en la distinción entre lo “político” y lo “económico”, sino más bien atenta a la relación de interacción mutua entre ideologías “inherentes” (tradicionales) e ideologías “incorporadas/derivadas” (estructuradas o “teóricas”) – en este sentido se parece más a la temprana distinción que manejó Thompson entre “lo inarticulado” y las “minorías articuladas” (Thompson, 2012 [1963]). La multitud tiene ideas políticas propias, al margen de que pueda incorporar nuevas ideas provenientes de clases sociales superiores. Y aparece también una idea nueva y muy interesante: que las ideas más estructuradas a menudo son “destilaciones elaboradas” de la experiencia popular y de las creencias tradicionales de las clases populares. El esquema teórico presentado ahora por Rudé ofrece una distinción *permeable* en ambas direcciones.

¿Cuáles eran entonces las ideologías nativas o tradicionales para sus casos de estudio? Señala básicamente cuatro para el período preindustrial que más ha investigado:

- La idea campesina del derecho a la tierra, ya fuese como propiedad individual o propiedad en común.
- La idea del pequeño consumidor del derecho a comprar el pan a un “precio justo” según lo determinase la experiencia y la costumbre. Pero esta idea, que fundamentaría los motines de subsistencia, no se limitaba al objetivo económico de ese “precio justo”, como había defendido en obras anteriores, sino que ahora defenderá (recogiendo las ideas centrales del artículo sobre la “economía moral” de Thompson que aparece citado para esto) que bajo esta idea se encuentra una batalla por “la ‘justicia’ del método de distribución y del funcionamiento del mercado” (Rudé, 1981a [1980]: 186-187).
- La idea del asalariado de que merece un “salario justo” en lugar de uno que respondiera simplemente al capricho del empleador o al concepto recién inventado de oferta y demanda.
- Finalmente, todos los aspectos más difíciles de documentar pero que corresponden a lo que los historiadores de los Annales denominaron “*mentalités*”. Aunque ahora, de forma significativa, se distancia de estos historiadores franceses⁵⁴⁹ y aboga por un concepto de “ideología inherente” que compara con

de Rousseau, que fueron adoptadas por la burguesía francesa para atacar al despotismo real y de la nobleza mientras que los aristócratas de Hungría y Rusia las usaban para reforzar a la aristocracia frente a la corona (Rudé, 1981a [1980]: 48).

⁵⁴⁸ De esta manera se entendería por qué los *sans-culottes* parisinos siguieron siendo revolucionarios mientras que sus homólogos en ciudades como Lyon o Marsella, de “ideas inherentes” muy similares, bajo la propaganda girondina y sus peculiares circunstancias acabaron por dejar de ser revolucionarios. O por qué los campesinos de *La Vendée* que compartían ideas inherentes con el resto del campesinado acabaron apoyando a la reacción (Rudé, 1981a [1980]: 46).

⁵⁴⁹ En su último libro publicado en vida, *The French Revolution* (1988), sostuvo: “debemos prestar una atención particular a las ideologías y actitudes de la gente común, un sujeto que ha sido largamente negado

la idea de “cultura plebeya” de Thompson (Rudé, 1981c [1980]: 143). En cualquier caso, se trataría de sistemas de creencias que no se limitan a los momentos de protesta o revuelta social sino que ordenan y regulan el quehacer cotidiano de las clases populares.

Pese a todo lo anterior, Rudé volvía a su dicotomía entre movimientos que “miran hacia atrás” (preindustriales) y otros que “miran al futuro” (industriales), y siguió leyendo la historia de los movimientos populares con cierto esquema teleológico que construye el sentido en función de su adaptación (o preparación del terreno) a las demandas del proletariado moderno. De esta manera, interpretaba que no hubo teóricos que propusieran soluciones válidas para el futuro hasta la aparición de Robert Owen; o que eso que Thompson llamó la “economía moral de la multitud” era incapaz de enfrentarse al futuro porque se rebelaba “en nombre de la costumbre” (Rudé 1981c [1980]: 196).

Conclusión

La persistencia de esquemas anteriores (vestigios del “economicismo complejo” que explicamos) no debería impedirnos percibir los elementos novedosos. La ausencia de un análisis en profundidad de estos cambios llevó a una reseñista de *Ideology and Popular Protest* a considerar que esta obra aportaba más bien poco “al debate sobre la protesta popular” y que sus conclusiones eran las de trabajos anteriores (L. A. Tilly, 1981). Si bien es cierto que Rudé vuelve sobre conclusiones de obras anteriores (¿qué investigador no lo hace?) y que, como hemos visto, se mantienen algunos esquemas de interpretación anquilosados, la verdad es que esta obra ofrecía claves metodológicas. Es cierto que Rudé no emprendió nuevas investigaciones empíricas que aplicasen este enfoque y aparecieran recogidas en este libro, sino que emprendió una estrategia bien distinta: aprovechó el trabajo historiográfico de sus colegas del Grupo de Historiadores para exponer esta nueva “teoría”.

A pesar de todas las diferencias entre Thompson y Rudé que hemos mostrado hasta ahora, aquel siguió considerando a este como una figura referente con la que dialogar y debatir, y de la que seguir aprendiendo. Esto puede apreciarse bien en diversas publicaciones: en una conferencia en la *École Normale Supérieure* en 1976 citaba sus estudios sobre la multitud como la mejor referencia para comprender la influencia de aquella sobre la política británica en el siglo XVIII (Thompson, 2002c: 121). Una lectura atenta de *Costumbres en común*, donde Rudé aparece citado repetidas veces (ver Thompson 1995 [1991]: 85, 97, 213, 216, 328)⁵⁵⁰. En “Patricios y plebeyos” cita a Rudé para describir una característica esencial de la acción de la multitud: su carácter ritual o de “contrateatro” al teatro de la clase dominante (Thompson 1995 [1991]: p. 85). De la misma manera que Rudé consideró su concepto de “ideología inherente” o “tradicional” muy similar a la noción de “cultura plebeya” de Thompson, ahora vemos como este

por los escritores anteriores, y al que los historiadores ‘revisionistas’ han prestado casi nula atención”. Y precisamente por eso no tenía sentido estudiar la Revolución en términos “casi exclusivamente económicos” como haría E. Labrousse. Pero, particularmente Braudel, es el objeto de la crítica: “al enfatizar tanto la importancia predominante de los factores a largo plazo sobre los factores a corto plazo (en su teoría de la *longue durée*), han tendido a disminuir el papel humano (y por tanto el popular) en la cadena de causas y eventos” (Rudé, 1988b: 25-26).

⁵⁵⁰ Otras veces Thompson sencillamente continuaba sus polémicas con Rudé. En un pasaje de “La economía moral revisada”, le discute a Rudé que Irlanda no tuviera motines de subsistencia o que no hubieran jugado un papel importante (aporta algunas evidencias de que sí) (Thompson 1995 [1991]: 333-334).

considera su noción de “plebe” como intercambiable con la noción de “multitud” de Rudé (Thompson 1995 [1991]: p.73).

5.2.7. “No perder la calma”. El último apunte de un *gentleman*

Para un carácter extremadamente diplomático y cortés como era el de Rudé, en modo alguno sorprende que no viera con buenos ojos la acritud y la amargura que envolvieron la publicación de *The Poverty of Theory* y el acalorado debate que generó. Rudé era buen conocedor del marxismo francés, por lo que, una vez se publicó la obra, decidió reseñarla junto con el libro que recogía el debate posterior: *Popular History and Socialist Theory* (Samuel, 1984).

Según escribe en esta reseña, Thompson se presenta a sí mismo en el libro como “el Ángel Vengador que ataca sin piedad a los disidentes de la Verdad del momento” (Rudé, 1981c). Thompson se ensaña con Anderson y Nairn “con amargos vituperios, pero más frecuentemente con una ironía despectiva”. Contra Althusser se mueve entre la “ironía mordaz” y los “estallidos de furia”. Rudé enfatiza que mientras que en los primeros tres ensayos Thompson parece acabar buscando una reconciliación y ofrece finalmente una rama de olivo, en el ensayo contra Althusser esta disposición no existe. Althusser es el “estalinismo llevado a la teoría”: “1956, como él admite, proyecta su sombra sobre este ensayo como lo hace sobre los otros ensayos en el libro; y, por supuesto, una sombra de este tipo no contribuye a un pensamiento coherente y claro” (Rudé, 1981c). Aunque esta crítica se ve atenuada por una apreciación de lo que Rudé consideró el gran logro del libro de Thompson:

La mayor deuda, por supuesto, que tanto yo como muchos otros le debemos, es haber completado tan magistralmente la tarea, iniciada por Pierre Vilar y otros, de demoler esta estructura monstruosa que, en nombre de la teoría marxista, se ha cernido tan opresivamente sobre el trabajo de casi toda una generación de académicos franceses y británicos (Rudé, 1981c)⁵⁵¹.

Por tanto, a primera vista parece que Rudé estaba fascinado por el contenido de *The Poverty of Theory*, pero disconforme con las maneras. Sin embargo, el asunto es un poco más complejo. Para Rudé, Thompson habría ido demasiado lejos al haber calificado de “estalinismo teórico” al pensamiento de Althusser:

No puedo dejar de aceptar la afirmación de Stuart Hall de que este entusiasmo lleva a Thompson a inflar sus acusaciones o a llegar a equipararlas con lo que no pueden equipararse. Estoy pensando, en particular, en *Lenin y la Filosofía* de Althusser, y quizás también en su *Política e Historia*, donde la obsesión con la teoría y la denuncia del "empirismo" no es tan evidente como en *Marx* o *Para leer el Capital*, de las cuales Thompson extrae casi todos sus pasajes (Rudé, 1981c).

⁵⁵¹ Una opinión que quizá tenga bastante lucidez, teniendo en cuenta que la influencia del althusserianismo en Gran Bretaña a finales de los 70 era extensa, como se ve en las obras de estos años de G. Stedman Jones, T. Eagleton, B. Hirst y P. Hindess, y de figuras clave del Birmingham Centre for Cultural Studies como Hall o Johnson. Además, como ha señalado W. Matthews “dado que Althusser fue un trampolín desde el que un importante número de intelectuales saltaron hacia el ‘posmodernismo’, quizás se pueda sostener que este ensayo retenga algo más que un mero interés histórico” (Matthews, 2013: 95).

Así que Rudé parecía salvar, al menos en parte, al “último Althusser”, ni siquiera citado por Thompson⁵⁵². Finalmente, Rudé rogaba a su colega que “volviera a la calma”, porque las maneras mostradas, decía, no eran propias de él:

¿Están justificadas las numerosas voces de protesta al llamar arrogante a Thompson y acusarle de sacar las ampollas de sus críticos en un tono "maniqueo"? En términos generales creo que lo están, a la vista del desprecio con el que Thompson puede ignorar las observaciones de Richard Johnson en el debate sobre el "culturalismo" y vista también la rabia desabrida con la que reacciona ante la acusación de ser él mismo un "culturalista" (¿qué demonios?): tales travesuras son impropias del autor de *The Making* y de *William Morris*, o, para el caso, del demolidor del estructuralismo de Louis Althusser. Entonces, mi querido Edward, ¿por qué te permites perder tan fácilmente la calma? (Rudé, 1981c).

5.3. CONCLUSIONES

George Rudé es uno de los padres fundadores de la “nueva historia social” (Julià, 1989). Inspirado especialmente por Georges Lefebvre, pero formado en Inglaterra y en continuo contacto con los historiadores marxistas británicos, ofreció su particular visión de lo que debía ser la *history from below*. Armado con unos materiales peculiares y poco estudiados hasta la fecha (informes de la policía, actas de tribunales, registros tributarios, presidiarios, hospitalarios, notariales, inventarios, registros de nacimientos, muertes y matrimonios, cuadros de precios y salarios, censos, listas de membresía a clubes, etc.) y provisto con un enfoque teórico novedoso, Rudé reconstruyó la historia de las revueltas sociales que atravesaron todo el siglo XVIII en Inglaterra y en Francia (analizando en profundidad su composición social y sus motivaciones, pero también sus logros y su importancia en la historia de ambos países). Rudé mostró la enorme relevancia del movimiento popular en las revoluciones francesas (las clases acomodadas no acostumbraban a manifestarse, montar barricadas o tomar edificios por la fuerza exponiéndose a ser disparadas o heridas) y nos legó importantes estudios sobre el papel crucial que jugó la *common people* inglesa a la hora de contrarrestar el avance de la desposesión capitalista y su ideología (en la resistencia a los cercamientos y los peajes, en los motines de subsistencia, en los disturbios políticos con un tono de “ajuste de cuentas” social, etc.). Pero quizá su mayor mérito sea haber desacreditado de forma definitiva los prejuicios de las generaciones anteriores de historiadores (tanto conservadores como progresistas) que habían sido incapaces de entender la racionalidad subyacente a estas protestas. Lo hizo ofreciendo innumerables pruebas del carácter *genuino* de las motivaciones de las personas implicadas en dichas protestas, poniendo fin así a las visiones elitistas que se habían formulado hasta la fecha que, desde una inveterada visión demófoba, solo podían ofrecer el saqueo, el pillaje, el soborno o la violencia *per se* como causas de la participación de los “órdenes bajos” en la vida pública⁵⁵³. Pero además ofreció su propia visión sobre el cambio en las formas de protesta popular acaecidos con la Revolución industrial, intentando dar cuenta de las continuidades y las rupturas entre los siglos XVIII y XIX. Rudé, en suma, devolvió a los movimientos populares tradicionalmente olvidados el lugar que les correspondía en la

⁵⁵² Una introducción en lengua castellana a este poco conocido Althusser puede encontrarse en algunos escritos del investigador Mario Espinoza Pino (véase, por ejemplo, 2018).

⁵⁵³ Puede verse un esfuerzo similar para los movimientos campesinos medievales en la obra de R. Hilton (2020: 231 y ss.)

historia. Al hacerlo estaba, en palabras de Thompson, “descubriendo un nuevo continente”.

El esfuerzo de este historiador por incorporar herramientas conceptuales de la disciplina sociológica para la investigación histórica es algo propio de la primera historia social como subdisciplina (Julià, 1989), pero es necesario recordar que, dentro del Grupo de Historiadores, fue Rudé uno de los historiadores que más importancia le concedió a este diálogo y uno de los que lo practicó de manera más sistemática. El historiador social:

Para reunir sus “historiales” [los de los individuos estudiados] y llegar a su visión más cercana y personal, podría confiar razonablemente en los métodos comprobados de la investigación histórica (...). Pero para clasificar y relacionar, e incluso para interpretar sus descubrimientos, podría necesitar (...) apoyarse totalmente en las técnicas y habilidades desarrolladas por las ciencias sociales tradicionales (Rudé, 2001 [1970]: 119)⁵⁵⁴.

En este sentido, Rudé nadaba a contracorriente de la tendencia al aislacionismo causal tan en boga en las ciencias sociales del siglo XX, apostando por una suerte de “fertilización mutua de las ciencias” que buscaba los puntos de conexión allá donde estos pudieran existir, y que buscaba, sobre todo, la compatibilidad de resultados⁵⁵⁵. Pero Rudé era consciente de los peligros de una “interdisciplinariedad” mal entendida (o mal realizada):

Cada disciplina tiene su propósito específico, su propio enfoque y sus puntos donde centrar el énfasis, así como sus propios medios de exploración; aun así, todos ellos, en el curso de la investigación, acudirán inevitablemente a las “presuposiciones” y experiencias de los otros. Pero existe un punto (...) más allá del cual es más sensato para el especialista en una disciplina no aventurarse sin la estrecha colaboración de sus colegas de las demás disciplinas (Rudé, 2001 [1970]: 120)⁵⁵⁶.

⁵⁵⁴ En una crítica a una excesiva generalización (deshistorizada) de los modelos teóricos de Crane Brinton, Neil Smelser, Charles Johnson y Charles Tilly de cara a explicar los procesos revolucionarios, Rudé dirá: “para ser franco, lo que quiero es tener las dos cosas: observar tanto lo general como lo particular; observar el modelo general de las revoluciones y los historiales particulares de quienes participaron en ellas. En resumen, quiero darme el lujo de mirar ambos extremos desde mi telescopio” (Rudé, 2001 [1976]).

⁵⁵⁵ Para el principio metodológico de la “fertilización mutua de las ciencias” y la crítica al aislacionismo causal en las ciencias sociales véase (Mundó, 2014). También Thompson fue un gran crítico del aislacionismo, al que llegó a llamar “clima intelectual esquizoide” (“La economía moral de la multitud” en Thompson 1995 [1991]: 275).

⁵⁵⁶ Compárese con esta misma idea en Thompson. Comentando el papel de la sociología en la renovación de la historia laborista dirá “lo que era la historia del laborismo puede convertirse de hecho en un gran campo de pruebas para la sociología histórica. Lo cual no supone –y sería deplorable que así fuera– la adopción mostrenca de la terminología y de las categorías carentes de elaboración de una escuela sociológica favorecida y su imposición al conocimiento histórico existente. Donde tal cosa se hace ambas disciplinas resultan dañadas. Es en mayor medida una cuestión de interpretación mutua por medio de la cual el historiador encuentra en los escritos de sociología contemporánea problemas nuevos o nuevos modos de mirar los problemas viejos, se dedica a su investigación con una actitud fecundada por conceptos sociológicos y al mismo tiempo desconfiada respecto de las categorías sociológicas, para llegar a resultados que (espera uno) pueden añadir a su vez a la teoría sociológica una dimensión histórica” (Thompson, 2000b [1966]: 554-555). Para una crítica devastadora de un mal maridaje entre sociología e historia, véase su reseña del aclamado *The World We Have Lost* de Peter Laslett (Thompson, 2002a [1965]). Igualmente, Thompson llegará a defender que la historia social necesita imperiosamente de la disciplina de la antropología social y sus modelos sincrónicos de análisis para poder entender lo concreto y particular de los procesos diacrónicos. Pero que ese maridaje disciplinario no podía hacerse de cualquier manera, por lo que “se necesita una tercera parte como casamentera, a la cual se le da generalmente el nombre de ‘filosofía’” (Thompson, 2000a: 37).

En su gran creatividad metodológica, el autor desbrozó toda una serie de sendas de investigación que en años venideros se mostrarían particularmente fértiles. El historiador G. Eley se refiere a este punto de la siguiente manera:

Sus estudios con gran imaginación de la sociología de los disturbios populares del siglo XVIII fueron pioneros en el cuidadoso análisis materialista de la protesta popular y otras formas de actividad de la multitud violenta mucho antes de que la maquinaria de los estudios de acción colectiva se pusiera en acción y el tema se adaptara simultáneamente a una historia social más “culturalista” y antropológica. (...) Sus meticulosos exámenes de la coherencia y racionalidad detrás de fenómenos de masas aparentemente irracionales y caóticos despejaron el camino para la investigación sobre la historia social del crimen, la violencia colectiva y otras formas de desviación popular que comenzaron a proliferar a finales de 1960 (Eley, 1989).

Sin embargo, como hemos mostrado, los estudios pioneros de Rudé se vieron autoconstrañidos por unos supuestos metodológicos que consideraban de una manera ciertamente reduccionista que la composición sociológica de la multitud aportaba una luz decisiva sobre sus motivaciones, su programa y sus aspiraciones; que sostenía que la principal motivación de las protestas populares tenía que ser primordialmente “económica” y que supuso que las multitudes rebeldes eran incapaces de generar por sí mismas ideas políticas aunque pudieran incorporarlas “desde fuera”. La visión restringida de Rudé que separa de forma abstracta entre las motivaciones políticas (clase media y alta) y motivaciones económicas (clases populares) acabará teniendo un efecto *boomerang* sobre la intención de recuperar la autonomía y la agencia en la historia de las multitudes. No es que Rudé no hubiera considerado desde sus primeras obras la dimensión política de los movimientos populares, sino que el tratamiento que recibió esta cuestión estaba todavía constreñido por su particular tipo de *economicismo*. Enfrascado en rescatar la autonomía de las motivaciones de la multitud y sus “pretensiones propias”, acabó por instalar un abismo (casi) insalvable entre esta y las ideas políticas. Si su objetivo era acabar con los prejuicios y los esquemas elitistas heredados de la historia conservadora (y a veces de la progresista), Rudé terminó por conformar su propia “concepción elitista” (Harvey, 2018) de las multitudes. Quizá sea esta la gran paradoja de algunos de los grandes creadores de la “*history from below*”: que mientras sus investigaciones empíricas y su intención normativa trataron de rescatar la agencia de los sujetos tradicionalmente olvidados de la historia, al mismo tiempo eran todavía deudores de marcos conceptuales demasiado embebidos del colectivismo metodológico o de cierto teleologismo de la tradición marxista ortodoxa como para permitir que esta agencia floreciera en todo su esplendor. Como gustaba en decir Baruch de Spinoza, ni siquiera el sabio está libre de superstición (Spinoza, 2009 [1677]: Libro I, Apéndice), ni siquiera el historiador marxista está libre del famoso dicho marxiano: “la tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos” (Marx, 1981 [1851-1852]: 9).

Pero este esquema interpretativo estuvo casi desde sus primeras obras sometido a una tensión interna que se iría agravando con el paso de los años. A lo largo de los años 60 y 70 Rudé recibió varias críticas bien argumentadas, entre ellas las del propio Thompson, que le harían reflexionar sobre las limitaciones de su propio enfoque. Hemos mostrado aquí como *Ideology and Popular Protest* supone el final de esa tensión, en la medida en que su autor abandonó sus anteriores suposiciones (de corte elitista) y abogó por una teoría de la ideología que incorporaba un pluralismo motivacional pleno. Su nueva teoría sustituyó la distinción entre motivaciones “políticas o económicas” por la distinción entre las ideologías “inherentes” (tradicionales) y las ideologías “incorporadas/derivadas” (más estructuradas o “teóricas”).

Hemos mostrado cómo en este proceso de cambio las relaciones e influencias recíprocas entre Thompson y Rudé jugaron un papel poco desdeñable. Rudé tuvo una influencia determinante en las investigaciones de Thompson: este replicó la operación de *concretizar* el concepto de “multitud” pero aplicado al concepto de “clase social”; aceptó su distinción entre la “muchedumbre” (*mob*) y la “multitud” (*crowd*); recogió algunas de sus premisas básicas (como el papel prominente de los artesanos radicales en los conflictos del XVIII, la autodisciplina de los movimientos populares o el esquema de polarización social en términos de ricos/pobres en vez del clásico conflicto capital/trabajo). Pero al mismo tiempo, Thompson comprendió las autoconstricciones de Rudé y ofreció su propia visión, anticipando en el *Making* el concepto de “economía moral” que serviría como punto de apoyo *arquimediano* para el cambio metodológico de Rudé. Este inspiró muchas de sus ideas en los consiguientes estudios de Thompson, entablando un diálogo (a veces explícito, a veces soterrado) que enriquecería mutuamente la obra de ambos.

Un detalle importante en esta historia es que Rudé enfrentó todas sus modificaciones de enfoque *desde dentro* de la tradición marxista (de la misma manera en que Thompson propuso recuperar un “lenguaje moral” para el comunismo, no en ruptura con éste). En este sentido, siguió la estela de sus compañeros del Grupo:

Lo que aprendí de Marx no fue solo que la historia tiende a progresar a través de un conflicto de clases sociales (un punto de vista, que se consideraba perfectamente "respetable" hace cientos de años) sino que tiene un patrón que se puede descubrir, y que avanza (no hacia atrás, en círculos o en sacudidas inexplicables) en gran medida desde una fase de desarrollo más baja a una más alta. También aprendí que las vidas y las acciones de la gente común son la materia misma de la historia, y aunque las acciones "materiales" en lugar de los factores institucionales e ideológicos son más primarios, las ideas mismas se convierten en una "fuerza material" cuando pasan a la conciencia de los hombres. Además, aprendí también de Engels que, independientemente de la excelencia de los "sistemas" históricos (como el suyo y el de Marx, por ejemplo), "toda la historia debe estudiarse de nuevo". Lo que nunca aprendí de ninguno de ellos fue que la historia debería interpretarse en términos de un estrecho determinismo económico (Rudé, 1970: 189).

Y aunque quizá sea demasiado pretencioso catalogar su marxismo como un “marxismo heterodoxo”, lo cierto es que nos resulta igualmente difícil encasillarlo dentro de la manida etiqueta del “marxismo ortodoxo”. Como escribió uno de sus reseñistas, Rudé se suscribe a las “ortodoxias” de la escuela de Lefebvre, pero siendo ortodoxias con muchos “matices”, porque “no hay en Rudé ninguna ley objetiva del proceso histórico, y tiene siempre cabida “el juego de lo contingente y lo imprevisto”(Gershoy, 1973).

Antes de finalizar, un último apunte es necesario. Es cierto que el “giro teórico” emprendido por Rudé no terminó de desprenderse del todo de algunos de sus viejos esquemas, este es particularmente el caso entre su división entre sociedades preindustriales e industriales donde, como hemos visto, los criterios de la división a veces enfatizaban demasiado las líneas de ruptura y ocultaban con ello las continuidades. Para Rudé las ideologías inherentes eran intrínsecamente defensivas y reaccionarias frente a las ideologías innovadoras de la burguesía que aparecen siempre como “encaradas hacia el futuro”. En este sentido, su operación es antagónica a la de Thompson, que buscó renovar la tradición marxista volviendo a sus orígenes republicano-democráticos y ofreció para ello una interpretación de la *actualidad* tanto de esas ideas radicales como de la “economía moral” que las sustentaban (véase el Capítulo 4). Sin embargo, de la misma forma que ocurría con los demás elementos de su esquema de “economicismo

complejo”, también este asunto se presenta como una tensión no resuelta en Rudé. Veámoslo.

Dos pasajes nos pueden poner sobre la pista de hasta qué punto el marxismo ni heterodoxo ni ortodoxo de Rudé se vio cuanto menos sorprendido por las continuidades de la tradición republicana. Según Rudé, siguiendo en esto a su colega C. Hill, la tradición del republicanismo inglés de los *levellers* y los *diggers*, así como de las sectas que los continuaron (*ranters*, cuáqueros, etc.):

No alcanzaron su gran objetivo, la creación de una sociedad de pequeños productores, pero conquistaron, al menos temporalmente, la república por la que habían trabajado. Dejaron también un legado que resulta difícil concretar con exactitud, aunque algunas de sus ideas democráticas fueron llevadas por los *commonwealthmen* o republicanos a los Estados Unidos; y de no ser por el desvanecimiento que sufrió la actividad popular en Inglaterra después de Sedgemoor (1685), resultaría más fácil constatar con mayor exactitud la influencia que ejercieron sobre el movimiento popular-democrático, que había dejado de ser competencia exclusiva de los hombres de clase media y que volvió a ponerse en marcha a mediados del siglo XVIII en Inglaterra. En este sentido, sus ideas, aunque enterradas durante la Restauración, salieron a la superficie al cabo de un siglo (Rudé, 1981a: 122. Traducción propia modificada en base a la ofrecida en esta obra).

Esa corriente de viejas ideas radicales que, como el viejo topo, saldría a la superficie en el siglo XVIII, no tenía por qué estar necesariamente castigada a mirar indefectiblemente hacia un pasado que nunca volvería:

¿Quiere decir, por ejemplo, que tras la derrota de los *levellers* o niveladores ingleses en Burford en 1649, de los *sans-culottes* parisinos en 1795, o –para el caso– de los *ouvriers* franceses en junio de 1848... quiere decir, repito que toda la experiencia política que habían adquirido en el curso de la revolución se perdió y tendrían que empezar de nuevo cuando viniera la siguiente ronda de revoluciones después de un respiro apropiado? No, es obvio que no. La reacción podía ser real, como lo fue bajo el protectorado de Cromwell y la restauración en Inglaterra y bajo el imperio napoleónico y la restauración en Francia. Pero también es cierto que **la tradición revolucionaria popular, que había llevado una existencia subterránea apartada de la vista de las autoridades, sobrevivió y reapareció bajo nuevas formas** y bajo nuevas condiciones históricas cuando el “pueblo” –es decir, los receptores de la anterior serie de ideas ‘derivadas’– también se había transformado profundamente (Rudé, 1981a: 47-48. Subrayado nuestro. Traducción propia modificada en base a la ofrecida en esta edición).

Hasta el último momento sus posiciones más controvertidas aparecían puestas en cuestión por él mismo, que tenía por costumbre adoptar un tono tentativo en sus conclusiones. Su humildad, en este sentido, y su disposición a reformar sus propias opiniones a la luz de nuevas evidencias, es algo loable en la labor investigadora. Quizá muchas de sus investigaciones hayan quedado desfasadas, algunas han sido profundizadas y mejoradas, y otras probablemente hayan sido sencillamente descartadas. Pero no cabe duda de que las nuevas generaciones caminaron sobre los hombros de un gigante, de alguien que abrió el espacio para nuevos programas de investigación, y de alguien que, sin perder la obsesión por la objetividad del conocimiento (“*sans erudition, pas d’histoire*”), contribuyó a rescatar muchos de los hilos perdidos de esa “tradición revolucionaria popular” con la que simpatizaba.

5.4. ADENDA. ¿“LA FLOR DEL CACTUS”? LOS LÍMITES DE LA INTERPRETACIÓN MARXISTA-ORTODOXA DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA⁵⁵⁷

5.4.1. El problema interpretativo y el papel de la “history from below”

A lo largo de toda su obra, Rudé siempre destacó que la Revolución francesa era un campo de disputa de múltiples interpretaciones incompatibles entre sí. En su conocido texto “Interpretations of the French Revolution” de 1961 escribe:

Ningún otro período de la historia ha sido reescrito con tanta frecuencia a la luz de las preocupaciones contemporáneas o ha sido tantas veces un escenario de batalla de las ideologías en conflicto como la Revolución francesa. (...). Los franceses, con el apoyo ocasional de otros países, se han unido a la refriega una generación tras otra y han hecho todo lo posible para refutar la validez de la afirmación de Ranke de que la historia es “lo que realmente sucedió” (Rudé, 1961: 1).

Pero el momento más importante en este decurso de interpretaciones es, para Rudé, la aparición de la *history from below*, corriente en la que él mismo se inscribía:

El campesinado y los *sans-culottes* urbanos (es cierto que particularmente en París) se han incorporado al relato y se han estudiado "desde abajo" en tanto que clases y grupos sociales que tienen su propia identidad, ideas y aspiraciones, independientemente de las de la burguesía media y alta y de las de los políticos y periodistas revolucionarios. Se ha sacado a Robespierre de la Cámara de los Horrores y se le ha colocado en el centro del escenario como el líder y el portavoz más consistente e importante de la democracia radical. Finalmente, ha habido una tendencia a presentar los conflictos de la Revolución en términos de una lucha de clases en lugar de conflictos de ideas o ideologías (Rudé, 1961: 14; ver también Rudé, 1959).

Ningún historiador reciente de la Revolución, sostiene, había alcanzado la reputación internacional y el prestigio de Georges Lefebvre. Aun siendo este de la misma generación que Mathiez, su investigación seguiría un curso diferente. Los estudios pioneros de Lefebvre sobre el papel del campesinado serían de una importancia suprema porque “quizá de entre todas las limitaciones de los historiadores del siglo XIX la más llamativa sea su incapacidad de dar apropiada cuenta del rol jugado por los campesinos en la Revolución, que formaban nada menos que cuatro quintos de la población de la Francia de entonces” (Rudé, 1961: 19).

En sus propias estancias en París, Rudé se adscribió a esta historiografía lefebvriana y trabó amistad con Richard Cobb (otro historiador británico) y Albert Soboul, con los que compartía horas de archivo y largas discusiones (cenaban dos veces por semana en casa de Soboul, a iniciativa de la esposa de este). Juntos formarían un equipo –apodados por su mentor Georges Lefebvre como “los tres mosqueteros”– que compartiría referencias, debates y ciertos lugares comunes en la interpretación de la historia del período revolucionario (Hobsbawm, 1993). En este contexto delimitado sería en el que Rudé realizaría su propia contribución a la historiografía de la Revolución, que se enmarca en lo que suele conocerse como interpretación marxista y que acostumbra a leer el conjunto

⁵⁵⁷ Para la etiqueta “marxismo ortodoxo”, a pesar de su ambigüedad intrínseca, hacemos propia la definición ofrecida por Comminel: “el conjunto de múltiples líneas de pensamiento marxista, bien diferenciadas que, sin embargo, han tendido a tomar las afirmaciones textuales de Marx como prueba de valor, suficientes por sí mismas” (Comminel, 1987: 78). En este sentido, históricamente han existido varios “marxismos ortodoxos”, para algunos de los cuales los demás marxismos pretendidamente ortodoxos no lo son (es el problema clásico de la “ortodoxia” y su reparto de carnets de pureza). Por lo que, en lo que atañe a este capítulo, utilizaremos la etiqueta como una mera herramienta didáctica para facilitar la comprensión del lector. Su referente, en este contexto, es la historiografía marxista francesa vinculada al Partido Comunista Francés (PCF en adelante), pero manteniendo la connotación de “oficialismo” que tenían otros “marxismos ortodoxos” más o menos dependientes de la aprobación de las autoridades soviéticas.

del período revolucionario como una “revolución burguesa”. Resulta de especial interés acotar sus principales ideas fuerza, para mostrar tanto su alcance analítico como las limitaciones puestas de manifiesto a raíz del desafío del “revisiónismo”, a las que añadiremos algunas críticas contemporáneas que toman distancia de ambas perspectivas.

5.4.2. Los orígenes del concepto “revolución burguesa”

La idea de que la Revolución francesa había sido un levantamiento exitoso de la burguesía contra la aristocracia puede rastrearse hasta el propio período revolucionario. El diputado Barnave sostuvo esta opinión en su *Introduction à la Révolution française*, escrita en prisión mientras esperaba su ejecución (aunque no sería publicada hasta 1843). Allí Barnave defendió que la “propiedad comercial” era una nueva forma social opuesta a la propiedad de la tierra concentrada por la aristocracia, que fundamentaba un poder político descentralizado. Y que la lucha esencial sobre la que giraba la Revolución era precisamente la lucha entre el “comercio” (burguesía) y la “agricultura” (aristocracia) (citado en Comminel, 1987).

La “revolución burguesa” en el campo socialista y marxista

No sin dificultades, la idea de la Revolución francesa como “revolución burguesa” puede retrotraerse a la propia obra de Marx. El problema es que Marx no fue particularmente claro sobre el tema y cambió de opinión varias veces⁵⁵⁸. Según Comminel, en la época en la que escriben el Manifiesto Comunista, Marx y Engels están convencidos de que la burguesía está obligada a liderar un proceso revolucionario democrático para deshacerse del viejo régimen absolutista/feudal. Pero después de 1850 ambos autores tenían una visión distinta: la burguesía del XIX no era la misma que la de las revoluciones francesa y americana, y no tenía necesidad de liderar ese proceso democrático. Sin embargo, los marxistas de generaciones posteriores tomaron la idea de revolución burguesa-democrática como su punto de partida sin cuestionarla, y la convirtieron en un pilar central en sus teorías sobre el cambio en la historia. La idea de las “revoluciones burguesas” implicó para la tradición marxista posterior toda una teoría del proceso histórico, una suerte de esquema del desarrollo histórico-mundial.

Raphael Samuel ha defendido que Marx tomó el concepto prestado de los historiadores liberales del período de la Restauración: Thierry, Mignet y Guizot (Samuel, 1980: 33)⁵⁵⁹. Lo esencial del concepto es la idea de que una “clase media ‘industrial’ había sido la fuerza del progreso de la civilización, aunque durante mucho tiempo había estado obstaculizada por una riqueza y una indolencia parasitaria; por la tradición, el privilegio y la ignorancia; por los intereses especiales y la injusticia arbitraria” (Comminel, 1987: 61). El concepto también incluía la idea de que hay una conexión *intrínseca* entre el crecimiento de los poderes comerciales y el desarrollo del “liberalismo político” (libertades individuales, gobierno representativo, persecución racional del “interés general”) (Comminel, 1987: 71)⁵⁶⁰.

⁵⁵⁸ Véase para este punto Manjarín, E., “Revisión histórico-conceptual de la crítica democrática al trabajo asalariado moderno”, Universidad de Barcelona [Tesis Doctoral, título provisional].

⁵⁵⁹ Una tesis repetida también en E. Hobsbawm (1990) *Echoes of the Marseillaise: Two Centuries Look Back on the French Revolution*, Londres: Verso.

⁵⁶⁰ O, si se prefiere la expresión, una conexión sustancial entre “capitalismo” y “democracia” (burguesa) (sobre los problemas de esta idea, véanse especialmente Domènech, 2009; Meiksins Wood, 1995).

Las raíces intelectuales de este esquema deberían rastrearse en la construcción de un esquema materialista-liberal del desarrollo histórico (localizable en obras de Turgot, Smith, Montesquieu y otros pensadores) que se basaba en nociones básicas de la economía política, y que no eran sino la proyección anacrónica y *naturalizadora* de conceptos *históricos* propios de la etapa capitalista (“división del trabajo”, “producción”, “crecimiento natural de la población”, etc.). En este sentido, aunque Marx adoptase en algunos momentos el fondo de la idea de “revolución burguesa”, esto se contradecía necesariamente con su desarrollo posterior de la crítica de la economía política, es decir, precisamente de la crítica de esas categorías reificadas⁵⁶¹.

En la elaboración de esta interpretación de la Revolución como una “revolución burguesa”, un problema fundamental a resolver es cómo entender el período de gobierno de la Montaña (liderado por Robespierre). El asunto dista de ser sencillo, porque justamente entre junio de 1793 y julio de 1794 se desplegó todo un programa de políticas sociales que, en principio, tendrían poco de “burguesas”. Es por esta razón por la que las interpretaciones del tipo “revolución burguesa” tienen que explicar cuál fue *verdaderamente* el carácter del gobierno *montagnard*. En este sentido, son varios los relatos que se fueron construyendo ya desde el siglo XIX.

Uno de los mayores divulgadores de la idea de que en realidad el período *montagnard* fue “burgués” fue Louis Auguste Blanqui. Cuando Blanqui está encerrado en el castillo de Doullens, en agosto de 1850, escribe unos panfletos contra los robespierristas que circulan con mucho éxito entre la militancia socialista. Estos panfletos suponen el principio de una lectura según la cual los *montagnards* habían sido una facción “moderada” comprometida con el *statu quo*, frente a los verdaderos revolucionarios, que eran los hébertistas “descristianizadores” de la Comuna: “Blanqui está en el origen de una nueva interpretación que será difundida en particular por Gustave Tridon, según la cual los verdaderos revolucionarios no son los robespierristas sino los hébertistas, particularmente porque son ateos” (Bosc, 2014). En esta interpretación, el criterio demarcador de quién fue *verdaderamente* revolucionario viene determinado por el factor religioso: el hecho de que Robespierre se opusiera a la descristianización (porque esto podía socavar su propia base social), le convertía automáticamente en un líder “moderado” y en un “traidor” al movimiento popular que le aupó al poder. En suma, en un defensor de la “revolución burguesa”. Esta línea hermenéutica centrada en la cuestión religiosa corrió en paralelo con otra lectura, según la cual los jacobinos robespierristas no eran sino pequeños burgueses de origen que, para conseguir privilegios para sí mismos, jugaron de forma oportunista con las políticas sociales buscando desprestigiar a los girondinos y atraerse el apoyo del movimiento popular. De esta forma, los *montagnards* quedan convertidos en astutos manipuladores de masas. Su relación con las demandas populares y su propia política social no era de compromiso, sino puramente instrumental. Este relato frontalmente hostil a Robespierre comienza en los años 60 del siglo XIX y procede sobre todo del historiador Jules Michelet, y sería continuado por Edgar Quinet y Alphonse Aulard. Incluso Jean Jaurès, que intentó revertir los prejuicios y la imagen negativa del líder *montagnard*, acabaría repitiendo las mismas ideas: que como la Montaña no era comunista, entonces las diferencias con los Girondinos eran sobre todo aparentes, y sus luchas eran luchas entre partidos, pero no una “verdadera” lucha de clases. Posteriormente, con la obra de los historiadores marxistas-ortodoxos como

⁵⁶¹ Razón por la cual Comminel alega convincentemente que está todavía por escribirse una síntesis histórica de la Revolución francesa en la clave del materialismo histórico, alejada de los esquemas abstractos que han caracterizado hasta ahora a las interpretaciones marxistas.

Georges Lefebvre y Albert Soboul, esta línea interpretativa se mezcló con la idea de Blanqui de que sí existió un ala realmente protosocialista y democrática que se enfrentó a Robespierre y que estaba encarnada en los hébertistas y los *enragés*. El marxismo ortodoxo de postguerra, por tanto, bebía de ambas fuentes historiográficas y produjo su propia síntesis (Bosc, 2013, 2014).

Para llegar al momento de postguerra en el que comienza a publicarse la obra de Rudé faltan todavía varios pasos. En primer lugar, la consolidación de una ortodoxia marxista, con su propia teoría de la historia, en la socialdemocracia de la II Internacional, tuvo también consecuencias en la interpretación de la Revolución. Fue el SPD alemán el que llevó más lejos aún la lectura blanquista e inventó la idea de que los “hébertistas” fueron el partido de un embrionario proletariado, más avanzado que el *menu peuple* y que por lo tanto actuaba como vanguardia de este (el documento clave es el folleto dedicado a los “antagonismos de clase en 1789”, publicado en 1889 por Karl Kautsky, traducido al francés en 1901)⁵⁶².

Hay un momento esencial en este proceso de sedimentación del concepto de “revolución burguesa” dentro del campo marxista. Se trata de la consolidación de la versión *estalinista* de la Revolución. Entre el 28 de diciembre de 1928 y el 4 de enero de 1929, la Sociedad de Historiadores Marxistas se reunió en Moscú para “hacer del marxismo el único método de investigación científica”. Fue en este momento, según explica Tamara Kondratieva en *Bolcheviks et Jacobins*, cuando se construyó la versión “estalinista de la historia de la Revolución Francesa”, que se convertía así en una “revolución burguesa” modélica en oposición a la verdadera revolución proletaria que representaba la Revolución rusa (citado en Gauthier, 2008). Lo cual no deja de ser irónico, recuerda Louvrier, porque muchos historiadores marxistas del período de entreguerras que hacían valer esta lectura en nombre de Marx, al mismo tiempo “tenían solo un conocimiento superficial del marxismo al que reducían a un mero ‘economismo’ infraestructural” (Louvrier, 2007).

El proceso no fue uniforme ni estuvo falto de conflictos historiográficos. El historiador socialista Albert Mathiez había puesto en cuestión la idea de la “revolución burguesa” con abundantes argumentos y evidencias empíricas, centrados sobre todo en la recuperación de la figura de Robespierre y de la política social del gobierno *montagnard*. Pero la obra de Mathiez pasaría a ser ignorada y en esto intervinieron razones profundamente políticas: durante los años 30 el historiador Eugenio Tarlé, amigo y colaborador de Mathiez, fue detenido en la URSS acusado de contrarrevolucionario. Mathiez criticó la detención, así como la purga de otros 48 intelectuales, pasando a ser calificado él mismo como “enemigo del estado obrero revolucionario”. Los escritores estalinistas acuñaron la etiqueta “*mathiezismo*” para denunciar esas versiones “burguesas” de la historia de la Revolución. Para ellos, desde entonces, la Gironda y la Montaña solo eran facciones de “la” burguesía en el poder (Gauthier, 2008; para nuestro caso, véase esta idea defendida en Rudé, 1978b [1953]: 124).

⁵⁶² Conversación personal con Florence Gauthier (18 de abril de 2019). Pero el esquema interpretativo adolecía de demasiadas debilidades porque “para desarrollar su estudio, Kautsky no había utilizado ni archivos ni nuevas obras (...). Por consejo de Engels, quien al final de su vida no ha dejado de advertir contra los esquematismos de los principiantes en materialismo histórico, Kautsky agregó a su texto, antes de volver a publicarlo, numerosas notas y referencias, especialmente al trabajo de los historiadores rusos del campesinado francés” (Louvrier, 2007).

La “revolución burguesa” en el marxismo francés de la Guerra Fría

La historiografía socialista de la Revolución iba a resolver pronto sus tensiones con el “oficialismo” soviético. Tras morir Mathiez, Georges Lefebvre se hizo cargo de su posición académica y ofreció una síntesis que acabaría por convertirse en la nueva “versión oficial” de la historia de la Revolución⁵⁶³, pronto complementada (y modificada) por su principal discípulo Albert Soboul⁵⁶⁴. Las claves de la interpretación marxista en Lefebvre y Soboul son varias: que la burguesía había sido el agente del crecimiento en el comercio y la industria, que la aristocracia y la estructura absolutista del antiguo régimen eran un obstáculo a este crecimiento, que la burguesía había tenido que liderar el proceso revolucionario para derrocar este sistema (aliándose con varios movimientos populares que, sin embargo, tenían sus ritmos, organizaciones y reivindicaciones propias, como fueron el movimiento campesino y el movimiento urbano *sans-culotte*). El resultado es que la burguesía triunfa –traicionando en el camino a sus socios de las clases populares– allanando el paso a la sociedad capitalista burguesa que estaba emergiendo, y reconciliando así la infraestructura y la superestructura de la sociedad francesa:

La revolución de 1789-1794 marcó el advenimiento de la sociedad moderna burguesa y capitalista en la historia de Francia. Su característica más importante fue su logro de la unidad nacional para el país por la destrucción del régimen señorial y las órdenes privilegiados feudales (...). Merece ser considerado el modelo clásico de una revolución burguesa (A. Soboul y G. Lefebvre, “Postface” en *Quatre-Vingt-Neuf*, París, 1970, p. 249, citado en Rose, 2008)⁵⁶⁵.

Rudé se sumaría a esta visión:

Algunos de los trabajos de la Asamblea Constituyente cambiarían, pero sus logros básicos – legislación sobre la tierra y el sistema de justicia sobre el cual estaba basado el Código Napoleónico– sobrevivieron en el siglo XIX. Es por esto por lo que es posible describir la Revolución francesa como una revolución hecha a la medida de la burguesía (Rudé, 1971: 50)⁵⁶⁶.

Como era de esperar, Lefebvre y Soboul construyen su propia versión del período *montagnard*, caracterizada por una relación esencialmente polémica entre el Club Jacobino y el movimiento popular. La historia de las contradicciones entre los *montagnards* y los *sans-culottes* tiene para ellos una cronología determinada. Es en el verano de 1793 cuando la República se ve amenazada por la guerra externa y la guerra interna (revuelta de la *Vendée*, revuelta federalista, etc.), y entonces Robespierre

⁵⁶³ Para más información sobre esta interpretación, véase Gauthier (1997).

⁵⁶⁴ Como es habitual en las lecturas históricas demasiado apegadas a las coyunturas políticas y los intereses espurios, también hubo un momento en el que Robespierre fue glorificado por los estalinistas. Y, paradójicamente, el historiador marxista Albert Soboul fue reprendido por algunos de los historiadores oficiales del PCF precisamente por contradecir esa comparación entre la figura del Incorruptible y la de Stalin, obligándole a modificar su historia en la segunda edición: “Los historiadores comunistas ortodoxos como Jean Dautry o Jean Poperen no podían tolerar la existencia de un proyecto político ubicado a la izquierda de Robespierre, que en ese momento se asociaba con Stalin” (Bosc, 2014: 124).

⁵⁶⁵ Véase también: “La revolución francesa y la revolución inglesa del siglo XVII fueron la culminación de una larga evolución económica y social que convirtió a la burguesía en la dueña del mundo” (Soboul, 1953: 238). Sigue: “la causa esencial de la Revolución fue el poder de una burguesía que llegó a su madurez y se enfrentó a una aristocracia decadente que mantenía tenazmente sus privilegios. El resultado fue la promulgación legal de ese poder” (Soboul, 1953: 243).

⁵⁶⁶ Aunque en esta misma entrevista los efectos de la crítica revisionista (véase *infra*) ya se dejaban notar. Apréciase la ambigüedad de esta valoración: “Creo que el desarrollo capitalista fue hasta cierto punto detenido por la Revolución – por una cosa, protegió a los campesinos, impidiendo por tanto que quedaran expuestos al mercado laboral (...) por otro lado, la extinción de las cargas feudales y los privilegios y exenciones de la aristocracia, el fin de los derechos arancelarios internos y los peajes de propiedad privada, fueron favorables al avance capitalista. Socialmente, por lo tanto, la Revolución jugó un papel importante en abrir la puerta al modo de producción y las relaciones capitalistas” (Rudé, 1971: 60).

convence a la Convención de que es necesario aliarse con los sectores populares. Se forja así la unidad “*sans-culottes* – pequeña burguesía revolucionaria”. Pero ese gobierno revolucionario tenía dos tensiones internas que resolver. Una era de corte organizativo: los *sans-culottes* exigían una democracia directa que implicaba el derecho de revocabilidad sobre los mandatarios y la votación pública (nunca secreta), mientras que los jacobinos eran proclives a una centralización dictatorial del poder para ganar la guerra (Soboul, 1954: 59-60). La otra diferencia era de corte político: los *sans-culottes* exigían limitar los derechos de propiedad y sobre todo garantizar un suministro suficiente y barato de los productos básicos, mientras que la burguesía (dentro de la cual Soboul incluye a la pequeña burguesía o maestros artesanos, y a los jacobinos) era partidaria del comercio ilimitado y el carácter sagrado del derecho de propiedad privada. Según Soboul, esto era fuente de tensiones porque se presentaba como una contradicción dentro del pensamiento del principal líder *montagnard*, Robespierre, quien: “comparte la afición de la burguesía por el libre comercio; pero también el deseo de los *sans-culottes* de limitar esa libertad” (Soboul, 1954: 61). Finalmente, durante la primavera de 1794 la alianza entre jacobinos y *sans-culottes* se rompe: los jacobinos se decantarían del lado de los grandes productores y propietarios porque su apoyo se consideraba imprescindible para ganar la guerra. De esta forma, no solo abolirían los famosos decretos del Maximum, sino que además aplicarían el *maximum des salaires* (rebajando un 50% los salarios reales de los *sans-culottes*) y la Ley Le Chapelier contra las protestas provocadas por esto; y perseguirían toda iniciativa popular de masas, cerrando las sociedades fraternales/populares que eran la base organizada del movimiento popular e imponiendo su dictadura centralizada.

Según este relato, la Constitución jacobina de 1793 fue suspendida poco después de proclamarse, porque se interpretó que era necesaria una concentración de poder en el poder ejecutivo (identificado con el Comité de Salvación Pública⁵⁶⁷) y la adopción de medidas excepcionales que contradecían los derechos proclamados en dicha Constitución (el llamado “Terror”). De esta manera, el Terror se acepta en esta interpretación como algo *necesario*, impuesto por las circunstancias, pero en clara discontinuidad o ruptura con el período anterior⁵⁶⁸.

⁵⁶⁷ En esto sigo a Pablo Scotto que advierte del *false friend* y traduce *salut* como “salvación”, porque los franceses se refieren a la “salud pública” como *santé*.

⁵⁶⁸ La valoración del Terror por parte de Rudé es muy similar a esta, aunque repleta de matices: “el Terror fue un episodio extremadamente importante en la Revolución. A diferencia del profesor Talmon y otros académicos, yo no creo sin embargo que el Terror emergiera de la cabeza de ningún revolucionario o grupo de revolucionarios, ni que fuera tampoco una suerte de teoría preconcebida de la revolución. Fue algo que creció, que fue promovido, por las circunstancias. Emergió de la guerra, y la gente que lo promocionó creyó que era algo esencial si Francia quería evitar la guerra civil y la ocupación extranjera (...); a menos que distingamos entre el Terror anárquico de las calles y el Terror institucionalizado del gobierno no entenderemos nada; y a menos que veamos, en algunos aspectos, el Terror como una medida defensiva contra el Terror Blanco, creo que seguiremos sin entender el problema. El Terror de las calles (frente al cual se armó como respuesta el Terror institucional) empezó con los linchamientos, como el del gobernador de la Bastilla. Estos actos fueron llevados a cabo de forma espontánea (...) el Terror real (que podríamos llamar el Terror institucionalizado) fue de alguna manera un intento para aplacar y anticipar estas actividades populares (...) todas estas medidas fueron consideradas como ‘excepcionales’ y debemos recordar que después de que Inglaterra se uniera a la guerra (en febrero de 1793) había revueltas por toda Francia contra el gobierno de París. Los revolucionarios tenían que poner en marcha medidas excepcionales: y estas no fueron el trabajo de los jacobinos: la Asamblea les dio pleno apoyo para ello (...) casi todas [las ejecuciones] tuvieron lugar en zonas de guerra – cerca de las líneas enemigas, o en distritos desgarrados por la guerra civil. En algunos *départements* no se ejecutó a nadie en absoluto (...) por lo tanto, el Terror no fue un acto generalizado de venganza de clase como se ha interpretado a veces” (Rudé, 1971: 53-54).

Por otro lado, los famosos decretos de Ventoso (3 marzo 1794) que fueron obra de Saint-Just y los robespierristas, y que tenían como objetivo repartir entre los pobres las propiedades expropiadas a los emigrados y contrarrevolucionarios, son cuestionados como una estrategia oportunista. Según algunos historiadores (como Mathiez) se trataba de una redistribución masiva de la propiedad:

Nunca los hébertistas, ni aun los *enragés*, habían ideado una medida tan radical, de tan amplia transferencia de propiedad de una clase a otra (...) No se trataba de comprimir momentáneamente por la fuerza un partido hostil. Se trataba de desposeerle para siempre de todo, de aniquilarle en sus medios de existencia y elevar a la vida social, por medio de sus despojos, a la clase de los eternos desheredados (Mathiez, 1935b: 165).

Pero para otros (señaladamente, para Soboul y Rudé) se trataba de una estrategia política que buscaba no perder apoyo social en un momento en el que los propios legisladores robespierristas estaban andando en la cuerda floja de la legitimidad popular por haber mandado al cadalso a los hébertistas. Los decretos de Ventoso, finalmente, no solo no llegaron nunca a aplicarse, según el relato marxista, sino que ni siquiera atrajeron el interés de los *sans-culottes*, que para entonces ya estaban formulando demandas propias y más radicales (Rudé, 1975: 141; Soboul, 1954: 65)⁵⁶⁹.

Diferencias organizativas, diferencias políticas y una misma posición retrógrada ante la historia

Es interesante constatar que Rudé y Soboul siempre eligieron como una de sus interpretaciones rivales la propuesta del historiador trotskista Daniel Guérin. En el modelo de Guérin, los *sans-culottes* son reflejados como una “vanguardia” de un proletariado en estado embrionario, y el gran traidor de la historia es Robespierre, cuyo gobierno revolucionario no sería sino un gobierno de la burguesía diseñado para evitar la conquista del poder proletario. Para Rudé, la obra de Guérin estimuló acaloradas discusiones, pero ganó pocos adeptos entre los “estudiosos serios” del período (Rudé 1961: 23). En la medida en que la interpretación de Soboul y Rudé se construyó en oposición al manifiesto anacronismo de Guérin, esto provocó un doble efecto: por un lado, les obligó a complejizarla; por otro lado, les permitió aparecer como una interpretación *ajustada* al tiempo histórico estudiado (y, por tanto, no anacrónica). En este sentido, querían distanciarse de una lectura simplista que asimilara las posiciones de los *enragés* con las posiciones de los comunistas de su propio tiempo.

Sin embargo, el marxismo ortodoxo presentaba sus propias limitaciones precisamente en la comprensión de la *historicidad*. Porque en su lectura de la Revolución, el motivo último del fracaso de esta alianza entre jacobinos y movimiento popular (y por tanto, el motivo del triunfo del ala más “burguesa” de los revolucionarios) reposa en una comprensión teleológica (o “etapista” si se prefiere) del proceso histórico, según la cual el modo de producción capitalista es una fase *necesaria* en el desarrollo civilizatorio y por tanto cualquier movimiento incompatible con sus instituciones básicas estaba condenado de antemano al fracaso. Soboul lo expresó de forma inequívoca:

⁵⁶⁹ Es necesario señalar que para Mathiez tampoco llegaron a aplicarse nunca: “La aplicación de las leyes de Ventoso (...) exigía una amplia investigación que duraría varios meses (...) Barère se prometía que en menos de seis semanas estuviera hecho el cuadro de la población menesterosa. Jamás lo estuvo, y eso que el Comité creó con ese objeto una oficina de indigentes (...) y sobrevino el 9 de Termidor antes de que la ley hubiese sido ejecutada” (Mathiez, 1935c: 192). Hasta el 4 de termidor los dos Comités no se reunieron para las cuatro comisiones populares que empezaban a poner en marcha la ley (Mathiez, 1935c: 230).

Políticamente, los *sans-culottes* representaban el partido más avanzado de la Revolución. Económicamente, permanecieron ligados al modelo de pequeños productores independientes, al mundo de los artesanos y los pequeños tenderos (...). Sin embargo, una vez las relaciones feudales de producción habían sido totalmente destruidas y el triunfo del capitalismo industrial estaba asegurado, los herederos de los *sans-culottes*, artesanos, pequeños tenderos, pequeños campesinos, se opondrían a él, ocuparían posiciones económicamente retrógradas e intentarían hacer retroceder **la rueda de la historia** (...). Aunque [Robespierre] estaba a favor de la democracia social y política, debe reconocerse que no tenía una consciencia clara de los problemas económicos de su época. Al perseguir su ideal de una república igualitaria de pequeños productores independientes se volvió el defensor de un sistema económico obsoleto, que se interponía en el camino del desarrollo que llevó al triunfo de la concentración capitalista (...); ni Robespierre ni Saint-Just tenían la más mínima sospecha de que su acción podría estar dependiendo de algo que iba más allá de su voluntad y su energía. Tenían fe en la influencia benéfica de las leyes y las instituciones; pero **hasta las leyes más rigurosas son incapaces de esquivar el curso de la historia**” (Soboul, 1954: 66- 67. Subrayados nuestros)⁵⁷⁰.

La historiadora Florence Gauthier ha recordado cómo Mathiez ya había escrito contra esas lecturas teleológicas que eran incapaces de comprender que el modelo social de universalizar la pequeña propiedad defendido por Robespierre y la Montaña era, *para la época*, lo mismo (en términos de principios) que una solución “comunista” para una sociedad industrializada:

Algunas mentes superficiales y formalistas, incapaces de ver el pasado en términos que no sean los del presente, no pueden entender que convertir a todo el mundo en propietario por medio de la confiscación es equivalente a la solución comunista. La teoría esconde las realidades. Jaurès mismo cayó más de una vez en este error al juzgar los intentos sociales de los revolucionarios según su partidismo como líder del Partido Socialista Francés del año 1910 (*Girondins et Montagnards*, 1930, citado en Gauthier, 1992: 94).

Paradójicamente, nos dice Gauthier, fueron Lefebvre y Soboul quienes intentando enmarcar la Revolución en el esquema etapista por el cual esta era necesariamente una “revolución burguesa”, contribuyeron al mismo tiempo a la implosión de este mismo esquema en la medida en que su trabajo historiográfico consolidó la idea de que existieron “varias revoluciones” con autonomía de demandas y formas de organización y acción: una campesina, una *sans-culotte*, etc. (Gauthier, 1997). No sería demasiado atrevido afirmar que esta opinión puede extenderse a la obra del propio Rudé.

La contribución particular de Rudé

El historiador británico no se limitará a señalar los momentos de tensión y conflicto entre los *montagnards* y los *sans-culottes*, sino que buscará aportar su propia “racionalización” de este conflicto en los términos de su marco teórico, el de este “economicismo complejo” (véase, por ejemplo, Rudé, 1959: 199-200). No es especialmente sorprendente que si para Rudé la composición social marcaba en cierta medida el carácter *genuino* de las demandas (véase *supra*), entonces este sea el patrón para medir el conflicto entre los *sans-culottes* y los jacobinos. De nuevo, este punto merece un matiz: desde su obra *The Crowd in the*

⁵⁷⁰ El historiador Yannick Bosc señala que, irónicamente, esta imagen de Robespierre no es sino una versión actualizada del cuadro que dibujaron los propios termidorianos que acabaron con Robespierre. Se trataría de “uno de los motivos del discurso termidoriano reciclado por Germaine de Staël y Benjamin Constant, según el cual Robespierre era un romano extraviado en la naciente sociedad capitalista de la cual no habría entendido nada” (Bosc, 2014: 130). Para una crítica elegante y magistral del supuesto carácter “pequeño burgués” que Soboul atribuye a la *sans-culotterie* y que habría supuesto su principal debilidad (derivada de su heterogénea composición social), véase (Scotto, 2019: 142-149).

French Revolution, las demandas “políticas” aparecen a veces entremezcladas con las “económicas”⁵⁷¹.

Según Rudé hay un hito clave que permite comprender la contradicción inevitable entre los jacobinos y los *sans-culottes*. Se trataría de las movilizaciones populares contra la carestía de la vida de febrero de 1793:

Todas, o casi todas, las secciones de París estuvieron implicadas (...) quizás de forma más clara que en cualquier otro incidente en la Revolución, [este evento] marcó el conflicto básico de intereses entre el *menu peuple* y las clases poseedoras, incluyendo entre estas a los demócratas extremistas que hablaban o aplaudían en el club Jacobino, o se sentaban con la Montaña en los asientos más elevados de la Convención Nacional (Rudé, 1959: 114).

Fue con este telón de fondo de movilización popular constante “que la Convención, con gran reticencia, votó la primera ley del Maximum que regulaba el precio del pan y harina a través del país” (Rudé, 1959: 119). La ley se extendería, sostiene Rudé, a la Ley del Maximum General, por la presión popular de los *sans-culottes*. Pero, la ley del Maximum no estaba teniendo efecto porque los productores conseguían encontrar vacíos legales o trucos para evadirla y seguir vendiendo caro o seguir acaparando. Pero, nos advierte Rudé, “es evidente que esta ley, promulgada en un país dependiente del resultado de miles de pequeños productores y confiada, para su ejecución, a un gobierno y unos políticos que **básicamente creían en la santidad de la propiedad privada**, sería una ley imposible de aplicar” (Rudé, 1959: 129, subrayado nuestro). La disyuntiva en el relato que construye Rudé era clara: “o el gobierno debía hacer cumplir la ley existente intensificando el Terror, o debía intentar ganar la cooperación incondicional de los campesinos y los productores relajando las regulaciones e incrementando los márgenes de beneficio. Se decidió por lo segundo” (Rudé, 1959: 132). Finalmente, Rudé reproduce el relato de Soboul: los jacobinos contradecirían las demandas de democracia directa y asamblearia de los *sans-culottes* al concentrar el poder en el nuevo “gobierno revolucionario” (Ley del 4 de diciembre de 1793); entre mayo y junio de 1794 cerrarían 39 de las sociedades fraternales que funcionaban como la base organizada del movimiento popular; pondrían fin a las *armées révolutionnaires* que regulaban el Terror como método de control de precios y persecución de los acaparadores y especuladores; guillotinarían a los hébertistas y a los indulgentes; decretarían el reparto de tierras con los Decretos de Ventoso pero nunca los aplicarían; harían uso de la Ley Le Chapelier para reprimir revueltas de trabajadores, y aplicarían la Ley del Máximo a los salarios (*maximum des salaires*), bajando los salarios medios en torno a un 50% (Rudé: 1959: 134 y ss.).

Según el autor, esta estrategia jacobina de instrumentalizar para posteriormente abandonar a los *sans-culottes* provocaría que, llegado el 9 de Termidor y el golpe contra Robespierre, las secciones de París y los *sans-culottes* permanecieran indiferentes ante los eventos o, incluso, favorables a la destitución de Robespierre con la esperanza de cambiar a mejor su situación (Rudé, 1971: 58). Pero esta fue una esperanza con la que pronto acabaría la “república de propietarios” termidoriana, que abolió la Ley del Maximum y restituyó la libertad de comercio en el mercado de granos y subsistencias, provocando una caída en los salarios reales y una inflación desmesurada. Sin contar ya con sus antiguos aliados jacobinos, los *sans-culottes* decidieron dar la que sería su última batalla, y se manifestaron en las revueltas de Germinal y Prairial. Para Rudé estas

⁵⁷¹ Por ejemplo, Rudé se hace eco de que los sirvientes o trabajadores domésticos tenían demandas “principalmente políticas: exigían derechos plenos de ciudadanía, el derecho a asistir a las Asambleas del distrito, a enrolarse en la Guardia Nacional” (Rudé, 1959: 65).

revueltas son la muestra clara del nivel de autonomía e independencia que caracterizaba a los *sans-culottes*:

A diferencia de los participantes en las *journées* de 1789 o 1793, no recibieron órdenes de marchar de parte de líderes revolucionarios o de grupos políticos externos: actuaron por su cuenta y bajo sus propios eslóganes y estandartes. Fue, de hecho, la primera y la última gran manifestación política iniciada y llevada a cabo por los *sans-culottes* y por nadie más que ellos. Sin embargo, fue un fracaso absoluto, y fueron ignominiosamente derrotados y salvajemente reprimidos (...) Habiendo sido descabezados, el movimiento *sans-culotte* tuvo una muerte repentina; y, **como el cactus, su flor apareció justo en el momento en el que se extinguía**, y nunca florecería de nuevo (Rudé 1981 [1964]: 106, subrayado nuestro).

Despolitizados en un primer momento, politizados posteriormente a través de las sociedades populares y la Guardia Nacional y finalmente manipulados por los jacobinos, los *sans-culottes* de Rudé comparecen solo por un breve momento como movimiento *verdaderamente* autónomo, para inmediatamente sucumbir ante el peso de esa “rueda de la historia” de la que nos hablaba Soboul. El estudio de las protestas populares parisinas fue la contribución de Rudé a la interpretación del marxismo del Partido Comunista Francés, su intento de aplicar el “economicismo complejo” al período.

5.4.3. ¿Una “pequeña” revisión? Revalorizando a Robespierre y al gobierno montagnard

A partir de los años 60 Rudé, como vimos, estaba embarcado en un proceso de investigación comparada, pero también de revisión de sus propios fundamentos teóricos. ¿Se tradujo esto de alguna manera en su lectura de la Revolución francesa? Pues bien, aquí defenderemos que hubo *ligeros cambios* o lecturas más complejas, aunque lo que hemos llamado las “ideas fuerza” de la lectura marxista-ortodoxa se mantuvieron. ¿Cuáles fueron entonces esos cambios?

Uno de ellos, asunto nada menor, tiene que ver con una puesta en cuestión de conceptos comúnmente utilizados en la tradición marxista y de lo que Rudé ahora advierte de su peligro si se entienden de forma anacrónica:

Un problema con los términos ‘aristocracia’ y ‘burguesía’ es que han sido desarrollados con una connotación marxista desde el intento del siglo XIX de distinguir entre los principales grupos sociales de acuerdo con su rol y su trasfondo económico (...). Todo esto es útil, pero obviamente estas connotaciones modernas pueden ser engañosas en el contexto de la Revolución, en la cual las palabras ‘aristócrata’ o ‘burgués’ tienden a tomar una connotación política y por tanto aparecen confusiones entre los viejos y los nuevos significados. Ni siquiera dos aristocracias en dos países distintos eran iguales, aunque jugaran el mismo rol social y político como órdenes privilegiados (...). El de ‘burguesía’ es todavía más difícil; recientemente el término ha adquirido una connotación de alguna manera subversiva –cualquiera que lo utiliza es marxista por implicación. Sorprendentemente, Marx y Tocqueville hicieron el mismo tipo de análisis de la Revolución de 1848, y ambos utilizaron ‘burgués’ refiriéndose a los hombres que estaban entre los trabajadores y campesinos, por un lado, y la aristocracia, por el otro (...); durante la época de la Revolución Francesa, el término se usaba solo para designar un hombre con cierta fortuna (no un vendedor de la calle o un pequeño tendero) (Rudé, 1971)⁵⁷².

⁵⁷² Esta preocupación por evitar los anacronismos en el lenguaje es constante en la obra de Rudé. Revela una profunda consciencia de los estratos semánticos condensados en los conceptos, y de cómo estos varían no solo con los cambios en las coyunturas interpretativas, sino con la propia intención normativa de los agentes. Un clásico ejemplo en su obra es el término “*tiers état*”: un informe policial del 21 de abril de 1789 atestigua su uso por parte de un artesano. Pero, según Rudé, ese uso implicaba un sentido diferente al que utilizaría Sieyès en su famoso panfleto, pues de otro modo no se comprendería por qué las multitudes

El otro aspecto importante, es que Rudé matizó su valoración de los jacobinos:

Los jacobinos, que muy a menudo expresaban las ideas del *menu peuple*, dijeron que la igualdad implicaba tanto la igualdad social y económica, como la igualdad política. No negaron los ideales de la Ilustración, sino que los llevaron más allá (Rudé, 1971)⁵⁷³.

Rudé identifica claramente la diferencia entre el período de la “democracia” y la “igualdad”, y lo que vendría después del golpe de Termidor: una “república de propietarios”. Comentando sobre la influencia de la Revolución francesa en otros países, dirá:

Los principales movimientos revolucionarios asociados con la Revolución francesa se desarrollaron con la ayuda de las bayonetas francesas después de 1795 (...); para entonces, por supuesto, el tipo de constitución que Francia quería imponer a sus nuevos aliados o súbditos era muy diferente que el sistema revolucionario anterior. Las ideas de igualdad y democracia habían sido abandonadas en la república de propietarios (*property-owning republic*) establecida en Francia en el momento en el que Napoleón dirigía sus ejércitos por toda Europa (Rudé, 1971: 45-46).

Y, junto a todo esto, Rudé matizó su propia visión de Robespierre. En 1975, vería la luz su propia biografía: *Robespierre. Portrait of a Revolutionary Democrat* (Rudé, 1975). El libro, consciente del enorme problema interpretativo que supone la Revolución (*supra*), trata de dar cuenta de cómo este ha afectado a la recepción del pensamiento de Robespierre (véase Rudé 1975: 56-92). Pero señala particularmente un problema metodológico de primer orden relacionado con las evidencias de la historia de Robespierre:

No solo la gran mayoría de sus papeles personales fueron destruidos, sino que aquellos que sobrevivieron fueron cuidadosamente revisados y seleccionados por sus enemigos y sucesores “termidorianos”. En consecuencia, la primera generación de historiadores postrevolucionarios se presentó con una variopinta colección de memorias y recuerdos que o bien eran contra-revolucionarios y realistas o bien, si eran republicanos, eran unánimemente hostiles a Robespierre y su grupo (Rudé, 1975: 56).

Rudé distingue dos perfiles diferentes y complementarios en la figura de Robespierre: el “demócrata político” y el “demócrata social”⁵⁷⁴. Respecto a la primera faceta de Robespierre, la clave reside en su creencia en unas verdades universales, imprescriptibles, inalterables y eternas, que son: 1) que el fin de la política es encarnar la moralidad en el gobierno; 2) que esa moralidad o “virtud” emana del pueblo y solo de este; 3) que por tanto el pueblo es el único depositario de la soberanía, y no los gobernantes falibles y

del *menu peuple* (en las que no pensaba Sieyès) gritaban “¡viva el Tercer Estado!” en su asalto a la casa del fabricante Reveillon (Rudé 1981c [1980]: 149-150; también en Rudé, 1959: 43).

⁵⁷³ Sobre la Constitución de 1793 Rudé dirá que es “no solo la constitución más liberal sino la más democrática que Francia ha tenido nunca” (Rudé, 1971: 55). Pueden compararse estas valoraciones con la propia opinión de Lefebvre y Soboul. El primero escribió: “creo haber probado que ellos (Robespierre y los *montagnards*) no conocían nada bien las cuestiones agrarias y que, en todo caso, su ideal era una sociedad de pequeños productores, propietarios autónomos que disfrutarían de una **libertad ilimitada** para cultivar y para comerciar” (G. Lefebvre, “La Révolution française et les paysans”, 1932, *Étude sur la Révolution française*, PUF, 1963, p. 359, citado en Gauthier, 1992: 81, subrayado nuestro). El segundo dijo: “aunque Robespierre pudo hacer valer los principios con toda su fuerza y amplitud, no dejó de modificarlos de acuerdo con los intereses de la burguesía. ¿Y cómo podría haber sido de otra manera? (...). Por democrática y popular que se hubiera vuelto la República del año II, no dejaba de ser burguesa” (A. Soboul, “Robespierre ou les contradictions du jacobinisme”, *Portraits de révolutionnaires*, Paris, Messidor, Éditions sociales, 1986, p. 228. Conferencia pronunciada el 11 de diciembre de 1977 y publicada en los AHRF, nº 231, 1978; citado en Bosc, 2013: 106).

⁵⁷⁴ La idea de que Robespierre había sido un “campeón de la democracia social” la compartió con Soboul (Soboul, 1954: 56).

corruptibles (Rudé, 1975: 95). Pero el “pueblo” para Robespierre eran los pequeños productores independientes (artesanos, tenderos, manufactureros y campesinos propietarios⁵⁷⁵). Y el objetivo de la Revolución debía ser crear una República de ciudadanos independientes que pudieran ejercer su soberanía en común para defender sus derechos naturales e inalienables (Rudé, 1975: 96).

Rudé repite la idea de que la principal referencia de la Ilustración para Robespierre fue Rousseau (Rudé, 1975: 16-17; 96), aunque reconoce que de este es muy probable que solo leyera el Contrato Social, y que Robespierre se distanció de la idea del mandato imperativo del ginebrino⁵⁷⁶. Pero, en cualquier caso, Robespierre es presentado como defensor de las condiciones materiales de la libertad (ya desde los Estados Generales), de la primacía del legislativo sobre el ejecutivo, de la necesidad de que el pueblo intervenga constantemente en la vida pública y vigile a sus representantes para garantizar el cumplimiento de su mandato, en suma, nos encontraríamos ante “un firme campeón de la democracia popular”. Rudé resume sucintamente cómo Robespierre defendió la libertad de expresión y de reunión; abogó por elevar a la ciudadanía a los protestantes, los feriantes, los judíos; se opuso a la ley marcial y a la represión de las *jacqueries*, a la pena de muerte, al supuesto derecho del rey para declarar la guerra y la paz y al marco de plata que dividía a los ciudadanos en *activos* y *pasivos* rompiendo el programa marcado por la Declaración de 1789. Y da cuenta de sus principales debates: con Brissot, enfrentándose a la idea girondina de la “guerra de conquista”; con los propios jacobinos, para que no glorificaran al especulador Simoneau linchado por una multitud de pobres; con los girondinos, de nuevo, para condenar al rey tras haberse descubierto el famoso *armario de hierro* lleno de evidencias de su traición, etc. La obra acababa con una admiración elocuente que pone de relieve la revalorización que hizo el autor del líder *montagnard*:

La Revolución Francesa fue uno de los grandes hitos de la historia moderna. Ningún otro evento hizo tanto por destruir la sociedad aristocrática y las instituciones absolutistas de la vieja Europa y por sentar las bases de las nuevas sociedades, tanto burguesas como socialistas, que desde entonces han resurgido en todos los continentes. Para esta transformación, Robespierre hizo una contribución significativa: no solo como líder destacado de la Revolución en cada etapa de sus años más vigorosos y creativos; sino también como el primer gran campeón de la democracia y los derechos del pueblo. Y esto, esencialmente, es lo que nos permite hablar de su grandeza (Rudé, 1975: 213).

Revisiones dentro de los (estrechos) límites

En todas sus obras Rudé, siguiendo en esto a Soboul, sostiene que los *sans-culottes* abogaban por un modelo de democracia directa anclado en las asambleas primarias y las secciones de París (siendo los verdaderos representantes del “derecho de revocación”) y defendían *genuinamente* los controles sobre la economía (mientras que los *montagnards*

⁵⁷⁵ No así a los trabajadores asalariados, a los que consideraba una figura temporal que acabaría desapareciendo. Esta posición de Robespierre (y por extensión de la mayoría de la Montaña) marcaría en gran parte el carácter “burgués” de su gobierno (particularmente, sostiene Rudé, por no abolir la Ley Chapelier que impedía la asociación de trabajadores de un sector para negociar mejores condiciones laborales). En los apartados siguientes discutiré este punto.

⁵⁷⁶ Es interesante señalar que para Rudé “mandato imperativo” es lo mismo que la comprensión fiduciaria del poder político, por lo que mientras que Rousseau entendía que en un país de la extensión de Francia no había democracia directa pero sí concebir a los diputados como agentes (*commissaires*), para Robespierre habría una diferencia entre la “soberanía” en general y “los derechos soberanos del pueblo”, distinción según la cual estos últimos podían ser delegados en representantes. La experiencia de la corrupción durante la Revolución le habría hecho acercarse de nuevo a las posiciones rousseauianas (Rudé, 1975: 99-100; para una comprensión de la concepción fiduciaria en Robespierre que sortea esta confusión de Rudé puede verse Domènech 2004, Laín 2016).

sostenían estas medidas como algo excepcional y temporal que debería abolirse posteriormente). Aunque Rudé se afana en presentar a Robespierre como un político ágil, poco dogmático, que mantiene los principios, pero sabe adaptarlos a las circunstancias, en realidad acaba plasmando a un pragmático personaje que va modificando sus posiciones hasta casi haberlas cambiado totalmente entre 1789 y 1794⁵⁷⁷. Robespierre simpatizaba con las movilizaciones populares cuando se encauzaban dentro de sus propios objetivos políticos, pero “cuando el pueblo tomaba los asuntos por su propia mano y actuaban por cuenta propia (...), en estos casos Robespierre tendía a ser poco simpático, o indiferente cuanto menos” (Rudé, 1975: 183-184). Pero donde el historiador británico siguió más vinculado a la línea soboulina fue en su análisis de las políticas sociales de la Montaña. Si bien Rudé cita el famoso discurso sobre las subsistencias y el derecho de existencia, acto seguido añade que el líder jacobino “permaneció ligado a los principios del *laissez-faire* que los revolucionarios habían heredado de los filósofos y economistas de la generación anterior” (Rudé, 1975: 133)⁵⁷⁸.

Es necesario remarcar que, desde mediados de los años 70, Soboul intentará hacerse cargo de las objeciones de peso del revisionismo y diferenciará entre la alta burguesía comprometida en sus intereses materiales con la aristocracia (como sostenían los revisionistas) pero la diferenciará de los “capitalistas industriales”, compuestos por la pequeña burguesía y un sector de campesinos ricos. Soboul por tanto mantuvo el grueso de la “interpretación social”, pero desplazó el foco del desarrollo a la pequeña burguesía rural (tomando pie en el debate británico sobre la transición al capitalismo, véase Comminel, 1987: 43-47). Esto también marcaría una nueva línea de argumentación para Rudé, que ahora hablará de un conflicto entre “pequeños productores” y “pequeños consumidores”. Frente a estos conflictos, Robespierre “tenía inclinación a tocar el tema de oídas; pero, si estaba obligado a tomar una decisión, se inclinaba generalmente por favorecer al pequeño tendero y productor por encima del pequeño consumidor”. Sobre estos “conflictos” entre pequeños productores y pequeños consumidores Rudé no aporta ninguna evidencia ni cita ningún estudio, aunque se puede ver fácilmente el papel que juegan en su argumento general. Porque ligará esta línea de conflicto al enfrentamiento que tuvieron los robespierristas con Jacques Roux y los *enragés* (quienes habían extendido sus ataques no solo a los acaparadores y grandes comerciantes, sino ¡a todos los comerciantes en general!).

En 1988 Rudé publicaría su último libro en vida, precisamente con el título *The French Revolution. Its Causes, Its History and Its Legacy after 200 Years*. Fue la primera vez que abordaba un relato general de todo el período revolucionario, incluyendo un análisis de la estructura de clases de las décadas precedentes, un repaso de la *Guerre des farines*, y lo que para él era una novedad: un relato que huía del fuerte componente sociologista de anteriores escritos y en el que se permitía reconstruir la cadena de hechos principales, incluyendo variados componentes políticos, administrativo-territoriales (se ocupa de asuntos en las provincias, y no ya solo en París), económicos (aborda de forma más

⁵⁷⁷ En este sentido Rudé interpreta que Robespierre se obsesionó con la “virtud” pública cuando perdió la confianza en el pueblo, y desde este presupuesto lee la apuesta por el Culto al Ser Supremo, pero también –y de forma contradictoria– la ley de educación pública de verano de 1793, cuando todavía existía la alianza popular (*sic!*).

⁵⁷⁸ De nuevo, esto es una tensión no resuelta en Rudé, que parece debatirse por mantener los fundamentos de la visión marxista-ortodoxa pero verse obligado a reconocer donde este esquema salta por los aires. Rudé reconoce que la Convención jacobina “llevó a cabo un programa social que los llevó mucho más allá que los principios del *laissez-faire* de 1789 y 1791”, citando como prueba la abolición definitiva del feudalismo (Rudé, 1975: 137).

profusa la cuestión campesina⁵⁷⁹) y hasta religiosos (para esto último, siguiendo una reconstrucción muy similar a la de Mathiez).

Sin embargo, en esta obra mantendrá muchos de los mantras de la lectura marxista-ortodoxa. Por ejemplo, sobre la aprobación de la Ley Chapelier, dirá que “nadie en la Asamblea, ni siquiera Robespierre, objetó nada, y los sindicatos permanecieron prohibidos durante toda la Revolución. La ley no se aboliría hasta 1884” (Rudé, 1988b: 66). Y sostiene la primacía de los *enragés* como verdaderos representantes de la “voluntad popular”, del *menú-peuple*: son un grupo de líderes políticos (Roux, Leclerc y Varlet) los que supieron asociarse con las revueltas *sans-culottes* de primavera de 1793, y fueron los que impulsaron la revocación de los 29 diputados girondinos. En el relato de Rudé, los jacobinos juegan mejor las cartas, y aprovechan este impulso autónomo para instrumentalizarlo “en su propio provecho”. De nuevo, los líderes que pilotan el proceso revolucionario en su marcha ascendente solo pueden representar intereses de la burguesía (Rudé, 1988b: 92).

5.4.4. El desafío revisionista

En 1955 apareció publicada la obra *El mito de la Revolución francesa*, de Alfred Cobban, que iba dirigida explícitamente a desmontar lo que consideraba las abstracciones metafísicas del esquema etapista del marxismo ortodoxo. En los años 60 se publicaron los trabajos de George V. Taylor, que reforzarían la línea iniciada por Cobban. Pero el revisionismo llegó a su punto álgido con la obra de François Furet y Denis Richet, que desde los años 60 –y especialmente desde la publicación de *Pensar la revolución francesa* en 1978– consolidó la crítica revisionista. Posteriormente, Furet sería el encargado, a petición del gobierno de Mitterrand, de organizar los festejos del bicentenario de la Revolución (Laín, 2016: 33-39). De esta forma, el revisionismo consiguió desplazar a la lectura del marxismo ortodoxo (o “interpretación social” como se la denomina a veces), instituyéndose como la nueva “versión oficial” de la Revolución⁵⁸⁰.

Uno de los mejores analistas del desafío que supuso la apuesta revisionista para el marxismo, George Comminel, ha defendido en su libro *Rethinking the French Revolution. Marxism and the Revisionist Challenge* (Comminel, 1987), que Cobban abrió una nueva época al defender que la aristocracia no era del todo feudal, la burguesía no era capitalista y la Revolución no consolidó el triunfo de una sociedad capitalista. Lo interesante de la historia revisionista, sostiene Comminel, ha sido que su desafío al etapismo marxista estaba respaldado por evidencias empíricas substanciales.

Una de las principales claves del revisionismo ha sido la idea de que la burguesía francesa del XVIII no era capitalista, incluso aunque la propiedad comercial estuviera en

⁵⁷⁹ Según Rudé los que más se beneficiaron del nuevo gobierno de mayoría jacobina y de la Constitución de 1793 fueron “los campesinos que por una ley del 3 de junio pudieron comprar las propiedades de los emigrados en lotes pequeños. Una segunda ley del 10 de junio, especialmente ventajosa para los pobres de las aldeas, proporcionó la división de la propiedad comunal (‘les biens communaux’) entre las poblaciones de las parroquias, y una tercera – la importantísima ley del 17 de julio de 1793 – puso fin al feudalismo en Francia al cancelar sin indemnización todas las deudas y obligaciones señoriales que permanecían en vigor hasta la fecha” (Rudé, 1988b: 87).

⁵⁸⁰ No es nuestra intención analizar con detalle el “desafío revisionista”. Pero es necesario recordar que además de Furet y Richet, hubo todo un movimiento historiográfico (en el mundo anglosajón especialmente) que convergía con sus posiciones, protagonizado por personalidades como el ya citado Taylor, Elizabeth Eisenstein, William Doyle o Simon Schama.

sus manos. La razón es que la mayor parte de las propiedades de esta clase burguesa no eran comerciales sino agrarias (Comminel, 1987: 73):

Tanto la burguesía como la nobleza compartían las relaciones sociales básicas de propiedad y de cargos en el Estado que eran las formas fundamentales de extracción de plusvalor en el antiguo régimen. La misma adquisición del estatuto de nobleza era en sí misma una función de estas relaciones, y la empresa comercial era ante todo un medio de adquirir la riqueza para la propiedad de la tierra y los cargos –solo las escasas familias mercantes “internacionalizadas” de los puertos siguieron siendo burguesas o permanecieron en el comercio después de haberse vuelto ricas (Comminel, 1987: 196).

La segunda clave radica en cómo concebir la cronología y las etapas del período. En una entrevista de mediados de los años 90, Furet sostiene que su libro *Pensar la revolución francesa* (1978) ofreció una relectura original porque situó la centralidad de los acontecimientos en 1789 y en el período del Directorio (Termidor, dice Furet, “ha sido maltratado por la historiografía” y necesitaba recuperarse). Por el contrario, el período de 1793-1794 es considerado como un “patinazo/exceso temporal” respecto a una línea de desarrollo histórico (línea de progreso que no era sino la “revolución burguesa”). 1793 era el centro en la historiografía marxista y Furet, explícitamente contra estos historiadores, lo sitúa como un período subordinado (y extraño) al conjunto del proceso revolucionario (Furet, 1994). El objetivo político del revisionismo, por tanto, era terminar de deslegitimar el período *montagnard* y, de paso, socavar la legitimidad del movimiento popular. La Revolución se había convertido en una disputa entre élites. Y, por descontado, seguía siendo una “revolución burguesa”.

Pero el revisionismo presentaba sus propias limitaciones, y no menores. Lo que los revisionistas no consiguieron explicar es por qué se dio el conflicto entre revolucionarios y no-revolucionarios y cuál era la naturaleza de ese conflicto. Además, mientras la “interpretación social” pudo explicar el gran papel del movimiento popular para dar cuenta de cómo prevaleció la burguesía, en la explicación revisionista el movimiento popular desaparece del mapa. Se trataría, a grandes rasgos, de una actualización sofisticada de las posiciones del liberalismo conservador de Tocqueville (Comminel, 1987: 21).

5.4.5. Algunos problemas cruciales de la interpretación del marxismo ortodoxo

Desde la aparición del “desafío revisionista” las principales líneas argumentativas de la interpretación marxista ortodoxa han sido puestas en cuestión. No obstante, la propia crítica revisionista se ha visto incapaz de ofrecer una síntesis que recoja las principales aportaciones de la “interpretación social” (especialmente las razones del enfrentamiento entre los “revolucionarios” y los “contrarrevolucionarios”; los hilos de continuidad entre 1789 y 1793-1794, y el enorme papel del movimiento popular y sus distintos elementos). En lo que sigue recogeremos otras críticas que ha recibido la interpretación marxista-ortodoxa que no descansan, sin embargo, en los presupuestos del revisionismo. Proviene más bien de una línea historiográfica que se declara heredera de A. Mathiez y cuyos principales representantes serían los dinamizadores del seminario *L'Esprit des Lumières et de la Révolution*: Florence Gauthier, Yannick Bosc y Marc Belissa (por citar solo a los más conocidos). La interpretación de la Revolución francesa que ofrecen no considera a esta como una “revolución burguesa”, tampoco una línea republicana de democracia representativa que se ve “interrumpida” por el gobierno *montagnard* (1793-1794) y reestablecida con el Directorio, sino que más bien interpretan todo el período como “el

resultado de dinámicas impulsadas por unos movimientos políticos y sociales con programas divergentes” (Bosc y Belissa, 2017: 18; ver también Gauthier, 2018). Es decir, que entienden que existieron *varios* proyectos políticos en juego, que no estaban condenados *de antemano* al triunfo o al fracaso (en función de algún esquema teleológico). Aquí nos centraremos en subrayar algunas cuestiones clave de las que la lectura soboulana no ha conseguido dar buena cuenta y que son puestas de manifiesto por este grupo de historiadores: *i*) El problema de la Ley Chapelier; *ii*) la cuestión de la “dictadura jacobina”; *iii*) las revueltas de Germinal y Prairial (la “flor del cactus” de Rudé); *iv*) el papel del Derecho Natural y *v*) la interpretación de las disputas internas al ala izquierda de la Revolución en la primavera de 1794 en la Revolución.

i) La ley marcial y la ley Chapelier

Un argumento central a la lectura marxista-ortodoxa es la idea de que la Ley Chapelier, decretada para prohibir las asociaciones de trabajadores, no fue abolida por el gobierno *montagnard*, porque este mantenía lazos con las doctrinas del *laissez-faire* y no hacía propias las demandas de los trabajadores asalariados. Veámoslo en detalle.

La primera Ley Marcial se decreta el 21 de octubre de 1789, prohibiendo la acción directa popular que regulaba los precios contra la especulación de los productos básicos (*taxation populaire*). Mirabeau y Chapelier presentan el informe sobre la segunda ley marcial el 18 de febrero de 1790 en la Asamblea Constituyente, en la época de la segunda gran *jacquerie* y las revueltas agrarias. Sería rechazado y aprobado un decreto inspirado en el borrador de Boussion el 23 de febrero (Scotto, 2019: 82-83). La Ley Le Chapelier fue aprobada el 14 de junio de 1791 y era “un complemento preciso de la ley marcial” (Gauthier, 1992: 61). Estas leyes fueron complementadas con otra el 20 de julio de 1791, que castigaba con la pena de muerte a los segadores que intentasen subir sus pagas. Finalmente serían sintetizadas por la ley del 26 de julio que siguió a la masacre del Campo de Marte⁵⁸¹. Vemos, por tanto, que hay toda una sucesión de leyes dedicadas a la represión del movimiento popular durante el período constituyente. Y que la ley Chapelier iba inextricablemente ligada a ellas: “en la época de la Revolución Francesa, la revuelta agraria, los motines de subsistencias, las coaliciones de obreros –rurales y urbanos– aparecían juntos, y eran inseparables del régimen señorial mantenido por la Constituyente, inseparables de los procesos de formación del mercado privado mayorista, e inseparables de la empresa capitalista, del capitalismo agrario en particular” (Gauthier, 1992: 64). Todo este pack de leyes será abolido por la Convención el 23 de junio de 1793, incluida la Ley Chapelier (Gauthier, 1992: 102-103). Según Gauthier, por tanto, la Ley Chapelier sí que fue abolida⁵⁸².

Tras el golpe termidoriano, la nueva Constitución del Directorio recuperaría el espíritu y la letra de las viejas leyes marciales. El artículo 364 rescata la formulación de la Ley Chapelier y la constitucionaliza (Gauthier, 1992: 254-255). Y el 16 de julio de 1796, poco antes de la detención de Babeuf, el Directorio aprueba una ley que prohíbe prácticamente la libertad de expresión, recuperando las fórmulas de aquella ley marcial que castigaba

⁵⁸¹ Puede consultarse también el análisis bien documentado de Pablo Scotto, que ha mostrado además el clima ideológico y el precedente jurídico de esta ley en el decreto de Allarde (17 de marzo de 1791) que suprimió plenamente los gremios (objetivo planteado seriamente por primera vez por Turgot) (Scotto, 2019: 107, 110-116).

⁵⁸² La pervivencia o no de la Ley Chapelier durante el gobierno *montagnard* ha sido un asunto muy discutido. Scotto ha aportado recientemente nuevas evidencias que fundamentarían la hipótesis de su abolición (2019: 243 y ss.).

con la pena de muerte a todo aquel que osara proponer una reforma agraria, pero añadiendo dentro de los motivos de ser castigado con pena de muerte la reivindicación de las Constituciones de 1791 o de 1793 (Gauthier, 1992: 259). Cabe preguntarse entonces: ¿qué sentido tendría que los thermidorianos elevaran a rango constitucional una ley (Chapelier) que según la interpretación marxista-ortodoxa *ya se estaba aplicando* con el gobierno jacobino? Quizá sea más razonable pensar que fue introducida en la Constitución como una *reactivación* de algo que había sido suspendido, y buscaron precisamente blindarla a nivel constitucional.

ii) El problema de la “centralización” y la “dictadura”

Otra de las líneas argumentativas centrales a la interpretación marxista-ortodoxa es la lectura del gobierno revolucionario como una dictadura centralizada en el Comité de Salvación Pública (leído como poder ejecutivo del Estado revolucionario), que entraría en contradicción directa con las demandas de democracia participativa del movimiento popular.

Albert Mathiez había definido el gobierno revolucionario como una dictadura del poder legislativo o dictadura del bien común (así en *La reaction thermidorienne* o en *Le Directoire*), pero en su famosa trilogía *La Revolución francesa* (publicada entre 1922 y 1927) lo define como una “dictadura de partido”, recogiendo un modelo leninista muy artificial. Soboul y Lefebvre retoman esta idea de “dictadura de partido” pero separada de otros aspectos que Mathiez sí que incluía en su reflexión. Porque para Mathiez el Comité de Salvación Pública no era un poder ejecutivo separado del poder legislativo, sino una comisión delegada (y renovada mensualmente) por la Convención; mientras que para Lefebvre y Soboul se trataría ahora de la dictadura del ejecutivo (Bosc, 2014: 127)

Corresponde a Florence Gauthier el mérito de haber explicado la enorme confusión que ha existido (y existe) en la historiografía sobre la Revolución, que tiende a mezclar la importancia del Comité de Salvación Pública en la política de los años 1793-1794 con el hecho de que esta ostentara el poder ejecutivo, cosa que nunca hizo. El ejecutivo estaba formado por los ministros que, aunque fueran elegidos por la Convención no podían pertenecer a esta (no podían ser diputados). Participaban en el *Conseil exécutif provisoire* que promulgaba las leyes y tenía su correspondencia a nivel regional y local (departamentos, distritos, cantones comunales). El Comité de Salvación Pública sí que estaba formado por diputados de la Convención, elegidos por esta, y renovados cada mes. Su función era “la vigilancia del legislativo sobre el ejecutivo”. Sus funciones eran: asistir a las reuniones del *Conseil exécutif provisoire*, firmar decretos de urgencia y suspender los decretos del ejecutivo si fuera necesario; ordenar arrestos contra los miembros del ejecutivo; y rendir cuentas ante la Convención. Las finanzas públicas y el control de la policía no estaban entre sus funciones. Tampoco podía crear leyes *motu proprio*, aunque podía proponer legislaciones a la Convención, que era la única legitimada para legislar (Gauthier, 1992: 117). Para sostener su tesis, Gauthier recuerda que el 6 de abril de 1793 se creó el Comité de Salvación Pública por orden de la Convención y el girondino Buzot se dirige a la Convención con estas palabras:

No hay aquí reunión de poderes en manos de la Asamblea; se trata de una delegación que otorga a algunos de sus miembros el derecho de supervisión que le pertenece a aquella... Creo que no hay atisbo de dictadura, ya que este comité tiene solo una existencia intermediaria y siempre sujeta a la inspección de la Convención (citado en Gauthier, 1992: 118).

La Constitución de 1793 preveía la convocatoria de elecciones para una nueva Convención y un nuevo ejecutivo. Pero la situación era excepcional: la guerra exterior amenazaba con derrotar a la República, había estallado la rebelión de la *Vendée*, y ciudades como Lyon, Burdeos o Marsella habían caído en manos de los contrarrevolucionarios. El gobierno *montagnard* decide postergar estas elecciones hasta la llegada de la paz (Gauthier, 1992: 118). Ante el peligro inminente, el 1 de agosto de 1793 Danton propone que el Comité de Salvación Pública sea convertido en el nuevo ejecutivo, pero la Convención rechaza la propuesta. El 4 de diciembre de 1793 Léonard Bourdon vuelve a reclamar la supresión del ejecutivo compuesto de ministros para convertir al Comité de Salvación Pública en ejecutivo, pero la Convención vuelve a rechazar la idea. Ni siquiera ante los peligros más temibles la Convención aceptó transformar al Comité de Salvación Pública en el poder ejecutivo.

Sin embargo, entre septiembre y diciembre de 1793 son Saint-Just y Billaud Varenne quienes proponen reorganizar el ejecutivo. Su diagnóstico es que el legislativo funcionaba muy bien, que las leyes eran justas, pero que no se hacían cumplir. Hacía falta llevar la revolución, que ya había llegado al legislativo, también al poder ejecutivo. ¿Cómo hacerlo? Aumentando la vigilancia sobre este. Se decide que todos los poderes ejecutivos (estatal, regional, local) deben tener un calendario de publicación y aplicación de leyes que deben cumplir, y además deben rendir cuentas de su actuación cada diez días (Gauthier, 1992: 121-122)⁵⁸³.

Como a veces se ha tendido a sostener que los representantes en misión (los famosos “procónsules”) fueron los precedentes de los “prefectos” de Napoleón, Gauthier recuerda que los representantes en misión de la etapa jacobina eran diputados de la Convención (por tanto, del legislativo) enviados por un tiempo limitado por decisión de esta y rendían

⁵⁸³ Aquí existe un punto de discrepancia fuerte con la interpretación marxista-ortodoxa en términos empíricos: ¿cuáles eran *realmente* las competencias del Comité? Rudé sostiene que el Comité de Salvación Pública “controlaba a los ministros, colocaba a los generales, conducía la política exterior y purgaba y dirigía a los gobiernos locales (...) los viejos procuradores de los departamentos y comunas fueron reemplazados por ‘agentes nacionales’ que solo respondían ante el gobierno central” (Rudé, 1975: 41); pero también “acusaba a sospechosos ante el Tribunal Revolucionario enviando sus propias instrucciones a Fouquier-Tinville (...) y en abril [de 1794] creó su propia policía” (Rudé, 1975: 116). Más recientemente Cock ha recuperado algunos documentos que vendrían a manifestar que sí que hubo una cierta *concentración* de competencias en el Comité. Por citar un ejemplo clave: el 18 de septiembre de 1793 el Club de los Cordeleros envía una petición a la Convención (que abrirá un debate en esta y en los jacobinos) solicitando que el Comité de Salvación Pública no tenga las competencias que se le quieren atribuir: “Legisladores, antes de ser severos, hace falta que sean justos, y ustedes no pueden, sin dañar los derechos más sagrados, sin llevarnos al despotismo, borrar la línea de demarcación que existe entre ustedes y el consejo ejecutivo” (Imp. du Club des Cordeliers, s.d., in-folio. Bibliothèque de la Chambre, Collection d’affiches, Carton 4, chemise 9, n°9, citado en De Cock, 2001: 112). Mathiez también sería defensor de esta idea de *concentración* de competencias en el Comité. Porque al principio el Comité solo tiene la competencia de vigilar a los ministros y proponer medidas provisionales a la Convención. Pero luego va ganando más competencias, como poder acusar directamente a sospechosos ante el Tribunal Revolucionario (ley del 27 de germinal) que hasta entonces solo tenía el Comité de Seguridad General (Mathiez, 1935c: 212). O, por votación de la Convención el 13 de septiembre, ser la institución encargada de proponer el listado de miembros que deberá formar el Comité de Seguridad General (aunque su aprobación dependa de la Convención) y que todos los demás Comités serían renovados por mediación del Comité de Salvación Pública. También es la institución que propone la lista de miembros del Tribunal Revolucionario (Mathiez, 1935c: 97). A partir del 25 de septiembre los representantes en misión que antes se comunicaban directamente con la Convención ahora deben subordinarse al Comité (Mathiez, 1935c: 72). El Comité renueva a todo el Estado Mayor de generales entre septiembre y octubre, nombrando a generales como Jourdan, a Pichegru, a Hoche. Posteriormente, con la ley del gobierno revolucionario del 4 de diciembre de 1793, el Comité ganaba la competencia de vigilar y destituir a todos los cuerpos constituidos por elección (Mathiez, 1935c: 86).

cuentas ante ella. Por el contrario, los prefectos de Napoleón eran los agentes de una administración (ahora sí) centralizada y rendían cuentas solo ante este⁵⁸⁴.

Siguiendo con esta línea argumentativa, que pone en cuestión el carácter “dictatorial” del gobierno revolucionario del año II, los historiadores Yannick Bosc y Marc Belissa han optado por una estrategia innovadora que consiste justamente en evaluar cómo fue evaluado y juzgado el gobierno revolucionario por los termidorianos. El gran portavoz de la Convención termidoriana, Boissy d’Anglas, defensor del sufragio censitario, consideró que las secciones y asambleas primarias (la base del movimiento popular durante el Terror) eran una fuente de “anarquía” porque concentraban demasiado poder en un “pueblo” que estaba “constantemente deliberando” (un “pueblo” entendido como sujeto político construido y desatado por la Declaración de 1789 y al que hacía falta ahora doblegar). Al mismo tiempo, la Constitución de 1793 contenía el terrible error de reconocer el derecho a la insurrección, y toleraba un ejecutivo demasiado débil (retórica que motivaría la concentración del poder ejecutivo en las manos de cinco *directeurs*). Como han escrito los autores: “extraña ‘dictadura’ esta, en efecto, cuando favorece la deliberación de los ciudadanos, organiza la oposición y autoriza las insurrecciones – ambas cosas criminales a ojos de los termidorianos” (Bosc y Belissa, 2017: 39).

En este sentido, es importante señalar que Rudé no habla de “dictadura” jacobina. Habla de un sistema de gobierno más autoritario y centralizado, que se creó como una solución al llamado problema de la “anarquía” (las rebeliones internas y la imposibilidad de aplicar las leyes en todo el territorio francés). Pero Rudé sostiene que esta solución entró en conflicto con las aspiraciones de democracia directa del movimiento popular que reclamaban que se pusiera en vigor la Constitución de 1793. Por tanto, el gobierno revolucionario acabó con la “anarquía”, pero esto supuso el fin “de la iniciativa popular” (Rudé, 1988b: 102).

iii) Las revueltas de Germinal y Prairial

Mientras que para Rudé estas revueltas representaban el momento en el que por fin los *sans-culottes* tenían liderazgo y demandas absolutamente autónomas (un momento efímero al que denomina “la flor del cactus”), para Mathiez tanto como para Gauthier o Bosc y Belissa, se trata por el contrario de un momento en pura continuidad con la política *montagnard*. ¿Por qué? En primer lugar, porque los rebeldes de Germinal y Prairial no solo reivindican medidas contra la carestía de la vida (*la vie chère*), sino que reclaman “*du pain et la Constitution de 1793*”, así como la puesta en libertad de los diputados jacobinos encarcelados. Pero, en segundo lugar, porque las revueltas estallan justo cuando la Comisión formada por la Convención termidoriana para evaluar cómo aplicar la Constitución de 1793 decide que es inaplicable y hace falta sustituirla por un nuevo texto. Es decir, que las revueltas de Germinal y Prairial, frente a lo que pensaron Soboul y Rudé, eran *intrínsecamente* políticas, y en una línea política que estaba en clara continuidad con la política *montagnard*, y no en disonancia con esta (Bosc y Belissa, 2017).

⁵⁸⁴ “Los primeros esfuerzos de la Revolución habían destruido esta gran institución de la monarquía, que fue restaurada en 1800. No son, como se ha dicho tantas veces, los principios de 1789 en materia de administración, los que triunfaron en esa época y después; sino al contrario, serán los principios del Antiguo régimen los que volvieron a ponerse en vigor y permanecieron posteriormente” (A. de Tocqueville, *L’Ancien Régime et la Révolution* (1856) Laffont, 1986, L. II, Cap. 5, p. 989, citado en Gauthier, 2018).

iv) **Derecho natural**

Tanto Gauthier como Bosc se han esforzado en rescatar la lectura de Buonarroti (que también compartirán Pierre Leroux o Godefroy Cavaignac), que con su obra *La conspiración de los iguales de Babeuf* (1828), mostró los hilos de continuidad entre Babeuf y Robespierre (véase la carta de Babeuf a Chaumette del 7 de mayo de 1793 en Gauthier, 1992: 108). De acuerdo con esta visión, el campo político durante el período revolucionario quedaba dividido entre los defensores del Derecho Natural, amigos de la igualdad y defensores de los trabajadores, y los privilegiados “partisanos de la opulencia y de las distinciones” (Bosc, 2013; Gauthier, 1992). Será Albert Mathiez el primero en explicar de forma sólida cómo la pérdida de este *hilo rojo* se debió al triunfo del marxismo de la II Internacional tras la caída de la Comuna de París (1871), porque, aunque Mathiez reconocía que los orígenes sociales de los *montagnards* eran burgueses, sin embargo “desarrollaron una política de clase solo por mandato. Se convirtieron en los agentes del poder de la clase popular” y esto solo es “suficiente para diferenciarlo profundamente de la política girondina” (A. Mathiez, «Girondins et Montagnards», conferencia en 1923, reimpresa en *Girondins et Montagnards*, Paris, Firmin-Didot, 1930, p. 11; citado en Bosc, 2013: 111). Sin embargo, el propio Mathiez se habría olvidado de la centralidad del Derecho natural, por lo que la pionera obra de Gauthier *Triomphe et mort du droit naturel en Révolution 1789-1795-1802* (1992) supone un parteaguas para este grupo de historiadores.

El Derecho natural está ausente de la narrativa del marxismo ortodoxo, pero justamente era el marco normativo que motivaba, articulaba y daba sentido a las diferentes iniciativas políticas, que disputaban entre sí precisamente el cómo entender el contenido de los derechos naturales (Gauthier, 1992: 41). Sin estudiar el desarrollo interno de estas disputas no se pueden apreciar los motivos que llevaron al gobierno *montagnard* a tomar decisiones tan claves como abolir la esclavitud en las colonias, un asunto que pasa desapercibido con frecuencia en el relato de Rudé y Soboul (para una reflexión sobre la relación entre republicanismo y derecho natural véase el epígrafe 1.2. en esta tesis).

v) **La cuestión de las facciones (indulgentes, hébertistas) durante la primavera de 1794**

En el relato del marxismo ortodoxo, la principal oposición al gobierno liderado por Robespierre proviene de su ala derecha (los “indulgentes” liderados por Danton y Desmoulins) y de su ala izquierda (los “hébertistas” y “*enragés*” liderados por Hébert, Chaumette, Roux, Vincent, Varlet, etc.). Una de las características básicas de este relato es que el “ala izquierda” que se opone al gobierno de la Montaña presenta una cierta homogeneidad política, quedando amalgamados en un solo conjunto (los llamados “ultras”) lo que serían grupos bien distintos: hébertistas, *enragés*, Marat, *cordeliers* y hasta *sans-culottes* en su conjunto (p. ex. en Rudé, 1975: 44-45). En lo que sigue trataremos de poner de manifiesto algunas diferencias entre estos grupos para mostrar que el relato de un “ala izquierda” políticamente homogénea, representante del *menu peuple* y opositora a la Montaña hace aguas por todas partes.

El Club de los Cordeleros

Sobre los Cordeleros corren multitud de errores históricos y han caído todo tipo de mitos. En el siglo XIX era la encarnación de la faceta popular de la Revolución. En el siglo XX llegaron a ser una suerte de pre-proletariado. Se suele decir que fue un Club fundado por

Marat y Danton, pero estos nunca fueron miembros del club. No tenían carta de pertenencia, ni eran miembros activos ahí, aunque intervinieron alguna vez esporádica en calidad de invitados (De Cock, 2001: 15). El club ni siquiera era un club de barrio, aunque siempre se le ha confundido como tal. Era una asamblea popular, que se creó al calor de los debates de las secciones (reuniones en los distritos de París que iban conformando el poder paralelo de la “Comuna” contra el Municipio de París de Bailly y Lafayette) (De Cock, 2001: 22). Anteriormente se llamaba *Société des Amis des Droits de l’Homme et du Citoyen*. ¿Por qué adoptaron el nombre de “Cordeleros”? Porque hasta mayo de 1791 se reunían en el “Distrito Cordeleros” y porque este distrito había sido muy heroico en el movimiento popular entre 1789-1790. Su primera reunión viene de cuando se convocan los Estados Generales, y para elegir a los diputados a la Asamblea Nacional, se forman asambleas de electores, que en París se reunían en las iglesias. Siendo la de los Franciscanos o “Cordeleros” el lugar donde se fundaría este Club. Pero posteriormente el “Distrito Cordeleros” iba a desaparecer, siendo integrado por la Sección Teatro-Francés, que pasaría a tener sus asambleas populares en ese mismo convento franciscano (De Cock, 2001: 25). Al mismo tiempo, algunos miembros destacados de la sección Teatro-Francés como Vicent, Momoro o Legendre eran miembros destacados del Club (De Cock, 2001: 44). De ahí la confusión tan repetida entre el “Club” político interdistrital y las asambleas de sección distrital. Esta confusión está presente en la narrativa del marxismo ortodoxo.

Las sociedades populares

Eran la base organizada del movimiento popular. Fueron creadas sobre todo a partir del verano de 1790 en París, pero se extendieron rápidamente por todo el país. La primera de todas, fundada por un maestro pobre de escuela, Claudio Dansard, celebraba sus sesiones en una de las salas del convento de los Jacobinos donde se reunían estos. Marat percibe la potencia de la iniciativa de Dansard y comienza a apoyar la creación de más sociedades (Mathiez, 1935a: 193-195). Vemos, por tanto, que desde el primer momento estas nacen más o menos vinculadas a líderes e instituciones de los jacobinos. La alianza orgánica entre el Club Jacobino y las clases populares no espera al verano de 1793 como explicaron Soboul o Rudé: está presente desde al menos 1790, y fue clave para organizar eventos como la insurrección del 31 de mayo de 1793 (Mathiez, 1935b: 244-245). En mayo de 1791 los cordeleros y las sociedades fraternales se federan y se elige un comité central presidido por Robert. Intentan atraerse el apoyo de los obreros. Protestan ferozmente contra la Ley Chapelier. Robespierre apoya a Robert en sus críticas contra el sufragio censitario y provocan una reacción del ala derecha de la Asamblea: “la agitación se extiende a las ciudades de provincia y toma, manifiestamente, el carácter de lucha de clases. El conjunto de los periódicos lafayettistas denuncia a los demócratas como anarquistas que van en contra de la propiedad” (Mathiez, 1935b: 195). Bajo esa etiqueta de “anarquistas” entraron tanto los jacobinos como el conjunto de los *sans-culottes*.

Sin embargo, según Mathiez (en línea en este punto con Soboul y Rudé), en un determinado momento el gobierno *montagnard* acabó oponiéndose a las sociedades populares y clausurándolas. Este sería el significado de la declaración de Saint-Just en sus *Instituciones*: “La Revolución se ha congelado, todos sus principios se han debilitado y ya no quedan más que los gorros frigos llevados por la intriga. El Terror ha herido al crimen, como los licores fuertes castigan al paladar” (citado en Mathiez, 1935c: 185; cita repetida en múltiples ocasiones por Soboul y Rudé).

El “cura rojo” Jacques Roux y los *enragés*

Jacques Roux era conocido como ultraizquierdista, había participado en los saqueos de una tienda en la primavera de 1793. Participaba en la asamblea de la sección de Gravilliers, y aunque empezó a destacarse como orador exaltado, no era necesariamente un líder con grandes apoyos populares: cuando intentó ser elegido diputado para la Convención en agosto de 1792 solo cosecharía dos votos (Mathiez, 1935b: 79). Propuso ante el Club de los Cordeleros, el 20 de junio 1793, al hilo del debate preconstitucional, una moción que le haría famoso: “La nación debe proteger la libertad de comercio, pero castigar con la pena de muerte la especulación y la usura” (De Cock, 2001: 100). El líder popular Hébert secunda la moción y se manda una diputación a la Comuna para añadir esa enmienda a la Constitución. Pero Hébert había alabado la Constitución de 1793 en su discurso, mientras que Roux, desde el día 22, cambió su discurso y empezó a defender que la Constitución no serviría para nada si no se añadía su artículo (De Cock, 2001: 102). ¿Qué quería Roux? En palabras de Cock: “está claro que provocar una ruptura entre la Montaña y el movimiento seccionario” (De Cock, 2001: 104)⁵⁸⁵. Como dice Mathiez, “nada hay en Roux de comunismo y sí solo amenazas terroristas contra los abusos de la propiedad” (Mathiez, 1935b: 76). Porque en sus intervenciones no había propuestas constructivas, solo pedía sangre. Cock ubica a Roux en las maniobras ultraizquierdistas del conocido como “Club del Obispado” o “Arzobispado” que hacía campaña contra la Montaña. Pero los jacobinos detectaron la maniobra, y enviaron a 12 comisarios de su propio Club para aclarar ante los Cordeleros las perfidias de Roux. Colloit D’Herbois, Robespierre, Legendre y Hébert acusan a Roux de fanatismo, crimen y perfidia (De Cock, 2001: 104). Mathiez señala que ninguno de los principales líderes populares simpatizaba con los *enragés* “Marat les era hostil y Hébert se reservaba y buscaba acomodo en la Montaña” (Mathiez, 1935b: 176). Una de las virtudes de la investigación pionera de Cock sobre los cordeleros es haber diferenciado claramente entre los ultrarrevolucionarios (*enragés*), que se reunían en el Obispado y buscaban la caída de la Convención y la caída de la Montaña, frente a los cordeleros que apoyaron a los *montagnards* y su Constitución⁵⁸⁶.

Los hébertistas (Hébert, Vincent, Momoro, Carrier, Ronsin, Billaud-Varenne, Collot d’Herbois y Granet)

No eran *enragés*, aunque el relato marxista-ortodoxo tiende a confundirlos. Aliados de la Montaña en términos generales, desde la muerte de Marat jugaron un papel de presión sobre la Convención jacobina para intentar que las demandas del movimiento *sans-culotte* (medidas excepcionales contra los acaparadores y la aplicación de las leyes del Maximum) llegaran a convertirse en decretos y leyes. El 5 de septiembre Hébert consigue que una manifestación encabezada por los principales líderes del Ayuntamiento (incluido el alcalde *montagnard* Pache y el líder popular Chaumette) llegue a la Convención. Fue

⁵⁸⁵ Tras el intento de insurreccionar a la población urbana contra el gobierno de la Montaña, este clausurará el Club del Arzobispado, y será la propia sección de Gravilliers la que renegará de Jacques Roux (Mathiez, 1935c: 43).

⁵⁸⁶ Cock recuerda las palabras de Marat contra los *enragés* del Obispado cuando pidió su expulsión del Club *cordelier*: “La más cruel de todas las plagas que tenemos que derrotar para hacer triunfar la libertad no son los aristócratas, los realistas ni los contrarrevolucionarios, sino los falsos patriotas exaltados que se valen de su máscara de civismo para engañar a los buenos ciudadanos y lanzarlos a cometer actos violentos, peligrosos, imprudentes y desastrosos” (*Publiciste de la République française*, 4 de julio de 1793, *OEuvres politiques*, tomo X, p.6612; citado en De Cock, 2001: 105).

entonces cuando, a propuesta de Danton, se vota la remuneración de los trabajadores que asistieran a las asambleas de sección (40 sueldos) y se reducirían estas a dos por semana. El otro resultado de esta agitación *hébertista* fue que Billaud-Varenne, Collot d'Herbois y Granet entrasen a formar parte del Comité de Salvación Pública. Por medio de ellos “el hébertismo se hallaba ahora representado en el Gobierno” (Mathiez, 1935c: 59-60). Puede comprobarse, entonces, que no eran un frente de oposición al poder institucional de la Montaña, sino una facción política primero *aliada* y posteriormente *interna* a este⁵⁸⁷.

La Comuna de París y el alcalde Pache⁵⁸⁸

Según Mathiez, las relaciones entre el Ayuntamiento y los *montagnards* fueron buenas. El 22 de agosto de 1792, poco después de la insurrección, ambos manifestaban un programa unido: “reclamaron para el pueblo el derecho a sancionar la Constitución y las leyes y el de revocar a los diputados; es decir, que querían aplicar a la letra los preceptos del *Contrato Social*, instituyendo el referéndum y el mandato imperativo” (Mathiez, 1935b: 55). Según la lectura sobouliana, el gobierno revolucionario desde verano de 1793 suprime las elecciones municipales y la autonomía de la Comuna de París. El objetivo es controlar al movimiento popular y tranquilizar a la burguesía a la que en esos momentos se le están dando los mandos de la producción de guerra. Larne identifica una contradicción en esta lectura, que sostiene que la Comuna de Pache (con apoyo de Chaumette y Hébert) se dirigió a controlar y reprimir el movimiento popular, pero que al mismo tiempo la Comuna se puso del lado de este movimiento frente al gobierno central jacobino⁵⁸⁹.

Un punto de verdad en el marxismo-ortodoxo

Como hemos tratado de mostrar, la lectura marxista ortodoxa enfrenta diversos dilemas, que van más allá de los puntos de fuga señalados por los revisionistas. La interpretación sobouliana es incapaz de explicar los puntos de conexión (la filosofía política compartida) entre el programa político jacobino y el del movimiento popular; el papel del Comité de Salvación Pública en relación con la arquitectura institucional del gobierno revolucionario; la centralidad del Derecho natural; y las diferencias internas de eso que ha llamado el “ala izquierda” del movimiento popular. El otro gran problema del relato marxista-ortodoxo tiene que ver con su incapacidad para explicar la popularidad de Robespierre entre el *menu peuple*, y el enorme apoyo que otorgó esta al gobierno *montagnard* (respondiendo a la leva en masa de un millón de hombres, poniendo en marcha sus planes contra el acaparamiento, asistiendo a las fiestas civiles, etc.). El único recurso que se utiliza para explicarlo es la “manipulación”. Pero inevitablemente esto levanta la pregunta: ¿por qué los *sans-culottes* fueron manipulados por los *montagnards*,

⁵⁸⁷ Otro de los puntos que el relato marxista estándar no recoge son las propias divisiones internas entre los hébertistas (por ejemplo, el famoso líder Chaumette, que acabó pasándose al bando de los indulgentes, siendo reprendido por Billaud-Varenne que le acusaba de “dejar para la Convención la parte odiosa de las medidas rigurosas” que previamente habían reclamado) (Mathiez, 1935c: 136).

⁵⁸⁸ Para una introducción a la bibliografía sobre las interpretaciones estándar (liberal y marxista) de la Comuna de París y del alcalde Pache durante la Revolución, véase (Larne, 2017: 29-65).

⁵⁸⁹ Para una argumentación de por qué no tiene sentido sostener que la Ley Chapelier fuera invocada por Pache y la Comuna contra las protestas obreras que se dirigieron contra la ley del *maximum des salaries*, véase la tesis de Larne (2017: 225). Larne recoge el debate que hubo sobre si reinstaurar la Ley Chapelier o no, en la que la alcaldía consiguió imponer su visión, esto es, que no se reimplantara. De la misma manera señala que también hubo huelgas legalizadas y no reprimidas por la Comuna.

pero no por la realeza contrarrevolucionaria y los *emigrés*, por la burguesía girondina o por la nobleza revolucionaria? ¿Y no resulta paradójico que los grandes defensores de la “autonomía” de los movimientos populares *sans-culotte* y campesino acaben defendiendo que estos fracasaron porque fueron manipulados por sus socios?

No obstante, es necesario matizar nuestra crítica. Porque de la misma manera que hemos subrayado las diferencias entre los *enragés* y los cordeleros, hace falta recordar que sí que existió en determinado momento una oposición por parte del Club cordelero al gobierno revolucionario *montagnard* (motivada en gran parte por la detención de algunos de sus líderes como Vincent y Rosin). Y de estas diferencias, los historiadores afines a Mathiez mencionados no han dado cuenta, en la medida en que han centrado su atención sobre todo en la *filosofía política* que unifica al movimiento popular con los *montagnards*. Por otro lado, existen algunos puntos oscuros sobre por qué los *montagnards* tardaron tanto en asumir y defender en público el programa del Maximum, que llevaba tiempo siendo reclamado por el movimiento popular⁵⁹⁰.

Es razonable suponer que los *sans-culottes* podían tener roces con el gobierno de corte jacobino cuando en septiembre de 1793 volvieron los disturbios, y Robespierre se refirió a ellos como:

una conspiración para matar de hambre a París y para hundirla en la sangre y la desesperación (...) los busca-problemas y los bribones han unido sus grupos ante las panaderías (...). Pache [el alcalde *montagnard*] no está siendo asediado por el pueblo, sino por un manojito de intrigantes que están maltratándole, insultándole y amenazándole (citado en Rudé, 1975: 185).

Cock recuerda las palabras de Saint-Just cuando los robespierristas se determinan a clausurar las sociedades populares:

Las sociedades populares fueron una vez templos de la igualdad; los ciudadanos y los legisladores vinieron a meditar sobre la derrota de la tiranía, la caída de los reyes, los medios para fundar la libertad. En las sociedades populares hemos visto al pueblo, unido a sus representantes, para iluminarlos y juzgarlos; pero desde que las sociedades populares están llenas de seres artificiales que gritan por su ascenso a la legislatura, al ministerio, al generalato, desde que en estas sociedades hay demasiados funcionarios públicos y muy pocos ciudadanos, del pueblo no queda nadie (Saint-Just, 13 de marzo de 1794, citado en De Cock, 2001: 134).

⁵⁹⁰ Según Mathiez, la Montaña de París titubeaba ante la idea del Maximum. “Ningún diputado montañés había reclamado la tasa, ni aun el mismo Fayau (...) ni el mismo Levasseur (...) ni aun el mismo Robespierre (...) se habían limitado a pedir el mantenimiento de la reglamentación acordada en el mes de septiembre” (Mathiez, 1935b: 172-173). Los jacobinos habían tenido una actitud prudente y reservada, y cuando el ayuntamiento y las secciones de París habían reclamado la tasa el 29 de noviembre de 1792, ellos “habían rehusado hacer manifestaciones de clase alguna. No es, pues, extraño que los agitadores populares les guardasen también rencor” (Mathiez, 1935b: 173). Cuando los *enragés* están ya atacando a la Montaña en París, los *enragés* de Lyon consiguen convencer, a través de Hidins, a los jacobinos de Lyon. Estos empezarán a presionar a sus colegas parisinos para que adopten la tasación de precios de los artículos de primera necesidad (Mathiez, 1935b: 175). “Los montañeses se dan cuenta de la gravedad de la crisis económica. Para mantener su contacto con las masas adoptan y hacen votar, sin duda un poco de mala gana, la mayor parte de las medidas propuestas por los *enragés*: primero el curso forzoso del asignado (11 abril) después la fijación del precio máximo para los trigos (4 de mayo)” (Mathiez, 1935b: 231).

5.4.6. Conclusión. ¿Hacia una lectura republicano-marxista de la Revolución?

Según Harvey Kaye, el trabajo historiográfico de Rudé sobre la Revolución francesa habría ido evolucionando desde el marxismo-ortodoxo hacia una postura “republicano-marxista”:

Debemos reconocer que, aunque el propio Rudé no lo llevó a cabo personalmente, sus obras, afirmando y destacando la centralidad de las luchas desde abajo, realmente cuestionaron la tesis de la revolución burguesa y contribuyeron en gran medida a plantear la necesidad de un análisis histórico materialista renovado y, por tanto, ¡de una interpretación profundamente actualizada de la Revolución! (Kaye 2007 [1992]: 100).

Como hemos podido analizar hasta aquí, probablemente Kaye fuera demasiado lejos con su optimista visión de Rudé. Hemos considerado aquí algunas matizaciones y cambios relativamente importantes (particularmente en lo que atañe a su valoración del período *montagnard*)⁵⁹¹. Lo cual no deja de ser hasta cierto punto paradójico, puesto que, como vimos a lo largo del presente capítulo, sus puntos de vista sobre temas tan fundamentales como la relación entre las ideologías tradicionales en la multitud, la política institucional o el papel del derecho natural sí que se vieron alteradas. Sería razonable suponer que si Rudé hubiese aplicado su nueva teoría de la ideología al estudio de la Revolución francesa (sin autoconstrañarse en el relato marxista-ortodoxo de Lefebvre y Soboul) podría haber llegado a posiciones diferentes. Si hubiera revisado a fondo sus propios esquemas interpretativos podría haber encontrado, quizá, que la “flor del cactus” (ese fugaz momento de plena autonomía de los *sans-culottes*) era todo un jardín, uno cultivado desde la vieja *Guerre des farines* y las extendidísimas *taxations populaires* hasta (por lo menos) el gobierno *montagnard*. Un jardín cuyo polen sembrarían el campo de las nuevas fuerzas socialistas por venir (véase Capítulo 4).

Si nos negamos a aceptar la estratagema de Soboul con la que intentó responder al revisionismo (esto es, considerar que los intereses de esa clase burguesa en ascenso inexorable estaban representados no ya por la alta burguesía —ahora reconocida como aliada de la nobleza en la persecución de propiedades agrarias—, sino por la pequeña burguesía productora, que tenía intereses opuestos a los “pequeños consumidores”, véase *supra*), entonces sería difícil sostener que la Revolución favoreció a la clase burguesa. En esto, parece que el revisionismo llevaba la razón. La alta burguesía costera de Marsella, Nantes o Burdeos se vio perjudicada por la Revolución, a causa de las guerras, la exitosa revuelta de esclavos en Santo Domingo y la abolición de la esclavitud en las colonias por la Convención Jacobina (hasta que Napoleón la reinstauró). En 1815 el nivel de comercio exterior de Francia estaba a la mitad del volumen que tenía en 1789 y la población de las tres ciudades anteriormente citadas cayó por este declive del comercio (McPhee, 2013: 224).

Pero si contemplamos el asunto en el largo plazo, es cierto que distintas medidas como la liberalización del comercio de grano en 1789-1791, y luego 1795 en adelante; la abolición del feudalismo y sus tributos como manera de explotar la tierra; el fin de algunos

⁵⁹¹ En el prólogo que escribió para la obra de George Comminel ya citada —es necesario recordar que Comminel pasó unos meses de estancia de investigación con Rudé— dirá: “El libro de George Comminel es una obra contundente y polémica que está destinada a levantar las críticas de los historiadores de la Revolución, tanto de aquellos a los que el autor denomina ‘revisionistas’ como aquellos a los que denomina ‘marxistas ortodoxos’, y de otros a los que propone ‘revisar’ sus juicios. Pero es también un libro muy argumentado, original y con buena investigación detrás, realizado por un joven historiador cuyos argumentos, aunque sea un recién llegado en este campo, merecen ser cuidadosamente examinados y ampliamente leídos” (prefacio en Comminel, 1987).

privilegios fiscales para la nobleza; la abolición de los gremios; la creación de un sistema de pesos y medidas unificado; la abolición de peajes y aduanas y, sobre todo, la extensión de los *codes* napoleónicos, facilitarían posteriormente –¡pero no como resultado inmediato!– la extensión del capitalismo en Francia. Ahora bien, interpretar que todas estas políticas forman parte de *una* Revolución no es sostenible después de haber visto los distintos programas políticos que sostuvieron las diferentes facciones en pugna y que eran sustancialmente incompatibles. ¿Cómo seguir hablando de *una* “revolución burguesa” cuando hasta el propio Lefebvre habló de *cuatro* revoluciones diferentes para el mismo período (noble, burguesa, campesina y *sans-culotte*)?

Quizá lo máximo que podamos sostener de la etiqueta “revolución burguesa” sean estas palabras de Comminel, que rebajan tanto el contenido de la etiqueta que casi la hacen desaparecer: “no existen evidencias para apoyar ningún aspecto de la ‘teoría’ de la revolución burguesa excepto que, en algún sentido, el liderazgo de la Revolución vino a estar en manos de la burguesía, y que esta identificó a sus oponentes como la aristocracia” (Comminel, 1987: 182).⁵⁹² Poco queda entonces del envite que pretendía tener el concepto y nada queda del esquema etapista.

¿Qué papel jugó Rudé en toda esta historia? Munro destaca que hay cierto consenso en que a partir de los ochenta Rudé había agotado su creatividad, su metodología ya no era novedosa, y aunque había inspirado a muchos grandes historiadores posteriores y formado a jóvenes estudiantes, ya no realizó contribuciones relevantes (Munro, 2014). Sea verdad esto o no, es cierto que la apuesta de Rudé por intentar revalorizar el movimiento popular (y en parte el gobierno jacobino) en vísperas del gran momento revisionista protagonizado por Furet con motivo del bicentenario de la Revolución suscitó una reacción acalorada, y su último libro en vida (*The French Revolution* de 1988) fue “salvajemente atacado por los guerreros fríos que en el año del bicentenario prefirieron una vez más enterrar el año 1789 en lugar de alabarlo” (Hobsbawm, 1993). En este sentido, aunque la tesis de la “flor del cactus” se mostraba palmariamente insuficiente, su conocimiento profuso de la Revolución le permitió reivindicar unos principios normativos inexcusables para un intelectual marxista en una época de reflujo político y retirada. Y es que, a pesar de todos sus límites, Rudé tenía claro que había algunas batallas que se habían librado en la Revolución que seguían interpelándonos, exigiendo que el presente estuviera a la altura de ese pasado no realizado:

Podría parecer que las viejas ideas liberales de 1789, que parten de la temprana revolución en Francia, hayan quedado absorbidas o hayan perdido su relevancia, pero pensar así sería un profundo error (...). La batalla por los Derechos del Hombre continúa y, a pesar de los nuevos eslóganes y líderes, hoy en día es una batalla tan relevante como lo fue hace 200 años (Rudé, 1988b: 178).

⁵⁹² McPhee lo ha expresado así: “podría resultar mucho más esclarecedor el considerar a la élite de la burguesía como un grupo que buscaba ingresar en el mundo de la aristocracia modificándolo al mismo tiempo sin darse cuenta (...). Aunque entre la burguesía no había conciencia de clase con un programa político, sí había, sin lugar a duda, una enérgica crítica de los órdenes privilegiados” (McPhee, 2013: 34-35).

Conclusiones

En esta investigación he elaborado una interpretación del pensamiento político de E. P. Thompson a la luz de la teoría política republicana y de la historia del pensamiento de las tradiciones republicana y socialista. A lo largo de estas páginas he defendido que la presencia del republicanismo en Thompson ha sido una cuestión tradicionalmente olvidada por los especialistas en su obra, y una que merecía la pena reconstruir porque nos aporta herramientas imprescindibles para mejorar nuestra comprensión no solo de los escritos e intervenciones del historiador británico, sino también de cómo los principios republicanos sobrevivieron en el siglo XX bajo nuevas formas y expresiones. Llegados a este punto, es menester sintetizar los principales hallazgos. He dividido las conclusiones en dos secciones: en la primera, ofrezco un listado de los principales resultados de cada capítulo y, en la segunda, presento una valoración general sobre el historiador.

(1) El republicanismo es una de las principales tradiciones políticas occidentales. Desde mediados del siglo XX se ha ido configurando un *corpus* de estudios sobre esta tradición (“neorrepublicanismo”) que, además de rescatar su historia, tiene la pretensión de dotarnos de herramientas para debatir y pensar los problemas políticos actuales.

(2) El concepto de libertad como “independencia” o “no-dominación” ocupa un lugar central en la tradición republicana, en la medida en que se percibe como el principal objetivo de la República, y se define en contraposición a una noción amplia de “esclavitud” entendida como la dependencia respecto al *arbitrium* de un tercero (que puede ser una instancia privada –*dominium*– o puede ser la propia autoridad pública –*imperium*–).

(3) De cara a garantizar la libertad, los republicanos concibieron el poder político como un mandato fiduciario en el que los ciudadanos son el Principal y la autoridad es el Agente, que existe exclusivamente para cumplir con los intereses de aquel. En el seno de esta concepción fiduciaria los republicanos ofrecieron la primera formulación democrática (“soberanía popular”) que ha tenido repercusiones jurídicas de calado en el derecho público y en el diseño institucional modernos.

(4) El campo de estudios “neorrepublicano” ha sido puesto en cuestión recientemente por investigadores que, compartiendo los presupuestos normativos republicanos, colman los vacíos de temas que hasta ahora habían sido menos estudiados. Sus contribuciones nos permiten hablar de un “giro social” en los estudios del republicanismo.

(5) Los críticos señalan que los autores neorromanos han construido una idea del republicanismo demasiado dependiente de presupuestos liberales. Ideas como “republicanismo”, “soberanía popular” y “democracia” fueron artificialmente divorciadas, invisibilizando la tradición del republicanismo radical y democrático. Los críticos ofrecen nuevas interpretaciones históricas que dan mayor espacio a la complejidad que caracterizó al mundo moderno y contemporáneo, aportando solidez a las pretensiones de vigencia de los valores republicanos.

(6) Se ha mostrado cómo el escepticismo hacia el derecho natural no parece justificado: el iusnaturalismo es un discurso que puede adoptar muchas formas, no necesariamente la

del individualismo liberal, y los neorrepublicanos no han sabido hasta ahora dar cuenta de la centralidad que ocupa en muchos pensadores del canon republicano. Por otro lado, las objeciones consecuencialistas al iusnaturalismo presentan puntos flacos y merecerían una reevaluación.

(7) La “no-dominación” tiende a definirse en contraposición a la “no-interferencia”, una noción más cercana a la tradición liberal. Los neorrepublicanos aciertan al señalar que el de “no-interferencia” es un concepto normativamente poco exigente y empíricamente poco informativo. Pero se ha tendido a generar un muñeco de paja de la tradición liberal, sin percibir su enorme variedad histórica, al equipararla mecánicamente con la “no-interferencia”. El liberalismo doctrinario de principios del siglo XIX o el “nuevo liberalismo” de finales del mismo siglo, por ejemplo, escapan a esa simplificación.

(8) El neorrepublicanismo ha tendido a pasar de puntillas por las cuestiones sociales y económicas. La tradición histórica, por el contrario, sostuvo una noción *propietarista* de libertad, atendiendo a las vinculaciones entre la estructura de la propiedad y las formas de gobierno, esto es, a las condiciones materiales de la libertad. Algunos autores han apuntado que existen formas republicanas de comprender la propiedad (que ponen en cuestión la noción absolutista, exclusiva y excluyente, de propiedad) y otros han ido más lejos al mostrar que los derechos de propiedad fueron comprendidos, igual que el poder político, de una forma fiduciaria.

(9) Una de las grandes hipótesis de los críticos es que la tradición socialista fue heredera y continuadora del republicanismo democrático. La idea no es evidente por sí misma porque la propia tradición socialista adoptó múltiples formas, algunas de ellas netamente antirrepublicanas (un rasgo acentuado tras la derrota de la Comuna de París). Pero en términos generales los socialistas asumieron: (i) la concepción de la libertad republicana como oposición a la esclavitud (incluida la “esclavitud salarial”) así como el ideal democrático de universalizar aquella para alcanzar una “sociedad sin clases”. Desde estos presupuestos ofrecieron análisis novedosos de la “dominación de clase” (que no es específica del capitalismo pero que en este adopta una forma determinada) y de la “dominación impersonal” (esta sí específica del capitalismo); (ii) la concepción fiduciaria de la propiedad, entendiendo que la industrialización había modificado las formas de propiedad y era necesaria otra manera de estructurar la vida económica (apropiación en común de los medios de producción; *workplace democracy*; “ciudadanía económica”, etc.); (iii) el ideal de la Unidad de la Humanidad, reconfigurado ahora como “internacionalismo”; (iv) la concepción fiduciaria del poder político, aplicada además, y por primera vez, a sus propias organizaciones (partidos y sindicatos de masas).

(10) A nivel metodológico, el estudio de estas corrientes requiere asumir una indexación histórica de los textos que no sea meramente lingüística, sino que aborde las tensiones y conflictos sociales que prefiguran las interacciones humanas. La relación entre la normatividad y la historicidad de los conceptos políticos, sostienen los críticos, no quedó bien resuelta en los estudios neorrepublicanos.

(11) El activismo de Thompson fue tan internacional como internacionalista. Su proyecto y sus estrategias no se pueden comprender sin enmarcarlos con una mirada *europaea* sobre la tradición socialista de los siglos XIX y XX. Thompson se identificó especialmente con la democracia social revolucionaria de Marx y Engels. Este movimiento político apostó por tres conocidas líneas del republicanismo moderno: (i) una alianza amplia de clases (*dêmos*) como sujeto del cambio; (ii) una actitud escéptica y crítica frente al Estado; (iii) el internacionalismo y apoyo a los pueblos oprimidos. Ese legado se truncó en algún

momento en el marxismo ortodoxo de la II Internacional. Contra este se alzaron los bolcheviques, pero la supervivencia de la URSS exigió grandes sacrificios y la Komintern terminó por separarse también de esas vetas republicanas. Se generó un “abismo infranqueable” en el movimiento obrero europeo.

(12) A pesar de las terribles divisiones, el movimiento obrero consiguió instituir toda una serie de constituciones sociales avanzadas durante el período de entreguerras. El constitucionalismo social se definió por su compromiso con un principio material de justicia o igualdad, por la sujeción de los derechos de propiedad a su “función social” y por el reconocimiento de los “derechos de los trabajadores” (en algunas constituciones ampliados como “derechos sociales”) que podían incluir instituciones de participación de las fuerzas del trabajo. Destacan aquí la Constitución mexicana (1917), soviética (1918), alemana (1919) y española (1931).

(13) Desde 1935 la Komintern desplegó la estrategia de los Frentes Populares contra el fascismo: los socialistas buscaron alianzas con liberales, conservadores-demócratas, partidos radicales, etc. Ese antifascismo se cimentó sobre valores ilustrados y republicanos. La estrategia frentepopulista de Dimitrov tuvo un resultado parcial y muy corto (en gran medida por la dependencia de los intereses geoestratégicos de la URSS), pero permitió ganar legitimidad a los comunistas y, durante un breve lapso, abolió el “abismo infranqueable”. Recuperada desde 1941 para la guerra, la estrategia frentepopulista hizo posible “otro tipo de comunismo” y sería justo este tipo activismo comunista el que conocería E. P. Thompson, que se unió al PCGB en 1942.

(14) Al terminar la guerra, Europa asistió a la erupción de una energía colectiva descomunal pilotada por movimientos populares con aspiraciones de cambio profundo que cambiaron de arriba abajo la cultura política del continente. El “Espíritu del 45” o *momentum* democrático (1943-1947) permitió transformaciones institucionales de calado en muchos países de Europa occidental y oriental, hasta que finalmente fue aherrojado y yugulado con la Guerra Fría. La Guerra Fría impuso una coyuntura interpretativa que relegaba este momento democratizador al basurero de la historia. El objetivo de Thompson fue rescatar del olvido ese impulso popular y conseguir que inspirase de nuevo la política europea.

(15) El famoso “reformismo” y “pragmatismo” de la clase obrera británica (identificada con la ideología “laborista”) tuvo sus momentos “revolucionarios”. Entre ellos se encuentra el “nuevo radicalismo popular” surgido de la guerra que llevó al PCGB a su máximo de afiliados y condujo a los laboristas a su mayor victoria electoral en 1945. El resultado fue el nuevo pacto social que alumbró el Welfare State y las nacionalizaciones. Sin embargo, la dirección del laborismo apostó por una línea moderada representada por C. Atlee, H. Morrison, W. Beveridge y E. Bevin: construyó un modelo social de inspiración fabiana y tecnocrática donde la clase obrera era la “beneficiaria pasiva, pero no la arquitecta”, de las reformas; financió el nuevo régimen redistribuyendo las rentas entre las clases medias y bajas (“socialismo en una sola clase”); sofocó las aspiraciones transformadoras de los activistas más radicalizados y, a pesar de algunos procesos de descolonización, se comprometió en campañas imperialistas en sus colonias y en otros países.

(16) Poco después, el Labour entró en la llamada fase de “revisionismo” liderada por Hugh Gaitskell y representada por los escritos de Anthony Crosland. El revisionismo replanteó qué significaba ser “socialista” y su legado puede entenderse como una racionalización de los estrechos márgenes políticos del Pacto Social de posguerra. Las

batallas de los socialistas debían trasladarse de la democracia económica, el conflicto de clases y la “sociedad de iguales” al terreno de la educación, la progresividad fiscal, una mayor preocupación por la cultura y la “sociedad meritocrática”. Thompson analizó y criticó este proceso, denunciando que las presiones y cambios de la sociedad de consumo (*affluent society*) no justificaban esta transformación, aunque la facilitasen. Al integrarse en el *establishment*, el Labour perdió el horizonte utópico y desdibujó la identidad socialista hasta volverla casi irreconocible.

(17) El giro hacia la derecha de la socialdemocracia europea se enmarca en el contexto del estallido de la Guerra Fría. Aunque este conflicto tuvo diversas causas, los EEUU llevaron la iniciativa en la ruptura de las alianzas amplias del antifascismo, aprovechando su beneficiada situación económica de posguerra para diseñar e implementar un nuevo orden mundial en el que ocuparían una posición de hegemonía política y militar (Bretton Woods y el Plan Global). El Plan Marshall y la Doctrina Truman, dos estrategias vinculadas, permitieron a los EEUU involucrarse en la política europea debilitando a las fuerzas de izquierda transformadora.

(18) La URSS reaccionó tratando de asegurarse un perímetro de seguridad y se hizo con el control de sus países fronterizos: estalinizó las llamadas “democracias populares” en una oleada de purgas y “juicios espectáculo” que escandalizarían a la opinión pública. El modelo antifascista de un socialismo que respetase los derechos humanos (con el que se identificaba Thompson) desapareció de la Europa del Este, aunque trató (sin éxito) de resurgir en Hungría y Polonia en 1956 y en Checoslovaquia en 1968.

(19) La Guerra Fría dividió artificialmente a Europa y creó una dinámica bipolar de dimensiones mundiales que lo abarcaba todo, desde la carrera armamentística y el espionaje, hasta la guerra psicológica y cultural (macartismo, zhdanovismo, la CIA, el Congress for Cultural Freedom). Las posiciones neutralistas de tercera vía fueron perseguidas en ambos bloques y las reglas del juego político se blindaron en las constituciones de posguerra, que ofrecían “estabilidad” frente a los supuestos peligros del “extremismo” que había caracterizado el período de entreguerras. Thompson se alzó contra todo ello: i) criticó con dureza el nuevo *establishment* y sus déficits democráticos; ii) señaló las contradicciones de un enfrentamiento en el que el movimiento de un bloque reforzaba al otro, generando una paradójica reciprocidad: la “amenaza” externa permitía una mayor represión interna contra los elementos disconformes; iii) mostró que la Guerra Fría había producido dos ortodoxias intelectuales que compartían los mismos supuestos deshumanizadores: la agencia humana pasó a un segundo plano y se fomentó una apatía política que desincentivaba la participación del ciudadano en la esfera pública (la era del “fin de las ideologías”).

(20) Uno de los elementos del nuevo orden mundial fue el Pacto Social de posguerra aparecido en el bloque occidental. Este puede entenderse como una “desmercantilización parcial de la fuerza de trabajo” a través la integración subordinada de los partidos y sindicatos obreros de masas (“neocorporativismo”) y una “desmercantilización parcial del ámbito de la reproducción de la fuerza de trabajo” a través del Estado Social. Las fuerzas del trabajo renunciaron a democratizar la economía y a cambio las fuerzas del capital aceptaron redistribuir el excedente bajo la forma de políticas fiscales más progresivas y derechos y prestaciones sociales (un acuerdo simbolizado a la perfección en el Tratado de Detroit). El Pacto Social fue el *punto de llegada*, la cristalización de un largo proceso de conflicto social en el que las fuerzas democráticas surgidas del antifascismo sufrieron una derrota colosal, representada por la Guerra Fría. Al mismo

tiempo, aunque el Espíritu del 45 aspirase a una transformación más profunda del orden social, su empuje revolucionario, junto con el miedo al bloque comunista, fueron los elementos claves que permitieron la construcción de estos grandes acuerdos. Para los socialistas del *New Reasoner*, ni se podía renunciar al objetivo de democratizar la vida económica, ni tampoco a la conquista de las libertades populares minusvaloradas por los bolcheviques. Es esa conjunción de “socialismo con derechos humanos” lo que define la particular idiosincrasia filosófico-política de Thompson.

(21) Thompson se formó como historiador bajo el paraguas del Grupo de Historiadores del PCGB. El Grupo creó la versión británica de la llamada “historia desde abajo”, que superó el paradigma *whig* y el paradigma *institucionalista* de la historia obrera al conseguir dar cuenta del papel que jugó la *common people* en el proceso histórico. Al mismo tiempo, ofreció un modelo de explicación centrado en el conflicto social que renovó la concepción materialista de la historia y que presentaba una dimensión totalizadora, esto es, que iba en contra del separatismo metodológico (denunciando el “economicismo” imperante o la tradicional historia de las ideas). Los historiadores del Grupo perseguían, además, un objetivo político: formar una conciencia histórica democrática y socialista, inspirada en el frentepopulismo, asumiendo una visión ontológica de la historia en la que pasado, presente y futuro quedaban políticamente vinculados. Sus intervenciones deben leerse en el contexto de la guerra fría cultural en oposición al pensamiento de autores como R. Crossman, J. Talmon o K. Popper.

(22) El marxismo del Grupo se sumó a la larga tradición británica del socialismo *libertarian*, que ofrecía su propia lectura progresista de los derechos del *Freeborn Englishman*, genialmente representada en *Handbook of Freedom* de J. Lindsay y E. Rickword. Los socialistas *libertarians* acostumbraban a emplear los argumentos y principios que habían heredado de la tradición democrática y radical, por lo que constituyen un ejemplo paradigmático de cómo la tradición republicana trató de actualizarse en el siglo XX. El alegato *libertarian* de los historiadores del Grupo, sin embargo, convivió incómodamente con la rígida cultura estalinista del PCGB. Ahora bien, el peso de la tradición radical entre los historiadores británicos no fue meramente retórico, sino que constituyó un legado ambivalente que podía articularse en varias direcciones y que permitió, tras la crisis de 1956, reajustar las disonancias morales, implicando la salida del partido por parte de la mayoría de los miembros del Grupo.

(23) Thompson protagonizó una de las principales rebeliones en el seno del PCGB que se saldó con su ruptura con el partido y la fundación del *New Reasoner*, donde ofreció su contribución al movimiento internacional del Humanismo Socialista que recorrió toda Europa. Justificó su ruptura con el partido y su continuidad en la ideología comunista como una manera de ser fiel a los principios republicanos de la libertad, la igualdad y la fraternidad. Su estudio sobre William Morris, su relación con el trotskismo y sus críticas internas a la ausencia de democracia en el partido (registrada en los archivos del MI5) permiten comprender que, aunque Thompson apoyó sin ambages una parte de las políticas de la URSS, su comunismo no compartía la cultura política estalinista.

(24) El Humanismo Socialista británico encontró su movimiento social en la New Left, que atrajo a un considerable número de intelectuales, activistas y artistas y conformó un movimiento popular extendido por todo el Reino Unido. Su implicación en el movimiento pacifista de la CND y las políticas del Labour (“un pie dentro y otro fuera”) vino motivada por una filosofía política republicana que buscaba el control y la distribución del poder político y económico. Thompson fue uno de sus principales líderes. La New Left

desapareció a los pocos años, pero fue muy influyente a la hora de introducir muchas ideas en la agenda política (destacadamente la idea del control democrático sobre el proceso productivo) que anticiparían el ciclo político del 68. Tras agotarse este movimiento, Thompson entró en una fase de aislamiento político, pero no se desconectó completamente de la vida política y siguió dialogando con los nuevos movimientos sociales. Desde finales de los 70, se implicó en cuerpo y alma en el movimiento pacifista, fundando la END y construyendo un internacionalismo que entendió como una continuación de los ideales frentepopulistas.

(25) Desde sus primeros hasta sus últimos escritos, Thompson trabajó de forma recurrente la cuestión historiográfica de la transición del viejo radicalismo democrático al socialismo moderno. Descubrió que el movimiento obrero y artesano fue la pieza de ensamblaje entre ambas corrientes políticas, lo que facilitó la “republicanización” de un socialismo que había nacido con tintes antipolíticos. Identificó los agentes y los medios de esta transición, así como los puntos de continuidad y los puntos de ruptura entre ambas tradiciones. Al hacerlo, desbrozó de forma pionera una senda cuyos resultados son recientes o están todavía por explorar. Este proyecto historiográfico tenía una dimensión política: Thompson reivindicó el legado democrático del jacobinismo británico y de los valores universalistas de la Ilustración frente a sus detractores, ya fueran los *Cold Warriors*, los marxistas-ortodoxos o las modas académicas posmodernas.

(26) En sus escritos políticos de los años 70 y 80 Thompson denunció la transformación del aparato estatal británico en una dirección autoritaria y punitiva. Sus argumentos fueron plenamente republicanos: empleando continuamente el lenguaje fiduciario, criticó la falta de restricciones al poder, la violación de derechos civiles y la pérdida de soberanía popular que implicaba el estatismo autoritario. Su crítica no se construyó desde bases antinstitucionalistas, sino que propuso una plena democratización del Estado. Una de sus mejores contribuciones fue la reivindicación del sistema de jurados populares, mostrando cómo la defensa de principios universales podía conjugarse con una apuesta por instituciones históricas concretas. Finalmente, defendió la necesidad de una cultura política virtuosa que sustentase las dosis de conflicto necesarias para garantizar la libertad de la ciudadanía.

(27) Thompson fue un socialista de la era de los Frentes Populares, comprometido con las causas internacionalistas, pero dedicado a rescatar la dimensión democrática de las propias tradiciones nacionales. Al defender los valores del *Freeborn Englishman*, sin embargo, no analizó en profundidad los peligros de la retórica nacionalista. Su visión de la política descuidó este frente, pero a cambio pudo disputar el terreno de la nación a sus rivales políticos.

(28) Sus investigaciones históricas sobre los derechos de propiedad muestran una noción *propietarista* de libertad latiendo de fondo. La contribución de Thompson en este terreno fue crucial y pone luz sobre cómo emergieron históricamente –y cómo operan– las formas de dominación impersonal y de clase específicas de las sociedades capitalistas. Esto le facilitó escapar de la dicotomía público-privado y sostener un pluralismo jurídico que robusteció sus intervenciones.

(29) El concepto de “clase social” de Thompson constituye una de sus mayores contribuciones a las ciencias sociales. Thompson defendió: i) que existen diferentes definiciones de la “clase social” y que cada una de ellas comporta unas implicaciones políticas determinadas; ii) que las clases son fenómenos que ocurren *de hecho* en el devenir histórico en procesos largos de tiempo; iii) que no caben descripciones de la clase

en términos puramente económicos –ni siquiera de las relaciones productivas– y que los conflictos de clase atraviesan todas las esferas de la vida social tiñéndolas con su particular tonalidad; iv) que la explotación (apropiación del excedente económico) se produce también en otras esferas más allá de las relaciones productivas; v) que las necesarias concepciones sociológicas de la clase son solo una parte de una problemática mucho más amplia y rica; vi) que las clases son relaciones sociales en las que importa más el tipo de relación que las personas que la desarrollan; vii) que los individuos que viven situaciones de clase pueden (y han tendido históricamente a) organizarse para modificar su situación creando las clases como sujetos colectivos; viii) que una parte fundamental de las disputas políticas consiste precisamente en cómo y dónde se trazan las fronteras de estos agentes colectivos; y ix) que existen dos sentidos claramente diferenciados de “clase social”, uno moderno (cuando encontramos el vocabulario de clase en las evidencias históricas) y uno heurístico, que permite, hechos los ajustes necesarios, dar cuenta de conflictos sociales en sociedades precapitalistas o no-capitalistas.

(30) Acusado de “economicista” por unos y de “culturalista” por otros, su concepto de clase fue a menudo malentendido. Si se analiza con detalle, no obstante, alberga la riqueza suficiente como para sortear la mayoría de estas críticas. Algunos investigadores recientes han intentado actualizarlo incorporando la interacción *interna* de la clase con otras categorías como “raza”, “género”, “nación” o “espacio”. Por otro lado, en la medida en que la libertad republicana no se concilia bien con la opresión de clase, los estudiosos del republicanismo pueden encontrar en el concepto de Thompson una buena herramienta auxiliar para sus investigaciones.

(31) Thompson fue un buen analista de los patrones que formaban limitaciones estructurales a la acción política y de en qué sentido esos patrones presionaban por conformar la sensibilidad de las personas sometidos a ellos. Pero no fue un buen analista político de coyuntura y su pensamiento político se ve gravemente lastrado por la ausencia del diseño institucional, particularmente en sus propuestas. Los comentaristas de su obra han tendido a catalogar su socialismo de “moralista” o “voluntarista”, pero esto no le hace justicia, quizás sería más acertado calificar su pensamiento político de “ambiguo” y “fragmentario”.

(32) Como historiador, Thompson se vio enormemente influenciado por su colega George Rudé, uno de los historiadores del Grupo injustamente desatendido por la literatura académica. Rudé es uno de los padres de la *history from below*: reconstruyó la historia de las revueltas sociales que atravesaron el siglo XVIII en Inglaterra y en Francia. Su mayor mérito es haber desacreditado los prejuicios de las generaciones previas de historiadores (tanto conservadores como progresistas) que habían sido incapaces de entender la racionalidad subyacente a estas protestas. Esto tuvo una influencia determinante sobre las investigaciones de Thompson.

(33) No obstante, los estudios pioneros de Rudé se vieron autoconstrañados por unos supuestos metodológicos reduccionistas (una suerte de “economicismo complejo”) que, paradójicamente, le llevaron a sostener una visión elitista sobre los movimientos populares. Thompson fue uno de los principales críticos de esta visión. Gracias a las críticas, y en particular al concepto de “economía moral de la multitud” de su colega, Rudé reformuló su propio marco teórico abrazando una concepción más realista y compleja de las motivaciones humanas. Por tanto, en su intercambio mutuo ambos historiadores perfilaron y enriquecieron sus propuestas.

(34) Una de las principales contribuciones de Rudé (de la mano de Lefebvre, Soboul o Cobb) fue su aportación a la llamada “interpretación social” o marxista de la Revolución francesa, que fue la versión predominante durante varias décadas, hasta que fue desplazada por el llamado “revisiónismo”. Para ambos paradigmas interpretativos, las fuerzas dirigentes del proceso revolucionario (incluidos los *montagnards*) eran representantes de los intereses de la burguesía, por lo que se trataría de una “revolución burguesa”. Esta interpretación presenta demasiadas limitaciones historiográficas, que han sido puestas de relieve por una escuela historiográfica de seguidores de Albert Mathiez. A pesar de que Rudé matizó su valoración de Robespierre, siguió comprometido con el esquema general de la interpretación marxista. Por el contrario, Thompson no consideraba la Revolución como “burguesa”, y su alegato en favor del jacobinismo gana cierta originalidad frente a las ortodoxias historiográficas de la Guerra Fría.

La mayoría de comentaristas de la obra de Thompson ha tendido a calificar su reivindicación de la tradición radical (republicana) como un intento desfasado y condenado al fracaso. Esta es una conclusión que no podemos aceptar. Thompson no se amedrantó ante las jaulas intelectuales de la Guerra Fría y fue justamente su defensa de los valores del jacobinismo lo que le permitió construir un socialismo democrático inspirador. Esos principios normativos emergen en su activismo incandescente como ejemplos de cómo un socialista del siglo XX aún podía ser republicano. Su figura pública es, en sí misma, un alegato sobre la vigencia del republicanismo en el siglo XX.

Volver una y otra vez sobre nuestros pasos, para encontrar en la historia pasada los recursos con los que construir un futuro digno, y ser capaces de resistir tenazmente ante los cantos de sirena del pesimismo y la complicidad con lo inaceptable. Thompson nos invita a todo ello desde sus escritos y su honesta autocrítica, y este es, quizá, su mayor legado:

Los pioneros socialistas presentaron como parte de su propaganda cotidiana demandas como la abolición de la Cámara de los Lores y de la monarquía, un ejército ciudadano y la elegibilidad por sufragio de ciertas posiciones claves en el Estado. Para extender las libertades reales del individuo, es necesario frenar la influencia de la riqueza. Al adoptar una actitud ahistórica y a veces deshonesto hacia la Unión Soviética hemos tirado por la borda la que era la mejor arma en nuestras manos: el respeto del pueblo británico, duramente conquistado, hacia los derechos democráticos. Admitamos nuestros errores con franqueza ante la gente, volvamos a nuestras propias tradiciones y mostremos cómo el socialismo puede aumentar y dar un nuevo significado a nuestros derechos (1956; National Archives, KV-2-4291, 84).

Conclusions

In this thesis I have developed an interpretation of E. P. Thompson's political thought in the light of republican political theory. Throughout these pages I have argued that the presence of republicanism in Thompson has been an issue traditionally forgotten by scholars but which deserves to be systematically reviewed. My main objective has been to show that this reconstruction allows us to broaden our understanding of the writings and interventions of the British historian. At the same time, it also provides us with a better understanding of how republican principles survived in the twentieth century under new forms and expressions. I have divided the conclusions into two sections: in the first, I offer a list of the main results. In the second, I present a general assessment of Thompson's achievements.

(1) Republicanism is one of the main western political traditions. Since the mid-nineteenth century, a *corpus* of studies has built up on this tradition (called “neorepublicanism”) which, in addition to recovering its history, aims to provide us with tools for assessing and debating current political problems.

(2) Freedom as “independence” or “non-domination” is one of the key concepts in this tradition, insofar as it is considered the main objective of the republic. Freedom is defined in opposition to a broad notion of “slavery”, understood as dependence on the *arbitrium* of another (who can be a private entity, *dominium*, or public authority, *imperium*).

(3) In order to secure freedom, republican authors conceived political power as a fiduciary mandate in which citizens act as Principal and authority as Agent, which exists exclusively to fulfil the interests of the latter. Within this fiduciary scheme, the republicans came up with the first democratic formulation (“popular sovereignty”) which has had far-reaching legal repercussions for modern public law and the design of institutions.

(4) Recently, several scholars have questioned some of the foundations of neorepublicanism. These critiques, made from republican normative assumptions, fill a gap in an area that has been little studied until now. Their contributions allow us to speak of a “social turn” in republican studies.

(5) Authors such as Audier, White, Domènech and Urbinati (to name but a few) point out that neo-Roman scholars have constructed an image of republicanism that is excessively dependent on liberal assumptions. Ideas like “republic” and “democracy” were artificially divorced, making the tradition of radical and democratic republicanism invisible. Critics offer new historical interpretations that give more space to the complexity that characterised the modern and contemporary world, providing solidity to the claims of validity of republican values.

(6) Other authors such as Tierney, Gauthier and Bosc have demonstrated how the scepticism towards natural law does not seem justified: iusnaturalism is a rhetoric of multiple forms, not necessarily the liberal one, and it takes up an important place in the thought of many thinkers in the republican canon. On the other hand, the consequentialist objections to iusnaturalism are flawed, and deserve to be reassessed.

(7) “Non-domination” is usually described in opposition to “non-interference”, an ideal closer to liberal tradition. Neorepublicans are right to point that non-interference is a normatively undemanding and empirically uninformative concept. But they have tended to generate a straw man of liberal tradition, blind to its enormous historical heterogeneity, by mechanically equating it with non-interference. The doctrinaire liberalism of the beginning of the nineteenth century or the new liberalism of the end of the same century, for example, escape this simplification.

(8) As various contributors such as Raventós, Casassas and Gourevitch have highlighted, neorepublicanism has tended to tiptoe around social and economic questions. In contrast, the historical republican tradition engaged an ideal of freedom based on ownership: that is, considering the links between property structure and forms of government. There are republican ways of conceiving property rights which question the absolutist and exclusive notion that has prevailed since at least the nineteenth century, as several scholars like Simon and Benvenisti have proposed. Other authors like Mundó and Bertomeu have gone further by showing how, from time to time, property rights have been understood in a fiduciary manner, just like political power.

(9) The idea that some of the most prominent principles from republicans were bequeathed to the socialist tradition is one of the main hypotheses in this field. It is not a self-evident idea, inasmuch as socialist tradition adopted various forms, some of them clearly anti-republican (a feature accentuated after the Paris Commune’s defeat). In general terms, socialists assumed: (i) the conception of republican freedom as opposed to slavery (included “wage-slavery”) as well as the ideal of universalising it in order to achieve a classless society. From this perspective, they developed innovative analyses about “class domination” (non-specific to capitalism, but configured particularly in capitalist societies) and “impersonal domination” (specific to capitalism); (ii) the fiduciary conception of property, taking into account the changes made from industrialisation and the need for new ways to structure economic life (common ownership of productive forces, workplace democracy, economic citizenship, etc.); (iii) the ideal of the Unity of Humanity, now reconfigured as “internationalism”; (iv) the fiduciary conception of political power, applied for the first time to their own organisations, the mass political parties and unions.

(10) The study of these traditions requires us to engage with a historical contextualisation of the texts that is not merely linguistic, but addresses the social tensions and conflicts that prefigure human interactions. The relationship between the normativity and historicity of political concepts (according to critics such as Meiksins Wood and Hamel) was never well resolved in neo-republican studies.

(11) The activism of E. P. Thompson was as international as it was internationalist. His projects and strategies cannot be understood without being framed in a *European* appraisal of nineteenth and twentieth century socialism. Thompson identifies with the social revolutionary democracy of Marx and Engels. This movement embraced three political axes of modern republicanism: (i) a broad class alliance (*dêmos*) as the subject of transformation; (ii) a sceptical and critical attitude towards the state; (iii) the internationalism and support for oppressed and colonised peoples. This legacy was broken at some point by the orthodox Marxism of the Second International. Bolshevik Marxism aimed to overcome this, but the USSR’s need to survive required many sacrifices, and finally the Komintern distanced itself from these republican impulses; an insurmountable abyss was created.

(12) Despite the terrible divisions, the labour movement succeeded in establishing a set of social constitutions during the inter-war period. Social constitutionalism was defined by its commitment with a material principle of justice or equality, by the subjection of property rights to its “social function” and by the recognition of workers’ rights (in some constitutions expanded as “social rights”). The Mexican (1917), Soviet (1918), German (1919) and Spanish (1931) constitutions stand out here.

(13) From 1935 onwards, the Komintern deployed the Popular Front’s strategy against fascism: socialists sought alliances with liberals, democrat-conservatives, radicals and so on. Anti-fascism was erected on the basis of enlightened and republican values. Dimitrov’s strategy achieved very limited results (owing to its huge dependence on geostrategical Soviet interests), but it managed to gain legitimacy for communist parties and, for a short time, it eliminated the “unsurmountable abyss”. Recovered in 1941, this strategy made another kind of communism possible, which Thompson would embrace when he joined the CPGB in 1942.

(14) After the war, Europe was witness to the eruption of a huge collective energy driven by popular movements which transformed the political culture of the continent from the bottom upwards. The “Spirit of ’45”, or democratic *momentum* (1943-1947), found its expression in far-reaching institutional reforms in many countries of Eastern and Western Europe. It was extinguished by the Cold War, which imposed a new interpretation that consigned this democratic movement to the wastebin of history. The challenge of Thompson was to rescue this popular strain from oblivion and to reestablish it as an inspiration for European politics.

(15) The famous reformism and pragmatism” of the British working-class (equated with the “labourist” ideology) had its revolutionary moments. Among them stand out the new popular radicalism created after the war, when CPGB membership reached record levels and the Labour Party obtained its greatest ever electoral victory, in 1945. The result was the new post-war social contract: the welfare state, nationalisations, and so on. However, Labour’s executive opted for a moderate line represented by Attlee, Morrison, Beveridge and Bevin and built a social model of Fabian and technocratic inspiration in which the working-class was the passive beneficiary, not the architect; it funded the new regime redistributing income among the middle and lower classes (“socialism in one class”) and, despite some processes of decolonisation, fostered imperialist campaigns in British colonies.

(16) Slightly later, Labour entered a revisionist phase, led by Hugh Gaitskell and epitomised by the work of Anthony Crosland. This revisionism reassessed what it was to be a “socialist” and its legacy could be understood as a rationalisation of the limited political possibilities offered by the new scenario. Socialist campaigns were to move from economic democracy, class struggle and the idea of “society of equals” to the field of education, progressive taxation, cultural concerns and “meritocratic society”. Thompson analysed and criticised this process, showing how the pressures of the “affluent society” did not justify these changes. As Labour became part of the new establishment, it lost its utopian horizon and blurred the identity of socialism.

(17) The right-wing turn of European social democracy was framed in the context of Cold War. Although this war had various causes, it was the US that was mainly responsible for breaking up the anti-fascist alliances. Capitalising on the buoyant economic situation, the US designed and implemented a new global order in which they occupied political and military hegemony (Bretton Woods and the Global Plan). The Marshall Plan and the

Truman Doctrine were two connected strategies which allowed the US to participate in European politics by weakening left-wing forces.

(18) The USSR reacted to the new threat by trying to fortify a security perimeter, and took total control of its bordering countries. The Soviet government stalinised the “popular democracies” through a new wave of purges and show trials that scandalise public opinion. The anti-fascist model of socialism with human rights disappeared from Eastern Europe, although it tried (unsuccessfully) to re-emerge in Hungary and Poland in 1956 and in Czechoslovakia in 1968.

(19) The Cold War artificially divided Europe and created a bipolar dynamic of global dimensions that encompassed everything: from the arms race and spying, to psychological and cultural warfare (McCarthyism, Zhdanovism, the CIA, the Congress for Cultural Freedom, etc.). Neutralist “third way” positions were persecuted on both sides, and the political rules of the new regime were safeguarded in the post-war constitutions. Thompson stood against all of this: (i) he harshly criticised the new “establishment” and its democratic deficits; (ii) he pointed out the contradictions of a conflict in which the moves from one side reinforced the other, creating a paradoxical reciprocity: the external “threat” allowed a greater internal repression against non-conformist elements; and (iii) he showed how the Cold War generated two intellectual orthodoxies which shared the same de-humanising assumptions: human agency was postponed, political apathy was fostered, and public participation among citizens was discouraged (the so-called “end of ideologies” era).

(20) The post-war social contract can be understood as a partial decommodification of the workforce through subordinated integration of working-class parties and unions (neo-corporatism), and as a partial decommodification of reproduction of the workforce by the means of the welfare state. Labour movements abandoned their attempts to democratise the economy, and in return capitalist forces agreed to redistribute surpluses by progressive taxes and social benefits. This agreement was symbolised by the Detroit Treaty; this social pact was the *point of arrival*, the crystallisation of a long conflict in which anti-fascism suffered a colossal defeat with the beginning of the Cold War. At the same time, even if the Spirit of '45 sought deeper transformations, its revolutionary strain (in conjunction with the fear of communist influence) led to the post-war contract. For the *New Reasoner* socialists led by Thompson, the goals of democratising economic life as well as the conquest of popular liberties (something underestimated by Bolsheviks) were crucial.

(21) Thompson trained as a historian with the Communist Party Historians Group (CPHG). The group created the British version of “history from below”, which rejected the Whig paradigm and the *institutionalist* paradigm of workers’ history and explored the role played by the common people in the historical process. At the same time, it offered a model of explanation focused on social conflict which reformulated the materialist conception of history and presented a totalising dimension that went against methodological separatism (“economism”, the classical history of political ideas, etc.). It also pursued a political aim: to create a democratic and socialist historical conscience in which past, present and future were politically linked. The writings of the members of the CPHG should be read in the light of the cultural Cold War in opposition to the work of authors such as Crossman, Talmon and Popper.

(22) The Marxism of the CPHG joined the long British tradition of libertarian socialism, which offered its own interpretation of the rights of the *Freeborn Englishman* (genuinely

represented in Lindsay and Rickword's *Handbook of Freedom*). Libertarian socialists normally used the arguments inherited from the radical democratic tradition, so they constitute a paradigmatic example of how republican values could be updated in the twentieth century. However, the libertarian nature of the CPHG coexisted uneasily with the strict Stalinist culture of the CPGB. The weight of the radical tradition among these historians was not merely rhetorical, but constituted an ambivalent legacy, which could be articulated in various directions. After the 1956 crisis this legacy allowed a readjustment of the moral dissonances, and most of the members of CPHG abandoned the party.

(23) Thompson led one of the main internal rebellions inside the CPGB, which ended with his departure and the foundation of the *New Reasoner*. In this review, he presented his contribution to the international movement of socialist humanism. Thompson justified his break with the party and his continued support for communist ideology as the only way to be loyal to the republican principles of liberty, equality and fraternity. His biography of William Morris, his relations with Trotskyism and his criticisms of the absence of internal democracy in the CPGB (registered in MI5 files) make it clear that, even though he supported some of the decisions made by the USSR, his communism was not aligned with the Stalinist political culture.

(24) British socialist humanism found its social expression in the New Left. This political movement spread throughout the country, and attracted a large number of intellectuals, activist and artists. Its involvement in the pacifism of CND and the politics of the Labour party ("one foot in and one foot out") was motivated by a republican political philosophy that sought to control and distribute political and economic power. Thompson was one of the main leaders of the New Left. The movement disappeared after a few years, but it had been quite influential in British politics: it introduced many new ideas (notably democratic control over the productive process) which anticipated the events of 1968. When the New Left collapsed, Thompson got into a phase of political isolation, but he did not dissociate himself from the new social movements of the period. From the end of the 1970s, he engaged passionately with the pacifist movement, founding the END and collaborating in the internationalism that he understood as a revival of Popular Front ideals.

(25) Throughout his career, Thompson worked recurrently on the problem of transition: what was the historical process by which old republicanism ended up giving way to socialism? He discovered that working and artisan movements were the assembly piece between the two traditions, resulting in the "republicanisation" of a socialism that was born with certain anti-political facets. Thompson identified the agents and means as well as the continuity and points of rupture between the two traditions. In doing so, he pioneered a line of research whose results are still recent or remain to be explored. This historical project had a political dimension: Thompson vindicated the democratic legacy of British Jacobinism and universalist values of the Enlightenment against its detractors, be they cold warriors, orthodox-Marxists or postmodern scholars.

(26) In his interventions of the 1970s and 1980s, Thompson denounced the punitive and authoritarian transformation of the British state. His arguments were fully republican: continually using fiduciary language, he criticised the lack of restrictions on power, the violation of civil rights and the loss of popular sovereignty implied in this authoritarian statism. His criticism was not built on anti-institutionalist bases, but proposed a plain democratisation of the state. The vindication of the jury system was one of his outstanding

contributions, which showed how the defence of universal principles could be reconciled with specific historical institutions. Finally, he defended the need for a virtuous political culture that would sustain the conflicts required in order to ensure citizens' freedoms.

(27) Thompson was a socialist from the Popular Front era, committed to internationalist causes, but dedicated to rescuing the democratic dimension of his own national traditions. However, he subscribed to the values of the Freeborn Englishman without analysing the dangers of nationalistic rhetoric. His visions of politics neglected this, but in turn, he was able to contest the concept of nation with his political rivals.

(28) Thompson's research into property rights revealed a conception of freedom with material requisites. His contribution in this field was crucial and shed light on how the impersonal and class-based forms of domination could emerge (and function) in capitalist societies. This enabled him to escape from the public-private dichotomy and sustain a juridical pluralism that strengthened his proposals.

(29) Thompson's concept of 'social class' constitutes one of his major contributions to the social sciences. He held that: (i) there are several definitions of "social class" and each of them has different political implications; (ii) classes are facts that happen in history in a long-term process; (iii) a purely economic definition of class is impossible – not even of productive relations – and class conflicts cross all the social life, giving it its peculiar tones; (iv) exploitation (that is, the appropriation of surplus) also occurs beyond productive relations; (v) sociological conceptions of class are only a part of a bigger and richer problem; (vi) classes are social relations in which the type of relation matters more than the persons who develop it; (vii) individuals living in "class situations" can (and have historically tended to) organise themselves in order to improve their situation. In doing so, they create classes as collective subjects; (viii) one essential part of political conflict consists precisely in how and where the class lines are drawn; (ix) there are two senses of the concept, the "modern" (when we can find class vocabulary in historical evidence) and the "heuristic", which enables us to explain social conflict in pre-capitalist or non-capitalist societies.

(30) Some critics accused his concept of social class of being "economicist", while others dismissed it as "culturalist", pointing out that it was often misunderstood. Nevertheless, it is conceptually rich enough to circumvent most of these criticisms. Recently, some scholars have tried to update it by incorporating racial, gender, national or spatial dimensions; and inasmuch as class oppression is not compatible with republican freedom, specialists in republicanism can find a useful auxiliary tool here for their research.

(31) Thompson was a good analyst of the structural limitations to political action and of how those limitations shape the subjectivity of people subordinated to them. But he was not a good analyst of political situations, and his political thought is seriously undermined by the lack of institutional design, particularly in his proposals. Comments on his work have usually described his socialism as "moralistic" or "voluntarist", but this is probably unfair. Perhaps it would be more appropriate to define his thought as ambivalent and fragmentary.

(32) As a historian, Thompson was deeply influenced by his colleague George Rudé, a member of the CPHG who has been undeservedly neglected by academics. Rudé is one of the creators of "history from below": he reconstructed the history of social revolts that spread throughout England and France in the eighteenth century. His main contribution is to have discredited the prejudices of previous historians (both conservative and

progressive) who were incapable of understanding the rationality underlying the revolts. This contribution had a major effect on Thompson's research.

(33) However, the pioneering studies of Rudé were self-restricted by their methodologically reductionist assumptions (what we call "complex economicism") which, paradoxically, led him to sustain an elitist vision of popular movements. Thompson was one of the main critics of this vision. Owing to these criticisms – particularly of the concept of the "moral economy of the crowd", Rudé reformulated his theoretical framework, engaging in a more realistic conception of human psychology. Thanks to these dialogues, the two historians improved and enriched their research.

(34) Rudé's work on the "social/Marxist interpretation" of the French Revolution, with the help of Lefebvre, Soboul and Cobb, was one of his main contributions. This interpretation was hegemonic until it was replaced by revisionism. Paradoxically, for both paradigms (Marxist and Revisionist) the leaders of the revolutionary process, included the *montagnards*, were trustees of the bourgeoisie's interests, and so the revolution was a "bourgeois revolution". A group of historians, followers of Albert Mathiez, have recently highlighted the many historical flaws of this vision. Even though Rudé nuanced his evaluation of Robespierre, he was still engaged with the general scheme of Marxist interpretation. In contrast, Thompson did not consider the French revolution as "bourgeois", and his vindication of Jacobinism gains some originality in the face of Cold War historiographic orthodoxies.

Most commentators on E. P. Thompson's work have tended to dismiss his attempted vindication of the radical (republican) tradition as outdated and doomed. We cannot accept this conclusion. Thompson did not shy away from the intellectual restrictions of the Cold War and it was precisely his defence of the values of Jacobinism that allowed him to build an inspirational model of democratic socialism. Those normative principles, symbolised by the cap of liberty or Phrygian cap, emerge in his incandescent activism as examples of how a twentieth-century socialist could still be a republican. His public persona is, in itself, an argument in favour of the validity of republicanism in the twentieth century.

To retrace our steps again and again; to find in history, and in a rigorous interpretation of it, the resources with which to build a worthy future; and to be able to resist tenaciously the siren calls of pessimism and complicity with the unacceptable: Thompson invites us to all this in his writings and his honest self-criticism, and this is perhaps his greatest legacy:

Socialist pioneers put forward as part of their everyday propaganda such demands as the abolitions of the House of Lords and the monarchy, a citizens army, an election to certain positions in the State machine. In order to extend the real liberties of the individual, it is necessary to curb the influence of wealth. By adopting an unhistorical and at times dishonest attitude to the Soviet Union, we have thrown away the greatest weapon in our hands – the British people's hard-fought respect for democratic rights. Let us admit our mistakes frankly to the people, return to our own traditions, and show how Socialism can enlarge and give new meaning to our rights (April 2nd, 1956, *Daily Worker*; National Archives, KV-2-4291, 84).

Referencias bibliográficas

- Abendroth, W. (1968). *Historia social del movimiento obrero europeo*. Barcelona: Ediciones de Cultura Popular.
- Abendroth, W., y Lenk, K. (1971). *Introducción a la ciencia política*. Barcelona: Anagrama.
- Agnoli, J. (1968). Theses on the Transformation of Democracy and on the Extra-Parliamentary Opposition. *Viewpoint Magazine*.
- Disponible en: <https://www.viewpointmag.com/2014/10/12/theses-on-the-transformation-of-democracy-and-on-the-extra-parliamentary-opposition/> (Último acceso 14 de septiembre de 2017).
- Alomar, G. (1923). *La Política idealista: proyecciones y reflejos de alma*. Lima: Minerva.
- Anderson, P. (1985). *Teoría, política e historia. Un debate con E. P. Thompson*. Madrid: Siglo XXI.
- Anderson, P. (1995). Las figuras del espejo. *Viento Sur*, (24), 99–107.
- Apple, N. (1980). The Rise and Fall of Full Employment Capitalism. *Studies in Political Economy*, 4(1), 5–39.
- Archilés, F. (2016). E. P. Thompson entre la necesidad y el deseo (CA. 1955 - CA. 1963). en *E. P. Thompson. Marxismo e Historia social* (pp. 46–77). Madrid: Siglo XXI.
- Arendt, H. (1967). *Sobre la revolución*. Madrid: Revista de Occidente.
- Aristóteles. (2018). *Política*. Madrid: Tecnos.
- Arnold, T. C. (2001). Rethinking Moral Economy. *American Political Science Review*, 95(1), 85–95.
- Arruzza, C. (2018). From Women's Strikes to a New Class Movement: The Third Feminist Wave. *Viewpoint Magazine*.
- Disponible en: <https://www.viewpointmag.com/2018/12/03/from-womens-strikes-to-a-new-class-movement-the-third-feminist-wave/> (Último acceso 28 de septiembre de 2019)
- Audier, S. (2015). *Les théories de la république*. Paris: La Découverte.
- Babiano, J., Erice, F., y Sanz, J. (comps.). (2016). *E. P. Thompson. Marxismo e Historia social*. Madrid: Siglo XXI.
- Balestrini, N., y Moroni, P. (2006). *La horda de oro: la gran ola revolucionaria y creativa política y existencial (1968-1977)*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Barnett, A. (2011). Goodbye Charter 88: a new epoch for democratic resistance has

begun. *Open Democracy*.

Disponible en: <https://www.opendemocracy.net/en/opendemocraciyuk/goodbye-charter-88-new-epoch-for-democratic-resistance-has-begun/> (Último acceso 7 de mayo de 2020).

Beik, W. (2007). The Violence of the French Crowd from Charivari to Revolution. *Past & present*, 197(1), 75–110.

Bellamy Foster, J. (2013). Marx, Kalecki, and Socialist Strategy. *Monthly Review*, 64(11).

Disponible en: <https://monthlyreview.org/2013/04/01/marx-kalecki-and-socialist-strategy/#en48> (Último acceso 15 de febrero de 2019).

Bellamy Foster, J. (2016, 28 de noviembre). The Return of Engels. *Jacobin Magazine*.

Disponible en: https://www.jacobinmag.com/2016/11/engels-marx-ecology-climate-crisis-materialism/?fbclid=IwAR0tXe2ui3v9IKiNAq-oh_peHITUlqjCPvnDEC8d0uhWcf5CF_J8r2a846I (Último acceso 22 de septiembre de 2018).

Benach, J. (2018, 29 de enero). El Sistema Nacional de Salud español: ¿Cómo se originó? ¿Qué logró? ¿A dónde debería ir?. *Sin Permiso*.

Disponible en: <http://www.sinpermiso.info/textos/el-sistema-nacional-de-salud-espanol-como-se-origino-que-logro-a-donde-deberia-ir> (Último acceso 30 de enero de 2018)

Bennett, N. (2019, 2 de junio). La renta básica siempre ha sido una causa de las mujeres. *Sin Permiso*.

Disponible en: http://www.sinpermiso.info/textos/la-renta-basica-siempre-ha-sido-una-causa-de-las-mujeres#_ftn1 (Último acceso 2 de junio de 2019)

Bentham, J. (1843). *The Works of Jeremy Bentham. Vol II*. Edimburgo: William Tait.

Benvenisti, E. (2013). Sovereigns as Trustees of Humanity: On the Accountability of States to Foreign Stakeholders. *American Journal of International Law*, 107(2), 295–333.

Berlin, I. (2010). *Dos conceptos de libertad y otros escritos*. Madrid: Alianza.

Bernstein, E. (1930). *Cromwell and Communism. Socialism and Democracy in the Great English Revolution*. Londres: George Allen & Unwin.

Disponible en:
<https://www.marxists.org/reference/archive/bernstein/works/1895/cromwell/index.htm> (Último acceso 3 de junio de 2020)

Bertomeu, Maria Julia. (2010). Contra la teoría (de la Revolución Francesa). *Res Publica. Revista de Historia de Las Ideas Políticas*, (23), 57–80.

Bertomeu, Maria Julia. (2016). Bien común. En C. Pereda (ed.) *Diccionario de justicia* (pp. 1–6). México D.F.: Siglo XXI.

- Bertomeu, María Julia. (2017). Pobreza y propiedad. ¿Cara y cruz de la misma moneda? Una lectura desde el republicanismo kantiano. *Isegoría*, (57), 477–504.
- Bertomeu, Maria Julia, y Domènech, A. (2015). Property, freedom and money: Modern Capitalism reassessed. *European Journal of Social Theory*, 19(2), 245–263.
- Bertomeu, María Julia, y Domènech, A. (2005). El republicanismo y la crisis del rawlsismo metodológico. *Isegoría*, (33), 51–75.
- Bevir, M. (2000). Republicanism, Socialism, and Democracy in Britain: The Origins of the Radical Left. *Journal of Social History*, 34(2), 351–368.
- Biagini, E. F., y Reid, A. J. (1991). Currents of radicalism, 1850-1914. En *Currents of radicalism: popular radicalism, organised labour and party politics in Britain, 1850-1914* (pp. 1–20). Cambridge: Cambridge University Press.
- Bilbao, J. (2012). La desnazificación de Alemania. *Jotdown Magazine*.
 Disponible en <https://www.jotdown.es/2012/10/la-desnazificacion-de-alemania/> (Último acceso 2 de octubre de 2019)
- Blaazer, D. (1992). *The Popular Front and the Progressive Tradition. Socialists, Liberals, and the Quest for Unity (1884-1939)*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Blackburn, R. (2005). A Visionary Pragmatist. *Counterpunch*.
 Disponible en: <https://www.counterpunch.org/2005/12/22/a-visionary-pragmatist/> (Último acceso 6 de junio de 2019).
- Blanqui, A. (1834). Social Wealth Must Belong to Those Who Created It. *The Blanqui Archive*.
 Disponible en: <https://blanqui.kingston.ac.uk/texts/social-wealth-must-belong-to-those-who-created-it-february-1834/> (Último acceso 5 de julio de 2020).
- Bloch, M. (2000). *Introducción a la historia*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Boaz, D. (2020). Libertarianism. *Encyclopaedia Britannica*.
 Disponible en: <https://www.britannica.com/topic/libertarianism-politics> (Último acceso 20 de mayo de 2020).
- Bohstedt, J. (1992). The Moral Economy and the Discipline of Historical Context. *Journal of Social History*, 26(2), 265–284.
- Bonnell, A. G. (1996). Socialism and Republicanism in Imperial Germany. *Australian Journal of Politics & History*, 42(2), 192–202.
- Bosc, Y. (2013). Robespierre Libéral. *Annales Historiques de La Révolution Française*, 371(1), 95–114.
- Bosc, Y. (2014). Robespierre, la gauche et la fabrique du négatif. En A. de Mathán (ed.) *Mémoires de la Révolution française. Enjeux épistémologiques, jalons historiographiques et exemples inédits* (pp. 121–130). Rennes: Presses universitaires

de Rennes.

Bosc, Y. (2016). Thomas Paine as a theorist of the right to existence. *Journal of Early American History*, (6), 113–123.

Bosc, Y. (2017). Droit existence et appropriation. Introduction à La Justice agraire de Thomas Paine. *Tracés. Revue de Sciences Humaines*, (33), 211–223.

Bosc, Y., y Belissa, M. (2013). *Robespierre. La fabrication d'un mythe*. París: Ellipses.

Bosc, Y., y Belissa, M. (2017). *Le Directoire. La république sans la démocratie*. París: La Fabrique.

Bosc, Y., y Faye, E. (2019). *Hannah Arendt, la révolution et les Droits de l'Homme*. París: Kimé.

Bosc, Y., y Gauthier, F. (2017). Présentation. En A. Mathiez, *Révolution russe et Révolution française*. París: Éditions Critiques.

Bottomore, T. (1966). *Classes in Modern Society*. Nueva York: Vintage Books.

Braunthal, J. (1949). The Rebirth of Social Democracy. *Foreign Affairs*, 27(4), 586–600.

Braunthal, J. (1980). *History of the International. World Socialism 1943-1968. Volume 3*. Londres: Victor Gollancz.

Breen, K. (2015). Freedom, republicanism, and workplace democracy. *Critical Review of International Social and Political Philosophy*, 18(4), 470–485.

Brenner, R. (2006). *The Economics of Global Turbulence*. Londres: Verso.

Brenner, R., y Sunkara, B. (2016). The Dynamics of Retreat. An Interview with Robert Brenner. *Jacobin Magazine*.

Disponible en : <https://www.jacobinmag.com/2016/03/brenner-interview-sunkara-social-democratic-reformism-new-deal-fdr/> (Último acceso 10 de enero de 2017).

Briggs, A. (1960). The Language Of 'Class' In Early Nineteenth-Century England. En *Essays in Labour History* (pp. 43–73). Londres: Palgrave (MacMillan).

Brinton, C. (1959). The Crowd in the French Revolution. By George Rudé. (New York: Oxford University Press. 1959. Pp. viii, 267. \$5.60.). *The American Historical Review*, 64(4), 946–947.

Broué, P. (2008). *Comunistas contra Stalin. Masacre de una generación*. Málaga: SEPHA.

Buddeberg, M. P. (2018, 17 de febrero). El 68 alemán I: El movimiento estudiantil en Alemania Occidental. *Sin Permiso*.

Disponible en: <http://www.sinpermiso.info/textos/el-68-aleman-i-el-movimiento-estudiantil-en-alemania-occidental> (Último acceso 6 de diciembre de 2018).

Burke, E. (1800). *Thoughts and Details on Scarcity: originally presented to the Right Hon. William Pitt, in the month of November, 1795. By the late ... Edmund Burke*.

Londres: F. & C. Rivington; & J. Hatchard.

Disponible en <https://quod.lib.umich.edu/e/ecco/004903053.0001.000?view=toc> (Último acceso 25 de agosto de 2018).

Burke, E. (2010). *Reflexiones sobre la Revolución Francesa*. Madrid: Alianza.

Burke, P. (1999). *La revolución historiográfica francesa. La escuela de los Annales, 1929-1989*. Barcelona: Gedisa.

Callaghan, J. (1995). The Road to 1956. *Socialist History*, (8), 13–21.

Camfield, D. (2004). Re-Orienting Class Analysis: Working Classes as Historical Formations. *Science & Society*, 68(4), 421–446.

Campbell, D. (2015). Global spy system ECHELON confirmed at last – by leaked Snowden files. *The Register*.

Disponible en:

https://www.theregister.com/2015/08/03/gchq_duncan_campbell/?page=3 (Último acceso 14 de noviembre de 2019).

Cardoso, F. H. (1973). ¿Althusserianismo o marxismo? A propósito del concepto de clases de Poulantzas. En *Las clases sociales en América Latina: problemas de conceptualización* (pp. 137–153). México D.F.: Siglo XXI.

Carr, E. H. (2017). *¿Qué es la historia?* Barcelona: Ariel.

Casassas, D. (2010). *La ciudad en llamas. La vigencia del republicanismo comercial de Adam Smith*. Barcelona: Montesinos.

Casassas, D. (comp.). (2016). *Revertir el guión. Trabajos, derechos y libertad*. Madrid: Catarata.

Casassas, D. (2018). *Libertad incondicional. La renta básica en la revolución democrática*. Barcelona: Paidós.

Casassas, D., y Wispelaere, J. (2016). Republicanism and the Political Economy of Democracy. *European Journal of Social Theory*, 19(2), 283–300.

Cesaire, A. (2006). Carta a Maurice Thorez. En *Discurso sobre el colonialismo* (pp. 77–84). Madrid: Akal.

Challinor, R. (1993). No Stalinist. *Socialist Review* (169).

Disponible en

<https://www.marxists.org/history/etol/writers/challinor/1993/11/thompson.html> (Último acceso 3 de febrero de 2020).

Chibber, V. (2017). Rescuing Class From the Cultural Turn. *Catalyst*, 1(1).

Chomsky, N. (1981). The Carter Administration: Myth and Reality. In *Radical Priorities*. Montreal: Black Rose Books.

Churchill, W. (1946). *The Sinews of Peace (“Iron Curtain Speech”)*. Cambridge: The

International Churchill Society.

Disponible en <https://winstonchurchill.org/resources/speeches/1946-1963-elder-statesman/the-sinews-of-peace/> (Último acceso 25 de septiembre de 2019).

Cicerón. (1913). *De Officiis*. Londres: William Heinemann Ltd.

Claeys, G. (1989). *Citizens and Saints. Politics and Anti-Politics in Early British Socialism*. Cambridge: Cambridge University Press.

Claeys, G. (1994). The Origins of the Rights of Labor: Republicanism, Commerce, and the Construction of Modern Social Theory in Britain, 1796-1805. *The Journal of Modern History*, 66(2), 249–290.

Clark, A. (1995). Introduction. En *The Struggle for the Breeches. Gender and the Making of the British Working Class* (pp. 1–10). Berkeley: University of California Press.

Clarke, S. (1979). Towards a Socialist History: Socialist Humanism and the Critique of Economism. *History Workshop Journal*, 8(1), 137–156.

Cobain, I. (2016). Historian EP Thompson denounced Communist party chiefs, files show. *The Guardian*.

Disponible en: <https://www.theguardian.com/uk-news/2016/sep/28/historian-ep-thompson-denounced-communist-party-chiefs-files-show> (Último acceso 6 de diciembre de 2018).

Cobb, R. (1970). *The Police and the People: French Popular Protest, 1789–1820*. Oxford: Oxford University Press.

Cobban, A. (1955). *The Myth of the French Revolution*. Londres: Folcroft.

Coffee, A. (2014). Freedom as Independence: Mary Wollstonecraft and the Grand Blessing of Life. *Hypatia*, 29(4), 908–924.

Coffee, A. (2015). Two spheres of domination: Republican theory, social norms and the insufficiency of negative freedom. *Contemporary Political Theory*, 14(1), 45–62.

Cohen, G. A. (1978). *Karl Marx's theory of history : a defence*. Oxford: Clarendon Press.

Cohn, S. K. (2007). Popular Insurrection and the Black Death: A Comparative View. *Past & Present*, 195(Supplement 2), 188–204.

Cole, D. H. (2001). An Unqualified Human Good': E.P. Thompson and the Rule of Law. *Journal of Law and Society*, 28(2), 177–203.

Cole, G. D. H. (1920). *Guild Socialism Re-Stated*. Londres: Parsons.

Cole, G. D. H. (1921). *Self-government in Industry*. Londres: G. Bell.

Cole, G. D. H. (1975a [1952]). *Historia del pensamiento socialista. Vol. I. Los precursores*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Cole, G. D. H. (1975b [1954]), *Historia del pensamiento socialista. Vol. III. La segunda internacional, 1889-1914*, México D.F.: Fondo de Cultura Económica

- Cole, G. D. H. (1975c [1960]). *Historia del pensamiento socialista. Vol. V. Comunismo y socialdemocracia, 1914-1931*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Colom González, F. (1992). *Las Caras del leviatán : una lectura política de la teoría crítica*. México D.F.: Anthropos.
- Comminel, G. (1987). *Rethinking the French Revolution. Marxism and the Revisionist Challenge*. Londres: Verso.
- Companyon, D. (2017, 30 de junio). La historia de los Clarion y la olimpiada popular de Barcelona 1936. *Sin Permiso*.
- Disponible en: <http://www.sinpermiso.info/textos/la-historia-de-los-clarion-y-la-olimpiada-popular-de-barcelona-1936> (Último acceso 30 de junio de 2017).
- Congost, R. (2020). ¿Dónde están las llaves? Buceando, con Josep Fontana y, ahora, con Thomas Piketty, en el mar historiográfico de la propiedad y las desigualdades sociales. *Sin Permiso*, (17), 11–35.
- Congost, R., y Santos, R. (2010). From formal institutions to the social contexts of property. En R. Congost y R. Santos (eds.), *Contexts of Property in Europe. The Social Embeddedness of Property Rights in Land in Historical Perspective* (pp. 15–38). Turnhout: Brepols.
- Connell, R. W. (1979). A Critique of the Althusserian Approach to Class. *Theory and Society*, 8(3), 303–345.
- Conradi, P. (2013). *A Very English Hero. The Making of Frank Thompson*. Londres: Bloomsbury.
- Constant, B. (2002). *Sobre el espíritu de conquista; Sobre la libertad en los antiguos y en los modernos*. Madrid: Tecnos.
- Contra el Diluvio. (2018, 5 de mayo). El espíritu de 2025: la revolución contra el cambio climático. *La Marea*.
- Disponible en: <https://www.lamarea.com/2018/05/05/espíritu-2025-revolucion-cambio-climatico/> (Último acceso 29 de mayo de 2018).
- Corfield, P. (2011). Dorothy Thompson and the Thompsonian Project.
- Disponible en <http://www.penelopejcorfield.co.uk/> (Último acceso 3 de julio de 2020).
- Coriat, B. (1982). *El Taller y el cronómetro: ensayo sobre el taylorismo, el fordismo y la producción en masa*. Madrid: Siglo XXI.
- Costa, M. V. (2007). Freedom as Non-Domination, Normativity, and Indeterminacy. *The Journal of Value Inquiry*, (41), 291–307.
- Costa, M. V. (2009). Neo-republicanism, freedom as non-domination, and citizen virtue. *Politics, Philosophy and Economics*, 8(4), 401–419.
- Crane, W. (1896). *Cartoons for the Cause, 1886-1896. A Souvenir of the International Socialist Workers and Trade Union Congress, 1896*. Londres: The Twentieth

Century Press.

- Criddle, E. J., y Fox-Decent, E. (2016). *Fiduciaries of Humanity. How International Law Constitutes Authority*. Oxford: Oxford University Press.
- Criddle, E. J., y Fox-Decent, E. (2018). Introduction. En *Fiduciary Government* (pp. 1–17). Cambridge: Cambridge University Press.
- Croft, A. (1996). Walthamstow, Little Gidding and Middlesbrough: Edward Thompson the Literature Tutor. En R. Taylor (ed.) *Beyond the Walls. 50 Years of Adult and Continuing Education at the University of Leeds, 1946-1996. Leeds Studies in Continuing Education* (pp. 144–156). Leeds: University of Leeds.
- Crompton, R. (1994). *Clase y estratificación. Una introducción a los debates actuales*. Madrid: Tecnos.
- Crosland, A. (1956). *The Future of Socialism*. Londres: Camelot Press.
- Crossman, R., Silone, I., Koestler, A., Wright, R., Fischer, L., Spender, S., y Gide, A. (1963). *The God that failed*. Nueva York: Harper y Row.
- Dagger, R. (1997). *Civic Virtues. Rights, Citizenship and Republican Liberalism*. Oxford: Oxford University Press.
- Dagger, R. (2006). Neo-Republicanism and the Civic Economy. *Politics, Philosophy and Economics*, 5, 151–173.
- Dagger, R. (2011). Republicanism. En *The Oxford Handbook of the History of Political Philosophy* (pp. 701–712). Oxford: Oxford University Press.
- Davis, Madeleine. (2003). “Labourism” and the New Left. En J. T. Callaghan et al. (eds.) *Interpreting the Labour Party. Approaches to Labour politics and history* (pp. 39–56). Manchester: Manchester University Press.
- Davis, Madeleine. (2012). Arguing Affluence: New Left Contributions to the Socialist Debate 1957–63. *Twentieth Century British History*, 23(4), 496–528.
- Davis, Madeleine. (2013). Reappraising British socialist humanism. *Journal of Political Ideologies*, 18(1), 57–81.
- Davis, Madeleine. (2014). Edward Thompson’s Ethics and Activism 1956–1963: Reflections on the Political Formation of “The Making of the English Working Class.” *Contemporary British History*, 28(4), 438–456.
- Davis, Madeleine. (2016). “Los principios comunistas” y los historiadores en el 1956 británico. *Nuestra Historia*, 2, 123–130.
- Davis, Madeleine. (2018). Edward Thompson, MI5 and the Reasoner Controversy: Negotiating “Communist Principle” in the Crisis of 1956. *Key Words*, (16), 41–62.
- Davis, Mike. (1982). Nuclear Imperialism and Extended Deterrence. In *Exterminism and the Cold War* (pp. 35–64). Londres: Verso.
- Davis, Mike. (1986). *Prisoners of the American Dream*. Londres: Verso.

- Davis, Mike. (2017). Old Gods, New Enigmas. Notes on Historical Agency. *Catalyst*, 1(2).
- Day, M. (2017, 21 de noviembre). Why Are Rich People So Anxious? *Jacobin Magazine*.
 Disponible en: <https://jacobinmag.com/2017/11/rich-people-wealth-inequality-anxiety> (Último acceso 3 de marzo de 2018).
- Day, M. (2019, 12 de julio). Por qué necesitamos una universidad gratuita para todos, incluso para los ricos. *Sin Permiso*.
 Disponible en: <http://www.sinpermiso.info/textos/por-que-necesitamos-una-universidad-gratuita-para-todos-incluso-para-los-ricos> (Último acceso 12 de julio de 2019).
- De Cock, J. (2001). *Les Cordeliers dans la Révolution Française. Volume I*. París: Fantasques.
- De Francisco, A. (1997). *Sociología y cambio social*. Barcelona: Ariel.
- Dennet, D. (2006). Postmodernismo y verdad. *Sin Permiso*, 1, 217–228.
- Dennett, D. (1998). *La actitud intencional*. Barcelona: Gedisa.
- Díaz, D. (2019, 11 de diciembre). Auge, declive y nuevo auge de la izquierda laborista. Disponible en El Salto Diario : <https://www.elsaltodiario.com/reino-unido/auge-declive-nuevo-auge-izquierda-laborista-corbyn> (Último acceso 11 de diciembre de 2019).
- Díez del Corral, L. (1956). *El liberalismo doctrinario*. Madrid: Instituto de Estudios Políticos.
- Dimitrov, G. (1935). The Fascist Offensive and the Tasks of the Communist International in the Struggle of the Working Class against Fascism. In *Georgi Dimitrov, Selected Works. Vol. 2*. Sofia: Sofia Press.
- Dobb, M. (1932). *On Marxism Today*. Londres: Hogarth Press.
- Dobb, M. (1975). *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*. Madrid: Siglo XXI.
- Dobb, M. (2016). Cambios en el Capitalismo desde la Segunda Guerra Mundial. *Nuestra Historia*, (1), 131–141.
- Dogan, M. G. (2010). When neoliberalism confronts the moral economy of workers: The final spring of Turkish labor unions. *European Journal of Turkish Studies [Online]*, 11.
- Domènech, A. (ed.). (1983). *Protesta y sobrevive*. Madrid: Blume.
- Domènech, A. (1989). *De la ética a la política: de la razón erótica a la razón inerte*. Barcelona: Crítica.
- Domènech, A. (1998). Ocho desiderata metodológicos de las teorías sociales normativas. *Isegoría. Revista de Filosofía Moral y Política*, (18), 115–141.

- Domènech, A. (2000). Individuo, comunidad, ciudadanía. *Contrastes. Revista Interdisciplinar de Filosofía, Suplemento*, 27–42.
- Domènech, A. (2005). Comentarios críticos a los comentarios críticos. *Revista Internacional de Filosofía Política*, (25), 167–180.
- Domènech, A. (2006, 7 de mayo). Entre la Segunda y la Tercera. (75 años después del 14 de abril de 1931). *Sin Permiso*.
- Disponible en: <http://www.sinpermiso.info/textos/entre-la-segunda-y-la-tercera-75-aos-despus-del-14-de-abril-de-1931> (Último acceso, 20 de diciembre de 2018).
- Domènech, A. (2009). “Democracia burguesa”: nota sobre la génesis del oxímoron y la necesidad del regalo. *Viento Sur*, (100), 95–100.
- Domènech, A. (2010). Prólogo. En D. Casassas. *La ciudad en llamas. La vigencia del republicanismo comercial de Adam Smith* (pp. 13–48).
- Domènech, A. (2012a). Dominación, derecho, propiedad y economía política popular (un ejercicio de historia de los conceptos). En *Miradas sobre la historia. Historiadores, narradores y troveros* (pp. 61–88). México, D.F.: Era y Colegio de México.
- Domènech, A. (2012b). Prólogo. En E. P. Thompson. *La formación de la clase obrera en Inglaterra* (pp. 9–18). Madrid: Capitán Swing.
- Domènech, A. (2013). La metáfora de la fraternidad republicano-democrática revolucionaria y su legado al socialismo contemporáneo. *Revista de Estudios Sociales*, (46), 14–23.
- Domènech, A. (2015a). Prólogo. En X. M. Beiras. *Exhortación a la desobediencia (por Xosé Manuel Beiras)*. Santiago de Compostela: Laiovento.
- Domènech, A. (2015b). Socialismo, ¿de dónde vino? ¿Qué quiso? ¿Qué logró? ¿Qué puede seguir queriendo y logrando? En M. Bunge y C. Gabetta (comps.) *¿Tiene porvenir el socialismo?* (pp. 71–124). Barcelona: Gedisa.
- Domènech, A. (2017). El experimento bolchevique, la democracia y los críticos marxistas de su tiempo. *Sin Permiso*, (15), 11-55.
- Domènech, A. (2018a, 13 de diciembre). La tradición socialista y el pensamiento republicano. Parte 1. *Sociedad Futura*.
- Disponible en: <http://sociedadfutura.com.ar/2018/12/13/antoni-domenech-la-tradicion-socialista-y-el-pensamiento-republicano-parte-1/> (Último acceso, 20 de diciembre de 2019).
- Domènech, A. (2018b). Republicanismo, socialismo y renta básica. *Sin Permiso*, (16), 117–124.
- Domènech, A. (2019). *El eclipse de la fraternidad. Una revisión republicana de la tradición socialista*. Madrid: Akal.
- Domènech, A., Búster, G., y Raventós, D. (2013). Reino de España: procesos deconstituyentes y nuevo consenso de los mandamases europeos. *Sin Permiso*.

Disponible en: <http://old.sinpermiso.info/articulos/ficheros/edito.pdf>

Domènech, A., y Raventós, D. (2009). Propiedad y libertad republicana: una aproximación institucional a la renta básica. *Sin Permiso*, (4), 193–200.

Domènech, X. (2016). La condescendencia de la posteridad. Lucha de clases, clases y conciencia de clase. En J. Babiano et al. (comps.) *E. P. Thompson. Marxismo e Historia social* (pp. 115–151). Madrid: Siglo XXI.

Domènech, X. (2019). L'arbre de la llibertat: sobiranes, poder i nacions. *La Trivial*.

Disponible en:

https://www.youtube.com/watch?v=V2_dR0mWWSs&app=desktop (Último acceso 3 de marzo de 2020).

Douet, Y. (2017, 20 de marzo). Gramsci y el problema del partido. *Viento Sur*.

Disponible en: <https://vientosur.info/spip.php?article12370#sthash.xSiP0hkA.dpuf> (Último acceso 19 de mayo de 2017).

Dunn, J. (1968). The Identity of the History of Ideas. *Philosophy*, 43(164), 85–104.

Dunn, J. (1984). *The Politics of Socialism. An Essay in Political Theory*. Cambridge: Cambridge University Press.

Duverger, M. (1987). *Los partidos políticos*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Dworkin, D. (1997). *Cultural Marxism in Postwar Britain. History, the New Left and the Origins of Cultural Studies*. Durham: Duke University Press.

Eagleton, T. (1983). *Literary Theory: An Introduction*. Minneapolis: University of Minnesota Press.

Eagleton, T. (2015). *Por qué Marx tenía razón*. Barcelona: Península.

Eastwood, D. (1995). E. P. Thompson, Britain and the French Revolution. *History Workshop Journal*, (39), 79–88.

Eastwood, D. (2000). History, Politics and Reputation: E. P. Thompson Reconsidered. *History*, 85(280), 634–654.

Editors. (2009a). Liberalism. En *Oxford English Dictionary*. Oxford: Oxford University Press.

Editors. (2009b). Libertarian. En *Oxford English Dictionary*. Oxford: Oxford University Press.

Editors. (2009c). Radical. En *Oxford English Dictionary*. Oxford: Oxford University Press.

Efstathiou, C. (2014). E. P. Thompson's Concept of Class Formation and its Political Implications: Echoes of Popular Front Radicalism in The Making of the English Working Class. *Contemporary British History*, 28, 404–421.

Efstathiou, C. (2015). *E.P. Thompson: A Twentieth-Century Romantic*. Londres: Merlin

Press.

Eley, G. (1989). History from Below: Studies in Popular Protest and Popular Ideology in Honour of George Rude, edited by Frederick Krantz (Montreal, Quebec: Concordia University, 1985). *Comparative Studies in Society and History*, 31(4), 797–798.

Eley, G. (1990). Edward Thompson, Social History and Political Culture: The Making of a Working-Class Public, 1780-1850. En *E. P. Thompson. Critical Perspectives* (pp. 12–49). Filadelfia: Temple University Press.

Eley, G. (2003). *Un mundo que ganar: historia de la izquierda en Europa, 1850-2000*. Barcelona: Crítica.

Eley, G. (2005). *A Crooked Line. From Cultural History to the History of Society*. Ann Arbor: University of Michigan Press.

Elster, J. (1984). Marxismo, funcionalismo y teoría de juegos: un alegato en favor del individualismo metodológico. *Zona Abierta*, (33), 21–62.

Elster, J. (2010). *La explicación del comportamiento social. Más tuercas y tornillos para las ciencias sociales*. Barcelona: Gedisa.

Encyclopaedia Britannica. (2019). Social Class. *Encyclopaedia Britannica*.

Disponible en: <https://www.britannica.com/topic/social-class> (Último acceso 2 de septiembre de 2019).

Engels, F. (1890). Carta a José Bloch. *Marxist Internet Archive*.

Disponible en: <https://www.marxists.org/espanol/m-e/cartas/e21-9-90.htm>

Engels, F. (1969). *The Condition of the Working Class in England*. Moscú: Institute Marxism-Leninism.

Epstein, B. (2014). On the Disappearance of Socialist Humanism. *The International Marxist Humanist*.

Disponible en: <https://imhojournal.org/articles/disappearance-socialist-humanism-barbara-epstein/> (Último acceso 14 de septiembre de 2017).

Epstein, J. (1989). Understanding the Cap of Liberty: Symbolic Practice and Social Conflict in Early Nineteenth-Century England. *Past & present*, (122), 75–118.

Epstein, J. (2013). Exploitation: A Useful Category of Historical. *Labour / Le Travail*, (72), 224–228.

Erice, F. (2013). Thompson y Hobsbawm frente a los dilemas del marxismo historiográfico: concepción de la historia, estrategia teórica y propuesta política. *Sociología Histórica*, (3), 199–250.

Escribano, D. (2017). Ulrike Meinhof: la biografía. Entrevista. *Sin Permiso*.

Disponible en: <http://www.sinpermiso.info/textos/ulrike-meinhof-la-biografia-entrevista> (Último acceso 9 de abril de 2017).

- Esping-Andersen, G. (1999). ¿La política sin clases? *Zona Abierta*, (86/87), 219–257.
- Espinoza Pino, M. (2018, 25 de diciembre). La soledad de Althusser. *El Salto Diario*.
 Disponible en: <https://www.elsaltodiario.com/laplaza/la-soledad-de-althusser>
 (Último acceso 25 de diciembre de 2018).
- Estlund, D. M. (2008). *Democratic Authority. A Philosophical Framework*. Princeton: Princeton University Press.
- Estrella, A. (2007). Política, teoría e historia: el William Morris de E.P. Thompson desde la sociología de los intelectuales. *Empiria: Revista de Metodología de Ciencias Sociales*, (13), 59–80.
- Estrella, A. (2009). Las ambigüedades de la “historia desde abajo” de E. P. Thompson: las herramientas del historiador entre la forma, el compromiso político y las disposiciones sociales. *Signos Históricos*, 11(22), 1–17.
- Estrella, A. (2012). *Clío ante el espejo. Un socioanálisis de E.P. Thompson*. Cádiz: Universidad de Cádiz.
- Evans, R. J. (2019a). *Eric Hobsbawm. A Life in History*. Londres: Little, Brown and Company.
- Evans, R. J. (2019b, 17 de enero). Eric Hobsbawm’s dangerous reputation. *The Guardian*.
 Disponible en: https://www.theguardian.com/books/2019/jan/17/eric-hobsbawm-mi5-communism-stalin-historian-private-papers?CMP=share_btn_fb&fbclid=IwAR031myJ64YnuUY40vVXBIV1nDZSNfSHRPY8lOqHYATDd1WbXSGh2MpJceY (Último acceso 9 de marzo de 2019).
- Fairchild, C. (2013, 18 de septiembre). Middle-Class Decline Mirrors The Fall Of Unions In One Chart. *Huffpost*.
 Disponible en: https://www.huffpost.com/entry/union-membership-middle-class-income_n_3948543?guccounter=2 (Último acceso 30 de octubre de 2017).
- Falguera Baró, M. (2002). El derecho colectivo del trabajo en el postfordismo. *Scripta Nova*, VI(19).
- Fantasia, R. (1995). From Class Consciousness to Culture, Action, and Social Organization. *Annual Review of Sociology*, 21(1), 269–287.
- Federici, S. (2010). *Calibán y la Bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Ferguson, S. (2014). A Response To Meg Luxton’s “Marxist Feminism and Anticapitalism.” *Studies in Political Economy*, 94(1), 161–168.
- Fernández Buey, F. (1976). Prólogo. En *Crítica del bolchevismo*. Barcelona: Anagrama.
- Fernández de la Mora, G. (1965). *El crepúsculo de las ideologías*. Madrid: Rialp.
- Fine, R. (1994). The Rule of Law and Muggleonian Marxism: The Perplexities of Edward Thompson. *Journal of Law and Society*, 21(2), 193–213.

- Finley, M. I. (1983). *Politics in the Ancient World*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Finn, D. (2019). Contracorrientes. Corbyn, el Partido Laborista y la crisis del Brexit. *New Left Review (Segunda Época)*, (118), 7–42.
- Fitzpatrick, S. (2007). The Soviet Union in the twenty-first century. *Journal of European Studies*, 37(1), 51–71.
- Flewers, P. (2017). E.P. Thompson’s Investigation of Stalinism: An Unrealised Project. *Critique. Journal of Socialist Theory*, 45(4), 549–582.
- Fontana, J. (1992). *La historia después del fin de la historia*. Barcelona: Crítica.
- Fontana, J. (2011). *Por el bien del imperio. Una historia del mundo desde 1945*. Barcelona: Pasado y Presente.
- Fontana, J. (2015). La necesidad del socialismo. En M. Bunge y C. Gabetta (comps). *¿Tiene porvenir el socialismo?* (pp. 57–69). Barcelona: Gedisa.
- Fontana, J. (2016). Para una historia de la historia marxista. *Sin Permiso*, (15), 229–243.
- Foote, Geoffrey. (1997). *The Labour’s Party Political Thought (Third Edition)*. Londres: Macmillan Press.
- Foote, Geoffrey. (2005). *The Republican Transformation of Modern British Politics*. Basingstoke: Palgrave.
- Fox-Genovese, E. (1973). The Many Faces of Moral Economy: A Contribution to a Debate. *Past & Present*, (58), 161–168.
- Fraser, N. (2017, 12 de enero). El final del neoliberalismo “progresista”. *Sin Permiso*.
 Disponible en: <https://www.sinpermiso.info/textos/el-final-del-neoliberalismo-progresista> (Último acceso 12 de enero de 2017).
- Friguglietti, J. (2005). *A Scholar “In Exile:” George Rudé as a Historian of Australia (French History and Civilization: Papers from the George Rude Seminar), Working Paper*.
 Disponible en: https://h-france.net/rude/wp-content/uploads/2017/08/vol1_Friguglietti1.pdf.
- Furet, F. (1994). *Histoire de la Révolution et la Révolution dans l’histoire: entretien avec François Furet interrogé par Jacques Revel, Mona Ozouf et Pierre Rosanvallon*.
 Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=3VEzUmxGNAg&t=3863s> (Último acceso 25 de mayo de 2019).
- Gani, A. (2015, 9 de agosto). Clause IV: a brief history. *The Guardian*.
 Disponible en: <https://www.theguardian.com/politics/2015/aug/09/clause-iv-of-labour-party-constitution-what-is-all-the-fuss-about-reinstating-it> (Último acceso 10 de noviembre de 2018).

- Garcés, J. (2014). *Soberanos e intervenidos. Estrategias globales, americanos y españoles*. Madrid: Siglo XXI.
- García, C. (2019, 25 de junio). Mujeres Libres (1936-1939) "Un sentiment de què realment podíem fer alguna cosa junts". *Catarsi Magazin*.
- Disponible en: <https://catarsimagazin.cat/mujeres-libres-1936-1939-un-sentiment-de-que-realment-podiem-fer-alguna-cosa-junts/> (Último acceso 30 de junio de 2019).
- Gauthier, F. (1992). *Triomphe et mort du droit naturel en Révolution 1789-1795-1802*. París: Presses Universitaires de France.
- Gauthier, F. (1997). Non, la Révolution française n'est pas une "révolution bourgeoise"! *Raison Présente*, 123, 59–72.
- Gauthier, F. (2008). Albert Mathiez, historiador de la Revolución Francesa. El oficio de historiador frente a las manipulaciones de la historia. *Sin Permiso*, (4).
- Gauthier, F. (2014a). De la economía moral a la economía política popular. La fructífera intuición de E. P. Thompson. *Sociología Histórica*, 3, 397–426.
- Gauthier, F. (2014b). Olympe de Gouges: ¿historia o mistificación? *Sin Permiso*.
- Disponible en: <https://www.sinpermiso.info/textos/olymp-de-gouges-historia-o-mistificacin> (Último acceso 1 de agosto de 2016).
- Gershoy, L. (1973). Rudé George. Europe in the Eighteenth Century: Aristocracy and the Bourgeois Challenge. New York: Praeger Publishers. 1972. Pp. ix, 290. \$15.00. *The American Historical Review*, 78(5), 1450–1451.
- Gill, L. (2002). *Fundamentos y límites del capitalismo*. Madrid: Trotta.
- Gillespie, R., y Gallagher, T. (1989). Democracy and Authority in the Socialist Parties of Southern Europe. En T. Gallagher y A. M. Williams (eds.), *Southern European Socialism* (pp. 163–187). Manchester: Manchester University Press.
- Gold, A. S., y Miller, P. B. (eds.). (2014). *Philosophical Foundations of Fiduciary Law*. Oxford: Oxford University Press.
- Goldthorpe, J. (2012). De vuelta a la clase y el estatus: por qué debe reivindicarse una perspectiva sociológica de la desigualdad social. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, (137), 43–58.
- González, R. M. (2013). Eric J. Hobsbawm, la Historia desde abajo y el análisis de los agentes históricos. *Rúbrica Contemporánea*, 2(4), 6–21.
- Götz, N. (2015). Moral Economy?: Its Conceptual History and Analytical Prospects. *Journal of Global Ethics*, 11, 147–162.
- Gourevitch, A. (2014). *From Slavery to the Cooperative Commonwealth*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Gourevitch, A. (2015). Republican Political Thought. En M. T. Gibbons (ed.) *Encyclopedia of Political Thought. Vol. VII*. Oxford: Wiley-Blackwell.

- Graham, H., y Preston, P. (1987). The Popular Front and the Struggle Against Fascism. En *H. Graham y P. Preston (eds.) The Popular Front in Europe* (pp. 1–19). Basingstoke: Macmillan.
- Gramsci, A. (1981). *Cuadernos de la cárcel. Tomo II*. México, D.F.: Era.
- Guerrero, D. (2018). *Relaciones fiduciarias y libertad de expresión (Trabajo de Fin de Máster)*. Barcelona: Universidad de Barcelona.
- Guerrero, D. (2020). Looking for democracy in fiduciary government. Historical notes on an unsettled relationship (ca. 1520-1650). *Daimon: Revista de Filosofía*, (81), 17–32.
- Halevi, J. (2016). Imperialism today. En *Post-Keynesian Essays from Down Under Volume II: Essays on Policy and Applied Economics* (pp. 117–129). Londres: Macmillan Press.
- Hall, S. (1958). A Sense of Classlessness. *Universities & Left Review*, (5), 26–32.
- Hall, S. (1984). En defensa de la teoría. En *Historia popular y teoría socialista* (pp. 277–286). Barcelona: Crítica.
- Hall, S. (2010). Vida y momentos de la primera nueva izquierda. *New Left Review (Segunda Época)*, (61), 163–182.
- Hall, S., Taylor, C., y Samuel, R. (1958). The Insiders. A study of the men who rule British industry. A new policy for social ownership. *Universities & Left Review*, (3), 21–64.
- Hall, S., Thompson, E. P., y Williams, R. (eds.). (2013). *May Day Manifesto*. May Day Manifesto Committee.
- Hallas, D. (1977). How can we move on? *Socialist Register*, (14), 1–10.
- Hamilton, S. (2007, 29 de marzo). ‘An appetite for the archives’: new light on EP Thompson. *Reading the Maps*.
- Disponible en: <https://readingthemap.blogspot.com/2007/03/appetite-for-archives-new-light-on-ep.html> (Último acceso 30 de mayo de 2019).
- Hamilton, S. (2011). *The Crisis of Theory. E. P. Thompson, the New Left and the Postwar British Politics*. Manchester: Manchester University Press.
- Hamel, C. (2013). Pourquoi les néo républicains refusent-ils la thèse des droits naturels ? Un examen critique de John Pocock à Philip Pettit. *Corpus. Revue de Philosophie*, (64), 129–149.
- Hamel, C. (2015). Quel rôle pour l’histoire de la pensée politique dans le néo-républicanisme. En *Cultures des républicanismes. Pratiques-Représentations-Concepts de la Révolution anglaise à aujourd’hui* (pp. 253-267). Paris: Kimé.
- Hamel, C. (2017). Are rights less important for republicans than for liberals? Pettit versus Pettit. *Contemporary Political Theory*, 16(4), 478–500.
- Hankins, J. (2010). Exclusivist Republicanism and the Non-Monarchical Republic.

- Political Theory*, 38(4), 452–482.
- Harden, J. D. (1995). Liberty caps and liberty trees. *Past & Present*, 146(1), 66–102.
- Hardin, G. (1968). The tragedy of the commons. *Science*, (162), 1.343-1.348.
- Harrington, J. (1992). *The Commonwealth of Oceana*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Harvey, D. (2003). La acumulación por desposesión. In *El Nuevo Imperialismo* (pp. 111–140). Madrid: Akal.
- Harvey, D. (2007). *Breve historia del neoliberalismo*. Madrid: Akal.
- Haslam, J. (1987). The Soviet Union, the Comintern and the Demise of the Popular Front 1936-39”. En *Graham, H. y Preston, P. (eds.), The Popular Front in Europe* (pp. 152–160). Londres: Macmillan Press.
- Hatch, S., y Thompson, D. (1958). Discussion: the Welfare state. *The New Reasoner*, (4), 124–130.
- Hay, D., Linebaugh, P., Rule, J. G., y Thompson, E. P. (1975). *Albion’s Fatal Tree: Crime and Society in Eighteenth-Century England*. Londres: Allen Lane.
- Hayat, S. (2019, 7 de febrero). Les Gilets Jaunes, l’économie morale et le pouvoir. *Mediapart*.
- Disponible en: <https://blogs.mediapart.fr/edition/mondes-possibles-cycle-de-rencontres/article/070219/les-gilets-jaunes-l-economie-morale-et-le-pouvoir-samuel-hayat> (Último acceso 15 de marzo de 2019).
- Hayek, F. (2007). *Camino de servidumbre*. Madrid: Alianza.
- Heinrich, M. (2008). *Crítica de la economía política. Una introducción a El Capital de Marx*. Madrid: Escolar y Mayo.
- Heinrich, M. (2018). El capital tras la MEGA: sobre discontinuidades, rupturas y nuevos comienzos. *Sociología Histórica*, (9), 63–116.
- Heller, B. (2010). The “Mene People” and the Polite Spectator: The Individual in the Crowd at Eighteenth-Century London Fairs. *Past & Present*, 208(1), 131–157.
- Helm, T. (2018, 10 de junio). Rising inequality linked to drop in union membership. *The Guardian*.
- Disponible en: <https://www.theguardian.com/inequality/2018/jun/10/rising-inequality-falling-union-membership> (Último acceso 9 de noviembre de 2019).
- Hernández Sandoica, E. (2016). Vigencias de E. P. Thompson. Unas cuantas razones para seguir leyéndolo. En *E. P. Thompson. Marxismo e Historia social* (pp. 19–45). Madrid: Siglo XXI.
- Herrera, C. M. (2003). Estado, Constitución y derechos sociales. *Revista Derecho Del Estado*, (15), 75–92.

- Herrera, C. M. (2019). El Constitucionalismo social weimariano en el pensamiento francés de entre-guerras. *Historia Constitucional: Revista Electrónica de Historia Constitucional*, (20), 449–468.
- Herrero Sánchez, M. (2017). Introducción. En *República y republicanismos en la Europa Moderna* (pp. 17–89). Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- Higgins, W., y Apple, N. (1983). How limited is reformism? *Theory and Society*, 12(5), 603–630.
- Hill, C. (1954). The Norman Yoke. En J. Saville (ed.). *Democracy and the Labour Movement. Essays in honour of Dona Torr* (pp. 11-66). Londres: Lawrence & Wishart.
- Hill, C. (1975). *Change and Continuity in Seventeenth-Century England*. Londres: Weidenfield y Nicolson.
- Hill, C. (comp.). (1995). *George Rudé, 1910-1993. Memorial Tributes*. Londres: Socialist History Society.
- Hill, C. (2007). Prólogo. En *La educación del deseo. Los marxistas y la escritura de la historia*. Madrid: Talasa.
- Hilton, R. (1949). Peasant Movements in England before 1381. *The Economic History Review*, 2(2), 117–136.
- Hilton, R. (1981). The English Rising of 1381. *Marxism Today*, (junio), 17–19.
- Hilton, R. (2020). *Siervos liberados. Los movimientos campesinos medievales y el levantamiento inglés de 1381*. Madrid: Siglo XXI.
- Hobbes, T. (2009). *Leviatán. O la materia, forma y poder de un estado eclesiástico y civil*. Madrid: Alianza.
- Hobsbawm, E. J. (1957). The British Standard of Living, 1790–1850. *Economic History Review*, (100), 119–134.
- Hobsbawm, E. J. (1959). *Primitive Rebels. Studies in Archaic Forms of Social Movement in the 19th et 20th centuries*. Manchester: Manchester University Press.
- Hobsbawm, E. J. (1971). From Social History to the History of Society. *Daedalus*, 100(1), 20–45.
- Hobsbawm, E. J. (1978a). Interview with Eric Hobsbawm. *The Radical History Review*, 19, 111–131.
- Hobsbawm, E. J. (1978b). The Historian's Group of the Communist Party. En M. Connrforth (ed.) *Rebels and their causes* (pp. 21–48). Londres: Lawrence & Wishart.
- Hobsbawm, E. J. (1985). Fifty Years of People's Fronts. En *Britain Fascism and the Popular Front* (pp. 235–250). Londres: Lawrence & Wishart.
- Hobsbawm, E. J. (1988). History from below - Some Reflections. En F. Krantz (comp.). *History from below* (pp. 13–27). Oxford: Basil Blackwell.

- Hobsbawm, E. J. (1993, January 12). Obituary: George Rude; Historian From Below. *The Guardian*.
- Hobsbawm, E. J. (1994). E. P. Thompson. *Radical History Review*, (58), 157–159.
- Hobsbawm, E. J. (2000). *Naciones y nacionalismos desde 1780*. Barcelona: Crítica.
- Hobsbawm, E. J. (2002). *Interesting Times. A Twentieth-Century Life*. Nueva York: Pantheon Books.
- Hobsbawm, E. J. (2015). *Historia del siglo XX: 1914-1991*. Barcelona: Crítica.
- Hobsbawm, E. J., Anderson, P., Hill, C., y Thompson, E. P. (1986). Agendas for Radical History. *Radical History Review*, (36), 26–45.
- Hobsbawm, E. J., Hill, C., y Hilton, R. (1983). Past and Present. Origins and Early Years. *Past & Present*, (100), 3–14.
- Holton, R. J. (1978). The Crowd in History: Some Problems of Theory and Method. *Social History*, 3(2), 219–233.
- Howell, D. (1977). Review. Revisionist History in Britain. *Government and Opposition*, 12(1), 110–114.
- Howell, D. (2015). Creativities in Contexts: E. P. Thompson’s The Making of the English Working Class. *Contemporary British History*, 28(4), 517–533.
- Hoyle, R. W. (2010). Securing access to England’s uplands: or how the 1945 revolution petered out. En R. Congost y R. Santos (eds.). *Contexts of Property in Europe. The Social Embeddedness of Property Rights in Land in Historical Perspective* (pp. 187–209). Turnhout: Brepols.
- IFOP. (2015, mayo). *La nation qui a le plus contribué à la défaite de l’Allemagne*.
 Disponible en: https://www.ifop.com/wp-content/uploads/2018/03/3025-1-study_file.pdf.
- Ignatieff, M., y Hont, I. (1986). *Wealth and Virtue. The Shaping of Political Economy in the Scottish Enlightenment*. Cambridge: Cambridge University Press.
- J. P. Morgan. (2013, 28 de mayo). The Euro area adjustment: about halfway there. *Europe Economic Research*.
 Disponible en: https://www.europe-solidarity.eu/documents/ES1_euro-area-adjustment.pdf (Último acceso en 19 de septiembre de 2017).
- Jackson, B. (2019). T. H. Marshall. English Sociologist. *Encyclopaedia Britannica*.
 Disponible en: <https://www.britannica.com/biography/T-H-Marshall> (Último acceso en 9 de junio de 2018).
- Jaurés, J. (2020, 5 de abril). El socialismo y la vida. *Sin Permiso*.
 Disponible en: <https://sinpermiso.info/textos/el-socialismo-y-la-vida> (Último acceso en 5 de abril de 2020).

- Johnson, R. (1984). Contra el absolutismo. En *Historia popular y teoría socialista* (pp. 287–300). Barcelona: Crítica.
- Jones, O. (2012). *Chavs. La demonización de la clase obrera*. Madrid: Capitán Swing.
- Jones, R. E. (2019, 7 de junio). Bonnets Rouges et Gilets Jaunes. *Tribune Magazine*.
 Disponible en: <https://tribunemag.co.uk/2019/05/bonnets-rouges-et-gilets-jaunes> (Último acceso 30 de junio de 2019).
- Joyce, P. (1991). *Visions of the People. Industrial England and the Question of Class 1848-1914*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Judt, T. (2017). *Postguerra. Una historia de Europa desde 1945*. Barcelona: Taurus.
- Julia, S. (1989). *Historia social / Sociología histórica*. Madrid: Siglo XXI.
- Kalecki, M. (1943). Political Aspects of Full Employment. *Political Quarterly*.
 Disponible en <http://moscow.sci-hub.bz/a934b8d5e06a074a35c239c66539d508/10.1111%40j.1467-923x.1943.tb01016.x.pdf>
- Kammler, J. (1971). El Estado social. En Abendroth, W. y Lenk, K. (eds.). *Introducción a la ciencia política* (pp. 91–124). Barcelona: Anagrama.
- Kant, I. (2011). *Qué es la Ilustración*. Madrid: Alianza.
- Katznelson, I. (1986). Constructing Cases and Comparisons. En Katznelson, I. y Zolberg, A. I. (eds.). *Working-Class Formation. Nineteenth-Century Patterns in Western Europe and the United States*. Princeton: Princeton University Press.
- Kautsky, K. (1946). *Social Democracy versus Communism*. Nueva York: Rand School Press.
- Kavanagh, D. (1995). The Postwar Consensus. *Twentieth Century British History*, 3(2), 175–190.
- Kaye, H. J. (1984). *The British Marxist Historians. An Introductory Analysis*. Cambridge: Polity Press.
- Kaye, H. J. (1992). *The Education of Desire. Marxists and the Writing of History*. Londres: Routledge.
- Kaye, H. J. (1993, 16 de enero). Obituary: George Rudé. *Independent*.
 Disponible en <https://www.independent.co.uk/news/people/obituary-professor-george-rude-1478795.html> (Último acceso 10 de mayo de 2017).
- Kaye, H. J. (2007). *La educación del deseo: Los marxistas y la escritura de la historia*. Barcelona: Talasa.
- Kaye, H. J. (2018). Introducción. En G. Rudé, *La Europa Revolucionaria, 1783-1815*. Madrid: Siglo XXI.
- Kennan, G. (1946). *George Kennan's "Long Telegram"*. Pensilvania: Woodrow Wilson

International Center for Scholars.

Disponible en: <http://digitalarchive.wilsoncenter.org/document/116178> (Último acceso 4 de febrero de 2018).

- Kennedy, G. (2013). Freeman, Free Labor, and Republican Discourses of Liberty in Early Modern England. *Contributions to the History of Concepts*, 8(2), 25–44.
- Kenny, M. (1995). *The First New Left. British intellectuals after Stalin*. London: Lawrence & Wishart.
- Kenny, M. (2013). Faith, flag and the ‘first’ New Left: E. P. Thompson and the politics of ‘one nation.’ *Renewal*, 21(1), 15–23.
- Kenny, M. (2017). E. P. Thompson: Last of the English Radicals? *The Political Quarterly*, 88(4), 579–588.
- Kiernan, V. (1968). Notes on Marxism in 1968. *Socialist Register*, (5), 177–194.
- Kiernan, V. (1978). Working Class and Nation in Nineteenth-Century Britain. En M. Cornforth (ed.). *Rebels and their Causes. Essays in honour of A. L. Morton* (pp. 123–139). Londres: Lawrence & Wishart.
- Kiernan, V. (2004). Torr, Dona Ruth Anne (1883-1957). En *Oxford Dictionary of Labour Biography*. Oxford: Oxford University Press.
- Kirchheimer, O. (1966). The Transformation of the Western European Party Systems. En La Palombara, J. y Weiner, M. (comps.). *Political Parties and Political Development* (pp. 177–200). Princeton: Princeton University Press.
- Kirk, N. (1992). En defensa de la clase. Crítica a algunas aportaciones revisionistas sobre la clase obrera inglesa en el siglo XIX. *Historia Social*, (12), 58–100.
- Kohli, M. (1987). Retirement and the Moral Economy: An Historical Interpretation of the German Case. *Journal of Aging Studies*, 1(2), 125–144.
- Korshak, Y. (1987). The Liberty Cap as a Revolutionary Symbol in America and France. *Smithsonian Studies in American Art*, 1(2), 52–69.
- Krätke, M. (2006). Das Marx-Engels-Problem: Warum Engels das Marxsche “Kapital” nicht verfälscht hat. En *Marx-Engels Jahrbuch 2006* (pp. 142–170). Berlín: internationalen Marx-Engels-Stiftung Redaktion.
- Labour Party. (1945). *Let Us Face the Future*. Londres: Labour Party.
- Disponible en: <http://www.labour-party.org.uk/manifestos/1945/1945-labour-manifesto.shtml> (Último acceso 5 de noviembre de 2017).
- Laclau, E., y Mouffe, C. (1985). *Hegemonía y estrategia socialista: hacia una radicalización de la democracia*. México, D.F.: Siglo XXI.
- Laclau, E., y Mouffe, C. (1993). Postmarxismo sin pedido de disculpas. En *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo* (pp. 111–145). Buenos Aires: Nueva Visión.

- Lafrance, X. (2013). From Industrialism to Capitalism: re-thinking the relevance of class analysis. *Problématique*, (15).
- Laín, B. (2016). *Democracia y propiedad en el republicanismo de Thomas Jefferson y Maximilien Robespierre [tesis doctoral]*. Barcelona: Universidad de Barcelona.
- Lanneret, P. (2007, 22 de julio). 1914-1946: Third camp internationalists in France during World War II (Pamphlet). *Echanges et Mouvement*.
- Disponible en <http://libcom.org/library/1914-1946-third-camp-internationalists-france-during-world-war-ii> (Último acceso 21 de noviembre de 2017).
- Laski, H. (1917). *Studies on the Problem of Sovereignty*. New Haven: Yale University Press.
- Laski, H. (1921). *The Foundations of Sovereignty, and other Essays*. Nueva York: Harcourt, Brace & Company.
- Laski, H. (1922). *The State in the New Social Order (Fabian Tract)*. Londres: Fabian Society.
- Laski, H. (1925). *Socialism and Freedom (Fabian Tract)*. Londres: Fabian Society.
- Laski, H. (1938). *A Grammar of Politics*. Londres: Billing & Sons Ltd.
- Lefebvre, G. (1932). *La Grande Peur de 1789*. Paris: Félix Alcan.
- Leipold, B. (2017). *Citizen Marx. The Relationship between Karl Marx and Republicanism*. Oxford: Oxford University Press.
- Leipold, B., Nabulsi, K., y White, S. (2020). *Radical Republicanism: Recovering the Tradition's Popular Heritage*. Oxford: Oxford University Press.
- Lenin, V. I. (1899). A Retrograde Trend in Russian Social-Democracy. In *Lenin Collected Works. Volumen IV* (pp. 255–285). Moscú: Progreso.
- Lenk, K., y Neumann, F. (1980). *Teoría y sociología críticas de los partidos políticos*. Barcelona: Anagrama.
- León XIII. (1891). Carta Encíclica Rerum Novarum del Sumo Pontífice León XIII sobre la situación de los obreros. Roma: Santa Sede.
- Disponible en: http://www.vatican.va/content/leo-xiii/es/encyclicals/documents/hf_l-xiii_enc_15051891_rerum-novarum.html (Último acceso 9 de diciembre de 2018).
- Levine, A., Sober, E., y Wright, E. O. (1987). Marxism and Methodological Individualism. *New Left Review*, (162), 67–84.
- Lewin, M. (2006). *El siglo soviético. ¿Qué sucedió realmente en la Unión Soviética?* Barcelona: Crítica.
- Ligero, M. (2019, 7 de noviembre). Ken Loach “La gente aún valora la honradez” (entrevista). *La Marea*.

Disponible en: <https://www.lamarea.com/2019/11/07/ken-loach-la-gente-aun-valora-la-honradez/> (Último acceso 8 de noviembre de 2019).

- Lindsay, J., y Rickword, E. (1941). *Spokesmen for Liberty. A Record of English Democracy Trough Twelve Centuries*. Londres: Lawrence & Wishart.
- Linebaugh, P., y Reddiker, M. (2005). *La Hidra de la Revolución. Marineros, esclavos y campesinos en la historia oculta del Atlántico*. Barcelona: Crítica.
- Llacuna, A. (2016a). Edward P. Thompson. Un comentario bibliográfico. In E. P. Thompson. *Marxismo e Historia social* (pp. 329–359). Madrid: Siglo XXI.
- Llacuna, A. (2016b). *Historia cultural del comunismo británico: Revolución, democracia y nación en la lucha antifascista (1928-1941) [tesis doctoral]*. Barcelona: Universidad Autónoma de Barcelona.
- Llona, M. (2016). E. P. Thompson, La formación histórica de la clase obrera en Inglaterra, el feminismo y la historia de género. En E. P. Thompson. *Marxismo e Historia social* (pp. 153–176). Madrid: Siglo XXI.
- Locke, J. (2010). *Segundo tratado sobre el gobierno civil*. Madrid: Tecnos.
- Louvrier, J. (2007). Marx, le marxisme et les historiens de la Révolution au Xxieme siecle. *Cahiers d'histoire. Revue d'histoire Critique [Online]*, (102).
- Lovett, F. (2018). Republicanism. *The Stanford Encyclopedia of Philosophy*.
Disponible en: <https://plato.stanford.edu/cgi-bin/encyclopedia/archinfo.cgi?entry=republicanism> (Último acceso 3 de septiembre de 2019).
- Lovett, F., y Pettit, P. (2009). Neorepublicanism: a normative and institutional research program. *Annual Review of Political Science*, 12, 11–29.
- Löwy, M., y Sayre, R. (1996). Romanticism in the English Social Sciences: E. P. Thompson y Raymond Williams. *Against the Current*, (61). Disponible en <https://solidarity-us.org/atc/61/p2516/> (Último acceso 8 de octubre de 2019).
- Lukács, G. (1976). *El asalto a la razón*. Barcelona: Grijalbo.
- MacGilvray, E. (2011). *The Invention of Market Freedom*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Mack, E. (2011). Libertarianism. En *The Oxford Handbook of the History of Political Philosophy* (pp. 1–18). Oxford: Oxford University Press.
- Maitland, F. W. (1911). *The Collected Papers of Frederic William Maitland, vol. 3*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Malefakis, E. (1971). *Reforma agraria y revolución campesina en la España del siglo XX*. Barcelona: Ariel.
- Manjarín, E. (2017). La tradició política de Marx i Engels. Del republicanisme democràtic al socialisme. *Nous Horitzons*, 217, 20–25.

- Manjarín, E. (2020). Marx y la tradición iusnaturalista en un mundo industrializado. *Daimon: Revista de Filosofía*, (81), 143–158.
- Mannheim, K. (1958). *El hombre y la sociedad en la época de crisis*. Buenos Aires: Leviatán.
- Manning, B. (2003). The legacy of Christopher Hill. *International Socialism Journal*, 2(99).
- Marglin, S. A. (1990). Lessons of the Golden Age: an Overview. In S. A. Marglin y J. B. Schor (eds.), *The Golden Age of Capitalism. Reinterpreting the Postwar Experience* (pp. 1–38). Oxford: Clarendon Press.
- Marshall, P. H. (1998). *Demanding the Impossible. A History of Anarchism*. Londres: Harper Perennial.
- Marshall, T. (1998). Ciudadanía y clase social. In T. H. Marshall y T. Bottomore, *Ciudadanía y clase social* (pp. 15–82). Madrid: Alianza.
- Martínez-Cava, J. (2018a). Cuando el bozal de la bestia es de papel. Ernesto Laclau en el siglo XXI. *Sin Permiso*, (16), 175–201.
- Martínez-Cava, J. (2018b). L’actualitat del concepte marxista de “classe social.” *Nous Horitzons*, (218), 43–51.
- Martínez-Cava, J. (2018c, 29 de septiembre). The World Transformed: todas las esperanzas puestas en Momentum y Corbyn. *Sin Permiso*.
- Disponible en: <http://www.sinpermiso.info/textos/the-world-transformed-todas-las-esperanzas-puestas-en-momentum-y-corbyn> (Último acceso 30 de octubre de 2019).
- Martínez-Cava, J. (2019). E. P. Thompson i l’Estat. La sana actitud escèptica d’un revolucionari sense revolució. *Catarsi Magazin*, (2), 99–105.
- Martínez-Cava, J. (2020). Enemigo a las puertas. La libertad política y los principios fiduciarios en el socialismo británico. *Daimon: Revista de Filosofía*, (81), 159–175.
- Martínez-Cava, J., y Martínez, R. (2020, 11 de abril). Regular els preus? Economia moral enmig de la pandèmia. *Catarsi Magazin*.
- Disponible en: <https://catarsimagazin.cat/regular-els-preus-economia-moral-enmig-de-la-pandemia/> (Último acceso 24 de agosto de 2020).
- Marx, K. (1978). *Líneas fundamentales de la crítica de la economía política (Grundrisse)*. Barcelona: Crítica.
- Marx, K. (1981). *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*. Moscú: Progreso.
- Marx, K. (1983). *En defensa de la libertad. Los artículos de la Gaceta Renana 1842-1843*. Valencia: Fernando Torres Editor.
- Marx, K. (2008). *El Capital. Crítica de la economía política. Libro I, Vol. 1. El proceso de producción del capital*. Madrid: Siglo XXI.

- Marx, K. (2009a). *El Capital. Crítica de la economía política. Libro I, Vol. 2. El proceso de producción del capital*. Madrid: Siglo XXI.
- Marx, K. (2009b). *El Capital. Crítica de la economía política. Libro I, Vol. 3. El proceso de producción del capital*. Madrid: Siglo XXI.
- Marx, K., y Engels, F. (1974). *La ideología alemana*. Barcelona: Grijalbo.
- Marx, K., y Engels, F. (2010a). *Marx & Engels Collected Works. Volume 24 [Digital Collection]*. Lawrence & Wishart.
- Marx, K., y Engels, F. (2010b). *Marx & Engels Collected Works. Volume 3 [Digital Collection]*. Londres: Lawrence & Wishart.
- Marx, K., y Engels, F. (2010c). *Marx & Engels Collected Works. Volume 34 [Digital Collection]*. Lawrence & Wishart.
- Mathiez, A. (1935a). *La Revolución Francesa I. La caída de la realeza*. Barcelona: Labor.
- Mathiez, A. (1935b). *La Revolución Francesa II. La Gironda y la Montaña*. Barcelona: Labor.
- Mathiez, A. (1935c). *La Revolución Francesa III. El Terror*. Barcelona: Labor.
- Matthews, W. (2013). *The New Left, National Identity, and the Break-up of Britain*. Leiden: Brill.
- Mau, S. (2003). *The Moral Economy of Welfare States. Britain and Germany Compared*. Londres: Routledge.
- Maura, E. (2016, 11 de mayo). ¿Todos liberales? Imaginación social y cambio político en España. *CTXT*.
 Disponible en: <https://ctxt.es/es/20160511/Firmas/5949/liberalismo-cambio-transversalidad-confluencia.htm> (Último acceso 3 de julio de 2020).
- McCann, G. (1997). *Theory and History. The Political Thought of E. P. Thompson*. Aldershot: Ashgate.
- McCormick, J. P. (2001). Machiavellian Democracy: Controlling Elites with Ferocious Populism. *The American Political Science Review*, 95(2), 297–313.
- McIlroi, J. (2017). Another look at E. P. Thompson and British Communism, 1937–1955. *Labour History*, 58(4), 506–539.
- McIvor, M. (2009). Republicanism, socialism and the renewal of the left. En VVAA (eds.) *In Search of Social Democracy: Responses to Crisis and Modernisation* (pp. 252–266). Manchester: Manchester University Press.
- Meiksins, P., y Meiksins Wood, E. (1985). Beyond Class? A Reply to Chantal Mouffe. *Studies in Political Economy*, (17), 141–164.
- Meiksins Wood, E. (1982). The Politics of Theory and the Concept of Class: E.P. Thompson and his Critics. *Studies in Political Economy*, (9), 45–75.

- Meiksins Wood, E. (1990). The Uses and Abuses of “Civil Society.” *Socialist Register*, (26), 60–84.
- Meiksins Wood, E. (1995a). A Chronology of the New Left and Its Successors, Or: Who’s Old-Fashioned Now? *Socialist Register*, (31), 22–49.
- Meiksins Wood, E. (1995b). *Democracy against Capitalism. Renewing Historical Materialism*. London: Verso.
- Meiksins Wood, E. (2002). *The Origin of Capitalism. A Longer View*. Londres: Verso.
- Meiksins Wood, E. (2008a). The Social History of Political Theory. En *Citizens to Lords. A Social History of Western Political Thought from Antiquity to the Late Middle Ages* (pp. 1-27). Londres: Verso.
- Meiksins Wood, E. (2008b). Why It Matters. *London Review of Books*, 30(18).
- Meiksins Wood, E. (2013a). ¿Una política sin clases? *El postmarxismo y su legado*. Buenos Aires: RYR.
- Meiksins Wood, E. (2013b). Social Property Relations in the 21st Century. *Alternate Routes*, (24), 159–170.
- Miliband, R. (1958). The Transition to the Transition. *The New Reasoner*, (6), 35–48.
- Miliband, R. (1964). *Parliamentary Socialism. A Study in the Politics of Labour*. Nueva York: Monthly Review Press.
- Miliband, R. (1977). *Marxism and Politics*. Oxford: Oxford University Press.
- Montesquieu. (2003). *Del espíritu de las leyes*. Madrid: Alianza.
- Moreno Pestaña, J. L. (2011). Los usos del concepto de generación en la filosofía española de los años 1940: racionalizaciones biográficas, trayectorias académicas y tradiciones teóricas. *Daimon: Revista de Filosofía*, (53), 117–143.
- Morris, W. (1893). Prefacio a R. Steele, *Medieval Lore*. Londres: Franklin Classics Trade Press.
- Disponible en: <https://www.marxists.org/archive/morris/works/1893/robert.htm>.
- Morris, W. (2011). *Noticias de ninguna parte [presentación de Edward P. Thompson]*. Madrid: Capitán Swing.
- Morris, W. (2013). *The Collected Works of William Morris. Vol. 23*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Morton, A. L. (1938). *A People’s History of England*. Londres: Victor Gollancz.
- Morton, A. L. (1939). French Revolutionaries & English Democrats. *Labour Monthly*, 21(9), 532–538.
- Mundó, J. (2005). Autopropiedad, derechos y libertad. En Bertomeu, M. J. et al. (comps.). *Republicanism y democracia* (pp. 187–208). Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Mundó, J. (2006). Filosofía, ciencia social y cognición humana: de la “folk psychology”

- a la psicología evolucionaria. *Papers: Revista de Sociología*, (80), 257–281.
- Mundó, J. (2011). Particularismo epistémico, fragmentación académica e interdisciplinariedad. *Ludus Vitalis*, 35, 245–248.
- Mundó, J. (2014). La unificación de la física de Maxwell y su idea de “fertilización mutua de las ciencias” como desiderata metodológicos no reduccionistas para la ciencia social. *Ludus Vitalis. Revista de Filosofía de Las Ciencias de La Vida*, 22(42), 51–73.
- Mundó, J. (2016). The Natural Law Foundations of Modern Social Theory: A Quest for Universalism. *History of the Human Sciences*, 29(1), 117–122.
- Mundó, J. (2017). La constitución fiduciaria de la libertad política. (Por qué son importantes las coyunturas interpretativas en la filosofía política). *Isegoría. Revista de Filosofía Moral y Política*, (57), 433–454.
- Mundó, J. (2018). De la retórica absolutista de la propiedad al sentido común de la propiedad limitada. *Sin Permiso*, (16), 35–63.
- Mundó, J., y Raventós, D. (2000). Fundamentos cognitivo-evolucionarios de las Ciencias Sociales. *Revista Internacional de Sociología*, (25), 47–74.
- Muñoz, J. (2007). Introducción a El Manifiesto Comunista. En K. Marx. *El Manifiesto Comunista*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Muñoz, J. (2014). Presentación. En J. Muñoz (comp.). *Los valores del republicanismo* (pp. 9–15). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Munro, D. (2014). The Strange Career of George Rudé—Marxist Historian. *Journal of Historical Biography*, 16, 118–169.
- Munro, D. (2016). George Rudé - Communist Activist and Inactivist. *The Journal of Labor and Society*, 19, 147–162.
- Musto, M. (2019, 13 de diciembre). Las duras críticas de Marx a los socialdemócratas alemanes. *Sin Permiso*.
- Disponible en: <http://www.sinpermiso.info/textos/las-duras-criticas-de-marx-a-los-socialdemocratas-alemanes> (Último acceso 13 de diciembre de 2019).
- Nabulsi, K. (2015). No maps, no manuals. Retrieving radical republicanism, restoring popular sovereignty. *Juncture*, 22(2), 147–152.
- Nadal, A. (2010, 21 de abril). Del Tratado de Detroit a Goldman Sachs. *La Jornada*.
- Disponible en: <https://www.jornada.com.mx/2010/04/21/opinion/025a1eco> (Último acceso 2 de febrero de 2019).
- Navickas, K. (2011). What happened to class? New histories of labour and collective action in Britain. *Social History*, 36(2), 192–204.
- Neumann, F. (1971). Origen y desarrollo de los partidos políticos. En W. Abendroth y K. Lenk (eds.), *Introducción a la ciencia política*. Barcelona: Anagrama.

- Neumann, F. (1996). Labor Law and Modern Society. En W. E. Scheuerman (ed.). *The Rule of Law under Siege* (pp. 231–242). Berkeley: University of California Press.
- Norton-Taylor, R. (1999, 4 de febrero). Zinoviev letter was dirty trick by MI6. *The Guardian*.
- Disponible en: <https://www.theguardian.com/politics/1999/feb/04/uk.politicalnews6> (Último acceso 23 de noviembre de 2018).
- Norton-Taylor, R. (2014, 24 de octubre). MI5 spied on leading British historians for decades, secret files reveal. *The Guardian*.
- Disponible en: <https://www.theguardian.com/world/2014/oct/24/mi5-spied-historians-eric-hobsbawm-christopher-hill-secret-files> (Último acceso 23 de noviembre de 2018).
- Nyrup Rasmussen, P., y Bullman, U. (2016). La Socialdemocracia que viene. Una política progresista de transformación, para un mundo en transformación. *Fundación Friederich Ebert*.
- Disponible en: <https://pasosalaizquierda.com/?p=2130> (Último acceso 7 de octubre de 2018).
- O'Neill, M., y Guinan, J. (2018). The institutional turn: Labour's new political economy. *Renewal. A Journal of Social Democracy*, 26(2), 5–16.
- O'Shea, T. (2019). Socialist Republicanism. *Political Theory*, 1–25.
- OIT. (1944). *Declaración relativa a los fines y objetivos de la Organización Internacional del Trabajo (Declaración de Filadelfia)*. Organización Internacional del Trabajo.
- Disponible en: https://www.ilo.org/global/about-the-ilo/newsroom/news/WCMS_699004/lang--es/index.htm (Último acceso 1 de diciembre de 2018).
- Östberg, K. (2015, 10 de septiembre). The Great Reformer. *Jacobin Magazine*.
- Disponible en: <https://www.jacobinmag.com/2015/09/sweden-social-democracy-olaf-palme-assassination-reforms/> (Último acceso 9 de diciembre de 2018).
- Paine, T. (2008). *Derechos del hombre*. Madrid: Alianza.
- Palmer, B. (1981). *The Making of E. P. Thompson: Marxism, Humanism, and History*. Toronto: New Hogtown Press.
- Palmer, B. (1990). *Descent into Discourse. The Reification of Language and the Writing of Social History*. Filadelfia: Temple University Press.
- Palmer, B. (2004). *E. P. Thompson. Objeciones y oposiciones*. Valencia: Universidad de Valencia.
- Palmer, B. (2018). Marx y el materialismo histórico: pasado, presente, futuro. *Nuestra Historia*, (5), 41–48.

- Palomera, J., y Vetta, T. (2016). Moral economy: Rethinking a radical concept. *Anthropological Theory*, 0(0), 1–21.
- Panitch, L. (2019, 6 de agosto). Miliband's Masterpiece. *Tribune Magazine*.
 Disponible en: <https://tribunemag.co.uk/2019/06/milibands-masterpiece> (Último acceso 9 de junio de 2020).
- PCGB. (1951). *The British Road to Socialism*. Londres: Farleigh Press Ltd.
 Disponible en
<https://www.marxists.org/history/international/comintern/sections/britain/brs/1951/51.htm>.
- Peace, D. (2018). *GB84*. Gijón: Hoja de Lata.
- Peña, J. (2008). La consistencia del republicanismo. *Claves de Razón Práctica*, (187), 34–41.
- Pérez Baró, A. (1975). Cataluña: autogestión obrera durante la Guerra Civil. *Tiempo de Historia*, (2), 4–11.
- Pérez Tapias, J. A. (2018, 22 de agosto). Republicanismo frente a populismo en el debate de la izquierda. *CTXT*.
 Disponible en: <https://ctxt.es/es/20180822/Firmas/21286/jose-antonio-perez-tapias-populismo-idea-socialista-republicanismo.htm#.W32VBWAmNPE.twitter> (Último acceso 23 de agosto de 2018).
- Perona, A. J. (1993). *Entre el liberalismo y la socialdemocracia: Popper y la "sociedad abierta"*. Barcelona: Anthropos.
- Perrault, G. (2001). *La Orquesta Roja*. Bilbao: Txalaparta.
- Pettit, P. (1993). *The Common Mind. An Essay on Psychology, Sociology and Politics*. Oxford: Oxford University Press.
- Pettit, P. (1999). *Republicanism: una teoría sobre la libertad y el gobierno*. Barcelona: Paidós.
- Pettit, P. (2004). Liberalismo y republicanismo. En F. Ovejero, J. L. Martí y R. Gargarella (comps.). *Nuevas ideas republicanas. Autogobierno y libertad* (pp. 115–135). Barcelona: Paidós.
- Pettit, P. (2006). Freedom in the Market. *Politics, Philosophy and Economics*, 5, 131–149.
- Pettit, P. (2007). A Republican Right to Basic Income? *Basic Income Studies*, 2(2), 1–8.
- Pettit, P. (2012). *On the People's Terms: a Republican Theory and Model of Democracy*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Pickering, P. A. (1986). Class without Words: Symbolic Communication in the Chartist Movement. *Past & Present*, (112), 144–162.

Pigenet, M. (2019, 15 de marzo). Tout change après la libération de Paris. *L' Humanité*.

Disponible en: <https://www.humanite.fr/tout-change-apres-la-liberation-de-paris-669404?fbclid=IwAR3fs1Tr0cmtBXMpnDHqycjEOlvgor9obNGyUPlpKzUqbNyBvpmKzPgc11E> (Último acceso 30 de marzo de 2019).

Pilkington, M. (2003, 11 de septiembre). Lysenkoism. *The Guardian*.

Disponible en:
<https://www.theguardian.com/education/2003/sep/11/research.highereducation>
(Último acceso 4 de agosto de 2019).

Pinta, S. (2013). *Towards a Libertarian Communism. A conceptual History of the Intersections between Anarchisms and Marxisms (PhD)*. Loughborough: Loughborough University.

Pisarello, G. (2012). *Un largo Termidor: historia y crítica del constitucionalismo antidemocrático*. Quito: Corte Constitucional del Ecuador.

Platón. (2019). *Diálogos II*. Madrid: Gredos.

Pocock, J. G. A. (1971). Languages and Their Implications. The Transformation of the Study of Political Thought. En *Politics, Languages and Time. Essays on Political Thought and History* (pp. 3–41). Chicago: University of Chicago Press.

Pocock, J. G. A. (1981). Virtues, Rights, and Manners. A Model for Historians of Political Thought. *Political Theory*, 9(3), 353–368.

Pocock, J. G. A. (1985). *Virtue, Commerce, and History: Essays on Political Thought and History, Chiefly in the Eighteenth Century*. Cambridge: Cambridge University Press.

Pocock, J. G. A. (1986). Cambridge paradigms and Scotch philosophers: a study of the relations between the civic humanist and the civil jurisprudential interpretation of eighteenth-century social thought. En M. Ignatieff y I. Hont (comps.). *Wealth and Virtue. The Shaping of Political Economy in the Scottish Enlightenment* (pp. 235–252). Cambridge: Cambridge University Press.

Pocock, J. G. A. (2002). *El momento maquiavélico*. Madrid: Tecnos.

Polanyi, K. (2011). *La Gran Transformación*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Popper, K. (1978). La lógica de las ciencias sociales. En *La disputa del positivismo en la sociología alemana* (pp. 101–120). Barcelona: Grijalbo.

Popper, K. (2006a). *La miseria del historicismo*. Madrid: Alianza.

Popper, K. (2006b). *La sociedad abierta y sus enemigos*. Barcelona: Paidós.

Portillo, A. (2020, 14 de abril). La revolta de Pasqua. James Connolly i l'heura gaèlica del republicanisme. *Catarsi Magazin*.

Disponible en: https://catarsimagazin.cat/la-revolta-de-pasqua-james-connolly-i-lheura-gaelica-del-republicanisme/#_ednref15 (Último acceso 14 de abril de 2020).

Poulantzas, N., Hall, S., y Hunt, A. (2020). Entrevista de Stuart Hall y Alan Hunt a Nicos Poulantzas. *Instituto de Estudios Culturales y Cambio Social*.

Disponible en: https://www.ieccs.es/2020/05/13/entrevista-de-stuart-hall-y-alan-hunt-a-nicos-poulantzas-1979/?fbclid=IwAR2zl1P_Slvt0AGr4F8Hku_mnlPhE6PM5E_5Z50oHsgJgt5sXcH2_7IKIY8 (Último acceso 22 de mayo de 2020).

Przeworski, A. (1977). Proletariat into a Class: The Process of Class Formation from Karl Kautsky's The Class Struggle to Recent Controversies. *Politics & Society*, 7(4), 343–401.

Rabinovitch, D. (2006, 24 de junio). Author of the month: Kate Thompson. *The Guardian*.

Disponible en: <https://www.theguardian.com/books/2006/jan/24/booksforchildrenandteenagers.whitbreadbookawards2005> (Último acceso 1 de noviembre de 2019).

Rabinowitch, A. (1968). *Prelude to Revolution. The Petrograd Bolsheviks and the July 1917 Uprising*. Indiana: Indiana University Press.

Raventós, D. (2003). El marxismo analítico. En S. Giner (Ed.), *Teoría sociológica moderna* (pp. 141–166). Barcelona: Ariel.

Raventós, D. (2007). *Las condiciones materiales de la libertad*. Barcelona: El Viejo Topo.

Reddy, R. (1977). The textile trade and the language of the crowd at Rouen, 1752-1871. *Past & Present*, (77), 62–89.

Rehn, G. (1989). Sindicatos y pleno empleo. En *Ensayos sobre política de empleo activa* (pp. 215–250). Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.

Renton, D. (2001). Opening the Books. The Personal Papers of Dona Torr. *History Workshop Journal*, (52), 236–245.

Renton, D. (2004). E. P. Thompson. History and Commitment. *Correspondence*, 1(1), 20–24.

Richards, E. (2017). Rudé, George Frederick (1910–1993). *Australian Dictionary of Biography*.

Rivera García, A. (2001). Relativismo e historia de los conceptos políticos. *Daimon: Revista de Filosofía*, 24, 93–110.

Roberts, M. (2016, 13 de agosto). La Larga Depresión. Entrevista. *Sin Permiso*.

Disponible en: <http://www.sinpermiso.info/textos/la-larga-depresion-entrevista> (Último acceso 10 de marzo de 2018).

Roberts, W. C. (2016). *Marx Inferno. The Political Theory of Capital*. Princeton: Princeton University Press.

Roberts, W. C. (2017, 4 de mayo). Dismantling Domination: What We Can Learn About

- Freedom From Karl Marx (interview with W. C. Roberts). *Truthout*.
- Disponible en: <https://truthout.org/articles/dismantling-domination-what-we-can-learn-about-freedom-from-karl-marx/> (Último acceso 9 de octubre de 2017).
- Roberts, W. C. (2019). Entrevista a William Clare Roberts: Marx y el asunto de la libertad (José Miguel Ahumada y Francisco Larrabe). *Heterodoxia*.
- Disponible en: <http://www.heterodoxia.cl/numero-1/entrevista-a-w-c-roberts/> (Último acceso 9 de octubre de 2017).
- Robespierre, M. (2005). *Por la felicidad y por la libertad. Discursos*. Barcelona: El Viejo Topo.
- Rodgers, D. T. (1992). Republicanism: the Career of a Concept. *Journal of American History*, 79, 11–38.
- Rogan, T. (2017). *The Moral Economists. R. H. Tawney, Karl Polanyi, E. P. Thompson, and the Critique of Capitalism*. Princeton: Princeton University Press.
- Rose, R. B. (2008). Reinterpreting the French Revolution: Cobban’s “Myth”: Thirty Years On. *Australian Journal of Politics & History*, 32(2), 238–244.
- Rosenberg, A. (1966). *Democracia y socialismo: historia política de los últimos ciento cincuenta años (1789-1937)*. Buenos Aires: Claridad.
- Ross, K. (2008). *Mayo del 68 y sus vidas posteriores. Ensayos contra la despolitización de la memoria*. Madrid: Acuarela.
- Rothbard, M. N. (2007). *The Betrayal of the American Right*. Auburn: Ludwig von Mises Institute.
- Rousseau, J.-J. (2006). *El contrato social; Discurso sobre las ciencias y las artes; Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres*. México D.F.: Porrúa.
- Rowbotham, S. (2020, 29 de junio). Sheila Rowbotham on E. P. Thompson, Feminism, and the 1960s. *Jacobin Magazine*.
- Disponible en: <https://www.jacobinmag.com/2020/06/sheila-rowbotham-gabriel-winant-british-socialist-feminism> (Último acceso 29 de junio de 2020).
- Rudé, G. (n.d.). *Notes on Popular Movements of the 18th Century (“Historian’s Group Papers”)*. CP/CENT/CULT/8/2. Manchester.
- Rudé, G. (1942). *Why Russia is Strong: Four-Lesson Syllabus on Socialism in Practice*. Londres: Lawrence & Wishart.
- Rudé, G. (1950). *The Parisian Wage-Earning Population and the Insurrectionary Movements of 1789-1791 [tesis doctoral sin publicar]*. Londres: Universidad de Londres.
- Rudé, G. (1954). Prices, Wages and Popular Movements in Paris during the French Revolution. *The Economic History Review*, 6(3), 246–267.

- Rudé, G. (1955). The Outbreak of the French Revolution. *Past & Present*, (40), 28–42.
- Rudé, G. (1956). La Taxation populaire de mai 1775 à Paris et dans la région parisienne. *Annales Historiques de La Révolution Française*, (143), 139–179.
- Rudé, G. (1959). *The Crowd in the French Revolution*. Oxford: Oxford University Press.
- Rudé, G. (1961a). *Interpretations of the French Revolution*. Londres: Routledge and Kegan Paul.
- Rudé, G. (1961b). La taxation populaire de mai 1775 en Picardie, en Normandie et dans le Beauvaisis. *Annales Historiques de La Révolution Française*, (165), 305–329.
- Rudé, G. (1967). *The Mass Portrait Gallery*. Londres: BBC.
- Rudé, G. (1970). The Changing Face of the Crowd. En L. P. Curtis Jr. (ed.) *The Historian's Workshop; Original Essays by Sixteen Historians*. Nueva York: Knopf.
- Rudé, G. (1971). The French Revolution (interview with G. Rudé). En N. F. Cantor (ed.) *Perspectives on the European past: Conversations with historians*. 2 v. (pp. 40–61). Nueva York: Macmillan.
- Rudé, G. (1974). Revolution and Popular Ideology. En M. Allain y G. R. Conrad (eds.) *France and North America: the revolutionary experience (1760-1800)* (pp. 142–158). Lafayette (La.): USL Press.
- Rudé, G. (1975). *Robespierre: Portrait of a Revolutionary Democrat*. Londres: Collins.
- Rudé, G. (1978a). *Protest and Punishment. The Story of the Social and Political Protesters Transported to Australia 1788-1868*. Oxford: Clarendon Press.
- Rudé, G. (1978b). *Protesta popular y revolución en el siglo XVIII*. Barcelona: Ariel.
- Rudé, G. (1981a). *Revuelta popular y conciencia de clase*. Barcelona: Crítica.
- Rudé, G. (1981b). *The Crowd in History. A Study of Popular Disturbances in France and England, 1730-1848*. Londres: Lawrence & Wishart.
- Rudé, G. (1981c). The “Poverty of Theory” Debate. *Saothar*, 7, 62–68.
- Rudé, G. (1988a). *The Face of the Crowd: Studies in Revolution, Ideology, and Popular Protest*. Nueva Jersey: Humanities Pr. Int.
- Rudé, G. (1988b). *The French Revolution. Its Causes, Its History and Its Legacy after 200 Years*. Nueva York: Grove Press.
- Rudé, G. (2001). *El rostro de la multitud. Estudios sobre revolución, ideología y protesta popular*. Valencia: Centro Francisco Tomás y Valiente.
- Rudé, G., y Cobb, R. (1955). Le dernier mouvement populaire de la Révolution à Paris. Les journées de Germinal et de Prairial an III. *Revue Historique*, 214(2), 250–281.
- Rudé, G., y Hobsbawm, E. J. (1978). *Revuelta industrial y revuelta agraria. El Capitán Swing*. Madrid: Siglo XXI.
- Ruiz Jiménez, J. Á. (2009). *Contra el reino de la Bestia. E. P. Thompson, la conciencia*

crítica de la Guerra Fría. Granada: Universidad de Granada.

Salas, M. (2019, 15 de diciembre). Qué fue del internacionalismo. *Sin Permiso*.

Disponible en: <http://sinpermiso.info/textos/que-fue-del-internacionalismo> (Último acceso 15 de diciembre de 2019).

Samuel, R. (1980). British Marxist Historians 1880-1980 (Part I). *New Left Review*, (120), 21–96.

Samuel, R. (1984). *Historia popular y teoría socialista*. Barcelona: Crítica.

Sánchez Durá, N. (ed.). (2006). *La guerra*. Valencia: Pre-textos.

Sandel, M. J. (1996). *Democracy's Discontent. America in Search of a Public Philosophy*. Harvard: Harvard University Press.

Sartre, J.-P. (1944, September 9). La République du silence. *Les Lettres Françaises*.

Disponible en <http://clases.bnf.fr/laicite/anthologie/46.htm> (Último acceso 20 de septiembre de 2019).

Sartre, J.-P. (1956, November 9). Après Budapest. *L'Express*.

Disponible en https://www.lexpress.fr/actualite/monde/apres-budapest-sartre-parle-article-du-9-novembre-1956_460810.html (Último acceso 21 de septiembre de 2019).

Savage, M. (2015). *Social Class in the 21st Century*. London: Penguin Random House UK.

Savage, M. (2016). End class wars. *Nature*, 537(7621), 475–479.

Savage, M., y Miles, A. (1994). *The Remaking of the British Working Class, 1840-1940*. Londres: Routledge.

Saville, J. (1957). The Welfare State: An Historical Approach. *The New Reasoner*, (3), 5–25.

Saville, J. (1959). A Note on West Fife. *The New Reasoner*, (10), 9–13.

Saville, J. (1976). The Twentieth Congress and the British Communist Party. *Socialist Register*, 13, 1–23.

Saville, J. (1977). May Day 1937. En *Essays in Labour History (1918-1939)* (pp. 232–284). Londres: Croom Helm.

Saville, J. (1978). Robert Owen on the Family and the Marriage System of the old immoral World. En M. Cornforth (ed.). *Rebels and their Causes. Essays in honour of A. L. Morton* (pp. 107–122). Londres: Lawrence & Wishart.

Saville, J. (1991). The Communist Experience: A Personal Appraisal. *Socialist Register*, (27), 1–27.

Saville, J. (1994). Edward Thompson, The Communist Party and 1956. *Socialist Register*, (30), 20–31.

- Sayer, A. (2000). Moral Economy and Political Economy. *Studies in Political Economy*, 61(1), 79–103.
- Schiffrin, A. (1980). Aparato de partido y democracia interna: una crítica socialista de Michels. En K. Lenk y F. Neumann (eds.). *Teoría y sociología críticas de los partidos políticos* (pp. 258–281). Barcelona: Anagrama.
- Schneider, H. P. (1977). Los partidos políticos en la ordenación constitucional de la República Federal Alemana. En VVAA. *Teoría y práctica de los partidos políticos*. Madrid: Cuadernos para el Diálogo.
- Schneider, M. (1987). In Search of a “New” Historical Subject: The End of Working-Class Culture, the Labor Movement, and the Proletariat. *International Labor and Working-Class History*, (32), 46–58.
- Schulman, J. (2010). Socialism: Liberal or Democratic-Republican? En M. J. Thompson (ed.) *Rational Radicalism and Political Theory: Essays in Honor of Stephen Eric Bronner* (pp. 189–206). Lanham: Lexington Books.
- Schwarz, B. (1982). "The People" in History: The Communist Party Historians' Group, 1946-56. En Richard Johnson, et. al. (eds) *Making Histories: Studies in History-Writing and Politics* (pp. 44–95). Londres: Hutchinson.
- Scott, J. W. (1988). Women in The Making of the English Working Class. En *Gender and the Politics of History* (pp. 68–92). Nueva York: Columbia University Press.
- Scott, J. W. (1991). The Evidence of Experience. *Critical Inquiry*, 17(4), 773–797.
- Scotto, P. (2018). El socialismo como radicalización de la democracia. *Sin Permiso*, (16), 217–228.
- Scotto, P. (2019). *Los orígenes del derecho al trabajo en Francia, 1789-1848 [tesis doctoral]*. Barcelona: Universidad de Barcelona.
- Searby, P., Malcolmson, R., y Rule, J. (1993). E.P. Thompson as a Teacher: Yorkshire and Warwick. En *Protest and survive. Essays for E. P. Thompson* (pp. 1–23). Londres: Merlin Press.
- Sedgwick, P. (1964). The Two New Lefts. *International Socialism Journal*, (17).
 Disponible en <https://www.marxists.org/archive/sedgwick/1964/08/2newlefts.htm>
- Sen, A. (1973). Behaviour and the Concept of Preference. *Economica*, 73(40 (159)), 241–259.
- Serge, V. (2011). *Memorias de un revolucionario*. Madrid: Veintisiete Letras.
- Sewell, W. H. (1994). Cómo se forman las clases: reflexiones críticas en torno a la teoría de E. P. Thompson sobre la formación de la clase obrera. *Historia Social*, (18), 77–100.
- Sharp, A. (1998). *The English Levellers: Political Works*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Shaw, G. B. (1893). *The impossibilities of anarchism (Fabian Tract)*. Londres: Fabian

Society.

Shenk, T. (2013). *Maurice Dobb. Political Economist*. Basingstoke: Palgrave (MacMillan).

Shusterman, N. C. (2014). All of His Power Lies in the Distaff: Robespierre, Women and the French Revolution. *Past & Present*, 223(1), 129–160.

Silver, B. (2016, 29 de septiembre). Workers of the World. An Interview with Beverly Silver. *Jacobin Magazine*.

Disponible en: <https://www.jacobinmag.com/2016/09/workers-of-the-world-2> (Último acceso 30 de octubre de 2017).

Simon, W. H. (1992). Social-Republican Property. *UCLA Law Review*, (38), 1335–1413.

Sinzheimer, H. (1984). La esencia del Derecho del Trabajo. En *Crisis económica y derecho del trabajo: cinco estudios sobre la problemática humana y conceptual del derecho del trabajo* (pp. 69–77). Madrid: Instituto de Estudios Laborales y de la Seguridad Social.

Skinner, Q. (1969). Meaning and Understanding in the History of Ideas. *History and Theory*, 8(1), 3–53.

Skinner, Q. (1984). The Idea of Negative Liberty. En R. Rorty et al. (eds.) *Philosophy in History: Essays in the Historiography of Philosophy* (pp. 193–221). Nueva York: Cambridge University Press.

Skinner, Q. (1998). *Liberty before liberalism*. Cambridge: Cambridge University Press.

Skinner, Q. (2002a). *Visions of Politics. Volume 2: Renaissance Virtues*. Cambridge: Cambridge University Press.

Skinner, Q. (2002b). *Visions of Politics. Volume 3: Hobbes and Civil Science*. Cambridge: Cambridge University Press.

Skinner, Q. (2005). La libertad de las repúblicas: ¿un tercer concepto de libertad? *Isegoría*, (33), 19–49.

Skinner, Q., y Fernández Sebastián, J. (2006). Historia intelectual y acción política: retórica, libertad y republicanismo. Una entrevista con Quentin Skinner. *Historia y Política. Ideas, Procesos y Movimientos Sociales*, (16), 237–260.

Slack, P., y Innes, J. (1994). E. P. Thompson. *Past & Present*, (142), 3–5.

Smith, E. (2014, 4 de abril). Hobsbawm, 1956 and the Mythology of the CPGB Historian's Group. *Hatful of History*.

Disponible en: <https://hatfulofhistory.wordpress.com/2016/04/04/hobsbawm-1956-and-the-mythology-of-the-cpgb-historians-group/> (Último acceso 1 de febrero de 2020).

Smith, P. (1958). The Welfare State. *The New Reasoner*, (5), 110–114.

Soboul, A. (1954). Robespierre and the Popular Movement of 1793-94. *Past & Present*,

5(1), 54–70.

Soboul, A. (1987). *Los sans-culottes. Movimiento popular y gobierno revolucionario*. Madrid: Alianza.

Soper, K. (1990). Socialist Humanism. En H. Kaye (comp.) *E. P. Thompson. Critical Perspectives* (pp. 204–232). Filadelfia: Temple University Press.

Soper, K. (1994). Edward Palmer Thompson. *Radical Philosophy*, (66).

Disponible en: <https://www.radicalphilosophy.com/obituary/e-p-thompson-1924-1993-madan-sarup-1930-1993?highlight=thompson> (Último acceso 3 de agosto de 2020).

Spinelli, A., y Rossi, E. (1944). *Il Manifesto di Ventotene*. Roma: L'Istituto di Studi Federalisti.

Disponible en: <http://www.istitutospinelli.org/2016/12/07/il-manifesto-di-ventotene-in-tutte-le-lingue-dellue/> (Último acceso 29 de octubre de 2017).

Spinoza, B. de. (2008). *Tratado teológico-político*. Madrid: Alianza.

Spinoza, B. de. (2009). *Ética*. Madrid: Tecnos.

Sprading, C. T. (1913). *Liberty and the Great Libertarians*. Los Ángeles: Golden Press.

Standing, G. (2018). *La renta básica: un derecho para todos y para siempre*. Barcelona: Pasado y Presente.

Ste Croix, G. E. M. (1988). *La Lucha de clases en el mundo griego antiguo*. Barcelona: Crítica.

Stedman Jones, G. (2005). *Lenguajes de clase*. Madrid: Siglo XXI.

Steedman, C. (1994). The price of experience: women and the making of the English working class. *Radical History Review*, (59), 198–119.

Steedman, C. (2016). Threatening Letters: E. E. Dodd, E. P. Thompson, and the Making of 'The Crime of Anonymity.' *History Workshop Journal*, (82), 50–82.

Stekloff, G. M. (1928). *History of the First International*. Londres: Martin Lawrence Lt.

Stevenson, J. (1985). The “Moral Economy” of the English Crowd: Myth and Reality. En A. Fletcher (ed.), *Order and Disorder in Early Modern England* (pp. 218–238). Cambridge: Cambridge University Press.

Stevenson, S. W. (1889). *A Dictionary of Roman Coins. Republican and Imperial*. Londres: George Bell & Sons.

Straehle, E. (2019). La Revolución Rusa y la Comuna de París. La ambivalente presencia de la memoria revolucionaria. *Lo Sguardo. Rivista Di Filosofia*, 29(2), 183–209.

Strobl, I. (2015). *Partisanas. La mujer en la resistencia armada contra el fascismo y la ocupación alemana (1936-1945)*. Barcelona: Virus.

Sukhov, M. J. (1989). E.P. Thompson and the practice of theory: Sovereignty, democracy

- and internationalism. *Socialism and Democracy*, 5(2), 105–140.
- Sunstein, C. R. (1988). Beyond the Republican Revival. *Yale Law Journal*, 97, 1539–1590.
- Sunstein, C. R. (2004). Más allá del resurgimiento republicano. En F. Ovejero, J. L. Martí y R. Gargarella (comps.). *Nuevas ideas republicanas. Autogobierno y libertad* (pp. 137–190). Barcelona: Paidós.
- Talmon, J. L. (1952). *The Origins of Totalitarian Democracy*. Londres: Secker y Warburg.
- Tawney, R. H. (1931). *Equality*. Londres: George Allen & Unwin Ltd.
- Therborn, G. (2018). El ocaso de la socialdemocracia sueca. *New Left Review*, (113), 7–29.
- Thompson, D. (1996). On the Trail of the New Left. *New Left Review*, 1(215), 93–100.
- Thompson, D. (1997). Afterword. En E. P. Thompson. *The Romantics. England in a Revolutionary Age* (pp. 223–225). Nueva York: The New Press.
- Thompson, D. (2000a). Interview with Dorothy Thompson. *Radical History Review*, (77), 4–19.
- Thompson, D. (2000b). Prefacio. En E. P. Thompson. *Obra esencial*. Barcelona: Crítica.
- Thompson, E. P. (1947a). The case of M. Petkov. *New Statesman*.
- Thompson, E. P. (1947b). *The Fascist Threat to Britain*. Londres: Partido Comunista de Gran Bretaña.
- Thompson, E. P. (1955). *William Morris. Romantic to Revolutionary*. Londres: Lawrence & Wishart.
- Thompson, E. P. (1956). Reply to George Matthews. *The Reasoner*, (1).
- Thompson, E. P. (1957a). God, King & Law. *The New Reasoner*, (3), 69–86.
- Thompson, E. P. (1957b). Socialism and the Intellectuals. *Universities & Left Review*, 1(1), 31–36.
- Thompson, E. P. (1959a). A Pessay in Ephology. *The New Reasoner*, (10), 2–8.
- Thompson, E. P. (1959b). Commitment in Politics. *Universities & Left Review*, (6), 50–55.
- Thompson, E. P. (1960a). At the Point of Decay. En VVAA. *Out Of Apathy*. Londres: Stevens & Sons.
- Thompson, E. P. (1960b). Countermarching to Armageddon. *New Left Review*, 1(4), 62–64.
- Thompson, E. P. (1960c). Homage to Tom Maguire. En A. Briggs y J. Saville (comps.) *Essays in labour history: in memory of G.D.H. Cole 25 September 1889-14 January 1959*. Londres: Macmillan.

- Thompson, E. P. (1968). Preface. En S. Lynd. *Class conflict, slavery, and the United States Constitution: ten essays* (pp. ix–xiii). Nueva York: Bobbs-Merrill.
- Thompson, E. P. (1970). *Warwick University Ltd: Industry, Management, and the Universities*. Harmondsworth: Penguin.
- Thompson, E. P. (1975, 27 de abril). Going into Europe. *Sunday Times*.
- Thompson, E. P. (1977). Caudwell. *Socialist Register*, (14), 228–276.
- Thompson, E. P. (1978a). Introduction. En *Review of Security and the State 1978* (pp. i–xix). Londres: Julian Friedmann Books.
- Thompson, E. P. (1978b). *The poverty of theory and other essays*. Londres: Merlin Press.
- Thompson, E. P. (1979). Recovering the libertarian tradition. *Leveller Magazine*, (22), 20–22.
- Thompson, E. P. (1980). *Writing by the Candlelight*. Londres: Merlin Press.
- Thompson, E. P. (1982). *Beyond the Cold War*. Londres: Merlin Press.
- Thompson, E. P. (1983). *Opción cero*. Barcelona: Crítica.
- Thompson, E. P. (1984a). La política de la teoría. En R. Samuel (ed.) *Historia popular y teoría socialista*. Barcelona: Crítica.
- Thompson, E. P. (1984b). *Tradición, revuelta y consciencia de clase. Estudios sobre la sociedad preindustrial*. Barcelona: Crítica.
- Thompson, E. P. (1985a). *Double Exposure*. Londres: Merlin Press.
- Thompson, E. P. (1985b). *The Heavy Dancers. Writings on War, Past and Future*. Nueva York: Pantheon Books.
- Thompson, E. P. (1987a). 'Reflections on Jacoby and All That'. *Working Paper of the History and Society Program*.
- Disponible en: <http://www.historyworkshop.org.uk/reflections-on-jacoby-and-all-that-an-unpublished-essay-by-e-p-thompson/> (Último acceso 29 de agosto de 2020).
- Thompson, E. P. (1987b, May 7). On the NHS. *London Review of Books*.
- Disponible en: <https://www.lrb.co.uk/the-paper/v09/n09/e.p.-thompson/diary> (Último acceso 3 de septiembre de 2020).
- Thompson, E. P. (1988). *William Morris. De romántico a revolucionario*. Valencia: Ediciones Alfonso el Magnánimo.
- Thompson, E. P. (1989). Folclore, antropología e historia social. *Historia Social*, (3), 63–86.
- Thompson, E. P. (1990). *Whigs and Hunters. The Origin of the Black Act*. Londres: Penguin.

- Thompson, E. P. (1991a). Algunas Observaciones Sobre Clase y “falsa conciencia.” *Historia Social*, (10), 27–32.
- Thompson, E. P. (1991b). Desert Island Discs. Interview with E. P. Thompson and Sue Lawley. *BBC Sounds*.
 Disponible en: <https://www.bbc.co.uk/sounds/play/p0093yqd> (Último acceso 3 de septiembre de 2020).
- Thompson, E. P. (1991c). End and Histories. En M. Kaldor (ed.) *Europe from Below: and East-West Dialogue*. Londres: Verso.
- Thompson, E. P. (1991d). Political Voices: E.P. Thompson (interview by A. Whitehead).
 Disponible en: <https://www.andrewwhitehead.net/political-voices-ep-thompson.html> (Último acceso 1 de septiembre de 2020).
- Thompson, E. P. (1993a). Los finales de la guerra fría: una réplica. En R. Blackburn (comp.), *Después de la caída. El fracaso del comunismo y el futuro del socialismo*. Barcelona: Crítica.
- Thompson, E. P. (1993b). Theory and Evidence. *History Workshop Journal*, 35(1), 274–275.
- Thompson, E. P. (1993c). *Witness against the Beast. William Blake and the Moral Law*. Nueva York: The New Press.
- Thompson, E. P. (1994a). Edgell Rickword. En *E. P. Thompson. Persons and Polemics* (pp. 236–243). Londres: Merlin Press.
- Thompson, E. P. (1994b). Herbert Gutman. En *E. P. Thompson. Persons and Polemics* (pp. 312–320). Londres: Merlin Press.
- Thompson, E. P. (1994c). In Defence of the Jury. En *E. P. Thompson. Persons and Polemics* (pp. 143–167). Londres: Merlin Press.
- Thompson, E. P. (1994d). Las peculiaridades de lo inglés. *Historia Social*, (18), 9–60.
- Thompson, E. P. (1994e). Left Review. En *E. P. Thompson. Persons and Polemics* (pp. 228–235). Londres: Merlin Press.
- Thompson, E. P. (1994f). Sold like a sheep for 1£. En *E. P. Thompson. Persons and Polemics* (pp. 193–201). Londres: Merlin Press.
- Thompson, E. P. (1994g). Which Britons? En *E. P. Thompson. Persons and Polemics* (pp. 321–331). Londres: Merlin Press.
- Thompson, E. P. (1995). *Costumbres en común*. Barcelona: Crítica.
- Thompson, E. P. (1997a). *Beyond the Frontier: the Politics of a Failed Mission, Bulgaria 1944*. Stanford: Stanford University Press.
- Thompson, E. P. (1997b). *The Romantics. England in a Revolutionary Age*. Nueva York: The New Press.

- Thompson, E. P. (1999). *Collected Poems*. Hexham: Bloodaxe Books.
- Thompson, E. P. (2000a). *Agenda para una historia radical*. Barcelona: Crítica.
- Thompson, E. P. (2000b). History from below. En *E. P. Thompson. Obra esencial*. Barcelona: Crítica.
- Thompson, E. P. (2002a). El libro de los números. En *Las peculiaridades de lo inglés y otros ensayos* (pp. 177–188). Valencia: Centro Francisco Tomás y Valiente.
- Thompson, E. P. (2002b). La lucha de clases puesta a prueba. En *Las peculiaridades de lo inglés y otros ensayos* (pp. 203–209). Valencia: Centro Francisco Tomás y Valiente.
- Thompson, E. P. (2002c). Modos de dominación y revoluciones en Inglaterra. En *Las peculiaridades de lo inglés y otros ensayos* (pp. 107–129). Valencia: Centro Francisco Tomás y Valiente.
- Thompson, E. P. (2002d). Un sitio agradable de visitar. En *Las peculiaridades de lo inglés y otros ensayos* (pp. 211–225). Valencia: Centro Francisco Tomás y Valiente.
- Thompson, E. P. (2012). *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Madrid: Capitán Swing.
- Thompson, E. P. (2014). The Free-born Englishman. En *E. P. Thompson and the Making of the New Left. Essays and Polemics* (pp. 291–306). Nueva York: Monthly Review Press.
- Thompson, E. P. (2016a). En A. Estrella (comp.) *E. P. Thompson. Democracia y socialismo*. México, D.F.: Universidad Autónoma de México.
- Thompson, E. P. (2016b). A través del humo de Budapest. *Nuestra Historia*, (2), 131–141.
- Thompson, E. P., y Davis, N. Z. (2018). *La formación histórica de la cacerolada: charivari y rough music. Correspondencia y textos afines (1970-1972)*. Madrid: Libros Corrientes.
- Thompson, E. P., Fontana, J., y Ucelay da Cal, E. (1984). Sobre història, socialisme, lluita de classes i pau (Conversa amb E. P. Thompson). *L'Avenç*, (73), 733–738.
- Thompson, E. P., y James, C. L. R. (1982). Interview with E. P. Thompson and C. L. R. James.
- Disponible en
https://www.youtube.com/watch?v=MI7n7M6nAOA&index=5&list=PLKkIP4naEV76YT2_gDEokVGqHXGIScc4X (Último acceso 1 de septiembre de 2020).
- Thompson, E. P., Saville, J., McIlroi, J., y Flowers, P. (2016). *1956: John Saville, Edward Thompson and 'The Reasoner.'* Londres: Merlin Press.
- Thompson, E. P., y Winslow, C. (2014). *E. P. Thompson and the Making of the New Left. Essays and Polemics*. Nueva York: Monthly Review Press.
- Thompson, M. J. (2013). Reconstructing republican freedom: A critique of the neo-

- republican concept of freedom as non-domination. *Philosophy and Social Criticism*, 39(3), 277–298.
- Thompson, M. J. (2019). Karl Kautsky and the Theory of Socialist Republicanism. En G. Kets y J. Muldoon (eds.), *The German Revolution and Political Theory* (pp. 159–181). Nueva York: Palgrave (MacMillan).
- Thompson, W. (2001). British Communists in the Cold War, 1947-52. *Contemporary British History*, 15(3), 105–132.
- Tierney, B. (2004). The Idea of Natural Rights-Origins and Persistence. *Northwestern Journal of Human Rights*, 2(1), 1–13.
- Tilly, C. (1968). The Crowd in History. A Study of Popular Disturbances in France and England, 1730–1848. By GEORGE RUDÉ (New York: John Wiley & Sons, 1964. 281 pp. \$5.95 cloth; \$2.95 paper). *Journal of Social History*, 1(3), 296–302.
- Tilly, L. A. (1981). “Rudé George. Ideology and Popular Protest . New York: Pantheon. 1980. Pp. 176. Cloth \$10.95, paper \$4.95”, *The American Historical Review*, Volume 86, Issue 4, October 1981, Pages 813–814. *The American Historical Review*, 86(4), 813–814.
- Todd, S. (2014). Class, experience and Britain’s twentieth century. *Social History*, 49(4), 489–508.
- Todd, S. (2018). *El pueblo. Auge y declive de la clase obrera (1910-2010)*. Madrid: Akal.
- Togliatti, P. (2014). La política d’unità nazionale dei comunisti. En *Il Rinnovamento democratico del paese* (pp. 25–71). Roma: Lit Editzione.
- Tomlinson, J. (2011). Re- inventing the ‘moral economy’ in postwar Britain. *Historical Research*, (84), 356–373.
- Torr, D. (1956). *Tom Mann and his Times*. Londres: Lawrence & Wishart.
- Traverso, E. (2001). *El totalitarismo. Historia de un debate*. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires.
- Traverso, E. (2019). *Melancolía de izquierda. Después de las utopías*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- Trenchard, J., y Gordon, T. (2018). *Cartas de Catón*. Madrid: Agencia Estatal. Boletín Oficial del Estado.
- Tribe, K. (1981). *Genealogies of Capitalism*. London: Macmillan.
- Tronti, M., y Iglesias, P. (2017). Entrevista a Mario Tronti. *Otra vuelta de Tuerka*.

Disponible en:

<https://www.youtube.com/watch?feature=youtu.be&v=xzKymyIsj50&app=desktop>
 (Último acceso 20 de junio de 2018).

Trotsky, L. (1904). *Nuestras tareas políticas*. Marxist Internet Archive.

Disponible en <https://www.marxists.org/espanol/trotsky/1904/tareas.htm>

- Truman, H. (1947). *President Harry S. Truman's Address before a joint session of Congress*. Independence: Truman Library.
- Disponible en <https://www.trumanlibrary.gov/library/online-collections/truman-doctrine> (Último acceso 22 de noviembre de 2017).
- Tuñón de Lara, M. (1973). *Metodología de la historia social en España*. Madrid: Siglo XXI.
- Turigliatto, F. (2016, 18 de noviembre). La battaglia per il NO è decisiva per riaprire la battaglia per la difesa delle condizioni di vita della classe lavoratrice e cancellare le leggi della controrivoluzione liberista. *Popoff*.
- Disponible en: <https://www.popoffquotidiano.it/2016/11/18/referendum-costituzione-e-lotta-di-classe/> (Último acceso 20 de marzo de 2019).
- Underkuffler, L. S. (2017). Property, Sovereignty, and the Public Trust. *Theoretical Inquiries in Law*, 18(2), 329–354.
- Urbinati, N. (2012). Competing for liberty: the republican critique of democracy. *American Political Science Review*, 106(3), 607–621.
- van Gelderen, M., y Skinner, Q. (2002). Introduction. En *Republicanism. A shared European Heritage. Vol. I* (pp. 1–6). Cambridge: Cambridge University Press.
- Varoufakis, Y. (2012). *El minotauro global. EEUU, Europa y el futuro de la economía mundial*. Madrid: Capitán Swing.
- Viento Sur. (2018). Cincuentenario de 1968. Disponible en Viento Sur : <https://vientosur.info/spip.php?mot1055> (Último acceso 30 de mayo de 2018).
- Viñas, A. (comp.) (2012). *En el combate por la historia. La República, la Guerra Civil, el Franquismo*. Barcelona: Pasado y Presente.
- Viroli, M. (2014). *Republicanism*. Santander: Ediciones Universidad de Cantabria.
- Vrousalis, N. (2019). Workplace Democracy implies Economic Democracy. *Journal of Social Philosophy*, 50(3), 259–279.
- VVAA. (1956). *The New Statesman's Letter*.
- Disponible en: <https://hatfulofhistory.wordpress.com/2012/10/04/the-cpgb-historians-groups-new-statesman-letter/> (Último acceso 19 de noviembre de 2018).
- VVAA. (1968). *El Digesto de Justiniano. Vol. I*. Pamplona: Aranzadi.
- Walsham, A. (2017). Rough Music and Charivari: Letters Between Natalie Zemon Davis and Edward Thompson, 1970–1972. *Past & Present*, 235(1), 243–262.
- Webb, R. K. (1965). The Crowd in History: A Study of Popular Disturbances in France and England, 1730–1848 . By Rudé George. [New Dimensions in History: Essays in Comparative History.] (New York: John Wiley & Sons. 1964. Pp. ix, 281. Cloth \$5.95, paper \$2.95.). *The American Historical Review*, 71(1), 161–162.
- White, S. (2000). Rediscovering Republican Political Economy. *Imprints*, 4, 213–235.

- White, S. (2007). Is republicanism the left's "big idea"? *Renewal : A Journal of Labour Politics*, 15(1), 37–46.
- White, S. (2011). The Republican Critique of Capitalism. *Critical Review of International Social and Political Philosophy*, 14(5), 561–579.
- White, S. (2013). The dignity of dissent: E.P. Thompson and One Nation Labour. *Open Democracy*.
- Disponible en: <https://www.opendemocracy.net/en/opendemocracyuk/dignity-of-dissent-ep-thompson-and-one-nation-labour/> (Último acceso 9 de octubre de 2019).
- White, S. (2020). *Paine, Cobbett, and English republicanism in the work of E.P. Thompson [Working Paper]*.
- Wilde, L. (1998). *Ethical Marxism and its Radical Readers*. Londres: Macmillan Press.
- Wilkins, M. S. (1959). The Non-Socialist Origins of England's First Socialist Organization. *International Review of Social History*, 4(2), 199–207.
- Williams, R. (1965). The British Left. *New Left Review*, 1(30), 18–26.
- Williams, R. (1980). The Politics of Nuclear Disarmament. *New Left Review*, 1(124), 25–42.
- Williams, R. (2001). *Cultura y sociedad*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Winslow, C. (2013, 23 de octubre). Remembering EP Thompson. *Counterpunch*.
- Disponible en: <https://www.counterpunch.org/2013/10/23/remembering-ep-thompson/> (Último acceso 14 de julio de 2018).
- Winslow, C. (2014). Introduction. En *E. P. Thompson and the Making of the New Left. Essays and Polemics*. Nueva York: Monthly Review Press.
- Wolfe, D. M. (1944). *Levellers Manifestoes of the Puritan Revolution*. Londres: Thomas & Nelson sons.
- Worden, B. (1991). English Republicanism. En M. Goldie y J. Burns (eds.), *The Cambridge History of Political Thought 1450–1700* (pp. 443–476). Cambridge: Cambridge University Press.
- Wright, E. O. (1985). *Clases*. Madrid: Siglo XXI.
- Wright, E. O. (2010). Comprender la clase. Hacia un planteamiento analítico integrado. *New Left Review (Segunda Época)*, (60), 98–112.
- Wright, E. O. (2014). *Construyendo utopías reales*. Madrid: Akal.
- Wright, E. O. (2016). *Understanding class*. Londres: Verso.
- Young, M. (2001, 29 de junio). Down with meritocracy. *The Guardian*.
- Disponible en: <https://www.theguardian.com/politics/2001/jun/29/comment> (Último acceso 30 de mayo de 2018).

Zimmermann, R. (1996). *The Law of Obligations. Roman Foundations of the Civilian Tradition*. Oxford: Oxford University Press.